Colección Relaciones entre España y América

EL ÚLTIMO EXILIO ESPAÑOL EN AMÉRICA
GRANDEZA Y MISERIA DE UNA FORMIDABLE AVENTURA

Director coordinador: José Andrés-Gallego
Traducción de la cuarta parte: Diana Segarra Crespo
Diseño de cubierta: José Crespo

© 1996, Luis de Llera Esteban
© 1996, Milagrosa Romero Samper
© 1996, Rosa María Grillo
© 1996, Paola Gorla
© 1996, Fundación MAPFRE América
© 1996, Editorial MAPFRE, S. A.
Paseo de Recoletos, 25 - 28004 Madrid
ISBN: 84-7100-675-8
Depósito Legal: M. 44998-1996
Compuesto en Fernández Ciudad, S. L.
Catalina Suárez, 19 - Madrid 28007
Impreso en los Talleres de Gráficas Lormo, S. A.
Isabel Méndez, 15 - 28038 Madrid
Impreso en España - Printed in Spain

LUIS DE LLERA ESTEBAN

EL ÚLTIMO EXILIO ESPAÑOL EN AMÉRICA

GRANDEZA Y MISERIA DE UNA FORMIDABLE AVENTURA

EDITORIAL
MAPFRE

A Manuel Pecellín,

por su ayuda sincera e inestimable

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN. Justificación para con el lector. Por Luis de Llera Esteban 13

PRIMERA PARTE

ANÁLISIS DEL ÉXODO Y ACTIVIDAD POLÍTICA
Por Milagrosa Romero Samper

I. ALGUNAS CONSIDERACIONES HISTORIOGRÁFICAS SOBRE EL EXILIO... 19

¿Exilio o exilios? 19
¿Exiliados, transterrados o conterrados? 21
¿España es diferente? 25
Las raíces de la subjetividad 28
Diferencias específicas del exilio español 31

II. LA SALIDA DE ESPAÑA 35

Los primeros refugiados: el asilo en las embajadas 35
Las salidas «directas» 46
La gran huida 57
Las vías diplomáticas del exilio 67
Los organismos de ayuda a los refugiados 78
Las limitaciones a la emigración americana 107

III. LA POLÍTICA FUERA DE ESPAÑA 121

La división de fuerzas tras la derrota 123
Los proyectos políticos del exilio 215

Segunda parte

La literatura del exilio
Por Rosa Maria Grillo

I. La narrativa 317
II. La poesía 361
III. El teatro 397
IV. La autobiografía 425
V. Revistas y editoriales 447
Rvistas y editoriales en México 450
Revistas mexicanas de la segunda generación 465
Revistas y editoriales en Argentina 471
Revistas y editoriales en otros países 476

VI. El exilio gallego 487
VII. El exilio vasco 499
VIII. El exilio catalán 505

Tercera parte

La cultura filosófica de los transterrados
Por Luis de Llera Esteban

I. La acogida de América; la nostalgia de España 519
II. Los exiliados de 1936 527
III. El nivel filosófico en España en los umbrales del éxodo ... 539
IV. Dos palestras formativas del exilio filosófico 545
La Escuela de Madrid. 545
La Escuela de Barcelona. 551

V. A la búsqueda de una identidad para la filosofía española en el exilio americano 557
La presencia de Ortega 557
Un encuentro creador: el transplante institucional de la Edad de Plata a las circunstancias americanas 570
Maestros y alumnos; hispanoamericanos y españoles 583
Recuperación del patrimonio filosófico nacional 599
Redescubrimiento de América y de la hispanidad 604

VI. Cristianismo y moderado progresismo 615

Cuarta parte
Las ciencias y las artes
Por Paola Laura Gorla

I. El exilio de los científicos españoles en Hispanoamérica 633
La situación de la ciencia española antes de 1936 633
Los científicos españoles en Iberoamérica 637
México 639
Argentina 660
Otros países 680

II. Arquitectura 697
III. El exilio del cine español en Hispanoamérica 705
IV. La música española en el exilio 741

Apéndices

Índice onomástico 757
Índice toponímico 775

INTRODUCCIÓN
JUSTIFICACIONES PARA CON EL LECTOR

Luis de Llera

Entre 1936 y 1939 salió de España, huyendo de la guerra, un tanto por ciento elevado de la élite política y cultural de la nación. Poco importa —entre otras cosas porque las estadísticas existentes carecen de rigor— si llegó al 50 por 100 o sólo alcanzó el 35 por 100. Lo que sí tiene importancia, por el número y calidad de muchos de los exiliados, es que la cultura y la vida política de los años 40 quedaron empobrecidas, desoladas, sin posibilidades reales de proseguir la marcha ascendente iniciada a principios de nuestro siglo. Esta afirmación no pretende disminuir el valor individual y colectivo de los escritores y científicos que permanecieron en España. Al contrario, estamos convencidos de la altura de su obra en condiciones poco propicias para la exaltación cultural. De cualquier forma, si es verdad que la cultura española en la península continuó dando frutos excelentes, también lo es el hecho de haber quedado mutilada, imposibilitada para seguir el ritmo de las décadas precedentes, obligada a abandonar la rampa de lanzamiento de los años 20 y 30.

Estudiar la aventura humana y profesional de políticos, intelectuales, artistas, científicos de todas las ramas del saber resulta, desde España, imposible. Su obra, en muchas ocasiones, ha quedado desperdigada en publicaciones locales, universitarias y en la prensa periódica de todo el continente americano. Sería necesario, además, reconstruir el entramado de cruces culturales, de relaciones humanas; hilvanar pacientemente la historia de tanta solidaridad y también, por qué no, de las naturales mezquindades, producto de rencillas y, sobre todo, de la misma condición de exiliado. Pero, además, hay

que tener presente que nuestros políticos, literatos, filósofos, etc., no trabajaron ni residieron en las mismas ciudades, ni siquiera en las mismas naciones. El investigador, si quisiera rehacer biografía y producción escrita, tendría que volver a recorrer los mismos lugares, visitar las instituciones donde trabajaron, localizar las editoriales, las cooperativas, existentes y desaparecidas. No abandonaron España sólo los políticos de izquierda que formaron gobierno en el exilio ni aquellos literatos famosos ya en la patria. En el continente americano se presentaron todos los antifranquistas que lograron huir. Muchos eran políticos desconocidos; otros literatos que alcanzaron la madurez y el prestigio en el exilio; mas no sólo ellos. Cogieron el barco del Atlántico filósofos, médicos, físicos, químicos, y además artistas de cine, de teatro, bailarines, cantantes, pintores y todo el largo etcétera proveniente de esa media España que, por motivos diferentes apoyó —o se vio obligada a apoyar— a los gobiernos frentepopulistas durante los tres años de guerra.

Tarea enorme la de seguir tantas huellas, tantas aventuras vitales, triunfos y fracasos. ¿Cómo coser tantos hilos desmadejados en un continente inmenso? ¿Cómo percibir la fusión de esos españoles con la minoría culta de cada país americano, en un momento de búsqueda de la identificación cultural y de la afirmación, al mismo tiempo, del hecho diferencial?

En estos últimos años, la historiografía nos ha regalado, aquí en España, trabajos de conjunto, memorias, publicaciones de muchas obras inéditas o prácticamente perdidas para el investigador. Sin embargo, la tarea por hacer supera, probablemente, la ya hecha. Además, buena parte de esa bibliografía sobre el exilio político y cultural lleva consigo el lastre del maniqueísmo y de la ignorancia.

No tomaron el camino del exilio sólo izquierdistas radicales, comprometidos políticamente. Muchos de ellos eran simplemente enemigos de la dictadura franquista, otros temerosos de probables injusticias, de rigideces injustificadas, de chivatazos asesinos. No fueron pocos los políticos e intelectuales católicos que, a pesar de los pesares, mantuvieron su fe en tierras lejanas; es más, para algunos de ellos el exilio significó el hallazgo de la religión abandonada o nunca experimentada.

El último exilio español de 1936 a 1939 alcanzó magnitudes descomunales. Por eso, su análisis necesita distinciones, precisio-

nes y, su reconstrucción, el esfuerzo de una vida de tantos investigadores dispuestos a hacer las maletas para América y allí, en exilio voluntario, reconstruir, autor por autor, materia por materia, aquel exilio, producto trágico de la guerra.

De este modo, podríamos obtener el cuadro de la España peregrina, pues sin ella todas las historias de la otra, la peninsular, no pasarán de ser parciales, desarticuladas. Si la historia es continua, no cabe pasar de los años treinta a los cuarenta o los cicuenta sin la producción y sin la experiencia humana, política, social de una parte considerable de la Edad de Plata de la cultura española.

Las páginas que siguen no pretenden mucho. Son conscientes de las trabas apuntadas y, además, de los propios límites de sus autores. Un trabajo de síntesis debería ser producto y punto final de la evolución de tesis y antítesis, de procesos analítico-interpretativos aún inexistentes. Por otra parte, el editor impone, lógicamente, espacio y tiempo. Los autores se han visto obligados a recortar, no sólo a autores y obras, sino también campos enteros del conocer y del expresarse, de la ciencia y del arte.

Sin embargo, lector amigo, este libro se presenta con el orgullo del desinterés político. Sus autores no deben nada a la izquierda ni a la derecha. Cada uno ha escrito en libertad esas páginas y de esa libertad han nacido, con interpretaciones no siempre iguales, pero homologadas por el afán de verdad y tamizadas por la humildad que los límites objetivos de catalogación del material nos han impuesto.

PRIMERA PARTE

ANÁLISIS DEL ÉXODO Y ACTIVIDAD POLÍTICA

Milagrosa Romero Samper

I

ALGUNAS CONSIDERACIONES HISTORIOGRÁFICAS SOBRE EL EXILIO

¿Exilio o exilios?

En plena época de trivialización, es dudoso que alguien ose lanzar una gran teoría capaz de explicar toda la realidad histórica: ya no hay Castros ni Albornoces, ni, mucho menos, Ortegas. Sin embargo, ¡qué cómodo es a veces teorizar, sobre todo bien instalados en una ideología, aunque esté en avanzado estado de descomposición! Una de las tentaciones mayores para hacerlo es la Historia contemporánea de España: nada más fácil que explicarla como un continuo desatarse de los instintos cainitas de los españoles, y ¿qué mayor cainismo que el que se manifiesta en una guerra civil? (recordemos que en los dos últimos siglos hay varias). Historiador hay, como veremos más adelante, que no ha podido dejar de sucumbir a esta tentación. Y, sin embargo, sería inexacto simplificar el cainismo a dos únicas «facciones» (término «archicainita» donde los haya y, naturalmente, español) y reducirlo a los períodos estrictamente bélicos. Nuestra última guerra ofrece numerosos ejemplos de «autocainismo», especialmente en la España republicana, que, para empezar, tuvieron consecuencias no sólo políticas, sino también militares: la derrota. Por si fuera poco, para desmentir la máxima de que las desgracias unen y confirmar, en cambio, el concepto pesimista del hombre, que en los momentos de peligro atiende a la supervivencia individual antes que a la de la especie, la división continuó e incluso aumentó durante los años de exilio.

En la reciente Historia de España, la palabra exilio evoca, pues, para muchas personas dentro y fuera de nuestras fronteras, una realidad tan dolorosa como amplia. Tan amplia que no carece de sentido preguntarse si no sería más adecuado hablar de exilios, en plural, y no en singular, porque nada hay más impropio que unir en el nombre (y en la historia) lo que en la vida estuvo no sólo separado, sino muchas veces enfrentado. Y, sin embargo, esto es lo que hace buena parte de la bibliografía tradicional sobre el tema, creadora y, al mismo tiempo, receptora de un mito del exilio que tiene su origen primero en una parte del mismo. Parece ser un error constante de la historiografía española esta excesiva propensión a la metonimia, es decir, a la confusión del todo con las partes. Cuando éstas, además, son muchas, el fenómeno se multiplica, en correspondencia con la visión totalitaria de cada una de ellas y el desenfoque resultante pasa de la mente del autor a la del lector, normalmente carente de conocimientos suficientes para corregir esta perversión. Como diría Ortega y Gasset, los árboles no nos dejan ver el bosque. Mejor dicho, en este caso, cada árbol se nos presenta como si fuera el bosque todo y el «mito del exilio» nos impide tener una visión completa de lo que pasó con toda aquella gente que durante y después de la guerra abandonó el suelo patrio. De todas formas, los historiadores no son los únicos responsables de esta parcialidad, mínima si se compara con la que aquejó en general a los protagonistas directos, con alguna sabia y honrosa excepción y alguna rectificación más o menos tardía.

Los problemas con los que se entrenta todo aquel que quiera analizar la historia de aquellas personas que, con motivo de la Guerra Civil, abandonaron temporal o definitivamente España son, por tanto, de diversa naturaleza, aunque estén estrechamente relacionados entre sí. ¿Qué es, en primer lugar, un exiliado? La pregunta no es tan banal como pudiera parecer, visto que casi todos aquellos que se enfrentan a este argumento, por no hablar de los propios exiliados que escriben y reflexionan sobre sí mismos, empiezan su análisis precisamente por ahí. La parte de la población evacuada en los momento de guerra, de una y otra parte, y que, al normalizarse la situación o al cabo de un tiempo, al contar con recursos económicos suficientes, vuelve a España, plantea el problema de la definición del exilio en sí: ¿fueron todos verdade-

ros exiliados políticos o, más bien, hubo también refugiados y deportados? Si es así, ¿qué se entiende por refugiado político, cuáles son sus características y quiénes se pueden considerar como tales? ¿Es justa la autoproclamación como exiliados políticos de diversas categorías de personas que emigraron simplemente en familia o cuyo único fin era poner a salvo su vida? ¿Se pueden aplicar a todos los emigrados términos como el de «transterrados» y otros, acuñados para expresar la raigambre en los países que los acogieron, o bien se trata, en el fondo, de conceptos restrictivos y discriminatorios? No menores problemas plantea el análisis de los componentes del exilio, que depende estrechamente del concepto que se tenga del mismo, por no hablar de los criterios subjetivos de los historiadores y, por qué no decirlo, de los mismos exiliados, preocupados las más de las veces en ofrecer una imagen prestigiosa, más allá de cualquier sentimiento solidario con aquellos compañeros menos afortunados social, cultural y económicamente. El subjetivismo en el análisis del exilio es, como se acaba de apuntar, uno de los mayores males que aquejan a la historiografía sobre este argumento. Al subjetivismo ideológico hay que sumar el de tipo «sentimental», más puramente psicológico, que hace que los protagonistas de los hechos se encierren en sí mismos en melancólica contemplación, perdiendo conciencia del mundo circunstante y de las propias coordenadas temporales. Su misma actitud condiciona al mismo tiempo sus relaciones con los «españoles de España». Naturalmente, todos estos problemas tienen su reflejo inmediato en el tipo de obras escritas o inspiradas por los mismos exiliados, que pertenecen, por lo general, a unos géneros muy concretos. Por lo demás, si bien no se puede hablar de un vacío bibliográfico sobre el argumento, llama la atención el relativamente escaso número de obras de carácter general publicadas de una cierta entidad y, sobre todo, el «silencio» de los mismos interesados, que sólo en contadas ocasiones se rompe, sin traspasar en general los límites de la polémica o de lo autobiográfico.

¿EXILIADOS, TRANSTERRADOS O CONTERRADOS?

¿Qué significa, ante todo, hacer una historia del exilio? Javier Rubio, a quien se debe uno de los estudios más completos sobre esa

otra España[1], subraya las diferencias específicas del «emigrante político» respecto al emigrante económico: lo forzoso de su situación hace más difícil su adaptación a la vida del nuevo país, mientras que España se convierte en continuo punto de referencia. Una España cada vez más sublimada y que se identifica exclusivamente con los años de la República y de la Guerra Civil, en el caso de los republicanos, y con otras épocas anteriores en el de aquellos que huyeron de la República, que también los hubo. Al margen del grado de integración alcanzado, para el «verdadero» exiliado, la dimensión política se convierte así en su misma razón de ser, en una seña de identidad a la que no cabe, por tanto, renunciar. De ahí la irreductibilidad de muchos exiliados, en aparente desajuste con el paso del tiempo y el cambio de las circunstancias políticas en España. Naturalmente, esta definición de exiliado político deja fuera a las masas de evacuados por circunstancias de la guerra que, una vez atravesada la frontera, sobre todo la francesa, volvieron a España o se transformaron en parte de la emigración de tipo económico. El mismo autor señala la existencia, en los años de la posguerra española, de una corriente migratoria de este cariz que, al llegar a México, se declaran refugiados políticos con el solo fin de regularizar mejor su situación. Los rasgos definitorios del verdadero exiliado serán pues, para Rubio, la conciencia política y la permanencia, si bien esta última dejaría fuera a muchos verdaderos exiliados que optaron por el retorno, algunos de la primera hora y tan conspicuos como Ortega y Gasset y Marañón.

Otro concepto no menos problemático, si bien más halagüeño para los países de destino (sobre todo americanos) es el de «transterrado», acuñado por José Gaos[2], que ha tenido una enorme fortuna entre parte de los mismos exiliados y de los estudiosos del tema. En el fondo, equivale al «encuentro de dos culturas» o «doble descubrimiento» que quiere a veces sustituir al más imperialista o, por lo menos, eurocéntrico «descubrimiento» a secas. No muy diferente es el término «conterrado», acuñado por Juan Ramón Jiménez al llegar a la Argentina. Los que así se sienten proclaman sus raíces al tiempo

[1] *La emigración de la guerra civil de 1936-1939. Historia del éxodo que se produce con el fin de la II República española,* Madrid, Librería Editorial San Martín, 1977, 3 vols., pp.728-731.

[2] «Los "transterrados" españoles de la filosofía en México», en *Filosofía mexicana de nuestros días,* México, 1954, pp. 313-316.

que manifiestan su adhesión a la nueva tierra, en la que perciben un sustrato cultural común. Esto es lo que, en definitiva, hace posible la plena integración y la sustitución de la sensación de destierro por la de «transplante». Ahora bien, ¿se puede pensar que todos los exiliados compartan este sentimiento? Por otra parte, el concepto de transterrado ¿no será, en el fondo, incompatible con el de exiliado «puro y duro», que, a pesar de lo ya definido de la situación, la sigue viviendo como algo transitorio, sin llegar a identificarse plenamente con su nueva patria? ¿Se puede llamar «transterrados» a los exiliados convertidos en «gachupines» o «gallegos», que muchas veces se siguen considerando extraños a la sociedad que les ha visto prosperar? Este concepto, por lo atractivo (y retórico), tiene además el inconveniente de reducir el difícil y doloroso proceso de adaptación a una sencilla operación de jardinería. En efecto, bajo los quintales de retórica sobre la generosidad o la hermandad de los pueblos hispánicos se esconde una realidad mucho más dura que el sentimentalismo, el agradecimiento, el éxito final o, simplemente, el egocentrismo y la ignorancia voluntaria o involuntaria han venido a ocultar, en beneficio de esa idealización o mitificación del exilio antes aludida. Paradójicamente, a pesar de sus connotaciones intelectuales, el término «transterrado» quizá sea más apropiado para los exiliados «de a pie», que llegaron a una mayor identificación con su nueva patria a través de la integración económica, social y familiar, y que, al abandonar la lucha política, dejaron su preocupación directa por España en un segundo plano.

La circunstancia del exilio suele considerarse como forzosa y no sin razón, puesto que, por lo general, es la única alternativa a la muerte o, por lo menos, a unas condiciones vitales restringidas o degradadas. Pero también es una elección, sobre todo una vez terminada la contienda. No se olvide que, como señala Nicolás Sánchez Albornoz, él mismo (y no fue el único) eligió la vía del exilio (previa encarcelación y fuga) en 1948 [3] y que, hasta 1975, el «goteo» fue continuo. No falta tampoco en estos años quien se declara «exiliado interior» (pudiendo hacerlo como «opositor» o «disidente»), pero está claro que, precisamente por quedarse dentro, este último caso queda

[3] «Los dos exilios de Nicolás Sánchez Albornoz», en *Cincuenta años de exilio español en Puerto Rico y el Caribe, 1939-1989*, La Coruña, Ediciós do Castro, 1991, pp. 163-167.

fuera de los límites de nuestro estudio. Como quedan fuera incluso del concepto mismo de exiliado los españoles que ya estaban trabajando fuera durante la República (con la que se mostraron solidarios *a posteriori*), si no antes, como es el caso de Buñuel y Picasso (¿por qué no Dalí, porque volvió?), que Abellán (y no es el único) incluye reiteradamente en la lista de exiliados ilustres. Parece claro que, en estos casos, el motivo fundamental de la emigración es de tipo profesional y que la disconformidad con el régimen de Franco es algo posterior.

La cosa se complica aún más si se considera que la bandera política que cobijó a los exiliados no siempre fue la misma. Con frecuencia se olvida a ese contingente de exiliados que huyeron de la zona republicana pidiendo asilo, por ejemplo, en las sedes diplomáticas, no siempre de adscripción política clara, entre los que tuvieron representación los distintos sectores de la España *nacional* y, por supuesto, los monárquicos, una parte de los cuales desplegaría una importante actividad política desde el exilio durante el régimen de Franco. Entre unos y otros se sitúa la «tercera España», que rehuyó el conflicto por no identificarse con ninguna de las dos partes. Menéndez Pidal, Américo Castro, Ortega y Gasset o Marañón, de hondas convicciones republicanas, pero contrarios al curso que habían tomado los acontecimientos, se cuentan entre los representantes más conspicuos de esta corriente, de carácter fundamentalmente intelectual, y que después de la guerra tomó rumbos diversos, como, por lo demás, la generalidad del exilio, al optar unos por el regreso y otros por la permanencia fuera de España.

El matiz marcadamente intelectual de estos exiliados puede inducir a error en lo que se refiere a la composición socioprofesional de esta emigración, al igual que los filtros ideológicos han dejado fuera a los sectores poco antes señalados. En efecto, sea por una solidaridad mal entendida del historiador con sus compañeros de gremio, sea por un afán mitificador, o bien por partir de conceptos restrictivos como los mencionados más arriba, el caso es que se ha impuesto la imagen de un exilio mayoritariamente formado por intelectuales o, por lo menos, de un alto nivel cultural y profesional, que vino a suponer una verdadera «sangría» de recursos humanos para España, que quedó, por así decirlo, convertida en un verdadero páramo de ideas y de personas cualificadas. Como todas las generalizaciones

que llevamos vistas hasta ahora, queda desmentida por los datos concretos: los intelectuales o personas encuadradas en las profesiones liberales no fueron, con mucho, la mayoría; lo que sí es cierto es que su porcentaje fue mayor (debido principalmente a la disponibilidad económica) en la corriente que emprendió el rumbo de América y que ello tuvo unas repercusiones importantes en la vida de estos países.

¿España es diferente?

Como suele suceder siempre con los acontecimientos especialmente dramáticos, la reflexión sobre el exilio se convierte con frecuencia en una reflexión general sobre la Historia de España. Tampoco sobre este punto existe unanimidad, ni siquiera entre los mismos exiliados. Es notoria la tendencia de Américo Castro a sobrevalorar las peculiaridades de la Historia española en las obras escritas durante el exilio, y su polémica con Sánchez Albornoz, médula de la historiografía hispana durante buena parte del siglo. Pero, como observa Marichal[4], si para Castro el pasado pesaba como una losa, para observadores más atentos de la realidad europea, como Francisco Ayala, no cabía desligar de ésta la historia española, reduciéndola a un caso excepcional. El mismo autor destaca, por el contrario, la mesura intelectual y el espíritu constructivo de Ferrater Mora, que, más que de divisiones y enfrentamientos pasados, se ocupa de los puntos de unión de cara al futuro.

No falta quien, frente a Marichal, que ve el exilio, en el fondo, como parte de un fenómeno generalizado en el siglo XX, si bien de profunda repercusión intelectual, lo siga considerando, al estilo de Américo Castro, una peculiaridad de la historia española y, en concreto, un producto típico de la «mentalidad inquisitiorial». Esta última se encarnó durante el siglo XIX, según Abellán, en el ejército, que en la Guerra Civil se presenta con carácter monolítico como representante de la voluntad y con una verdadera «voluntad de exterminio»[5]. Parece

[4] «La singularidad histórica del exilio español», en *La otra cara del exilio: la diáspora del 39*, Madrid, Universidad Complutense, 1990, pp. 65-77.

[5] «Hacia la otra cara del exilio: análisis de un fenómeno histórico», ibíd, pp. 9-20. El mismo texto, con el título «Reflexiones filosóficas del cincuentenario», en *Cincuenta años de exilio español en Puerto Rico y el Caribe, 1939-1989*, pp. 47-59.

olvidar de esta forma el protagonismo militar en la implantación del liberalismo durante el siglo XIX, así como la actitud no menos inquisitorial de algunos gobiernos de este signo. Por otra parte, el elemento de voluntad política que distingue al exilio de la deportación, el destierro o la expulsión, siempre según Abellán, matizaría en el fondo la repercusión de la mencionada mentalidad inquisitorial. Por lo demás, este filósofo, como la mayoría de los que escriben sobre el tema, no deja de encuadrar el exilio español en la larga serie de movimientos de este tipo característicos de la historia de este siglo, aunque lo sigue considerando como excepcional, más por ese prurito de diferencia antes señalado que por su importancia desde el punto de vista intelectual, como hace Marichal.

Ni que decir tiene que, dentro de esta interpretación, la censura impuesta por el régimen de Franco determinaría la práctica inexistencia de obras sobre este argumento. Lo que no está tan claro es por qué esta circunstancia debía afectar en igual medida a los mismos exiliados, que gozaban de total libertad para escribir y publicar. El mismo Salvador de Madariaga, sin ir más lejos, dedica un sólo capítulo de su obra *España* al «éxodo», sin preocuparse por actualizarlo a partir de su publicación, allá por 1942. Como no podía ser menos, siguiendo la tendencia general de la disensión del mismo exilio, también en esto discrepan los que se ocupan del tema. En primer lugar, un examen atento de la bibliografía hace desvanecerse la idea de que «no hay nada publicado», como parecen opinar Abellán o el mismo Rubio, si bien es verdad que buena parte de estas obras es muy reciente. Pero, de todas formas, el último de los autores citados menciona una serie de causas por las que la producción bibliográfica de y sobre el exilio fue más exigua de lo que su importancia numérica e intelectual hubiera permitido imaginar, al menos hasta finales de la década de los 70. Puede que el mismo aislamiento intelectual en que fue cayendo buena parte del exilio contribuyera a la relativa falta de interés y a la ausencia de diálogo, como señala Rubio. Iniciativas como la de José Luis López Aranguren en 1953 chocaron con la incomprensión de los intelectuales exiliados cuya colaboración se pedía. A un exiliado de segunda hora, como Nicolás Sánchez Albornoz, no dejó de extrañarle en su momento este aislamiento: le dio la impresión de que los exiliados escribían para leerse entre sí, sin contar con la existencia de un públi-

co en el interior[6]. Esta actitud de superioridad y de hipersensibilidad fue, sin duda, en detrimento de la relación y el interés mutuos, y, lógicamente, de la producción historiográfica sobre el exilio, hasta que años más tarde, con la ruptura del aislamiento y un mejor conocimiento de la realidad española, empezaron a cambiar las cosas. Otro factor de antipatía, por decirlo así, o, más bien, de renuencia a la hora de estudiar este argumento hubo de ser, siempre según el mismo autor, el victimismo de los exiliados, cuyo fracaso político no estaba en relación con su autoestima como luchadores por la libertad no sólo en la Guerra Civil, sino en la misma Guerra Mundial, y cuyos méritos intelectuales no siempre habían sido reconocidos suficientemente en el país de adopción[7]. Sea como fuere, el caso es que hoy en día asisimos a una verdadera eclosión bibliográfica sobre la emigración causada por la Guerra Civil y, si bien algunos vacíos son ya imposibles de colmar (como es el caso de la ausencia de memorias o autobiografías de algunos de los protagonistas de este período), cabe esperar que de los diferentes estudios monográficos se desprenda una visión cada vez más objetiva y completa.

No ha sido, en efecto, la objetividad la característica fundamental de quienes han tratado este asunto. Ya desde los primeros días del exilio, a bordo de las naves que trasladaban a los refugiados a su destino temporal o definitivo, se empezaron a publicar páginas de fuerte contenido polémico. Si en aquellas circunstancias era lógico y comprensible, no lo es tanto que tal espíritu tuviera su continuación en obras con pretensiones históricas. Ni que decir tiene que esta combatividad ha ido casi siempre de la mano del panegírico. No es difícil comprender a quién se dirigía cada cual. En el primer caso, las pullas se dirigen, lógicamente, al régimen vencedor de la contienda, pero también a los desafortunados compañeros de viaje que habían cometido el error de militar en otra formación política diversa de la propia. Las alabanzas tienen por objeto a la nación de destino o bien al propio grupo político o al conjunto del exilio en sí, considerado casi siempre como la «verdadera» España, y no proceden tampoco exclusivamente del ámbito de los exiliados ni dejan de arreciar con el paso de los años, como se puede comprobar a poco que se

[6] «Los dos exilios...», ibíd, pp. 166-167.

[7] Rubio, *op. cit.*, pp. 770 y ss.

ojee alguna de las obras más ambiciosas publicadas a partir de 1976. Por seguir ocupándonos de los «géneros» de la literatura sobre el exilio, hay que señalar los diversos intentos de realizar una historia oral, a base de testimonios directos de exiliados de mayor o menor relieve[8], así como la cantidad de memorias, biografías o evocaciones escritas en la mayoría de los casos por los mismos protagonistas o por parientes cercanos, que, si bien a veces colman el vacío de la intrahistoria de los exiliados de a pie o de segunda fila, otras pecan de ingenuidad, sentimentalismo o falta de perspectiva y objetividad[9].

Las raíces de la subjetividad

La parcialidad, como se ha visto, se manifiesta hasta en la misma definición del exilio y en el análisis de sus componentes. El motivo fundamental de esta subjetividad es, sin duda, ideológico. Se ha aludido ya al peso indudable de este factor en las obras escritas por los mismos exiliados, que tienden a justificar las opciones políticas y la acción del grupo propio en detrimento de los adversarios. Lógicamente, no faltan tampoco voces reflexivas que intentan analizar las causas del fracaso político de la emigración, denunciando una y otra vez la división y la falta de conexión de la mayoría de los líderes con la realidad[10]. La adscripción a un determinado partido o corriente política pesa también (lo cual es más grave, pero no menos frecuente) en no pocos historiadores de fuera del exilio. Rara es, por ejemplo, la obra de conjunto o el congreso en que no aparezcan in-

[8] *Vid.*, por ejemplo, Ascensión H. de León Portilla: *España desde México. Vida y testimonio de transterrados*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1978; también *Palabras del exilio*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1980-88, 4 vols. Algunas obras fundamentales se cierran también con una serie de entrevistas, como *El exilio español en México, 1939-1982*, México, Fondo de Cultura Económica, 1982.

[9] Sirvan como muestra heterogénea, entre otras, las obras de Mirentxu Amezaga Clark: *Nere Aita, el exilio vasco en América*, San Sebastián, Txertoa, 1991; Carmen R. Ramón i Tomas: *Pascual Tomás, un ugetista en el exilio*, Valencia, Edicions Alfons el Magnànim, 1989; Xerardo Díaz Fernández: *Desde la diáspora*, La Coruña, Ediciós do Castro, 1991, o el libro más periodístico de Alberto Elósegui: *El verdadero Galíndez*, Bilbao, Ediciones Saldaña Ortega, 1990.

[10] Paradigmáticas, en este sentido, las *Cartas a un español emigrado* de Paulino Masip (s. l.: México), Publicaciones de la Junta de Cultura Española, (s. a.: junio de 1939). Entre tantas obras «de reflexión», sirva también como ejemplo la de Carlos Esplá: *¿Cuándo volvemos a España?*, México, Ateneo Salmerón, 1942.

terpretaciones dictadas por la mera pasión política, aun cuando los autores denuncien la parcialidad y la división todavía imperantes en los exiliados supervivientes [11].

Otro factor ideológico que distorsiona la visión del exilio es una interpretación de la guerra análoga, pero inversa, a la de «cruzada» imperante en el bando vencedor. Se trataría, en definitiva, más de un conflicto internacional que de una guerra civil, con el que los partidos nazi-fascistas habrían iniciado la política de invasión que culminaría en la Segunda Guerra Mundial. Esta versión (en virtud de la cual los exiliados se convierten automáticamente en los «auténticos españoles») tuvo su fortuna ya durante la guerra en algunos sectores de la opinión liberal en el extranjero y constituyó el punto fundamental de la campaña que contra el régimen de Franco se desarrolló en las Naciones Unidas en la segunda mitad de los años cuarenta, al tiempo que servía para justificar la resurrección del aparato institucional republicano en el exilio. Por supuesto que, si la identificación con determinada postura ideológica lleva una visión excluyente y polémica del exilio, esta particular versión de la guerra no está exenta de peligros historiográficos. El primero, común en ambos casos, es la atribución de protagonismo a un solo sector del exilio: la filiación política puede llevar a no dar importancia más que a la acción de, por ejemplo, los comunistas, pero también a identificar el exilio exclusivamente con sus élites políticas, olvidando las voces disidentes y la mayoría más o menos silenciosa. De aquí a sobrevalorar el papel político del exilio, considerándolo como la única oposición al régimen de Franco, hay sólo un paso, que no pocos hombres ilustres (con honrosas excepciones, como Prieto) dudaron en dar.

El mito de la generosidad de los países americanos (en especial, México) conlleva también una curiosa interpretación y el «olvido» de algunos aspectos importantes. Tal es el caso, para empezar, del papel jugado por los Estados Unidos durante el planteamiento de la cuestión española en la Organización de las Naciones Unidas, o su peso específicio en las políticas de sus «pequeños hermanos» del sur, por no hablar de su misma importancia como destino. Pero qui-

[11] Valga como muestra Alberto Fernández: «Las formaciones políticas en el exilio», en la obra dirigida por J.L. Abellán *El exilio español de 1939*, vol. II: *Guerra y política*, Madrid, Taurus, 1976, pp. 123 y ss.

zá sea más patente todavía esta mitificación si se tiene en cuenta el antiespañolismo imperante en la misma población mexicana y cubana, a vueltas con la leyenda negra, el sentimiento independentista y el indigenismo revolucionario de última hora (en el caso de la nación azteca). Como suele suceder en estos casos, las causas y los efectos se encadenaron hasta hacerse casi indisolubles. El contraste entre las efectivas medidas de acogida puestas en práctica por los gobiernos, por un lado, y, por otro, el recelo (por no decir la franca hostilidad) de importantes sectores sociales hacia los recién llegados contribuyeron a fortalecer el mito de la «verdadera España», distinta de la que quedaba atrás como prolongación de un pasado opresor y ominioso, que seguía los pasos de libertad y progreso emprendidos por las repúblicas hermanas a partir de su independencia. El olvido afecta también a motivos más concretos y menos teóricos del antiespañolismo, como el miedo a una «infección» revolucionaria o la simple defensa de los intereses laborales o profesionales de una parte importante de la población. Y se olvidan también, por supuesto, los obstáculos legales y económicos, así como las dificultades de adaptación al nuevo medio.

El predominio de un punto de vista sentimental (en el sentido de nostálgico) ha distorsionado también el peso político real de los exiliados, haciendo que no se tengan en cuenta las circunstancias políticas del país de destino ni la situación internacional, de las que se puede decir que, en última instancia, dependió.

Vemos, por tanto, cómo los errores historiográficos sobre el exilio tienen las mismas raíces que los que aquejan a la producción sobre la Guerra Civil. Otros límites al estudio lo constituyen el concepto mismo del exilio y el difícil análisis de su composición. Se trata, en definitiva, de factores de tipo conceptual e ideológico, que condicionan de antemano los resultados de la investigación (cuando la hay) o la interpretación, *a posteriori,* de los hechos (cuando se trata de una evocación en primera o tercera persona). En cualquier caso, la producción bibliográfica sobre el exilio demuestra una vez más la necesidad de una distancia prudencial para examinar los hechos con ecuanimidad. Distancia cronológica porque ha de ser distancia sentimental y distancia también (y sobre todo) ideológica, para que el estudioso no se deje arrastrar por pasiones ya definitivamente extinguidas.

Diferencias específicas del exilio español

De lo dicho hasta ahora, se puden deducir algunas de las características que diferencian el exilio español de 1939 de otros movimientos migratorios semejantes. Conviene recordar una vez más, sin embargo, que una noción restrictiva del exilio (sea desde un punto de vista político o intelectual) es siempre, forzosamente, parcial, por no decir injusta con la masa de exiliados que no se ajustan a estos modelos establecidos, al fin y al cabo, por minorías.

Sin embargo, uno de los aspectos que llama la atención es, precisamente, la importancia numérica del éxodo. Nada más terminar la guerra, se encuentran fuera de España unas 450.000 personas (que en parte serán repatriadas). En los años sucesivos, sólo en América, objeto de nuestro estudio, habrá un total de 32.000 españoles (procedentes en parte de Europa). Esta cifras no deben hacer pensar, en cambio, en el exilio español como un fenómenos sin precedentes. En efecto, una comparación con las otras grandes emigraciones políticas que han tenido lugar en Europa durante este siglo pone —desgraciadamente— en entredicho la tan cacareada singularidad española: la proporción de emigrados es similar a la producida por la Revolución Rusa y viene superada en más del doble (siempre en términos relativos) por la de húngaros que abandonaron su país en 1956, por no hablar de las movilizaciones de alemanes y polacos al final de la Segunda Guerra Mundial [12].

El destino americano (motivado por las circunstancias bélicas en Europa, las ofertas concretas de los gobiernos americanos en función de su política interior y exterior y, por parte de los exiliados, la afinidad cultural) es otra de las peculiaridades del exilio de la Guerra y posguerra Civil respecto a otros precedentes o contemporáneos. Junto al número, hay que señalar la diversidad, tanto de filiación política o ideológica, como socioprofesional, que a su vez condiciona en buena medida el destino europeo o americano. Es innegable, también, su impacto en la sociedad de adopción, sobre todo en el caso de los emigrados más cualificados. Otra característica es la duración temporal. Si en un principio el exilio es transitorio, con el pasar del tiempo, la consolidación de las circunstancias políti-

[12] El cálculo de estas cifras, en Rubio, *op. cit.*, p. 208.

cas que en parte lo determinan y, no lo olvidemos, el arraigo en los países de adopción, vienen a convertirlo en permanente, a pesar de que no falten disposiciones legales por parte del gobierno de Franco para facilitar el retorno. Es esta adaptación lo que, junto a la irreductibilidad (que tantas veces se menciona como causa única), determina, en última instancia, el afianzamiento como exiliado. Por otra parte, al contrario de lo que sucede en otros casos, el éxodo continúa (si bien en proporciones ya limitadísimas) una vez terminado el conflicto. Quizá quepa hacer aquí la distinción entre un exilio de naturaleza bélica (producido por las evacuaciones y el miedo a las represalias generales de la primera hora) y otro protagonizado por personajes de mayor o menor significación política o, simplemente, disidentes. En este sentido, se ha hablado también de exilio de masas y exilio de minorías, respetando así la condición de exiliados del primer grupo, a veces menospreciados por el segundo debido a su menor protagonismo político. Este último factor no puede considerarse, por sí solo, como definitorio de la emigración española de la Guerra Civil, si bien es verdad que la política constituyó el núcleo de la vida de esas minorías. Resultado de esa conciencia política (que se exhibe con orgullo) es una actividad tan febril, al menos inicialmente, como ineficaz, así como el mantenimiento de un aparato gubernamental e institucional distintos, dadas las circunstancias de su «resurrección» y de la realidad española, de los que mantuvieron algunos de los países ocupados durante la Segunda Guerra Mundial. Esta diferencia reside fundamentalmente en la ocupación, por lo que los mismos exiliados, para justificar su actitud, intentan presentar ante las potencias vencedoras el gobierno de Franco como producto de una invasión, como se ha señalado más arriba. La voluntariedad del exilio podría ser otra de las características distintivas del caso español, de no ser porque, seguramente, en el ánimo de muchos refugiados fue visto como un hecho forzoso. Que tal apreciación fuera más o menos objetiva es otra cuestión, por lo demás harto difícil, por su naturaleza, de dilucidar. La libertad de la opción parece algo mucho más claro en las minorías que emprenden este camino una vez afianzado el régimen de Franco.

En la guerra española se ponen en práctica en Europa, por primera vez, convenciones internacionales sobre el derecho de asilo y se desarrolla (a veces de forma ambigua, todo hay que decirlo) la

doctrina de no intervención, que será de nuevo objeto de debate cuando en las Naciones Unidas, en presencia de representantes oficiosos del gobierno de la República en el exilio, se plantee la llamada «cuestión española». Además de las iniciativas de países extranjeros, en la organización del éxodo tuvieron gran importancia organismos internacionales no gubernamentales, a veces ideológicamente neutros. Pero tuvieron también un peso enorme las organizaciones dependientes o afines a partidos políticos, que pusieron en práctica un sistema de distribución de ayudas en función de la adscripción de los interesados, si bien oficialmente, para evitar acusaciones, se establecieran unas cuotas proporcionales. Ya en el terreno de la asistencia, se percibe, por tanto, una de las lacras de la zona republicana, que tendrá su largo epílogo en el exilio y que tal vez sea su rasgo principal: la división, por no decir el enfrentamiento, de las diversas facciones. El afán de protagonismo, además, exacerbó el aislamiento y contribuyó aún más a perder de vista lo que, casi por definición propia, había sido el punto de referencia constante de los exiliados: España. Una España cuya realidad ya no se correspondía con el recuerdo anterior a la Guerra Civil que ellos conservaban, fosilizado, en la memoria.

Particularidades de índole humana, por tanto, y también política, que delinean un fenómeno aparentemente anacrónico en pleno siglo XX, para quien sólo vea en la historia española un caso aparte y olvide que los conflictos y dramas humanos son la azarosa norma que confirma la excepción de la paz, que tan engañados nos tiene en este fin de milenio.

II

LA SALIDA DE ESPAÑA

Los primeros refugiados: el asilo en las embajadas

Las palabras «exilio» o «éxodo», referidas a la Guerra Civil española, se suelen asociar a las personas de la zona republicana que, ante el avance de las tropas de Franco, fueron abandonando España en los últimos meses de la guerra o bien a los que lo hicieron sin formar parte de ningún contingente de evacuados, por voluntad propia, incluso durante la posguerra. Pero, necesariamente, por tratarse de una guerra civil, cuando el resultado de ésta era indeciso, hubo refugiados de las dos partes. La forma en que se desencadenó la guerra y el cariz verdaderamente revolucionario que adquirió en buena parte de la zona republicana hizo que muchas personas, atrapadas por los acontecimientos, buscaran una vía de escape en el terreno inviolable de las representaciones diplomáticas. Éstas constituían no sólo un refugio seguro, sino además y sobre todo, casi la única posibilidad de salir del país, por no decir de la «zona roja»: aunque el gobierno de la República no permitía la repatriación de los evacuados por las embajadas, para muchos de éstos (sobre todo los varones en edad militar), el objetivo era pasarse a la otra zona como combatientes. Los problemas jurídicos e incluso logísticos planteados por la aplicación del derecho de asilo sentaron (paradójicamente) los principios por los que se regirían algunos países en su política posterior hacia los refugiados del otro bando. Pero, en definitiva, se trató de una cuestión de humanidad más que de la estricta aplicación de un derecho no siempre bien establecido o, en cualquier caso, no unánimemente aceptado ni

formulado. Por ello encontramos entre los refugiados a familiares de Azaña y por ello la política de cada legación depende sobre todo del talante personal de su jefe. Ni que decir tiene que, a diferencia del republicano, este exilio fue, la mayoría de las veces, temporal.

Mucho se ha discutido —como sucede, por lo demás, siempre que se trata de cifras— sobre el número de personas que, sobre todo en los primeros meses de la guerra, buscaron refugio en las legaciones diplomáticas mientras durase el conflicto o, en su mayoría, como primer paso para salir del país. El total de los refugiados en las embajadas de Madrid se ha estimado entre 15.000 y 20.000, si bien parece más segura la cifra de 12.000 en el momento de mayor importancia del fenómeno, a finales del mismo año 1936, cuando las embajadas están llenas antes de empezar las evacuaciones [1]. La mayor dificultad para establecer con precisión estas cifras es la falta de fuentes fiables, así como la inclusión en el número de asiliados de personas que, sin refugiarse en las legaciones, se sumaron en los puertos a las expediciones de evacuación. Por otra parte, aunque no se suele tener en cuenta, no sólo las embajadas, sino también los consulados de las provincias desempeñaron esta función: por ejemplo, por parte de Argentina, la primera concesión de asilo tuvo lugar ya el 24 de julio de 1936 en San Sebastián [2]. Otro problema es el de determinar con precisión el número de refugiados españoles, pues no pocos súbditos extranjeros se dirigieron a su correspondiente representación. En el caso de las de los países hispanoamericanos, muchos españoles se valieron de los lazos familiares o incluso de la doble nacionalidad para poder acogerse a este derecho. Por este motivo, así como por el desarrollo en estos países de la doctrina del derecho de asilo, aparte de otras consideraciones de tipo histórico y cultural, dos terceras partes de los refugiados eligieron ponerse bajo su protección. Otro factor (la simpatía apenas disimulada hacia los sublevados) explica la generosidad de sedes como las de Cuba

[1] Rubio, *op. cit.*, pp. 100 y ss.

[2] Beatriz J. Figallo: *La argentina en la Guerra Civil Española (Defensa y aplicación del Derecho de Asilo)*, p. 118. Se trata de una tesis de licenciatura inédita presentada en 1984 ante el Instituto de Historia de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de Rosario, Universidad Católica Argentina, y citada por Mónica Quijada: *Aires de República, aires de Cruzada: la guerra civil española en Argentina*, Barcelona, Sendai, 1991, p. 55.

(con 488 refugiados a fines del 36), Perú (con 500 por las mismas fechas, hasta que fue asaltada en mayo de 1937), fuera del ámbito americano, Finlandia (con 600) y, sobre todo, Chile (con 2.000 repartidos en varios edificios) [3], cuyo jefe, Aurelio Núñez Morgado, llegó a ser considerado *persona non grata* por el gobierno de la República [4] Ello no fue óbice, sin embargo, para que Largo Caballero le encomendara a las hijas del duque de Veragua [5]. En otras representaciones, como las de Francia (con más de 800) y Turquía (con 545) y, sobre todo, Noruega (con casi 900), no tuvo peso la afinidad política; en el último caso tuvo particular importancia la personalidaad del cónsul. Otras naciones que concedieron el derecho de asilo fueron Bélgica, Checoslovaquia, China, Francia (800 casos a finales de 1936), Países Bajos, Polonia, Rumanía, Suecia, Suiza y, naturalmente, Alemania e Italia mientras mantuvieron relaciones diplomáticas con el gobierno de la República (condición imprescindible para poder aplicar este derecho). Estados Unidos, sin embargo, rehusó aplicarlo de forma colectiva, y lo mismo hizo Inglaterra, aunque lo concedió en los buques de guerra. Así, hasta junio de 1937, habían zarpado de las costas levantinas bajo bandera británica más de 20.000 personas [6]. Por lo que se refiere al resto de los países hispanoamericanos, las embajadas de Colombia y Bolivia albergaron a menos de un centenar (siempre a finales de 1936) y Panamá a 340 (en mayo de 1938). Además de Brasil (con 70 casos), también ofrecieron asilo en Madrid la República Dominicana y Paraguay, países para los que no se dispone de datos concretos. Mención aparte merecen Uruguay, Argentina y México.

El primero de los países mencionados acogió refugiados en su embajada hasta que las tres hermanas del vicecónsul fueron asesina-

[3] Rubio, *op. cit.*, p. 101.

[4] Quijada, *op. cit.*, p. 43. En su obra *Los sucesos de España vistos por un diplomático*, Buenos Aires, Talleres Gráficos Argentinos L.J. Rosso, 1941, este embajador estimó el número total de asilados en 15.000.

[5] El embajador chileno, decano del cuerpo diplomático, mantuvo también conversaciones con el presidente del Gobierno a propósito de la evacuación del Alcázar de Toledo. F. Largo Caballero: *Mis recuerdos*, México, Ediciones Unidas, 1976, p. 173.

[6] Rubio, *op. cit.*, p. 106. No se especifica su origen; seguramente la cifra incluya refugiados de las dos zonas.

das en la carretera de Andalucía. La consecuencia inmediata fue la ruptura de relaciones con el gobierno republicano en septiembre del 36. Sus intereses quedaron a cargo de la legación argentina, que encontró mayores dificultades para evacuar a estos asilados que a los propios [7], que en enero de 1937 eran más de 400 [8]. Aparte de éstos, hasta finales del año anterior había logrado evacuar 800 personas de nacionalidad argentina. El éxodo de súbditos extranjeros, lógico en circunstancias bélicas, tiene en este caso motivos además bien fundados, ya que, a pesar de las medidas de protección acordadas con el gobierno (un brazalete identificatorio), entre julio y octubre de 1936 se encontraron los cadáveres de media docena de ciudadanos argentinos. Los refugiados de esta nacionalidad eran en su mayoría personas de situación desahogada y de postura política conocida. Pero es muy posible que en su número haya que incluir también a sus parientes. Sin contar estos vínculos familiares, la mayoría de los asilados en la legación argentina tenían algún tipo de relación social o laboral con aquel país. Entre los evacuados a través de esta embajada, parece que hay que contar a la mujer de Azaña y las hijas de Indalecio Prieto [9]. Para sacar del país a los refugiados, Argentina disponía de un barco de guerra anclado en el puerto de Alicante. Primero en el crucero *25 de Mayo* y después en el torpedero *Tucumán* (que realizaron tres y doce viajes, respectivamente), ya en otoño de 1936 fueron embarcados rumbo a Marsella la mayoría de las mujeres y los niños, empezando en el mes de enero la evacuación de los hombres entre 18 y 45 años. De esta forma, a mediados de 1937 la embajada quedó desalojada. En el total de embarcados (1.741) hay que incluir a las personas que, sin haber solicitado asilo, se sumaron en el puerto a las expediciones [10]. El éxito de la operación se debió al interés del gobierno republicano en mantener buenas relaciones con Argentina y su esperanza de que prosiguiera sostuviera su política de «prescindencia» (que, dadas las convicciones íntimas de los gobernantes argentinos, era lo máximo a que se podía aspirar). Se establecieron así negociaciones bilaterales, como en el

[7] Quijada, *op. cit.*, pp. 46 y 54.
[8] Ibíd., p. 55; cita a Figallo, *op. cit.*, p. 118.
[9] Ibíd., p. 55.
[10] Rubio, *op. cit.*, p. 102.

caso de México, rechazándose las iniciativas para establecer un acuerdo general sobre el derecho de asilo. Pesaban también los intereses económicos, ya que la República platense era tradicionalmente el mayor importador americano de productos españoles y contaba con una numerosa colonia hispana.

Los asilados, por otra parte, no dejaban de ser un arma política en manos de la República. En septiembre de 1937, el ministro de Estado, Jiménez de Asúa, aconsejaba desde Buenos Aires demorar la evacuación como medio para impedir que los países hispanoamericanos hostiles al gobierno republicano, al verse libres de esa responsabilidad, siguieran el ejemplo de Uruguay y pasaran a apoyar, más o menos abiertamente, al otro bando. En Argentina, la política gubernamental de derecho de asilo no sólo contó con el apoyo, como parece obvio, de los sectores conservadores, nacionalistas o liberales, sino con el de los mismos socialistas, que llegaron a protestar por la actitud restrictiva del gobierno de Madrid [11]. Una ocasión concreta en que se manipuló el derecho de asilo fue en los primeros meses de 1937, en plenas negociaciones para evacuar a los refugiados de la embajada en Madrid. El gobierno republicano condicionó su autorización a la entrega, por parte del argentino, del barco de bandera española *Cabo San Antonio*, fondeado en Buenos Aires en el mes de octubre y bajo el mando de una comisión de tripulantes, que habían procedido a su incautación en virtud de una disposición gubernamental para hacer frente a las necesidades bélicas. Las autoridades argentinas interpretaron el hecho como un motín, procedieron a la detención de los implicados y confiscaron el buque. El caso originó un largo pleito, en el que también intervino la representación oficiosa del gobierno de Burgos en la capital del Plata [12].

De Valencia y también rumbo a Marsella, el 13 de marzo de 1937 salieron en el *Medi II*, de bandera francesa, los 807 asilados en la embajada mexicana. Estas personas constituían la avanzadilla del

[11] Quijada, *op. cit.*, pp. 46-47.

[12] A su frente estaba Juan Pablo de Lojendio, que al final consiguió, esta vez con la anuencia de la compañía armadora (la casa Ibarra, de Sevilla) la incautación definitiva de la nave. Ibíd., pp.47-52.

exilio que se dirigiría a continuación a este país [13]. El gobierno mexicano, al contrario que el argentino, no dudó en manifestar sus simpatías por la causa republicana. En un pliego de instrucciones de la Secretaría de Relaciones Exteriores argentina al encargado de Negocios *ad interim* en Valencia, ante el conflicto planteado por los refugiados sin clara nacionalidad mexicana o de doble nacionalidad, recomienda utilizar el procedimiento de «buenos oficios», dejando al arbitrio de la embajada y los cónsules la decisión en cada caso. Estos diplomáticos denunciaron varias veces el riesgo que podían correr los mexicanos y sus parientes, considerados en su conjunto como simpatizantes de los «facciosos» por las autoridades españolas. Tampoco dejaron de subrayar las suspicacias y recelos que despertaba su actuación y las dificultades creadas por las «situaciones anarquizantes» que imperaban en España, una de cuyas consecuencias fue el peligro efectivo que llegaron a correr las sedes diplomáticas. En cualquier caso, primaron las razones de humanidad, por encima de los intentos de restringir el derecho de asilo por parte del ministro de Estado Álvarez del Vayo, fundamentados en la opinión (por lo demás compartida por los mismos diplomáticos aztecas) de que entre los aislados había personas «indeseables» a quienes, en estricto derecho, no tenían obligación de proteger. Lógicamente, en estos casos las autoridades españolas no vieron con buenos ojos la mediación mexicana [14].

Aparte de ofrecer asilo en sus sedes diplomáticas, México prorrogó en seis meses el permiso de residencia a los españoles que antes de la guerra habían emigrado temporalmente. Por otra parte, en la misma concesión del derecho de asilo se aprecia ya lo que será una característica de la política mexicana hacia los refugiados y que no deja de estar en contradicción con los intentos de atraer una emigración cualificada: se trata de la limitación (por no decir prohibición) del ejercicio profesional, exceptuando el de la agricultura, la industria o el comercio de exportación, así como de la fijación, por

[13] «Memoria Relaciones Exteriores, 1936-1937», en *México y la República Española. Antología de documentos, 1931-1977,* México, Centro Republicano Español en México, 1978, p. 27.

[14] Ibíd., pp. 38-39.

parte de las autoridades mexicanas, del lugar de residencia [15]. La estancia en México, por lo demás, sería limitada a un año, prorrogable según el criterio del ministerio de Gobernación. Estas medidas, ya en esas fechas, paradójicamente, iban a afectar más a los exiliados del bando republicano que a los asilados desembarcados en Francia. Ya por entonces habían comenzado a llegar los primeros invitados seleccionados, en virtud, precisamente, de la política de atracción antes mencionada, sugerida al presidente Cárdenas por Daniel Cosío Villegas [16]. Pero este es tema que se sale de la aplicación del derecho de asilo propiamente dicho y será tratado por tanto más adelante.

Desde un punto de vista político, sin embargo, vale la pena subrayar cómo muchos de estos intelectuales invitados no pueden identificarse estrictamente con el exilio republicano posterior, ya que en aquellos momentos abominaban de una República con la que en principio se habían identificado. En este sentido, huían del territorio republicano lo mismo que los que habían buscado refugio en las embajadas. ¿Quiénes eran estos últimos? Ya se ha visto cómo varios miembros del gobierno intentaron así poner a salvo a familiares y conocidos. En general, se considera que la mayoría de los asilados eran personas de posición económica relativamente desahogada y de un cierto nivel socioprofesional (lo que en principio les haría blanco del odio de clases desatado en la guerra) o bien de una tendencia política conocida. Sin embargo, los refugiados no siempre hubieron de ser personas acaudaladas o activistas políticos de cualquiera de los grupos que se rebelaron contra la República. Aparte de los extranjeros, ya mencionados, hubo entre los refugiados muchos hombres en edad militar que, sin ninguna significación política particular, se negaban a tomar las armas en defensa de la República, esperando incorporarse a las filas del bando contrario. También hubo, según registra la memoria colectiva, un importante número de religiosos de ambos sexos que logra-

[15] «Memoria de la Secretaría de Gobernación, septiembre 1937-agosto 1938», ibíd., p. 40.

[16] Víctor Alfonso Maldonado: «Vías políticas y diplomáticas del exilio», en VV. AA.: *El exilio español en México, 1939-1982,* México, Fondo de Cultura Económica-Salvat, 1982, pp. 27-28. Héctor Perea: «Las dos orillas del exilio hispano-americano: anticipos y olvidos», en *La otra cara del exilio,* pp. 55-64.

ron así escapar a la persecución, tristemente iniciada con la quema de conventos del año 1931 [17]. Hacia mayo de 1938 no quedaban ya refugiados, por haber sido evacuados en su totalidad, en las representaciones de Argentina, Perú (asaltada en mayo de 1937, como se ha dicho), República Dominicana y, de los países no americanos, Bélgica, Checoslovaquia, China, Finlandia, Francia, Países Bajos, Polonia y Turquía. Hubo, sin embargo, una minoría que permaneció en las embajadas hasta el final de la guerra, al ser ya imposible o muy peligrosa su evacuación [18].

Planteamiento jurídico y límites del derecho de asilo

La aplicación del derecho de asilo obedeció, como se ha señalado, más a la buena voluntad que a la estricta aplicación del derecho internacional. Esta doctrina, en efecto, gozaba de una larga tradición en los países hispanoamericanos, los únicos en que tenía por lo demás vigencia jurídica en virtud de los convenios suscritos durante el Congreso Sudamericano de Montevideo de 1889 y las Conferencias Panamericanas de La Habana (1928) y Montevideo (1933). La inestabilidad política de estos países convertía casi en automática la aplicación de este derecho. Casi, porque, en el caso de la Guerra Civil española, para empezar, España no había suscrito ninguno de estos convenios (como por lo demás la generalidad de los países europeos). Para solventar esta dificultad, se invocó de forma genérica la «tradición jurídica» española, origen en definitiva de la hispanoamericana, así como la existencia de algunos casos que podían servir para demostrar el reconocimiento implícito de este derecho. Otro problema era la categoría de personas a las que se podía aplicar el derecho de asilo. En virtud del tratado de Montevideo de 1889, podían hacerlo jefes de gobierno derribados o personalidades políticas destacadas. El representante

[17] A. Montero: *Historia de la persecución religiosa en España, 1936-1939*, Madrid, Editorial Católica, 1961.

[18] Rubio, *op. cit.*, pp. y ss., estima que se trató de «varios miles» de personas.

argentino, Pérez Quesada, defendió ante Álvarez del Vayo la ampliación, por motivos de justicia y de humanidad, a todos aquellos que —como era el caso de la mayoría— no estaban implicados directamente en los hechos [19].

Cuando se sospechaba que lo estaban o que lo podían estar es cuando surgían los conflictos con las autoridades españolas. Ya se ha dicho cómo el ministro de Estado intentó restringir este derecho. En octubre de 1936 la cancillería de la República Argentina sugería a la Secretaría de Relaciones Exteriores mexicana gestionar a través de la representación azteca en España la modificación de criterio propuesta por Álvarez del Vayo en una nota al Decano del cuerpo diplomático en Madrid. Se iniciaron así una serie de reuniones entre los distintos representantes, que acabarían negociando por separado antes de llegar a un acuerdo común. El apoyo declarado por los respectivos gobiernos fue el principal motivo del trato favorable dado a los representantes de Francia y México, mientras que en el caso de Argentina pesaron ante todo el interés en mantener unas relaciones fundamentales para la economía española, el papel preeminente que desempeñaba entre los otros países hispanoamericanos y la relación personal entre los dos ministros de Exteriores, Álvarez del Vayo y Saavedra Lamas. Era éste un prestigioso jurista que acababa de recibir el premio Nobel de la Paz y que defendió la aplicación del derecho de asilo y la doctrina de «prescindencia», fórmula argentina de la no intervención. Aunque la iniciativa de un acuerdo común había partido precisamente del país del Plata, el trato preferencial no dejó de acarrear suspicacias entre el resto de las legaciones [20]. Al final, la República concedió a la embajada argentina el permiso de evacuación, fundándose en razones humanitarias y eludiendo la discusión sobre el derecho de asilo. La herramienta concreta de la evacuación fue, en muchos casos, la concesión de pasaportes argentinos a los españoles emparentados con algún argentino u oriundos de aquel país, o, incluso, de pasaportes colectivos, que, sin embargo, eran válidos sólo para viajar a un país cerca de España.

[19] Quijada, *op. cit.*, pp. 42-43 y 55.
[20] Ibíd., p. 45.

Chile encabezó, por su parte, la negociación colectiva que tuvo lugar en el seno de la Sociedad de Naciones y que estaba destinada al fracaso, al negarse Álvarez del Vayo a que la evacuaciónn fuese supervisada por funcionarios de la Sociedad y de la Cruz Roja, como proponía el embajador chileno en el Reino Unido. Igual que habían hecho Argentina, México y Francia, los demás países tuvieron que establecer conversaciones bilaterales con las autoridades españolas. El temor a que los refugiados en edad militar se pasaran a las filas de Franco (como efectivamente hacían en muchos casos) llevó al gobierno republicano a exigir la aplicación de la Convención de La Haya de 1907 para los ejércitos beligerantes, en virtud de la cual se hacía obligatoria la residencia de los evacuados en el país de destino. Esta operación, costosa y difícil, sobre todo para los países sudamericanos, cortó la evacuación de esta categoría de asilados en junio de 1937. A partir de entonces, la única posibilidad de salida era el canje con prisioneros en manos de Franco. Un nuevo parón lo supuso la exclusión de España como miembro no permanente del Consejo de Seguridad de la Sociedad de Naciones en septiembre de 1937, hecho que determinó la permanencia de muchos asilados en las embajadas hasta el final de la guerra, como se ha visto.

¿Cuál fue la actitud del gobierno de la República española ante el derecho de asilo? En líneas generales consideró conveniente su aplicación, no sólo por razones de humanidad, sino por motivos de prestigio internacional. El clima de violencia hizo que algunos políticos destacados buscasen para sus familias la seguridad de las embajadas. Estas personas, a su vez, constituían con su presencia una especie de garantía para salvaguardar la inviolabilidad de unos edificios que gozaban del privilegio de extraterritorialidad y, de paso, la vida de sus compañeros de asilo. En este sentido, toda precaución era poca y las autoridades tuvieron que poner guardias que custodiasen las legaciones. La amenaza de retirar esta vigilancia, ante los rumores de la existencia de una quinta columna en su interior, hizo cundir el pánico en algunos momentos. La violación de la inmunidad de las sedes diplomáticas no carecía por lo demás de precedentes: el asalto a la representación peruana, bajo el pretexto de tratarse de un consulado y no de una embajada, y el desalojo de los refugiados de la sede de Finlandia, por no contar con ningún fun-

cionario con *status* diplomático. Detrás de estas acciones estaba la sospecha de que esta legaciones constituían peligrosos centros de espionaje y de actividades subversivas, desde los que también se disparaba. Lo mismo se llegó a decir de la embajada de Cuba [21]. Estos recelos hicieron a los representantes argentinos, por ejemplo, insistir en la letra de los acuerdos sobre el derecho de asilo, según los cuales los refugiados debían abstenerse de toda actividad política y subversiva, comprometiéndose la nación de asilo a controlar su correspondencia. No deja de ser curioso que las mismas condiciones de abstención de toda actividad política se impongan, poco más tarde, a los refugiados republicanos. Al igual que sucede con el ejercicio profesional, lo que prima, en definitiva, es la defensa de los intereses nacionales por encima de los derechos de los refugiados; de ahí que los principios que rigen en casos aparentemente opuestos sean los mismos.

El miedo a una quinta columna, por lo demás, impulsó al gobierno republicano a facilitar la evacuación. Al mismo tiempo, su otra procupación, a la que ya se ha aludido, era que los asilados se reintegrasen a las filas enemigas. La embajada argentina afrontó este problema haciéndoles firmar un documento por el que se comprometían a no intervenir en la guerra; el gobierno francés prometía además enviarlos lejos de la frontera española. A través de la embajada argentina en Lisboa, se obtuvo también de los representantes del gobierno de Burgos la garantía de que no dejaría volver a la zona nacional a los evacuados de la legación de Madrid [22]. Estas medidas y la aplicación de los convenios internacionales mencionados más arriba no lograron impedir que la mayoría de los refugiados terminaran pasándose, por lo que el suyo fue un exilio temporal. Los problemas sanitarios y logísticos contribuyeron también a que el gobierno republicano quisiera solucionar cuanto antes la cuestión de los asilados. Cuestión, asunto o problema que, en definitiva, constituyó la primera gran oportunidad de los distintos países para demostrar, de forma efectiva, su actitud ante el conflicto español, al mismo tiempo que sentaba, desde el punto de vista jurídico y prácti-

[21] Defensor de estas acusaciones es Gabriel Jackson: *La República Española y la Guerra Civil*, Barcelona, Crítica, 1981, p. 379.

[22] Quijada, *op. cit.*, p. 44.

co, un precedente para las fases siguientes del exilio, cuya mecánica se puede decir, por tanto, que se fraguó en las embajadas.

Las salidas «directas»

Los niños de Moscú y de Morelia

Si los refugiados en las embajadas y los exiliados posteriormente lo hicieron, en última instancia, por voluntad propia, no fue así en el caso de un importante contingente de personas que, por su edad, no tuvieron poder de decisión. Es cierto que fueron muchos los niños que acompañaron a sus familiares en la huida, pero también hubo muchos que salieron de España solos, por disposición de las autoridades republicanas y con el eventual consentimiento (cuando conservaban la vida) de sus padres. Estas evacuaciones masivas, organizadas casi siempre por iniciativa de organizaciones y países simpatizantes con la causa republicana, acabaron teniendo muchas veces un carácter definitivo, aun cuando la no beligerancia de los niños o la permanencia en España de familiares o amigos hicieran más lógico, en teoría, el retorno.

Quizá la expedición más famosa sea la de los niños de Moscú. Como siempre, los distintos autores no llegan a un acuerdo sobre su importancia numérica, pero en cualquier caso se puede afirmar que los niños evacuados a la Unión Soviética superaron ampliamente los tres millares [23]. Tampoco faltaron, como es sabido, evacuados a otros países europeos. En 1937 fueron numerosos los de procedencia vasca. Por ser el país más cercano, gran parte de los pequeños refugiados se dirigieron a Francia, donde aparecieron las primeras organizaciones de ayuda. El Comité de Acogida a los Niños de España empezó a funcionar ya en noviembre de 1936, colaborando estrechamente con la Delegación Gubernamental Española para Niños Evacuados en París. Allí promovió el Comité un año después la Confe-

[23] Para Rubio (*op. cit.*, p. 108) son aproximadamente 3.000 los que zarpan de Santurce y Londres en junio y septiembre del 37. En 1938, John Hope Simpson calcula en 6.000 el número de pequeños refugiados en la URSS (*The Refugee Problem, Report of a Survey*, Londres, Nueva York, Toronto, Oxford University Press, 1939, p. 166).

rencia Internacional para la Ayuda a los Niños y Refugiados Españoles [24]. Muchas de las colonias de niños vascos dependían directamente del gobierno vasco, que actuó por su cuenta a través de las distintas delegaciones y consulados establecidos en el extranjero [25]. Estas iniciativas contaron con el respaldo económico de distintas asociaciones no gubernamentales y, en especial, de los cuáqueros, agrupados en la Comisión Internacional para la Ayuda de los Refugiados Infantiles en España [26]. También hubo niños refugiados, alojados en colonias o en familias, en Gran Bretaña, Bélgica y Dinamarca [27]. La mayoría de estos niños, al contrario de lo que sucedería con los evacuados a la Unión Soviética, serían repatriados al terminar el conflicto.

Una de las expediciones infantiles de mayor envergadura fue la organizada por México. Los llamados niños de Morelia se convertirían bien pronto en uno de los mitos del exilio republicano español. En este caso, a la manifiesta simpatía del gobierno mexicano por la causa republicana (apenas embozada por la postura oficial antiintervencionista) se unía el clima revolucionario que se respiraba en el país azteca. Por este motivo, su ofrecimiento no sólo tenía el fin de amparar a los niños mientras durase la guerra, sino el de llevar a cabo un experimento de educación socialista.

El presidente Lázaro Cárdenas atribuía la iniciativa de acoger a unos 500 huérfanos a un grupo de damas mexicanas [28]. A principios de 1937, y de acuerdo con las gestiones iniciadas por el Comité Iberoamericano con sede en Barcelona, se había fundado en México el

[24] Ibíd., pp. 150 y 330-333, respectivamente.

[25] El de Bayona (dependiente de la delegación en París) controlaba, por ejemplo, el funcionamiento de la colonia de la Citadelle en Saint Jean Pied de Port, con 600 niños, descrita por Mirentxu Amezaga Clark: *Nere aita. El exilio vasco en América,* San Sebastián, Editorial Txertoa, 1991, pp. 47-52. En general, sobre este tema: Dorothy Lagarreta: *The Guernica Generation,* Reno, Nevada, University of Nevada Press, 1984. Otra colonia importante de niños vascos se instaló en Londres.

[26] *Vid.* la obra de su vicepresidente Howard E. Kershner: *Quaker Service in Modern War,* Nueva York, Prentice-Hall, 1950.

[27] Unos 1.000, 3.000 y 100, respectivamente. Rubio, *op. cit.,* pp. 108-109; John Hope Simpson: *Refugees: A Review of the situation since september 1938,* Londres, The Royal Institute of International Affaires, Oxford University Press, 1939; Alberto Onaindía: *Capítulos de mi vida: I, Hombre de Paz en la Guerra,* Buenos Aires, Editorial Vasca Ekin, 1973.

[28] «Apunte de Lázaro Cárdenas. 10 de mayo de 1937», en *México y la República Española,* p. 30.

Comité de Ayuda a los Niños del Pueblo Español, bajo la presidencia honoraria de la mujer del general Cárdenas, Amalia Solórzano, y la significativa presidencia del vicesecretario de Instrucción Pública. El ejecutivo encomendó la organización de la expedición a la Secretaría de Relaciones Exteriores. El embajador mexicano en Madrid, coronel Adalberto Tejada, inició los contactos con los ministerios españoles de Sanidad, Asistencia Social y Educación para llevar a México a un primer contingente de 500 niños, en teoría huérfanos en su mayor parte. En realidad, nunca alcanzaron esta cifra [29].

Procedentes en su mayoría de Valencia y Cataluña, fueron recibidos en Port-Bou por el embajador mexicano en Francia, que les acompañó hasta su embarque en Burdeos, el 25 de mayo de 1937, a bordo del *Mexique*. Viajaban con ellos médicos, enfermeras y cuidadoras, además de un grupo de maestros, ya que el gobierno republicano pretendió que conservaran su identidad nacional y por eso se opuso en principio a la educación por maestros mexicanos. El 7 de junio llegaron a Veracruz y en la capital fueron objeto de un gran recibimiento. Hubo, al parecer, ofertas de adopción por parte de familias mexicanas, pero el gobierno mexicano prefirió mantenerse fiel a los ideales republicanos de los padres de los niños y darles una educación socialista, en grupo. Tras dos meses de estancia en la capital, fueron trasladados al estado de Michoacán, a la escuela Hijos del Ejército de Morelia, que se transformó así en la escuela México-España [30]. Para facilitar la ambientación, se procuró que en el internado hubiera también un grupo de unos 100 niños mexicanos.

Sin embargo, la adaptación sería el primer problema que tendrían que afrontar y que no siempre podrían resolver. Procedentes de una situación de violencia y desorden, la indisciplina era para ellos como una consecuencia natural del ambiente revolucionario. Las inspecciones de un delegado del gobierno de Valencia y del presidente de la Cruz Roja mexicana pusieron de relieve la rebeldía de estos niños. Una de sus maestras sugirió la necesidad de poner

[29] Fueron 464 según la «Memoria de Relaciones Exteriores, 1936-1937» (Ibíd., p. 32), 456 según Rubio (*op. cit.*, p. 165), 440 para Víctor Alfonso Maldonado (*op. cit.*, p. 26) y 480 para la viuda de Cárdenas («Aquellos niños», en *El exilio español en México*, p. 891).

[30] En realidad, parece que fueron distribuidos en varias escuelas, según la viuda de Cárdenas (Ibíd, pp. 891-892).

guardias en el colegio, porque los alumnos, habituados a la quema de conventos, habían intentado incendiarlo [31]. Quizá sea esto (o a su condición de luchadores natos) a lo que se refiera la viuda del general Cárdenas cuando los califica de «peleoneros». Una vez dominada la indisciplina, quedaban pendientes otras cuestiones. A pesar de la convivencia con los mexicanos, su situación en el país no dejaba de ser considerada como algo transitorio. En este sentido, no sólo se les educaba confiando en un seguro regreso, sino que ni siquiera se les concedió una documentación. Llegaron solamente con una tarjeta con el nombre y Cárdenas se limitó a darles una carta en las que se les llamaba «hijos adoptivos del gobierno de México». Pero este documento duró lo mismo que el mandato del general y, después, tuvieron que recurrir a todo tipo de estratagemas (incluso cambiarse de nombre) para poder conseguir un pasaporte [32]. La adquisición de una nacionalidad se hizo necesaria desde el momento en que, a pesar de que la Cruz Roja empezara a gestionar su repatriación ya a finales de 1938, el gobierno mexicano sólo dio su consentimiento cuando los niños fueran reclamados por sus padres, lo que sucedió sólo en 137 casos (suficientes, por lo demás, para desmentir la orfandad de todos los pequeños refugiados). Las solicitudes de otros parientes quedaron desatendidas.

La instalación en las escuelas de Hijos del Ejército supuso también un desafío. Al principio no faltaron las voces denunciando deficiencias en las condiciones sanitarias, la alimentación y la educación. La adjudicación de una ayuda económica específica solventó el problema hasta que, al abandonar Cárdenas el poder, las escuelas pasaron a depender de la Secretaría de Educación, dejando de ser escuelas para hijos de militares y perdiendo la subvención, excepto la de Morelia [33]. De esta forma, la ayuda y la protección duraron en realidad pocos años. La falta de recursos, que obligó a la mayoría a trabajar desde muy pronto, explica el bajo porcentaje de estos niños que cursaron estudios universitarios (entre 20 y 25), en contraste con el alto nivel de instrucción de otros contingentes de exiliados.

[31] Julieta Cabeza: *México y los niños españoles. Conferencia celebrada por... el 27 de noviembre de 1937 en el salón-teatro del Sindicato Único de Metalurgia,* Valencia, Ediciones Amigos de México, 1937, p. 10.

[32] Amalia Solórzano de Cárdenas, *op. cit.*, pp. 891-892.

[33] Ibíd., pp. 891-893.

La falta de documentación y el extrañamiento tanto de la colonia española residente en el país como de los exiliados llegados más tarde tampoco dejó de causarles problemas a la hora de integrarse y de entrar en el mundo del trabajo. Parece que las únicas bazas a su favor fueron el espíritu de grupo y el carácter luchador.

A pesar de todas las manifestaciones oficiales de solidaridad, la llegada de los niños españoles estuvo acompañada por la polémica. No faltaron sectores de la opinión mexicana que se opusieron, no tanto a los niños en sí, como a un gesto que consideraban propagandístico por parte de Azaña. Tampoco eran ajenas al gobierno de Cárdenas las consideraciones de tipo político, como se deduce del tipo de educación socialista planeado para los niños o de su actitud ante la repatriación. La cuestión adquirió así los tintes de una dura polémica política, en la que se llegó a calificar la operación como «secuestro» a cargo del «comunismo exportador» [34]. La negativa del gobierno mexicano a la adopción fue considerada, a estos efectos, como una maniobra destinada a mantener el valor propagandístico del gesto, en detrimento, en última instancia, de una atención adecuada a los pequeños refugiados y (por qué no decirlo) de un ahorro considerable para el erario público [35]. La polémica entablada en torno a los niños de Morelia no sería sino una primera muestra de la división imperante en la sociedad mexicana acerca de los refugiados de la Guerra Civil española. División que, en definitiva, tendrá su reflejo inmediato en la actuación del gobierno, generoso a la hora de recibir, pero celoso defensor, a la hora de la instalación, de los intereses de los nacionales.

Los primeros intelectuales exiliados en México. La Casa de España

Esto es lo que pasó, en definitiva, con los llamados «profesionistas», intelectuales y profesionales liberales. Pero no con un primer grupo de ellos, expresamente invitado por el gobierno azteca en fechas relativamente tempranas. Este grupo de exiliados se diferencia

[34] Alfonso Junco: *México y los refugiados. Las Cortes de Paja y el Corte de Caja,* México, Ed. Jus, 1959, pp. 7-10.

[35] Ibíd.

de los que llegarán más tarde no tanto por su cualifiación (entre los segundos también habrá importantes intelectuales), como por su postura política. En principio, independientemente de la actitud que tomen en 1939 o años más tarde, se exilian de la guerra, más que del régimen que resultará de la misma. Es lo que ya entonces se llamó la «tercera España» [36], situándose abiertamente frente a las otras dos, con las que no se puede identificar. Porque, si bien es exagerado afirmar que virtualmente todos los intelectuales se comprometieron en principio con el ideal republicano, es cierto que el curso de los acontecimientos desengañó a muchos de ellos, que prefirieron apartarse de la lucha [37]. Este fue el caso de Sánchez Albornoz y Américo Castro, de Ortega y Gasset, Marañón y el de otros muchos que, una vez terminada la guerra, tomarían partido por la República o eventualmente optarían por el regreso, sin que éste significase para ellos el compromiso con el bando vencedor.

El itinerario y el destino de estos exiliados estuvo determinado, como siempre en estos casos, por el azar o por la elección personal, pero también por las ofertas concretas por parte de instituciones y gobiernos. La política de atracción de México se debe a la iniciativa del entonces embajador mexicano en Lisboa, Daniel Cosío Villegas. A través del director del Banco de México, Luis Montes de Oca, sugirió al presidente Cárdenas la posibilidad de que México abriera sus puertas a una serie de intelectuales de gran prestigio para que pudieran proseguir la labor que la guerra había interrumpido. La idea recibió el apoyo de influyentes mexicanos que conocían de cerca la realidad española, como Alfonso Reyes, Genaro Estrada, Jesús Silva Herzog, Manuel y Antonio Martínez Báez, Eduardo Villaseñor [38] y otros nombres procedentes del Banco de México, la Secretaría de Hacienda y otras institucio-

[36] Alicio Garcitoral: *España y la verdad,* Buenos Aires, Ediciones Anaconda, s.a., 1937. Su análisis de las causas de la guerra, bastante ecuánime, coincide con el diagnóstico de otros exiliados ilustres: radicalismo revolucionario de los partidos del Frente Popular y frustración de los ideales republicanos, desintegración de la unidad nacional, etc. La sublevación militar no sería sino un intento de frenar el proceso de desintegración; la ayuda alemana e italiana sería sólo una consecuencia de las necesidades militares.

[37] Patricia Fagen: *Transterrados y ciudadanos,* México, Fondo de Cultura Económica, 1975, p. 30.

[38] Maldonado, *op. cit.,* p. 27.

nes mexicanas [39]. De hecho, el exilio cultural español en México, como en el resto de Hispanoamérica por lo demás, no se entiende sin tener en cuenta varios factores olvidados a menudo por quienes prefieren centrarse en el estudio del recuento y la labor de los exiliados antes que en sus circunstancias.

Y la primera y principal es la existencia de una comunidad cultural hispánica a ambos lados del Atlántico ya desde los albores del siglo y que, por parte española, dará lugar a la formulación de dos teorías distintas sobre el concepto de Hispanidad. Ejemplo de esta comunidad cultural es no sólo la formación española de muchos intelectuales americanos, sino también su actividad en España y, viceversa, el trabajo de muchos españoles en América ya desde principios de siglo [40]. Por lo que respecta al caso mexicano en particular, Estrada había sido embajador en Madrid; Cosío, promotor del Fondo de Cultura Económica, coincidía en cargo y destino con Sánchez Albornoz, a quien había conocido ya en 1937 en la capital española. Alfonso Reyes, que había residido en España durante diez años y que ya había conseguido una subvención para Valle Inclán, nada más empezar la guerra ofreció su casa en México a Ortega y Gasset y a Juan Ramón Jiménez; también puso al servicio de Ramón Gómez de la Serna sus influencias en el campo editorial. Por cierto que el contacto de estos mexicanos con el filósofo madrileño fue bastante intenso, a pesar de su negativa a publicar en Calpe las obras de Reyes y rechazar el proyecto que después culminaría en la creación del Fondo de Cultura Económica [41]. La llegada de los intelectuales españoles fue vista, por tanto, por estos americanos, como una reanudación del diálogo y de la actividad que juntos habían emprendido antes de la guerra [42].

Pero es que, además, el exilio español en México no se entiende sin su contrapartida: el exilio mexicano en España en las décadas anteriores. Los mismos foros orteguianos que presencian el diálogo

[39] Entrevista con Silvio Zavala: «Generosidad e inteligencia en la contraparte» en *El exilio español en México*, p. 902.

[40] Nazario González: «La cultura en el exilio», en la obra de J. Andrés-Gallego, L. de Llera, J. Velarde y N. González: *España actual. La guerra civil (1936-1939)*, Madrid, Gredos, 1989, pp. 594-596.

[41] Héctor Perea: «Las dos orillas del exilio hispano-americano: anticipos y olvidos», en *La otra cara del exilio*, pp. 55-64.

[42] Silvio Zabala, *op. cit.*, p.906.

cultural son escenario de la exposición de las reflexiones sobre la revolución mexicana del conspirador Martín Luis Guzmán (también activo azañista, que llegó a dirigir *El Sol* y *La Voz*), Luis Cabrera, Guillermo Jiménez, José Juan Tablada, Isidro Fabela y José López Portillo [43]. La sintonía con los intelectuales españoles no iba a ser, por tanto, sólo cultural, sino también política. El paralelismo entre el proceso emprendido por la República española y por la revolución mexicana se vio como una misma cosa o, mejor dicho, como parte de un movimiento global de liberación de los pueblos hispánicos, que no excluía cierto «coqueteo» con el bolchevismo. En el campo pedagógico, esta idea se tradujo en un proyecto de educación popular laica, a través de las Misiones Pedagógicas en España y de las misiones del Pueblo de J. Vasconcelos en México [44]. Ya se ha visto la influencia de este programa en la educación de los niños de Morelia. En el caso que nos ocupa, estas afinidades culturales y políticas tomaron cuerpo en la invitación cursada a un grupo de intelectuales españoles y la creación de la Casa de España.

Daniel Cosío Villegas y Alfonso Reyes propusieron varias listas de invitados que podrían desarrollar una labor útil para México. El proyecto era amplio y ambicioso. Si en principio la Universidad Nacional Autónoma y las distintas instituciones parecían los lugares más apropiados para que estos intelectuales y profesionales continuaran su labor, pronto se advirtió la conveniencia de crear un centro que les proporcionara cobijo transitorio y apoyo económico, sin excluir que pudieran trabajar en las instituciones mexicanas. Fue así como surgió la Casa de España, cuyas conferencias y actividades se programaron por todo el país, en concordancia con los poryectos de Cárdenas de extensión cultural. La apertura a lo mexicano y motivos de índole política propiciaron en 1940 la transformación de la Casa en el Colegio de México, que se convertiría en el centro receptor de los intelectuales y pro-

[43] La lista de los mexicanos que preceden a los exiliados españoles se completa con Francisco A. de Icaza, Carlos Pereyra, Francisco Orozco Muñoz, Enrique González Martínez, Amado Nervo, Luis G. Urbina y los artistas Diego Rivera, Ángel Zárraga y Jesús Acevedo. Vid. Perea, *op. cit.*, pp. 63-64.

[44] N. González, *op. cit.*, p. 598.

fesionales que arribarían en un segundo momento, al terminar la guerra.

Entre el verano de 1938 y principios de 1939 llegaron los doce primeros miembros de la Casa de España: el jurista Luis Recaséns Siches, el poeta León Felipe, los críticos y poetas José Moreno Villa y Enrique Díez-Canedo, el filósofo José Gaos, el historiador y abogado José María Ots Capdequí, el crítico Ricardo Gutiérrez Abascal (Juan de la Encina), los doctores Gonzalo L. Lafora e Isaac Costero, el folklorista Jesús Bal y Gay, el historiador y crítico musical Adolfo Salazar y el historiador Agustín Millares Carlo. En el año 39 las listas se alargaron y aumentó el número de peticiones para incorporarse a la Casa o por lo menos para solicitar sus buenos oficios en la consecución de un trabajo o la obtención de un pasaporte. Aparte de los invitados que al final no se dirigieron a México [45], llegaron el prehistoriador Pedro Bosch Gimpera, los químicos Antonio Madinaveitia y Francisco Giral, los físicos Pedro Carrasco y Blas Cabrera, el astrónomo Honorato de Castro Bonell, los escritores Emilio Prados y Rafael Dieste, los médicos Antonio Trías, Wenceslao López Albo, Augusto Pi-Suñer, Manuel Márquez y Germán García y los abogados Gabriel Morilla Marín y Rafael de Pina y Milán.

Con el arribo de nuevos miembros se establecieron distintas categorías, a mediados del 39. Entre los dieciséis nuevos miembros residentes que se sumaron a los doce iniciales, aparte de algunos de los ya nombrados, estaban la discípula de Ortega María Zambrano y el filósofo Joaquín Xirau, los poetas Juan José Domenchina, José Bergamín y José Carner, los escritores Benjamín Jarnés y Rafael Sánchez de Ocaña, el sociólogo José Medina Echavarría y el psicopedagogo Juan Roura Parella. Completaron este grupo prestigiosos hombres de ciencia: el entomólogo Ignacio Bolívar, el biólogo Antonio Oriol, el endocrinólogo Rosendo Carrasco Formiguera y el fisiólogo

[45] Rafael Lapesa, Samuel Gili Gaya, Dámaso Alonso, Ángel Valbuena Prat, Enrique Moles, Luis Pericot García, Pablo Gutiérrez Moreno y los doctores Emilio Mira, Jesús Jiménez, José Miguel Sacristán, Miguel Prados, Mercedes Serrano, además de Fernando de los Ríos, Claudio Sánchez Albornoz, Américo Castro, Ramón Menéndez Pidal, Gregorio Marañón, Juan Ramón Jiménez, propuestos en un principio. Vid. Perea, *op. cit.*, p. 57. Clara E. Lida: «Los intelectuales españoles y la fundación de El Colegio de México», en la obra dirigida por Nicolás Sánchez Albornoz *El destierro español en América. Un trasvase cultural*, Madrid, Sociedad Estatal Quinto Centenario-Instituto de Cooperación Iberoamericana, 1989, pp. 95-102.

Jaime Pi-Suñer. Entre los «miembros especiales» predominaron los científicos: desde José Giral, que sería presidente del gobierno en el exilio, hasta el psiquiatra Dionisio Nieto, pasando por el entomólogo Cándido Bolívar, los oftalmólogos Manuel Vázquez y Manuel Rivas Cherif. Fueron «comisionados especiales» el historiador José María Miquel y Vergés, la naturalista Enriqueta Ortega y el musicólogo Otto Mayer-Serra. No faltaron los «becarios» ni los invitados especiales del presidente Cárdenas, entre los que se encontraba el político e historiador Álvaro de Albornoz, el periodista Roberto Castrovido, el médico Aurelio Romero Lozano y el jurista Manuel Pedroso [46].

Estos primeros intelectuales invitados se pueden considerar en más de un sentido auténticos privilegiados, frente al resto de colegas y compatriotas que llegarían más tarde. Primero, porque el gobierno de México en realidad sólo financió a estos emigrados «de lujo». Segundo, porque se integraron inmediatamente en las estructuras académicas y científicas y se creó expresamente para ellos la Casa de España. Muchos de sus colegas, más tarde, tendrían que hacer frente a trabas sociales y burocráticas, que les limitarían en el ejercicio profesional y en la integración en los centros y organismos oficiales. En tercer lugar, tampoco tuvieron que afrontar el recelo, por no decir la hostilidad, de la sociedad mexicana ni de sus colegas que, al contrario, como se ha visto, vieron en la llegada de este grupo selecto de españoles la continuación de un intercambio cultural iniciado mucho antes y una buena ocasión para no desengancharse de sus raíces culturales europeas [47]. La polémica, que no faltó, llegaría más

[46] Los becarios fueron el historiador Ramón Iglesia, el pintor y arquitecto Mariano Rodríguez Orgaz, el historiador Jorge Hernández Miralles, el jurista Juan López Durá, el psiquiatra Federico Pascual del Roncal, el doctor Urbano Barnés y el químico Juan Xirau. Ibíd., pp. 99-100. Para la historia de la Casa de España y el Colegio de México véanse también C. E. Lida y J. A. Matesanz: *La Casa de España en México,* México, El Colegio de México, 1988; de los mismos autores: «Un refugio en el exilio: La Casa de España en México y los intelectuales españoles», en *Revista de Occidente,* 78, 1987, pp. 114-126; de Lida, Matesanz y B. Morán: «Las instituciones mexicanas y los intelectuales refugiados: La Casa de España en México y los colegios del exilio», en la obra coordinada por J. L. Abellán y A. Monclús: *El pensamiento español contemporáneo y la idea de América II: El pensamiento en el exilio,* Barcelona, Anthropos, 1989, pp. 79-155.

[47] Véanse, en este sentido, la entrevista con Antonio Martínez Báez: «Influencia en el modo de pensar», en *El exilio español en México,* pp. 896-900, o las opiniones del filósofo mexicano Emilio Uranga, recogidas por Ricargo Garibay en «Por aquellos españoles», ibíd.,

bien de la mano de los niños de Morelia y de la masa que desembarcó en 1939 y en años sucesivos.

Aunque su gobierno fuera el que, de distintas formas (incluidas iniciativas como las mencionadas, pero también la venta de armamento), se declaró más abiertamente a favor de la República, México no monopolizaba el diálogo cultural en el ámbito hispanoamericano. Ello quiere decir que no faltaron intelectuales exiliados de primera hora en otros países, como demuestra un repaso de la lista de invitados por Cárdenas: muchos de ellos se dirigieron, en efecto, a Argentina y a otros lugares, donde, por lo demás, algunos de ellos habían ya plantado su semilla en años anteriores. Este es el caso del Instituto de Filosofía creado en la Universidad de Buenos Aires en 1923 por Américo Castro. En esa misma ciudad fundó su eterno rival, Claudio Sánchez Albornoz, un Instituto de Historia Medieval y Moderna. En la República Dominicana, por tener otro ejemplo, fue la amistad entre Fernando de los Ríos (embajador de la República en Washington) y el rector de su Universidad, Julio Ortega Frier, lo que determinó no sólo la acogida favorable a don Fernando y sus allegados, sino la recepción de un contingente importante de refugiados. Lo que diferencia la emigración intelectual de otros países respecto a México, es que, mientras en este último estuvo precedida de una política bien definida y temprana por parte del gobierno, en los demás lugares no hubo expresamente esa invitación o, si la hubo, fue casi a título individual y por parte de las instituciones académicas y científicas, más que por el gobierno. La política de atracción (por cuanto restringido fuera, al fin y al cabo, el número de los seleccionados) fue, por tanto, un hecho diferencial mexicano. Por otra parte, no conviene olvidar que el vínculo que unía a los intelectuales mencionados con la Casa de España y el Colegio de México no era excluyente ni indisoluble. Aparte de las visitas a universidades e instituciones en otros países, que, como es lógico, menudearon, muchos de ellos acabaron transfiriéndose fuera de México.

Cabe preguntarse cómo muchos de estos intelectuales, huidos del régimen creado con la Guerra Civil, no tuvieron reparos en desarrollar su labor al amparo de dictaduras (caso de la República Do-

pp.96-97. Sin salir del mismo volúmen, se ocupa principalmente de este tema Leopoldo Zea: «Revolución mexicana y transtierro español», pp. 545 y ss.

minicana) o, al menos, de regímenes de dudosa democracia real (Argentina). La posibilidad material, por no decir las facilidades, en algunos casos, para desarrollar su labor profesional parece que tuvo en su momento mayor peso que los escrúpulos políticos. Se da así la paradoja de exiliados que siguen ejerciendo de tales (es decir, negándose a regresar a una España gobernada por Franco), mientras viven y hacen carrera, sin demasiados remilgos, en países gobernados por regímenes que de democracia sólo tenían el nombre y, a veces, ni eso. Pero esto, como la acogida que recibieron en el país de destino, es materia de otro capítulo.

La gran huida

Con todo, el grueso de la emigración producida por la guerra no estuvo formado por este grupo de intelectuales (restringido incluso respecto a los que llegarán más tarde) ni por los asilados en las embajadas (hemos visto que la mayoría volverán); ni siquiera por los millares de niños evacuados a Europa, Rusia o México. Tampoco, claro está, por los políticos que ya en fechas muy tempranas abandonaron España (caso de Portela Valladares o de Niceto Alcalá Zamora) o que lo harían en los últimos días de la guerra. Tampoco suponen un contingente muy elevado los 300 pilotos y más de 100 marinos que se encontraban en la Unión Soviética por motivos bélicos al terminar el conflicto y que, en parte, quedarían allí [48]. Rusia sería también, como es lógico, el destino preferido de los dirigentes y muchos militantes comunistas. La emigración en masa estuvo ligada al curso de la guerra y la caída de los diversos frentes republicanos, y en muchos casos tuvo el carácter de evacuación temporal. De ahí que los distintos autores que han tratado el tema encuentren dificultades para proporcionar cifras definitivas sobre un fenómeno que fue, de por sí, bastante fluctuante. Del millón inicial que según un exiliado ilustre se hallaría en Francia al terminar la guerra [49] se ha pasado a cifras mucho más modestas: aproximadamente la mitad en

[48] Rubio, *op. cit.*, pp. 107-108, se basa e José Antonio Rico: *En los dominios del Kremlin (18 años y medio en Rusia)*, México, Editorial Atlántico, 1950.

[49] Se trata de Gregorio Marañón: *Españoles fuera de España*, Madrid, Espasa Calpe, 1968. La estimación recureda al «millón de muertos» de Gironella.

el primer trimestre de 1939 y muchos menos al cabo de unos meses, cuando empezaron las repatriaciones [50]. Este medio millón corto no se refiere, por supuesto, al número total de personas desplazadas durante el conflicto, que fue mucho mayor y que se acerca más al millón estimado por Marañón. Aparte de las 50.000 personas que, como mínimo, abandonaron el país a través de las embajadas, en expediciones especiales o independientemente del curso de las operaciones militares, el número de los que lo hicieron en cada fase de la guerra es el siguiente:

Campaña de Guipúzcoa	15.000
Evacuación del norte en 1937	160.000
Evacuación del Alto Aragón en 1938	24.000
Evacuación desde Cataluña	470.000
Refugiados de la zona centro-sur en 1939	15.000
Total	684.000

A estas cifras habría que añadir esos 50.000 ya mencionados, con lo que resultan entre 700.000 y 800.000 [51]. Claro está que muchos de ellos se fueron repatriando. La cifra máxima de personas que llegaron a estar simultáneamente fuera de España alcanza en los últimos meses de la guerra unas 475.000 personas. A primeros de abril ya se habían producido algunas repatriaciones y la distribución de los refugiados era la siguiente [52]:

[50] Antonio Vilanova, en *Los olvidados. Los exiliados españoles en la Segunda Guerra Mundial,* (París, Ruedo Ibérico, 1969) sostiene que el 90 por 100 de los que salieron en los primeros meses de 1939 se dirigió a Francia y el resto, al norte de África, regresando más de 100.000 y 2.000, respectivamente. Para Guy Hermet (*Les espagnols en France,* París, Les Éditions Ouvrières, 1967) y Ramón Salas Larrazábal (*Historia del Ejército Popular de la República,* Madrid, Editora Nacional, 1974), pasaron la frontera por Cataluña unos 200.000 soldados y 100.000 civiles, a los que habría que sumar los que lo harían al producirse la derrota total, y restar los 200.000 que terminarían por regresar a España. El balance final de unas 200.000 personas fuera de España a finales de 1939 lo aceptan, en líneas generales, los autores que se han ocupado específicamente del tema, así como los que escriben sobre la Guerra Civil. Cuando se redactan estas líneas están todavía en prensa las *Actas del Congreso de Movimientos Migratorios,* que sin duda aportan nuevos datos sobre todo lo referido al éxodo y su organización.

[51] Rubio, *op. cit.,* pp. 105-106.

[52] Ibid., pp. 109-111. Juan Bautista Climent («España en el exilio», en *Cuadernos Americanos,* 126, México, 1963) da una cifra más abultada para Francia: 527.843 refugiados, para ser exactos. M. Tuñón de Lara recoge este dato en *El exilio español de 1939* dirigido por J. L. Abellán: tomo I: *La emigración republicana,* p. 54.

Francia	430.000
Otros países de Europa occidental	3.000
Unión Soviética	4.000
Norte de África	12.000
América	1.000
Total	450.000

Las cifras del exilio americano, como se ve, son todavía bastante exiguas, ya que tendrán que pasar algunos meses para que comiencen a organizarse las grandes expediciones transatlánticas. La mitad de los refugiados americanos, por estas fechas, la componen los niños enviados a México, un puñado de intelectuales distribuidos sobre todo en este país y en Argentina, una parte de los que se refugiaron en las embajadas al principio de la guerra, y otros que lograron escapar por su cuenta al conflicto. A finales del mismo año, los exiliados en América serían ya 11.000, mientras que su número total, sobre todo en Francia, se habría reducido considerablemente por las repatriaciones [53].

Al ser un fenómeno masivo, el exilio fue también variopinto en lo que se refiere a su composición por sexo y edad. Junto a un gran número de hombres jóvenes solteros, procedentes de las filas del ejército republicano, había familias enteras que en algún momento de la guerra habían sido evacuadas o que habían optado por la salida de España. El exilio en América fue una reacción en cadena en el sentido de que pocos estaban dispuesto a dar el paso que suponía instalarse en otro continente sin su familia (si la tenían). Del mismo modo, siempre facilitaba las cosas contar con algún pariente o amigo que hubiera abierto antes el camino. Era fácil que los exiliados en América, siguiendo un fenómeno frecuente en la emigración, animaran a seguirles a amigos y parientes. Hay por ello, entre los que se dirigen al Nuevo Mundo, un gran número de hombres solos, pero también de mujeres y niños, que, en un segundo momento, después

[53] Según un informe de la Comisión Franco-Mexicana para los refugiados españoles, hasta la fecha del armisticio francés, en junio del 40, habían sido evacuadas a otros países 50.000 personas, y 150.000 habían sido repatriadas. En Francia quedarían unas 300.000. En V. A. Maldonado, *op. cit.*, p. 36. Sobre este arduo tema de trabajo se celebraron en Salamanca, del 14 al 16 de diciembre de 1988, unas Jornadas sobre el movimiento migratorio provocado por la Guerra Civil, de cuyas actas no tenemos todavía noticia de publicación.

de las evacuaciones infantiles, viajaron con sus familias [54]. Al contrario de lo que suele pasar con la emigración de tipo económico, no faltaron entre los exiliados las personas ancianas, como demuestra el repaso de algunos nombres más o menos ilustres, cerca o al otro lado de la barrera de la jubilación. Paradigma de exilio familiar son los Bolívar, encabezados por el ya nonagenario entomólogo Ignacio Bolívar, invitado por la Casa de España, como se ha visto, y seguido por su hijo, también naturalista, y su nieto, que estudiaría química ya en México [55].

La procedencia de los refugiados, como su sexo y edad, fue también muy variada. Al empezar de forma masiva las repatriaciones, en agosto, se empezó a conocer con mayor precisión el origen regional de los refugiados. Está claro que, durante la campaña del frente norte, los procedentes de la cornisa cantábrica se habían concentrado en los departamentos atlánticos franceses. El final de la guerra movilizó a través de la frontera catalana a buena parte de los evacuados procedentes de otras regiones (que se habían concentrado en Cataluña) y, sobre todo, a un importante contingente militar de la región oriental. Esta presencia masiva de tropas explica el predominio de catalanes (casi un tercio del total), aragoneses y levantinos en los campos de refugiados del mediodía francés. Predominio numérico que no corresponderá a una presencia similar en la emigración a América, debido a motivos socioeconómicos, y que conviene conocer (aun de forma aproximada) para valorar correctamente el exilio americano. En los departamentos del Midi francés, la contribución de las distintas regiones al exilio era la siguiente [56]:

[54] Por ejemplo, de 21.750 personas que llegaron a México entre 1939 y 1948, 10.796 eran hombres, 7.658 mujeres y 3.296 niños. Datos procedentes de la Dirección General de Estadística mexicana, presentados por Loys Elwin Smith en *México and the Spanish Republicans,* Berkeley y Los Ángeles, University of California Press, 1955, p. 305. Citado en Rubio, *op. cit.,* p. 180.

[55] «Índice biobliográfico del exilio», *El exilio español en México,* pp. 739-740.

[56] Rubio, *op. cit.,* p. 268. El cuadro presenta el inconveniente de referirse sólo a esta región de Francia, y de estar elaborado con los datos de los españoles inscritos en las décadas posteriores en el consulado español. Refleja, en realidad, el origen de los exiliados asentados más o menos definitivamente. El mismo autor advierte que seguramente el exilio del norte no está bien representado. El porcentaje de madrileños es del 1,8 por 100.

Cataluña	36,5%
Aragón	18 %
Levante	14,1%
Andalucía	10,5%
Castilla la Nueva (con Madrid)	7,6%
País Vasco, Santander, Asturias	5,2%
Otras provincias	8,1%
Total	100 %

Las proporciones son totalmente distintas, por no decir que casi se invierten, entre los que emprendieron el camino de América [57]:

Región de origen	*México %*	*República Dominicana %*	*Colombia %*	*Argentina %*
Cataluña	21,8	24,6	31,5	18,1
Región Cantábrica	17,2	27,5	13,7	26,3
Castilla la Nueva	16,1	17,5	22,1	4,8
Madrid solo	12,3	14,2	16,8	16,3
Resto de Castilla	3,8	3,3	5,3	11,5
Levante	10,7	7,8	7,2	10,9
Aragón	6,1	4,5	2,3	8,1
Otras regiones	28,1	18,1	23,2	20,3
Total	100	100	100	100

El área de procedencia no sólo estaba relacionada con la posibilidad material de emigrar a América, sino con el país concreto de destino. La presencia de comunidades ya asentadas y, posiblemente, de familiares o amigos, facilitaba la instalación. Esto explica la fuerte presencia vasca en el exilio argentino, por ejemplo. Pero es que además, como se verá más adelante, los exiliados que se dirigieron al otro lado del océano fueron objeto de una fuerte actividad de tipo económico y profesional. El simple hecho de tener que pagar el pa-

[57] Ibíd., p. 271. Fuente: Fichas de inscripción en las representaciones españolas correspondientes: 400 en los casos de México, República Dominicana y Argentina, algo más de un centenar en Colombia. Las inscripciones pertenecen al período 1950-70, excepto las de la República Dominicana (1939-40).

saje suponía para los exiliados «de tropa» (como cruelmente se les llegó a llamar) o, simplemente, de condición más humilde, un obstáculo casi insalvable. El soldado raso o el campesino catalán, aragonés o valenciano huido o evacuado no reunía las condiciones exigidas por los organizadores de las expediciones a América. Se puede decir, por tanto, que la mecánica de la reemigración a América y la composición socioprofesional del exilio son dos factores que se determinan recíprocamente. Compárese si no la profesión de los exiliados inscritos en las representaciones españolas de tres países hispanoamericanos y de Francia [58]:

En realidad, durante la dura etapa inicial de los campos de concentración en Francia, antes de que comenzasen las expediciones a

Grupo socio-profesional	*República Dominicana*	*Colombia*	*Argentina*	*Francia*
Profesiones liberales/ universitarios	11,9	21,7	8,9	0,3
Profesores	6,7	10,9	3,4	0,1
Otras profesiones intelectuales	9,8	6,3	11,0	0,2
Militares	3,6	2,9	3,8	0,1
Funcionarios de la administración	13,8	8,1	4,5	0,5
Comercio	23,9	24,6	27,1	5,7
Total servicios	69,7	74,5	58,7	6,9
Obreros calificados	22,2	18,3	33,7	13,2
Obreros no calificados	2,9	2,3	3,4	26,6
Total industria	25,1	20,6	37,1	39,8
Sector agrícola	5,2	4,9	4,2	53,3
Total	100	100	100	100

[58] Ibíd., pp. 235-236. Datos obtenidos de las fichas de inscripción de los refugiados españoles en las representaciones diplomáticas y consulares de Buenos Aires (400 fichas), Santo Domingo (400), Bogotá (100), Montpellier y Nimes (400). El autor advierte que quizá en las fichas francesas pese demasiado la tradicional emigración agrícola. Por el contrario, existe el riesgo de infravalorar el sector agrícola en las fichas americanas, que se hacían para solicitar la visita a España, cosa que los niveles más modestos no se podían permitir.

América, no más del 3 por 100 de los refugiados podía ser englobado dentro de la categoría de profesiones liberales o profesores y maestros. La mayor presencia del sector terciario (incluidas las profesiones liberales y los universitarios) en el exilio que se dirigió a América no justifica, sin embargo, el mito cultivado por la generalidad de la historiografía de izquierdas y por una parte de los mismos exiliados, según el cual se trató sobre todo de un exilio de intelectuales. La «deformación intelectualizante» se explica por la solidaridad interna de este grupo, que les hace considerarse protagonistas o, simplemente, verlo todo desde su punto de vista. Punto de vista que, en razón de la actividad misma del intelectual, tiene mucha mayor resonancia y llega a imponerse con carácter exclusivo y excluyente. Otro motivo de la sobrevaloración del componente intelectual del exilio, menos espontáneo, es la intención de hacerlo más aceptable a una opinión pública local no siempre benévola con la avalancha de españoles [59].

Existe, por lo demás, una categoría de exiliados, que no por minoritaria deja de ser significativa, y que no aparece como tal en los recuentos y estadísticas, quizá porque los interesados se incluyeron a sí mismos en otros grupos. Se trata de los sacerdotes y religiosos. Su presencia en el exilio no es tan rara si se tiene en cuenta, por ejemplo, la actitud del clero vasco. La jerarquía eclesiástica argentina obligó a las congregaciones de origen vasco a reprimir sus entusiasmos separatistas y prorrepublicanos durante la guerra. Y ya durante la misma (especialmente tras el derrumbamiento del frente norte) y después, no faltaron los sacerdotes vascos que buscaron refugio en sus respectivas comunidades, al otro lado del mar [60]. También hubo entre los exiliados sacerdotes dedicados a la docencia, sobre todo universitaria, y partidarios del orden republicano. El ejemplo más llamativo es el del jesuita García Bacca, profesor de lógica matemática en la Universidad de Barcelona que durante la guerra se fue a París. Secularizado, pasó por la Universidad de Quito, el Colegio de México, la Universidad Autónoma Nacional y, por últi-

[59] El término «deformación intelectualizante» es empleado por J. A. Matesanz, en «La dinámica del exilio», en *El exilio español en México,* p. 165.

[60] Se trataba sobre todo de capuchinos, lateranenses, trinitarios y sacramentinos. En Quijada, *op. cit.,* pp. 30-31.

mo, por la Universidad de Caracas. Otro caso menos dramático es el del canónigo José María Gallegos Rocafull, profesor de filosofía y teología en la Universidad Central de Madrid, que continuó su trabajo en la Universida Autónoma Nacional de México. El vizcaíno Ramón de Ertze Garamendi también prosiguió su carrera eclesiástica, universitaria y periodística en México [61].

Al igual que la profesión, la filiación ideológica o política fue un factor determinante del exilio, no sólo, como es obvio, porque fue el motivo principal de la huida, sino porque condicionó la dirección en que ésta se había de produdir. Mencionar, al menos de pasada, la diversidad ideológica del exilio podría parecer superfluo, dada la conocida fragmentación del bando republicano. Y sin embargo, no lo es, porque actuó como un factor de selección por parte de los organismos y países que se ocuparon y acogieron a los exiliados, y porque constituyó, por lo mismo, un motivo de enfrentamiento entre éstos. Enfrentamiento que se produce en un principio en el terreno de lo personal, pero que acabará teniendo consecuencias mucho más graves para la política del exilio. El «color» político del exiliado será un factor determinante para su aceptación o rechazo en los países receptores, empezando por la misma Francia (sobre todo a partir de la ocupación alemana) y siguiendo por Argentina o, en el extremo opuesto, Chile. La acogida no fue tan entusiasta y desinteresada como se ha querido creer a veces. Por otra parte, las luchas entre socialistas, republicanos y comunistas durante la guerra se tradujeron inmediatamente en la creación de distintos organismos de asistencia a los refugiados. La concesión de ayudas no se iba a caracterizar precisamente por su imparcialidad y menudearon, de una y otra parte, las acusaciones de favoritismo. El hecho de que fueran mutuas, al menos, sirvió para contrarrestar en parte los efectos perversos de esa política de selección ideológica.

Los campos de refugiados

En el momento de cruzar la frontera, a nadie, ni siguiera a los vencedores o a los mismos vencidos, interesaba conocer la filiación

[61] *Vid.* «Índice biobliográfico del exilio», en *El exilio español en México,* pp. 767, 775 y 777.

política de los refugiados. Como ocurre siempre en estos casos, sólo cuando en razón de su número se conviertieron en un problema se buscaron criterios para poner un poco de orden y encauzar las ayudas que, en forma de documentación o dinero, empezaron a distribuir distintos gobiernos y organismos creados *ad hoc.* El curso de los acontecimientos en Europa complicaría, como veremos, la situación, dando un impulso definitivo a la reemigración hacia América. Si la travesía atlántica había sido en principio un expediente para aligerar el peso financiero que suponía la presencia de los refugiados en Francia, a partir de la ocupación la significación política será un motivo y, a veces, un impedimento para emprender el viaje. Para entonces ya se sabía quién era quién. Y no siempre al interesado le convenía que se supiese.

Existen multitud de testimonios sobre el hacinamiento y las condiciones de vida en los campos de refugiados del sur de Francia. Se llamaban, como recuerdo de los de la época de la guerra de Cuba y como una triste premonición, campos de concentración [62]. En efecto, muchos de sus habitantes irían a parar, poco después, a los que oficialmente se llamaban campos de trabajo, aunque a veces estuvieran especializados en el exterminio. A principios de 1939, el número de refugiados (más de 100.000) hizo necesario abrir otros campos además del de Saint-Cyprien. En el mes de marzo había unas 236.000 personas internadas en estos campos. Las condiciones sanitarias y la alimentación eran tan deficientes que en otoño del mismo año se habían producido 14.600 bajas [63].

No sólo la muerte contribuyó a reducir de una forma drástica el número de internados en los campos. La legislación francesa preveía el reclutamiento para los refugiados. Muchos españoles pasaron así a engrosar las filas del ejército francés, que habría de vérselas en pocos meses con las fuerzas de ocupación alemanas. La derrota significó, para los que no consiguieron huir o integrarse en la resistencia, la-

[62] Una de las obras clásicas del exilio sobre este tema es la de David Wingeate Pike: *Vae victis! Los republicanos españoles regugiados en Francia, 1939-1944,* París, Ruedo Ibérico, 1969. Más reciente, la de Louis Stein: *Más allá de la muerte y del exilio: los republicanos españoles en Francia, 1939-1955,* Barcelona, Plaza y Janés, 1983; primera edición en Cambridge (Massachusetts), Harvard University Press, 1979. Abundan las memorias sobre la vida en los campos, ya desde fechas muy tempranas, como la de Jaime Espinar: *Argeles-Sur-Mer (campo de concentración para españoles),* Caracas, Elite, 1940.

[63] *Vid.* A. Maldonado, *op. cit.,* pp 34-35.

incluso la muerte en los *lager* [64]. La otra opción que se ofrecía a los refugiados para salir de los campos del sur de Francia (y también de Argelia [65]) era conseguir un trabajo fuera. Trabajo casi siempre mal pagado en la agricultura o en la industria. El gobierno francés afrontó la necesidad urgente de mano de obra que supuso la entrada en la guerra mediante una serie de medidas que ponían a los extranjeros (refugiados españoles a la cabeza) a disposición del Departamento de Guerra, encuadrándolos en compañías de prestatarios. Ni que decir tiene que los integrantes de estas compañías de trabajo también pasarían, con el armisticio, a engrosar el número de los prisioneros deportados a Alemania. Según un informe de la Comisión Franco-Mexicana, hasta esa fecha, en verano de 1940, 50.000 refugiados habían sido evacuados a otros países y unos 15.000 habían regresado a España. Quedaban en Francia unos 300.000, distribuidos como sigue [66]:

Alistados como voluntarios en el ejército francés	30.000
Miembros de las compañías de trabajo	50.000
Reclutados en campos de concentración	40.000
Asilos de inválidos	10.000
Industrias familiares y quehaceres domésticos	50.000
Beneficiarios de organismos republicanos españoles	30.000
Sostenidos por recursos propios	10.000
Indigentes	50.000
Sin ningún control	30.000
Total	300.000

No puede dejar de llamar la atención la cifra de indigentes, que, unida a la de los internados en los campos y en las compañías de trabajo, contrasta casi brutalmente con la de refugiados con recursos

[64] Entre los trabajos más recientes podemos citar el de M. Fabréguet: «Les espagnols rouges à Mauthausen», en *Guerres Mondiales et Conflicts Contemporaine,* 162, pp. 77-98.

[65] *Vid.* entre otros Ricardo Baldó: *Exiliados españoles en el Sahara, 1939-1943: un punto negro en la Historia,* Alcoy, 1977.

[66] Fuente: Comisión Franco-Mexicana, segunda sesión, Archivos del Ministerio de Negocios Extranjeros, Informe n.º 2, Vichy, 25 de junio de 1940. En V.A. Maldonado, *op. cit.,* p. 36, además de las obras citadas hasta ahora, a propósito de esta cuestión (campos de concentración), *vid.*, entre otros, Georges Soria: *Guerra y revolución en España,* Barcelona, Grijalbo, 1973 y, sobre todo, el volúmen dirigido por J.C. Villegas: *Plages d'exil. Les camps de refugies espagnols en France, 1939,* Dijon, 1989.

propios y la de beneficiarios de distintos tipos de ayudas. Aun suponiendo que en esa tabla no se hayan sobrepuesto distintas categorías (cosa que la serie de quejas y resentimientos demuestra que se produjo en la práctica), queda claro que sólo una mínima parte de los refugiados recibieron ayuda. Y en este caso concreto nos estamos refiriendo sólo a la ayuda material, dejando a un lado la de otro tipo, no menos importante, como la tramitación de pasaportes y documentación en general. Las necesidades de los refugiados eran tan abrumadoras y variadas que, lógicamente, debieron ser atendidas desde diversos frentes. Si los organismos creados por los propios refugiados y las asociaciones internacionales no gubernamentales atendieron sobre todo a las necesidades más primarias y al pago de pasajes para emigrar, las iniciativas de los gobiernos de diversos países tuvieron como objetivo principal dotar de un *status* legal seguro a los exiliados y hacer posible la reemigración, mediante la concesión de pasaportes, visados y salvoconductos. Este mismo sentido tuvieron los diversos intentos de rescatar a los refugiados que habían caído en manos alemanas, una vez empezada la guerra.

Las vías diplomáticas del exilio

En realidad, la asistencia prestada por vía diplomática a los exiliados no es sino una prolongación de la iniciada desde el mismo 1936. Aunque sus destinatarios militen en el campo contrario, se beneficiarán de los mismos principios que inspiraron la política de concesión de derecho de asilo. Desde un punto de vista teórico, la asistencia a los refugiados se basa, pues, en la aplicación de unos principios de derecho internacional. En la práctica, sin embargo, pesa enormemente el signo político concreto de cada gobierno a partir de 1939, así como la situación internacional, que se complica a ojos vista con el estallido de la Guerra Mundial y que determinó que la reemigración se orientara definitivamente hacia América. Debe quedar claro, no obstante, que la gestión diplomática por parte de un país no implicaba necesariamente la emigración y que muchas de las ofertas de recibir exiliados terminaban canalizándose a otros países.

México

El peso pesado de la gestión diplomática en favor de los refugiados fue, sin ninguna duda, México. Sus simpatías republicanas llevaron a su presidente a aplicar de forma ambigua el principio de no intervención durante la guerra (vendiendo armas y aviones a través de terceros), pero también a hacer efectiva la hasta entonces algo nebulosa doctrina del principio de asilo. Las simpatías de Cárdenas no decayeron con la derrota y a las ayudas concretas terminó añadiendo la oferta tan generosa como vaga de ofrecer una nueva patria a todos los refugiados, en julio de 1940. Pero, en realidad, el primer ofrecimiento tuvo lugar a raíz del Acuerdo Internacional del Comité de No-Intervención, en febrero de 1939, por el que se exigía la salida de las Brigadas Internacionales. Ya a mediados de enero, Cárdenas, apoyado por la Confederación de Trabajadores Mexicanos y su jefe, Vicente Lombardo Toledano, había ofrecido refugio a los brigadistas huidos a Francia. Lo limitado de la oferta y las garantías ofrecidas no bastaron para evitar la polémica, que terminó por dar al traste con la iniciativa [67]. Por aquel entonces, el Consulado de México en París empezó a documentar a algunos refugiados, favoreciendo a quienes estaban más comprometidos y, por tanto, corrían un riesgo mayor, y también a los personajes más representativos o que podían desarrollar una actividad en favor de la derrotada República [68]. El político será, pues, uno de los primeros criterios de concesión de ayuda.

La Legación (presidida por el ministro Narciso Bassols en un principio y después por Luis I. Rodríguez) pasaba estas listas al Consulado General en París, a cuyo frente estaba Gilberto Bosques. Entre el personal del Consulado destacaron Fernando Gamboa y su mujer, que acompañaron a varias expediciones de refugiados hasta su entrada en Francia y en su travesía a América [69] y que tomaron la iniciativa todavía en territorio español, nada más iniciarse el éxodo. Fue así como documentaron de forma totalmente oficiosa a los es-

[67] J. Rubio, *op. cit.*, p. 170.

[68] V. A. Maldonado, *op. cit.*, p. 41.

[69] Otros diplomáticos fueron los cónsules Aurelio Zepeda y Edmundo González Roa; la nómina completa en V. A. Maldonado, *op. cit.*, p. 42.

pañoles que se dirigieron a la embajada de México en Madrid, expidiéndoles un certificado de que el permiso de emigración se estaba tramitando en la legación mexicana en París. Lo mismo se hizo en Perpignan. El mismo Gamboa se encargó de sacar de España con el coche de la embajada a varios intelectuales y artistas. También esperó en la frontera a los miembros del Estado Mayor del Ejército republicano, concediendo falsos pasaportes mexicanos a Modesto, Líster y otros altos oficiales y comisarios políticos [70].

Muy pronto la improvisación y la oficiosidad, al recibir el espaldarazo oficial del gobierno mexicano, se convirtirían en una política articulada y la coordinación con el organismo creado por Negrín para atender a los refugiados sustituyó los procedimientos picarescos. El proceso de institucionalización de la ayuda culmina con la promulgación de una legislación específica y con la firma de los tratados con las autoridades francesas en 1940. Si en principio las «Tablas diferenciales» establecidas por la Dirección General de Población para regular la emigración en 1939 no ponían ningún límite numérico a los españoles (dejando aparte las condiciones generales de tipo económico y profesional), el mismo 2 de abril se hacían públicos los criterios que regirían la admisión de los refugiados españoles. Ya fuera el realismo ante las dificultades de tipo práctico que podría haber comportado una empresa de tamaña magnitud (como en efecto sucedió), ya fuera una intuición de la complicación de la situación internacional con el principio de la guerra, o bien, simple y llanamente, el temor a una opinión pública local no siempre de acuerdo con una nueva «reconquista» española, el caso fue que, al día siguiente de la victora de Franco, la Secretaría de Gobierno mexicana comunicó a la prensa que no se admitirían en el país a más de 10.000 refugiados, que además deberían adecuarse a ciertos criterios de tipo sanitario, regional, económico y profesional, a los que nos referiremos más adelante [71].

[70] Estas personas (entre 14 y 16) devolvieron los pasaportes al llegar a Toulouse. «Fraterna incorporación (entrevista con Fernando Gamboa)», ibíd., p. 881.

[71] *Vid.* Rubio, p. 173; para las condiciones iniciales en que debían ser admitidos los españoles, «Tablas diferenciales a que se sujetará la admisión de emigrantes durante el año 1939», *Diario Oficial,* 10 de noviembre de 1938, en *México y la República Española,* pp. 52-54.

Comenzó así la primera fase de las grandes expediciones a México, que se verían interrumpidas momentáneamente con la ocupación alemana. Una de las más importantes en cuanto a número y repercusión (hasta el punto de convertirse en verdadero mito, con las del *Ipanema* y el *Mexique*) fue la del *Sinaia*, que salió el 23 de mayo del puerto de Sète y llegó el 13 de junio a Veracruz con 1.620 personas, en medio de una enorme expectación y, por qué no decirlo, de una cierta polémica. Al entusiasmo de los 20.000 manifestantes de la Confederación de Trabajadores Mexicanos (cuyo jefe, Lombardo Toledado, formaba parte del comité de recepción junto a Negrín, el gobernador del Estado y García Téllez, secretario de Gobernación), se contrapone la inquietud de una parte de los trabajadores mexicanos ante las posibles repercusiones laborales de la emigración y de un sector de la opinión pública, preocupado por la combatividad política de los emigrados. El presidente Cárdenas intentó calmar a unos y otros, ofreciendo todo tipo de garantías en el aspecto laboral y atribuyendo a la mala fe la campaña emprendida por parte de la prensa en contra de los refugiados [72]. La reacción ante su llegada es bien sitomática de la división de opiniones y de la situación interior, no sólo en México, sino en todos los países de acogida.

A finales del año, habían entrado en el país 7.397 refugiados procedentes de Francia. Algunos, arribados a los Estados Unidos, tuvieron que completar en tren el viaje. De abril a septiembre de 1939 las expediciones se suceden a un ritmo mayor que en lo que resta de año [73]:

[72] «El presidente y las cuestiones actuales», en *El Nacional*, 27 de julio de 1939. Se trata de una entrevista realizada por Augusto Focil Díaz y recogida en *México y la República Española*, pp. 61-62. Sin duda, el Presidente y el Jefe de Información de *La Nación* comprendían en sus invectivas contra la prensa malévola al semanario *Hoy*, que titulaba «La conquista de Mexico en 1939» la información sobre la llegada del Ipanema; en Rubio, *op. cit.*, p. 175.

[73] General Antolín Piña Soria: *El presidente Cárdenas y la inmigración de Republicanos españoles a México*, México, Multígrafos SCOP, 1939, p. 20; ibíd., p. 176. Tanto Loys Elwin Smith: *México and the Spanish Republicans*, Berkeley y Los Ángeles, University of California Press, 1955, como Patricia Fagen: *Transterrados y ciudadanos*, México, Fondo de Cultura Económica, 1975, consideran, no obstante, que esta cifra peca por defecto y que debió de llegar en el 39 hasta los 10.000.

Llegados a México por mar (Veracruz)	*N.º total*	*Solteros*	*Cabezas de familia*	*Mujeres y niños*
Siboney (3 viajes)	72			
Mexique (3 viajes)	18			
Iseri	7			
Orizaba	16			
Flandre	312			
Orinoco	41			
Leerdan	18			
Monterrey	6			
Iberia	42			
Sinaia	1.620			
Ipanema	998			
Mexique	2.200			
por tren (Laredo)	435			
Total	5.785	1.460	1.070	3.255

Aunque el *Nyassa* y el *Santo Domingo* todavía realizan algunos viajes en los últimos meses del año, el ministro mexicano en París, Bassols, declarará interrumpidas las expediciones en el mes de septiembre a causa de la guerra, ante la dificultad de encontrar barcos. Ya fuera éste el motivo real o una hipotética falta de fondos (cuando todavía ho había empezado la crisis financiera de los organismos oficiosos republicanos, el SERE y la JARE), o más bien las dificultades de orden interno (la ya aludida oposición interior), el caso es que las expediciones se reanudarían incluso bajo la ocupación alemana. Durante el principio de la misma, la diplomacia mexicana vio aumentadas las solicitudes de salvoconductos, a los que no siempre se reconocía validez. Con los alemanes a las puertas de París, el Consulado y la Legación iniciaron un peregrinaje que les llevaría, al final, a Marsella y Vichy, respectivamente.

La situación de los refugiados se hacía dada vez más difícil: si los de mayor significación política corrían el riesgo de caer en manos alemanas, el resto no dejaban de suponer una carga para el gobierno francés. Fue así como, en agosto de 1940, el representante del presidente Cárdenas, Luis I. Rodríguez, llegó a un acuerdo con Pétain. El gobierno mexicano se ofrecía a acoger a todos aquellos refugiados en Francia o en sus colonias y territorios que lo solicitasen. El Estado francés se comprometía, por su parte, a garantizar su

seguridad y libertad, limitando la concesión de la extradición a los delitos comunes. El gobierno mexicano se ocuparía además de la manutención de los que no recibieran otras ayudas por parte de las autoridades francesas hasta el momento del embarque, así como del coste del pasaje [74]. En realidad, los recursos de que disponía el Estado azteca para hacer frente a estos gastos eran insuficientes. Es aquí donde entran en juego los distintos organismos de ayuda a los refugiados y los discutibles criterios de distribución de la misma. Por encima, incluso, de las condiciones impuestas por los distintos gobiernos, este problema determinó, como se verá más adelante, la composición política, profesional y socioeconómica del exilio, ya que, claramente, los pocos refugiados que disponían de recursos propios no tuvieron ningún tipo de dificultad para emigrar.

Lo que sí hicieron los diplomáticos mexicanos en Francia, en los primeros tiempos de la ocupación, fue alquilar a la Prefectura de Marsella dos castillos (el de la Reynarde y el de Montgrand) que, dotados del estatuto de extraterritorialidad, sirvieron de refugio momentáneo, hasta diciembre del 41, a varios centenares de españoles. Se obtenía así la aplicación *de facto* del derecho de asilo y la protección de los exiliados frente a la persecución de los agentes de la Gestapo, a la que, sin embargo, no pudieron sustraerse personalidades como Francisco Largo Caballero [75]. Con todo, los esfuerzos de los diplomáticos mexicanos no pudieron evitar que a finales de 1941 los gendarmes y guardias móviles franceses penetraran en la Reynarde y se llevaran a 300 hombres. Este episodio supuso el fin de la ayuda mexicana a los refugiados en Francia, porque pocos meses después, a raíz de la ruptura de relaciones de México con

[74] El texto completo del Convenio Franco-Mexicano se encuentra, por ejemplo, en V. A. Maldonado, *op. cit.*, pp. 47-48. Se omite, sin embargo, en la recopilación documental *México y la República Española.*

[75] Sobre estas negociaciones efectuadas ante la prefectura de Marsella y el gobierno de Vichy, así como sobre las condiciones de vida y las actividades de los refugiados en este período, escribió el entonces cónsul Gilberto Bosques: «Cárdenas y la República Española», en *Lázaro Cárdenas,* México, Testimonios del Fondo, Fondo de Cultura Económica, 1975. Por cierto, que fue el Consulado de México el que costeó los gastos de defensa de Largo Caballero y Federica Montseny (y, más tarde, los de su compañero Germinal Esgleas) ante la demanda de extradición presentada en el Tribunal de Limoges en 1941. Vid. Federica Montseny, *Mis primeros cuarenta años,* Barcelona, Plaza y Janés, 1987, pp. 237-239 y 243.

Pétain, Gilberto Bosques (ascendido de cónsul a jefe de Legación), junto con otros 44 diplomáticos mexicanos, fue detenido por los alemanes e internado en el castillo de Godesberg, cerca de Munich. Sólo al ser canjeado en 1945 por soldados alemanes podría Bosques reanudar su actividad. El parón de las expediciones transatlánticas estuvo también estrechamente relacionado con el desembarco aliado en el norte de África en noviembre de 1942 y la ocupación total de Francia por los alemanes.

En 1946, por encargo del nuevo presidente, Ávila Camacho, entabló conversaciones con Salazar. Se obtuvo así, aun sin ningún acuerdo formal, la garantía de seguridad para todos aquellos españoles que lograran llegar a Lisboa. Se reanudaron las expediciones a México, la República Dominicana y Venezuela. Mientras se tramitaban los documentos, los emigrantes esperaban el embarque en una residencia habilitada a tal efecto en la localidad de Ericeira. Este procedimiento se prolongó durante cuatro años y se beneficiaron de él unas doscientas personas [76]. Pero fueron muchas más las que, por esta u otras vías, llegaron a México en los años siguientes [77]:

Refugiados españoles acogidos en México durante el decenio 1939-1948

Año	*Hombres*	*Mujeres*	*Niños*	*Total*
1939	3.884	2.352	1.161	7.397
1940	1.034	712	309	2.055
1941	898	713	306	1.917
1942	1.492	1.042	521	3.055
1943	124	160	53	337
1944	262	248	123	633
1945	305	282	122	709
1946	831	592	195	1.618
1947	1.468	1.035	349	2.852
1948	498	522	157	1.177
Total	10.796	7.658	3.296	21.750

[76] V. A. Maldonado, *op. cit.*, p. 45.

[77] Datos procedentes de la Dirección General de Estadística mexicana, presentados por Loys Elwin Smith, *op. cit.*, p. 305. Citado en Rubio, *op. cit.*, p. 180.

Chile

No todas las personas que en 1939 cruzaron el Atlántico, sin embargo, se dirigieron a México. Junto a este país, sólo la República Dominicana y Chile, por motivos muy diferentes, se ofrecieron a acoger a un número considerable de refugiados españoles. La situación política chilena, que había propiciado la intervención del embajador en Madrid a principios de la guerra en favor de la aplicación del derecho de asilo [78], se invirtió a finales de la contienda. En efecto, desde fines de 1938 Aguirre Cerda presidía un gobierno de frente popular. Esta afinidad política con la República explica tanto la presencia de Indalecio Prieto en su toma de posesión, como la propuesta de la Asamblea francesa en un temprano debate (marzo de 1939) de la posibilidad de canalizar una parte de los refugiados a Chile. Como en el caso mexicano, buena parte del protagonismo de esta operación recayó en el personal diplomático y, en concreto, en Pablo Neruda, a la sazón cónsul chileno en París [79]. Neruda hubo de aplicar (y hasta qué punto lo hizo de forma estricta se verá por la polémica que suscitó su actuación) los criterios establecidos por su gobierno para regular la emigración. Criterios que, como sucedió en México, obedecían tanto a una limitada capacidad de absorción del país como cierta oposición interna. La preocupación de una parte de la opinión pública chilena ante la presión laboral, el gravamen económico e incluso las repercusiones políticas que podía suponer esta emigración llevaron a establecer unas cuotas de admisión, en función no sólo de los recursos económicos de los refugiados, sino de su profesión y, lo que es bastante significativo, de su filiación política. Si, como sucedió casi siempre con todas las disposiciones y acuerdos oficiales y oficiosos, las cuotas establecidas por el gobierno chileno no se respetaron sino muy parcialmente, ello fue debido en parte a la responsabilidad última de Neruda, que ejercía una especie de derecho de veto, reservándose la última palabra sobre la concesión de las ayudas y documentos necesarios para la emigración.

[78] Sobre el desarrollo posterior de esta doctrina, vid. I. Grugel y M. Quijada: «Chile, Spain and Latin America. The right of asylum at the onset of the Second World War», en *Journal of Latin American Studies,* 1990, 2, pp.353-374.

[79] El poeta narra de forma no siempre completa y objetiva los recuerdos de este período en sus *Memorias,* según él mismo reconoce.

La mediación del delegado argentino de la Federación de Organismos de Ayuda a los Refugiados y Exiliados (FOARE), Gervasio Guillot Muñoz, ante el ministro de Relaciones Exteriores chileno sirvió para superar la demora del decreto de autorización de entrada, en el sentido de considerar a los españoles refugiados, y sometidos, por tanto, al derecho de asilo antes que a las leyes migratorias generales [80]. Por cierto que este argumento estuvo acompañado de una oferta material nada desdeñable. Como en México, quedaron excluidos en un principio los miembros de las Brigadas Internacionales. Pero fueron los anarquistas quienes salieron perdiendo con el acuerdo entre el SERE de Negrín y la legación chilena y, sobre todo, con su aún más arbitraria aplicación.

Tras el éxito de la expedición del *Winnipeg* [81], el ministro chileno intentó organizar una nueva expedición, esta vez respetando los criterios de selección profesional, a base de técnicos y obreros agrícolas, para colonizar las tierras vírgenes de su país, pero el gobierno francés denegó el permiso por necesitar, al principio de la guerra, esa mano de obra. Las expediciones posteriores serían muy limitadas, a pesar de que en la Convención de Ayuda a los Refugiados Españoles se ofrecieran 3.000 pasajes más.

La República Dominicana

Entre el 7 de noviembre de 1939 y el 15 de mayo de 1940 llegaron a la República Dominicana, en siete expediciones diferentes, 3.132 refugiados republicanos. Si se comparan el tamaño, la población y los recursos de este país con los de México, no puede dejar de advertirse que, en términos relativos, este fue el mayor contingente de exiliados que desembarcó en América. Como en el caso de otros países (el de México quizá sea el más conocido), la organización de las expediciones corrió a cargo de los servicios de ayuda a los refugiados (en concreto, el SERE, órgano personal, más que ofi-

[80] «Informe de Gervasio Guillot Muñoz», en el opúsculo *¡Ahora más que nunca con los refugiados españoles!*, s.l., Federación de Organismos de Ayuda a los Refugiados y Exiliados, s.a., pp. 22-25. La mediación tuvo lugar en mayo del 39.

[81] Uno de los últimos trabajos sobre este argumento es el de Carlos Serrano: «Autour du Winnipeg: A propos de l'exil espagnol (1939)», en *Plages d'exil*, pp. 97-204.

cial, de Negrín). Pero, por supuesto, no habrían sido posibles si el país de destino no hubiera abierto las puertas y, aún más, hubiera ofrecido ciertas facilidades de instalación. Ahora bien, ¿cómo y por qué un dictador como Trujillo, que durante la guerra había manifestado su antipatía por la causa republicana, decidió acoger en su pequeño país a un contingente tan elevado (casi la mitad de los que en principio llegan a México) de potenciales enemigos políticos? Esta paradoja, que tiene su reflejo en la participación en la vida pública dominicana de una parte de esos refugiados, es quizá la nota característica del exilio en la República Dominicana [82].

La política inmigratoria de Trujillo tenía como objetivo fundamental atraer colonos para explotar las zonas fértiles todavía incultas, especialmente en la región fronteriza con Haití. Esta colonización serviría además de freno a la presión creciente de la población haitiana de color, que penetraba ilegalmente en la República Dominicana. Según informes del Encargado de Negocios español en Santo Domingo, parece que las estipulaciones acordadas entre el gobierno de Trujillo y el SERE se referían sobre todo a colonos agrícolas [83]. Otra de las razones que movió a Trujillo a promover la entrada de españoles y que, como se ha visto, guardaba relación con el establecimiento de colonias en la zona fronteriza, fue la «mejora de la raza»: la llegada de un buen contingente de españoles, en su mayoría solteros menores de 40 años, significaba un aporte no desdeñable al mestizaje, necesario por otra parte para mantener la identidad racial y cultural de la República frente al criollismo francófono del otro lado de la isla [84].

Los criterios de selección profesional, que a la postre no se respetaron, no dejaban de estar en franca contradición con los requisitos de tipo económico que impusieron a los exiliados españoles algunos países, como Chile y Colombia. El interés económico fue mucho más inmediato y manifiesto en la República Dominicana. El SERE había estipulado, en efecto, sufragar los gastos del pasaje y

[82] M. Romero: «El exilio republicano español en la dictadura dominicana de Trujillo. El informe de Miguel Benavides (1942)», en *Spagna Contemporanea,* 3, 1992, pp. 125-149.

[83] J. Rubio, *op. cit.,* p. 189.

[84] Javier Malagón: «El exilio en Santo Domingo (1939-1946)», en J. M. Naharro-Calderón (ed.) *El exilio de las Españas de 1939 en las Américas: «¿Adónde fue la canción?»,* Barcelona, Anthropos, 1991, pp. 154-177.

entregar 50 dólares al mes por persona. A esta cantidad había que añadir el respaldo de la American Society of Friends, es decir, los cuáqueros. Todos estos fondos se gastarían en la República Dominicana y estaban sujetos a un impuesto de inmigración. Parece ser, además, que los cónsules dominicanos en Francia se hicieron de oro extorsionando a los refugiados [85].

Pero la emigración dominicana obedeció también a factores políticos. Parece fuera de discusión que Trujillo pretendía realizar lo que hoy llamaríamos una operación de imagen destinada a borrar en la medida de lo posible la pésima impresión que había producido en el ámbito internacional y en los Estados Unidos la matanza de inmigrantes negros haitianos en 1937. Por otra parte, al abrir los brazos a los republicanos españoles, pretendía adquirir de rechazo una cierta fama de progresista o, cuando menos, de liberal [86]. Imagen esta última que no le debía de parecer tan negativa desde que tuvo ocasión de conocer a don Fernando de los Ríos. El embajador de la República en Washington, invitado a dar una conferencia con ocasión del IV centenario de la Universidad de Santo Domingo, parece que no sólo consiguió, con su aspecto y comportamiento, que Trujillo cambiase de opinión sobre los republicanos, sino que llegó a sugerirle la posibilidad de atraer a un contingente de refugiados. Por lo pronto, obtuvo inmediatas facilidades de entrada y trabajo para sus familiares y allegados. El rector de la Universidad, Julio Ortega Frier, abriría a partir de entonces sus puertas a los profesores españoles [87]. Cabe suponer que Fernando de los Ríos añadiría a su personalidad otros argumentos de mayor peso para convencer al dictador: no se olvide que obraban en su poder una serie de valores de distintos países que formaban parte de los recursos de la JARE [88].

[85] B. Vega: «La migración española de 1939 y su impacto sobre los dominicanos», en *Cincuenta años de exilio español en Puerto Rico y el Caribe,* pp. 198-199.

[86] Sobre estas cuestiones, así como sobre la importancia política que llegaron a alcanzar algunos exiliados en la República Dominicana, y sobre la dictadura de Trujillo en general, véase la obra de dos protagonistas (y víctimas) de este período: J. Almoina: *Yo fui secretario de Trujillo,* Buenos Aires, 1950, y *Una satrapía en el Caribe* y J. de Galíndez: *La era de Trujillo. Un estudio casuístico de dictadura hispanoamericana,* Buenos Aires, Editorial Americana, 1962.

[87] J. Malagón, *op. cit.,* pp. 154-157. El propio Malagón admite que haber sido alumno de don Fernando le benefició; cfr. Fernando de los Ríos: «The action of Spain in the Americas», *Concerning Latin American Culture,* Nueva York, 1940.

[88] J. Rubio, *op. cit.,* p. 148.

Su influjo es otro ejemplo concreto de la importancia de las relaciones personales y de la habilidad individual en la organización de las vías diplomáticas del exilio.

El que México, Chile y la República Dominicana abrieran sus brazos (por utilizar uno de los clichés más queridos por el exilio) a los republicanos españoles, realizando un ofrecimiento formal y explícito y facilitando casi en masa los trámites de inmigración, no significa, como es bien sabido, que el flujo migratorio se limitara a estos países. Otras repúblicas americanas, siguiendo la tradición del derecho de asilo aplicada durante la Guerra Civil, concedieron visados a súbditos españoles. La diferencia con los casos anteriores es que lo hicieron casi siempre a título individual, no dentro de un plan general de acogida y de acuerdo con las leyes emigratorias nacionales. El mismo motivo que salvó a muchos españoles durante la guerra fue el que posibilitó la salida de Europa de no pocos refugiados. Al ser los países más tardíamente independizados, Cuba y Puerto Rico pudieron conceder su pasaporte a los hijos de los funcionarios de la administración colonial o a los nacidos en su territorio [89]. Claro está que, en algunos casos, la nacionalidad se falsificaba: a través de la Secretaría de Estado de Cuba, por ejemplo, miembros del Partido Comunista hicieron pasar por súbditos cubanos a algunos correligionarios españoles, sacándolos así de Francia y la República Dominicana [90].

Los organismos de ayuda a los refugiados

Los trámites burocráticos no obviaban una necesidad anterior a la obtención de una cierta seguridad personal y a la misma reemigración a otros países. La mera supervivencia fue el primer y mayor problema con que tuvieron que enfrentarse las columnas de refugiados que atravesaron la frontera española a pie o que desembarcaron en los distintos puertos europeos. Ya se ha visto como uno de los

[89] Ibíd., pp. 196 y ss.

[90] El principal ejecutor de esta estrategia fue Juan Ambou, miembro de la Unión Revolucionaria Comunista y secretario de la Casa de Cultura (órgano fundamental en la isla de la extrema izquierda española). *Vid.* Consuelo Naranjo Orovio, *Cuba, otro escenario de lucha. La guerra civil y el exilio republicano español,* Madrid, CSIC, 1988, p. 176.

motivos fundamentales para que el gobierno de Pètain llegara a un acuerdo con el mexicano fue precisamente la carga económica que suponían los refugiados, y que su parcial integración en el mercado del trabajo libre o forzado no llegó a solucionar. Pero, si el gobierno francés no estaba en condiciones de mantener a una masa de refugiados que en su gran mayoría carecían de recursos propios, tampoco se crea que lo estaban el mexicano, el dominicano o el chileno, por referirnos a los países en que la ayuda fue más importante. Por lo mismo, el coste del pasaje marítimo a América suponía un obstáculo casi insalvable para la mayoría de los refugiados, aunque, según la letra del acuerdo francomexicano, corriera a cargo del gobierno azteca.

Distintos organismos se ocuparon de hacer frente a los gastos de manutención y transporte de los exiliados. Estos mismos contaron con sus propias organizaciones: oficiales, si dependían de los órganos gubernamentales de la República y de los fondos colocados previamente en el exterior y destinados a este efecto, u oficiosas, si respondían a la iniciativa de los diversos partidos y grupos políticos o si se presentaban (como ocurrió) como alternativas a las oficiales. También proliferaron, sobre todo en los países donde se afincaron en un primer momento los refugiados, las organizaciones no gubernamentales creadas con este fin. Por supuesto, también se ocuparon de estos españoles las principales asociaciones humanitarias, como la Cruz Roja. Junto a los nuevos organismos, estrictamente humanitarios, no faltaban tampoco los creados por iniciativa de un determinado grupo político, que pretendía así asegurar la asistencia para sus correligionarios españoles. En el vasto panorama de la ayuda a los refugiados se distinguen, también, diversos objetivos. Las necesidades eran muchas y la ayuda, dentro de lo posible, se diversificó. Otra cosa es que alcanzara siempre sus fines o que llegara a todos por igual. Otro factor, ya mencionado más arriba, influyó negativamente en esta labor asistencial: el comienzo de la guerra mundial supuso el cese de la actividad en favor de los refugiados españoles o, en cualquier caso, su ampliación a nuevos sectores de la población europea en peligro (por ejemplo, los judíos: de hecho, muchos viajaron a América en los mismos barcos que los españoles).

Es bien conocida la actuación de la Cruz Roja en España durante la Guerra Civil, sobre todo en favor de los prisioneros de ambos

bandos [91]. La principal organización humanitaria no gubernamental no podía menos de atender también a los refugiados. Cuando se produjo el éxodo masivo de Cataluña, organizó un Servicio de Noticias para facilitar la localización de personas dispersas. También se ocupó de los prisioneros y los hospitalizados en Francia. Menos conocida es, sin embargo, la organización de una Cruz Roja Republicana en el exilio, amparada por el gobierno republicano desde 1945 y cuyos dispensarios funcionaron, hasta 1986, con la anuencia de los gobiernos francés y mexicano. En efecto, interesa aquí destacar el hecho de que la Cruz Roja Republicana se estableciera, paralelamente y de forma independiente, en los dos países. Cuando se tuvo conocimiento de la situación, el comité en Francia reconoció como superior a la que operaba en México. En los años iniciales, las dificulades financieras, la ambigüedad jurídica y, sobre todo, los escándalos y la división política (el cáncer permanente del exilio español) comprometieron gravemente su actuación [92].

Uno de los primeros objetos de las iniciativas de tipo humanitario fue, como cabe esperar, los niños evacuados durante la guerra, a los que se ha hecho referencia más arriba. Ya en el mismo mes de noviembre de 1936, la Confederación General del Trabajo y la Liga Francesa para los Derechos del Hombre organizaron en Francia un Comité de Acogida a los Niños de España, que exactamente un año después promovió la celebración en París de la Conferencia Internacional para la Ayuda a los Niños y Refugiados Españoles. En Inglaterra, el National Joint Committe for Spanish Relief, presidido por la duquesa de Atholl, se encargó en la primavera de 1937 de los niños vascos refugiados en aquel país, así como de la evacuación de

[91] De este tema se ha ocupado Josep Carles Clemente en *El árbol de la vida. La Cruz Roja en la guerra civil española (1936-1939)* y en la *Historia de la Cruz Roja Española,* Madrid, Oficina Central de la Cruz Roja Española, 1990. Véase también la contribución de Enrique Municio Oliver a las *Jornadas sobre la población española durante la guerra civil y la inmediata posguerra,* «La humanización de la guerra: la Cruz Roja Internacional y otros organismos de solidaridad internacional durante la Guerra Civil Española. Estudio institucional y fuentes documentales». Gran interés ofrecen las memorias del Delegado del Comité Internacional de la Cruz Roja que actuó en España, Marcel Junod: *El tercer combatiente,* Ginebra, Comité Internacional de la Cruz Roja, 1985.

[92] *Vid.* Alicia Alted Vigil: «La Cruz Roja Republicana Española en Francia, 1945-1986», en *Historia Contemporánea,* 1991, 6, pp. 223-250. Este trabajo se basa en la documentación del Fondo París del Archivo de la República Española conservado en la Fundación Universitaria Española de Madrid.

los de la zona centro-sur. También financió el flete del Sinaia. Entre las organizaciones más activas en favor de los refugiados estuvieron los grupos de cuáqueros de diversos países, sobre todo de Inglaterra, Suiza y Estados Unidos [93], integrados en la Comisión Internacional para la Ayuda a los Refugiados Infantiles en España. Su labor se extendió a la emigración en América, contando con delegaciones en todos los países de destino [94]. Otro fruto de la iniciativa privada fue, en los Estados Unidos, la asociación Ayuda a los Refugiados Españoles, que, bajo el patrocinio honorario de Casals y Madariaga, se dedicó a la asistencia de los exiliados olvidados y, con el tiempo, de los ancianos, fundando el Hogar Pablo Casals en Moutauban. También en Estados Unidos, pero con objetivos más políticos que meramente humanitarios, se creó durante la guerra el Comité Norteamericano de Ayuda a la Democracia Española, que al terminar la contienda se convirtió en la Campaña de Ayuda a los Refugiados Españoles. A esta entidad corresponden iniciativas tan interesantes como la organización en México, en febrero de 1940, de la Convención de Ayuda a los Refugiados Españoles, que pretendía abrir de nuevo las puertas a la emigración, tras su fracaso en la República Dominicana y la interrupción momentánea del proceso en México. Si se consiguió este objetivo, no ocurrió lo mismo con el intento de obtener una financiación de los Estados Unidos para el embarque de los refugiados, debido, al parecer, a la politización de la reunión.

La organización de conferencias para tratar de los problemas de los refugiados fue una constante durante la misma guerra y la inmediata posguerra, sentando un precedente en la forma de actuar para los años sucesivos al final de la II Guerra Mundial. En Francia no era ajeno a este interés el carácter frentepopulista del gobierno y el

[93] Como ejemplo concreto, en septiembre del 38 el gobierno vasco mantuvo contacto con los cuáqueros americanos que, al enviar un cheque cada mes hasta la ocupación alemana, fueron los que más ayudaron a este sector del exilio. Vid. M. Amezaga Clark, *op. cit.*, p. 64. Sobre la labor realizada por estas comunidades, véase la obra del director ejecutivo de la Comisión, H.E. Kershner, *Quaker Service in Modern War,* Nueva York, Prentice-Hall, 1950.

[94] En el caso concreto de la República Dominicana, por ejemplo, los subsidios proporcionados por la American Society of Friends, junto a los 50 dólares mensuales por persona entregados por el SERE, fueron un motivo no despreciable del interés de Trujillo por los refugiados. Vid. Romero, *op. cit.*, pp. 126-127.

activismo de la izquierda [95]. El Comité Internacional de Coordinación y de Información para la Ayuda a la España Republicana (CICIAER), que en otoño de 1938 había realizado una campaña en pro de la libertad de comercio con el gobierno republicano, para contrarrestar los efectos de la política de no intervención de las potencias occidentales, organizó también la Conferencia Internacional para la Defensa de la Persona Humana. Esta conferencia dio lugar, al final de la guerra, a la creación de dos comisiones cuyo cometido sería visitar los campos de concentración y los centros donde se albergaba a los refugiados españoles. Los informes resultantes se presentaron en la Conferencia Francesa de Ayuda a los Refugiados Españoles, que se celebró en París el 10 y 11 de junio de 1939. Poco después, este organismo participó también en la segunda Conferencia Internacional de Ayuda a los Refugiados Españoles [96]. El CICIAER tuvo una gran influencia, ya que contaba con la aquiescencia de Negrín para canalizar la ayuda a través de dos organismos especializados: la Central Sanitaria Internacional y el Servicio Internacional para la Infancia.

La Federación de Organismos de Ayuda a los Refugiados y Exiliados (FOARE) [97] es un claro ejemplo de organismo no gubernamental afín a un partido político, en este caso, al comunista. Prueba de ello es la presencia de un representante suyo en la toma de posesión del nuevo presidente chileno [98]. Colaboró estrechamente con el SERE, órgano oficial del gobierno Negrín, en los países americanos, sobre todo en México, Argentina y Chile, y estuvo presente en París en las conferencias internacionales sobre los refugiados españoles, en mayo de 1938 y julio de 1939. No podía faltar, como es lógi-

[95] Durante la guerra menudearon las campañas de ayuda «popular», como atestigua una numerosa literatura volante: *Au secours des respublicains espagnols,* París, Editions du Secours Populaire de France et des Colonies, 1937.

[96] En esta reunión se presentó un censo de los refugiados. Vid. el folleto *Conference International d'Aide aux Refugiés Espagnols: París, 15-16 juillet 1939: recensement des refugiés espagnols: heberges en France,* s.l., París, s.a., 1939.

[97] Como en el caso del SERE, el significado de las siglas es un tanto confuso, por aparecer en la documentación tanto este nombre como el de Federación de Organismos de Ayuda a los Refugiados Españoles, que es el que utiliza Rubio, por ejemplo. En la Convención de Solidaridad con los Republicanos Españoles Refugiados y de Ayuda al Pueblo Español (21-24 agosto de 1943) cambió el «españoles» por «europeos».

[98] Se trata de Gillot Muñoz, el mismo que llevaría las gestiones relativas a la emigración a Chile de los refugiados. Vid. *¡Ahora más que nunca...!, op. cit.,* pp.20-21.

co, a los distintos congresos celebrados en América sobre el mismo argumento. Las distintas delegaciones de la FOARE se reunieron, en efecto, regularmente, asistiendo delegaciones de diferentes países a los encuentros nacionales. La delegación argentina, entre las más importantes, estuvo presente, por ejemplo, en los congresos celebrados en Uruguay. La Conferencia Continental de Buenos Aires (en 1939) contó con delegados de Venezuela, México, Uruguay, Chile, Estados Unidos y Argentina. El 15 de febrero de 1940 se inauguró, en México, la Conferencia Americana de Solidaridad, con el fin de da una solución definitiva al problema de los refugiados, en la que también estuvo presente la FOARE.

Este organismo intervino activamente, según se ha dicho, en la organización de la expedición del *Winnipeg* a Chile, ofreciendo no sólo su mediación, sino la suma por adelantado, al Banco Central de Chile, de 3.000 francos por cada refugiado embarcado [99]. Se intentaba así acallar las voces que veían en el embarque y llegada de los refugiados un peso económico, y dar un impulso definitivo a la concesión de visados. Interesa señalar que, según fuentes de la propia organización, muchos españoles quedaron en deuda con la misma, por no completar la suma anticipada para el pago del pasaje.

Sería demasiado prolijo enumerar en un lugar como éste las organizaciones que se ocuparon de los refugiados, especialmente en América. Se han nombrado las principales, que operaron en el ámbito internacional y contaron con delegaciones en diversos países. Pero hay que señalar la existencia de Comités Nacionales de Ayuda a los Refugiados Españoles (como el chileno, el argentino o el uruguayo), más o menos ligados a otros organismos, como el SERE o la FOARE, y que muchas veces tenían su origen en la guerra. También aportaron su grano de arena los centros fundados por la colonia española, en ocasiones muy politizados, lo que dio lugar a no pocos enfrentamientos y escisiones durante la guerra y a la llegada de los refugiados. Estos centros funcionaban a su vez como redistribuido-

[99] De acuerdo con el Comité Chileno de Ayuda al Pueblo Español, Guillot ofreció inicialmente tres millones de francos para proveer a los gastos de transporte e instalación de 1.000 refugiados, aunque el gobierno había autorizado la entrada de 2.000. En realidad, fueron menos los que se embarcaron. De todas formas, la FOARE tuvo que explicar el destino de la cantidad recaudada por sus distintas delegaciones, el Comité de Uruguay, las diversas organizaciones americanas y la Federación de Sociedades Gallegas, así como de la contribución de los familiares en Chile, que ascendió a 72.000 pesos. Ibíd., pp. 17-19.

res de los recursos que los distintos organismos les asignaban en función, es de suponer, de sus necesidades o de su afinidad política [100].

De hecho, cuando la organización tenía una importante base política y social de españoles y se identificaba con los refugiados, era difícil distinguir dónde terminaba la acción humanitaria y dónde empezaba el activismo político. Valga como ejemplo el caso de Cuba, donde la importanca de la colonia española anterior a la llegada de los exiliados ofrece una amplia serie de reacciones ante su llegada (por lo demás, no tan masiva como en otros países). Así, el Centro Republicano Español continuó sus actividades después de la guerra, realizando distintas campañas de recaudación de fondos para la guerrilla interior y el traslado e instalación de exiliados en América. Ni que decir tiene que entre sus actividades políticas no podía faltar la conmemoración del aniversario de la República [101]. Ya se ha mencionado el papel de la Casa de la Cultura y Asistencia Social, máximo órgano de la izquierda radical española, que colaboró con México en la obtención de visados para repatriar desde París a un total de 184 españoles [102]. Parte de sus fondos tuvieron, sin embargo, un destino político: el apoyo a la Junta Suprema de Unidad Nacional y su reconocimiento como gobierno legítimo, además de la lucha contra la Falange en Cuba y diversas campañas contra el régimen de Franco y en favor de la amnistía. También se movilizó a favor de los refugiados internados en los campos de concentración del sur de Francia la Asociación de Ayuda a las Víctimas de la Guerra de España. Tras un primer congreso nacional, en marzo de 1940, acordaron enviar al Encargado de Negocios de Francia en Cuba un telegrama solicitando un mejor trato para los refugiados y la desaparición de los campos, y protestando por la decisión del gobierno francés de repatriar a España a un número importante de exiliados. Aparte de la recogida de firmas en favor de los presos políticos, esta asociación lanzó en 1941 la campaña «Pro primer barco de rescate»,

[100] En el balance general del año 1939, el Comité Chileno de Ayuda a los Refugiados Españoles, por ejemplo, destinó casi 350.000 pesos a diversos centros y asociaciones españoles. Ibíd., pp. 46-47.

[101] *Vid.* C. Naranjo, *op. cit.*, pp. 126-131.

[102] Cuba sería el destino de sólo dos de estos españoles. El resto se dirigirían a México (31), República Dominicana (11), Estados Unidos (10), Argentina (9), Venezuela (7), Chile (4), Bolivia (3), Puerto Rico (1) y Haití (1). Ibíd., p. 119.

que no prosperó, como el proyecto de crear una colonia de refugiados. Otro organismo que tuvo su origen en la colonia de residentes fue la Unión de Mujeres Españolas en Cuba, que organizó campañas de recogida de ropas y alimentos para los presos políticos españoles y dirigió diversas peticiones a las autoridades cubanas, a las representaciones españolas en la isla y a las Naciones Unidas. El Patronato de Ayuda al Pueblo Español, aparte de apoyar la condena internacional del régimen de Franco en la reunión de La Habana del 7 de enero de 1945, llevó a cabo diversas campañas de recaudación de fondos, coon el concurso de varios sindicatos cubanos [103].

El SERE

La política y la asistencia también se daban la mano en las organizaciones oficiales de ayuda a los refugiados españoles. Oficiales porque dependían, administrativa y económicamente, de lo que quedaba del gobierno republicano. La primera de estas organizaciones y la única, si no hubiera sido por la división política que enfrentó a los distintos sectores republicanos, y por un incidente que posibilitó la materialización de esa escisión, estuvo estrechamente ligada a la figura de Juan Negrín, último presidente del gobierno de la República. En realidad, más que de un organismo oficial, habría que hablar de un organismo oficioso, puesto que, desde la dimisión de Azaña como presidente de la República el 27 de febrero de 1939, la existencia efectiva del gobierno republicano se podía considerar en entredicho, máxime cuando Francia e Inglaterra habían reconocido ya al de Franco [104]. Añádase a esto las dudas sobre la validez de la reunión en territorio extranjero de la Diputación Permanente de las Cortes en que se dio cuenta de la dimisión de Azaña, la actitud dubitativa de su presidente, Martínez Barrio, a la hora de hacerse cargo de la presidencia de la República, así como el golpe del 5 de marzo de la Junta Nacional de Defensa de Madrid y la salida de Negrín y su gabinete, y se tendrá una cumplida idea de la confusa si-

[103] Ibíd., pp. 120-124.

[104] El propio presidente de la República consideró fenecido el aparato político del Estado en su carta de dimisión, colmando de incertidumbre institucional estos momentos.

tuación en que se encontraban las instituciones republicanas a principios de marzo de 1939. Una de las acusaciones lanzadas por el coronel Casado contra el gobierno Negrín en su manifiesto era, precisamente, la de haber preparado una cómoda y lucrativa fuga. No se ha hecho todavía suficiente luz sobre los métodos de financiación utilizados por la República. Está claro, sin embargo, que ésta se logró a costa, fundamentalmente, de la exportación masiva de las reservas metálicas nacionales [105]. Casado llevaba razón en lo que se refiere a la preparación de la «fuga» o, lo que es lo mismo, la previsora colocación de recursos en el exterior con vistas a la derrota. Estos fondos estaban constituidos en parte por el oro, plata y alhajas confiscados a particulares en virtud de un decreto de 3 de octubre de 1936, que establecía esta medida para atender a las necesidades de guerra [106]. Estos bienes debían destinarse a la ayuda a los refugiados republicanos (y los hay desde que empiezan a caer los distintos frentes y comienzan las evacuaciones). El caso es que, aunque el SERE apareció por primera vez como organismo sólo en febrero de 1939, Negrín defendió su existencia desde 1937, para atender a los evacuados de la zona norte.

Cuando el SERE se constituye oficialmente en París, en marzo del 39, Negrín, recién salido de España, contaba con sustanciosas cuentas a nombre de sus colaboradores en bancos extranjeros [107], además de

[105] Uno de los autores que se ha ocupado más por extenso de este tema es Ángel Viñas, en *El oro español en la guerra civil,* Madrid, 1976, y *El oro de Moscú,* Barcelona, 1979.

[106] *Vid.* Juan Velarde: «La economía de guerra», en la obra de J. Andrés-Gallego, L. de Llera, J. Velarde y N. González: *La guerra civil (1936-1939),* Madrid, Gredos, 1989, pp. 397-465. Sobre aspectos concretos de estas operaciones, véase la obra de uno de los protagonistas del exilio, Félix Gordón Ordás: «Armamentos y alimentos», en *Mi política fuera de España,* México, 1955. El mencionado decreto se basaba en otro anterior, del 23 de septiembre, que ordenaba la incautación de varios barcos mercantes, y dio lugar al incidente del barco Cabo San Antonio, perteneciente a la compañía sevillana Ybarra, fondeado en el puerto de Buenos Aires, y cuyo mando había tomado la tripulación. El gesto fue interpretado como amotinamiento por las autoridades argentinas, que ordenaron su incautación hasta el final de la guerra. El barco fue la manzana de la discordia entre los representantes de Madrid y Burgos (Jiménez de Asúa y Lojendio, respectivamente). En Quijada, *op. cit.,* pp. 47-52.

[107] En la Banque Commerciale pour l'Europe du Nord, que fue la que negoció el envío del famoso oro a Moscú, había 132 millones de francos y en Nueva York se habían colocado 30 millones de dólares. Indalecio Prieto manejaba un informe con estas cifras en «Cómo y por qué salí del Ministeiro de Defensa nacional», en *Convulsiones de España,* México, Oasis, 1967-1969, vol. II, p. 16. Las cuentas estaban a nombre del propio Negrín, Fernando de los Ríos, Félix Gordón Ordás, Luis Prieto, Luis Araquistáin, A. Otero, Álvaro de Albornoz, Olona, Pedro Pra, P. Brea y Rafael Méndez Martínez; los titulares eran uno, dos e incluso tres de los mencionados.

doce buques de la compañía France-Navigation, entre ellos el *Winnipeg*. Quedaba, además, el remanente de la venta a la Unión Soviética de los barcos anclados en puertos rusos, utilizados para pagar material de guerra. Sin embargo, quedó frustrado su intento de que Azaña firmase la enajenación de todos los bienes muebles e inmuebles del Estado español en el extranjero [108]. De la incautación a particulares procedía el tesoro del yate *Vita*, que quedó bajo el control de Prieto al arribar al puerto mexicano de Veracruz.

Cuando esto sucede, a finales de marzo de 1939, el presidente del Consejo de Ministros estaba ultimando los detalles de la organización del SERE, sin acudir hasta entonces, para reclamar la preciosa carga, al parecer de la Diputación Permanente de las Cortes, que se consideraba a sí misma último residuo institucional de la fenecida República. El Servicio de Emigración de Republicanos Españoles [109] estaba regido, en teoría, por un consejo ejecutivo en el que estaban representados todos los partidos políticos. Pero, en la práctica, era la llamada «Ponencia ministerial», presidida por el mismo Negrín y de composición menos equilibrada, la que tenía el poder de decisión. No deja de ser significativo que todos los vocales de este órgano fueran ministros del último gabinete republicano [110].

De todas formas, poco le iban a servir a Negrín estos esfuerzos por oficializar el SERE, ya que su directo adversario, Indalecio Prieto, que había recibido del presidente Cárdenas el permiso de hacerse cargo del *Vita*, iba a ganarle por la mano ante la Diputación Permanente de las Cortes, obteniendo su confianza (y algo más: su

[108] Rubio, *op. cit.*, pp. 130-139.

[109] Como en el caso de la FOARE, a las siglas del SERE corresponden distintos nombres, que se usan indistintamente: además del mencionado, Servicio de Evacuación de Refugiados Españoles y Servicio de Evacuación de Republicanos Españoles.

[110] Componían esta *Ponencia ministerial* Julio Álvarez del Vayo (ex-ministro de Estado y socialista filocomunista), Tomás Bilbao (ministro sin cartera), Segundo Blanco (Instrucción Pública), Ramón González Peña (Justicia), Francisco Méndez Aspe (Hacienda), José Moix-Regas (Trabajo). El Consejo Ejecutivo lo presidía Pablo de Azcárate (ex-embajador en Londres); sus vocales eran Jaime Ayguadé Miró (Esquerra Catalana), Emilio Baeza Medina (Izquierda Republicana), Julio Jáuregui (PNV), Antonio Mije (PC), Federica Montseny (Federación Anarquista Ibérica), Alejandro Otero (PSOE), Eduardo Ragasol (Acción Catalana) y Manuel Rodríguez Vázquez. Rubio, ibíd. Fue precisamente a Méndez Aspe, como jefe de Tesorería del ministerio de Hacienda, a quien correspondió hacer entrega de las reservas del oro del Banco de España a Orlov en octubre de 1936. Vid. Hugh Thomas: *La guerra civil española*, Barcelona, 1980, p. 353.

espaldarazo oficial al aprobar los estatutos) a la hora de administrar aquellos fondos pertenecientes al patrimonio nacional. Claro está que antes de llegar a este punto, Negrín intentó por todos los medios (incluida la recuperación de la amistad con Prieto) ganarse el favor, sea de su ex-ministro, sea del órgano representativo de las Cortes. El que no lograra su objetivo se debe al hecho de que, al mismo tiempo que una batalla económica, se estaba librando una lucha política cuyas consecuencias iban a ser determinantes para el futuro del exilio. En el fondo, se estaban enfrentando ya una opción legitimista, que identificaba la pervivencia de las instituciones republicanas con las personas que las encarnaban, y otra más realista y, al mismo tiempo, más legalista, en el sentido de que colocaba la soberanía en su origen (en este caso, el pueblo y, por lo tanto, las Cortes... o lo que quedara de ellas). Ni que decir tiene que la primera postura era la del doctor Negrín y la segunda la de Indalecio Prieto (y otros, que ya se verán). Lógicamente, la posesión de unos recursos económicos y su administración entre la fugitiva y dispersa comunidad de exiliados eran casi el único poder y la única «soberanía», por así decirlo, que cabía ejercer inmediatamente después de la derrota. En un momento en que las circunstancias internacionales se agravaban a ojos vista, las cuestiones de tipo práctico pasaron, como es lógico, a un primer plano. Y la primera cuestión de tipo práctico era, para Negrín, la conservación de su cargo (con las atribuciones de tipo económico que en su opinión comportaba), en entredicho tras la dimisión de Azaña, el golpe de Casado, su huida y su incomparecencia en las reuniones anteriores de la Diputación. Cabe preguntarse si, de no haber existido el *Vita*, Negrín hubiera intentado congraciarse con una institución a la que tan poco había tenido en cuenta hasta entonces. El caso es que, no sólo con palabras, según parece, consiguió que el 31 de marzo la Diputación reconociese su comparecencia en calidad de presidente del gobierno y designase una comisión para fiscalizar su actuación (con lo que parecía reconocer implícitamente su continuación en el cargo). Sin embargo, no consiguió ninguna autorización oficial para administrar el patrimonio en su poder. Es más, en las reuniones siguientes, Prieto no sólo puso en duda la constitucionalidad de las atribuciones concedidas a Negrín para gobernar por decreto, en ausencia de un presidente, sino que consiguió que la Diputación le encomendase los fondos del *Vita*.

Ello no significaba, ni mucho menos, la desaparición del SERE, que contaba, como queda dicho, con sus propios recursos, y que siguió funcionando hasta que éstos se agotaron, lo cual sucedió relativamente pronto, pese a su cuantía, dada la magnitud del número de refugiados y sus necesidades. El SERE empleó de diversas maneras estos fondos. En parte, según se ha visto, sirvieron para financiar la reemigración de muchos españoles refugiados en Europa y el norte de África. Pero con los dineros del SERE (que cabe considerar, por los motivos citados, parte del patrimonio nacional) también se atendió a las necesidades mínimas de los exiliados (a través de subsidios, albergues y comedores) e, incluso, se pagaron pensiones. Este organismo, como es lógico, disponía de delegaciones en los diferentes países donde hubo exiliados. Su finalidad era proporcionarles trabajo, asistencia sanitaria y escuelas para sus hijos. El Comité Técnico de Ayuda a los Refugiados Españoles (CTARE) fue la filial del SERE en México. No está clara la cantidad de fondos manejados por el Comité: según el organismo mexicano encargado de controlar su gestión, la CAFARE, llegó a manejar entre 8 y 10 millones de pesos, aunque no falte quien sugiera cifras más abultadas (60 millones de pesos) [111]. Fueran cuales fueren, bastaron al doctor Puche, antiguo rector de la Universidad de Valencia y cabeza del comité mexicano del SERE [112], para poner en pie la Editorial Séneca, dirigida por José Bergamín, Industrial Gráfica, la Financiera Industrial Agrícola S. A. (en cuya hacienda de Chihuahua se instalaron 2.000 familias), la Cooperativa Pablo Iglesias (empresa constructora mixta hispanomexicana), la Fundición Vulcano, Laboratorios Químicos, Industrias Químicas Americanas, Manufacturas Electro-Cerámicas, Fomento Industrial de México, Empresa de Santa Clara, Cooperativa de Ahorro y Construcción, Unión Nacional Mexicana de Construcciones y la sociedad anónima Industria Pesquera. Aunque no siempre se vieron coronadas por el éxito, estas empresas sirvieron al menos para

[111] *Vid.* Rubio, *op. cit.*, p. 139.

[112] Ligado personalmente a Negrín, desempeñó también los cargos de director general de Sanidad y director del Instituto Nacional de Higiene de la Alimentación. En los últimos días de la guerra facilitó la huida por los Pirineos, entre otros, a Antonio Machado, Corpus Bargas, Navarro Tomás y Joaquín Xirau. Véase la obra de Ascensión H. de León Portilla: *España desde México. Vida y testimonio de transterrados,* México, Universidad Autónoma Nacional de México, 1978, p. 314.

solventar en parte el problema ocupacional [113]. Otra cuestión es que la cualificación profesional de los emigrados se aprovechase de forma suficiente o no. La adaptación laboral de los exiliados es un argumento que tiene su cara y su cruz. Por lo que se refiere al ámbito educativo, el Comité, además de apoyar a la Junta de Cultura Española, instalada en México desde su salida de Francia en 1940, fundó numerosos centros. Junto al Instituto Luis Vives, de larga vida y reconocido prestigio, inaugurado en agosto de 1939 bajo los auspicios de Cárdenas, Fabela y Silva Herzog, aparecieron en 1939 el Instituto Hispano-Mexicano Juan Ruiz de Alarcón (financiado por Cárdenas), la Academia Hispano-Mexicana (1940), así como los colegios del Patronato Cervantes en Tampico, Jalapa, Veracruz, Córdoba, Torreón y Tezcoco [114]. La suerte de estos centros fue tan desigual como la de las iniciativas industriales del SERE, dada la provisionalidad de su fundación y las dificultades económicas que tuvieron que afrontar en un segundo momento [115]. Como dato curioso, hay que señalar que algunos de ellos sobrevivirían, precisamente, gracias a las subvenciones de la JARE, que en un principio fundó sus propios colegios.

La rivalidad entre los centros educativos fundados por distintos grupos del exilio era la manifestación más sana e inocente de un enfrentamiento que no se quedó nunca en teórico. Motivos políticos aparte, lo cierto es que el mismo funcionamiento del SERE se prestó desde el principio a las críticas no sólo de sus adversarios, sino de observadores más desapasionados. Sin embargo, lo cierto es que su política de adjudicación de ayudas difirió poco de la de la JARE. Para ambos organismos, la importancia y la filiación política de los refugiados fueron un criterio nada desdeñable, hasta el punto de que las oficinas del SERE en París fueron inspeccionadas y cerradas

[113] Ibíd., pp. 314-315. Véase también Alfonso Maya Nava: «Actividades productivas e innovaciones técnicas», en *El exilio español en México*, pp. 125-161, y la «Memoria de Gobernación, 1939-1940», pp. 69-71, en *México y la República Española*, pp. 63-64.

[114] Sobre este argumento, véanse las contribuciones de Juan José Reyes: «Escuelas, maestros y pedagogos» y Teresa Miaja de Liscy y Alfonso Maya Nava: «Creación de organismos, mutualidades, centros de reunión, instituciones académicas», ibíd., pp. 177-203 y 101-122, respectivamente.

[115] José Puche, en *Palabras del exilio. Contribución a la historia de los refugiados españoles en México*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, Librería Madero, 1980, vol. I, p. 61.

por las autoridades en diciembre de 1939 y, definitivamente, en marzo de 1940. Conviene no olvidar que eran los tiempos del pacto germano-soviético y que toda manifestación de filocomunismo era vista con sospechas. A pesar de los acontecimientos europeos y de la creciente falta de recursos, el SERE seguiría coleando, mal que bien, en América, hasta más o menos las mismas fechas que el organismo presidido por Prieto. A finales de 1942, en la República Dominicana, donde la situación política y económica de los refugiados se había hecho especialmente crítica, los directivos de ambos organismos libraban la última y triste batalla antes de abandonar el barco, al tiempo que trataban de liquidar los restos de un patrimonio mermado por el desinterés, la desidia y en algunos casos, por qué no decirlo, por la equívoca conducta de algunos individuos. Mientras el representante de la JARE debía hacer frente por la calle al «asalto» de los refugiados y sus mujeres (que apenas recibían lo necesario para hacer una comida al día) y las autoridades dominicanas le conminaban a aumentar los subsidios, su rival negrinista se valía de su influjo sobre la hermana del dictador Trujillo para implicar a este sector del exilio en la organización de las recientes huelgas y procurar, así, su eliminación (quién sabe si física) [116]. El indudable sabor novelesco de estas pugnas no podía dejar de tener resonancias literarias, igual que las tuvo en general toda la experiencia del exilio. Pero cuando la realidad consigue superar a la ficción, la verdad contenida en un estudio histórico se aleja poco de la que contiene una estilización literaria [117]. Por lo demás, el hambre que padecieron realmente muchos de los emigrados recién escapados a la pesadilla de los campos de concentración en Francia hace casi superfluos, en este caso, los distingos.

La Junta de Auxilio a los Republicanos Españoles (JARE)

No menos novelesca es la historia del *Vita*, ni menos tortuosas las relaciones entre el doctor Negrín e Indalecio Prieto, ya bastante dete-

[116] Romero: *op. cit.*, pp. 131-147.

[117] Valgan como términos de esta ecuación, por ejemplo, las obras de Galíndez: *La Era de Trujillo. Un estudio casuístico de dictadura hispanoamericana*, Buenos Aires, Editorial Americana, 1962, y J. de Almoina: *Yo fui secretario de Trujillo*, Buenos Aires, 1950, y *Una satrapía en el Caribe*, frente a las novelas de Francisco Ayala: *Muertes de perro* y *El fondo del vaso*.

rioradas a raíz del cese del segundo como ministro de Defensa durante la guerra. El parte oficial de Franco dándola por concluida no se refería, sin duda, más que al bando vencedor, ya que, por lo menos para los sectores dirigentes del exilio, la guerra casi acababa de comenzar y tenía visos de durar tanto como las fuerzas e incluso la vida de los contendientes lo permitiesen. Si no fuera porque el enfrentamiento era ya un hecho (y fue reconocido como una causa por los mismos interesados) desde mucho antes de la derrota, podría parecer, por episodios como el del *Vita*, que todo empezó, como en las disputas familiares a la muerte de un pariente, por dinero.

El *Vita* era un yate que (ironías del destino) había pertenecido, con el nombre de *Giralda*, a Alfonso XIII. En él puso Negrín un tesoro destinado a la delegación mexicana del SERE para atender a las necesidades de los refugiados, aunque no falten quienes insinúan la posibilidad de que se tratase de dotar de una base financiera a la República cuando volviera a España. El uso que dio el SERE a otros fondos, sin embargo, parece desmentir esta hipótesis. El caso es que a bordo del yate llegaron una serie de cajas cuyo contenido sigue siendo hoy en día objeto de estudio y polémica [118], al igual que su valor. Parece que sólo las joyas (que eran la parte más importante del cargamento) valían al menos 50 millones de dólares. La noticia de la llegada de un importante cargamento de oro hizo bajar de hecho la cotización del dólar respecto al peso mexicano [119]. Pero, además de estas joyas, el barco transportaba efectos muy variados: desde el *radium* del Instituto del Cáncer de Madrid, hasta una cantidad importante de acciones y obligaciones. Varios años después de su llegada, el asunto del *Vita* seguía vivo no sólo entre los exiliados, sino en la opinión pública mexicana. El hallazgo, por un excursionista, de 30 a 40 cajas de seguridad del Monte de Piedad vacías cerca del volcán Popocatépetl puso sobre el tapete la oportunidad de

[118] Las obras más importantes sobre este argumento son las de Amaro del Rosal: *El oro del Banco de España y la historia del Vita*, Barcelona, Grijalbo, 1977, y José Fuentes Mares: *Historia de un conflicto (el tesoro del Vita)*, Madrid, CVS Ediciones, 1975. En el mencionado Congreso sobre movimientos migratorios, J. C. Gibaja Velázquez presentó un trabajo sobre «La JARE: Un organismo de ayuda a los exiliados, al servicio de un proyecto político», en el que se aborda el polémico tema.

[119] Esta es la estimación de Louis Fischer en *Men and Politics*, Duell, Sloan and Pierce, Nueva York, 1941. El periódico *Excelsior* manejaba, en los días de la llegada del barco, cifras de 60 millones de dólares.

los decretos de la República que establecían la entrega al Ministerio de Economía y Hacienda de las cajas particulares de los bancos con el fin de garantizar su seguridad. Además de las cajas del Monte de Piedad y de otros bancos, el Vita transportaba también una parte del oro y la plata sacados del Banco de España, por no mencionar los tesoros de la catedral de Toledo y del monasterio de El Escorial, que contribuyeron no poco a convertir el yate en leyenda, por no decir mito [120]. Mito tanto para los exiliados, que veían en el cargamento del barco la panacea de todos sus males (y que consiguientemente protestaban cuando se les aducía la falta de fondos), como para los españoles de la Península, que lo airearon como motivo de reivindicación frente a México, ni más ni menos que como el oro de Moscú o el Peñón de Gibraltar [121]. El hecho mismo de que Indalecio Prieto estableciera negociaciones con Franco sobre la carga del barco indica hasta qué punto estaban justificadas las voces que se alzaron, no sólo en España, sino en México (por no decir en una parte del exilio), contra la salida y el uso en el exterior y a nombre de una soberanía cuanto menos maltrecha, de una parte del patrimonio nacional.

Estas consideraciones no pasaron, obviamente, por la cabeza del doctor Negrín cuando, siguiendo la línea de acción iniciada ya durante la guerra, según se ha visto, decidió mandar una parte de esos recursos que había colocado previsoriamente en el exterior al responsable del SERE en México, el doctor José Puche. El refuerzo financiero llegó a Veracruz el 28 de marzo de 1939. Sólo que Puche no estaba allí para hacerse cargo de las 160 cajas que le mandaba el presidente del Consejo de Ministros. Pero estaba Indalecio Prieto, que además era amigo del presidente Cárdenas. A veces los acontecimientos se precipitan debido al encadenamiento de hechos fortuitos como éstos con otros de índole personal (la enemistad entre Prieto y Negrín), que sirven, por así decirlo, de «acompañamiento musical» a las cuestiones de fondo. Como ya se ha dicho, es dudoso que, de no haber mediado un conflicto político, el asunto del *Vita*

[120] Sobre el hallazgo de las cajas y como ejemplo de la virulencia que alcanzó la polémica, véanse los artículos escritos en 1945, al reunirse las Cortes republicanas en México, por Alfonso Junco: *México y los refugiados. Las Cortes de Paja y el Corte de Caja,* México, Editorial Jus, 1959, pp. 65-69, por ejemplo.

[121] A. H. de León Portilla: *op. cit.,* pp. 107-108.

hubiera adquirido tanta relevancia. Pero tampoco debe dudarse de que la pugna por su posesión contribuyó a recrudecer la disputa y a aclarar los términos de la misma. El jefe de escolta sólo podía pedir consejo a la personalidad de mayor relieve presente en aquel momento, que era Prieto. El yate, así, siguió su viaje hacia Tampico, donde el día 30 se desembarcó su carga para transportarla, con escolta militar, hasta la ciudad de México. Otra versión de los hechos afirma que Prieto tuvo noticia de la llegada del yate y que, estando todavía éste en alta mar, envió un radiograma a Vicente Puente Abuin, el comisario político responsable de la escolta, ofreciéndole 100.000 pesos mexicanos si cambiaba el rumbo y la consignación del barco. Sería de esta forma como el *Vita* llegó a Acapulco, en lugar de Veracruz [122].

Cárdenas tenía una confianza ilimitada en Prieto, quien por lo demás residía a la sazón en el país y se había comprometido a normalizar la situación, procurando que le nombrasen delegado del servicio de refugiados en México. Fuera que realmente pretendiera entrar en el SERE (dando la batalla desde dentro a Negrín), fuera que desde el principio tuviera la pretensión de actuar por su cuenta y riesgo, el caso es que vio en la inestabilidad institucional de la República la ocasión de, al mismo tiempo, descabalgar a Negrín y crearse un lugar en el sol o, por lo menos, de que la situación de las fuerzas políticas tuviera su traducción práctica en recursos económicos y en algo tan intangible a veces como la legalidad. En consecuencia, ante la negativa de Negrín de encomendarle el cargamento del yate y la de Cárdenas a que lo abandonase, el bravo ex-ministro de Defensa acudió al terreno de juego elegido por el mismo Negrín, a saber, la Diputación Permanente de las Cortes.

Mientras había tenido lugar un oportunista intento de reconciliación: Negrín, ante la perspectiva de perder el control sobre el Vita (con las implicaciones políticas que ello significaba), había escrito a Prieto desde Nueva York, anunciándole su próxima visita a la capital azteca y su intención de aclarar «los equívocos y malas inteligencias surgidos en los últimos meses» [123]. La carta, escrita en mayo, tu-

[122] La anéctota es referida por Carlos Sampelayo en *Los que no volvieron,* Barcelona, Libros de la Frontera, 1975, pp. 178-179.

[123] Tampoco faltaron intentos de mediación, como el de José Prat, que lo narra en «El exilio en Colombia», *Cuadernos Hispanoamericanos,* 473-474, 1989, pp. 241-242. Ante el fraca-

vo respuesta dura y contundente a primeros de junio. Los motivos de los equívocos y malas inteligencias quedaron bien claros, en efecto, pero para el gran público, ya que el epistolario entre los dos líderes socialistas fue publicado en el mes de agosto de 1939, un mes después de que Prieto enviase la última carta [124]. La extensión de las misivas y su virulencia *in crescendo* podrían hacer suponer que sus autores se dedicaron en exclusiva a su escritura (con vistas a la publicación) durante esos meses, si no fuera porque al mismo tiempo se peleaban ante la Diputación para ver quien se llevaba el gato —el *Vita*— al agua.

Personalismo por personalismo, Prieto jugó la baza de la deslegitimación de Negrín como presidente del gobierno: ante la iniciativa totalmente personal de este último de ponerle al frente de un organismo en que estuviesen representados los distintos grupos políticos, Prieto prefirió guardarse las espaldas jurídicamente, poniéndose a disposición de la Diputación permanente, halagada por el gesto en un momento de crisis en que toda confirmación de su soberanía parecía poca. Frente a la indiferencia inicial y el personalismo (por no decir la soberbia) de Negrín, las garantías de transparencia ofrecidas por Prieto, su aparente humildad al poner en manos de los diputados la entera responsabilidad de los fondos que obraban en su poder [125] y, por qué no decirlo, los argumentos esgrimidos en contra de la legitimidad del gobierno terminaron por convencer a la misma Diputación que el 31 de marzo había reconocido implícitamente al gobierno de Negrín. Por lo demás, Prieto no estaba solo: otros cuatro ex-ministros habían firmado con él un documento a principios de junio desacreditando a Negrín como presidente del Consejo. La lucha se saldó a favor de Prieto. El 26 de ju-

so de su gestión Prat prefirió alejarse incluso físicamente de la polémica, eligiendo Colombia como destino.

[124] La primera edición, a cargo de Víctor Salazar, se tituló *Epistolario Prieto-Negrín. Epistolario. Puntos de vista sobre el desarrollo y consecuencias de la guerra civil española,* París, Imprimerie Nouvelle, 1939. Hay que llamar la atención sobre el hecho de que se publicase en el lugar y en las fechas en que la Diputación estaba discutiendo —o acababa de discutir— la cuestión de las competencias del presidente del consejo de ministros. Más recientemente, el epistolario ha sido publicado como parte de la serie *Convulsiones de España,* de Indalecio Prieto, por la Fundación Cultural que lleva el nombre del líder socialista y la Editorial Planeta, Barcelona, 1990.

[125] Llegó a proponer el traslado en pleno de la Diputación a México o, en su defecto, el nombramiento de una comisión de personas ya residentes en México.

lio, la Diputación Permanente de las Cortes de la República reunida en París se arrogaba la plena responsabilidad de atribuciones para todo lo referente a la administración del patrimonio nacional, al tiempo que requería a Negrín para que entregase todos los bienes que se encontraban en su poder. Pocos días más tarde, en la reunión del 31 de julio, se aprobaban los estatutos de la Junta cuya creación se había acordado. Nacía así la Junta de Auxilio a los Republicanos Españoles, en franca contraposición, por tanto, al SERE, cuyos entuertos debía de estar destinada a enderezar. Por desgracia, como toda cosa que nace en oposición a algo, su funcionamiento estaba llamado a caer en el mismo tipo de extremos. Pero eso es otra cuestión. Interesa hacer notar cómo en su composición se buscó el equilibrio, si bien se hallaban ausentes los comunistas y los nacionalistas vascos [126]. En realidad, fueron los miembros de la Junta residentes en México, con Prieto a la cabeza, quienes tuvieron real poder de decisión, por el simple motivo de que, al contrario de lo que ocurría con el SERE, casi todos los recursos del organismo se encontraban en este país. Aparte de las «vitaminas» (como llegó a llamar la prensa mexicana al tesoro del *Vita*), la JARE contaba con otros bienes que habían quedado al otro lado del Atlántico. Tal es el caso de los valores de distintos países a nombre del embajador republicano en Washington, Fernando de los Ríos, o de los 22 aeroplanos y 150 motores de aviación que el gobierno había comprado a los Estados Unidos por mediación de China y que se terminarían revendiendo a México.

El empleo de estos recursos no difirió gran cosa del que llevó a cabo el SERE. Por cierto que, aunque la tónica imperante entre ambos organismos fue la interferencia y la rivalidad, no por ello dejaron de colaborar cuando la ocasión (o la falta de dinero) lo requirió. Prueba de ello es la financiación, por la JARE, de los colegios fundados por el Comité Técnico presidido por Negrín. Al frente de las

[126] Quienes ejercían el poder efectivo eran Luis Nicolau d'Olwer (presidente), Indalecio Prieto (vicepresidente) y Carlos Esplá (secretario general). Los vocales eran José Andreu Abelló, Amador Fernández Montes, Emilio Palomo Aguado, Juan Peiró Belis, Faustino Valentín Torrejón. Francisco Cruz Salido era el jefe de la Oficina de Prensa y Propaganda y el general José Riquelme se ocupaba de los asuntos militares. Por cierto, que, irónicamente, la mujer de este último fue delegada administrativa de la Cruz Roja Republicana Española en Francia en 1945 y su gestión estuvo rodeada de la polémica debido a las acusaciones de filocomunismo. Vid. A. Alted Vigil, *op. cit.*, pp. 231 y ss.

inversiones de la JARE estaba Antonio Sacristán Colás, que durante la guerra, como director del Consejo Superior Bancario, efectuó diversas misiones en el extranjero por orden de Negrín, a la sazón ministro de Hacienda. Con Méndez Aspe desempeñó el cargo de director del Tesoro, siendo como tal responsable de casi toda la legislación sobre disposiciones de emergencia [127]. Importa este dato porque sin duda debía ayudarle en su conocimiento de los recursos con que contaba la República en el exterior. Es también significativo que se negase a colaborar en el SERE cuando Negrín se lo pidió. No tuvo reparos en hacerlo, sin embargo, con Prieto, aunque el temor de éste a realizar inversiones demasiado fuertes frenase su iniciativa [128]. Aun así, la JARE organizó la Financiera Hispano-Mexicana (Hisme), que puso en marcha el prestigioso Colegio Madrid. La JARE subvencionó también al Luis Vives, al Ruiz Alarcón y a la Academia Hispano-Mexicana, además de hacerse cargo de los niños de Morelia cuando desapareció la Escuela Industrial España-México donde los había albergado el gobierno de Cárdenas. Para ofrecer atención médica gratuita a los recién llegados, la JARE montó un consultorio que sería el primer núcleo de la Benéfica Hispana. La creación de este centro, que atendía principalmente a los miembros del Partido Socialista, es representativa de la escisión ideológica del exilio, por cuanto constituía una alternativa a la clínica Barsky, fundada por el jefe de sanidad de las Brigadas Internacionales y destinada a los refugiados comunistas [129]. Ni que decir tiene que la JARE, como se ha visto, contó con delegaciones en los demás países americanos donde hubo emigración republicana.

El funcionamiento de la JARE dependió estrechamente, según se ha indicado, de la amistad y la confianza absoluta que unió a Cárdenas y a Prieto, hasta el punto de que el cese del general en la presidencia tuvo importantes repercusiones en la organización de la Junta. Lo mismo puede decirse, sin embargo, del SERE. En realidad, la confianza de Cárdenas en los organismos de ayuda a los refugiados fue, en principio, ilimitada. De la misma forma que, a pesar de la letra del tratado de Vichy, dejó que fueran ellos los que corrie-

[127] *Vid.* su propio testimonio en A. de León Portilla, *op. cit.*, pp. 373-374.

[128] Ibíd., pp. 374-375. El motivo es que Prieto prefería atender a las necesidades primarias de los refugiados y no correr riesgos de cara a una futura rendición de cuentas.

[129] *Vid.* T. Miaja de Liscy y A. Maya Nava, *op. cit.*, pp. 104 y 106.

ran con todos los gastos, también les dejó una libertad de acción considerable al permitirles la instalación en el país sin ningún tipo de control. El presidente no quería, al parecer, empañar con apariencias de interés su generoso gesto de acogida ejercitando unos derechos de los que por lo demás era consciente [130]. Esta política no dejaba de ser, como es lógico, arriesgada, sobre todo para el mismo general, que tendría que hacer frente a una opinión pública exacerbada por sentimientos nacionalistas. Buena prueba del amplio margen de confianza concedido por Cárdenas a Prieto es la forma en que se procedió a desmontar, para su venta, las alhajas del *Vita.* Don Indalecio alquiló un almacén en la misma calle en que vivía. En este taller, varios hombres de su confianza se dedicaban, por las tardes, a desmontar y clasificar las gemas, bajo la estrecha vigilancia del líder socialista, cuya suspicacia fue justificada al descubrir, un día, dos perlas en el guardapolvos del ex-ministro de Comunicaciones, Emilio Palomo. Estas operaciones, llevadas con gran secreto, no podían dejar de fomentar el alarmismo en la prensa mexicana, como es lógico [131]. Todo contribuía a la formación del mito en las dos orillas del océano. La confianza no podía sino salir perdiendo con episodios como este o como el ataque perpetrado por la FAI a la Financiera Industrial de Ayuda, S. A. (filial de la JARE), que saldó con un muerto (el gerente) y un herido grave (el presidente del consejo de administración, general Llano de la Encomienda) [132]. Como consecuencia de todo ello y de la política emprendida por el nuevo presidente, los organismos de ayuda a los refugiados verían pronto limitada su autonomía, quedando finalmente bajo el control directo del gobierno mexicano.

Otro motivo de polémica, esta vez en las filas del exilio, fue el uso del tesoro del *Vita* con fines políticos. En efecto, antes de volver a México, en otoño de 1939 (recién creada, por tanto, la JARE), Indalecio Prieto emprendió negociaciones con Lequerica en París, con el fin de garantizar la repatriación sin represalias de la mayoría de los refugiados, a cambio de la entrega del valioso cargamento [133]. Estas conversaciones suscitaron, como es de imaginar, comentarios para

[130] «Apunte de Lázaro Cárdenas», en *México y la República Española,* pp. 65-66.
[131] Sampelayo: *op. cit.,* pp. 179-182.
[132] Ibíd., pp. 182-183.
[133] I. Prieto: *Convulsiones de España III,* México, Oasis, 1969, pp. 131-132.

todos los gustos: mientras unos vieron en ellas un gesto de patriotismo, otros no dejaron de considerarlas una claudicación. La operación no tuvo éxito más que parcialmente, cuando, al volver a México a primeros de noviembre, el líder socialista decidió, asumiendo toda la responsabilidad, devolver a España una parte del tesoro, el *radium* del Instituto del Cáncer de Madrid.

La actuación personalista de Prieto estaba, sin embargo, llamada a durar poco. Tan poco como durase en el poder su mentor e interlocutor, el general Lázaro Cárdenas. Con el ascenso a la presidencia de Manuel Ávila Camacho, no sólo cambiarían las leyes de inmigración, sino que se regularía el funcionamiento de organismos extranjeros conforme la legislación nacional. Sin perjuicio de los acuerdos de Vichy y de la colaboración anterior entre el gobierno mexicano y la JARE (podría también entenderse el SERE), y ateniéndose al estatuto de la Junta aprobado en París el 31 de julio de 1939, Ávila Camacho consideraba a esta última como un órgano representativo de un poder extranjero (creado y fiscalizado por la Diputación Permanente de las Cortes). Como tal, en virtud de un acuerdo presidencial de 21 de enero de 1941, mientras se procedía a la transformación de la JARE en una entidad económica conforme a la legislación mexicana, se establecía su control por un organismo mixto integrado por representantes de las secretarías de Relaciones Exteriores y Gobernación, así como de la misma Junta. También se había de actuar en consecuencia con el CTARE (que, como se ha visto, era la delegación mexicana del SERE). Aparte de la soberanía, los motivos aducidos en el acuerdo presidencial son la protección legal de la organización, que debía eludir suspicacias y facilitar su actuación, y el evitar conflictos en la distribución y asentamiento de los emigrantes [134]. Estos argumentos parecen una alusión solapada a la escasa transparencia de que acusaban a Prieto sus enemigos (españoles y mexicanos), así como a las rencillas internas entre los mismos emigrados. Fuera como fuere, el caso es que Prieto demostró una vez más su capacidad de maniobra al establecer en la primavera de 1942, con el apoyo de Cárdenas, la Fiduciaria Hispano-Mexicana, más tarde Financiera Hispano-Mexicana. La sociedad, que no se

[134] «Acuerdo que regirá la política en favor de los refugiados españoles», en *México y la República Española*, pp. 86-88.

adecuaba a los fines del organismo mixto previsto en el acuerdo presidencial, no controlaba en realidad sino una pequeña parte de los fondos del JARE, insuficientes a todas luces para atender a los compromisos contraídos por la Junta. Fondos que, por si fuera poco, se hallan parcialmente invertidos en materias primas e industrias estratégicas. Por estos motivos, y por ocultación de divisas, Ávila Camacho dio el último paso que ponía bajo su control absoluto la organización. Un segundo acuerdo presidencial, de 27 de noviembre de 1942, disolvía la JARE y creaba en su lugar la Comisión Administradora del Fondo de Auxilio a los Republicanos Españoles. El hecho de que Indalecio Prieto presentara recurso de amparo contra la formación de la Comisión mixta, que se le notificó el 5 de noviembre, contribuyó a precipitar los acontecimientos.

La Comisión Administradora del Fondo de Auxilio a los Republicanos Españoles (CAFARE)

La resistencia del líder a perder el control sobre la JARE estaba plenamente justificada, en el sentido de que el segundo acuerdo presidencial cambió, en efecto, muchas cosas. Empezando por la composición misma de la CAFARE (un representante de la Secretaría de Relaciones Exteriores, otro de la de Gobernación y un tercero de la JARE, que por lo demás dimitiría en abril de 43) y siguiendo por sus atribuciones, que contemplaban, entre otras cosas, el monto de los subsidios a los refugiados, la naturaleza y extensión de las empresas establecidas, así como todo lo concerniente al transporte de los exiliados que en un futuro se considerase oportuno recibir [135], el nuevo organismo ponía fin a la gestión de los fondos por los mismos refugiados. No entramos aquí en el análisis de las repercusiones que pudo tener para Indalecio Prieto la pérdida de tan valioso instrumento. Pero es indudable que el solo hecho de revisar los criterios de adjudicación de subsidios tuvo que afectar, forzosamente, al sistema de fidelidades y simpatías políticas del exilio. La

[135] «Decreto que crea una Comisión encargada del control, custodia y administración de los bienes de la Delegación en México de la Junta de Auxilio a los Republicanos Españoles», ibíd., pp. 96-97.

evolución de los acontecimientos al terminar la guerra mundial marca de forma definitiva el ocaso de la influencia directa de Prieto.

Mientras tanto, la CAFARE seguía actuando, conforme nuevos criterios, eso sí, en México y en diversos países. Toda comparación entre la gestión de la JARE y la de la CAFARE ha de resentirse, por fuerza, de la misma falta de documentación que propició la disolución de la primera y la creación de la segunda, pues todavía en 1946 seguía reclamándosele a Prieto una completa rendición de cuentas ante las resucitadas Cortes Españolas [136]. Los resultados de la gestión deben colegirse, por lo tanto, más de los informes de la CAFARE que de otra cosa. El nuevo organismo no se limitó, como la JARE o el SERE (cuyos bienes, por lo demás muy mermados ya, no absorbió) a actuar en territorio mexicano, sino que extendió su acción a otras repúblicas americanas y a Europa, e incluso a la misma España. Así, mientras proveyó al traslado, desde España u otros países, de los familiares de los refugiados que lo solicitaron, no contribuyó a la reemigración de los exiliados desde los distintos países americanos, por considerar que todos ellos ofrecían iguales oportunidades. Pero el hecho de que se enviasen subvenciones especiales a los exiliados en la República Dominicana indica que no era así [137]. Frente a los 591.778,68 pesos gastados en auxilios y socorros a los españoles residentes en México durante el año 1943-1944, estas fueron las cantidades remitidas al extranjero [138]:

A la República Dominicana	60.290,50
A la República de Cuba	5.770,41
A España	10.000
A la República Argentina	3.660
A Suecia por conducto de Relaciones Exteriores	261.881
Total	341.601,91
Pasajes para algunos republicanos españoles o familiares de exiliados en México	94.041,45

[136] Como ejemplo de la polémica sostenida con Prieto sobre el particular, véanse los artículos de Junco, publicados en noviembre de ese año en *El Nacional:* «La soga al cuello», «Las fibras de la soga», «El oro del silencio» (*op. cit.,* pp. 60-72).

[137] La situación angustiosa de los refugiados en este país fue denunciada ya a mediados de febrero de 1940 por la Conferencia Panamericana de Ayuda a los Republicanos Españoles reunida en México. *Vid.* «El programa de ayuda de la Conferencia Panamericana», en *México y la República Española,* p. 97.

[138] Comisión Administradora del Fondo de Auxilio a los Republicanos Españoles. Informe de su gestión durante el año 1943-1944, ibíd., pp. 106-110.

Hay que indicar que, según el informe de la CAFARE, la mayoría de estas personas costeó la mitad del pasaje; este hecho (que por lo demás ya se produjo desde el principio de la emigración republicana a América) revela tanto una menor emergencia (en el caso de que los interesados salieran de España), como una mejora de las condiciones económicas de los llegados en un primer momento. Esta mejora relativa no se refiere, sin embargo, a los procedentes de los campos de concentración de las colonias francesas del norte de África y cuyas condiciones empeoraron, si es posible, con la ocupación alemana. Aun así, el número de republicanos españoles que arribaría a México en este período sería muy reducido: menos de 200 en 1943. La cantidad destinada a España debía dedicarse al auxilio de los presos políticos y a la propaganda, uno de los objetivos de la Conferencia Panamericana de Ayuda a los Republicanos Españoles.

Puede decirse que la política fundamental de la CAFARE, sin embargo, fue racionalizar el uso de los recursos existentes más que ampliar su radio de acción. La Comisión redujo los gastos administrativos, concentrando en la misma sede las distintas oficinas y disminuyendo de forma drástica el personal que integraba el antiguo Comité de Socorros: la nueva Oficina de Auxilios constaría sólo de dos informadores, uno social y otro médico. Con esta medida, además de un considerable ahorro en sueldos, la CAFARE pretendía obtener otro resultado no menos importante para la paz del país y de los mismos refugiados: una mayor justicia en la adjudicación de auxilios, por encima de parcialidades de cualquier tipo. De esta manera, la cifra de casi 600.000 pesos mencionada más arriba se gastó según nuevos criterios. En el primer año de su funcionamiento, la Comisión revisó el estado general de las clases pasivas de la inmigración republicana, con el fin de conocer a fondo sus necesidades. El resultado de este estudio fue la clasificación de los refugiados en seis grupos distintos: subsidiados por la antigua JARE, inválidos totales, enfermos crónicos, viudas de guerra, ancianos y casos en los que se combinaban diversas de estas circunstancias. Dentro de estos grupos, se limitó la ayuda a lo imprescindible, al tiempo que se procuró uniformar las pensiones. Por supuesto, la CAFARE excluyó automáticamente a las personas no pertenecientes a ninguna de estas categorías. También se sometieron a revisión las pensiones de los al-

tos funcionarios, políticos y militares y personajes representativos de la República, que en muchos casos contaban con otros medios de subsistencia [139]. De este modo, las autoridades mexicanas intentaron atajar el escándalo de las pensiones «millonarias» que recibían algunos privilegiados mientras otros refugiados «de tropa» apenas tenían lo suficiente para sobrevivir.

La racionalización significó, también, la liquidación de algunas empresas industriales de la JARE. Este fue el caso, por ejemplo, de Construcción Naval S. A., la fábrica de garrafones El Crisol (que se traspasó a la Vidriera Mexicana) o el Rancho Nirvana, que se arrendó a agricultores mexicanos. La Comisión prefirió no arriesgar unos capitales que al fin y al cabo reconocía como ajenos, invirtiendo en valores seguros aunque de menor rentabilidad. Un balance consolidado con fecha del 30 de noviembre de 1944 permite apreciar que la CAFARE se limitó, con mayor o menor dificultad, a conservar lo recibido de la JARE. De los 15.044.731,39 pesos que constituían el capital inical en 1942 (descontadas las obligaciones contraídas por la JARE), la Comisión gastó en los dos años de su funcionamiento 3.431.004,3 pesos. Como quiera que los ingresos obtenidos durante el último año fueron de 591.743,66 pesos, resulta que su gestión se cerró el 30 de noviembre de 1944 con un saldo ligeramente negativo: 12.205.470,75 pesos [140]. Puede resultar interesante observar la composición de este capital:

Efectivo en cajas y bancos	238.773,59
Acciones de la Financiera Hispano-Mexicana	5.000.000
Inversiones en valores diversos	5.806.831,65
Préstamos con garantías diversas	533.151,39
Edificios y terrenos	483.334,65
Muebles y enseres	50.965,82
Aparatos de rayos X	44.686,10
Depósitos	2.329,13
Total	12.160.072,33

[139] Ibid., p. 107.

[140] Ibíd., pp. 108-109 y 111. La diferencia con el total señalado a continuación viene de haber incluido la Comisión en esta cifra los sueldos pagados al personal del Colegio Madrid durante las vacaciones (45.398,25 pesos).

Por su parte, la Financiera Hispano-Mexicana, heredera de la institución fiduciaria creada por Prieto, contaba por las mismas fechas con casi seis millones y medio de pesos en valores (6.467.960,60). Interesa señalar que la cautela que caracterizó a los nuevos administradores obedecía no sólo a un digno afán de conservar lo recibido, sino a una defensa a ultranza de los intereses nacionales. En efecto, en el mismo informe de la Financiera, se reconoce la voluntad de colaborar con la política gubernamental. Este es el motivo de que el Consejo de Administración se abstuviera de realizar operaciones que, aun siendo beneficiosas para la compañía, podrían haber contribuido directa o indirectamente a la inflación del crédito y al aumento de la circulación monetaria (fenómenos en parte apreciados a la llegada del *Vita*). Más allá de la mera actitud proteccionista, la política de créditos de la Financiera aspiraba a fomentar las industrias de interés público. Para redondear el aprovechamiento de los recursos procedentes de España, el Consejo de Administración también emprendió conversaciones con el Banco de Crédito Agrícola, con vistas a colaborar en la política gubernamental de desarrollo agrario [141].

Tampoco descuidaban los intereses nacionales los administradores mexicanos cuando se hicieron cargo del Colegio Madrid y de las casas-hogar para los niños de Morelia. Los gastos de la CAFARE por ambos conceptos superaron en mucho a las sumas destinadas a las pensiones de distinto tipo y al exterior. Y eso que, al haber conseguido ya un trabajo muchos cabezas de familia, el Colegio dejó de ser totalmente gratuito. Pero en 1944 admitió, por primera vez, un grupo de alumnos mexicanos, que habían de dar un carácter más nacional a una institución inicialmente cerrada. Por su parte, la fundación de casas-hogar para los niños de Morelia obedecía a la necesidad de controlar y encauzar a muchos de los alumnos que, voluntariamente o «instigados por agentes interesados», habían dejado la Escuela de Morelia y cuya conducta se consideraba que debía someterse a una especial vigilancia [142]. La dispersión de los muchachos, así como la conducta conflictiva de muchos de ellos, son indicativos del abandono en que se vieron durante unos años. Con la institución de estos hogares, el gobierno mexicano no sólo recupera-

[141] Ibíd., pp. 109-110.
[142] Ibíd., p. 108.

ba un compromiso histórico contraído años atrás, sino que atacaba de raíz un posible foco de inestabilidad social.

No deja de ser una paradoja que los mismos motivos aducidos en su institución sirvieran para disolver la CAFARE. Pero es que esta contradicción permanente es, si bien se mira, una de las constantes de la política mexicana de este período. El caso es que, de nuevo, las circunstancias políticas dieron un vuelco a la situación. Si en 1942 se disolvió la JARE, en cuanto organismo dimanado de un poder extranjero, el 26 de julio (y, de forma definitiva, el 5 de septiembre de 1945), los bienes que controlaron la JARE y la CAFARE pasaron a manos del recién nacido (¿o sería mejor decir resucitado?) gobierno republicano español, elegido por unas Cortes que no dejaban de ser extranjeras y cuya misma reunión en México no pudo menos de causar recelos. ¿Qué había sucedido? El fin de la II Guerra Mundial suscitó la euforia en las filas del exilio, que veían en la derrota de las potencias del Eje el anuncio de la inminente caída de Franco. Esta actitud tenía su origen, por supuesto, en una visión de la guerra de España más como intervención de potencias extranjeras que como una guerra civil propiamente dicha. El caso es que, ante tan halagüeñas perspectivas, los supervivientes políticos del exilio se prepararon para asumir el poder cuando la fuerza de las cosas —y de los aliados— derribaran a Franco. El primer paso de este proceso de institucionalización o restauración de las instituciones de la República fue la reunión de las mermadas Cortes en la capital de México, precisamente el 17 de agosto de 1945. Y pocos días después, el 26, quedó constituido el gobierno. Pues bien, la devolución del patrimonio al gobierno republicano sigue, en sentido inverso, el mismo camino de su incautación por las autoridades mexicanas. Por un decreto derogatorio del 26 de julio, se disuelve la CAFARE y los bienes administrados por la entidad se entregan en fideicomiso a la Nacional Financiera. El 5 de septiembre, por medio de un nuevo decreto derogatorio, se extingue el fideicomiso y se entregan todos los bienes a un representante del recién formado gobierno republicano. Los bienes que, de acuerdo con la legislación mexicana, no pudieran quedar en manos de un poder extranjero, serían liquidados o realizados en un plazo de seis meses. Todas estas operaciones (a diferencia del proceso que llevó a la

formación de la CAFARE) se realizarían con el concurso de los representantes del gobierno republicano [143].

Como venía siendo habitual en todo lo referente a los refugiados españoles, esta nueva etapa se abrió con la polémica. Polémica que protagonizó, con su brío característico, Indalecio Prieto, tan reacio en un principio a la resurrección de unas instituciones que consideraba muertas y ante las que tuvo que rendir cuentas de su gestión, al parecer de forma poco satisfactoria, en julio de 1946. Siete años después de que fracasaran sus audaces (y escandalosos) intentos de negociación con Franco, el *Vita* seguía proporcionando quebraderos de cabeza al activo político socialista, porque el gobierno mexicano entregó al republicano los bienes de la CAFARE, pero ésta ¿recibió todo el patrimonio de la JARE? Que Ávila Camacho lo intentara no quiere decir que lo consiguiera: el mismo Prieto se hacía eco en la prensa mexicana de una carta del ministro de Hacienda republicano, Augusto Barcia, a los tres dirigentes de la JARE, en la que pedía su colaboración para recuperar los bienes y valores que pudieran constituir parte del patrimonio del gobierno de la República, reconociendo así implícitamente que se hallaban desperdigados, y contribuyendo a aumentar la leyenda [144]. La misma consideración de estos bienes como patrimonio significa un cambio significativo, por más que se sospechara que la intención primera de Negrín, al colocar recursos en el extranjero, fuera precisamente la de dotar a la República de una base financiera. Se deja de hablar oficialmente, por tanto, de ayuda o auxilio a los refugiados republicanos, en un momento en que muchos de ellos han conseguido la estabilidad económica y personal, a la que parece aspirar también el recién creado gobierno, y a pesar de que la emigración (y las necesidades) continúen, si bien en mucha menor medida.

[143] «Decreto que deroga el de 27 de noviembre de 1942, que creó la Comisión encargada del control, custodia y administración de los bienes de la Delegación en México de la Junta de Auxilios de los Republicanos Españoles», ibid., pp. 113-114, y «Decreto que deroga el de 26 de julio de 1945, por el que se entregaron en fideicomiso a la Nacional Financiera, S.A., los bienes administrados por la Comisión Administradora del Fondo de Auxilio a los Republicanos Españoles», ibíd., pp. 116-117.

[144] *Vid.* el artículo de Junco publicado en el *Novedades* en noviembre de 1946, «El oro del silencio». El artículo de Prieto se publicó en el mismo lugar el 13 de diciembre de 1945. *Op. cit.*, pp. 69-72.

Las limitaciones a la emigración americana

Se han visto las vías y los medios con que podía contar un refugiado para emigrar a América. Ahora bien, el que consiguiese su objetivo dependía, en primer lugar, de que fuera admitido en el país de destino y, al mismo tiempo, de que las organizaciones, gubernamentales o no, decidieran prestarle asistencia. Los criterios de admisión de cada país se concretan en las leyes generales o específicas de emigración. Los de adjudicación de ayuda son mucho más evanescentes: a veces no existen, otras no son explícitos; no pocas obedecen a acuerdos entre los distintos sectores del exilio, ni faltan tampoco los de índole meramente personal. Sea como fuere, el caso es que tanto las leyes de emigración como los criterios de adjudicación de ayudas suponen una criba que determina en última instancia la misma composición del exilio. O, dicho con otras palabras, a pesar de las numerosas protestas de generosidad y solidaridad con los refugiados, la verdad es que estuvieron sometidos a una selección nada desdeñable. La libertad no dejó de ser un privilegio, como reconocen agradecidos a su nueva patria los que tuvieron la fortuna de abandonar Europa. Una vez más, desde la Revolución Francesa, criterios restrictivos iban a limitar el alcance de la igualdad y la fraternidad.

Los motivos laborales o políticos ya fueron motivo para que los gobiernos de las diferentes repúblicas americanas decidieran abrir sus puertas a la emigración española o cerrarlas. Después de todo, no podían entrar en contradicción con su política emigratoria general y mucho menos con sus intereses nacionales. Esta importantísima salvedad fue la que presidió la actuación de todos los gobiernos involucrados, incluso, según se ha apuntado más arriba, de los más generosos, como el mexicano. Cuando se promulgaron disposiciones especiales, se volvió al anterior ordenamiento tan pronto como se consideraron superados los límites admisibles para el país. De esta forma asistimos a una paradoja más: la legislación de la República Mexicana se hace más restrictiva a medida que arriban los contingentes de exiliados, precisamente cuando más resonancia tenía su generosidad. La letra impresa no deja lugar a dudas: durante la Guerra Civil, según se ha visto, el gobierno mexicano prorrogó los permisos de residencia de los españoles que habían emigrado temporal-

mente. Las tablas diferenciales que debían regir la emigración durante el año 1938 no establecían ningún límite de número a la entrada de españoles que, eso sí, debían pertenecer a categorías profesionales cualificadas. He aquí un criterio de selección aplicado a toda la emigración en general y que, ante la avalancha de republicanos españoles, no tardará mucho en ser revisado. Si en 1938 se da preferencia a los inversionistas, rentistas, directivos de empresas, representantes de casas comerciales, artistas, deportistas, profesionales, técnicos y profesores, en la Ley General de Población de 1939 se imponen, en virtud del poteccionismo hacia los mexicanos, límites al ejercicio profesional por parte de los emigrados. Así, los inversionistas tendrían que contar con un capital mínimo; los colonos habrían de ser admitidos por la Secretaría de Agricultura y Fomento; la entrada de «profesionistas» estaría supeditada a la petición previa de una institución de interés social oficial o privada, igual que la de los intelectuales, artistas o deportistas (de ahí la creación de la Casa de España). La entrada de directivos y de técnicos de cualquier grado estaría también en función de la falta en el país de personas competentes y de la protección de los derechos de los nacionales. Los estudiantes, previa declaración de idoneidad del Servicio Exterior del país, también debían inscribirse en instituciones oficiales, comprometiéndose a no ejercer ningún trabajo remunerado y perdiendo el permiso si interrumpían los estudios. Aparte de estas condiciones profesionales, se imponían también otras de tipo económico, destinadas a impedir que los emigrantes se convirtieran en una carga para el no demasido rico Estado mexicano: los beneficiarios de rentas y pensiones (que debían ser depositadas en un banco nacional) tenían que demostrar que les proporcionaban un mínimo para subsistir; los emigrantes que contaran con parientes en el país también debían acreditar que éstos contaban con recursos suficientes. Particularmente duras eran las condiciones impuestas a los refugiados políticos, que no podían abandonar el lugar de asilo ni dedicarse sino excepcionalmente a actividades remuneradas en tanto no resolviese la Secretaría de Gobernación. En el caso de la emigración republicana, claro está que no se tuvo en cuenta la disposición según la cual no se otorgaría asilo a quienes lo solicitasen desde un tercer país distinto al de la persecución. Interesa señalar, sin embargo, que, en principio, las autoridades mexicanas concedían a los refu-

giados políticos sólo permisos temporales (de seis meses a un año) para ejercer una actividad determinada [145]. Ni que decir tiene que estas manifestaciones de proteccionismo tenían por objeto acallar las protestas de diversos sectores sociales ante la nueva «conquista» española. Protestas que, por lo demás, no cesarían en los años sucesivos, independientemente de la eficacia de las medidas gubernamentales o de la realidad de los hechos, que a menudo desmentía este tipo de temores.

En el primer año de emigración el gobierno mexicano presentaba un panorama rosado. Según la Secretaría de Gobernación, la mayoría de los refugiados habían conseguido instalarse satisfactoriamente en las colonias agrícolas de Chihuahua o en otros sectores, gracias en parte al apoyo de la antigua colonia española. El gobierno tenía motivos para el optimismo, ya que, según se ha visto, fueron los organismos de ayuda a los refugiados los que corrieron con los gastos de transporte e instalación. Por si fuera poco, estos organismos estaban estableciendo industrias y actividades de interés para el desarrollo del país. Con lo cual, poco importaba que un porcentaje elevado de emigrados careciera de cualificación para las tareas agrícolas o que muchos de ellos arrastraran una vida de verdadera miseria, como tuvieron ocasión de comprobar las personas contratadas para elaborar el censo en los barrios donde se instalaron los españoles: el hacinamiento, el olor a col y a ropa sucia, la tristeza y la desesperación ante la falta de trabajo eran moneda corriente. No sólo entre los exiliados «de tropa»: algún que otro viejo aristócrata o ilustre profesor se vieron obligados a mendigar un mísero empleo o una rídicula pensión y no sólo en los primeros tiempos del exilio [146].

Pero la inadaptación o la inadecuación laboral, al menos sobre el papel, estaba fuera de lugar. A partir de agosto de 1940, fecha de

[145] «Acuerdo por el que se fijan las tablas diferenciales que regirán la admisión de extranjeros, en calidad de inmigrantes, durante el año de 1938» y «Tablas diferenciales a que se sujetará la admisión de inmigrantes durante el año de 1939», en *México y la República Española*, pp. 48-49 y 52-54, respectivamente. El establecimiento de restricciones es inseparable, por otra parte, del comienzo de la II Guerra Mundial.

[146] Las memorias de los exiliados y de los que con ellos convivieron abundan en este tipo de anécdotas. Vése, por ejemplo, el ensayo de Ricardo Garibay (que trabajó como empadronador) «Por aquellos españoles», *op. cit.*, pp. 83-98.

los acuerdos de Vichy, todo refugiado en Francia debía rellenar un par de formularios para el Ministerio del Interior francés y para la Legación de México. Si el primero se caracterizaba por su brevedad, el segundo, además de incluir los datos más elementales (como profesión, especialización y trabajo desempeñado en Francia), tenía casi la apariencia de un baremo en que la acumulación de méritos debía influir positivamente en la aceptación de la solicitud. Méritos políticos, según se verá, pero también económicos y profesionales. Al candidato a la emigración a México se le preguntaban no sólo los recursos con que contaba para su mantenimiento en Francia y para su viaje y estancia en México o las actividades a que podría dedicarse allí, sino también las organizaciones culturales y científicas a las que pertenecía, el último cargo, empleo u oficio desempeñado en España, así como las ocupaciones principales desempeñadas antes y durante la guerra [147]. Esta especie de concurso de méritos, a no ser que tuviera una finalidad negativa (en el sentido de sustraer a la emigración a quien más puntos reuniera, cosa que por lo demás la composición misma del exilio americano parece desmentir) estaba en franca contradicción con las leyes de emigración ya mencionadas, que tendían a proteger los intereses de los sectores más cualificados del país. El que esto era así lo confirman, además, otras disposiciones gubernativas. A todo aprendiz de historiador se le enseña que la reiteración de medidas legislativas sustancialmente idénticas es síntoma inequívoco de su incumplimiento, más que muestra del celo y eficacia de los gobernantes. Según este principio, el Acuerdo Presidencial de 21 de enero de 1941, firmado por Ávila Camacho, debería ser una especie de copia en negativo de la emigración republicana española hasta ese momento. Una cosa era la llegada, a principios de 1939, de un minúsculo grupo de intelectuales invitados por sus amigos y colegas mexicanos de la Casa de España y otra, el desembarco de varias decenas de miles de personas en las que había, indudablemente, de todo, pero entre las que abundaban posibles competidores para los trabajadores mexicanos del sector terciario en sentido amplio. En este momento se produce un conflicto entre las necesidades de desarrollo del país (y, por tanto, de personal cualifi-

[147] «Certificado de Seguridad para los Refugiados Españoles en Francia», anexo a «Vías políticas y diplomáticas del exilio» de V. A. Maldonado, *op. cit.*, pp. 48-50.

cado) y su verdadera capacidad de absorción (determinada tanto por las posibilidades reales de ofrecer puestos de trabajo en número suficiente como por la defensa de los intereses de los «profesionistas» y técnicos nacionales). El caso es que el mismo decreto que instaba a la JARE a adecuarse a la legislación méxicana, hablaba expresamente de *selección* de los refugiados en función de las necesidades del país desde un punto de vista «demográfico», término que significaba, en realidad, económico. Con excepción de hombres de ciencia prominentes y de destacados intelectuales, artistas o políticos cuya seguridad peligrara, la Legación no debía aceptar las solicitudes de los «profesionistas» que supusieran competencia para los nacionales. Por el contrario (y en contradicción con la ley de 1938), serían bien recibidos los trabajadores especializados de los sectores primario y secundario. Al efectuar la selección, la representación diplomática mexicana debía establecer una clasificación por medio de formularios más exhaustivos que los de 1940. Parece fuera de lugar, si se pretendía llevar a México agricultores, pescadores u obreros cualificados, informarse sobre su preparación no sólo ténica, sino profesional, literaria o artística, sus recursos económicos (que en estos sectores debían ser más bien escasos) o su «actuación en los campos de la lucha social y política» (cuando no debía tratarse, en general, de personas con grandes responsabilidades en estas lides) [148]. Pero la paradoja, según se ha visto, fue uno de los signos distintivos de la política mexicana hacia los refugiados.

No así la defensa de los intereses nacionales, que presidió la política de la generalidad de los países que recibieron refugiados republicanos. Esto sucedió independientemente de la situación real del país: una percepción errónea del significado de la emigración española o de las potencialidades económicas del país deja a salvo las buenas intenciones y la defensa de los intereses patrios, aunque con-

[148] «Acuerdo que regirá la política en favor de los refugiados españoles», en *México y la República Española,* pp. 86-88. En las instrucciones de Cárdenas a su ministro en Francia, se consideraba suficiente un 10 por 100 de intelectuales y profesionales, mientras que el 60 por 100 de la emigración debía estar compuesto de agricultores y el 30 por 100 de técnicos y obreros cualificados. En realidad, como se vio más arriba, la composición *real* del exilio mexicano invirtió estas cifras (un 15,1 por 100 de agricultores y pescadores, un 33,5 por 100 de trabajadores del sector minero, industrial y de transportes y un 51,4 por 100 de empleados en el sector terciario).

duzca en la práctica al desastre. Es lo que sucedió, por ejemplo, en la República Dominicana. Puede decirse que buena parte del «fracaso» de la emigración republicana (su inadaptación en ciertos países, su situación de miseria) se debió tanto a un error de perspectiva, como al hecho de que no se respetaran los términos en que se planificó: si el país necesitaba colonizadores y llegaban técnicos cualificados para los que no había empleo, ¿de quién era la culpa?, ¿de las autoridades locales, por establecer unas cuotas, o de quien seleccionaba a los embarcados? No de estos últimos, por supuesto. El hecho frecuente (por no decir normal e incluso obligado) de la reemigración tuvo este motivo, especialmente en los países del área caribeña. En otros casos, un mayor realismo y una dosis menor de grandilocuencia sirvieron para evitar el desastre; el senador José Prat, exiliado en Colombia, recuerda las limitaciones que la situación económica impuso a la emigración en ese país (a pesar de las simpatías republicanas de su presidente), Cuba, Venezuela, Argentina y la mayoría de las repúblicas americanas, con las excepciones relativas de México y Chile [149]. Los efectos de la Gran Depresión todavía coleaban en este continente, por lo demás, y con contadísimas salvedades, en una comprometida situación de desarrollo. En la misma Colombia se impusieron los criterios a un tiempo proteccionistas y de crecimiento económico, limitando la entrada de profesionales que no hubieran sido contratados previamente por empresas o centros de cultura colombianos y atrayendo a quienes contaron con capital suficiente para establecerse en el país. El desarrollo económico fue también el motivo principal de que Venezuela, al principio no demasiado generosa con los refuiados españoles, fuera la meta final de muchos de ellos después de la II Guerra Mundial, cuando el experimento de la República Dominicana se hizo insostenible. Aquí, la política de Trujillo con los republicanos españoles, según queda dicho, obedecía tanto a motivos propagandísticos como raciales (potenciar el elemento criollo frente al haitiano de color) y económicos: aparte de un impulso colonizador, el déspota pretendía, según se apuntó más arriba, contar con los recursos financieros que aportaban las organizaciones de ayuda a los refugiados. En

[149] José Prat: «El exilio en Colombia», en *Cuadernos Hispanoamericanos*, 473-474, 1989, p. 242.

Cuba, la limitación de los recursos fue también el motivo de las rigurosas leyes que desde 1933 controlaban el mercado laboral. El celo de los «profesionistas» tuvo igualmente su parte en el escaso arraigo de españoles republicanos en las islas: aunque la JARE y las distintas organizaciones con sede en Cuba contribuyeron a la tramitación y los gastos de muchos refugiados desde Europa, la mayoría se dirigieron a otras repúblicas. Cuba fue (si bien en mucha menor medida que la República Dominicana) un país de paso, dirigiéndose la mayor parte de los emigrantes españoles a terceros países [150].

El factor ideológico y político tuvo también un peso nada desdeñable en la actitud de los distintos gobiernos americanos hacia los refugiados. El carácter marcadamente político de la emigración republicana, por otra parte, no podía dejar de desencadenar reacciones a veces encontradas en el seno de un mismo país. La afinidad con los presupuestos de la II República fue, según se ha señalado, uno de los motivos fundamentales de la actitud del gobierno mexicano, por más que Lázaro Cárdenas, *a posteriori,* se empeñara en mantener lo contrario [151]. En efecto, el mismo proyecto de la Casa de España denota, por su origen y finalidad, una simpatía patente por el ideario frentepopulista. Este ejemplo bastaría, con la ayuda material prestada al gobierno de la República durante la Guerra Civil, para poner de manifiesto la importancia que jugó la política en la aceptación de los refugiados republicanos. Es más, a pesar de las protestas de una parte de la opinión pública mexicana (que se concretaron en la prohibición expresa de toda actividad política por parte de los emigrados), lo cierto es que el gobierno azteca favoreció tales actividades, como demuestra, a la larga, la reunión de las Cortes y la constitución de un gobierno español en el exilio en suelo mexicano. No es que fueran estos los objetivos inmediatos de Cárdenas y sus sucesores, pero el hecho de que los propiciaran o, por lo menos, no los entorpecieran, demuestra por sí solo cómo enten-

[150] Consuelo Naranjo Orovio: *op. cit.,* Madrid, CSIC, 1988, pp. 165 y ss.

[151] «Apunte de Lázaro Cárdenas, 1941», en *México y la República Española,* pp. 65-66. Más allá de las motivaciones meramente humanistas o de las convicciones democráticas del gobierno mexicano, el diputado azteca Manuel Martínez Sicilia admitía la «similitud de pensamiento» como una de las causas principales de la acogida a los republicanos españoles; «Contestación del diputado Manuel Martínez Sicilia al sexto informe del gobierno de Lázaro Cárdenas», ibíd., p. 65. El objeto de la intervención parlamentaria era, por lo demás, protestar contra el atentado sufrido por uno de los refugiados.

dían la «abstención de toda actividad política». Siempre se podría objetar que tal abstención se refería exclusivamente a la política mexicana y no a la española, pero desde el momento en que la presencia de un gobierno extranjero en su territorio implicó, de hecho, una política concreta hacia España nada menos que hasta 1977, toda intepretación en este sentido parece ociosa, si no inoportuna.

El caso es que las autoridades mexicanas, al decidir los criterios que debían regir su política hacia los refugiados españoles, no sólo tuvieron en cuenta los intereses nacionales ni se dejaron llevar exclusivamente de consideraciones de tipo demográfico, económico o socioprofesional. Ya se ha visto la decisiva mediación del personal diplomático mexicano en la expatriación de algunos ilustres republicanos. Es cosa admitida que las listas proporcionadas por la Legación al Consulado General en Francia denotaban una marcada preferencia por quienes habían detentado mayores responsabilidades durante la guerra y se hallaban, por tanto, en situación más delicada, y por aquellos que todavía podían llevar a cabo una labor positiva en favor de la República en el extranjero [152]. Esta elección se halla de nuevo en contradicción con los cupos profesionales establecidos sucesivamente por el ministerio competente, por no mencionar los principios generales de la política de no intervención, a la que continuamente hacían protestas de adhesión las autoridades aztecas. Pero esto es ya harina de otro costal.

Interesa señalar, sin embargo, que la actitud de Cárdenas y sus sucesores no fue compartida por una parte importante de sus connacionales, que demostraron más de una vez de forma contundente no sólo su recelo ante la competencia que suponían los «profesionistas» hispanos, sino su temor ante un contagio «rojo». Temor, por lo demás, no tan injustificado como las pacificadoras manifestaciones del presidente querían hacer creer, puesto que a bordo de las naves que llevaban a los refugiados a tierras mexicanas se redactaban y circulaban inquietantes boletines que hablaban de lucha y revolución [153]. Como si esto no bastase, el apoteósico recibimiento tri-

[152] V. A. Maldonado: «Vías políticas y diplomáticas del exilio», *op. cit.*, p. 41.

[153] Sirvan de ejemplo *Peques en Sinaia. Diario de la primera expedición de republicanos. España México*, 11 de junio de 1939; *Sinaia. diario de la primera expedición de republicanos españoles a México*, edición facsímil, México, UNAM, 1989; *Mexique e Ipanema*. Véase el artículo de J. I. Cruz: «Los barracones de cultura. Noticias sobre las actividades educativas de los exiliados españoles en los campos de refugiados», *Spagna Contemporanea*, 1994, 5, pp. 61-78.

butado por la Confederación de Trabajadores Mexicanos a sus camaradas ibéricos contribuyó no poco a aumentar el recelo de la oposición. Si tenemos en cuenta, además, que la mayoría de los refugiados republicanos llegaron en plena refriega electoral, podemos imaginar el uso político del hecho por parte de los unos y de los otros. El mismo Lázaro Cárdenas aludió repetidamente, primero con cierto tono combativo y apaciguador, luego con nostálgico victimismo, a la manipulación de su generoso gesto por parte de la retrógrada oposición [154]. Pero la verdad es que, más allá de la manifiesta simpatía por Franco de no pocos mexicanos, que recibían con ovaciones su aparición en los noticiarios cinematográficos [155], el miedo al «virus rojo» obedecía a causas tan concretas como el atentado cometido contra Trotsky en mayo de 1940 por el comunista español Andrés García Salgado y el pintor mexicano David Alfaro Siqueiros. Su salida de Francia había sido facilitada por el jefe de la Legación mexicana en París, Bassols, acusado por la víctima del atentado de ser el instigador del mismo [156]. Por lo demás, el partidismo demostrado por el SERE en la adjudicación de ayudas tampoco podía dejar de llamar la atención de los sectores más susceptibles.

No deja de ser paradójico (y paradigmático) que los motivos nacionalistas de la oposición a la inmigración española tuvieran una base en común con la política de Cárdenas. En efecto, el Partido Revolucionario Institucional había hecho del indigenismo exacerbado una bandera, hasta el punto de que la llegada masiva de españoles obligó a una artificiosa reelaboración del concepto de España, en principio negativo por definición [157]. Si el rechazo de una parte de la opinión pública se dirigió a los emigrados, sin embargo, el del gobierno se orientó hacia la España que quedaba atrás. Mientras unos pensaban que los españoles refugiados estaban de hecho realizando una nueva conquista de México, «robando», por así decirlo, trabajo a los nacionales e incluso inoculando en la país un «virus rojo», la postura oficial tendió a atribuir esos afanes neoimperialistas a quie-

[154] «Apunte de Lázaro Cárdenas, 1941», *op. cit.*, p. 66.

[155] Junco: *op. cit.*, p. 77.

[156] En el *Excelsior*, México, 3 de julio de 1940, pp. 1-6; citado en Rubio: *op. cit.*, p. 179.

[157] A este indigenismo, primero liberal, después revolucionario y por último marxista, pero siempre difundido por la enseñanza oficial, se refiere Ascensión H. de León Portilla,

nes no habían pasado, en realidad, de fogosas y retóricas arengas pronunciadas al otro lado del océano, a pesar de que algunos vieran en las declaraciones del régimen de Franco peligrosos «actos de penetración política», más peligrosos, incluso, que una agresión bélica propiamente dicha [158]. Paradójicamente, también, este indigenismo a ultranza (por lo demás, todo hay que decirlo, patrimonio casi exclusivo de la política mexicana) iba a producir, de rechazo, la identificación de los refugiados con su pasado y la formulación de una doctrina del Hispanismo sutilmente contrapuesta a la franquista de la Hispanidad. Ni que decir tiene que estas sutilezas no sólo no calaron gran cosa en el ánimo mexicano, sino que contribuyeron a exacerbarlo aún más si cabe en algunos casos ilustres, como Diego Rivera o Alfonso Reyes, que sólo se dignaba pronunciar, a lo sumo, la palabra «ibérico» [159].

Siendo el indigenismo uno de los componentes fundamentales de la revolución y el régimen mexicanos, la polémica no alcanzó estas dimensiones, claro está, en los demás países americanos. Sin embargo, el carácter no revolucionario (por no decir abiertamente conservador e incluso dictatorial) de los regímenes del resto del hemisferio llevaba a sus dirigentes a sopesar con gran cuidado los riesgos de un contagio «rojo», con una importantísima excepción: Chile. En este país, incluso la criba profesional estuvo marcada por la ideología: aparte de favorecerse a las personas útiles para los sectores primario y secundario, se excluyeron (al menos sobre el papel) a las que contaban con una cualificación superior y, sobre todo, se cerró automáticamente la puerta a los profesionales, profesores e intelectuales, a los que, en un ataque de demagogia furibunda, se llegó a equiparar con prestamistas y especuladores. Tal consideración no fue óbice, al parecer, para que un poeta como Rafael Alberti se estableciera con María Teresa León a orillas del mar Austral. No fue éste el único caso en que la amistad personal con Neruda (a la sazón cónsul ge-

España desde México. Vida y testimonio de transterrados, México, Universidad Nacional Autónoma, de México, 1978. Sobre la identificación de los refugiados con una España «nueva», *vid.* José Gaos: «La adaptación de un español a la vida hispanoamericana», *Revista de Occidente,* 1966, 38, p. 172.

[158] «Apunte de Lázaro Cárdenas, 1941», *op. cit.,* p. 66.

[159] No tuvieron ningún éxito experimentos como la revista *Romance,* que pretendía integrar, dentro del nuevo concepto de Hispanismo republicano, los elementos indígenas y españoles; Patria Fagen: *op. cit.,* p. 138.

neral en París) y la afinidad política (es decir, la militancia comunista) propiciaron la emigración a Chile. En este sentido, son significativas las quejas del anarquista Diego Abad de Santillán y del ex-subsecretario del Ministerio de la Guerra Carlos Baraibar, vetados por Neruda, al que acusan de no respetar las cuotas establecidas inicialmente de forma proporcional a la composición política de la España republicana. Así, aunque los partidos marxistas tenían asignado un 55 por 100, en realidad les correspondió el 74,8 por 100 de los pasajes (el 33,5 por 100 tocó en suerte a los comunistas). Sin embargo los anarquistas, que contaban con un mayor número de afiliados y a los que correspondía un 22 por 100 de los visados, contaron con una presencia real mucho más reducida: un 6,6 por 100. La representación de los partidos republicanos, por su parte, fue del 18,6 por 100 [150]. Vista la composición del pasaje del *Winnipeg* y las fogosas manifestaciones de la FOARE, que se encargó con el SERE de su organización e instalación, podrían parecer ociosas las precauciones del gobierno chileno para excluir a los miembros de las brigadas internacionales e impedir, so pena de expulsión, las actividades políticas en el país.

Actividades que, en algunos casos, constituyeron una verdadera injerencia en los asuntos internos, aunque estuvieran sometidas en última instancia al control de las autoridades. Es lo que sucedió, asombrosamente, en la República Dominicana, donde Trujillo utilizó a los refugiados para organizar un movimiento sindical y dar vida así a una oposición que mejorara la imagen de su régimen en el exterior. Cuando el experimento se le fue de las manos, ocioso es decir que terminó con él de forma tan violenta como acostumbraba [151]. Sin llegar a estos extremos, la actividad de los refugiados venía a ser, en la mayoría de los casos, una prolongción de la emprendida en favor de la República por organizaciones, partidos y movimientos sindicales (y, por qué no decirlo, por parte de la colonia española) durante los años de la contienda. Fue esto lo que hizo curarse en salud al gobierno argentino, por lo demás tan poco afín políticamente a la causa de la Repú-

[150] Rubio: *op. cit.*, p. 187.

[151] El relato de todas estas maniobras core a cargo de dos testigos de excepción por el protagonismo que alcanzaron en la República Dominicana y por su trágico fin a manos de agentes trujillistas: Jesús de Galíndez: *La Era de Trujillo. Un estudio casuístico de dictadura hispanoamericana,* Buenos Aires, 1962 y J. de Almoina: *Una satrapía en el Caribe* y *Yo fui secretario de Trujillo,* Buenos Aires, 1950.

blica. Las condiciones económicas y demográficas hacían de Argentina, en teoría, el paraíso de la emigración, pero desde 1930 las nuevas leyes, al someter las solicitudes al examen del cónsul argentino en la localidad de residencia y al arbitrio final de la Dirección de Inmigración en Buenos Aires, suponían una limitación de hecho. Argentina fue el refugio de una minoría de intelectuales salidos de España muchas veces durante la misma guerra, aparte de uno de los países que aplicó, según se ha dicho, el derecho de asilo. Pero de ahí a admitir y oganizar grandes expediciones de refugiados «de tropa» mediaba un abismo, que sólo en 1940 se quiso en parte superar, por consideraciones estrictamente demográficas [152]. No deja de ser una paradoja, por otra parte, que varias de las cimas del exilio, empezando por don Claudio Sánchez Albornoz, a la cabeza del gobierno republicano, se instalaran y desarrollaran su labor en un país dominado por el peronismo. Tampoco hicieron ascos a la situación política venezolana bajo el general Pérez Giménez a partir de 1952. Aunque no hubiera democracia ni libertad política, la prosperidad económica hacía perdonable lo que en España no lo era [153].

Como factor que incide en la instalación de los exiliados hay que tener en cuenta, además, la fuerza del sentimiento antirrepublicano no sólo en parte de la sociedad argentina o americana en general, sino en la respectiva colonia española. A menudo se olvida, al hablar o escribir sobre la repercusión del advenimiento de la II República y de la Guerra Civil más allá del océano, hacer referencia al apoyo brindado a Franco. La acogida de refugiados republicanos parece ser el argumento definitivo a la hora de establecer las simpatías de un país (por no decir de un continente entero) hacia la causa perdedora, sin tener en cuenta (como se ha visto en el caso de México) que la opinión pública se hizo eco del conflicto que suscitó pasiones y divisiones. Pero parece que la enumeración de los movimientos de solidaridad con la España republicana presenta un mayor atractivo, quizá por motivos ideológicos en los autores que se ocupan del te-

[152] Rubio: *op. cit.*, p. 196. La expedición más numerosa fue la del Massilia, en octubre de 1939, con sólo 90 personas a bordo.

[153] *Vid.*, por ejemplo, Reyna Pastor: «El Instituto de Historia de España de Buenos Aires y la figura de don Claudio Sánchez Albornoz», en *El destierro español en América, op. cit.*, pp. 125 y ss.; como ejemplo de esta doble actitud en Venezuela: Mirentxu Amezaga Clark: *Nere Aita. El exilio vasco en América*, San Sebastián, Txertoa, 1991, pp. 187 y 210-211.

ma. No faltan, sin embargo, quienes saben hacer distingos dentro de esa opinión pública en general, prestando especial atención (pues lo merece) a la actitud de la colonia española. La aparición en los años treinta de Acción Española y de organizaciones carlistas, falangistas y monárquicas, así como el apoyo decidido a la causa nacional de una parte de los centros tradicionales de la colonia española, por no decir la influencia directa de alguno de sus miembros más destacados, permite suponer en Argentina el mismo clima enrarecido en lo que se refiere a la llegada de refugiados, independientemente de su integración posterior [154].

Fue la presencia de un importante contingente de emigrantes «económicos» lo que determinó, sin embargo, no sólo la integración, sino también la apertura de puertas que permanecían ceradas para otros refugiados considerados peligrosos políticamente. Los vascos salidos de España a raíz de la Guerra Civil fueron recibidos con los brazos abiertos por sus paisanos: en Venezuela, la importancia de los jesuitas de este origen dio lugar a un asentamiento importante, ya durante los años cincuenta. Esta base social previa, unida a la reputación de los vascos como gente de orden y religiosa (al contrario de lo que sucedía con el resto de los republicanos) hizo que fueran bien acogidos en Argentina y en Uruguay. Baste decir que en estos dos países, los refugiados euscaldunas no tuvieron ningún problema para integrarse con los miembros de la vieja colonia, muchas veces antiguos carlistas [155].

El caso vasco pone de relieve otro factor importante en el exilio republicano en América: la emigración se realizó no sólo en función de los criterios impuestos por el país de destino, sino de la elección de los mismos refugiados. Consideraciones típicas de la emigración tradicional, como la presencia de familiares, amigos o por lo menos paisanos en el lugar de destino, unidas a otras carac-

[154] Parece demasiado simplista atribuir a causas socioeconómicas la adscripción política de los miembros de la colonia española, emigrados por lo demás, en su mayoría, para hacer fortuna. También en otros países se repite el esquema de identificar a los que ya la habían hecho con los centros tradicionales y exclusivos, partidarios de los nacionales, y a la pequeña burguesía y la clase obrera, integrada en los centros regionales, con los republicanos (*vid.* M. Quijada: *op. cit.*, p. 109). En realidad, ninguno de estos centros escapó a la división, repitiéndose el complejo esquema social que operó en la Península. Véase si no lo que ocurrió en Cuba: Naranjo, *op. cit.*, pp. 95 y ss. y 180-182.

[155] *Vid.* Mirentxu Amezaga Clark: *op. cit.*, pp. 101-104 y 119 y ss.

terísticas del exilio, como la militancia (o no militancia) política pesaron también en el ánimo de estas personas a la hora de embarcarse rumbo a un país la mayoría de las veces desconocido. La política operaba así en un doble sentido: como criterio de admisión o rechazo para los países receptores, o como motivo de atracción o repulsión por parte de los refugiados. Caso típico de este tipo de elección sería el de José Prat, que, tras su fracaso como mediador entre Prieto y Negrín, decidió apartarse del escenario de la lucha (México) y emigrar a Colombia, un país políticamente neutro para los refugiados, en el sentido de que no reunía, como la nación azteca, un número significativo de políticos en activo. No siempre fue así, sin embargo: en Buenos Aires encontramos a Sánchez Albornoz, uno de los protagonistas de la escena republicana en sus últimos tiempos. Por entonces, sin embargo, el centro neurálgico del exilio se hallaba relativamente disperso y el factor geográfico inicial había dejado de tener tanta importancia.

III

LA POLÍTICA FUERA DE ESPAÑA

Si hay algo que defina el exilio republicano de la Guerra Civil es, según ya se ha dicho, su carácter fundamentalmente político. Más allá de este carácter, su papel político efectivo estuvo determinado por diversas coordenadas. En el interior del exilio mismo, destaca, en primer lugar, la división en grupos políticos que se fraguó durante el Frente Popular y la Guerra Civil. Una vez fuera de España se produce, además, el enfrentamiento entre dos grandes programas o líneas de actuación políticas, a saber: el legitimismo republicano (que toma forma en la resurrección de un gobierno republicano en el exilio) y la «solución plebiscitaria» (como la llamó Prieto), es decir, el reconocimiento de la muerte efectiva de la II República y la construcción de un sistema alternativo a Franco contando con la opinión interior y con la aquiescencia o participación de los distintos grupos políticos de la oposición (no sólo los del exilio).

En el exterior, la política desarrollada por los exiliados se ve condicionada sobre todo, por no decir totalmente determinada, por la situación internacional: la Guerra Mundial primero (pacto germano soviético) y la guerra fría después condicionan, por ejemplo, la postura de los comunistas frente al resto. El desenlace del conflicto y la guerra fría suponen, al mismo tiempo, el momento de máxima esperanza y el comienzo de la decadencia del apoyo internacional a la causa del exilio; el esplendor fue más una apariencia o concesión de los aliados que una realidad, frente a la opinión más difundida (y mitificadora) de la historiografía política del exilio. Otra circunstancia importante fue el régimen y partido político de cada país en las distintas fases de la historia del exilio (o del régimen de Franco), o

sea, la afinidad política concreta que aquél encontró en cada momento. Un factor exterior (pues era en efecto exterior al exilio mismo) fue también su relación con la realidad española, desde un punto de vista vital y político; olvidado a menudo por la historiografía, este aspecto, revelado tempranamente por una corriente crítica interna, fue cobrando cada vez mayor importancia.

Cada una de las posiciones políticas reaccionará de forma diversa a estos factores exteriores, al tiempo que será influida por ellos. Con el paso de los años se hace más patente la distancia entre el utopismo republicano y la realidad española, al tiempo que aumenta, por parte de las otras líneas políticas bien la condena de este ostracismo voluntario a la inversa (sobre todo entre las generaciones más jóvenes, que tratan de tender puentes o por lo menos conocer la realidad española del momento), bien los intentos de enlazar con los distintos grupos de la oposición interior. La acusación de ostracismo y falta de representatividad partió, sin embargo, inicialmente, del ámbito internacional, a raíz de los primeros intentos de restauración republicana. Y fue una de las rémoras de las potencias occidentales a la hora de apoyar efectivamente la política (¿o será mejor decir las políticas?) del exilio. En el arco del tiempo se observan, pues, dos parábolas cada vez más divergentes. Mientras una se aleja, a modo de eterno retorno hacia un pasado cada vez más remoto, la otra termina convergiendo, al menos parcialmente, con las corrientes de oposición *al* e incluso *dentro* del régimen. Si se relaciona el tiempo con el espacio, es lógico que la primera de las parábolas mencionadas tuviera una generatriz mucho más distante de los ejes en que se desenvolvía la vida española real. Si, en principio, el exilio político (por la fuerza de los acontecimientos europeos) fue, en sus dos dimensiones, esencialmente americano, la vuelta a la normalidad internacional representó una especie de deriva continental, en virtud de la cual la distancia física vino a coincidir con la distancia cronológica, es decir, con la identificación con el pasado. La parábola del exilio político americano asciende en un primer momento para luego perderse, como se ha dicho, mientras el protagonismo va pasando al punto de partida: Europa y España.

Conste que el diálogo en el interior de estas últimas corrientes, como por lo demás también en la primera, no estuvo garantizado ni siquiera por la comunidad de unos objetivos que a veces se presen-

taron como contrapuestos. Pero aquí se pretende sobre todo analizar la evolución de esa línea americana. Quede para otro lugar el examen del desenlace final de los acontecimientos, en el que por lo demás restan por establecer el papel jugado por cada una de las partes, a saber: la oposición exterior, la oposición interior y el régimen mismo.

La división de fuerzas tras la derrota

Motivos de la división

No es éste el lugar para analizar una cuestión que tantos ríos no sólo de tinta, sino de sangre, hizo correr casi desde el comienzo de la Guerra Civil. Conocida de sobra es no ya la escisión, sino el enfrentamiento en el seno de las filas republicanas y frentepopulistas, que dio al traste, según interpretación casi unánime de los directos interesados, con las posibilidades de victoria. Si no se puede decir que también dio al traste con los proyectos políticos del exilio ello es porque, en este caso, jugaron un papel si cabe más importante las circunstancias internacionales. Lo que sí se puede decir sin mucho temor a equivocarse es que la fragmentación y el progresivo distanciamiento fueron una de las circunstancias que determinaron, a la larga, la composición real de la oposición al régimen de Franco y su papel tras la desaparición del mismo.

El revisionismo republicano empieza, como se ha dicho, en los mismos días de la guerra. Los primeros de la derrota fueron especialmente fértiles en lágrimas y reflexiones tardías (véanse si no las de don Manuel Azaña). Reflexiones que, paradójicamente, en lugar de ser seguidas de un sano propósito de enmienda, constituyeron no pocas veces el caldo de cultivo de nuevos enconos y acusaciones mutuas. Esta renovada experiencia negativa tendrá su reflejo tardío muchos años después, durante la transición, momento en que para muchos exiliados el temor al pasado supera a las esperanzas del futuro. Así, Niceto Alcalá Zamora y Castillo (hijo del presidente de la República) y Rafael Méndez (discípulo y colaborador del gobierno de Negrín) expresaban en 1976 sus reservas ante una excesiva proliferación de partidos, cuyo número no debía superar la cifra mágica

de tres [1]. La división era, en primer lugar, de naturaleza política. Sería demasiado fácil clasificar todos los grupos de la II República en comunistas y anticomunistas, entre otras cosas porque entre los primeros también hubo funestos enfrentamientos. Pero lo que sí es cierto es que hubo una división entre comunistas y filocomunistas de una parte (entre los que se contaban no pocos socialistas) y anticomunistas de otra, que se plasmó, en la práctica, en la progresiva toma de poder por los primeros durante la guerra y en la formación del gobierno Negrín. Así, es muy difícil encontrar entre los integrantes de los partidos republicanos quien niegue el papel que tuvo la formación del Frente Popular y el creciente protagonismo de su ala más radical en la precipitación de los acontecimientos [2].

La pugna política, por otra parte, y como ya se ha mencionado, tuvo no poco de lucha personal: el enfrentamiento entre Indalecio Prieto y Juan Negrín es quizá el ejemplo más paradigmático de este doble aspecto de la cuestión. La divergencia política desemboca en una creciente inquina que da lugar a dos líneas políticas enfrentadas y a un duplicado de organismos e instituciones durante el exilio. Como ya se ha visto a propósito del SERE y la JARE, la cuestión económica no hizo más que sobreponerse y ahondar el conflicto político y personal. Sin embargo, la identificación exclusiva de los comunistas con Negrín primero y con el legitimismo republicano después está fuera de lugar, ya que su situación en cada momento concreto depende no sólo del reparto de prebendas (que dura más o menos lo que los recursos del SERE) ni de su renuencia a aceptar compromisos con otros sectores de la oposición, sino, sobre todo, de la situación internacional. Por ese motivo se les marginará en un primer momento (pacto germano-soviético) y también en uno segundo y definitivo, tras un breve paréntesis, cuando la búsqueda del apoyo occidental aconseje su ausencia del resucitado gobierno republicano. De hecho, la inclusión o exclusión de comunistas en sus filas será uno de los principales factores de crisis de estos gabinetes, que se suceden a velocidades a veces vertiginosas. Frente al legitimismo republicano que en un principio lidera Negrín y que después se convertirá en reducto de los republicanos recalcitrantes,

[1] Entrevistas en A. H. de León Portilla: *op. cit.*, pp. 162 y 296, respectivamente.
[2] *Vid.* el testimonio de Antonio Sacristán, ibíd., pp. 380-381.

la otra gran línea política será la plebiscitaria de Prieto. No hay que olvidar, sin embargo, que si bien ésta aspiraba a evitar una nueva guerra civil, llegando si era necesario a soluciones de compromiso, no faltaron entre los partidarios de la primera y, sobre todo, entre los comunistas, quienes apoyaran el uso de la violencia, bien a cargo de los mismos exiliados (véase la frustrada invasión del valle de Arán), bien de las potencias extranjeras, o bien (descartadas estas dos posibilidades) de la oposición interior. En cualquier caso, algo que siempre buscaron los partidarios de cada línea de acción y sin lo que, en efecto, poco podían conseguir, fue el apoyo internacional (más incluso, en determinados momentos, que el apoyo interior).

Siguiendo el esquema de Ortega, no será sólo el enfrentamiento de clases (léase comunismo-anticomunismo) lo que dividirá no ya sólo a España sino al exilio mismo. El problema nacionalista, sobre ser señalado ya en su día como uno de los motivos desencadenantes de la guerra [3], seguirá coleando en el exilio en forma de «desafección» a las resucitadas instituciones republicanas y a las principales líneas políticas, salvo cuando la ocasión aconsejase lo contrario. Esta indiferencia y oportunismo tuvieron su origen en el frustrado desarrollo y solución del problema tanto en la Constitución de 1931 como durante la II República y la guerra.

Frente al enfrentamiento ideológico, político, personal, económico y nacionalista, pronto se alzaron voces reclamando unidad. La frecuencia de estos llamamientos hace meditar, una vez más, sobre la distancia que separa las palabras (sobre todo si son abundantes y de diverso origen) y los hechos. Ya en 1939 una de las conciencias más atormentadas y escuchadas del exilio, la de Paulino Massip, se planteaba la necesidad de una revisión. Quizá porque veía en la guerra española lo que otros se negaron a ver (es decir, su naturaleza de conflicto eminentemente civil), propugnaba, con vistas a una vuelta a España, el abandono de toda postura recalcitrante (¡cuánto de profecía en estas palabras!) y del bagaje político, sindical e incluso institucional de la República, plagado de limitaciones y contradicciones

[3] El esquema orteguiano de desintegración nacional es seguido también en parte por Alicio Garcitoral, que en 1937 atribuye a la radicalización de la política frentepopulista y al cantonalismo, entre otras causas, el desencadenamiento de la guerra (*op. cit.*, pp. 18-19 y 203-205).

y semillero permanente de enemistades y particularismos [4]. También por encima de estos particularismos, de las clases, de los partidos y de los gremios debía situarse la «gran política nacional», liberal, democrática y republicana, que había de presidir la vuelta de los republicanos al poder, en opinión de Carlos Esplá. A las alturas de 1942, este integrante de Izquierda Republicana desconfiaba de todos los llamamientos a la unión que desde antes del final de la guerra se venían produciendo: la unión encubría, en la mayoría de los casos, un propósito de hegemonía. Pero su invectiva se dirige sobre todo a la unión que aspiraba a restaurar el Frente Popular, solución inviable a su juicio tano desde un punto de vista nacional (como la experiencia se había encargado de demostrar) como internacional. Ni a Inglaterra ni a Estados Unidos convenía, bajo ningún punto de vista, ni aportaría nada a las relaciones con la Unión Soviética, en cuyo interior el Partido Comunista ejercía el poder absoluto. La tan cacareada unidad debía ser sustituida por otro concepto: el de solidaridad, respeto y lealtad entre las distintas fuerzas políticas [5].

En efecto, tanto antes como después de la constitución del gobierno republicano en el exilio, los llamamientos a la unión se dirigían más a las fuerzas afines que a las que se venían considerando, desde años atrás, adversarias. Los nombres y la composición de las juntas u organismos de distinto tipo que pretenden agrupar las fuerzas políticas así lo demuestran. La unión se establece, por tanto, no sólo (aunque puede que principalmente) contra Franco, sino frente a otra iniciativas salidas del mismo exilio. Por seguir poniendo ejemplos sin otro ánimo que el meramente ilustrativo, la crisis interna de los socialistas en México da lugar en 1943 a una áspera polémica y a un cruce de acusaciones y panfletos. Al final de uno de éstos se exhortaba, sí, a la unidad del partido, proponiendo la creación de un nuevo organismo integrador, del que quedarían «autoeliminados» los elementos «moralmente incapacitados». Por lo que respecta a la unidad de los republicanos en general, estos socialistas sólo hacían una

[4] Paulino Massip: *Cartas a un español emigrado,* Méjico, Publicaciones de la Junta de Cultura Española, junio de 1939, pp. 55-60.

[5] Miembro de Izquierda Republicana, Esplá fue en el exilio secretario general de la JARE (*vid.* nota 138). La obra a la que hacemos referencia es *¿Cuándo volvemos a España? Conferencia pronunciada en el Centro republicano Español de México el 16 de julio de 1942,* México, Ateneo Salmerón, 1942, pp. 19-24 y 35.

vaga referencia a una deseable profesión conjunta del común credo republicano y a una defensa genérica de la Constitución de 1931 [6]. Esta actitud se repite a pequeña y gran escala, hasta el punto de que llama la atención el hecho mismo de que en determinados momentos pudiera llegarse a un acuerdo, por muy parcial que fuera.

Una de estas ocasiones tuvo lugar el 14 de abril de 1943, cuando Diego Martínez Barrio, González Molina (dirigente de Acción Repúblicana Española en Cuba) y Sánchez Tamames (presidente del Centro Castellano en La Habana), a través del órgano oficial *Nosotros,* exhortaron a los republicanos a la unidad con vistas a celebrar un Gran Congreso de Unión Nacional Española, en que confluyeran en una sola acción conjunta las distintas posturas políticas. La idea tendría su continuación en la primera Reunión de Profesores Universitarios Españoles Emigrados, celebrada en la Habana a finales de septiembre de 1943, de la que saldría la Junta Española de Liberación, fundada en México dos meses más tarde [7]. Pero este organismo, de signo republicano y socialista, que contó con la eventual adhesión de Indalecio Prieto, estuvo marcado también por su enfrentamiento con la Junta Suprema de Unidad Nacional, de orientación comunista. Como se tendrá ocasión de ver, no fueron éstas las únicas organizaciones en la larga historia del exilio republicano. Ni siquiera la formación de un gobierno pudo frenar su proliferación y ni que decir tiene que la polémica con éste y entre sí estaba servida. Tampoco las agrupaciones de un mismo signo político (como se ha apuntado para los socialistas y se podría hacer con los republicanos y los otros sectores del exilio) estuvieron libres de este cáncer.

Un viaje en la escena internacional solía ser un buen momento para intentar superar las viejas rencillas y ofrecer a los valedores extranjeros del exilio una feliz imagen de unidad, responsabilidad y eficiencia. Es lo que pasó cuando se reunió la Conferencia de San Francisco en 1945 y es lo que volvería a pasar, por ejemplo, cuando se replantease la llamada cuestión española en las Naciones Unidas casi diez años después. Don Félix Gordón Ordás, a la sazón jefe del

[6] Federación de Agrupaciones Regionales de Socialistas Españoles Residentes en México: *A los socialistas españoles en la emigración.* México, s.i., 1943, pp. 12-13 (s.n.).

[7] Naranjo Orovio: *op. cit.,* pp. 119 y 180-182.

gobierno republicano en el exilio, pronunció una conferencia en Toulouse sobre la conveniencia de revisar —de nuevo— la política republicana. El primer paso debía ser la superación de las diferencias dentro de cada partido. El jefe del gobierno reconocía implícitamente su escasa representatividad al proponer la creación de un nuevo comité conjunto que elaborase un programa de gobierno *nacional* y no de partidos con vistas al regreso a España [8]. Otra ocasión sonada en que se volvió a lanzar la idea de la unidad (concretada en la firma del correspondiente manifiesto) fue en la famosa reunión de Munich de 1962, que contó con una presencia mayoritaria de representantes del interior de España. Lo que mereció para el régimen de Franco el nombre de «contubernio» venía a coincidir con la apertura de negociaciones para el ingreso de España en la Comunidad Económica Europea. En esta reunión se puede observar la tendencia del exilio en lo que se refiere a la nunca lograda unidad: si en un principio su vitalidad política se plasma tanto en la división como en los esfuerzos por superarla en momentos considerados especialmente favorables, con el tiempo la pérdida de energías se manifiesta en la proliferación de organismos cada vez más insignificantes y en su falta de operatividad. Al mismo tiempo, los esfuerzos de unidad se van dirigiendo hacia la oposición del interior, que en los primeros tiempos de exilio apenas había sido tenida en cuenta. La división, en una palabra, cede paso a la dispersión y la unidad como ideal de las fuerzas del exilio, al contacto con la oposición interior.

Los grupos políticos del exilio

Podría parecer ocioso decir que los grupos políticos presentes en el exilio coinciden con los de la España republicana, si no fuera por un pequeño detalle: estos grupos (difícil sería calificarlos de partidos en un primer momento en el que predomina la desorientación y la desorganización) emprenden su andadura muchas veces enfrentándose a otros representativos de la España vencedora y que se hallaban presentes en el extranjero (singularmente, en América), desde

[8] Félix Gordón Ordás: *Hacia una revisión de nuestra política en el Exilio. Conferencia pronunciada en Toulouse el 5 de diciembre de 1954*, Buenos Aires, (s.i.), 1955, pp. 34-35.

mucho antes de la llegada de los nuevos refugiados, desde antes incluso de la Guerra Civil. Esta presencia podía obedecer a una mera militancia de la colonia española preexistente o bien —como sucedió en no pocas ocasiones— a un exilio precedente, del que se ha tratado en parte al hablar del derecho de asilo en las embajadas y de la huida de la España republicana de elementos de la España nacional. Claro está que no sólo los falangistas, los carlistas o los monárquicos tuvieron su importancia en la dinámica del exilio, en su recepción y en sus batallas políticas. Otros grupos, esta vez afines, se encargarían de completar esa imagen dual de España también en el extranjero y, singularmente (por ser el caso que nos interesa), al otro lado del océano. Tal es el caso de las diferentes agrupaciones republicanas y, significativamente, de la masonería. Unos y otros están ya fuera antes de 1939.

La Falange

La «bestia negra» del exilio republicano, identificada unívoca y, en parte, simplista e injustamente con el régimen de Franco, era la Falange, trasunto hispano, según la versión «oficial» de los derrotados y de buena parte de la opinión pública internacional, del nazismo de Hitler y del fascismo de Mussolini. Esta percepción, unida a la ayuda efectiva prestada por ambos a Franco durante la guerra, proporcionó un argumento de peso a las esperanzas republicanas al final de la II Guerra Mundial. Para entonces, la situación de Falange y otros grupos integrantes o simpatizantes de la España autodenominada nacional había cambiado sensiblemente: de una militancia pura y dura y de una relativa autonomía se había pasado a la absorción por el Movimiento Nacional. Todo adquirió entonces un carácter oficial y se vio sometido a la reglamentación, incluso en el extranjero. Por eso mismo y por la percepción que se tenía del régimen de Franco, en no pocos países se sometió a los grupos falangistas a una estrecha vigilancia: el miedo al «quintacolumnismo» fue una constante en los años que duró la Guerra Mundial y los agentes norteamericanos seguirían preocupándose de ellos incluso después, al mismo tiempo que lo hacían, por igual motivo, de sus adversarios políticos. Esta actitud doble y paradójica que podría

constituir por sí sola la base de más de una jugosa película de espionaje tuvo por escenario, como es lógico, las zonas de mayor interés estratégico directo para los Estados Unidos.

Muchas de las delegaciones falangistas surgidas en América lo hicieron al amparo del Servicio Exterior de Falange [9]. No está claro si esto fue así en el caso de Argentina, donde al parecer coincidieron las iniciativas, en principio independientes, de un grupo de miembros de la colonia española que tenían contactos con los nacionalistas argentinos y una serie de falangistas recién huidos de la represión desatada justo antes de la guerra. Ambos grupos acabarían uniéndose y fundando, entre finales de junio y principios de julio de 1936, la Sección Argentina de la Falange Española y de las JONS [10]. En abril de 1937 se vio afectada por el Decreto de Unificación, que pretendía aglutinar en un solo movimiento las fuerzas que combatían al lado de Franco, imponiéndoles el nombre de Falange Española Tradicionalista y de las JONS. En realidad, tanto los tradicionalistas como los miembros de Acción Española residentes en Argentina se negaron a acatar el decreto, llegando a ponerlo en discusión en sus propias publicaciones. Si hasta entonces la organización había estado bajo el control del delegado oficioso del gobierno de Burgos, Juan Pablo Lojendio, en adelante se harían cargo de ella una serie de militantes llegados de España en misión de propaganda. Hacia octubre del año siguiente se contaban 60 filiales en todo el territorio argentino. La reacción ante el Decreto de Unificación sirve para medir, por así decirlo, el grado de influencia real del gobierno de Burgos primero y el de Franco después en estas organizaciones, a las que se quería otorgar un carácter oficial y, al mismo tiempo, la penetración real de estas ideologías entre los emigrantes de América. En este sentido, más significativo aún que el argentino es el caso cubano. Allí, la Falange apareció en junio de 1936. Una vez iniciada la guerra, al parecer por escisión interna (caso raro) sur-

[9] Para la fundación de las delegaciones falangistas, véase la obra de Consuelo Naranjo Orovio y Nuria Tabanera García, «La Falange Española en América Latina,» en *Historia 16,* 1991, y la de Lorenzo Delgado Gómez-Escalonilla, *Diplomacia franquista y política cultural hacia iberoamérica, 1939-1953,* Madrid, 1988.

[10] Mónica Quijada: *op. cit.,* pp. 102-108. La autora utiliza docmentación del archivo personal del Coronel Gárate Córdoba, en concreto, la *Memoria acerca de la fundación de Falange Española de las JONS en Buenos Aires y de las actividades de algunos de sus fundadores,* de Fidel Quintana García (s.f.).

gieron las Juntas de Ofensiva Nacional Sindicalista. Aunque Falange elevó su protesta al gobierno isleño, las JONS fueron legalizadas el 21 de octubre de 1936. El gobierno de Burgos mandó un delegado en febrero del 37 para normalizar la situación y, aunque en marzo podía dar su misión por cumplida, fue en septiembre cuando se produjo la unión definitiva. De todas formas, no terminó ahí la historia: el 18 de mayo de 1938, el gobierno de Burgos elaboró un informe para las delegaciones americanas, que tenía como fin supeditar éstas a los representantes del Estado español. El paso hacia la oficialización significó una nueva conciencia de poder y la ejecución de acciones de no escasas consecuencias, como se verá, para la misma Falange [11].

En el *Decálogo* para los falangistas en el exterior, difundido en los últimos días de la guerra, se aprecia ya la subordinación práctica del ideario estrictamente falangista al Régimen, que lo usó como hizo con las otras fuerzas que en principio lo apoyaron [12]. El decálogo incluía requisitos genéricos como «sentir la patria» o comportarse con el decoro propio de todo español y falangista (sin que se supiera bien en qué debía traducirse el comportamiento falangista), al lado de otos mucho más concretos, como «obedecer al Caudillo» o «defender con intransigencia la unión de todos los españoles» que no dejaban de lado un cierto idealismo (mantener la memoria de los caídos y rendir culto a la figura de José Antonio). Lógicamente, eran los preceptos estrictamente políticos los de mayor interés no tanto para el emigrante, como para la nación de destino e, incluso, para la comunidad internacional. Por encima del ideal falangista de superación de las diferencias personales y regionales, lo que más podía interesar a las autoridades locales era la exhortación a amar y respetar la nación en que vivían y, sobre todo, a luchar por el triunfo de la Hispanidad. Contra este muro fueron a estrellarse todas las suspicacias y reticencias del momento, que no eran pocas, como se ha visto

[11] Narajo Orovio: *Cuba, otro escenario de lucha*, pp. 17-20.

[12] De esta manipulación y progresivo desplazamiento del poder, especialmente a partir del declive de Alemania e Italia, se han ocupado cuantos autores han tratado del tema, empezando por los mismos falangistas de la «vieja guardia», como David Jato Miranda (*La rebelión de los estudiantes*, Madrid, 1975). Uno de los repasos más recientes de esta cuestión es el de Miguel Ángel Ruiz Carnicer: «El aparato falangista ante la caída de los fascismos. FET-JONS en 1945», *Spagna Contemporanea*, 1993, n. 4, pp. 127-140.

al hacer alusión al nacionalismo imperante en buena parte de Hispanoamérica. Si a esto añadimos las inevitables afinidades con el *Reich* alemán, tendremos cumplida idea del alarmismo suscitado por los discursos imperiales. En realidad, el respeto y amor a la patria adoptiva venían a paliar ya en parte esos temores. Importa aquí tratar de esta cuestión por la incidencia que tuvo en la recepción del exilio republicano (el término reconquista sirvió para calificar las supuestas intenciones de unos y otros españoles), así como por su repercusión en el ámbito internacional (y el manejo que el exilio supo hacer de ella llegado el momento). Por otra parte, como ya se ha indicado, los transterrados tuvieron que elaborar, ante la doctrina de la Hispanidad y ante el contacto con las huellas reales del pasado común, su propia versión del Hispanismo. Visto que ambas teorías, credos y proyectos vitales (pues de todo eran un poco) apuntaban hacia la comunidad espiritual y la misión civilizadora más que a otra cosa, cabe preguntarse, desde la perspectiva que dan los años, por el objeto de tales sutilezas, cuando sus principales destinatarios (es decir, los países del ámbito hispanoamericano) fueron incapaces de apreciarlas, en la mayoría de los casos. Y no es de extrañar, porque, sin ir más lejos, las encendidas soflamas de Indalecio Prieto en defensa de la evangelización de los indios, de la lengua e incluso de la mezcla de razas poco difieren de las que lanzaban desde el otro lado del Atlántico sus oponentes políticos [13].

No todos tenían por qué entender correctamente las palabras del líder socialista o las de Ramiro de Maeztu. Pero aunque casi siempre se les concedió una importancia excesiva, algunos hechos parecieron confirmar las sospechas que habían levantado. Por ejemplo, la actitud de Falange en Cuba que, una vez convertida en órgano oficioso del gobierno de Franco, pretendió ejercer su control sobre todos los centros y miembros de la colonia española, con los consiguientes abusos [14]. La injerencia suscitó las protestas no sólo de

[13] Prieto, Indalecio: *Los españoles en México. Conferencia pronunciada en la estación radiodifusora del Partido de la Revolución Mexicana. 16 de septiembre de 1940,* México, Imprenta Vizcaya, 1940, pp. 9-12.

[14] Se interpretó la pasividad ante la guerra como apoyo expreso a la causa republicana; se elaboraron listas de desleales, se confiscaron bienes, se cancelaron visados, se retiraron derechos de ciudadanía y se emprendieron represalias contra los centros que enarbolaron la bandera tricolor, intentando imponer al mismo tiempo una contribución obligatoria al Auxilio Social. *Vid.* Naranjo Orovio: *op. cit.,* pp. 47 y ss.

los elementos simpatizantes de la causa republicana, sino también de los más neutrales y apolíticos. El caso es que este hecho, unido a las presuntas actividades en favor de los alemanes, determinó una áspera polémica que se saldó, tras la subida de Batista al poder, con la ilegalización del partido. Es curioso notar, sin embargo, que el único argumento favorable a la medida admitido por un miembro de la colonia en el fondo profalangista coincidiera con el empleado por el gobierno mexicano para disolver la JARE, a saber: que se trataba de una institución extranjera. No se ponía en discusión, por tanto, la obra meramente social (y en este caso, política) de Falange [15].

Más peliaguda era la cuestión de la cooperación de los representantes de Franco y, en concreto, de los falangistas con las potencias del Eje. Más allá del recelo nacionalista e incluso indigenista a las soflamas del Imperio estaba el temor de los vecinos del norte a una infiltración alemana en América. Los países del sur, en este caso, se alinearon de forma bastante inequívoca con el «gran hermano», en una política de dimensión continental frente a cualquier tipo no ya de incursión, sino de injerencia europea. Exagerando quizá la nota en un momento en que los alemanes etaban bastante ocupados en el Viejo Continente (del que por lo demás es dudoso que pensaran salir en serio, más allá de las más cercanas fuentes de petróleo del norte de África y Oriente Medio), los norteamericanos comenzaron a ver nazis por todas partes. Aparte de la lógica cantidad de espías y submarinos con que hay que contar en caso de guerra, nada parece indicar que la actividad de los españoles abriera un tercer frente en América.

En primer lugar, no siempre se consideró a la Falange como un partido nazi. Así, el informe de un diputado argentino, socialista para más señas, sobre la infiltración de estas ideologías en su país, no hace referencia en ningún momento a FE de las JONS, pese a datar de 1938, dos años después de la fundación de este partido en Buenos Aires [16]. Además, los histerismos del informe de Allan Chase (que data de una fecha relativamente tardía para la

[15] Isaac Cuñado Herrera: *La insolencia española (la Reconquista. El conflicto bélico)*, Manzanillo (Cuba), El Arte, 1941, pp. 66-73.

[16] Mónica Quijada: *op. cit.*, pp. 104-105. Se trata del diputado Enrique Dickmann.

cronología de la Guerra Mundial, como 1943) [17] no coincidían con las intenciones del Secretario de Estado norteamericano ni con los informes de su embajador en Madrid. Ya en el año 40 estaba bien claro que Madrid necesitaba la ayuda americana (en forma financiera y de importaciones de trigo) para salir de la situación de ruina creada por la Guerra Civil. Claro está que la política americana y la británica consistían en subordinar la concesión de ayudas al mantenimiento de la neutralidad y al desarrollo de relaciones políticas y económicas favorables con los Estados Unidos, con los altibajos correspondientes a los viajes de Serrano Súñer a Berlín y la entrevista de Franco y Hitler en Hendaya. El «chantaje alimentario» pretendía, además de mantener alejada a España del Eje, allanar el camino a futuras relaciones con Hispanoamérica. En este sentido, formaba parte de una maniobra más amplia destinada a mantener alejados a los alemanes del continente americano y a neutralizar la política de Hispanidad. Política que fue interpretada como un intento de penetración alemana en el Nuevo Mundo y que constituyó un motivo constante de fricción.

Todavía en 1942, los americanos sospechaban de la presencia en los países hispanoamericanos de personal diplomático español adiestrado por los alemanes, con el fin de realizar propaganda favorable al Eje [18]. Esta actitud tenía su correspondiente al sur de Río Grande. En La Habana funcionaba un Comité de la acera del Louvre (autodenominado, de forma significativa, «Amigos de los Americanos») que desde 1940 se encargaba de lanzar acusaciones no ya sólo contra los miembros de Falange o el personal diplomático español, sino contra la colonia española en su conjunto, a la que consideraba protectora de agentes de la Gestapo y enemiga de cubanos y americanos en general, en cuanto partidaria de una verdadera reconquista [19]. Curiosamente, el Comité, claramente anticomunista, coincidía en sus invectivas con los izquierdistas más furibundos. No hay que

[17] Allan Chase: *La Falange. El ejército secreto del Eje en América,* La Habana, Editorial Caribe, 1943. Chase usó un informe de 1941 del diputado radical argentino Raúl Damonte Taborda, que tampoco brillaba por su objetividad. *Vid.* Quijada: *op. cit.,* p. 105.

[18] *Vid.* el artículo de Massimilano Guderzo: «Un'amicizia interessata: Stati Uniti Spagna franchista dal 1939 al 1942», en *Spagna Contemporanea,* 1993, n. 4, pp. 85-108.

[19] Las acusaciones llegaron a amenazas en el caso de I. Cuñado Herrera, acaudalado español que publicó a sus expensas un folleto en defensa propia (*op. cit.,* pp. 1-33).

olvidar, por lo demás, que la situación estratégica de Cuba y el expansionismo norteamericano bastarían por sí solos para poner en tela de juicio la imparcialidad de los informes del FBI y de los diplomáticos yanquis [20]. Pero incidentes como el del acorazado alemán de bolsillo *Graf Spee*, fondeado tras una avería y después hundido por su propia tripulación en el puerto de Montevideo, bastaban para suscitar y mantener viva la alarma. El caso es que, fuera por influjo norteamericano, por nacionalismo exacerbado o por injerencias efectivas de representantes del gobierno español o de la Falange, la polémica en torno a este partido se saldó en Cuba con su disolución; medida directamente relacionada, por lo demás, con las circunstancias políticas del momento, a saber: la propaganda electoral antitotalitaria de Fulgencio Batista. Importa señalar como el mismo esquema (legislación en función de los intereses nacionales y electorales, de cara a la opinión pública internacional) se repite en diferentes países americanos con ocasión de la llegada de exiliados republicanos: los casos más evidentes, según se ha visto, son los de Cárdenas en México y Trujillo en la República Dominicana.

Frente al análisis socioeconómico del exilio republicano (al que a menudo se contrapone), un dato interesante que se ha de tener en cuenta es la composición social de Falange en cada país americano, aunque es de suponer que ésta variaría, como en la Península, con la oficialización del movimiento y su identificación con la figura de Franco. Para muchos, no sería tanto el ideario falangista o nacional-sindicalista como el nacionalismo o la imagen de orden lo que les llevaría a apoyar, desde una posición económica consolidada, primero a Falange, confundiéndola con Franco, y luego al régimen de éste. En realidad, como sucede en España, toda interpretación de la Guerra Civil y del régimen subsiguiente en términos clasistas es no ya simple, sino falsa. Ni todos los partidarios del bando vencedor fueron acaudalados burgueses o miembros de las clases altas [21] ni,

[20] Otros grupos quintacolumnistas serían, según estos informes, el Comité Nacionalista Español, la Legión Nacional Revolucionaria Sindicalista, la Comisión Nacional Obrera, Juventudes Organizadas Nacional-Sindicalistas o Juventud Obrera Nacional-Sindicalista. En Naranjo: *op. cit.*, pp. 15-16.

[21] Esta es la teoría que mantiene, con pocas matizaciones, Mónica Quijada, *ibíd.*, pp. 105-106. C. Naranjo Orovio sostiene, sin embargo, que la tendencia ideológica no guarda relación con la clase social, *op. cit.*, p. 27.

en el caso que nos ocupa, éstos fueron los principales destinatarios de los esfuerzos proselitistas de la Falange. De hecho el Servicio Exterior de Falange nació más que nada para reforzar los vínculos históricos y culturales del emigrante con su patria de origen. En Cuba, por ejemplo, Falange recibió, en efecto, el apoyo de una parte de la oligarquía y el clero cubanos y de los comerciantes españoles. Pero la propaganda (bastante efectiva) se dirigía sobre todo a «redimir» a los emigrantes menos favorecidos, integrándolos en el proyecto de Hispanidad y prometiendo la solución de los males que les habían obligado a abandonar la patria. Una prueba fehaciente de los fines sociales de la Falange Exterior es la creación de servicios de ayuda como la Hermandad Exterior (que se ocupaba de beneficencia con los indigentes), la Oficina de Trabajo (encargada de difundir el Fuero del Trabajo), el Servicio de Sanidad, el Servicio de Justicia y Derecho de la Organización Nacional (que era una asesoría jurídica), la Delegación de Cultura y Recreo (con fines educativos y propagandísticos) y la Sección Femenina. En Cuba tuvieron especial relieve las guarderías y comedores del Auxilio Social, que funcionaron desde mayo de 1938 hasta agosto de 1941, fecha en que fue suprimida la Falange en aquel país. Aparte de las becas, otra de las actividades del Auxilio Social era la repatriación de españoles sin recursos [22]. En este sentido, establece un flujo inverso al de las organizaciones de ayuda a los exiliados republicanos, si bien de mucha menor cuantía.

Como no podía ser menos, Falange contó con sus órganos propios de propaganda [23]. La importancia que adquirió al oficializarse no debe hacer olvidar, sin embargo, que no fue el único partido de derechas que se estableció al otro lado del «charco». Valga el ejemplo, en Argentina, del Centro de Acción Española (surgido por influencia directa de Ramiro de Maeztu) y la Agrupación Tradicionalista Española, que dotó en la década de los treinta de estructura

[22] Los métodos para conseguir fondos eran variados: desde la organización del «Día del plato único», hasta la venta de libros y emblemas, pasando por las suscripciones o el pago de mensualidades extraordinarias. *Vid.* Naranjo: *op. cit.*, pp. 34 y ss. Sobre la aceptación de estas iniciativas por parte de la colonia hispano-cubana, *vid.* Isaac Cuñado Herrera: *op. cit.*, pp. 80-83.

[23] La revista *Avance*, publicada en San Juan de Puerto Rico desde 1937 (*Cincuenta años de exilio español en Puerto Rico y el Caribe, 1939-1989, op. cit.*, p. 22); *¡Arriba España!* de La Habana, desde 1939 y el mismo título en San José de Costa Rica (Naranjo: *op. cit.*, p. 6).

organizativa al grupo carlista existente desde 1898 [24], además de las asociaciones surgidas a raíz de la guerra, como los Legionarios Civiles de Franco, cuya misión era el envío de ayudas a la zona nacional. Aparte estaba la Agrupación Monárquica Española (presidida desde su fundación en 1936 por María Pía de Borbón).

Los monárquicos

Los partidarios de un regreso de los Borbones merecen una atención especial en una historia sobre el exilio político español de la posguerra. En efecto, fueron en principio, como los otros grupos recién citados (e incluso antes, desde la misma poclamación de la República) unos verdaderos antecesores del exilio. El final de la guerra, contra todas sus esperanzas y contra todos los indicios iniciales (léase la filiación monárquica de la mayoría de los militares promotores del levantamiento, Franco incluido) no significó una restauración inmediata de la monarquía. En ese momento se comienza a producir una escisión entre monárquicos franquistas, defensores del régimen como una solución de continuidad, y monárquicos cada vez más hostiles a Franco. Fuera de España, los monárquicos se encuentran en el punto de mira inmediato de los republicanos legitimistas y, por supuesto, de los antiguos partidos del Frente Popular, que no aceptan, bajo ningún concepto, otra alternativa al régimen de Franco que no sea la establecida en 1931, al menos en principio. Paradójicamente, sin embargo, el ala monárquica más liberal acabará convirtiéndose en el principal interlocutor de los sectores más flexibles del exilio, junto a buena parte de la oposición del interior. Por este motivo y por la situación en que se encontró el pretendiente al trono, el Conde de Barcelona, puede considerarse parcialmente al partido monárquico como integrante del exilio, por lo que habría que sustituir el adjetivo habitual que suele acompañar a éste, republicano, por el concepto general de posguerra. De hecho, a Franco llegó a preocuparle más la oposición de don Juan que la de la izquierda [25]. El motivo es que el legitimismo monárquico, más que el

[24] Quijada: *op. cit.*, pp. 98-100, 104.

[25] *Vid.* Paul Preston: *Franco. A Biography.* Londres, Harper Collins Publishers, 1993.

republicano, ponía en entredicho las bases institucionales del Régimen. De ahí que el proceso de institucionalización del mismo tendiera a llenar de alguna manera el vacío existente, estableciendo una solución de continuidad con el pasado, aunque reservándose la aplicación práctica de los principios enunciados en la Ley de Sucesión.

Aparte de la situación real de exilio de don Juan y de una parte de sus seguidores, una diferencia fundamental los separa, sin embargo, del exilio republicano, a saber: el trato mismo que aquél tuvo con Franco, por no decir el acuerdo o pacto que, a pesar de todo, terminaron estableciendo a bordo del *Azor* en el verano de 1948, fechas en que por lo demás era ya claro el declinar del exilio republicano. Hay que tener presente este pacto, así como las descalificaciones a que don Juan sometió a algunos de sus representantes cuando consideró que habían ido demasiado lejos en sus conversaciones con Indalecio Prieto y con quienes, anteponiendo la solución refrendaria al legitimismo monárquico, ponían de alguna forma en duda sus derechos sucesorios. Sería tan erróneo atribuir, por tanto, de forma exclusiva la restauración de la monarquía al sector conciliador del exilio, como a los partidarios del mismo pretendiente. No hay que olvidar que, durante la guerra y en un primer momento, no sólo los monárquicos sino la misma familia real (en concreto, don Juan) se muestran de acuerdo con Franco. Es sólo cuando el pretendiente asume una actitud de oposición neta cuando empiezan a surgir los problemas, sin que en realidad llegue nunca a estar en compromiso la idea de la restauración monárquica en sí. De hecho, los pasos dados para su institucionalización parten del propio Régimen, como parte también de dentro (en concreto, de Carrero Blanco) la propuesta de realizar la sucesión en la persona de don Juan Carlos [26]. Todo ello, en 1945, el mismo año del manifiesto de Lausana, que fue el de la victoria aliada y la Conferencia de San Francisco, de la institucionalización y cambio de imagen del Régimen (promulgación del Fuero de los Españoles y del Fuero del Trabajo, cambio «liberalizador» del gabinete ministerial) y de la formación del gobierno republicano en el exilio. Es dudoso también que don Juan

[26] Sobre este tema, véase la revisión que de la figura del almirante realiza Javier Tusell, *Carrero, la eminencia gris del régimen de Franco,* Madrid, temas de Hoy, 1993.

hubiera hecho público su manifiesto el 19 de marzo si nueve días antes el presidente Roosevelt no hubiera escrito a su embajador en Madrid acerca de la necesidad de hacer desaparecer al régimen que se había identificado con sus enemigos. Si se dan estos datos es para recalcar que nada, en la vida como en la Historia, obedece al mero azar y que la concatenación causa-efecto fue particularmente variopinta en esta ocasión: ante el fin de la guerra, cada cual reaccionó a su manera, más o menos condicionado por las actitudes de sus adversarios.

Tampoco todos los monárquicos, ni mantuvieron siempre una postura uniforme. El caso más evidente es el de don Juan, que pasó de una ardiente admiración juvenil por Franco a su mera aceptación, para después expresar de forma inequívoca su rechazo, al tiempo que se demostraba dispuesto a pactar con la oposición en el exilio. Cuando el pacto significara, sin embargo, poner levemente en tela de juicio la legitimidad monárquica (es decir, someter a referéndum el futuro régimen de la nación), se alinearía de nuevo con Franco, mostrando gran dureza con sus antiguos interlocutores. Si no cabe, en justicia, decir lo mismo de éstos, algo parecido puede señalarse en lo que se refiere a los monárquicos, divididos dentro y fuera de España en varios grupos según su origen y orientación. José María Gil Robles, antiguo dirigente de la CEDA y representante desde abril de 1944 de don Juan, estaba ligado (como Ángel Herrera Oria y el ministro Alberto Martín Artajo, sus interlocutores con Franco en el interior) a la Acción Católica y a la Asociación Católica Nacional de Propagandistas [27]. De corte liberal y aristocrático (y también masónico, según las malas lenguas del Régimen) era la corriente encabezada por el duque de Alba, embajador en Londres cuya firma encabezaría en junio de 1943 la moción de 27 procuradores en Cortes en pro de la inmediata restauración de la monarquía. Una tercera corriente monárquica era la constituida por hombres de ideología nacionalista, herederos del pensamiento de Ramiro de Maeztu y franquistas en parte, como el general Kindelán [28]. Cuando el pretendiente descalificó totalmente al Régimen, por tanto, se enajenó a buena parte de sus más

[27] *Vid.* José María Gil-Robles: *La monarquía por la que yo luché (1941-1954)*, Madrid, 1976.

[28] No se agotan aquí las familias monárquicas. Cabe mencionar una fracción de los carlistas, que ofrecieron su acatamiento a don Juan a cambio de su adopción del ideario tradicionalista (cosa que inquietó profundamente a la diplomacia inglesa), así como a los herederos de los viejos partidos del canovismo.

firmes valedores en el interior. El manifiesto de Lausana, como las conversaciones con el exilio republicano, fueron vistas como un error estratégico por Lequerica y Martín Artajo, que no dejaron de manifestárselo al mismo don Juan [29].

Hasta llegar a ese máximo punto de fricción (basado, por lo demás, en el íntimo convencimiento de que una victoria aliada supondría el apoyo británico incondicional a su causa), los movimientos monárquicos, según se ha visto, procedieron fundamentalmente del interior. El año 1943 marca el punto de inflexión, con la moción ya mencionada de los 27 procuradores en junio y la petición de siete prestigiosos militares de una restauración inmediata en el mes de septiembre. La destitución de Mussolini por Víctor Manuel III, el desembarco aliado en Sicilia y el apoyo británico a la causa monárquica presentaban el momento como especialmente favorable para don Juan. Pero el 3 de octubre Franco abandonó la actitud de no beligerancia para volver a la política de neutralidad, al tiempo que intentaba desmarcar a la Falange de los partidos nazi y fascista. Poco mas tare disolvería la División Azul. En la práctica, Franco (con quien mantenían relaciones económicas desde el mismo año 39) había dejado de ser un peligro para los aliados (especialmente Gran Bretaña y los Estados Unidos), que, al contrario, lo consideraban cada vez más como un factor de orden y estabilidad en un punto estratégico de Europa. Consciente de todo ello, el Caudillo respondió al telegrama que con visos de ultimátum le dirigió el pretendiente desde Lausana a comienzos de 1944. La incursión (frustrada) de la guerrilla organizada por los comunistas en el valle de Arán y la derrota alemana animaron a don Juan a realizar una jugada arriesgada, dirigiendo al pueblo español el famoso manifiesto de Lausana.

La Conferencia fundacional de las Naciones Unidas, celebrada en San Francisco, preveía la monarquía como una de las posibles formas de gobierno. La Conferencia, por lo demás, había sido precedida de una descalificación previa del régimen de Franco y la llamada cuestión española, en parte debido al influjo e los exiliados republicanos, iba a estar en el orden del día de los primeros tiempos del

[29] Lequerica, a la sazón ministro de Asuntos Exteriores, hizo partícipe de su perplejidad al embajador italiano. *Vid.* Luis De Llera y José Andrés-Gallego: *La España de posguerra: un testimonio,* Madrid, CSIC, 1992, pp. 113-117.

Consejo de Seguridad. El momento parecía, pues, propicio para que don Juan manifestase su repulsa por un régimen al que por lo demás las potencias vencedoras y, por supuesto, los exiliados presentaban como primo hermano del nazismo alemán y del fascismo italiano, felizmente erradicados, a la sazón, de la faz de la tierra. En otoño comienzan a tenderse los primeros puentes hacia la izquierda, en concreto, hacia la Alianza Nacional de Fuerzas Democráticas. Los socialistas, por su parte, estaban al tanto desde noviembre de los intentos de acercamiento y se informaron en Londres del apoyo a la causa monárquica, sobre todo con vistas a un próximo golpe militar en favor de don Juan a principios del año entrante. Gil Robles, representante de don Juan desde 1944, era el primero en no estar de acuerdo con una monarquía instaurada bajo los directos auspicios de Franco, si bien, en principio, los socialistas no estaban dispuestos a aceptar la monarquía más que como una solución transitoria. En noviembre o diciembre, el marqués de Carvajal, agente de don Juan, conectó con Antonio Granell, su futuro intermediario con los socialistas. Finalmente, en la primer quincena de 1946, Largo Caballero aceptó una entrevista con Carvajal, interesado en conocer la posición del PSOE y la UGT ante la restauración de una monarquía que pretendía fundarse en una constitución liberal. Prieto no fue informado, al parecer, del contenido de esta entrevista, aunque, en sus últimos meses de vida, Largo Caballero se mantuviera en contacto con el político asturiano.

El año 1946 sería, por lo demás, el de la prueba de fuego del franquismo. Precisamente por las mismas fechas que se acaban de mencionar, proliferaban en las Naciones Unidas y en todo el mundo las manifestaciones eufóricas a favor de la caída de Franco: incluso en Praga el gobierno comunista organizó una exposición de artistas españoles exiliados en París en los años de la II Guerra Mundial evitando, curiosamente, los temas que pudieran ser fuente de conflicto directo con los representantes del gobierno español. A pesar de todo, Largo Caballero, igual que el *Caudillo,* era consciente de que la política de seguridad en el Mediterráneo llevaría a las potencias occidentales (léase Gran Bretaña y los Estados Unidos) a favorecer en la Península Ibérica un régimen de estabilidad y orden (en este caso, la monarquía), frente a una

solución republicana [30]. El mismo mes de la muerte del *Lenin español* (como se conocía a Largo Caballero), la presión internacional dio lugar a una reacción inesperada que apaciguó temporalmente los ánimos entre Franco y don Juan: la secretaría de éste último publicó un comunicado condenando la injerencia extranjera en los asuntos internos de España (si bien contara precisamente con la intervención extranjera, léase británica, para acceder al trono). Por su parte, el *Generalísimo* supo apovechar el clima de euforia nacionalista (que no habían dejado de prever en las Naciones Unidas algunos sagaces conocedores del carácter español) y, aunque difirió, desoyendo los consejos de Carrero Blanco, la convocatoria de un referéndum hasta el año entrante, puso sobre el tapete la Ley de Sucesión, en virtud de la cual se reconocía la monarquía como forma de gobierno tradicional de España, aunque su restauración quedaba al arbitrio de un Consejo de Regencia a cuya cabeza se situaba, naturalmente, Franco. Por las mismas fechas se celebraba en Italia el referéndum que instauraría la República. Franco cerraba así el año que había presenciado una casi intentona militar monárquica y la incursión guerrillera en Llivia (organizada de acuerdo con el gobierno Giral), haciendo frente con la institucionalización del Régimen tanto a la presión internacional como a la republicana, por no hablar de la monárquica, encabezada por el Conde de Barcelona, que, mientras tanto, había reorganizado su propio gabinete en forma de consejo privado.

El siguiente paso que dieron los monárquicos hacia los socialistas se produjo después del referéndum que sancionó en julio de 1947 la Ley de Sucesión. En el mes de octubre de 1947 el ministro de exteriores británico, Ernest Bevin, organizó en Londres un encuentro de aproximación entre Prieto y Gil Robles. Este último veía peligrosa la propuesta del líder socialista de celebrar un plebiscito sobre el futuro régimen de España e instaurar un gobierno provisional [31]. Por ello, aunque se llegó a tratar de la composición de ese hi-

[30] Julio Aróstegui: *Francisco Largo Caballero en el exilio. La última etapa de un líder obrero,* Madrid, Fundación Largo Caballero, 1990, pp. 139-147. Sobre los contactos de Caballero con Prieto y los monárquicos véase también la obra de C. Tcach y C. Reyes, *Clandestinidad y exilio. Reorganización del sindicato socialista, 1939-1950,* Madrid, Editorial Pablo Iglesias, 1986.

[31] En agosto, recién celebrado el referéndum, Prieto había intensificado su campaña bajo el lema «o plebiscito o monarquía». Alternativa que, sin duda, no se presentaba válida a los ojos monárquicos.

potético gabinete, no se concluyó con un verdadero acuerdo. Es más, don Juan desautorizó públicamente a su representante. Sin duda, el cauce que tomaban las cosas en España empezaba a distanciarle de los socialistas. Por lo demás, ni unos ni otros (léase la oposición monárquica y republicana a Franco en el exilio) eran tomados en serio por la ONU, en cuyas deliberaciones pesaban más los argumentos de paz y seguridad mundial que las cuestiones de orden interno [32]. De hecho, la resolución del año anterior, recomendando la retirada de embajadores de España, no fue ratificada en 1947. A pesar de todo, los monárquicos prolongaron su doble juego, del que, por lo demás, no dejaban de darse cuenta los mismos socialistas, empezando por Indalecio Prieto [33].

El año 1948 presenció el apogeo de esta política, así como la consolidación de las buenas relaciones de Franco con los Estados Unidos, que se mostraron propensos a incluir a España en el Plan Marshall. Hay que recalcar que las simpatías hacia el Régimen crecían proporcionalmente al agravamiento de la guera fría: en junio, los soviéticos bloqueaban Berlín. También en primavera, con activa participación de algunos ilustres republicanos, tenía lugar en La Haya la asamblea fundacional del Movimiento Europeo, que años más tarde sería el foro de encuentro entre la oposición del interior y la exiliada. Cuando los socialistas firmaron con los monárquicos el llamado Acuerdo de San Juan de Luz, el 30 de agosto, nada sabían todavía de la decisiva entrevista de Franco y don Juan a bordo del *Azor*. En el pacto, los socialistas adoptaban una posición política moderada y a favor de la incorporación de España a occidente (con el fin de sumarse al Plan Marshall), mientras los monárquicos venían a aceptar la celebración de un plebiscito para establecer el futuro régimen político. Claro está que la noticia de que justo cinco días antes, mientras se llevaban a cabo estas conversaciones, don Juan había llegado a un acuerdo para la educación de los infantes don Juan Carlos y don Alfonso en España cayó como una bomba entre los negociadores de San Juan de Luz. Don Juan y Gil Robles, por su

[32] Esta es la teoría defendida por Shlomo Ben-Amí en *La revolución desde arriba: España 1936-1979*, Barcelona, Riopiedras Ediciones, 1980, p. 131.

[33] Aróstegui: *op. cit.*, p. 149. El líder socialista estaba convencido, ya desde principios de 1946, de la existencia de un *pacto previo* entre Franco y don Juan, así como del apoyo tácito de las potencias anglosajonas a esta operación.

parte, rompieron con los socialistas: su legitimismo (y, por qué no decirlo, las seguridades adquiridas en su trato con Franco) les impedía aceptar la idea de que la monarquía fuera sometida a referéndum [34]. La llegada en noviembre del príncipe Juan Carlos no puso fin, sin embargo, a las intentonas de los militares monárquicos en el interior (manifiesto del general Aranda en 1949), aunque llamó al realismo a algunos políticos del exilio: Fernando Valera, a la sazón vicepresidente del gobierno republicano y ministro de Hacienda, llegó a enviar a Franco un mensaje confidencial ofreciendo trasladarse a España para estudiar conjuntamente un plan que permitiera la normalización política de España y su incorporación a occidente. Claro está que, a estas alturas, cuando iban cambiando las tornas para España, al *Caudillo* no le hacían falta tan generosos ofrecimientos.

La rehabilitación internacional del régimen de Franco en la década de los 50 dio al traste con las últimas esperanzas republicanas. No por ello cesaron los contactos con la oposición del interior, al contrario: en 1956, el movimiento en los círculos universitarios y falangistas propició un nuevo ambiente favorable, si bien la intransigencia del legitimismo republicano tuvo que enfrentarse al apoyo mayoritario de la solución monárquica en el interior. La muerte de Negrín en noviembre de ese mismo año y su entrega a Franco de la documentación del «oro de Moscú» parecía confirmar la pérdida de protagonismo del exilio político en favor de la oposición del interior. Lo mismo tuvieron ocasión de comprobar los participantes en el IV Congreso del Movimiento Europeo, celebrado en Munich en mayo de 1962. El objeto del congreso era básicamente el mismo perseguido años atrás por Indalecio Prieto: la celebración de una consulta para decidir el tipo de régimen que debía suceder a Franco. Esta vez, el representante monárquico, Gil Robles, encabezaba la delegación del interior, mientras que Salvador de Madariaga hacía lo propio con la de exiliados republicanos. Los regateos y negocia-

[34] Aparte de la obra ya citada de Gil Robles, véanse también para todo el período franquista los libros de Laureano López Rodó: *La larga marcha hacia la monarquía*, Barcelona, 1979, y *Testimonio de una política de Estado*, Barcelona, 1987; Javier Tusell: *La oposición democrática al franquismo*, Barcelona, 1977; Haltmust Heine: *La oposición política al franquismo: de 1939 a 1952*, Barcelona, Grijalbo, 1983; Stanley Payne: *El régimen de Franco, 1936-1975*, Madrid, 1987, y José María Toquero: *Franco y don Juan. La oposición monárquica al franquismo*, Barcelona, Plaza & Janés, 1989.

ciones entre unos y otros llevaron a una nueva desautorización del líder cedista por don Juan, celoso como siempre de sus derechos sucesorios. La historia de San Juan de Luz se volvía a repetir quizá por última vez, el mismo año en que les llegó la hora, después de Negrín, a los otros protagonistas del exilio político en sus mejores años: Prieto y Martínez Barrio. El ciclo de las relaciones entre el exilio político republicano (en concreto, los herederos del sector socialista plebiscitario) y la monarquía se cerró cuando, veinticuatro años después de que Franco propusiera a don Juan Carlos como sucesor al trono, un gobierno socialista acordó tributar honores de rey, con el nombre de Juan III, al recién fallecido Conde de Barcelona, que sólo abdicó sus derechos en su hijo en 1977, después de convocarse las primeras elecciones generales tras la muerte de Franco.

La masonería

Dos años más tarde se legalizaba en España la masonería, que, con el comunismo, había sido una de las pesadillas del *Caudillo.* Y razón, a su manera, no le faltaba. Destacadas personalidades políticas de la República, comenzando por el mismo Azaña, y varios miembros del gobierno republicano en el exilio eran y se profesaban sin rebozo francmasones. Éste podría ser, por sí solo, motivo suficiente para ocuparse de esta organización en una obra sobre el exilio, si no fuera porque otros factores contribuyen a aumentar el interés del asunto. En primer lugar, la masonería se hallaba ya instalada al otro lado del Atlántico antes de que iniciara el éxodo republicano por partida doble. De un lado estaban las logias puramente americanas (algunas de las cuales alcanzaron a conocer, a principios del siglo XIX, la represión del Santo Oficio) y, de otro, las establecidas por miembros de la colonia española después de la independencia. Tanto unas como otras mantuvieron relaciones con las logias europeas y, especialmente, con las italianas y españolas [35]. Pero lo que más nos interesa en este lugar es precisamente el contacto que se estableció

[35] *Vid.* la obra coordinada por José Antonio Ferrer Benimeli: *Masonería española y América,* Actas del V Simposio Internacional de Historia de la Masonería Española, Cáceres 16-20 de junio de 1991, Zaragoza, Centro de Estudios de Historia de la Masonería en España, 1993, 2 vols. Las Actas del VI Simposio, *La Masonería Española entre Europa y América,* han sido publicadas en el mismo lugar, en 1995.

entre estas masonerías americanas y los masones españoles exiliados después de la Guerra Civil. No cabe ninguna duda (y ni siquiera los mismos interesados intentaron ocultarlo en su momento) que las logias americanas constituyeron un sólido apoyo para los masones exiliados, según el principio general de fraternidad. Quizá esté por determinar, sin embargo, el verdadero alcance de esta ayuda. Si se tiene en cuenta la condición masónica no sólo de algunos exiliados de a pie, sino de importantes figuras políticas, como se ha dicho, y de sus relaciones con prohombres americanos en momentos especialmente delicados para su Régimen, quizá comiencen a parecer justificadas las fobias del *Generalísimo.* En otras palabras: sería interesante conocer el peso de la masonería en la solidaridad de algunos gobiernos americanos con la causa republicana, así como en la proyección internacional de la cuestión española.

Al desembarcar en tierras americanas, los masones españoles podían optar por integrarse en las logias locales o bien por fundar una propia, siguiendo el mismo esquema, más o menos, de recreación de asociaciones políticas, sindicales y culturales que se siguió en el exilio. Dado el papel de las logias en la independencia de algunos países del área hispánica, así como la importancia efectiva de la masonería (y su prestigio) en la política local, algunas de estas logias lograron gozar de una especie de beneplácito oficial. Así, en México, unos 200 exiliados dieron lugar a una federación de tres logias, la Presidente Manuel Azaña, la Presidente Luis Companys y la Presidente Lázaro Cárdenas. Fue Gran Maestre, hasta su muerte en 1957, Lucio Martínez Gil, diputado del PSOE y fundador de la Federación de Trabajadores de la Tierra. Le sucedió en el cargo Juan Grediaga. Esta Masonería Española en el Exilio (nótese el paralelismo con la denominación del gobierno) fue la que volvió a España, con su sede y sus poderes, en 1978 [36].

[36] Teresa Miaja de Liscy y Alfonso Maya Nava: «Creación de organismos, mutualidades, centros de reunión, instituciones académicas», en *El exilio español en México,* pp. 112-113. Los datos proceden de una entrevista con Juan Pablo García Álvarez, miembro de la ejecutiva nacional de la Federación Nacional de Juventudes Socialistas y de la comisión ejecutiva del PSOE en Asturias, y presidente durante la guerra civil del Tribunal Popular y el de Alta Traición y Derrotismo, y, antes de su traslado a México, fundador y director del Instituto Cristóbal Colón en Santo Domingo (ibíd., pp. 776-777). Por cierto que en la república caribeña parece que funcionó de forma especialmente intensa la solidaridad masónica.

La masonería cubana había apoyado durante la guerra la causa republicana y promovió numerosas campañas y colectas en favor de los masones perseguidos en España. Entre sus logros positivos se cuenta el embarque de más de cien niños huérfanos. También contribuyó al traslado desde Francia de refugiados que, al llegar a la isla en agosto de 1941, constituyeron la Fraternidad Española en el Exilio, con domicilio en la Gran Logia de Cuba, presidida desde 1943 por José González Ureba. Cuando en 1955, tras la fundación de la Asociación Fraternal, fueron condenados 21 masones en España, las logias cubanas protestaron de nuevo. El encargado de Negocios del gobierno español interpretó el hecho como una campaña ante el posible ingreso de España en las Naciones Unidas. Es harto significativo que la documentación existente sobre las logias de exiliados proceda de la JARE y de la CAFARE. Los 40 masones exiliados en la perla de las Antillas contaban con una pequeña subvención de la JARE y, naturalmente, con la ayuda de otras logias y de socios protectores. Aun así, parece que, como al resto de los exiliados, estas aportaciones no les resultaban suficientes, ya que en 1943 expresaban al delegado de la CAFARE en La Habana su disponibilidad a recibir ulteriores ayudas [37].

Otro ejemplo que habla con elocuencia de los nexos existentes entre la masonería, la JARE y los gobiernos locales es el de la República Dominicana. El representante de la Junta en este país era masón y a masones acudió cuando el organismo se vio involucrado en el entramado de huelgas e intrigas políticas desatadas por el régimen de Trujillo con la connivencia de otros sectores del exilio. Algo debieron contar los masones en la instalación de los exiliados en un país cuyo mismo régimen debía resultarles (al menos en teoría) tan repulsivo (o más) que aquel del que huían. Y algo debieron contar también en la elevada posición alcanzada por algunos de ellos en el interior del mismo régimen. A principios de 1942 se declaró una huelga en el ingenio azucarero de La Romana, la primera durante el mandato del Trujillo. El dictador acusó a los refugiados de instigarla y el 4 de febrero ordenó el arresto de numerosos españoles de diversa filiación política, aunque predominaron los socialistas, comunistas y anarquistas. De hecho, el único republicano arrestado fue

[37] *Vid.* C. Naranjo Orovio: *op. cit.*, pp. 124 y 189-190.

precisamente el protagonista de nuestra pequeña historia, Miguel Benavides, el representante de la JARE. Algo de razón no le faltaba a Trujillo, no tanto por lo que se refiere a la organización de la huelga, como por la evidente participación de los españoles en la vida pública del país. Ahora bien, esa participación obedecía a su plan de incorporar al país cuadros o personal cualificado. Sólo que, al contrario dé lo que sucedió en el ámbito cultural, en el político y sindical obtuvo resultados totalmente opuestos a los perseguidos. El caso es que Benavides fue liberado en seguida, al interceder por él don Haim López Penha, Sob.° Gr.° Comendador del Supremo Consejo de la Masonería. Aquella misma noche el representante de la JARE acudió a la reunión del Supremo Consejo del grado 33, al que pertenecía, y tuvo ocasión de saber cómo López Penha había pedido su libertad y la del otro exiliado al Presidente de la República, Troncoso de la Concha, que, por lo demás, era su consuegro. En la Gran Logia y en la Logia Libertad se pidieron explicaciones al Secretario de lo Interior y Policía, Pina Chevalier, por la expulsión de Romero Solano, el otro español cuya libertad había sido solicitada [38]. Si se pone este ejemplo es para ilustrar tanto la existencia efectiva como las alturas a las que funcionaba la solidaridad masónica. Y es de suponer que, si los hermanos americanos estaba a las duras, como parece indicar este caso concreto, también estarían a las maduras. Sin llegar a atribuir todos los males a una hipotética «conspiración judeo-masónica», como hiciera el *Caudillo,* lo cierto es que la presencia de masones en algunos de los momentos cruciales del Régimen parece cosa segura. Otra cuestión es el alcance efectivo de su influjo. Pero no se puede olvidar que Roosevelt, que diez días antes del manifiesto de Lausana instruía a su embajador sobre la necesidad de hacer desaparecer el régimen de Franco, era masón. Y que tanto Giral como Gordón Ordás, dos de las figuras más representativas del gobierno republicano en el exilio, también lo eran, por no hablar del caso más notorio, Azaña [39]. Lo mismo cabe decir de los presi-

[38] Milagrosa Romero Samper: «El exilio republicano español en la dictadura dominicana de Trujillo. El Informe de Miguel Benavides (1942)», en *Spagna Contemporanea,* 1992, n. 2, pp. 134-136, t 140.

[39] La presencia de masones fue especialmente importante en las filas de los partidos republicanos, siendo casi insignificante en los partidos de izquierda obrera. En vísperas de la Guerra Civil nos encontramos con tres famosos masones en el poder: Azaña (presidente de la

dentes norteamericanos que desempeñaron mayor papel en la cuestión española.

Los republicanos

El sector político que da nombre genérico al exilio español de la Guerra Civil no escapaba al virus general de la división y el enfrentamiento. En realidad, como es notorio, esta denominación se aplicaba a los afiliados o simpatizantes de varios partidos nacionales y regionales (Izquierda Republicana, Unión Republicana, Partido Republicano Federal y el catalán Esquerra Republicana). Sin entrar aquí en una descripción pormenorizada de cada uno de ellos, una cosa puede afirmarse con carácter general: al final de la Guerra Civil, casi todos renegaban de su alianza con la izquierda en el Frente Popular y la mayoría veían en el radicalismo desatado por aquél una de las principales causas del conflicto [40]. Por tanto, de cara al exilio y, sobre todo, de cara a un replanteamiento de la vida política española tras la esperada caída de Franco, los republicanos rechazarán en su mayoría la alianza con la izquierda [41]. Rechazarán por tanto, en términos generales, cualquier propuesta procedente de ese campo. Es lo que sucede con la iniciativa de una parte de los socialistas que, no se olvide, llegaron a pactar con los monárquicos, proponiendo una consulta nacional como medio para establecer el futuro régimen de gobierno español. Esto no lo admitieron nunca (cada vez menos) una serie de republicanos recalcitrantes que, partiendo de la resurrección de las instituciones republicanas en el exilio como arma política, acabaron asumiendo un legitimismo a ultranza, de for-

república), Portella Valladares (presidente del Consejo de Ministros) y Martínez Barrio (presidente de las Cortes). Al parecer, más que acuerdo propiamente dicho, llegó a haber entre ellos pugnas por el poder dentro de la misma Masonería. Véase por ejemplo el testimonio de Manuel Portela Valladares: *Dietario de dos guerras (1936-1950)*, edición de José Antonio Durán, La Coruña, Ediciós do Castro, 1988, pp. 121 y ss.

[40] En las elecciones de febrero de 1936, frente a los 210 escaños obtenidos por la derecha y centro derecha, el Frente Popular consiguió 263; 151 correspondían a los partidos republicanos representantes de la «izquierda burguesa».

[41] Ejemplo típico de este rechazo es el secretario general de la JARE, Carlos Esplá, de cuya obra *¿Cuándo volvemos a España?* nos hemos ocupado al hablar de la división interna del exilio.

ma que tan enemigos resultaban Franco y sus partidarios como los simpatizantes de otras alternativas políticas dentro del mismo exilio o de la oposicion del interior. Aun así, los restos de legitimidad posibilitaron la resonancia internacional del exilio en sus primeros años. La amargura de la reflexión no fue seguida (como casi nunca) por un verdadero propósito de enmienda, y el proceso de esclerotización fisica y mental del exilio en su conjunto se hizo especialmente patente (y patético) en el caso de buena parte de los republicanos.

El rechazo a la izquierda (o, al menos, a la izquierda más radical, encarnada por los socialistas caballeristas y negrinistas y los comunistas) se manifiesta también en la composición de los gobiernos republicanos en el exilio. La inclusión de elementos de estos partidos, que se pueden calificar realmente de enemigos, tiene lugar sólo cuando las circunstancias internacionales (léase la victoria aliada y la conferencia fundacional de las Naciones Unidas) aconsejan contentar a la Unión Soviética. Cuando, por el contrario, se recrudezca la guerra fría, se considerará más inteligente buscar el apoyo de las potencias occidentales. En su siguiente etapa, los gobiernos republicanos pretenderán recuperar el prestigio internacional a través de la autoridad moral de sus integrantes, archivando la preocupación por la representatividad política de los ya lejanos años treinta. Curiosamente, los motivos de antipatía hacia el Frente Popular (a saber, su intransigencia, radicalización y pretensión de acumular el poder), terminarán siendo actitudes compartidas por los republicanos ultralegitimistas. Resulta cuando menos paradójico que muchos republicanos exiliados unan su antipatía por el comunismo y el Frente Popular a una burla del anticomunismo de Franco. Así, lo que constituyó para ellos un peligro real durante la República y la Guerra Civil, no dejaría de ser una falacia inventada por la paranoica propaganda franquista [42]. Pero de estas paradojas está llena la historia del exilio, como vamos teniendo ocasión de ver.

Hay que convenir, sin embargo, con los republicanos «puros» en que los partidos de extrema izquierda eran incómodos compañe-

[42] Véanse las declaraciones al respecto de Juan Comas, Anselmo Carretero, Vicente Guarner, Antonio María Sbert, Víctor Salazar, Rafael Méndez y Bibiano F. Ossorio Tafall en la obra de A. de León Portilla ya mencionada. Otro ejemplo ilustre de anticomunismo (y, en general, anti-izquierdismo) fue Claudio Sánchez Albornoz, presidente de uno de los últimos gobiernos republicanos.

ros de viaje. No se puede olvidar, en efecto, el recelo de las potencias occidentales ante una restauración republicana, visto el precedente. El mismo que causaba el recelo de los monárquicos ante un pacto con el exilio. Sin embargo, los republicanos no consiguieron borrar nunca esa mala imagen totalmente, aunque fueron los principales artífices de la buena prensa (mucha o poca, según los países) que el exilio tuvo fuera de España. El antiizquierdismo tampoco fue causa suficiente para suavizar intransigencias legitimistas entre republicanos y monárquicos. Las diferencias eran de nuevo más fuertes (aunque no más importantes) que las coincidencias. No es raro que los extranjeros se pregunten por el actual régimen político de España en términos de monarquía republicana o república monárquica. Esta confusión, no tan absurda como en principio pudiera precer, hubiera llevado seguramente a la tumba a los legitimistas de uno y otro bando de hace tan sólo veinte (por no decir quince) años. Triste y afortunadamente, valga la paradoja, el tiempo y la muerte han servido, aunque quizá tarde, para algo.

Como los masones, los republicanos tampoco carecieron, al llegar a América, de marcos de referencia. Existían, en los distintos países, agrupaciones republicanas que habían ejercitado su militancia durante y antes de la guerra y que lo seguirían haciendo a través de distintas campañas de solidaridad con los exiliados y contra Franco. Así, el gobierno cubano suprimió en 1938 el Círculo Republicano Español e Izquierda Republicana Española, por colaborar en el conflicto bélico. El Círculo mantuvo una guerra permanente en la Casa de la Cultura, que agrupaba a los militantes procomunistas. Claro está que el enfrentamiento tuvo raíces tanto políticas como económicas: la Casa se había apropiado de muebles y objetos del Círculo. Bien mirado, el enfrentamiento no era sino un reflejo del que tenía lugar en aquellas mismas fechas entre la JARE y el SERE, que asumiría forma exclusivamente política poco más tarde, con la aparición de la procomunista Junta Suprema de Unidad Nacional y la Junta Española de Liberación (integrada por republicanos y socialistas no negrinistas). A pesar de los distintos llamamientos a la unión, el Círculo se negó a participar en las actividades organizadas por la Casa (como La Conferencia de Españoles Antifranquistas, en agosto de 1941) [43]. En Argentina, existía, nada menos que desde 1904, el Centro Republicano Español, con filiales en

[43] Naranjo: *op. cit.*, pp. 171-177.

todas las poblaciones con una colonia española importante. A raíz de las elecciones de 1933, que dieron el riunfo a Gil Robles, se produjo una verdadera batalla política en el seno del Centro, quedando desplazados desde ese momento los elementos moderados y conservadores. La influencia de los centros llegó al punto de denunciar al gobierno de Madrid al embajador y obtener su destitución. Ni que decir tiene que lo mismo hicieron con el personal consular que no consideraban suficientemente afecto. El enfrentamiento en y dentro de las distintas asociaciones de emigrantes llegó a su paroxismo, como en Cuba, durante la guerra. La división y las escisiones a que dio lugar el conflicto perduraban cuando llegaron los exiliados [44].

La constitución mexicana y el ultranacionalismo de su gobierno impedían, en principio, la fundación de partidos políticos extranjeros. Una de las condiciones impuestas a los refugiados era, precisamente, la abstención de toda actividad política. En realidad, como demuestra el funcionamiento del SERE y la JARE, las autoridades mexicanas fueron bastante tolerantes mientras no se trató del funcionamiento de instituciones de la República y aun así, llegado el caso, terminaron por ceder, dejando a salvo el principio de soberanía nacional que tanto les preocupaba. La reunión de las Cortes y la formación de gobierno en suelo mexicano fue la lógica continuación de la política azteca hacia los exiliados, por encima, también, de los principios de la doctrina de no intervención. Hasta entonces, la organización de los republicanos en México pasó por distintos momentos. En 1939 fundaron, en el mismo local que había ocupado el Consulado de la República, el Centro Republicano Español, que funcionaba no sólo como centro de reunión social, sino como bolsa de trabajo y también (y es lo que más interesa en estas líneas), como lugar en que ejercían su actividad los partidos políticos, a excepción del comunista, que optó por crear sus propias instituciones. Esta escisión indica que las actividades del centro no eran exclusivamente sociales. En realidad, sus objetivos fueron políticos desde un primer momento: la lucha contra el régimen de Franco y la restauración republicana. En este sentido, más que la conmemoración anual del 14 de abril o la continua celebración de homenajes a personalidades re-

[44] Éste es el tema del libro ya citado de Mónica Quijada. Sobre los centros republicanos, véanse en concreto las páginas 98 y 101-102.

publicanas [45] (actos que contaron siempre con la presencia de las autoridades mexicanas), puede que tuviera más relieve la publicación de libros y folletos políticos que pretendían difundirse en España [46]. No fue el Centro, sin embargo, el único lugar de reunión de los republicanos. José Giral fundó el Ateneo Nicolás Salmerón, de corta vida, que agrupaba a los militantes de Izquierda Republicana. Los federales se agruparon en el Ateneo Pi i Margall, que de ocupar un local del Orfeó Catalá pasó a tener sede propia [47]. Pero una de las organizaciones republicanas más importantes, desde el punto de vista político, fue la Unión de Profesores Españoles en el Extranjero, fundada en París en 1939 y cuya sede central se establecería en México, dada la importancia numérica de los profesores residentes en este país. De este grupo nacieron algunas de las iniciativas más interesantes del exilio.

Requisito *sine qua non* para actuar con eficacia era la unidad, tan invocada como poco respetada, no ya desde el principio del exilio, sino desde la misma guerra. En 1940 la Unión Republicana, Izquierda Republicana y el Partido Republicano Federal, con algunos republicanos independientes, se unieron para formar Acción Republicana Española (ARE). En su manifiesto, además de proclamarse ógano de los republicanos españoles en el destierro, defendían la vigencia de la Constitución de 1931 y daban por liquidado el Frente Popular. Entre 1941 y 1944 difundieron estos principios a través de su órgano oficial, *España con Honra* [48]. En realidad, más que de un partido, se trataba de crear un organismo que coordinase y estimulase acciones conjuntas. La iniciativa de fundar un partido republicano único, sin embargo, fracasó, pese a las conversaciones que mantuvie-

[45] Véanse los discursos pronunciados en el aniversario de la II República entre 1940 y 1976, en *México y la República Española, op. cit.*, pp. 453-483.

[46] Entrevista con Francisco Varea, presidente del Centro, en T. Miaja de Liscy y A. Maya Nava: *op. cit.*, pp. 110-111. Los primeros presidentes del Centro denotan su clara tendencia republicana: Enrique Díez-Canedo, Carlos Esplá y Álvaro de Albornoz.

[47] Entrevista con Roberto Castrovido, ibíd., p. 115.

[48] La prensa fue el medio fundamental de comunicación y propaganda de los exiliados. De las 38 publicaciones aparecidas en México, además de la mencionada, destacan, entre las de los partidos republicanos, *España* (su sucesora de 1944 a 1945, órgano oficial de la JEL) y *España Nueva* (órgano oficioso del gobierno en el exilio, que toma el relevo de la anterior). De carácter cultural, pero de gran importancia en la superación del aislamiento político del exilio, fueron *Las Españas* (aparecida en 1946) y *Diálogos de las Españas* (título de su reaparición en el año tan significativo de 1956).

ron Martínez Barrio, Giral, Albornoz y Gordón Ordás [49]. Realmente las circunstancias internacionales no eran aún propicias para el exilio republicano. En septiembre de 1943, sin embargo, tras las frustradas negociaciones entre Negrín y la Diputación Permanente de las Cortes en México, surge la idea de crear un organismo que aglutinase a todas las fuerzas antifranquistas. Esta iniciativa de la I Reunión de Profesores Universitarios Españoles Emigrados, que tuvo lugar en La Habana, sería el antecedente inmediato de un primer pacto entre Esquerra Republicana, Acció Catalana Republicana, Unión Republicana e Izquierda Republicana, con el apoyo del Partido Socialista. Poco más tarde, el 25 de noviembre, se fundaba en el Centro Republicano Español de la capital mexicana la Junta Española de Liberación, que protagonizaría, antes de la constitución del Gobierno republicano en el exilio, las principales iniciativas políticas en la escena internacional. Siguiendo el habitual comportamiento dialéctico del exilio español, la Junta se constituyó no sólo por representantes de diversos partidos (republicanos, nacionalistas y socialistas, fundamentalmente) ni para conseguir la reinstauración en España de un régimen republicano, sino frente a una iniciativa similar de los comunistas: la Unión Nacional.

Decir que entre 1943 y 1946 (fecha de la recomendación de las Naciones Unidas de retirar los embajadores de España) el protagonismo político del exilio recae en manos republicanas, no significa atribuirles la totalidad de las iniciativas, como se ha visto al hacer referencia a los monárquicos y sus pactos con un sector de los socialistas, sino que la proyección exterior del exilio (en España como en el resto del mundo) les corresponde en gran medida. Mientras otros sectores de la oposición a Franco trabajan más o menos en la sombra, los republicanos se autoproclaman los genuinos representantes del pueblo español, su auténtica voz. Esta identificación no es meramente sentimental: de hecho, la *proyección* es posible porque los republicanos organizarán un aparato al mismo tiempo de *representación* (en los dos principales sentidos del término) y de acción. En otras palabras, ante la victoria aliada y la esperada caída de Franco, com-

[49] *Vid.* J. M.ª del Valle: *Las instituciones de la República Española en el exilio* (París, Ruedo Ibérico, 1976, pp. 53-55), Francisco Giral y Pedro Santidrián, *La República en el exilio. Historia secreta del franquismo* (Madrid, Ediciones 99, p. 96) y José Borrás: *Política de los exiliados españoles. 1944-1950* (París, Ruedo Ibérico, 1976).

prenden la necesidad de establecer un órgano representativo y ejecutivo. Empieza el proceso de institucionalización, que sucede a la fase más o menos anárquica de creación de juntas y organismos varios, que culminará con la formación, en agosto de 1945, del gobierno republicano en el exilio. No deja de ser curioso que lo que en un principio se instituyó más bien como instrumento para promover en el exterior la causa republicana acabase (en fechas por lo demás tempranas) por convertirse en motivo de controversia para el mismo exilio. Las mismas diferencias políticas que venían arrastrándose desde la República volvieron a aflorar a los primeros síntomas de guerra fría y las primeras (mejor sería decir renovadas) manifestaciones de descontento ante lo que se consideraba una fantasmagoría (tal era la postura, no lo olvidemos, de Indalecio Prieto). Por otra parte, la demagógica combatividad asumida por el primer gobierno republicano no podía sino volverse en su contra, provocando la alarma, más que la solidaridad, de las potencias occidentales, siempre amantes del orden en sus zonas de influencia. Ese radicalismo, que hechos como la incursión guerrillera en Llivia no hacían sino confirmar, tuvo su contrapartida internacional (desprestigio del gobierno Giral), pero también provocó la reacción de algunos políticos anteriormente acusados de «radicalismo» por los propios republicanos. Socialistas y monárquicos comprendieron la necesidad de dar una imagen más moderada y menos revanchista en San Juan de Luz, en agosto de 1948. El mismo recrudecimiento de la guerra fría durante ese año y el paulatino cambio de actitud en las Naciones Unidas ante la cuestión española hizo que un ministro republicano llegase a ponerse a disposición de Franco para ofrecer al mundo una imagen de transición pacífica que posibilitase la integración plena de España en occidente a través de su inclusión en el Plan Marshall. Obsérvese que no se trataba ya ni siquiera de cambiar la imagen del exaltado gobierno Giral, sino la del mismo régimen de Franco, lo que indica que el político en cuestión (Valera) daba, en realidad, por perdida la causa republicana.

El realismo, sin embargo, no fue una virtud muy difundida entre los republicanos. A pesar de que una de las tendencias de los gobiernos que sucedieron al de Giral fue evitar la mención explícita de la adscripción política de sus componentes, para no levantar suspicacias ni herir susceptibilidades (tanto en el mismo exilio como en

las potencias occidentales), lo cierto es que por lo menos algunas de las crisis que dieron al traste con estos gobiernos tuvieron su origen en la lucha entre los distintos partidos republicanos. En 1951, en concreto, se produjo la defección de Izquierda Republicana ante lo que consideraba un «monopolio» de Unión Republicana: en efecto, por vez primera, un presidente de este partido, Martínez Barrio, había encomendado la formación de gobierno a un correligionario, Godón Ordás. Si se considera que de este gobierno habían quedado excluidos (por voluntad propia, todo hay que decirlo) socialistas y nacionalistas, se tendrá cumplida idea tanto de la representatividad como de la falta de acuerdo de los diversos sectores del exilio. La intransigencia hacia los otros sectores de la oposición y el legitimismo a ultranza sólo parecieron ceder a finales de la década de los cincuenta, cuando el Régimen estaba más arraigado que nunca en el plano internacional (España había sido admitida en las Naciones Unidas el año anterior), pero comenzaban a advertirse en el interior síntomas claros de malestar. Fue la época en que se empezaron a establecer contactos entre la oposición interior y la oposición en el exilio. La desaparición y la decadencia física de algunos de los buques insignia del destierro no hizo sino facilitar una relación que hasta entonces casi ni se había planteado, en virtud de su autoinvestidura como únicos depositarios de la representación nacional. Los partidos republicanos volvieron a dialogar entre sí y con otros grupos de exilio (no todos, pues se excluía, como de costumbre, a los comunistas) en febrero de 1957. De esta reunión nació un manifiesto, el «Pacto de París» que enlazaba con la tradición inicial del exilio, con una diferencia. Si en ocasiones anteriores los partidos republicanos se habían negado a poner en discusión el régimen que había de suceder a Franco, ahora admitían una solución pacífica y transitoria que no determinase la futura forma de gobierno de España [50].

Los mismos partidos, con la Izquierda Demócrata Cristiana (grupo procedente del interior) suscribieron un nuevo pacto en junio de

[50] Firmaban el pacto el PSOE, Izquierda Republicana, Unión Republicana, el Partido Republicano Federal, el Partido Nacionalista Vasco, Acción Nacionalista Vasca, Esquerra Republicana de Cataluña, el Movimiento Socialista de Cataluña, la UGT, CNT y Solidaridad de Trabajadores Vascos. *Vid.* Alberto Fernández: «Las formaciones políticas en el exilio», en Abellán, *op. cit.*, pp. 154-155.

1960: la Unión de Fuerzas Democráticas debía estudiar y coordinar las propuestas de cada grupo para lograr los objetivos comunes, el consabido derribo del régimen de Franco y la instauración de un sistema democrático. De nuevo se hacía referencia a un gobierno de transición sin carácter institucional específico, dejando así la puerta abierta a una consulta nacional o a la monarquía. Sin entrar a valorar el verdadero significado político y la repercusión de estos pactos, lo cierto es que suponían una especie de retorno a las posiciones propugnadas casi dos décadas atrás por Prieto y los sectores más posibilistas del exilio. Si, en un primer momento, la reciente victoria aliada hizo exaltarse los ánimos legitimistas, impidiendo ver a los republicanos más allá de lo que no fuera la restauración inmediata de la Constitución de 1931, por otra parte los intentos de acercamiento a los monárquicos se vieron pronto frustrados, según se ha visto, por el acuerdo entre Franco y don Juan. Acuerdo que vino a bloquear la situación hasta que los republicanos más realistas se pusieron en contacto con los monárquicos demócratas del interior y con sectores de la oposición hasta entonces marginados. El acercamiento a estas fuerzas se vio acompañado de un intento de cohesión interna, a veinte años de distancia de la Acción Republicana Española fundada en México. Poco antes de la formación de la Unión de Fuerzas Democráticas se fraguaría la unión de los principales partidos republicanos, Izquierda Republicana y Unión Republicana. El proceso había empezado el año anterior, en julio de 1959, cuando republicanos procedentes de trece países elaboraron un «Manifiesto de Fundación y Bases Doctrinales de Acción Republicana Democrática Española». Pero fue en París, en junio de 1960, cuando se celebró el congreso en que se constituyó Acción Republicana Democrática Española. Por cierto, que ni siquiera en esta ocasión se alcanzó la armonía deseada. Por esas fechas tenía lugar el enésimo enfrentamiento sobre los métodos que se debían seguir para derribar el régimen de Franco: el ultralegitimista Martínez Barrio se declaró de nuevo partidario de la violencia, provocando la dimisión de Gordón Ordás, defensor de una solución democrática en caso de producirse la restauración monárquica.

La muerte de Martínez Barrio en 1962 supondría, si no la total desaparición del legitimismo republicano, la apertura definitiva al diálogo con la oposición interior y con los monárquicos. De manera

significativa, en junio de ese mismo año se celebró el famoso coloquio de Munich, considerado por algunos un error o, por lo menos, algo inútil y por otros el momento culminante de la política de acercamiento del exilio a la oposición interior. En efecto, la historiografía del exilio ha valorado de forma muy diversa la política de los republicanos. La izquierda en general tiende a considerarla en su conjunto como un fracaso, acusándola de falta de realismo, exceso de confianza en una hipotética intervención exterior que nunca se produjo y cerril encasillamiento en posturas legitimistas en detrimento del diálogo con el resto del exilio y la oposición interior. De esta forma, la conferencia de Munich es vista como la traca final de un sonado fracaso [51]. Muy otra es la opinión de estudiosos más liberales, que sostienen la influencia constante del exilio en la vida española durante todo el período franquista. En particular, Munich, con lo que supone de contacto con las fuerzas democráticas del interior, supondría el punto culminante de la incidencia del exilio, que vino incluso a reforzarse con nuevos contingentes tras las represalias del Régimen contra los participantes en el «contubernio». Al mismo tiempo tiene lugar la renovación ya sugerida al desaparecer las grandes figuras de la II República. Todo ello hace que el centro de gravedad del exilio se vaya desplazando primero de América a Europa, y en los años sucesivos a España y la oposición interior [52].

Quizá en función del mismo error de perspectiva que atribuye todo el protagonismo a los exiliados se suele olvidar (incluso en algunas obras sobre la oposición a Franco) que hubo también republicanos dentro. En efecto, no pocos volvieron a España o se quedaron y, apenas comenzó a aflorar la represión, empezaron a intentar coordinar, con mayor o menor éxito, sus esfuerzos, igual que lo hizo la izquierda obrera, más afortunada en general (quizá por sus actividades guerrilleras y la fuerza de su organización clandestina) en lo que se refiere al tratamiento historiográfico. A nadie se le escapa, por ejemplo, la profunda repercusión que tuvo la conferencia pronunciada por Ortega y Gasset a su vuelta a Madrid, en mayo de 1946. Independientemente del tema elegido y de los intentos del Régimen

[51] Ibíd., pp. 158-159.

[52] Juan Marichal: «Las fases políticas del exilio (1939-1975)», en la obra dirigida por Abellán, *op. cit.*, pp. 233-235.

de explotarlo propagandísticamente, el acto convocó de hecho a los sectores democráticos del interior y supuso una especie de invitación a superar la guerra. En medios diplomáticos se concedía un gran valor a la influencia que estos republicanos y socialistas moderados del interior podrían ejercer en el futuro del país, en virtud precisamente de un contacto con la realidad del que carecía totalmente el exilio [53].

Tampoco fue iniciativa de los republicanos exiliados, aunque se adhirieran a ella, la Alianza Nacional de Fuerzas Democráticas, surgida en el interior de España con el fin de aunar los esfuerzos de la oposición interior y la del exilio. Dirigida desde la prisión por el republicano Régulo Martínez, la ANFD agrupaba a socialitas, anarquistas y republicanos del interior y del éxodo. La ausencia del PC (al menos, hasta 1946) se explica por el anticomunismo generalizado de estos sectores; de hecho, el organismo nace en octubre de 1944 en parte como alternativa a la Junta Suprema de Unidad Nacional. A pesar de la integración de los comunistas en el mes de enero de 1946, la Alianza llegó a ser cortejada durante un tiempo por los monárquicos en su intento de aproximación a los socialistas. Quizá su importancia radique precisamente en su carácter de formación unitaria capaz de reunir a los grupos de oposición de la izquierda y la derecha [54]. En realidad, los monárquicos siguieron con la ANFD el mismo doble juego que con los socialistas en el exilio. Si el 11 de marzo de 1946 la secretaría de don Juan hacía pública una nota condenando la injerencia de los aliados [55], gesto que fue bien recibi-

[53] *Vid.* Luis de Llera y J. Andrés-Gallego: *op. cit.*, pp. 25-30. Enre los republicanos excarcelados o vueltos del exilio se menciona a Cipriano Rivas Cherif, cuñado de Azaña, Rafael Guerra del Río (ex-ministro de Obras Públicas), Gonzalo de Figueroa (diputado de las Cortes Constituyentes de 1931), Gregorio Marañón, Ramón Feced (ex-ministro de Agricultura), Filiberto Villalobos (ex-ministrro de Instrucción Pública), el químico Enrique Moles y otros, cuyas penas (cuando las padecieron) fueron no pocas veces conmutadas.

[54] Sobre este argumento, véase la obra de E. Marco Nadal: *Todos contra Franco. La Alianza Nacional de Fuerzas Democráticas, 1944-1947,* Queimada Ediciones, 1982. Sobre las relaciones de la Alianza con el gobierno republicano en el exilio, contrastan las opiniones de Aróstegui (*op. cit.*, pp. 51-52), Francisco Giral, en la obra citada, y también en «Gobiernos y partidos republicanos (1939-1976)», en *El exilio español de 1939,* dirigida por Abellán (pp. 203-204).

[55] Se trataba en concreto de la declaración tripartida de ingleses, americanos y franceses del 4 de marzo, condenando el Régimen y augurando un plebiscito que venía a poner en tela de juicio la solución monárquica.

do por el Régimen, un mes más tarde se entrevistaban el secretario de la ANFD, Vicente Santa María, y Juan Beigdeber, representante del general monárquico Aranda. Las conversaciones habían sido precedidas de una ruptura previa a mediados de marzo (precisamente por las fechas de la respuesta de don Juan a la Declaración Tripartita). El caso es que Aranda aceptó la formación de un gobierno de transición con representación paritaria y la convocatoria de un plebiscito sobre el futuro régimen político de España, al tiempo que rechazaba la colaboración con el gobierno Giral, la izquierda radical (socialistas negrinistas, comunistas) y los nacionalistas. El acuerdo suscrito a finales de agosto fue enviado a don Juan, que respondió de forma ambigua [56]. El apoyo que esperaba obtener de los aliados y el cariz que iba tomando la cuestión monárquica en el interior de España, así como la continuación de la actividad guerrillera por los comunistas en el interior, terminarían por hacerle perder el interés por la Alianza, que por lo demás se extinguió en 1947, el año del referéndum convocado por Franco [57].

En realidad, todo juicio sobre la actividad política de los exiliados en general y los republicanos en particular debe ir acompañado de una observación clara y correcta de lo que sucedía en el interior del Régimen y, sobre todo, de la política internacional. La excesiva confianza en una solución exterior del problema español (pecado atribuido con frecuencia al exilio y asumido muchas veces por los distintos sectores del mismo) no era sino el lógico resultado de una

[56] *Vid.* Luis Suárez Fernández: *Franco y su tiempo,* Madrid, Fundación Francisco Franco, 194, vol. IV, pp. 127-132. Franco, consciente de la futilidad de estas maniobras, no se molestó demasiado por neutralizar a Aranda y Kindelán.

[57] Otra manifestación de la común fe en la intervención exterior una vez que se produjo la victoria aliada es la Unión de las Fuerzas Armadas Republicanas, constituida a comienzos de 1945, antes del final de la guerra, y cuyo fin era apoyar a los aliados en la «reconquista» de España, aunque en realidad careció de valor operativo (S. Ben-Amí, *op. cit.,* p. 73). Para la organización de los grupos de oposición en el interior, además de las obras ya citadas, véase *La oposición democrática al franquismo,* de Javier Tusell, y la más reciente, coordinada por el mismo autor, con Alicia Alted y Abdón Mateos: *La oposición al Régimen de Franco. Estado de la cuestión y metodología de la investigación,* Madrid, UNED, 1990. Obra clásica sobre el tema es la de Paul Preston: *Spain in crisis: the Evolution and Decline of the Franco Regime,* Hassocks, Sussex, The Harvester Press, 1976. Escrita desde el lado del exilio, con la habitual carga de reflexión y de ingenua fe en que las cosas podrían haber seguido otro curso, es la *Historia del antifranquismo, 1939-1975,* de Sergio Vilar, Barcelona, Plaza & Janés, 1984, colofón de su obra precedente, *Protagonistas de la España democrática. La oposición a la dictadura, 1939-1969,* París, Ediciones Sociales, 1969.

asombrosa miopía o idealismo que les incapacitaba para darse cuenta del juego de las grandes potencias, que en esos años decidieron el destino del mundo para el siguiente medio siglo. Si este espejismo, que pudo estar justificado en un primer momento, dio lugar a la institucionalización del exilio y al legitimismo republicano, de la toma de contacto con esa realidad y con otra no menos evidente, a saber, su condición minoritaria respecto al grueso del pueblo español, nacieron los primeros intentos de colaboración con la oposición interior. Esta especie de apertura no significó de ninguna manera la desaparición de las instituciones republicanas en el exilio ni mucho menos el abandono de posturas utópicas e intransigentes. Casi irónicamente se podría decir que la «vieja guardia» del exilio siguió la misma trayectoria que la del Régimen y que su desaparición «por causas naturales» marca una extraña unidad de destino que pocos hubieran estado dispuestos a admitir. Los republicanos, con su idealismo, su retórica y sus ilusiones fallidas no dejaban, después de todo, de ser hijos de su época.

Los socialistas

Hijos también de su tiempo y de sus circunstancias fueron los socialistas, que tampoco se libraron, como es lógico, de los virus que por sabidos no vamos a repetir, pero que en este caso desencadenaron una reacción más fuerte y de mayores repercusiones si cabe que los ordinarios. Nos estamos refiriendo exclusivamente al PSOE, pues en realidad hubo en el exilio otro gran partido con esta denominación, aunque de orientación comunista: el Partido Socialista Unificado de Cataluña. El enfrentamiento entre Indalecio Prieto y Juan Negrín fue, en efecto, el más sonado, no sólo de la guerra (hasta el punto de poder casi hablarse de una «segunda guerra civil»), sino, como era de esperar, del exilio. Es bien sabido que el abismo entre ambos líderes socialistas se produjo en abril de 1938 a raíz de la destitución de Prieto como ministro de Defensa Nacional del primer gabinete Negrín, cuando este último impuso la alianza con los comunistas y el predominio de los asesores militares rusos. Mucho se ha escrito sobre el comunismo o el republicanismo de Negrín, sin que sus declaraciones y sus polémicas con Prieto hayan servido para

aclarar mucho la situación. En ete caso, quizá valga más atenerse a los hechos que a las declaraciones de los interesados, que tienen siempre un aire de autojustificación en detrimento del adversario. Los hechos, pues, como hemos tenido ocasión de ver al tratar del SERE y la JARE, demuestran un acusado personalismo de Negrín, que, acabada la guerra, prescinde de los últimos restos de las instituciones republicanas al tiempo que se considera casi único depositario de la legalidad vigente, lo que le lleva a actuar, en consecuencia, de forma autónoma sirviéndose de personas de su confianza.

El personalismo era, si bien se mira, una característica de la política española desde los tiempos de la Restauración. De origen personalista, más que otra cosa, era la división de los republicanos en distintos partidos. Aunque los socialistas salvaron la unidad externa, lo cierto es que en su seno se hablaba de «caballeristas» (seguidores del revolucionario *Lenin español,* Francisco Largo Caballero), «negrinistas» y «prietistas», fundamentalmente. La sucesión de los diferentes gobiernos durante la guerra puso de manifiesto aún más si cabe las divergencias entre estas corrientes, que venían dadas por su distancia de Moscú y su trayectoria política. Ejemplo típico de la radicalización que amenazaba al PSOE fue la caída de las Juventudes Socialistas, bajo la influencia directa de los comunistas. Mientras algunos líderes obreros (Largo Caballero) soñaban con una revolución proletaria (revolución que parcialmente tuvo lugar antes y durante la guerra), otros (Prieto) se mantuvieron firmes, con buena parte de los republicanos, contra la sovietización de España y a favor de su integración en occidente. La política de Negrín (más allá de lo que pudieran ser sus convicciones personales) dio un amplio margen a los comunistas y a los asesores y militares soviéticos, hecho que, como se ha dicho, motivó la salida de Indalecio Prieto del gobierno. Decisiones como la de mandar los depósitos de oro del Banco de España a Moscú son, por lo demás, bastante elocuentes. El caso es que, cuando tuvo que fijar su residencia fuera de España, Negrín no eligió la Unión Soviética, como la *Pasionaria,* sino Londres. Ya se ha visto al hablar de los organismos de ayuda a los refugiados como, al empezar las grandes expediciones a América, el centro de gravedad del exilio pasó a México, sobre todo desde que Prieto se hiciera con el cargamento del *Vita.* Este hecho motivó el traslado de Negrín a América, en un intento por congraciarse con el político asturiano.

Con Largo Caballero, por así decirlo «fuera de juego» (quedaría en la Francia ocupada e iría a parar a un campo de concentración), el protagonismo o, mejo dicho, la disputa, se centraría entre los partidarios de Prieto y Negrín.

Ello no significa que Largo quedara totalmente al margen, al menos entre marzo de 1939 y junio de 1940. Desde su situación de confinamiento no ahorró la emisión de juicios y descalificaciones contra los otros líderes socialistas, sobre todo en lo referente a la gestión del SERE y la JARE [58]. Remiso a hacerse cargo de la reorganizacion del partido y del sindicato mientras gozó de libertad, tampoco dejó de criticar las pretensiones de legalidad del gobierno Negrín en el exilio, por considerar la República extinguida desde el mismo momento de su salida de España y de la dimisión de Azaña. Tampoco fue parco en sus críticas a quienes habían llevado a la República al borde del desastre durante la guerra, en concreto, a Negrín. De hecho, consideraba positiva, en estos primeros días del exilio, la acción de Prieto respecto al *Vita*, siquiera como modo de crear un polo de oposición, como se diría en lenguaje actual, capaz de exigir responsabilidades al último jefe de gobierno republicano [59]. Por supuesto que los motivos de inquina contra éste, más que meramente institucionales, eran políticos. Largo coincidía en anticomunismo con Prieto y los republicanos, por más que durante su gestión al frente del gobierno se enfrentara con ellos (y con todos) a causa de su maximalismo y su tendencia a concentrar el poder en sus manos. Además, atribuía su caída al frente del gobierno a los comunistas y a los socialistas que les hacían el juego (es decir, sobre todo a Negrín, pero también, en el fondo, a la ejecutiva del partido) [60]. Por todos estos motivos, durante los meses que le quedaban de libertad, Largo se mantuvo al margen de la disputa entre Prieto y Negrín. Esta pasividad fue aprovechada por los prietistas para

[58] Llama a Prieto, por ejemplo, «el Buda», porque en su opinión se creía el ombligo del mundo. Negrín, Prieto y Lamoneda eran vistos como los Reyes Magos por los exiliados, que no se fijaban en la procedencia de los fondos que manejaban. Este tipo de invectivas abundan en la recopilación *¿Qué se puede hacer? Cartas a varios amigos donde se examinan las posibilidades de los españoles en la emigración*, París, 1940. Las apreciaciones mencionadas, en las páginas 28-29 y 25, respectivamente, fueron emitidas en diciembre del 39.

[59] Ibíd., pp. 11-12.

[60] Aróstegui: *op. cit.*, pp. 61-62.

atraerse, en virtud del común anticomunismo y antinegrinismo, a los desorientados partidarios de Largo.

A partir de la ocupación y hasta la liberación de Francia, la vida de éste fue una sucesión de persecuciones, confinamientos, juicios de extradición e internamientos en prisiones y campos de concentración [61]. La victoria aliada supuso para él la libertad y la convicción, compartida por el resto del exilio, de que la solución al problema español debía resolverse en el plano internacional. El gobierno Giral no le parecía contar, en este sentido, con un prestigio suficiente, si bien le apoyase para no agravar aún más la imagen de desunión que ofrecía el exilio. A pesar de sus enfrentamientos anteriores con Prieto, vino a coincidir con él en su crítica de la restauración de las instituciones republicanas en el exilio y en la adopción de una política de transición y plebiscito, que aceptase, en un caso límite, la implantación de una monarquía, naturalmente con características democráticas. Cierto es que hubo una evolución de Largo desde el republicanismo más exacerbado hacia estas posiciones, en función del limitado éxito obtenido por el gobierno en el exilio y de la resonancia de la política emprendida por Prieto [62]. De acuerdo con ella se mostraba también el partido socialista en el interior de España y en México, no así las ejecutivas del PSOE y la UGT en Toulouse (aunque terminarían por aceptarla) ni, naturalmente, los negrinistas y republicanos, amén de ciertos grupos anarquistas [63]. El cambio de actitud de los comunistas en 1945 (cambio que suponía, en definitiva, la aceptación de una solución transitoria basada en un referéndum) fue visto con buenos ojos por Caballero, más proclive a

[61] Por cierto, parece que algunos países, entre ellos varios americanos (Estados Unidos, Cuba, Chile y México, que pagó las costas del juicio de extradición) movieron resortes para que ésta no fuera concedida. Por supuesto, el mismo Franco se percató de la reacción negativa que suscitaría en el extranjero, tras el fusilamiento de Companys, el de otro político republicano destacado. Ibíd., pp. 73-74.

[62] El programa de 11 puntos propuesto por Largo Caballero, con sus opiniones sobre los distintos sectores del exilio y la oposición y la situación internacional en 1945, en F. Largo Caballero: *Mis recuerdos,* México, Ediciones Unidas, 1976, pp. 302-357.

[63] De todas formas, la oposición de los republicanos tampoco fue tan uniforme y radical como se suele pensar: de hecho, a principios del 46, el comité de Unión Republicana, por sugerencia de Martínez Barrio, había decidido no enfrentarse abiertamente a la solución plebiscitaria. Incluso su presidente, Gordón Ordás (más tarde jefe del gobierno en el exilio), admitía la celebración de la consulta a condición de que fuera propuesta por las grandes potencias. Aróstegui: *op. cit.*, p. 134.

revisar su anticomunismo en esta ocasión que Prieto [64]. En sus últimos meses de vida continuaría la difusión de sus ideas en México gracias a este último. Mientras tanto, se sucedían las iniciativas encaminadas a conseguir la unidad de los socialistas y, por tanto, la reconciliación con Negrín. No fue éste uno de los menores problemas que tuvo que afrontar el socialismo en el exilio. En efecto, ni la posición de los socialistas en México era totalmente unánime ni la reunión de la ejecutiva del PSOE en Francia a finales de enero de 1946 dejó de ratificar su apoyo al gobierno Giral. Contemporáneamente, al mismo tiempo que era objeto de la atención de los monárquicos, según se ha visto, Largo Caballero tendió también puentes hacia el coronel Casado, a la sazón residente en Londres, que había manifestado su adhesión al proyecto político plebiscitario. Los primeros meses de 1946 son, como se ha indicado, los de la gran esperanza de exiliados y monárquicos en un vuelco de la situación española merced al eco internacional que había alcanzado la cuestión. Son también los meses en que se propaga con fuerza el rumor de una inminente intentona monárquica y en que el debate acerca de la naturaleza del gobierno de transición y del futuro régimen cobra especial relieve. A Largo Caballero no se le escapaban las implicaciones internacionales del caso español, sobre todo en lo que se refiere al reparto de áreas de influencia entre los aliados y la política británica de estabilidad en el Mediterráneo, que llevaría unida indefectiblemente la preferencia por una solución monárquica. El traslado de don Juan a Portugal hacía temerse a los socialistas una inmediata restauración, efectuada de acuerdo con las potencias y con el mismo Franco. Naturalmente, una monarquía establecida por estos métodos, sin referéndum previo, no podía ser aceptada por los socialistas.

A partir de la muerte de Largo Caballero en marzo de 1946, Prieto sería el principal valedor (ya lo había sido antes, si bien con el apoyo del anciano jefe obrero) del plebiscitarismo frente al legitimismo republicano. También lo sería de las conversaciones con los monárquicos y, en general, de las iniciativas encaminadas a lograr la unión de las fuerzas de oposición a Franco, tanto dentro como fuera de España. Antes de la convocatoria de las Cortes en México y de la

[64] Largo Caballero: *op. cit.*, p. 347. Largo pensaba que no convenía excluir a los comunistas (el enemigo «número dos») en la lucha contra el enemigo común y «número uno».

formación del gobierno republicano en el exilio, Prieto había secundado la iniciativa de la reunión de profesores en La Habana y había alentado la constitución de la Junta Española de Liberación. Cierto es que la JEL no respondía tan sólo a unos abstractos deseos de unidad para hacer frente al Régimen de Franco. Fue también una respuesta, en su momento, a una iniciativa paralela de los comunistas, la Junta Suprema de Unidad Nacional y, sobre todo, un medio para hacer valer la voz del exilio en medios internacionales en unos momentos en que el cambio de rumbo de la Guerra Mundial en favor de los aliados y, finalmente, su victoria, hacían augurarse tiempos mejores a los españoles del éxodo. Fueron representantes de la JEL, en definitiva, los que «se trabajaron» a los distintos gobiernos, especialmente a los de los países americanos [65]. El peso de la representación republicana durante la Conferencia de San Francisco recayó igualmente sobre la JEL. A nadie se le puede ocultar, sin embargo, el carácter fuertemente polémico del sector prietista en este organismo, polémico por lo que respecta al gobierno de Negrín en particular y a cualquier gobierno de una República derrotada e inexistente en general. Prieto no se había limitado a manifestar, con su acaloramiento característico, su disensión, sino que había llevado el asunto, concretado en forma de tesoro a bordo de un yate, ante la Diputación Permanente de las Cortes en París nada más acabar la guerra. El SERE y la JARE eran los precursores económicos de los organismos políticos que iban a constituirse a renglón seguido. Así como Prieto llegaría al final a un entendimiento con Largo Caballero, nunca hizo lo mismo con Negrín, ni siquiera cuando éste quedó excluido del flamante gobierno republicano de 1945. Pero tampoco se iba a mostrar nunca totalmente conforme con este último, especialmente ante las grotescas e inoportunas declaraciones de Giral en unos momentos en que convenía ofrecer al mundo una imagen de moderación y disposición al diálogo; diálogo que el político asturiano no tuvo inconveniente en entablar, según se ha visto, con los monárquicos.

El liderazgo político de Prieto en México estuvo favorecido, según se dijo, por su estrecha amistad con Cárdenas, que puso a su disposi-

[65] Ejemplo típico de esta política fue la asistencia de la Junta a la toma de posesión de Grau San Martín, el presidente cubano que se ofrecería a prestar su apoyo como garante en un futuro plebiscito. *Vid.* Aróstegui: *op. cit.*, p. 51.

ción los medios necesarios para ello. Aparte de las numerosas oportunidades de hablar en radio y en los medios de comunicación mexicanos, Prieto contó también con sus propios órganos de difusión, *Adelante* (1945-1959), frente al negrinista *El Socialista* (1942-1952). Portavoz oficial de la JEL fue *España* (1944-1945), precursor de *España Nueva* (periódico oficioso del gobierno en el exilio). No hay duda de que la importancia que tuvo México para el exilio español (recuérdese la existencia de una representación del gobierno republicano en la capital hasta 1977) proviene no sólo de la acogida que ofreció a millares de prófugos, sino al establecimiento de figuras políticas de primer orden y, en particular, de Indalecio Prieto, que montó allí su base de operaciones. Ya nos referiremos más adelante a éstas en detalle. Señalemos, sin embargo, que su presencia se tradujo, además, en una escisión en las filas socialistas en México. Frente a la comisión ejecutiva, formada por los negrinistas González Peña y Ramón Lamoneda, se agrupaban en torno a Prieto los socialistas anticomunistas. La división dio lugar a la formación de diferentes círculos. Hay que señalar como premisa previa que, pese a las prohibiciones constitucionales y al celoso nacionalismo azteca tantas veces mencionados, los socialistas organizaron en México una completa red de agrupaciones locales y regionales y círculos culturales.

Uno de los problemas del socialismo en el exilio (y, por tanto, en México), fue el de la representatividad. Como todos los partidos, los socialistas no pudieron dejar de plantearse (aunque pocos lo hicieran realmente en serio) la razón de su existencia, puesto que, en definitiva, era cuando menos discutible su legitimación para hablar en nombre de un pueblo o de unos correligionarios que, en su inmensa mayoría, habían quedado atrás. El problema es el mismo que afectaba a las instituciones republicanas y fue afrontado en algunas ocasiones, como se ha dicho, con el establecimiento de contactos con la oposición del interior. Pero esta necesaria dosis de modestia no fue patrimonio de todos. Al contrario, la mayoría de las veces fue más difícil conseguir una tregua dentro de un mismo partido que llegar a un acuerdo con el interior. El caso del PSOE es paradigmático en este sentido, por las diferentes trayectorias no sólo de sus delegaciones en España, Francia y México, sino por las divisiones que operaban en el seno de cada una de ellas, que tienen su reflejo en multitud de virulentos opúsculos y en los diferentes congresos y

encuentros que perseguían a veces no tanto la unidad del partido como la imposición de una directriz determinada.

Un ejemplo de todo ello es la Federación de Agrupaciones Regionales de Socialistas Españoles residentes en México, que tan crítica se mostraba con quienes pretendían ejercer de lamas, santones o papas del socialismo a título vitalicio, pero que también negaba la representatividad de los ejecutivos nacionales elegidos en un congreso, por más que cinco años justificaran los cambios. Los socialistas españoles en México debían elegir entre los mencionados «estranguladores del partido» y el partido mismo. Por último, de forma típica y paradójica, tras expresar su disenso con la ejecutiva nacional y los, a su vez, rivales círculos culturales Pablo Iglesias y Jaime Vera (exponentes de las dos corrientes principales del partido), la Federación proponía la creación de un nuevo organismo que acabara con los intentos de imposición, garantizara el funcionamiento de las agrupaciones socialistas regionales y sirviera para la «autoeliminación» (curioso eufemismo) de las personas «moralmente incapacitadas» [66]. Paradoja por paradoja, dirigía a la ejecutiva nacional y a los círculos socialistas en México un manifiesto que más que exhortar a la unidad tenía aires de *ultimátum* [67], al tiempo que expresaba de forma más o menos vaga la esperanza en la unión de las fuerzas republicanas en defensa de la Constitución de 1931, en vísperas de la reunión de Profesores Españoles de La Habana y la formación de la Junta Española de Liberación. En este caso concreto, se repite otra de las constantes de la vida política del exilio de la Guerra Civil, a saber: el carácter público de toda polémica, so capa de honestidad y mal disimulado pudor. En efecto, empezando por la agria disputa entre Prieto y Negrín, da la impresión de que el tono y la orientación de la polémica están concebidos para su difusión pública. Cabe preguntarse con qué objeto. A las autoridades, por no decir a la po-

[66] Federación de Agrupaciones Regionales de Socialistas residentes en México, *A los socialistas españoles en la emigración,* México, s.i., 4 de octubre de 1943, pp. 8-13. Firmaban el manifiesto, el 5 de julio de 1943, José Sosa, Nazario J. Domínguez, José Serrano Romero, Felipe Mesías, Luis de Nova, José Gómez de la Higuera, Benjamín de Cáceres, Amalia Martín, Bernardo Pizarro y Marcos Monje.

[67] Si los Círculos Pablo Iglesias y Jaime Vera, no enviaban una respuesta de adhesión al manifiesto mencionado en el plazo de diez días, la Agrupación «amenazaba» con hacer pública su actitud. Además, y a «efectos informativos», enviaba copia de la carta a la Agrupación Regional Socialista Asturiana y a la Ejecutiva y el Comité Nacional de la UGT en España, Ibíd., pp. 1 y 15-17.

blación local, poco podían interesar las rencillas internas de unos refugiados a los que en muchos casos veían con recelo. Es más, los enfrentamientos no podían (y de ello eran conscientes una parte de los mismos exiliados) sino aumentar ese recelo y, en una palabra, dañar la imagen no siempre buena de los «refugachos» o «refugíberos». A estos últimos las disputas podían servirles, a lo más, de sucedáneos de la verdadera política, o de prolongación del ambiente de discordia del que procedían. Muy conocida y repetida es la historia de los españoles que, con sus interminables disputas en el café, incitaron al pacífico camarero mexicano a acabar de una vez con todas con Franco, causante del conflicto [68].

La iniciativa de la Federación de Agrupaciones Regionales en México no es sino un doble ejemplo de la fragmentación y de los intentos de unidad del socialismo español en el exilio. Un año después del manifiesto de estos refugiados, nada más producirse la liberación de Francia, por iniciativa del caballerista Arsenio Gimeno, se reunía en Toulouse el primer congreso constitutivo del PSOE de Francia y África del Norte y, acto seguido, el de la UGT. Habida cuenta del predominio que hasta entonces había ejercido el PC, sobre todo a través de la Unión Nacional, pronto se ocupó el congreso de depurar a todos los socialistas que hubieran militado en la Resistencia bajo la bandera de esta organización, así como a los miembros de la Comisión Ejecutiva, radicada en su mayoría en Francia (los negrinistas Amaro del Rosal, Lamoneda y González Peña, y también a Álvarez del Vayo) y a algunos componentes del Comité Nacional, afincado en México y en el que predominaban los prietistas y caballeristas. Se trataba, en definitiva, de excluir a los negrinistas, quedando así consumada definitivamente la escicisión del partido [69]. La UGT mexicana, por su parte, se había adelantado a esta maniobra ya en 1940, con el llamado «Manifiesto de los Doce», que destituyó a la misma Comisión Ejecutiva que sería condenada en Toulouse [70].

[68] Se trata del relato de Max Aub: *La verdadera historia de la muerte de Francisco Franco.*

[69] Las invectivas contra los expulsados continuarían en fechas tan tardías como los años sesenta, lo que da una idea del rencor existente. *Vid.* A. Fernández: *op. cit.,* pp. 161-163. Sobre esta «depuración», véase la obra de uno de los interesados, Amaro Del Rosal: *Historia de la UGT de España en la emigración, 1939-1950,* Barcelona, Grijalbo, 1978, así como la recopilación *Congresos del PSOE en el exilio,* Madrid, Editorial Pablo Iglesias, 1981.

[70] Aróstegui: *op. cit.,* p. 83.

De esta forma, se formaron dos UGT, tanto en México como en Francia. En este último país, González Peña y Del Rosal mantendrían una Junta Central de la UGT, presidida por José Cabo Giorla y de clara inspiración comunista, frente a la UGT ortodoxa, que integraba a caballeristas y prietistas, presidida por Trifón Gómez y bajo la secretaría de Pascual Tomás [71]. Fue este último grupo el que se mostró abierto a una posibilidad monárquica o, al menos, a mantener conversaciones con los monárquicos en el congreso celebrado en Toulouse en 1946, mientras que los socialistas del interior reafirmaban su fe republicana y la ANFD reiteraba su adhesión al gobierno Giral. Ese mismo año, Prieto consiguió que la Comisión Ejecutiva del PSOE en México expulsara a Negrín, Lamoneda y el resto de sus correligionarios.

Bajo la bandera de la unión, los socialistas filocomunistas depurados en el primer congreso del partido organizaron casi de inmediato varios movimientos cuya importancia política hasta ahora parece haber sido objeto sólo de apreciaciones subjetivas. González Peña, Lamoneda y Álvarez del Vayo dieron vida a una organización de nombre equívoco, la Unión Socialista Española. Equívoco porque pretendía agrupar a todos los militantes excluidos en Toulouse (ya fueran procedentes del exilio o recién salidos de España), confirmando así la escisión, en espera de que se produjera la reunificación. La Unión Socialista, contraria a las negociaciones y acuerdos emprendidos por Prieto y el PSOE, colaboró con grupos de la oposición del interior, hasta su disolución y parcial integración en 1965, con motivo del XIII Congreso del PSOE. Álvarez del Vayo, por entonces presidente del FRAP (origen de una banda terrorista, como es bien sabido), fue de nuevo excluido del partido. Poco tiempo después de la aparición de Unión Socialista, Negrín, Álvarez del Vayo, Antonio Velao, Marín Cayre y otros organizaron España Combatiente, que venía a suceder a Unión Nacional. Pretendía, como todos estos organismos, la unión de las fuerzas antifranquistas en de-

[71] Sobre la figura de este viejo caballerista, véase la semblanza elaborada por su nieta, Carmen R. Ramón i Tomàs: *Pascual Tomás. Un ugetista en el exilio,* Valencia, Edicions Alfons el Magnànim, Institució Valenciana D'Estudis i Investigació, 1989. En el primer Congreso del PSOE en el exilio, Tomás fue también elegido miembro de la Comisión Ejecutiva y, más tarde, vicepresidente. En 1946 fue designado subsecretario de la presidencia del Consejo de Ministros del gobierno Giral.

fensa de la República y, como todos ellos, fracasó. La nueva iniciativa del incansable Álvarez del Vayo (constantemente acusado de ser agente comunista) se llamó Frente Español de Liberación Nacional y tuvo el mismo fin que España Combatiente. Todas estas agrupaciones tenían en común una estrategia bien diferente de la línea negociadora y conciliadora emprendida por Prieto y los republicanos: no sólo propugnaban la acción de masas sino, en caso necesario, el uso de la violencia [72]. En realidad, estos organismos se sobreponían, al tiempo que caían bajo la órbita del comunismo, repitiendo un fenómeno típico del exilio político: la multiplicación de organizaciones políticas de contornos cada vez más difusos y de efectividad inversamente proporcional a su número, en franca contradicción con su objetivo principal, la consecución de la unidad en aras de una mayor eficacia política.

Como señalaba Max Aub, la forma de acabar con Franco era, en efecto, uno de los principales motivos de discusión, más allá de las rencillas internas por el poder dentro del partido. Claro está que no se trataba de planear atentados (salvo en los casos recién mencionados), sino más bien de las líneas políticas que debía seguir el exilio. En esto los socialistas, como sus compañeros de viaje, distaron mucho de alcanzar jamás la unanimidad. A grandes líneas, la irreductibilidad combativa de Negrín hubo de enfrentarse desde la misma guerra al realismo (que su rival no dudó en calificar de derrotista) de Indalecio Prieto. Estas posturas (con la diferente carga autocrítica que comportaban) se fueron delimitando y evolucionando ante los diferentes acontecimientos que marcaron la historia política del exilio. Así, el inicial legitimismo ultrapersonalista de Negrín dio lugar, según se ha visto, a la creación del SERE y, de rechazo, de la JARE, verdadera respuesta de Prieto. La otra cuestión que iba a aumentar la división en las filas socialistas (como en todas las del exilio) y a marginar definitivamente a los negrinistas fue la adhesión y la participación en las resucitadas instituciones republicanas. A la línea más flexible encabezada por Prieto, que veía en la Junta Española de Liberación una herramienta provisional, en ausencia de una verdadera

[72] Alberto Fernández: *op. cit.*, pp. 166-167. El autor achaca el fracaso de estos intentos de organizar una oposición «coherente y bien estructurada» al boicoteo sistemático y general de socialistas, republicanos y (lo que es más raro) comunistas.

representatividad de las difuntas Cortes y gobierno republicanos, otros socialistas (Negrín, en principio, y más tarde los socialistas que formaron parte de estos gobiernos) se mostraron partidarios del mantenimiento de esa legalidad, primero como instrumento de representación internacional, luego como demostración de unidad de las fuerzas del exilio y, por último, como expresión de numantinismo. En esta cuestión de la aceptación del gobierno republicano, sin embargo, se pueden apreciar distintas actitudes por parte de los interesados. Negrín y sus partidarios dieron la espalda al nuevo gobierno cuando se encomendó la presidencia del gabinete a Giral y se le ofreció a él la cartera de Estado para satisfacer, sin duda, su orgullo herido e incluir en el gobierno al sector que acaudillaba, evitando los riesgos internacionales que comportaba la continuación al frente del gobierno de un filocomunista. Prieto, en principio enemigo de cualquier restauración de una República que consideraba muerta y enterrada, la aceptó para no aumentar la desunión, de cara sobre todo a la opinión internacional. No obstante, también se automarginó del primer gobierno Giral y prosiguió con sus iniciativas por cuenta propia o de la JEL. Ello no significa que los socialistas estuvieran totalmente ausentes de este primer gobierno [73]. A principios de 1946, y como consecuencia en parte de las destempladas declaraciones de Giral (que causaron pésima impresión en occidente), la crisis se hizo evidente. Por estas fechas, además, se llevaban a cabo las conversaciones de Prieto con los monárquicos. El resultado de todo ello fue un nuevo gobierno presidido por el socialista Llopis, que tuvo que afrontar, sin éxito, la controversia a que dieron lugar las tratativas monárquicas de Prieto y que se saldó con la exclusión de los socialistas del gobierno de Álvaro de Albornoz, de composición estrictamente republicana. Este monocromatismo y la nueva tendencia, que irá ganando terreno, de formar gobiernos sin una adscripción política clara, mantendrá a los socialistas fuera de las instituciones republicanas durante unos años. Precisamente cuando se pretende recuperar una participación mayor de las distintas fuerzas en el gobierno, Indalecio Prieto propone en la Asamblea

[73] Socialistas eran, en efecto, Fernando de los Ríos (ministro de Estado) y Luis Jiménez de Asúa (ministro sin cartera). A Trifón Gómez, de la UGT, se le ofreció la cartera de Trabajo y Emigración.

Socialista de México, en octubre de 1951, la disolución de las instituciones republicanas y la del Grupo Parlamentario Socialista. Es tan sorprendente como significativo el hecho de que Prieto no encontrara una gran oposición a su propuesta, si bien no la presentó al Congreso Nacional Socialista por temor al rechazo. El resultado de todo ello fue que los intentos de Gordón Ordás por atraerse de nuevo a los socialistas se saldaron con el fracaso y tuvo que conformarse de nuevo con un gobierno monocolor y con unas Cortes reducidas a la representación republicana. El otrora violento socialista, Luis Araquistáin, volvió a la carga desde México, en 1952, lanzando un ataque furibundo contra los hombres y las instituciones republicanas del exilio [74]. Dado su origen político, no es de extrañar el ataque, como tampoco es de extrañar su defensa póstuma de Negrín cuando, a su muerte, su hijo entregó a Franco la documentación del oro de Moscú [75]. Los socialistas volvieron a la escena republicana cuando Luis Jiménez de Asúa, vicepresidente de las Cortes (y, de hecho, su presidente en funciones desde 1945) asumió con desenvoltura la presidencia de la República, «robándole», por así decirlo, el puesto a la *Pasionaria,* que ya se veía en tan alto lugar, y rompiendo el monopolio republicano, al tiempo que relanzaba la política plebiscitaria, precisamente el mismo año de las muertes de su mayor enemigo, Martínez Barrio, y de su mayor valedor, Indalecio Prieto: 1962. Los socialistas también estarían presentes en el último gran acto del exilio, el coloquio de Munich. Por cierto que en aquella ocasión siguieron vivos los rencores y Rodolfo Llopis, que formaba parte de la comisión de exiliados, no tuvo el honor de conversar con Gil Robles, al frente de la delegación del interior, que no se dignó a dirigirle la palabra. Del mismo modo que Munich marca el punto de inflexión en favor de la oposición interior, en los años sesenta se nota un creciente protagonismo de los socialistas del interior. Es entonces cuando surge el llamado «socialismo de los profe-

[74] Los términos del ataque eran los siguientes: «La República murió a manos de un médico y la sigue tratando, muerta, un veterinario, notable descenso en el rango zoológico de la víctima, aunque no en el científico de ambos doctores, uno de hombres y otro de caballos» (en el periódico socialista *Adelante,* México, IV, 1952, p. 1; citado por Rubio, *op. cit.,* p. 699).

[75] Sobre la actividad y el pensamiento de Araquistáin, véase la introducción de Javier Tusell a la obra del político socialista *Sobre la guerra civil y en la emigración,* Madrid, Espasa-Calpe, 1983, pp. 11-128.

sores», a cuya cabeza figuraría Tierno Galván. Pero esa es ya otra historia.

Otro motivo de discordia en el seno del socialismo del exilio (pero también del interior de España) fueron las relaciones con los comunistas. Estrechísimas en el caso de los negrinistas, hasta el punto de asimilarse a ellos en diversas agrupaciones políticas, y de absoluta identificación (ya desde el principio de la guerra) en el de las Juventudes Socialistas de Santiago Carrillo, dependieron no sólo de la actitud personal del resto de los socialistas (Prieto y los sectores afines), sino de los mismos comunistas. Así, mientras Prieto se negó en redondo a considerar la posibilidad de una colaboración con ellos, la apertura al diálogo de Largo Caballero en sus días finales fue objeto de no pocas críticas por parte de sus correligionarios [76]. Esta disponibilidad coincide, por lo demás, con cierto cambio de actitud del mismo partido comunista hacia 1945, en el sentido de mostrar una mayor adhesión al proyecto de unidad republicana y a sus métodos. Sin embargo, la tónica predominante antes y poco después de esas fechas va a ser, por aprte tanto socialista como republicana, la del más profundo anticomunismo. Por cierto que, si esta actitud tenía su origen en la experiencia cercana del Frente Popular y la Guerra Civil, los criterios de distribución de ayudas del SERE en los primeros días del exilio no contribuyeron, ciertamente, a calmar los ánimos. Las acusaciones de favoritismo (por ambas partes), que hoy pueden parecer pueriles, no lo eran tanto para unos refugiados que corrían el riesgo de quedarse en tierra con serio peligro de su libertad, cuando no de su vida, y cuya subsistencia dependía exclusivamente, al menos en un principio, de las asignaciones concedidas por los distintos organismos de ayuda a los refugiados. De ahí las trifulcas callejeras entre negrinistas y comunistas, por una parte, y socialistas y republicanos, por otra. A este motivo, material cuanto se quiera, de inquina, se añadían los de orden político. Los socialistas (salvo el conciliador sector negrinista y Largo Caballero en sus últi-

[76] *Vid.* Largo Caballero: *op. cit.*, pp. 346 y ss. Para el análisis de la postura de Largo Caballero en esta cuestión, que le costó entre otras cosas la ruptura con Araquistáin, véase también Aróstegui: *op. cit.*, pp. 85-91. Por cierto que el discurso de Araquistáin contra Largo Caballero y otro de Trifón Gómez sobre el mismo asunto, pronunciados en México el 17 de noviembre de 1945, fue publicado en el periódico de Prieto, *Adelante*, mencionado más arriba.

mos días) consideraban, vistos los antecedentes, que una alianza con los comunistas comportaba un riesgo de fagocitación similar a la operada con las Juventudes Socialistas, que era preferible no correr. Además, con realismo digno de encomio, comprobaron pronto que la alianza o, mejor dicho, el apoyo de la URSS era un arma de doble filo, que actuaba como repelente para el resto de las potencias vencedoras de la Guerra Mundial. Por si ello no estuviera suficientemente claro, la rápida evolución de los acontecimientos a partir de 1945 y el inicio de la guerra fría sirvieron a los socialistas para ver lo que muchos republicanos no vieron: que las potencias occidentales nunca apoyarían a las instituciones republicanas por sus antecedentes frentepopulistas y que estaban dispuestas, en cambio, a favorecer una solución de orden, como la monárquica, cuando no a mantener el *statu quo* imperante en la Península Ibérica. De ahí sus escarceos con los monárquicos y su general flexibilidad en la cuestión del régimen que debía adoptarse a la caída de Franco y, de ahí también, su rechazo de la violencia tanto verbal como física, que, por lo demás, lejos de ser patrimonio exclusivo de los comunistas (con algún paréntesis), fue esgrimida por algunos republicanos aquejados de una lamentable falta de memoria y de una inconcebible pérdida de visión.

Los comunistas

De lo visto hasta ahora, los comunistas aparecen, para los demás sectores políticos, como la oveja negra del exilio, como los malos de la película. Si la maldad consiste en la falta de conciencia, entendida ésta como conocimiento reflexivo de las cosas y también como capacidad interior para juzgar la moralidad de las acciones, entonces hay que convenir en que esa apreciación general es cierta, porque en ellos no se da algo que salta a primera vista en la generalidad del exilio, a saber, el examen de conciencia (o autocrítica, si se quiere) y el doloroso proceso de reflexión y admisión de responsabilidades y culpas, que no se limita al análisis de por qué se perdió la guerra, sino que va más allá, al plantearse su mismo origen y el fracaso de la República. Cierto es que los comunistas no se alejan mucho de la actitud de los otros partidos cuando mantienen (en justa reciproci-

dad, desde este punto de vista) su diatriba con ellos. Pero también es verdad que esta diatriba se había hecho más acerba desde que los anticomunistas (por dar un solo nombre a un bloque por lo demás heterogéneo) se habían vuelto más «anti», es decir, desde que decidieron, demasiado tarde, no seguir dejándose arrastrar por los admiradores de Stalin. Y no sólo porque vieran, a toro pasado, que el proceso revolucionario desencadenado por la extrema izquierda hirió de muerte a la República ni porque perdieran la guerra, sino porque su dependencia de Moscú había supuesto la presencia de unos no siempre bien vistos asesores, porque el oro del Banco de España había ido a parar a Moscú y porque los criterios políticos de este último, como demostró el pacto de no agresión germano-soviético, entre otras cosas, no estaban nada claros, cuando no lo estaban demasiado. En otras palabras, los comunistas tuvieron que hacer frente al patriotismo y al orgullo nacional de sus opositores, que no era menor que el que irradiaba desde la misma Península (como se vio a propósito del Hispanismo y la Hispanidad), y a un imperialismo soviético que empezó a mostrarse con toda su fuerza en Potsdam y Yalta.

La falta de verdadera autocrítica se tradujo en el mantenimiento de una retórica tanto o más combativa que la de los años de guerra. En los folletos y opúsculos de autores de esta filiación o de organismos de ayuda a los refugiados como la FOARE (o el mismo SERE) se da amplio espacio a la interpretación del conflicto como una agresión de las potencias fascistas y se anima a los militantes a proseguir la lucha contra el fascismo y el capitalismo internacional. Esta interpretación es la misma que mantendrán, por lo demás, los valedores de la causa republicana en las Naciones Unidas, sobre todo los satélites de la Unión Soviética. Por supuesto, la traicionera neutralidad de las potencias burguesas e imperialistas occidentales había dado la victoria a Franco, bajo cuya bota, sin embargo, el pueblo español seguía luchando en una situación de miseria, hambre y terror [77]. La retórica, que tanto contrasta con los lamentos fúnebres del resto del exilio, corresponde por lo demás a una línea política

[77] Valga como ejemplo el opúsculo editado por la FOARE, *¡Ahora más que nunca con los refugiados españoles!*, Buenos Aires, s.i., 1940. Abundan en él las ilustraciones con heroicos milicianos, ejecuciones, prisioneros encadenados, alambradas, madres cabizbajas y demás iconografía al uso.

que no se desvía en absoluto de la mantenida anteriormente. Los militantes debían seguir luchando por la causa en los países de destino y en la misma España. Ni que decir tiene que esto último tenía sus consecuencias, bastante graves tanto para el Régimen, como para el resto del exilio y, sobre todo, para los mismos comunistas. Éstos vieron, en efecto, como una en las armas utilizadas con profusión durante la guerra, la depuración de las personas poco afectas o críticas, se volvía contra ellos por partida doble: los filocomunistas de Negrín fueron excluidos del partido socialista y de las instituciones republicanas y el PC se vio en una situación de aislamiento total, que nunca llegó a superar, tanto en el exilio como en la oposición del interior. Aislamiento que los métodos de lucha armada y guerrilla no contribuían ciertamente sino a agravar. Todo ello no es óbice para que, como suele ocurrir, se haya considerado la política de los comunistas como la única verdaderamente digna de este nombre y su oposición, la única efectiva contra Franco (sin importar para nada el curso real que terminaron por tomar los acontecimientos) [78].

El destino del exilio comunista estuvo más condicionado por la afinidad política que el de los otros partidos, al menos en lo que se refiere a sus dirigentes, que se encaminaron en buena parte a Moscú [79]. La presencia del SERE explica el fuerte porcentaje de comunistas entre los emigrados a la América hispana [80], especialmente en los países gobernados por un Frente Popular, como Chile, según se ha visto al tratar de la expedición del *Winnipeg*, organizada por Pablo Neruda. Pero, en general, el área de distribución de los comunistas coincide con la de los demás refugiados. Eso sí, dada la militancia activa de muchos de ellos, las circunstancias políticas determinaron en mayor medida el arraigo definitivo o bien la reemigración. Es el caso, por ejemplo, de la revolución castrista en Cuba

[78] Alberto Fernández, en la obra dirigida por Abellán, por ejemplo, utiliza un tono panegírico que dista mucho de su confesado propósito de «documentar y no valorar o enjuiciar» (*op. cit.*, p. 167). La obra *Historia del Partido Comunista de España*, París, Ediciones Sociales, 1960, escapa a toda calificación, al estar redactada por una comisión del partido, encabezada por Dolores Ibárruri.

[79] Se calculan entre 2.000 y 4.000 los refugiados definitiva o temporalmente en la URSS. Todos los dirigentes, aunque marcharan después a otros países, pasaron por allí: la *Pasionaria*, Líster, Modesto Cordón y *El Campesino* (que no conseguiría adaptarse), entre otros.

[80] En América recalaron Vicente Uribe (incluido a última hora en el gobierno Giral), Mije, Claudín, Carrillo y Pedro Checa.

o del cambio de gobierno en Chile y en otros países. Hay que tener en cuenta, además, que la combatividad comunista dio lugar a una intensa actividad política en los lugares de destino. No tanto referida al exilio mismo (los demás partidos no se abstuvieron de ella, al contrario) como a la política interna del país en cuestión, lo cual era, al menos desde el punto de vista de las autoridades, mucho más grave.

Por seguir el mismo orden expositivo que hasta ahora, abordaremos una vez más la espinosa cuestión de los enfrentamientos internos. Pese a todas las protestas y a la abundancia de la palabra unidad en los manifiestos y oganismos de matriz comunista, la división del PC no fue menos grave que en el resto de los sectores del exilio. «Dime de qué presumes y te diré de lo que careces», reza la sabiduría popular. Las escisiones en el seno del comunismo hispano tuvieron un origen más vario, en efecto, que en los demás partidos, ya que, a las causas habituales (personalismo, discrepancias sobre la línea política que se debía seguir, relaciones con el partido en el interior), se unieron otras de origen externo: las directrices de Moscú y los acontecimientos del área de influencia soviética dejaron una huella profunda. Pero es que, además, el enfrentamiento podía tener unas consecuencias más drásticas en el PC que en los otros partidos: en la mente de todos estaban todavía las purgas estalinianas en versión hispánica durante la Guerra Civil. Y el brazo de Stalin, no se olvide, llegó hasta Trotsky por medio del comunista español Andrés García Salgado, que con el pintor Siqueiros organizó un primer atentado en la primavera mexicana de 1940, y de Ramón Mercader, reclutado por Beria, que conseguiría su objetivo el 20 de agosto de aquel año [81]. Los comunistas exiliados fueron, pues, verdugos, pero también víctimas: Gabriel León Trilla, responsable máximo con Monzón del PC en Francia durante 1940 y uno de los organizadores de la guerrilla, fue asesinado a manos de correligionarios en septiembre de 1945. No se descarta que algunos compañeros suyos prefirieran arriesgar su vida en España a habérselas con las iras vengativas del partido, que ciertamente no ahorraba el uso de la palabra trai-

[81] La operación fue organizada por el director del Departamento de Extranjero del NKVD y máximo responsable del espionaje soviético durante la guerra fría, Pável Sudoplatov, que narra todos los detalles en su autobiografía (escrita con Anatoli Sudoplatov) *Operaciones especiales*, Barcelona, Plaza & Janés, 1994.

ción. En el mejor de los casos cabía esperarse una mera depuración o expulsión del partido, como la que sufrió en México Margarita Nelken, en un principio afiliada al PSOE y, luego, miembro del PC [82].

Si Heriberto Quiñones se enfrentó desde el interior con la dirección del exilio, dentro de este último se produciría bien pronto, ante el eclipse de José Díaz, una lucha de poder entre la *Pasionaria* y Jesús Hernández, que acabaría perdiendo la partida, a pesar de su mayor bagaje intelectual. No sólo eso, sino que el antiguo ministro de Instrucción Pública sería expulsado del partido en 1944, con Enrique Castro Delgado. Como sucedió con el PSOE, Toulouse fue la ciudad que presenció las luchas por la organización del partido. Aunque el aparato central permaneció en Francia hasta su expulsión en septiembre de 1950, ya ante de esa fecha, en 1948 y 1949, la dirección se instalaría en Moscú y sus satélites. El órgano oficial del partido, *Mundo Obrero,* emigró, con los congresos, a Praga. Los comunistas clandestinos del interior no sólo mostraron su resistencia a la dirección del partido instalada primero en Francia y luego en los países del este, sino que también manifestaron su disidencia respecto a los exiliados en América, que establecieron contacto con ellos en 1941, utilizando Lisboa como punto de encuentro. Por supuesto, la disidencia fue premiada con la habitual acusación de heterodoxia ideológica.

La orientación hacia el este estuvo no poco ligada a la figura de Stalin y al comienzo de la guerra fría. Es significativo que el mismo año de la muerte de aquél entraran en el Comité Central algunos clandestinos del interior de España y que, en 1956, comenzara un proceso de autocrítica. A raíz del pacto de no agresión con Hitler, Stalin dio lugar a una profunda división no tanto en el interior del partido (que acataba con sumisión todos sus dictados), sino con el Par-

[82] También sufrieron la «caza de brujas» el mencionado Jesús Monzón (que no tuvo un final tan trágico) y Quiñones. Cabe preguntarse si las acusaciones contra Monzón y Trilla habrían prosperado de haber tenido éxito la invasión del valle de Arán. Refiriéndose a estos hechos (aunque silencie la muerte de Trilla), Alberto Fernández emplea el término «separación» (*op. cit.,* p. 168). Sobre el papel de los comunistas antiestalinistas y las purgas que sufrieron, consúltense las obras del antiguo militante del POUM, Víctor Alba: *La oposición de los supervivientes (1939-1955),* Barcelona, Planeta, 1978, e *Historia de la resistencia antifranquista, 1939-195,* Barcelona, Planeta, 1978, así como la de J. M. Molina: *El movimiento clandestino en España, 1939-1949,* México, Editores Mexicanos Reunidos, 1976.

tido Socialista Unificado de Cataluña, miembro de la Internacional. Ni siquiera Negrín, partidario de los aliados cuando se desencadenó la guerra, pudo aceptar este pacto, lo que le alejó temporalmente de los comunistas. Éstos quedaban así totalmente aislados del resto del exilio y en muy mala situación en el continente americano, decididamente sostenedor de los aliados. La ruptura del pacto vino a sacarles, por tanto, de un gran apuro, si bien su continuada posición antiatlántica hizo que continuaran en el punto de mira de las potencias occidentales hasta bien acabada la guerra, lo que determinó el traslado paulatino de sus órganos de dirección a los países del este, como se ha indicado. En esos mismos años de 1948 y 1949 la política de Tito en Yugoslavia dio lugar a un nuevo terremoto político en el interior del partido. De nuevo las depuraciones estuvieron a la orden del día en el PSUC y a ambos lados del Atlántico [83]. En Cuba, por ejemplo, Miguel Valdés Valdésdir, dirigente del PSUC, exiliado primero en la Unión Soviética y después en México y Cuba, abandonó su cargo al incorporarse en 1949 al movimiento titoísta y ser expulsado, al mismo tiempo, del PCE [84]. El pleno del Comité Central de agosto de 1956, que ponía en entredicho los métodos utilizados hasta entonces y el culto a la personalidad de Stalin, parecía señalar el inicio de la distensión, aunque en realidad dio lugar a nuevas discrepancias. En efecto, no todos aceptaron de buena gana la nueva línea de «reconciliación nacional» y la propuesta de acercamiento a los católicos y al activismo en el interior de Falange y los sindicatos verticales. Los años sesenta presenciaron, en efecto, nuevas escisiones que quedan ya fuera de nuestro campo de estudio [85].

En América, los comunistas hicieron lo mismo que los militantes de otros partidos: organizar sus estructuras e integrarse en las ya existentes. Dado el carácter del PC, sin embargo, su reconstrucción

[83] De nuevo encontramos entre los «traidores» a Trilla, con Del Barrio, Comorera, Bullejos, Cartón, Astigarrabia, Bulnes, Adame y otros. Sobre las vicisitudes del comunismo catalán, véase la obra de J. Estruch Tobella: *El PCE en la clandestinidad (1939-1956)*, Madrid, Siglo XXI, 1982.

[84] Naranjo Orovio: *op. cit.*, pp. 167-169.

[85] Es el caso de la aparición del Partido Comunista (marxista-leninista) en 1963 y de las sucesivas escisiones en su interior, y del PCE (Internacional), aparecido en Lieja en 1969. Ese mismo año siguieron las separaciones de los sovietófilos, que se agruparían bajo Líster en el Partido Comunista Obrero Español. *Vid.* Alberto Fernández: *op. cit.*, pp. 170-171.

estuvo sometida a un rígido control por parte de los órganos dirigentes. Los viajes de Claudín, Uribe, Mije y Carrillo tuvieron como misión velar por la ortodoxia y la fidelidad al partido de los afiliados. Los comunistas tuvieron que hacer frente a las mismas trabas de tipo constitucional y político que los demás partidos y, en especial, los socialistas. Pero su antiatlantismo les colocó en una situación si cabe más comprometida. Si a ello unimos el carácter abiertamente dictatorial de algunos regímenes americanos, se puede concluir que los miembros del PC no tuvieron las cosas demasiado fáciles al otro lado del océano. De todas formas, no es que un régimen liberal garantizase una acti vidad libre de estorbos (piénsese en la «caza de brujas» desencadenada en los Estados Unidos). Al contrario, fue en algunas repúblicas situadas en los últimos lugares de la clasificación democrática donde los comunistas llegaron a gozar, paradójicamente, no sólo de cierto desahogo sino, en algunos momentos, de auténtico trato de favor. Tal es el caso de la República Dominicana, donde Trujillo orquestó una gran campaña de imagen destinada a impresionar a su gran vecino del norte y, en general, a todos los vencedores de la Guerra Mundial. Mientras ésta duró, llegó a legalizar al PC, aunque nunca contara con la confianza total de sus afiliados. Entre 1939 y 1945 funcionaron en este país, además del PSOE y el PCE, el Partido Socialista Unificado de Cataluña, la Federación Nacional del Trabajo, la Juventud Socialista Unificada y el Grupo Femenino de Comunistas Españolas y se publicaron revistas como *Por la República* y *Juventud Española* (de orientación comunista) y folletos de título tan elocuente como *El Poder Soviético, El Ejército Rojo* o *La Constitución Soviética* [86]. Los comunistas también actuaron a través del Centro Democrático Español, equivalente a la Casa de la Cultura establecida en La Habana y que, a pesar de sus pretensiones como centro aglutinador de las fuerzas republicanas, mantuvo alejados a los simpatizantes de los demás partidos. Con sucursales en las provincias, su acción llegó a los elementos republicanos más sensibles a la propaganda comunista (a través, entre otras cosas, de las dos revistas mencionadas), y gozó, al menos hasta 1945, de total libertad, aunque se sospechara que sus reuniones estaban vigiladas por la policía.

[86] De orientación diversa eran *Catalonia* y *Democracia*.

De hecho, según el testimonio de españoles exiliados en la República Dominicana, los extranjeros disfrutaron siempre de mayor libertad que los dominicanos, porque Trujillo se aseguraba así su gratitud [87]. Puede resultar chocante, en efecto, que algunos exiliados se prestaran a colaborar activamente con un régimen en nada mejor al de Franco. En este sentido, la actitud de los comunistas podría resultar totalmente incomprensible si no se tiene en cuenta su maquiavelismo político. Sólo así se explica la «luna de miel» que mantuvieron con el dictador. Si en los años de la Guerra Mundial una operación de imagen (aunque también de dinero) impulsó a Trujillo a ofrecer refugio a varios miles de españoles potencialmente peligrosos, los mismos motivos le llevaron a intentar ganarse las simpatías de la Unión Soviética una vez terminada la guerra, llegando a restablecer con este país relaciones diplomáticas entre 1945 y 1947. Poco tiene que ver que, mientras tanto, la emigración hubiera fracasado estrepitosamente debido a la falta de condiciones del país (sumido en la miseria), que el dictador impidiera el desembarco del último contingente de españoles y que, en general, cerrara las puertas a la emigración política europea a mediados de los cuarenta. El caso es que decidió montar una nueva farsa, creando partidos y órganos de oposición. Tal fue el sentido de la campaña de crítica emprendida en enero de 1946 por el diario *La Opinión,* dirigido por un exiliado español, y cuyas consecuencias imprevistas llevaron a Trujillo a interrumpir el experimento, comprando el periódico y cerrándolo poco después. Al mismo tiempo, aunque las actividades de los comunistas españoles habían sido interrumpidas en 1945, agentes de Trujillo se entrevistaron con algunos de esos mismos comunistas, que habían escapado a Cuba para fundar el Partido Socialista Popular (o sea, el Partido Comunista Dominicano). Con este doble juego, el dictador pretendía ofrecer al exterior una imagen de tolerancia, a la vez que incitaba los ataques anticomunistas del periódico *La Nación;* de esta forma, tras haber descubierto la organización clandestina, acabaría justificando la necesidad de su régimen para defender al país de la

[87] Prueba de ello es la celebración en 1944 del congreso del PC y la publicación de sus resoluciones. Poco tiene que ver que existiera, a nivel individual, la persecución. La arbitrariedad del régimen es patente en la aceptación y el uso de los elementos republicanos y su represión cuando dejaban de servir a los propósitos del dictador o cuando se extralimitaban en su actuación.

amenaza comunista. Los comunistas aceptaron con maquiavelismo elogiar a Trujillo frente al intransigente secretario del Interior, Álvarez Piña (que asumía el papel del villano), a sabiendas de que se trataba de una maniobra, pero con la intención de aprovechar, al menos, la oportunidad para presentarse ante el pueblo dominicano como la única alternativa válida de oposición [88]. A comienzos del 47, las invectivas de Álvarez Piña dieron paso a la represión. Algo parecido sucedió con el movimiento obrero dominicano, aunque en esta ocasión el protagonismo absoluto no correspondiera a los comunistas españoles. Bien es verdad que el régimen les atribuyó la huelga del ingenio azucarero de La Romana, en 1942, y que no escaparon a la represión, pero la huelga de 1946, que se resolvería positivamente, tuvo lugar en un marco sindical concebido por un nacionalista vasco, Jesús de Galíndez [89]. A finales de los cuarenta, en definitiva, ya no interesaba tanto impresionar a las potencias democráticas desmarcándose del Eje como congraciarse con el Gran Hermano del Norte. La consecuencia inmediata fue la disolución de todos estos partidos de oposición y la emigración de los pocos militantes que quedaba en la isla (si no por otra cosa, por la miseria imperante) a otros países, sobre todo a Cuba y a México. En realidad, el FBI tenía bajo control a los movimientos comunistas en la zona del Caribe ya desde antes del final de la guerra y del enfriamiento que

[88] En efecto, el líder de los comunistas dominicanos, *Periclito* Franco, volvió al país precisamente cuando comenzó la represión, para presentarse como un mártir ante la opinión pública del país.

[89] Suyas son las noticias que venimos dando hasta ahora. Su tesis doctoral *La dictadura de Trujillo* le acarrearía un trágico final en 1956. De nada le serviría el antiguo profesor de la Universidad de Santo Domingo y asesor legal del Departamento de Trabajo ni refugiarse en Nueva York: los agentes de Trujillo acabarían haciéndole desaparecer en una forma que todavía es un misterio. Se ha utilizado la versión francesa de su obra: J. de Galíndez, *L'Ere de Trujillo. Anatomie d'une dictadure latino-américaine,* París, Gallimard, 1962, pp. 200-204, 224-226 y 320-336 (sobre los comunistas españoles y el Partido Socialista Popular) y 231-233 (sobre el movimiento obrero dominicano). La obra ha sido reeditada por la editorial vasca Ekin, Bilbao, 1991. Carácter autobiográfico, como el libro de Galíndez, tiene el de Joaquín Balaguer: *Memorias de un cortesano de la «Era de Trujillo»,* Santo Domingo, 1988. Sobre la influencia de los comunistas españoles en la República Dominicana, véase Bernardo Vega: *La migración española de 1939 y los inicios del marxismo-leninismo en la República Dominicana,* Santo Domingo, Fundación Cultural Dominicana, 1984, y Vicente Llorens: *Memorias de una emigración. Santo Domingo, 1939-1945,* Barcelona, Ariel, 1975. Otro autor que se ha ocupado de las tácticas empleadas por Trujillo es Javier Malagón: «El exilio en Santo Domingo (1939-1946)», en *El exilio de las Españas de 1939 en las Américas «¿Adónde fue la canción?».* Coordinada por J. M. Naharro-Calderón, Barcelona, Anthropos, 1991, pp. 154-177.

caracterizaría el siguiente medio siglo: en 1944 empezó a mandar informes sobre los comunistas establecidos en Cuba, como antes lo había hecho sobre los falangistas.

Fue precisamente a este país donde, según se ha dicho, fueron a parar buena parte de los comunistas que abandonaron la República Dominicana debido a la persecución o simplemente al hambre. La Casa de la Cultura, pilotada por los comunistas, se ocupó de la reemigración de muchos correligionarios, haciéndoles pasar por ciudadanos cubanos. Su órgano oficial fue la revista *Nosotros,* que en 1947 pasó a llamarse *España Republicana. Portavoz del Movimiento Antifranquista,* que sólo dejó de publicarse entre 1952 (cuando Batista dio orden de cerrar la Casa) y 1959. También prosiguieron, durante el régimen castrista, las emisiones de radio de la Casa, que empezaron en mayo de 1939 [90]. Los informes del FBI insistían en la vinculación de esta institución con el PCE y el Partido Socialita Popular Cubano. Uno de los líderes del PSUC, Pedro Ardiaca, llegó a La Habana procedente de Ciudad Trujillo. Por cierto que este último mantuvo una actitud conciliadora en la polémica que enfrentó a la Casa de la Cultura con el Círculo Republicano Español. Otro dirigente del PSUC que llegó en un segundo momento a Cuba fue el mencionado Valdésdir, que había pasado previamente por la Unión Soviética y México. Dependiente de la Casa de la Cultura y, por lo tanto, de los comunistas, era la Juventud Combatiente Española en Cuba, fundada en junio de 1944. Con el fin de reunir a las fuerzas antifranquistas organizó la Conferencia de Jóvenes Españoles, de la que saldría la Unión de Jóvenes Patriotas en México. Este organismo no excluía la lucha contra los «agentes falangistas» de Hitler durante la Guerra Mundial. También funcionaba en las instalaciones de la Casa de la Cultura la Alianza de Intelectuales Antifranquistas, fundada en marzo de 1944 bajo los auspicios de José Luis Galbe, delegado de la Unión Democrática Española con la convención de la FOARE y procedente de Francia. Todos estos organismos estaban estrechamente vinculados al PCE, radicado también en la Casa de la Cultura, y cuyo secretario fue Manuel Hurtado Benítez. El

[90] Las emisiones cobraron una importancia especial a partir de 1959. El encargado de negocios español protestó en 1960 por el programa «España al día». La emisión de «La Voz de España» duró hasta 1976. Naranjo: *op. cit.,* pp. 186-187.

FBI rindió cuentas de su relación con los otros partido comunistas establecidos en América y España, y de la comunicación mensual entre Cuba y México [91]. Después de la revolución castrista, la Casa se transformó en la Sociedad de Amistad Cubano-Española, que asumió el nombre de Círculo Julián Grimau a partir de 1963. Allí se siguen reuniendo los comunistas españoles que quedan en la isla.

Una de las características de los comunistas frente a otros sectores del exilio fue, como se ha indicado, su intervención en la política interna de los países que los acogieron. Aparte de su participación en los movimientos de resistencia durante la ocupación alemana en Francia y otros países (con muchos otros republicanos de otras ideologías), su militancia empezó a hacerse evidente ya en los barcos que los trasladaban a América. Existennumerosos testimonios de como, antes de desembarcar, habíanorganizado a bordo las primeras células. Ya se hizo referenciaa como la propaganda y los manifiestos elaborados durante latravesía contribuyeron no poco a soliviantar los ánimos de unaopinión pública en estado de alerta. Pero fueron los hechos losque, en definitiva, permiten afirmar que, más allá de las declaraciones verbales, la influencia de los comunistas no fue despreciable en algunos países. Ya se ha visto que los españoles estuvieron relacionados con la difusión del comunismo en la República Dominicana y sería interesante saber hasta qué punto estuvieron detrás de la aparición de organizaciones de este tipo en otros países durante los años 40, pues, a finales de esta época, la guerra fría obliga a la emigración del aparato del partido, como se ha visto, a los países del este de Europa. Se ha mencionado, sin embargo, un caso interesante: en Cuba, el PC se vio sometido temporalmente a la misma persecución, pero el curso de los acontecimientos lo llevó a finales de los 50 a primer plano. Quizá fuera aquí donde los exiliados comunistas españoles desempeñaron un papel más activo, pasando algunos de ellos a formar parte del régimen castrista, sin que faltaran tampoco los casos de disidencia. En realidad, su participación empezó mucho antes, como demuestra la inquietud del FBI. En 1946 el presidente de la Casa de la Cultura, Pedro Cavia González, se presentó a las elecciones; también lo haría en varias ocasiones por el Partido Socialista Popular. Además de este destaca-

[91] Ibíd., pp. 160-170.

do titista, otro español, Juan Chabás, fue nombrado consejero del Buró Político del PC cubano. Según el FBI, los comunistas cubanos eran adiestrados en métodos y tácticas por exiliados españoles. También la Legación española envió numerosos informes sobre las actividades de los refugiados de este grupo político, que además gozó de las simpatías de algunos miembros del gobierno. En 1959, los comunistas españoles de la Casa de la Cultura no se limitaron a entregar una placa a Fidel Castro, que expresó su agradecimiento en forma de condecoraciones. Ya desde antes, algunos de ellos habían colaborado activamente en la revolución. Tal es el caso de Alberto Bayo Giraud, que adiestró a los participantes de la insurrección cubana descubiertos en México en 1956. Fue uno de los organizadores de la Legión del Caribe y, con Fidel y su hermano, ocupó las páginas de los periódicos en enero de 1959. Al terminar la revolución, pasó a ocupar cargos importantes en la Cancillería, dependiendo de él todos los nombramientos diplomáticos; él mismo sería más tarde embajador en Portugal. El asesino de Trotski, Ramón Mercader, dejó Moscú, donde se había establecido tras su liberación en 1960, en los años setenta para trabajar como asesor de Fidel Castro en Cuba, donde murió en 1978 [92].

De lo dicho hasta ahora se deduce que otra de las diferencias que separaban a los comunistas del resto de los exiliados era la táctica empleada: frente a las vías diplomáticas y a los pactos políticos, no dudaron en emplear la violencia. No es que la guerrilla o las huelgas fueran patrimonio exclusivo del PC: parece que a la invasión del valle de Arán, por ejemplo, no es ajena la intención del gobierno republicano de conseguir un territorio en que fundar su legitimidad y establecer una base de operaciones. Tampoco conviene olvidar que ese mismo gobierno llegó a defender en foros internacionales la intervención armada de fuerzas extranjeras para eliminar el régimen franquista. Pero otra cosa es que mantuviera esta línea de forma prolongada y como única posible. Sin embargo, para los comunistas, como para buena parte de los anarquistas, la lucha guerrillera (más que la intervención exterior) fue, con las huelgas, el único

[92] Según las revelaciones de Sudoplatov, su cuerpo fue trasladado clandestinamente a Moscú, donde está enterrado bajo el nombre supuesto de Ramón Ivanovich López.

procedimiento posible para acabar con Franco durante mucho tiempo, hasta que los cambios en el partido propiciaron la apertura al diálogo, sobre todo con las fuerzas de oposición del interior, según se ha visto. Manifestación extrema de esa violencia son los dos atentados contra Trotski (el segundo de los cuales le costaría la vida), que obedecieron, como es sabido, a la orden expresa de Stalin. No trataremos aquí de la actividad guerrillera de los comunistas, por tener lugar en un escenario diverso del que constituye el objeto de nuestro estudio. Baste recordar que aquélla se inició en la Francia ocupada tras producirse el ataque alemán a la Unión Soviética (y la ruptura, por tanto, del pacto germano-soviético, que tenía sumido en la pasividad y el aislamiento al PCE). En noviembre de 1942 apareció un manifiesto que, al tiempo que anunciaba la creación de la Unión Nacional Española, invitaba a los militantes refugiados españoles a tomar las armas contra el enemigo común. Poco más tarde aparecía la Agrupación de Guerrilleros Españoles en la que se integraron, por supuesto, militantes de otros países. Los guerrilleros que se movilizaron para ocupar el valle de Arán desde los departamentos franceses fronterizos contaban, pues, con una experiencia militar adquirida durante la Guerra Civil y el maquis en Francia. Los aproximadamente 3.000 hombres que durante nueve días volvieron con las armas en la mano al suelo español se vieron obligados a la retirada ante la previsible superioridad del Ejército y de la Guardia Civil, que realizaron numerosas detenciones. Un factor no indiferente del fracaso de la invasión fue la excesiva confianza de sus organizadores en la cooperación de la población local, que, en contra de lo previsto, no se alzó en armas contra las fuerzas del orden. Se frustraba así la operación militar más importante emprendida por el exilio, puesto que, aunque seguiría habiendo maquis en España durante muchos años, su acción se fue diluyendo en una especie de bandolerismo con tintes de resistencia, pero sin cohesión política ni estratégica. Por lo demás, quedan por establecer con precisión la responsabilidad y objetivos últimos de la operación pirenaica, que algunos atribuyen a la iniciativa del mismo gobierno republicano (deseoso de conseguir una base territorial) y otros a los grupos guerrilleros instalados en Francia, sin que falten quienes afirman que se planificó en el interior de España, con la colaboración de algunos jefes

de la Unión Nacional y de la Agrupación de Guerrilleros [93]. Dada su magnitud y sus objetivos (en cualquier caso ambiciosos), la incursión en el valle de Arán bien podría considerarse una operación militar, más que una acción guerrillera propiamente dicha. En cualquier caso, está fuera de toda duda la relación del PC con al menos una parte de las acciones guerrilleras en la España de los años 40 y 50, e incluso con otras operaciones tan sonadas como el atentado contra Carrero Blanco.

Por su papel en la guerra y sus tácticas, entre otras cosas, los comunistas se crearon, como se ha visto, un gueto político particular: más allá de los objetivos genéricos de todo exiliado (la desaparición del régimen de Franco y la instauración de un régimen de libertades políticas), lo cierto es que, por su naturaleza misma, según se ha indicado, el PCE dependió de Moscú incluso materialmente (al instalarse allí o en sus satélites los máximos dirigentes del partido). Esto y su maximalismo les alejaron aún más del resto del exilio y ello tuvo su primera manifestación en la creación de organismos de unión al margen de los establecidos por otros grupos políticos. Si el SERE permanece separado, cuando no enfrentado, a la JARE, la Junta Suprema de Unidad Nacional constituirá un desafío para la Junta Española de Liberación. Ni que decir tiene que las declaraciones oficiales no ofrecían sino promesas de unidad y reconciliación, pero (y valga esto para los unos y los otros) ¿qué garantía podían ofrecer las promesas de quienes atajaban automáticamente cualquier disensión con el ostracismo y la exclusión, cuando no con el asesinato? Enemigos de una República que, en opinión de sus adversarios políticos, habían contribuido a dinamitar, los comunistas se situaron desde el primer momento al margen de cualquier restauración de las instituciones republicanas. Justo es decir que este rechazo era recí-

[93] La primera interpretación es la sostenida por J. Rubio y la última corresponde a A. Fernández, que ve en la intentona un significado ante todo político, pues según su opinión se trataba de penetrar en el interior y establecer un contacto entre los diversos grupos de militantes y entre éstos y los estados mayores, al tiempo que se daba un aldabonazo a la conciencia de los aliados para proseguir el esfuerzo bélico derrotando al aliado de Hitler en España. Detrás de todo estaría el PCE y un antiguo diputado comunista en el interior, del que por lo demás calla el nombre (*op. cit.*, p. 135). Sobre este tema, véase la obra de Daniel Arasa: *Años 40: los maquis y el PCE*, Barcelona, Arcos Vergara, 1984. Idéntica división de opiniones se aprecia en las cifras de la frustrada operación pirenaica, en la que participarían entre 3.000, 4.000 y 5.000 hombres.

proco y que no lo mitigó la inclusión en el gobierno Giral de Santiago Carrillo como ministro sin cartera a principios de 1946, destinada a garantizarse el apoyo de la Unión Soviética de cara al inminente planteamiento de la cuestión española en la ONU. Tras la crisis que sucedió a la resolución de la ONU (motivada en parte por la división de opiniones respecto a la colaboración con los monárquicos), el nuevo gobierno del socialista Llopis aspiraba a ofrecer una imagen de amplia coalición, por lo que incluyó también entre sus filas a un comunista, Vicente Uribe, como ministro de Economía, que acabaría siendo el detonante de una nueva crisis, al rechazar las conversaciones con los monárquicos (a pesar de haberlos invitado su partido a formar parte de la Unión Nacional). Con el gobierno de Álvaro de Albornoz de agosto de 1947 termina la participación comunista en el aparato institucional republicano, ahondándose las distancias cuando Albornoz apueste definitivamente por occidente ante el creciente enfriamiento entre los bloques. Esta actitud merecerá hacia 1950 la dimisión de los representantes republicanos filocomunistas, amén de los encendidos ataques de Dolores Ibarruri. Recordemos que ese mismo año fue el de la prohibición del PC en Francia (y su consiguiente emigración al este), y que hacia 1947 y 1948 los comunistas habían sido marginados de los gobiernos francés, belga e italiano y, significativamente, de los autónomos vasco y catalán en el exilio.

No puede dejar de llamar la atención el contraste entre el rechazo generalizado hacia los comunistas y la aparente apertura de éstos a la colaboración política, al menos en un principio. Apertura que, en 1942 y 1943, cuando crearon la Unión Nacional, alcanzaba a los católicos (se dice que en la persona de Gil Robles), a los monárquicos e incluso a los carlistas. Tal generosidad y buena disposición sólo se explican teniendo en cuenta que el PCE tenía intención de capitalizar la iniciativa; en efecto, cuando otros organismos e incluso el mismo gobierno del exilio intentaron un acercamiento a esos sectores, los comunistas se negaron a ello en redondo. En su fallido intento de ganar apoyos la Unión Nacional coincidió con Prieto y otros políticos en su antilegitimismo: el rechazo de la Constitución de 1931 debía atraer, en teoría, a los grupos antirrepublicanos. De forma paradójica, por esas fechas el PCE no admitía más alternativa al régimen de Franco que una fórmula republicana. El año 1943 fue,

como se ha visto, el de la creación de la JEL frente a la Unión Nacional. Conviene no olvidar que en el seno de la JEL se fue afirmando la idea de la inutilidad de una restauración republicana y la conveniencia de la celebración de un plebiscito como forma ideal de efectuar la transición política, mientras que, por aquel entonces, el PC reiteraba su defensa de la lucha armada, como la táctica que se debía seguir, y su rechazo de una consulta que presuponía pilotada desde el Régimen y sometida al control de las potencias extranjeras (alusión a la intervención como garantes de las repúblicas americanas, abogada por Prieto). La postura comunista cambió radicalmente a finales de 1945, ante un cúmulo de circunstancias internas y, sobre todo, externas al mismo exilio. En primer lugar, el neonato gobierno republicano afrontaba su primera gran crisis a costa precisamente de la alternativa plebiscitaria y de la ausencia de los comunistas de un gabinete que las grandes potencias, se sospechaba, considerarían poco representativo. Ya se ha mencionado, en efecto, que la incorporación de Carrillo tuvo como objeto compensar esta deficiencia. En segundo lugar, las mismas temerarias declaraciones de Giral (determinadas, en parte, por su voluntad de no aparecer como excesivamente conciliador y ofrecer una imagen fuerte) se volvieron en su contra, provocando la alarma de esas mismas potencias, que por lo demás estaban al tanto del desarrollo en las relaciones entre Franco y don Juan. Parece que la amenaza de un inminente entendimiento entre ambos había llevado a Moscú a aconsejar un cambio de actitud en lo referente al plebiscito, visto que la postura de los americanos era abiertamente favorable a esta solución [94]. En opinión de Prieto, los comunistas querían presentarse, al cambiar de actitud, como los promotores del plebiscito, para no perder terreno frente a los otros grupos políticos. Tanto Prieto como Largo Caballero (que mantuvo una entrevista con Líster y Álvarez el 3 de diciembre) consideraban decisiva su propia intervención en el viraje de los comunistas. De esta postura oficial del PCE se desmarcaron, en México, los negrinistas, que, junto a los republicanos y algunos anarquistas, seguían siendo legitimistas a ultranza. Cierto es que en la toma de posiciones de cada cual debió tener no poco que ver la situación alcanzada dentro del exilio: es lógico que quienes quedaban margina-

[94] Aróstegui: *op. cit.*, p. 126.

dos del gobierno se subieran a un carro alternativo y que, viceversa, los, en principio, asalariados del mismo tuvieran el máximo interés en su conservación.

El PCE tuvo que enfrentarse, por lo demás, en los principios de la guerra fría y en los años cruciales del bloqueo de las Naciones Unidas a Franco, a una paradoja más de las muchas que pueblan la historia del exilio. Si no se puede excluir, como se ha visto, que la Unión Soviética estuviera detrás del cambio de dirección respecto a la política plebiscitaria, en el mismo año 46 será sólo uno de sus satélites, Polonia, el que plantee la batalla contra Franco en las Naciones Unidas. Justo antes de la asamblea de las Naciones Unidas en octubre de 1946, Molotov se entrevistó con Giral, flamante presidente del gobierno republicano, y le avisó de antemano que tenía la causa perdida. Lo cierto es que Giral tuvo que pedirle que levantara el veto que impedía que el caso español pasara del Consejo de Seguridad a la Asamblea General y que, sin venir a cuento, en el curso de la conversación, Molotov le asegurase que no existían acuerdos comerciales secretos entre la Unión Soviética y Franco [95]. Los comunistas, en resumidas cuentas, tenían que conciliar los consejos de Stalin con su escepticismo sobre las posibilidades reales de éxito de la política aconsejada, por una parte, y, por otra, el agudísimo contraste entre sus declaraciones generales de principio y los hechos concretos. Sin embargo, el hecho de que formalmente la URSS no llevara la iniciativa en la gran maniobra del 46 contra el *Caudillo* ni de que nunca estableciera relaciones diplomáticas con el gobierno republicano no debe hacer olvidar que se hallaba detrás de todas las iniciativas emprendidas por sus satélites. Si obró a través de éstos fue para «salvar la cara» en un primer momento. Por otra parte, el hecho mismo de que la Unión Soviética advirtiera de antemano a Giral del fracaso de la causa republicana (antes incluso de que se decidiera una medida aparentemente tan exitosa como la retirada de embajadores de España, da no poco que pensar sobre la verdadera significación del bloqueo, que aparece, en el fondo, como una medida encaminada casi más a contener a los exiliados republicanos que a causar la caída efectiva de un Régimen que, en el fondo, convenía a unos o era mirado ya con resignación por otros. Por supues-

[95] F. Giral: *op. cit.*, pp. 212-213.

to que, a pesar de las íntimas convicciones de Molotov sobre el futuro de la causa republicana, el planteamiento de la cuestión española puso de manifiesto el comienzo de la guerra fría, que contribuyó a su vez al aislamiento definitivo del comunismo dentro del exilio. A su desplazamiento al este correspondió una política orientada no tanto en la acción exterior como en la interior: la huelga general y la infiltración iban a ser las nuevas armas del comunismo.

Los años cuarenta fueron para el PCE de una rigurosa ortodoxia estalinista [96]. A pesar del apoyo teórico de Modesto y Líster y de que esta opción nunca sería descartada totalmente por el PCE, la acción guerrillera fue decayendo, sobre todo a partir de 1948. Fue esa misma decadencia, unida a otros motivos de tipo estratégico, lo que movió a Stalin a consejar al PCE la acción en el campo sindical. Poco tuvieron que ver los comunistas, sin embargo, con la huelga del primero de mayo en el País Vasco, en 1947, o con la de los transportes públicos en Barcelona, en 1951, si bien es en estas fechas cuando comienzan a plantearse seriamente la acción en el mundo obrero y estudiantil. Prueba de ello fue su infiltración en los movimientos que participaron en las protestas universitarias de 1956. A pesar de ser Stalin quien aconsejó en un principio el cambio estratégico, su desarrollo estuvo estrechamente ligado a la desaparición de su persona, produciéndose precisamente ese año el relevo de la cúpula dirigente del PCE, las primeras declaraciones en favor de la unidad nacional y potenciándose la convocatoria de huelgas como forma de protesta. Ello no significa que la movilización obrera culminara con el éxito ni que Líster y Modesto no continuaran al frente de su organización guerrillera. En efecto, en 1975 seguía sin descartarse, en las escuelas de formación de Rumanía, el uso de la violencia. Violencia que sería la característica predominante de algunos grupúsculos escindidos del partido (tal es el caso del FRAP, del Grupo Revolucionario Antifascista Primero de Octubre), sobre todo a raíz de la invasión de Checoslovaquia y de la paulatina evolución del PCE hacia posturas europeístas, desde un rechazo

[96] Sobre la dependencia de la política del PC de las directrices de Stalin, así como sobre la organización de la guerrilla, véase la obra ya indicada de Heine, pp. 229, 189-236 y 420-471. De Víctor Alba es también *El Partido Comunista en España,* Barcelona, Planeta, 1979. Testigo e informador del Komintern durante la Guerra Civil fue el italiano Palmiro Togliatti, que recogió sus observaciones en *Escritos sobre la guerra de España,* Barcelona, Crítica, 1980.

oficial por parte de Carrillo a finales de los cincuenta. No fueron ajenos a este cambio, sin duda, las consideraciones de tipo práctico ni el deseo de romper el aislamiento en que se hallaba sumido el comunismo desde la Guerra Civil. Pero, si es un hecho que en las postrimerías del régimen de Franco los comunistas habían conseguido infiltrarse en el sindicalismo oficial, no lo es menos que sus relaciones con los demás partidos de la oposición seguían padeciendo los mismos vicios arrastrados durante la guerra y el exilio. Prueba de ello es la doble iniciativa, por parte del PC y del PSOE, de agrupar en un órgano unitario a los grupos de oposición. En el fondo, se repetía de nuevo la historia del SERE y la JARE, de la JSUN y de la JEL: los apoyos obtenidos a finales de 1974 por la Junta Democrática de inspiración comunista procedieron, en parte, de la ausencia de los adversarios políticos más odiados. Viceversa, el PSOE respondió a la Junta con la creación de la llamada Plataforma de Convergencia Democrática (en la que la principal convergencia se producía con los democratacristianos). La Plataforma llegó a aglutinar a los grupos escindidos a la izquierda del PC. La historia de las relaciones entre ambos organismos y de la llamada Platajunta pertenece ya al estudio de la transición, que se realizó «a pesar de» la oposición o, al menos, según llevamos viendo, de sus divisiones.

Los anarquistas

La ruptura de la continuidad o la desaparición de ciertas formas de vida no son sólo objeto de estudio de los científicos. Uno de los mayores misterios en las cosas humanas es la sustitución de unas formas de agregación por otras o el desvanecimiento de realidades de una gran vigencia social en un momento dado, sin ninguna causa aparente. A cualquiera que conozca mínimamente la historia española más reciente no dejará de sorprenderle, por ejemplo, la práctica desaparición del movimiento libertario, sin duda alguna el de mayor importancia desde el siglo XIX, y su sustitución, en el terreno político y sobre todo sindical, por grupos mucho más minoritarios, al menos en principio. ¿Por qué la Confederación Nacional del Trabajo o la FAI fueron desplazadas (ya en los años sesenta) por las Comisiones Obreras, si el sindicalismo comunista nunca tuvo la menor

relevancia? ¿Por qué deja de ser afín al mítico individualismo hispano el anarquismo? Son cuestiones como éstas las que ponen a prueba la validez de los mitos y la paciencia del historiador, que a veces no encuentra causas suficientes que expliquen el fenómeno. Por otra parte, éste sirve a su vez como termómetro o indicador. En efecto, nada mejor que un cambio de estas características en la sociedad y la política española para despertar las conciencias voluntaria o involuntariamente adormiladas. El caso del anarquismo debiera haber bastado para hacer bajar de las nubes a los republicanos exiliados más recalcitrantes, que exigían, todavía en 1975 y 1976, una restauración en los mismos términos de proporcionalidad que en las Cortes de 1936. Independientemente del papel jugado en la transición (que muchas veces, según vamos viendo, fue menor de lo proclamado), el movimiento libertario compartió con los demás del exilio republicano las principales características, de forma que no cabe achacar a la sola emigración, a la división interna, a la diversidad de líneas políticas en su seno, a las tácicas ni al aislamiento de los demás grupos su práctica extinción. Algo tuvo que ver, sin embargo, el aislamiento progresivo de su cúpula de la realidad española, lacra por lo demás común a todo el exilio y que no dejó de ser denunciada por la oposición del interior y reconocida por los exiliados más conscientes de su verdadera situación respecto a un país que, al otro lado del mar, seguía su vida independientemente de ellos. Digamos que a los anarquistas les pasó, en el fondo, lo mismo que a los republicanos legitimistas: el encastillamiento en sus posiciones ideológicas les condujo, primero, a un aislamiento de los otros grupos del exilio, luego, a considerarse los únicos verdaderos representantes de una España, a la que, por tanto, no había necesidad de consultar y, por último, al enajenamiento más absoluto y al rechazo de cualquier contacto con el interior. Por leyes biológicas, esta falta de interés por fecundar el suelo patrio o las nuevas generaciones se resolvió fatalmente, en ambos casos, con la extinción.

Todo lo dicho no significa, de ninguna manera, que esta actitud fuera compartida por todos los anarquistas. Ya se ha hecho alusión a la división que les afectó. Es significativo, sin embargo, que en este caso la discusión tuviera por objeto la cooperación con las demás fuerzas políticas o sindicales y la misma participación en la vida política. Igual que los comunistas, los anarquistas optaron, muchas ve-

ces, por el gueto, pero por motivos muy diferentes: no obedecían, claro está, a los dictados de Stalin, pero, considerando las consecuencias de su alianza con otros sectores en el Frente Popular, sobre todo durante la guerra (con el desplazamiento sufrido a cargo de los comunistas), era lógico que muchos de ellos se refugiaran en lo que, al fin y al cabo, les había llevado a militar en las filas del anarquismo: el utopismo y el idealismo más absolutos. Los problemas políticos, si no nuevos, se reavivaron pasados los primeros tiempos de exilio y guerra en Europa [97]. En el Movimiento Libertario (nombre que asumió la agrupación de la CNT, FAI y Juventudes Libertarias a partir de 1937) se reanudó la tensión entre los partidarios de colaborar con los demás grupos políticos (de ahí la denominación de colaboracionistas) y los ortodoxos, enemigos de cualquier claudicación ante los antiguos rivales y partidarios, por tanto, del aislamiento. Como sucediera con el aparato de los partidos socialista y comunista, también se produjo una escisión entre el Consejo del Movimiento Libertario establecido en París después de la liberación y una gran parte de los militantes, sobre todo entre los radicados en México, sin olvidar a los activos anarquistas del interior. Naturalmente, ambas divisiones estaban relacionadas y tenían nombre propio. Federica Montseny y su compañero Germinal Esgleas se situaban al frente del Consejo y de la postura ortodoxa, mientras que, entre los colaboracionistas, abundaban los anarquistas del interior y los de América, sin que esto suponga una norma. En efecto, a pesar del orgullo que Federica Montseny sentía por el grado de coordinación y eficacia alcanzado por sus correligionarios durante la guerra en Francia, la verdad es que a lo largo del franquismo su postura maximalista y su oposición a las iniciativas políticas más vitales del exilio la alejaron de buena parte de sus compañeros de éxodo y, sobre todo, de los anarquistas del interior que, especialmente en los años cuarenta, llevaron a cabo una serie de contactos realmente interesantes. Quizá haya que atribuir la decadencia del anarquismo hispano y la poca atención que se le ha prestado en comparación con otros grupos políticos del exilio precisamente a ese distancia-

[97] De esta época de militancia en la resistencia y de persecución nos ha dejado un recuerdo Federica Montseny en *Pasión y muerte de los españoles en Francia*, Toulouse, Editions Espoir, 1969.

miento creciente entre el aparato oficial de la Central y los grupos disidentes, que acaban creando organizaciones paralelas (todos hablaban en nombre de la CNT) o incluso convergiendo en otras agrupaciones políticas. Ello no quiere decir que, examinados de cerca, la apertura al diálogo y el posibilismo de estos anarquistas, tanto de los establecidos en América como de los del interior de España, no sean uno de los fenómenos más llamativos del exilio, tanto por su carácter excepcional (visto que la tónica dominante fue el enfrentamiento) como por las posibilidades que entrañaba y el programa político en que se concretó.

No sólo en Francia, sino en la España de los años cuarenta, el anarquismo dio todavía muestras de vitalidad, recomponiéndose la organización a pesar de la represión de que fue objeto por parte de la policía; el éxito organizativo se medía por el número de ejecutivas encarceladas: nueve a la altura de 1946 y trece en 1958 [98]. Otro tanto se puede decir de México, destino de muchos ácratas por la afinidad de los sindicatos adscritos a la AIT, e incluso de los Estados Unidos, donde las sociedades libertarias americanas prestaron ayuda económica y profesional a muchos anarquistas españoles, a los que consiguieron situar incluso en las Naciones Unidas [99]. La solidaridad mexicana tenía carácter oficial: el gobierno mexicano no sólo pagó los abogados a Federica Montseny (procesada con Largo Caballero) y a Germinal Esgleas, sino que, hasta la entrada en guerra de los Estados Unidos, estuvo contribuyendo a su manutención [100]. Los grupos anarquistas establecidos en el exilio lucían las mismas siglas (CNT), editaban publicaciones con idéntica cabecera y sufrían con mayor o menor paciencia su relación con el Consejo de París. En efecto, éste intentó mantener la llama libertaria usando métodos que poco diferían de los empleados por los comunistas y socialistas: en las agrupacions creadas en la emigración se llevaron a cabo purgas de los elementos que habían «colaborado» durante la Guerra Ci-

[98] Fidel Miró: *¿Y España cuándo? El fracaso político de una emigración,* México, Libro Mex Editores, 1959, p. 236.

[99] Tal es el caso de Ovidio Gondí y de otros periodistas y técnicos. A México emigraron anarquistas notables, como el ministro de Justicia Juan García Oliver, el presidente de la Junta de Gobernación Aurelio Fernández, el novelista Ángel Samblancat, Viñuales (ministro de Educación de Aragón), Ballano Bueno (ministro de Gobernación de Aragón) y el alcalde de Gerona, Durán. *Vid.* Sampelayo: *op. cit.,* p. 208.

[100] F. Montseny: *Mis primeros cuarenta años,* pp. 237-244.

vil [101]. Por supuesto, esta medida no bastó para superar la división política entre los «pieles rojas» del Consejo y los «colaboracionistas» o partidarios, simplemente, de la participación en la vida política. Por cierto que, fuera de la postura ortodoxa, tampoco existía unanimidad política. En México, no todos los anarquistas secundaron la política de unión de las fuerzas del exilio ni apoyaron con alborozo cualquier iniciativa en este sentido. Ejemplo patente de ello es el grupo liderado por el ex-ministro de Justicia Juan García Oliver, que en 1945 formaba, con los negrinistas y los republicanos legitimistas, el núcleo más recalcitrante al plebiscitarismo de Indalecio Prieto, si bien dentro de un republicanismo igualmente alejado de las directrices de París. Los límites entre ortodoxia y colaboracionismo, por tanto, no son a veces tan precisos y mucho menos desde un punto de vista geográfico.

Como era de esperar, el mayor recelo de los anarquistas (incluso de los mejor dispuestos a la cooperación) tuvo por objeto a los comunistas, a los que llamaban «chinos». Sin embargo, les aunó a ellos una ocasional y no unánime defensa de los medios de acción violentos, que tuvieron su manifestación más sonada en la capital mexicana. La acción directa (sostenida, por lo demás, por la cúpula oficial) se tradujo en una serie de operaciones protagonizadas en buena parte por figuras más asimilables a aventureros que a sindicalistas. Ya se ha mencionado como en los tiempos de la sociedad financiera creada por Prieto para seguir administrando los fondos del *Vita* se produjo un atraco que costó la vida a su gerente, el general Llano de la Encomienda. Un año más tarde, el aragonés Francisco Alcón planeó el atraco de la fábrica de cervezas Modelo, propiedad de un antiguo miembro de la colonia española. El robo, en el que murió el cajero, volvió a suscitar, como es lógico, las iras de la opinión pública y los locales frecuentados por españoles sufrieron varias redadas. No parece que tuviera significado político, sin embargo, la muerte del cónsul español José Gallostra y Coello de Portugal, por lo demás bastante popular entre los exiliados, asesinado al salir de una cantina por su acompañante, el anarquista Fleitas Rouco, que goza-

[101] Alberto Fernández refiere el caso concreto de la central de Mauriac, que acusó a los expulsados de aceptar la ayuda monetaria ofrecida por sus correligionarios franceses de la CGT (*op. cit.*, pp. 133-134).

ba de mala reputación entre sus correligionarios [102]. Pero una cosa eran estas acciones y otra la táctica recomendada por las cabezas del movimiento. Cabezas, en plural, porque si en París se seguía propugnando una acción directa que no excluía el sabotaje, el trabajo defectuoso y la violencia cuando se considerara necesario, otros disidentes consideraban ya superados los tiempos de las bombas y el pistolerismo. Acción directa significaba, ahora, el trato directo entre patronos y trabajadores para resolver sus diferencias, recurriendo en un extremo al arbitraje de organismos específicos y, en los casos límites, a la huelga [103].

Estas precisiones tenían un blanco bien preciso: la UGT, con la que una parte de los anarquistas colaboracionistas pretendían llegar a un acuerdo. Entramos aquí en el tema de las relaciones entre el movimiento libertario y otros grupos políticos, que se establecieron sobre todo a pesar del Consejo de París. Todo parecía apuntar al aislamiento más absoluto cuando, en otoño de 1943, los anarquistas (con el PCE y el PNV, por motivos bien diversos) rechazaron suscribir en México el pacto para restaurar la II República, promovido por los partidos republicanos y los socialistas. Tampoco estuvieron presentes en la Junta Española de Liberación, que por lo demás pretendía «vender» a los aliados una solución republicana no frentepopulista. Sin embargo, todo parece indicar el papel decisivo de los anarquistas del interior en la Alianza Nacional de Fuerzas Democráticas, primer intento de aglutinar a la oposición, en el que no se alcanzó un acuerdo completo con el exilio. De forma significativa, uno de los dos anarquistas que entrarán en la ampliación del primer gobierno Giral, José Leyva, salió clandestinamente de España para incorporarse a su cargo de ministro de Agricultura. Horacio Martínez Prieto, al frente de Obras Públicas, será el otro cenetista de este primer gobierno radicado en México. Ninguno de los dos, por supuesto, actuaba de acuerdo con las directrices del Consejo de París: se trataba, en pocas palabras, de colaboracionistas. La incorporación de los comunistas fue posterior y obedeció, como se ha dicho, a la inminente discusión de la cuestión española en las Naciones Unidas.

[102] Sampelayo: *op. cit.*, pp. 210-214.

[103] Miró: *op. cit.*, pp. 236-237. El autor había expuesto ya sus ideas en un artículo de 1956, titulado «Revisión de tácticas en la CNT». Con estas aclaraciones pretendía salir al paso a Indalecio Prieto, que había manifestado sus recelos sobre el significado de esa acción.

Mientras tanto, Prieto promovía su idea plebiscitaria y llevaba a cabo conversaciones con los monárquicos. Prueba de que estas propuestas no cayeron en saco roto por lo que respecta a los anarquistas es el hecho mismo de que, a principios de 1947, la ANFD emprendiera conversaciones con los monárquicos, antes del Pacto de San Juan de Luz, y que el mismo Giral, cuyo gobierno atravesaba una crisis tras la resolución de la ONU, tendiera hacia ella un puente con el fin de establecer contactos con la oposición interior. Sin èmbargo, los anarquistas que formaban parte de este gobierno se acabaron retirando, con los socialistas, descontentos de los escasos apoyos logrados por el presidente del gabinete. Este hecho apunta ya a una de las características de la corriente anarquista más flexible, a saber, la búsqueda de un entendimiento lo más amplio posible entre las fuerzas del exilio, sin dejar de lado (al contrario) a la oposición del interior, que consideraban, en definitiva, la más importante.

Aunque la CNT no volvió a formar pate de ningún gobierno republicano, ello no significó el fin de su actividad política. En México se buscó de modo especial un entendimiento con la UGT, que no siempre respondió a la iniciativa. Es justo reconocer que, si bien los anarquistas no dejaron de expresarse en términos excluyentes sobre su colaboración con los comunistas, el tono predominante en sus escritos y manifiestos (nos referimos, naturalmente, al sector heterodoxo) estuvo alejado del afán de preponderancia que caracterizó a otros partidos. La apertura hacía si cabe más doloroso el rechazo de que fueron objeto sus iniciativas, por parte incluso de la dirección del movimiento en Europa. En algunos casos se puede hablar de verdadera censura: cuando a medidados de 1958 Fidel Miró escribió un artículo sobre «Prieto y el entendimiento CNT-UGT», la revista anarquista *Siempre,* de México, no lo publicó. En Francia, tampoco lo hizo *España Libre,* por considerarlo inoportuno el Subcomité Nacional de la CNT de España [104]. La posibilidad de un acuerdo con las otras fuerzas sindicales fue tomando fuerza a medida que se debilitaba la posición del gobierno republicano, especialmente en los años cincuenta, precisamente cuando el régimen de Franco recibe el espaldarazo internacional y deja de tener sentido una restauración en los términos planteados al final de la Guerra Mundial.

[104] Ibíd., pp. 232-233.

En marzo de 1953 militantes de la CNT y de la UGT fundaron en México *Alianza,* que era la tribuna periodística de un movimiento unitario. En la declaración de principios se manifestaba la intención de colaborar en el plano ideológico, polarizando corrientes de opinión, propiciando el diálogo entre republicanos, cenetistas, socialistas y anarcosindicalistas con el fin de exponer los principios y propuestas que pudieran servir de aglutinante de un movimiento de liberación nacional. Se excluían las rivalidades y las divisiones políticas, y se hacía referencia de forma clara a los partidos y organizaciones sindicales del exilio y del interior de España. Los promotores de *Alianza* pretendían así canalizar el deseo de unidad existente en el exilio. Unidad que ya era un tópico y que las rivalidades políticas y lo taxativo de los programas seguían convirtiendo en tal. Por el contrario, el programa de *Alianza* se reducía a liberar a España y fundar una democracia política, sin hacer ninguna alusión a las dos cuestiones que constituían la manzana de la discordia del exilio, a saber, el papel de las instituciones republicanas en la emigración y el futuro régimen político que debía sustituir a Franco. A diferencia, también de otras organizaciones precedentes, *Alianza* hacía hincapié en el papel decisivo del pueblo español en la reconquista de las libertades: a los partidos y organizaciones del interior y del exterior sólo les correspondía orientar este «movimiento de carácter nacional» [105]. Coincidencias terminológicas aparte (se ve que en el lenguaje también hay modas), lo cierto es que la alusión a este movimiento no era demasiado frecuente en los medios oficiales del exilio. Pero ya en 1953, incluso los partidos republicanos (que eran los que componían el gobierno) reconocían el papel preponderante de los grupos del interior. A diferencia de *Alianza,* sin embargo, el manifiesto de la Junta de Acción Democrática Española (JADE), firmado en julio de aquel año por Izquierda Republicana, Unión Republicana, el Partido Federal y Esquerra Republicana de Cataluña, daba preferencia a los partidos anteriores a la Guerra Civil y partía de la legitimidad del gobierno republicano en el exilio (y de la II República) como última manifestación libre de la voluntad nacional [106].

Pocos años más tarde, para ser exactos en febrero de 1957, los mismos partidos signatarios de la JADE suscribían los llamados

[105] Ibíd., «Enunciado de propósitos de "Alianza"», pp. 205-209.
[106] Ibíd., «Declaración política de la JADE», pp. 210-211.

Acuerdos de París, que contaban con una base política mucho más amplia y suponían un abandono del legitimismo antes mencionado en favor de una solución plebiscitaria y de un gobierno de transición. De forma significativa, se declaraba la voluntad de ofrecer igualdad de oportunidades a los monárquicos, que, sin embargo, no firmaban el documento. Sí lo hacían Rodolfo Llopis por el PSOE, Maldonado por Izquierda Republicana, A. Ortega por Unión Republicana, Martí Feced por el Partido Republicano Federal, F. Xavier de Landáburu por el Partido Nacionalista Vasco, Goitia por Acción Nacionalista Vasca, J. Sauret por Esquerra Republicana de Cataluña, Pallach por el Moviment Socialista de Catalunya, Pascual Tomás por la UGT, Liarte por la CNT y Gregorio Ruiz Ercilla por Solidaridad de Trabajadores Vascos. Sin duda, aludiendo a la vaguedad de su contenido y a su falta de apoyo interior, el anarquista Fidel Miró consideró estos acuerdos como una etapa más del «oportunismo político» [107]. Un aspecto mucho más concreto tuvo la aproximación de los anarquistas a los nacionalistas, lógica si se piensa en el arraigo del movimiento libertario en Cataluña, por ejemplo, y en su concepción misma del Estado, tan ajena (por no decir contraria) a los modelos centralistas propugnados, entre otros, por el PCE. Carácter nacionalista y suprapartidista tuvo el Proyecto de Bases de Unidad Catalana, presentado en México, en abril de 1958, por la ponencia nombrada por el Instituto Catalán de Cultura, que había convocado una mesa redonda sobre «Cataluña en el Ruedo Ibérico». Por supuesto, las «Bases» debían servir de punto de partida para un entendimiento con los otros pueblos peninsulares (no ya con otros partidos) y la integración de una comunidad ibérica o hispánica respetuosa con las tradiciones, la historia y la cultura de cada uno de ellos. El nuevo Estado debía ser plurinacional y basarse en los principios de la democracia, la tolerancia y la superación de la Guerra Civil. La vocación definitivamente europeísta de este proyecto se manifiesta en su alusión a la Declaración de los Derechos del Hombre de la Convención Europea (1950) y la solidaridad con la Europa Occidental. Más allá de estas declaraciones de principios, sólo se preveía el establecimiento de un régimen provisional, administrado por catalanes en Cataluña (sin que quede claro si ese régimen era el

[107] Ibid., «Acuerdos de París», pp. 212-217.

nacional o el autonómico). Firmaban estas bases algunos de los nombrs más conocidos del exilio catalán en México [108].

El carácter marcadamente sindical del anarquismo hispano y su idea sobre el papel del movimiento obrero en el interior del Estado fue lo que llevó a algunos de sus sectores en el exilio, según se ha apuntado, a tender puentes hacia otras organizaciones sindicales y, en especial, hacia la UGT. Se trataba, en definitiva, no tanto de ratificar acuerdos como de constituir de forma permanente un bloque de izquierdas «democráticas» (frente a los comunistas, que no consideraban tales). Esta aspiración, por otra parte, no era monopolio de ciertos anarquistas: no faltaron los socialistas que sostuvieron, si bien con mayor tibieza, la conveniencia de un acuerdo. A principios de 1958 la Agrupación Socialista de México elaboró, con vistas a la celebración del próximo congreso en Toulouse, un documento sobre la situación y los problemas políticos de España, a cargo de José Bullejos. Sin embargo, Indalecio Prieto impuso su propio dictamen (lo que causó no poco revuelo en la Agrupación) y se reunió a puerta cerrada con los delegados del interior, excluyendo al presidente de la Ejecutiva Nacional. Esta postura fue criticada por los sectores socialistas más proclives a un entendimiento con los confederales. Entre éstos, naturalmente, Prieto no gozaba de muy buena prensa. Lo que puede que sucediera es que la compañía de la CNT podía ser cómoda para el PSOE en ciertos momentos, pero se convertía en un lastre a la hora, por ejemplo, de tratar con los monárquicos o con otras fuerzas de la oposición. Todo porque la CNT de Francia (los «pieles rojas») seguían haciendo apología de la acción directa y ni siquiera los ácratas moderados podían reprimir de vez en cuando incendiarios propósitos [109]. El PSOE, en resumidas cuentas, prefería tener las manos libres a la hora de actuar y en el fondo veía cualquier compromiso formal como un impedimento. Pero que rehusara llegar a ese compromiso formal o pusiera reparos a la fusión sindical

[108] Roc Boronat, Artur Costa, Antonio Dot, Francesc Durán Rosell, Manuel Galés, Fidel Miró, Ramón Peypoch y Antoni M. Sbert. Ibíd., «Proyecto de Bases de Unidad Catalana», pp. 218-221.

[109] Ejemplo de ello es el autor que venimos citando, que, a pesar de sus protestas de pacifismo, no deja de recomendar, en un momento dado, el sabotaje, la lucha de guerrillas e incluso la lucha abierta si fuera necesario, por no hablar del boicoteo internacional, solución descartada desde 1946. Ibíd., pp. 199-201.

(cosa en la que, por lo demás, existía desacuerdo tanto dentro de las filas socialistas como anarquistas) no quiere decir que no propugnara un entendimiento genérico. El objeto del mismo era, en definitiva, ofrecer un valladar efectivo a las fuerzas de derecha e impedir el avance de los comunistas en el campo sindical y su infiltración en la UGT. La fragmentación de las fuerzas de oposición anularía su eficacia (como la experiencia se estaba encargando, por lo demás, de demostrar). Ejemplo concreto de colaboración efectiva fue, en México, el periódico *Alianza,* ya mencionado. Pero los llamamientos a la unidad sindical se lanzaron también desde los otros periódicos anarquistas del país azteca, sin que tuvieran una respuesta equivalente por parte socialista [110]. Incluso en Francia, donde predominaba la actitud de la dirección de la CNT, se celebraron asambleas conjuntas, desautorizadas y prohibidas por la Ejecutiva de la UGT. Uno de los argumentos esgrimidos con mayor frecuencia por los socialistas contra la fusión era, precisamente, la escisión entre el Consejo de París y el resto de la CNT. Los colaboracionistas, por su parte, prescindían del Consejo: en su opinión, la CNT del interior de España, de la que se consideraban legítimos representantes, no estaba dividida y eso era lo importante.

Por debajo de los proyectos unitarios de la CNT no sólo había una estrategia de lucha contra el Régimen, sino un proyecto de Estado: lo mismo, en definitiva, que les llevó a buscar el entendimiento con los socialistas. Pero, para estos anarquistas radicados en buena parte en México, el sindicato, como base de la organización social, no era suficiente: había que contar con el movimiento cooperativista y con el municipio. Se trataba, por tanto, de un modelo más orgánico o funcional. Lo mismo que había llevado en los años treinta a muchos anarquistas a militar en las filas de Falange hizo, a guerra pasada, de forma no por lógica menos llamativa, que se produjeran acercamientos de los falangistas a la CNT. En efecto, los sectores más radicales de la Falange, irritados por el carácter acomodaticio del Movimiento Nacional y no menos por la Ley de Sucesión de 1946, llegaron a proponer, de forma más o menos vaga, la

[110] Sólo en 1958, Hernández Zancajo se refirió a la cuestión desde el socialista *Adelante,* periódico que, por lo demás, dejó bien claro que no se identificaba necesariamente con las opiniones vertidas en sus páginas. Ibíd., p. 235.

colaboración para establecer un verdadero Estado sindicalista [111]. De filas anarquistas partió un utópico proyecto no sólo de Estado, sino de convivencia nacional, que pone de manifiesto la tendencia hacia el modelo funcional y, por qué no decirlo, orgánico y rechaza de plano el parlamentarismo tradicional. Las páginas de *CNT* de México acogieron en 1957 los artículos de Salvador de Madariaga sobre un nuevo sistema de organización política y administrativa que se identifica en buena medida con el federalismo. Todo ello pertenece ya al ámbito de la teoría política y de los proyectos y utopías del exilio. Del anarquismo propiamente dicho a la utopía de la «Tercera España» no había ya, a finales de los cincuenta, ni un paso. En el terreno de las realidades, sin embargo, el anarcosindicalismo hispano caminaba hacia su disolución [112].

Los nacionalistas

A pesar de la participación de los partidos nacionalistas en algunas de las grandes iniciativas políticas del exilio, lo que les diferenció del resto de las agrupaciones fue su tendencia a desbordar el marco institucional de 1931 y a proseguir de forma autónoma el desarrollo de sus propias instituciones, al tiempo que llevaban a cabo una política cultural propia, destinada a mantener la identidad en los países de emigración, pero también a convertirse en cuña o depósito de reserva de la correspondiente comunidad peninsular y, en cierto modo, en arma política. En general, puede decirse que el «síndrome de la división» afectó a los partidos nacionalistas más que en su propio seno, en su relación con el resto del exilio. La cuestión nacionalista en sí fue objeto de continuo debate, ya desde la misma República. El análisis de las causas de la derrota no excluyó el problema. Igual que para muchos republicanos uno de los de-

[111] Por parte de la CNT, Juan López fue el más dispuesto a esta colaboración. Prueba de que los sectores mejor informados del exilio conocían los avatares de Falange en el interior de España fue la alusión a ella como fuerza de oposición, si bien de carácter totalitario, en algunos de los proyectos de unidad antifranquista barajados a finales de los años 40 y en los 50.

[112] A pesar de ello, un año antes de la muerte de Franco seguía publicando opúsculos como *El movimiento anarquista español (FAI) en el exilio. A las federaciones, grupos, publicaciones de todos los países y de todas las tendencias del anarquismo militante,* París, 1974.

sencadenantes de la Guerra Civil (y de la victoria de Franco) había sido la radicalización llevada a cabo por el frentepopulismo, no faltaron voces que llamaron a capítulo al separatismo de ciertas regiones y a la dinámica imparable de proceso de disgregación nacional desencadenada durante la contienda. Para otros, sería más bien la falta de solución al problema de los nacionalismos en la constitución del 31 uno de los factores de inestabilidad de la II República. Recordemos que, al empezar la guerra, sólo Cataluña contaba con un estatuto de autonomía, encontrándose el vasco en fase de aprobación. El conflicto hizo que el proceso constituyente continuara de forma autónoma, al margen del gobierno central. La misma organización (o desorganización) de la guerra contribuyó no poco a ello.

No faltan, entre las personalidades exiliadas, las voces contrarias al proceso de «balcanización» experimentado por España en la década de los treinta. El siempre polémico Jiménez de Asúa, del PSOE, seguía proclamando en México que la concesión de estatutos regionales había sido uno de los mayores errores de la Constitución de 1931. Para Niceto Alcalá Zamora y Castillo (hijo del presidente de la República), la aplicación desleal del estatuto por parte de algunos catalanistas exacerbados fue la causa principal de la Guerra Civil; por otra parte, el planteamiento mismo del estatuto suponía un agravio comparativo para otras regiones, en realidad marginadas a pesar del tan cacareado centralismo castellano. Otros, como Anselmo Carretero Zamora, analizan la personalidad de Castilla en el conjunto de los pueblos hispánicos. La deficiente solución al problema durante la II República se produjo, a su parecer, porque no se supo crear (o simplemente no existía) una conciencia nacional federalista y generosa, basada en el reconocimiento del pluralismo cultural hispánico. El «españolismo unitario» predominante sería, según el presidente del gobierno vasco, la causa principal de la timidez y lentitud con que se acometió el problema [113]. Por supuesto, los políticos nacionalistas suelen coincidir en su juicio negativo sobre esas reticencias, a pesar de lo cual consideran que la Generali-

[113] José Antonio de Aguirre y Lecube: *De Guernica a Nueva York pasando por Berlín,* Bilbao, Ekin, 1984, pp. 323-324. El presidente vasco cita como ejemplo de intransigencia la acogida que tuvo el tratamiento de las relaciones diplomáticas con el Vaticano en el estatuto autonómico, que preveía su continuación en el País Vasco en el caso de ruptura por parte del gobierno central.

tat catalana o el gobierno vasco no serían sino las manifestaciones (aunque incompletas) de un derecho y una personalidad histórica que sólo la República había vuelto a reconocer como tales [114]. Ejemplo del enfrentamiento de los nacionalistas con otros sectores del exilio es la polémcia entre el ex-ministro de Educación vasco Amezaga y Salvador de Madariaga [115]. No está de más recordar que por estas fechas esa personalidad, a pesar de todas las protestas en favor de un federalismo unitario, sólo se reconocía a catalanes (excluyendo a los aragoneses), vascos y gallegos, siendo englobados los otros pueblos ibéricos bajo la denominación de *españoles* [116]. Por lo demás, las acusaciones de cantonalismo procedentes de *españoles* (o *españolistas*) no se refieren tan sólo al período de la República y la Guerra Civil. A principios de 1946, Largo Caballero e Indalecio Prieto coincidían en señalar que la actitud de los nacionalistas vascos entorpecía la unidad de las fuerzas de oposición [117]. En cualquier caso, como se vio en el epígrafe correspondiente, catalanes y vascos formaron un contingente importante del exilio, por encontrarse en zonas donde se produjeron evacuaciones masivas. Nótese, de paso, que nos estamos refiriendo a las tres comunidades que protagonizaron el fenómeno nacionalista hasta la guerra y, sobre todo, a las que llegaron a tener de forma constitucional (o paraoficial, si bien durante el conflicto el fenómeno se produjo con autonomía) órganos propios de gobierno.

Aparte del papel jugado por los partidos e instituciones nacionalistas en el estado de fragmentación del exilio, hay que tener en cuenta que ellos mismos no escaparon al destino de división común a casi todos los que salieron de España. En este caso, el motivo era

[114] *Vid.* A. de León Portilla: *op. cit.*, pp. 44-45, 163, 171 y 404-406. Puede ejemplificar la última de las opiniones vertidas Antonio M. Sbert, de Esquerra Republicana, diputado y miembro de la Comisión Mixta del Estatuto de Cataluña y, durante la guerra, consejero de Gobernación, Sanidad y Asistencia Social de la Generalitat.

[115] La disputa tuvo su origen en el artículo de Salvador de Madariaga: «De Bolívar a Zaldívar», publicado en *El Universal* de Caracas. Amezaga respondió en las mismas páginas con «Madariaga, Bolívar y los vascos», en que rebatía la idea expuesta por el primero de que los vascos fueran los principales sostenedores del régimen de Franco, así como el concepto peyorativo que de este pueblo tenía el famoso escritor. *Vid.* M. Amezaga Clark: *op. cit.*, pp. 230-232.

[116] La clasificación es usada con insistencia por Aguirre y por los políticos nacionalistas en general. Véase, por ejemplo, Aguirre: *op. cit.*, pp. 324-325.

[117] Aróstegui: *op. cit.*, p. 133.

no tanto el enfrentamiento personal como la adhesión a la legalidad establecida o bien la asunción de posturas maximalistas en el terreno autonómico, que desbordaban todo marco institucional. En los campos de concentración de Francia y en América, los catalanes tuvieron presente la nueva relación de fuerzas políticas y sociales que suponía la ruptura de la ligazón de las nacionalidades con el Estado unitario durante la guerra. Ello implicaba, para los sectores más radicales, la ruptura con la Constitución de 1931, así como el rechazo de las resucitadas instituciones republicanas e incluso la marginación de las iniciativas más importantes del exilio. En contrapartida, suponía la adopción de una política independiente, planteada en términos de lucha reivindicativa por un pueblo que quedaba oprimido en la patria de origen. La lucha contra Franco asumió, así, el carácter de lucha de liberación nacional contra un Estado invasor: no sólo se combatía por los valores democráticos o por la restauración del *statu quo* de 1936. Este *statu quo* ya no se aceptaba de ninguna forma, no era sino un punto de partida. Es en este punto donde se establece el contraste entre estos que llamaremos maximalistas y los legalistas, respetuosos con el orden republicano y dispuestos, por tanto, a la participación en el gobierno en el exilio y a cuantas iniciativas conjuntas se presentasen. No conviene olvidar, por otra parte, que esta división acerca del propio proceso de autonomía política se unía a la división en partidos, lógica en una comunidad que no podía ser y no era en ningún caso política e ideológicamente homogénea. Si las diferencias políticas se saldaron de forma sangrienta durante la guerra en Cataluña, la diversidad de pareceres continuaría en el éxodo. No por ser del mismo lugar, los emigrados pensaban igual. Predominó, eso sí, un sentido de solidaridad nacionalista por encima de la solidaridad republicana, que se concretó en iniciativas como el ya mencionado Proyecto de Bases de Unidad Catalana o incluso, en un plano más amplio, la resurrección en 1944 del pacto «Galeuzca» (denominación correspondiente a las iniciales de las tres nacionalidades autorreconocidas como tales). Pero, sobre todo en el caso catalán, esa solidaridad sólo se expresó tardíamente: antes, en efecto, no existió. El abismo que separaba a los legalistas, defensores de la continuidad de la Generalitat (como Tarradellas), de los maximalistas (encabezados, hasta su fusilamiento, por Companys y encarnados en su creación, el Consell Nacional de Catalunya) y de los co-

munistas llegó a producir el desdoblamiento de organizaciones de tipo social y cultural, tan importantes en la vida de la emigración catalana. Así, mientras los legalistas de México se integran en Amics de Catalunya, creada por iniciativa de la III Internacional en aquel país, por oposición a la Comunitat Catalana, seguidora de la línea de Companys, los comunistas crearon a principios de los años 40 el Centre Català, que pretendía ser una réplica del famoso Orfeó [118].

La actividad política dependió también, en buena medida, del grado de desarrollo institucional alcanzado por las autonomías duran te la República y la guerra. Es por ello mucho más fácil hablar de la Generalitat o del gobierno vasco en el exilio que de un mucho más inorgánico (en el sentido intitucional) nacionalismo gallego. En general, cabe apreciar una mayor participación catalana en las iniciativas políticas del exilio. Los nacionalistas vascos adoptan una postura más separatista, no sólo en el sentido que se suele dar al término, sino también en cuanto actúan separadamente. Así, no se adhieren al pacto para restaurar la República (suscrito en México en 1943); normalmente, y con el paréntesis que supuso la victoria aliada y la renovación de las esperanzas republicanas, los vascos (pero también los catalanes) esperan beneficiarse, de forma pasiva, de los eventuales éxitos de la política de los otros grupos del exilio evitando comprometerse.

En marzo de 1945, antes de la constitución del gobierno Giral, se llega en Bayona a un acuerdo unitario entre las organizaciones políticas y sindicales vascas, en el que se ratifica el Estatuto del 36 para obtener así el apoyo de grupos no nacionalistas, comunistas y no comunistas (precisamente en un momento de enfrentamiento entre ambos). En realidad, nunca pierden de vista la ampliación (como mínimo) del estatuto, mero punto de partida. Entre los catalanes sigue la política de marginación de desafectos (en este caso, los comunistas del PSUC) común a todo el exilio.

La mayor apertura catalana a la colaboración se nota en la primera gran iniciativa de agrupación de fuerzas republicanas, la JEL, de la que están ausentes, con los comunistas y anarquistas, los nacionalistas vascos que, significativamente, contaban ya desde 1937-38

[118] *Vid.* Josep M. Huertas Clavería: «Aspectes culturals de l'exili català a Mèxic», en *L'exili espanyol a Mèxic. L'aportació catalana,* Madrid, Ministerio de Cultura; Barcelona, Ajuntament de Barcelona, 1984, pp. 21-30.

con sus propias organizaciones de ayuda a los refugiados y que, por tanto, desde un punto de vista meramente material, eran también independientes y se situaban al margen de las disputas entre el SERE y la JARE. Pero, a pesar de que Antonio M. Sbert acudió, con los otros miembros de la JEL, a la Conferencia de San Francisco, en calidad de vocal titular por los partidos regionalistas catalanes, no faltaron, por parte de sus paisanos más radicales, las protestas contra la Junta [119]. En el año clave de 1945, la situación internacional favorable hace salir a los vascos de su automarginación y su mismo presidente intentará mediar en el conflicto que separa a Prieto y el hasta entonces presidente del último gabinete republicano, Negrín. Manuel de Irujo, del PNV, será el ministro de Industria y Comercio en el nuevo gobierno de Giral, siendo mayor sin embargo la representación catalana (Josep Tarradellas, de Esquerra Republicana, será ministro sin cartera; Miguel Santaló, del mismo partido, de Instrucción Pública; Nicolau d'Olwer, de Acción Catalana, futuro embajador de la República Española en México, ministro sin cartera).

La presentación del caso español en la ONU dio lugar a una ampliación del gobierno. Fue entonces cuando entró Alfonso Rodríguez Castelao por el Consejo Nacional de Galicia en Buenos Aires. Irujo y Santaló siguieron en el breve gobierno Llopis de febrero de 1946, pero desaparecieron (y con ellos, la representación nacionalista) poco más tarde del gobierno Albornoz de agosto de 1947. La falta de resultados positivos de la política de las instituciones republicanas, unida a las aspiraciones nacionalistas, hacen que estos grupos se limiten a ofrecer su apoyo moral, lo que en la práctica equivalía a beneficiarse de los eventuales (y a estas alturas, dudosos) logros del gobierno «central», sin arriesgarse a comprometer su imagen embarcándose en operaciones políticas más o menos atrevidas o entrando en alianzas poco gratas para los que estimaban ser sus principales valedores, los gobiernos democráticos occidentales y las naciones americanas. Esta actitud no es otra que la anterior a 1944-45, si bien se mira. De nada sirvió que en 1948 Albornoz intentara inte-

[119] El 10 de diciembre de 1943 varios diputados catalanes habían firmado en México un manifiesto contra la JEL. El 19 de enero de 1944, la Unión de Catalanes Independentistas en México publicaron un manifiesto en que condenaban la participación de representantes de los partidos españoles en el «nuevo intento imperialista panespañol» que representaba para ellos la JEL. *Vid.* ibíd., pp. 48 y 55.

grar de nuevo a los catalanes y vascos en el gobierno. Serra y Moret, que entrarán en 1949, actuarán a título personal, no como representantes de ningún partido ni a instancias de la Generalitat. Por lo demás, esto se ajustaba a la nueva orientación del gobierno republicano en el exilio, que seguirá también Gordón Ordás, de eliminar la representación por partidos en favor de la elección de figuras de reconocido prestigio internacional y sin una clara adscripción política.

Los grupos nacionalistas volvieron a sumarse al resto del exilio en el Pacto de París, en 1957: el Partido Nacionalista Vasco, la Acción Nacionalista Vasca, Esquerra Republicana de Cataluña, el Movimiento Socialista de Cataluña y Solidaridad de Trabajadores Vascos se unieron así al PSOE, Izquierda Republicana, Partido Republicano Federal, UGT y CNT. La ausencia de los comunistas, aparte de ser habitual en este tipo de pactos unitarios, según vamos viendo, tiene un significado especial en este caso. En efecto, buena parte del nacionalismo catalán y sobre todo del vasco (véase si no la trayectoria del *lendakari* Aguirre) derivó hacia la democracia cristiana. Esta evolución, por otra parte previsible en el caso vasco (que, no se olvide, sirvió de aldabonazo durante la misma guerra a la conciencia católica internacional), se concretó en París el 1 de enero de 1958 en el «llamamiento a la unión de todos los demócratas cristianos españoles». Recuérdese también que ya había comenzado en el interior de España la efervescencia estudiantil y una importante oposición interna de signo católico. El llamamiento fue el antecedente inmediato del Pacto Vasco-Catalán, firmado poco después. La conexión de los democratacristianos del interior es también evidente en la Unión de Fuerzas Democráticas de 1960, en la que participaron los partidos y movimientos sindicales nacionalistas mencionados (con la excepción del Movimiento Socialista de Cataluña) junto a la Izquierda Demócrata Cristiana, el PSOE, la UGT y Acción Republicana. Común a todos estos grupos era, a estas alturas, una actitud posibilista acerca del futuro régimen que debía implantarse tras la desaparición de Franco, que dejan al arbitrio de la voluntad nacional, sin hacer de ello, como los legitimistas (republicanos y monárquicos), una cuestión de honor [120].

[120] Sobre la evolución de los catalanistas, véase la obra de D. Díaz i Esculies: *L'oposició catalanista al franquisme: el republicanisme liberal i la nova oposició (1939-1960)*, Barcelona, 1996.

Aun en los momentos en que estos grupos se sumaron a los grandes proyectos políticos del exilio, conservaron su propia iniciativa, sobre todo en el ámbito internacional. Enviaron sus representantes a la Asamblea General de las Naciones Unidas y mantuvieron sus delegaciones en los diferentes países donde hubo exiliados. Así, la Comunidad Catalana de México envió una Carta a la Asamblea de la ONU, en octubre de 1946, y el Orfeó Català de México dirigió a Eisenhower una petición para que interviniera en favor de la libertad con motivo de su viaje a España en 1959 [121]. Estas peticiones y manifiestos son una constante en la vida del exilio y se multiplican, como es lógico, en los momentos en que la atención internacional se centra sobre España. Aparte de la Conferencia de San Francisco y la Asamblea General de 1945 y 1946, que propició también la intervención ante otras instancias, como la Asamblea de Colaboración Interamericana (a la que se pedía la ruptura de relaciones con Franco), la entrada paulatina de España en los diversos organismos internacionales ofreció nuevas ocasiones de protesta. El Consell Nacional Català denunció ante la Conferencia Internacional de Trabajo de Ginebra, en 1955, la presencia de delegados del Régimen. También se dirigió en septiembre de 1957 al Consejo Económico de las Naciones Unidas para que exigiera a Franco el cumplimiento de los acuerdos sobre libertad sindical y terminara con la represión, aplicando la Carta Universal de los Derechos Humanos [122]. Famosa es también la actitud del violonchelista Pablo Casals, candidato en su momento a la presidencia de la Generalitat, en razón de su prestigio internacional, que en los momentos inmediatos a la victoria de Franco llevó a cabo una particular huelga contra él. El mismo tipo de actividades y de organización fue mantenido por el gobierno vasco. El ya mencionado Jesús de Galíndez, por ejemplo, antes de su desaparición, desempeñaba el cargo de delegado en Nueva York, lo cual, unido a su trabajo como profesor, le llevó a mantener contacto con miembros de las Naciones Unidas y con políticos norteamericanos. Fue con el gobierno republicano español a la reunión del Consejo de Seguridad de Lake Success. En otoño de 1948 acompañó a Irujo y Aguirre a la Asamblea de la ONU en París, a la que asistió como

[121] *L'exili espanyol a Mèxic*, p. 48.
[122] Ibíd., p. 53.

observador. En aquella ocasión desarrolló una importante labor de relaciones públicas, sobre todo con las misiones diplomáticas latinoamericanas acreditadas ante la ONU. En aquellas mismas fechas acudió a Niza con Irujo (a la sazón secretario de las Cortes republicanas en el exilio), interviniendo en las sesiones del Comité Político de la Unión Interparlamentaria. Su opinión de que era necesaria una intensificación de relaciones con el mundo político y sindical norteamericano se concretó en su seguimiento de la política americana y su pertenencia al Comité Norteamericano pro Democracia y Libertad. Del mismo modo, llegó a ser director de la Liga Internacional de los Derechos del Hombre [123].

Capítulo aparte merecerían las actividades culturales de los nacionalistas en el exilio, basadas parcialmente en los centros regionales preexistentes, a los que se intentó atraer con diversa fortuna a la causa nacionalista. Cuando ello no fue posible, se produjo el habitual desdoblamiento, incluso la multiplicación, pues en ocasiones, como se ha dicho ya, la tensión subía de tono (como en el caso catalán) merced a las diferencias políticas de los exiliados. No son infrecuentes, por otra parte, no tanto las actividades conjuntas, como las invitaciones y homenajes. Aguirre fue invitado por el Orfeón Catalán de México, donde se celebró una cena en su honor. Otro ejemplo es la velada necrológica en honor de Castelao, organizada por la Comunidad Catalana de México, el Partido Nacionalista Vasco y el Partido Galleguista en la capital azteca, en abril de 1950. También los vascos celebraron en Montevideo una exposición de dibujos de Castelao con motivo de su muerte.

No sería justo calificar toda la obra cultural realizada por los catalanes, vascos y gallegos con el denominador a veces estrecho de nacionalista ni subrayar de forma exclusiva su significación política, como por lo demás se ha hecho también con los demás exiliados. La obra de un Pedro Bosch Gimpera, por poner sólo un ejemplo, rebasa los límites de un nacionalismo mal entendido para ocuparse de la totalidad de la Historia de España. En algunos casos, como en el del ya mencionado Galíndez, el hecho mismo del exilio sirvió, según confesión propia, para «lanzar» a estos hombres a una dimensión europea o americana, según el caso, y, por tanto, universal, sin detri-

[123] A. Elósegui: *op. cit.*, pp. 65-80.

mento de su propia identidad, que siguieron cultivando por encima de todas las cosas. En el alma de muchos de estos refugiados se unió la utopía republicana a la nacionalista: añoraban una tierra más idealizada si cabe que el resto de sus compañeros de exilio, una patria con una organización política que sólo habían conocido en embrión, pero que se presentaba ante sus ojos más real que la realidad misma, y una mítica organización social de la que no podían conservar más recuerdo que el histórico. Consecuencia inmediata de todo ello era, en no pocos casos, no sólo el habitual rechazo y desconexión de la situación peninsular, sino la radicalización y la interpretación de la Guerra Civil en nuevos términos. Los exiliados vascos, catalanes o gallegos ya no eran un grupo de disidentes políticos o de personas que optaron por prolongar lo que en un primer momento fue una evacuación, sino que se presentaban como pueblos enteros deportados tras la agresión imperialista de Franco y su consiguiente ocupación del suelo patrio. En estos términos de agresión e invasión, que tan recientes tenían tantos países europeos, fue como plantearon su causa ante el resto del mundo, aparte de recurrir a la consabida violación de la legalidad democrática vigente (con la que por lo demás, dadas sus aspiraciones y planteamientos, sólo se mostraban parcialmente de acuerdo). Era lógico también que, aparte de la integración efectiva en los países de adopción, el cultivo, por no decir el intento de recreación de la patria de origen, además de su valor para mantener una tradición cultural digna de todo respeto, contribuyera a fomentar esa imagen utópica y, de rechazo, a aumentar el desapego y el desengaño de la realidad. No deja de ser significativo, a este respecto, que muchos de los vascos exiliados aprendieran el euskera en el exilio y que los centros vascos organizaran cursos de esta lengua. En este caso, más que el catalán, cabe hablar, por tanto, de un verdadero proceso de recreación de la tradición cultural (y, por qué no decirlo, a través de numerosos estudios jurídicos e históricos, también política).

El espejismo se produjo por igual (mejor sería decir que continuó desarrollándose) a los dos lados del Atlántico y, a finales de los cincuenta, empezó a concretarse en el interior de España en un movimiento que tristemente dura hasta nuestros días, cuando parece haber sonado desde hace tiempo la hora final de tantos rencores y malas inteligencias. Sin embargo, la situación actual está dando un verdadero auge a los estudios sobre los nacionalismos

en el exilio y, sobre todo, a la salida a la luz de testimonios, biografías y documentos presentados a veces con excesiva precipitación y carencia de espíritu y aparato crítico, debidas sin duda a la atención reivindicativa de sus editores, que suelen contar con abundancia de medios y con múltiples apoyos oficiales. Quizá sea precisamente esa urgencia lo que distinga a estas publicaciones y manifestaciones de las que se refieren al exilio en general. Otra diferencia importante es la relativa a la suerte de los políticos nacionalistas exiliados. En efecto, se puede observar en el proceso autonómico español una cierta voluntad de continuidad con las instituciones autonómicas en el exilio y, sobre todo, de los partidos, que no se produce en el caso de las instituciones republicanas ni de la mayoría de sus agrupaciones políticas. Hay para ello una razón obvia: el legitimismo republicano siempre se mostró contrario a la restauración monárquica e intentar la continuidad de una legalidad republicana (por lo demás, desvaída después de varias décadas) en una Monarquía es como intentar la cuadratura del círculo. Pero es que además, según se ha dicho, los nacionalistas se desmarcaron casi siempre, por prudencia o interés, del gobierno republicano y se mostraron bastante flexibles en cuanto al futuro régimen político de España. Relevos generacionales y estragos del tiempo aparte, ello permitió (unido, sin duda, al carácter europeísta e incluso democristiano de algunos de estos grupos políticos) una cierta continuidad, siquiera simbólica, al frente de la Generalitat catalana en la persona de Tarradellas. En el caso vasco, la violencia y la oposición inicial a la Constitución en virtud de sus pretensiones anexionistas sobre Navarra hizo las cosas más difíciles, hasta que el PNV moderó su actitud, provocando una escisión en el seno del partido. La persistencia de un fundamentalismo nacionalista, sin embargo, muestra la dificultad del problema, que no se logró obviar con un trato relativamente favorable en el proceso de desarrollo autonómico.

Lo dicho sobre el exilio en general vale también para el exilio vasco, catalán y gallego, por lo que se refiere a activismo político, integración y aspectos comunes con el exilio puramente económico. De hecho, en los años cuarenta y cincuenta se sigue produciendo un goteo a América desde la Península, goteo a veces de significado político pero también (y a veces exclusivamente) de carácter económico. Ello quiere decir que, en algunos casos, se mezclaron los moti-

vos políticos (depuración tras la guerra, disidencia hacia el Régimen) a los tradicionales del emigrante de principios de siglo [124]. Contrasta vivamente la opinión de estos emigrados a veces maduros, de mentalidad mixta (entre exiliado y emigrante clásico) con la de los refugiados de mayor *status* político e incluso cultural, como Vicente Amezaga, cuyas dificultades para integrarse y sobrevivir, a pesar de todas sus quejas, fueron mucho menores. El ambiente de una misma ciudad, Montevideo, podía parecer hostil o por el contrario acogedor y lleno de libertad y reconocimiento según se fuera un emigrante de a pie o un profesor de cierto prestigio, ello es claro. Tampoco deja de ser curioso el contrste entre la actitud respectiva hacia la antigua colonia española, «más franquista» que Franco, insolidariamente instalada en su bienestar para el gallego y acogedora, al menos la vasca, hacia los recién llegados, que incluso hacen buenas migas con los carlistas. Todo esto no es sino la cara y cruz de exilio y de la misma variedad de situaciones humanas.

Los proyectos políticos del exilio

Al observar la actividad política del exilio salta a la vista una paradoja que ya hemos tenido ocasión de notar. Parece darse una contradicción permanente entre teoría y práctica, de manera que los grupos y entidades con realidad objetiva terminan cayendo en el utopismo (caso del gobierno republicano en el exilio), mientras que los que reniegan de la vigencia de esas realidades y asumen actitudes aparentemente más idealistas (buscando, por ejemplo, el compromiso con los monárquicos) coincidirán, al fin, con la evolución efectiva de la realidad española. La diversidad de objetivos y estrategias políticas, según vamos viendo, da lugar a varios proyectos que en buena medida se sobreponen cronológicamente. Su evolución depende también (a veces de forma fundamental) de las circunstancias internacionales, por lo que no pocos autores que se han ocupado del tema señalan diversas fases que vienen a coincidir, más o me-

[124] Caso típico sería el del gallego Xerardo Díaz Fernández (*Desde la diáspora,* La Coruña, Ediciós do Castro, 1991, pp. 216), que vio cortados sus horizontes profesionales por su condición de militante en Esquerda Republicana y cuyas expectativas de libertad y trabajo en Montevideo se vieron defraudadas.

nos, con la desmoralización y desengaño tras la derrota y la expectativa ante la II Guerra Mundial y los primeros intentos de organización, las esperanzas suscitadas por la victoria aliada y el esfuerzo por presentar un sólido aparato institucional que sirviese de respaldo a la ofensiva de la inmediata posguerra mundial y un progresivo entibiamiento en la década sucesiva, paralelo al reconocimiento internacional del régimen de Franco, que se resuelve, en el mejor de los casos, con un acercamiento a la oposición interior (a la que algunos sectores del exilio continuarán ajenos, a pesar de todo).

América no se limitó a ser mero escenario de la acción. Lo fue, naturalmente, sobre todo mientras duró la Guerra Mundial, porque fue el lugar de destino de una buena parte de la emigración, y fundamentalmente de su componente político más representativo. Pero también (caso típico es el de México), porque sus gobiernos se mostraron solidarios con la causa republicana y porque facilitaron, de hecho, un fenómeno que no contaba con más precedentes, en Europa, que los de la recién pasada guerra: la hospitalidad con gobiernos exiliados procedentes de países invadidos por el enemigo era una novedad del siglo XX. Ahora bien, estos casos eran distintos del español: España no era un país enemigo al que se hubiera declarado la guerra ni había sido objeto de una invasión y su gobierno actual era reconocido por una buena parte de la comunidad internacional; por si fuera poco, la constitución de la mayoría de los países americanos vetaba a los extranjeros la actividad política. Si ésta fue posible se debió, por tanto, a una voluntad explícita basada en un imperativo moral y también, por qué no decirlo, a una afortunada identificación del régimen español con las potencias del Eje, que amenazaban la libertad tan amada por el continente americano. ¿Se hubiera dado tal identificación y, por tanto, tal apoyo a la causa republicana de no haberse producido la II Guerra Mundial? ¿No se habría considerado entonces el caso español como un asunto meramente interno? Sin pretender dar una respuesta a preguntas por lo demás hipotéticas, no cabe duda de que los mismos exiliados plantearon en esos términos su causa, conocedores del terreno que pisaban. Otra cosa es que, a toro pasado, terminara por imponerse el pragmatismo anglosajón. Sea como fuere, es indudable el peso de ambas Américas (la hispana primero, la del norte después) en el éxito o fracaso de los planteamientos políticos del exilio republicano. Éxito o fracaso por

lo demás relativos y que no deben condicionar el planteamiento de los estudios sobre el tema. Hacerlo —para demostrar o justificar una cosa u otra— sería retroceder a los tiempos de examen de conciencia del exilio y de apologética favorable o contraria al mismo.

La acción política se la plantean los exiliados nada más salir de España y pisar suelo extranjero. La proximidad de la derrota no supone para muchos de ellos (sí para otros o por lo menos para los emigrados «de a pie») el desaliento. Paulino Massip, en sus famosas *Cartas a un español emigrado* instaba a sus compatriotas a conducirse como dignos representantes de la República: el trabajo cotidiano y el comportamiento eran ya de por sí una forma de hacer política, de poner en práctica y propagar unos valores en una sociedad que iba a estar pendiente de ellos. Pero esta acción política así concebida, derivada de la misma condición de refugiado político, no sólo tendría repercusión en el país de destino sino, lo que era más importante, en la misma España, en la que sólo había quedado el cuerpo inanimado de la nación. El alma verdadera era precisamente la de los refugiados, que tenían la responsabilidad de mantenerla viva y contribuir, con su ejemplo, al desgaste moral del Régimen [125]. Ante el dilema entre un regreso violento o pacífico, en junio de 1939, Massip optaba por lo segundo, dejando bien sentada la necesidad de una profunda revisión de la política republicana y desestimando, por tanto, la vía de una restauración sin más de la legalidad republicana. Ese dilema fundamental es el que da origen, en parte, a los diversos caminos emprendidos por el exilio. A la altura de 1942 eran ya evidentes algunos de ellos. La vía unitaria parecía ya, a ojos de los observadores más ecuánimes, condenada al fracaso por imposibilidad casi física, mientras iba tomando cuerpo el legitimismo republicano y la idea de una restauración de las instituciones del régimen instaurado en 1931, de cara en principio a la hipotética entrada de Franco en la guerra, sin que faltaran las opiniones más favorables a una solución provisional [126]. La neutralidad del *Caudillo* y la incertidumbre del resultado bélico (y, por qué no decirlo, las discusiones internas del mismo exilio) hicieron que se aplazase hasta la victoria

[125] P. Massip: «Carta cuarta. Acción política» y «Carta quinta. España a lo lejos», *op. cit.*, pp. 33-48.

[126] Véase la conferencia ya mencionda del republicano Carlos Esplá, pronunciada en México en esas fechas; *op. cit.*, pp. 19-33.

aliada la restauración. Ésta debía producirse en unos términos que no despertaran la alarma de las potencias vencedoras occidentales, intentando al mismo tiempo conseguir el apoyo de la otra gran vencedora, la Unión Soviética. Ecuación de difícil si no imposible resolución, habida cuenta además de que, en el fondo, Occidente había decidido su política hacia España desde mucho antes del final de la Guerra Mundial, por no decir de la civil. El año 1950, con la derogación de la resolución de 1946 (que había supuesto su máximo logro) marcó el punto de inflexión o confirmó (según los autores) la pérdida de resonancia del exilio en el orden internacional, patente en la progresiva aceptación del régimen de Franco en diversos organismos internacionales y finalmente, en 1955, en las Naciones Unidas. Para estas fechas se ha producido ya un desplazamiento del centro de gravedad del exilio de América (y, en concreto, México) a Europa. Tema de discusión es su influjo en la realidad española y el tipo de relaciones que estableció con la oposición del interior. Si, en un principio, el declinar de la estrella republicana en el mundo coincide con una pérdida de vitalidad y, por tanto, de conexión con la España que había quedado atrás, no faltan quienes ven en este repliegue la ocasión de un mayor conocimiento mutuo y, por tanto, a la larga, de una mayor repercusión, sobre todo desde el momento que se abandona toda idea de protagonismo en favor de la oposición del interior, sirviéndole de caja de resonancia [127].

Las Juntas

El nombre «junta» aparece ya en los albores del exilio referido a una de las oganizaciones de ayuda a los refugiados y será el asumido por sus más tempranas iniciativas de carácter político. En realidad, la palabra pertenecía a la tradición española: en situaciones de especial gravedad y peligro para la nación (en caso de guerra o invasión) se designaba o constituía con carácter extraordinario una junta cuya finalidad era resolver de forma lo más expeditiva posible la emer-

[127] La valoración positiva de esta última parte del exilio corresponde en buena medida a Juan Marichal. Véase «Las fases políticas del exilio (1939-1975)», en *El exilio español de 1939*, vol. II, pp. 229-236.

gencia. Es interesante hacer notar como la constitución de una junta está relacionada con la enajenación de la soberanía nacional (de la que los monarcas, en el Antiguo Régimen, eran depositarios). Así, la Junta Central de Madrid, que con las diversas juntas provinciales hace frente a la invasión napoleónica, se considera depositaria en ese momento de la soberanía, secuestrada en la persona del Rey. La misma noción de ausencia o secuestro yace en las otras juntas surgidas a lo largo del siglo XIX (por ejemplo, durante las guerras carlistas) y en el siglo XX. En la misma Guerra Civil de 1936 se constituyen estas juntas en uno y otro bando, ligadas siempre a la idea de defensa de un poder que se consideraba usurpado. Y la misma idea es, en el fondo, la que inspira a los exiliados que intentan, con la formación de estas organizaciones, expulsar del poder al «usurpador» Franco, que tenía a la nación sojuzgada. Otras características importantes de las juntas tradicionales, que heredan las de los republicanos españoles, son su carácter provisional y su organización interna. Formadas por pocas personas, se consideran el instrumento más flexible para tomar decisiones y actuar con rapidez. Esta ventaja podía tornarse (y se tornó en este caso) en inconveniente, pues cuando la voluntad unitaria de la junta está presidida por afanes hegemónicos, se corre el riesgo de excluir a los adversarios políticos y, por tanto, la representatividad queda en entredicho, al tiempo que la capacidad de decisión y actuación quedan seriamente mermadas. Una de las cosas que sin duda debían llamar más la atención de los observadores extranjeros debía ser el doblete (tirando por lo bajo) de las organizaciones de exiliados, máxime cuando todas ellas proclamaban, en apariencia, los mismos principios y perseguían los mismos fines.

Aunque no tuviera este nombre y fuera depositaria nominalmente de esa soberanía en ausencia de las Cortes, la Diputación Permanente de las mismas, con residencia en París, cumplió en los primeros meses de la posguerra una función similar. Mejor sería decir que sirvió a Negrín, según se ha visto, como apoyo en la administración de los fondos de la República y en el asunto de *Vita*. La situación de emergencia y la disolución de los órganos de poder parecían justificar, a ojos del último presidente del gobierno republicano, la adopción de procedimientos extraordinarios. Pero esas mismas circunstancias excepcionales (la dimisión del presidente de la Repúbli-

ca, la dispersión de sus órganos, la carencia de una base territorial y la misma consciencia de la derrota) fueron las que impulsaron a otros políticos republicanos (con Indalecio Prieto a la cabeza) a decretar la muerte legal de las instituciones republicanas y a poner en entredicho, por lo tanto, su representatividad y soberanía. No se olvide que ésta, en la Constitución del 31 y en todas las constituciones de sistemas parlamentarios, residía en el pueblo y por tanto en su inmediato representante, las Cortes. Al hallarse éstas dispersas, mermadas y, lo que es igual de importante, al haber expirado su mandato, no faltaban, según se apuntó más arriba, los motivos para poner en duda la legitimidad del poder invocado por Negrín y la Diputación. De ahí que, cuando la victoria aliada relance la idea de una restauración republicana, lo primero que se haga sea intentar reunir las Cortes. Del fracaso relativo de esta operación dependerá el crédito concedido en cada caso al gobierno republicano.

Pero mientras tanto, en 1939, con un presidente de gabinete en París y Londres y un Prieto en México, miles de refugiados emprendían el camino de América, mientras un número mayor todavía sufría en los campos de concentración de Francia y el norte de África, en espera de un agravamiento de la situación internacional con el principio de la guerra. Era la hora de los rencores y las venganzas, de las acusaciones mutuas y del despecho por la derrota. La guerra seguía fuera de España.

La Junta Central de Acción Republicana Española en México

Se ha mencionado ya el papel crucial que desempeñó la Diputación Permanente de las Cortes en la creación de los organismos de ayuda a los refugiados y, en concreto, de la JARE. Pues bien, el contacto entre ambas no se interrumpió con la distancia física. Al contrario, durante el año 1940, la JARE solicitó a una comisión de la Diputación en México (compuesta inicialmente de ocho miembros) la celebración de una serie de reuniones en las que se determinó, entre otras cosas, que el organismo siguiera adelante con la administración de los bienes del *Vita* [128]. En estos momentos em-

[128] La comisión se encargó también de los nombramientos. Es el caso de Carlos Esplá como secretario general de la JEL.

piezan a destacar en México algunos miembros de los partidos republicanos (quizá de segunda fila, en opinión de algunos) que no se habían quedado en Francia y que empiezan a trabajar con los socialistas en iniciativas como la JARE. Pronto haría su aparición la política.

En realidad, si atendemos a las incendiarias declaraciones de Negrín, los exiliados no habían sido asequibles al desaliento ni siquiera inmediatamente después de la derrota. Ya en agosto de 1939, Largo Caballero escribía a Hernández Zancajo sobre la propuesta que siete meses antes había hecho, con otros socialistas, de crear un grupo de hombres de todas las tendencias políticas, sin responsabilidad directa en la guerra, de autoridad, prestigio y solvencia moral reconocidos, para requerir al gobierno de Negrín a fin de que rindiera cuentas y para administrar los bienes morales y materiales del exilio y denunciar al mundo, si era preciso, lo que estaba pasando [129]. Claro está que bajo esta iniciativa había más espíritu de venganza que planes para el futuro. A pesar de ello, Largo recordaba a Zancajo que el 12 de marzo había recibido la visita del ex-presidente del Tribunal Supremo, que le pidió su firma para un documento dirigido a Diego Martínez Barrio. A éste, como último Presidente de las Cortes, debía corresponder la formación de un comité cuyos objetivos coincidían con los señalados por el anciano líder socialista. El proyecto resultó un fracaso, por negarse a firmar el documento la mayoría de las personas a quienes se solicitó. Otro tanto pasó con la propuesta de Wenceslao Carrillo, que pretendía que el mismo Largo se pusiera al frente de una junta o comité que mantuviera el contacto entre los refugiados. Largo Caballero rechazó la oferta, por parecerle que estaba destinada al fracaso y también, sin duda, por cautela: se encontraba en un país extranjero en guerra con Alemania (todavía no se había producido la ocupación) y cuyo gobierno mantenía relaciones con Franco [130]. Largo Caballero señalaba otro motivo evidente: la multiplicación de organismos de este tipo no haría sino aumentar la confusión. En efecto, este fue, según vamos viendo, uno de los mayores problemas del exilio.

[129] F. Largo Caballero: *¿Qué se puede hacer? Cartas a varios amigos donde se examinan las posibilidades de los españoles en la emigración,* París, s.i., 1940, p. 13. La carta mencionada lleva fecha de 23 de agosto de 1939.

[130] Carta a José Bullejos, 20 de noviembre de 1939. Ibíd., p. 22.

Con todo, las ofertas que giran en torno a Largo Caballero no se ocupan explícitamente de lo que en principio era el objetivo de toda junta que se preciase: la restauración de la soberanía. El 14 de abril de 1940 un grupo de personalidades republicanas residentes en México publican un manifiesto en que defienden la vigencia de la II República y la caída del Frente Popular. Claro está que ninguno de los componentes de este último firmaban tal proclamación. Se trataba de crear un movimiento de opinión para restaurar la República. Azaña, a quien Giral mandó el manifiesto, se negó a firmarlo por creer necesaria la participación socialista en el proyecto. Ya se habrá adivinado que éste no era otro que el de Acción Republicana Española, a la que se ha hecho referencia al tratar de los partidos republicanos. Aunque ARE intentó crear delegaciones en los distintos países, la única realmente importante fe la de México, encabezada por Álvaro Pascual Leone [131]. Aun así, a fines de 1941, había conseguido organizar una Junta Central con representantes en los diferentes países americanos. Es, en efecto, la primera vez que se advierte el peso político del exilio americano frente al europeo. La organización de la Junta y su misma composición recuerdan vagamente la de la JEL, que surgirá un par de años después por iniciativa, entre otros, de algunos de sus mismos miembros. Tal es el caso de Diego Martínez Barrio (secretario de Relaciones), Álvaro de Albornoz (secretario de Propaganda), Carlos Esplá (secretario del Interior) o Félix Gordón Ordás (vocal) [132]. De 1941 a 1944, ARE publicó en México *España con honra*, órgano difusor de sus proyectos políticos.

Cuando aún faltaban unos meses para el ataque alemán a Rusia y mucho antes, por tanto, de que se aclarase la posición de los comunistas y de que la guerra cambiara de rumbo, la Junta Central de ARE publica unos manifiestos que prefiguran en cierta manera lo que va a ser una constante en las declaraciones de este tipo: la reivindicación del régimen anterior a 1936 y la condena del de Franco,

[131] Sobre las vicisitudes de este período y la acción de ARE en México, véase su obra «Acción política y republicana», en *España en México 1939-1946*, México, Ediciones Maru, México, 1946.

[132] Los demás vocales de la Junta Central de Acción Republicana Española eran: José Asensio Torrado, Augusto Barcia, Cándido Bolívar, José Franchy Roca, Bernardo Giner de los Ríos, José Miaja Mennat, Ángel Ossorio Gallardo, Sebastián Pozas Perea, Mariano Ruiz Funes, Amós Salvador Carreras y Jesús Vázquez Gayoso. En J. Rubio: *op. cit.*, p. 501. Sobre ARE véanse las obras ya citadas de J. M. del Valle, F. Giral y P. Santidrián y J. Borrás.

unida a la sugerencia de medidas concretas contra el mismo. Todo lo cual no excluye el rechazo de los adversarios políticos. Así, el 26 de marzo se protestó contra el convenio hispano-italiano para la liquidación de las deudas de guerra (las presiones económicas serán una de las armas favoritas del antifranquismo) y el 14 de abril, aniversario de la proclamación de la República, se defendía la vigencia de la Constitución de 1931, rechazando la colaboración con aquellos grupos políticos que, como los comunistas, la consideraban superada. Ahora bien, el mantenimiento de una fachada legal no dejaba de presentar problemas, como habría ocasión de comprobar más adelante, cuando las circunstancias internacionales se mostraran aparentemente más favorables a la restauración de la República. En el mes de noviembre, la ARE de México proclamó la vigencia del presidente de la República y de las Cortes. Si la primera era dudosa (por haber rechazado en su día el mismo Martínez Barrio suceder a Azaña), no menos lo era la validez de unas Cortes al cabo de más de cuatro años desde su elección. La omisión del gobierno de Negrín en esta alusión a la pervivencia institucional de la República no deja de ser significativa. Esta cuestión será, en efecto, la manzana de la discordia entre las diferentes formas de concebir la legalidad y, si se quiere, la piedra de toque reveladora de la ideología de los grupos del exilio, ya que el apoyo a Negrín procedía, como es sabido, del sector procomunista. Pero la aversión de la ARE no se dirigía exclusivamente contra éstos. Bien pronto quedaron patentes las dificultades para unificar en uno solo los distintos partidos republicanos. La iniciativa chocó también con la oposición de quienes, como Gordón Ordás, eran reacios a actuar sin tener en cuenta la opinión de los republicanos del interior de España [133]. Aparte de esto, los enfrentamientos personales produjeron casi inmediatamente una proliferación de grupos, partidos y ateneos republicanos. Todos deseaban, en resumen, la caída de Franco y la restauración de la República, pero, frente a la habilidad de aquél para aglutinar en torno suyo las más dispares fuerzas sociales y políticas, la discordia y, por tanto, la incapacidad de actuar eran las características principales de los republicanos. Sólo cuando las circunstancias parecieron favorables, se estre-

[133] Véase al respecto la obra de Félix Gordón Ordás: *Mi política fuera de España*, 5 vols., México, Talleres Gráficas Victoria, 1965-72, vol. I, p. 523.

charon sus filas (por no decir las del exilio, ya que siempre quedaron excluidos, hasta un segundo momento, los partidos más radicales).

Por lo demás, la cuestión de la legalidad republicana era objeto de discusión por parte de los mismos miembros de ARE. En una polémica que anticipa lo que será más tarde la Junta de Liberación Española, Carlos Esplá (que, como se ha visto, era secretario general de la JARE y secretario del Interior de la Junta Central de ARE) recuperaba la idea del órgano intermedio que debía realizar la restauración de la Constitución de 1931. Alejado de las posturas maximalistas, Esplá rechazaba la continuidad institucional en sentido estricto, ya que no consideraba oportuna y ni siquiera legal la reinstauración en el poder y en los órganos representativos de las mismas personas que los habían ocupado hasta 1939. Faltaba, en su opinión, el fundamento de esa misma legalidad, la soberanía nacional. Por ello, habían actuado correctamente las figuras de la emigración que se habían negado a poner en funcionamiento estos órganos. Algo de esa reserva había, sin duda, en Francisco Largo Caballero, cuya actitud en 1939 ya se ha visto. Cuando Carlos Esplá pronuncia su conferencia en el Centro Republicano Español de México, el 16 de julio de 1942, hacía poco más de un año que había salido de España la División Azul. Todavía parecía probable que Franco pasara de la «no beligerancia» a la entrada en la guerra. Esplá (al contrario de los comunistas, como se verá) veía, en esta posible participación en el conflicto mundial, una ocasión para derrocar al Régimen, aunque todavía no se había producido el cambio de inflexión en favor de los aliados. La eventual derrota de Franco al lado del Eje o bien la invasión de España a consecuencia del conflicto crearían las condiciones necesarias, en opinión de Esplá, para dar el poder a los representantes legítimos de la llamada «España libre». La legitimidad de la representación procedería de la misma Constitución de 1931, sin que ello significase automáticamente la restauración de las instituciones republicanas, sino más bien la recuperación, para fines concretos, de las funciones determinadas por la Constitución.

Claro está que esas funciones no estaban definidas en la ley suprema, que, como es lógico, no preveía un supuesto como el de la Guerra Civil y el exilio. Se trataba más bien de intentar así legitimar una Junta Nacional (que bien podría ser la Central de ARE) que re-

presentara a España de cara al interior pero también ante las otras organizaciones nacionales. Por aquellas fechas, en efecto, había varias de estas representaciones de los países ocupados. Los hombres de ARE pensaban, sin embargo, en un ejemplo anterior, cuando en 1918 se constituyó el Consejo Nacional de Checoslovaquia, que había de ser el embrión y fundamento del gobierno de la futura República, y que fue reconocido como *trustee,* apoderado o fiduciario del pueblo checoslovaco. La Constitución de 1931 debía desempeñar, en su opinión, una función similar [134]. Esplá colocaba la Constitución como origen de una legitimidad, valga la paradoja, por encima de la misma «legalidad constituida» (es decir, los restos de organismos e instituciones del poder). No se oponía tanto a que personajes políticos concretos recuperaran temporalmente sus atribuciones, en el seno de una junta como la mencionada, como a que lo hicieran volviendo a la situación de 1939. En unos momentos en que Negrín volvía a usar su poder de convocatoria, propugnando la creación de un organismo de similares características, las reservas y vaguedades jurídicas de los republicanos sólo podían tener un objetivo. La referencia a la Constitución de 1931 no obedecía por tanto sólo a una profunda convicción republicana, sino también a un deseo de ganar el apoyo internacional: de ahí que se concibiera la ley suprema explícitamente como *trustee* o «garantía», en la certidumbre de que no sería invocada como tal en las iniciativas de sus adversarios políticos. La pugna con éstos, sin embargo, no la entablaría Acción Republicana Española ni su fallida Junta Central, aunque algunas de sus directrices (y buena parte de su capital humano) pasaran a la Junta Española de Liberación, encargada de reivindicar la causa republicana ante unos aliados ya victoriosos [135].

La Junta Suprema de Unión Nacional

Igual que los republicanos no estaban dispuestos al olvido ni a la reconciliación, ni con la España de Franco ni con los otros sectores

[134] Esplá: *op. cit.,* pp. 26-33.

[135] Por cierto que uno de los objetivos de la junta propuesta por Esplá era la aplicación de sanciones al régimen de Franco en los mismos términos que se aplicaran a Alemania e Italia, de acuerdo con las convenciones internacionales que ya se habían empezado a celebrar sobre el tema. Ibíd., pp. 32-33.

del exilio, tampoco lo estaban los causantes de la radicalización del Frente Popular. Se ha dicho más arriba que, en 1939, la guerra seguía fuera de España. Pocos se daban por vencidos y menos aún tenían el valor de hacer examen de conciencia. Así las cosas, los partidos y sindicatos de izquierda emprendían su reorganización en el exilio. El PCE, que había organizado sus células en los campos de concentración de Francia y el norte de África y que, contando con el apoyo directo de la Unión Soviética se podía considerar uno de los más poderosos, comenzó en seguida a lanzar anatemas contra el resto de los partidos republicanos y a proclamar la liquidacion de la República, al tiempo que sus miembros, de forma voluntaria y contra las instrucciones de Moscú, intervenían (con sus adversarios políticos) en la resistencia y la guerrilla, cuando se produjo la ocupación de Francia. En efecto, los vaivenes de la política exterior soviética provocaron asombrosos cambios en lo referente a estrategias y alianzas antifranquistas. El pacto de no agresión entre Hitler y Stalin no dejó de provocar estupor entre muchos militantes comunistas, que veían trnsformarse en enemigos a las potencias «imperialistas», Inglaterra y Francia. Por fortuna para ellos, la invasión de Rusia por Alemania en junio de 1941 disipó las incertidumbres, abriendo la vía de las verdaderas iniciativas políticas. Los aliados pasaban a ser defensores de la democracia y la libertad, y la restauración de la Constitución de 1931, último objetivo para los comunistas, que esperaban así ganarse la confianza de Londres, donde, a la sazón, se encontraba el doctor Negrín, último presidente del Consejo de Ministros y representante, por tanto, de esa legalidad meses antes denostada. Un mes después del ataque alemán, Negrín sienta en Londres las bases de una política de unión nacional, que es en definitiva la propugnada por los comunistas. Éstos habían comenzado a publicar clandestinamente en Francia el periódico *Reconquista de España,* que difundía esta política, destinada a derrocar a Franco e instaurar la República en España. En el mes de agosto, el Comité Central del PCE publicó un largo manifiesto detallando su nueva orientación política [136].

En 1942, se oganizaron comités de Unión Nacional en varios departamentos franceses. En el mes de septiembre, el Comité Central del

[136] Este manifiesto alcanzaría gran difusión en México, donde era importante el número de comunistas entre los emigrados.

PC efectuó una nueva pirueta, desechando de nuevo la idea de la restauración de la República de 1931 en favor de un gobierno de Unión Nacional. El llamamiento se produjo a través de Radio España Independiente, con sede en Moscú. De forma paralela, se había organizado en México la Unión Democrática Española y en Londres el Hogar Español, que suponían en cierto modo una alternativa a la iniciativa comunista, aunque tuvieron vida efímera [137]. Conviene tener presente que en México se hallaba Indalecio Prieto, haciendo piruetas, aquel mismo año, por seguir hurtando la JARE al control de las autoridades mexicanas y que Negrín se hallaba en Londres, recibiendo la pleitesía de los beneficiados por el SERE, ya escaso de fondos. El llamamiento de la Unión Nacional fue seguido, en el mes de noviembre, de la conocida como reunión de Grenoble (al parecer, celebrada realmente en Montauban). A ella sólo asistieron representantes de los comités departamentales de la Unión Nacional, a pesar de que el PC había invitado a otros grupos políticos. Esta es la fecha que suele darse como de creación de la Junta de Unión Nacional Española en Francia. La creación oficial del maquis (Agrupación de Guerrilleros Españoles) es posterior, si bien hubieran iniciado su acción tiempo antes.

De la Junta en Francia surgió la iniciativa de organizar el movimiento en España. Así, en septiembre de 1943, aparece (oficialmente, en el interior de España) la Junta Suprema de Unión Nacional, que pretendía aunar a todas las fuerzas antifranquistas. En efecto, *Reconquista de España* se hizo eco de la adhesión del político católico Gil Robles a la iniciativa, si bien hay razones para pensar que esta afirmación tenía más fines propagandísticos que fundamento, siendo en cualquier caso este apoyo de carácter ocasional [138]. También parece bastante hipotética la realidad efectiva de la Junta en España, cuyo fin era coordinar la lucha política y guerrillera contra el Régimen.

[137] La Unión Democrática se disolvió en enero de 1943. El Hogar Español se escindió.

[138] La participación de Gil Robles en Unión Nacional es cuestión todavía no aclarada y parece basarse exclusivamente en la referencia del citado periódico (*vid.* José Borrás: *Política de los exiliados españoles, 1944-1950,* París, Ruedo Ibérico, pp. 16-18). En cualquier caso, parece improbable que el líder cedista permaneciera mucho tiempo coaligado con los comunistas, máxime cuando por esas fechas se perfila otra gran iniciativa, de más amplia base política, liderada por quien sería uno de sus principales interlocutores, Indalecio Prieto. De todas formas, parece también que el rumor de su participación en UNE causó el retraimiento de los otros sectores del exilio.

Por lo menos, nunca estuvo muy clara su composición. Lo que parece cierto es el predominio absoluto de los comunistas, aunque se integraran en ella anarquistas y socialistas (y miembros de otras filiaciones) que sufrirían por ello la depuración de sus propios partidos. Y no es que la Unión Nacional se presentara cerrada a toda colaboración: parecía, al contrario, buscarla, empezando por el nombre y siguiendo por el programa, que propugnaba precisamente la *unión* de todos los sectores anifranquistas (incluidos católicos y monárquicos). Seguían excluyéndose de la Unión, sin embargo, a personajes como Prieto, Araquistáin, los miembros del Consejo Nacional de Defensa y, en resumidas cuentas, los más acérrimos anticomunistas. Otro punto del programa calculado para atraer a sectores tradicionalmente antirrepublicanos era la constitución de un gobierno de «salud pública», sin signo institucional determinado; se abandonaba así el legitimismo republicano en favor de un gobierno cuya misión debía ser crear las condiciones favorables para la celebración de elecciones democráticas y la formación de una Asamblea Constituyente. Naturalmente, esta cuestión suscitó la oposición de los defensores de la carta constitucional de 1931, sin que lograse atraer, por otra parte, a sus adversarios, que veían a los comunistas como los principales responsables de la Guerra Civil. Indudablemente, dejando a salvo las buenas intenciones de los creadores de la Unión, su cariz comunista no podía sino suscitar desconfianzas en los ánimos todavía resentidos por los enfrentamientos de la Guerra Civil y por las recientes disputas sobre cuestiones económicas y políticas.

Entre éstas, no había sido pequeña la relativa a la posición de la Unión Soviética durante la Guerra Mundial. En el programa de la JSUN estaba prevista la ruptura de relaciones de España con el Eje. Los esfuerzos propagandísticos en el interior iban dirigidos a impedir la entrada en la guerra al lado de Hitler. Pero el mismo Negrín reconocería, al terminar la contienda, lo erróneo de este planteamiento [139]. En efecto, la cuestión española se planteó en la Conferencia de San Francisco y ante las Naciones Unidas sobre la base de una alianza de Franco con Hitler. No cabe duda de que una entrada efectiva en la guerra hubiera acarreado ma-

[139] En *Documentos políticos para la Historia de la República Española,* México, Colección Málaga, 1945, vol. I, p. 38.

yores sanciones, mientras que la neutralidad y, al límite, la no beligerancia española fue una de las causas de que se frustraran las esperanzas de los exiliados. Pero al mismo tiempo que sostenía esta política en el interior, en la Europa ocupada, la Junta Suprema de Unión Nacional seguía respaldando la acción guerrillera. No cabe desligar del desembarco en Normandía la invasión del valle de Arán, sin duda la operación más importante contra Franco. La euforia producida por la retirada alemana hacía augurarse al movimiento guerrillero un éxito paralelo en España. En su propaganda, el periódico *Reconquista de España* lanzaba un llamamiento a continuar la lucha en suelo español unos diez días después de producirse la liberación del departamento del Ariège, desde donde iba a partir la expedición [140]. Lógicamente, los organizadores del movimiento no tuvieron en cuenta la posición de los aliados (que no iban a realizar un nuevo «desembarco») ni la situación de Franco en aquellos momentos. En efecto, el *Caudillo* estaba por aquel entonces intentando cambiar su imagen, aproximándose a los Estados Unidos y a Gran Bretaña. A pesar de la resistencia de estos dos países (personificada sobre todo en las figuras de Eden y Attlee) estaba claro que, en el fondo, como decía Churchill, era preferible una España con Franco a una España «roja». El mismo Samuel Hoare, embajador británico en Madrid, informaba de que la invasión del valle de Arán había proporcionado a Franco la oportunidad de presentarse como un verdadero campeón contra el comunismo, consolidando la unión en torno a su persona incluso de los sectores más inquietos del Régimen [141]. El efecto bumerán iba a repetirse al año siguiente, cuando se produjo el bloqueo de las Naciones Unidas. Justo es decir que algunos de sus miembros tomaron nota de la lección del año 1944 y, frente al apasionamiento de los exilados y sus defensores, supieron prever los efectos contradictorios del bloqueo en el interior de España.

La Junta Suprema, como se ha insinuado más arriba, efectuó una intensa labor de propaganda en América. No sólo eso, sino que contó

[140] En Alberto Fernández: *op. cit.*, pp. 136-138.

[141] Paul Preston: *Franco*, London, Harper Collins Publishers, 1993, pp. 517-521. De antes de la invasión data el famoso mensaje de Franco a Churchill, proponiendo una futura alianza antibolchevique entre dos de las naciones (la otra era Alemania) «fuertes y viriles». Tal vez fuera por ese previsible efecto propagandístico a favor de Franco por lo que los dirigentes comunistas con base en Moscú intentaron impedir la invasión. Ibíd., p. 518.

con el apoyo de diversas organizaciones de exiliados. Ese fue el caso, en Cuba, de la filocomunista Casa de la Cultura, cuyo IV Congreso propuso la creación de un Frente Nacional republicano y la constitución de un gobierno de amplia representación. En sus instalaciones funcionó, a partir de su creación en marzo de 1944, la Alianza de Intelectuales Antifranquistas, surgida como respuesta a la Junta Española de Liberación (JEL). En la lucha contra este organismo se destacó José Luis Galbe, llegado a este efecto desde Francia. Contraria a la celebración de un plebiscito bajo los auspicios de las repúblicas sudamericanas, la Alianza se mostraba propicia a la intervención extranjera en España (entenida como apoyo armado a la sublevación popular) [142]. Como es lógico, Cuba (de donde partió la iniciativa de la creación de la JEL) fue uno de los escenarios en que se desarrolló con mayor intensidad la pugna entre ambos organismos. Pugna en que se descendió (como por lo demás no era infrecuente) al terreno de la ofensa personal. Si Prieto había sido el objeto de las invectivas de Galbe (perteneciente al PCE) y sus partidarios en la isla, él se iba a desquitar, durante una conferencia pronunciada el 14 de abril de 1944 en el Centro Asturiano de La Habana, acusando a Galbe y a la Alianza de Intelectuales Antifranquistas de comunistas y de malversación de los fondos recaudados so pretexto de ayudar al pueblo español [143]. La tensión era patente entre el Círculo Republicano Español y la Casa de la Cultura, según se ha visto, y llegó a su punto culminante cuando, en octubre de 1944, la JEL en pleno se trasladó a la Habana para asistir a la toma de poder de Grau San Martín, cosa que provocó las iras de la JSUN, al tributarse a su oponente los honores de embajada extraordinaria de carácter oficial. Por esas fechas, eran ya más que evidentes tanto el apoyo a la JEL de la república caribeña (y de la mayoría de los países a continuación), como el progresivo aislamiento de los comunistas y de su intento de capitalizar la iniciativa contra Franco, que se concreta a finales de año, como se ha visto, en la fallida operación pirenaica.

[142] Naranjo: *op. cit.*, p. 171.

[143] Ibíd., pp. 176-177. También se distinguieron en sus ataques a Prieto Lucio Losa González (JSU), Manuel Hurtado (PCE), Jenaro Artiles (PSOE), Rito Esteban (PCE), Joaquín Abellán (Comité Peninsular de Juventudes Literarias) y Miguel Valdés (PSUC).

Es lógico que, antes de darse por vencida, la JSUN intentara reaccionar. Darse por vencida no es, por otra parte, sino una fórmula convencional referida a su desaparición. En efecto, ésta se debió (como todos los fenómenos que ocurrían en la esfera del comunismo), más a la adaptación que a la extinción propiamente dicha. Cuando aún no se habían reunido las Cortes ni se había formado el gobierno republicano en el exilio (aunque faltaran pocos meses) y antes de que, tras un breve paréntesis, este último reconsiderara la oportunidad de la presencia del PC en sus filas, la JSUN intentó, como decíamos, aproximarse a la JEL (que iba a llevar la voz cantante en los prolegómenos de la fundación de las Naciones Unidas). Así, el 2 de febrero de 1945, el secretario general en Francia de la JSUN dirigió un mensaje conciliatorio al comité francés de la JEL, proponiendo una reunión conjunta a la que serían invitados los otros partidos y sindicatos de la oposición. Como era habitual en estos casos (que en el exilio constituyeron una rutina), la invitación iba unida a velados reproches por la falta de unidad y el enfrentamiento existentes hasta el momento, al tiempo que se sostenía la necesidad de un acuerdo con los nacionalistas vascos y catalanes (que, por lo demás, no habían mostrado hasta entonces el menor interés por adherirse a la JSUN, a pesar de todas las manifestaciones favorables de esta última). La respuesta de la JEL estuvo en consonancia: no se admitirían como interlocutores a los tránsfugas de los diversos grupos que se habían integrado en la Unión Nacional. Ésta fue perdiendo fuerza, al tiempo que los comunistas se embarcaban en una nueva iniciativa nacida en el interior de España, la Alianza Nacional de Fuerzas Democráticas. Pero fue sólo en 1946 cuando quedó disuelta la JSUN. Ello se debe, según se ha insinuado, al cambio de estrategia política del exilio por esas fechas. En principio, los comunistas quedaron excluidos del flamante gobierno republicano, al que por lo demás, en un primer momento, se habían mostrado hostiles, sobre todo por lo que se refiere a la dimisión de Negrín, su principal valedor. Su «sacrificio» en aras de una política de atracción de los aliados no fue bien recibido por los comunistas, que veían en el gobierno del doctor canario el último residuo de legalidad republicana. Cuando se decidió aumentar el apoyo internacional a la causa del exilio (jugando la baza de la Unión Soviéti-

ca), los comunistas se prestaron con gusto a engrosar las filas gubernamentales.

La Junta Española de Liberación

De la misma manera que las cuentas del exilio se habían ajustado entre comunistas y no comunistas, entre partidarios y adversarios de Negrín, la acción política de este último y de sus principales valedores (que, justo es decirlo, no siempre coincidieron) provocó, casi a modo de reacción, una respuesta que, sin embargo, no se presentó como tal. En realidad, los diferentes grupos republicanos actuaban de forma paralela, pero independiente. Así como la iniciativa comunista tuvo por escenario fundamentalmente Europa (debido no sólo a la presencia de su cúpula directiva sino de su misma estrategia, dirigida al interior de España), la de los demás partidos republicanos tuvo un momento de esplendor americano. No es ajeno a ello la emigración al otro lado del Atlántico de algunas de las figuras más importantes de la República (otras quedaron en el continente arrasado por la guerra), pero tampoco las circunstancias internacionales ni los planteamientos políticos. Empezando por estos últimos, era indudable, a partir del asunto del *Vita*, en el verano del 39, un creciente desapego de la mayoría de las fuerzas republicanas del gobierno de Negrín, con las excepciones mencionadas. El desapego era incluso físico, en el sentido de que América estaba muy lejos de Londres. Además, cuando el cambio de inflexión de la guerra a favor de los aliados hizo resucitar las esperanzas republicanas, lo hizo en modo diverso. Para unos, según se ha visto, la caída de Franco pasaba por la sublevación interior con el apoyo militar exterior, solución en la línea de la liberación de los países ocupados. Para otros, no había que esperar junto a la frontera para provocar un cambio en la situación, sino que había que asegurarse a toda costa la legitimación de los aliados y la consiguiente descalificación de Franco. Otra cosa es que esta acción, predominantemente diplomática, tuviera eventuales implicaciones bélicas. El caso es que tras el descalabro alemán en Rusia, el desembarco aliado en Italia en verano de 1943 y la consiguiente dimisión de Mussolini, todas estas cosas empiezan a darse por hechas. La situación se ve aún más favorable

cuando ocho tenientes generales piden a Franco en el mes de septiembre la restauración de la monarquía. En el mundo de las relaciones internacionales habían tenido lugar varios acontecimientos llenos de promesas. La Carta del Atlántico en 1941, el pacto de Washington en 1942 y, al año sigiente, las conferencias de Moscú y Teherán (a finales de noviembre esta última) prefiguraban un nuevo orden mundial basado en la libertad y la democracia y la creación de un organismo internacional que sustituiría con ventaja a la ineficaz Sociedad de Naciones. Todo ello parecía dotar de apoyo efectivo (diplomático e incluso jurídico) a la oposición a Franco. La movilización de los comunistas, iniciada mucho antes, debió de tener su peso a la hora de catalizar voluntades y decisiones hasta entonces más o menos dispersas. Por supuesto, las facilidades ofrecidas por los países de acogida (Cuba y México, sobre todo) posibilitaron que tomara cuerpo la otra gran Junta del exilio español. Que la cuestión estaba en el aire lo demuestra el hecho de que, incluso cinco días antes del desembarco americano en Sicilia, la Federación de Agrupaciones Regionales de Socialistas residentes en México propusiera al conjunto de las fuerzas del exilio realizar una especie de profesión conjunta de fe en defensa de la República y de la Constitución de 1931, dirigida sobre todo a obtener la solidaridad de México y los demás países hispanoamericanos [144].

La Unión de Profesores Universitarios Españoles Emigrados se había fundado en París en los primeros momentos del exilio. En 1943 su presidente, Gustavo Pittaluga, pidió al rector de la Universidad de La Habana su colaboración para celebrar en su sede la primera reunión de la asociación. El Consejo Universitario aceptó el 28 de junio la propuesta del rector, Méndez Peñate, no sólo en virtud de las relaciones que se establecerían con la futura Universidad española ni como medio para estrechar lazos con los profesores españoles, sino como forma de intervenir en la reconstrucción del mun-

[144] La fecha de este llamamiento (5 de julio de 1943) es casi simultánea, como se verá inmediatamente, a la aprobación por la Universidad de La Habana de la primera Reunión de Profesores Universitarios Españoles Emigrados. Los términos de su redacción, como es lógico, son mucho más imprecisos que los de la declaración final de la reunión. Firmaron el documento José Sosa, Nazario J. Domínguez, José Serrano Romero, Felipe Mesías, Luis de Nova, José Gómez de la Higuera, Benjamín de Cáceres, Amelia Martín, Bernardo Pizarro y Marcos Monje: Véase *A los socialistas españoles en la emigración, op. cit.*, pp. 12-13.

do en la posguerra. La Comisión Preparatoria de la reunión, encargada de redactar el reglamento, estuvo formada por profesores de la Universidad de La Habana, bajo la orientación de Pittaluga [145]. No fue fácil reunir fondos para pagar los pasajes de muchos profesores residentes en otros países, ni tramitar sus visados y pasaportes. Ofrecieron su colaboración los Círculos Republicanos Españoles de La Habana y Santiago de Cuba, así como los elementos prorrepublicanos de los centros regionales (controlados oficialmente por españoles partidarios de Franco): la Hermandad Gallega, la Unión Barcalesa, la Unión Democrática de Hijas de Galicia y parte del Centro Asturiano. La sesión preliminar de la Primera Reunión de Profesores Universitarios Españoles Emigrados tuvo lugar el 20 y 21 de septiembre de 1943, bajo la presidencia de Pittaluga. Fueron presidentes de honor el rector de la Universidad de La Habana e Ignacio Bolívar, si bien presidirían las tres sesiones José Giral, M. Ruiz Funes y Augusto Pi y Suñer, actuando como secretario general Alfredo Mendizábal. En esta sesión se acordó celebrar un homenaje a José Martí y se expresó el oportuno agradecimiento a la Universidad de La Habana. El 22 se abrió la reunión propiamente dicha en el aula magna, celebrándose el resto de las sesiones en la Facultad de Ciencias Comerciales. Tres secciones llevaron adelante el trabajo: la primera, los problemas de educación y cultura; la segunda, los poblemas sociales, y, la tercera, los jurídicos y económicos. Los temas y las conclusiones debían ser aprobados por la sesión plenaria, encargada además de elaborar el acta general.

El resultado más importante de esta reunión fue la aprobación, el 25 de septiembre, de la llamada Declaración de La Habana, inspirada en los principios de la Carta del Atlánico. No podemos olvidar que entre la fecha de convocatoria de la reunión, en el mes de junio, y su conclusión, habían tenido lugar el desembarco en Sicilia, la dimisión de Mussolini y el desembarco en Salerno. El llamamiento a las naciones aliadas, de quienes se esperaba el reconocimiento y la solidaridad con el pueblo español en su lucha contra Franco, faltaba totalmente en los manifiestos de la Unión Nacional, en el fondo,

[145] Estos profesores fueron Roberto Agramointe y Pichardo, Juan B. Kouri, Raúl Roa, Aureliano Sánchez Arango, Adriano G. Carmona y Romay. Véase, como para todo lo referente al desarrollo de la reunión, Naranjo: *op. cit.*, pp. 180 y ss.

fuertemente antiatlantista. De acuerdo con la Carta, el artículo octavo reclamaba el derecho de España a recobrar su poder soberano, elegir su gobierno y decidir la forma de integrarse en la comunidad internacional. En los artículos quinto, sexto y noveno se recordaba a los aliados el carácter dictatorial del régimen de Franco, establecido con el concurso de las potencias del Eje (una de ellas provisionalmente «decapitada» por aquel entonces). El artículo décimo proponía la creación de un organismo español, cuyo fin sería cooperar en la liberación de los españoles y preparar un régimen de convivencia y justicia social. En este organismo debía figurar una representación de la legalidad republicana, aunque estaría abierto a toda colaboración [146]. Firmaban la declaración Gustavo Pittaluga, Augusto Pi y Suñer, Manuel Pedroso, Alfredo Mendizábal, Mariano Ruiz Funes, Joaquín Xirau, María Zambrano, Cándido Bolívar, Pedro Bosch Gimpera, José de Benito, Demófilo de Buen, Fernando de los Ríos, Francisco Giral y José Giral. Todos ellos consideraban a los aproximadamente 300 catedráticos españoles emigrados (cerca de la mitad del total de aquella época, según los mismos interesados) base suficiente para apoyar la legitimidad republicana. A partir de la reunión, la junta directiva de la Unión de Profesores se estableció en México, donde fue presidida sucesivamente por el anciano entomólogo Ignacio Bolívar, Manuel Márquez, Rafael Altamira, José Giral y José Puche [147].

Los catalanes recogieron o adoptaron por su cuenta esta idea de un organismo unitario que permitiera afrontar con decisión y eficacia la situación favorable en otoño del 43, que fuera aceptado por las potencias occidentales. Así, por iniciativa de Esquerra Republicana de Cataluña y Acció Catalana Republicana y con la adhesión de Izquierda Republicana, Unión Republicana y el Partido Socialista, se firmó el 20 de noviembre, en México, el Pacto para restaurar la República. Quedaron excluidos el PCE, la CNT y el PNV, por razones obvias: la República que se pretendía presentar a los aliados era

[146] «Proyecto de la declaración de La Habana de la Primera Reunión de Profesores Universitarios Españoles Emigrados», en el *Libro de la Primera Reunión de Profesores Universitarios Españoles Emigrados*, La Habana, 1944, pp. 186-190, ibíd., p. 182.

[147] Véase el testimonio de uno de los participantes en la reunión, F. Giral: *op. cit.*, p. 197. Allí mismo refiere el papel decisivo de la UPUEE en el reconocimiento de los títulos académicos (sobre todo de medicina) por parte de las autoridades mexicanas.

la de los partidos de mayoría parlamentaria, moderados y liberales, y no la del Frente Popular. Los vascos, por su parte, condicionaron su adhesión a un reconocimiento explícito del derecho de autodeterminación (cosa que, como es lógico, fue rechazada por el resto de los partidos). Cinco días más tarde y en la misma ciudad, en uno de los salones del Centro Republicano Español, se crearía el órgano encargado de realizar la restauración republicana, la Junta Española de Liberación. En su acta fundacional quedaba claro este objetivo, que se pretendía «vender» a los aliados con dos argumentos fundamentales: primero, la representatividad de los partidos que firmaban el acuerdo, que fueron los mismos que elaboraron, con mayoría parlamentaria, la Constitución de 1931; segundo, la adecuación de la propuesta republicana a los principios enunciados en la Carta del Atlántico. Se contraponía explícitamente esta solución a otra que por aquel entonces tenía sus más firmes defensores en Gran Bretaña y contaba con influyentes partidarios en el interior de España, además de ser otra de las formas legítimas de gobierno, según los principios de las Naciones Unidas: la Monarquía. Un tercer argumento, fundamental en el planteamiento de la cuestión española en la Conferencia de San Francisco, de índole subjetiva (por cuanto suponía una actitud sentimental), era la identificación de la causa de los aliados con la de los exiliados, al considerarse éstos víctimas de la misma agresión que había provocado la guerra mundial. El órgano rector de la JEL estaba formado en un principio por Esplá, Vargas, Prieto, Albar, Martínez Barrio, Gordón Ordás, Andréu, Bosch Gimpera y Sánchez Román, siendo el presidente Pedro Vargas y la secretaria Luisa Ruiz. En seguida la presidencia sería desempeñada por Martínez Barrio (último presidente de las Cortes, al que en calidad de tal se había propuesto la presidencia interina de la República tras la dimisión de Azaña), ocupando Indalecio Prieto la secretaría. El organismo contaba con 36 miembros y recibió la adhesión de diversos grupos políticos y centros sociales. Se designaron también representantes en varios países americanos y uno en Europa (Luis Araquistáin) y, a principios de enero de 1944, se llegó a constituir un Consejo Técnico con apariencia de gabinete ministerial, aunque sin atribuciones reales, puesto que la toma de decisiones corría exclusivamente a cargo de la Junta, integrada, aparte de por Martínez Barrio y Prieto, por los vocales Álvaro de Albornoz (de Izquierda Re-

publicana) y Antonio M. Sbert (en representación de Esquerra Republicana y Acció Catalana Republicana) [148].

No es ninguna coincidencia que la JEL se constituyera unos dos meses después de la JSUN ni que en ella estuvieran presentes nombres excluidos de forma explícita del organismo filocomunista, como Araquistáin, ni que, a pesar de propugnar la restauración de la legalidad republicana, excluyera de su seno al último vestigio de esa legalidad, en opinión de la Unión y de los comunistas: el doctor Negrín. Como tantas otras cosas en el exilio, la creación de la JEL obedeció, en efecto, no sólo a un intento de atraerse el apoyo internacional, sino de presentar, ante los aliados, una alternativa a la JSUN. Ello se ve bien en la forma de plantear la restauración de la República. La cuestión fundamental en el seno de la JEL, que no dejó de provocar disensiones (véase el caso de Indalecio Prieto) fue si esa restauración debía basarse en el gobierno republicano existente o no, si se admitía ese gobierno o no. El hecho mismo de propugnar una restauración indica que se daba ese gobierno por disuelto, no sólo por motivos constitucionales o jurídicos sino, sobre todo, por motivos personales y estratégicos. Nadie ocultaba a esas alturas lo que era bien patente desde la misma guerra y, sobre todo, desde el golpe de Casado: la antipatía hacia Negrín, como responsable de la radicalización en favor de los comunistas. Tampoco se les ocultaba a republicanos y socialistas quiénes llevaban la batuta en la Guerra Mundial, quiénes habían firmado la Carta del Atlántico y quiénes iban a mandar en el mundo al final de la guerra. Era más que dudoso que los americanos o los ingleses vieran con buenos ojos un gabinete presidido por Negrín, por más que éste hubiera fijado su residencia en Londres: ya se ha dicho que las preferencias británicas estaban del lado de la monarquía, a la que, por aquel entonces, veían además con cierto apoyo social en España. Si no era así en el caso de los Estados Unidos, lo que sí podían apreciar a través de la prensa es que Franco jugaba un doble juego, intentando apaciguar los ánimos británicos y americanos sin perder todavía la confianza en una victoria alemana. La política aliada hacia Franco, por su par-

[148] El Consejo Técnico estaba presidido por el catedrático de Derecho Gabriel Bonilla, siendo secretario general Mariano Granados, magistrado del Tribunal Supremo. El Consejo constaba de nueve comisiones de trabajo.

te, tampoco estaba exenta de ambigüedades. De lo que no cabe duda es de que Franco explotó en su favor las coacciones anglobritánicas, que presentó como fruto de la maniobra de los exiliados. A pesar de la final benevolencia de Churchill con su Régimen, no dejó de considerar una intromisión en los asuntos internos el apoyo británico a la causa monárquica. Curiosamente, en esto estaba de acuerdo con la JEL, que en su acta fundacional rechazaba la alternativa monárquica por considerarla una «imposición» del exterior por vías diplomáticas [149].

Las relaciones de Franco con los aliados en el verano y otoño del 43 fueron, en efecto, conflictivas. La natural alarma ante la caída de Mussolini y las noticias de un intento, por parte del general Orgaz (inspirado quizá por el gesto del mariscal Badoglio en Italia), de organizar un golpe, hicieron que intentara asegurarse las simpatías aliadas, sin abandonar la relación con los alemanes. Aunque la idea del golpe se abandonó, Orgaz, con otros generales, dirigió a Franco una respetuosa carta pidiendo su retirada en favor de don Juan. Al mismo tiempo, los aliados seguían presionando a Franco para que retirara de Rusia la División Azul (cosa que había ya decidido, aunque no lo hiciera público, a finales de septiembre) y cesara toda colaboración con Hitler. Se referían en concreto al suministro de volframio, que Franco usaba para saldar su deuda bélica con el III Reich. El 18 de octubre, el llamado «incidente de Laurel» (es decir, el reconocimiento, por Franco, del nuevo gobernador de Filipinas, marioneta de Japón), terminó de sacar de sus casillas a los aliados. Por otra parte, la aparente recuperación alemana y la resurrección política de Mussolini en la efímera República de Saló no hacían aconsejable, a ojos de Franco, un cambio total de alianzas, que, en efecto, no se produjo hasta el último momento. Mientras, en su discurso del primero de octubre, el *Caudillo* acusaba precisamente a los exiliados de instigar a los aliados para derrocar su Régimen al terminar la guerra [150].

[149] Véase el texto del acta fundacional de la JEL, en Alberto Fernández: *op. cit.*, pp. 146-148.

[150] Franco se curaba en salud, de cara a los aliados, subrayando las diferencias entre su Régimen y los de Eje. En Preston: *op. cit.*, pp. 500 y ss. En una época en que dejaba de ser conveniente lanzar acusaciones contra la masonería y el liberalismo de los países anglosajones, la referencia a las maniobras de los exiliados (ciertas, por lo demás) iba a convertirse en una constante.

A pesar de los movimientos de don Juan, de la creciente presión aliada en el asunto del volframio y de las protestas de Alemania ante sus pequeñas concesiones, el Régimen logró todavía algunas soluciones de compromiso en situaciones delicadas. A finales del año, el gobierno español se incautó, según las leyes internacionales, de tres aviones americanos Dakota (versión militar del DC-3) aterrizados por error en el Marruecos español. Estados Unidos aceptó con pragmatismo la propuesta de compra-venta de las autoridades españolas y conceder cupos limitados de combustible antes del embargo del petróleo durante los primeros meses del año siguiente. Las condiciones eran que no se utilizasen los aparatos en operaciones bélicas y que se eliminase la participación de Lufthansa en la compañía Iberia (que se remontaba a los años veinte). A mediados de noviembre se formalizó la nacionalización de la compañía, sin ninguna resistencia por parte de los alemanes que, al contrario, facilitaron la operación [151]. A pesar de todo, Gran Bretaña y Estados Unidos acordaron a principios de 1944 embargar el suministro de petróleo mientras no se interrumpiera totalmente la venta de volframio a Alemania. Las ofertas de la diplomacia española (la expulsión de los diplomáticos y agentes alemanes del norte de África e incluso de la Península y la retirada de los pocos efectivos que quedaban en el frente ruso) a cambio de armamento y combustible para la aviación no tuvieron buena acogida [152]. Este embargo (que será el precedente de las sanciones económicas propuestas en vano al año siguiente en las Naciones Unidas) provocó el consabido efecto bumerán: Franco culpó de nuevo a las maniobras de los exiliados y presentó la actitud del Régimen como una digna resistencia ante las intromisiones del exterior. Durante la crisis del volframio y el embargo (que duraría hasta el 2 de mayo de 1944), las relaciones del Régimen fueron particularmente tensas con los americanos, al contrario de lo que pasaría después, cuando se intentará un acercamiento mayor. Por lo demás, ello obedecía en parte a las circunstancias políticas de los mismos

[151] Ramiro Fernández: «La puesta a punto de la aeronáutica civil española (el difícil período 1940-1945)», en *La aviación comercial española,* Madrid, Escuela Técnica Superior de Ingenieros Aeronáuticos, 1992, pp. 11-13. Algunos datos aquí consignados proceden de una entrevista con el profesor Fernández, de la ETSIA, que nos facilitó amablemente todo tipo de información.

[152] En Preston: *op. cit.,* 508-511.

Estados Unidos, en plena campaña electoral y con una opinión pública totalmente contraria a Franco. Sin embargo, Churchill, en vísperas del desembarco en Normandía, lanzó unas comprensivas declaraciones dirigidas, sin duda, a garantizar la neutralidad hispana ante la gran operación que se avecinaba y a preparar su política mediterránea para el final de la guerra.

La JEL, consciente de las dificultades que atravesaba el Régimen, no dejó de explotarlas en su favor, a pesar de los efectos contraproducentes que, según se iba demostrando, tenía toda presión que se ejercitara desde fuera sobre el mismo. Es fácil que se dejara engañar acerca de la inminente caída de Franco y la verdadera actitud de los aliados: al fin y al cabo, el propio Franco se alarmó en su momento (sin perder, eso sí, su proverbial sangre fría) y los mismos militares monárquicos y el Duque de Alba se precipitaron a redactar peticiones y dimisiones. Mientras el final de la guerra hiciera posible la aparición de un foro adecuado para presentar sus reclamaciones, la JEL comenzó a preparar el terreno organizando actos de propaganda republicana en varios lugares de América. En este sentido hay que interpretar la ya citada asistencia de la JEL en pleno a la toma de posesión de Grau San Martín en Cuba, en octubre de 1944, o la conferencia de Indalecio Prieto en el Centro Asturiano de La Habana, el 14 de abril del mismo año. Por cierto, que en esta ocasión se perfila una de las líneas políticas características de la JEL. Está claro que se buscaba el apoyo de las naciones americanas en el futuro organismo internacional encargado de organizar la paz. El objetivo, declarado por la JEL, era la restauración de la República, para lo cual el paso previo era la liquidación del régimen franquista. Dadas las circunstancias, parecía a los miembros de la Junta (y a los exiliados en general) más que razonable esperar el apoyo internacional en la condena de un Régimen que se presentaba como pariente estrecho (por no decir «hijo») de los que estaban siendo derrotados. Ahora bien, las cosas no estaban tan claras por lo que se refiere a la forma de restaurar la República. Frente a quienes opinaban que debía hacerse directamente, puesto que existían todavía restos de legitimidad para ello (si bien estos restos, el gobierno Negrín y la Diputación Permanente de las Cortes, contaran con diferentes seguidores), otros, como Indalecio Prieto, partían de una negación absoluta de la legitimidad de esos restos y propugnaban, por tanto, la restauración

republicana sobre una nueva legitimación, que debía efectuarse a través de las urnas. Esta opción tenía en cuenta la voluntad nacional y suponía de alguna forma hacer «tabla rasa» de la II República, cosa que, como es lógico, no era admitida de buena gana por los legitimistas republicanos. Ahora bien, la política de Prieto (en la que la JEL jugaba un papel de artífice de esa transición, por decirlo en términos actuales) necesitaba igualmente un apoyo internacional. Visto que pretendía solucionar la Guerra Civil, su propuesta, para ser aceptada por ambos bandos, debía contar con suficientes garantías y, en su opinión, ¿cuál mejor que la de los países hispanoamericanos? La experiencia personal de Prieto en México respaldaba esta idea que, sin embargo, no logró más que un vago apoyo de la Junta. Ésta llegó a admitir la intervención como garantes de los países hispanoamericanos en un plebiscito si las Naciones Unidas consideraban necesaria su celebración en virtud de la Carta del Atlántico, que establecía el derecho de los pueblos a escoger sus instituciones políticas [153].

Por lo que se refiere a la primera opción, la restauración directa de la República no dejaba de presentar dificultades, que nunca se ocultaron los partidos republicanos. Se ha mencionado ya el rechazo generalizado hacia Negrín (rechazo compartido por los Estados Unidos e Inglaterra, como bien supusieron los miembros de la JEL). Por otra parte, en el mismo seno de la Junta se produce una contradicción: ¿cuál era el papel exacto que le correspondía (no se olvide su forma de gobierno en embrión) si su mismo presidente era el de las Cortes? El contrasentido pudo ser interpretado, en un principio, como solución de continuidad: podría parecer que la presencia de Martínez Barrio dotaba de respaldo legal a la Junta. Pero no fue así porque, al parecer, el mismo interesado, en el momento mismo de la formación de la JEL, no estimó en nada la validez de su cargo. El mismo hecho de que rechazara la presidencia de la República cuan-

[153] Prieto tuvo que hacer frente a la oposición de Izquierda Republicana (Álvaro de Albornoz y Carlos Esplá), mientras que contó con el pleno apoyo de la Comisión Ejecutiva del PSOE y un tibio respaldo por parte de Unión Republicana, el partido de Martínez Barrio y su sucesor en la presidencia de la JEL, Félix Gordón Ordás. Los catalanes de Esquerra Republicana y Acció Catalana Republicana, por su parte, propusieron, con ocasión de la dimisión de Martínez Barrio, que se plantease la oportunidad de la reunión de las Cortes. *Vid.* A. Fernández: *op. cit.*, pp. 148-151, y J. Rubio: *op. cit.*, pp. 588 y ss.

do dimitió Azaña parece confirmar su actitud inicial. Pero debido bien a las circunstancias internacionales, cada vez más favorables, bien a las tirantes relaciones con Prieto, el caso es que Martínez Barrio dimitió en febrero de su cargo en la JEL, para ejercer el anterior de presidente de las Cortes. Seguramente pensaba así impulsar su reunión para dar una base a las aspiraciones republicanas. Su abandono dejaba a la JEL, en cierta forma, sin respaldo, por no decir sin funciones claras. Por ello, el gesto fue acogido con desconcierto por los grupos políticos en ella representados. Se producía, en efecto, un doblete que podía ir en detrimento del prestigio de los exiliados y, por otra parte, se agudizaba en su seno el debate sobre la oportunidad de la convocatoria de las Cortes. Finalmente se aceptó la convocatoria realizada por Martínez Barrio para el mes de agosto, al tiempo que se establecía un plan de acción. El primer objetivo, cumplido por la JEL, había sido, como se ha apuntado, la condena internacional del régimen de Franco en la Conferencia de S. Francisco; el segundo, la ruptura de relaciones diplomáticas con el mismo; el tercero, la formación de un gobierno provisional con el respaldo de las Cortes, y el cuarto y último, el reconocimiento de ese gobierno por las Naciones Unidas.

Parte de ese programa sería llevado a cabo por la JEL. Los resultados obtenidos favorecieron la creación de un nuevo gobierno que completase la acción iniciada en la escena internacional. Veamos por partes el desarrollo de los acontecimientos.

La JEL y los comienzos del bloqueo internacional al régimen de Franco

Según se ha visto, durante el año 1944, la JEL comienza a desplegar sus armas diplomáticas en espera de la victoria aliada, especialmente en el continente americano. El régimen de Franco había sufrido presiones importantes, como el embargo de petróleo en la primavera, aunque lo peor estaba por llegar. En efecto, Franco no se dejó engañar por la pequeña tregua que pudo observarse a finales de año y puede decirse que explotó al máximo la coyuntura mientras todavía fue posible, consciente de que le esperaba el año quizá más duro desde su victoria. Bien fuera por la eficacia del aparato propagandístico del Régimen y de las inversiones del ministro de Asun-

tos Exteriores en crear un *lobby* español en Estados Unidos, bien porque ya se perfilasen los intereses estratégicos de los aliados frente a la futura guerra fría, el caso es que durante esos meses se pudieron observar señales positivas. Así, no hubo ningún inconveniente en que España se adhiriera a las declaraciones de las Naciones Unidas de 22 de febrero de 1944 y 5 de enero de 1943 y, el 5 de mayo de 1945, a la resolución VI de la Conferencia Financiera y Monetaria de Bretton Woods, sobre el bloqueo de bienes de propiedad extranjera [154]. En noviembre y diciembre de 1944 España fue invitada, en calidad de país neutral, a la Conferencia Internacional de la Aviación Civil celebrada en Chicago. En dicha conferencia el joven ingeniero español Luis Azcárraga desempeñó un papel tan brillante que fue propuesto como presidente de la recién fundada Organización de la Aviación Civil Internacional (OACI). La propuesta fue desestimada directamente por Franco, que no celebró consulta previa ni ofreció explicación alguna a Azcárraga a su vuelta a Madrid. La opinión personal del interesado era que Franco, previendo el bloqueo, prefería llevar la discusión a otros ámbitos donde no entraran en juego los intereses comerciales [155]. El espíritu práctico de Franco (por debajo de toda la retórica de herido orgullo nacional) contrasta vivamente con la actitud de los exiliados, que centraron su acción en los más altos organismos internacionales, lo que se tradujo en la consecución de un éxito más formal y retórico que real, ya que las grandes potencias eran las primeras interesadas en salvaguardar sus intereses más inmediatos, como el mismo *Caudillo*. Lo que pasó en el año 44 en el ámbito de la aviación civil se repetiría durante los años de exclusión de las Naciones Unidas. Es más, la admisión de España en organismos internacionales (en calidad de país neutral, no se olvide) fue utilizada por el mismo Régimen para invalidar la argumentación desplegada en su contra durante los debates en las Naciones Unidas [156]. Por lo demás, una vez pasado el huracán

[154] Véase la recopilación documental dirigida por a. J. Lleonart y F. M. Castiella: *España y la ONU. I: (1945-46): La «cuestión española»*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Instituto Francisco de Vitoria, 1978, pp. 124-126.

[155] Información facilitada por Ramiro Fernández, que la obtuvo directamente de Azcárraga. *Vid. sopra*. El viaje a Chicago fue también aprovechado por el gobierno español para comprar 21 aviones DC-3 y 3 DC-4, *op. cit.*, p. 13.

[156] Así, la embajada española en Washington hizo mención expresa de la participación en la Conferencia de Chicago en una nota de protesta fechada el 22 de octubre de 1946. En Lleonart: *op. cit.*, p. 203.

político de los años 1945 y 1946, decayó el interés por aplicar unas sanciones que a algunos sectores del mismo exilio (como Negrín, que solicitó la incorporación de España al Plan Marshall) parecían demasiado gravosas para el pueblo español.

La Declaración de Yalta

Pero, antes de hacerse referencia a los pueblos, se hizo a los gobiernos. En febrero de 1945 se celebró en el Mar Negro la Conferencia de Crimea, más conocida como Conferencia de Yalta, entre las tres grandes potencias vencedoras. El día 12, Stalin, Roosevelt y Churchill suscribieron la llamada Declaración sobre la Europa liberada, que puede considerarse el punto de partida de lo que se llamaría la *Spanish question* o cuestión española, ya que en ella las tres potencias se comprometían a ayudar a los pueblos liberados del dominio nazi y sus satélites a restituir los derechos establecidos en la Carta del Atlántico. Ello significaba no sólo la adopción de medidas de emergencia para paliar sus dificultades económicas, sino la colaboración en el establecimiento de gobiernos provisionales representativos que organizaran elecciones libres y, en general, la toma de decisiones siempre que la situación de uno de estos Estados lo exigiese [157]. Ni que decir tiene que la España de Franco era uno de esos países satélites y que el posible gobierno provisional sería de carácter monárquico o republicano, según las preferencias y los intereses de cada cual. Con esta declaración quedaba en cierto modo desbaratado el «gran proyecto de Franco» de formar un frente común con los aliados occidentales frente a Rusia, cuya etapa más representativa fue el mensaje que, a través del Duque de Alba, su embajador en Londres, dirigió el 8 de octubre de 1944 a Winston Churchill, proponiéndole la alianza entre las dos únicas naciones «fuertes y viriles» que, tras la derrota alemana, estaban en condiciones de hacer frente a la amenaza comunista. Después de todo, Franco apostaba por la guerra fría para sobrevivir. Una guerra fría que todavía no había estallado (aunque estuviera latente) y que la cuestión española (con otras muchas) iba a poner de manifiesto. Pero,

[157] Ibíd., pp. 6-7.

mientras se hizo evidente, la Declaración de Yalta no hizo sino aumentar las esperanzas que las victorias aliadas de 1943 y, sobre todo, 1944 habían suscitado en los distintos sectores de la oposición, monárquicos y republicanos. Al mismo tiempo que el *Caudillo,* aconsejado por Carrero Blanco, emprendía una verdadera campaña de imagen basada sobre todo en el carácter católico del Régimen español frente a los del Eje, aquéllos se afanaban por obtener apoyo concreto de los países vencedores.

La Conferencia de Chapultepec

Frente a las referencias más o menos veladas a los satélites del Eje, la JEL pretendía, según se ha dicho, la condena explícita del Régimen. Apovechando su situación logística en el nuevo continente y el eco que hasta entonces había tenido la causa del exilio en bastantes países hispanoamericanos, intentó conseguir el aislamiento diplomático del *Caudillo* del resto de la Hispanidad. La Conferencia Interamericana sobre los problemas de la Guerra y de la Paz, que se celebró en Chapultepec (México) entre el 21 de febrero y el 8 de marzo, debía servir de plataforma a este objetivo. En la reunión del Comité Ejecutivo, su presidente, Ezequiel Padilla (a la sazón ministro de Asuntos Exteriores de México) propuso la ruptura de relaciones diplomáticas por parte de los países de la Unión Pan-Americana [158]. La sugerencia no prosperó por entrar en juego, precisamente, uno de los principios más caros a la Unión: la doctrina de no intervención, a la que se ha hecho referencia con ocasión del asilo político durante la Guerra Civil. La no intervención sería el argumento último esgrimido en los debates de la ONU por las delegaciones contrarias al bloqueo diplomático y a las sanciones económicas contra el gobierno español. Interesa señalar que en la Conferencia de Chapultepec se planteó también la composición de la futura Organización Internacional que serían las Naciones Unidas. A pesar del deseo general de que la organización tuviera carácter universal, las de-

[158] Florentino Portero: *Franco aislado. La cuestión española (1945-1950),* Madrid, Aguilar, 1989, p. 77. La obra es una de las más documentadas sobre el tema, sobre todo por lo que se refiere a la actitud de las grandes potencias.

legaciones chilena y panameña estimaron que sólo se debía admitir como miembros a los países democráticos, mientras que otras, con el representante del Ecuador a la cabeza, no eran partidarias de excluir a ningún Estado soberano. Se prefiguran así las posturas de los países hispanoamericanos en el futuro debate de la ONU y, sobre todo, el papel de México como impulsor de las iniciativas contra Franco y, en definitiva, a favor de los republicanos en el exilio. La distinción entre ambas cosas, sin embargo, reviste su importancia: el rechazo a una situación de inestabilidad política como la que se suponía podía crearse con un gobierno de signo republicano fue lo que hizo a las grandes potencias occidentales medir el alcance de sus medidas contra Franco. Paradójicamente, la identificación de la causa del exilio con la cuestión española no hizo sino perjudicar a la larga a la primera, en una situación internacional cada vez más alejada de la anhelada paz que tantos sacrificios había costado. De ello fueron conscientes algunas figuras políticas del exilio y, por supuesto, Franco.

La Conferencia de San Francisco

La Conferencia de Chapultepec fue una especie de cuña entre Yalta y San Francisco, y vino a coincidir casi en el tiempo (precediéndolo unos diez días) con el Manifiesto de Lausana, por tanto, con uno de los momentos de mayor tensión de los monárquicos con el Régimen. Recordemos que el llamamiento de don Juan se saldó con la dimisión, entre otros, del duque de Alba, que había actuado de correa transmisora entre Madrid y Londres, más favorable, por cierto, a una solución monárquica al caso español que a un retorno de los republicanos en el exilio. La desaparición del duque de Alba de la escena diplomática española en aquellos momentos plantea uno de esos enigmas típicos de la Historia: hasa qué punto influye la personalidad de los protagonistas en la marcha de los acontecimientos. En el caso que nos ocupa, no cabe duda que la desaparición de Alba y, sobre todo, la de Roosevelt y Churchill afectaron al tono de la polémica, que se hizo si se quiere más amargo, pero sin que ello significara un cambio político fundamental por parte de los gobiernos respectivos. Prueba de la continuidad esencial sería el mismo curso

final de los acontecimientos. En realidad, todo parece indicar que los momentos de mayor tensión aparente contra Franco obedecían más al espíritu contemporizador en las potencias occidentales que a la culminación de una hostilidad que, en realidad, estaba cediendo el paso a una preocupación mucho mayor ante la formación de un bloque antagonista. Conviene tener esto en cuenta para dar el peso justo a las declaraciones y determinaciones de un organismo que, como las Naciones Unidas, estaba en aquellos momentos de su fundación fuertemente condicionado por los vencedores de la guerra.

Pero a la Conferencia de las Naciones Unidas sobre la Organización Internacional, celebrada en San Francisco entre el 25 de abril y el 26 de junio, asistieron también perdedores de otra guerra cuyo resultado pretendían invertir. Nadie duda a estas alturas del esfuerzo negociador desplegado fuera de las sesiones (pues asistían a ellas de forma no oficial) por Álvaro de Albornoz, Indalecio Prieto, Félix Gordón Ordás, Fernando de los Ríos y Antonio M. Sbert [159], que se prodigaron en entrevistas, conferencias y demostraron su habilidad para las relaciones públicas. El 29 de mayo, Prieto presentó en una conferencia de prensa el programa que debía conducir al restablecimiento del régimen republicano. A la condena de Franco en la Conferencia de San Francisco debía seguir la ruptura de relaciones diplomáticas, la formación de un gobierno en el exilio y, por último, el reconocimiento internacional de ese gobierno. Estos objetivos, a decir verdad, no se confiaban sólo al arbitrio final de las Naciones Unidas: antes de que éstas se pronunciasen de forma colectiva, los delegados de la JEL procuraban convencer a los representantes de los distintos países (sobre todo, a los hispanoamericanos) para obtener de sus gobiernos la ruptura bilateral de relaciones diplomáticas con España. Anticipándose incluso a la formación del gobierno republicano en el exilio, pretendían conseguir el reconocimiento oficial como representantes de la España auténtica y, por tanto, democrática, que tenía derecho a participar en la organización internacional. Pues aunque se haya dicho lo contrario, independientemente de los éxitos cosechados en este campo, lo cierto es que los republicanos espa-

[159] Lleonart: *op. cit.*, p. 31.

ñoles no fueron invitados oficialmente a la Conferencia, ni siquiera como observadores sin voto, si bien se toleró su actividad [160].

Igualmente se toleró la de otras organizaciones de exiliados, a veces de signo político distinto (por no decir opuesto) a la JEL. La misma proliferación de iniciativas por parte de los exiliados o sus mentores es indicativa, por otra parte, no sólo del eco obtenido por su causa, sino también por la falta de unidad interna. Más que una coordinación, se advierte casi una superposición de esfuerzos y proyectos. Claro está que las iniciativas más radicales tenían pocas o ninguna posibilidad de éxito y de ello fueron conscientes los hombres de la JEL, que excluyeron de sus filas (como meses más tarde el gobierno de Giral) a los siempre conflictivos comunistas y sus satélites. Éstos, a su vez, no se dejaron arredrar y acudieron también a la Conferencia, exponiendo sus reivindicaciones en un tono más beligerante y propugnando unos métodos más drásticos y menos prudentes. Ejemplo de lo dicho es el contraste entre el programa expuesto por la JEL y Prieto y el presentado por la FOARE. Aunque los objetivos fueran en el fondo los mismos, los medios propuestos y la forma que asumían los respectivos informes denotaban profundas diferencias. En efecto, no fue la Junta la única que presentó un memorándum, aunque fuera el más difundido y el de mayor importancia [161]. Antes del comienzo de la Conferencia, el 16 de abril, la FOARE (de significación comunista, según se ha mencionado más arriba) envió a San Francisco un «informe sobre la situación de terror en España». La iniciativa tuvo su origen en la Conferencia contra el Terror Franquista celebrada en México el 20 y 21 de marzo. Junto al informe, que pretendía llamar la atención de las Naciones Unidas a fin de que tomaran medidas contra el régimen de Franco, se presentaba una resolución que contenía, aparte de las típicas reclamaciones de este tipo de organismos, algunas de las líneas de acción sugeridas en las Naciones Unidas durante los meses siguientes. Así, la FOARE proponía que una Comisión de Juristas realizara *in situ* una encuesta sobre la represión llevada a cabo por el régimen de Franco

[160] El autor de la hipotética invitación sería Roosevelt, fallecido el 12 de abril, cuya nación mantenía, por lo demás, relaciones diplomáticas con Franco y se mostraba cada vez menos proclive, aunque no lo hiciera ver, a la causa republicana.

[161] Este documento fue preparado por el Consejo Técnico de la JEL, en concreto por su secretario general, Mariano Granados.

y recomendaba la ruptura de relaciones diplomáticas y comerciales con España. Las otras iniciativas se referían a la solidaridad moral y material con los presos políticos y al cese de las ejecuciones [162]. La idea de la Comisión surgiría en el seno del Consejo de Seguridad, si bien para examinar la potencialidad bélica del Régimen, y la ruptura de relaciones (que se realizaría al final muy parcialmente) sería objeto de acalorado debate en el Consejo y la Asamblea General durante 1946.

De lo dicho hasta ahora sobre la variada representación republicana es fácil deducir que San Francisco sirvió también de escenario a las luchas internas del exilio, tan perjudiciales en unos momentos en que se procuraba por todos los medios ofrecer la imagen de una alternativa válida a Franco. Durante la Conferencia tuvo lugar el último intento de reconciliación entre Prieto y Negrín, a través de su común amigo Jose Antonio de Aguirre, presidente del gobierno vasco. Ni que decir tiene que Negrín pretendía a su vez presentarse ante las Naciones Unidas como último presidente de un gobierno republicano legítimo y, por tanto, destinatario de la confianza de los aliados a la caída de Franco. El fracaso de la reconciliación se saldó con la vuelta del doctor canario a medidados de julio a México, donde empezó su campaña particular ante la inminente restauración de la República en el exilio [163].

No deja de ser significativo que la FOARE confiara especialmente en el apoyo de México a su informe, de forma tanto oficial (a través de su representante) como extraoficial, por medio del envío de mensajes de solidaridad a cargo de las distinas organizaciones mexicanas, ni que la JEL se sirviera de la misma caja de resonancia. En efecto, como ya sucediera en Chapultepec, la causa del exilio encontró su portavoz en la delegación azteca. En uno de los debates de redacción de la Carta de las Naciones Unidas, el 19 de junio, el embajador mexicano Luis Quintanilla presentó una enmienda a favor de la exclusión de la Organización de los Estados cuyos regímenes hubiera sido establecidos con el concurso de las potencias del Eje, mientras tales regímenes permanecieran en el poder. En la dis-

[162] «Informe sobre la situación de terror en España, enviado por la FOARE a San Francisco (Estados Unidos)», en la recopilación documental *México y la República española*, p. 113.

[163] Rubio: *op. cit.*, pp. 576-587.

cusión que siguió a la propuesta quedó bien claro, por si no lo estuviera, que el régimen aludido era el de Franco, al que se intentó por todos los medios equiparar con los derrotados en la II Guerra Mundial (de acuerdo, por lo demás, con la estrategia adoptada por la JEL). Es más, el veto se apoyaba en la colaboración de Franco con Alemania, algo relativamente fácil de demostrar si se echaba mano de la División Azul, el suministro de volframio o las encendidas declaraciones del *Caudillo* en los días de gloria del *Führer.* La propuesta mexicana, aprobada por aclamación, no iba más allá (aunque no fuera poco) de la exclusión de España de las Naciones Unidas, pero ofrecía argumentos suficientes para la futura aplicación de sanciones [164]. Formalmente, se trataba de una declaración de la delegación de México a propósito de la interpretación del capítulo III de la Carta sobre la admisión de nuevos miembros en las Naciones Unidas y como tal fue incluida en las actas del Comité de la primera Comisión. La actitud de los Estados Unidos, que apoyó la declaración para reforzar la política que en aquel momento regía sus relaciones con España, no dejó de sorprender a esta última, que por aquel entonces intentaba precisamente mejorarlas. Pero, desde principios del año, se habían observado en la opinión pública americana señales de su animadversión al Régimen. Lógicamente, estas señales coincidían en parte con la iniciativa de los exiliados. Así, el 3 de enero el semanario *The Nation,* en el que colaboraba Álvarez del Vayo, organizó en Nueva York una manifestación contra Franco, que contó con la participación de asociaciones, sindicatos y algunos destacados políticos [165].

Sería por lo demás inexacto, aunque se haga con frecuencia, identificar la actitud de un país con la de su respectivo gobierno e, incluso, presentar esta última como homogénea e invariable a lo largo del tiempo. Por lo que se refiere al caso mexicano, ya se ha visto la po-

[164] Intervinieron a favor de la enmienda mexicana los delegados de Francia, Australia, Bélgica, Ucrania, Bielorrusia, Estados Unidos, Gran Bretaña Uruguay, Guatemala y Chile. Lleonart: *op. cit.,* p. 30.

[165] El mismo secretario del Interior, Ickes, prestó públicamente su apoyo moral a la manifestación, a la que sin embargo no asistió como resultado de las presiones del embajador español; en F. Portero, *op. cit.,* p. 97.

lémica interna que se desencadenó a la llegada de los refugiados españoles. En la misma Conferencia de San Francisco, los miembros de la delegación mexicana, considerados por lo general los campeones de la causa republicana, no dejaron de tener sus más y sus menos sobre el particular: el ministro Ezequiel Padilla, al frente de la misión, albergaba ciertas reservas que no compartían Luis Quintanilla y Francisco Castillo Nájera. Otros casos aclaran aún más si cabe este contraste interno. En Cuba coincidían por aquel entonces la iniciativa popular y la de una parte importante de su clase política contra Franco. En el mes de julio el Comité Congresional Pro-República Española acordó celebrar en septiembre la Convención Nacional Democrática Pro-República Española, cuyos acuerdos serían enviados al presidente del Senado. Además el Comité, integrado por 22 senadores, presentó en octubre una moción solicitando la ruptura de relaciones diplomáticas con España. Franco reaccionó enviando a Joaquín Ruiz Jiménez, por entonces presidente de la organización Pax Romana, con el Encargado de Negocios, para que llamara la atención a la opinión pública sobre las consecuencias negativas de la moción para los dos países. En efecto, los industriales y comerciantes cubanos se mostraba contrarios a la medida, que entre otras cosas repercutiría en el mercado laboral, y el Encargado de Negocios español pudo asegurar a sus superiores el apoyo del ministro de Estado y el vicepresidente cubanos, así como la intención del presidente de no sancionar por el momento la moción del Senado. Antes, en San Francisco, los delegados cubanos habían mostrado su sensibilidad a los argumentos de Prieto, hasta el punto de que se desmarcaron de la línea presentada por la JEL y México, produciendo la irritación de aquellos mismos a los que en principio se pretendía apoyar. Frente al intervencionismo imperante y a la propuesta del veto, que se negaron a ratificar, los delegados cubanos sólo consideraban admisible la celebración de un plebiscito en España, bajo la garantía de su presidente, Grau San Martín. La propuesta requería la previa suspensión de la censura y el establecimiento de la libertad de expresión, así como la amnistía de los prisioneros políticos. Martínez Barrio, Martínez Miranda, Giral y Negrín se mostraron contrarios a la sugerencia cubana, que contó sin embargo, como es lógico, con las simpatías de Prieto, que ya había propugnado, precisamente en La Habana, una solución de este ti-

po [166]. En cualquier caso, la política cubana osciló entre el apoyo a la causa republicana y la defensa de sus intereses económicos. A la hora de votar la recomendación de la ONU sobre la retirada de embajadores, ello se tradujo en la abstención. En cualquier caso, la actitud del gobierno cubano no es excepcional, porque, si alguna repercusión tuvo la cuestión española en el interior de las distintas naciones, fue precisamente poner de relieve los contrastes entre los intereses económicos y los políticos, y someter a prueba la capacidad de conciliar las propias necesidades con las exigencias de una plena integración en la comunidad internacional.

Aunque la legación española desdeñó la declaración de San Francisco, lo cierto es que produjo reacciones variadas entre los españoles de dentro y los de fuera. Estos últimos (a los que Franco veía, con razón, como promotores de la hostilidad internacional contra su régimen y su persona), comenzaron a dar por hecho el triunfo inminente de su causa. Sin embargo en España, el arzobispo de Toledo, Plá y Daniel, vio como inminente la restauración de la Monarquía y llegó a ofrecer sus oficios como mediador. Por su parte, Franco se aprestó a desmentir toda relación con Alemania e Italia desde los comienzos de la «Cruzada» nacional hasta el fin de la Guerra Mundial y a explotar en su favor el anticomunismo de las distintas partes implicadas. Los Estados Unidos, que habían apoyado la iniciativa mexicana, comenzaban a temer, en efecto, que una excesiva dureza con Franco terminara por favorecer al comunismo en la Península [167]. A pesar de todo lo cierto es que, como es bien sabido, Franco intentó a medidados de 1945 ofrecer una fachada más aceptable a los aliados occidentales, haciendo hincapié en su neutralidad durante la guerra, promulgando el Fuero de los Españoles y la Ley de Bases para el Régimen Local y formando un nuevo gobierno, en el que entraban a formar parte personalidades del mundo católico, como Martín Artajo. La gestión de este último al frente de lo que Agustín de Foxá llamaría el «monasterio de asuntos exteriores» debía servir, en la opinión de Franco y de Carrero Blanco, su mentor, para obtener el apoyo del mundo católico y del Vaticano. En su operación de imagen, Franco llegó a anunciar ante el

[166] Naranjo: *op. cit.*, pp. 149-157.
[167] Preston: *op. cit.*, p. 538.

Consejo Nacional de la Falange la vuelta de España al régimen monárquico tradicional, de forma gradual y en un futuro indefinido, dentro del respeto de los principios inspiradores del Movimiento. Al mismo tiempo, iniciaba una dobla maniobra para neutralizar a don Juan, separándole de sus consejeros más radicales mientras le rodeaba de monárquicos franquistas, para dar la impresión de que se estaba produciendo un acercamiento entre el Pretendiente y el Régimen. Bajo estos movimientos latía el propósito de intervenir en la educación del que se comenzaba a ver como sucesor de Franco, el príncipe Juan Carlos [168]. Para dar una idea de la intensidad de la reacción a los signos de hostilidad internacional, baste decir que todos los cambios institucionales y gubernativos mencionados se produjeron entre el 13 y el 21 de julio, en tan sólo nueve días.

La Declaración de Potsdam

El 17, justo en medio de este proceso, empezaba otra de las grandes cumbres del final de la guerra, la Conferencia de Potsdam. Uno de los motivos de creciente tensión entre los tres grandes del momento fue, precisamente, el tratamiento que debía darse a España. El nuevo presidente americano, Truman, a pesar de sus opiniones personales, mostró su rechazo a cualquier medida que supusiera una nueva guerra civil. Por su parte, Churchill primero y su sucesor laborista, Attlee, después, se negaron a intervenir en los asuntos internos de un país en el que, por lo demás, cabía esperar una fuerte reacción contraria. Los conceptos que se manejaron eran más o menos los mismos que se habían ido mencionando en los meses precedentes. Pero en esta ocasión predominaron los intereses directos de cada potencia. Las simpatías ideológicas (dejando aparte el caso de la Unión Soviética) y la intervención de los exiliados no fueron factores tan importantes como en San Francisco, por más que en la airada respuesta del Régimen a la declaración de los tres grandes se mencionaran las maniobras de estos últimos como causa fundamental de la campaña antiespañola. Como es bien sabido, en lo que se refiere al caso español fueron Stalin y Churchill quienes

[168] Ibid., p. 539.

llevaron la voz cantante, secundando Truman la política del *premier* británico. Los argumentos esgrimidos por Stalin para romper todo tipo de relaciones con España y apoyar a las fuerzas democráticas para establecer un nuevo gobierno (pues tales eran sus propuestas) se referían al origen y carácter nazi-fascista del Régimen y a su peligrosidad para el resto de las Naciones Unidas. Se cuidó mucho de mencionar otros motivos, que por lo demás no podían pasar inadvertidos a la sagacidad de Churchill: España, tras la Guerra Civil, la División Azul y las repetidas manifestaciones de anticomunismo por parte de Franco (que habían alcanzado, según se ha visto, al mismo *Sir* Winston), era para él una cuestión personal. Pero también una cuestión estratégica: era el «lunar» que desacreditaba todas las protestas occidentales en salvaguardia de la soberanía de las naciones del bloque oriental [169]. En realidad, la ardorosa defensa de Stalin iba a revelarse para la causa republicana como un arma de doble filo, que a la larga le resultaría mortal. De hecho, Churchill no estaba dispuesto a facilitar el desencadenamiento de una nueva guerra civil que, por añadidura, podía saldarse con la caída de España en la órbita soviética. En el mejor de los casos, la intervención extranjera provocaría (según se había tenido ocasión de comprobar otras veces) una reacción nacionalista del todo contraria a los intereses de los aliados. Los de Inglaterra, por su parte, estaban bien claros: no podía prescindir, en aquellos momentos, de las materias primas importadas de España. Por cierto que esta defensa de los intereses comerciales británicos no dejó de levantar ampollas en el exilio, que veían comprometida su causa sólo porque los niños ingleses necesitaban las vitaminas de las naranjas españolas para superar las penalidades sufridas durante la guerra [170]. Entre los motivos no declarados de Churchill estaba, claro está, la política británica en el Mediterráneo. Por otra parte, había que dar una mínima satisfacción a la opinión pública inglesa, recientemente enardecida durante la campaña electoral que supuso la retirada de Churchill, si bien su sucesor continuara en este punto su política. Los Estados Unidos consiguieron

[169] Portero: *op. cit.*, p. 83.

[170] El presidente del gobierno republicano en el exilio, José Giral, hizo de las naranjas una cuestión personal. En otoño de 1946 sugirió como medida de presión contra Franco cesar la compra de alimentos a España. El bloqueo comercial fue defendido en la Asamblea general de la ONU en otoño de 1946 por León Jouhaux, de la delegación francesa, sin éxito.

una solución de compromiso, pasando al final el asunto a ser discutido por los ministros de asuntos exteriores. Al tratarse de la admisión de nuevos miembros en las Naciones Unidas, el americano Byrnes propuso a sus colegas Eden y Molotov la exclusión de España. En la Declaración final de la Conferencia se establecía que las tres potencias no apoyarían la candidatura del gobierno español, por sus orígenes, carácter y relaciones con las potencias del Eje. Las respuestas a la Declaración, fechada el 2 de agosto, no se hicieron esperar.

Aunque el 5 de agosto el gobierno español hizo pública una nota de protesta, atribuyendo la declaración al clima creado por los «rojos expatriados y sus afines en el extranjero» [171], lo cierto es que quince días después el discurso del secretario de Exteriores inglés en la Cámara de los Comunes, apoyando la política de Churchill y afirmando que la cuestión del régimen español era un asunto interno, produjo un gran alivio en los afectados y una más que regular indignación en el embajador soviético. Por entonces estaba clara cuál debía ser la línea que debía seguir el Régimen: la consigna «orden, unidad y aguantar», acuñada por Carrero Blanco, se apoyaba en el pofundo convencimiento de que los aliados occidentales no se arriesgarían a abrir las puertas al comunismo en la Península apoyando a los exiliados republicanos. Los anglosajones no reconocerían al gobierno republicano y menos si lo hacía Stalin, que ojalá lo hiciera enseguida [172]. Los republicanos, como es lógico, estaban pensando en otras cosas.

La institucionalización del legitimismo republicano

A estas alturas todo parecía bastante claro. La condena internacional del régimen de Franco, los juicios de Nüremberg, incluso las manifestaciones (no tan unánimes, todo hay que decirlo) en favor del apoyo concreto a gobiernos de transición hacían augurarse a los exiliados una inminente caída y castigo de Franco, y una feliz «vuel-

[171] «Nota del Gobierno Español sobre la Declaración de Potsdam (5 de agosto de 1945)», en Lleonart: *op. cit.*, pp. 42-43.

[172] Tusell: *op. cit.*, pp. 128-130. Estas apreciaciones están recogidas en el documento titulado «Notas sobre la situación política», fechado el 29 de agosto del 45.

ta a casa...» y al poder. Por primera vez desde 1939 (por no decir desde mucho antes) casi se logró la unanimidad sobre la línea política que se debía seguir. Parecía lógico ofrecer a las grandes potencias una alternativa concreta a Franco. Claro está que, como existía otra opción con especial arraigo en la Península, donde por lo demás se venía mostrando bastante activa (la Monarquía), se trataba de jugar frente a ésta la baza de la legitimidad. Una legitimidad que, no se olvide, había sido puesta en entredicho por los mismos interesados desde los primeros días de la derrota y que se hallaba fuertemente quebrantada por la muerte, el tiempo y los problemas constitucionales, jurídicos y de derecho internacional, por no decir por la fuerza misma de la situación de hecho, a saber: la victoria de Franco en la guerra y su paulatino reconocimiento por la comunidad internacional, algunos de cuyos componentes parecían ahora querer dar marcha atrás. La muerte, en efecto, había dejado sin cabeza a la República, en el caso de que Azaña hubiera reconsiderado su dimisión. Pero, además, la guerra había mermado considerablemente el órgano representativo de la soberanía nacional por excelencia, las Cortes. El tiempo transcurrido desde 1939 jugaba también contra los exiliados, no sólo por un motivo psicológico (es muy distinto considerar los asuntos «en frío» y en una situación de hecho más o menos aceptada), sino porque los plazos de la última legislatura republicana (con la que debía buscarse la continuidad) estaban ampliamente superados. Otras cuestiones pendientes eran el papel del gobierno de Negrín, el del presidente de las Cortes, Martínez Barrio, la previsible falta de quórum y de representatividad de la Cámara de Diputados, la falta de soluciones constitucionales a situaciones que nadie, en su momento, podía prever y, sobre todo, el arduo problema del establecimiento de un gobierno y unos órganos representativos fuera del territorio de soberanía nacional. A estas dificultades, por así decirlo, materiales, se añadían otras de tipo político no menos importantes: la ya habitual falta de cohesión interna, a pesar de todos los pesares, y la falta de visión política o de sentido de la realidad, que entorpecía un enfoque adecuado de la cuestión española dentro de la política atlántica de las potencias occidentales. Los árboles, en definitiva, no permitían ver el bosque. En favor de los exiliados jugaban la situación internacional (aunque la guerra fría acabaría por dar al traste con sus aspiraciones, como ya se insinuó en Potsdam) y el apoyo

concreto de países como México y, sobre todo, factores psicológicos no poco importantes en el momento de euforia que siguió a la victoria aliada. La identificación, por todos los medios posibles, del régimen franquista con los de Hitler y Mussolini y la interpretación de la Guerra Civil como el resultado de una agresión extranjera o, lo que es lo mismo, como un preludio de la Guerra Mundial, fue el hilo conductor de la dialéctica manejada en favor de los exiliados. Lo más curioso es que no pocos de los interesados acabaran creyendo esta versión, a pesar de todas las reflexiones y actos de contricción de la primera hora.

La restauración republicana

Ya se ha visto como la restauración de las instituciones republicanas fue uno de los objetivos de la JEL al final de su gestión. Lógicamente, la función misma del organismo, tras la institucionalización de la República en el exilio, quedaba comprometida y, de hecho, fue objeto de controversia entre los partidarios de mantenerla (como Prieto) y los defensores de su desaparición (que, al final, coincidió, en efecto, con la proclamación del gobierno Giral). Pero esto había de suceder después. Antes era necesario legitimar de la forma más sólida posible esa restauración. Vista la hostilidad general hacia el gobierno de Negrín, se optó por saltar por encima de los restos del ejecutivo y fundamentar la nueva realidad que debía presentarse a las Naciones Unidas como alternativa a Franco en el legislativo, fuente, según la Constitución de 1931, de la soberanía nacional. Además, la representación mayoritaria de los partidos republicanos en las últimas Cortes debía aliviar la suspicacia de las potencias occidentales ante el Frente Popular. Este mismo pensamiento es el que motivó la exclusión de los comunistas del primer gobierno republicano en el exilio.

En realidad, ya se había producido un primer intento de reunir las Cortes en enero de 1945. Martínez Barrio, su presidente, volvía así a ejercer como tal, a pesar del desinterés demostrado en los tiempos de la fundación de la JEL, de cuya presidencia había dimitido. Esta primera convocatoria no dejó de suscitar las iras de Negrín, que comprendía su verdadera finalidad: elegir un nuevo gobierno

más aceptable para las potencias occidentales. Por lo demás, no fueron los comunistas y filocomunistas los únicos que se opusieron a la reunión parlamentaria. Quienes aspiraban no tanto a una vuelta a la situación de 1939 como a una nueva solución para el problema de España, como una parte de los socialistas, con Indalecio Prieto a la cabeza, veían en este acto un rechazo de sus propuestas y de las posibilidades políticas que entrañaba la JEL. Como la opinión pública mexicana no dejó de notar, además, la reunión de un órgano representativo en territorio extranjero violaba la soberanía nacional. Pero aun así, era más fácil contar con la benevolencia del presidente Ávila Camacho que, en efecto, concedió la extraterritorialidad al local donde se iba a celebrar la reunión, que organizar un acto de esa magnitud en la Francia recién liberada. De todos modos, la celebración de una sesión de las Cortes al otro lado del Atlántico presentaba no pocas dificultades: para empezar, la mayoría de los diputados se hallaban dispersos por la guerra, muchos de ellos habían perecido en la contienda civil o en la mundial; buena parte de los supervivientes estaban ilocalizables y, por añadidura, pocos diputados de los que pudieron ser localizados estaban en condiciones de costearse el pasaje. La reunión de las Cortes se celebró finalmente el 10 de enero en el Club France de México y fue, más que nada, una sesión necrológica en honor de los diputados desaparecidos. La falta de quórum y la expiración del mandato fueron los motivos (esgrimidos, sobre todo, por Prieto y sus partidarios) de que se aplazase la sesión hasta una nueva fecha.

Las distintas conferencias internacionales fueron creando, a partir de febrero, un clima propicio para la celebración de una nueva reunión: la Conferencia de Potsdam, que confirmó la declaración propuesta por México en San Francisco, fue seguida inmediatamente por la institucionalización de la República en el exilio. Esta vez, las circunstancias especialmente favorables hicieron que se allanasen las resistencias manifestadas en ocasiones anteriores por Indalecio Prieto. Para subsanar el problema del quórum, se arbitró un sistema de adhesiones por correo, no previsto en la Constitución del 31. De esta forma, con 96 diputados presentes y 34 adhesiones, se consiguió la mayor «asistencia» posible en aquellas circunstancias. Ávila Camacho concedió de nuevo la extraterritorialidad, aunque esta vez la sesión se celebró en un lugar tan representativo como el Salón de

Cabildos del Palacio de Gobierno del Distrito Federal, antiguo salón de actos del Ayuntamiento de la época virreinal, situado en el famoso Zócalo de la ciudad. Estas Cortes, presididas por Fernández Clérigo en ausencia de Jiménez de Asúa, a la sazón en Buenos Aires, tomaron juramento a Martínez Barrio como presidente de la República el 17 de agosto de 1945.

Hasta aquí, todo se había desarrollado según los planes de Negrín. El último presidente del gobierno republicano intentó por todos los medios defender su cargo, previendo lo que podía pasar. Con ese fin había viajado a San Francisco y a México, donde el 1 de agosto expuso su posición. La ratificación de su gobierno, último elegido legítimamente, podía ofrecer a las instituciones republicanas ese aspecto de continuidad que tanto necesitaban. Martínez Barrio no se oponía a esta posibilidad, siempre que Negrín ampliara la coalición de gobierno todo lo posible. En realidad, Negrín esperaba que Martínez Barrio, previamente nombrado presidente de la República por las Cortes, le ratificara en su cargo. De ahí que el 7 de agosto convocara una reunión de políticos españoles, en la que se acordó solicitar a Martínez Barrio una nueva reunión parlamentaria de carácter extraordinario, destinada a recibir su juramento como presidente [173]. Una vez logrado este objetivo, sabiendo que contaba con abundantes seguidores en México, Negrín no dudó en presentar su dimisión el mismo 17 de agosto, confiando en que el nuevo presidente de la República le renovaría su confianza. Sin embargo, no fue así. Las consultas realizadas por Martínez Barrio entre los distintos partidos le convencieron de la impopularidad de Negrín; el clima de la conferecia de Potsdam, por ora parte, desaconsejaba la participación de la izquierda radical en un gobierno que pretendía ofrecerse como garante de la paz y estabilidad a las potencias occidentales. Por estos motivos, Martínez Barrio encargó formar gobierno a José Giral, de Izquierda Republicana. Negrín no quiso aceptar la compensación que se le ofreció, es decir, la vicepresidencia y el ministerio de Estado. Volvía así a abrirse (si es que alguna vez se cerró) la zanja que separaba a negrinistas y comunistas del resto del exilio. El partido comunista (por el momento) quedó también fuera

[173] Homenaje a Diego Martínez Barrio, París, 1978. Citado por J. Aróstegui: *op. cit.*, p. 56. Este historiador atribuye a Negrín la anticipación de la convocatoria.

del gobierno, al que no aceptaba bajo ninguna otra presidencia que no fuera la de Negrín. Los intentos de formar un gobierno de coalición lo más amplio posible (con las condiciones ya mencionadas) se estrellaron también con la negativa de Indalecio Prieto a colaborar, si bien por motivos distintos. De hecho, según se ha visto, el líder socialista no se había mostrado nunca muy proclive a la restauración del *statu quo* anterior a 1939. En esta cuestión, como se dijo más arriba, no estaba solo: desde antes de la formación de la JEL, se habían hecho sentir voces como la de Carlos Esplá (desde la Junta Central de Acción Republicana Española), partidarios, en cualquier caso, de un restablecimiento de la Constitución. La misma JEL no iba más allá en sus objetivos. Prieto, como se verá más adelante, sí.

La ausencia de Prieto no implicó, como la de Negrín, la de la totalidad de sus correligionarios. Al frente de la cartera de Estado figuraba el socialista Fernando de los Ríos (que vivía en los Estados Unidos); otro miembro del PSOE, Luis Jiménez de Asúa, fue nombrado ministro sin cartera. El resto del gabinete lo componían Álvaro de Albornoz, ministro de Justicia y Augusto Barcia, residente en Argentina, de Hacienda (ambos de Izquierda Republicana); Manuel Torres Campañá, ministro de Gobernación (de Unión Republicana y residente en Francia); Manuel de Irujo, de Navegación, Industria y Comercio (del Partido Nacionalista Vasco, residente en Inglaterra); el general Juan Hernández Sarabia, de Defensa (sin partido y residente en Francia); Miguel Santaló, de Instrucción Pública (de Esquerra Republicana); Trifón Gómez, de Trabajo y Emigración (de la UGT, en Francia); eran ministros sin cartera, además de Jiménez de Asúa, Ángel Ossorio y Gallardo (sin partido, en Argentina), Luis Nicoláu d'Olwer (de Acción Republicana Catalana, en Francia) y José Tarradellas (de Esquerra Republicana). Algunos días más tarde se amplió el gobierno con representantes de la CNT, ausente hasta aquel momento: José Leiva ocupó la cartera de Agricultura y Horacio Martínez Prieto la de Obras Públicas. Hasta su traslado a París, el gobierno republicano en el exilio tendrá su sede en México. Por cierto que no siempre todos los miembros del gobierno y las Cortes republicanas en el exilio tuvieron tanto respeto por su cargo como cabría imaginar. Manuel Martínez Aguilar y de Pedroso, uno de los redactores de la Constitución de 1931 y de la declaración de la primera Reunión de Profesores Universitarios Españoles en La

Habana, prefería no interrumpir sus clases de teoría del Estado y derecho internacional en la Universidad Nacional Autónoma de México para ir a «jugar al gobierno» [174].

En España, la formación del gobierno republicano en el exilio no fue recibida como una amenaza real por el Régimen, sino más bien como un elemento más de la vasta conspiración internacional destinada a minar su prestigio. La teoría del contubernio comunista-judeo-masónico vino a ser alimentada por episodios como éste. Las maniobras del comunismo internacional, en definitiva, no hacían sino justificar la existencia misma del Régimen: Franco se convertía así no sólo en salvador de la patria sino en baluarte de Occidente contra el comunismo. Esta aza fue jugada con habilidad no sólo de cara al interior, sino también en la propaganda destinada al exterior, sobre todo al mundo católico. Como se ha visto, ni Franco ni Carrero Blanco creyeron nunca que las potencias occidentales reconocerían al gobierno en el exilio y, por el contrario, deseaban casi el reconocimiento de la Unión Soviética, para reforzar su posición frente a Estados Unidos e Inglaterra. Pero curiosamente, eso tan esperado por Franco no llegó a producirse. En efecto, nada más constituirse el gobierno Giral, fue reconocido por el mexicano, que le hizo entrega del edificio de la embajada española en la capital, a cuyo frente quedaría Nicoláu d'Olwer cuando gobierno y presidente se trasladasen a París. Poco después llegaría el reconocimiento de otros países hispanoamericanos, como Venezuela (cuyo presidente en aquella época era Rómulo Bethancourt), Guatemala y Panamá. Por cierto que el gobierno republicano nombraría embajador en Venezuela al recién mencionado Martínez Aguilar y Pedroso. Tanto este país como Uruguay (y los Estados Unidos más adelante) optaron por no reemplazar en Madrid a sus embajadores, fallecidos en octubre del 45. Por su parte, el parlamento peruano decidió trasladar el suyo a Roma, sin designar sustituto. Bolivia decidió también romper con Franco en el mes de septiembre. Es interesante señalar que Argentina, único país americano que mantenía relaciones amistosas con España, tampoco contaba con embajador en Madrid por esas fechas (otoño del 45), por haber sido trasladado a Washington en el mes de mayo.

[174] La anécdota la relata su antiguo alumno Garibay, *op. cit.*, p. 93.

Una segunda oleada de reconocimientos le llegaría a la República en el exilio después de la Declaración Tripartita firmada por Estados Unidos, Gran Bretaña y Francia en marzo de 1946. Esta vez se trataba de países del bloque oriental: Polonia, Yugoslavia y Bulgaria. La Unión Soviética prefirió actuar a través de sus satélites a dar un paso políticamente muy comprometedor. No es fácil explicar la actitud soviética, aparentemente contradictoria: ¿por qué, si Stalin se había mostrado especialmente duro con Franco en Potsdam, no reconoció jamás al gobierno republicano ni estableció relaciones diplomáticas con él? Sería demasiado sencillo argumentar que ello hubiera implicado por parte de Moscú el ajuste de las cuentas de la guerra, que hasta entonces (reservas de oro del Banco de España incluidas) habían arrojado un salvo favorable [175]. Otra explicación apunta al hecho de que, desde un punto de vista diplomático, era menos arriesgado para Moscú, en un momento en que la temperatura política entre los dos bloques descendía a velocidades vertiginosas, no dar la cara abiertamente en la cuestión española, quedando libre, de paso, para efectuar cuantas maniobras considerase oportunas [176]. Entre éstas cabe mencionar una tan insólita como poco conocida en general: el intento, a principios de 1947 (es decir, cuando lo peor ya había pasado) de establecer relaciones con España, e incluso rectificar su posición política al respecto, con el fin de contrarrestar la creciente influencia americana en la Península [177]. Por cierto que, en otoño de 1946, Molotov desmintió ante un atónito Giral los rumores que corrían sobre tales negociaciones, al paso que reiteraba la negativa soviética a reconocer al gobierno republicano; en cambio, le prometía levantar el veto que impedía que el caso español pasara a la Asamblea General de la ONU. Pero hasta los primeros meses de 1947, que coinciden con el inicio de la distensión para Franco, la actitud soviética era mucho más sutil de lo que la mayo-

[175] Esta es la teoría de F. Giral: *op. cit.*, p. 209.

[176] El 22 de octubre de 1946, Prieto escribía en el periódico mexicano *Novedades* sobre el caso de Rusia, que se mantenía en una postura comóda sin reconocer al gobierno republicano ni rendirle cuentas sobre el oro de Moscú. Por cierto que el periodista Junco le acusaba en las mismas páginas, poco más adelante, de hacer lo mismo con el tesoro del Vita. *Vid.* Junco: *op. cit.*, pp. 57-60.

[177] El contacto se estableció en Suiza entre un comerciante catalán llamado Pujol y un capitán del ejército ruso. En Tusell: *Carrero*, pp. 165-166. El tema ha sido tratado también por Luis Suárez en *Franco y la URSS*, Madrid, 1987.

ría de los republicanos podían imaginar (a pesar de los antecedentes de la Guerra Civil).

Por aquella época, tanto el Foreign Office inglés como el Departamento de Estado americano estaban preocupados por el interés soviético en la cuestión española. Para los británicos, tras la creciente presión francesa (que culminó a raíz de la ejecución del comunista Cristino García y otros nueve maquis) para llevar el asunto al Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas se podía descubrir la mano de agentes soviéticos. La intervención extranjera y la caída de Franco desembocarían irremediablemente en una guerra civil y en el establecimiento de una situación favorable a la Unión Soviética y contraria, por tanto, a los intereses británicos. Por su pate, el informe del Encargado de Negocios americano en Moscú, George F. Kennan, era bastante explícito. Aparte del resentimiento por la Guerra Civil y la División Azul, Rusia estaba interesada en el establecimiento de un Estado comunista en España, que sirviera de apoyo a los partidos comunistas francés e italiano y de cabeza de puente hacia Latinoamérica y Marruecos. Como el recuerdo de la Guerra Civil hacía desaconsejable una intervención directa de la Unión Soviética en España, se trataba de movilizar a la opinión pública internacional contra Franco, consiguiendo el aislamiento y luego la caída de su régimen. Pero a la Unión Soviética no le interesaba el establecimiento de un gobierno moderado, sino una situación de desorden en la que, eliminados los elementos menos radicales de la oposición (que el temor habría empujado previamente hacia Franco), el partido comunista acabaría haciéndose con el poder [178].

En estas condiciones, está claro que para la Unión Soviética el flamante gobierno republicano en el exilio tenía una importancia muy relativa. Pero, además, su apoyo (que se buscó mediante la inclusión de comunistas en el gobierno) podía ser un arma de doble filo, como señaló, según se ha visto, Carrero Blanco y como supieron ver algunos exiliados que se mostraron especialmente clarividentes en aquella ocasión, como Salvador de Madariaga, contrario a que la cuestión española fuera discutida en el Consejo de Seguridad de la ONU, precisamente por la manipulación a que podía someterla la Unión Soviética. Por si fuera poco, un respaldo explícito al go-

[178] Portero: *op. cit.*, pp. 147-150.

bierno republicano por parte de Rusia no haría sino enajenarle las simpatías occidentales. En el mismo México, la opinión pública era extremamente sensible a las maniobras del comunismo internacional, que sufrían en su propio suelo: recuérdese el atentado a Trotsky en verano de 1940 o la trágica muerte de Oumansky [179]. En medio de estos dilemas políticos, el gobierno en el exilio comenzó su acción internacional y su propia evolución interna. Pero no podía decirse que, llegada la hora, pudiera considerarse como el único órgano representativo de un exilio que, por el contrario, desmintiendo la unanimidad aparente del mes de agosto, se presentaba de nuevo fragmentado.

Para presentar batalla, el gobierno necesitaba medios financieros. Éstos dependían a su vez, en buena media, del apoyo internacional, necesario incluso para administrar los propios fondos. En el epígrafe sobre las organizaciones de ayuda a los refugiados se mencionó como las autoridades mexicana disolvieron la CAFARE nada más constituirse el gobierno Giral, que pudo contar, de esta forma, con una parte de los antiguos fondos de la JARE. Decimos una parte, porque otra seguía bajo la directa administración de Prieto, cuyas iniciales reticencias hacia el recién formado gabinete no estimulaban precisamente su generosidad. Como en anteriores ocasiones, apoyó su negativa en argumentos jurídicos (no estaba dispuesto a entregar ese patrimonio a un gobierno que no contaba con el reconocimiento de las Cortes) y hasta picarescos. En efecto, ¿cómo justificar ante las autoridades mexicanas esos fondos que habían escapado a su control? Por aquellos días se desencadenó en la prensa mexicana una fuerte polémica al respecto: si por fin Prieto había rendido cuentas, al parecer privadamente, a Giral, no lo había hecho en público. Su actitud, por lo demás, resultaba contradictoria con su intento, en 1939, de negociar con Franco la entrega de los fondos a cambio del retorno de los refugiados. La frustrada operación implicaba que Prieto reconocía en el fondo como legítimo propietario de esos bienes al Estado español y no a unos políticos que a nada ni a nadie representaban ya. Pero ante la inminente posibilidad de una vuelta al poder en vista de las circunstancias internacionales, Prieto volvió a la actividad política y terminó colaborando con el gobierno Giral en la recuperación de unos bienes que se hallaban

[179] Junco: *op. cit.*, pp. 48-52.

en parte dispersos. El mismo ministro de Hacienda, Augusto Barcia, dirigió un telegrama a Prieto, Esplá y Andreu el 3 de noviembre del 45, transmitiéndoles el agradecimiento del consejo de ministros por su labor de recuperación de esos valores que debían constituir el patrimonio del gobierno republicano en el exilio [180]. El caso es que Prieto no era el único detentador de bienes nacionales: Negrín contaba, según se vio, con no pocos recursos en el extranjero. En contraste con su propia reserva acerca del *Vita*, don Indalecio se dedicó a airear las no menos oscuras cuentas del SERE [181]. El doctor canario también se negó a hacer entrega de estos bienes primero a Giral y luego a Llopis, mientras Prieto no entregara la documentación de la parte que había sustraído. Al fin y al cabo, era mucho pedir que Negrín, en un primer momento de despecho, devolviera nada a un gobierno que consideraba casi usurpador. La prueba es que, antes de morir, en noviembre de 1956, dispuso en su testamento la entrega de toda la documentación sobre el oro de Moscú al gobierno de Franco, con gran escándalo de Gordón Ordás, a la sazón jefe del gabinete en el exilio. Los 12.000.000 de la CAFARE, en resumen, iban a durar hasta 1949. En esas fechas el cuarto presidente del gobierno en el exilio, Gordón Ordás, intensificaría su labor de relaciones públicas en diversos países hispanoamericanos con el fin de allegar fondos. Como cabe imaginar, no tuvo que hacerse de rogar con México, que ya desde su formación subvencionaba al gobierno republicano en el exilio con 10.000 pesos mensuales (cantidad que aumentaría después). En Cuba, el gobierno de Socarrás también concedió una subvención de 1.500 dólares mensuales, que se mantuvo bajo Batista, hasta diciembre de 1958. El tercer pilar financiero del exilio sería, más tarde, la Yugoslavia de Tito. El gobierno de Gordón Ordás arbitró otros métodos para aumentar los ingresos de la república en el exilio. Quizá fuera el principal los llamados bonos de Liberación Española, que se intentaron vender a particulares y bancas simpatizantes, con escaso éxito, tanto en Europa como en América.

Tan importantes o más que los medios económicos fueron los contactos diplomáticos, como se ha visto a propósito de las distintas

[180] Ibíd., pp. 70-71.

[181] Aparte del oro de Moscú, Prieto denunciaba el empleo de fondo del SERE por el Partido Comunista Francés, que además de subvencionar con ellos su propaganda y el periódico *Ce Soir*, se había incautado los barcos de la compañía France Navigation. Ibíd., pp. 72-73.

conferencias encargadas de organizar el nuevo orden mundial. En principio, la actitud de los aliados era unánime: todos eran contrarios al gobierno de Franco. Pero una cosa es que rechazaran al *Caudillo* e incluso intentaran su caída y otra muy distinta, como se va viendo, que prestaran su apoyo efectivo al gobierno republicano en el exilio. Los países anglosajones fueron variando de actitud, terminando por preferir a Franco como mal menor, que, al menos, garantizaba estabilidad en una zona de alto interés estratégico. El respaldo ruso estaba por su parte, como se acaba de ver, supeditado a una estrategia de mayor alcance, en el que una República moderada no jugaría ningún papel. Así las cosas, las principales iniciativas en favor del exilio partieron de México y de Francia. En este último país, como se verá, la dimisión del general De Gaulle significó el fin de las reticencias a una política española más agresiva. Ni que decir tiene que el signo izquierdista del gobierno galo y su relación con algunos de los líderes españoles del exilio (por no hablar de la fuerte presencia de refugiados y su participación en la Resistencia) tuvieron no poco que ver con la toma de posiciones de Francia en los últimos meses de 1945 y, sobre todo, en los primeros de 1946. En la batalla de la ONU, completarían el frente antifranquista los ya mencionados países del Este y buena parte de la Hispanidad, en función, esta última, del signo político del momento.

Según se apunta en otro lugar de estas páginas, la labor de propaganda del exilio, iniciada en algunos casos a bordo de las mismas naves que conducían a los refugiados a sus nuevas patrias, tuvo especial incidencia en los países de habla hispana. A los periódicos publicados por los diversos partidos y grupos políticos, vino a sumarse en 1945 *España Nueva,* órgano oficioso del gobierno en el exilio y sucesor de *España con Honra* y *España* (publicados respectivamente por Acción Republicana Española y la Junta Española de Liberación). Con una tirada inicial de 20.000 ejemplares, se convirtió en el periódico republicano de mayor difusión e influencia en México. Allí publicó también el gobierno republicano, hasta su traslado, su *Boletín Oficial.* Por supuesto, la propaganda no procedía sólo de las instituciones republicanas ni estaba destinada exclusivamente a la propagación de la causa en el Nuevo Mundo. Otros grupos y asociaciones, generalmente culturales, aparte del gobierno y los parti-

dos, publicaron revistas que se enviaron clandestinamente a España [182]. Parte fundamental de la propaganda fue, según se va viendo, la incansable actividad de los principales exiliados como conferenciantes y su intenso cultivo de las relaciones públicas. En realidad, se puede decir que ésta fue su arma principal, sobre todo en los países cuya política sobre el caso español no estaba definida en principio (lo cual no era el caso de las grandes potencias que eran, al fin y al cabo, las que imponían las reglas del juego).

Señales de crisis interna

Todos estos medios perseguían unos fines que, a pesar de las primeras manifestaciones oficiales, no siempre estuvieron claros. Por lo menos, la unanimidad acerca del fin principal (la caída del gobierno de Franco) no existía en lo que se refiere a los otros objetivos declarados en diversas ocasiones por el gobierno, sus antecesores y los diversos sectores de la oposición en el exilio. Las contradictorias declaraciones de Giral, sin ir más lejos, le acarrearon la suspicacia de los anglosajones y de buena parte de sus compañeros de éxodo. El problema principal era lo que debía pasar a la caída de Franco, pero también cómo debía producirse dicha caída. El dilema, en el fondo, era el mismo que había enfrentado anteriormente a la Unión Nacional con la JEL, a Negrín con esta última y con el nuevo gobierno del exilio y, si se apura, a republicanos legitimistas contra todos y a estos últimos entre sí. Atengámonos por el momento a los objetivos del gobierno Giral. En su declaración ministerial (redactada por Fernando de los Ríos y hecha pública poco después de la creación del nuevo gabinete), el presidente del gobierno intentó ofrecer a las potencias una imagen de moderación y tolerancia [183] que quedó bastante mermada por su alusión a la intención de suprimir el ejército

[182] La principal fue, sin lugar a dudas, *Las Españas,* abierta al diálogo cultural y político con el otro lado del Atlántico, cosa de la que no todas las publicaciones del exilio podían presumir. Recordemos, entre otras revistas publicadas en México, *España Peregrina* (de la Junta de Cultura Española), el *Boletín Informativo* de la Unión de Profesores Españoles en el Extranjero, así como el *Boletín* y las *Memorias* del Ateneo Español.

[183] El presidente del gobierno contraatacó en la misma dirección que Franco, confiando en que el influyente *lobby* católico norteamericano acogería con agrado sus referencias a las futuras relaciones de la República con la Iglesia.

franquista, sustituyéndolo por el republicano, y su voluntad de ejercer a su llegada al poder una «justicia sin venganza» sobre los vencedores. Pero lo peor (desde el punto de vista del apoyo de las potencias occidentales) fue el titubeo de Giral entre la restauración pacífica de la República y el recurso a la violencia. Este dilema se repitió a lo largo de todos los gobiernos republicanos y supuso, en plena guerra fría, la enajenación de las simpatías internacionales en favor del mantenimiento del *statu quo*. El 22 de diciembre de 1945, antes de trasladarse a Europa, Giral hizo unas declaraciones al diario mexicano *Novedades,* seguramente con el fin de ofrecer una imagen fuerte en unos momentos en que la reputación de su gobierno (que no había sido reconocido por las grandes potencias) estaba en entredicho, mientras parecían ganar fuerza las opciones monárquica y plebiscitaria. Tal afirmación de fuerza pasaba por subrayar la importancia de los efectivos a disposición de la República en el interior de España (unos 40.000 guerrilleros), que harían posible el desencadenamiento de una nueva guerra civil y la subida de su gobierno al poder. Al mismo tiempo, apuntaba la posibilidad de dar cabida en su gabinete a los comunistas, hasta entonces excluidos por los motivos mencionados.

No era ésta la última vez que Giral, con su alusión al uso de la violencia, desencadenaría la alarma de las potencias occidentales y los comentarios sarcásticos de sus enemigos políticos. Mientras la Asamblea Francesa se movilizaba en favor de su gobierno, pocos días antes de que la dimisión del general De Gaulle posibilitara definitivamente su traslado a París, Giral ponía en entredicho la función misma de las resucitadas instituciones republicanas en unas declaraciones a la agencia France Presse. La instauración de la República debía efectuarse, según manifestó esta vez, en tres etapas: al exilio de Franco seguiría un gobierno militar que garantizase el orden público y diera paso a un gobierno de transición. Este último (compuesto por personalidades republicanas moderadas) elaboraría las listas electorales y entregaría el poder finalmente al gobierno republicano legal. Los ministros intentaron capear el temporal como pudieron, llegando uno de ellos (Torres Campañá) a calificar de apócrifas las declaraciones del presidente. Esta serie de desacreditaciones no resultaban muy oportunas ni contribuían a consolidar el prestigio de la República en el exilio.

Tras este breve paréntesis transaccionista, el presidente del gobierno reanudó sus declaraciones explosivas. El 18 de julio de 1946, cuando la cuestión española se puede decir que está al rojo vivo en las Naciones Unidas, Giral vuelve a publicar un manifiesto en que señala como únicas vías posibles la guerra o la presión internacional sobre el régimen de Franco. Precisamente cuando ésta se estaba gestando, era más bien inoportuno alardear de los armamentos y oficiales disponibles y a la espera de órdenes. Pero parece que las declaraciones de los políticos españoles presentan una extraña tendencia a variar según sean sus destinatarios los españoles del interior o los foros internacionales. Así, en octubre del 46, el gobierno Giral dirige a todos los españoles un manifiesto en el que aboga por el restablecimiento pacífico de la libertad y la República [184]. Conviene señalar, en justicia, que tales oscilaciones no fueron patrimonio del primer presidente del gobierno en el exilio. Nada menos que en 1960 el presidente de la República, Martínez Barrio, provocó la dimisión del jefe de gabinete, Godón Ordás, al efectuar un llamamiento a la juventud invocando el deber de la violencia. Sin embargo, en 1958, Gordón hacía escrito un comunicado confidencial a las principales cancillerías proponiendo un plan y solicitando su ayuda para restablecer un régimen democrático en el caso de que se produjera la restauración de la monarquía.

Qué duda cabe de que el sistemático rechazo de diálogo con esta última fue una opción política que se revelaría costosa para los republicanos legitimistas; como lo fue su desconexión de la realidad nacional, hasta que en un último momento se impuso la razón, sobre todo cuando se vio que nada cabía esperar ya de la intervención extranjera. Sin descartar esta última, es más, mostrándose especialmente activo en los medios diplomáticos internacionales, hubo un ilustre exiliado que optó por otras soluciones que tuvieran en cuenta la voluntad nacional. La postura de Indalecio Prieto es tan variable y controvertida como su misma forma de expresarse. En los momentos que nos interesan (que son los del nacimiento y primeros pasos del gobierno de la República en el exilio), Prieto mostró una actitud doble y no poco equívoca (al menos, para sus oponentes).

[184] Los documentos mencionados se encuentran en Aróstegui: *op. cit.*, pp. 126-127 y 132-133, y F. Giral: *op. cit.*, pp. 210-211.

Autor, en los primeros tiempos del exilio, de la famosa frase que calificaba a los políticos republicanos (y a sí mismo) de cadáveres que caminaban con permiso del sepulturero, no dudó en volver a la política activa (si es que alguna vez llegó realmente a abandonarla) apenas entrevió posibilidades de que los aliados derrocaran a Franco. Su participación en la JEL no le hizo, sin embargo, compartir los objetivos de los legitimistas más recalcitrantes. En el fondo, seguía pensando que la República era un cadáver que había que enterrar. En conformidad con ello, había emprendido ya a principios de los años cuarenta su peculiar campaña en los países americanos para promover la celebración de un referéndum que solucionase de forma democrática la cuestión del régimen español. Sus reticencias a la convocatoria de las primeras Cortes, en enero de 1945, estaban motivadas por reservas jurídicas, pero también por una visión política radicalmente distinta. Si en última instancia aceptó la segunda convocatoria y la formación del gobierno, fue como medio más que como fin. En efecto, no lo hizo sin reticencias, y lo relativo de su acatamiento se comprueba al revisar la serie de actos en que, poco después de la institucionalización de la República en el exilio, siguió promoviendo su política particular; política que, en definitiva, entraba en abierto contraste con la vuelta a la legalidad de 1936. En el gobierno republicano veía, más que nada, un instrumento útil de maniobra cerca de las grandes potencias y por ello lo aceptó sin descartar la JEL. Por cierto, que el decreto de disolución de ésta se firmó casi a sus espaldas, cuando se hallaba convaleciente de una operación en el Instituto de Oftalmología de Nueva York [185]. Con Junta o sin ella, cuando el gobierno se mostró reacio a aceptar la oferta mediadora del presidente cubano (que se ofrecía como garante de un plebiscito) y cuando Giral empezó a hacer declaraciones tan explosivas como contradictorias, Prieto se colocó abiertamente en la oposición, sin que ello quiera decir que se identificase con los otros miembros conspicuos de la misma: Negrín, los comunistas, los anarquistas. Pero no estaba solo: como se ha dicho, Largo Caballero, que en principio no había ahorrado improperios a su costa, compartía sus puntos de vista y, en los últimos meses de vida, que coinciden preci-

[185] La Junta firmó el acuerdo de disolución el 31 de agosto de 1945 y cursó a Nueva York un telegrama de agradecimiento a Prieto por los servicios prestados.

samente con los primeros del gobierno republicano, se dedicó a promocionar en distintos ambientes sus famosos «once puntos». Por otra parte, la intensificación de esta propaganda no obedecía al azar, sino que coincidía con un momento en que, como se ha visto, el gobierno republicano atravesaba sus primeras crisis de desprestigio. Había, además, que contrarrestar la actividad monárquica (primera beneficiaria de los traspiés republicanos), que hacía cuentas con los mismos números que Prieto. No es extraño que terminaran encontrándose.

El bloqueo internacional al régimen de Franco

Crisis y titubeos aparte, el recién nacido gobierno republicano en el exilio debía organizar su estrategia en función de lo mismo que había inspirado su propia aparición: las Naciones Unidas. Una vez excluido Franco de la organización internacional, se trataba de expulsarlo del poder. Ya se ha visto como el exilio, en conjunto, esperaba que la solución viniera de fuera, bien en forma de intervención (que no excluía la presión diplomática, económica e incluso la violencia) o bien en forma de aval de un proceso que debía generarse en el interior de la misma España, por inspiración, eso sí, de las presiones exteriores y del exilio. El apoyo internacional interesaba, por tanto, a Giral como a Prieto e incluso a los monárquicos. Cuando se hizo claro que el respaldo de las potencias occidentales sería limitado debido a sus intereses estratégicos, se intentó por todos los medios ampliar el foro del debate. La Asamblea General de las Naciones Unidas y, dentro de ella, los países hispanoamericanos se presentaban, a primera vista, como una excelente caja de resonancia para el exilio. Igual que hubo unanimidad en la solución por vía internacional del conflicto, la hubo en utilizar como argumento principal contra el régimen de Franco el considerarlo una amenaza para la paz. En efecto, una vez declarada en las grandes conferencias oficialmente su origen y naturaleza fascista, la cuestión española se convertía no sólo en prólogo, sino en epílogo de la II Guerra Mundial. Este argumento tuvo que hacer frente, en el debate internacional, al principio de no intervención, esgrimido por el propio régimen de Franco y por los países simpatizantes e incluso neutrales. Pero tam-

bién, en definitiva, por las potencias occidentales, y no sólo por cuestión de principios sino, como se ha visto, de interés.

Las diversas iniciativas de los exiliados partían de una visión esencialmente optimista de las circunstancias. No les faltaba totalmente la razón. Pero no todos los vientos soplaban a su favor, aunque a veces las apariencias lo dieran a entender. Como ya se ha dicho, el factor principal, sin lugar a dudas, fue el desencadenamiento de la guerra fría, que llevó a las potencias occidentales (en principio Gran Bretaña y después, a medida que se hizo patente su predominio, los Estados Unidos) a intensificar su política de estabilidad en el Mediterráneo y el Atlántico. Frente a este hecho fundamental, cuyo alcance no todos supieron apreciar, los exiliados pusieron su confianza en la amistad de países que desde 1931 (y sobre todo, 1936) venían dando muestras de simpatía por la causa republicana: México, Francia y Rusia. La afinidad política estuvo mezclada, sobre todo en el caso de Rusia, con otros factores de orden estratégico, como se ha visto. Pero, incluso en los casos en que se presentaba de forma más pura, como en México, no dejó de estar sometida a cuestiones de tipo interno. El exilio confiaba en una fuerza mayor, a su juicio, que la de los gobiernos, capaz de determinar la actuación de estos últimos: la opinión pública. Si no se equivocaban en cuanto a la importancia real del antifranquismo (muy fuerte en algunos casos, como en Francia), no acertaron totalmente en su influencia. Es cierto que la opinión pública (especialmente si mediaban consultas electorales) condicionó la actitud de varios gobiernos, pero no lo es menos que las medidas adoptadas por éstos fueron concesiones que poco o nada cambiaron las líneas políticas fundamentales. Por otra parte, no hay que olvidar que los hombres del régimen de Franco tampoco se durmieron en los laureles y movilizaron en su favor a aquellos sectores de la opinión pública internacional que, dicho sea de paso, empezaban a jugar un papel crucial en la reconstrucción de la España de posguerra, a través de los partidos democratacristianos: los católicos. Por parte del exilio, los únicos esfuerzos que partieron en esa dirección fueron los de los catalanes y, sobre todo, los vascos. No hay que olvidar que el caso vasco supuso, durante la Guerra Civil, una auténtica sacudida a la conciencia del mundo católico. Su distanciamiento formal de las instituciones republicanas (que no le impedía beneficiarse de sus logros) contri-

buía a no manchar la imagen vasca en el exterior, desvinculándola de todo radicalismo político.

La mala imagen adquirida durante la Guerra Civil era, precisamente, lo que los dirigentes del exilio político intentaban hacerse perdonar a toda costa; de ahí el esfuerzo institucionalizador, su referencia constante a 1931 (más que a 1939) y su distanciamiento inicial de las fuerzas del Frente Popular. Radicalismo aparte, la fama negativa tenía otro origen mucho más cercano y bien visible: la división de las filas republicanas en el mismo exilio. División que, con brevísimos y relativos paréntesis de tregua, no parecía ceder ante la necesidad de unidad. Decimos brevísimos porque duraban lo que la creación de un órgano unitario (léase el gobierno, por ejemplo) y relativos porque ni aún entonces lograban ponerse de acuerdo todos los grupos políticos (los comunistas quedaban regularmente marginados de las iniciativas de los demás y viceversa). Como la división era garantía de inestabilidad en un hipotético futuro, la repercusión de la mala imagen en la política de las potencias occidentales, que se dejaban llevar más por la cabeza que por el corazón, fue inevitablemente negativa para la causa del exilio y favorable, de rechazo, a Franco.

Otro factor psicológico que curiosamente fue mejor apreciado por los países extranjeros que por los mismos españoles exiliados fue la opinión nacional. Por dos motivos: primero, porque no todos los políticos de exilio supieron tener en cuenta lo que pensaban los millones de compatriotas que seguían viviendo en España; ésta fue, entre otras, una de las causa de disensión política, como se ha visto. Segundo, porque pocos supieron prever la reacción de la gran masa de los españoles ante lo que consideraron una injerencia exterior. Esta baza fue jugada, sin embargo, por Franco con gran habilidad. En las cancillerías, perspicaces observadores del mundo hispánico (singularmente los británicos) advirtieron en su momento del efecto contraproducente de cualquier medida contra el *Caudillo.* En realidad, si Franco interpretaba cualquier agresión contra su persona como un ataque a España misma (con la que se identificaba totalmente), los españoles del interior tampoco eran proclives a hacer sutiles diferencias, por lo que la identificación con el jefe del Estado llegó en aquellos momentos a cotas inimaginables. De nada servían los distingos de un Giral o de los países favorables

a la causa del exilio porque además, en definitiva, las medidas propuestas repercutían sobre el mismo pueblo español, por más que estuvieran destinadas sólo a su gobierno. Ésta es, si bien se mira, la paradoja de las presiones internacionales que se arbitran para «salvar» a cualquier pueblo.

El invierno caliente del 1945-1946 y la Declaración Tripartita

De momento, el otro «salvador» de la patria inició, según se ha visto, su labor cosmética de cara al exterior, mientras que en el interior seguía la consigna de «orden, unidad y aguantar», reforzada por una conveniente represión. Ésta fue bastante suave, si es que merece tal nombre, con generales como Kindelán, que durante el verano se habían permitido de nuevo presionar en favor de la restauración monárquica. Sin embargo, a finales de 1945 continúan las gestiones para el traslado del pretendiente al trono a Portugal y una posible entrevista con Franco. Ni que decir tiene que las esperanzas monárquicas estaban depositadas, igual que las de los exiliados, en las Naciones Unidas. Casi podría decirse que entre ambos grupos de la oposición se estableció una particular competición, aunque corrieran, en definitiva, por «pistas» diversas: la elegida por los exiliados desembocaba en las Naciones Unidas, mientras que los monárquicos siguieron la vía de los contactos particulares a alto nivel, sin excluir, como se vería finalmente, el pacto con el «enemigo» común. En efecto, una diferencia fundamental entre ambas opciones es que la monárquica estaba parcialmente englobada dentro del mismo Régimen, por lo que jugaba con ventaja en el interior. Franco, por su parte, dejaba que Martín Artajo difundiera en el exterior, ante las cancillerías más conservadoras, la idea de una no muy lejana restauración. Los mismos exiliados eran conscientes de esa posibilidad y actuaron en consecuencia.

Pero en la reunión de las Cortes celebrada en México el 7 de noviembre, quedó claro que Prieto no iba a prestar su apoyo incondicional a un gobierno que cifrando, en palabras de Giral, sus mayores esperanzas en el apoyo internacional, no había conseguido hasta la fecha el respaldo que se esperaba. Su concepción meramente instrumental de gobierno queda patente en su intención de no partici-

par en las tareas legislativas, que considera absolutamente improcedentes en una situación por lo demás claramente inconstitucional según su manera de ver. El acatamiento al nuevo gobierno, además, estaba supeditado para Prieto a las directivas impuestas por la base de su partido. Detrás de todas estas declaraciones, que levantaron una fuerte polémica en México, estaba el rechazo manifiesto de Giral a la oferta de mediación en un futuro plebiscito de Grau San Martín, el presidente cubano. En esta misma dirección, Largo Caballero se entrevistaba por aquella época con diplomáticos hispanoamericanos y mantenía, como se recordará, conversaciones secretas con representantes de don Juan. También en el mes de diciembre se produjo el ya mencionado cambio de actitud de los comunistas en favor de una consulta, que sin embargo debía celebrarse sólo después de echar a Franco y sin la supervisión de países extranjeros.

Prieto no dejaba de ver los motivos de las reticencias del general De Gaulle al traslado del gobierno republicano a Francia. El proyecto, en realidad, tenía su origen en la enorme atención que estaba dedicando este país al caso español y en una futura cumbre entre Inglaterra, Estados Unidos y Francia. Por cierto, que el origen de esta reunión, así como la actitud del gobierno francés en general, no es el antifranquismo a ultranza que se suele creer; tal antifranquismo, en efecto, existía y muy fuerte, en una izquierda que presionaba de manera creciente al gobierno. La actitud de este último, sin embargo, era mucho más matizada. El ministro de Negocios Extranjeros, el católico Bidault, era en el fondo contrario a la toma de medidas drásticas contra España. Su embajador en Madrid le advertía de los peligros de suscitar una situación que podría desembocar en una nueva guerra civil, al tiempo que le informaba de la reacción del pueblo español ante la injerencia internacional. Pero la presión de la izquierda y los sindicatos podían hacer saltar el gobierno de coalición, formado por católicos, socialistas y comunistas, y Bidault intentó ganar tiempo ideando una política coordinada con Inglaterra y Estados Unidos. El mismo día en que el ministro inglés Bevin recibía con severidad al nuevo embajador español en Londres (asegurándole, eso sí, que no intervendría en los asuntos internos), Bidault propuso a los diputados la acción conjunta con los aliados occidentales, esperando que éstos se negarían a adoptar las medidas contundentes exigidas por la izquierda. Al mismo tiempo, el general

De Gaulle comunicaba a Franco su intención de resistir a las presiones y seguir manteniendo relaciones diplomáticas [186]. De hecho, hasta que se produjo su dimisión, denegó el permiso de entrada al gobierno republicano en el exilio. Todo esto ocurría el 5 de diciembre. El 12, el gobierno francés envió una nota al inglés y americano proponiendo romper relaciones con el régimen de Franco y reconsiderar la postura que había que adoptar hacia el gobierno republicano en el exilio. Por supuesto, los destinatarios de la nota se negaron a adoptar una medida que consideraban perjudicial a sus propios intereses, aparte de arriesgada y prematura. Pero tampoco estaban dispuestos a dejar que Francia actuara por su cuenta y que la opinión pública se les echara encima, por lo que empezaron a considerar oportuna una declaración conjunta de los tres países.

La cuestión española provocó un encendido debate en la Asamblea Nacional francesa, reunida el 15 de enero para discutir sobre la política exterior. Los diferentes puntos de vista (todos estaban contra Franco, pero la derecha no apoyaba la ruptura de relaciones) pusieron de manifiesto las tensiones ya existentes en el interior del mismo gobierno, que llevaron a De Gaulle a dimitir el día 20. Finalmente, aunque Bidault seguía convencido de que la adopción de una postura demasiado drástica perjudicaría las relaciones con los anglosajones (por no hablar de la propia economía francesa), fue arrastrado por los acontecimientos. El 22 de enero, la Asamblea aprobó una declaración en la que, aparte de ratificar la invitación a los Estados Unidos e Inglaterra a que rompieran sus relaciones con España, se instaba al gobierno francés a que hiciera lo propio por su cuenta y garantizara el asilo a los refugiados españoles y, en concreto, a sus líderes políticos [187]. Ello significaba, en la práctica, vía libre para el gobierno en el exilio. Ante la declaración de la Asamblea francesa, los gobiernos anglosajones se vieron arrastrados igual que lo había sido Bidault. Se repetía así una dinámica que había podido ya observarse en Yalta, San Francisco y Potsdam y que iba a caracterizar también los debates en el seno de las Naciones Unidas. Hay que decir, sin embargo, que este «dejarse llevar» era relativo, puesto que, en el fondo, lo que se pretendía era frenar, mediante concesiones, la adopción de la política más radical.

[186] Portero: *op. cit.*, pp. 133-138.
[187] Ibíd., pp. 140-142.

Los acontecimientos empezaban a precipitarse. El 9 de febrero, la Asamblea General de las Naciones Unidas, a propuesta de Panamá, aprobó una resolución en la que recomendaba a sus miembros que actuaran de acuerdo con las declaraciones de San Francisco y Potsdam [188]. El día anterior, Giral había llegado a París. Como en un tablero de ajedrez, don Juan se instalaba en Estoril después de un largo tira y afloja con las autoridades portuguesas y españolas. El *Saludo* que 458 personalidades le dirigieron el 13 de febrero provocó las iras de Franco. En esos mismos días, por si fuera poco, el gobierno americano decidió publicar (no sin reservas por parte británica) un «libro blanco» con los documentos encontrados en los archivos de Berlín sobre las relaciones españolas con el *Reich*. Londres, que había preparado otro con documentos diferentes, decidió no publicarlo por considerar que reforzaría la imagen de Franco como hábil estadista que supo mantenerse neutral [189]. La llegada, el 3 y el 15 de febrero, de los informes ya mencionados sobre la política rusa de los representantes americanos en Moscú y Madrid contribuyó a aumentar la tensión en el Departamento de Estado americano, que tenía que hacer frente a una opinión pública cada vez más exacerbada y a la no menos desbocada iniciativa francesa. Un nuevo acontecimiento contribuyó al estallido de la situación. La ejecución, el 21 de febrero, de Cristino García (antiguo héroe de la Resistencia francesa) y de otros nueve guerrilleros comunistas, fue interpretada como un desafío de Francia, ya que Francia había solicitado previamente el indulto. Bidault tuvo que rendirse a las presiones el 26 de febrero el gobierno decidió cerrar la frontera y comunicó a Londres y Washington su intención de llevar el asunto ante el Consejo de Seguridad de la ONU [190].

[188] Aprobada por 46 votos a favor, votaron en contra El Salvador y Nicaraga. Lleonart: *op. cit.*, pp. 57-59.

[189] Ibíd., pp. 64-66; la réplica del gobierno español, fechada en marzo, igual que el «libro blanco», hacía, en efecto, hincapié no sólo en la neutralidad española, sino también en los beneficios que de ella se habían derivado a los aliados (ibíd., pp. 67-80). Por cierto que el Departamento de Estado americano había publicado en los mismos días un «libro azul» sobre Argentina. El Foreign Office tenía otro motivo para no publicar sus documentos: la amenaza del embajador español de que haría lo mismo con los relativos a las conversaciones angloespañolas sobre la ocupación del Marruecos francés en 1940 y 1941 (Portero: *op. cit.* p. 155).

[190] Portero: *op. cit.*, pp. 144-146. Bidault confesó al embajador inglés que la medida, de cuya eficacia dudaba, estaba destinada a evitar una crisis de gobierno. El cierre de frontera

Ante esta posibilidad, que brindaría a la Unión Soviética la ocasión de intervenir directamente en España, en un clima de tensión creciente, sobre todo debido a la presión de los sindicatos, los gobiernos inglés y americano se avinieron a emitir una declaración conjunta [191]. La Declaración Tripartita firmada en Londres el 4 de marzo ratificaba la exclusión de España de la comunidad internacional mientras Franco siguiera en el poder, pero anunciaba su intención de no intervenir, correspondiendo al mismo pueblo español decidir su destino. El documento expresaba la esperanza de que los dirigentes «patriotas y de espíritu liberal» encontrarían una forma pacífica de conseguir la retirada de Franco y la abolición de la Falange, instaurando un gobierno interino o provisional que, tras restablecer las oportunas libertades, diera al pueblo la oportunidad de «determinar el tipo de gobierno que prefiere y escoger sus jefes» [192]. En la práctica, la Declaración suponía la victoria del principio de no intervención y el cese del apoyo a los exiliados, que quedaban sin más respaldo que el de Moscú. Con el fin de garantizarlo, Giral amplió su gabinete con el comunista Santiago Carrillo (de la Juventud Socialista Unificada) si bien, para compensar, introdujo también a Alfonso Rodríguez Castelao (del Consejo Nacional de Galicia en Buenos Aires) y Rafael Sánchez Guerra (republicano conservador, que a la sazón se encontraba en España, por lo que su nombramiento no se hizo público hasta que cruzó la frontera). Indalecio Prieto, por su parte, se opuso a la inclusión de comunistas en el gobierno, al tiempo que interpretó la Declaración Tripartita como un espaldarazo a sus tesis. Buscó, por tanto, apoyo en el gobierno laborista inglés, que en efecto respaldaría la propuesta cubana de un plebiscito en la Asamblea celebrada en Lake Success.

(que se produjo la noche del 28) sería interpretado en el debate de la Asamblea General, curiosamente, como una medida de protección ante los supuestos movimientos de tropas al otro lado de los Pirineos. Ni que decir tiene que la reconversión de esta medida de presión obedecía al intento de demostrar que el régimen de Franco era una amenaza para la paz, único motivo que, según la Carta de las Naciones Unidas, podía justificar la intervención.

[191] El mismo Salvador de Madariaga confirmó al Foreign Office sus reticencias ante la probable intervención rusa en el Consejo de Seguridad.

[192] Lleonart: *op. cit.*, pp. 61-63.

Primavera en la ONU: el aumento de la tensión

Agotadas las demás posibilidades, el único foro donde quedaba por debatir la cuestión española eran las Naciones Unidas. La preocupación fundamental de las potencias anglosajonas, como se ha dicho, era limitar en la medida de lo posible la iniciativa soviética, una vez «toreada» la francesa. De hecho, por los motivos expuestos, Moscú había preferido mantenerse relativamente al margen de la cuestión española, hasta que el fracaso de las propuestas francesas a los aliados occidentales (que pasaban por la retirada de embajadores, las sanciones económicas y la discusión del tema en el Consejo de Ministros de Asuntos Exteriores) le movió a intervenir de forma indirecta a través de uno de sus satélites. En efecto, el 8 y 9 de abril, el representante de Polonia en las Naciones Unidas, Oscar Lange, solicitó a su presidente la inclusión del asunto en la agenda del Consejo de Seguridad. Los motivos alegados eran las tensiones que venía provocando (en este sentido se interpretaba el cierre de frontera por parte de Francia) y el apoyo de Franco a criminales de guerra y científicos nazis, lo que suponía una «amenaza para la paz internacional». El término sería constantemente empleado en los debates, ya que suponía la única causa que, según la Carta de las Naciones Unidas, justificaba la intervención en un país extranjero.

La verdad es que bajo esta retórica, salvando la sinceridad de las medianas y pequeñas potencias y dejando de lado todo patrioterismo, el examen de la documentación diplomática revela que, por lo menos en este período, los países latinos y, en concreto, España eran para las grandes potencias poco más que repúblicas bananeras. La forma de escribir la Historia de los autores anglosajones confirma, a varias décadas de distancia, esta impresión: Franco no era más que una pequeña pieza que, eso sí, tuvo la virtud (o el defecto) de entorpecer planes y romper esquemas, aunque acabara integrándose en el sistema, más como una incómoda china en el zapato que otra cosa. Él mismo fue consciente de su situación, de la que supo sacar partido. El papel real de los exiliados en el bloqueo al régimen de Franco ha de ser examinado, por tanto, teniendo en cuenta estos factores, si bien el propio *Caudillo* no dudó en atribuirles la iniciativa de la ofensiva internacional. Quizá tuviera razón en el sentido de que los intereses estratégicos de la Unión Soviética no habrían con-

seguido arrastrar a los aliados occidentales si no hubiera sido por el temor a una opinión pública simpatizante con el exilio republicano. Aun así, a lo largo de los meses, es evidente el esfuerzo realizado por americanos y, sobre todo, ingleses, para alcanzar una solución de compromiso que, satisfaciendo los encendidos ánimos de la sociedad, no pusiera en peligro sus intereses primordiales.

La Unión Soviética desempeñó un papel crucial en este período, hasta el punto de que la diplomacia británica intentó por todos los medios oponerse al planteamiento de la cuestión española en el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas en la primavera de 1946. Tanto ingleses como norteamericanos temían, en efecto, que la intromisión de las Naciones Unidas tuviera un efecto desestabilizador en la Península, de acuerdo con los planes de Stalin. Por otra parte, las grandes potencias se cubrirían de ridículo si las Naciones Unidas desestimaban las acusaciones contra Franco que, por el contrario, saldría fortalecido. Aun así, determinaron aprobar la discusión del asunto en los términos presentados por Polonia, simplemente para no dejar sola a la Unión Soviética como campeona de los exiliados españoles. Componían el Consejo de Seguridad por aquellos días, aparte de las tres potencias recién mencionadas, Francia, Polonia, Australia, los Países Bajos, México, Brasil, China y Egipto. No todos aceptaron la argumentación esgrimida por Polonia ni su propuesta de romper inmediatamente relaciones diplomáticas con España. Egipto se abstuvo de participar en el debate, mientras Gran Bretaña, Brasil y los Países Bajos se opusieron desde el principio y Estados Unidos, Australia y China consideraban necesario reunir más información antes de adoptar ninguna medida; Francia, la Unión Soviética, Polonia y México sotenían la postura más radical. Muy pronto, el representante ruso (Gromyko) se desplazó a la izquierda con el objeto de obligar a las potencias más reacias a aceptar las propustas francesas y mexicanas como un mal menor [193]. Algo parecido sucedió con la iniciativa del australiano Hodgson, rechazada como innecesaria por la Unión Soviética.

La propuesta australiana de crear una comisión investigadora ofrecía una vía de escape a los temores americanos y británicos, así que se procedió a su nombramiento, no sin que se discutiera

[193] Portero: *op. cit.*, p. 167.

acaloradamente sobre sus atribuciones. El Subcomité de Investigación, compuesto de una parte por Brasil y los Países Bajos (que mantenían relaciones con España) y de otra por México y Polonia, estuvo bajo la presidencia australiana y desarrolló su labor entre el 29 de abril y el 31 de mayo. Por cierto, que la presencia de la prensa dio al traste con el objeto principal de su creación: buscar una solución de compromiso fuera de la presión de la opinión pública y en un ámbito lo más restringido posible dentro de las Naciones Unidas. El Subcomité recabó información procedente, en buena parte, del gobierno republicano en el exilio. En sus conclusiones, presentadas el 31 de mayo, si bien desestimaba las acusaciones polacas (secundadas por el presidente Giral), según las cuales científicos alemanes preparaban en España la bomba atómica [194], consideraba que, por su origen y su naturaleza, el régimen de Franco podía en un futuro representar una amenaza potencial para la paz, lo que justificaba la intervención del Consejo de Seguridad. Otra cuestión eran las medidas que éste debiera adoptar: aparte de apoyar la Declaración Tripartita, debía remitir a la Asamblea General toda la documentación. A menos que se cumplieran las condiciones de cambio político estipuladas en la Declaración mencionada, la Asamblea, a través de su secretario general, debía recomendar la ruptura de relaciones a los países miembros. Estas conclusiones, aunque conjuraban la condena rotunda e inmediata propuesta por Polonia, no satisficieron, como es lógico, a los sectores más moderados. Por otra parte, el informe daba alas a una opinión pública cada vez más radical y opuesta a las líneas políticas fundamentales de los países anglosajones. Éstos intentaron capear el temporal procurando que, con vistas al examen de la cuestión en la Asamblea General, mucho más sensible, por su composición, a cualquier tipo de intervención, se evitara la recomendación de adoptar medidas concretas. El veto soviético obstaculizó, como es lógico, la adopción de una enmienda en este sentido. El debate en el seno del Consejo se recrudeció hasta que el 26 de junio se llegó finalmente a un acuerdo por el procedimiento de no mencionar los puntos conflictivos, que habían constituido el objeto del informe del Subcomité: la peligrosi-

[194] Por cierto, las tajantes afirmaciones de este último al respecto no contribuyeron precisamente a mejorar su imagen, incluso dentro del mismo exilio.

dad real del Régimen y la adopción de medidas por la Asamblea General. Todos los intentos de frenar la iniciativa soviética se vieron frustrados al quedar aprobada la propuesta de Gromyko, por la que se incluía la cuestión española en la lista de asuntos pendientes del Consejo, de forma permanente y sin límite de fecha. Ello significaba que en cualquier momento cualquier delegado podía «resucitar» la discusión.

En medios diplomáticos españoles no faltaron, en aquellas fechas, alusiones a las maniobras de los exiliados [195] y a la violación, por parte de México, de los principios de la Carta del Atlántico y de las resoluciones de la Conferencia de Río de Janeiro en favor del principio de no intervención. De cara a lo que ahora se suele llamar «el nuevo curso político» y el traslado de la cuestión a la Asamblea General, la diplomacia española no dudó en desplegar, sobre todo ante las cancillerías anglosajonas, una sólida argumentación jurídica, acompañada de una minuciosa descripción de los designios soviéticos, por lo demás, suficientemente conocidos por aquéllas, según se ha indicado [196]. Fracasó, sin embargo, el argumento político esgrimido por Martín Artajo, a saber, que la campaña internacional perjudicaba el proceso interno del Régimen, que se encaminaba hacia una monarquía de tipo parlamentario. La experiencia del embajador británico en Madrid era motivo suficiente para poner en duda la sinceridad de estos buenos propósitos. Recordemos, sin embargo, que en junio se aprobaba la Ley de Sucesión y que, a principios de ese mismo mes, se había celebrado en Italia un referéndum sobre la monarquía.

La condena de Franco

En el interior de España, el debate estaba teniendo los efectos previstos por los observadores más desapasionados. Franco alcanzó el ápice de su popularidad durante el otoño y el invierno de aquel año de hostilidad casi universal. *Casi*, porque buena parte de los es-

[195] Lleonart: *op. cit.*, pp. 113 y 203-204.

[196] «The Spanish Question before the United Nations» (Embajada de España, Washington, 22 de octubre), ibíd., pp. 203-214.

fuerzos del Régimen se dirigieron precisamente a los países de habla hispana, considerados a su vez caja de resonancia por los medios del exilio. Fruto de una profunda identificación, más que de la política de atracción del ministro español, fue el apoyo de Argentina a la causa de Franco. Perón, que había subido al poder en el mes de febrero, compartía con Franco una trayectoria similar durante la Guerra Mundial y había sufrido en su propia carne el intervencionismo americano que, por lo demás, no hizo sino movilizar en su favor el nacionalismo de sus compatriotas. Así, Perón prometió a Franco su apoyo en las Naciones Unidas y nombró un embajador en Madrid en el mes de agosto, precisamente cuando varias legaciones permanecían vacías en espera de una determinación de la ONU. Se ha repetido hasta la saciedad que el Régimen de Franco no hubiera podido superar el asedio sin la ayuda económica de Perón. En efecto, el Convenio Comercial y de Pagos firmado el 30 de octubre concedía a España un crédito casi ilimitado para comprar trigo, maíz y otros alimentos y materias primas, a cambio de corcho, plomo, aceite y manufacturas.

La ayuda llegó en un momento providencial, porque el 17 de octubre el Consejo de Seguridad había decidido que el debate sobre la cuestión española pasara a la Asamblea General, cuyas sesiones se inauguraban el día 23. El 24, el secretario sometía a la consideración de los miembros su inclusión en la agenda, que se aprobó el último día del mes. Los dirigentes del exilio, informados de la preparación de esta nueva etapa, tuvieron acceso a la Secretaría General y Giral volvió a exponer sus objetivos: la reafirmación de los principios de las conferencias de San Francisco y Potsdam, la exclusión del régimen de Franco de los organismos internacionales, la ruptura de relaciones diplomáticas con el mismo y la adopción de sanciones económicas de carácter limitado. Tales pretensiones no casaban con las mucho más moderadas de los aliados occidentales (partidarios de reiterar los buenos augurios de la Declaración Tripartita) pero tampoco, como se ha visto, con las de la Unión Soviética, partidaria de una ruptura total y radical de todo tipo de relaciones. En realidad, pese al éxito aparente de la primavera, estaba claro que el asunto se les escapaba cada vez más de las manos (si alguna vez había estado realmente en ellas).

La cuestión pasó a la Asamblea sin ninguna recomendación por parte del Consejo de Seguridad, con gran alivio de Gran Bretaña. Esta delegación se vio de nuevo obligada a hacer «encaje de bolillos» para conciliar su postura definitivamente no intervencionista con una opinión interior cada vez más radicalizada [197]. Esta vez fueron los norteamericanos quienes, abandonando la discreta postura que les había caracterizado en la primavera, pasaron a defender la postura inglesa. En el bando contrario, con Polonia a la cabeza, se agrupaban los partidarios de la ruptura inmediata y la adopción de medidas de fuerza. Como concesión a las posturas más moderadas, el proyecto anglosajón coincidía en señalar la índole fascista del Régimen y en recomendar su exclusión de los organismos internacionales. El tono del debate superó si cabe el de los meses anteriores. Por lo que respecta a la postura de los países hispanoamericanos, hay que señalar que Costa Rica, Ecuador y El Salvador se mostraron en todo momento contrarios a la intervención. Destacaron las enmiendas propuestas por algunos de estos países, como la de Colombia, en el sentido de ofrecer a España los buenos oficios de las repúblicas sudamericanas con el fin de conseguir los objetivos de la resolución, o la de Cuba, que proponía crear una subcomisión de once miembros para examinar las distintas propuestas y elaborar un proyecto de resolución [198]. Por su parte, México, Venezuela, Guatemala, Panamá y Chile proponían sustituir los últimos párrafos del proyecto americano por otros más concretos, en los que recomendaban la ruptura individual de relaciones diplomáticas y el informe al secretario general, en el siguiente período de sesiones, de las medidas adoptadas al respecto, lo que implicaba una futura toma de decisiones por la Asamblea en función de la evolución del caso [199]. El subcomité fue, como en los meses anteriores, un expediente para solucionar la falta de acuerdo. Éste no se obtuvo hasta que se aprobó, sin embargo, una enmienda belga, que suponía en el fondo una solución de compromiso entre el principio de no intervención y las

[197] La presión procedía principalmente del ala izquierda del partido laborista y de las Trade Unions, partidarias de la ruptura de relaciones diplomáticas y comerciales.

[198] *Vid.* Lleonart: *op. cit.*, pp. 223-225 y 226-227.

[199] Ibíd., pp. 227-228. El debate originado por éstas y otras enmiendas puede seguirse en la recopilación *México y la República Española, op. cit.*, capítulo III: «La cuestión de España en las Naciones Unidas, 1945-1955», pp. 123-384.

medidas drásticas propugnadas por los países intervencionistas. La resolución aprobada el 12 de diciembre por 34 votos a favor, 6 en contra y 13 abstenciones recordaba las declaraciones anteriores y el origen y naturaleza del régimen español y recomendaba su exclusión de los organismos internacionales de las Naciones Unidas, así como la inmediata retirada de los embajadores y ministros plenipotenciarios de los países miembros y la adopción, por parte del Consejo de Seguridad, de cuantas medidas considerase oportunas en caso de no restablecerse la normalidad política en España en un plazo de tiempo «razonable» [200].

El verdadero significado y repercusión de la resolución (considerada todo un triunfo por el exilio) se revela, sin embargo, dirigiendo la mirada hacia el interés de España, más que al clamor que suscitó la cuestión en los foros internacionales, que tuvo su contrapartida en la masiva manifestación de adhesión a Franco celebrada en la Plaza de Oriente de Madrid el 9 de diciembre. Los 300.000 participantes, según la desapasionada visión del personal británico acreditado en Madrid, no hacían sino confirmar algo que ya se sabía: el efecto contraproducente de cualquier tipo de intervencionismo en el ánimo del pueblo español, por encima de cualquier diferencia política. Si antes no lo era, gracias a la intervención de las Naciones Unidas, Franco se había convertido en un caudillo popular [201]. La euforia era tal que Carrero Blanco le aconsejó celebrar a finales de año el referéndum sobre la Ley de Sucesión. La participación activa en la Organización de la Aviación Civil Internacional desde el año 1944 como país neutral venía a poner en entredicho la exclusión de los organismos internacionales dependientes de las Naciones Unidas, tanto porque suponía una importante excepción (quizá de las pocas que preocupaban seriamente a Franco) como porque invalidaba los argumentos en que se basaba dicha exclusión. Con los suministros básicos garantizados por Argentina, el Régimen no tuvo que afrontar el temido bloqueo económico propuesto por Francia y la Unión Soviética (con gran alarma del Reino

[200] Votaron en contra de la resolución Argentina, Costa Rica, la República Dominicana, Ecuador, El Salvador y Perú. Se abstuvieron, de las repúblicas hispanoamericanas, Colombia, Cuba y Honduras, mientras que votaron a favor Bolivia, Brasil, Chile, Guatemala, México, Nicaragua, Panamá, Paraguay, Uruguay y Venezuela.

[201] La expresión se encuentra en una misiva de Mallet a Bevin. Portero: *op. cit.*, pp. 216-217.

Unido). La retirada de embajadores suponía una sanción grave, pero no un cambio fundamental respecto a la situación anterior: recuérdese que varios países (entre ellos los Estados Unidos) mantenían en suspenso el nombramiento de un nuevo embajador desde hacía meses. Además, la ausencia del jefe de la legación no implicaba la desaparición de ésta. En otras palabras, se seguían manteniendo relaciones diplomáticas, si bien a través de los «segundos de a bordo» de las embajadas: los encargados de negocios. En realidad, sólo El Salvador, Inglaterra y los Países Bajos retiraron a su embajador. El de Italia fue reclamado por el Consejo de Ministros a finales de año. Los demás países no habían llegado a formalizar sus relaciones con España hasta ese nivel, con la excepción del Vaticano, Portugal, Irlanda y Suiza, que mantuvieron a sus ministros en Madrid. La medida de la ONU supuso una demora, más que un impedimento, en el ámbio de las relaciones comerciales: por ejemplo, las negociaciones con Italia se detuvieron durante varios meses [202]. Pero la perjudicada no era sólo España. Los suministros alimenticios de Gran Bretaña, que atravesaba una fuerte recesión tras la guerra, dependían en buena medida de España [203]. A la inversa, según los informes de la administración inglesa, los suministros argentinos ponían a salvo la economía española en caso de bloqueo. Estos informes no hicieron sino confirmar la política británica de evitar a toda costa la imposición de sanciones económicas a España. La exposición (en tintas recargadas) de las consecuencias que ello tendría en la economía nacional bastó para apaciguar los ánimos de las belicosas Trade Unions a principios del 47.

Una nueva tentación intervencionista se abrió paso en los medios diplomáticos británicos y estadounidenses en aquellos días. La convicción de que el agravamiento de la situación económica en España podía producir una inestabilidad que sólo beneficiaría a la Unión Soviética, les llevó a reconsiderar la posibilidad de promover un golpe de Estado que contara con el apoyo del ejército, los monárquicos, los católicos y los republicanos. Éstos adquirieron un

[202] Vid. De Llera y Andrés-Gallego: *op. cit.*, pp. 179-180. Sobre la política portuguesa en este período ha aparecido, después de redactarse estas líneas, la obra de Juan Carlos Jiménez Redondo: *Franco e Salazar. As relações luso-espanholas durante a guerra fria*, Lisboa, Assírio & Alvim, 1996.

[203] Lo mismo sucedía con los minerales básicos para la industria y la agricultura: la compra en mercados alternativos supondría un gravamen pesadísimo para la economía británica. La repercusión en el mercado financiero no sería menor. Véase Portero: *op. cit.*, pp. 230-237.

nuevo protagonismo al solicitarse en Washington el parecer de Salvador de Madariaga, que, por lo demás, estaba libre de compromisos con el gobierno en el exilio. La propuesta de Madariaga pasaba por la «diplomacia secreta», es decir, el envío a Franco de un mensajero cualificado (como Churchill) que le notificara la intención de expulsarle del poder. A las medidas de coacción económica podían seguir, en un segundo momento, las de tipo militar. Madariaga reconocía el peligro de una reacción nacionalista en el caso de que fracasaran las negociaciones secretas. Por lo demás, el prestigioso diplomático proponía el establecimiento de un régimen monárquico, que contaría con el respaldo del ejército y garantizaría la estabilidad política. El Foreign Office se resistió a la propuesta intervencionista de los Estados Unidos todo lo que pudo, hasta que la política de Indalecio Prieto hacia los monárquicos atrajo su atención. Por aquellas fechas, estaba claro que el gobierno republicano en el exilio había dejado de ser la única alternativa válida al régimen de Franco. La guerra fría, a su vez, contribuía a aclarar las ideas de los aliados occidentales.

La caída de la tensión

Entre estos últimos, había manifestado mayor coherencia el Reino Unido, movido en un principio por intereses estratégicos pero también, como se acaba de ver, por motivos económicos, los mismos que llevaron a Francia a reconsiderar su política, a pesar de la fuerte presión social. En efecto, el cierre de fronteras había resultado especialmente perjudicial para el comercio francés, afectando severamente a la importación de alimentos [204]. El 24 de agosto de 1947, el gobierno francés emprendió conversaciones para normalizar la situación fronteriza, preocupándose de dejar claro que ello no implicaba un cambio de política hacia Franco. De hecho, suponía un giro radical respecto a sus anteriores propuestas de bloqueo económico. El caso francés, más que el inglés, demuestra como, a pesar de la pervivencia de una fuerte opinión pública contraria a Franco, los

[204] Lleonart: *España y la ONU. III (1948-1949). La «cuestión española»*, Madrid, CSIC, 1985, pp. 74-75.

aliados occidentales se iban acercando a la postura de no intervención.

La crisis de las instituciones republicanas

El último episodio realmente intervencionista fue protagonizado por Inglaterra, según se acaba de señalar; los intentos americanos se habían estrellado siempre contra una rotunda negativa del Foreign Office. Ahora, sin embargo, la aparición de una nueva alternativa ofrecía una válvula de escape a la siempre temida presión social. En efecto, a pesar de su éxito aparente, el gobierno Giral (debido en parte al papel desempeñado por éste frente al Subcomité de las Naciones Unidas) había caído en el desprestigio. Desprestigio que no hacía más que aumentar desde principios de 1947 y al que contribuyeron una serie de crisis que se desencadenaron a un ritmo vertiginoso. Los intentos de Giral por contrarrestar la iniciativa de Prieto adolecían de intransigencia hacia los sectores no republicanos de la oposición en el interior, lo que les restó tantos, por ejemplo, frente a la diplomacia inglesa. Sus contactos con la ANFD, ya mencionados, no bastaron para eliminar la mala impresión causada por su apelación al uso de la violencia en última instancia, que habría usado como medio para reforzar su imagen frente a la de su contrincante Negrín en México. En el Consejo de Ministros de 22 de enero quedó claro que Giral estaba políticamente «quemado», especialmente para los ministros socialistas (como Sánchez Guerra, que presentó su dimisión por secundar la política de Prieto) y anarquistas. El interés por colaborar con los monárquicos, hasta entonces excluidos de cualquier proyecto republicano, denota hasta qué punto los mismos interesados consideraban fracasado el intento de restaurar la República. La crisis era, pues, algo más que una crisis de gobierno.

La respuesta a esta crisis puso de relieve la fosilización del legitimismo republicano en una época en que se hacían más necesarias que nunca la flexibilidad y la apertura a otros sectores de la oposición. Giral dimitió, no sin desaconsejar antes a Martínez Barrio la inclusión de ministros monárquicos en el nuevo gabinete. Claro está que la inclusión se hacía extensiva a todos los partidarios del diálogo con la derecha y, en concreto, con la monarquía. Los socialistas

se negaron a colaborar con Augusto Barcia, de Izquierda Republicana, por considerarle demasiado ligado a Giral. Martínez Barrio recurrió entonces para formar gobierno a Rodolfo Llopis, a la sazón secretario general del PSOE. La composición del nuevo gobierno y la declaración ministerial de Llopis revelan todavía, sin embargo, una voluntad de entendimiento y una cierta apertura a otras formas de gobierno, si así lo manifestaba la voluntad popular. El nuevo gobierno de coalición se mostraba incluso abierto a la participación de representantes del interior, lo que suponía una novedad respecto a las líneas políticas vigentes hasta el momento. Al final, sin embargo, lo compusieron exclusivamente personalidades del exilio: Manuel de Irujo (del PNV), a cargo de la cartera de Justicia; Julio Just (de Izquierda Republicana), de Gobernación y Defensa; Fernando Valera (de Unión Republicana), de Hacienda; Miguel Santaló (de Esquerra Republicana), de Instrucción Pública; Trifón Gómez (de la UGT), de Emigración y Vicente Uribe (del PCE), de Economía. Quedaba reservado a la CNT, pero sin cubrir, el nuevo ministerio de Información. La presencia del Partido Comunista, después del papel jugado por la Unión Soviética en el debate de las Naciones Unidas, comprometía seriamente al gobierno Llopis ante los aliados occidentales. En contrapartida Prieto se mostraba inflexible al respecto por aquellas fechas, dirigiendo sus atenciones a los sectores moderados de la oposición y, en concreto, a los monárquicos. La desconfianza de los aliados, como el definitivo despego de los otros sectores del exilio (prietista y negrinista) dio al traste con las modestas intenciones de Llopis, que se vio desacreditado en la asamblea de su propio partido en Toulouse, en julio de 1947. Por si fuera poco, al frente de la comisión encargada de establecer negociaciones con los monárquicos figuraba el ministro Trifón Gómez. La unidad del gobierno se rompió cuando los comunistas, a través de Uribe, se opusieron a estas negociaciones. Fracasado también su intento de obtener suficiente apoyo institucional por medio de una convocatoria de Cortes, que nunca llegó a realizarse, Llopis no tuvo más remedio que dimitir.

Como contar con los comunistas en un momento en que los socialistas se alejaban del gobierno hubiera resultado suicida, Martínez Barrio se vio obligado a intentar una solución estrictamente republicana. El 27 de agosto se constituyó el nuevo gobierno, presidido por Álvaro de Albornoz, de Izquierda Republicana. Albor-

noz contó con Fernando Valera al frente de las unificadas carteras de Justicia y Hacienda y Julio Just en la de Gobernación. Los nuevos ministros fueron el general Hernández Sarabia (sin adscripción a ningún partido), de Defensa; Manuel Torres Campañá (de Unión Republicana), de Emigración; Salvador Quemades (de Izquierda Republicana), de Instrucción Pública e Información y Eugenio Arauz (del Partido Republicano Federal), de Economía. De cara al nuevo período de sesiones de las Naciones Unidas, Albornoz carecía del apoyo (poco más que nominal) de los partidos nacionalistas vascos y catalanes. Tampoco tenía bases sólidas en el interior. El único camino que le quedaba al gobierno era, por tanto, continuar la ofensiva diplomática. Pero la liberación de compañeros de viaje tan engorrosos como los comunistas y los socialistas implicaba una falta de representatividad que se vio confirmada en el frustrado intento de convocar las Cortes el 25 de noviembre en territorio francés. Si el nuevo gobierno no se presentaba a las potencias occidentales con rasgos de peligrosidad, tampoco lo hacía con garantías de credibilidad.

La propuesta de Prieto

El combativo líder socialista revivía, por aquel entonces, sus antiguos momentos de gloria, acaparando prácticamente el protagonismo político del exilio. Tras el rechazo de la oferta de mediación del presidente cubano, no se dio por vencido e intensificó sus contactos con los monárquicos, al tiempo que cambiaba de base de operaciones. Ante el progresivo enfriamiento de la temperatura entre los bloques, supo anticiparse al gobierno, arrojando por la borda el lastre del extremismo comunista y arrimándose por el contrario a las potencias anglosajonas. Inglaterra, tan reacia a una intervención que pusiera en peligro la estabilidad del tablero mediterráneo, consideró con más que mediano interés la propuesta de don Indalecio. Cuando el gobierno republicano hacía aguas por todas partes, el entendimiento entre socialistas y monárquicos propugnado por Prieto le pareció al Foreign Office la única alternativa a Franco con posibilidades de éxito o, por lo menos, una buena ocasión para aplacar los ánimos de la izquierda inglesa. Bevin, en efecto, desesperaba ya de deshacerse de Franco y por ello había desestimado lo que

consideraba descabelladas propuestas americanas. En agosto el Foreign Office invitó a Prieto a entrevistarse con un alto funcionario, que resultaría ser el propio ministro. La reunión entre Prieto y Bevin tuvo lugar el 26 de septiembre. En ella, el líder socialita reiteró su decisión de aceptar la monarquía si esa era la decisión del pueblo español. Ello indujo a Bevin a fomentar el contacto entre ambos grupos. Aunque Gil Robles se mostró en un principio reticente, al final accedió a entrevistarse con Prieto en presencia del ministro inglés. Entre el 15 y el 18 de octubre llegaron en Londres a varios acuerdos: la caída de Franco se realizaría por medios pacíficos; en la transición se evitaría el espíritu de venganza, mientras se prestaría especial atención a mejorar las condiciones de vida de los trabajadores. El nuevo gobierno sería lo más democrático posible, respetándose los derechos de la Iglesia católica y eliminando, por el contrario, la influencia comunista. Los principales obstáculos para el entendimiento fueron la composición del futuro gobierno provisional (que Gil Robles pensaba esquivar, confiando en el directo nombramiento de don Juan por Franco) y la celebración de un plebiscito sobre el futuro régimen de España. La disponibilidad de Prieto a aceptar la monarquía no tuvo su contrapartida con el legitimismo de Gil Robles. Tampoco se alcanzó el acuerdo en lo referente al papel del partido comunita una vez estabilizada la situación ni sobre la intervención de las grandes potencias en la caída de Franco [205]. Don Juan, por su parte, desautorizó desde Lisboa a Gil Robles [206]. Ello no sería motivo para que se detuvieran las conversaciones, que culminarían al año siguiente, como es sabido, en los acuerdos de San Juan de Luz, cuando ya el pacto del Pretendiente con Franco hiciera vano todo intento de entendimiento entre la oposición interior moderada y el exilio.

[205] Portero: *op. cit.*, pp. 251-254. Véanse también las obras de Tusell: *La oposición democrática al franquismo*, pp. 190-192, y Heine: *op. cit.*, pp. 390-393.

[206] Toquero menciona los motivos de oportunidad política que impulsaron a don Juan a oponerse a la celebración de un plebiscito que sólo fortalecería la postura de Franco, creando la alarma en las derechas, las izquierdas y el ejército. Las potencias anglosajonas tampoco admitirían una solución que podía implicar la vuelta a 1936 (*op. cit.*, pp. 214-215).

El cambio de rumbo en las Naciones Unidas

La nueva orientación que se pudo observar en la política francesa y británica (dejando aparte el casi repentino interés de Bevin por Prieto) acabaría por imponerse también a los Estados Unidos. Si en un principio la diplomacia americana había mostrado mayor pasividad que la soviética, en estos meses se debatía entre impulsos contradictorios. Siendo bien patentes, desde los informes de Kennan, las intenciones de Moscú, el Departamento de Estado no dejaba de temer que la situación política en la Península y el bloqueo repercutieran negativamente en el nivel de vida de la población, propiciando una subida al poder de los comunistas. De ahí sus oscilaciones entre la no intervención (defendida de soslayo en la ONU) y los distintos proyectos para derribar a Franco. Ni que decir tiene que la opinión pública seguía condicionando en buena medida la política de un país que, al contrario de Francia o Inglaterra, no veía peligrar sus suministros ni su economía ni, en una palabra, se veía directamente afectado por lo que pasase en un pequeño país al otro lado del océano. Lo que hizo variar la política americana no fue por tanto una circunstancia interior ni un replanteamiento de la política exterior en su conjunto, sino más bien la aplicación de ésta a lo que hasta entonces había constituido una excepción, el caso español.

La doctrina Truman estaba orientada, en efecto, a frenar el expansionismo ruso. Enre mayo y septiembre, varios informes de los Estados Mayores de la Armada y el Ejército al Departamento de Estado proponían como mejor arma para detener al comunismo en España la ayuda económica. El peligro comunista, conjurado mientras Franco permaneciera en el poder, no parecía por lo demás muy cercano en unos momentos en que Argentina garantizaba los suministros [207]. La posición estratégica española hacía aconsejable además contar con bases militares en España. El anticomunismo esgrimido por Franco empezó a abrirse paso en el Departamento de Estado, hasta que un nuevo informe del prestigioso diplomático Kennan puso de relieve el fracaso de las iniciativas antifranquistas,

[207] La visita de Eva Duarte de Perón a España en el mes de junio ponía de relieve el sólido respaldo de su marido a Franco. Para el papel crucial desempeñado por Argentina, véase el excelente libro de Raanan Rein, publicado tras la redacción de estas líneas: *La salvación de una dictadura Alianza Franco-Perón, 1946-1955*, Madrid, C.S.I.C., 1995.

al tiempo que recomendaba, para conjurar el peligro de desestabilización e infiltración soviética, la normalización de relaciones y el fin de todo bloqueo y sanción [208]. La adopción de la nueva política tuvo lugar el 24 de octubre, cuando empezaba el segundo período de sesiones de la Asamblea General de la ONU. El cambio fue tan radical, que Franco pudo tener la impresión de que el Departamento de Estado desaprobaba las conversaciones promovidas en Londres por Bevin pocos días antes [209].

Con tres grandes potencias (ya no una sola) decididas realmente a mantener el *statu quo* y a no dejarse arrastrar por la corriente (o, lo que es lo mismo, por la dialéctica antifranquista de Moscú), estaba claro que las sanciones de la ONU a Franco, en el peor de los casos, no se agravarían. Gran Bretaña, Estados Unidos y Argentina (esta última por motivos diferentes) intentaron, sin éxito, evitar que se volviera a discutir la cuestión española. En el nuevo debate jugaron un papel crucial, aparte de los Estados Unidos, los países hispanoamericanos, escindidos entre los partidarios de la no intervención («conquistados» en parte por la diplomacia franquista, cuando no por la yanqui) y los paladines de la aplicación de la resolución del año anterior. Bien es verdad que incluso estos últimos (con Cuba a la cabeza) suavizaron su posición, desestimando la aplicación de nuevas sanciones, debido al comprobado efecto contrario que tenían en el interior de España. El proyecto aprobado al final difería del presentado por estos países en que no reafirmaba la resolución de diciembre del 46. En la práctica, la nueva declaración se limitaba a dar cuenta de su aplicación, al tiempo que manifestaba su confianza en una intervención del Consejo de Seguridad según los principios de la Carta si la situación lo exigía. Ni Franco podía desear más ni los exiliados podían ver más defraudadas (esta vez, de forma casi definitiva) sus ilusiones. Síntoma claro del enfriamiento de la cuestión en las Naciones Unidas fue el cambio de actitud de muchas delegaciones que el año anterior habían votado a favor de la resolución.

La tendencia se acentuó en los años siguientes, quedando el exilio republicano sin la única carta que había jugado hasta entonces: la presión internacional. El apoyo siempre relativo del bloque sovié-

[208] Portero: *op. cit.*, pp. 264-267.
[209] Payne: *op. cit.*, p. 574.

tico (recuérdense sus maniobras cerca de Franco una vez se hubo aliviado la tensión) y el de algunas naciones hispanoamericanas (como México) no bastaron para contrarrestar la creciente influencia, por no decir dominio, de los Estados Unidos. Por si fuera poco, el recrudecimiento de la guerra fría en 1948 (con episodios como el bloqueo de Berlín y el golpe de Estado comunista en Checoslovaquia en el mes de febrero) contribuyó a clarificar la política norteamericana en Europa. El *Spanish lobby,* cultivado por el inspector de embajadas y legaciones español Lequerica y formado por grupos de católicos, anticomunistas y hombres de empresa, presionó en el mismo sentido que el Pentágono, cada vez más interesado en establecer bases aéreas en España. Los esfuerzos de estos grupos iban dirigidos, como se ha visto, a la normalización de relaciones y pasaban por la inclusión de España en el Plan Marshall de recuperación europea. Pero el presidente Truman vetó en abril la enmienda del senador O'Kinski a favor de la inclusión, con gran alivio de aquellos sectores que consideraban que el apoyo a Franco podía ser utilizado por la Unión Soviética como argumento en su propaganda antiamericana. Sin embargo, los Estados Unidos dieron por terminada su etapa intervencionista, como demuestra su actitud en el segundo período de sesiones de la ONU. En enero del 48, el jefe de la división de Europa Occidental del Departamento de Estado, Culbertson, señaló a los consejeros de don Juan el beneficio que supondría para la izquierda la caída del Régimen debido a un bloqueo económico, recomendándoles por el contrario que llegaran a un entendimiento con Franco. Está claro que esta advertencia hacía alusión a las conversaciones con Prieto. Franco, al corriente de la doble maniobra monárquica y del parecer de los Estados Unidos, reaccionó con indignación. Pero, paradójicamente, aunque las relaciones diplomáticas entre los dos países se hacían cada vez más tirantes, sus gobiernos cuidaron de que ello no repercutiera en el ámbito comercial [210].

El Reino Unido compartía los criterios americanos, pero, como Francia, se resistía a dar el beneplácito a un régimen contra el que tanto había luchado y que tanto rechazo seguía produciendo en los ambientes laboristas. Por eso acogió con alarma la enmienda del se-

[210] Portero: *op. cit.,* pp. 339-347. Prueba de la normalización fue la firma del Acuerdo Comercial del 23 de junio de 1948 y el Acuerdo de Pagos del 15 de diciembre.

nador O'Kinski y con alivio el veto de Truman. En realidad, el único argumento contra la normalización era de tipo político: frente al bloque soviético, había que subrayar el carácter democrático y antidictatorial de occidente. Aun así, acabó por imponerse, como se ha dicho, la normalización de las relaciones. La promulgación de la Ley de Sucesión en el 47 y sobre todo la conversación de Franco con don Juan a bordo del Azor a finales de agosto pusieron punto final a las esperanzas británicas (en realidad, nunca demasiado fundadas) de un entendimiento entre los sectores moderados del exilio y los monárquicos. La llegada del príncipe Juan Carlos el 9 de noviembre confirmaba la impresión de que don Juan se había convencido de la imposibilidad de efectuar la restauración a espaldas de Franco. Para Prieto, que había suscrito con Gil Robles los llamados acuerdos de San Juan de Luz, la noticia de la entrevista del Azor, justo cinco días antes, representó un duro golpe. En la localidad vascofrancesa había logrado, finalmente, la aquiescencia monárquica para la celebración de un plebiscito. En el año crucial de 1948, tanto socialistas como monárquicos mostraron su acuerdo sobre la conveniencia de incorporar a España en el bloque occidental. El objeto de esta postura política moderada era el mismo de Franco por aquellas fechas: la inclusión de España en el Plan Marshall. Como se recordará, el mismo vicepresidente del gobierno republicano en el exilio y ministro de Hacienda, Fernando Valera, ofreció confidencialmente sus servicios a Franco para estudiar un proyecto que permitiera la normalización política de España y su integración internacional, posibilitando su acceso al mencionado plan.

Con la llegada del otoño se iniciaba el tercer período de sesiones de la Asamblea de las Naciones Unidas. Por los motivos expuestos, los Estados Unidos y los países del bloque occidental procuraron excluir la cuestión española del debate. El *lobby* español, secundado por buena parte de los países hispanoamericanos, se batió, sin embargo, por que se reconsiderase el asunto, en sentido contrario, claro está, al propuesto por el bloque soviético. Buena prueba del cambio experimentado fue la presencia, esta vez, de la presencia del subsecretario español Carlos Miranda en calidad de observador. La delegación española presentó a las delegaciones amigas varios proyectos de resolución, uno de los cuales fue defendido oficialmente por Brasil. En su texto (a cuya redacción no fue ajeno el embaja-

dor norteamericano) se evitaba toda alusión a la participación de España en los organismos especiales de la ONU, dejando libertad de acción a los países miembros en lo referente a sus relaciones con España. El aplazamiento de la discusión al mes de abril en Lake Success (en lugar de París) permitía ganar tiempo a la diplomacia española. Tanto en el Departamento de Estado, sin embargo, como en el Foreign Office, seguía pensando el temor a la propaganda comunista, por lo que no se aceptaba la revocación de la resolución de 1946, si bien no se ponían demasiadas trabas a la integración de España en los organismos especializados. Ello significaba que el bloque occidental se abstendría de votar en lo referente al mantenimiento de la resolución, sólo por mantener una coherencia ideológica frente a Moscú. La propuesta brasileña, presentada con Bolivia, Colombia y Perú, obtuvo todo el apoyo del *lobby* español frente a los bloques liderados por Washington y Moscú (que seguía presentando sus propuestas a través de Polonia) [211]. Pero, a diferencia de lo que había ocurrido en las sesiones anteriores, mientras el proyecto polaco fue rechazado por dos veces consecutivas, el brasileño obtuvo 26 votos a favor, 15 en contra y 16 abstenciones [212]. Es decir, que no fue aprobado por un solo voto. El aumento de abstenciones indicaba que la cuestión española estaba sufriendo un serio desgaste.

En realidad, desde la resolución del año anterior, varios países habían ido restableciendo relaciones diplomáticas a distinto rango. Dejando aparte Argentina, en agosto de 1948, tanto Perú como Bolivia, la República Dominicana, Egipto, Nicaragua y Paraguay, habían nombrado embajadores en Madrid. Ecuador y Filipinas mantenían le-

[211] México se opuso en todo momento a la revocación de la resolución y al establecimiento de plenas relaciones con España. La misma actitud adoptó Guatemala. Polonia, por otra parte, aprovechó la ocasión para realizar ante todo una crítica a la política norteamericana. *Vid.* Lleonart: *op. cit.*, vol. III, pp. 269 y ss.

[212] Votaron a favor Argentina, Bolivia, Brasil, Colombia, República Dominicana, Ecuador, Egipto, El Salvador, Grecia, Honduras, Irak, Líbano, Liberia, Nicaragua, Pakistán, Paraguay, Perú, Filipinas, Arabia Saudí, Siam, Siria, Turquía, Suráfrica, Venezuela y Yemen. De la nómina se deduce el éxito de la diplomacia española en los países árabes. En contra de la propuesta brasileña votaron fundamentalmente los países del bloque oriental y algunos hispanoamericanos: Australia, Bielorrusia, Costa Rica, Checoslovaquia, Dinamarca, Guatemala, India, México, Nueva Zelanda, Noruega, Panamá, Polonia, Ucrania, Unión Soviética, Uruguay y Yugoslavia. Se abstuvieron principalmente las naciones del bloque occidental, con otros: Afganistán, Bélgica, Birmania, Canadá, Chile, China, Etiopía, Francia, Haití, Islandia, Irán, Luxemburgo, Países Bajos, Suecia, Reino Unido y Estados Unidos. Ibíd., pp. 367 y ss.

gaciones y Líbano e Irak las establecieron entonces por primera vez [213]. El aislamiento tocaba a su fin: la diplomacia española renunció a la inclusión en el Plan Marshall, sugiriendo a los Estados Unidos la conveniencia de un acuerdo bilateral, que suministrara ayuda financiera a cambio de apoyo estratégico a los intereses americanos. Las visitas en este sentido se habían sucedido desde el otoño del 48 y se concretaron en el mes de abril, con la eliminación del veto a la financiación pública norteamericana de empresas españolas [214]. La ayuda americana en aquel momento se hacía esencial, por lo que la diplomacia española dirigió todos sus esfuerzos a los Estados Unidos y al *lobby* que defendía sus intereses en Washington. En efecto, la situación económica argentina empeoró notablemente en 1949, en parte como resultado de la remodelación de mercados que llevó consigo el Plan Marshall. Perón se vio obligado a reclamar el pago de los créditos concedidos, en oro, en un año marcado por la sequía y, por tanto, por dificultades en el suministro de cereales y electricidad.

Si la organización de la OTAN, por otra parte, ponía de relieve la importancia estratégica de la Península, el estallido de la guerra de Corea contribuyó a reforzar los argumentos del Pentágono en favor, si no de una plena integración de España en la Organización, al menos de un tratado bilateral que posibilitara el uso de su territorio en caso de conflicto y garantizara su colaboración. La concesión de ayudas económicas, por otra parte, a países de ideología totalitaria comunista (como la Yugoslavia de Tito) o a la misma Alemania no dejaba de resultar contradictoria con la política que el Departamento de Estado americano venía aplicando a España. Cuando ayudas como las mencionadas demostraban la primacía de los intereses estratégicos sobre las consideraciones de tipo político, el origen y carácter del Régimen franquista dejaban de ser un argumento válido. En el curso de 1950, además, las encuestas revelaban un cambio en la opinión pública americana, más dispuesta que nunca al restablecimiento de plenas relaciones con España y a la concesión de ayudas económicas. Sin embargo, el gobierno británico mostraba mayor resistencia a cambiar su política, siempre a causa de las reticencias del

[213] Ibíd., p. 320, nota 85.
[214] Portero: *op. cit.*, pp. 353-355.

partido laborista y los sindicatos, a pesar de la intensificación de las relaciones comerciales. Pero las mayores presiones ejercidas sobre el Foreign Office procedían ahora de los sectores más realistas (entre ellos, los conservadores), que exigían coherencia con la situación de la guerra fría. Por un concepto de dignidad heredado sin duda de la época imperial, el gobierno inglés se mostraba reacio, a pesar de todo, a reconocer públicamente su error dando marcha atrás en una cuestión, como la resolución de la ONU del 46, que por lo demás había intentado esquivar en su momento. En consecuencia, ante su replanteamiento en la ONU en otoño de 1950, decidió mantener la postura de abstenerse, secundando de forma pasiva las iniciativas que pudieran avanzar los Estados Unidos. Pese a lo cual, a primeros de octubre, se conoció el nombramiento de un nuevo embajador inglés en Madrid. En agosto había fracasado definitivamente la última maniobra británica en el interior de España (que pretendía efectuarse con apoyo francés y americano), pasando el general Aranda (autor de un manifiesto monárquico dirigido a los militares, en quien se confiaba para efectuar un golpe de Estado) a la reserva [215].

Otro indicio de que el aislamiento de España tocaba a su fin era la normalización de sus relaciones con cada vez más países [216]. Fueron dos del área hispanoamericana, Perú y la República Dominicana, los que solicitaron la revisión de la cuestión española en la Asamblea General de la ONU en otoño de 1950. A diferencia de lo que había ocurrido en ocasiones anteriores, el bloque soviético no insistió en airear el asunto. Se presentaron inicialmente tres proyectos, que al final se fundirían en uno solo, solicitando la revocación de la resolución de 1946 y la admisión de España en las agencias de carácter técnico de las Naciones Unidas. El borrador sometido a votación concordaba con las nuevas líneas políticas de Estados Unidos y fue producto de la colaboración de Perú, Bolivia, El Salvador,

[215] En esta ocasión los británicos seguían confiando en el entendimiento entre socialistas, anarquistas y monárquicos. Era la misma baza (con la garantía de un militar monárquico) jugaba por Bevin cuando promovió la entrevista entre Gil Robles y Prieto.

[216] A principios de 1950, contaban con embajada en Madrid, Portugal, el Vaticano, Argentina, Perú, la República Dominicana, Bolivia, Brasil y Egipto. Tenían el rango de ministros plenipotenciarios los representantes de Islandia, Irlanda, El Salvador, Nicaragua, Haití, Costa Rica, Paraguay, Suiza, Siria, Líbano, Irak y Jordania. *Vid.* Portero: *op. cit.*, p. 360.

Costa Rica, República Dominicana, Honduras y Nicaragua. A él se opusieron, aparte de los países del área de influencia soviética, por considerar que perduraban en España las condiciones que habían determinado la adopción de la medida en discordia, México, Uruguay, Guatemala e Israel. Por 38 votos a favor, 10 en contra y 12 abstenciones quedó aprobada la resolución que revocaba la de 1946. El 14 de diciembre de 1955 (con la abstención de México) se aprobaría el ingreso de España en las Naciones Unidas. De nada sirvió el enésimo llamamiento a la unidad del entonces presidente del gobierno republicano, Gordón Ordás, desde Toulouse, ni sus arengas contra el decaimiento y la falta de acción. Él mismo era consciente, por otra parte, de que la guerra fría había beneficiado a Franco y que nada o poco podía hacerse mientras al «estado patológico de desconfianza casi unánime» no sucediera un «estado fisiológico de confianza mutua» entre los bloques, pero también entre los grupos de la oposición [217]. Un mes antes de la revocación, el 4 de noviembre, Indalecio Prieto reconocía públicamente su fracaso.

Lo que había empezado como un intento esperanzado de los exiliados republicanos para derribar a Franco del poder, se había concluido con el definitivo afianzamiento de éste en España y en el mundo. Vista la reacción nacional ante toda intromisión exterior en los asuntos internos y agotado el apoyo internacional, al exilio no le quedaba más remedio, para su supervivencia política, que volver la vista atrás, hacia la patria de la que tantos se creían única encarnación.

La evolución política del exilio en los años de consolidación del régimen de Franco

Se suele considerar 1949, más que 1950, la fecha de una nueva etapa en la historia política del exilio. Su inicio está marcado por el final de la hostilidad internacional hacia el régimen de Franco, que supone tanto el fracaso de toda una estrategia como una pérdida de protagonismo y resonancia en el exterior. En lo que se refiere a la composición del gobierno republicano, estas dificultades, así como

[217] Gordón Ordás: *Hacia una revisión de nuestra política en el exilio*, pp. 32-35.

las disensiones internas, terminan por producir el aislamiento de los partidos republicanos de todo el resto y su progresivo encasillamiento en un legitimismo a ultranza. El traslado del gobierno republicano a París supuso, por otra parte, un cambio de escenario. Si bien las principales batallas de la ONU tuvieron lugar en América, la presencia del gobierno en Europa significaba el abandono de una posición de privilegio como la que había gozado en México y el acercamiento al objeto principal de sus intereses: España. Pero, por paradójico que pueda parecer, ese acercamiento se realizó sólo en un segundo tiempo, siendo América todavía, durante muchos años, el principal objetivo diplomático del exilio o, por lo menos en el caso concreto de algunos países, su principal mentor.

El retraimiento internacional del exilio republicano. Los gobiernos de Albornoz

La guerra fría, que como hemos visto dio al traste con sus esperanzas, también afectó a las relaciones enre los distintos grupos de exiliados. Tras establecer un gobierno monocolor, Álvaro de Albornoz intentó no enajenarse, en el 1948, las simpatías soviéticas, precisamente cuando éstas resultaban especialmente peligrosas para el bloque contrario. Al percatarse de su error y nombrar, en febrero del 49, un nuevo gobierno más grato a occidente, recibió la crítica fulminante de los comunistas, que dimitieron como representantes de la República en los países del Este. También contribuyó al cambio ministerial el fracaso que supuso la ausencia de la cuestión española de la agenda de la ONU en el otoño de 1948, a pesar del viaje realizado a principios de año por México y Venezuela con el fin de confirmar su apoyo a la causa republicana.

El llamado segundo gobierno Albornoz, de carácter apartidista, en el sentido de que su composición no venía dictada por ningún acuerdo previo entre partidos (republicanos, claro está), se presentaba distinto de sus antecesores. Los ministros clásicos (exceptuando el de Hacienda) habían sido sustituidos por ministros sin cartera, cuya misión era la de representantes del gobierno en los distintos países. Componían el nuevo gabinete Gordón Ordás (ministro en América), Fernando Valera (que seguía como ministro de Hacienda

y vicepresidente del Consejo de Ministros), Maldonado González (ministro de Justicia), Arauz Pallardo (ministro sin cartera y secretario del Consejo), Serra Morte y José M. Semprún (ministros en Europa) y el general Asensio Torado y Vicente Sol Sánchez (ministros en América). Esta remodelación ministerial implicaba una estructura totalmente distinta del aparato institucional previsto en la Constitución y subrayaba lo excepcional de la situación. Era evidente que, a esas alturas, los escrúpulos jurídicos carecían de mucho sentido y que las autodenominadas instituciones republicanas empezaban a considerarse (por lo menos en el fondo y en este momento concreto) como una entidad simbólica más que de derecho. En realidad, al único que se le reconocía el rango de ministro en el país de residencia fue a Gordón Ordás, por parte, naturalmente, de México que, no se olvide, mantuvo abierta en la capital federal una embajada de la República Española hasta el 19 de marzo de 1977.

Fue Gordón Ordás quien realizó una serie de gestiones ante los países hispanoamericnaos con vistas a la reunión de la ONU en la primavera de 1949. Su misión tenía también un cometido económico: la recuperación de los últimos fondos de la JARE y de la documentación en manos de Negrín, así como y la obtención de subvenciones de los gobiernos hispanoamericanos simpatizantes, ya mencionadas. El efecto de todos estos esfuerzos, como demostró la revocación de la resolución de 1946 en diciembre del 50, fue vano. Como venía siendo costumbre, al fracaso internacional siguió una crisis de gobierno, más honda si cabe que las anteriores, en proporción al descalabro padecido. Baste decir que la crisis duró nueve meses para dar idea de su gravedad. Tras varios intentos infructuosos por reunir un puñado de personas representativas y después de que Gordón Ordás renunciara a su cargo, Albornoz presentó también su dimisión definitiva a principios de julio de 1951. Le sucedió como presidente del gobierno Gordón.

Los gobiernos de Gordón Ordás

Los intentos del nuevo jefe de gabinete por ampliar las bases políticas de la República tuvieron que enfrentarse con la oposición de Indalecio Prieto, entre otros. El radical escepticismo del líder so-

cialista sobre la capacidad de suepervivencia de las instituciones republicanas se tradujo (aparte de su discurso en el Centro Asturiano de México en septiembre de 1951), en su propuesta, a la Asamblea Socialista de México celebrada en octubre, de declarar su extinción y disolver el Grupo Parlamentario Socialista. Gordón Ordás reaccionó a la propuesta de Prieto (que, de todas formas, no prosperó) prometiendo reunir las Cortes antes del 14 de abril. Estaba claro, sin embargo, que no podría volver a contar con los socialistas para las tareas de gobierno y tampoco con los partidos nacionalistas, que se escudaron en la negativa socialista. La atomización prosigue en cuanto uno de los partidos de la coalición republicana, Izquierda Republicana, se rebela ante lo que considera acaparamiento del poder por Unión Republicana (a la que pertenecían Martínez Barrio y Gordón Ordás). Con todas estas dificultades (dejando aparte motivos verdaderamente políticos), es lógico que Gordón intentara formar un gobierno con personalidades, más que con representantes de los partidos. El mismo presidente se hizo cargo de la cartera de Hacienda, poniendo a Fernando Valera al frente de la de Estado, a Juan Puig Ferreté de la de Justicia y creando nuevos ministerios, a cuya cabeza puso a Julio Just (Acción en el Interior y en el Exilio), Eugenio Arauz Pallardo (Información, Propaganda y Archivos), el general Emilio Herrera (Asuntos Militares) y José M. Semprún (Consejero del Gobierno en Roma). Se reservaba el cargo de Ministro Secretario del Consejo para un vasco. La creación de nuevos ministerios como los mencionados anunciaba, con bastante anticipo, un cambio de inflexión en la línea política del gobierno republicano, que marcaba la «vuelta» al contacto con la realidad española. Entrecomillamos «vuelta» porque, en realidad, el término no implica tanto la recuperación de una política (jamás seguida hasta entonces por el gobierno republicano) como un retorno al origen. Origen con el que, por lo demás, por motivos generacionales, iba a resultar difícil volver a tomar contacto. Casi tanto como establecerlo con los diputados de las Cortes republicanas, que Gordón intentó reunir, sin ningún éxito, primero en París y luego en México. Ello a pesar de que pensaba solucionar de forma definitiva el problema del quórum (siempre insuficiente, desde 1945) proponiendo una reforma del reglamento. Además, el presidente mexicano, Miguel Alemán, puso trabas a la reunión, que tuvo que realizarse con carácter privado en

la embajada de la República en México. El motivo alegado oficialmente (evitar la enésima polémica con Prieto) encubría su reticencia a enfrentarse con los Estados Unidos cuando éstos estaban negociando con Franco. El fracaso de la convocatoria tuvo su paralelo en el ingreso en 1955 de España en la Unión Interparlamentaria, en cuyas reuniones había participado hasta entonces una delegación de las Cortes republicanas que quedaron así, lógicamente, excluidas.

Falto de apoyo institucional (sólo había logrado reunir 27 diputados), Gordón Ordás reanudó en 1952 sus viajes de propaganda por diversos países hasta que su salud y los acuerdos de Franco con los Estados Unidos y el Vaticano en 1953 le llevaron a solicitar la dimisión, que no fue aceptada. Reiteró su petición a raíz del ingreso de España en la ONU. En aquellas circunstancias de desaliento, fácil es colegir la dificultad para hallar personas dispuestas a aceptar un cargo como el que ostentaba Gordón Ordás. En efecto, éste siguió como presidente y ministro de Hacienda y Acción en el Interior en el nuevo gobierno formado el 21 de enero de 1956. Al frente de Estado y Relaciones Internacionales figuraba Fernando Valera; de Justicia y Acción en el Exilio, Julio Just; de Asuntos Miliares, el general Herrera; de Información, Propaganda y Secretaría del Consejo de Ministros, Salvador Echeverría Baños; en Roma seguía como Consejero de Gobierno José M. Semprún, en Nueva York el general Asensio y en Londres, José Antonio Balbotín. Negrín, que tantos quebraderos de cabeza había proporcionado a Gordón Ordás por motivos financieros, vino a causarle uno más con su muerte, en noviembre de 1956. La desaparición del último presidente del Consejo designado en condiciones de normalidad (si es que se puede considerar tal la Guerra Civil) rompía la continuidad con la República de 1939. Tuvo honda repercusión, para España y para el exilio, su testamento político, por el que hacía entrega al gobierno de Franco (reconociéndolo así implícitamente) de la documentación referente al famoso oro de Moscú. Gordón Ordás fue de los que consideró el gesto como una traición y así lo manifestó sin ningún tipo de consideración hacia el difunto. Luis Araquistáin, que desde las páginas del periódico socialista *Adelante,* de México, llevaba años derramando vitriolo sobre las instituciones republicanas, especialmente en las personas de Gordón Ordás y Martínez Barrio, aprovechó la oca-

sión para llevarles una vez más la contraria, elogiando la actitud de Negrín [218].

La muerte del doctor canario señalaba el inicio de un proceso que se iba a cerrar seis años más tarde, con la desaparición del otro gran «peso pesado» del exilio, Indalecio Prieto. La extinción de las cabezas más visibles acarreó, con la evolución de la situación española e internacional, como es lógico, la disolución progresiva de la legitimidad republicana. Pero en esta etapa, que muchos consideran de decadencia en el sentido apenas mencionado, se intensifican con la oposición del interior de España unos contactos que hasta entonces (como testimonian las mismas controversias en el seno de los partidos, ya mencionados) habían sido poco más que simbólicos. Siguen proliferando las siglas (en franca contradicción con la casi universal aspiración a la unidad, pero en perfecta consonancia con el tradicional individualismo hispano), pero algunos de estos intentos de coordinación empiezan a producir sus frutos. En estos años (en que no pocos emigrados «de a pie» estaban volviendo a España) se produce un segundo exilio, protagonizado por una nueva generación y dirigido a Europa pero también a América. Las protestas estudiantiles de 1956, la disidencia de Dionisio Ridruejo, la formación de distintas corrientes democratacristianas en el catolicismo español y la fundación, en la izquierda, de movimientos como el Frente de Liberación Popular (los famosos «Felipes» de 1958) dan fe de una nueva oposición en el interior. En julio de 1957, la revista *Las Españas* (publicada por primera vez en México en octubre del 46) cambiaba su cabecera por *Diálogo de las Españas,* para expresar mejor su vocación de vehículo de comunicación entre las dos orillas. En el 54 aparece en Nueva York *Ibérica,* dirigida por Victoria Kent. En el mundo intelectual, el desconocimiento y la desconfianza van dando paso a la comunicación. Siempre desde una postura legitimista, reacia a poner en duda mediante un plebiscito el régimen republicano, el gobierno de Gordón Ordás intensifica su propaganda en el interior, al tiempo que establece contactos con los distintos grupos de

[218] Para dar una idea de la virulencia verbal de este político, basten estas líneas, publicadas en el mencionado periódico en 1952: «La República murió a manos de un médico y la sigue tratando, muerta, un veterinario, notable descenso en el rango zoológico de la víctima, aunque no en el científico de ambos doctores, uno de hombres y otro de caballos.» La cita se encuentra en Rubio: *op. cit.,* p. 699.

oposición, algunos de ellos procedentes de las filas del franquismo y del falangismo (como Ridruejo). El legitimismo republicano supuso un escollo para el entendimiento, al excluir las soluciones (monarquía o referéndum) propuestas por una generación que ya no se identificaba con la República de 1931 y, mucho menos, con la de 1939. El entendimiento entre las diversas familias políticas cristalizó, como se vio más arriba, en el Pacto de París, suscrito en 1957 entre republicanos, socialistas, nacionalistas y sindicalistas y, en 1960, en la Unión de Fuerzas Democráticas. Gordón Ordás volvió a revivir los días de maniobras en las cancillerías cuando, en 1958, intentó «vender» por última vez un plan para restablecer un régimen democrático en el caso de que se produjera la restauración de la monarquía, sin ningún éxito, como es lógico en un año en que el presidente Eisenhower visitó España.

Esta circunstancia supuso la definitiva dimisión de Gordón Ordás, por lo demás opuesto al extemporáneo llamamiento de Martínez Barrio a la violencia [219]. De hecho, a finales de los cincuenta el fenómeno de los maquis daba las últimas boqueadas y sus míticos líderes, Bayo (que había peleado junto a Fidel Castro) y *El Campesino,* presionaron al presidente del gobierno para que secundara el uso de la fuerza. El nuevo gabinete designado por Martínez Barrio presentaba pocas novedades respecto al anterior, con la salvedad de su presidente, el general Herrera. Éste tuvo que hacer frente a la reducción de los ya escasos apoyos exteriores, pues Fidel Castro dejó de sostener económicamente al gobierno en el exilio [220]. Trató de compensar esta circunstancia llegando a un acuerdo con su colega portugués, también exiliado, el general Delgado. El acuerdo hispano-portugués de 1960 tenía por objeto no sólo restablecer la democracia en ambos países sino regular las relaciones entre ambos en sus más mínimos detalles.

El año 1962 sería importante para el exilio por varios motivos. La muerte de Martínez Barrio en enero, en París, significó la interrupción definitiva del hilo de continuidad de las instituciones republicanas y una relajación del legitimismo a ultranza que había man-

[219] La crisis fue provocada por el presidente en el Cercle Republicain de París durante el banquete conmemorativo de la proclamación de la República, en 1960. Martínez Barrio apeló en su alocución a la juventud.

[220] Las ayudas quedaban así reducidas a México y Yugoslavia.

teñido. Al mes siguiente, desapareció en México Indalecio Prieto, si bien su muerte no significó el fin de su proyecto político que, al contrario, experimentó un nuevo auge pocos meses más tarde, en Munich. A estas alturas, el centro de gravedad político del exilio se hallaba definitivamente desplazado a Europa, aunque algunos de sus protagonistas siguieran residiendo en América. La ruptura de la continuidad institucional tenía su origen en la Constitución del 31: en 1962, ya no existían unas Cortes que pudieran designar a un presidente de la República. El hijo de don Niceto Alcalá Zamora (y con él, otros representantes del exilio) consideraron jurídicamente inaceptable la solución dada por el socialista Luis Jiménez de Asúa al problema. Impugnador, siempre por motivos jurídicos, de los restos de legitimidad republicana en 1939, el a la sazón vicepresidente de las Cortes se valió de ser su presidente en funciones desde 1945 para asumir la cabecera de la República. Ello no impidió que siguiera al frente del extinto órgano legislativo, en contra del reglamento, que preveía la designación del segundo vicepresidente en ausencia del primero. En realidad, la maniobra de Jiménez de Asúa tenía por objeto excluir a la *Pasionaria,* que aspiraba con semejantes títulos a la presidencia. La candidatura de la diputada comunista era totalmente inaceptable, como es lógico, para los partidos republicanos y para el exilio en general, máxime en un momento en que la desaparición de Martínez Barrio abría definitivamente las puertas a un entendimiento con las otras fuerzas de la oposición (y, en particular, los monárquicos) y cuando las perspectivas europeístas comenzaban a ser un fuerte motivo de unión. No se olvide que, paralelamente, se empieza a construir entonces el Muro de Berlín.

Jiménez de Asúa confió la formación de gobierno a don Claudio Sánchez Albornoz. El nombramiento era sintomático del aire de prestigio intelectual y apartidista que se pretendía dar al nuevo gabinete, cuya composición, pese a los esfuerzos por incluir a Casals o Picasso, permaneció prácticamente invariable [221]. El gobierno volvió a adquirir un cierto aire americano, al quedar el Consejo de Ministros, en París, separado de los presidentes de la República y del gobierno (residentes, como es sabido, en Buenos Aires). Ni a Jiménez

[221] Valera fue ministro de Estado, Julio Just de Interior y Emigración y Maldonado de Justicia.

de Asúa ni a Sánchez Albornoz les interesaba seguir propugnando el aislamiento de España. Al contrario, comenzaban a ver en la integración una buena estrategia para el cambio político. En 1962 Franco inició las negociaciones para el ingreso en la Comunidad Económica Europea. La reunión del Movimiento Europeo, ese mismo año, iba a ser una buena ocasión para confrontarse con la opinión del interior y ofrecer finalmente nuevas alternativas políticas a la intervención exterior o al empleo de la violencia.

El Coloquio de Munich

Mucho se ha escrito sobre lo que, según la ideología de cada cual, se ha llamado coloquio, congreso, acuerdos, pacto o «contubernio» de Munich. Frente a la propaganda franquista, la oposición del interior (en primer lugar la monárquica, encabezada por don Juan) negó la existencia de tal acuerdo previo, en el sentido de pacto para liquidar el Régimen o impedir, por lo menos, su ingreso en la Unión Europea. Los protagonistas del episodio insistieron, más bien, en su voluntad de facilitar tal proceso, estableciendo las bases que permitieran la evolución política y económica de España de cara a su integración en Europa. El problema era precisamente ese: que la integración pasaba por la democratización y esto era lo que los hombres del Régimen no estaban dispuestos a oír.

Hemos visto que, desde mediados de los cincuenta, fueron más frecuentes los contactos entre el exilio y la oposición del interior. Fruto de los contactos enre los distintos grupos del primero y esta última fueron el llamado Pacto de París y, en 1960, la Unión de Fuerzas Democráticas. Desde septiembre de 1959, la Izquierda Demócrata Cristiana mantenía conversaciones con los socialistas, de cara a establecer un acuerdo con los monárquicos. El pacto suscrito finalmente tenía la consabida finalidad de aunar las distintas fuerzas para derribar al franquismo, combatiéndolo con todos los medios posibles. Con el fin de conservar la paz, los distintos grupos colaborarían en la creación de las futuras estructuras del Estado. En cambio, salvo su cariz democrático, nada se decía del carácter de este último, ni siquiera la forma de determinarlo.

Sólo se hacía referencia a un gobierno provisional sin signo institucional definido [222]. Al otro lado de la frontera, en 1957, hacía su aparición Unión Española, de ideología monárquica, pero crítica con el Régimen y con el mismo Consejo Privado de don Juan, a quien aconsejaban distanciarse de Franco, creando una verdadera base social para la monarquía. Dos de los miembros más conspicuos de esete movimiento, Joaquín Satrústegui y Jaime Miralles, participaron con Tierno Galván en un acto en que subrayaron la necesidad de que la restauración monárquica se produjera por voluntad del pueblo y no por imposición de Franco. Ello les acercaba a los sectores de la oposición partidarios de un plebiscito (aunque no entendieran estrictamente el apoyo popular en este sentido) alejándoles de los monárquicos legitimistas a ultranza. Otro punto de contacto lo constituía su convicción de que la integración de España en Europa pasaba por su evolución política y así lo hicieron notar, comparando el caso español con el griego con motivo de la boda del Príncipe Don Juan Carlos. Sin embargo, a pesar de la redacción conjunta del documento final, en principio estos monárquicos liberales y el mismo Gil Robles justificaron su asistencia al Congreso de Munich ante las autoridades como un intento de evitar que los exiliados monopolizaran la atención durante el mismo, es decir, de neutralizarlos [223].

El IV Congreso del Movimiento Europeo, fundado en 1948, se reunió en Munich entre los días 5 y 8 de junio de 1962. El tema de debate era precisamente la democratización de las instituciones europeas. Salvador de Madariaga, una de las figuras representativas del movimiento, logró reunir en la ciudad bávara a 118 españoles del exilio y del interior, ligados estos últimos, en su mayoría, a los grupos monárquicos mencionados. A su llegada, el secretario general del Movimiento Europeo, Van Schendel, invitó a ambos a redactar una única propuesta, a lo que se negó, en nombre de los representantes del interior, Gil Robles, partidario de que las deliberaciones se realizasen por separado. Se formaron así dos comisiones, la A (presidida por el líder monárquico) y la B (encabezada por Madariaga). En la

[222] El texto del Pacto es reproducido por Alberto Fernández, *op. cit.*, pp. 157-158.

[223] *Vid.* José M.ª Toquero: *Franco y Don Juan, op. cit.*, pp. 302-303. Joaquín Satrústegui, Jaime Miralles y Vicente Piniés advirtieron de su participación al Ministerio de Asuntos Exteriores, mientras que Gil Robles lo hizo al subsecretario de la Presidencia.

separación pesaron tanto el recelo como el deseo de los representantes del interior de que su iniciativa no fuera oscurecida por el grupo, después de todo minoritario, de exiliados. Fuera la verdad o un simple gesto de justificación ante Franco, el caso es que Gil Robles negó la supuesta reconciliación y, más aún, el acuerdo entre los dos bandos de la Guerra Civil, alegando que durante las sesiones del congreso ni siquiera había conversado con el socialista Llopis. La afirmación no le libró de la desautorización de don Juan ni de las iras del *Caudillo.*

Los documentos elaborados por las comisiones se centraban en las condiciones indispensables para que España entrara en la Comunidad Europea; tomaban como base, por tanto, la declaración de los derechos del Hombre y la Carta Social Europea, con especial hincapié en la libertad de expresión, de sindicación y de asociación. La discrepancia se produjo, como era lógico (y tradicional), en lo referente al tipo de régimen que debía instaurarse. Sin embargo, no hay que pensar que en este punto hubiera unanimidad entre los mismos delegados del interior, parte de los cuales no se mostraban contrarios a abrir un período constituyente. El documento final presentado por el Consejo Federal Español eludía la cuestión, refiriéndose de forma genérica a la instauración de «instituciones auténticas, representativas y democráticas». Los firmantes manifestaban su esperanza de que la evolución, de acuerdo con estas bases, permitiría la incorporación de España a Europa. No se ha solido señalar la insistencia en el empleo del término «evolución» ni en el deseo manifiesto de que el proceso se realizase de acuerdo con las «normas de la prudencia política», en el plazo más breve posible y sin recurso a la violencia [224]. Estas declaraciones no pueden sino contrasar vivamente con las realizadas en los primeros tiempos del exilio. La naturaleza interna del proceso, ajeno a cualquier intervención extraña, fue subrayada también por los participantes. Lejos estaban ya los días en que se concentró toda la presión internacional contra el régimen a través de las Naciones Unidas. Todas estas salvedades no sirvieron, sin embargo, para impedir lo que tan cuidadosamente intentaron evitar desde su salida los miembros de la comisión A. De hecho, con esta ocasión, se vieron engrosadas las filas del exilio, anque fue-

[224] Véase el texto de la resolución, ibíd., p. 304.

ra interior. Gil Robles volvió a marcharse de España, pero Satrústegui, Miralles, Álvarez de Miranda, Cavero y Ruiz Navarro fueron confinados en Canarias.

La actitud del Conde de Barcelona, que desautorizó de nuevo a Gil Robles, no dejó de resultar controvertida. En su táctica de acercamiento a Franco, don Juan había aceptado en 1957 los principios tradicionalistas, lo que pudo ser interpretado como una definitiva alineación con el Régimen. Eso debió de ser lo que pensó Gil Robles, aunque por otra parte un informe de un testigo presencial aseguraba al Pretendiente que el Congreso había demostrado la posibilidad de una segunda vía para la restauración, independiente de Franco y, por tanto, más arriesgada y menos probable a corto plazo [225]. Quizá fuera ese factor de riesgo lo que determinara, en última instancia, el distanciamiento oficial de don Juan y la reacción aparentemente desproporcionada de Franco.

La herencia del exilio

Fuera como fuese, la pretensión de Gil Robles del papel secundario jugado en Munich por los exiliados (que se habrían limitado a secundar sus propuestas) no puede ocultar un hecho evidente: en el Congreso se llegó a un mayor grado de diálogo entre el exilio y el interior de lo que se había llegado hasta entonces, hasta el punto de que hay quien toma Munich como punto de partida de una nueva etapa del exilio. En este período, que se prolongaría hasta 1969, menudearían los contactos, desapareciendo gradualmente el recelo y la desconfianza mutua (provocada en parte por la intransigente actitud de superioridad de los exiliados). Esto se haría particularmente evidente a raíz de la depuración a que fueron sometidos en verano de 1966 profesores como Tierno Galván, García Calvo y Aranguren; a partir de entonces, el exilio adoptaría una posición subsidiaria a la oposición interior, sirviéndole de apoyo y de caja de resonancia [226].

De hecho, los últimos gobiernos republicanos no tuvieron otra aspiración (al contrario de lo que sucediera en los años cuarenta)

[225] Ibíd., pp. 310-314.

[226] Esta es la teoría sustentada por Javier Marichal, *op. cit.*, pp. 234-235.

que la meramente testimonial. En este sentido, poco cambió la muerte de Jiménez de Asúa en 1970 y su sustitución por José Maldonado o el relevo de Sánchez Albornoz por Fernando Valera. Ambos mantendrían sus cargos hasta el advenimiento de la democracia en España. La labor del exilio se canalizó, a partir de entonces, en publicaciones como las ya mencionadas (en este sentido de canal de expresión política el exilio americano siguió jugando un importante papel) y en la reorganización de los partidos políticos en la clandestinidad. Hay que señalar, sin embargo, que no todos los partidos llegaron con vida a la reorganización (como fue el caso de los republicanos y del movimiento libertario) y que el relevo generacional se impuso, relegando a los viejos líderes a una función poco más que ornamental (es paradigmático el caso del PSOE en Suresnes). Las primeras elecciones democráticas se encargaron de subrayar, más que de producir, el fin de una historia que, en realidad, pertenecía desde hacía tiempo al pasado. Como notas disonantes de esta tendencia, que culmina con el monarquismo (o mejor, el «juancarlismo» de viejos líderes del exilio como Madariaga, Tarradellas, Prat o el mismo Carrillo), hay que señalar el belicoso discurso de José Maldonado en París en abril de 1976, propugnando la República como único régimen viable [227] o la ya mencionada actitud del gobierno mexicano manteniendo relaciones diplomáticas con la República española hasta marzo de 1977, un mes antes de la legalización del PCE y tres antes de las elecciones generales.

Durante la transición, la influencia política real fue en algunos casos más allá de los resultados electorales, siendo muy difícil delimitar el peso específico de cada grupo político durante el proceso. La decantación por la que podríamos llamar teoría evolucionista del propio Régimen o por la oposición exterior (en la que quedaría englobada la izquierda) depende en buena medida de la posición ideológica de partida y, como toda cuestión reciente, provoca enfrentamientos y pasiones, por no decir que constituye el núcleo sobre el que se pretende fundar la situación actual, en una curiosa resurrección de los legitimismos de antaño. Quizá sea este legitimismo de transi-

[227] Francisco Giral, sin ir más lejos, reproduce estas palabras a manera de colofón en la parte que le corresponde de la obra dirigida por Abellán y publicada, no se olvide, en 1976. *Op. cit.*, pp. 224-225.

ción, con las pretensiones de representatividad que implica, un reflejo (no de los mejores) de la historia del exilio [228].

La «tercera España»

Una cosa, sin embargo, es indudable en el reciente proceso político español: el espíritu de conciliación. Este espíritu conformaba lo que un sector del exilio al que hemos aludido en varias ocasiones denominaba la «tercera España». Se trataba de una expresión acuñada por un sector crítico de la República durante la misma guerra, que designaba precisamente a esa parte de españoles que no se identificaban con ninguno de los dos bandos o, mejor, que disentían del curso que habían tomado los acontecimientos en el propio. Pero muy pronto, por no decir simultáneamente, el término de tercera España pasa a designar una realidad (un grupo de exiliados del mismo exilio, antes de que éste se produzca de forma masiva) a designar un proyecto, una utopía. Ya en 1937, Garcitoral defendía, desde Buenos Aires, la existencia de un «tercer Frente» que identificaba con el verdadero espíritu español. De la lucha habría de renacer esa España que había brillado en la Historia por su defensa del Espíritu frente a la materia [229]. Otro componente de esta «tercera España» (en el primer sentido de la palabra) que se interrogó profundamente sobre el espíritu nacional, con resultados menos optimistas, fue Américo Castro, en quien pesó, sin duda, un cierto (y, por qué no decirlo, justificado) sentimiento trágico de la vida.

Concepciones teóricas aparte, los hombres de la «tercera España» estaban abiertos, por definición, al resto de los españoles. Dentro de la misma Península existía una «tercera España». Por ello, a

[228] Como reflejo también, más que como producto directo, podría considerarse la constitución, en la transición, de movimientos unitarios como la Junta Democrática de Tierno Galván (de julio de 1974) o la Plataforma de Convergencia Democrática (constituida por democratacristianos, socialistas, nacionalistas vascos y seguidores de Ridruejo). Ambas convergerían en marzo de 1976 en la denominada «Platajunta».

[229] Reflejos de ese espíritu habrían sido, según el autor, la jerarquía basada en la dignidad humana, el misticismo unido al realismo del conquistador, la afirmación nacional al servicio de la humanidad, la defensa de la cultura occidental (o, lo que es lo mismo, del equilibrio espiritual), siendo su manifestación máxima la «transfusión de la sangre europea en servicio de América». Garcitoral: *op. cit.*, pp. 225-226.

pesar de su idealismo, eran mucho más proclives a la solución del problema español por los mismos españoles que habían optado por permanecer en su patria. En 1939, Paulino Massip, en sus famosas *Cartas a un español emigrado,* proponía la inmediata revisión de un sistema político que había fracasado y la colaboración con la otra mitad de los españoles para la reconstrucción nacional. Para el autor, el problema del exilio es en este primer momento un problema moral: los emigrados debían aportar a España precisamente aquello cuya falta les impedía volver, no un programa de partido, sino el respeto a la personalidad humana, que debía gozar de los medios para su adecuada expansión [230]. Como es lógico, este espíritu abierto hacía que, dentro de diversas posturas políticas, los exponentes de la «tercera España» fueran más proclives a soluciones conciliadoras que a intransigencias legitimistas fueran del signo que fueren. El mismo Ferrater Mora propugnó una «tercera España» que sirviera de intermediaria y pudiera ofrecer la verdadera reconstrucción moral de la sociedad española [231].

Como buena parte del utopismo corresponde en la Historia de España al movimiento libertario, es lógico que entre sus militantes tuviera cierto éxito la idea de una tercera España, entendida esta vez no como algo real, sino como proyecto de futuro. Ejemplo de proyecto, de los más complejos presentados en la historia del exilio, fue el corporativista de Salvador de Madariaga, adoptado con entusiasmo por militantes anarquistas como Miró, cosa lógica, ya que a su carácter fuertemente tradicional y orgánico (inspirado en la Historia española) unía ese sentido ascendente de la construcción del Estado tan querido a los anarquistas. El Estado nacía, efectivamente, de abajo arriba, como resultado de la federación de municipios, sindicatos y cooperativas. El municipio sería la base de los parlamentos locales, de los que saldrían, a su vez, las Cortes. La justicia se organizaría también de forma análoga [232].

El utopismo tuvo sus manifestaciones también en el interior. El mencionado Miró citaba en 1959 al joven Antonio Márquez, reconociendo que quizá tuviera razón en su planteamiento de una «ter-

[230] Massip: *op. cit.,* pp. 57-58.

[231] *Vid.* Juan Marichal: «La singularidad histórica del exilio español», en *La otra cara del exilio. La diáspora del 39,* p. 75.

[232] En: «Ideas para un posible programa», *op. cit.,* pp. 173-192.

cera España» [233]. El libro de Márquez, publicado en México pero gestado en España (de donde sacó su experiencia vital) se abría con una dura invectiva contra el exilio en la persona de Juan Marichal, al que acusaba de intransigencia y falta de conexión con la realidad española. Después de las acostumbradas descripciones tremendistas de esta realidad, proponía (como tantos de sus antecesores) la instauración de un régimen basado parcialmente en la tradición. El nuevo sistema político sería una monarquía tradicional, encabezada por don Juan de Borbón. Lo novedoso era la combinación de este tradicionalismo con un régimen de libertades públicas, el socialismo cristiano y una retórica no exenta de ecos libertarios e incluso medievalizantes [234]. Si bien se mira, todo ello entroncaba muy bien, por chocante que pueda parecer, con ciertos sectores falangistas que por aquel entonces estaban en plena efervescencia, sintiéndose marginados por el Régimen. Obras como ésta demuestran, en resumen, la riqueza de la propuesta ideológica y política del exilio, más allá de su influjo real en la vida española, en la que después de todo, hunden siempre sus raíces.

[233] Ibíd., 196.

[234] Antonio Márquez: *Sobre la situación de España. Informe y testimonio,* México, Libromex Editores, 1958.

SEGUNDA PARTE

LA LITERATURA DEL EXILIO

Rosa Maria Grillo

I

LA NARRATIVA

Acercarse críticamente a la literatura del exilio en las Américas genera muchos problemas previos: la individualización de géneros y límites dentro del fenómeno (exilio, destierro y autoexilio [1], fechas inicial y final [2]), la limitación de generaciones y actitudes, la elección entre lo particular y lo general, entre la información y la crítica, entre caracteres generales del exilio y específicos de los escritores, lo que permite hablar no de «la escritura del exilio, sino [d]el exilio de la escritura (y de la lectura)» [3]. No se puede pasar por alto la innegable diferencia que hay entre el exilio en un país de habla hispana [4] y el que transcurre en Estados Unidos o Brasil (con la especial situación de México donde fueron a dar la mayoría de los intelectuales exiliados [5]). Es suficiente por ahora haber planteado algunos de los

* Ya en prensa este volumen, se ha publicado *Las literaturas exiliadas en 1939* (ed. de Manuel Aznar Soler), Barcelona, Associació d'Idees-GEXEL, 1995, fruto del trabajo del Grupo de Estudios del Exilio Literario de la Universidad Autónoma de Barcelona.

[1] Del 1953 (Cfr. José Luis Aranguren: «La evolución de los intelectuales españoles en la emigración», en *Cuadernos Hispanoamericanos,* 1953, n. 38; p. 126) es la primera distinción entre desterrados (obligados a exiliarse), exiliados (sin la estricta obligatoriedad) y autoexiliados (que habían elegido vivir fuera, a menudo antes del 36). Cfr. además José Luis Abellán: «El exilio como categoría cultural», en *Cuadernos Americanos,* 1987, n. 1; y Paul Ilie, *Literatura y exilio interior,* Madrid, Fundamentos, 1981; pp. 15-23.

[2] Se pueden considerar las fechas de 1936 o de 1939, de 1975 o 1976 o 1977.

[3] José María Naharro Calderón: «Des-lindes del exilio» en VV.AA.: *El exilio de las Españas de 1939 en las Américas. «¿Adónde fue la canción?».* Madrid, Anthropos, 1991, p. 15.

[4] Aunque muchos —Francisco Ayala, José Luis Aranguren, Vicente Lloréns Castillo, José Ricardo Morales— subrayan las «trampas» provocadas por la supuesta identidad de habla entre español de América y de España (Cfr. Patricia W. Fagen: *Transterrados y ciudadanos,* México, Fondo de Cultura Económica, 1975, pp. 66-7).

[5] En la ya vasta bibliografía sobre el tema, hay quienes subrayan las dificultades del

problemas existentes, ya que no es posible en este estudio profundizarlos ni, mucho menos, agotarlos. Nos referiremos a ellos en los casos concretos que lo requieran. No es posible, por otra parte, definir un modelo crítico válido para todos los géneros y todos los autores. Me reservo por lo tanto un margen de libertad estructural que, sin descuidar datos objetivos y criterios generales, me permita acercarme a cada autor con el enfoque que la lectura de sus textos requiera.

Descartando criterios temáticos (guerra, exilio, España, infancia), de tendencia (deshumanización/compromiso) y de técnica (realismo/experimentalismo), un orden cronológico elástico —por autor— es el criterio que me parece más idóneo para trazar la evolución de los escritores comprobando, al mismo tiempo, la veracidad de algunas etapas individualizadas por los críticos. Este orden coincide sólo en parte con el criterio generacional, que tanto peso ha tenido en la historia de la cultura española. Sin duda, comparten la experiencia del exilio miembros de muchas generaciones, de Eduardo Zamacois (nacido en 1876), contemporáneo de la generación del 98, a los «niños de la guerra», nacidos en los años veinte y treinta. En los períodos de grandes cambios y revoluciones, el ritmo de las reacciones individuales —y de las creaciones literarias— se altera profundamente. Se comprime el tiempo y se anulan diferencias, generaciones distantes se acercan o se abren abismos insalvables. Como ha escrito Manuel Durán, «la guerra y el destierro han cambiado muchas cosas, nos han hecho más jóvenes y más viejos al mismo tiempo. Han trastornado nuestras capas geológicas, como un terremoto» [6]. Es posible in-

arraigo (Patricia W. Fagen, Susana Rivera etc.) y quienes, en cambio, exaltan las inesperadas oportunidades ofrecidas a los transterrados y la consiguiente integración en el medio (Moreno Villa, Arturo Souto Alabarce, etc.). México fue sin duda el país que más exiliados acogió, y el alto número, casi una invasión pacífica (se llega a hablar de 50.000 —Manuel Tuñon de Lara—, de los cuales 5.000 eran de «clase intelectual» —Patricia W. Fagen), contribuye a que fenómenos aislados de intolerancia o patente animadversión adquieran sentido y fuerza. También dentro del grupo de exiliados se dan las dos posturas, en formas y medidas muy variadas: el rechazo del entorno mexicano y el autoaislamiento (sobre todo en los primeros años, cuando estaba vigente la esperanza de un pronto regreso) que se concretizaban en la asistencia a tertulias, cafés, escuelas españolas y la voluntad de integrarse, de «mexicanizarse», de vivir plenamente una oportunidad histórica que, nacida del fracaso, puede enriquecer al hombre y dar nuevo aliento a la creación artística.

[6] Manuel Durán: *De Valle Inclán a León Felipe*, México, Finisterre, 1974; p. 203.

dicar una diferencia de actitud ante la vida, que se traduce, por supuesto, en productos literarios de diferente espesor y grado de compromiso entre los mayores (me refiero a los nacidos en el siglo XIX, Madariaga, Ortega, Jiménez, Gómez de la Serna, Guillermo de Torre), los más jóvenes (nacidos en el siglo XX, pertenecientes a la generación del 27 y a la de la guerra) y «la última voz del exilio», los «niños de la guerra». Los primeros, por su voluntad o por casualidad, se encontraban casi todos fuera de España al estallar la guerra o viajaron al extranjero en misión cultural durante la misma; en todo caso, prefirieron no volver, por diferentes motivos, aunque apoyasen más o menos abiertamente la república o esperasen simplemente el nacimiento de la tercera España, aterrorizados por la radicalización de las posturas políticas. La suya será una literatura, en general, no comprometida, más bien escéptica, casi siempre producto de un autoexilio (Guillermo de Torre, Gómez de la Serna). Los más jóvenes, empezando por los *outsiders* generacionales, como Moreno Villa, Rafael Dieste, etc., participaron en cambio activamente en la guerra. Su literatura será, con todas las posibles distinciones, arte testimonial, de denuncia y nostalgia. Los últimos, hombres *fronterizos,* verdaderos hispanoamericanos, viven su propio exilio como categoría existencial, además de geográfica, a causa no sólo del contemporáneo afirmarse del existencialismo europeo, sino también por la extraña situación de no haber tenido raíces en ningún lugar, por ejemplo por haber estudiado en fastasmales colegios españoles en tierra americana: «Todo servía para mantener sumergidos a los transterrados en una España recreada artificialmente en México» [7].

Por haber compartido la misma experiencia es posible indicar rasgos generalizadores en escritores de diferentes generaciones, así como es posible hablar de literatura del exilio sólo escogiendo, como coordenadas, referencias histórico-geográficas y no literarias. Diferente sería hablar de literatura del exilio en sentido restringido, incluyendo únicamente a autores cuyas obras están determinadas —temática y psicológicamente— por la experiencia del destierro [8].

[7] Susana Rivera: *Última voz del exilio,* Madrid, Hiperion, 1990; p. 16.

[8] «Destierro, *impegno ideologico, pratica della scrittura e sua pubblicazione in altra terra, coscienza dell'esilio vissuto, nostalgia, speranza, sfiducia,* desengaño, *tematica dell'esilio nell'opera*» son, según Letizia Atzeni, los *«tratti omogenei»* que definirían a los escritores del exilio «Storia e

Aunque sean casos aislados, es posible indicar autores no influidos por el exilio —en el nivel consciente y detectable en las obras— como Salvador de Madariaga o Rosa Chacel. En el caso contrario, el de los que expresaron en los diferentes géneros y en diferentes grados los sentimientos del desarraigo y de la nostalgia, podemos individualizar un gradual alejamiento de las temáticas propias del exilio reconociendo, como lo hace Giuseppina Ledda, tres etapas: «a) *della disfatta e del primo* desarraigo, b) *dell'esclusione e dell'avvertito mutamento dell'esilio, non più condizione provvisoria, ma paventato come definitivo,* c) *del ritorno*» [9]. Pero, como recuerda Francisco Ayala, «la literatura del exilio será [...] un fenómeno individual, nunca colectivo, aunque masivo» [10] y, por ende, cada cual ha vivido sus etapas de forma distinta, y éstas no siempre se han reflejado en la escritura.

Por último, para dar en lo posible una visión de conjunto y evitar que el mismo autor esté presente en todas las secciones y su obra quede fraccionada, sin una lectura global, elegiré para cada escritor un género, máxime dos, en los cuales, a mi modo de ver, destaca para, a continuación, proceder a un análisis sumario de las demás obras.

La narrativa es, sin duda, el género más practicado por los exiliados y el que ha merecido el más alto número de estudios críticos y/o informativos, desde el clásico *Narratira española fuera de España* (1962) de Marra López hasta las más recientes monografías sobre narradores, temas, etc.

No nos detendremos sobre ninguno de los autores del 98, ya que o no sobrevivieron al evento histórico o bien permanecieron silenciosos en el exilio. Diferente es el caso de la generación del 14 que, generalmente, junto con Ortega, se había dedicado a una narrativa de tono vanguardista y postura deshumanizada. En su mayoría, este grupo continuará durante y después de la guerra en la óptica de eludir el tema candente del compromiso, de la contienda, del destierro, de acuerdo con su actitud política generalmente moderada.

discorso nel "Labirinto Magico" di Max Aub, en VV.AA.: *Fascismo ed esilio,* I, Pisa, Giardini, 1988; p. 265.

[9] Giuseppina Ledda: «L'io nello spazio narrativo: note per un "autobiografia" della España Peregrina», en VV.AA.: *Fascismo ed esilio,* I, *op. cit.;* p. 250.

[10] Francisco Ayala, citado por Rafael Conte en el prólogo a *Narraciones de la España desterrada,* Barcelona, Edhasa, 1970; p. 14.

Salvador de Madariaga (1886-1977) se puede considerar el decano de los intelectuales exiliados, pero también el símbolo de una España europeizada y progresista para la cual el exilio no fue sino una residencia más en el extranjero, una ideal prosecución de una vocación europeísta: en sus obras, escritas en español e inglés (vivió antes y después de la guerra en Oxford) el exilio no influye absolutamente.

Ministro de Justicia y de Instrucción Pública durante la República y embajador en París, exiliado en Oxford y en México, tiene entre sus actividades las de político, periodista, polemista, crítico y escritor. Considerado «intelectual novecentista» junto con Manuel Azaña, Luis Santullano, Pérez de Ayala y Eugenio D'Ors por Soldevila Durante («preocupados a la vez por la filosofía y el ensayo filosófico o literario, la historia y otras ciencias humanas, y de edad que les sitúa alrededor de los veinte años al comienzo del siglo» [11]), ha escrito novelas de diversas temáticas y estilos, de las satíricas *Sanco Panco* (1964) y *La camarada Ana* (1954) a la novela filosófica e intelectual (*Ramo de errores,* 1953) a las que se encajan mejor con su postura de crítico e historiador: además de interesantes y agudas biografías de Cristóbal Colón (1940), Hernán Cortés (1941), Bolívar (1951), ha escrito un ciclo de novelas históricas agrupadas bajo el título general de *Esquiveles y Manriques: El corazón de piedra verde* (1948), *Guerra en la sangre* (1957), *Una gota de tiempo* (1958), *El semental negro* (1961), *Satanael* (1966), sobre diferentes etapas y aspectos de la colonización española de América. Los conocimientos históricos de Madariaga sirven de esqueleto para estas obras, que son, al mismo tiempo, tribunas para discutir la realidad de América como crisol de razas y el papel de España en la construcción de aquella identidad.

Como cuenta en su autobiografía, Ramón Gómez de la Serna (1888-1963), su exilio, a pesar de ser totalmente voluntario, fue motivado por la guerra, precisamente por el miedo sufrido durante ciertos acontecimientos algo oscuros de los primeros meses de la contienda. Se trasladó, por lo tanto, a Buenos Aires, patria de su mujer, la escritora Luisa Sofovich, y, aunque fuera recibido triunfalmente en España en 1949, siguió viviendo en Argentina, donde escribió páginas llenas de nostalgia y de amor hacia su patria, lo que le acerca a sus compatriotas desterrados. En Argentina en 1944 publicó las *No-*

[11] Ignacio Soldevila Durante: *La novela desde 1936,* Madrid, Alhambra, 1980; p. 24.

velas superhistóricas (*Doña Juana la Loca, El caballero de Olmedo, Doña Urraca de Castilla, Los siete Infantes de Lara, La emparedada de Burgos, La Beltraneja, Los Adelantados,* esta última adjunta en la edición de 1949), donde su fantasía y su peculiar escritura hacen hincapié en la historia para ofrecer una

> interpretación porvenirista y desinteresada; es decir, la interpretación supersubconsciente y superidealista, en vez de la interpretación materialista y soez [12].

El hombre perdido (1946) es una obra sin espacio y sin tiempo. Narra las andanzas y pensamientos de un hombre sin rumbo, que rechaza toda realidad concreta dejándose llevar por la nada y su fantasía. Gómez de la Serna no renuncia en esta novela al estallido de la greguería, aunque de forma diluida, explícita, perdiendo así su fuerza primordial. Sus páginas sobre Buenos Aires están escritas con el mismo amor, con la misma mirada aguda y selectiva con los que había escrito sus mejores páginas madrileñas (las del Rastro, por ejemplo). Sin embargo, las dos novelas de ambientación madrileña, *Las tres Gracias* (1949) y *Piso bajo* (1961), revelan la nostalgia y la añoranza: si el suyo no fue un destierro dictado por la necesidad, *Piso bajo, Las tres Gracias* y las obras autobiográficas (*Automoribundia,* 1948, *Nuevas páginas de mi vida,* 1948, *Cartas a mí mismo,* 1956, *Diario póstumo,* 1972) confirman la connotación de exilio de su experiencia argentina.

Benjamín Jarnés (1888-1949) resulta un autor de difícil e incierto encuadre, ya que su fecha de nacimiento y su decidida vocación narrativa le acercan a la generación del 14, pero la tardía publicación de sus obras le convierte en un marginal prosista de la brillante constelación poética del 27. Jarnés es reconocido como un agudo pero estéril y frío narrador deshumanizado. Su novela *El profesor inútil* (1926) parece ser, como afirma Eugenio de Nora, «una tentativa de novela que se ajuste letra a letra, rasgo a rasgo, a las condiciones orteguianas» [13]. Marra López y Carlos Martínez, entre otros, le reprochan el hecho de que su narrativa no haya sufrido ningún cambio, a pesar de las sacudidas de la guerra y del exilio que, además,

[12] Ramón Gómez de la Serna: *Novelas superhistóricas,* Buenos Aires, Clydoc, 1944; p. 13.

[13] Eugenio G. de Nora: *La novela española contemporánea,* Madrid, Gredos, 1962; II.I, p. 161.

fue particularmente cruel en su caso (padeció los campos de concentración franceses hasta llegar, finalmente, pero ya debilitado, a México). Soldevila Durante intenta hacerle justicia, indicando ya en las obras anteriores a la guerra (*Escenas junto a la muerte,* 1931, *Lo rojo y lo azul,* 1932) un evidente proceso de humanización, que se completaría en *La casa de los pájaros* y *Escombros,* aún inéditas, y en *Su línea de fuego* (1940, publicada en 1981).

La novia del viento (1940), *Orlando el pacífico* (1942), *La Venus dinámica* (1943), escritas en México, cabe citarlas, en cambio, en la línea especulativa, humorista y deshumanizada de la preguerra. La elegancia innata de la escritura de Benjamín Jarnés, su predisposición hacia lo sensorial y su lirismo deslumbrante de luces y colores confieren vitalidad e interés a sus obras que de otra forma serían sólo fríos ejercicios intelectuales. Es quizás Pedro Salinas, con su acostumbrada precisión, el que individualiza los elementos ambivalentes, no siempre cualitativamente productivos, de la obra de Jarnés: «el más leído de los novelistas nuevos, Benjamín Jarnés, coloca su novela en esas zonas indecisas entre fantasía y realidad, entre lirismo interior y descripciones del mundo [...] sacando la novela de su servidumbre, antes inevitable, casi siempre, a la visión analítica y reproductiva de lo humano» [14].

De incierto encuadre por los mismos motivos de Benjamín Jarnés es también Corpus Barga (Andrés García de la Barga y Gómez de la Serna, 1888-1975), un autor irregular de las letras españolas. Periodista refinado, antes de la guerra había escrito elegantes, cultos e incisivos reportajes para *El Sol, La Revista de Occidente, La Nación* de Buenos Aires, etc. (famosos son los de su primer viaje aéreo París-Madrid en 1919) y algunas novelas un tanto extrañas en las que el gusto por las simetrías matemáticas se une a una desenfrenada fantasía *(Pasión y muerte, Apocalipsis).* Exiliado en Francia (donde había vivido ya durante la República) y luego en Lima (donde fue director de la Escuela de Periodismo), ha escrito una sola novela, *Hechizo de la triste marquesa. Crónica cinematográfica de 1700* (1968, publicada luego en Barcelona con el título *La baraja de los desatinos,* 1971). Es una historia de magia escrita con gran habilidad sobre

[14] Pedro Salinas: «El signo de la literatura española del siglo XX», en *Literatura española siglo XX,* Madrid, Alianza, 1970; pp. 42-3.

todo en lo que se refiere a la creación de un cierto clima y una atmósfera, sin por ello descuidar lo anecdótico. *Los pasos contados, Una vida española a caballo de dos siglos* es, sin duda, su obra mayor, la que une a altísimo nivel su oficio periodístico, las experiencias vividas y su fantasía como creador. Son cuatro tomos de autobiografía novelada:

> Voy a ponerme a evocar mi vida con completa aplicación [...] A ver si saco una vida española, es decir, de un español más o menos articulado en el mundo, de 1887 a 1957 [15].

Considerada ora una novela ora una autobiografía, en la difícil tarea de elegir su inclusión en esta o aquella sección —es un problema que atañe a muchos escritos narrativos del exilio— a falta de un criterio objetivo y tajante, seguiré el del respeto, aunque parcial y contradictorio, del «pacto autobiográfico». Únicamente este criterio «de máxima» me aconseja incluir *Los pasos contados* en el capítulo de las autobiografías.

Si existe un escritor que puede ser considerado autor de una sola obra que le da renombre y prestigio, éste es Paulino Masip (1899-1963) con su *Diario de Hamlet García* (1944), mencionado y alabado por los pocos que habían podido leerlo en su primera edición. La reciente reimpresión (Anthropos, 1987) le ha rendido justicia y ahora es posible confirmar los acertados juicios de Sanz Villanueva («Es un libro de extraordinario valor literario, de perfecta madurez técnica y estilística, de una poco común verdad humana» [16]), de Souto Alabarce («ha alcanzado una serenidad rara en la literatura española de esta época» [17]) y de Aub («El ambiente es justo, la realidad se impone al lector desde el primer momento. La frase es clara, el sustantivo exacto, el adjetivo cabal» [18]). Si el *Diario* le ha dado fama —sobre todo póstumamente— también ha oscurecido el resto de su producción, cuentos (*Historias de amor,* 1943, *De quince me llevo*

[15] Corpus Barga: *Los pasos contados,* Barcelona, Edhasa, 1963-1973, I; p. 10.

[16] Santos Sanz Villanueva: «La narrativa en el exilio», en VV.AA.: *El exilio español de 1939,* IV, Madrid, Taurus, 1976; p. 167.

[17] Arturo Souto Alabarce: «Letras», en VV.AA.: *El exilio español en México,* México, Fondo de Cultura Económica, 1982; p. 386.

[18] Max Aub: *Discurso de la novela española contemporánea,* México, El Colegio de México, 1945; p. 104.

una, 1949, *La trampa,* 1954) y novelas (*La aventura de Marta Abril,* 1953). Seguramente, estas obras no añaden nada nuevo a su perfil, pero lo confirman como un autor capaz de tratar con simpleza las más abstractas elucubraciones y de narrar con la misma levedad, agilidad, amor e ironía nunca sarcástica, historias tan dispares como la del «metafísico ambulante» Hamlet García y la de la coqueta, frívola, y sin embargo humana, Marta Abril.

Hamlet García es un intelectual a destiempo en la abigarrada atmósfera de la República y de la Guerra Civil. Acostumbrados a leer biografías y aventuras de tantos poetas-milicianos, guerrilleros del teatro o de la imprenta, quizás habíamos desechado de nuestro «imaginario» la posibilidad de que en aquel entonces pudiera existir el intelectual puro, quijotesco y hamletiano quien, aun en momentos de tanta implicación, queda arraigado en su mundo personal, rechazando el contacto y el contagio colectivos, no sin ciertas incomodidades o complejos de culpa. No le faltan tentaciones y ocasiones para dejarse arrastrar por lo terrenal pero prevalece el sentimiento de autodefensa así que queda siempre al margen de los acontecimientos: la traición de su mujer Ofelia, el episodio de la cafetería en la Gran Vía, el encuentro con la ex-prostituta Adela y sus relaciones afectivas con Daniel, estudiante de filosofía, casi *alter ego* realizado del autor, capaz de volcarse en la revolución, y con Eloísa, muchacha rica y caprichosa que se «humaniza» en la guerra, no son suficientes para que empiece a vivir con plenitud. Inicia entonces una lenta y a menudo desviante marcha de acercamiento, de apropiación de aquella realidad, que pasa por el lenguaje y está ejemplificada en el continuo proceso de modificación de su relación con el mundo a través de una óptica «extrañada». Obligado a abrir los ojos a la realidad, lo hace con una mirada maravillada, incrédula:

> Se forma otra vez la cola a lo largo de la acera. Sus componentes llevan, ahora, en la mano una especie de carterita roja. Son hombres de variadísima condición a juzgar por sus ropas. Es quizás lo que más me sorprende, mejor dicho, lo que más me va sorprendiendo en esta noche y, acaso, la principal raíz del atractivo —fuerza es reconocerlo— que ejercen sobre mí. ¿En qué punto, sobre qué zona se fragua esta coincidencia de individuos tan dispares? [19].

[19] Paulino Masip: *El Diario de Hamlet García,* Barcelona, Anthropos, 1987; p. 143.

Paulino Masip fue también periodista, guionista y dramaturgo. Por lo que se refiere a *El hombre que hizo un milagro* (1944), no podemos sino repetir lo que dice Ricardo Domenech: «farsa en cuatro actos, muestra el inmenso poder de la "vox populi" que llega a identificar a un barbero en un santo que hace milagros [...] Lo que al autor le interesa es mostrar ciertas reacciones colectivas, ciertos delirios que llevan a la muchedumbre a santificar y, finalmente, a matar —destino que puede evitar el protagonista— a un individuo» [20]. También *El emplazado* (1955) es una farsa, más lograda técnicamente, trazada con mano firme y un justo equilibrio que no desemboca nunca en lo grotesco o en lo cómico *tout-court.*

Rosa Chacel (1898-1994) constituye quizás el descubrimiento más importante —en el panorama de la narrativa del exilio— de los últimos años. Símbolo de fidelidad al intelectualismo de los años 20, ha dado los mejores frutos contracorriente, en los años de *engagement* y pasionalidad. Marginada de las historias de la literatura española, incluso de las del exilio —su diario *Alcancía* lo recuerda y reprocha continuamente— con el regreso a España en 1977 y, sobre todo, con el Premio Nacional de las Letras Españolas (1987) ha ocupado de forma estable un lugar de honor en la literatura peninsular. Colaboradora de *Revista de Occidente* y de los primeros números de *Hora de España,* se autoexilió en París en 1937 (compartiendo así las elecciones de los mayores, Ortega, Madariaga, etc.), y tras una breve estancia en Atenas y Ginebra residió en Buenos Aires y Río de Janeiro. El tema del exilio está ausente en sus obras, incluso en las declaradamente autobiográficas (*Desde el amanecer,* 1972, *Alcancía. Ida, Alcancía. Vuelta,* 1982) porque su desarraigo del contexto siempre ha sido total, independientemente del lugar de residencia; desde siempre, la mirada de Rosa Chacel está dirigida hacia sí misma, en busca de la esencialidad del hombre y de la vida. Como escribe A. Porlan, «su estilo no se ha desplazado ni un centímetro. Sigue sembrando en los mismos surcos que abrió con el arado de *Estación* [su primera novela, 1930]. La disposición en mosaico de los elementos narrativos, las redes de referentes que unen las teselas de ese mosaico, la

[20] Ricardo Domenech: «Aproximación al teatro del exilio», en VV.AA.: *El exilio español de 1939, op. cit.;* IV, p. 228.

categoría de los diálogos... todo es lo mismo. Pero esto podría inducir a pensar que también sus novelas son idénticas unas a otras, que se repiten, que se reproducen exactamente. Desde luego, no. Las que son iguales son las manos, no la materia que las manos trabajan. Las fuerzas son iguales siempre, los átomos no» [21]. Las ideas-fuerza de Rosa Chacel que se concretan en palabras precisas, a veces chocantes, son analizadas por la autora en dos textos: el diario *Alcancía* y *Novelas antes de tiempo* (1981), ambas autobiografías intelectuales que descubren la lenta incubación a la que se ven expuestos sus textos, antes y durante el proceso de escritura, que no siempre llega a la fase conclusiva. Aun cuando parecería que el tema elegido la obliga a un enfoque realista, Rosa Chacel consigue «desmaterializar» a sus personajes. En *Teresa* (1941) —biografía de Teresa Mancha, la mítica amante de Espronceda— parte de la realidad documentada del siglo XIX para llegar a la biografía íntima, que finalmente se emancipa de datos y fechas históricas. En la trilogía formada por *Barrios de Maravillas* (1976), *Acrópolis* (1984) y *Ciencias naturales* (1988) «no hay una sola línea que sea testimonio de hechos reales. No hay más que un esbozo de almas perdidas en el laberinto de la libertad» [22].

Los hechos narrados sustentan las imágenes y los símbolos —idealizados— del mundo interior y estético de su generación [23]. *Memorias de Leticia Valle* (1945) y *La sinrazón* (1960) se enfrentan con la misma tipología narrativa: ambas están escritas en forma autobiográfica, casi de confesión [24]. Exploran el mundo íntimo —emotivo e intelectual— de una mujer y de un hombre, empujados por las circunstancias a buscar en su vida interior motivaciones y razones para vivir. Como explica en el prólogo de *La sinrazón,*

[21] A. Porlan, citado en «Editorial», *Anthropos,* 1988, n. 85; p. 8.

[22] Rosa Chacel: *Ciencias naturales,* Barcelona, Seix Barral, 1988; p. 5. Son palabras referidas sólo a *Ciencias naturales,* pero aplicables a la intera trilogía, cuya evidente unidad siempre ha sido reivindicada por la autora.

[23] *Acrópolis,* cuyo título originario fue *Escuela de Platón,* lleva como epígrafe una afirmación de Dámaso Alonso que se refiere al grupo de jóvenes del 27: «los recuerdo a todos en bloque, formando conjunto, como un sistema que el amor presidía».

[24] Rosa Chacel privilegia sin duda la primera persona para sondear las profundidades de sus personajes. Un ensayo suyo, *La Confesión* (1980), investiga las causas de la escasez de memorias en la literatua española (cfr. más adelante).

> No traté, en aquel entonces, de crear un personaje —que hoy podría parecer moderno— sin rumbo, carente de consistencia moral: no, traté simplemente de lograr el discurso mental de un hombre que se ve, se analiza y se sigue en su deambular —única característica del sujeto, el prurito de deambular— por las tres etapas: «Estación», «Ida», «Vuelta» [25].

Toda su obra sucesiva ya había sido anticipada en la primera, *Estación. Ida y vuelta.* Su prosa analítica y transparente sigue profundizando en giros concéntricos hacia el interior del hombre para decir, finalmente, lo indecible. Es tan difícil describir las fábulas y la escritura de Rosa Chacel, que prefiero dejarle la palabra, ya que el autoanálisis y la autoexégesis son frecuentes en sus páginas:

> Todo sería fácil si sólo fuese hablar de lo que ya legiones de gacetilleros difundían por la faz de la tierra, pero no es ése el tema porque un tema —estricto como un teorema— se impone, y no consiste nada más que en seguir el hilo de lo vivido, en lo mero esencial, en lo medular, podría decir, por ser lo que informa y nutre el total arborescente [26].

Rosa Chacel —creo que ésta es su característica y su mérito— es dueña de la página, todo lo mueve y todo lo controla, explica, añade y quita, con la arrogancia de quien sabe que todo puede permitirse, ya que el lector también es obra suya y, fascinado desde la primera línea, nunca se alejará de lo que está leyendo. Sus relatos del período del exilio recogidos en *Icada, Nevda, Diada* (1971) amplían el horizonte chaceliano. La técnica, la metafísica, el mito, el sueño, la belleza, constituyen el blanco hacia donde apunta la palabra especulativa y descubridora de Rosa Chacel.

Ha cultivado también la poesía: *A la orilla de un pozo* (1936) y *Versos prohibidos* (1978) han sido recogidos, junto con otros poemas, en *Poesía 1931-1991* (1992).

Con Ramón Sender (1901-1982), exiliado a partir de 1938 en Francia, México y Estados Unidos [27] entramos de lleno en la gran

[25] Rosa Chacel: *La sinrazón,* Bilbao, Albia, 1977; p. 9.

[26] Rosa Chacel: *Ciencias naturales, op. cit.;* p. 41.

[27] Sus peregrinaciones confirman la dificultad de arraigo para un espíritu libre e independiente como Sender, y quizás su alejamiento de México tenga relación con el clima político de aquella ciudad, escenario del atentado a Trotzki y más tarde de su homicidio, lo que probablemente le confirmó en su antiestalinismo y le empujó a trasladarse a Estados Unidos.

narrativa del destierro. La añorada España de preguerra, la Guerra Civil, el exilio, son temas obsesivos, en los que se inserta su propia vida, de modo que algunas de sus novelas son continuos y repetidos relatos de fondo autobiográfico. Con Sender no podemos seguir ningún tipo de orden, tanto menos cronológico, ya que sus obras, de diferentes temas, se cruzan continuamente. En todo caso, sí es posible confrontar obras de temas similares escritas en tiempos distintos, como lo hacen, por ejemplo, Rodríguez Monegal con *Contraataque* (1938) y *Los cinco Libros de Ariadna* (1957), y José Carlos Mainer con *Hernán Cortés* (1940) y *Jubileo en el Zócalo* [28] (1964). Contemporáneo de los miembros de la generación del 27, pero muy alejado de ellos por procedencia familiar y cultural (los poetas son todos de la burguesía iluminada y progresista, mientras que los llamados «narradores sociales» provienen de la clase medio-baja y son generalmente autodidactas), Sender es un autor comprometido incluso ya antes de la guerra, atento a las contiendas contemporáneas, contrario en el arte a cualquier forma de «pureza» o de juego. Sus primeras obras mezclan la ficción con la autobiografía, la crónica con el testimonio apasionado [29] (*Imán,* de 1929, sobre la guerra de Marruecos; *Siete domingos rojos*, de 1932, sobre cruentas huelgas en Madrid; *Contraataque*, de 1938, sobre los primeros meses de guerra). En estas obras, a pesar de la variedad de temas y de enfoques —que irán multiplicándose a lo largo de los años sucesivos— ya se puede entrever un rasgo peculiar: la búsqueda de un difícil equilibrio entre lo testimonial —o reconstrucción histórica, como en el caso de *Mr Witt en el Cantón* (1935), quizás su mejor obra antes de 1938— y el retrato psicológico o la caracterización de los personajes:

> No busco una verdad útil... ni siquiera esa inofensiva verdad estética —siempre falsa y artificiosa— ...busco la verdad humana [30].

[28] Emir Rodríguez Monegal: *Tres testigos españoles de la guerra civil,* Caracas, Monte Ávila, 1971; pp. 31 sig., y José Carlos Mainer: «La narrativa de Ramón J. Sender: la tentación escénica», en *Bulletín Hispanique,* n. 3-4, 1983; pp. 325-43.

[29] Donatella Pini Moro en atentas investigaciones ha acercado «il narrato al vissuto e viceversa», adquiriendo nuevos datos para la reconstrucción de una vida aún poco clara y favoreciendo una más profunda comprensión de la obra de Sender (cfr. «L'esperienza della guerra civile in Ramón J. Sender», en VV.AA.: *Le passioni dell'ideologia,* II, Trieste, Editre, 1991; pp. 79-114 y *Ramón José Sender tra la guerra e l'esilio,* Alessandria, Edizioni dell'Orso, 1994).

[30] Ramón J. Sender: *Siete domingos rojos,* Barcelona, Balagué, 1932; p. 5.

Por lo tanto, sus obras, detrás de una superficie realista y aséptica, que raya con lo impersonal —pura grabación de los hechos— presentan «una emotividad serena que sobriamente controlada circula entre líneas en el fondo de la prosa, sin desembocar en ningún caso en la expresión emocional explícita y mucho menos en lo sentimental o lo patético» [31]. Otro aspecto presente a lo largo de toda su narrativa es la compleja estructuración de los textos en diversos y entrecruzados niveles: puntos de vista opuestos, pasado-presente, utilización de lenguajes extraliterarios, co-presencia de diversas líneas temáticas, etc. son constantes de su obra y en ocasiones se exasperan, como en el caso de *Los cinco Libros de Ariadna.* Incluso *Réquiem por un campesino español* (1960), obra «clásica» y mesurada, se articula en dos niveles temporales —el presente, inmóvil, suspendido, y el pasado que avanza inexorable hasta la tragedia final— dando profundidad y categoría histórica al suceso.

Crónica del alba, Los cinco Libros de Ariadna y *Réquiem por un campesino español* son, sin duda, las obras de Sender que más han llamado la atención de estudiosos y lectores: las dos primeras han originado también páginas críticas y polémicas, la tercera incondicionales consensos. *Réquiem por un campesino español* presenta una trama harto conocida, incluso banal: el cura *Mosen Millán* —éste era su título originario, en 1953— mientras se dispone a celebrar la misa en memoria de Paco, recuerda la historia de este joven, ajusticiado sin proceso alguno, cuyo escondijo delató a los rebeldes creyendo así salvarle la vida. A pesar del dramatismo del episodio, la trama óptimamente estructurada y su tono liviano, sereno, alejado, aparentemente neutral, hacen de esta novela una obra de «serenidad clásica [...] [que] recuerda la trágica sencillez de las narraciones bíblicas» [32], una obra maestra en la cual se liman asperezas, polémicas, odios.

Estos sentimientos están presentes de forma clara en *Los cinco Libros de Ariadna,* novela alegórica y satírica, con un *incipit* de ciencia ficción (los hombres se alimentan por medio de sustancias presentes en el aire, Franco está hibernado, etc.) que se relaciona con lo histó-

[31] Marcelino C. Peñuelas: *La obra narrativa de Ramón J. Sender,* Madrid, Gredos, 1971; p. 252.

[32] José R. Marra López: *Narrativa española fuera de España,* Madrid, Guadarrama, 1962; pp. 390 y 405.

rico mediante los recuerdos de los protagonistas que se desarrollan en la Guerra Civil, terreno en el que la «invención fabulosa [de Sender] y su visceral agresividad han producido páginas de cáustica mordacidad» [33]. Ariadna y Javier, delante del OMECC, una institución internacional, cuentan sus propias historias truncadas y fracturadas por la guerra, evidenciando las consecuencias del evento bélico sobre los hombres, y al mismo tiempo, acusando a la Unión Soviética de su actuación en España («Moscú hacía su guerra, no la nuestra»). Es un libro cualitativamente discontinuo, susceptible de diversas lecturas (se pueden proponer muchas interpretaciones alegóricas, recurriendo al mito de Ariadna, del Minotauro y del laberinto) pero, sobre todo, es el sufrido testimonio de un drama interior que no ha terminado con la derrota:

> No hay simbolismo ni mensaje oculto. La intención del autor es simplemente cumplir su deber de testigo de este tiempo de brisas airadas y voces descompuestas. Definir las cosas de este tiempo no es una faena ligera ni frívola. Toda nuestra vida no es, en fin, más que el intento casi siempre fallido de explicar las cosas que vemos y de ponerlas —una vez explicadas para nosotros mismos— en un orden propicio. Si ese orden mío es también el tuyo, lector, todos contentos. Si no, no importa. Los dos podremos tener razón y el tiempo lo dirá [34].

Sobre las nueve novelas que componen *Crónica del alba* (*Crónica del alba, Hipogrifo violento, La quinta Julieta, El mancebo y los héroes, La onza de oro, Los niveles del existir, Los términos del presagio, La orilla donde los locos sonríen, La vida comienza ahora*) se ha escrito mucho, subrayando ora «la sencillez laberíntica y la precisión de ensueño de la auténtica *memoria viva* y virginal de la niñez lejana y recién sentida» [35], ora el sentido político y de confesión que tienen los últimos volúmenes, ora el contenido autobiográfico, ora la compleja estructura narrativa. De ellas puede decirse todo y lo contrario de todo, porque en su interior confluye la vida misma de Sender, la añoranza del Paraíso perdido de la infancia y de la España de su juventud, su desarrollo político e intelectual, la desilusión y la rabia, la fantasía y la realidad, un cúmulo de problemáticas preanunciadas en las primeras páginas:

[33] Ignacio Soldevila Durante: *La novela desde 1936*, Madrid, Alhambra, 1980; p. 73.
[34] Ramón J. Sender: *Los cinco libros de Ariadna*, Nueva York, Ed. Ibérica, 1957; p. XVI.
[35] Eugenio G. de Nora: *op. cit.*, II-II, p. 46.

> de su situación regular de hombre de treinta y cinco años, sano, inteligente y honesto a la manera española, es decir, haciendo de la dignidad una especie de religión, se vio convertido en un refugiado sospechoso a quien los negros senegaleses de Petain trataban a culatazos [36].

Pepe —José Garcés, segundo nombre y segundo apellido de Sender— bien puede identificarse con el autor, quien además siempre reivindica el autobiografismo moral —cuando no de pormenores— de sus obras:

> Claro hay que añadir fantasía e imaginación pero es autobiográfico sobre todo en el plano moral [37].

Sus reflexiones y sus temores son los de Sender, así como su independencia de juicio que se debe, según las declaraciones del propio autor, al hecho de no ser encasillable en ninguna categoría o clase social:

> He tratado de ser un burgués sin conseguirlo. Más a menudo he tratado de identificarme con los llamados proletarios sin lograrlo tampoco. Por un azar que a veces me sorprende a mí mismo todavía [...] he estado como casi burgués o casi proletario en el centro de casi todos los acontecimientos importantes de la vida de mi país y en ellos he tomado, naturalmente, el lado del pueblo por una cierta inclinación a lo noble. Allí donde se alzaba la protesta, allí estaba yo [...] he estado siempre en medio de la refriega, aunque en lo que se refiere a la Guerra Civil, cada español estuvo, creo yo, en cada instante en el centro de cada acontecimiento [38].

Otros aspectos importantes de la narrativa de Sender en el exilio son el tema americano y el enfoque trágico-mítico, de los cuales son, sin duda, precedentes importantes los textos ensayísticos *El problema religioso en México* (1928), *La América antes de Colón* (1928) y *Hernán Cortés* (1940, teatro). Su estancia en Guatemala y México le da la posibilidad de seguir esta línea, que se ve reforzada por lo que Soldevila llama «curiosidad por las "ciencias ocultas" [...] un creciente interés por el ocultismo y por el problema de la sobrevida» [39]

[36] Ramón J. Sender: *Crónica del alba,* Nueva York, Apleton Inc. Croft, 1946; p. 3.

[37] Marcelino C. Peñuelas: *Conversaciones con Sender,* Madrid, Magisterio español, 1970; p. 128.

[38] Ramón J. Sender: *Los cinco libros de Ariadna, op. cit.;* p. VII.

[39] Ignacio Soldevila Durante: *op. cit.;* p. 71.

que, sin duda, adquiere nuevo empuje y nuevas respuestas en contacto con la mágica cultura centroamericana. Marielena Zelaya Kolker contabiliza 13 obras de tema americano (del Norte y del Sur, ya que Sender a partir de 1942 vivió en el suroeste de Estados Unidos, tierra de substrato maya-español por lo que su exilio en tierra anglófona no significó nunca un total apartarse del mundo hispánico). Posteriores a 1939 son los cuentos sobre el pasado legendario azteca de *Mexitayotl* (1940) y las novelas históricas, recreaciones pormenorizadas de ambientes y sucesos de la conquista y colonización españolas, *Los tontos de la Concepción* (1963), *La aventura equinoccial de Lope de Aguirre* (1964), *Tupac Amaru* (1973). A Sender, que se documentaba y estudiaba detalladamente las fuentes, le interesaban, más que la exactitud de la anécdota, los individuos, personajes históricos que adquieren la función simbólica de la condición perenne del hombre y de su «rebelión metafísica contra el mundo» [40] y contra la injusta opresión.

Otros textos americanos tratan de la actualidad tanto hispanoamericana (*Epitalamio del Prieto Trinidad,* 1943, *Nocturno de los catorce,* 1969) como norteamericana (*Novelas ejemplares de Cíbola,* 1961, *El bandido adolescente,* 1965, *Tánit,* 1970, *Relatos fronterizos,* 1972). Lo que David Lord ha escrito de *Mexicayotl* se puede repetir para los demás textos de tema americano: «Ningún mexicano ha realizado lo que Sender, pues el novelista español está en la feliz posición del que contempla el bosque antes de que los árboles hagan confusa la visión [...] Sender ha observado agudamente y extrae significaciones originales de todo lo que ha visto; reacciones de un hombre dotado de poderosas facultades intuitivas que escribe no como un europeo sino como un americano» [41]. Se trata de una posición feliz que denota fascinación y curiosidad por aquel mundo violento y mágico, pero también su extraneidad y su búsqueda de lo humano. Sender elige como protagonistas a hombres fuertes, fuera de la ley o al margen de ella, cuya completa psicología y contradicciones intenta rescatar. Prieto Trinidad, hombre puente entre los presos del penal de las Islas Marías y el poder del Centro, Billy the Kid, protagonista de

[40] Francisco Carrasquer: *Imán y la novela histórica de Sender,* London, Thamesis Books, 1970; p. 186.

[41] David Lord, citado por Carlos Martínez en *Crónica de una emigración,* México, Costa-Amic, 1959; p. 214.

la biografía novelada *El bandido adolescente,* los suicidas del *Nocturno de los catorce,* Enrique, el fallido asesino de *Tánit,* son personajes en los que Sender, sin duda, refleja su índole anárquica e impulsiva, en cuyas aventuras quiere desdibujar su visión del mundo, desilusionada y consciente de la imposibilidad de deslindar netamente el bien y el mal, la verdad y la mentira, las leyes y sus infracciones.

Por supuesto, muchas otras obras de Sender merecerían un análisis y un juicio individual: *El rey y la reina* (1949), donde la historia de amor entre una duquesa y su criado adquiere valencia simbólica dejando de lado, como pura anécdota, el sucederse de la Guerra Civil; *El verdugo afable* (1952), también representación simbólica de una vida; *La esfera* (*Proverbio de la muerte,* en la primera edición de 1939), ambientada en la nave que lleva al protagonista a América, novela de profunda matriz filosófica a raíz del sentimiento de desilusión y desarraigo provocado por la derrota; *El lugar de un hombre* (1939), texto inspirado en una crónica escrita por el mismo Sender sobre el «crimen de Cuenca» ocurrido en el 26, que se transforma en un profundo interrogante sobre el destino del hombre; *El fugitivo* (1972), novela kafkiana cuyo protagonista, Joaquín, se refugia en una iglesia para salvarse de una inexplicable persecución.

Como se puede deducir de esta rápida reseña, las obras narrativas de Sender —en cantidad enorme (más de cien) y de variada calidad temática y estructural— no permiten un comentario final generalizado. Es posible solamente el reconocimiento de su papel en la literatura española como autor de textos inmejorables (*Réquiem por un campesino español,* por ejemplo) y de un corpus muy variado, rico, moderno, en el que es posible reconocer las tribulaciones e incertidumbres de cincuenta años de vida española. De manera más evidente que en otros escritores del tiempo, en él se encuentran «fundidas, amalgamadas, en una fuerte personalidad indomable y anárquica», una serie de «cualidades de novelista de raza —capacidad de observación, poder inventivo, atención apasionada hacia el hombre, inquietud ideológica, y un estilo directo, eficaz y expresivo» [42].

Su obra dramática también merece una mención en estas páginas, a pesar de ser inferior —en cantidad y calidad— a su produc-

[42] Eugenio G. de Nora: *op. cit.*, II-II; p. 35.

ción narrativa. Durante la Guerra Civil fueron estrenadas *La Llave, El secreto, La fotografía,* en la línea del teatro de urgencia, y *La casa de Lot,* auto sacramental. Siguió escribiendo para el teatro también en el exilio: *Hernán Cortés* (1940), *Don Juan en la mancebía* (1968), *Los antofagastas* (1969), todas ellas obras de difícil cuando no imposible representación y de muy diferentes temas y registros, que van desde la farsa histórica de ambienación mexicana hasta la reinterpretación del mito de Don Juan. El retablo escénico *Hernán Cortés* y la novela *Jubileo en el Zócalo* (1964), escritas a veinte años de distancia, son dos magníficas representaciones de la conquista de México en las que la nostalgia del exiliado y la conciencia histórica de hombre moderno le permiten evitar cualquier maniqueísmo y dibujar en Cortés y Xhinotecatl dos altísimos personajes dramáticos.

Las imágenes migratorias (1960) es su único libro de poemas.

Max Aub (1903-1972), junto con Sender, es el autor que ha tratado el tema de la Guerra Civil y del exilio con más profundidad, con la intención de descubrir las raíces del problema y sus consecuencias sobre los hombres. Español de adopción, nacido en París de padre alemán y madre francesa, fue escritor y dramaturgo deshumanizado primero, comprometido e involucrado en el programa de popularización de la cultura después, narrador trágico de la escalofriante experiencia del campo de concentración de Djelfa y autor de la más amplia aproximación al tema de la Guerra Civil (alrededor de treinta entre novelas y cuentos). A lo largo de su vida creativa ha sido siempre además un autor irónico, fantasioso, de inacabable creatividad y vitalidad. A pesar de haber elegido la ciudadanía española al llegar a la mayoría de edad («La patria de uno es donde cursa el bachillerato», ha dicho en diversas ocasiones) y de permanecer vinculado a España hasta el final, como lo atestigua su diario de viaje *La gallina ciega,* se le puede considerar como un «transterrado», un «conterrado», un «empatriado», por su profundo arraigo en México. Con todo, nadie mejor que él puede representar al escritor exiliado, como lo reconoció Francisco Ayala: «Diría yo que de todos los exiliados españoles él fue el más exiliado, el escritor que ha hecho de España, de la guerra civil, y del exilio mismo, asunto principal y casi único de su creación literaria» [43].

[43] Francisco Ayala: *El español Max Aub,* Barcelona, Palabras y Letras, 1983; p. 216.

Su obra narrativa más conocida y estudiada es el *Laberinto mágico,* corpus de seis novelas (*Campo cerrado,* 1943, *Campo de sangre,* 1945, *Campo abierto,* 1951, *Campo del moro,* 1963, *Campo francés,* 1965, *Campo de los almendros,* 1968) que, centradas en la Guerra Civil, intentan abarcar un amplio panorama buscando causas e indicando consecuencias, siguiendo al mismo tiempo las peripecias de personajes ficticios (Rafael Serrador en *Campo cerrado,* Julio y Juan en *Campo francés,* etc.) e históricos (Durruti, Companys, Benavente, etc.), recurriendo a documentos y fichas [44], creando un laberinto del cual es difícil desentrañar un hilo conductor, un personaje central o una certeza ideológica. El conjunto constituye una arquitectura compleja (le han sido criticadas sus excesivas divagaciones) que generalmente sostiene bien el peso de las bóvedas y que revela un cuidado trabajo de encaje de los microrrelatos entrecruzados con las historias principales. Aub ha sido mucho más que un «reportero de su época» aunque él mismo ha dicho que

> posiblemente nuestra misión no vaya más allá que la de ciertos clérigos o amanuenses en los albores de las nacionalidades: dar cuenta de los sucesos y recoger cantares de gesta [45].

Su mirada crítica y a veces irónica lo recrea todo, le da vida y sentido. La variedad de estas novelas es enorme: cambian los personajes, el escenario (*Campo francés,* en práctica un guión cinematográfico, se desarrolla fuera de España), el tiempo (se remonta hasta 1923 y hay proyecciones hasta 1943); hay acumulación de hechos, personajes, recuerdos; el lenguaje más rico y barroco de los primeros *Campos* deja el paso a un lenguaje más llano y natural. Como escribe Arturo Souto Alabarce, «vuelta hasta cierto punto a la corriente realista, y en especial Pérez Galdós, la novela de Aub cuenta ya con los recursos técnicos del siglo XX que iniciaron Joyce, Dos Passos, Malraux: el monólogo interior, la acción simultánea y el "ojo cinematográfico", el *flash back,* el trazo incisivo que define política y psicológicamente un personaje, la visión fragmentada, contrapunteada, caleidoscópica, de una realidad que por lo confusa y contradic-

[44] Cfr. I. González Pozuelo: «El laberinto mágico: Max Aub entre la novela y la historia», *Ínsula,* 1984, n. 449.

[45] Max Aub, citado por Rafael Prats Rivelles: *Max Aub,* Madrid, EPESA, 1978; p. 81.

toria resulta, en efecto, mágica» [46]. Pero la obra es, en su conjunto, unitaria no sólo por unos personajes recurrentes o por la presencia atenta del marionetista Aub, sino también por elementos formales, como, por ejemplo, la preponderancia de diálogos con dos o más voces que ocupan páginas y páginas discutiendo de guerra, amor, literatura, etc. No olvidemos que Aub fue antes que nada hombre de teatro: todos sus personajes principales, sin ser intelectuales de profesión, aman discutir y filosofar. Además de constituir una pausa en el desarrollo del relato, a menudo caótico y rápido, los diálogos tienen, sin duda, la precisa función socrática de buscar la verdad y presentar simultáneamente respuestas diversas, de acuerdo con la ideología aubiana, declaradamente de izquierdas, pero abierta a la confrontación y a los diversos matices ideológicos presentes en el frente antifascista: «Aub desmenuza los mitos de los republicanos» [47], se ha dicho, y verdaderamente con distancia y objetividad muestra las diversas imágenes e interpretaciones de los hechos, para dejar al lector la libertad de juzgar e interpretar: nada más lejano de la escritura partidista de tantos otros exiliados. Su única certidumbre es que

> toda obra literaria está escrita en contra de los poderosos, en contra de Dios, o en favor del hombre —que viene a ser lo mismo [...] Toda literatura, si es, es rebelde o elegíaca. Testimonio y crítica [48].

Otras de sus novelas, *Las buenas intenciones* (1954) y *La calle de Valverde* (1961), son clásicas, galdosianas, ambientadas en la España de preguerra reconstruida con amor y puntilloso detallismo.

Vida y obra de Luis Álvarez Petreña (cuya primera parte, de estructura epistolar y carácter metanarrativo, había sido publicada en 1934, ampliada en 1965 y completada en 1971) es la biografía de un ficticio poeta suicida, que incluye cartas, un cuento —*Leonor*— y un monólogo —*María*— atribuidos al personaje de la novela. Constituye un evidente antecedente de *Jusep Torres Campalans* (1958), biogra-

[46] Arturo Souto Alabarce: *op. cit.*; p. 384.

[47] Joaquín Marcos: *Max Aub en la novela española*, introducción a *Campo del moro*, Andorra, Ed. Andorra, 1966.

[48] Max Aub: «Prólogo para una edición popular de don Quijote», en *Pruebas*, Madrid, Ciencia Nueva, 1967; p. 123.

fía de un pintor, amigo de Picasso, asiduo frecuentador de París, encontrado por el autor cuando vivía aislado en un pueblo de México. Acompañan al texto reproducciones de cuadros, fotografías (famoso es el fotomontaje de Picasso y Campalans), un diario del pintor y una cronología de los acontecimientos artísticos del tiempo. De los cuadros presuntos de Torres Campalans se hicieron tres exposiciones (México, París, Nueva York), que suscitaron admiración e interés hasta el punto que alguien se aventuró a decir que «sin Campalans no se podía entender a Picasso». Se puede imaginar el alboroto que se produjo cuando se descubrió que Max Aub lo había inventado todo: el autor, los cuadros, la brillante biografía, detalladamente documentada y con numerosos elementos paratextuales comprobantes de la existencia del pintor. El interés del libro, más allá de la invención y de los innegables méritos de la escritura, reside en ser también un ensayo científicamente valioso sobre la pintura y las artes plásticas modernas. Para evaluar justamente este texto, no se puede prescindir de ese contexto, de las invenciones extratextuales que lo acompañaron y que lo hacen único e inimitable. Quizás se trate de la obra cumbre de Aub, la obra que mejor lo define y lo sustrae a la definición, mutiladora, de «escritor del destierro». Además es una obra que ejemplifica la otra faceta de la producción aubiana, empezada por el ya citado *Luis Álvarez Petreña.* Me refiero al falso, a la parodia, a la creación de apócrifos, una continua contraposición entre verdadero/falso [49], elementos heterogéneos pero asimilables a la categoría de la duplicación, que concurren en la creación de otras obras suyas, aún escasamente estudiadas, que merecen aquí una rápida mención [50]. Recordemos *Juego de cartas* (1964), obra extraordinaria, constituida por 108 naipes, en los que por un lado hay dibujos del mismo Campalans y por el otro fragmentos de una novela que se construye y destruye según las jugadas. Recordamos también *Imposible Sinaí* (publicado póstumamente, en 1982), falsos

[49] Piénsese en algunos títulos aubianos: *La verdadera historia de la muerte de Francisco Franco, Tres Monólogos distintos y uno sólo verdadero, Yo no invento nada, El falso dilema, La verdadera historia de los peces blancos de Patzcuaro,* etc. cfr. VV.AA., *La poetica del falso: Max Aub tra gioco ed impegno,* Nápoles, ESI, 1995.

[50] Gracias a la Fundación y a la Biblioteca Max Aub de Segorbe se están publicando ediciones críticas de sus obras, jamás publicadas en España, o agotadas hace años (*El teatro español sacado a luz de las tinieblas de nuestro tiempo, Yo vivo, Fábula verde*).

«escritos [...] encontrados en bolsillos y mochilas de muertos y judíos de la llamada "guerra de los seis días", en 1967» [51], la *Antología traducida* (1963), traducciones hechas por Aub de autores jamás existidos, desde un «anónimo de la época de Amenafis IV» a Michael Mc Guleen (1941-1964), nacido en California y que se suicidó en Míconos. Entre los apócrifos, encontramos un nombre verdadero: Max Aub, «nacido en París, en 1903. Aunque sale su nombre con cierta periodicidad sospechosa en libros y revistas, no se sabe dónde está [...] Nadie le conoce. Sus fotografías son evidentes trucos» [52]. También escribió un discurso «leído por su autor en el acto de su recepción académica el día 12 de diciembre de 1956», *El teatro español sacado a luz de las tinieblas de nuestro tiempo,* y la respuesta de Juan Chabás y Martí. Ni Aub ni Chabás fueron nunca miembros de la Real Academia. Esta invención le permite trazar un panorama del teatro español que no ha podido desarrollarse a causa de la guerra —por ejemplo habla de García Lorca vivo y participan en la asamblea Bergamín y muchos exiliados más—, escrito para la Academia que hubiera podido ser. Aún se podrían seguir citando ejemplos de esta increíble capacidad para la invención, no sólo de tramas y personajes, sino también de formas y de marcos, que llegan a ser contenido significativo, elementos fundamentales de la ficción para devolver justicia y vida artística a los hechos. Dejó sin acabar su última empresa: *Luis Buñuel: una novela,* publicada póstumamente por Federico Álvarez con el título *Conversaciones con Buñuel.* Por supuesto, no podemos juzgarla (son sólo las grabaciones de las conversaciones mantenidas con amigos y familiares de Buñuel, textos de documentación que quién sabe las transformaciones que hubieran sufrido —y gozado), pero podemos suponer que iba a ser el *pendent* de *Torres Campalans* y de *Álvarez Petreña:* no la invención de una vida, sino la ficcionalización de una existencia real.

Mucho queda por decir sobre los cuentos, considerados a veces mejores que las novelas por carecer de los defectos de éstas —la verbosidad excesiva y la acumulación de hechos y personajes no incidentes en la fábula—. Quizás sería más correcto decir que hay verbosidad y digresiones, pero sometidas a las exigencias estructurales

[51] Max Aub: *Imposible Sinaí,* Barcelona, Seix Barral, 1982; p. 7.
[52] Max Aub: *Antología traducida,* Barcelona, Seix Barral, 1972; p. 148.

del cuento, nunca desvinculadas de la situación narrativa, ya que siempre tienen una finalidad o un papel. A veces las acumulaciones de sustantivos hacen *«percepibile l'oggetto in processione dinamica»* [53]:

> Tres o cuatro kilómetros de la más heterogénea mezcolanza que pueda verse: ponchos, abrigos, gabanes, gabardinas, chamarras, chaquetas, trincheras, capuchones, mantas, capotes, zamarras, cobijas, capas, impermeables, tabardos, cobertores, hasta chilabas y albornoces, todos sucios, casi todos viejos, o pareciéndolo [54];

Otras veces la acumulación confiere ritmo poético a la prosa, que, a pesar de ser siempre fuertemente referencial, tiene musicalidad lírica. Como escribe Giuseppina Ledda, *«facile si mostra la trascrizione del brano in versi* [se refiere a otro fragmento de *El limpiabotas del Patre Eterno*]. *Cadenzate connessioni ne governano la tessitura: la ricorrenza, la ripetizione, la specularità giocano un ruolo che consegue esiti rilevanti. Le parole si richiamano ed attirano per mezzo dell'allitterazione:* loma-lona; calor-color...; *doppi fonici ritmano la descrizione fortemente evocativa»* [55].

Recogidos en varios volúmenes (*No son cuentos,* 1944, *Ciertos cuentos,* 1955, *Cuentos ciertos,* 1955, *Crímenes ejemplares,* 1957, *Cuentos mexicanos, con pilón,* 1959, *La verdadera historia de la muerte de Francisco Franco y otros cuentos,* 1960, *El zopilote y otros cuentos mexicanos,* 1964, *Últimos cuentos de la guerra de España,* 1969), los cuentos han sido estudiados y catalogados por temas (Marra López, Zelaya Kolker) o por estructura (Soldevila Durante), pero quizás no sea infructuoso seguir la división temática y al mismo tiempo cronológica hecha por el autor. *No son cuentos, Ciertos cuentos* y *Cuentos ciertos* revelan todavía la incertidumbre del autor con respecto al género, pero ya encierran obras maestras. Se trata de sucesos, personajes y anécdotas de la Guerra Civil o de los campos de concentración que pertenecen, por lo tanto, al mundo —personal y narrativo— del *Laberinto.* De entre todos, sobresalen *El cojo* y *El limpiabotas del Padre Eterno,* historias de gente marginada que, a pesar suyo, se ve involucrada en

[53] Giuseppina Ledda: «Impegno ideologico, impegno letterario in "Los últimos cuentos de la guerra de España" di Max Aub», en VV.AA., *Fascismo ed esilio,* II, Pisa, Giardini, 1990; p. 346.

[54] Max Aub: «El limpiabotas del Padre Eterno», en *Enero sin nombre. Los relatos completos del Laberinto Mágico,* Barcelona, Alba, 1995; p. 274.

[55] Giuseppina Ledda: *op. cit.;* p. 347.

una guerra que no entiende («A mí no me gusta pelear. ¿Por qué les gustará a los demás? Pegar es malo, duele», confiesa el *Málaga* en *El limpiabotas...*, muchacho «tonto, mas no necio; cándido, pero no torpe; simple, no imbécil» [56]). Merece la pena destacar también *Manuscrito cuervo,* donde la visión «extrañada» de un cuervo subraya lo absurdo y cruel de la vida en un campo de concentración. El tono satírico y la excepcionalidad del enfoque permiten hacer explícito el discurso ético que, de otra forma, se hubiera vuelto pesado y hubiera estorbado la narración. En *Cuentos ciertos* está incluida también *La verdadera historia de los peces blancos de Patzcuaro,* que inaugura el tema mexicano, presente en las colecciones sucesivas. *Cuentos mexicanos, con pilón* ha recogido consensos unánimes: Tuñón de Lara afirma que son «la demostración brillante de cómo Max Aub ha asimilado su segunda patria, la mexicana», incluso en el lenguaje [57], otros elogian la perfecta simbiosis entre elementos mágicos y realistas, etc. Junto a narraciones con temas y personajes mexicanos (*Homenaje a Próspero Merimée, Memo Tel,* etc.) a quienes Aub mira con respeto y ternura, aun destacando sus trazos duros y violentos, su machismo y su indolencia, hay otras que tratan de los exiliados españoles, mostrando la dificultad del arraigo y de la convivencia (y no siempre sus simpatías van a sus conterráneos). Iluminadora y famosa es *La verdadera historia de la muerte de Francisco Franco,* una visión posible de la historia de España, lo que hubiera podido ser... (como el *Discurso de aceptación académica*), en la que al carácter pacado y dulce de los mexicanos se opone el de los españoles, ególatras, evidiosos, polémicos. *Historias de mala muerte* y *La verdadera historia...* son volúmenes de diversos temas y calidad, en donde se entrecruzan realidad y fantasía, España y México, sátira y lirismo, cuentos largos —hasta las cincuenta páginas— y cortísimos —de pocas líneas—. En definitiva, un escaparate ideal de la riqueza —y de la imposibilidad de rápidos juicios definitorios— de la narrativa aubiana.

Max Aub se ha dedicado también a la poesía. Además de la ya citada *Antología traducida* ha escrito en verso la sección *con pilón* de *Cuentos mexicanos,* algunas composiciones de *Imposible Sinaí, Diario*

[56] Max Aub: *El limpiabotas..., op. cit.;* pp. 265 y 259.

[57] Manuel Tuñón de Lara: «Prólogo» a *Max Aub: Novelas escogidas,* México, Aguilar, 1973; p. 68.

de Djelfa, las *Canciones para una esposa ausente* y *Lira perpetua.* Sin embargo, estos textos no añaden nada a la grandeza de Max Aub.

De *La gallina ciega* y del *Diario de Djelfa* nos ocuparemos en la sección de los escritos autobiográficos; así como su teatro será analizado en la sección correspondiente.

El nombre de María Teresa León (1904-1988) está indisolublemente unido al de Rafael Alberti, no sólo por haber compartido con él la vida, las luchas, las ideologías, el exilio en París, en Buenos Aires y en Roma, sino también porque Alberti es una figura omnipresente en toda su obra, un punto de referencia constante y un interlocutor en muchas páginas de su autobiografía, *Memoria de la melancolía* (1970). Alberti (como la misma María Teresa, León Felipe, etc.) está presente también en *Juego limpio* (1959), una novela fundamentalmente autobiográfica en la que algunos componentes de una unidad de las guerrillas del «teatro» narran sus vivencias durante la contienda. A pesar del maniqueísmo de los personajes y del compromiso de la autora, evidente en muchos diálogos panfletarios, la novela tiene páginas de gran eficacia cuando las imágenes de la guerra pasan por el objetivo deformante del juego teatral o cuando Camino, personaje contradictorio y por ello «humano», confiesa sus alegrías, sus miedos y sus remordimientos. Su otra novela, *Contra viento y marea* (1941), cuenta historias paralelas de la Cuba de Machado y de la España en guerra, hasta el sacrificio final de dos cubanos, descendientes de españoles, que van a luchar y a morir en la península. Mejores son, sin duda, sus biografías *(Las peregrinaciones de Teresa, Doña Jimena Díaz de Vivar, El gran amor de Gustavo Adolfo Bécquer, El Cid Campeador),* sus cuentos de preguerra *(Cuentos para soñar, Rosa-Fría, patinadora de la luna, Cuentos de la España actual)* y los del exilio. *Morirás lejos* (1942) son cuentos de carácter social y revolucionario que, aun conservando matices del determinismo social de marco naturalista, presentan notas de poesía y dulzura de los que carecen generalmente las otras obras de este tipo (los personajes son sobre todo mujeres y niños). *Fábulas del tiempo amargo* (1962) son narraciones potenciadas por la mitología griega y un tardío surrealismo, llegando a rozar, como su obra culmen, *Memoria de la melancolía,* la poesía en prosa, produciendo un puro goce estético. *Menesteos, marinero de abril* (1965) aplica al género novelesco las conquistas formales y el preciosismo estilístico de los últimos cuentos. Se trata de

la biografía imaginaria de Menesteos, amigo de Ulises, mítico fundador del Puerto de Santa María, símbolo de coraje, de la eterna soledad y sobre todo de la nostalgia de la patria que es lo que le acerca a la autora. La simbiosis vital y artística de María Teresa León y Rafael Alberti se evidencia en *Menesteos...* que se abre con el poema de Alberti *Menesteos, fundador y adivino* (de *Ora Marítima,* 1953) y presenta continuos paralelismos con el *Marinero en tierra* albertiano y con su *Ora marítima,* elegía a Cádiz y a su bahía.

Para finalizar, señalamos que María Teresa León es también autora de un texto teatral en tres actos, *La libertad en el tejado,* escrito en Argentina y publicado en 1995 por Manuel Aznar Soler en el ámbito de las actividades del GEXEL.

También para Francisco Ayala (1906) Argentina constituyó una etapa importante del exilio. Allí le sorprendió la Guerra Civil; regresado a España, representó a su país en Checoslovaquia durante la guerra y, después de breves permanencias en Francia, Brasil y Cuba, volvió a Buenos Aires. A partir de 1950 vivió en Puerto Rico y Estados Unidos. Miembro de la Real Academia Española (1984), Premio Nacional de las Letras Españolas (1968), Premio Cervantes (1981), pasa con gran soltura de los ensayos de tema político y social, de cine y literatura, a la escritura creativa. Narrador realista en *Tragicomedia de un hombre sin espíritu* (1925) e *Historia de un amanecer* (1926), fue posteriormente un brillante escritor «deshumanizado» y estetizante, atraído por las teorías de Ortega y Gasset —de quien fue alumno— y de las vanguardias (*El boxeador y un ángel,* 1929, *Cazador del alba* y *Erika ante el invierno,* 1930). A partir de 1930 cesa su actividad como narrador, dedicándose al estudio de la filosofía y de la sociología: el largo invierno europeo de las dictaduras y de las guerras no permite que sobreviva el mundo frívolo y alegre de la *belle époque* en el que hasta ahora se había inspirado. En 1944 publica su primer cuento de posguerra, *El hechizado.* En 1949, *Los usurpadores* y *La cabeza del cordero* marcan la distancia y estrenan un estilo conciso y exacto, una ética severa, la preocupación por el mundo, una sabia utilización literaria de sus estudios sociológicos, que lo llevarán a «aquella maestría de la prosa, [...] aquella lucidez estética [...] esta difícil objetividad moral, la aptitud para implicar lo esencial en lo contingente, para concentrar vida, experiencia y significación en el de-

talle o rasgo aparentemene más fútil y casual» [58]. Como acertadamene afirma Andrés Amorós, «Ayala es un intelectual y un novelista; estos dos aspectos, por feliz excepción, no se estorban en la obra, sino que se auxilian mutuamente y multiplican la importancia de su producción narrativa» [59]. La evolución hacia la madurez narrativa en los 14 años de silencio es evidente aunque, como reconoce Soldevila Durante, no se puede hablar de un corte neto, de una escisión vital y literaria: «Es muy posible que de aquella gratuidad primera venga ahora mucho de lo que admiramos en el Ayala actual» [60]. Ya *Erika ante el invierno,* por ejemplo, reflejaba la estancia del autor en Berlín en los años veinte y treinta: aquella experiencia

> infundió en mi ánimo la intuición —y por cierto, la noción también— de las realidades tremendas que se incubaban, ante cuya perspectiva, ¿qué sentido podía tener aquel jugueteo literario, estetizante y gratuito a que estábamos integrados? [61].

Ayala se inserta perfectamente en la trayectoria «natural» del escritor exiliado. A una primera etapa en la que España es el centro vivo y vivificador de toda su producción (*Los usurpadores* y *La cabeza del cordero)* le sigue un texto de transición, decepcionante e irónico, cruel y desilusionado (*Historia de macacos,* 1955) para llegar con las novelas sucesivas (*Muertes de perro,* 1958, *El fondo del vaso,* 1962) a la universalización de los temas y alcanzar, finalmente, una visión más placada, de serena contemplación (*El jardín de las delicias,* 1971).

Los usurpadores es mucho más que una colección de cuentos. Se trata de un macrotexto cuyo marco es la idea de que el poder ejercido por algunos en detrimento de otros no es sino una usurpación, una alienación de la personalidad, de la afirmación en libertad de la dignidad humana, el don más preciado y a la vez más perecedero que tenemos. La ambientación de los microtextos en épocas lejanas y diversas parece aludir a la universalidad del problema. Sin embargo, es también un pretexto para la realización de su recorrido ideal por la Historia de España hasta la usurpación final de la Guerra Ci-

[58] Eugenio G. de Nora: *op. cit.,* II-I; p. 239.

[59] Andrés Amorós: «Prólogo» a *Francisco Ayala: Obras narrativas completas,* México, Aguilar, 1969, p. 13.

[60] Ignacio Soldevila Durante, citado por Andrés Amorós: *op. cit.;* p. 20.

[61] Francisco Ayala: *La cabeza del cordero,* Buenos Aires, Losada, 1949; p. 9.

vil. En *Los abrazos,* por ejemplo, se recuerda la lucha fratricida entre Pedro el Cruel y Enrique de Trastámara, mientras que, en *El hechizado,* el indio peruano González Lobo descubre la vacuidad del poder, la laberíntica estructura burocrática que encubre y falsea la pobre realidad de un monarca imbécil e inepto. La Guerra Civil es el tema de la segunda colección, *La cabeza del cordero,* en la que se relatan las etapas de la contienda. Primero la premonición, «el ansia de algo extraordinario, grande, de algún asunto susceptible de apasionar, y arrebatar, y encender a todo el pueblo» [62] *(El mensaje),* después la guerra vivida *(El Tajo),* seguidamente el exilio como eslabón de una larga historia de destierros de España *(La cabeza del cordero),* y, por último, la triste vuelta a España (*El regreso,* confirmación de las palabras de Aranguren que «el exilio es un no poder vivir plenamente ni allí, en el destierro, ni aquí, en la patria» [63]). También en *La cabeza del cordero* emerge la estructura de macrotexto; es más, es la ideal prosecución de *Los usurpadores.* A la visión histórica de la eterna contienda de España desde un punto de vista ajeno (se piense en *El hechizado*), se va sobreponiendo un paulatino acercamiento al interior del tema y de los personajes. Es historia vivida, por lo que Ayala puede ahondar —como intelectual y novelista además que como sujeto partícipe— en las entrañas de la historia. La unidad temática e ideológica de esas primeras colecciones desaparece en *Historias de macacos,* cuentos en los que prevalece el humorismo negro o grotesco, la ironía, lo tragicómico. Se trata de una suerte de ejercicios intelectuales, pruebas de nuevas situaciones y ambientaciones —casi todas americanas— con un uso masivo de regionalismos. Después de las dos novelas, Ayala volverá a la forma breve (*El as de bastos,* 1963, *De raptos, violaciones y otros excesos,* 1966, *El jardín de las delicias,* 1971). Aparentemente, ya no son el poder, la usurpación y la corrupción el substrato temático, sino el eros, sea como instinto brutal, sea enmascarado por sentimientos de amor. ¿Una tercera forma de acercarse a la realidad por parte del autor? ¿la búsqueda de temas más livianos, menos trascendentales? Según mi opinión nada de todo esto. El moralismo de fondo, la crítica hacia cualquier tipo de usurpación y corrupción siguen siendo los mismos

[62] Francisco Ayala: Prólogo a *La cabeza del cordero, op. cit.;* p. 14.
[63] José Luis Aranguren: *op. cit.;* p. 140.

temas de base, pero los tonos más dramáticos han sido substituidos por una ironía amarga. Hechos que rozan lo increíble, lo grotesco —las dos muchachas que violan, pistola en mano, a un hombre y las dos solteronas que matan a un idiota después de seducirlo— así como los recortes de periódicos de *Del diario «La noticia»* sobre actos de violencias absurdos, inmotivados, triviales, delatan una realidad no menos cruel aunque haya sido tratada con tonos frívolos o irónicos. Sólo en *El jardín de las delicias,* obra que escapa a los géneros convencionales, entre cuentos y ejercicios moralistas, consideraciones sociológicas sobre lo cotidiano o de crítica literaria, se adivina una serena piedad: es una vitrina de los polifacéticos intereses de Ayala. *El jardín de las malicias* (1988) y los *Relatos granadinos* (1990) cierran, por ahora, su actividad literaria.

Muertes de perro y *El fondo del vaso* llaman la atención por la complejidad de la estructura que, en su brevedad, supera por ejemplo la del *Laberinto mágico,* donde el enredo deriva de la acumulación y creación de historias paralelas o convergentes. Aquí, en cambio, todo está comprimido, llevado a los mínimos términos, a lo esencial y, a pesar de esto, «constituyen dos definitivos frescos sobre la degradación de la condición humana» [64]. Las dos obras, de clara ambientación hispanoamericana, tratan el tema de la corrupción del poder —y del poder de la corrupción: la primera se desarrolla en la esfera política más alta (el dictador de una república centroamericana no identificada y su entorno) y por lo tanto se impone un tipo de crítica política; la segunda es la esfera de la mediana y alta burguesía del comercio y de los bancos, y por lo tanto sobresale la crítica social. En *Muertes de perro,* novela tremendista, Pinedo, un inválido encadenado a una silla de ruedas, intenta ordenar una serie de documentos y testimonios a menudo antagónicos (cartas, diario, recortes de periódico, etc.) para desenredar la maraña de las intricadas relaciones del poder: el dictador Bocanegra, su mujer, el amante de ésta, Tadeo Requena, hijo natural del dictador, Pancho Cortina, jefe de policía y un largo etcétera de personajes vinculados a Bocanegra. Todos acaban matándose y Pinedo, asesinando a un viejo malvado, pasa de observador a actor, dificultando aún más la búsqueda de las motivaciones y relaciones ocultas. Es un juego infernal donde no

[64] Ignacio Soldevila Durante: *op. cit.;* p. 45.

hay posibilidad de salvación, todo es demasiado deshumano para que haya participación emotiva del lector o su juicio moral. Los recursos narrativos, la fina ironía y una perfecta arquitectura *in crescendo* nos hacen pensar en el primer Ayala, sólo que entonces la deshumanización era simplemente un juego intelectual, mientras que aquí se ha convertido en la condición humana misma. En *El fondo del vaso* hay referencias intertextuales, ya que un ejemplar de *Muertes de perro* va a parar a las manos del protagonista, José Lino Ruiz, que proyecta escribir una nueva historia que rehabilite a Bocanegra. En las dos obras encontramos la misma estructuración en enfoques, documentos, testimonios divergentes (muy pertinente es la crítica a la falsa objetividad de los periódicos, en realidad órganos dirigidos por los diferentes grupos de poder). Con el fin de la dictadura, parece recordarnos Ayala, no se resuelven los problemas: ahora los enemigos son la demagogia y la utilización distorsionada de los medios de comunicación de masa [65].

Mediante un análisis histórico que arranca en la colonización española *(Los usurpadores)* y llega hasta la realidad moderna de cualquier situación donde democracia y libertad son sólo palabras vacías de sentido *(El fondo del vaso),* también en la prosa creativa Ayala ha sugerido que, por afinidad de tradición, cultura, atraso en el camino democrático, España e Hispanoamérica constituyen una comunidad de destino. Se trata del mismo concepto de panhispanismo que le permite afirmar que

> todos los escritores de lengua castellana, pretéritos y actuales, constituimos una sóla y única literatura [66].

El exilio de Virgilio Botella Pastor (1906) se consumó en México y en París. Después de la guerra empieza a novelar sus experiencias directas: *Porque callaron las campanas* (1953, la guerra vivida en las retaguardias), *Así cayeron los dados* (1959, los campos de concentración), *Encrucijadas* (1962, la permanencia en Francia y los trámites para huir a México), *Tal vez mañana* (1965) y *Tiempo de sombras* (1978, las dos sobre el exilio en México), *El camino de la victoria* (1979, los

[65] Cfr. Francisco Ayala: «El escritor de lengua española» (1952), ahora en *La estructura narrativa,* Madrid, Crítica, 1984.

[66] Ibíd., p. 212.

exiliados en la resistencia francesa). Las novelas responden a un diseño unitario: protagonista es el médico Ignacio Zabala (excepto *Tal vez mañana,* cuyo protagonista es su hermano Manuel) pero su constante presencia no consigue dar una unidad más profunda ni una estructura de macrotexto. Quizás las mejores sean *Tal vez mañana* y *Tiempo de sombras,* donde el tema del exilio y la nostalgia generan una atmósfera de angustia y de resignación:

> el sino de los desterrados [es el de] vivir del ayer, del mundo perdido y presente, de un perpetuo recomerse las entrañas [67].

José Ramón Arana (seudónimo de Ramón Ruiz Borau, 1906-1974) fue el inventor, fundador y titular de la famosa Librería Ambulante en México: «Vendiendo libros, hablando y escribiendo de España, sufriendo y soñando, se le va la vida» [68]. Autor de un libro de relatos durante la guerra (*El tío Candel,* 1938), en el exilio en Santo Domingo y en México se dedicó principalmente al ensayo y al periodismo (fue fundador con Andújar de la revista *Las Españas*). En lo creativo, sus preferencias van a la novela corta, que le permite fijar su atención en un personaje en un momento de su vida y, desde allí, ampliar algunos elementos o rasgos definitorios. *El cura de Almuniaced* (1950), que da el título al volumen que contiene cuatro cuentos más, narra la historia de Mosén Jacinto, figura excepcional en la literatura española de la guerra, un cura campesino, áspero y bonachón, que aspira a la imposible neutralidad en la guerra, en nombre de Dios y de la hermandad. *Xangó. Pasión y muerte del negro Blas* (publicado póstumamente en *Viva Cristo Rey y todos los cuentos,* 1980) escruta la agonía del negro Blas, herido en una huelga: en la reconstrucción de su vida está toda la marginación —social, económica y racial— de los negros en Santo Domingo. *Can Girona. Por el desván de los recuerdos* (1973) es una novela autobiográfica.

Sus intereses comprenden también el teatro (*Veturian,* 1951) y la poesía (*Ancla,* 1941, y *A tu sombra lejana,* 1942).

Personaje emblemático del exilio intelectual, Arana es también el protagonista de las páginas iniciales de la obra más conocida de

[67] Virgilio Botella Pastor: *Tal vez mañana,* Choisy-le-Roi, Imprimerie des Gondoles, 1965; p. 165.

[68] Simón Otoala: *La librería de Arana,* México, El Aquelarre, 1953; p. 17.

Simón Otoala (1907-1980), *La librería de Arana* (1952), inventario y crónica de los primeros años del exilio mexicano. Es una sabia alquimia entre la nostalgia y la vitalidad, entre los recuerdos de España y los acontecimientos de México, entre una postura comprometida y la alegría de vivir. También las demás obras de Simón Otoala son de difícil catalogación, narraciones que comparten rasgos de la crónica, del testimonio, de la galería de retratos, hasta el punto que la división por géneros resulta una operación totalmente arbitraria. *Los tordos en el pirul* (1953), describiendo costumbres, personajes, situaciones, fiestas y tabernas de un pueblo mexicano, se convierte en novela costumbrista moderna, en una agradecida elegía a un pueblo en el que el autor ha vivido durante algunos años y que ahora, después de haberse establecido en la capital, añora como al Paraíso Perdido, como la etapa feliz de su exilio mexicano. *El cortejo* (1963), indicada a menudo como novela, es una serie de retratos relacionados con dos acontecimientos típicos, en los que participan, durante la misma tarde, las mismas personas: el velatorio de un líder republicano y las bodas de plata de dos exiliados españoles acomodados. *El cortejo* representa a los últimos exiliados, ya dispersos y divididos en la gran ciudad, que buscan puntos de encuentro comunes, así que el sentimiento de dolor por el paso del tiempo resulta oprimente. Además, la muerte en el exilio constituye siempre un eslabón que se rompe en la cadena que une a los exiliados entre sí y con España. Este sentimiento se agudiza en *Tiempo de recordar* (1978), que cuenta un viaje a Veracruz en búsqueda de las sensaciones y los sentimientos vividos por los exiliados desembarcados allí casi 40 años antes. Al tono ligero y frívolo de las primeras páginas se va sobreponiendo un tono de renuncia, de derrota.

José Herrera Petere (1909-1977) fue escritor muy pródigo durante la guerra: *Acero de Madrid, Puentes de sangre, Cumbres de Extremadura,* todas ellas obras de urgencia testimonial, panfletarias y partidistas. En las composiciones del exilio, primero en México y luego en Ginebra, se sobrepone al testimonio una escritura ensayística con densos y pausados diálogos en los que se discute sobre los destinos de Europa. *Niebla de cuernos* (*Entreacto en Europa,* 1940) trata la vida de un refugiado español en la Francia en paz, atónita e incrédula. El antagonista del refugiado es un aristócrata francés reaccionario y católico, lo que hace demasiado neto el contraste para que pueda na-

cer en el lector interés o participación, a pesar de contener acertados comentarios irónicos y satíricos sobre la sociedad europea.

Herrera Petere ha escrito también obras de teatro (*Carpio de Tajo,* 1954, *Plomo y mercurio,* 1965, *La Serrana o la comedia de la televisión,* 1968) y libros de poemas (*Rimado de Madrid,* 1946, *Árbol sin tierra,* 1950, *Hacia el Sur se fue el domingo,* 1955, *Cenizas,* 1975) donde lo testimonial se alterna con la expresión lírica e intimista.

Narrador tardío de la generación del 36, ya que empezó a escribir cuando estaba en el exilio, Segundo Serrano Poncela (1912-1975) residió en Santo Domingo, Puerto Rico y Venezuela, ejerciendo como profesor de Literatura española en diferentes universidades. La trayectoria narrativa de Segundo Serrano Poncela parece ir a contracorriente, manifestando rasgos que no encajan en absoluto con la evolución de la mayoría de los exiliados. Sus primeros cuentos publicados en América (*Seis relatos y uno más,* 1954) no tienen la menor huella de la reciente experiencia de la guerra y del exilio. Son breves relatos de corte intelectual y deshumanizado, a veces kafkiano, a destiempo respecto a la necesidad que tuvieron los otros exiliados de testimoniar, de desahogarse, de recordar, de contar la Historia. Las sucesivas colecciones de cuentos (*La venda,* 1956, *La puesta de Capricornio,* 1955, *Un olor a crisantemos,* 1961, *Los huéspedes,* 1968) constituyen un progresivo arraigarse en la realidad de la España recordada y del exilio vivido. Los personajes se humanizan, la estructura básicamente intelectual y la atmósfera abstracta se dramatizan pidiendo la participación emotiva del lector, los temas y los personajes adquieren carácter de históricos: hay episodios de la guerra (*Prisioneros de guerra, Los cirios rojos),* de la posguerra *(El retorno),* del exilio *(El encuentro)* o referidos a una España añorada y reinventada *(Unos pies desnudos, La puesta de Capricornio).* La atención del autor se dirige hacia el hombre que sufre las consecuencias de la guerra y del exilio, pero en cuanto humano, sin partidismo, sin odio, sin rencor, siempre con una serenidad y un distanciamiento que crecen y se imponen en las narraciones de temas americanos (*La raya oscura,* 1959), donde la vida bulliciosa y abigarrada del Caribe atrae la curiosidad y la ironía del escritor.

Como decíamos, su trayectoria narrativa inversa respecto a los demás autores hace que una de sus últimas obras, la novela *Habitación para hombre solo* (1963), pueda citarse como la expresión más ca-

bal de la tristeza, de la angustia, de las desgracias y problemas de un hombre —el español de los años 40 pero también el hombre universal— derrotado y constreñido al destierro, en perpetuo exilio. Es como si estuvieran concentradas en esta novela miles de vidas y experiencias, todas ellas negativas: las peregrinaciones entre África del Norte, Costa de Oro, Nueva York y México, las aventuras superficiales y sin perspectivas con varias mujeres, el hecho de estar sin papeles en regla, etc. *Habitación para hombre solo* es una obra compleja, fruto de un severo aprendizaje sobre las formas breves del cuento y de la *nouvelle*: el presente que vive el narrador y los diversos niveles del pasado se cruzan diseminando mil historias y pensamientos, sin líneas divisorias ni rasgos que los definan claramente (por ejemplo la superposición de las imágenes de las mujeres). Dividida en tres partes, la primera presenta los mejores hallazgos formales (las líneas generales de la vida del protagonista están narradas en segunda persona, como en un inacabado diálogo consigo mismo, mientras que los mismos hechos se repiten en la tercera parte, en tercera persona, pero en orden inverso, primero el hecho y luego la explicación). Si otros exiliados han podido cantar su «empatriamento» en la América española, Segundo Serrano Poncela es, al contrario, ejemplo de la incomunicación entre los dos mundos, que de forma inverosímil parece aumentar con el tiempo. Si en varios cuentos y, sobre todo, en los de *La raya oscura* prevalecía el distanciamiento, la dificultad de comprender pero al mismo tiempo la curiosidad y una cierta fascinación (el papel erótico de las mulatas, por ejemplo), en *Habitación para hombre solo* campea la absoluta impermeabilidad de los dos mundos: la soledad en la derrota del español frente a la rapacidad o a la indiferencia de los nativos es total.

El hombre de la cruz verde (1970) es una novela histórica —sobre Don Carlos, hijo de Felipe II— a la vez que un relato policial, una historia de amor y una reflexión sobre el poder. *La viña de Nabot* (1979), obra póstuma e inacabada (no en su concepción general, sino en lo que se refiere a algunas incongruencias y discordancias) es un texto sobre la Guerra Civil, cerrando así el círculo «al revés» de Serrano Poncela. Si, como él mismo ha afirmado, «en todo novelador de raza hay un moralista inevitable» [69], este carácter se impone en

[69] Segundo Serrano Poncela: «El novelista y su sombra», *Ínsula*, 1966; n. 235.

La viña de Nabot más que en las demás obras. Partiendo de citaciones y episodios bíblicos, se resalta la inevitabilidad de guerras y vejaciones. En la primera parte sobre todo, el protagonista Tomás Dídimo Balsaín, estudiante de literatura, periodista, republicano moderado crítico y autocrítico, dialoga con los demás y consigo mismo resaltando absurdidades y errores, expresando tesis y antítesis, problematizando lo que le rodea. Una obra que, sin llegar a ser «la novela de la catástrofe que puso al aire las paredes de la condición humana [...] la novela de todos los españoles, desterrados y radicados, de la "utopía" y del "topos", la novela que comunicará a todos esa gran lección que tanto se hecha de menos en el novelar hispano» [70], sin duda plantea críticamente los eternos problemas que el lector español, desterrado o radicado, debe ponerse para juzgar, interpretar y superar el trauma de la Guerra Civil.

La experiencia en un campo de concentración francés ha dejado profundas huellas en Manuel Andújar (1913-1994) como se testimonia en *Saint Cyprien plage, campo de concentración* (1942). Reside en México hasta su regreso en 1967. Su primer cuento —casi una novela— *Partiendo de la angustia* (1944), publicado en el volumen del mismo título, de temática mexicana, es un desahogo, una liberación de las primeras sensaciones al desembarcar del *Sinaia.* Los demás cuentos de la colección, así como su primera novela (*Cristal herido,* 1945), dibujan la atmósfera y la cotidianeidad de la vida durante la República. La participación emotiva en esa circunstancia generacional queda apenas contenida en una enjuta estructura narrativa. Sigue una trilogía que intenta reconstruir las problemáticas y las causas de la guerra desde las postrimerías del siglo pasado hasta 1936, evidenciando tres campos de actividad fundamentales y fuentes de discordias: el agrícola, el minero y el comercial [71]. Publicadas en España en 1970 con el título común de *Vísperas, Llanura* (1947), *El vencido* (1949) y *El destino de Lázaro* (1959) indican las pautas de una segura madurez estilístico-estructural en el camino de un proceso dirigido a aligerar y a desguarnecer los acontecimientos y sentimientos en una estructura básicamente realista. *Historias de una historia* (1973) es la

[70] Segundo Serrano Poncela citado por Maryse Bertrand de Muñoz: *La guerra civil española en la novela,* I, Madrid, Porrúa Turanzas, 1982; p. 31.

[71] Cfr. Santos Sanz Villanueva: «La novelística de Manuel Andújar», *Anthropos,* 1987, n. 72; p. 46.

culminación de esta trayectoria y también del acercamiento al tema de la guerra. El punto de vista de la obra es coral, la experiencia del autor es sólo un elemento más, que quizás se expresa individualmente en Andrés Nerja, un intelectual que tiene un papel relevante, entre los muchos personajes de la novela, un papel de conexión entre lo individual y lo social, entre la guerra personal que cada uno sostiene contra sus fantasmas y por sus ideales, y el conflicto que a todos acomuna y todo nivela. En *Cita de fantasmas* (1961, pero publicada en 1982) Andújar se enfrenta precozmente con un tema basilar, relativamente poco presente en las obras de ficción, pero que abunda en la escritura ensayística: la crisis existencial de la nueva generación de hispano-mexicanos, incapaces de elegir entre la España de sus padres y el país de adopción. El lenguaje, los acentos, el tono son indicios irrefutables de un proceso irreversible, no sin dolor, de mexicanización de las nuevas generaciones (al volver a España, Andújar ha dejado en México a hijos y nietos), de malestar hacia el seguro españolismo de los padres. Otra de sus novelas, *La voz y la sangre* (1984) presenta una nueva consecuencia del exilio: el des-exilio, que presupone inevitablemente la confrontación de la España añorada e imaginada con la España real. El regreso —el suyo y el del protagonista de la novela— permite al autor completar el cuadro histórico de la España del siglo XX, cuyo episodio central —la Guerra Civil— le sirve como punto de partida y como situación límite para comprobar y combatir, una vez más, «las intransigencias que han llevado a nuestro pueblo por tan azarosos y sangrientos caminos» [72]. En estas últimas novelas Andújar ha renunciado a la estructura clásica, cronológicamente lineal, de la trilogía. Su madurez intelectual le lleva a buscar en la complejidad estructural otra fórmula capaz de desentrañar la verdad de los unos y de los otros —españoles y mexicanos en *Cita de fantasmas,* españoles de España y españoles del exilio en *La voz y la sangre.* La búsqueda de un punto de encuentro con quienes se habían quedado en patria y el sentimiento de fraternidad que habían dirigido sus pasos en la fundación de *Las Españas* —por supuesto no deslindados de un programa político— rigen y se constituyen como temática ideológica de base en *La voz y la sangre.* Todas estas novelas, además de *Mágica fecha* (1989), han si-

[72] Santos Sanz Villanueva, ibíd., p. 51.

do posteriormente incluidas en la colección *Lares y Penares* y constituyen un corpus compacto —a pesar de las diferencias estilísticas—, una ininterrumpida reflexión sobre la España del siglo XX. A esta misma exigencia responden también los numerosos trabajos ensayísticos de carácter literario, político y sociológico que han acompañado su producción narrativa. Su última novela, *Un caballero de barba azafranada* (1992), tiene como protagonistas a dos mujeres en la España de los años 80: la actualidad, y no la guerra o el exilio, es ahora el tema que ocupa y preocupa a Andújar.

Andújar es también cuentista *(Partiendo de la angustia, La sombra del madero, Los lugares vacíos, La franja luminosa, Secretos augurios),* interesado en las diversas medidas de la forma breve desde el cortísimo *Tonto de Capirote* (sobre el fracaso de un concierto) al muy largo *Partiendo de la angustia.* También las temáticas y los enfoques son muy variados, siendo igualmente imposible trazar un corte neto entre relatos escritos en el exilio y en España. Quizás la sección *Entre dos riberas,* de la colección *Los lugares vacíos* (1971), simbolice la perenne dualidad del exilio, el no estar ni aquí ni allí, el no pertenecer ni a un mundo ni a otro. En los últimos cuentos se afirma la dimensión existencial —el ser— del desarraigo (alguien ha dicho que el verdadero desarraigo empieza con el regreso, con el des-exilio), subrayada a veces por una atmósfera mágica (*Calleja de las ánimas,* de *La franja luminosa,* 1973), otras por la indagación psicológica (*La inajenación de Hilario* y *Arturo el innovador* de *Secretos augurios,* 1981).

Una última mención a su producción poética, tardía pero de buena calidad y trabajada depuración: *La propia imagen* (1961), *Campana y cadena* (1965), *Fechas de un retorno* (1979), *Sentires y querencias* (1984), *Un horizonte del innombrable* (1987). Los temas y sentimientos son los mismos que imperan en su narrativa; mientras que en las primeras poesías Andújar consigue alcanzar una descarnada y serena clasicidad, en los últimos textos poéticos, en proceso paralelo a la progresiva complejidad de la prosa, se acerca al experimentalismo —léxico y sintáctico— de la mejor poesía de su Andalucía natal.

Sus obras de teatro *(El primer juicio final, Los aniversarios, El sueño robado),* publicadas en 1962, revelan la misma postura ética de sus otras obras, tanto de creación como de crítica.

Muy activo en la vida cultural de Colombia es Clemente Airó (1918-1975), fundador de la Asociación de Artistas y Escritores, de

la Editorial Iqueima y de la revista *Espiral,* así como director de la Extensión Cultural de la Universidad Nacional. De acuerdo con esta feliz compenetración de experiencias, sus obras (*Viento de romance,* 1947, *Yugo de niebla,* 1948, *Sombras al sol,* 1951, *Cardos como flores,* 1955 —reeditado en 1961 con el título de *Nueve estampas de alucinado*—, *La ciudad y el viento,* 1961, *5 y... 7. Cuentos de una misma historia,* 1967, *El campo y el fuego,* 1972, *Donde no canta el gallo,* 1973), son todas de tema americano y retratan la realidad colombiana en sus diferentes aspectos, subrayando siempre la violencia y la corrupción que rigen la vida de esa república americana, sobre todo en la década de los cincuenta. En las novelas y cuentos urbanos Airó elige sus personajes entre las clases acomodadas, siguiendo la parábola descendiente de la vieja aristocracia criolla y la ascendente de la nueva emigración, formada por «sirios, libaneses, turcos, polacos [...] gallegos, andaluces, napolitanos y chinos» [73]. La ambición es siempre el sentimiento que destruye las posibilidades de amor y de tranquila convivencia. La sociedad colombiana, difícil y movediza, constituye un óptimo escenario para éxitos imprevistos y dramáticas caídas, bajo la sombra de la represión policial. Son obras que se pueden encuadrar en el realismo de denuncia, al que el narrador omnisciente confiere modernidad y movimiento jugando con el lector, dosificando las informaciones y las noticias accesorias, transgrediendo los presupuestos mismos del realismo, la linealidad cronológica y la concatenación causa-efecto. En *El campo y el fuego,* de ambientación y enfoque campesinos, la violencia se hace más evidente con el choque cruento entre las tropas del Gobierno y los campesinos de Ríoverde. Con todo derecho, Airó es considerado «escritor colombiano de temática colombiana o por lo menos hispanocolombiano» y ha sido «incluido en varias historias y antologías de la literatura colombiana» [74] pero esto no justifica su ausencia casi absoluta en las antologías y manuales españoles.

Al margen de este panorama de la literatura del exilio se encuentra Álvaro de Albornoz y Salas (1901-1975), escritor humorista y surrealista, con evidentes puntos de contacto con la literatura del

[73] Clemente Airó: *La ciudad y el viento,* Bogotá, Espiral, 1961; p. 12.

[74] Clemente Airó, citado por Marielena Zelaya Kolker: *Testimonios americanos de los escritores españoles transterrados de 1939,* Madrid, Cultura Hispánica, 1985; pp. 128-9.

absurdo. Autor de dos narraciones (*Doña Pabla,* 1934, *Vampireso español,* 1936) antes de la guerra, escribe en el exilio en México las novelas *Los niños, las niñas y mi perra* (1951), los cuentos y prosas fantásticas *Matarile* (1941), y dos volúmenes de *Revoleras* (1957 y 1967), «hijas legítimas de las greguerías ramonianas» [75]. Su peculiar visión del mundo y su acercamiento «extrañado» y escéptico que distorsionan la realidad hacen que se le recuerde sólo como un escritor humorista y, por lo tanto, «menor». Sin duda alguna, sus obras suscitan la sonrisa a la vez que la reflexión sobre situaciones sólo aparentemente lejanas y despegadas de nuestra vida; así, a una lectura humorística y desempeñada de sus obras del exilio se le puede sobreponer otra, crítica y comprometida, en la que el humor no es una forma de eludir la realidad, sino una manera incisiva de resaltar sus facetas absurdas.

Igualmente al margen de este panorama, se quedan otros autores a los que no puedo dedicar sino una rápida mención. En todo caso, ni siquiera así conseguiré nombrarlos a todos.

Manuel Benavides (1895-1947), exiliado en México, fue autor de novelas reportaje (*La escuadra la mandan los cabos,* 1944, *Guerra y revolución en Catalunya,* 1946) y de una extraña obra, *Los nuevos profetas* (1942), una novela de corte picaresco que relata una reencarnación y las variadas vidas del protagonista.

Exiliado en Argentina, Clemente Cimorra (1900-1958) escribió novelas sobre la Guerra Civil (*El bloqueo del hombre. Novela del drama de España,* 1940, *Gente sin suelo. Novela del éxodo civil,* 1940, *La simiente. Novela de los hijos de la guerra,* 1942, *Cuatro sobre la piel de toro,* 1952) y otras de tema americano (*Dock,* 1943, *El medallón de los tritones, 1943, El caballista,* 1957).

Pintor y escritor surrealista, Eugenio F. Granell (1912) pone su desenfrenada fantasía y su creatividad al servicio de su credo político revolucionario. *El hombre verde* (1944, relatos), *La novela del indio Tupinamba* (1959), *El clavo* (1967), *Lo que sucedió* (1968) y *Federica no era tonta y otros cuentos,* 1970) son obras interesantes, excéntricas, donde fantasía y humor negro luchan para presidir hechos de la Guerra Civil y fantásticas aventuras. Ha escrito también poesía (*Isla, Cofre mítico,* (1951). Su inquietud y su curiosidad le llevaron a vivir

[75] Ignacio Soldevila Durante: *op. cit.;* p. 55.

en Francia, República Dominicana, Puerto Rico, Guatemala, California y, a partir de 1957, en Nueva York.

Para terminar, haciendo referencia a fechas más recientes, es necesario recordar a los escritores fronterizos [76], es decir a los que, habiendo participado en la guerra sólo como espectadores, se exiliaron muy jóvenes (los nacidos después de 1925). Aquellos que llegaron a México y se dedicaron a la creación literaria, formaron grupos generacionales, imponiéndose a la atención de los mayores tanto en México como en España, aunque nunca como integrados, en una u otra nación, sino relegados «a un curioso limbo» [77]. A partir de 1948, reunidos en torno a las revistas *Clavileño, Hoja, Presencia, Segrel,* se dedicaron sobre todo a la poesía, con algunas derivaciones hacia la narrativa (Carlos Blanco Aguinaga, Manuel Durán, Tomás Segovia, Roberto Ruiz, Alberto Souto Alabarce). Todos han reflexionado atentamente sobre su propia condición de escritores fronterizos, subrayando su continuo enfrentamiento con

> la emigración infinita [...] el extranjerismo perpetuo y pregunt[ándose] si no sería ésta la condición normal de nuestra especie, si no estaríamos reviviendo todos, en el ámbito secular, el desarraigo del Paraíso [78].

Sin duda, el novelista más prolífico de esta generación es Roberto Ruiz (1925). En las novelas *El último oasis* (1964, sobre un campo de refugiados en Francia), *Los jueces implacables* (1970, el estallido de una contienda civil en un país no definido), *Paraíso cerrado, cielo abierto* (1977, sobre el destierro) la Guerra Civil y el exilio son temas omnipresentes, pero transfigurados y transladados a épocas lejanas, a un futuro incierto o a un tiempo sin determinar que les confieren un aspecto de pesadilla, de un acuciante problema latente. Ruiz utiliza con cierta regularidad la técnica behaviorista y cinematográfica, con rápidos cambios de escena sin ninguna intervención del autor.

Un lugar de honor en la joven narrativa del exilio lo merece Carlos Blanco Aguinaga (1926) con la *nouvelle Carretera de Cuernava-*

[76] «Era demasiado temprano para que al llegar a México, fuéramos ya, como nuestros padres, españoles; y demasiado tarde para poder ser mexicanos» (Luis Rius, citado por Susana Rivera: *op. cit.;* p. 18).

[77] Manuel Durán, citado por Susana Rivera, ibíd.; p. 38.

[78] Roberto Ruiz: «La segunda generación de exiliados en México», en VV.AA.: *El exilio de las Españas, op. cit.;* p. 152.

ca que, junto a una serie de cuentos, integra el volumen del mismo título (1990). Casi siempre en primera persona —hay mucho de autobiográfico— el autor escoge y describe unas etapas del *iter* del español exiliado, componiendo un macrotexto de indudable eficacia. La tranquila vida en un pueblo español en los años 30, el principio de la guerra («Era verano y no teníamos clase»), *La desbandada,* la convivencia de muchas mujeres y niños en *Aquella casa,* el viaje en el barco rumbo a América, etc. (estoy siguiendo el orden de los capítulos-cuentos que conforman el libro), son algunos de los episodios narrados, filtrados por la consciencia del niño que crece con los acontecimientos y ajusta su enfoque según las informaciones que recibe. El último texto, el que da el título, es la confesión de la impotencia de un joven escritor exiliado delante de la «página en blanco [que]le resulta un espejo en el que sólo se ve a sí mismo» [79] y que no le permite alejarse de «lo nuestro», de esos «pasados heredados». En definitiva, una cruel acusación a la falsa España creada por los mayores en México. Aunque la calidad literaria sea sumamente superior en los cuentos breves relativos a la infancia (*El armario, La desbandada,* etc.), creo que una cita de *La carretera de Cuernavaca* es necesaria para entender lo que fue el exilio para muchos de aquellos jóvenes:

> ya va siendo hora que entendamos de una puñetera vez que no hemos tenido nunca nada nuestro. Ni provocamos la Guerra, ni luchamos en ella. Luego, nos trajeron. Nos metieron enseguida en aquellas escuelas, las vuestras y la mía, en las que no hacían sino hablarnos de España, directa o indirectamente, de una España que no conocíamos, que era la de ellos y que, sólo por eso, se suponía que tenía que ser nuestra [80].

A estas generaciones de hispanomexicanos sin duda les han quitado en parte la comunicación directa con la vida mexicana, pero les han dado la posibilidad de pertenecer a una «comunidad». La larga duración del exilio no ha permitido que se lograran frutos fecundos con respecto a esta postura, basada en la esperanza —la seguridad, en los primeros años— de una rápida caída del régimen y del añorado regreso. En México, la comunidad española y la presen-

[79] Carlos Blanco Aguinaga: *Carretera de Cuernavaca,* Madrid, Alfaguara, 1990; p. 113.
[80] Ibíd., pp. 148-9.

cia de gran número de intelectuales permitieron la conservación de un clima español en el cual crecieron los hispanomexicanos.

En cambio, hay jóvenes y niños que, llevados a otras regiones, permanecieron aislados, sin conexión alguna, identificándose luego con la cultura y literatura del país que les acogió. Faltando escuelas, círculos, centros y revistas, fue más fácil para ellos perder la connotación de «hijos de exiliados».

Un autor apenas mencionado en España es Odón Betanzos Palacios (1926) que a los nueve años sufrió el fusilamiento de su padre. Vivió una serie de desafortunadas experiencias y, después de muchos viajes como oficial de Marina, se quedó en Nueva York a dirigir la Academia Norteamericana de la Lengua Española, la editorial Mensaje y la revista del mismo nombre. En su novela *Dios dado de lo Alto-Con la guerra civil en el costado y los ojos,* redactada en Long Island en 1964 y publicada en 1980, la evocación de España logra momentos álgidos y profundos tonos líricos.

Sus numerosas colecciones poéticas han sido parcialmente recogidas en dos antologías, *Santidad y guerrería* (1968) y *Hombre de luz* (1973). Si, en la primera, el autor dibuja una España épica y dolorida, en la segunda inserta su vivencia personal en un destino de luz y de esperanza.

Quiero recordar finalmente a dos escritores, cuyo doble exilio les ha acercado a la madre-patria: Fernando Aínsa y Horacio Vázquez Rial. El primero, nacido en España en 1937 y exiliado con su familia en Montevideo, desde 1974 vive fuera de su país (en París) para esquivar otra dictadura y otras violencias. Es autor de muchos libros de cuentos breves y largos ambientados en Uruguay (*El testigo,* 1964, *Con cierto asombro,* 1968, *Las palomas de Rodrigo,* 1988, *Los naufragios de Malinow y otros relatos,* 1988) y de dos novelas, *Con acento extranjero* (1984) y *El paraíso de la reina María Julia* (1994). En la primera, padre e hijo son

> personajes de una historia colectiva de españoles empujados durante los últimos cincuenta años de una península a un continente, y luego, de América a esta España [81].

De aquí y de allá. Juegos a la distancia (primera edición en francés, 1984) es un brillante acercamiento aforístico y aparentemente chistoso al exilio:

[81] Fernando Aínsa: *Con acento extranjero,* Estocolmo, Nordam, 1984; p. 12.

> Son de allí y están aquí. Se habla mucho de ellos. Son los exiliados, palabra culta antes de ser vulgarizada por los miles de españoles que un día cruzaron los Pirineos [82].

El otro escritor que quería recordar es Horacio Vázquez Rial: hijo de exiliados gallegos nacido en Argentina en 1947, «regresado» a España a causa de la dictadura de Perón —no es un lapsus: siempre se ha sentido un español expatriado—, se ha integrado en la vida literaria española (en el 87 es finalista del Premio Nadal con *Historia del triste*), y ha escrito una decena de obras narrativas donde la condición de exiliado —de España, de Argentina, del mundo— es la óptica que explica, sufre y distorsiona cualquier realidad. Entre sus obras resaltan *Segundas personas,* 1983, *El viaje español,* 1985, *Oscuras materias de la luz,* 1986, *La reina de oros,* 1989, *La libertad de Italia,* 1987, *Territorios vigilados,* 1988, *Los últimos tiempos* y *La isla inútil,* 1991. En *El viaje español,* así como en *Con acento extranjero* de Aínsa, el protagonista (hijo de exiliados españoles) ve su nuevo exilio en España como el regreso a sus

> orígenes culturales y afectivos, si bien con aquella curiosa condición del español de ultramar, que ni aquí ni allá habla como es debido, ni piensa como es debido, ni existe como es debido [83].

[82] Fernando Aínsa: *De aquí y de allá. Juegos a la distancia,* Montevideo, Ed. del Mirador, 1986; p. 15.

[83] Horacio Vázquez Rial: *El viaje español,* Madrid, Alfaguara, 1984; p. 33.

II

LA POESÍA

Las mismas problemáticas indicadas para la novela del exilio las encontramos en la poesía, con el agravante de que ésta última se nos presenta frecuentemente desmenuzada, recompuesta, estructurada y desestructurada, y en múltiples versiones, en periódicos, libros unitarios, antologías. Por supuesto se estudian las últimas versiones —¿definitivas?— pero, ¿de qué fecha fiarse? Problema límite e irresoluble en Juan Ramón Jiménez —a causa de su conocido afán de perfección y su costumbre de conservar sus composiciones durante largo tiempo antes de la publicación—, está presente en todos los poetas [1], minando la validez de cualquier trabajo crítico que quiera resaltar trayectorias tanto individuales como colectivas y trazar un mapa de las relaciones entre una circunstancia vital —el exilio— y la expresión literaria. Indudablemente, estas relaciones existen e influyen en la escritura como queda demostrado por la presencia en «superficie» de temas como la guerra, el exilio y la nostalgia. No hay dudas de que, como afirma Carlos Blanco Aguinaga, «en cualquier narrativa exiliada parece ser muy fuerte, dominante incluso, la tendencia a mantenerse en la propia lengua y en la problemática-causa-del-exilio de la tierra de origen» [2]. Citando versos de León Felipe, Pedro Garfias y Luis Cernuda, Blanco Aguinaga indica en la poesía el campo en el que esta opción se mantiene más fuerte y por más tiempo.

[1] Cuando se conoce, indico la fecha de composición; en caso contrario, la de publicación.

[2] Carlos Blanco Aguinaga: «Otros tiempos, otros espacios en la narrativa española», en VV.AA.: *El destierro español en América. Un trasvase cultural* (ed. de Nicolás Sánchez Albornoz), Madrid, ICI-V Centenario, 1991; p. 28.

La presencia en América de la mayoría de los grandes poetas «de oficio» —los ya consagrados de la generación del 27, así como los mayores, Jiménez y León Felipe, símbolos opuestos de la poesía de la primera mitad del siglo [3]— posibilita el riesgo de olvidar el gran número de «vocaciones incipientes» (según las afortunadas definiciones de Serge Salaün [4]) que, después del arrebato emotivo y psicológico de la guerra, han buscado en las Américas su propia voz y la palabra adecuada.

Enrique Díez Canedo (1879-1944), crítico de arte y teatro, traductor, intelectual cosmopolita y de formación europea, viajero curioso e incansable, cercano por sensibilidad —aunque no por edad— a la generación del 27, comparte con ésta la decidida fe republicana y el exilio americano, oponiéndose de esa manera a la generalizada elección de sus coetáneos de quedarse en Europa y volver pronto a España. En sus primeros viajes a América Latina, había escrito los *Epigramas americanos,* con la distanciada elegancia que siempre ha plasmado su obra ensayística. A partir de 1939, en una segunda serie de *Epigramas,* inserta, en cambio, su personal experiencia de exiliado en los comentarios de las costumbres, de las geografías, de la historia de los países visitados. El propio exilio y la muerte de sus compañeros son ahora temas frecuentes sobre el telón de fondo de un México inmóvil y, básicamente, insensible. Estos epigramas, donde a menudo brotan instantes de verdadera poesía, expresan en su concisión las profundas huellas del destierro:

> Te vas. Tierra de México te ampara.
> No lloramos. No llora el hombre fuerte.
> No hay llanto. Mansa lluvia el cielo vierte
> y a nosotros nos corre por la cara (1945).

En 1940 publicó una obra más compleja, *El desterrado,* cinco poemas que tratan la función salvadora de la palabra para que el ol-

[3] Para ellos creo que no es necesario hacer referencia a su obra anterior a la guerra: tendría que aludir a temas debatidos y candentes. En línea general, me remito a la óptima investigación de Juan Cano Ballesta: (nueva edición: Madrid, Siglo XXI, 1996) *Poesía española entre pureza y revolución,* Madrid, Gredos, 1972, aún hoy, creo yo, no superada.

[4] Cfr. Serge Salaün: «Poetas de "oficio" y vocaciones incipientes durante la guerra de España», en VV.AA.: *Creación y público en la literatura española,* Madrid, Castalia, 1974; pp. 181-214.

vido y la nada no borren el pasado —la única realidad para el desterrado. Buscando este objetivo, la palabra se infla, se repite, vuelve sobre sí misma, en un vértigo conceptista que, sin duda, dificulta la lectura y obliga al lector a una deconstrucción previa al acto recreativo de la lectura.

El exilio del premio Nobel Juan Ramón Jiménez (1881-1958) en Cuba, Puerto Rico y Estados Unidos ha sido objeto de estudios y de polémicas alrededor de un tema básico: su compromiso, su real connotación de exiliado. Las investigaciones más recientes y la publicación póstuma de sus apuntes, cartas, etc. [5] disipan toda duda a favor de una severa, pero profunda, fe republicana y de una moderna atención hacia la sociedad de consumo y la política de las democracias occidentales.

Sus primeras composiciones del exilio son *En el otro costado* (1936-1942), *Romances de Coral Gables* (1948), *Una colina meridiana* (1942-1950), fechas y temas que se cruzan en búsqueda de una unidad interna en cada colección. Paisajes del recuerdo y del presente, sensaciones vividas e imaginadas, la perfección y su inenarrabilidad, son los temas de estas obras juanramonianas, en las que el exilio se anuncia sólo como lugar geográfico: el otro «costado» del Atlántico, la Florida de Coral Gables, la colina que ya no es la madrileña colina de los chopos. *Espacio,* poema en prosa escrito en aquellos años, constituirá la tercera parte de *En el otro costado* (que absorberá también los *Romances de Coral Gables*). Supone un «alejamiento» de los lugares concretos de sus nostalgias y subraya la «sustancia» emotiva del lugar geográfico que se desmaterializa —o adquiere nueva materia— en contacto con el sujeto que la canta:

> Pero si yo no estoy aquí con mis cinco sentidos, ni el mar ni el viento son viento ni mar; no están gozando viento y mar si no los veo, si no los digo y lo escribo que lo están. Nada es la realidad sin el Destino de una conciencia que la realiza.

Por lo tanto esa prosa define su visión del mundo y consagra la aspiración del poeta: anularse como individuo e integrarse en el Todo. «Los dioses no tuvieron más sustancia que la que tengo yo»,

[5] Cfr. Juan Ramón Jiménez: *Guerra en España,* introducción y edición de Ángel Crespo, Barcelona, Seix Barral, 1985.

canta, empezando su monólogo, este yo sin tiempo ni límites sensibles. El recurso a la sinestesia, muy frecuente en el texto, subraya la permeabilidad de cuerpos y sentidos:

> Deja este ritmo timbros de aires y de espumas en los oídos, y sabores de ala y de nube en el quemante paladar, y olores a piedra con rocío, y tocar cuerdas de olas.

De 1949, es el fundamental *Animal de fondo* (1949) cuya versión definitiva se incluye en *Dios deseado y deseante* (en la *Tercera Antolojía poética,* 1957). Este texto puede considerarse su testamento poético y estético, la expresión de su teología laica, su búsqueda de dios —con minúscula— y su encuentro con la poesía, en una visión místico-panteista, ya en el ocaso de la vida. En la contraportada de la primera edición, un crítico —¿Rafael Alberti? [6]— analiza el nivel ontológico en el que se sitúa este texto: «Era justo que este poeta, este místico de mirada quemante recibiera, después de tan largo desvelo —ya éxtasis de amor o anhelo de eternidad— el premio de ese dios de sus presentes días, que lo levanta, dentro de la categoría de lo humano, a la de lo divino» [7]. Como siempre en Juan Ramón, el *incipit* es fundamental y expone ya la conquista realizada por el poeta:

> Dios del venir, te siento entre mis manos,
> aquí estás enredado conmigo, en lucha hermosa
> de amor, lo mismo
> que un fuego con su aire
> [...]
> eres igual y uno, eres distinto y todo;
> eres dios de lo hermoso conseguido,
> consciencia mía de lo hermoso.

Ríos que se van (1951-1952) gira alrededor del tema de la muerte, aludiendo y eludiendo como siempre el referente concreto —la enfermedad de Zenobia—, para cantar la felicidad perdida, la nostalgia, la fugacidad del tiempo.

[6] Cfr. Antonio Sánchez Trigueros: «Noticia de una investigación sobre "Animal de fondo"», en VV.AA.: *J. R. J.: poesía total y obra en marcha,* Barcelona, Anthropos, 1991; p. 316.

[7] Ibíd.

Un examen aparte merece su estancia en Estados Unidos (1939-1951). El vivir en «lengua ajena» (parafraseando a Moreno Villa) no podía por menos que influir en él y en su poesía. Nunca se dejó «invadir» (como por ejemplo Cernuda o León Felipe) por extranjerismos pero, en sus apuntes, el alejamiento de España como problema incluso lingüístico está continuamente presente. Es verdad que, en algún momento, había cantado a la comunidad de idioma de «los dos costados» («El milagro de mi español lo obró la República Argentina» [8]), pero en general su sensibilidad le hacía notar con desagrado la diversidad del español de América:

> Cuando yo estaba en España, creía que todos los españoles que conocía allí hablaban español. No lo dudaba, no necesitaba diferenciarlos. Hoy creo que ningún español de los que conozco fuera de España habla en español, español, el español que yo voy perdiendo [9].

El contacto con un país anglófono agudiza su desarraigo:

> desterrado, no tener lenguas mías a mi alrededor, no hago nada, no soy nadie, estoy más muerto que muerto, estoy perdido [10].

La extrema grandeza de Jiménez, su ser sobrehumano —no deshumano— se manifiesta aún más en el exilio, en la condición de estar «más muerto que muerto [...] perdido» que en la poesía se convierte en serena integración con aquel Todo, su morada poética, donde finalmente desaparecen temores y fobias.

Fuera de toda clasificación general, León Felipe (seudónimo de Felipe Camino Galicia, 1884-1968) vivió su exilio en México, donde ya había residido en los años 20. Allí fue presidente de la Unión de Intelectuales Españoles y fundador de *Cuadernos Americanos.* Es autor de la primera poesía exiliada, es decir la primera poesía escrita fuera de España con la consciencia de la inevitable derrota: *El payaso de las bofetadas y el pescador de caña,* poema trágico español en verso y prosa, escrito en 1938 durante la travesía hacia América y leída en La Habana en el mismo año. En 1939 publicó *El hacha,* «elegía espa-

[8] Juan Ramón Jiménez, *op. cit;* p. 283.
[9] Ibíd.; p. 59.
[10] Ibíd.; p. 48.

ñola», poema de estructura y tonos variables, a veces con imágenes de gran dinamismo que consiguen romper el verso y la sintaxis, otras con marcado ritmo a base de repeticiones:

> ¡Oh, este dolor,
> este dolor de no tener ya lágrimas;
> este dolor de no tener ya llanto
> para regar el polvo!
> ¡Oh, este llanto de España
> que ya no es más que arruga y sequedad!

Españoles del éxodo y del llanto (1939) —título y obra emblemáticos— escrita en verso y prosa, es una apasionada apelación a la resurrección de España, una invitación a liberarse de «esta mueca española / esta mueca dramática y dispersa». La derrota ha acentuado su verso roto y desesperado que alcanza imágenes apocalípticas y proféticas. Su fe en el poder de la palabra-verdad es tan fuerte que a veces extravía, emborracha; sin embargo, cuando la profusión de palabras se sostiene sobre la fuerza del mito y de la metáfora deslumbrante, consigue abatir cualquier obstáculo al tiempo que afloja las defensas del lector. La voz de León Felipe retruena en estas primeras composiciones del exilio, así como en 1937 había tronado de ira y de esperanza al leer *La insigna* en Valencia. Es una voz que se quebranta en gritos o en sollozos, que se hace denuncia directa convocando al mismo tiempo a la naturaleza y al viento como coro fiador y fuente de inspiración:

> Nunca ha habido poetas.
> Esta vieja canción la ha escrito el viento.

Ganarás la luz. Biografía. Poesía. Destino (1943), como siempre en verso y prosa, es una obra de transición, donde León Felipe recoge fragmentos de su obra anterior pero en una nueva perspectiva. Lo que antes había sido imprecación, vituperio, alucinación, ahora es afán de un encuentro, de una respuesta. El *incipit* presenta aún una dicotomía neta: «Hay dos Españas: la del soldado y la del poeta», y hay «una sola canción [...] del poeta vagabundo»:

Soldado, tuya es la hacienda,
la casa
el caballo
y la pistola.
Mía es la voz antigua de la tierra.
Tú te quedas con todo y me dejas desnudo y errante por el mundo...
Mas yo te dejo mudo... ¡mudo!
y ¿cómo vas a recoger el trigo
y a alimentar el fuego
si yo me llevo la canción?

Se impone el tema de «las dos Españas» y parecería que, para la que se ha quedado en la península, no hay esperanza. Sin embargo, la tercera parte, después de los impresionantes «Me voy porque...», termina con un profético

Volveré mañana en el corcel del Viento.
Volveré, y ¡volveré crecido!
[...]
A crecer, A crecer,
a la tierra otra vez...
al agua,
al sol,
al Viento... Al Viento...,
¡Otra vez al Viento!

Ganarás la luz, condena bíblica, es también el signo de la renacida esperanza. Viento, Luz, Dios, componen la misma canción y León Felipe es su intérprete, su vate, aunque ahora su voz se mantiene en tono bajo «porque a Dios, como a los mexicanos / no le gusta que le hablen "golpeado"». El poeta, como el viento que a ratos se puede identificar con Dios, sigue cantando su canción, a la Tierra, a sus compañeros, a México, porque «A todos os debo una elegía». *Llamadme publicano* (1950), *El ciervo* (1958), *¡Oh, este viejo y roto violín!* (1965) son sus últimos textos donde, como «ciudadano de América» canta su nueva patria, su historia, su intimidad. A pesar de todo, es fuerte «ese sol de España que no he vuelto a encontrar en ninguna parte del mundo y que ya no veré nunca». Prosa y verso, iluminación y sombra, excelente poesía y caídas prosaicas, abismos bíblicos y gritos anarquizantes, siguen luchando en el ánimo y en la poesía de León Felipe:

Ya has llorado bastante... vamos a dormir.
Ya has dormido bastante... vamos a llorar.
—Y así... del llanto al sueño...
acunado, movido eternamente, de abajo hacia arriba
en un angustioso balanceo (de *El Ciervo*).

En los primeros años de exilio, León Felipe era la voz combatiente más alta y más fuerte, intransigente y rebelde; con el tiempo se vuelve conciliadora. En el 58 reescribe sus versos más famosos, rectificándolos:

Nosotros no nos llevamos la canción
[...]
Vosotros os quedasteis con todo, con la tierra y la canción
[...]
Al final todo se hizo grito vano, lamento hinchado, blasfemia sin sentido
[...]
Los mudos fuimos nosotros
[...]
¡Los desterrados y los mudos! [11].

León Felipe sigue siendo, hasta el final, símbolo de la cambiante evolución del exilio.

Me parece necesario recordar aquí también la actividad teatral de León Felipe, integrada por algunas traducciones en verso de obras de Shakespeare, a las que él denominaba «paráfrasis»; igualmente en verso libre es *La manzana* (1951), obra original donde el poeta se enfrenta con el mito de París. Quizás más interesante sea *El juglarón* (1961), un texto expresionista y vivaz, con temas y aires populares en el que un juglar presenta ocho cuentos escenificados, con un punto de arranque común en las anécdotas o temas de raíz tradicional. Son pequeños cuadros, anécdotas mínimas, afrontadas con ternura, o cuentos en los que preponderan la agudeza y el ingenio, con un final a sorpresa. Sin ningún propósito ambicioso, y generalmente ignorado por la crítica, *El juglarón* es una obra de buen nivel escénico y de elegante escritura, que une al lenguaje poético rasgos de lenguaje hablado y popular.

[11] León Felipe, Prólogo a Ángela Figuera Aymerich: *Belleza cruel* (ganadora del primer concurso «Nueva España» de la Unión de Intelectuales Españoles en México), México, Compañía General de Ediciones, 1958.

En el medio de dos generaciones absorbentes (la del 98 y la del 27), se coloca José Moreno Villa (1887-1955) fuera de toda catalogación posible, vanguardista, activo participante en todas las actividades relacionadas con el homenaje a Góngora y muy ligado a la Residencia de Estudiantes. Poeta, pintor, ensayista, historiador, su nombre aparece también en muchas de las iniciativas de la generación del 36 o «grupo de Hora de España» [12].

Puede decirse, por tanto, que Moreno Villa «atraviesa» diversas generaciones siempre «a la altura de las circunstancias». Ya había publicado mucho en los años veinte, sobre todo poesía «de circunstancia», entendida sin connotación política («Las circunstancias se reflejan siempre en mis versos», dirá en *Vida en claro*), siempre elevada a expresión poética a menudo de muy alto nivel gracias a diversos «recursos», como la ironía en *Jacinta la Pelirroja* (1929, inspirada en su aventura con una muchacha norteamericana), el tono épico en la poesía de la guerra, la extremada sensibilidad en *Puerta severa* (1941, la poética transformación que sufren él mismo y el mundo a raíz del nacimiento de su hijo), el mito en *Nos trajeron las ondas* (1940, sobre el destino ingobernable del desterrado, y del hombre). Estas obras son testimonio del profundo arraigo de Moreno Villa en su contexto y también de las infinitas posibilidades de transformación poética de las circunstancias mismas: escritura postmodernista, surrealista, comprometida, o profundamente humana, sentimental en el mejor sentido. Guerra, destierro, nostalgia, son asumidos por Moreno Villa como inevitable destino, sin rabia ni rebeldía.

La nueva experiencia del exilio lo absorbe, su actividad se despliega en muchos ámbitos, pero el nacimiento de su hijo constituirá finalmente una verdadera revolución:

> Era el hijo de nuevo.
> Era volver al centro
> Era entrar en lo único.

[12] A Moreno Villa los jóvenes fundadores de *Hora de España* se dirigieron para que una «persona mayor [...] diese [su] respaldo [...] para apoyar la empresa» (José Moreno Villa: *Vida en claro,* México, El Colegio de México, 1944; p. 229; cfr. también Francisco Caudet, *Introducción* a la *Antología de Hora de España,* Madrid, Turner, 1975; pp. 9-49). Este grupo se caracterizó por un gran dinamismo durante la guerra y una explosión creadora auténtica en los años del exilio.

Podemos seguir su trayectoria posterior a 1939 en una antología que parecería más una «obra completa» dada su extensión: *La música que llevaba* (1949). En ella, el autor ordena su producción intentando darle un significado unitario, que sólo podrá encontrar partiendo de sus últimas producciones (*Poemas escritos en América,* 1938-1947) centradas sobre el acontecimiento que da sentido a su vida: el nacimiento de su hijo que cumple el destino mestizo de los desterrados y constituye a la vez la nueva raíz en la patria finalmente adoptada. Desterrado *sui generis,* había cantado su propia independencia (hasta en Friburgo, en los años veinte, se había sentido como en patria) y se había colocado entre los hombres «de tipo internacional» (en las antípodas de los «arraigados»). Ahora verá a su hijo como una nueva patria, dedicándole estrofas dulces y musicales, volviendo al andalucismo de sus primeras composiciones. El de los exiliados españoles en Hispanoamérica ha podido ser un destino positivo, fecundante:

> Dejaremos la tierra del azteca y del inca
> después de dar la sangre, el sudor y los huesos;
> después de haber sembrado en medio de volcanes
> lo mejor de nosotros: el beso y la palabra.

Es para cumplir con este destino por lo que *Nos trajeron las ondas:*

> No vinimos acá, nos trajeron las ondas.
> Confusa marejada, con un sentido arcano,
> impuso el derrotero a nuestros pies sumisos.
> Nos trajeron las ondas que viven el misterio,
> las fuerzas ondulantes que animan el destino,
> los poderes ocultos en el manto celeste.

¡Qué diferencia con el grito ahogado del primer León Felipe o la abrumadora resignación de Cernuda! Para Moreno Villa, su destino personal no es sino parte de un destino colectivo: en su poesía del destierro es precisamente éste el «recurso» que le permite, sin renunciar a lo anecdótico y a lo individual, conseguir una atmósfera épica y un lugar no secundario en la poesía del exilio.

No es por azar que los «poetas profesores» de la generación del 27 —Guillén y Salinas, pero también Jiménez y Cernuda— hayan vi-

vido gran parte de su exilio enseñando en universidades de Estados Unidos y de Puerto Rico, ya que sus relaciones anteriores con el mundo académico internacional y su participación moderada en la Guerra Civil han favorecido su inserción en la sociedad norteamericana.

A pesar de que haya salido de España en 1936 rumbo a Estados Unidos y no haya vuelto nunca a su patria, nadie discute la condición de exiliado de Pedro Salinas (1891-1951). Salinas pasa sin solución de continuidad desde el lirismo puro y pausado y desde el sentimiento lúdico que a veces acompañaba la expresión poética en *La voz a ti debida* (1934) y *Razón de amor* (1936), a la dramaticidad cargada de pasión contenida de su primera colección del exilio, *Todo más claro y otros poemas* (1937-1947, publicada en 1949). Su propia enfermedad y la tecnología destructora y deshumanizante, dueña ya de los destinos del hombre, minan igualmente su vida y la de la humanidad entera. De esta manera el poeta canta su dolor y su soledad en *El ángel extraviado*:

> ¡Qué solo estoy, qué solo,
> con mi mal! Ya le veo
> crecer, agigantarse,
> cogerme de las manos,
> entrarse por mis labios.
> Sé que daré dolor,
> que haré daño, si toco,
> si hablo; sé que soy
> instrumento del mal
> que yo no quiero hacer
> y voy a hacer, ahora,
> en la carne inocente
> que es casi como mía
> de tanto haberla amado.

En *Cero* describe con mirada atónita y perdida la imaginada destrucción apocalíptica de una ciudad: es la desesperada respuesta a los horrores de la guerra, premonición de Hiroshima y Nagasaki.

El contemplado (1946, confluido con *El ángel extraviado* y con *Cero* en *Todo más claro*), homenaje a la naturaleza y al mar de Puerto Rico, es una obra de transición hacia la serena contemplación de *Confianza,* publicado póstumamente en 1955, donde Salinas se acerca «con ojos vírgenes» de poeta mediterráneo a la exhuberante natu-

raleza de la isla (la misma mirada que, en negativo, habíamos notado en *Cero*). Las fracturas que han desgarrado el ánimo humano se reflejan en poemas sueltos livianos y anecdóticos; la obra en su totalidad —compuesta por un *Tema* y catorce variantes— intenta sanar esas mismas fracturas reconstruyendo la totalidad de la experiencia humana. Como excribe Oreste Macrí, *Confianza* presenta el «Ultimo fiore di una generazione confidente nella fattura provvidenziale dell'universo» [13].

Gran poeta y agudo crítico literario, Salinas ha demostrado ser también un buen dramaturgo en los años de exilio. Pruebas de ello son dos obras largas *(El Director* y *Judit y el tirano)* y doce piezas en un acto, todas ellas en prosa. Las dos primeras, teatro literario para leer, son de difícil representación; las otras, esquemáticas y brillantes, son ricas de agudos recursos lingüísticos y escénicos. Las fechas de composición nos son desconocidas: según su hijo, *El Director* había sido escrito ya en 1936, antes de empezar la guerra [14]; Domenech, en cambio, lo incluye en su *Aproximación al teatro del exilio* [15]. En todo caso, es su obra más lograda, caracterizada por una buena estructura dramática que desarrolla por medio de una prosa tensa y transparente el tema básico de la complejidad de la personalidad humana, sus contradicciones, lo que hay detrás, o paralelamente, a toda aparencia, la lucha universal e inmortal entre el Doctor Jekyll y Mister Hyde, que a veces confluyen en un único personaje *(Judit y el tirano)* y, otras, se separan entre protagonista y antagonista.

Salinas publicó en el exilio dos obras narrativas, los cuentos *El desnudo impecable* (1951) y la novela de ciencia-ficción *La bomba increíble* (1950). La prosa es muy cuidada, trabajada, hasta parecer llana, transparente, poética en su simplicidad, incluso cuando trata argumentos que se prestan a la sátira y a la crítica social. Buena prueba de ello es *La bomba increíble,* explicitación narrativa de la descripción «extrañada» de *Cero,* donde un artefacto destruye el viejo mundo para que los dos sobrevivientes empiecen una nueva vida.

Junto con León Felipe, Pedro Garfias (1901-1967), poeta ultraísta y creacionista en sus inicios, es el autor que detiene el primado

[13] Oreste Macrí: «Diorama della poesia spagnola del novecento», en VV.AA.: *Poesia spagnola del '900* (ed. de Oreste Macrí), Milano, Garzanti, 1985; I, p. XLVII.

[14] Cfr. César Oliva: *El teatro desde 1936,* Madrid, Alhambra, 1989; pp. 42 y 177.

[15] Ricardo Domenech: «Aproximación al teatro del exilio», en VV.AA.: *El exilio español de 1939, op. cit.,* IV; p. 221.

de «primer poeta del exilio», por la poesía escrita en el Sinaia [16]. A pesar de la incidencia de la circunstancia, a pesar de ser «poesía de urgencia», *Entre México y España* alcanza un alto nivel expresivo y encierra, podríamos decir programáticamente, motivos y registros de toda la poesía del «transtierro»:

> Qué hijo tan fino, qué delgado junco
> —de acero fiel— nos une y nos separa
> con España presente en el recuerdo,
> con México presente en la esperanza.
> [...]
> España que perdimos no nos pierdas;
> guárdanos en tu frente derrumbada
> [...]
> Y tú México libre, pueblo abierto
> [...]
> como otro tiempo por la mar salada
> te va un río español de sangre roja,
> de generosa sangre desbordada.
> Pero eres tú esta vez quien nos conquistas,
> y para siempre, ¡oh vieja y nueva España!

En realidad ya antes, en Inglaterra (1938-1939), había compuesto un poema, *Primavera en Eaton Hastings* en el que su voz solar y mediterránea cantaba su desesperación en el clima y en la soledad de Inglaterra. Una vez en México, no consigue reanudar los vínculos de su propia vida [17]: bohemio, generoso, disipador, escribe versos estupendos sobre la nada de su vida («Se fue la luz porque esta luz no canta / con igual voz ni crece al mismo cielo»). Su poesía del exilio americano está recogida en *Elegía a la presa de Dnieprostoi* (1943, sobre la generosa defensa rusa), *De soledad y otros pesares* (1948), *Viejos y nuevos poemas* (1951), *Ríos de aguas amargas* (1953).

Huido de la España franquista en 1938, para volver triunfalmente en 1975, Jorge Guillén (1893-1984) es el primer premio Cervantes de literatura, en 1976. Miembro de honor de la Real Academia, ha

[16] En el Sinaia llegaron a Veracruz casi 1600 españoles, entre ellos muchos intelectuales, casi todos los componentes del «grupo de *Hora de España*».

[17] Parece que sus crisis empezaran cuando, aparentemente sin motivo, se le destituyó del cargo de comisario político de Pozoblanco durante la guerra: desde entonces drogas y alcohol han gobernado su vida.

vivido exiliado en Estados Unidos y Canadá. A pesar del cambio que sufrió su vida y de las catástrofes mundiales, Guillén siguió dedicándose a la ampliación y definición de *Cántico* (75 poemas en 1928, 334 en 1950), deseando cerrar el círculo de su visión optimista del mundo («El mundo está bien hecho») con una poesía «bastante pura, *ma non troppo*» según palabras del poeta. En la edición del 45, su declamación de *Fe de vida* es aún decidida:

> Sí, cuando me duele el mundo,
> en el corazón un pozo
> se me hundiera hacia el abismo
> de esa Nada que yo ignoro
> [...]
> Heme ante la realidad
> cara a cara. No me escondo
> [...]
> Ni cedo
> ni cederé, siempre atónito.

Su coraje para seguir cantando el cosmos en un *Cántico* exultante y luminoso (herencia del optimismo conceptual de algunos ismos europeos de entreguerras) se quiebra en su siguiente volumen de poesía, *Clamor. Tiempo de Historia,* dividido en tres partes: *Maremagnum* (1957), *Que van a dar a la mar* (1960), *A la altura de las circunstancias* (1963). Los poemas ahora son largos, discursivos, conceptuales, para que quepan el mal y la duda. Ya no son suficientes las formas sintéticas y afirmativas del *Cántico.* En la primera parte, *Maremagnum*— la Historia irrumpe rompiendo la armonía del presente sin tiempo de *Cántico,* pero no la fe del poeta en la victoria, última y definitiva, del hombre:

> Queremos más España.
> Esa incógnita España no más fácil
> de mantener en pie
> que el resto del planeta,
> atractiva entre manos escultoras
> como nunca lo es bajo los odios,
> creación sobre un trozo de universo
> que vale más ahondado que dejado.
> ¿Península? No basta geografía.
> Queremos un paisaje con historia.

La Guerra Mundial y la sociedad norteamericana han ampliado sus horizontes; concurrirán al renacimiento los vencidos de hoy, Ana Frank, el negro del gueto, el soldado del Vietnam, el español exiliado:

> Las esperanzas combaten
> a los solemnes embustes,
> y puños de mocedades
> esgrimen Historia clara
> que ilumina porque arde.
> Resistiendo están las fuerzas
> forzadas. Se ve la sangre.
> Entre tumultos se yerguen
> estaturas de estudiantes.

Ya no hay armonía en el mundo, pero la voz de Guillén sigue clásica, esencial y luminosa, como en *La sangre al río* que termina con la certidumbre de la salvación después de imágenes terribles de horror y de muerte:

> Llegó la sangre al río.
> Todos los ríos eran una sangre,
> y por las carreteras
> de soleado polvo —o de luna olivácea—
> corría en río sangre ya fangosa
> [...]
> La Historia queda abierta.
> Hombres, más hombres, hombres.
> Siglos como minutos. Siglos. Siglos.

La perfección formal de sus textos (una perfección interna, no sólo dada por el respeto de la métrica y de la retórica) impone sobre el *Clamor* su voz rigurosa y clara haciendo del acontecimiento un símbolo, desnudándolo, descorporeizándolo y, al mismo tiempo, dejándole —añadiéndole— vida, como se ve en *La afirmación humana* (Ana Frank):

> la noche sufre de inocencia oculta.
> Y en esa noche tú, por ti alborada,
> a un cielo con sus pájaros tan próxima,
> a pesar del terror y del ahogo,
> sin libertad ni anchura,

amas, inventas, creces
en ámbito de pánico,
que detener no logra tus esfuerzos
tan enérgicamente diminutos
de afirmación humana:
con tu pueblo tu espíritu
—y el porvenir de todos.

Que van a dar al mar es poesía más íntima, abierta hacia sí mismo —sus dolores y sus nostalgias— más que hacia el mundo donde se impone el *clamor* desentonado. La tercera parte —*A la altura de las circunstancias*— es de tono y título machadiano: el hombre y su entorno, las pequeñas cosas de cada día, a coloquio enriquecedor.

Homenaje (1967), un canto a la amistad, al amor, a la vida, concluye la compleja arquitectura de *Aire Nuestro* que recoge toda su producción poética hasta 1968, un edificio construido con innegable rigor: *Cántico* se divide en cinco partes, *Clamor* en tres y *Homenaje* nuevamente en cinco, y cada parte presenta una geometría interior motivada.

Guirnalda civil (1970), *...Y otros poemas* (1973) y *Final* (1982) son sus últimas colecciones, digno epílogo a su obra mayor.

Guillén queda como excepción luminosa en la literatura española, bañada siempre en eternas soledades o en agónicas contiendas. Supo cantar, como pocos, paganamente los altos valores connaturales al hombre y la posibilidad de su osmosis con el mundo. Hundido éste, no se han quebrado sus certezas y su optimismo.

Juan José Domenchina (1898-1959), después de un debut como poeta surrealista (*La corporeidad de lo abstracto,* 1929), da un vuelco hacia la poesía culta, conceptista, quevedesca en la forma y en la predisposición hacia la sátira amarga, haciendo prevalecer lo literario sobre los sentimientos auténticos. En las composiciones del exilio en México, en cambio, la nota humana y sufrida —muerte, nostalgia, sexo— sustenta las perfectas formas clásicas (décimas y sonetos, sobre todo). De 1942 es *Destierro: sonetos, décimas concéntricas y excéntricas, burlas y veras castellanas;* de 1944 *Poesía y sombra:* su desarraigo es total, su yo no puede vivir sin la tierra de España. La sátira y la ironía ceden el paso a la más absoluta negación de su ser desterrado, negación que, al mismo tiempo, se ve limitada y moderada por las rígidas estructuras métricas. En estos textos se adelanta la gran invención poética

de Domenchina, esto es, la sufrida laceración interior que encuentra su máxima expresión en *Tres elegías jubilares* (1946). En ellas pondrá de manifiesto el desdoblamiento de su personalidad articulada en el «yo» que es y vive en tierra española, y en el otro «yo», el que está, sufre y añora en el exilio. Domenchina explica su condición existencial y la génesis de la imagen poética del desdoblamiento en el Prólogo a *Tres elegías jubilares:*

> Esta es su tragedia intransferible; su tragedia de individuo, roto por la adversidad en dos medios seres frustrados que navegan: uno, oculto, preso y al abrigo de un ayer imprescriptible, en los despojos de su patria enajenada, y otro, precedido, que es sombra, remedo, parodia o doble de su existir maquinal, y que se inhibe —esperando su razón española— en un destierro absoluto, de hombre desistido, porque se propone vivir —porque no se pliega a vivir interinamente— hasta que pueda recobrar su vida íntegra de español en España.

Este desdoblamiento sustenta su mejor poesía haciendo de una condición sicológica aniquiladora una fuente de hallazgos poéticos deslumbrantes, de visiones surrealistas plenamente vividas, de superposiciones espacio-temporales, de escritura «extrañada» que impacta, destruye y resucita. Una obsesión hecha poesía, constreñida en una pulcritud formal que contrasta con el contenido fracturado. Las tres *elegías* se diferencian entre sí correspondiendo a las etapas de la evolución existencial del exilio. En la primera hay denuncia e ira; la segunda, según palabras de García de la Concha, es «una larga letanía de sextillas en versos blancos, las cuales componen, como en una procesión fantasmal, el más patético cuadro descriptivo del destierro» [18]; la tercera, finalmente, ejemplifica la ya cumplida escisión del yo, que encuentra su expresión poética en versos conceptistas donde se evidencia la «agudeza y arte de ingenio» más que las expresionistas y esperpénticas descripciones de las elegías anteriores:

> Son pasos sin ejemplo, que no van
> por donde apenas pisan, sus pisadas.
> En una altiplanicie de copiosos

[18] Víctor García de la Concha: *La poesía española de 1935 a 1975,* Madrid, Cátedra, 1992 I; p. 287.

amarillos y sol rememorados,
está la sombra ardida de este cuerpo,
laste inmediato de mi errar inmóvil.

En *Exul umbral* (1948) y *La sombra desterrada* (1950) no evoluciona la enfermedad nostálgica de Domenchina: España, muerte, soledad, son sus temas de siempre, sólo el tono es más contenido. El sentimiento religioso —apenas enunciado en la primera, afirmado con fuerza en la segunda— da el tono general a las obras sucesivas (*Nueve sonetos y tres romances,* 1952, y *El extrañado,* 1958). Tanto más aguda y sensible es ahora su serenidad, cuanto más incontenible había sido su desesperación anterior. *Perpetuo arraigo* (1949) es una recopilación de textos anteriores.

Esposa de Altolaguirre e insustituible compañera en todas sus iniciativas editoriales, Concha Méndez (1898-1986) publicó en la imprenta La Verónica de La Habana *Lluvias enlazadas* (1943); luego, en México en 1944, *Poemas, sombras y sueños* y *Villancicos de Navidad.* En la *Antología poética,* publicada por Joaquín Mortiz en 1984, se puede seguir su trayectoria poética. A una primera etapa de poemas largos, pormenorizados, le sigue otra de composiciones breves, de rápidos y concentrados esbozos de tema y tono diversos: canciones de cuna, recuerdos de España y de seres queridos, sueños. Una caliente luminosidad, la cadencia popular y la controlada inspiración surrealista caracterizan su segunda etapa, como se evidencia en su poema en ocasión de la muerte de Manuel Altolaguirre:

Amapolas de sangre
crecían en tu frente,
fundiéndose en tus ojos
cuando el llanto asomaba
descubriendo tu vida.
Contra ti te batías
en duelo permanente, esa lucha contigo
se extendía en tus campos.
Y era un viento de fuera,
también huracanado, el que te fue envolviendo
como manto de fuego.

También unido a Altolaguirre en la gran aventura de dar voz y consistencia a una generación poética a través de las revistas es Emi-

lio Prados (1899-1962), organizador cultural y activo combatiente en la guerra. Una vez en México encuentra en el conceptismo depurado de toda decoración la primera expresión de aquella desesperación que fue de todos: «El ser, no es ser para mí. / Estar no es estar conmigo» (de su colección *Mínima muerte,* 1944; *Memoria del olvido,* 1940, *El misterio del agua,* 1954, *Cuerpo perseguido,* 1954, contenían casi exclusivamente textos escritos con anterioridad en España). En *Mínima muerte* está presente la voluntad de salir del laberinto, pero la meta todavía aparece lejana y el camino tortuoso. Lo dicen todo los versos de San Juan puestos como epígrafe («Sin arrimo y con arrimo / sin luz y a oscuras viviendo / todo me voy consumiendo»). La revelación anunciada en *Mínima muerte*

> De vivir vengo, muriendo estoy
> y a vivir
> voy. ¡A morir voy
> para vivir!

se abre paso en las formas y metros populares de *Jardín cerrado. Nostalgias, sueños y presencias* (1946). Aquí Prados retoma la búsqueda de comunicación con lo que le rodea, que ya había empezado en los años veinte; a través del sueño —surrealismo— y del tormento para llegar al estado místico —conceptismo— consigue el encuentro con el Dios panteísta:

> Hoy sí, mi piel existe,
> más ya no como límite
> que antes me perseguía,
> sino también como vosotros mismos,
> cielo hermoso y azul, tierra tendida...
> Ya soy Todo: Unidad
> de un cuerpo verdadero.

La poesía, como la fe, es un don, una gracia divina y una misión: la del poeta será la de «preguntar por la trascendencia. Quien ha recibido del destino ese don, o ese encargo, siente que pregunta en nombre de todos, misión en cierto modo abrumadora. Se exige de él un sacerdocio, la mediación» [19]. Como bien dice

[19] J. Sanchís Banús: *Introducción* a Emilio Prados, *La piedra escrita,* Madrid, Castalia, 1979; p. 67.

Larrea en el prólogo de *Jardín cerrado*: «Vencida la *noche humana,* el poeta —la conciencia poética— acaba por encontrar su cuerpo verdadero, el universo; y su nombre: la luz que le cumple» [20].

Río natural (1957), *Circuncisión del sueño* (1957), *La sombra abierta* (1961), *La piedra escrita* (1961), *Signos del ser* (1962) y *Últimos poemas* (1965) cierran la parábola poética de Prados buscando y encontrando otros cauces, otras posibilidades de plenitud. Como los místicos, Prados sabe que el encuentro final es puro don, momento mágico e irrepetible, vivido en soledad. El camino, a través de un lenguaje oscuro que metalingüísticamente busca y señala la claridad, es ya, en sí mismo, un hallazgo:

> Y es que mi forma de amar
> es sólo anhelo de hallarte
> no de quererte alcanzar (de *Jardín cerrado*).

Rafael Alberti (1902), poeta, pintor, dramaturgo, premio Cervantes 1983, miembro electo en la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, no necesita presentación previa. Toda su obra —principalmente la poética, pero no sólo ella— gira alrededor de Puerto de Santa María. Su fuerza lírica, la plasticidad de su verso, los colores, las nostalgias, la voluntad de lucha, la fe en el pueblo, nacen de la «bahía de los mitos» de Cádiz, de su infancia, de sus huidas y de sus regresos. La función céntrica de este lugar —Paraíso Perdido, lugar de la inocencia— hace decir a Solita Salinas de Marichal que «Alberti es el poeta que no está nunca donde quisiera: el desterrado del mar, primero, y desterrado de su tierra después. El que busca siempre: en su mocedad, vuelto hacia el pasado reciente de la infancia y sus litorales, se inventa el huerto feliz de sueño submarino» [21].

La poesía de Alberti es muy variada; sin embargo, encuentra su común denominador en la asombrosa maestría técnica que da dignidad incluso a los textos «de circunstancia» y a los de contenido más trivial. Es asombrosa la cantidad de poesía producida en el destie-

[20] Juan Larrea, prólogo a Emilio Prados: *Jardín cerrado,* México, Cuadernos Americanos, 1946; p. 16.

[21] Solita Salinas de Marichal: *Los paraísos perdidos de Rafael Alberti,* en *Insula,* mayo 1963, n. 198; p. 10.

rro, entre un viaje y otro, entre un exilio y otro, siempre empujado por nuevas violencias: los nazis en Francia, Perón en Argentina... Su primer texto del exilio en América es *Entre el clavel y la espada* (1939-1941), «un canto a la belleza y un rechazo a la violencia», su diario de viaje poético entre la tragedia y el amor, entre Europa y América, como *Cal y canto* lo había sido entre la poesía gongorina y la poesía comprometida. Eterno dualismo resuelto por Alberti en una síntesis que podría definirse natural, innata, de *poeta en la calle* dueño de su oficio y de la capacidad de nombrar al mundo, antes de describirlo, como indica él mismo en los versos puestos como epígrafe a la edición de 1983 de *Entre el clavel y la espada:*

> Después de este desorden impuesto, de esta prisa,
> de esta urgente gramática necesaria en que vivo,
> vuelva a mi toda virgen la palabra precisa,
> virgen el verbo exacto con el justo adjetivo.

Pleamar (1944), obra sin diseño unitario, tiene una sección dedicada a su hija Aitana y otra a la memoria de Miguel Hernández. En *Egloga* intervienen Antonio Machado, Federico García Lorca, Miguel Hernández y un toro, —España. Los tres poetas cantan, cada uno a su modo —tono, métrica, lenguaje— primero la alegría, después la ira y la incitación a la lucha y, por último, el dolor por la muerte tanto del poeta como de España: «Toro de muerte y abandono. / ¿Es que no tengo ya ni toro?»

Retornos de lo vivo lejano (1948-1952) tiene la misma estructura que *La arboleda perdida* con pasajes sin solución de continuidad entre memoria voluntaria e involuntaria, entre tiempos y lugares diversos estratificados en la memoria. Es el gran libro, unitario en la estructura y en la idea que lo sostiene, de la nostalgia cantada en versos largos, pausados, majestuosos, resultado de un proceso de condensación y eliminación de lo superfluo. Es el mismo Alberti el que nos cuenta la génesis de este libro en la introducción:

> En aquellos años de destierro argentino, mi lejana vida española se me perfila hasta en los mínimos detalles, y son ahora los recuerdos —lugares, personas, deseos, amores, tristezas, alegría...— los que me invaden hora a hora, haciendo del poema, no una elegía por las cosas ya muertas,

> sino, por el contrario, una presencia viva, regresada, de las cosas que en pasado no murieron y siguen existiendo, aun a pesar de su aparente lejanía.

Todo el mundo del poeta retorna a su pluma: la imprescindible libertad («Libertad, no me dejes. Vuelve a mí dura y dulce»), el mar imagen de novimiento («Recibe lo que el mar me trajo esta mañana / y suplícale siempre para mí sus retornos»), la invariable poesía («¡Oh poesía hermosa, fuerte y dulce, / mi solo mar al fin, que siempre vuelve»).

A la pintura (1948), producto de un poeta pintor que analiza técnicas e instrumentos pictóricos, haciendo al mismo tiempo crítica de arte, puede considerarse obra única por su perfección arquitectónica y formal.

Las *Baladas y canciones del Paraná* (1953-1954) son otra muestra de la versátil capacidad poética de Alberti: son formas populares en versos breves, inspirados por la naturaleza del norte de Argentina que se superpone —sin borrarlos, sino dándoles nueva vitalidad— a los colores y la flora de Cádiz:

> Que este campo,
> donde galopan o duermen
> los caballos,
> y este río,
> por más grande que parezca,
> son Jerez de la Frontera.

Ora marítima (1953) es una preciosa obra poco estudiada y de difícil lectura. Una vez más, Cádiz es protagonista absoluta de la poesía albertiana y también de la Historia. Los mitos de Hércules y de Menesteos (recuérdese lo dicho a propósito de la novela de María Teresa León), fundador de la mítica Menesteo, hoy Puerto de Santa María, son el telón de fondo donde proyectar la Cádiz de su infancia, la «bahía del ritmo y de la gracia». La historia del marinero fundador es la de Alberti. Los dos se funden, en un mutuo intercambio de sensaciones y pensamientos que a menudo se transforman en diálogo con la bahía misma:

> De tu mano, marítima y dichosa,
> Venus contigo descendió a las playas
> [...]

De lejos, las Columnas de Heracles se asombraban.
Los toros de Tartesos, los marismeños toros
mugían por el mar, anchos ya de la furia
que después con su sangre verterían
por los quemados ruedos.

Cuando Alberti se traslada a Roma con María Teresa León en 1963, su nostalgia cambia de tono, quizás por el acercamiento físico a España y alguna que otra semejanza entre los dos países mediterráneos. Vivirá ávidamente la vida callejera de Roma saboreando el tranquilo oasis de Anticoli Corrado, cargado de un glorioso pasado artístico renovado por la presencia de pintores y poetas. Pero ésta es ya otra historia, como la de su reincorporación plena a la vida y a la cultura españolas. La publicación de los primeros tres volúmenes de sus *Obras completas,* dedicados a la poesía, permite valorar el conjunto de su producción en verso, una «búsqueda incansable de expresión y de una voluntad casi épica por conocer todas las posibilidades de la poesía» [22].

Las *Coplas de Juan Panadero* (1949), ampliadas posteriormente, representan la máxima expresión de poesía política y popular del destierro.

Después de su llegada a México en el Sinaia, Juan Rejano (1903-1976) se incorpora pronto a la vida cultural del país, en periódicos y editoriales no sólo del exilio (fundó y dirigió hasta su muerte el suplemento cultural de *El Nacional*). Se acerca, relativamente tarde, a la poesía con *Fidelidad del sueño* (1943) y *El Genil y los olivos* (1944), textos típicos de la vivencia del exilio (nostalgia, desarraigo, recuerdos de la natal Andalucía) y a la vez anticipación de las respuestas personales del poeta a las circunstancias adversas: su fe comunista y la inserción en el medio mexicano como antídotos del desarraigo. En *Víspera heróica* (1947), *El oscuro límite* (1948), *Noche adentro* (1949) y *Cantar del Vencido* (1954), se alternan poemas de tono popular e inspiración andaluza, canciones de vagas reminiscencias surrealistas y ejemplos de poesía invectiva, ideológica, panfletaria. *El libro de los Homenajes* (1961), que reúne textos de diferentes épocas, confirma su mexicanización no epidérmica y la capacidad para captar en pro-

[22] Luis García Montero: «*Introducción* a Rafael Alberti», *Obras completas,* Madrid, Aguilar, 1988.

fundidad elementos y rasgos tan íntima y exclusivamente mexicanos como la pasión cívica y el expresionismo pictórico de los murales de José Clemente Orozco:

> Te designa la llama. Hablas en llama.
> Se penetra en tu casa por el fuego.
> Tu paisaje vernáculo es la hoguera.
> Todo tú eres encendio.

Sentimientos de reconocimiento y también de profunda integración en la sociedad mexicana son expresados en *La esfinge mestiza. Crónica menor de México* (1943), prosa ensayística, documental y descriptiva.

Después de una larga estancia en Inglaterra y una forzosa escala en La Habana llega a México en 1943 también Manuel Altolaguirre (1903-1959). Malagueño inventor de revistas e incansable trabajador, fue además un huésped generoso —su casa, y su imprenta, fueron siempre lugar de encuentro y amistad. No encontramos nada nuevo en la poesía del exilio de Altolaguirre. Se acentúan solamente notas nostálgicas y doloridas ya presentes en su poesía de la preguerra. Poesía natural, espontánea, visionaria, lineal en la sintaxis y en la estructura, pero no por eso banal. La segura selección léxica, el mesurado equilibrio entre intimidad y exterioridad, la musicalidad espontánea de Altolaguirre revelan que la poesía nueva —la del 27— no era sólo magia rítmica, deslumbrante brillantez o angustiosa bajada al infierno, sino que además podía ser exquisita sensibilidad, inspiración y espiritualidad profundas. En sus obras —*Poemas de las Islas Invitadas* (1944), *Nuevos poemas de las Islas Invitadas* (1946), *Fin de un amor* (1949, que reúne parte de los textos precedentes), *Poemas en América* (1955)— el exilio es un tema —al igual que cualquier evento histórico— al que se alude raramente. Todo se transfigura en símbolo poético o en visión surreal, como en *Ídolo de humo*:

> Sobre la cuna del recién nacido
> alguien puso la foto pequeñita
> de una explosión atómica:
> un ídolo de humo, tan pequeño
> como la cólera de los poderosos,

como la ceguera de los enamorados.
Me recliné en su cuna
y me asomé a sus ojos.
Desde una ciudad,
antes remota,
nos llegaba la música
que acunaba su sueño y su vigilia.

En sus últimos años se alejó de la poesía (y de Concha Méndez, del arte de la imprenta, de México D.F.) para dedicarse a la cinematografía como guionista, director y productor. Murió en un accidente de tráfico mientras se dirigía al festival de San Sebastián.

La poesía de Luis Cernuda (1902-1963) queda fuera en parte de este panorama, ya que su primer y desolado exilio transcurrió en Inglaterra, donde estuvo en misión cultural desde marzo de 1938 y donde vivió hasta 1947. Sólo su posterior permanencia en Estados Unidos y en México nos permite hablar de su producción: *La realidad y el deseo* (1936, 1940, 1958), *Vivir sin estar viviendo* (1949), *Con las horas contadas* (1950-1956), *Desolación de la quimera* (1962, de un verso de T. S. Eliot). Cernuda es, como León Felipe, un desarraigado por antonomasia, aunque sin rebeldía, casi con una sumisa resignación, que se refuerza por la influencia de los poetas metafísicos ingleses. La suya es poesía amarga, libertadora de fantasmas y pesadillas, pero es, sobre todo, poesía moral mitigada por destellos de hedonismo y de gozoso encanto. Su voz elegante y llana, evocadora y elegíaca, rara vez se alza de tono, sólo cuando su indignación moral le hace gritar contra las falsedades y tabúes de la sociedad, que, con seguridad, más de una vez hirieron su sensible naturaleza, como se evidencia en *Birds in the night,* dedicada a Verlaine y Rimbaud:

Mas podemos pensar
acaso un buen instante
Hubo para los dos, al menos si recordaba cada uno
Que dejaron atrás la madre inaguantable y la aburrida esposa.
Pero la libertad no es de este mundo, y los libertos,
En ruptura con todo, tuvieron que pagarla a precio alto.

A la inicial musicalidad de ritmos y sonidos clásicos se sustituye el verso duro, irregular, sin adjetivación y nexos innecesarios. La lar-

ga permanencia en una nación no hispanohablante aguzó su carácter introspectivo y poco comunicativo, huraño y dulce, según lo describe Concha Méndez de quien Cernuda fue huésped en México [23].

El ingreso a un país hispanohablante, por lo menos por un momento, le proporciona felicidad —o se la deja entrever:

> Y la primavera entonces
> Ha de seguir, entreabriendo
> En miradas fuego y sombra,
> Espuma y aire en cabellos.
> Otra vez el mismo encanto
> De juventud por los miembros
> Correrá, como una savia
> De la hermosura en el tiempo
> (de *Con las horas contadas*).

Sin embargo, el *memento mori* y el sentimiento de fugacidad están al acecho, a distancia, como algo de lo que el poeta ya no participa plenamente. En sus versos expresa melancolía:

> ¿Tu mocedad? no es más
> Que un olor de azahar
> En plazuela a la tarde
> Cuando la luz decae
> Y algún farol se enciende

o fina ironía:

> Y yo, este Luis Cernuda
> Incógnito, que dura
> Tan sólo un breve espacio
> De amor esperanzado,
> Antes que el plazo acabe
> De vivir, a tu imagen
> Tan querida me vuelvo
> Aquí, en el pensamiento,
> Y aunque tú no has de verlas,

[23] Cfr. Concha Méndez-Paloma Ulacia Altolaguirre: *Memorias habladas, memorias armadas*, Madrid, Mondadori, 1990; pp. 132-5 y Manuel Durán: «La calzada de los poetas: un paseo lírico por la ciudad de México», en VV.AA.: *El exilio de las Españas..., op. cit.*; pp. 217-9.

Para hablar con tu ausencia
Estas líneas escribo,
Únicamente por estar contigo
(de *Con las horas contadas*).

Si le falta a la poesía de Cernuda sentido político e histórico, en su ensimismamiento dolorido hay aguda penetración de la condición moderna del hombre, como en *Nocturno Yanqui, La familia, Díptico español.*

También en el exilio en México se encuentra Ernestina de Champourcín (1905), presente en la segunda edición de *Poesía española contemporánea* (1934) de Gerardo Diego, autora de numerosos volúmenes de poesía como *Presencia a oscuras* (1952), *El nombre que me diste* (1967), *Cárcel de los sentidos* (1964), *Hai-Kais espirituales* (1967), *Cartas cerradas* (1968), *Poemas del ser y del estar* (1972), *Huyeron todas las islas* (1988). *Poesía a través del tiempo* (1991) es una amplia colección de sus textos, donde podemos comprobar que el amor —hacia Dios y hacia sus semejantes— sustenta toda su producción, ya sea como expresión lírica apasionada, ya como afán de comunicación.

Poeta esquivo y solitario, Juan Gil-Albert (1906-1994) había participado activamente en la guerra y su casa paterna se había transformado en lugar de encuentro para los escritores huéspedes en la Casa de la Cultura de Valencia. Exiliado en México, regresó a España en 1947, enfrentándose a un largo y penoso insilio: sólo en los años setenta se le empezó a publicar y a conocer en España, a pesar de que su amplia producción fuera de escaso contenido político.

Escritor clásico y contenido, transfigura el fondo autobiográfico en distanciada aventura humana, arquetípica y destemporalizada. En su único libro de poesía en el destierro, *Las ilusiones* (1944, con los poemas de *El convaleciente*), de impecables formas clásicas, no hay alusión directa alguna a la guerra o al exilio. Sólo en *El linaje de Edipo* se recuerda «la maldición de nuestro padre» que destinó a los españoles a ser perennes fratricidas:

Los desterrados cantan la alborada
de su lejano amor y perseguidos
por el perro del odio se aniquilan
en ese mismo fuego que les prende.

La nostalgia está presente en sus versos, pero es un sentimiento despojado de toda temporalidad, convirtiéndose en tema arcádico que se adecúa a su clasicismo, como en *A las hierbas de España*:

> Allí estaréis, en medio de los campos
> en los fríos picachos, en las dulces
> colinas azulosas de las tierras
> donde el aire parece el compañero
> más benigno del hombre.

De vuelta en España, me parece importante subrayarlo, su poesía no cambia; se enriquece, crece, vuelve sobre sí misma, en una repetida iluminación proustiana, como si temiera menos a su yo y lo dejara libre, sin esconderlo detrás de la transfiguración mitológica o intelectualizada:

> Mi casa era mi mundo, el Mundo. De ella lo he extraído todo: casa con paredes de cristal abierta al confín. ¿Especie de invernadero? Pero con tormentas (de *Crónica general*).

Gil-Albert, como su casa, tiene paredes de cristal, con muchas facetas por descubrir y hacer brillar.

A pesar de haber destacado en la poesía, Gil-Albert ha escrito mucho en prosa, obras difícilmente definibles, novelas, prosas poéticas, prosas autobiográficas, recuerdos: «El ensayo de Gil-Albert se sitúa a mitad entre la especulación y la memoria, entre lo cultural y lo personal, entre lo concreto y lo abstracto, en una trama no por inextricable menos lúcida» [24]. Aunque escrita una vez que hubo regresado a España, hay que recordar *Tobeyo o del amor. Homenaje a México* (1969, pero publicada en 1990), una crónica novelada de su viaje de México a Buenos Aires con Máximo José Kahn. Este es su *incipit*:

> ¿Puede resumirse un mundo? ¿Aquilatarse su vastidad? ¿Cómo fundir en sí ambas medidas en un solo tronco sin que dejen de manifestarse en sus variantes más imperceptibles, en sus atolladeros más oscuros? Esta es la capacidad del poeta, no tanto en su versión de versificar como en la más estrictamente indiscernible de vivir; de vividor por

[24] César Simón: *Juan Gil-Albert, de su vida y su obra*, Alicante, Instituto de Estudios Alicantinos, 1984; p. 25.

> tanto. Los episodios de esta vida suceden en México —de mi vida y de tantas otras en fusión— sin olvidarnos de que en mí, en mi obra, en mi creación, impera más la historia que la novela: es Historia.

Exiliado primero en Chile y Argentina, Arturo Serrano Plaja (1909-1978), después de una breve temporada en Francia, se estableció en Estados Unidos. En 1938 había publicado *El hombre y el trabajo,* obra reseñada a su tiempo como ejemplar demostración de como la escritura comprometida —de clara inspiración marxista— podía elevarse a niveles de profunda humanidad. En Argentina en 1945, publica *Versos de guerra y paz,* de los cuales sólo los de la sección *Sonetos y otros poemas* pertenecen a los años de exilio. Nada deja vislumbrar el salto —vivido a todos los niveles— que dará Serrano Plaja con sus libros siguientes, *Galope de la suerte* (1945-1956) y *La mano de Dios pasa por este perro* (1965). La comunicación con los hombres y el sentimiento de fraternidad hasta ahora basados en una concepción marxista de la vida —la dignidad del trabajo en libertad— se han transformado primero en grito desesperado, en una evocación e invocación de la muerte en *Galope de la suerte* y, finalmente, en el hallazgo de Dios (Dios-hombre, Dios-trabajador, interlocutor del poeta) en *La mano de Dios pasa por este perro.* Las formas poéticas han evolucionado, paralelamente a la evolución del hombre, hacia la sencilla comunicación de sentimientos y confianzas. Sus primeras composiciones del exilio son, a menudo, sonetos conceptuales y barrocos, signos de la quiebra de sus primitivas creencias:

> Aquello que fue gloria, era miseria.
> Cuanto hubo de orgulloso, fue humillado.
> Los héroes, carcomidos por los piojos
> más que alzada bandera, eran despojos,
> memoria corrompida de soldado,
> tristísimo espectáculo de feria.

Otras veces individúan en la memoria la fuerza para seguir adelante y lograr la serenidad:

> Preciosas son las piedras de mi bosque,
> peñascos de la cumbre, pedernales
> tupidos con la plata de su musgo.

Finalmente se llega al verso largo —a menudo prosa poética— de *Galope de la suerte* y al *pastiche* —lingüístico y estructural— de *La mano de Dios pasa por este perro:* una revolución total, una búsqueda ininterrumpida que ha proseguido en las últimas composiciones recogidas en *Los álamos obscuros* (1982).

Entre los muchos que se han dedicado a la poesía como actividad secundaria o no han producido mucho durante el exilio, pueden destacarse:

Ángel Lázaro (1900-1985), escritor gallego que había publicado antes de la guerra poesía, teatro, novela, obras en castellano pero de profunda raíz regionalista. Enviado en misión cultural a Cuba en 1937, permaneció allí en exilio activo, integrándose en el ambiente periodístico cubano y ayudando a cuantos llegaban de España. Es autor de muchos libros de poesía (*Sangre de España,* 1941, *Epistolario y otros poemas,* 1952, *Español de dos riberas,* 1955) y de teatro (*Alejandra, Ludovina y Elvira,* 1972). En el exilio, en contacto con las comunidades de gallegos de antigua emigración, ha escrito también obras en gallego.

Vivió exiliado en Cuba y Venezuela Juan Chabás (1900-1954), poeta, novelista, crítico literario, profesor, conferenciante y traductor. Aparecieron póstumamente en tierra americana dos libros suyos: *Fábula y vida* (1955), conjunto de cuentos, y el libro de poemas *Árbol de ti nacido* (1956).

Exiliado en México, París y Roma, Ramón Gaya (1910) fue pintor y crítico de la generación del 36, activo en todas las iniciativas editoriales de este grupo (*Hora de España, Romance, Taller, El hijo pródigo).* A lo largo de toda su vida escribió poesía, ahora recogida en *Algunos poemas del pintor Ramón Gaya* (1991). Son, sobre todo, sonetos y composiciones libres de verso largo que le permiten ahondar en algunos temas (sentimientos, obras, objetos, poesías) en forma discursiva y aparentemente fácil.

En su exilio mexicano Francisco Giner de los Ríos (1917), ensayista, tipógrafo y traductor, publica *La rama viva* (1940), *Jornada hecha. Poesía 1934-1952* (1953), *Poemas mexicanos* (1958), *Llanto con Emilio Prados* (1962), *Elegías y poemas españoles* (1966) y la antología *La rama viva y otros poemas* (1987). Al eje temático dolor, rabia, España, paulatinamente sustituido por dulzura, nostalgia, México —evolución típica de los escritores exiliados— en Giner de los Ríos se

agrega una marcada evolución de la función de la poesía, pasando del lirismo y el intimismo a la comunicación y a la referencialidad.

Gran parte de la obra poética de Antonio Aparicio (1918), exiliado en Chile, Londres y Venezuela, se encuentra desmenuzada en publicaciones de los dos continentes. *Fábula del pez y de la estrella* (1946) es una obra compleja y rica, dividida en cinco partes con un prólogo y un epílogo en versos. A la evocación de Sevilla en canciones de ritmo popular le sigue una sección sobre la Guerra Civil; en las tres últimas partes muerte y amor, esperanza y desesperación, luchan entre sí para ganar al poeta y a su pluma.

Y, además, podemos mencionar a María Enciso, poetisa machadiana que murió en 1949 siendo muy joven, autora de dos libros de poesías (*Cristal de las Horas,* 1942, y *De mar a mar,* 1947) y dos de prosas (*Europa fugitiva. Treinta estampas de la guerra,* 1941, y *Raíz al viento,* 1947).

Bernardo Clariana, exiliado en Cuba, Santo Domingo y Estados Unidos, es autor de *Arco ciego* (1952) cuyas dos primeras partes son clásicas poesías del destierro mientras que la tercera expresa su desadaptación y rechazo hacia la moderna metrópolis.

En 1953, en Buenos Aires, Enrique Azcoaga en el *Panorama de la poesía moderna española* [25] incluye por primera vez a Nuria Parés y Luis Ríus, hijos de exiliados, homologados en esta circunstancia a los poetas españoles del destierro. Sobre su ambigua colocación —que de hecho los margina tanto de la literatura española como de las americanas— algo se ha dicho y algo más se dirá en el capítulo sobre las revistas. Sobre los subgrupos llegados a México todo, o casi todo, lo han dicho Susana Rivera y Francisco Caudet [26]. Los demás han sido absorbidos en las literaturas de los países de adopción. El tema de España (España soñada, cantada, leí-

[25] Las antologías poéticas habían sido un medio eficaz de intercambio entre los poetas exiliados en diferentes países, y entre éstos y España: *Laurel,* México, 1941 (ed. de Emilio Prados, Juan Gil-Albert, Octavio Paz y Xavier Villaurrutia, publicada por la editorial Séneca), *Poetas en el destierro,* Santiago de Chile, 1943 (ed. de Ricardo Morales), *Las cien mejores poesías del destierro,* México, 1945 (ed. de Francisco Giner de los Ríos), *Poetas libres de la España peregrina en América,* Buenos Aires, 1947 (ed. de Horacio J. Becco y Osvaldo Svanascini), *Antología de poetas andaluces contemporáneos,* Madrid, 1952 (ed. de José Luis Cano).

[26] Respectivamente en *Última voz del exilio, op. cit.,* y en *El exilio republicano en México. Las revistas literarias,* Madrid, Fundación Banco Exterior, 1992.

da, nunca real) es común a todos los que han crecido en comunidades de españoles (como la de México); común es también el desarraigo existencial, sin duda motivado por el exilio pero acrecido por el clima de una España recreada, «de segunda mano», que adquiere los contornos de una «condición vital que, de manera alusiva y abstracta [...] condiciona la obra. Aparece como fondo que se trasluce a través de otros temas y motivos, o como fundamento que actúa de punto de partida» [27].

Puente (1946) de Manuel Durán (1925) es la primera muestra poética de esta generación hispano-mexicana. Toda su producción (*Ciudad y figuras,* 1952, *Ciudad asediada,* 1954, *La paloma azul,* 1959, *El lugar del hombre,* 1965, *La piedra en la mano,* 1970, *Cámara oscura,* 1972, *El lago de los signos,* 1978, *El tres es siempre mágico,* 1981) es aparentemente ajena a temáticas «exiliadas» pero siempre aletea algo nebuloso, algo indeciso, impenetrable: el poeta no participa de esa realidad, se siente extraño o triste:

> Sumergido en el agua blanda de una muchedumbre
> con sombreros y niños de la mano,
> no ser yo. Ni nadie. Lo más, un rumor,
> un ocupar espacio, la luz de la mirada
> copiando, sin saberlo, anuncios luminosos.
> (de *Ciudad asediada*)

> Tiene buena memoria, según dicen,
> la tristeza. Me busca, me recuerda.
> En un papel oscuro, hace ya tiempo,
> anotó mi teléfono y mi nombre
> (de *El lugar del hombre*).

Nuria Parés, es llamada «hija espiritual de León Felipe» [28] por su voz dolorida y aguda y por su poesía inquietante, que a veces arrastra, a veces susurra. Algunos de sus versos —como los de León Felipe— se han vuelto estribillo repetido, voz anónima, por su capacidad sintética expresiva:

[27] Susana Rivera: *op. cit.;* p. 35.

[28] Aurora de Albornoz: «Poesía de la España Peregrina», en VV.AA., *El exilio español de 1939, op. cit.* IV; p. 104.

Vivimos de prestado [29], no vivimos.
Fuimos menos que el sueño
de una generación, la fronteriza
de todos los anhelos
[...]
Sé que hemos asistido
con los ojos abiertos
al vivir de los otros
que hemos estado atentos
a la muerte del héroe
y a la del mártir y a la del obseso.

Y aún:

Nadie eligió su herencia.
Ni tú ni yo. Nosotros no elegimos.
Fue un desigual reparto. Fue un trallazo,
un tajo doloroso y dolorido,
un cuchillo de sombras, una herida
derramada en hondura y sin alivio.
(de *Canto llano,* 1959).

Toda su obra ha sido reunida en *Colofón de luz* (1987).

Pese a que se haya dedicado a múltiples actividades, Jomí García Ascot (1927-1986), poeta, ensayista, guionista, ha escrito poesía a lo largo de toda su vida: *Un otoño en el aire* (1964), *Estar aquí* (1966), *Haber estado allí* (1970), *Seis poemas al margen* (1972), *Un modo de decir* (1975), *Poemas de amor perdido y encontrado y otros poemas* (1977), *Antología personal* (1983), *Del Tiempo y unas gentes* (póstumo, 1986). En su poesía la infancia no es el paraíso perdido añorado, como lo es para los mayores, sino etapa dolorosa de adioses y de incertidumbres:

Hemos venido aquí, desde muy niños,
a esperar, y a vivir.
Llevamos en las manos muchos años
y el otoño de lejanos comedores
vastos de sobremesa y de presagios
[...]

[29] Moreno Villa había dicho: «Morirás de prestado».

Llevamos trenes, viajes, estaciones de noche,
el olor del hollín y vidrios empañados
y nuestros padres, que eran ya tan mayores
y murieron tan jóvenes aquí.

La función de la poesía es la de recobrar aquel tiempo, y restituirle lo que la Historia le ha quitado:

Un poema es distancia
años, días, un tiempo indefinido
en el que fuimos algo, o dejamos de serlo.
Un brevísimo espejo, de repente,
como el abrir de una ventana
en cuyo vidrio desfila todo el cielo
[...]
Un poema es estar
volver a estar
leve de instante
donde el tiempo duraba
y no sabíamos.
(de *Estar aquí*).

Entre los poetas hispanomexicanos más integrados en la vida cultural del país anfitrión se encuentra Tomás Segovia (1927). Fue director de la *Revista Mexicana de Literatura,* redactor de *Plural* y *Vuelta,* y ha sido incorporado en antologías y panoramas de poesía mexicana. Guerra, exilio, España, raramente se nombran, pero toda su poesía sería otra, completamente distinta, si no se tomaran como puntos de referencia, nunca concretos sino aludidos, sobrentendidos, sus experiencias de «niño de la guerra», como en *Aniversario, julio 1936:*

Tanto tiempo después y aún no comprendo
esta sombra brutal
que véis a veces todavía
danzar al fondo de mis ojos
y que cayó sobre ellos un día de mi infancia
cuando en una mañana radiante despertaba
y contra el cielo fresco
vi levantarse un impensable brazo
que apuñaló a mi Madre.
(de *Anagnórisis,* 1967).

Toda su poesía publicada hasta 1976 ha sido recogida en *Poesía,* 1983. Después ha publicado *Bisutería,* 1981, *Partición,* 1983, *Cantata a solas,* 1985, *Lapso,* 1986. Ha escrito también obras de teatro y novelas: con *Trizadero* ha ganado el premio de narrativa Magna Donato.

Luis Ríus (1930-1984) en 1984 ha reunido toda su obra poética en la colección *Cuestión de amor y otros poemas* (*Canción de vela,* 1951, *Canciones de ausencia,* 1954, *Canciones de amor y sombra,* 1965, *Canciones a Pilar Rioja,* 1970). En sus primeras poesías sufre y canta el destierro concreto, la España de sus recuerdos; más tarde y de forma gradual sus versos se desmaterializan hasta encauzarse en los moldes de una nostalgia difuminada, ya sin tristeza, pero con un profundo sentimiento de desarraigo:

Llegó aquí después
o antes, a destiempo
Erró los caminos
y los paralelos
y los meridianos,
los mundos enteros.
Él iba a otro mundo.
Llegó aquí. Extranjero
fue de sus palabras
y de sus silencios,
de todas sus horas,
de su mismo cuerpo
[...]
Él iba a otro mundo.
Lo desvió el viento...

Podrían citarse muchos nombres más, pero no haríamos sino repetir, con algunas variantes, trayectos temáticos y tonos generacionales: César Rodríguez Chicharro (1930-1984) añade en *Finalmente* (1983) una nota de desmitificación e ironía; Gerardo Deniz (seudónimo de Juan Almela, 1934) partiendo de los mismos ingredientes, llega a condenar y vituperar a los «poetas del éxodo y del llanto», a los que han forjado esta España ficticia, a veces patética, otras heroica; José Pascual Buxó (1931) hace generalmente poesía de sentimientos, con unas composiciones tan desesperadas que parecen escritas bajo el mando de las circunstancias:

Quedó sola y desierta, derrumbada;
endureció en el aire del silencio
y fue un corazón igual que un fruto
ahogándole y ahogándole en la boca.
Y nadie estaba allí. No hubo nadie
para tomar su mano, para henchirla
de saliva o de llanto.
Nadie sino la espesa columna del silencio,
la ceniza del mar, el duro aire
rebotando en el plomo de sus ojos abiertos
(de *Memoria y deseo,* 1963).

Enrique de Rivas (1931) descubre rápidamente que la memoria no puede sustituir la vida:

Memoria, espejo tierno de las horas cumplidas,
secreto corazón del reloj de los sueños,
devuélveme la sombra de los reflejos míos
y guárdate el reflejo de las sombras sin dueño
(de *El espejo y su sombra,* 1985).

Federico Patán (1937) autor también de una novela de buen éxito, *Último exilio* (1986), reivindica para sus sentimientos otras raíces que no sean las del desarraigo:

A veces estoy triste porque te miro triste.
Tenemos mil tristezas que nos hacen mirarnos.
Y me acerco a tu cuerpo lentamente cautivo,
como se acerca el agua al color que la viste
(de *Del oscuro canto,* 1965).

III

EL TEATRO

El teatro es, sin duda, el género que más ha sufrido la contingencia del exilio: como dice José Monleón, se puede hablar «del exilio de los escenarios, que es tanto como decir del exilio del teatro» [1]. Sin duda, la ausencia de público provocó una ausencia de estímulo: poco se llegó a estrenar en el destierro y con escaso éxito. Si en el exilio los dramaturgos españoles no conocieron la censura política, sí conocieron el desdén del público que difícilmente podía interesarse por un teatro que, sobre todo en un principio, estaba tan impregnado de vivencias de los autores. Como ha reconocido Vicente Lloréns Castillo, «escribir para un público lejano y desconocido produce en muchos escritores un efecto desconcertante [...] Esta circunstancia, importante para cualquier escritor, afecta en mayor grado al dramático. Él es entre todos el más necesitado de un público cuya respuesta inmediata pueda percibir. El autor teatral no suele satisfacerse con la publicación de la obra; la escena es su fin natural, al mismo tiempo que piedra de toque» [2]. A este problema se pueden añadir otros: fueron muy pocos los que escribieron exclusivamente para el teatro, llegando a tener una producción variada y continua hasta crearse un público propio. Alberti, Salinas, Aub, Sender, Altolaguirre, fueron antes que nada novelistas o poetas y luego dramaturgos. No es casualidad, que los únicos nombres que escapan a esta

[1] José Monleón: «El exilio en el teatro de Max Aub», en *Primer Acto,* Madrid, 1980, n. 185; p. 47.

[2] Vicente Lloréns Castillo: *Liberales y románticos. Una emigración española,* Madrid, Castalia, 1979; p. 216.

catalogación son los de Alejandro Casona y, en parte, José Ricardo Morales, que obtuvieron gran éxito tanto en el exilio como en España.

A esta tesis, que suponemos válida, en sus líneas generales, para todo el continente hispanohablante (para la América anglófona sería naturalmente diferente, pero prácticamente ningún escritor español exiliado intentó estrenar en Estados Unidos) se opone Margarita Mendoza López que, al analizar el exilio español en México, afirma una continuidad ideal entre las tablas españolas y las mexicanas: «Los escenarios mexicanos eran continuación de los madrileños, no existía ninguna diferencia [...] uno de los requisitos que se exigía a quien en el país deseaba ser actor, es que debía saber "cortar el castellano", como se decía, o sea, pronunciar castizamente» [3]. Por supuesto, no podemos reducir todo el problema del teatro en el exilio a sutiles diferencias de lenguaje o de pronunciación; en cambio varios factores dificultan la representación de las obras de los exiliados: la falta de público directamente interesado en el tema, el atraso del ambiente teatral en toda América Latina, la no dedicación absoluta de los españoles a la dramaturgia y los problemas prácticos de cualquier representación escénica, o sea la necesidad de lazos con el mundo teatral y de posibilidades económicas que no siempre estaban al alcance de los españoles transterrados.

Para evaluar imparcialmente el teatro del exilio, es preciso tener en cuenta éstos y otros factores, que diferencian notablemente la práctica teatral en España de la del exilio y dificultan una confrontación objetiva. Entre Ricardo Doménech, que reconoce como único teatro español de posguerra el del exilio, y César Oliva, que afirma exactamente lo contrario (en los dos estudios más exhaustivos hasta la fecha [4]) es posible o, mejor, imprescindible, buscar una postura intermedia. Si al teatro del exilio aquejó, por lo menos hasta la década de los cincuenta, una carga demasiado fuerte de compromiso y la nostalgia de la España perdida, el del interior por su parte conoció la censura, el aislamiento y sufrió la influencia de la tradición burguesa realista de Benavente o la sainetística y popular de los Quintero y

[3] Margarita Mendoza López: «Teatro», en VV.AA.: *El exilio español en México, op. cit.;* pp. 634-6.

[4] Cfr.: Ricardo Doménech: *op. cit.;* p. 194 y César Oliva: *op. cit.;* p. 135.

Carlos Arniches. Por otra parte, como reconoce José Monleón, «esta escisión del teatro español —teatro del interior y teatro del exilio— no debe remitirse estrictamente al desenlace de la Guerra Civil, sino a una realidad sostenida muy anterior. El exilio congregó a una serie de escritores que aspiraban a un teatro distinto, como parte de la concepción de un país distinto. Escribieron, antes y durante el exilio, para un país posible, para una España potencial, asentada en estructuras económicas, en idearios y programas políticos diferentes a los que han caracterizado la historia moderna del país» [5] (lo que explica su escaso éxito en España, incluso antes de la Guerra Civil). Fueron, por lo tanto, exiliados del teatro español antes que de España, mientras que se quedaron los que estaban conforme con la situación española —teatral y no (como siempre, Alejandro Casona constituye un caso aparte).

En los años sesenta van desapareciendo casi del todo los caracteres más radicales de los teatros de las dos Españas que adquieren mayor libertad y flexibilidad. Si en los cuarenta todavía era fuerte la esperanza de los exiliados en un inmediato regreso, y por lo tanto tenía sentido un teatro político, pensando en la posibilidad de un estreno en tierra española, en los años cincuenta la guerra fría y la estabilización del régimen de Franco provocan la decepción, la búsqueda de temas americanos, el desempeño o el juego. Todo esto, claro está, con múltiples matices, ya que, como afirma Doménech, el único carácter que puede resumir la producción teatral del exilio es la «*diversidad* [...]: un teatro poético, que en sus mejores manifestaciones (así, Alberti), es feliz continuación de la tradición inmediata de Valle Inclán y Lorca; un teatro épico, realista y documental (Max Aub); un típico teatro de evasión, con algún hallazgo aislado en una línea neosimbolista (Casona); un teatro existencialista (Salinas); un teatro de vanguardia (Morales)...» [6].

Si la obra de los escritores exiliados raramente llegó al escenario, y por lo tanto condicionó muy poco el teatro hispanoamericano, mucho influyeron, en cambio, artistas, directores, técnicos españoles en la revitalización de todos los géneros de espectáculo, desde la

[5] José Monleón: «Teatro español: el segundo exilio», en VV.AA.: *El destierro español en América..., op. cit.*, p. 254.

[6] Ricardo Doménech: *op. cit.*, p. 244.

zarzuela al baile flamenco y el cante jondo, desde el drama a la comedia. No es posible, en esta exposición, seguir las huellas de cuantos exiliados participaron en el crecimiento de los teatros nacionales hispanoamericanos. Es suficiente recordar unos pocos nombres: Margarita Xirgu, quien en Chile, en Argentina y sobre todo en Uruguay (donde dirigió la Escuela de Arte Dramático y la Comedia Nacional en los años 50) interpretó obras capitales del teatro internacional y de los españoles expatriados (Alberti, Casona, Morales, etc.); Álvaro Custodio, crítico teatral y cinematográfico, autor de unas cuantas obras, se dedicó a la adaptación de obras teatrales, a la dirección de escena y fundó el Teatro Español de México en 1953, que representó con notable éxito *La Celestina, Don Juan Tenorio, La vida es sueño* y, entre las obras modernas, *La Manzana* de León Felipe y *Bodas de sangre* de García Lorca; siguiendo la línea emprendida durante la República, Álvaro Custodio y su Teatro Español de México llevan a pueblos y ciudades mexicanas obras clásicas y modernas. Sería interesante seguir las huellas de éstos y otros hombres de teatro pero, siendo este estudio un panorama de literatura, debemos ceñirnos al teatro como género literario y no como acto de representación.

Entre los mayores, Carlos Arniches y Jacinto Grau se autoexiliaron en Hispanoamérica ya durante la guerra. Ni la contienda ni el exilio modificaron la escritura dramática de Carlos Arniches (1866-1943), que se mantuvo en la misma área del sainete que le había dado la fama en las décadas precedentes. Estrena en Buenos Aires *El Padre Pitillo* (1937), *La fiera dormida* (1938) y *El tío miseria* (1938), en los que tampoco falta el tradicional desenlace feliz. Estas obras han sido repetidamente representadas también en la España franquista.

Jacinto Grau (1877-1958) viajó por Centroamérica antes de afincarse en Buenos Aires. En sus obras había reaccionado siempre contra el teatro acomodante, de corte comercial, falto de originalidad e inquietud, proponiendo un teatro de carácter poético y hasta filosófico, sin descuidar el enfoque político y social. Considerado un autor de minorías, había estrenado en España un importante elenco de títulos, entre ellos una serie sobre el mito de Don Juan y *El Señor de Pigmalión,* contemporáneo de *Sei personaggi in cerca d'autore* de Pirandello, inteligente juego teatral en el que entes de ficción (muñecos casi perfectos) se rebelan a su creador. En Buenos Aires, escribió *La*

casa del diablo (1942), *Destino* (1945), *Tabarín* (1947), *Las gafas de Don Telésforo* (1949), *Bibi Carabé* (1954) y *En el infierno se están mudando* (1958). En esta última su crítica al mundo teatral, falso y servil, se amplía al mundo entero: a la decepción hacia cualquier tipo de gobierno y de revolución, se sobrepone la confianza en una revolución ideal, intelectual y científica, capaz de crear al hombre nuevo junto a nuevas reglas de vida. Es una tesis antitética a la de *Las gafas de Don Telésforo* en la que sólo el regreso al juego, a la pureza de sentimientos y miradas, permite la salvación en un mundo mecánica y artificiosamente regido por principios racionales y científicos. Quizás la experiencia del exilio haya empujado a Grau hacia un teatro más comprometido. En todo caso, sus obras mejores son las de su primer período [7], cuando su teatro intelectual, que no se deja arrastrar y banalizar por lo contingente, se asoma a la vida y a la Historia desde la atalaya del pensamiento filosófico. Todas sus obras van precedidas por introducciones, indicaciones, comentarios del autor, confirmando una vez más la tendencia —común a muchos de los dramaturgos del exilio— hacia un teatro «escrito» y no «representado».

A pesar de ser conocido sobre todo como ensayista, crítico, polemista, «comentarista de la generación del 27», escritor de aforismos y poeta, es quizás el teatro el campo con el que con más continuidad y con más amor se ha identificado José Bergamín (1885-1983), sobre todo en los años del exilio americano, primero en México, luego en Venezuela y finalmente en Montevideo hasta su regreso a Europa —París— en 1954.

A lo largo de toda su vida Bergamín ha escrito teatro y sobre teatro. En la etapa del exilio uruguayo —1947-1954, la más estéril desde el punto de vista creativo— ha escrito, publicado y representado un número notable de obras teatrales. Él mismo ha confesado, «lo que sigo haciendo siempre son piezas de teatro. Me desahoga» [8].

[7] Gerardo Rodríguez Salcedo sitúa en el 1921 el año de división entre dos épocas del teatro de Grau: «Introducción al Teatro de Jacinto Grau», en *Papeles de Son Armadans*, 1966, n. 124; pp. 13-42.

[8] José Bergamín, carta citada por Gonzalo Penalva: *Tras las huellas de un fantasma*, Madrid, Turner, 1985; p. 177.

En su juventud, como sus compañeros de generación [9], había escrito obras de estilo e impostación vanguardista revelando ya un radicado sentido de la escena y una asimilación de los principios del distanciamiento, del juego y de la ironía, en definitiva, de la «deshumanización del arte». Obras de este período son *Tres escenas en ángulo recto* (1925), *La farsa de los filólogos* (1925), *Don Lindo de Almería* (1926, escenas de costumbres andaluzas), *Enemigo que huye* (1927, que recoge 4 *sketches, Coloquio espiritual del pelotari y sus demonios, Variaciones y fuga de un fantasma, Variaciones y fuga de una sombra, Las bodas de Puck*). Se trata de piezas breves, farsas surrealistas, donde prevalecen la ironía, la sutileza metafórica y el juego verbal. Detrás de todo ello puede verse la que será una característica de toda su obra, no sólo teatral: una aparente contradicción entre la ligereza del lenguaje, la aparente desenvoltura y desempeño de la palabra, por un lado, y la seriedad y gravedad de su pensamiento por otro. Define bien este teatro Nigel Dennis, al hablar de autor «tragicómico por excelencia, en el sentido de que siempre ha tenido a mezclar [...] lo trágico y lo cómico, lo grave y lo ligero» [10]. No conocemos sus obras de los años treinta —ya que se han perdido— sólo tenemos títulos [11] y algunas noticias sobre *El Triunfo de las Germanías,* escrita en colaboración con Manuel Altolaguirre para las Guerrillas del Teatro utilizando versos de Lope y Cervantes.

En el exilio siguen conviviendo posturas opuestas (lo trágico y lo cómico, lo culto y lo popular, etc.), a veces asimilándose recíprocamente, como en la mejor tradición barroca, otras luchando entre sí en la misma obra. Recién llegado a México, es todavía el recuerdo de España y de su lucha fratricida el elemento que se impone en *La hija de Dios* (en prosa) y *La niña guerrillera* (en prosa y verso), las dos publicadas en México en 1945, ejemplo de aquel «teatro de circunstancias» nacido en la guerra y que se prolonga en los primeros años del exilio. Los arquetipos de las dos obras son evidentes y declarados: de la primera es la Hécuba de Eurípides, de la segunda el romance popular Don Martinos. Bergamín sigue el hilo trazado por *El*

[9] Lo incluyo sin duda alguna en la generación del 27 por una evidente convergencia vital y artística en los años formativos de la generación.

[10] Nigel Dennis: «José Bergamín y su conciencia escamoteada», en *Primer Acto,* 1974, n. 170-1; p. 10.

[11] Cfr.: «José Bergamín. Un teatro peregrino», en *Cuadernos el Público,* 1989, n. 39; p. 71.

Triunfo de las Germanías: utilizar material ya conocido y asimilado por el espectador-lector para dar valor simbólico universal a sus personajes, y desaparecer él mismo como autor, insertándose en la tradición popular española, anónima y analfabeta. La necesidad —y la inutilidad— del sacrificio individual para rescatar la historia de España es el tema conductor de las dos obras, pero mientras que, en *La hija de Dios,* la motivación política y el modelo clásico —se trata casi de una paráfrasis con pequeños cambios actualizantes— parecen sofocar la obra, en *La niña guerrillera* el aporte poético y dramático de Bergamín es determinante, dejando sólo como telón de fondo la anécdota del romance. El valor simbólico de este personaje está claramente definido por el autor:

> Muere la niña como nació: humildísima florecilla de los campos, muere sin nombre, o con un solo nombre: el de España. Muere pueblo español [12].

Pero este simbolismo, que podría parecer maniqueo y simplista, se va construyendo paulatinamente a lo largo de la obra: el personaje crece y conquista esa condición de símbolo sólo en el momento de la muerte, lo que confiere *pathos* y climax a la obra. Además, la versificación, muy variada pero siempre de tradición popular, y el lenguaje llano y sencillo hacen de esta obra un ejemplo claro del «popularismo culto» de Bergamín, que consiste en la inserción en la tradición popular española de un estilo elegante, de juegos verbales, de alusiones intertextuales: «atención a lo popular y, al mismo tiempo [...] posición culta desde la cual se le dignifica y ennoblece» [13]. Contemporáneamente a estas pruebas de teatro popular, Bergamín publica en 1944 una obra diversísima respecto a las ya citadas en lo que se refiere a la estructura y a la intención, *La muerte burlada (tanto tienes cuanto esperas y el cielo padece fuerza),* un delicado monólogo de Santa Catalina de Siena en comunión —que a veces se desliza hacia el diálogo— con Dios. Casi no hay acción, pero la arquitectura clásica de los misterios, la dulzura y conmoción de la palabra poética de

[12] José Bergamín: «Nota liminar» a *La hija de Dios y La niña guerrillera,* México, 1945, ahora en la edición de Madrid, Hispamerca, 1978; p. 229.

[13] Pedro Salinas: «Bergamín en aforismos», en *Literatura española siglo XX,* Madrid, Alianza, 1970; p. 163.

Bergamín así como la lucha interior del hombre con su propia alma atraen al lector y lo llevan a la catarsis final.

Los siguientes son años difíciles para Bergamín, que había sido gran organizador cultural en los primeros años del exilio, dirigiendo, entre otras cosas, la revista *España Peregrina* y la Editorial Séneca. Pero, ahora, la insurgencia de las primeras fracturas en el frente antifranquista y la desilusión por el nuevo arreglo político mundial, la muerte de su mujer, etc., provocan en él la necesidad de alejarse del mundillo efervescente de los españoles exiliados que era México, trasladándose a Caracas y luego a Montevideo, donde publica sus obras teatrales más significativas (*Medea la Encantadora,* 1954, *Melusina y el espejo o Una mujer con tres almas o Por qué tiene cuernos el diablo,* 1952) y donde consigue estrenar *La niña guerrillera* y *Medea* [14]. En 1949 había publicado también algunas escenas de *Adónde iré que no tiemble,* en realidad poco interesantes, en la línea histórico-popular de *La hija de Dios* y *La niña guerrillera* [15].

Melusina y el espejo es una obra de máscaras, casi un ballet, irrepresentable debido al frenético movimiento en el primer acto y a las pausadas escenas en los demás, a las largas tiradas conceptistas y a su malabarismo vortiginoso que necesitan lentas y repetidas lecturas, y no la declamación dramática. Con todo eso, es una obra magistral, con connotaciones al mismo tiempo cultas y populares, que une a la brillantez de la acción dramática (basada en el enmascaramiento y en la metamorfosis) un lenguaje ora barroco, en sonetos perfectos y décimas musicales, ora popular, basado en la repetición y en la asonancia. *Melusina* ejemplifica de la forma más evidente posible la concepción antinaturalista que Bergamín tiene del teatro, puro artificio, a veces lúdico a veces trágico, no mímesis que se traiciona a sí misma sustituyéndose a la realidad. Recordar siempre al espectador —y al lector, ya que afirma que sus obras son sobre todo «teatro para leer»— que se trata de un juego: como escribe José Monleón,

[14] En 1980, con ocasión de un homenaje que se le tributó en el Teatro María Guerrero de Madrid, se representaron el primer acto de *Melusina* y *Medea,* interpretadas por Dahd Sfeir, la misma actriz que había estrenado en Montevideo *Medea* y a la cual Bergamín había dedicado la obra («A Dahd Sfeir, que encantó de vida y de esperanza el fantasma de esa Medea»). En 1984, en el Ciclo del Teatro Español de México, Alonso de Santos dirigió la puesta en escena de *La niña guerrillera.*

[15] Citada erróneamente entre las obras acabadas de Bergamín, no se conocen de ella sino algunas escenas publicadas en *Marcha* de Montevideo (1949) y *Revista de Guatemala* (1951).

«su mundo es deliberadamente intelectual, su principio es el juego, su ley la ironía, su filosofía la convicción de que sólo la máscara, la convención, pueden llegar a generar la vida» [16]. Es, como afirma Ricardo Doménech, «una creación dramática verdaderamente singular, infrecuente, con todos sus elementos barrocos, religiosos, ceremoniales y poéticos» [17].

Diferente es *Medea la Encantadora,* única obra de Bergamín repetidamente representada (Montevideo, París, Barcelona, La Habana, Madrid). Partiendo de las Medeas de Eurípides y de Séneca, Bergamín activa un doble mecanismo, aparentemente contradictorio: por un lado, actualiza el personaje, ambientando la acción en una Andalucía de luces y colores, con el coro acompañado por las castañuelas; por otro, diviniza a Medea, despojándola de toda atribución humana en oposición a su humanísima deuteragonista, Creusa, cuya presencia en la escena constituye una novedad con respecto a los modelos clásicos. La deshumanización de Medea es seguramente un recurso buscado por el autor para evitar la catarsis final y seguir su proyecto de teatro total, donde no sea posible el ensimismamiento, como afirma en *Acotaciones a Medea*:

> El teatro no habla más que un solo lenguaje enteramente intelegible: el de la máscara [...] El teatro dice la verdad hasta cuando miente [...] El teatro no realiza nada: lo irrealiza todo [18].

Afirmaciones categóricas, insertadas en un discurso orgánico, que retoman otras consideraciones suyas diseminadas en los ensayos sobre el teatro barroco o a propósito de la misma *Medea*: el teatro, como pura ficción, se afirma en la máscara, y sólo en la máscara se realiza («lo irrealiza todo»). El sentido trágico del juego, del enmascaramiento, del choque agónico entre amor y muerte, entre vida y sueño, entre aparencia y sustancia —«la mejor máscara es el rostro», decía Nietzsche y repetía Bergamín— propio del teatro barroco, está presente en todo escrito bergaminiano, sea crítico que creativo,

[16] José Monleón: «Introducción al teatro de José Bergamín», en *Primer Acto,* 1980, n. 184; p. 29.

[17] Ricardo Doménech: *op. cit.;* p. 227.

[18] José Bergamín: «Acotaciones a Medea», en *Marcha,* 12 de abril de 1954, n. 714; p. 71.

incluso cuando se reviste «de juego gracioso, de juego de palabras en que va envuelto todo el trágico juego humano» [19].

En 1954, Bergamín regresa a Europa, ya no puede resistir en «nuestros campos de dispersión americanos» [20]. Quiero recordar que siguió escribiendo para el teatro (*Los tejados de Madrid o El amor anduvo a gatas, La cama, tumba del sueño o El dormitorio, La sangre de Antígona* [21]) pero sin llegar a la fuerza dramática de *Medea* ni a la invención poética de *Melusina.* Vuelve al juego fantástico de sus obras de anteguerra: ambientación moderna y estilizada, personajes enmascarados, diálogo veloz, sin acción, con una nota de modernidad que inscribe estas obras en el teatro del absurdo, de la incomunicabilidad que parece cortar y aniquilar su proverbial riqueza lingüística.

No podemos dejar de mencionar, hablando del teatro de Bergamín, su aproximación crítica a la tradición teatral española, especialmente del Siglo de Oro. La suya es una crítica creativa, desde dentro, que asimila e incorpora citas y pensamientos ajenos, sin solución de continuidad. También en la escritura crítica, detrás de la brillantez expresiva, de sus juegos verbales, de su barroquismo —culturalista y conceptista a la vez—, de su elasticidad y ligereza, de su agónico desplazarse entre vida y muerte, vigilia y sueño, arte culto y arte popular, se puede percibir siempre la unidad de fondo, la coherencia profunda y sufrida de su pensamiento, cuya comprensión pide al lector un acto de fe, una voluntad y una pureza analfabeta, no un riguroso examen crítico. Como escribe Ramón Gaya, sus ensayos «no son nunca investigación ni análisis, ni crítica de lo poético, sino ellos mismos creación poética completa; no son un razonado comentario suyo a tal o cual obra de otro, sino irrazonada, inspirada obra propia» [22]. Entre los ensayos teatrales publicados en el exilio americano podemos recordar *Moralidad y misterio de Don Juan, Rojas mensajero del infierno, Fronteras infernales de la poesía,* etc.

[19] Pedro Salinas: «José Bergamín en aforismos», *op. cit.;* p. 161.

[20] Carta a Max Aub, fechada Montevideo, 6-11-1953 (Archivo Biblioteca Max Aub, Segorbe).

[21] Guillermo Heras cuenta veintitrés piezas de teatro escritas por Bergamín («Entre sombras y fantasmas», en *Primer Acto,* 1989, n. 228; p. 116).

[22] Ramón Gaya: «Epílogo para un libro de José Bergamín», en *Litoral,* num. extr. dedicado a José Bergamín, 1973, n. 37-40; p. 212.

Para no fragmentar su perfil de «acrobatica coerenza» [23], podemos recordar aquí su poesía en el exilio americano, en realidad muy escasa ya que tomará vigor sólo a su regreso a Francia, donde publicó su primera colección (*Rimas y sonetos rezagados,* con fecha París 1956-58). Es posible trazar un paralelo entre su poesía y su teatro, ya que en los dos a los ritmos y versificaciones populares (el romance en *La niña guerrillera* y las breves estrofas musicales, casi refranes populares, de *Medea*), se alternan estructuras clásicas y barrocas (el soneto y la décima en *Melusina*). Como única muestra de la poesía de Bergamín publicada en los años 1939 al 1954, podemos mencionar *La rama viva,* tres sonetos clásicos, luminosos en los que revolotea el tema barroco de la caducidad de la vida y de la naturaleza. A pesar de que no sean la métrica y el sentimiento popular los que inspiren estos versos, sino formas y temas cultos, la palabra poética se mantiene lejos del barroco conceptista y exhuberante de su prosa. Una característica de toda su obra poética sucesiva será, justamente, la extrema transparencia, linealidad, musicalidad del ritmo y de la palabra, que revelan el eco profundo de la poesía popular española pero que ocultan siempre, como en este caso, la misma profundidad de pensamiento y los mismos temas existenciales presentes en la prosa barroca de sus ensayos.

En su segundo exilio en Montevideo (1963-64) termina *Del otoño y los mirlos,* libro de poesía clásica y esencial.

Entre los autores exiliados el que más estrenó en el exilio así como el que mayor éxito había cosechado en España —excluyendo a Alejandro Casona quien, como veremos, constituye un caso singular— fue, sin duda, Rafael Alberti. De hecho, en 1930 había representado en España el auto sacramental *El hombre deshabitado* y más tarde, durante la República, el romance de ciego *Fermín Galán* y el drama *De un momento a otro,* obras, sobre todo las dos primeras, de búsqueda y de claro intento de ruptura y de experimentación, pero también de fuerte impacto emotivo y político. Tampoco la guerra interrumpió su dedicación a la escena: únicamente provocó en Alberti —así como en la mayoría de los escritores— un cambio de rumbo dirigiendo su obra hacia derroteros más definidos y radicales, es de-

[23] Giorgio Agamben: «Introducción» a José Bergamín, *La decadenza dell'analfabetismo,* Milán, Rusconi, 1972; p. 9.

cir, hacia un teatro popular y al mismo tiempo político. A este teatro se le ha adjudicado una serie de epítetos: «teatro de circunstancias», «de agitación», «de guerra» o «de urgencia»; definirlo no es tarea simple, ya que cada autor obedeció de forma peculiar a las necesidades del momento. Todas las piezas que se suelen incluir en este marco tienen como rasgos comunes, por lo general, la brevedad, el lenguaje llano (si se usa el verso, se utilizan preferentemente el romance y otras versificaciones de la tradición oral), temas que subrayan la resistencia popular, la voluntad de lucha y de libertad, aunque no siempre referidos al presente, ya que se recurre, a menudo, a episodios tradicionales de la Edad Media y del Siglo de Oro, reubicándolos o adaptándolos a la situación del momento. A ese tipo de teatro pertenecen las obras de Alberti *Radio Sevilla, Los salvadores de España* y *Los miedosos valientes.* Por otro lado, el poeta gaditano cuidó la puesta en escena de obras del Siglo de Oro y se dedicó a dirigir la organización de las Guerrillas del Teatro junto con su compañera María Teresa León. Todas estas primeras obras se sitúan en el cruce entre inspiración poética y aliento dramático, sin alcanzar todavía un justo equilibrio, que se veía dificultado, entre otras causas, por la urgencia de las circunstancias. En el exilio, en cambio, Alberti logra escribir obras maestras que se nos presentan como la natural evolución y depuración de los intentos e ingredientes precedentes. Muchas de sus obras son más «teatro para leer» y, casi, «para imaginar», que para las tablas. La prevalencia de lo poético y la experimentación escenográfica han dificultado, sin duda, la puesta en escena de su primera obra en el exilio, *El trébol florido* (1940), tragicomedia en tres actos en verso y prosa (sólo estrenada en Francia en 1964), en la que se transparenta la afición de Alberti a lo plástico y a lo pictórico, tanto en las acotaciones para la escenografía (desde lo alto de la colina se deben ver el molino de Sileno y la casa de Umbrosa) como en determinadas escenas, como la de la fiesta de la botadura del barco de Alción con la quema del toro de paja. Esta obra puede leerse como un himno y una condena a la España arcaica, ritual y pasional, en la que lo dionisíaco y lo festivo no pueden sino mancharse de sangre y de luto, en una continua lucha de elementos antagónicos: tierra y mar, mito y realidad, amor y odio. También en *La Gallarda* (1944), «tragedia de vaqueros y toros bravos», totalmente en verso y nunca estrenada, está presente una visión nostálgica de la

España perdida, ancestral y mítica en la que —como en los dramas de Lorca— la tragedia está al acecho y para nada sirven ritos de hechicería y dilaciones. También en esta obra, a pesar del número limitado de personajes y de la esencialidad de los acontecimientos, las dificultades para la representación tuvieron que parecer insalvables sobre todo en el ambiente teatral hispanoamericano todavía lejano de cualquier experimentalismo: la presencia de tormentas y relámpagos, el cambio de clima y de tiempo en la misma escena, la carga altamente simbólica de los personajes y de las situaciones, que difícilmente podían transladarse a la escena. Gallarda y el toro Resplandores, que nunca aparece en el escenario, son los protagonis- tas del drama en el que el mito y la tradición (la deificación del toro criado por una mujer [24]) se conjugan en una obra de altísimo ritmo dramático y denso sentido simbólico. Contemporánea de *La Gallarda* es *El adefesio,* «fábula del amor y las viejas» en tres actos en prosa y verso, estrenada por Margarita Xirgu en el mismo año y puesta en escena repetidamente, a partir del 1966, en Italia, Francia y España (con María Casares en el papel de Gorgo). Con respecto a las dos obras anteriormente mencionadas, ésta se caracteriza por una mayor dramaticidad y una evidente atención hacia su posible representación: el escenario único (la sala, la azotea y el jardín de la casa de Gorgo), el ambiente fácilmente recreable en un teatro (con colores fuertes diferentes para cada situación), un neto antagonismo melodramático entre el poder y la brutalidad por un lado (Gorgo, sus comadres Uva y Aulaga, Bión), la sumisión y el amor por otro (Altea y Cástor). A la nostalgia de una España arcaica e inmóvil, propensa a perpetuar ritos despojados de sus sentidos primitivos, se ha sustituido la escritura paródica y todos los ingredientes de la tragedia clásica son desfigurados por la deformación grotesca, imperante cuando en la escena están Gorgo y sus cómplices (por ejemplo en la escena inicial en que Gorgo, para imponer su papel de poder único e indiscutible, se pone las barbas de su hermano difunto Don Dino). No se pueden evitar, con respecto a esta obra de Alberti, dos posibles comparaciones que configuran el teatro del poeta gaditano como el más directo continuador de la dramaturgia nueva del siglo XX español en alter-

[24] Robert Marrast recuerda la existencia de un romance de Ávila sobre el mismo tema, en *Aspects du Théâtre de Rafael Alberti,* París, Société d'Edition d'Enseignement Supérieur, 1967; pp. 132-133.

nativa con la tradición burguesa de Benavente: con el teatro de Valle-Inclán, por el expresionismo esperpéntico de sus figuras grotescas, y con el de García Lorca por el apego a la tradición rural andaluza y por el sentimiento de fatalidad frente a la tragedia que amenaza una sociedad campesina. *El Adefesio* constituye un seguro adelanto en la trayectoria teatral de Alberti: el simbolismo y el lirismo que estorbaban la acción dramática de *El trébol florido* y *La Gallarda* ahora están totalmente subyugados a las exigencias teatrales; finalmente Alberti «opera con los símbolos como dramaturgo y no como poeta lírico» [25]. Lo dramático, como provocador de *pathos* y como representación de una acción que se desarrolla expresando una contradicción insanable, antes ahogado por el elemento lírico y por la carga simbólica, ahora se impone con resultados excelentes. Estas obras serían ya suficientes para considerar a Rafael Alberti como el más digno representante de una escritura dramática que, revitalizando mitos y temas, sin descuidar la tradición teatral que desde el Siglo de Oro llega hasta Lorca, se aventura por nuevos derroteros en la búsqueda de una estructura dramática que ate y satisfaga sus inquietudes poéticas, dramáticas, plástico-pictóricas y civiles. La obra cumbre que casi milagrosamente parece asimilar estos distintos intereses del autor es, sin duda, *Noche de guerra en el Museo del Prado* (1956), «aguafuerte en un prólogo y en un acto», en verso y prosa (estrenada en 1973 en Italia y luego en Francia y España) en la que, a pesar de una fuerte carga emotiva y política, y de la ausencia casi absoluta de acción dramática en sentido riguroso, se alcanza un nivel de calidad escénica quizás insuperado en el teatro español de la posguerra. Como nota César Oliva, se trata de «teatro de un poeta pintor» [26] en el que cada retablo-escena tiene un sentido autónomo que se complementa con los otros en el marco de la Guerra Civil, adquiriendo sentido universal. A ello seguramente contribuye también el prólogo en el que el autor comenta la situación política y las características de los cuadros, mientras se proyectan las diapositivas de las obras que van a ser trasladadas al sótano del Museo para salvarlas de los bombardeos del Madrid de una noche de noviembre de

[25] Francisco Ruiz Ramón: *Historia del Teatro Español Siglo XX*, Madrid, Cátedra, 1980; p. 222.

[26] César Oliva: *op. cit.*; p. 164.

1936. En el extenso acto único, el autor desaparece y su papel —mantener una estrecha relación entre la vida de los cuadros en el Prado y la vida en el Madrid cercado— viene asumido por dos milicianos. Contemporáneamente se animan figuras y situaciones de las pinturas de Rubens, Velázquez, Goya con una escenografía muy rica y variada que utiliza los más diversos recursos —luces, sonidos, cambios repentinos, pantalla donde se proyectan los cuadros— acompañando magníficamente la palabra, ora poética, barroca o popular según las necesidades, ora prosaica, fuertemente expresiva y, a veces, grotesca. Versos de Machado y de Quevedo, romances y otras composiciones populares contribuyen a la gran variedad estilística de la obra. De este modo *Noche de guerra en el Museo del Prado* se convierte en un gran fresco popular, de hondo sentido político —máxima expresión artística de los ingredientes que habíamos indicado como basilares en el teatro de la guerra— exorcizando la circunstancia trágica con la representación de una gran fiesta popular, en un marco antirrealista que mantiene lazos muy estrechos con la realidad más inmediata, presente siempre como transfondo. Protagonista de la lucha y de la fiesta es el pueblo, entidad superhistórica: los personajes de la lucha antinapoleónica inmortalizados por Goya siguen defendiendo una Madrid sitiada por las tropas de Franco. De esta manera el mensaje político se diluye en un acontecer histórico repetido del que Goya se impone como máximo intérprete y Alberti como su digno epígono: el destino de España estaba en manos, entonces como ahora, de la heroica virtud de su pueblo. No es inútil subrayar, una vez más, cómo en esta «aguafuerte» de Alberti culminan todos los elementos ya presentes en sus primeras obras: desde el tema político a los juegos intertextuales entre teatro culto y popular, fundiendo magníficamente los diferentes campos del arte en los que Alberti sobresale, la poesía, la pintura y el drama. Para concluir, recordemos por un lado la versión teatral de *La lozana andaluza* de Francisco Delicado (1963) en un prólogo y tres actos, en prosa y verso; por otro, una nueva versión de la *Numancia* (la primera la había hecho para una representación en el Madrid cercado), estrenada en Montevideo por Margarita Xirgu.

Como la de Alberti, también la trayectoria dramática de Max Aub empieza en los años 20 y parece concentrar todas sus energías intelectuales. Lo revela el propio Aub al hablar de sí mismo:

> En realidad soy hombre de teatro y no novelista [...] Desde el principio quise escribir y dirigir teatro, o sea, hacer teatro de verdad. Quería ser un revolucionario del teatro, hacer lo que hacían en poesía mis compañeros de generación. Pero fracasé [27].

Así (por los motivos generales que hemos individuado anteriormente), «Max, como exiliado del teatro, empieza a escribir para un público que no existe, para unos actores que no lo representan, para unos escenarios que sólo se alzan en su imaginación» [28]. Las guerras y el exilio serán los factores decisivos no sólo en la temática sino también en la elección del género de expresión. Aub había empezado con obras atribuibles al área genérica de las vanguardias, pero ya con una clara predisposición hacia atmósferas populares que se acercan a la farsa. Entre los textos con un sello vanguardista más marcado (teatro del absurdo *ante litteram,* de la incomunicabilidad y de la relatividad), podemos recordar *Narciso* (1927) y *Una botella* (1924); entre las de la segunda tendencia, *El desconfiado prodigioso* (1924) y *Espejo de avaricia* (1931). En los últimos años de la República, al tono jocoso o farsesco se va sobreponiendo un decidido compromiso político y cultural que se radicalizará durante la guerra manifestándose tanto en la actividad organizativa (director de *El Búho* de la Federación Universitaria Española de Valencia, del Teatro de Guerrillas, del periódico socialista *Verdad,* secretario general del Consejo Nacional de Teatro, etc.) como en la de autor de piezas breves en las que —sin caer nunca en el panfleto y en lo popular en sentido peyorativo— se enfrenta con los grandes problemas del momento: *El agua que no es del cielo,* representada al aire libre, *Las dos hermanas* (diálogo entre la UGT y la CNT en busca de una acción común), *Juan ríe, Juan llora* (el optimismo y el pesimismo frente a frente con sus buenas razones), *Pedro López García* (donde actúan los símbolos mismos de la lucha republicana, Madre, Soldado, Mujer, El del olé etc.). Teatro simbolista, como se ve, pero de un simbolismo sencillo e inmediato, buen ejemplo de «teatro de urgencia» con el intento, plenamente logrado —por ejemplo en *Pedro López García*— de superación de lo contingente y el deseo de expresar significados universales. Pero es en el

[27] *Diálogos con Max Aub,* citado por Silvia Monti: *Sala d'attesa. Il teatro incompiuto di Max Aub,* Roma, Bulzoni, 1992; p. 11.

[28] José Monleón: «El exilio en el teatro de Max Aub», en *Primer Acto,* 1980, n. 185; p. 47.

teatro del exilio donde Aub consigue niveles de alta calidad literaria y fuerte dramatismo, manteniendo una *«pressocché totale fedeltà a pochi temi»* a pesar de una enorme *«varietà stilistica della sua produzione»* [29]. Es un conjunto de unas cincuenta obras —todas en prosa— para las cuales se han hecho diversas propuestas de clasificación: desde la temática (Ricardo Velilla) a la relacionada con la extensión (Ricardo Doménech) pasando por la mixta estructural-temática que indica el mismo autor [30] (Teatro primero, Teatro de circunstancias, Teatro Mayor, Tres monólogos y uno solo verdadero, Los transterrados, Teatro de la España de Franco, Las vueltas, Teatro policíaco, Teatrillo, Diversiones). Quizás se ajuste más a la intención de este trabajo individuar algunas constantes en las obras del exilio, para analizar luego sólo las más significativas, independientemente del tamaño, del tema y de la estructura dramática. Como reconoce Dario Puccini, después del teatro de vanguardia y el de urgencia (que abarca también los primeros años de exilio), se puede hablar de teatro del «desengaño»: *«Naufragata la speranza di una soluzione del problema spagnolo e di un possibile ritorno, tra gli esiliati si fa strada la delusione, l'amarezza e il più crudo pessimismo. E' giunta l'ora vera del* destierro y del desarraigo» [31]. Éste parece ser el eje temático de buena parte de su obra dramática, ya se trate del drama del republicano español derrotado, ya del europeo de la Segunda Guerra Mundial, ya del judío, símbolo de toda persecución y víctima de la falta de amor. Come escribe Ricardo Velilla, «desde su propia tragedia personal de "transterrado", Max Aub alcanza a asomarse con horror a la tragedia de toda la humanidad abocada a la guerra, a la injusticia, al odio, a la deshumanización envilecedera, a la segregación radical. Desde esta apocalíptica locura humana, Max Aub lanza sus más conseguidas obras dramáticas, verdaderos alegatos en pro de la dignidad del hombre, de todos los hombres» [32]. En la gran variedad de soluciones propuestas por el autor, podemos destacar como fundamentales y recurrentes un sólido montaje realista, sin casi aventuras

[29] Silvia Monti: *op. cit.;* pp. 16-7.

[30] Cfr.: Ricardo Velilla: *La literatura del exilio a partir de 1939,* Madrid, Cincel, 1981; Ricardo Doménech: *op. cit.,* Max Aub: *Teatro completo,* México, Aguilar, 1968.

[31] Dario Puccini: «Le tre esperienze centrali del teatro di Max Aub: avanguardia, guerre ed esilio», en *Il segno del presente,* Edizioni dell'Orso, Turín, 1992; pp. 130-1.

[32] Ricardo Velilla: *op. cit.;* p. 61.

vanguardistas y experimentales, de gran efecto dramático; un perfecto uso de las posibilidades escenográficas (iluminaciones, diferentes planos de actuación en una misma escena, movimientos del telón de fondo, etc.), y el elemento que César Oliva llama «épico y documental» [33], conseguido principalmente gracias a una perfecta síntesis entre el papel individual y la carga épica y colectiva de los personajes. A veces, la presencia del «teatro en el teatro» rompe el montaje realista. Max Aub consigue este efecto de diferentes maneras: irrupción en la escena de personal del teatro (tramoyistas que interrumpen la acción teatral en *De algún tiempo a esta parte,* 1944, o que hablan con los personajes en *Los muertos,* 1949), actores que discuten sobre otros desenlaces posibles, o de la «verdad» de los hechos representados (*Los guerrilleros,* 1949), etc. recobrando por un momento el «distanciamiento» brechtiano aparentemente incompatible con la estructura realista y con la participación del lector-espectador en el *pathos* de la obra. Otras soluciones innovativas las encontramos en *Comedia que no acaba* (1947), en la que no hay un final clásico, sino una serie de posibilidades y en *Así fue* (1955) en donde la acción, en 8 cuadros, evoluciona al revés, empezando por la muerte de Rodolfo Nájera.

En general, Max Aub respeta las necesidades de la escena y escribe para estrenar, lo que hace más cuestionable el problema de la escasa presencia de sus obras en los teatros tanto hispanoamericanos como españoles: «Ni pensada ni escrita esta obra para leída, hecha para la escena, viene a ahogarse en el libro» [34], escribía en 1928.

Son pocas las obras que presentan dificultad para la representación, sin llegar nunca a la imposibilidad de llevarla a cabo: «lo desmesurado del tema» [35], los muchísimos personajes (62), las dos partes divididas cada una en tres actos y los múltiples decorados de *Morir por cerrar los ojos* (1944), elaboración dramática de *Campo Francés,* o, en el polo opuesto, algunos monólogos que no siempre son lo suficiente dramáticos como para sostener el peso de la escena.

Muchas de sus obras merecerían un análisis pormenorizado, tanto dentro del «Teatro Mayor» (etiqueta dada por el mismo Aub)

[33] César Oliva: *op. cit.;* p. 152.
[34] Max Aub: *Prólogo a Narciso,* 1928, citado por Silvia Monti: *op. cit.;* p. 10.
[35] Max Aub: *Teatro Completo, op. cit.;* p. 469.

como entre las piezas breves. *San Juan,* tragedia en tres actos del 1942, se indica a menudo como su mejor texto teatral. Sin duda, se puede afirmar que es el más representativo, el que encierra en mayor medida las características indicadas como pilares basilares en su obra dramática: diálogos rápidos que, a menudo, se extienden en largas tiradas (Abraham y Carlos Bernheim reflexionan sobre su propia condición que es a la vez la condición de la humanidad a la deriva en 1942), realismo y simbolismo fuertemente entremezclados, originalidad y esencialidad en los planteamientos escénicos, episodios aparentemente independientes que cobran nuevo sentido en las interconexiones recíprocas (este efecto está favorecido por la escenografía, basada en el corte vertical, de babor a estribor, del barco, en cuyos diferentes niveles y espacios actúan los personajes, a menudo trasladándose de un lugar a otro con el intento también de evidenciar dichas interconexiones). Un buen número de personajes se mueven sin pausa y hablan animadamente, casi en oposición a la inmovilidad del barco en el que se encuentran casi 600 judíos, dando vueltas al Mediterráneo sin que ninguna nación los acepte, hasta que se hunde. Es un microcosmos, con sus odios (Carlos y Efraím), sus amores (Raquel y Efraím), sus ideologías (Leva), papeles sociales (Bernheim), muertes y nacimientos. A pesar de la fuerte connotación de los personajes y de la historicidad de la situación, como escribió Enrique Díez Canedo, «es la tragedia de todos, en que cada cual, sea la que fuere su religión y su raza, puede reconocerse en nuestros días [...] *San Juan* es la imagen de nuestro mundo a la deriva, condenado sin apelación y abatido sin esperanza» [36].

El exilio, el fascismo, la Segunda Guerra Mundial protagonizan muchas de las obras de Max Aub pero superando el momento testimonial y llegando a representar el destino de la humanidad entera al tiempo que ponen al desnudo un ánimo pesimista y agobiado por la nostalgia de la patria y de tiempos más humanos. Destacamos *De algún tiempo a esta parte* (un monólogo con el brillante invento de cambiar repentinamente la escena, la morada de una judía vienesa en 1938, de un rico salón a una mísera buhardilla), *Morir por cerrar los ojos, El rapto de Europa* (1943, donde alberga quizás todavía una briz-

[36] Enrique Díez Canedo: *Prólogo* del 1943 a Max Aub, *San Juan,* reproducido en la edición Anthropos, Barcelona, 1992; p. 26.

na de fe en la conducta humana todavía capaz de acciones humanitarias). Lo que interesa a Max Aub no son tanto los actos de violencia y de egoísmo, sino sus consecuencias en los seres humanos. Lo vemos en *Las vueltas* y en *Los transterrados,* dos series de actos únicos dispuestos bajo el mismo título por la semejanza del tema y de la estructura. En los primeros (del 47, 60 y 64) se dramatiza el regreso al hogar de tres republicanos, representando situaciones comunes en sus líneas generales a la gran masa de exiliados y al mismo Aub, como la imposibilidad de recobrar el tiempo perdido y la divaricación que han sufrido las dos Españas. En estas piezas, Aub reconoce también las dificultades y horrores de aquel exilio interior menos evidente pero no menos sufrido: en la tercera *Vuelta,* Mariano afirma: «No sabrás nunca lo que fue esto, de 1940 a 1950 [...] Desterrados no lo erais vosotros, desterrados nosotros». No menos trágicas son las situaciones que se desarrollan en las cuatro piezas de *Los transterrados* (*A la deriva, El puerto, Tránsito, El último piso,* 1943-44), escritos «de urgencia», cuando el transtierro es todavía un hecho vivo, reciente y todas las consecuencias son posibles e inventables. Las difíciles condiciones de vida en el exilio, la nostalgia, la falta de perspectivas, la inseguridad, la desconfianza, anulan cualquier intento de normalización y complican las relaciones humanas.

Las piezas breves de Aub (podemos aún mencionar *Los muertos, Otros muertos, La cárcel, Comedia que no acaba, Tres monólogos y uno sólo verdadero,* etc.) a veces en forma de monólogo, más a menudo en la de diálogo, representan una parte muy característica y válida de toda la producción aubiana y, con respecto a las obras más largas, poseen una mayor agilidad y rigor estilístico, una gran concentración en la situación representada. Si a esto agregamos, como precozmente había notado Pérez Minik, que en la literatura española no había tradición de obras en un acto y por lo tanto «tendríamos que regresar a nuestras formas primitivas para hallarle su parentesco» [37], podemos reconocer a Max Aub el mérito de haber creado un nuevo género y contemporáneamente haberlo llevado a la madurez.

Para terminar, recordemos también su actividad cinematográfica, iniciada como colaborador de Malraux en *La sierra de Teruel* y

[37] Domingo Pérez Minik: *Teatro Europeo Contemporáneo,* Madrid, Guadarrama, 1961; p. 503.

proseguida en México como autor, coautor, director y traductor de más de cincuenta guiones. Fue también colaborador de Buñuel y profesor de Teoría y Técnica Cinematográfica en México hasta 1971.

Un caso peculiar con respecto a los demás dramaturgos del exilio lo constituye Alejandro Casona (seudónimo de Alejandro Rodríguez Álvarez, 1903-1965): su obra teatral, en la línea de la tradición de Benavente, lejos de todo experimentalismo o popularismo, había obtenido éxito y reconocimientos oficiales ya antes de la Guerra Civil. Escritor de teatro por excelencia, no se dejó atraer por otros derroteros, viendo premiada su fidelidad absoluta con el éxito continuo, tanto en América como en España, antes y después de su regreso (1962). Su teatro se encuentra en la línea de la tradición burguesa dominante en España: Casona «es parte del teatro español [...] su teatro nunca ha pertenecido al exilio» [38].

Durante la República había dirigido el Teatro del Pueblo de las Misiones Pedagógicas y había estrenado, con gran éxito, *Otra vez el diablo, El crimen de Lord Arturo, La sirena varada* (premio Lope de Vega, representada en Madrid por Margarita Xirgu), *El misterio de María Celeste, Nuestra Natacha* y algunas piezas cortas. Se trata de un teatro «burgués» que oscila entre el lirismo y el simbolismo de *La sirena varada* (1933) y la problemática social de *Nuestra Natacha* (1936). Quizá, más allá del buen nivel dramático y poético que sin duda poseían las dos obras, se puede hablar de «tempismo», ya que ambas —sin duda, las mejores de este primer período— fueron estrenadas en el momento justo, cuando podían ser bien aceptadas por el público (en 1933 el teatro realista burgués de la línea Moratín-Benavente parecía pasar por un momento de rechazo y, en 1936, la problemática social pedía a voces ser representada).

En 1937 sigue la compañía de Josefina Díaz Artigas y Manuel Callado que estrena sus obras en Hispanoamérica donde permanecerá hasta el triunfal regreso a España en 1962. Su precoz autoexilio le aleja definitivamente de la posible trayectoria —encabezada por *Nuestra Natacha*— de un teatro social y comprometido —algo pedagógico— que le hubiera dificultado las representaciones dentro y fuera de España. Descartada, por lo tanto, esta posibilidad, el teatro

[38] José Monleón: *Teatro español: el segundo exilio, op. cit.*; pp. 256 y 255.

de Casona en el exilio en nada se aparta del anterior, sobre todo en lo que concierne a la organización teatral de las piezas: obras en tres actos, con una perfecta colocación de los elementos teatrales y uso sapiente de recursos de inmediata recepción por parte del público. En esta estructura bastante rígida, pero de efecto seguro, Casona inserta temas y tramas que van desde lo más trivial y banal (*Las tres perfectas casadas,* 1941, *La barca sin pescador,* 1945, *Los árboles mueren de pie,* 1949) hasta los buenos aciertos en la línea trazada por *La sirena varada,* donde lo simbólico y lo poético revitalizan historias, mitos, leyendas de la España de antaño, sobre todo de su Asturias, «estilizada y convertida en espacio poético», según palabras de Francisco Ruiz Ramón [39]. En este grupo sobresale *La dama del alba* (1944), en cuatro actos, estrenada en Argentina donde Alejandro Casona se había trasladado tras un primer período en México. A la perfección técnica —a pesar de los cuatro actos en que está dividida la obra— se unen una sugestiva atmósfera místico-fantástica, «sin tiempo» como indica el autor, y el recurso a elementos populares. Ni la presencia de la Muerte —alegóricamente representada por la dulce Peregrina— ni el tema trágico que parecería similar, por ejemplo, a los dramas rurales de Lorca, alteran la atmósfera de fábula de la obra que no llega a la medida de tragedia, sino que queda, precisamente como las fábulas, suspendida fuera del tiempo y del espacio. La Muerte Peregrina cumple su misión, pero es una misión de justicia que en el final recrea la misma atmósfera serena que había antes de su llegada, ofreciendo así al espectador un desenlace inesperado y feliz, a pesar de los presupuestos trágicos. Existen además, en el teatro de Casona, personajes recurrentes (el Doctor Ariel en *Prohibido suicidarse en primavera,* de 1937, y en *Los árboles mueren de pie,* de 1949, la Muerte cuyos efectos letales son destruidos por el amor en *La Dama del alba, Corona de Amor y Muerte,* de 1955, y *La barca sin pescador*) así como unos temas que se repiten en diferentes obras (el sueño en *La llave en el desván,* de 1951, y en *Siete gritos en el mar,* de 1952, el choque entre realidad y fantasía en *La sirena varada, Prohibido suicidarse en primavera, Los árboles mueren de pie*).

Para todas esas obras se puede hablar, generalizando, de tragicomedia, ya que, a la estructura trágica, a los temas altos, al lenguaje

[39] Francisco Ruiz Ramón: *op. cit.,* p. 241.

culto y llano al mismo tiempo (sólo en ciertas ocasiones, como en *La Dama del alba,* es muy fuerte la huella popular, sea por lo que respecta a los personajes como al lenguaje) les acompaña el desenlace feliz, o un final suspendido, por decirlo de alguna manera, que en todo caso estarían muy lejanos de la catarsis trágica. Por estos elementos, como por la estructura tradicional de las obras, y por la cuidadosa atención a la escenificación, se puede hablar de «comedia alto burguesa»: elementos adicionales muy acertados son los acentos poéticos, el valor simbólico y la nota «de misterio» típicamente asturiano con una fuerte presencia de lo ultraterrenal.

Para su regreso a España, escribió y estrenó *El Caballero de las espuelas de oro* (1964) que queda fuera de los límites de la presente investigación y de la que quiero señalar sólo la diversidad con respecto al restante corpus ya que se trata de una serie de retablos aislados sobre la vida de Quevedo. Una forma de experimentación tardía (el autor muere en 1965) que no puede modificar el juicio global sobre su obra, anclada en las formas tradicionales de la alta comedia burguesa del XIX y primeras décadas del XX y que alcanza buenos niveles artísticos sólo cuando su vena poética y la carga simbólica de sus personajes se arraigan en la tradición fabulística española, principalmente asturiana, como en *La Dama del alba* y, en parte, *La casa de los siete balcones* y *La molinera de Arcos.*

Ni el exilio, que tanto conmovió a las personalidades y las obras de cuantos lo sufrieron, le hizo renovar sus planteamientos escénicos, en ocasiones próximos al amaneramiento y a las soluciones convencionales del drama. Así se explica su triunfo en la España franquista, a principio de los sesenta, cuando llegó a hablarse de un «festival Casona» y fue presentado como el continuador, a pesar de sus predilecciones políticas, del más auténtico teatro español.

En el grupo de los exiliados más jóvenes, que en España únicamente habían escrito alguna obra falta de interés, sobresale José Ricardo Morales (1915). Él, como Casona, es sobre todo un hombre de teatro, que ha acompañado su producción dramática con atentos estudios sobre el teatro contemporáneo, además de una actividad docente (Cátedras de Historia del Arte y de Arquitectura) y organizadora (Teatro experimental de la Universidad de Chi-

le). Si es verdad, como se ha dicho, que todo intelectual es un poco exiliado, que se siente fuera de lugar en cualquier sitio, entonces intelectual por excelencia es Ricardo Morales:

> No debemos olvidar que el escritor es siempre un desterrado, puesto que participa en la vida, y a la vez está desprendido de ella para poder tratarla de alguna manera. Esa experiencia de desterrado la tiene uno en una especie de esquizofrenia cuerda; ahora bien, en el exilio, esa condición de «ser aparte» se acentúa, porque el idioma que se habla alrededor de uno no es el que a uno le corresponde [40].

Toda su obra del destierro (antes había escrito *Burlilla de Don Berrendo, doña Caracolines y su amante,* estrenada por el Teatro de Títeres de El Búho de Valencia dirigido por Max Aub y del cual él era secretario) gira alrededor del problema —tan moderno y tan chocante— de la incomunicación, del malestar, del desarraigo: en una palabra, se incorpora al llamado teatro del absurdo. Tiene alguna importancia subrayar que sus primeras obras que encajan en ésta categoría, escritas en los cuarenta, son anteriores a las más conocidas de Ionesco, Beckett, Adamov, Albee, Sartre, que se produjeron en los años cincuenta. Esto ha sido posible porque

> quien experimentó el destierro en su sentido más severo puede hacérselo sentir a quienes lo sufren sin saberlo, desarraigados por la técnica irracionalmente conducida, por los trastornos ecológicos que derivan de esto, por las autoridades carentes de autoría, por los abusos de o del poder y aun por el embelesamiento estupefaciente que producen los llamados medios de comunicación [41].

Si el exilio constituye la raíz de su teatro como hecho desencadenante de una condición existencial, como tema específico no aparece nunca en sus dramas, al igual que no aparecen directamente si-

[40] José Ricardo Morales: «Peregrino en su patria y autor de ninguna parte» (diálogo con José Monleón), en *Triunfo,* 1973, n. 563; p. 34. Se refiere con estas palabras precisamente a la experiencia del exilio en la América hispanohablante, donde las sutiles diferencias lingüísticas provocan el «extrañamiento», la lejanía, la imposibilidad de estar conforme con el mundo.

[41] José Ricardo Morales: «Desde aquella llegada del Winnipeg», en *Primer Acto,* 1990, n. 235; p. 109.

tuaciones ligadas a la Guerra Civil (menos *Los culpables,* de 1964, obra declaradamente política). No son por lo tanto situaciones extremas, irrepetibles —como las de la guerra o del exilio— las que dramatiza Morales, sino hechos y sentimientos cotidianos, normales, banales —triviales— que le permiten justamente resaltar lo absurdo de la vida. Absurdo que, en las primeras obras, existe y se manifiesta en la interioridad del personaje, en su irracionalidad, en su egoísmo, en sus incoherencias. A las palabras no corresponden las acciones ni, mucho menos, los pensamientos, verdad y razón no coinciden, las causas no producen los efectos deseados (*El embustero y su enredo, Bárbara Fidele, La vida imposible, El juego de Verdad,* desde 1944 a 1952 aproximadamente). Sigue un período de silencio, en el que Morales se dedica a la pintura, a la actividad docente en la Facultad de Arquitectura y a viajar por Europa. Quizás sea precisamente el contacto con un mundo más moderno, aniquilador y totalizante, libre pero al mismo tiempo condicionante, lo que impone a su teatro un nuevo rumbo. Para salir de lo absurdo que habita en sí mismo, el hombre pide ayuda a la organización estatal, a la técnica, al progreso, pero queda inevitablemente aniquilado e impotente, hasta convertirse él mismo en una pieza de un engranaje, en un objeto, en una víctima: *Prohibida la reproducción, La grieta, Hay una nube en su futuro, No son farsas* (cinco farsas, entre las cuales *La Odisea,* drama de Ulises perdido en la ciudad), *Cómo el poder de las noticias nos da noticias del poder,* etc. Dramas existenciales y políticos al mismo tiempo ya que el enemigo del hombre —que antes residía en sus mismas entrañas— ahora se puede individuar en lo exterior, en los abusos del poder, en el poder falsificador de los medios de comunicación, en la cosificación, en el consumismo, etc. En la última etapa de su producción, unas visitas esporádicas por España le inspiran una serie de *Españoladas* en las que Morales concretiza su concepción de lo absurdo del mundo en algunas situaciones y momentos de la historia de su país. Si antes era el hombre genéricamente moderno el personaje de sus dramas, ahora es el hombre histórico español que, en diferentes épocas, sufre la violencia y la censura silenciadora de parte del poder: inquisición, militarismo, dogmatismo religioso e ideológico, intolerancia, etc. Esta última invención es una especie de *esperpento* producido «no por el espejo cóncavo valleinclaniano

sino por el espejo convexo, que proporciona esa "visión grotesca desde fuera"» [42].

«Visión grotesca desde fuera» (son palabras del mismo Rosales) es la que España produce en el exiliado que vuelve y mira «fuera de juego» y puede captar con más sutileza y distanciamiento los males de su patria. Esta misma posición —física, ideológica, sentimental— condiciona su estilo y su lenguaje: al exiliado lo único que le queda de su patria es la lengua que, aislada del contexto, le obliga a una continua recontextualización y análisis. Frases hechas, modismos, clichés, formas jergales, estereotipos, revelan a quien está «fuera de juego» todo su sinsentido. Precisamente en el desenmascaramiento de esos sinsentidos, acompañado de una gran facilidad para el juego verbal, el malabarismo, la agudeza y la ironía, se basa, en gran medida, la fuerza de su teatro del absurdo *(El embustero y su enredo, No hay que perder la cabeza o las preocupaciones del Doctor Guillotin).* Etapa última, no en sentido cronológico, sino como límite de la expresión artística, es el distanciamiento brechtiano, el extrañamiento: mirar con «ojos vírgenes» e inculpables lo que nos rodea para desenmascarar mejor los sinsentidos del mundo.

Es imposible intentar un análisis pormenorizado de sus obras (cerca de treinta) o destacar algunas por su valor individual. Las piezas parecen complementarse y enriquecerse unas con otras, con una extraordinaria, diría única, coherencia ideológica y temática que recorre las diferentes etapas que hemos individuado. Para transmitir una idea de conjunto más completa del teatro de Morales, se puede hacer referencia a la variedad de los géneros utilizados y al rigor de su estilo. Encontramos todas las medidas (desde los cuatro actos de *El embustero en su enredo* hasta los numerosos actos únicos) y todos los subgéneros y registros. El mismo Morales ha catalogado sus obras con diferentes subtítulos: *Misterio, Fantasmagoría, Farsa* —y *No son Farsas— Disparate, Melodrama, Drama de costumbres, Comedia Monótona, Pieza, Españolada,* etc. Su estilo es siempre riguroso y exacto, esencial y referencial, pero atrevido y flexible, jugado con inteligencia y humor hasta conseguir inesperados logros: escritura «extrañada», juegos de palabras, dobles sentidos etc.; cada lector —o espectador— puede elegir el nivel exacto de lectura, ya que la coherencia

[42] Manuel Aznar Soler: «El Teatro de J. Ricardo Morales», en *Anthropos,* 1992, n. 133; p. 36.

interna, alentada por la coherencia lingüística, es tan fuerte que tolera cualquier interpretación.

Se trata de un teatro intelectual pero de buena acogida por parte del público gracias a la vivacidad y brillantez del lenguaje. El profundo significado político y moral que encierra no entorpece ni la acción ni los diálogos, permitiendo, por lo tanto, un disfrute inmediato, confirmado por las numerosas representaciones tanto de grupos profesionales (Margarita Xirgu estrenó en 1944 *El embustero en su enredo* en Santiago de Chile) como de grupos experimentales y de aficionados.

No se pueden pasar por alto los nombres de dos autores teatrales que dejaron España en los años cincuenta, mucho después de acabar la guerra. No cabe duda de que se trata también en este caso de exilio político, que ha determinado su marginalización de los lugares académicos sea en la literatura del exilio sea en la de España. José María Camps (1915-1975) empieza a escribir teatro a su llegada a México: *Ifis* (1957), *Al fin, solos* y *Columbus 1916* (1959), *El Gran Tianguis* y *El caso Sodoma* (1961). A partir de 1963 ha vivido en Alemania, donde ha estrenado *El complejo de Schavar, Cacería de un hombre, Viznar o la muerte de un poeta, El edicto de gracia.* Desde el punto de vista de la estructura dramática su teatro no presenta notas de relieve. En cambio, la temática y las acotaciones escenográficas atraen nuestra atención —y la del espectador, ya que ha sido muy representado. Temas que van de lo fantástico a lo mítico, de lo histórico a lo contemporáneo. Mayor eficacia dramática la tienen precisamente las obras de tema histórico referido a México, escritas cuando vivía en ese país: *Cacería de un hombre,* en ambientación moderna, y, sobre todo, *Columbus 1916* (sobre la revolución mexicana) y *Tianguis* (sobre la conquista de México). La ambientación en el Nuevo Mundo —nuevo para los conquistadores pero también para Camps— aparece, increíblemente, como el mayor acierto de su teatro. El lenguaje, la fuerza expresiva, el dramatismo implícito en la cruenta historia de México contribuyen al éxito obtenido por este autor.

Igualmente se exilió en época tardía José Antonio Rial (1911), periodista, ganador del galardón del Ateneo de Caracas en 1951 con *Los armadores de la goleta Ilusión,* y finalista del concurso Tirso de Molina en Madrid en 1964 con *La escuela nocturna.* De él podemos recordar *La muerte de Federico García Lorca* (1969), serie de cuadros

sobre los momentos que precedieron a la muerte del poeta: se trata de un tentativo de conjugar lo político con lo fantástico y lo realista. Por otra parte, *Bolívar* (1981) es una pieza experimental metateatral, sobre el tentativo de un grupo de presos de estrenar fragmentos de la vida del héroe.

Se podría seguir citando nombres, títulos y fechas, ya que casi ningún escritor renunció, en el exilio, a la tentación de escribir para el teatro aunque fuera una sola vez, tanto entre los que se dedicaban a otros géneros (Altolaguirre, Herrera Petere, Antonio Aparicio, Manuel Andújar, Sender, Salinas, Massip, León Felipe, Rafael Dieste, etc.) como entre la gente de teatro o que había hecho teatro antes de la Guerra Civil (Santiago Ontañón, Maruxa Villalta, C. Rivas Cherif, Eduardo Ugarte, Álvaro Custodio, etc.). Pero nada añadirían a un panorama rico en personalidades fuertes que pero en contados casos se han dedicado al teatro con la necesaria profesionalidad y humildad, indispensables a que la obra llegue a su destino: el público.

IV

LA AUTOBIOGRAFÍA

«Somos memoria.
Memoria que rescata»
María Zambrano

Una sección con este título, hasta ahora ausente en los panoramas y en los manuales de la literatura del exilio, ha conquistado un lugar gracias a la masiva irrupción en los catálogos de las editoriales de textos autobiográficos escritos por intelectuales, escritores, artistas, exiliados, y al espacio crítico que paulatinamente se le va dedicando, empezando por las *Memorias españolas* de Manuel Andújar.

España nunca había sido cuna de autobiografías: desde Ortega y Gasset [1] empieza una larga letanía sobre esta ausencia que parecía insalvable. Se buscan las causas, se indican remedios, se especula sobre los diferentes modos de contarse... Sin duda, «esa voluntad de encubrimiento o de recato (que de ambos participan los memorialistas españoles) tiene su profunda razón de ser en un concepto católico de la vida» [2].

Efectivamente, la escritura autobiográfica en España, cuando no ha sido dirigida hacia el itinerario espiritual del yo, basándose en la práctica católica del examen de conciencia, ha merecido condenas y silencios: después de las «confesiones» de los místicos

[1] Cfr. José Ortega y Gasset: «Sobre unas memorias», en *Obras completas,* III, Madrid, Revista de Occidente, 1947; p. 590.

[2] Juan Carlos Ghiano, citado por Adolfo Prieto: *La literatura autobiográfica argentina,* Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1966; p. 18.

la literatura española no ha conocido la florescencia de autobiografías centradas en el análisis de una interioridad laica y pensante, como se ha desarrollado a partir de la época ilustrada.

Sin duda, algo ha pasado si, a partir de los primeros años cuarenta, escritores, poetas, pintores, directores, actores, intelectuales y no, empiezan a escribir y a publicar textos autobiográficos. Si alguna suposición podemos aventurar sobre los motivos de la ausencia (además del «concepto católico de la vida» que señalaba Ghiano, podemos pensar en un pudor histórico, en una difidencia y prudencia madurados en el ámbito de la convivencia no siempre pacífica entre la cultura cristiana, árabe y judía, y en el persistente fenómeno de fuerte interferencia del político en el privado, como la Inquisición, la censura, etc.), sin duda podemos individuar las causas de la sucesiva «fortuna» del género en dos causas, una histórica —dar testimonio de los inauditos acontecimientos de que han sido protagonistas— y otra individual —reconstruir en la escritura las fracturas que han destruido la propia identidad, durante la guerra y en la experiencia aniquiladora del exilio. Siempre presentes son las dos instancias, indicadas lúcidamente por Stephan Zweig en un texto-símbolo, *El mundo de ayer,* que indica en la sensación de estar «desprendido de todas las raíces y aún de la tierra que tales raíces nutría» y en el deber de «dar testimonio de nuestra vida densa, dramáticamente colmada de sorpresas» [3] el *input* a la escritura autobiográfica. Según los acontecimientos, el papel y el carácter del autobiógrafo, puede prevalecer ahora una, ahora otra motivación, produciendo obras memorialísticas testimoniales o autobiográficas confesionales (se podría decir «auto-bio-grafías» o «auto-grafías») según prevalezcan la Historia o el Yo, la exterioridad o la interioridad. Es muy difícil deslindar estos extremos, sobre todo cuando los acontecimientos históricos «han trastornado nuestras capas geológicas como un terremoto» [4]. Y difícil es también deslindar géneros y subgéneros, ficción y realidad. Como hemos señalado precedentemente, mucha narrativa es de fondo autobiográfico: *«We don't write history now, we make it»,* escribió Gustav Regler refiriéndose a la guerra de España. Mientras para la novela hay varios grados de coincidencia entre narrado y vivido, los

[3] Stephan Zweig: *El mundo de ayer. Autobiografía,* Buenos Aires, Claridad, 1942; pp. 10-11.
[4] Manuel Durán: *De Valle Inclán a León Felipe,* México, Finisterre, 1974; p. 61.

géneros autobiográficos no admiten grados: son o no son. Por este motivo, en esta sección me ocuparé solamente de escritos declaradamente autobiográficos e históricamente averiguables, cualesquiera que sean las formas elegidas: autobiografía, diario, crónica, testimonio, prosa fragmentaria, etc. Tampoco puede interesarme en este estudio averiguar los postulados modernos de la imposible veridicidad y atendibilidad de la escritura autobiográfica, ya que, en el momento en el que la palabra se hace escritura, presupone un tú interlocutor, lector, confesor —super-yo o alter ego— a cuyo juicio el escritor se somete. «Che significa descrivere una vita così come è stata? La si scriverà sempre soltanto quale la si ricorda [...] scrivere ció che si è vissuto vuol dire soltanto scrivere come lo si è vissuto, o addirittura (e addirittura in buona fede) como si sarebbe voluto viverlo e come si vorrebbe che gli altri lo leggessero» [5]. Lo que me interesa es, precisamente, indicar cómo han contado lo vivido los que han protagonizado aquellos años. Los requisitos para la inclusión en este capítulo es que sean escritos con intención literaria, declaradamente autobiográficos, y no de simple testimonio o cantor.

Una última clarificación: este capítulo podrá parecer desproporcionado con respecto a los demás. Es una elección consciente y buscada, una afirmación de prioridades, siendo el género autobiográfico la expresión literaria que más caracteriza la escritura en exilio (aún más recordando la pobreza anterior) y la menos estudiada y conocida. Vayan mis páginas como un debido resarcimiento.

Un título y un nombre encabezan la resurrección del género, en años muy tempranos y en México: *Vida en claro,* de José Moreno Villa (1944), narración de su propia vida, acto de análisis retrospectivo y totalizante que llega hasta los lejanos recuerdos de la infancia. El yo, protagonista casi absoluto, se analiza e interroga mientras que la escritura se transforma a menudo en prosa lírica, a la vez que el yo testigo o copartícipe de grandes eventos humanos e históricos reconstruye ambientes y episodios que, aun siendo individuales, ya son historia compartida.

Moreno Villa dibuja su vida, la pone en claro, con colores transparentes aun cuando la nostalgia, la ira o el dolor parecerían oscure-

[5] Fausta Garavini: «Io come Io...», VV.AA.: *Controfigure.d'autore* (ed. de F. Garavini), Bologna, Il Mulino, 1993; p. 12.

cer su horizonte. Sigue la cronología lineal, desde la infancia hasta el momento de la escritura: un orden puro, una arquitectura geométrica, que cumple con un diseño ya establecido, «dejar [al hijo] una imagen clara del movimiento de mi cuarto y el movimiento de mi mundo. Mi vida fue la de un retraído; y en las paredes de mi cuarto —que son ahora mis libros— verás los rastros de mis situaciones felices o angustiosas» [6]. Desde su cuarto infantil de Málaga *(Topografía de la casa paterna)* al cuarto de su hijo en México está dibujada toda su vida y su mundo. En el medio, en una tupida escritura poética —cediendo a veces la palabra a un narrador extradiegético que fija unos momentos centrales de su vida («Este primer contacto del niño con la historia viva le llegó muy hondo», p. 44), Moreno Villa individúa unos puntos firmes en su vida: el cante jondo escuchado en cafés, tabernas y ventorrillos («lo andaluz de mi poesía tengo que buscarlo en esos instantes de duende», p. 56), sus años de estudio en Friburgo, los años veinte en Madrid y sus primeros zizgagueos «de la mano de las musas». A pesar de la fecha temprana de su composición —con respecto a las circunstancias que habían modificado su existencia—, *Vida en claro* muestra una sabiduría y una serenidad no comunes. Es verdad que el exilio para él no ha constituido una laceración muy profunda: siempre se ha dibujado como un hombre «de tipo internacional» y su llegada a México como enviado del gobierno republicano en 1937 le ha ahorrado las experiencias peores de la derrota, la huida, el campo de concentración, etc. Tuvo tiempo, como «residente privilegiado» [7], de asentarse en México y casarse con la viuda de Genaro Estrada, de quien tuvo el hijo. Su autobiografía también desde el punto de vista estrictamente cronológico está escrita desde una condición privilegiada, de quien da por cumplida una etapa de su vida y reconstruye su camino, su evolución hasta la fecha [8]: llegado y establecido en México, con el nacimiento de su

[6] José J. Moreno Villa: *Vida en claro,* México, El Colegio de México, 1944; p. 278.

[7] *Residente privilegiada* es el título de la estupenda autobiografía de María Casares, exiliada en Francia, que puedo aquí sólo nombrar, así como los textos de Teresa Pámies, exiliada en Francia y Checoslovaquia, *Cuando éramos capitanes, Testamento en Praga, Cuando éramos refugiados.*

[8] Según Jean Starobinski, es ésta una condición irrenunciable para que se hable de «autobiografía»: la transformación del individuo contada desde el momento final, siendo el estilo el factor determinante y revelador del punto de vista del narrador. Cfr. Jean Starobinski: *L'oeil vivant,* París, Gallimard, 1961.

hijo termina la que podemos llamar etapa de crecimiento, de inestabilidad, de «tener en mi cuarto [...] siempre a la vista la maleta para el momento preciso» (p. 102). Sólo ahora, reconquistado un lugar en el mundo, puede considerar el pasado como concluido, y analizarlo con esta lucidez y serenidad que hemos señalado. Y, si en *Vida en claro* la escritura autobiográfica responde al deseo de dejar constancia de lo vivido, de los años difíciles de su aprendizaje, luminosos de la Residencia, prolíficos de México en constante relación entre vida y obra, creación literaria pictórica y crítica, tiene también otra, personalísima función: dejar un testamento espiritual al hijo, dejarle su retrato para que, cuando le preguntarán «¿cómo era tu padre? [...] tú le contestarás poniendo en sus manos este libro. —Así era» (p. 264).

Otra obra temprana, con características muy diferentes, es *La arboleda perdida* de Rafael Alberti, en dos partes (1959 y 1987): como todos sus textos, es una elegía a la bahía gaditana. El tema de los dos libros es el mismo: la historia de una vocación, el paso del pincel a la pluma, y luego un *cursus honorum;* todo es dado como resultado o remontando a causas externas, el mundo interior de Alberti entra en esa biografía sólo por rápidas pinceladas o alusiones: tenemos que pedir a su poesía iluminación y respuestas. Su lenguaje plástico y evocador —a menudo cercano a la poesía en prosa, por el ritmo y la musicalidad— canta, describe, vitupera, pero no participa. Alberti presta mucha atención a su crecimiento puberal, mas, a medida que se afirma su trayectoria artística, disminuye la atención hacia sí mismo a favor de sus relaciones con el mundo exterior. Si el tema es el mismo, cambian la forma y el enfoque, ya que el primer libro es narración retrospectiva de una etapa —del nacimiento hasta el advenimiento de la República— fundamentalmente lineal en la cronología (fragmentos en letra itálica de vez en cuando introducen el presente de la escritura). Redactada con mirada abarcadora y con el intento de definir su propia vida hasta el momento de la escritura —París 1939, pero terminado en Buenos Aires en 1959—, y reconstruye un *iter* individual en el marco social e histórico: «1902. Año de gran agitación entre las masas campesinas de toda Andalucía» [9]. Ya están todas las coordenadas y el ojo atento de Alberti puede seguirlas en las tramas

[9] Rafael Alberti: *La arboleda perdida,* Barcelona, Seix Barral, 1983; I, p. 9.

de la historia y de la vida. La segunda parte es, en cambio, obra abierta, publicada «por entregas» antes en el *Corriere della Sera* italiano y luego en *El País* de Madrid. No es una autobiografía —es decir no está construida desde un punto de vista final y abarcador— sino es un *work in progress.* Son cuadros independientes en los que generalmente en letra itálica (o entre paréntesis) viene enfocado el momento de la escritura, indicando el elemento que —como la *madeleine* proustiana— va desenterrando hechos y recuerdos del pasado. En letra itálica, en el capítulo XXIX, Alberti escribe: «*A medida que voy avanzando, desbrozando las ramas y las hojas ya caídas de esta* Arboleda, *sucede que todo se me funde, todo se me atraviesa, ilumina a retazos, confundido y barajado como si mi vida no hubiese tenido un orden sucesivo, un desarrollo coherente. Me es ahora difícil, en estas altas cuestas de mis años, sujetar mi memoria, manteniendo un orden para lo sucedido, amarrándolo a un compuesto relato, un sostenido capítulo con sus pies y cabezas*» [10]. Así, sin otro orden que el de los reenvíos de la memoria», Alberti «*en la luz de un fogonazo de [su] memoria,* desde su morada en España (este capítulo fue publicado en *El País* del 2 de marzo de 1986), habla de un gato romano, el Buco: «Este nuevo capítulo de *La arboleda perdida* comienza con el momento de levantar el vuelo en viaje Madrid-Roma-Moscú». Pero la parada en Roma le ofrece la ocasión para rememorar su larga permanencia en Italia, las personas conocidas, otros gatos, los decretos del gobierno fascista para limpiar las calles de Roma de los gatos, etc. El detalle más peregrino adquiere vida en el relato de Alberti, casi en una forma de omnifagia, de incorporación en su universo poético de cualquier cosa haya rozado, infundiéndole sentido y vida. Forma intermedia entre el diario (fragmentario y atado al presente, que le da el *input* para recordar) y la autobiografía (es evidente el intento de contarlo todo, eligiendo —en forma voluntaria o involuntaria— lo que da unidad a su vida, aunque la obra carezca de unidad) es obra abierta, que promete al lector otras *ramas y hojas* para, finalmente, obtener un retrato *a tutto tondo* del autor. Retrato que queda como parcelado, incompleto no por falta de otros fragmentos, sino porque quedan fuera los procesos —internos interiores e intelectuales— y que conducen a la escritura albertiana. Brillante y

[10] Rafael Alberti: *La arboleda perdida,* Barcelona, Seix Barral, 1987; II, p. 168.

coloreada veleta, en poético movimiento, de la que no vemos el maniobrista, aunque su yo, como motor inmóvil, todo lo mueve. Esta impresión se refuerza con la lectura paralela de *Memoria de la melancolía,* autobiografía de María Teresa León. Estupendos textos literarios y testimoniales, se pueden tomar como símbolos de la escritura autobiográfica femenina y masculina: la primera generalmente introspectiva, «hacia dentro» no sólo de sí misma sino de toda la sociedad y de todos los hombres; la segunda «hacia afuera», biografía del *moi écrivain* y del sujeto político. Mientras Alberti es omnipresente en la escritura de su compañera, que se dirige a él en continuo diálogo, María Teresa ocupa muy pocas páginas —como sujeto de una interacción—, casi sólo al final, cuando ya anda «perdida y olvidada de sí misma»: «Hace más de seis años que dejaste de hablar, en los que pronto inclinaste la cabeza, casi cerraste los ojos y apenas mínimos murmullos dejabas escapar por tus labios [...]. Contigo voy a comenzar ahora la tercera parte de mi *Arboleda perdida,* en donde irán tantas páginas que faltan, tanto aire respirado juntos, tantos bellos y oscuros secretos nunca revelados y aparecerán los poemas que no se hicieron, los más bellos del comienzo, los más secretos, los más bellos retornos de los bosques nocturnos» [11]. También formalmente, las dos obras son muy distintas: *Memoria de la melancolía* es autobiografía totalizante, abarcadora: la autora mira su propia vida desde un observatorio lejano, desde un punto fijo (su nueva residencia en Roma, después de veintitrés años de exilio en Argentina) desde el cual trazar la trayectoria de su vida, su transformación de niña bien a mujer fuerte y revolucionaria, siguiendo el orden de la memoria, adoptando a veces el enfoque del momento de la escritura, otras el de las diversas edades y alternando primera y tercera persona en un juego de identificación y rechazo que puede constituir la verdadera llave de acceso al texto. Su máxima identificación es con la mujer combativa de la guerra, gloriosa epopeya de la que ha dejado memoria también en otro

[11] Rafael Alberti: *Las nuevas ramas de tu muerte,* citado por María Teresa Pochat: «María Teresa León: memoria del recuerdo del exilio», *Cuadernos Hispanoamericanos,* 1989, n. 473-74; p. 142. En este sentido, las nuevas entregas de *La arboleda perdida* que va publicando *El País* me han decepcionado: María Teresa sigue siendo un nombre, evocado a menudo, pero nunca protagonista de «aquel aire respirado juntos».

texto [12]. «No somos si no somos historia», había escrito en la novela autobiográfica *Contra viento y marea* y a través de la historia cuenta su vida, pero atravesándola, vivificándola, interpretándola. No los lugares y la literatura, o un yo casi autárquico, como en los textos de Alberti, son protagonistas de esta autobiografía, sino un yo abierto, que se define en las relaciones con personas conocidas y perdidas, Rafael, la hija Aitana, compañeros y cómplices de tantas aventuras: «Nuestra patria iba a ser desde ese momento en adelante nuestros amigos» [13].

Las relaciones de otra pareja quedan dibujadas diversamente también en *Memorias habladas, memorias armadas* de Concha Méndez y en *El caballo griego* de Manuel Altolaguirre. Las dos son autobiografías parciales: la primera es «armada» por la nieta, Paloma Ulacia Altolaguirre, a quien Concha Méndez, a la edad de ochenta y tres años, cuenta su vida siguiendo «unos papeles chicos y ordenados, que servían de guía al relato», como se afirma en el prólogo. La de Altolaguirre, en cambio, ha quedado sin concluir por su improvista muerte: la que podemos leer es la edición crítica hecha por James Valander para la publicación de sus *Obras completas.* Los resultados de estas dos operaciones editoriales de toda forma no parecen transfigurar demasiado la voluntad de los autobiógrafos: Paloma Altolaguirre, según su declaración, se ha limitado a ordenar y atar los fragmentos de memoria de Concha Méndez, pero sometiendo los resultados a la atención de la abuela. Es una autobiografía intelectual y mundana, ya que objeto del análisis son la vocación poética y la emancipación feminista que interfieren calcando las huellas proustianas del choque entre dos mundos, el intelectual liberal y progresista y el de la rica burguesía machista y tradicional. En Concha Méndez no hay búsqueda o arrepentimientos: a pesar de las iniciales incomprensiones con su familia, recorre un *iter* lineal, en el que caben también el encuentro con Altolaguirre, la vida y el trabajo en común, el exilio en Cuba y en México, la sucesiva separación. Sólo la guerra le inspira páginas convulsas, densas, sufridas. Sus sentimientos no merecen muchas palabras, todo está contado desde fuera, con desapego, menos un accidente, casi al final de su vida,

[12] María Teresa León: *La historia tiene la palabra,* 1943 (publicada en 1977 por Hispamerca).

[13] María Teresa León: *Memoria de la melancolía,* Buenos Aires, Losada, 1970; p. 307.

que da tono y sentido a todo el texto y a su vida: después de la fractura de una pierna «caí. Decía que caí en una depresión. Me tendí en la cama para morir [...] Finalmente, fui a parar a la sección psiquiátrica del Sanatorio Español. Me vaciaron el estómago y en los análisis descubrieron que la depresión nerviosa se debía a la falta de litio en el organismo [...] Cuando apareció en las librerías la *Antología poética* que me publicó Joaquín Mortiz y me trajeron al sanatorio las reseñas, comprendí que la vida estaba llena de estímulos y me dieron ganas de vivir» [14]. Todo queda reducido a una fenomenología física («falta de litio»), rebasando así los límites de la crisis psicológica: la vocación poética se afirma como su única razón de ser.

La arquitectura y las numerosas versiones y correcciones de *El caballo griego* permiten pensar que estaba ya en estadio terminal, aunque presente inevitables lagunas y discordancias (algunos capítulos y el prólogo habían ya sido publicados en Madrid, en vida del autor). Como hemos señalado para todas —o casi— las autobiografías, algo había pasado para que el poeta considerara su vida en un punto crucial y empezara a escribir sus recuerdos: «La memoria que en la vida nos abandona con tanta frecuencia, en la muerte nos presta su abrigo, nos conforta, nos salva [...] En una ocasión en que estuve a punto de morirme, empecé a recordarlo todo, involuntariamente, gozando en aquel trance de una rapidísima y completa visión de mi pasado, en la que los mayores detalles estaban enteros, con tanta mayor claridad era el agotamiento que me embargaba. Pero recordar con aquella fidelidad es imposible. Se precisaría por mi parte un casi total desfallecimiento. Algo he de hacer sin embargo, aprendiendo a morir a fuerza de recuerdos, aprendiendo a salvarme para poner a flote una vida ensombrecida por el tiempo» [15]. Sentir la muerte cerca, derrotado, en la frontera, solo, enloquecido, ha hecho revivir a Altolaguirre toda su vida, todos sus recuerdos. Y aunque fragmentos de esta autobiografía están fechados en los años 50, el tiempo narrado se para exactamente allí, al recibir ayuda por los escritores franceses para reunirse con su familia en París y luego embarcarse hacia América. A pesar de estar sin concluir, *El caballo grie-*

[14] Concha Méndez, Paloma Ulacia Altolaguirre: *Memorias habladas, memorias armadas*, Madrid, Mondadori, 1990; p. 142.

[15] Manuel Altolaguirre: «El caballo griego», *Obras completas*, I, Madrid, Istmo, 1986; p. 33.

go merecería un lugar a la par de la ya reconocida prosa de los poetas andaluces del 27: Málaga, la envidiable red de amistades que allí se construía día tras día, los encuentros mágicos, los colores, el alma del poeta que va descubriendo y enriqueciéndose, no pueden quedar al margen de la memorialística de la posguerra. No todo es colores y alegrías: al estallar la guerra, Altolaguirre contribuye al programa de popularización de la cultura con su fabulosa imprenta y dirigiendo La Barraca después de la muerte de Lorca. En la representación de *Mariana Pineda,* en homenaje al autor, mientras se aprestaba a decir unas palabras «en memoria del amigo asesinado [...] un individuo vulgar y misterioso» le comunicó la muerte de su hermano Federico por mano de miembros del Ateneo Racionalista de Castellón de la Plana: «Cada bando de la guerra civil había asesinado a un hermano mío. Y yo estaba allí para protestar de la muerte de Federico García Lorca ante los hombres responsables de la muerte de mi otro hermano Federico» [16]. Es una escena de hondo dramatismo que, más que cien mil palabras, puede mostrar la tragedia de la Guerra Civil; igual dramatismo presencia las páginas finales, sobre su breve internación en un campo francés y en un hospital, el hambre, el miedo, la locura, el refugiarse en la memoria para hechizar a la muerte, con una capacidad de introspección y de comunicación escalofriantes. Sin miedo a la retórica, se puede decir que éstas son entre las páginas de más dramática y estremecedora denuncia sobre aquel éxodo, así como las dedicadas a sus imprentas y a sus compañeros de trabajo expresan el más tierno amor y la conciencia del papel de la cultura en los años de guerra, contándonos el episodio ya legendario de la conquista «en la tierra de nadie, entre las dos líneas de fuego, a la orilla de un tranquilo riachuelo [de] un pequeño molino de papel [...] El papel que se fabricaba en ese molino era un papel precioso. Los trapos viejos triturados y blanqueados se transformaban en hojas blanquísimas de papel hilo con transparentes marcas de agua. Papel que salía hoja a hoja y que eran colgadas de los cordeles con los mismos ganchos con que las lavanderas cuelgan la ropa limpia» [17].

Autobiografía parcial, por ser como la de Concha Méndez fruto de la cooperación entre el sujeto narrante y el compilador, es *Mi último*

[16] Ibíd.; p. 77.
[17] Ibíd.; p. 108.

suspiro de Luis Buñuel (1900-1983): «Yo no soy hombre de pluma. Tras largas conversaciones, Jean-Claude Carrière, fiel a cuanto yo le conté, me ayudó a escribir este libro» [18]. Esta autobiografía, escrita en francés, implica un problema ulterior: la elección de otro idioma; elección tanto más problemática ya que Buñuel vivió en exilio en América (México y Estados Unidos) casi veinte años; además, la escritura íntima vuelta a la infancia y a la vida pasada en España, dirigida a la reconstrucción de una identidad quebrada, de una trayectoria vital, un hilo conductor a pesar de las fracturas del exilio, pide el uso de la lengua materna, lengua de la intimidad y de los sueños (por supuesto esta elección se explica con la intervención de Carrière, pero igualmente no deja de asombrar [19]). Olvidándonos, pues, de estos dos diafragmas —el idioma y la intervención de Carrière— que aleja sensiblemente la figura del narrador, podemos notar como el «pacto autobiográfico» es neto, confirmado por las palabras programáticas, modernamente clarificadoras de la imposible objetividad de la memoria que «es invadida constantemente por la imaginación y el ensueño, y, puesto que existe la tentación de creer en la realidad de lo imaginario, acabamos por hacer una verdad de nuestra mentira. Lo cual, por otra parte, no tiene sino una importancia relativa, ya que tan vital y personal es la una como la otra» [20]. Se sigue la cronología lineal en un sabroso equilibrio entre historia personal y mundo exterior: la búsqueda de una verdad menos sujetiva, de la precisión de hechos y recuerdos está avalorada por largas citas de un artículo que su hermana Conchita publicó en la revista francesa *Positif,* lo que desmiente el carácter todo «superreal» de sus páginas afirmado repetidamente: «Mis errores y mis dudas forman parte de mí tanto como mis certidumbres. Como no soy historiador, no me he ayudado de notas ni de libros y, de todos modos, el retrato que presento es el mío, con mis convicciones, mis vacilaciones, mis reiteraciones y mis lagunas, con mis verdades y mis mentiras, en una palabra: mi memoria» [21]. Como toda autobiografía clásica, empieza con la infancia, mítica y

[18] Luis Buñuel: *Mi último suspiro,* Barcelona, Plaza y Janés, 1982; p. 11 (la primera edición, en francés, es del mismo año).

[19] Se supone que esta intervención tiene que ser marginal, ya que en la cubierta aparece sólo el nombre de Buñuel, mientras que en el caso de *Memorias habladas, memorias armadas,* el paratexto indica como coautoras a Paloma Ulacia Altolaguirre y Concha Méndez.

[20] Luis Buñuel, *op. cit.;* p. 15.

[21] Ibíd.

añorada, para seguir con los años tupidos y fértiles de la Residencia, con retratos inolvidables de los compañeros de entonces: Lorca, Moreno Villa, Alberti, y luego Bergamín, Gómez de la Serna, etc. Pero, cuando empieza su carrera en la cinematografía, lo demás pierde de importancia: su vida interior, su evolución, los amigos, y también la Historia, se alejan como telón de fondo de sus azañas cinematográficas, entre París, México, Hollywood... Las autobiografías de artistas y literatos son, sobre todo, reconstrucción de los éxitos de una pasión, casi nunca análisis de la pasión misma.

Similar en el planteamiento y en la lucidez de las canónicas palabras programáticas, es *Recuerdos y olvidos* de Francisco Ayala: los olvidos que, como los recuerdos, pueden ser voluntarios e involuntarios, connotan un texto —en ausencia— más que lo dicho («Estas memorias [...] responden a la presencia de recuerdos que afluyen a mi ánimo, entreverados con las ausencias de aquello que involuntariamente olvido o que deliberadamente quiero omitir» [22]). Como siempre, las páginas mejores y más literariamente logradas son las referidas a la infancia granadina y a los primeros años en Madrid, cuando aún el oficio no había conquistado su mente y sus recuerdos. A medida que se amplía su horizonte, se deja más espacio a los demás, a su vida de sociedad, a sus obras: en la segunda y tercera parte las páginas mejores son las dedicadas a los amigos del destierro: en los concisos y vívidos retratos de Lorenzo Varela, Rafael Dieste, Seoane, el hombre y el intelectual se funden con óptimos resultados. Publicada antes separadamente, la obra completa se compone de tres partes *(Del paraíso al destierro, El exilio, Retornos)* y tiene su *input* —también éste «clásico»— en el regreso a España, acontecimiento chocante que desencadena los recuerdos, ordenados luego cronológicamente [23] en capítulos con títulos fuertemente referenciales, con esporádicos *flash back*. Esta autobiografía confirma lo dicho por Ayala en páginas de aguda análisis sociológica: rechaza cualquier homologación de los escritores exiliados en un estereotipo caracterizado por temáticas y tonos comunes. El magisterio orteguiano no le permite olvidar que, más allá de la circunstancia histórica, el yo se enfrenta con su propia circunstancia vital:

[22] Francisco Ayala: *Recuerdos y olvidos,* Madrid, Alianza, 1988; p. 403.

[23] Se impone drásticamente el orden cronológico, aunque afirme que los recuerdos «son traídos los unos por los otros y enlazados entre sí como cerezas que se van sacando de un cesto» (*Recuerdos y olvidos, op. cit.;* p. 252).

de acuerdo con este principio, son las experiencias y las relaciones personales las que definen el exilio de cada uno.

Confrontable con *Recuerdos y olvidos* es *Los pasos contados* de Corpus Barga, cuatro volúmenes (*Los pasos contados, Puerilidades burguesas, Las delicias, Los galgos verdugos,* publicados juntos en 1979 con el título genérico del primer volumen) en los que la vida del narrador sirve de coágulo de setenta años de vida española. Corpus Barga es, antes que nada, periodista, y como tal escribe su autobiografía trasladándose continuamente de la experiencia individual a la colectiva, del nivel analítico al sintético, del personal al social, entrelazando recuerdos y anécdotas, historias e Historia, observaciones y descripciones, juicios críticos y trivialidades: en suma, la vida en sus múltiples aspectos. El estilo elegantemente fluido, que sabe adecuarse sin esfuerzo aparente a la situación, y un agudo espíritu de observación son los méritos mayores del libro, espejo de una época en dramática evolución que pide un cronista hábil y sensible, capaz de contar historias y crear atmósferas y de dar a cada cual su perfil —humano y social— y su lenguaje: «Cada "tipo" es, gracias a él, un mundo, genuino microcosmos» [24]. Andaluz de Benalcázar, aunque nacido en Madrid, reserva para su pueblo tonos de añoranza y de donaire y para la Madrid de su vida adulta palabras de amor y de sabios reproches, por no haber sabido ponerse al día y recobrar el tiempo perdido; en fin, para la Lima de su exilio activo y productivo, acentos de reconocimiento y de satisfacción.

Opuesta es la escritura autobiográfica de Juan Gil-Albert: prosa lírica contra exactitud periodística, mundo interior contra el multiforme mundo exterior, contemplación contra movimiento. Toda su obra creativa es honda y entrañablemente autobiográfica (las novelas, las prosas de arte, las evocaciones), así como, en modo complementario, sus prosas declaradamente autobiográficas se enriquecen con temas que le son históricamente extraños, adquiriendo autónoma vivencia, como la evocación de los Romanof en *Crónica general.* Escritas todas en España, estas obras reflejan la condición de Gil-Albert: el exilio y el insilio le han permitido apartarse del fluir de la vida —la suya y la del mundo— y pararse a mirar, a reflexionar, a conectar recuerdos y vivencias: como escribe José Santamaría, «Gil-Al-

[24] Manuel Andújar: «Memorias españolas», en *Cuadernos hispanoamericanos* 1984, n. 412; p. 68.

bert, en esta obra de rememoración espontánea, no deja que se le escape ninguno de los arabescos entrelazados; digresiones y recuerdos no se agolpan atropellándose unos a otros, por el contrario fluyen espontáneamente. La crónica es morosa, minuciosa, selectiva» [25]. Escrita en España, decíamos; pero el flujo y el reflujo del tiempo en la memoria y en la sensibilidad de Juan Gil-Albert le hacen escribir muchas páginas centradas sobre los días de guerra, el campo de Saint Cyprien, el exilio mexicano, el viaje con Máximo José Kahn a Río y Buenos Aires, el regreso, solitario, en tren hasta Alcoy, la casa de campo de sus padres, teatro de sueños y lecturas infantiles. Volver mil veces sobre sí mismo, buscando siempre facetas nuevas, no emergidas hasta ahora, nuevas relaciones, nuevos modos de ser y de sentir, responde en Juan Gil-Albert a la necesidad de reconocerse, de reconstruir su propia imagen: «sí, el hombre dispone —las disfruta o las sufre—, de varias vidas y yo añadiría, por un prurito de exactitud que se hace cada día más necesario, el hombre de mi generación al menos. Apenas me reconocía yo durante la Guerra Civil en el que había sido anteriormente; en América, bien pronto se me convirtió en fábula, mi aventura de la revolución y ahora, de nuevo donde estuve, pero tan distinto. He de realizar un forzoso trabajo de reconstrucción para sentirme vivir dentro del personaje que fui durante mis años americanos [...] Nosotros cambiamos, paso a paso, a saltos, a empellones, o voluptuosamente, según cuando o quien» [26]. Estos cambios, en la tipología más clásica de la autobiografía confesional, son objeto de sus minuciosas indagaciones: el yo en su mundo, casi jugando a esconderse y desenmascararse mutuamente; pero la comparación abarca otros ámbitos, la antigüedad, los mitos, el arte, la vida en la Grecia antigua como en la Europa de entre siglos: la «otredad» que es, siempre, su patria verdadera, añorada con aristocrático sentido del «cada tiempo pasado fue mejor», lo que no le impidió creer en lo nuevo, en la República, en la democracia, como demuestran no sólo su obrar sino también páginas ejemplares sobre la vida en la Valencia capital intelectual de España y el exilio [27].

[25] José Santamaría, prólogo a Juan Gil-Albert: «Crónica general», *Obras completas,* IV, Valencia, Edicions Alfons El Magnánim, 1983; p. 18.

[26] Juan Gil-Albert: *Los días están contados,* Barcelona, Tusquets, 1974; p. 109.

[27] Cfr. Juan Gil-Albert: *Memorabilia (1934-1939),* Barcelona, Tusquets, 1975; pp. 176-277 y *Los días están contados, op. cit.;* pp. 109-166. No es por casualidad que los dos textos donde habla detalladamente de la guerra y del exilio son los que dan el título a las dos recopilaciones de textos.

Autobiografía íntima es también *Ocnos,* de Luis Cernuda, igualmente nacida de un doloroso sentimiento de nostalgia «que sentía de *su* tierra, *su* ambiente, *sus* amistades españolas» [28]; como los textos de Gil Albert, es una autobiografía poética que oscila entre el rescate del ámbito y del tiempo perdidos y la reflexión sobre los temas de la caducidad del tiempo, del eros insatisfecho, de la oposición fundamental e ineludible entre realidad y deseo. En el hostil y nunca aceptado espacio anglosajón, la ausencia y la pérdida de España se convierten en los signos de estos «poemas en prosa» difícilmente clasificables. *Work in progress,* obra amada y tenazmente revisada, *Ocnos,* con sus tres diferentes ediciones, acompaña al poeta desde los primeros días del exilio hasta la muerte. Los 31 poemas de la primera edición (Londres, 1942) ahondan en un solo tema con múltiples variaciones: el Paraíso Perdido de la infancia sevillana. El deseo de eternidad conoce la conciencia de la derrota, la dolorosa aceptación de todo lo perecedero. Con la eliminación del último poema, *Escrito en el agua,* que al mismo Cernuda le daba la impresión de un definitivo «tapón», *Ocnos* se vuelve obra abierta: el poeta supera la nostalgia del tiempo mítico para narrar y comentar las experiencias en Inglaterra, Estados Unidos y México, etapas sucesivas de su exilio. Con la segunda edición (1949), Cernuda añade nuevos poemas y reordena los viejos (46 en total); aun permaneciendo invariada la tónica fundamental, el segundo *Ocnos* es un libro totalmente nuevo, donde a la nostalgia del pasado se sobreponen los sentimientos del presente. La última edición de 1963 difiere de la segunda sólo por su ampliación numérica (63 poemas) y aparecerá después de la muerte de su autor.

Work in progress es también la autobiografía de José Bergamín, obra inconclusa y nunca publicada íntegra, aunque anunciada con frecuencia por su autor (con el título significativo de *La vida de un fantasma contada por un esqueleto*) y dada a conocer fragmentariamente. De todos los fragmentos conocidos, el más significativo es sin duda «Ahora que me acuerdo. Recuerdos de esqueleto» (1953), publicado durante su exilio uruguayo:

[28] Luis Cernuda: *Historial de un libro,* en *Poesía y literatura I y II,* Barcelona, Seix Barral, 1972, p. 200.

> Es mi propósito evocar ahora recuerdos míos de esqueleto, desde mi infancia. Recuerdos de conciencia; de lo que llamamos el hombre interior; que no quiere decir que lo sea sino como conciencia propia; como esquelética determinación imaginativa, por las palabras, del hombre exterior que lo va haciendo de fuera para dentro, duro y duradero. [29]

En este largo fragmento Bergamín no abandona jamás ni la prosa poética ni el bagaje cultural, 'citacional' [30] que siempre le acompaña (los versos puestos como epígrafe —del *Romancero* y de Calderón— recuerdan su extracción bivalente, popular-barroca). Mejor que cualquier glosa, sus mismas palabras esclarecen su poética del recuerdo:

> La virtud mágica del recuerdo puede engañarnos fácilmente si no la manejamos con cautela. Porque las imágenes y figuraciones que nos evoca tienden a precipitarse por salir a la luz, unas antes que otras, para hacerse reconocer por la conciencia.
> Y lo que es más grave, suelen interceptar el paso a las sensaciones de que nacieron, o con las que nacieron, evocando un mundo de imaginativas complejidades aparentes, entre las cuales se desliza, como un gusanillo corruptor de esas mismas sensaciones e imágenes evocadas, la sutileza enredadora de nuestro juicio [...] esa especie de conceptuación prematura, de clarificación o cristalización racional que nos anuncia su presencia [de la memoria], como su paso fugitivo, por quedarse solo con su huella, con el vestigio imperceptible, fuera de esa misma conceptuación racional que digo de su paso: huella, vestigio mortal siempre para el poder ilusorio de los recuerdos (p. 62).

Las dos grandes figuras femeninas del pensamiento hispánico contemporáneo, Rosa Chacel y María Zambrano [31], autoras de interesantes textos autorreferenciales, han escrito dos densos ensayos sobre la *Confesión,* confirmando el renacimiento de la escritura autobiográfica en España y de la atención que la crítica le va dedicando. La doble vertiente en que se mueve toda autobiografía, y aun más la del exilio, experiencia hondamente individual e histórica a la vez, ha

[29] José Bergamín: «Ahora que me acuerdo. Recuerdos de esqueleto», *Entregas de la Licorne,* 1953, n. 1-2, p. 52.

[30] Cfr. Florence Delay: «La crítica citacional de José Bergamín», *Camp de l'arpa,* 1979, n. 67-8, p. 17.

[31] La primera es Premio Nacional de las Letras Españolas en 1987; la segunda, Premio Príncipe de Asturias de Comunicación y Humanidades en 1981 y Premio Cervantes de literatura en 1988.

sido objeto de agudas reflexiones por parte de María Zambrano (1904-1991):

> La confesión surge de ciertas situaciones. Porque hay situaciones en que la vida ha llegado al extremo de confusión y de dispersión. Cosa que puede suceder por obra de circunstancias individuales, pero más todavía, históricas. Precisamente cuando el hombre ha sido demasiado humillado, cuando se ha cerrado en el rencor, cuando sólo siente sobre sí «el peso de la existencia», necesita entonces que su propia vida se le revele. Y para lograrlo, ejecuta el doble movimiento propio de la confesión: el de la huida de sí, y el de buscar algo que le sostenga y aclare [32].

Precisamente por esta conexión profunda que los dos niveles de la existencia experimentaron durante la Guerra Civil y el destierro, los escritos autobiográficos del exilio raramente se vuelcan exclusivamente hacia las memorias de carácter histórico o hacia el narcisismo. En el primer caso sería una obra de exclusivo interés documental; en el segundo, sería

> una confesión troncada, mezquinamente fracasada, por ser simple exhibición de lo que no es. No es camino, sino trágica y a la par grotesca galería de espejos (p. 171).

Si la *confesión* es «un método, para encontrar ese *quien,* sujeto a quien le pasan las cosas, y en tanto que sujeto, alguien que queda por encima, libre de lo que le pase» (p. 71), su *Delirio y Destino* (1989, aunque escrito y publicado parcialmente a principios de los años cincuenta) es decididamente una confesión, es decir, la historia de la búsqueda de su identidad en consonancia con su *circunstancia.* Obra autobiográfica, histórica, poética, filosófica, confirma la posibilidad de «encontrar un nuevo género literario que reuniera en un solo haz la novela, la poesía, el poema, en suma, lo que yo he llamado confesión» [33]. *Delirio y Destino* se refiere a los años juveniles de la autora, que se corresponden precisamente con el período de germinación y definición de la República, con ramificaciones irregulares e imprevisibles volviéndose hacia la infancia o adelantándose hasta el exilio.

[32] María Zambrano: *La confesión: género literario,* Madrid, Mondadori, 1988, pp. 18-19.

[33] María Zambrano, entrevista de Rogelio Blanco y J. A. Ugalde: «Ya he muerto varias veces», *El País,* 5-2-1989, p. 13 del suplemento «Libros».

A la evocación del vivificador y rico clima republicano le siguen rápidos y convulsos párrafos sobre la guerra, «epopeya vivida» («Mientras anduvo formando parte de esa multitud no se sintió sola ni vencida» [34]), y sobre el exilio (quebrado el hechizo, borrado «este tiempo feliz [que] era una especie de comunidad», el exilio es sólo tragedia individual). La obra está escrita ora en la primera persona (a menudo el *yo* se transforma en *nosotros*), ora en la tercera («salir de sí buscando algo que lo recoja, algo donde reconocerse, donde encontrarse» [35]), y está compuesta por dos apartados que remiten al título: el primero, *Un destino soñado,* el suyo y el de España, revivido como destino histórico, al que no es posible sustraerse; el segundo, *Delirios,* reinterpretación de algunos acontecimientos de la historia de España a través de fábulas atemporales.

Otro texto autobiográfico de María Zambrano es *A modo de autobiografía* (1987), obra metanarrativa sobre la necesidad de incluir «los momentos y las épocas enteras de oscuridad, en que uno no se está presente a sí mismo» [36].

En su *Confesión* (1971) Rosa Chacel analiza la obra de tres autobiógrafos célebres (San Agustín, Rousseau, Kierkegaard) cuya influencia es innegable en cuantos se han dedicado a este género. El tipo de memoria que genera las confesiones, escribe Rosa Chacel, es la que

> sólo ahonda en sí misma: todo dato, toda experiencia, emoción o análisis, va a buscarlos hacia el principio —el principio de esos datos y su propio principio [37].

El que quiera escribir su confesión debe buscar los principios, las motivaciones de sus actos en el

> conflicto persistente que los determinó todos; un misterio que ni él mismo comprende y que acaso sólo confiesa con el fin de oírlo relatado, para comprenderlo (p. 96).

[34] María Zambrano: *Delirio y Destino,* Madrid, Mondadori, 1989, p. 235.

[35] María Zambrano: *La confesión, op. cit.; p. 22.*

[36] María Zambrano: *A modo de autobiografía,* Anthropos, 1987, n. 70-71, p. 69.

[37] Rosa Chacel: *La confessión,* Barcelona, Edhasa, 1971. Cito del amplio fragmento publicado en *Suplementos Anthropos,* 1988, n. 8, p. 92.

En caso contrario, sólo «acumula datos de lo externo, bien sean graves o bien triviales, bien sean emotivos o bien especulativos» (p. 92); es decir, serán textos de *memorias*. Como en el caso de María Zambrano, también la autobiografía de Rosa Chacel se ajusta a los principios de sus páginas teóricas; así *Desde el amanecer* (1972) es, a tenor de lo dicho, una confesión. Rosa Chacel busca en sus primeros diez años de vida las motivaciones, las causas, las circunstancias que han favorecido su desarrollo intelectual. Todo parece concurrir a la formación de una gran intelectual: el ambiente condiciona tanto su vida que el relato parece inspirado en el determinismo filosófico. Evidentemente, sus análisis profundos socavan su memoria hasta llegar a impensables anfractuosidades que su escritura siempre transparente y lógica convierte en diáfanas. El cúmulo de tantos elementos positivos que podían presagiar y facilitar un destino privilegiado —como lo hemos leído en *Desde el amanecer*— desaparece en *Alcancía, ida y vuelta* (2 vols., 1982), diario de cuarenta años de exilio (1940-1981). Dificultades económicas, problemas familiares, incomprensión de críticos y escritores, dificultan ahora su actividad creadora y ensayística. No se trata de un diario íntimo o sentimental («¡Por qué no seré de esas mujeres que hacen de su diario un confidente íntimo! Tal vez porque soy demasiado escritor», I, p. 114), sino de un diario intelectual, retrospectivo (sus páginas tienen «carácter de memorias, son cosas de hace tres o cuatro días, pero están ya sedimentadas. Y es que no puedo decir nada de lo inmediatamente próximo», I, (p. 51), destinado a la publicación desde el momento mismo de la escritura. La circunstancia del exilio está ausente, pero no la nostalgia de España junto a un sentimiento de orgulloso distanciamiento por el hecho de que sus obras no son conocidas y estimadas en la España franquista.

Alcancía traza un camino de perfección intelectual, configurándose como imprescindible guión para cualquier acercamiento crítico a su producción narrativa y especulativa.

Dos palabras merecen aún Vicente Llorens y Carlos Martínez. El primero ha escrito *Memorias de una emigración* (1975), crónica y descripción de la situación en la que vivieron los exiliados españoles en Santo Domingo, con todas las dificultades y contradicciones de vivir en un país bajo dictadura. Llorens no se detiene demasiado en el aspecto político, sino que detalla la vida cotidiana en la isla, sus

costumbres y, sobre todo, su naturaleza. Del mismo tono es el texto de Carlos Martínez, *Crónica de una emigración* (1959), que es un primer intento de inventario de obras publicadas, iniciativas, manifestaciones, revistas y editoriales en Hispanoamérica, principalmente en México. Además de una indiscutible utilidad, a pesar de juicios no siempre acertados, dada la fecha temprana de composición, hay en el texto retratos vivaces y curiosas anotaciones para descubrir la intrahistoria de aquel mundillo constituido por los exiliados.

Datos, fechas, números del exilio son bastante conocidos: muy poco se sabe, en cambio, de la terrible experiencia de los españoles en los campos de concentración y de trabajo en Francia y África del Norte; mucho menos, sobre los que fueron deportados a Alemania. Si es verdad que «después de Auschwitz escribir un poema es acto salvaje» como ha escrito T. Adorno, la así llamada literatura testimontal sobre el holocausto nos ha dado a conocer una realidad inimaginable e inenarrable. En estas circunstancias «el impulso de escribir, de recordar, de grabar algo para la generación venidera o simplemente para luchar contra el olvido es una fuerza primordial y humana» [38]. Es muy raro que el testimonio directo en estas circunstancias tenga también valor literario (como en *Se questo è un uomo,* de Primo Levi); a menudo la manipulación literaria se impone: la prosa lírica —*Cristo de 200.000 brazos* de Agustí Bartra, escrito originariamente en catalán— o la composición poética —*Diario de Djelfa* de Max Aub— parecen atestiguar de una manera más profunda, más universal —sin renunciar a lo referencial— aquella experiencia, evitando lo anecdótico y privilegiando la sensación de destrucción y ausencia de sentimientos humanos. Escritos en el campo, los versos del *Diario de Djelfa* no son «ligeros y ardientes hijos de la sensación, ni fueron escritos en "el instante en que, puro, tranquilo, sereno y revestido, por decirlo así, de un poder sobrenatural, mi espíritu los evoca", sino hijos de la intranquilidad, del frío, del hambre y de la esperanza —o de la deseperación [...] Les debo quizá la vida porque al parirlas [a las poesías] cobraba fuerza para resistir el día siguiente: todo cuanto en ellas se narra es real sucedido» [39]. O bien encontramos fragmen-

[38] Michael Ugarte: «Testimonios del exilio: desde el campo de concentración a América, en VV. AA., *El exilio de las Españas, op. cit.;* p. 49.

[39] Max Aub: *Diario de Djelfa,* Máxico, sin ed., 1944, p. 5.

tos más o menos extensos sobre la vida en los campos, de una dramaticidad y densidad tales que no podrían sostenerse en un número mayor de páginas (como los que hemos citado de *El caballo griego* de Altolaguirre). *Éxodo: diario de una refugiada española* (1940), de la escritora de origen cubano Silvia Mistral, llegada a México en el *Ipanema,* y *Saint Cyprien, plage,* de Manuel Andújar, quizás sean las muestras mejores —desde el punto de vista del resultado literario— entre las novelas testimonio centradas sobre la vida en los campos y en general sobre las difíciles condiciones de los primeros meses en Francia.

El regreso a España —la comparación entre la España soñada y la real, entre el yo obligado al destierro y el yo que regresa— ha motivado el mayor número de autobiografías. Ayala, María Casares (exiliada en París), Teresa Pámies (en París y Checoslovaquia) empezaron a escribir sus memorias precisamente a raíz del reencuentro con España. Max Aub, en *La gallina ciega* (1971), escribe su «diario español», en el que expresa la imposibilidad de un definitivo regreso. El inevitable cotejo entre la España imaginada y la real es continua:

> Extraña sensación de pisar por primera vez la tierra que uno ha inventado o, mejor dicho: rehecho en el papel [40].

No faltan comentarios sobre la literatura escrita en España y en el exilio (pp. 389-400), palabras proféticas sobre el futuro político de la península (p. 401) y de decepción hacia la ignorancia y la falta de curiosidad de los jóvenes (p. 32); como todos los textos autobiográficos de escritores y artistas, también *La gallina ciega* se puede leer como una guía para la interpretación correcta de los indicios autorreferenciales de las obras de creación (p. 17). Max Aub, hombre de teatro, a través de los diálogos —algunos verdaderos, otros camuflados para expresar mejor sus ideas e impresiones en un debate— expone no sólo sus convicciones, sino también las sensaciones y los sentimientos de quienes han vivido el franquismo, de quienes han vuelto y se han acostumbrado, de quienes —los jóvenes— no conocen más que esta realidad. A través de los diálogos conocemos también historias escalofriantes como la de quien, para sobrevivir en

[40] Max Aub: *La gallina ciega,* México, Joaquín Mortiz, 1971; p. 19.

Mathausen, se hizo castrar (p. 215), historia que bien podría figurar en sus obras de ficción. Precisamente por su estructura basada fundamentalmente en los diálogos, *La gallina ciega* ha sido dramatizada por José Monleón y estrenada en el Teatro María Guerrero de Madrid en el ámbito de la Exposición dedicada al Exilio Español en México en 1983.

Si es verdad que es «caratteristico dell'autobiografia dell'esilio il superamento del fatto puramente personale per porre al centro del discorso il problema dell'interpretazione e del senso della storia» [41], los textos examinados demuestran que escritores y poetas han sabido interpretar y juzgar la historia a través de sus propias vidas, escribiendo obras de alta calidad literaria que son, a la vez, profundos autoanálisis y testimonios fidedignos.

[41] Virginia Verrienti: «Tra autobiografia e romanzo», en VV. AA., *Fascismo ed esilio, op. cit.;* I, p. 173.

V

REVISTAS Y EDITORIALES

Revistas y editoriales no constituyen un apartado marginal en el panorama de la literatura del exilio, porque la actividad en este sector tuvo una doble e importante función. Por un lado, para muchos desterrados, fue una fuente económica de primaria importancia y, por otro, sobre todo en los primeros años, cuando todavía los lazos con los intelectuales locales no se habían estrechado, fue, en muchos casos, la única posibilidad para seguir publicando. Esta situación aportó también beneficios a los mismos países iberoamericanos en cuanto respondía a la necesidad del desarrollo de las editoriales nacionales en Latinoamérica que eran casi inexistentes, si exceptuamos los polos de México y Buenos Aires. Hasta 1936 todo se publicaba en España, incluso los clásicos hispanoamericanos y las traducciones. Como recuerda Daniel Cossío Villegas, «España fue hasta 1935 el único país de habla española que imprimía libros en una escala industrial, y el único en consecuencia que contaba con el mercado de todos los países de habla española y aun portuguesa. Así las cosas, la Guerra Civil española en 1936, mientras asesta a la industria editorial española un golpe cuya plena recuperación exigiría largo tiempo, da a la latinoamericana la oportunidad de pasar de una producción doméstica limitada a una industria de mercado internacional [...] Por otro [lado] la Guerra Civil hizo emigrar a América a algunos intelectuales españoles que encontraron pronto acomodo como valiosos colaboradores de las nuevas editoriales hispanoamericanas» [1].

[1] Daniel Cossío Villegas: «España contra América en la industria editorial», *Extremos de América*, México, Tezontle, 1949; pp. 308-10.

Con el cierre de ese tráfico comercial en 1936, los hispanoamericanos se vieron obligados a encauzar la empresa editorial que, después de los primeros y cautos pasos, recibió las aportaciones, de indudable calidad, de los republicanos. Un adelantado fue Guillermo de Torre, residente en Buenos Aires entre 1927 y 1932, desde 1931 secretario de redacción de *Sur* y colaborador de los principales periódicos porteños. Su biografía no permite incluirle en este panorama: de 1932 a 1936 vivió en Madrid, donde fue acusado de simpatizar con el fascismo y donde había polemizado con Antonio Sánchez Barbudo sobre «libertad» y «dirigismo» artístico en tiempo de guerra. Enemigo de dogmas y totalitarismos, como auténtico liberal (había sido miembro destacado de la orteguiana *Revisa de Occidente*), pese a que sus simpatías estaban a favor de la República, decidió marcharse en junio de 1937. Propuso a los gerentes de Espasa-Calpe una «expansión» en Argentina que no se llevó a cabo, pero en agosto de 1930, junto con Gonzalo Losada, ex-gerente de Espasa-Calpe, y Attilio Rossi, pintor italiano antifascista, fundó la Editorial Losada con sus colecciones Austral y Contemporánea. Desde el principio, les acompañaron Amado Alonso, Francisco Romero y Pedro Henríquez Ureña. Allí se editaron las primeras *Obras completas* de Federico García Lorca (1938-1946) y allí se encontraron, trabajaron y publicaron exiliados y desterrados de España. A partir de noviembre de 1938 fue agregado Cultural de la República Española y en 1942 se nacionalizó argentino, desempeñando una importante función como puente entre los intelectuales españoles del exilio y los residentes en España, que ayudó a dar a conocer en América.

América Latina, ya lo hemos dicho, no tenía una arraigada tradición en lo que se refiere a los negocios editoriales y a las publicaciones periódicas, en cambio sí la tenían los exiliados españoles, que en los años 30 habían protagonizado un período entre los más fúlgidos y fructíferos de toda la literatura española, pródigo en revistas y diarios de alto nivel abiertos al elemento cultural, literario y artístico.

Muchas son las revistas publicadas durante los largos años de exilio, algunas estrictamente políticas, de partido, sindicatos o del mismo Gobierno republicano, otras culturales y/o literarias. La mayoría de estas publicaciones abarcan todos los campos mezclando obras de creación, notas y ensayos sobre literatura, pintura, cine, filosofía, al análisis de la situación política española e internacional

(por lo menos hasta finales de los años 40, cuando se seguían con atención y esperanza los frentes de batalla, la derrota del bando nazi-fascista, las metamorfosis de las alianzas, el desarrollo de la guerra fría: todos elementos de los cuales parecía depender la suerte de España).

Recientemente se ha impuesto el interés hacia estas revistas como medio privilegiado para reconstruir la labor y las actividades de los desterrados, siendo un instrumento de distribución y adquisición más ágil respecto a los libros que, por falta de público interesado y por obvios problemas económicos, no siempre encontraban posibilidad de publicación. Mucho se ha escrito sobre los principales periódicos, casi todos publicados en México, y la reimpresión facsimilar de muchos de ellos ha facilitado la investigación, la compilación de índices y útiles trabajos de síntesis. Más difícil es ubicar y reconstruir la historia de las revistas menores, que de todas formas guardan en sus páginas asombrosos testimonios tanto de obras de creación —a veces nunca publicadas en libros— como de escritos ensayísticos. Las páginas que siguen —lejos de cualquier ambición de exhaustividad— quieren resumir datos, nombres, génesis de las revistas «mayores» y señalar a la atención de los investigadores las revistas olvidadas, a la espera de estudios más profundos.

Para introducir y sintetizar el significado común de estas revistas, podemos repetir con Rafael Osuna que «la comunicación que establecen [...] es una comunicación [...] entre españoles, que pueden ser republicanos, comunistas, socialistas o anarquistas, y ello en un deseo de traspasar todas las lindes ideológicas: la condición de español en el éxodo es un factor humano más importante que todas las diferencias políticas [...] En Hispanoamérica este fenómeno es especialmente notable, como también lo es otro: el alcance de la comunicación se extiende hasta los intelectuales y escritores de los países anfitriones» [2]. Estas son, naturalmente, sólo líneas generales, programáticas, indicadas en los editoriales y en los propósitos: como sucede con todas las generalizaciones y programas, pueden verse desmentidas, en la práctica, en los números sucesivos de las mismas revistas, donde, con el tiempo, irán aflorando viejos rencores y divisiones políticas que muchas veces aceleran el cese de la publicación.

[2] Rafael Osuna: *Las revistas españolas entre dos dictaduras: 1931-1939*, Valencia, Pre-textos, 1982; p. 168.

Revistas y editoriales en México

Sinaia (en ciclostil, 18 números diarios más un homenaje a México, 26 mayo - 12 junio de 1937) fue la primera revista del exilio hispanoamericano [3], anticipación de lo que haría, una vez llegado a México, el numeroso grupo de intelectuales que, gracias al apoyo del escritor inglés Waldo Frank, fueron liberados del campo de concentración de Saint Cyprien y enviados a México a bordo del barco *Sinaia*. Igual que en los diarios de a bordo publicados en el *Ipanema* y en el Méxique (que durante el verano de 1939 siguieron el mismo derrotero del *Sinaia* [4]) esta publicación pretendió ser al mismo tiempo fuente de información práctica para la travesía («Lo que pasa a bordo», «Hoy») y para la vida en México (anuncios y, luego, resúmenes de las conferencias que se daban sobre política, economía, historia mexicana, etc.). La nostalgia de España y el deseo de superar, en el exilio, todas las divisiones y luchas intestinas, que han dificultado la natural evolución de la República y de la Guerra Civil, son los temas presentes en las páginas del diario con más frecuencia, objeto de análisis, de discusión y de encuestas entre los viajeros. No faltan, por supuesto, pruebas de creación que van desde los dibujos de Ramón Gaya (ya viñetista de *Hora de España*) a las prosas lúcidas de Benjamín Jarnés o a los poemas, como el de Pedro Garfias: «Qué hilo tan fino, qué delgado junto / —de acero fiel— / nos une y nos separa con España [...]» (n. 18), himno a la hermandad y a la esperanza. El número especial «Homenaje a México», de tamaño mayor que el habitual, reunía obras de creación y palabras de agradecimiento a México y a sus políticos e intelectuales.

Después del *Sinaia* otros barcos llevaron a México un gran número de intelectuales republicanos, configurándose así aquella nación como una «Nueva España». Allí se estableció también la Junta de Cultura Española [5], surgida

[3] La primera en absoluto es *Somos*, publicada en Francia; cfr. Víctor Alfonso Maldonado: «Vías políticas y diplomáticas del exilio», en VV.AA.: *El exilio español en México, op. cit.*; p. 44.

[4] Para una descripción y análisis de estos diarios de a bordo, cfr. el excelente y reciente estudio de Francisco Caudet: *El exilio republicano en México: las revistas literarias, op. cit.*, pp. 80-113.

[5] La Junta de Cultura Española había sido fundada en París en marzo de 1939, bajo la dirección de José Bergamín, Juan Larrea y Josep Carner; en México creó la Casa de la Cultu-

> con el decidido propósito de salvar del desastre la propia fisonomía espiritual de nuestra cultura y de mantener entre los intelectuales emigrados la unión, el sentido de responsabilidad y la continuidad de su obra, que el destierro ponía en grave riesgo de alterar o suspender [6].

Fue la Junta la que organizó en un principio la actividad cultural de los españoles desterrados, financiando además las primeras publicaciones, que tenían de esta manera un carácter oficial: la editorial Séneca y la revista *España Peregrina.* La importancia de este hecho y el reconocimiento objetivo del papel primario desarrollado por México en la acogida hospitalaria y generosa que reservó a los exiliados [7] han motivado un sinnúmero de estudios específicos, a los cuales el lector interesado puede dirigirse. En estas páginas, sólo es posible proponer una mirada de conjunto de cada revista, con pocas noticias y excluyendo casi totalmente citas y análisis individuales.

La editorial Séneca fue dirigida por un grupo de intelectuales propuesto por la Junta. En los varios cargos encontramos los nombres de Enrique Rioja, Jay Allen, Octavio Barreda, Eduardo Ugarte, José Bergamín, José Gallegos Rocafull, Daniel Cossío Villegas, Emilio Prados, Manuel Rodríguez Luna. A lo largo de los nueve años de su existencia, hubo bastantes cambios: a Cossío Villegas, Ugarte, Rioja y, en 1946, Bergamín, les sucedieron Paulino Massip, García Bacca, José Puche y Federico Álvarez. La editorial publicaba cuatro colecciones: Laberinto y Lucero, para las obras literarias; Estela y Árbol para las obras científicas, históricas, políticas y de crítica literaria. En las dos primeras se publicaron cuidadas ediciones de clásicos y de contemporáneos y, entre ellas, algunas de capital importancia como las *Obras completas* de Antonio Machado, *Poeta en Nueva York* de Federico García Lorca (aún inédito) [8] y una antología de poesía contemporánea en español, *Laurel,* prepa-

ra Española y contribuyó al éxito de la Casa de España y a su transformación en el Colegio de México.

[6] «Actividades de la Junta de Cultura Española», en *España Peregrina,* 1940; n. 1.

[7] No puedo pasar por alto la actitud del Presidente Cárdenas y de su Gobierno con respecto a los republicanos españoles, analizada en todas las investigaciones específicas sobre el exilio en México.

[8] Federico García Lorca había dejado en el despacho de Bergamín de *Cruz y Raya* el manuscrito, el día mismo en que se marchó para Granada.

rada por Emilio Prados, Juan Gil Albert, Octavio Paz y Xavier Villaurrutia, que despertó muchas polémicas por la exclusión de León Felipe, Pablo Neruda y los más jóvenes [9].

La editorial Séneca necesitaba un medio publicitario ágil y una forma directa de comunicación entre los escritores exiliados: los encontró publicando *España Peregrina* [10], cuyo título —propuesto por Bergamín— adquirió sentido simbólico y se convirtió en el lema en el que se identificaban todos los españoles exiliados. Se publicaron, por evidentes dificultades económicas, solamente nueve números entre febrero del 40 y octubre del mismo año (el número 10 se imprimió sólo en 1977 en la edición facsímil), cada uno de ellos encabezado por los «Estatutos de la Junta de Cultura Española». Se reiteran así, en cada número, los propósitos de esa iniciativa de organización cultural, bien resumidos en el apartado tres:

> Es propósito de la Junta evitar la disgregación de los intelectuales expatriados, estableciendo entre ellos relación constante, suscitando y apoyando ciertas iniciativas, coordinando otras, y procurando, por todos los medios a su alcance, que se establezcan en el destierro los órganos de creación, expresión y conservación de la cultura española que se juzguen necesarios.

Eran directores José Bergamín, Josep Carner y Juan Larrea, quienes dirigían al mismo tiempo la Junta. *España Peregrina,* como indica su título, a diferencia de la casi totalidad de las revistas del exilio, no aspira a englobar en sus páginas a autores hispanoamericanos y en ello residen sus méritos y sus defectos; es, como escribe Arturo Souto Alabarce, «todavía en su mayor parte una revista española, y una revista de la Guerra Española» [11]. Aparece como cerrada, monotemática, tendente a la autoafirmación, a la reivindicación y a la defensa de una tradición popular, cultural y científica estrictamente española, que ha adquirido, precisamente gracias a la tragedia de la Guerra Civil, sentido universal:

[9] Cfr. Gonzalo Santonja: «La Editorial Séneca y los libros iniciales del exilio», *Cuadernos Hispanoamericanos,* 1989, n. 473-4; pp. 191-200.

[10] Se decidió su nacimiento en Francia, en una reunión de la Junta presidida por Marcel Bataillón, para que existiera un órgano de la Junta «de nivel cultural superior».

[11] Arturo Souto Alabarce, *op. cit.;* p. 368.

> Así la voluntad popular de España, personificando en este trance crucial de la historia en que lo nacional y lo universal entran en pugna, las más elevadas aspiraciones del hombre, dando con su sangre testimonio de la Justicia y después de haberla defendido inerme y sobrehumanamente durante dos años y medio de cruelísima lucha, rindió por fin su espíritu. Espíritu que hoy, al descomponerse y desaparecer con sus imperfecciones y naturales miserias la estructura política en que tuvo forma, nos ilumina vivamente, nos arrebata [12].

España Peregrina quería mantener vivo y unido lo español en el exilio como entidad autónoma, prescindiendo del país anfitrión, y preservando la unidad, de *praxis* que no de ideología, conquistada duramente en la guerra [13]. Pero sus apelaciones a la necesidad de un proyecto común para la reconstrucción en el extranjero de aquel Frente Popular de las letras y de la inteligencia que tan buenos frutos había dado en la España en guerra podía tener sentido y validez sólo en los momentos de «urgencia», cuando el enemigo era directo y reconocible. En el exilio, pasados los primeros momentos, cada uno llevando su dosis de decepción y de crisis existencial, resurgirían inevitablemente diferencias y recelos favoreciendo la creación de pequeños grupos unidos más por afinidades ideológicas que artísticas. *España Peregrina,* a pesar de las intenciones y declaraciones, mostró en seguida las debilidades y contradicciones de esta ambiciosa «unidad»: el editorial del primer número fue escrito por lo menos tres veces [14] antes de que se encontrara un acuerdo. De todas formas, en su corta vida, *España Peregrina* fue un importante punto de referencia para todos los exiliados en Hispanoamérica. No podemos detenernos aquí en los ensayos y notas publicados en la revista, muchos de indudable valor e importancia en el desarrollo de las problemáticas anteriormente mencionadas, principalmente sobre literatura y política (las muertes paradigmáticas de Federico García Lorca y Antonio Machado o la poesía escrita bajo el franquismo) y la función de España en el panorama internacional (tanto durante la Gue-

[12] Editorial en *España Peregrina,* 1940; n. 1.

[13] Pienso en la gran atracción que ejercitó lo popular sobre los intelectuales y, viceversa, en el acercamiento a la praxis cultural de estratos hasta entonces extraños: lo que ha permitido hablar de «momento mágico», de «simbiosis» entre lo popular y lo culto.

[14] Por José Bergamín, Joaquín Xirau y Josep Carner: de los tres escritos se hizo un campendio hasta llegar a la versión publicada; cfr. Juan Larrea: «A manera de epílogo», en *España Peregrina,* edición facsímil, México, Finisterre, 1977; pp. 78-82.

rra Civil como con respecto a la Segunda Guerra Mundial). Se publicaron también en esta revista algunos poemas entre los más interesantes de la primera fase del exilio, cuando España todavía constituía el eje hacia el cual apuntaban todos los pensamientos y sentimientos de los exiliados: nostalgia (*Elegía española* de Cernuda, número 4), recuerdos de la guerra (*18 de julio de 1936* de Adolfo Sánchez Vázquez, número 6), esperanza en la España venidera (*España viva* de Francisco Giner de los Ríos, número 7). El número 10 no vio la luz sino en 1977. En él se explicaban las razones del cese de *España Peregrina* y su transformación en *Cuadernos Americanos.* Los directores hacían casi una autocrítica de la precedente etapa centrípeta o, mejor dicho, reconocían que aquella etapa —sin duda necesaria— había finalizado y proclamaban la conveniencia de un movimiento centrífugo, de arraigo y recíproca asimilación entre lo español y lo hispanoamericano, ya que «ni tampoco está ya España en la Península Ibérica, sino en el ancho mundo» [15]. La desaparición de *España Peregrina* fue, en realidad, un acto fundacional, ya que, gracias a una madura comprensión de la situación internacional, nació *Cuadernos Americanos* (fundador Jesús Silva Herzog, secretario Juan Larrea), revista que, aún en nuestros días, continúa publicando y comentando la literatura de mayor calidad que se produce en ambos lados del Atlántico.

Al llegar a México, los intelectuales del así llamado «grupo de *Hora de España*», después de una colaboración inicial en la revista *Taller* (dirigida por Octavio Paz), empezaron a publicar *Romance. Revista popular Hispanoamericana* (24 números entre febrero de 1940 y mayo de 1941), editada por Antonio Sánchez Barbudo, Ramón Gaya, Lorenzo Varela, Juan Gil Albert, José Herrera Petere, a quienes pronto se unieron Miguel Prieto y Sánchez Vázquez. Como se ve, fue la voz de un grupo determinado, que había expresado en *Hora de España* la aspiración a la realización integral de los valores del humanismo [16]. La revista fue financiada por EDIAPSA (Edición y distri-

[15] «Despedida y tránsito» *España Peregrina,* 1940; n. 10.

[16] En la *Ponencia colectiva,* presentada en el Congreso de Intelectuales Antifascistas en Defensa de la Cultura (Valencia 1937), por A. Sánchez Barbudo, A. Gaos, A. Aparicio, A. Serrano Playa, A. Souto, E. Prados, E. Vicente, J. Gil Albert, J. Herrera Petere, L. Varela, M. Hernández, M. Prieto y R. Gaya, todos redactores de *Hora de España* —menos Vicente y Hernández—, se lee: «efectivamente, somos humanistas, pero del humanismo éste que se produ-

bución iberoamerica de publicaciones), empresa de capital mexicano dirigida por refugiados españoles [17], que impuso como director al también español Juan Rejano, ajeno al grupo de *Hora de España*. En el Consejo de Colaboración figuraban Alfonso Reyes, Martín Luis Guzmán, Enrique Díez Canedo, José Bergamín, Pablo Neruda, Juan Marinello, Pedro Henríquez Ureña y Rómulo Gallegos, intentando una significativa osmosis entre españoles e hispanoamericanos. El problema radicó en que, poco a poco, se fue concretando un proceso de incomprensión entre la empresa, por una parte, y el Director y los redactores por otra, que ocasionó, primero, el alejamiento de Sánchez Vázquez y Herrera Petere y, después, el abandono de la revista por parte de los demás. EDIAPSA explica lo sucedido en el número 17 (octubre de 1940), aludiendo a «imperiosas realidades de carácter económico»; en cambio, Sánchez Barbudo ha revelado [18] el intento de imposición por parte de la empresa del escritor mexicano Martín Luis Guzmán como director. Los problemas con EDIAPSA surgieron porque eran diferentes los propósitos y las finalidades. Mientras que los redactores pensaban exclusivamente en hacer una revista cultural, libre e independiente, la empresa editorial pensaba utilizarla como medio de promoción comercial de las publicaciones de la misma firma, al igual que la editorial Séneca con *España Peregrina*. A pesar de que nada cambiara aparentemente (aspecto tipográfico, estructuración, incluso el material que ya había sido recogido por los primeros redactores), el número 17 marca una fractura profunda: ya no podemos hablar de una «revista del exilio». Carácter común a editoriales, artículos y ensayos de la primera etapa es la tendencia enciclopédica, evitando la afirmación de principios individuales de autónoma elaboración. *Romance* se proponía reflejar el mundo hispanoamericano, sea a través de sus intelectuales —muchos de los cuales eran componentes del Consejo de Colaboradores— sea desde el punto de vista del grupo de exiliados, implicados,

ce en España hoy. Del que recoge la herencia del humanismo burgués, menos lo que éste último tiene de utopía, de ilusión engañosa sobre el hombre y la sociedad, de pacifismo, de idealismo en desuso y casi pueril» (*Hora de España*, 1937, n. 8).

[17] Rafael Giménez Siles, ya fundador en España de una empresa similar, el CENIT, había viajado a México antes de que finalizara la Guerra Civil.

[18] A. Sánchez Barbudo: «Introducción» a la edición facsímil de *Romance*, Verlag Detlev Auvermann, 1974.

a pesar suyo, en este «nuevo descubrimiento de América» en el que «los nuevos descubridores no fueron [...] colonizadores, sino que se sintieron "ganados" espiritualmente por los nuevos países en los que vieron una prolongación de la cultura de su país de origen» [19]: un nuevo descubrimiento que permite superar definitivamente el antiguo concepto imperialista de hispanidad y las contiendas seculares entre metrópolis y colonias. Esa actitud se expresa ya en el título, *Romance,* símbolo no sólo de un idioma común sino también de una estructura poética que une países tan lejanos y que renace cada vez que un pueblo lucha por su independencia. A pesar de todo, la aspiración a la dimensión continental no invalida la definición de *Romance* como revista de «neta fisonomía y condición exiladas» [20]. Además de los editoriales, a cargo del director, de las páginas de divulgación científica, de unas secciones fijas dedicadas a reseñas de libros, espectáculos teatrales y cinematográficos, sobresalen las «páginas poéticas» a partir del número 4, donde, junto a Rafael Alberti, Ernestina de Champourcín, José Domenchina, León Felipe, Juan Ramón Jiménez, Pedro Garfias, José Moreno Villa, Arturo Serrano Plaja, encontramos a poetas mexicanos (Carlos Pellicer, Jaime Torres Bodet, Xavier Villaurrutia, González Martínez, etc.) e hispanoamericanos de distintas procedencias (Luis Cardoza y Aragón, Fernán Silva Valdés, Vicente Huidobro, etc.).

Pasados los primeros años de intensa actividad dirigida a la defensa y al mantenimiento de la identidad, así como a la preservación de lo español, surge la necesidad de abrirse cada vez más al mundo hispanoamericano y a volver la vista con actitud crítica —dejando de lado toda visión maniquea procedente de la Guerra Civil— hacia lo que había quedado en España. Expresión de la primera tendencia fue, como se ha visto, la transformación de *España Peregrina* en *Cuadernos Americanos* y, como se verá más adelante, las revistas de exiliados de segunda generación.

En la segunda tendencia se reconocen en cambio *Las Españas. Revista Literaria* (26 números entre 1946 y 1956, fundada por José

[19] José Luis Abellán: «Filosofía y pensamiento: su función en el exilio de 1939», en VV.AA.: *El exilio español de 1939,* III, *op. cit.,* p. 185.

[20] Manuel Andújar: «Las revistas literarias y culturales del exilio en Hispanoamérica», ibíd.; p. 26.

Ramón Arana y Manuel Andújar) y *Diálogo de las Españas* [21] (5 números entre 1957 y 1963, dirigida por Arana), dos publicaciones que difieren de sus contemporáneas tanto por el hecho de mantener al mundo del exilio unido en torno a un proyecto común en un momento en que la «hispanoamericanización» era en gran parte una conquista realizada, cuanto por el apelo a la unidad de la resistencia al régimen franquista en nombre de una pluralidad de posiciones e intereses, englobando también a los exiliados en Francia y a los ibéricos de otra lengua (por ejemplo la sección de poesía publicó muchas composiciones en gallego, en catalán, en portugués y en vasco). Ya desde el primer editorial se habla sólo de cultura española que tiene que revivir en el exilio porque

> España, allí, no tiene voz [...] Pero España puede y debe tener voz más allá de sus fronteras: donde quiera que haya un núcleo de españoles viviendo en libertad.

Sin embargo, se reitera continuamente, no se puede reconstruir España sin un proyecto de integración nacional basado en el reconocimiento de que:

> Todos los pueblos de España, todas las Españas, son para nosotros igualmente entrañables (número 1).

Siendo independiente, *Las Españas* no tenía ningún apoyo económico y así, en sus páginas, encontramos continuas solicitaciones de subvención y ayuda hasta que, en 1948, nació la asociación Amigos de las Españas que favoreció un fuerte desarrollo de actividades culturales: entre ellas, el Ateneo Español de México, centro cultural de trascendente significado que tenía como modelo al glorioso Ateneo madrileño. De *Las Españas* se han dado definiciones opuestas, sin que ninguna sea errónea: Caudet la define «una revista de y para desterrados» [22], mientras que Patricia W. Fagen afirma que «estaba dirigida [...] primordialmente a circular en España [...] Por esto el pe-

[21] Cfr.: María Dolores García Sánchez-Covadonga García Toraño: «"Las Españas" y "Diálogo de las Españas" (1946-1963). Índices», en VV.AA.: *Fascismo ed esilio*, II, *op. cit.*, pp. 415-50, y Alicia Alted Vigil: «"Las Españas" y "Diálogo de las Españas": integración nacional y recuperación de la continuidad de la cultura en el exilio», en VV.AA.: *El destierro español en América, op. cit.;* pp. 219-233.

[22] Francisco Caudet: *op. cit.;* p. 241.

riódico, pasado de contrabando a España, siempre tuvo allí una circulación mayor que en México» [23].

La revista estaba dirigida a los españoles, a los exiliados esparcidos por el mundo y a los insiliados en España, sin distinción, al menos en principio, de lengua, de ideología, de residencia. Buenas muestras de esta ramificación de destino son las secciones fijas «España en el recuerdo», «En la España franquista», «Figuras de España», «Poesía en el destierro». Todas las voces están presentes: empiezan a aparecer tímidamente, en las páginas de *Las Españas,* junto con los de sus coetáneos exiliados, los nombres de poetas y escritores que entre mil dificultades cultivan una literatura viva en el interior de España (donde se distribuye clandestina y gratuitamente). Si en los primeros números de *Las Españas* campean las secciones fijas de las notas, de las reseñas y de las obras de creación (fuera de las ya citadas, «Balcón a la poesía actual en España», «El cuento del mes», «Jóvenes escritores»), además de ensayos sobre arte, cultura, ciencia y filosofía, a partir de agosto de 1950, con el alejamiento de Andújar, lo relativo a la literatura y al arte va disminuyendo paulatinamente y desaparece el subtítulo *Revista Literaria.* En *Diálogo* esta tendencia se confirma aún más: en los 5 números sólo hay un homenaje a Machado y uno a Juan Ramón Jiménez, y unos poemas de Alberti, Gamboa, León Felipe, Vicente Medina, Carles Riba, Pimentel y José Hierro en «Balcón a la poesía española actual» (la única sección fija de literatura que sobrevivió) a la vez que son siempre más numerosos los textos de procedencia española. Machado es, sin duda, el intelectual-guía para los redactores de la revista: suyos son los versos puestos, a modo de lema, en la cabecera de cada número:

> Para dialogar
> escuchar primero
> luego meditar.

La parte literaria se verá relegada a una función secundaria, como simple soporte de un programa vital y político en sentido amplio, que pueda encontrar respaldo también en la España antifranquista, sin perjuicios sobre la futura organización estatal española. Como se afirma en el editorial del primer número,

[23] Patricia W. Fagen: *op. cit.;* p. 91.

> El *Diálogo,* de menor tamaño, más modesto en lo que se refiere a la imprenta y al porte gráfico, no podrá dedicar páginas a temas literarios y a ensayos, ni ofrecer a sus lectores las ilustraciones que siempre han enriquecido a *Las Españas,* pero aparecerá con mayor frecuencia, tendrá más agilidad para informar y más viveza para comentar la actualidad española.

De aquí el alejamiento de los literatos y de los izquierdistas. No ha cambiado sólo el objeto, sino también el destinatario: la revista va dirigida a las nuevas generaciones que no han sufrido la guerra y que pueden reconstruir más fácilmente la nueva España superando fracturas y odios recíprocos. Se impone el *diálogo*

> entre españoles desterrados y desparramados por todos los rincones del Globo; entre españoles que en su propio solar no pueden expresarse libremente y recurren a publicar fuera, clandestinamente, para que sus palabras —fielmente recogidas en *Diálogo*— sean leídas dentro; entre españoles del destierro que llevan a España en su alma y compatriotas del interior que quieren escuchar la voz de estos hermanos. Diálogo necesario, fundamentalmente, con [...] las nuevas generaciones sobre cuyos hombros ha de recaer principalmente en el futuro inmediato el tremendo esfuerzo material de levantar a España de sus ruinas (número 1).

A pesar de no ser una revista *stricto sensu,* el *Boletín de Información de la Unión de Intelectuales Españoles en México* (14 números entre 1956 y 1961) es otro síntoma evidente de la operatividad y de las actividades que en el campo de las publicaciones culturales periódicas desplegaron los exiliados españoles en México, incluso en un momento tardío, cuando el cansancio, la decepción o la hispanoamericanización hubieran podido dispersar a los exiliados y vanificar sus esfuerzos. En 1956 se constituyó la Unión de Intelectuales Españoles en México, siguiendo las pautas indicadas por la misma asociación nacida en Francia en 1944 y hermanándose con la Unión de Intelectuales Libres de España. La Junta de la UIEM estaba constituida por León Felipe (presidente), Moisés Barrio Luque, Max Aub, Josep Renau, Rafael de Buen, Ángel Gaos, Lino Sánchez Portela, Álvaro Arauz, Francisco Pina, Gabriel García Narezo, Amador Pereira, Rafael Sánchez Ventura y Federico Álvarez. Se trata de una asociación apartidista con finalidades políticas y culturales, basada en el reconocimiento de que, si por un lado toda actividad artística y cultural queda aplastada y envilecida en regímenes faltos de liber-

tad, por otro, la labor de los intelectuales puede ayudar al proyecto político de liberalización: nada nuevo, por supuesto, y en línea con otros intentos de lanzar puentes y construir lazos solidarios entre el exilio interior y el exterior. Muchas advertencias y notas recuerdan que la Unión y el *Boletín* no quieren tomar partido en las discusiones sobre formas de la lucha antifranquista ni del futuro sistema de gobierno, sino quieren ser simplemente lo que indican sus nombres: la unión de todos los españoles y un boletín de sus actividades. De todas formas, es evidente que el modelo anhelado para España es el de un nuevo liberalismo, autónomo con respecto a la República y a la guerra, de cuyo peso es preciso liberarse para la futura reconstrucción. Con este propósito, se da amplio espacio a reseñas de ensayos y conferencias que rehabilitan a Menéndez Pelayo, a Ortega y a otros liberales «traicionados» por la historia reciente de España.

El *Boletín* parece lograr las metas prefijadas en lo que concierne a las relaciones con España, tanto que los premios del primer concurso «Nueva España» (1958) fue ganado por Ángela Figueroa Aymerich (poesía) y Victoriano Crémer (novela), los dos residentes en la península. En los «panoramas» de literatura española contemporánea, por ejemplo, ya no se impone una división neta entre el aquí y el allí, sino que se buscan rasgos, trayectorias y proyectos comunes, como lo hace Max Aub, miembro de la Junta de la UIEM, en el ciclo de conferencias sobre «Una nueva Poesía Española», pronunciadas en el Ateneo Español de México y reseñadas en el *Boletín.*

No fue una revista, de modo que se publicaron obras de creación sólo como soporte a alguna noticia o como explicación y ejemplificación de un acontecimiento pero, a la hora de catalogar y estudiar la obra literaria de los exiliados en Hispanoamérica, constituye una fuente de primaria importancia. Además de reseñas, notas, comentarios a cuanto se va publicando, encontramos verdaderos ensayos bibliográficos como la *Bibliografía de autores españoles en México* (número 1), *La obra de los desterrados españoles en México* (número 5), *Fichero preliminar de las obras de autores españoles exiliados presentes en la VIII Feria Mexicana del Libro* (número 14), etc.

Entre las revistas menores podemos mencionar *Orbe. Revista latina de cultura general,* fundada en 1945 por Josep Carner y su mujer, Emile Noulet, raro ejemplo de colaboración internacional al encontrarse, entre los redactores, escritores franceses, hispanoamericanos y

españoles (Juan D. García Bacca, José Ignacio Mantecón, José María Quiroga Pla). Fue una revista bilingüe (español-francés) y, como reza el subtítulo, la rige tanto un afán internacionalista cuanto el deseo de recuperar la imagen total de las actividades humanas, el humanismo integral, cultural y ético, quebrado por los acontecimientos de los últimos años.

Junio de 1947 es la fecha del único número [24] de *Ultramar. Revista mensual de cultura.* Juan Rejano y Miguel Prieto fueron, respectivamente, director literario y artístico, Daniel Tapia secretario de redacción y Rodolfo Halffter, Ramón Rodríguez Mate, Julián Calvo, Arturo Sainz de la Calzada, Adolfo Sánchez Vázquez, Arturo Souto y Carlos Velo los redactores. El rasgo caracterizante, que acerca esta revista a *Las Españas,* es la atención dedicada a los sucesos de España y a la afirmación de la necesidad de intervención, desde el exilio, en la resistencia interior al fascismo. Lo que interesa subrayar en este número, que parecía prometer algo sólido y duradero, es que, a pesar de la evidente postura comprometida, se deja mucho espacio a las obras de creación, con la publicación de una vasta antología poética, *España en el corazón,* seleccionada y presentada por Juan Rejano, y a las reseñas de libros entre las cuales destaca la de Sánchez Vázquez sobre *Hijos de la ira* de Dámaso Alonso.

Otra revista que merece una mención aunque rápida es *Nuestro Tiempo. Revista española de cultura* (1949-1953), órgano del Partido Comunista de España, dirigida por Juan Vicens con la colaboración, entre otros, de Antonio Ballesteros, Miguel Prieto, Josep Renau, Wenceslao Roces, Luisa Carnés, Juan Rejano, Pedro Garfias, etc. En la línea de *Octubre, El mono azul,* etc. se confiere a la cultura un papel primario en la lucha por la libertad y la maduración del pueblo, confiando en otro acercamiento vivificador entre intelectual y pueblo tal como se había dado en la República y, aún más, en la Guerra Civil.

Mucho más que un boletín, como reza su subtítulo, es *Notas y Comentarios. Boletín del Teatro Clásico de México,* dirigido de 1958 a 1972 por Álvaro Custodio. No solamente se señalan las actividades del Teatro Clásico de México sino que en sus páginas se siguen con

[24] César Antonio Molina habla de «periodicidad mensual», lo que hace presuponer la existencia de otros números que no he podido localizar (*Medio Siglo de prensa literaria española,* Madrid, Endymion, 1990; p. 274).

atención y perspicacia las novedades e innovaciones del teatro mundial.

Todavía se puede mencionar *Los Cuatro Gatos* (1943-1952) publicación de la agrupación madrileñista del mismo nombre, revista muy española de tipo casi goliárdico, de gran interés sociológico y antropológico, pero no literario.

A todas estas revistas, publicadas por grupos de exiliados unidos alrededor de un programa o de una nostalgia, podemos añadir algunas revistas singulares, por ser creación exclusiva de un intelectual. Así, encontramos *El Pasajero. Peregrino Español en América* (3 números en primavera, verano, otoño de 1943) donde José Bergamín expresa sus ideas sobre el exilio, el arte, la religión y, sobre todo, la esencia de la españolidad, que ha sido, quizás, a lo largo de su larga vida, el eje principal de su pensamiento: Séneca, Quevedo, Cervantes, los místicos, hasta llegar a Unamuno y a Galdós son, para Bergamín, pautas del devenir histórico, social y psicológico del español y a ellos es preciso volver para explicarse la trágica historia de España. He aquí algunos de los títulos de sus ensayos: *Las cuatro esquinas del sueño, Españolidad y Catolicismo, Las postrimerías del Liberalismo.* En *El Pasajero* publicó también su único texto narrativo largo, *El tostadero de Don Patricio.*

Otra publicación periódica unipersonal es *Sala de Espera* de Max Aub (tres entregas, cada una compuesta por diez números, de 1948 a 1951), nacida, como él mismo confiesa, por «las dificultades editoriales» y «el poco interés que mi literatura despierta» (número 1). En estos 30 cuadernillos, Aub publicó, además de los editoriales que evidencian su constante faceta lúdica —que le permite desnudar los más trágicos sentimientos y frustraciones del exilio— diversos ensayos sobre literatura «desterrada y soterrada», sus obras de creación, principalmente piezas breves que difícilmente hubieran visto la luz en otra publicación, poesías y cuentos. Casi unipersonal es también *Los Sesenta* (5 números, 1964-1965), publicada por Max Aub y Bernardo Giner de los Ríos, revista generacional de literatura: aunque se publicaran textos de otros «sesentones» como Juan Ramón Jiménez, Américo Castro, Guillermo de Torre, Juan Larrea, Jorge Guillén, Rafael Alberti y León Felipe, se le puede considerar casi obra exclusiva de Aub. Suyo es también *El Correo de Euclides. Periódico conservador,* hoja satírica, puro invento pero no puro juego, enviado a los

amigos en las navidades desde el 1961 a 1968, además de un número extraordinario en julio del 1967.

También son muchas las revistas —preexistentes o de nueva creación— donde colaboraron programáticamente españoles e hispanoamericanos, síntoma de la conseguida mexicanización. Realmente, el idioma y la común tradición hispánica habían conseguido en parte la transformación del destierro en un transtierro. El primer ejemplo lo constituye, como hemos visto, *Taller* (12 números, 1938-1941), la primera y más contundente prueba de que la colaboración y el intercambio entre desterrados y residentes son no sólo posibles, sino enriquecedores para ambos, y en la línea de la más noble tradición hispánica. Con estas palabras, Octavio Paz les daba la bienvenida: «Al recoger su fraternal colaboración no hacemos más que ahondar y proseguir, ahora de modo más visible, uno de los propósitos esenciales que dan sentido a nuestra revista: el de nuestra fidelidad a la cultura y, especialmente, a la causa viva de la cultura hispánica» (número 5). Poco después nace *América* (72 números, 1940-1957), una revista joven hecha por estudiantes mexicanos y españoles (el director, Rodríguez Ochoa, era mexicano, el consejo de redacción estaba formado mitad por españoles y mitad por latinoamericanos), dedicada a temas y creaciones literarias sobre todo de los nuevos escritores. Entre los colaboradores españoles más asiduos, recordamos a Juan B. Climent, Carlos Sáenz de la Calzada, Francisco Giral, Daniel Tapia, Francisco Giner de los Ríos, Enrique Díez Canedo, Benjamín Jarnés, Max Aub y, entre los hispanoamericanos, Juan José Arreola, Juan Rulfo, Gabriela Mistral, etc. Como indica el subtítulo, *Tribuna de la Democracia,* se propone contribuir a «alumbrar el nuevo camino del hombre, conduciéndole a un destino mejor» (número 1), y a realizar, por lo menos en el ámbito cultural, el proceso de «transculturación» teóricamente ambicionado pero de tan difícil actuación. La revista parece renunciar a sus propósitos cuando, en 1948, pone como subtítulo *Revista antológica de literatura,* excluyendo así las secciones ensayísticas donde más se evidenciaban los propósitos iniciales.

Nuestra Música (1946-1951), fundada por los españoles Jesús Bal y Gay, Rodolfo Halffter y Adolfo Salazar y por los mexicanos Blas Galindo, J. Pablo Moncayo y Luis Sand es otra muestra de fecunda colaboración.

Juan Rejano, nombre de gran relieve en las publicaciones españolas en el exilio, fundó la *Revista Mexicana de Cultura* (suplemento dominical de *El Nacional*) con el mexicano Fernando Benítez; este último impulsó, con el pintor español Miguel Prieto, la fundación de *México en la Cultura,* suplemento dominical del diario *Novedades.*

Hay que recordar, por último, *Rueca* (19 números, 1941-1949), un interesante experimento, una especie de empresa feminista *ante litteram,* que sin escándalos ni obstracistas afirmaciones de principio, se afirma como una revista cultural ideada y hecha por mujeres, atenta a temáticas y aspectos de la cultura a veces desprestigiados. En el consejo editorial participó Ernestina de Champourcín: entre los colaboradores, encontramos a Enrique Díez Canedo, Manuel Durán, Francisco Giner de los Ríos, Juan Ramón Jiménez, Xavier Villaurrutia, etc.

Otras revistas en las que aparecen, a menudo, colaboraciones de escritores españoles son *El Hijo Pródigo, Letras de México, Tierra Nueva* sin contar la ya citada *Cuadernos Americanos.*

También en lo que concierne a la fundación de empresas editoriales, el aporte de los españoles fue imponente: el precursor fue, sin duda, Rafael Giménez Siles quien, al llegar a México en 1938, había fundado la Editorial Nuestro Pueblo. Más tarde, siendo director gerente de EDIAPSA, fundó otras editoriales especializadas en diversos campos: Editorial Colón, México, Compañía general de ediciones, Libreros mexicanos unidos, Nueva España, etc.

Otras editoriales de relieve son la Atlante, con volúmenes técnicos y científicos, que se transforma posteriormente en la Editorial Grijalbo, adoptando como nombre el de su fundador, Juan Grijalbo Serres; Costa Amic Editores (con más de 50 títulos en catalán); Ediciones Quetzol (franco-española); Cuadernos del Destierro, fundados por Manuel Andújar y José Ramón Arana.

No se puede pasar por alto la importancia del Fondo de Cultura Económica, empresa fundada por mexicanos en 1934 que pudo desarrollarse e imponerse como la más importante editorial mexicana y centroamericana gracias a la colaboración de exiliados españoles como José Gaos, Wenceslao Roces, Manuel Andújar, Joaquín Díez Canedo (quien luego lanzará su propia editorial, Joaquín Mortiz). En el catálogo general de 1964 se recuerda «el extraordinario aliento cultural que significó la presencia en México del brillante grupo de

intelectuales que llegó de España en 1939 y que, en buena parte, se incorporó al Fondo, para colaborar como directores, traductores, correctores y orientadores, que pusieron su experiencia —de prestigio internacional— al servicio de una tarea que diera tan ricos frutos».

Revistas mexicanas de la segunda generación

Creo que un primer reconocimiento oficial de la existencia de un grupo —quizás más de uno— de escritores de la segunda generación de exiliados se debe a Max Aub que, presentando al joven poeta Roberto Ruiz en el Ateneo Español de México en 1948, dijo:

> Estos jóvenes españoles que llegan hoy a la orilla de su hombría, empezaron a aprender en España, muchos de ellos continuaron sus estudios en Francia y los han terminado, o los están acabando en México, al azar de los destinos patrios y paternos [...] Quisiera intentar [...] fijar algunas de las características de estos jóvenes escritores españoles crecidos en México. Forman dos grupos, no muy distintos. Los unos de 18 a 19 años, toman su nombre conjunto de una revista que publicaron, *Clavileño:* los demás son algo mayores y creo que el más viejo ronda los 28 y se agrupan también alrededor del título de su revista, *Presencia* [...] Cogidos entre dos mundos, sin tierra firme bajo sus pies, influenciados por un movimiento filosófico irracionalista, con una España de segunda mano, no acaban de abrir los ojos a la realidad [...] Tampoco tienen idioma propio, y a veces, en lo más castizo, asoman, como es natural, los americanismos [25].

No creo que con menos y mejores palabras se pudiese presentar a estos dos grupos de escritores hispanomexicanos quienes, a mediados de los años 40 encontraron sus primeras oportunidades en las revistas de sus mayores. En *Las Españas,* por ejemplo, publicaron en edad temprana Luis Rius, Manuel Durán, etc., y en estas mismas revistas se señalaron sus primeras iniciativas editoriales, es decir, las ya citadas *Presencia* y *Clavileño,* y la contemporánea *Hoja.* No hay, por lo tanto, un corte generacional neto, sino pequeños cambios de rumbo en una trayectoria ya trazada de antemano por la circunstancia

[25] Max Aub: citado por Carlos Martínez: *op. cit.;* pp. 328-30.

común del exilio. De todas formas, se trata de una convivencia muy limitada, ya que, al finalizar los cuarenta, ya pueden contar con fuerzas suficientes como paa editar sus propias revistas. *Presencia* (8 números, 1948-1950), dirigida por Enrique Echevarría (mexicano), José Miguel García Ascot y Roberto Ruiz, tuvo como redactores a Carlos Blanco Aguinaga, Inocencio Burgos, Manuel Durán, Ramón Xirau, Francisco González Aramburu (un «niño de Morelia»), Luis Rius, Ángel Palerm y Jacinto Viqueira. Se trata de una revista intergeneracional (Palerm y Viqueira eran algo mayores que los demás) pero todos, al reiterar su fidelidad a la España republicana y combatiente, no ahorran críticas a los exiliados maduros que han traicionado sus ideales y se han arrinconado en un estéril pesimismo. No deja de ser significativo, por ejemplo, que Jacinto Viqueira, al reprochar a Sánchez Barbudo su visión de la historia de España basada en un misticismo racial, en un «espíritu español refractario a la idea de progreso» [26], reconozca vigente actualidad a los versos machadianos «y es hoy aquel mañana de ayer...». Criticar, más o menos abierta y rotundamente, a la generación inmediatamente anterior —hecho que encuentra su respaldo histórico en el fracaso de la política y de las elecciones de dicha generación— y, al mismo tiempo, buscar los modelos en las figuras silenciosas y previsoras del pasado más lejano es un clásico signo generacional, quizás inconsciente, pero de indudable significación: Antonio Machado parecía innegablemente destinado a esta recuperación, tanto en exilio como en España. Los fundadores y colaboradores de *Presencia* eran, antes que nada, poetas y en la poesía está la cota más alta de su contribución a la literatura del destierro español. No son la guerra, la invectiva contra el enemigo, el odio, los temas recurrentes, sino el sentimiento de frustración individual, de desarraigo sin la fuerza que puede otorgar la nostalgia o el conocimiento del Paraíso Perdido. No conocen los lazos amistosos —recuerdos de luchas compartidas, confianza en la reconstrucción posible— sólo conocen —como con palabras mesuradas canta M. Teresa Silva— el «desmoronamiento de lo sólido», no saben que «antes del adiós estaba el mar / la presencia del mar».

[26] Jacinto Viqueira: «Sobre las causas de la decadencia de España», *Presencia,* 1948; n. 2.

Los recuerdos son nebulosos y no dan seguridad alguna; saben que

> después del adiós sólo está le llanto,
> la espuma,
> una forma del mar que no es el mar
> como el humo no es ya el color del fuego,
> lo sólido del fuego [27].

De la misma desolada tristeza está llena la poesía de Manuel Durán, de Francisco González Aramburu, de Tomás Segovia. A pesar de todo, en *Presencia* se evidencia también otra vertiente, la que empuja a la participación, a la superación del pudor para expresarse, para reconocer a los demás y reconocerse a sí mismos y, juntos, conocer España y hacerse reconocer por ella. Esto lo cantan Luis Rius en *El ausente* y José Miguel García Ascot en *Poema. Presencia* constituye por tanto «la última expresión de lo que se puede llamar "preocupación por el destierro"» [28]. En *Presencia,* revista liminar entre dos generaciones y dos desarraigos, conviven el exilio territorial y político de las generaciones anteriores y el interiorizado e intimista de las nuevas, en las que se manifestará el exilio existencial, sentimiento de desarraigo no menos doloroso, pero que no es destierro, añoranza de un lugar, de una infancia o de un mítico Paraíso Perdido, como demuestra la poesía de la casi totalidad de esos poetas fronterizos. Como había dicho Max Aub, la España de esa generación «era de segunda mano».

Contemporánea de *Presencia* es *Clavileño* (2 números, 1948), revista de poesía editada por adolescentes con el respaldo de algunos nombres consagrados, como el de Ramón Gaya que la ilustró con su usual elegancia. Los fundadores y colaboradores apenas llegaban a la mayoría de edad: el director, Luis Rius, sólo tenía 18 años, los demás (Manuel Durán, Enrique Echevarría —mexicano—, Inocencio Burgos, Víctor Rico Galán, Arturo Souto Alabarce, Rafael Segovia, etc.) no le llevaban muchos años. Se proclaman neutrales y apolíticos; el recuerdo de España se remueve continuamente para dejar lugar a la experiencia mexicana, a la amistad, a la poesía, al tiempo que manifiestan un rechazo total por el mundo de sus padres que

[27] M. Teresa Silva: «Es el alba», *Presencia,* 1949; n. 5-6.

[28] Ramón Xirau, citado por Manuel Andújar: *Las revistas literarias y culturales del exilio en Hispanoamérica, op. cit.,* p. 72.

les ha criado en el recuerdo —vacío— de España. Por lo tanto, la poesía publicada en *Clavileño* está preñada de tristeza, añoranza, dolor y muerte. Podría parecer puro ejercicio teórico si la repetitividad, la insistencia y la convergencia de los temas no nos indicaran su valencia real. Luis Rius y Manuel Durán, también colaboradores de *Presencia,* se sitúan en difícil equilibrio entre la postura más comprometida de ésta última y el desarraigo metafísico de la otra. No pudiendo sobrevivir a esta dicotomía, *Clavileño* desaparece en seguida para, de alguna forma, renacer en 1951 con *Segrel* (2 números) fundada por Arturo Souto Alabarce, Luis Rius, Inocencio Burgos, Alberto Gironella y José Luis González Iroz. Se sigue privilegiando la postura intimista y desempeñada, alejándose aún más de toda política y compromiso: temas como el dolor, la muerte, la soledad, la falta de pasado y de perspectiva, están tratados con un estilo llano, esencial y elegante, casi un «garcilanismo» más severo y doliente. La identificación de los fundadores con los «segreles» es total: como explican en el editorial del primer número, éstos eran

> juglares trovadores. Distinguíanse del juglar por ser hidalgos, y del trovador también, pues cantar era su oficio, y de él vivían. No es difícil observar por tanto que aquellos segreles tenían un cúmulo enorme de semejanzas con el escritor actual. También éste es algo trashumante, algo hidalgo y juglar.

No es difícil apostar que detrás de esa comparación social y económica hay otra, que los fundadores no pudieron ignorar: el desarraigo del seglar y su condición de extraño con respecto a cualquier proyecto de vida e identificación ideológica, son los mismos que los de los poetas fronterizos, ni españoles ni mexicanos, hidalgos sin nada, juglares de una España que nunca ha sido completamente suya, como confirma Inocencio Burgos en *Autorretrato:*

> No tengo
> una patria definida,
> que lleve en sus crespones
> mis momentos.
> Sólo tengo las pasiones desmentidas,
> que alimentan las arrugas
> de mi cuerpo.

No sé quién soy,
y sin querer saberlo,
espero que me digan algún día,
es un poeta, un pobre
poeta de los muertos (n. 2).

Es también interesante la experiencia de *Hoja* (6 números) fundada por Tomás Segovia. Cada número consta de cuatro páginas, simples y elegantes, dedicadas a un poeta (Tomás Segovia, Manuel Durán, Alberto Gironella, Enrique de Rivas, Michel Albau y Salvador Moreno).

Todas esas revistas son intentos juveniles; con el paso del tiempo el desarraigo deja en general de ser un sentimiento individual y existencial para ahondar más en lo social, transformándose en sentimiento compartido contra el cual es todavía posible luchar. Para combatir este «mal de vivir» se buscan contactos más estrechos tanto con los mexicanos como con los españoles de España. Resultado de esta doble postura es la segunda época de *Ideas de México* (16 números, 1953-56) que tuvo como coordinador a José Pascual Buxó; en la redacción figuraban cuatro españoles: Juan Espinasa (desde el primer número), Inocencio Burgos, César Rodríguez Chicharro y Arturo Souto Alabarce (a partir del segundo). Es evidente un cambio de rumbo con respecto a *Clavileño* y *Segrel:* ya no se puede postergar la toma de conciencia de los lazos entre individuo y sociedad y del papel del poeta, cantor y conciencia crítica del mundo. En esta revista vuelve a imponerse el tema del destierro —tanto en las obras ensayísticas como en las de creación— que parecía borrado, programáticamente excluido en las dos revistas arriba mencionadas. Sus páginas están abiertas a cuantos quisieran expresarse sobre ese argumento con comentarios, entrevistas y encuestas. Es muy difícil juzgar el papel de la revista y el efectivo alcance de sus intentos. Como reconoce Buxó en el editorial del último número,

> *Ideas de México* ha cumplido, aunque sea en bien modesta medida, con uno de sus propósitos iniciales: el de poner ante el público lector una serie de trabajos cuyos autores, en un futuro cercanísimo, constituirán el núcleo más activo y eficaz de la literatura mexicana contemporánea. Hemos de señalar también un fracaso: nuestra pretensión de integrar a los jóvenes escritores españoles que desde hace 20 años viven desterrados en México con aquellos que antes mencionábamos, con el

> único propósito de que esta conjunción fortaleciera humanamente a unos escritores cuya obra, aún hoy, sigue fundándose en la tradición y en la añoranza.

«Tradición y añoranza» que sin duda han perpetuado el sentimiento de desarraigo con respecto a la circunstancia hispanoamericana y les ha permitido «rehuir las responsabilidades que su tiempo le impone» (editorial, n. 9).

Juventud de España (7 números, 1956), como indica su título, representa la total adhesión a la realidad de España, el deseo de compartir, desde el exilio americano, las luchas que se iban desarrollando en las Universidades españolas. Sus redactores (Vicente Rojo, Emilio García Riera, María Luisa Martín y Federico Álvarez), todos jóvenes universitarios, mantenían estrechos contactos con sus coetáneos españoles, en vista de un frente común en la lucha antifranquista. A pesar de que fuera sobre todo una revista política, no faltan secciones dedicadas a la poesía, al teatro y a manifestaciones culturales, tanto de España como de México.

Nosotros (16 números, 1956-59) es otra muestra de los estrechos lazos que mantenían los exiliados entre sí, unidos en la idea y en el recuerdo de España. Fue publicada por los alumnos del Colegio Madrid, es decir por muchachos entre los 16 y 19 años, nacidos durante la guerra o ya en México. Parecen aceptar su exilio de manera menos problemática ya que, a pesar de vivir en un ambiente fuertemente condicionado por lo español (familia, colegio, centros culturales, etc.), están arraigados efectiva y profundamente en el contexto mexicano. Es la ultimísima generación, que está gestando su «presentación pública en la política mexicana» que, según Patricia W. Fagen, se manifestará en primer lugar en el mundo de la escuela y de la Universidad «en la violenta lucha de generaciones del 1968» [29] en la que los hijos de los exiliados españoles tendrán un papel activo.

Estas diferentes posturas podrían parecer casuales o caracteriales si no se tiene en cuenta que el exilio puede marcar de manera muy distinta en las diferentes edades. No es lo mismo vivir la experiencia de la guerra y del destierro a los 5, a los 10 o a los 18 años: el porcentaje de «lo español» y de «lo americano» en la formación de la personalidad y de la identidad varía notablemente. Los que su-

[29] Patricia W. Fagen: *op. cit.*; p. 204.

fren más una situación de desarraigo en los años de formación —son clichés confirmados por la existencia de grupos generacionales— son precisamente los que, trasplantados en su adolescencia, alrededor de los 10 años de edad, no son españoles exiliados, pero tampoco se consideran, como los que son pocos años más jóvenes, mexicanos de origen español. No tienen un pasado al que agarrarse y el presente no les pertenece totalmente. En esa edad podemos enclavar precisamente a los poetas de *Clavileño* y *Segrel* [30], mientras que los de *Presencia,* algo mayores (Viqueira y Palerm habían nacido en los años veinte), tenían un recuerdo por el cual seguir luchando, y los más jóvenes, los de *Nosotros,* ya se consideraban mexicanos.

Revistas y editoriales en Argentina

En todos los países donde llegaron, los intelectuales españoles en los años cuarenta contribuyeron al desarrollo —cuando no fueron ellos mismos fundadores— de la industria editorial y de la publicación de periódicos y revistas de diferente temática y tono.

Argentina, que ya en los años veinte era un centro activo de publicaciones y editoriales, sacó partido con la llegada de los exiliados que colaboraron activamente en todas las iniciativas existentes, como las ya citadas *Sur* y la Editorial Losada. Indudablemente, los españoles —tanto los que ya residían allí desde algunos años como los refugiados recientes— contribuyeron a que Argentina, entre 1938 y 1940, alcanzara el primer puesto en la industria editorial en lengua española. Según Emilia de Zuleta las relaciones de los exiliados con la prensa argentina —yo diría con Hispanoamérica— conocieron fundamentalmente tres etapas: de colaboración

[30] F. Caudet hace notar que los redactores de *Juventud de España* tenían la misma edad que los de *Clavileño, (El exilio republicano en México, op. cit.,* p. 595): es decir, se ve obligado a renunciar a considerar a «los jóvenes exiliados como un grupo compacto»; en este sentido es lícito hablar de una «generación poética» que no necesariamente tendrá los mismos caracteres de una generación contemporánea de políticos o de ensayistas. La actividad de los redactores de *Clavileño* era la poética, mientras que es evidente la propensión a la intervención política o a la investigación crítica de los de *Juventud de España:* elegir la poesía o el ensayo para expresarse ya me parece evidenciar conexiones diferentes con la realidad.

(hasta 1942), de dominio (hasta 1950), de incorporación [31]. Durante la primera etapa, que incluye a los españoles autoexiliados antes de finalizar la guerra, es proficua la colaboración en suplementos literarios *(La Nación, La Prensa)* y en revistas *(Nosotros, Sur).* La nómina, si bien incompleta, de los colaboradores españoles en *Sur* bien puede dar la medida del nivel de cooperación que se estableció entre españoles de ambos lados del Océano gracias también a la presencia de Guillermo de Torre: Sánchez Barbudo, Ortega, Ricardo Baeza, María Zambrano, León Felipe, Rafael Alberti, Blanco Amor, José Ferrater Mora, Américo Castro, Ayala, Rosa Chacel, Salvador de Madariaga, José Bergamín, José Moreno Villa, Jorge Guillén, Pedro Salinas, Benjamín Jarnés, Manuel Altolaguirre, etc.

En la tercera etapa, con la desaparición de la casi totalidad de las publicaciones «exiliadas» y la salida de muchos desterrados, los que se quedan se incorporan sin más en el medio cultural argentino. Es la segunda etapa la que nos interesa, es decir, cuando editoriales y revistas tienen un sello marcadamente «exiliado».

El Centro Republicano Español de Buenos Aires, activo desde comienzo de siglo con diferentes nombres, a partir de 1941 publicó unos cuantos *Cuadernos de Cultura Española* (obras de Alberti, Grau, etc.) e imprimió en su revista quincenal, *España Republicana,* una huella marcadamente cultural: reseñas, anuncios, noticias de libros y revistas, principalmente de autores exiliados. Alberti, Dieste, Ayala y Varela fundaron la Editorial Nuevo Romance (que publicó entre otras, dos novelas de Rosa Chacel y Antonio Sánchez Barbudo); Julián Urgoiti fundó la Editorial Sudamericana (textos de Salvador de Madariaga, Francisco Ayala), Luis Seoane y Arturo Cuadrado la EMECÉ y, más tarde, Nova y Botella al Mar (privilegiando la literatura gallega, pero publicando también obras de Arturo Serrano Plaja, Rafael Dieste, María Teresa León). Poseidón, fundada en 1942 por Joan Merli, editó sobre todo libros de arte y primorosas ediciones con reproducciones y láminas en color.

Entre las revistas, son *Cabalgata, De Mar a Mar, Correo Literario* y *Realidad* las que atraen nuestra atención y nuestro interés por su carácter eminentemente literario.

[31] Cfr. Emilia de Zuleta: «Los exiliados españoles en revistas literarias argentinas», en VV.AA.: *El destierro español en América..., op. cit.;* pp. 183-198.

De Mar a Mar. Revista literaria (7 números, 1942-1943), fundada por Arturo Serrano Plaja, Lorenzo Varela y José Otero Espasandín es un intento más de reunir en la Buenos Aires cosmopolita y hospitalaria a un buen número de intelectuales de habla española. Entre los exiliados, citamos a Arturo Cuadrado, Rafael Dieste, Bernardo Clariana, Ramón Gaya y Juan Gil Albert, entre los argentinos Mallea, R. Donghi Halperin y J. Luis Romero, además de latinoamericanos y europeos momentáneamente presentes en Buenos Aires (P. Henríquez Ureña, el pintor y gráfico italiano Attilio Rossi, etc.). La impresión que da la revista es de una «progresiva apertura hacia América [...]: a pesar de que la primera entrega destacaba por una mayoritaria presencia de los redactores, españoles republicanos, los números siguientes empiezan a incluir artículos de autores latinoamericanos» [32]. Aunque el subtítulo fuera *Revista literaria,* incluye, como la mayoría de las revistas del exilio, ensayos, notas y reseñas de las diversas artes y ciencias, desde la historia (Otero Espasandín, Francisco Ayala, J. L. Romero) a la pintura (Ramón Gómez de la Serna, Ramón Gaya) pasando por el cine y el teatro. Los dos primeros números contenían un homenaje a Miguel Hernández y a Antonio Machado, en los aniversarios de su muerte. Dedicó además un amplio espacio a la reproducción de fotos y dibujos, «otorgando al apartado gráfico [...] una singularidad que, sin duda, la diferenciaba de otras empresas similares y acercaba la propuesta estética de la publicación a una curiosa amálgama de teorías vanguardistas y de compromiso» [33]. Ya desde el principio, era clara para los redactores la importancia del momento histórico, y las palabras del primer editorial recuerdan las de otro momento crucial, el de la *Hora de España* [34]:

[32] M. Teresa Ferriz: «La revista literaria "De mar a mar": la cultura española en la Argentina de los años cuarenta», *Scriptura,* 1992, n. 8-9; p. 342.

[33] Ibíd.; p. 343.

[34] En el *Propósito* del primer número de *Hora de España* (enero 1937) se lee, a propósito de la elección del nombre: «Quede, pues, en "Hora de España" y sea nuestro objetivo literario reflejar esta hora precisa de revolución y de guerra civil [...]. Creemos [...] que la hora manda. Y debemos atender lo que nos manda la "Hora de España"». En este sentido se puede afirmar que la verdadera heredera de la prestigiosa revista española (cuyos redactores fueron Lorenzo Varela, Juan Gil Albert, Ramón Gaya, Arturo Serrano Plaja, Rafael Dieste, Manuel Altolaguirre y María Zambrano) es *De mar a mar,* igualmente atada a su "hora" y a la historia, y no, como muchas veces se ha indicado, *Romance,* cuya actitud es más circunspecta y renunciante (cfr. mi «De "Hora de España" a "Romance": historia de un desengaño», *América,* 1990, n. 4-5; pp. 185-93).

> Hoy tienen las horas una categoría tal de fecha decisiva que requieren del literato o del investigador o del artista una contribución moral tan apremiante que no siempre puede conciliarse con el ritmo de su obra específica.

En efecto se trata de una hora decisiva, no sólo para los españoles del destierro sino también para «los argentinos en permanente búsqueda de su libertad» como subraya Lorenzo Varela en el prólogo a la edición facsímil, y para la humanidad entera.

Entre 1943 y 1945, también en Buenos Aires, salen los 40 números del quincenal *Correo Literario.* Dada la común proveniencia de sus fundadores (Varela, Luis Seoane y Arturo Cuadrado) podría hablarse de esta publicación como de una revista gallega; en cambio, refleja el clima internacional de Buenos Aires. Además, gracias a las frecuentes colaboraciones de Rafael Alberti y a la dirección tipográfica e iconográfica de Luis Seoane, consiguió obtener, en sus páginas de gran tamaño, una inigualable importancia en lo referente a artes plásticas y una indudable elegancia. Quiso ser, como *Romance,* de la que recordaba el aspecto tipográfico, punto de encuentro entre escritor y lector, artista y público, acogiendo en sus páginas obras de alta calidad (los nombres de Serrano Plaja, Rafael Alberti, Francisco Ayala, Juan Gil Albert lo garantizan) y claros ejemplos de arte popular, siempre de un nivel digno (folletines, consejos e indicaciones para la lectura, etc.). Como refiere su primer editorial, quiso ser «un periódico de mayoría, al servicio de la cultura hispanoamericana». Dignas de nota son las secciones de cine, de teatro, de música, «Libros y autores» y «El mercado de los libros», así como las de política internacional, en el momento en el que cabía la esperanza de que los organismos internacionales desconocieran el régimen franquista.

Continuación ideal de *De mar a mar, Correo Literario* y, en otras latitudes y con algunas diferencias, de la mexicana *Romance,* es *Cabalgata* (21 números, 1946-48), dirigida por Lorenzo Varela y Luis Seoane, compañeros de muchas empresas, a quienes, a partir del número 7, se agregó Joan Merlí. En las tres revistas argentinas desempeña un papel fundamental Lorenzo Varela, aportando su experiencia y su visión sincrética de las artes, aquí respaldado en modo egregio por Luis Seoane, pintor, dibujante y poeta gallego. En *Cabalgata* están presentes todas las artes y las ciencias, y al afán de divulgación y de claridad de la prosa ensayística se une el alto nivel de

las obras de creación. Sólo algunos nombres para dejar constancia de lo dicho: Julio Cortázar (quien con José González Carbalho tenía a su cargo la sección de crítica bibliográfica), Nicolás Guillén, Ernesto Sábato, Julien Benda, André Gide, Rafael Alberti, María Teresa León, Ramón Gómez de la Serna, Arturo Serrano Plaja. *Cabalgata* se confirma sin duda como la revista que, hecha por exiliados españoles en Latinoamérica, sin descuidar lo hispánico —expañol e hispanoamericano— abre más sus páginas al mundo entero.

Entre 1947 y 1949 se publicó en Buenos Aires *Realidad. Revista de ideas* (18 números), dirigida por Francisco Romero (nacido en Sevilla, había emigrado a Argentina con su familia) pero en realidad fundada y hecha por los dos secretarios de redacción, ambos españoles, Lorenzo Luzuriaga —pedagogo del grupo de la *Revista de Occidente*— y Francisco Ayala, que podían contar con el apoyo de Eduardo Mallea y las subvenciones de la poetisa Carmen Gándara y de las editoriales Sudamericana y Losada (a partir del número 6 se agrega Guillermo de Torre). Revista refinada, culta, de orientación internacionalista, hubiera podido entrar en competición con la contemporánea *Sur:* para evitarlo, Francisco Ayala tuvo —según sus palabras— «decidido empeño en darle a *Realidad,* como revista de ideas, un sesgo marcadamente ensayístico y crítico, excluyendo de sus páginas los textos de pura invención poética, verso o prosa» [35]. Sin duda, el ensayo —filosófico, histórico, literario, científico, político, estético— es el género dominante, junto a notas, reseñas, crónicas, bibliografías comentadas, etc.; sólo en los últimos números aparecen textos de ficción (uno de ellos es *El Tajo* del propio Ayala). *Revista de ideas,* como reza el subtítulo, *Realidad* intenta explicar y combatir el difícil momento histórico: «partiendo de la conciencia de la crisis de Occidente y de la unidad del planeta, se propone abrirse a la comprensión generosa de otras culturas afirmando la razón contra los impulsos destructores y la libertad de espíritu por sobre "las pequeñas batallas"» [36]. Es preciso recordar también las relaciones que *Realidad* estableció con España: Ricardo Gullón firmaba las «Cartas de España» que relataban la situación de las letras en la península.

[35] Francisco Ayala: *Recuerdos y olvidos, op. cit.;* p. 362.

[36] Emilia de Zuleta: *op. cit.;* p. 193.

Revistas y editoriales en otros países

No hay nación hispanoamericana, por pequeña que fuese, que, al hospedar a refugiados españoles, no les haya ofrecido la oportunidad de publicar algún periódico.

Por ejemplo, en la República Dominicana, donde el dictador Trujillo ofreció una discutida hospitalidad a los republicanos españoles, además de periódicos políticos de larga duración, como *Democracia* (1942-45), órgano de la Junta de Liberación Española, nacieron revistas de diferentes propósitos que reservaban a la literatura un espacio considerable como *Panorama* (dirigida por Serrano Poncela), *Agora, Ozama* (fundada por Álvaro Custodio y Antonio Deltoro), atenta a la vida teatral y cinematográfica no sólo dominicana, y las comunistas *Juventud* y *Rumbo*. En otras revistas la huella de los españoles es evidente, como en *La Poesía Sorprendida* (21 números entre 1943 y 1947), verdadera «creación» de Eugenio Fernández Granell, pequeña joya de cuidado aspecto tipográfico que muestra profundos lazos tanto a nivel estético como ideológico con las vanguardias, sobre todo con el surrealismo bretoniano: así lo proclama Granell en el segundo número:

> no se hace arte para el público, sino a pesar del público.

La aportación de Granell está patente en muchos aspectos: fue redactor, viñetista, gráfico, ilustrador de la revista hasta el número 18, después del cual dejó de colaborar. Son muchos los españoles exiliados (Serrano Poncela, Jiménez, Salinas, Guillén, etc.) que colaboraron en la revista y publicaron sus textos en las colecciones fundadas y dirigidas por los redactores de *La Poesía Sorprendida:* El desvelado solitario (poesía), Vida adentro (narrativa), Mundo interior (teatro) y Estrella en Llamas (varias).

A Chile llegaron una gran cantidad de exiliados, los primeros con el mítico *Winnipeg*, buque que atracó en Valparaíso en agosto de 1937 llevando hacia la libertad a 2.200 españoles refugiados en Francia [37]. Por explícita petición del Gobierno chileno, se dio prefe-

[37] Este viaje fue organizado por Pablo Neruda, en aquel entonces cónsul en Francia; los españoles fueron recibidos por Salvador Allende, Ministro de Salud del Gobierno del Frente Popular Chileno.

rencia a obreros y campesinos —que sepamos, únicos intelectuales conocidos que viajaron en el *Winnipeg* son José Ricardo Morales (quien durante la travesía dio clase de literatura), la pintora catalana Roser Bru y el pintor José Balmes. De todas formas, los intelectuales exiliados a Chile —entonces y después— se introdujeron rápidamente en el ambiente universitario y publicístico chileno. En 1942, con el apoyo logístico y económico del Centro Republicano Español, publicaron también una revista propia, *España Libre* (18 números en 1942), dirigida por Eliazar Huerta, Vicente Mengod, Alejandro Tarragó, Antonio A. Romera y Pablo de la Fuente (ya animador de *Luna,* producto, en ejemplar único, por unos refugiados políticos en la Embajada de Chile en Madrid en 1939-40). La revista tenía un marcado carácter político, pero presentaba una cuidada y pormenorizada sección «Literatura y Artes» en la cual encontramos los nombres de José Ferrater Mora, Arturo Aparicio, Arturo Serrano Plaja, Guillermo de Torre, etc. Donde más se impone la presencia de los exiliados es en el campo de las editoriales. Arturo Soria y Espinosa (ya creador de la revista republicana *Diablo Mundo*) fundó la Editorial Cruz del Sur, de indudable renombre continental. La colección de filosofía, Razón de Vida, fue dirigida por José Ferrater Mora mientras que José Ricardo Morales cuidó las de literatura, La Fuente Escondida y Divinas Palabras, y la de teatro, Retablo de Maravillas. A cargo del mismo José Ricardo Morales, la editorial Cruz del Sur publicó además una de las primeras antologías poéticas del exilio, *Poetas en el destierro.*

En Colombia, Clemente Airó (su verdadero apellido era Oria) fundó y dirigió la Editorial Espiral, que publicó en los años 40 más de doscientos libros (de autores colombianos y españoles) y la revista de literatura y arte *Espiral* que adquirió, en el apartado clima colombiano, un papel rejuvenecedor, siendo además un notable caso de longevidad, ya que llegó al número 135 (1975). En su fundación, en 1944, habían participado Fernando Charry Lara, Jorge Gaitán, Marta Traba y Danilo Cruz Vélez.

En Puerto Rico, donde también llegó buen número de intelectuales exiliados, no nació ninguna revista autónoma, pero el nuevo clima que se respiró en la Universidad y en la vida cultural en general favoreció la fundación de *Asomante* (1945), publicada por la Asociación de Graduados de la Universidad de Puerto Rico y dirigida por Nilita Vientos Pastor. En 1952 se dedicó un número a Pedro

Salinas y en sus páginas encontramos con asiduidad textos de exiliados: Américo Castro, Luis Cernuda, Jorge Guillén, Juan Ramón Jiménez, Pedro Salinas, Segundo Serrano Poncela, Guillermo de Torre, etc. Las mismas consideraciones se pueden hacer para *La Torre. Revista General de la Universidad de Puerto Rico*, también trimestral, fundada en 1953 por Jaime Benítez. Con un radio de acción mayor que el de *Asomante* (se ocupa de literatura, folklore, historia, sociología, etc.), ha gozado de la colaboración de cuantos españoles, aunque de paso, han pisado tierra puertorriqueña. Es más, como reconoce Carmen Vázquez, *La Torre* fue una revista «más española y española republicana que antillana [...], una revista esencialmente extranjera» [38]. La verdad es que en los años 40 la llegada a Puerto Rico de muchos intelectuales españoles (Juan Ramón y Zenobia, Pedro Salinas, Federico de Onís, Tomás Navarro Tomás, Joaquín Casalduero, José Ferrater Mora, Francisco Ayala, Ricardo Gullón, etc.) coincidió con la reorganización de la Universidad por parte de su rector Jaime Benítez, joven intelectual orteguiano. Parece que fue Juan Ramón Jiménez quien sugirió el nombre y el lema de la revista [39] y, sin duda, fue Francisco Ayala el motor propulsor de la iniciativa: «Me negué a dirigirla oficialmente [...] Para las colaboraciones de la revista me atuve a las mismas normas que había mantenido en Buenos Aires con *Realidad;* entre otras, las de retribuir decentemente los trabajos literarios que se insertasen [...] En fin, la revista era hechura mía, como nadie ignoraba, pero aparecía bajo la dirección del rector Benítez» [40].

Revista, por lo tanto, de alta calidad que

> sin dejar de ser una revista académica, procurará integrarse en la vida activa y palpitante de la cultura, ajena a beaterías de cualquier especie, aunque tampoco, claro está, deba renunciar nunca al nivel de exigencia y al tono de moderación propios, no ya de una publicación universitaria, sino de toda decente convivencia intelectual (editorial, n. 1).

Es una revista en la que lo español ocupa un lugar preferente pero dentro de un nivel de internacionalismo cultural que deja fuera los temas candentes de la guerra y del exilio.

[38] Carmen Vázquez: «"La Torre" de Puerto Rico», *América*, 1992, n. 9-10; p. 85.

[39] Lema de la revista son unos versos del *Fausto* de Goethe, traducidos por Juan Ramón Jiménez: «Nací para ver, / mi sino es mirar; / jurado a mi torre, / el mundo me gusta. / Lo lejano miro, / miro lo cercano, / la luna y la estrella, / la selva y el corzo».

[40] Francisco Ayala, *Recuerdos y olvidos, op. cit.;* respectivamente, pp. 402 y 414.

Demuestran ambas cosas los numerosos homenajes: siete entre 1953 y 1975 [41], de los cuales dos dedicados a asuntos puertorriqueños (sobre Luis Palés Matos y el Centenario de la abolición de la esclavitud), uno a Rubén Darío y los demás a españoles (Ortega y Gasset, Miguel de Unamuno, Antonio Machado, Juan Ramón Jiménez). En Puerto Rico Ayala promovió también la fundación de la Editorial Universitaria con «un programa de publicaciones [...] en cooperación con la *Revista de Occidente*» [42].

La Habana, donde ya residía el poeta Ángel Lázaro, enviado oficial del gobierno republicano durante la guerra, fue lugar de paso para muchos. Profundas huellas han dejado allí Juan Ramón Jiménez, María Zambrano, Manuel Altolaguirre y Concha Méndez, entre otros, estrechando vínculos culturales y amistosos principalmente con el grupo de *Orígenes* (1944-56) de Lezama Lima y Rodríguez Feo. Juan Ramón Jiménez y María Zambrano, quienes ya habían visitado la isla antes de 1939, dejan un recuerdo inolvidable que merece la pena señalar; como recuerda Cintio Vitier, «nosotros [el grupo de *Orígenes*] en ese momento no nos conocíamos, pero empezábamos a conocernos en Juan Ramón, sin conocernos personalmente todavía. Había como una convergencia un poco misteriosa en torno a la figura de Juan Ramón. Por otro lado, ésa fue una actitud explícita de Juan Ramón en Cuba: la de unir a los poetas [...] Juan Ramón en Cuba se portó maravillosamente con todo el mundo» [43]. En las cartas de Lezama Lima a María Zambrano está resumido el papel que la filósofa española tuvo en la vida cultural de La Habana: «Desde aquellos años está en estrecha relación con la vida de nosotros; eran años de secreta meditación y desenvuelta expresión. La veíamos con la frecuencia necesaria y nos daba la compañía que necesitábamos [...] Porque, sin duda, donde usted hizo más labor de amistad secreta e inteligente fue entre nosotros [...] Yo recuerdo aquellos años como los mejores de mi vida» [44]. Además, Ro-

[41] La revista sigue publicándose, pero ésta es la fecha que hemos adoptado para delimitar el final del exilio.

[42] Francisco Ayala: *Recuerdos y olvidos, op. cit.*; p. 399.

[43] Cintio Vitier: citado por Díaz Quiñones: *Cintio Vitier: La memoria integradora*, San Juan, Sin Nombre, 1987; pp. 92-5.

[44] José Lezama Lima: «Cartas a María Zambrano», *Cuadernos del Norte*, 1986, n. 38; pp. 4-5.

dríguez Feo vivía en aquellos años en Estados Unidos, estudiando en un *College* donde también residían Pedro Salinas, Jorge Guillén, Luis Cernuda, etc., y todos colaboraron en la revista [45].

En La Habana, el Gobierno Republicano en el exilio publicó *Nuestra España* (13 números, 1939-41, en la imprenta La Verónica de Altolaguirre), dirigida por Álvaro de Albornoz, abierta a todos los temas de la España exiliada.

A Uruguay llegaron muy pocos intelectuales exiliados, a pesar de la tradición de este país en la recepción de emigrantes españoles y de la presencia, en Montevideo, de Eduardo Dieste, hermano de Rafael, que había sido cónsul uruguayo en Madrid. Gracias a su intervención, llegó a Montevideo Bergamín, que colaboró activamente en revistas como *Escritura, Entregas de la Licorne, Asir, Alfar.* Esta última —nacida en España en 1920 [46]— es una interesante revista de literatura y de arte: en sus 31 números montevideanos (1929-54) acogió publicaciones de Jiménez, Guillén, Alberti, Corpus Barga, Moreno Villa, Ramón Gaya, etc. En Montevideo, el Centro Republicano Español publicó *Lealtad* (313 números, 1944-61) bajo la dirección de José Añon, revista de carácter político y de clara tendencia anticomunista, que de vez en cuando daba noticias de hechos culturales (los estrenos de Margarita Xirgu o reseñas de conferencias pronunciadas por intelectuales españoles).

Tendremos que esperar algunos años —hasta 1956— para encontrar una revista cultural hecha por españoles desterrados: *Deslinde* (16 números, 1956-61), fundada y dirigida por Benito Milla y José Carmona Blanco. Milla (infatigable autor de los muchos trabajos anónimos publicados en la revista) tendía a ofrecer un panorama de

[45] Cfr. José Rodríguez Feo: «Las revistas "Orígenes" y "Ciclón"» *América,* 1992, n. 9-10; pp. 41-5; *Orígenes* terminó bruscamente las publicaciones por un pleito entre Lezama y Rodríguez Feo: mientras que éste último se encontraba en Estados Unidos, Lezama publicó el texto *Crítica paralela* de Juan Ramón, con un ataque feroz contra Cernuda, Guillén, Aleixandre por la homosexualidad de éste último. Rodríguez le pidió a Lezama que añadiera unas palabras explicando que él se encontraba fuera y no estaba enterado del contenido de ese texto, pero Lezama se negó y de la estupenda *Orígenes* salieron sólo unos pocos números más, sin el respaldo económico de Rodríguez Feo.

[46] En España se publicaron 60 números, antes con el nombre de *Revista de Casa América-Galicia* y, a partir del número 34, de *Alfar.* Ya en esta primera época colaboraron en ella los entonces incipientes poetas del 27. Cuando su director, el poeta uruguayo Julio J. Casal, cónsul en La Coruña, regresó a Montevideo, siguió publicando la revista hasta su muerte en 1954.

las corrientes y novedades de la literatura de habla española, dando un lugar preferente a la literatura de la península (José Ángel Valente, Carlos Barral, Juan Goytisolo, etc.) y privilegiando abiertamente los nombres de quienes buscaban un nuevo compromiso para el intelectual al margen del rígido esquematismo marxista.

Terminada la aventura de *Deslinde,* Milla fundó *Temas. Revista cultural* (16 números, 1965-1967), muy diferente de la anterior, ya que se presenta como una revista totalmente hispanoamericana: el panorama internacional ha cambiado, la revolución de Cuba ha removido la sociedad, ha permitido que Hispanoamérica se descubriera a sí misma. En *Temas* publicaron autores de todas las nacionalidades, de Umberto Eco a Roa Bastos, de Susan Sontag a Alberto Moravia: ahora España es sólo un escenario más donde se representan los conflictos ideológicos que se combaten en el mundo. *Temas* fue también el trampolín —entendido en sentido no peyorativo— para los autores uruguayos que la prestigiosa Editorial Alfa, fundada por el mismo Milla, iba publicando: de Juan Carlos Onetti a Mario Benedetti, de Eduardo Galeano a Cristina Peri Rossi. En los años 70, coincidiendo con el estallido de la dictadura militar uruguaya, Milla se fue a Venezuela, donde siguió su actividad fundando otra editorial de importancia capital para todo el continente, la Monte Ávila.

No faltó, tampoco en Venezuela, una publicación del Centro Republicano Español, expresión periférica del Gobierno Republicano en el exilio, la *Revista de la Casa de España* (8 números, 1959-60), dirigida por Leoncio Pérez: debido a la tardía fecha de su nacimiento, aspiraba a ser lugar privilegiado de encuentro entre «los que en la patria sufren [y] los que disfrutando de libertad soportan la mordaza» (editorial, n. 1). Ese encuentro pareció producirse ya en el primer número, con la publicación del artículo de Juan Goytisolo *Por una literatura nacional popular* y de la contestación de Guillermo de Torre *Los puntos sobre las íes novelísticas,* pero en los números sucesivos no se consiguió mantener ese mismo alto nivel de las intervenciones. Además de temas y autores españoles, encontró amplio espacio la literatura venezolana, con un homenaje, por ejemplo, a Andrés Eloy Blanco (n. 8).

B. Costa Amic, que ya había creado en México la B. Costa Amic Editor Impresor, de la que hablaremos en el capítulo sobre el exilio catalán, se traslada en 1948 a Guatemala con una invitación del Go-

bierno guatemalteco para propulsar la industria editorial: allí fundó la Biblioteca de cultura popular 20 de octubre, con 50 títulos en seis años.

Otro recorrido posible para conocer pequeñas empresas editoriales siempre de gran prestigio y de primoroso aspecto tipográfico es seguir las andanzas del peregrino Manuel Altolaguirre y de sus revistas y editoriales.

Su nombre está ligado a las fundamentales revistas de la generación del 27 —sobre todo, *Litoral* y *Caballo verde para la poesía.* Fue un aglutinador de escritores e ideas en torno a sus revistas— y no sólo metáforicamente: en sus tipografías se constituían verdaderas tertulias literarias; fue él quien dio voz e identidad a su generación.

Llegado a La Habana en abril de 1939 con su esposa Concha Méndez y su hija Paloma, lo que debía ser simplemente una estancia breve y fortuita (una enfermedad de Paloma le obligó a interrumpir su viaje a México y a parar en Cuba) se convirtió en cuatro años de labor intensa y de interesantes iniciativas editoriales. A los pocos meses de su estancia en La Habana, Altolaguirre ya pudo comprar una imprenta y crear una editorial, La Verónica, que produjo dos colecciones, Héroe y El ciervo herido, donde publicó su séptimo libro de poesía, *Nube temporal,* los *Poemas escogidos* de Federico García Lorca, *Sangre de España* de Ángel Lázaro, *París abandonado* del escritor basco Tellagorri (José Olivares Larrondo), *Lluvias enlazadas* de Concha Méndez y varios textos de autores cubanos. Como editor y poeta intervino en la publicación de numerosas revistas cubanas *(Espuela de plata,* por ejemplo, precursora de *Orígenes)* pero no renunció a la creación de algo propiamente suyo: en junio de 1940 nace *Atentamente,* revista unipersonal como la *Sala de Espera* de Max Aub y *El Pasajero* de Bergamín: empieza allí la publicación de sus memorias, *El Caballo Griego,* pero no consigue ir más allá de la segunda entrega. Más tarde, intentó repetir la experiencia que había desarrollado en Londres entre 1934 y 1935 con las Ediciones 1616, dirigidas a fomentar el conocimiento de obras inglesas y españolas publicando traducciones de ambas literaturas (*Adonáis* de Shelley, traducido por él y por Antonio Castro Leal, y *La vida es sueño,* traducida por William F. Stirling) pero este proyecto se frustró enseguida. Luego editó *La Verónica,* publicación semanal de breve y elegante formato. Salen solamente 6 números, pero marcan una etapa

importante tanto en la historia personal del editor y poeta Altolaguirre como en la de las revistas del exilio: adecuándose al difícil momento económico, Altolaguirre deja de lado todo ideal purista, toda idea de la poesía como esfera superior, intocable. Por primera vez, una revista suya no publica sólo poesía, sino también prosa (pequeñas notas, glosas, reseñas, y breves fragmentos, elegidos por él, de autores clásicos, pensadores, filósofos, etc.), fotografías y anuncios publicitarios, impensables en sus anteriores revistas. La calidad de las obras publicadas y del aspecto tipográfico están a la altura de sus precedentes empresas: seis poemas de Unamuno, entonces inéditos, como uno de Salinas y muchos de Alberti, Guillén, Aleixandre, etc. Españoles del destierro y del exilio interior, cubanos, hispanoamericanos publicaron en esta revista, extraña a problemas y temas contingentes (las únicas obras que hablan de la Guerra Civil son dos poemas de Juvenal Ortiz Saralegui, poeta uruguayo que participó en el II Congreso Internacional de Escritores de Valencia), con el intento de favorecer la coexistencia y recíproca influencia de todas las artes, literarias, plásticas y figurativas. Altolaguirre, incluso en las más difíciles condiciones y a pesar de una siempre generosa contribución a la causa republicana, conserva en un rincón de su actividad y de su intelecto un sitio privilegiado para las artes y para la belleza. *La Verónica* confirma esta afición, esta imagen suya de sonriente amabilidad, de inesperada capacidad para buscar y apreciar las perlas entre los escombros.

Llegado a México, reintegrado entre los compañeros de tantas iniciativas y proyectos, refunda *Litoral* (III época, 1944, 2 números más un homenaje a Enrique Díez Canedo a raíz de su muerte) con Emilio Prados, Moreno Villa, Juan Rejano y Francisco Giner de los Ríos: la revista conserva su formato original y la presentación gráfica (la ilustran Moreno Villa, Arturo Souto y el pintor mexicano Rufino Tamayo), pero ya no es una revista generacional y programática como la de Málaga, sino expresión del exilio.

Después de separarse de su mujer, vive en Tasco con María Luisa Gómez Mena, pintora y galerista cubana. Durante algunos años, antes de dedicarse totalmente al cine y a la pintura, sus antiguas pasiones, propone otras iniciativas editoriales. En su imprenta —Isla— ven la luz sus últimos libros de poesía, *Nuevos poemas de las Islas Invitadas* (1946) y *Fin de un amor* (1949) y su última revista, *Antología de*

España en el Recuerdo, de la que salen sólo dos números. Se puede decir que desde el lejano 1926 en que fundó en Málaga *Ambos* con su «hermano editor» Emilio Prados, Altolaguirre ha reafirmado su voluntad creadora manteniendo la separación —no recíproca exclusión— de las esferas artísticas y políticas, incluso en los momentos más difíciles, cuando lo político prevalecía sobre lo artístico. Por este motivo, la revista *Litoral,* en las tres etapas que vieron a Altolaguirre como protagonista (1926-27, 1929, 1944 [47]) es «un símbolo de aquella generación rota brutalmente en 1936 [...] Una revista artesanal casi, que ha alcanzado la categoría de símbolo de toda una generación: lo más brillante en muchos siglos de cultura española» [48].

A pesar de que el presente trabajo trate del exilio español en las Américas, las áreas americanas que no sean hispanohablantes quedan marginadas por motivos fácilmente deducibles: es obvio que para ellas no sirven los mismos parámetros que utilizamos para México o Argentina. No se conocen casos de intelectuales exiliados en Canadá y en otras zonas franco o anglófonas, por lo tanto el argumento queda restringido a Estados Unidos, con los nombres de Jorge Guillén, Pedro Salinas, José Ferrater Mora, Francisco Ayala, etc., y otros que fueron profesores de paso en las mejores Universidades. Fuera del ámbito universitario, sus trabajos no tuvieron mucha resonancia, ni surgieron iniciativas de relieve: podemos recordar la *Revista Hispánica Moderna,* trimestral, órgano del Hispanic Institute in the United States, que contó con la inestimable labor organizativa y científica de su fundador, Federico de Onís —residente en Estados Unidos desde antes de la guerra, con encargos oficiales de la República— quien dirigió la revista desde su fundación (1934). Si bien por la fecha de nacimiento y por la modalidad de publicación (expresión de una institución oficial del Gobierno español) esta revista estaría fuera de los confines convencionales del exilio, sin duda podemos afirmar que recibió nueva vitalidad con la llegada de los españoles al Nuevo Mundo, ejecutando la que, como escribe Boyd G. Carter, era su tarea programática: «afirmar los lazos entre la Metrópoli y los países hispánicos del Nuevo Mundo, publicando estudios

[47] Desde 1968, M. Gallego Morell y José María Amado dirigen su cuarta época, en la cual han sido reproducidos los números iniciales y los del período mexicano.

[48] Julio Neira: *Litoral, la revista de una generación,* Santander, La isla de los ratones, 1978; pp. 114-5.

literarios y biográficos, textos y documentos, reseñas, notas, informes, obras de creación y bibliografías» [49]. Amado Alonso, Jorge Guillén, Luis Monguió, Concha Zardoya, Pedro Salinas, Ramón J. Sender, son nombres recurrentes en sus páginas; estudios pormenorizados (con apéndices bibliográficos, textos, etc.) han sido dedicados, entre otros, a García Lorca, Antonio Machado, Pedro Salinas, etc.

Siempre en Nueva York, el poeta Odón Betanzos Palacios y Eloy Vaquero, ex-ministro de la República Española, fundan una revista, *Mensaje de Nueva York,* y una editorial del mismo nombre, conectadas con el Círculo de Escritores y Poetas Iberoamericanos y con los premios literarios internacionales celebrados por esta asociación.

[49] Boyd G. Carter: *Las revistas literarias de Hispanoamérica,* México, De Andrea, 1959; p. 153.

VI

EL EXILIO GALLEGO

Ya se sabe; la distancia y la nostalgia reafirman vínculos, al tiempo que amparan tradiciones y costumbres de la patria lejana. Si se trata además de «patrias chicas» con fuerte sentido de independencia, nunca reconocida por el poder central, este fenómeno adquiere más fuerza y un preponderante sentido político. Esto es lo que ha pasado con los flujos migratorios gallegos, catalanes y vascos de la segunda mitad del siglo XIX y primeras décadas del XX: la emigración en cadena ha permitido el reencuentro, en un mismo lugar, de un gran número de emigrados de la misma región así como la reconstrucción de un ambiente similar al dejado en patria, destacando los aspectos regionales caracterizantes en oposición al Estado central nivelador y enemigo de todo regionalismo, causa primordial de la emigración tanto económica como política.

De esta manera es posible explicar la sorprendente cantidad de revistas y editoriales gallegas, catalanas y vascas creadas antes de 1936 por los emigrados a América Latina, reunidos en asociaciones y centros culturales de las distintas regiones. Con la llegada de un alto número de intelectuales exiliados, nacieron nuevas iniciativas; las ya existentes encontraron nueva linfa y mayor expansión. Además, el reconocimiento de las autonomías y de las lenguas regionales llevado a cabo por la República había reafirmado las comunidades de emigrados en el cultivo y en la defensa de tradiciones, lenguas y culturas propias. En cambio cuando, durante el franquismo, la propaganda del régimen intentó aniquilar todo regionalismo, estas revistas y publicaciones en lengua vernácula entraban clandestinamente en España provocando, consecuentemente, un importante impacto en un ambiente ahogado por la

censura y la imposición del castellano. Un caso único pero altamente significativo lo constituye la revista *Galeuzca* (Galicia, Euzkadi, Catalunya), fundada en 1944 en Buenos Aires (12 números entre 1944 y 1946), dirigida por Alfonso Rodríguez Castelao. Su editorial del primer número bien puede figurar como epígrafe de este apartado dedicado a la literatura en las tres lenguas vernáculas:

> los pueblos gallego, catalán y vasco, manteniendo sus diferencias con los de habla castellana exclusiva, tanto en sus hábitos e instituciones de derecho civil como en el desarrollo social y económico y, además, en su manera de entender la formación del Estado, originaron sendos movimientos literarios y populares que se elevaron a posiciones políticas en las repetidas demandas de respeto a su personalidad y libertad, acreditadas por la conciencia, la voluntad y la capacidad de ellos para el gobierno propio, y en cuyos méritos han manifestado últimamente, de manera inequívoca, sus sentimientos de nacionalidades y sus reivindicaciones políticas insatisfechas.

Carácter dominante en todas las publicaciones que, como *Galeuzca,* reivindican el derecho al reconocimiento de las realidades políticas y culturales no castellanas, será precisamente el sentido político implícito en el simple uso de la lengua vernácula, en declarada oposición al oscurantismo del centralismo político y lingüístico franquista.

El sentimiento nacionalista mancomunó sobre todo a emigrados y exiliados gallegos: «En los nuevos países que acogen a los escritores, éstos llevan adelante su producción configurando plataformas de resistencia cultural; menos operativas en el caso catalán, aunque habría que hacer referencia a algunos círculos como el establecido en México, pero muy significativas en el caso gallego que, desde Buenos Aires o La Habana y aprovechando los órganos culturales creados por los emigrantes, logran mantener vivo el hecho literario gallego cuando en Galicia éste parece más inexistente que nunca» [1].

El exilio gallego de 1936 siguió las pautas de la emigración económica anterior [2] y se estableció sobre todo en Argentina, Uruguay,

[1] Carmen Mejía Ruiz y Juan Miguel Ribera Llopis: «Narrativa gallega y catalana contemporánea», *Boca bilingüe,* junio-diciembre 1990, n. 3-4.

[2] Gallego en Hispanoamérica es sinónimo de emigrado español: en 1939 en Argentina ya eran residentes por lo menos 400.000 gallegos.

México y Cuba, en cuyas ciudades ya existían y operaban activamente agrupaciones como el Centro Gallego, la Casa de Galicia, el Instituto Argentino de Cultura Gallega, la Agrupación Gallega de Universitarios, Escritores y Artistas, la Academia Gallega, etc. Los exiliados por lo tanto se insertaron en una «cadena migratoria» más excluyente y cerrada que las de otras regiones de España, ya que sus elementos utilizaban un idioma diferente al del país anfitrión. Este hecho, si por un lado les ahorró problemas económicos y organizativos inmediatos, implicándoles en un proyecto común a todos los emigrados, basado en la búsqueda de mejores condiciones de vida, la nostalgia de la patria chica y la defensa de sus tradiciones y particularidades [3], les privó en parte de las coordenadas generales del exilio.

Sin duda muchos exiliados llevaron a las microsociedades gallegas en América un aire renovador introduciéndose en una tradición ya tendencialmente progresista. Mientras que emigrados de otras regiones fueron en parte partidarios de Franco, los gallegos fueron en su mayoría prorepublicanos precisamente para defender, con la República, el esperado reconocimiento de su nacionalidad y de su identidad, en el ámbito de una España federalista y democrática. Pero sólo en los años 50 a las reivindicaciones nacionalistas en sentido amplio se añadieron las estrictamente políticas, paralelamente al nuevo nacionalismo peninsular, como se nota en la evolución, por ejemplo, de la revista *Saudade* (México, 7 números en dos etapas, 1941-1942 y 1952-53) cuyo consejo de redacción estaba formado por Florencio Delgado Gurriarán, Carlos Velo, Ramiro Illa Couto y Ramón Cabanillas, quien volvería pronto a Galicia. *Saudade* no puede ser considerada como una verdadera revista de exiliados sino de toda la comunidad gallega emigrada, ya que revela una continuidad ideológica y cultural entre las primeras emigraciones campesinas del siglo XIX y la política de 1936, subrayando más los aspectos positivos alcanzados con la República que los negativos sufridos por la dictadura. La elección del título —como para *Romance* en la misma Ciudad de México— implica la constante apelación a la tradición, a un

[3] Muchos escritores pertenecían a familias de emigrantes: para ellos, más que para otros desterrados, se puede hablar de transtierro de una microsociedad gallega a otra (Rafael Dieste, Lorenzo Varela, Alfonso Rodríguez Castelao, etc.).

sentimiento y a una constante poético-musical que une a los gallegos de todas las épocas y de ambos lados del Atlántico: *«Desexo de outra cosa: eis a saudade»*. Y como en *Romance,* en *Saudade* está presente la aspiración a una total integración de todos los aspectos de la vida: los temas científicos, didácticos, literarios, artísticos, se afrontan con miras a fortalecer la conciencia nacional gallega. En la segunda etapa de *Saudade* es posible entrever un interés más atento hacia la situación histórica del momento y hacia la vivencia del exilio, es decir hacia las posibilidades de puesta en práctica del programa autonomista gallego, lo cual probablemente suscitó problemas que no se habían planteado en su nacimiento y aceleró el fin de la revista.

En esta línea se mueve *Vieiros* (México, 4 números entre 1959 y 1968), dirigida por Luis Soto Fernández, Carlos Velo y Florencio Delgado Gurriarán. Ya que tanto los emigrados como los exiliados tienen un proyecto común, el reencuentro en una España democrática y federalista, libre de la explotación centralista castellana, las motivaciones políticas y económicas del alejamiento de la patria se funden. Se intensifican los contactos con Galicia (también por la atenuación de la censura franquista) de donde llegan muchas colaboraciones (muy importantes las de Ramón Cabanillas, regresado a Galicia). Al contrario de *Saudade, Vieiros* es monolingüe y en las obras de creación como en las de crítica literaria se manifiesta abiertamente la fe en la triple ecuación: pueblo-lengua gallega-literatura comprometida; utilizar la lengua madre no tiene una función conservadora —la nostalgia de la patria lejana o de un pasado mejor— sino que corresponde a un preciso programa político nacional popular.

En Buenos Aires, otro centro muy activo de la emigración gallega, Luis Seoane, después de haber dirigido *Cabalgata, El Correo literario* y *Galicia,* fundó *Galicia Emigrante* (mensual, 1954-1959), verdadera creación suya (estaban a su cargo también el aspecto tipográfico y las ilustraciones), una revista de alta calidad y enorme importancia para toda la emigración gallega. *Galicia Emigrante* recogió noticias de Galicia y de América, poesías y cuentos escritos principalmente, pero no exclusivamente, en lengua vernácula.

Muy numerosa y de calidad es la presencia de escritores gallegos en otras revistas del exilio español, sin distinciones regionalistas, lo que nos permite afirmar sin miedo a equivocarnos que, con respecto a los catalanes y vascos, los gallegos fueron los más integrados: el de

Seoane no es un caso aislado, se piense en Lorenzo Varela, Rafael Dieste, etc., y en la revista *De Mar a Mar,* dirigida por Lorenzo Varela, Rafael Dieste, José Otero Espasandín, Arturo Cuadrado (todos gallegos) y Arturo Serrano Plaja.

En Buenos Aires se fundaron también varias editoriales, como Galicia, As Burgos, Citania, etc. Luis Seoane, Arturo Cuadrado y Luis Baudizzone en 1939 crearon Emecé con varias colecciones de gran difusión: Dorna, de literatura contemporánea, principalmente gallega, de elegante factura, con viñetas y dibujos (Rafael Dieste, Rosalía de Castro), Hórreo, de ensayística y literatura de los siglos XVIII y XIX (Padre Feijoo, Gil y Carrasco) y Buen Aire, de viajes, crónicas y memorias de hispanoamericanos. Más tarde, abandonada Emecé, Seoane y Cuadrado fundaron la editorial Nova con la colección Camino de Santiago (la primera edición de *Historias e invenciones de Félix Muriel* de Rafael Dieste, con dibujos de Seoane), Pomba (principalmente poesía de exiliados como Lorenzo Varela y Arturo Serrano Plaja) y Mar dulce, parecida a Buen Aire de Emecé. A partir de 1952, Cuadrado y Seoane encabezan otra editorial, Botella al mar, especializada en publicaciones mixtas artístico-literarias y que consagra la colaboración entre Seoane y Varela (*Libro de tapas,* 1953, que contiene un poema de Varela, la historia de las contribuciones gráficas y pictóricas de Seoane a editoriales y revistas, y la reproducción de las tapas mismas).

Considerado unánimemente *padre del galleguismo,* de la generación *Nós* —revista y grupo— y del Seminario de Estudios Gallegos, Alfonso Rodríguez Castelao (1886-1950) fue historiador, antropólogo, médico, pintor y ensayista. Sus publicaciones en gallego y su militancia política le procuraron enorme prestigio: diputado del Frente Popular, participó en la formulación del Estatuto de Autonomía de 1936, malogrado por el estallido de la guerra, cuyo final le sorprendió en misión cultural por los Estados Unidos. Ministro de la República en el exilio, residió en Argentina donde había vivido su infancia antes de su regreso a Galicia para estudiar medicina en la Universidad de Santiago. J. A. Durán le describe como «dibujante de extraordinaria calidad, caricaturista social con un puesto de honor en la historia de la caricatura; escritor de singular valía que da dignidad indiscutible a la prosa y al teatro en gallego, creador de géneros específicos [...] en que el dibujo y el texto literario se comple-

mentan de manera harto peculiar; ilustrador, portadista, intelectual que alcanzó incomparable notoriedad y audiencia entre la gente llana del país» [4].

Publicó sus discursos y artículos en *Sempre en Galiza* (1994), libro en el que se resaltan las diferentes etapas de su exilio que, como el de muchos paisanos suyos, está íntimamente ligado a las etapas de la emigración económica de su gente:

> Hace 45 años era yo un emigrante sin más deseos que los de encontrar a mi padre; ahora soy un refugiado político a quien le negaron toda carta de ciudadanía. En ambos casos no intervino mi voluntad; pero ahora me trae a las Américas un hada desconocida. Creo que vengo a envejecer donde me crié. Y ojalá que vuelva de nuevo algún día por estas mismas aguas para morir donde nací [5].

Su única obra dramática, *Os vellos non deben namorarse,* farsa en tres lances, estrenada en Buenos Aires en 1941 bajo su dirección y con su escenografía (unas máscaras alegóricas del amor, la muerte, los esqueletos; el uso insistente de los colores «fuertes» negro y verde, etc.) inicia la literatura dramática en gallego. Sin duda, le debe mucho al gran dramaturgo gallego Valle-Inclán tanto en el tratamiento esperpéntico y grotesco del tema como en el carácter actual y universal de personajes, ambientes, situaciones gallegas. El atento cuidado que pone en las acotaciones escenográficas y en el elemento plástico («Obra maxinada por un pintor e non por un literato», escribe en la nota preliminar al texto), la inserción de bailes gallegos y el diálogo denso y veloz confieren a esta obra un innegable valor dramático y un alto poder de deleitar al espectador con un tema de larga tradición dramática pero siempre de gran atractivo: el viejo y la niña, alegorías de la muerte y del amor, *«tres faces diferentes dun mesmo drama, contado a manera galega».*

A Eduardo Blanco Amor (1897-1980) no se le podría considerar como un verdadero exiliado, porque ya vivía en Argentina desde los años 20, pero dos hechos me confirman la necesidad de dedicarle aquí unas líneas: la calidad de su obra narrativa y dramática y el hecho de que, siendo cónsul del Gobierno Republicano durante la

[4] J. A. Durán: *El primer Castelao. Biografía y antología rotas,* Madrid, Siglo XXI, 1972.

[5] Alfonso Rodríguez Castelao, citado por Ramón Martínez López en «La literatura gallega en el exilio», en VV.AA.: *El exilio español de 1939, op. cit.,* VI; p. 295.

guerra, cuando sus compatriotas desterrados llegaron a América fue para ellos constante punto de referencia, favoreciendo su inserción en los medios universitarios y artísticos de Buenos Aires, donde fundó el Teatro Español de Cámara y el Teatro Popular Gallego. En el ámbito teatral desarrolló sobre todo su actividad, como autor, crítico, director. Recordemos, por ejemplo, *Las farsas para títeres* (1954), una serie de textos escritos entre 1939 y 1948 en castellano. Si, por un lado, reanuda el hilo de una faceta del teatro de Lorca, la aparentemente lúdica e infantil, por el otro, como Castelao, recurriendo a máscaras, títeres y otras figuras estereotipadas, alcanza el nivel de símbolo y de alegoría, sin perderse en elucubraciones y abstracciones. El éxito mayor se lo debe, sin embargo, a sus novelas, escritas y publicadas en Argentina en gallego y luego autotraducidas al castellano: *Todos los muros eran grises* (finalista del Premio Planeta de Barcelona en 1956), *La catedral y el niño* (1956), *La parranda* (1959, «el ejercicio más innovador en la narrativa contemporánea» [6]), *Los miedos* (finalista del Premio Nadal, editada por Destino en 1963 y luego retirada de la circulación), *La misión* (1966). Ha publicado también un *Cancioneiro* (1956), poesía popular de tipo trovadoresco.

Hijo de padre gallego y madre uruguaya, Rafael Dieste [7] (1899-1981) había vivido en Montevideo, en Rianxo y en Santiago de Compostela. Su primer interés literario fue hacia el teatro (fundador del Teatro Guiñol de las Misiones Pedagógicas y becado por la Junta de Ampliación de Estudios en Londres) que luego abandonó para dedicarse a la narrativa y a la poesía. A pesar de que haya escrito casi toda su obra en castellano, es considerado un gran escritor gallego: Galicia no está sólo en los textos escritos en lengua vernácula,

[6] Juan Miguel Ribera Llopis: *Literaturas catalana, gallega y vasca,* Madrid, Playor, 1982; p. 127.

[7] También su hermano Eduardo Dieste, nacido en Rocha (Uruguay) en 1882, había estudiado en Rianxo y en Santiago de Compostela. Establecido en Uruguay en 1911, fue cónsul en Londres y en España, donde le sorprendió la guerra. Después de regresar a Montevideo en en 1936, facilitó la llegada a Uruguay de muchos exiliados, entre los cuales Bergamín. Ha escrito, en castellano, cuentos y obras de teatro de clara raigambre gallega, que han motivado la publicación de su *Obra Selecta* en la colección Memoria Rota de Anthropos (1987); su trayectoria vital, según mi opinión, no permite su inclusión en este panorama, a la fuerza limitado a españoles que han elegido —o han sido constreñidos a elegir— el exilio durante o en consecuencia de la Guerra Civil o que, como Blanco Amor, sean declaradamente prorrepublicanos y autores de obras significativas e imprescindibles para el posterior desarrollo de la literatura del exilio.

sino en toda su obra. Antes de 1936 había publicado obras de teatro tanto en castellano (*Viaje y fin de Don Frontón,* 1930, *Quebranto de Doña Luparia,* 1934) como en gallego (*A fiestra valdeira,* 1927); durante la Guerra Civil había colaborado en numerosas revistas y publicado *Al Amanecer* y *Nuevo Retablo de las Maravillas* (1937), piezas típicas del «teatro de urgencia». Exiliado en Buenos Aires, publica en 1940 su única obra poética, en castellano, *Rojo Farol Amante,* calificada certeramente por Aurora de Albornoz como «poesía de marcado carácter visionario» [8], en la que se aleja de la generalizada actitud comprometida de aquellos años: en el sólido tronco de la tradición gallega (la *saudade,* la presencia del mar, las cantigas de amigo), estallan imprevistas alucinaciones y signos de modernidad, también en la simbiosis —siempre latente en la literatura española, pero ahora vivida con mayor conciencia crítica— entre lo culto y lo popular.

Es en la narratira donde, sin duda alguna, ha encontrado su máxima expresión, tanto en los cuentos de *Dos arquivos do trasno* (publicados en Galicia en 1926 y, nuevamente, con unos cuentos más, en 1973) como en la novela *Historias e invenciones de Félix Muriel.* En los cuentos, la emigración gallega es el tema básico, con una especial insistencia en el momento del retorno, acto, sueño, imaginación, milagro o pesadilla, presente siempre en la vida del emigrado. En la forma breve sabe fundir la refinada técnica del relato literario (Poe y Quiroga) con la vivísima tradición cuentística oral y popular de su tierra: como escribe en el prólogo de la edición en castellano de *Dos arquivos do trasno,* «el cuento es una piel en la que se siente el pulso de una imagen contenida».

Historias e invenciones de Félix Muriel (1943), una serie de retablos relacionados con la vida del peregrino Félix, es considerada una obra maestra de nuestro siglo. «Libro de narraciones» [9] lo llama Estelle Irizarry, pero me parece más correcto considerarlo una novela de estructura fragmentaria con varias ramificaciones, un fresco omnicomprensivo en el que la diminuta figura del personaje-narrador va como peregrinando de situación en situación, a veces como protagonista, otras como comparsa o simple alucinación ajena, dan-

[8] Aurora de Albornoz: *op. cit.;* p. 25.

[9] Estelle Irizarry: «El exilio en las obras de dos narradores gallegos: Granell y Dieste», en VV.AA.: *El exilio de las Españas de 1939..., op. cit.;* p. 342.

do unidad de estilo, de foco y de atmósfera. Mundo real de brumas y de creencias arcaicas y mundo imaginario de hadas y pesadillas conviven sin desgarros en una Galicia milenaria y mítica, cantada con los más altos tonos poéticos del amor y la nostalgia. Novela *collage,* entonces, como *La Isla. Tablas de un naufragio,* libro póstumo en el que se acentúan los temas psicológicos y religiosos.

Colaborador en revistas como *Hora de España* y *El mono azul* con notas, reseñas y ensayos, Lorenzo Varela (pseudónimo de Jesús Varela Vázquez, 1916-1978) publicó tres poemas en *Poetas en la España leal.* Al terminar la guerra se refugió en México, donde colaboró en *Taller* y fundó *Romance;* más tarde, en 1942, se trasladó a Argentina donde fijó su residencia hasta 1976, año de la vuelta a España. Varela ejemplifica bien al autor que se hace tras el exilio, ya que apenas compuso nada antes de su salida. Su primer libro de poemas lleva las huellas del éxodo y de la pasión pero limadas por la rígida estructura clásica de las *Elegías españolas* (1940), incluidas luego en *Torres de amor* (1942). A la desolación del presente sólo se le pueden oponer la memoria, individual y colectiva, y los pequeños placeres rústicos y antiguos de su tierra *(Desagravios del vino tinto y poemas carnales).* El poema *A Perpetua mi madre,* en el que la imagen de la madre gallega se funde con la de la tierra de Galicia y de España entera, parece adelantar temas y atmósferas de su poesía posterior. Siguiendo la misma evolución de otros poetas gallegos, irá paulatinamente dejando de escribir en castellano, así que, después de esta primera entrega, casi toda su poesía se publicará en gallego, en coincidencia con su traslado a Argentina y sus contactos con el numeroso grupo gallego allí establecido: de aquí su libro *Lonxe* (1954) ilustrado por Luis Seoane. En este libro de poemas parecen alejarse los temas de la guerra, del exilio, pero también los de su vida presente, y se imponen en cambio los argumentos ligados a la infancia en Galicia. La evocación del pasado —referido en los primeros libros al pasado más próximo— en los últimos poemas se vuelve casi exclusivamente evocación del pasado más lejano, con una inmersión total en el «galleguismo» tradicional, en el que este exilio es sólo una etapa de una larga historia repetida. Entre la poesía escrita en gallego, podemos recordar *Catro poemas para catro grabados,* contrapunto poético al álbum de grabados en madera de Luis Seoane *María Pita y tres retratos medievales:* aquí la colaboración entre ambos adquiere

una compenetración inigualable y constituye una honda revisión de temas históricos gallegos. La versificación es de tipo popular, muy musical, utilizando refranes, modismos y la repetición casi obsesiva —también ésta, típica de la tradición oral— de palabras y conceptos claves:

> Vai na morte o gando o rapaz vai na morte.
> Pola morte arriba, pola morte abaixo
> o canto do galo.

Varela posee también una notable producción como crítico literario y de arte, y su nombre aparece en los comités de redacción de las principales revistas del exilio: *Taller, Romance, De Mar a Mar, Cabalgata.*

Ha vivido todo su exilio en Buenos Aires, donde había nacido, Luis Seoane (1910), pintor, poeta, narrador, ensayista y ceramista. Es conocido principalmente como pintor e ilustrador de libros de Alberti, Varela, García Lorca, Neruda, etc., pero es preciso recordarle en este panorama como narrador *(Tres hojas de ruda y un ajo verde),* autor de teatro *(Día del emigrante gallego, A soldadeira, El astrólogo irlandés)* y poeta *(Fardel do esiliado, N-a Brétema Sant Iago, As cicatrices, A maior abondamento).*

Mientras que su producción narrativa, crítica y teatral, está escrita indistintamente en castellano o gallego, según la destinación, el lugar de publicación, etc., la poesía está escrita toda en gallego, lengua de la intimidad y también del compromiso político. El sentido de la historia, la búsqueda de las raíces de su pueblo, la inserción de lo individual en lo colectivo empapan su obra. No se trata de un sentimiento nostálgico, romántico y ligado al pasado; todo lo contrario: la historia pasada, una larga historia de pobrezas, exilios, guerras, emigraciones y explotaciones, le ha enseñado que «*pol-os emigrantes engrandecense e alongouse no mundo*» [10]. Su poesía canta esa historia pero con los ojos vueltos hacia el presente, en continuos juegos de alejamiento y sobreposición del yo del trovador moderno y otros yo, individuales y colectivos, voces de otros espacios y otros tiempos. Galicia y Buenos Aires, la Guerra Civil y las guerras de conquista de Castilla no son simples repeticiones o variaciones vacías de sentido,

[10] Luis Seoane (dedicatoria a *Fardel do esiliado*): *Obra poética,* La Coruña, Ed. do Castro, 1977; p. 61.

sino círculos concéntricos que llevan a la toma de conciencia, a la lucha durante la República y al exilio. Es la memoria la que permite ahondar en el pasado y construir el futuro:

> Alguén, sen arrepiarse,
> coidadoso de honrar ós mortos
> non sabemos quen,
> con seguranza aínda non nacido,
> fará memoria.
> Herdará no seu sangue o recordo
> e ofrecerá
> nos petos de ánimas
> un novo amor á libertate
> (de Fardel de eisiliado).

Como en la obra de tantos contemporáneos suyos —Alberti, García Lorca, Moreno Villa, Max Aub— en la de Seoane las diferentes artes se combinan y se complementan, hasta dar resultados exaltantes, siempre sostenidos por una carga emocional profunda frente a los hallazgos y adelantos en la búsqueda de la totalidad artística y humana. Búsqueda que no se puede realizar en un solo sentido: «Pretendo decir con palabras lo que supongo no puedo expresar cumplidamente con líneas y colores, pensando que la obra de arte efectuada por el hombre significa siempre cuando se analiza en su totalidad una actitud moral» [11]. Podemos aún recordar *Homenaje a la Torre de Hércules* (1944), cuyos cuarenta y nueve dibujos son, como escribe Rafael Dieste en el prólogo, «poesía lírica pintada o dibujada».

Muy larga sería todavía la lista de autores gallegos que, exiliados en las Américas, han alternado la labor periodística, política, investigativa y docente a la de creación. Mencionaremos, entre muchos, a Arturo Cuadrado, José Núñez Búa, Antonio Baltar, Amparo Albajar, Silvio Santiago, Alberto Paz y Mateos, Florencio Delgado Gurriarán, José Rubia Barcia, Ernesto Guerra da Cal, Alfonso Gayoso Frías, Ramón Valenzuela Otero, José Otero Espasandín, etc. Existiría además un grupo de escritores en los que el cruce entre historias de emigraciones y de exilios hace imposible su catalogación como escritores exiliados: sería el caso de Antonio Alonso Ríos, Ramón Suárez Picallo y un largo etcétera.

[11] Luis Seoane, citado por Ramón Martínez López en «La literatura gallega en el exilio», *op. cit.*; p. 298.

VII

EL EXILIO VASCO

Doblemente exiliada es la literatura vasca del período que estamos tratando: insalvables dificultades de interpretación relegan su estudio únicamente a especialistas y ninguna alusión a sus textos ha sido posible en los estudios generales que se han ido editando sobre la literatura del destierro español. Antes que de exilio de los escritores, se tiene que hablar de exilio de la lengua misma: «Exilio doblemente dramático para el "euskara" asfixiado por la penetración histórica del castellano, aherrojado por una diglosia endémica y ferozmente fustigado por el genocidio cultural franquista» [1]. Para que la literatura vasca no quede marginada también en el presente trabajo, intentaré ofrecer una síntesis de «segunda mano», basada sobre investigaciones ajenas y traducciones al castellano de los últimos años, aspirando a la exactitud de la información y a la globalidad del fenómeno más que a la originalidad o profundidad del análisis. En fin, hay que subrayar la existencia de un problema más bien técnico: muchos textos de exiliados se publicaron en Euskadi-Norte, lugar por supuesto preferible por la contigüidad con Euskadi-Sur, con el lógico parón en los años de la ocupación nazi durane la II Guerra Mundial, pero en muchas publicaciones no se indica el lugar de residencia del autor, lo que dificulta aún más este panorama, necesariamente limitado al exilio americano. Se trata de una producción valiosa, con respecto al estadio todavía elemental en que se encontraba la lengua, pero escasa.

El exilio vasco empezó rápido, casi en el momento mismo de la sublevación con la rebelión de Mola (Irún fue ocupada por los rebel-

[1] José María Naharro-Calderón: *Des-lindes de exilio, op. cit.*, p. 30.

des el 4 de setiembre de 1936) y se puede contar la impresionante cifra de 150.000 refugiados (de los 500.000 de toda España) que, a través de Francia y con el auxilio del Gobierno vasco instalado en París, huyeron a Argentina, Uruguay, Chile, México y Venezuela. La emigración política y la económica siguen los mismos derroteros, antes y después de la Guerra Civil: a muchos países de América Latina —sobre todo a Venezuela beneficiada por el *boom* de la industria petrolífera— se dirigieron a partir de los años cincuenta emigrados del país vasco, parientes y amigos de los exiliados republicanos [2].

También en este caso, es conveniente iniciar por la revistas fundadas por los exiliados en las Américas: *Euzko Deya* (Buenos Aires y México), *Argia* (Caracas y Nueva York), *Boletín Americano de Estudios Vascos* y *Tierra Vasca* (Buenos Aires), *Euskadi* y *Euzka Gaztedi* (Caracas), *Euzko Gogoa* (Guatemala). Esta última, la única estrictamente monolingüe, nace, no por casualidad, en 1950, año que muchos investigadores indican como el del inicio del reconocimiento del eusquera también en Euskadi [3]. Por la imposibilidad de publicar obras vernáculas en patria, *Euzko Gogoa* se convierte en un imprescindible medio de comunicación y de conglomeración no sólo de los exiliados, sino de todos los vascohablantes. Como afirma Joan Mari Torrealday, «todos los que habían de ser protagonistas del cambio de 1950-1960 eran lectores asiduos de la publicación» [4] que llegaba clandestinamente. En la revista colaboraron las tres personalidades más destacadas de la literatura eusquérica: Orixe (Nicolás Ormaechea), Jokin Zaitegi y Andim Ibiñagabeitia, que por su total dedicación a la defensa del idioma vasco y por la alta calidad de su obra han sido constante punto de referencia: «eran los maestros indiscutibles en los que se reconocía una competencia y una perfección literaria casi inalcanzable, amén de una honestidad política dolientemente probada» [5]. En 1956 *Euzko Gogoa* se traslada a Biarritz,

[2] Cfr. Martín de Ugalde: «El exilio en la literatura vasca: problemas y consecuencias», en VV.AA.: *El exilio español de 1939, op. cit.,* VI; p. 222, y «Euskadi», en VV.AA.: *El exilio de las Españas de 1939..., op. cit.;* pp. 356-7.

[3] De aquella fecha en adelante se expande el fenómeno del *euzkaldun berri,* es decir, del vasco que ha aprendido su propio idioma ya adulto, cuando la represión se ha vuelto más flexible.

[4] Joan Mari Torrealday, citado por Martín de Ugalde: «El exilio en la literatura vasca», *op. cit.;* p. 244.

[5] Joan Mari Torrealday: ibíd.

para estar más cerca de Euskadi, pero en seguida cesa las publicaciones (1959): su tarea se ha acabado, en España ya es posible publicar las revistas *Egan, Jakin* y *Olerti,* esta última exclusivamente literaria. En los años sesenta, con el regreso masivo de los «exiliados de la lengua» [6], iniciará una nueva etapa también para el eusquera.

Parece apropiado dar alguna referencia de la editorial Ekin (1940), creada en Buenos Aires por Isaac López-Mendizábal, Andrés María de Irujo y Manuel de Irujo: no era exclusivamente monolingüe pero ha publicado sólo obras de temas o de autores vascos. De fundamental importancia son los dos tomos de *La lengua vasca, Breve historia del País Vasco* y *El País Vasco* de Isaac López Mendizábal, obras fundacionales para la recuperación de la identidad vasca. Durante muchos años, los únicos libros que circulaban en España en eusquera, aun clandestinamente, eran los publicados en Latinoamérica y señeramente por Ekin.

Un sector muy importante de la obra cultural llevada a cabo por los exiliados, pero que no cabe en este repertorio, está constituido por obras de traducción, diccionarios y libros sobre los aspectos lingüísticos del eusquera, que indudablemente contribuiría a enriquecer y plasmar la lengua, de larga y rica tradición oral pero no escrita. En este contexto, las traducciones (de clásicos griegos y latinos, de autores ingleses, castellanos, etc.) tienen un enorme valor fundacional en la literatura y en la historia de la lengua vasca moderna: por citar un nombre sólo, recordaré a Jokin Zaitegi, jesuita que abandonó los hábitos y que, después de haber ganado unos concursos de poesía durante la República, se dedicó casi exclusivamente a la traducción de obras como las tragedias de Sófocles, la poesía de Horacio, de Baudelaire, etc...

Rasgo característico de la literatura en eusquera en el exilio es la presencia de un alto número de religiosos de diferentes órdenes: hecho que nunca ha sido subrayado ni explicado, al menos que yo sepa. Quizás las razones sean varias: la iglesia vasca, notoriamente cer-

[6] Al simple hablar o escribir en eusquera se le consideraba revolucionario, y esto explica el exilio de tantos religiosos y eruditos, a menudo extraños a cualquier preocupación política. Paulatinamente, esta situación evoluciona, lo que permite, como en el caso catalán, el regreso adelantado —con respecto al exilio de las demás regiones españolas— de muchos intelectuales. Cuando el exilio es político, además de lingüístico, las condiciones del exilio vasco son las mismas que las de toda España.

cana a las clases bajas, pobre y revolucionaria, ha encontrado en el idioma vasco un medio de comunicación más directo con los fieles; como los clérigos medievales (recordemos que la tradición escrita del eusquera es muy reciente), los religiosos han traducido y vulgarizado las obras sagradas; por último, para seguir con la comparación con la cultura medieval, los religiosos han desempeñado también otra función del clérigo, la del hombre de cultura que ahonda con espíritu crítico en sus raíces y trabaja el lenguaje para darle una dignidad equiparable a la de los idiomas contemporáneos. A esos intentos respondía en efecto el primer libro impreso totalmente en eusquera, con título en latín, *Linguae Vasconum Primitiae* de Bernart Dechepare en 1945, libro de divulgación religiosa y a la vez de reflexión lingüística.

La ausencia de una lengua escrita de larga tradición, la falta de unidad política (la división de las siete provincias vascas entre España y Francia), la presencia de diferentes dialectos regionales, la dificultad de la lengua y su carácter de excepción como lengua preindoeuropea, la persecución sistemática por parte del poder central (excepto durante la República), la inclusión y el uso cada vez más crecientes de palabras castellanas y francesas (los llamados «erderismos») han postergado y dificultado la afirmación y gramaticalización de una lengua nacional (transnacional, por abarcar Francia y España). La afirmación oficial de esta lengua fue una empresa encabezada por Sabino de Arana (1865-1903), «quien cimentó parte de su ideología nacionalista vasca en la cultura, y sobre todo en la lengua, a la que dedicó mucho de su enorme capacidad de trabajo y de su indudable talento» [7]. Partiendo del problema lingüístico llegó al político, fundando el Partido Nacionalisa Vasco (1895) y la revista *Euskadi* (1901-1915).

De José de Eizaguirre (1881-1948) es una interesante novela-testimonio publicada en el exilio: *Ekaitzpean* (*Bajo la tempestad,* 1948), que trata de la sublevación y de las primeras inmediatas evacuaciones.

Juan Antonio de Irazusta Munoa (1882-1952) es el más prolífico novelista vasco: sin duda su vida muy polifacética le ofreció mucha materia novelable (abogado, periodista, diputado, exiliado en Perú

[7] Martín de Ugalde: «El exilio en la literatura vasca», *op. cit.*; p. 232.

donde se hizo sacerdote viviendo en una misión de los Andes). Su primera novela, *Joañixio* (1946) es la historia de una emigración y de un regreso, vividos la primera bajo el signo de la nostalgia y del ansia de volver rico, y el segundo bajo la decepción y el rencor por no haber vivido plenamente nunca. También su segunda novela, *Bizia garratza da* (*La vida es amarga,* 1950), cuenta una emigración a América: como han notado numerosos críticos [8], más importante que la trama es el esfuerzo hecho para dotar al eusquera de vivacidad y agilidad.

Nicolás Ormaechea *Orixe* (1888-1961) comenzó estudios con el objetivo de ordenarse jesuita, pero renunció a este proyecto sin repudiar nunca ni la religión ni un extraño misticismo que une Dios, Pueblo y Naturaleza en una única realidad. Su vasta obra de creación abarca un amplio abanico de temas, géneros y destinatarios, desde el tema religioso (en prosa, *Urte guztiko Meza-Bezperak,* 1950, y en verso, *Barne Muinetan,* 1934) a libros para la infancia (*Leoi-Kumea,* 1949). Su obra capital, empezada en los primeros años 30 y terminada en el exilio, es *Euskaldunak (Los Vascos),* poema monumental (12.000 versos en 15 cantos) publicado en 1950. El hombre místico, el religioso, el lingüista, el amante de la tradición popular, se dan cita en Orixe para generar una obra coral, un detallado tapiz, un «gran teatro del mundo» donde desfilan personajes, estaciones, festividades, juegos, costumbres, trabajos, divinidades sincréticas de la religiosidad popular vasca... es decir, la vida y el pueblo de Euskadi. El material temático y estilístico, todo de procedencia popular, adquiere una extraordinaria homogeneidad gracias, se puede decir, a la inspiración poética y al amor hacia su tierra: un gran cantar épico-lírico-narrativo en el que el tono —la forma— parece adaptarse mágicamente al contenido. A pesar de su innegable importancia y valor literario no existe de esta obra una traducción integral al castellano, pero sí un compendio [9], en prosa, que resume y glosa la obra, intercalando estrofas significativas en eusquera.

Telesforo de Monzón (1904-1981) es el autor de la primera obra literaria escrita y publicada en el exilio americano, precisamente en México: *Urrundik (Desde lejos,* 1945), un largo poema narrativo cons-

[8] Cfr. Martín de Ugalde: ibíd.; pp. 241-2.

[9] Antoni María Labayen: *Compendio del poema Euskaldunak (Los Vascos),* Zarauz, Itxaropena.

truido con cuentos, leyendas, tradiciones vascas. Su segundo libro, *Gudarien egiñak (Las empresas de los soldados vascos,* 1947) fue publicado en Biarritz: poesías en versos populares que, pese a los acontecimientos trágicos contados, poseen una indudable gracia y frescura. Ya de regreso a Euskadi-Norte, Monzón publica en 1957 la obra de teatro *Menditarrak* (*Los Montañeses,* en *Euzko Gogoa,* en su etapa de Biarritz) que supone un intento (junto con *Gure behia hil da —Ha muerto nuestra vaca—* y *Lan Kantari eta xori bat —Cuatro cantores y un pájaro—,* estrenadas en aquellos mismos años) de revitalizar el teatro popular vasco, que había conocido un período de gran actividad durante la República y que se vio truncado totalmente en los años de la Dictadura.

Martín de Ugalde (1921) pertenece a la que hemos definido la segunda generación, o generación de «los niños de la guerra». En el momento de la caída de Bilbao fue enviado a un colegio en los Pirineos franceses; sólo ocho años más tarde pudo reunirse con su familia en Caracas. El suyo no fue sólo un exilio heredado y sufrido pasivamente, con los problemas de arraigo, integración, decepción, como tantos coetáneos suyos, sino fue un exilio vivido conscientemente en el más puro ideal nacionalista: regresó a Euskadi en 1969 pero fue expulsado en 1973. Después de su primer libro de cuentos (*Iltzalleak, Asesinos,* 1961), se dedicó al teatro (*Ama gaxo dago, La madre está enferma,* 1964, y *Gurpegin aspaldi gertatua, Lo ocurrido hace tiempo en Gurpegui,* aún sin publicar) y a la literatura infantil (*Umeentzako kontuak,* Caracas 1966). Es evidente su intento didáctico y político: se tiene que empezar desde la infancia el acercamiento a la lengua escrita para que se superen las seculares dificultades de ser vasco y de hablar y escribir en eusquera.

VIII

EL EXILIO CATALÁN

Mientras que las literaturas gallegas y vasca del exilio no presentan casi obras testimoniales sobre la Guerra Civil y la diáspora, la catalana ofrece varios ejemplos, confirmando la profunda y antigua tradición de la escritura autobiográfica que, diversamente de lo que había sucedido en la literatura castellana, nunca se ha interrumpido [1]. En la inmediata posguerra se publicaron bastantes diarios y memorias de gran interés histórico-documental pero de escaso valor literario, como el *Diari d'un refugiat catalá* (1941) de Emili Sabaté i Casals que usó el pseudónimo de Roc d'Almenara. Más interesantes, pero sin alcanzar el nivel de literatura *tout-court,* son *Els darrers dies de la Catalunya republicana* (1940) de A. Rovira i Virgili (exiliado en Francia), diario de la retirada hacia la frontera francesa reconstruido unos meses después, ya con ansia de objetividad, *Memóries d'un rodamón* (1976) de Josep María Poblet, y *Cartes dels camps de concentració* (1972) de Pere Vives i Clavé. Autobiografía que roza la esfera de la ficción es *Crist de 200.000 braços* de Agustí Bartra, relato entre los más estremecedores sobre la experiencia de los campos de concentración (del 1943 es la primera versión, publicada con el título de *Xabola*). Decididamente de gran interés literario, político e histórico son los textos autobiográficos de Teresa Pámies (exiliada en París y en Praga): *Quan érem capitans* y *Testament a Praga.*

Buen ejemplo de autobiografía con óptimos resultados literarios, escrita con notable distancia temporal y psicológica, son *Memòries*

[1] Cfr. Enric Jardi: «Memorias catalanas de este siglo», en *Revista de Occidente,* n. 74-75, 1987; pp. 120-128.

(1971) y *Memòries d'un exili: Xile 1940-1952* (1982) de Xavier Benguerel: como escribe Pere Calders, *«al costat de l'historiador minuciós hi ha en tot moment el novel·lista que vetlla perquè la narració mantingui un constant interès de lectura»* [2]. También hará falta esperar unos años para que la guerra y el exilio se impongan como tema de ficción, o sea, para que se produzca una verdadera literatura del exilio y no sólo en el exilio. Se puede suponer incluso que las primeras novelas publicadas después de 1939 sean en realidad obras escritas durante la guerra o antes y no publicadas por motivos diferentes, como puede ser el caso de *Les ólibes* de Agustí Cabruja (1954) o *Araceli Bru* de Odó Hurtado (1958). Como en el caso gallego, también los emigrados catalanes —numéricamente inferiores, aunque con fuerte poder económico y lazos muy estrechos con la madre patria— tenían sus propios centros, revistas y editoriales. El idioma, diverso al del país huésped, constituía un lazo muy estrecho con la patria chica, un símbolo de continuidad y «a fet diferencial per excel·lència del qual serà dipositari l'escriptor» [3]. Si Josep María Balcells ha contabilizado 230 revistas catalanas en las Américas entre 1831 y 1986 [4], más de la mitad nacieron después de 1939, pero también las que ya existían en esta fecha empezaron a publicar, a veces insistentemente, temas, nombres, temáticas del destierro. *Germanor,* por ejemplo, editada en Santiago de Chile a partir de 1912, desde 1940 fue dirigida exclusivamente por exiliados, subrayando así la completa y súbita integración entre emigrados y exiliados. Entre sus directores, recordemos a Pere Quart, Josep M. Xicota, Domènec Guansé; en sus páginas se alternaban artículos políticos, ensayos de crítica literaria, poemas y crónicas provenientes de Cataluña. También *Ressorgiment* (1916-1972) y *Catalunya* (1930-1965), las dos en Buenos Aires, ya existían desde hacía mucho tiempo, y sin cambiar sus líneas generales englobaron a los exiliados. Se trata, como en el caso de *Centre Catalá* de Caracas (1952-1966), de *L'Emigrant* de Chile (1944-1950), de *Catalunya* de México (1940-1961) y de la mayoría de las publicaciones periódicas, de revistas político-culturales, cuyo eje gira según

[2] Pere Calders: «Pròleg a Xavier Benguerel», *Memòries,* Barcelona, Alfaguara, 1971, p. 10.

[3] Joan Armangué i Herrero: «Una generació de novel·listes catalans a Méxic», en VV.AA.: *Fascismo ed esilio,* I, *op. cit.; p. 299.*

[4] Cfr. Josep María Balcells: *Revistes dels catalans a les Amériques,* Barcelona, Generalitat de Catalunya, 1988.

el momento histórico o la personalidad del director (como fue el caso de *Germanor* que, bajo la dirección de Pere Quart, acentuó notablemente su interés hacia lo literario). *Catalunya* estrenó también una editorial, AACC, en 1939, la primera del exilio. Por obvios motivos, tenemos que centrar nuestra atención sobre las revistas de precipuo carácter cultural, literario y artístico, cuales *Revista dels Catalans d'Amèrica* (México, 5 números de octubre a diciembre de 1939), *Full Catalá* (México, 15 números de 1941 a 1942), dirigida por Josep Carner, *El Poble Catalá,* órgano de la Comunitat Catalana de México, y *Lletres* (México, 10 números, 1944-1948), dirigida por Agustí Bartra, Josep Carner y Pere Calders, revista elitista y culta, todas ellas de corta vida y muy atadas a la circunstancia del exilio y del nacionalismo catalán. Las tres revistas de mayor interés literario y de más larga vida, *La Nostra Revista* (75 números entre 1946 y 1954), *La Nova Revista* (33 números entre 1955 y 1958), *Pont Blau* (126 números de 1952 y 1963) se publicaron en México, donde fueron a parar la mayoría de los escritores catalanes exiliados y donde había ya una comunidad cuyo círculo, Orfeò Català, cobró nueva vida con la llegada de los republicanos. La primera la dirigió Avelí Artís y, después de su muerte, siguió la tarea su hijo Artís Gener fundando *La Nova Revista.* Hay una evidente continuidad entre las dos: en ambas, se publicaban constantemente ensayos y obras de intelectuales residentes en Cataluña —verdaderas tribunas políticas del amplio abanico del catalanismo— y en ambas a la apertura ideológica y a la falta de sectarismo político se acompañaban el rigor científico y la calidad artística. Fueron las dos un verdadero punto de encuentro de los escritores catalanes esparcidos por el mundo: no citando a los residentes en México, para no alargar la lista, podemos mencionar a Mercè Rodoreda (Suiza), Joan Oliver y Xavier Benguerel (Chile), Josep Carner (Bélgica), Ventura Gassol y Antoni Rovira i Virgili (Francia). En la misma trayectoria se mueve *Pont Blau,* dirigida por Vicenç Riera Llorca, que, además, se impone como el principal órgano de los escritores disidentes residentes en Cataluña, donde llegaba clandestinamente. No es por casualidad, por tanto, que termine sus publicaciones en 1963, exactamente cuando la censura franquista permite publicar las primeras revistas en catalán.

Fuera de México, en general, lo político prevalece sobre lo literario, tanto por ser casi exclusivamente publicaciones de las diferen-

tes asociaciones sociales y políticas y no producto personal de grupos de intelectuales, como por ser prosecución o revitalización de revistas y boletines preexistentes.

A pesar de la gran cantidad de editoriales catalanas en el exilio americano, se publicaron pocas obras de narrativa en lengua vernácula: algunas se tradujeron al español, quizás en busca de un público más amplio, otras se guardaron para el regreso a Cataluña, donde en los años 60 se dio la posibilidad de publicar obras escritas en el destierro y en catalán [5] (piénsese en dos obras de Bartra, *Poemes* y *Mársias y Adila,* que se publicaron en Barcelona respectivamente en 1954 y 1957). Es posible individuar los nombres de algunos autores que prefirieron la doble edición de sus obras, traducidas por ellos mismos, como A. Bartra y D. Guansé, quizás por un sentido menos radical de su catalanismo que les permitía reconocer en el castellano el idioma nacional y unificador de España, y otros, como Artís-Gener, Pere Calders y Riera Llorca, estrictamente monolingües, cuyas obras iban así destinadas a un restringido público, adquiriendo al mismo tiempo una fuerte carga ideológica y política. Pere Calders explica así su posición con respecto al problema lingüístico: No m'interessa una carrera d'escriptor. Jo vull ser escriptor catalá. I si puc aportar alguna cosa a la nostra llengua i a la nostra literatura, és l'única cosa que ambiciono» [6].

Característica común a muchos escritores catalanes es el rápido regreso a España, a partir de 1965: hecho que yo sólo puedo citar, dejando a otros la tarea de investigar las causas y la diferencia con los demás exilios, generalmente más prolongados.

La obra de Josep Carner (1884-1970), gran poeta del *noucentisme* catalán, debería casi de estar fuera de nuestro panorama, ya que él vivió su exilio en Europa, entre París y Bruxelas, donde escribió su obra maestra, *Nabí* (1940):

> En la triste pendiente de 1938, viviendo mis angustias de patriota y de hombre en un mundo abertal y sin rocío de santidad, quise entregar-

[5] Es de 1943 la autorización a la publicación en España de textos poéticos y reediciones de clásicos catalanes y de 1958 la «teórica normalización» (cfr. Juan M. Ribera Llopis, *op. cit.;* p. 46).

[6] Pere Calders i Rossinyol, citado por Joan Armangué i Herrero: «A generation of Catalan Novelists in Mexico», en AA.VV.: *Fascismo ed esilio,* I, *op. cit.;* p. 318.

> me de nuevo al encanto de una muy venerable leyenda: la irónica y dulcísima didáctica del perdón [7].

Estuvo una breve temporada en México, a partir del 39, pero su permanencia en la Nueva España, aunque limitada en el tiempo, fue muy importante porque lo consagró como primer poeta catalán del destierro y porque grande fue su contribución a la fundación y dirección de revistas y editoriales en las cuales siguió colaborando incluso después de su regreso a Europa. *Nabí* es un poema de corte neoclásico, en el que se manifiestan —sin obstacularse— inigualada riqueza lingüística y perfección métrica, vivificadas por un «idilismo [...] intelectual» [8] que liquida los últimos restos del sentimentalismo romántico y del esteticismo modernista. Las únicas obras suyas que podemos considerar fruto del exilio americano son *El misterio de Quahaxhuata* (en catalán, *El ben cofat i l'altre,* 1943), interesante obra dramática de tema americano en la que una leyenda religiosa india adquiere sentido simbólico universal, y la *Antología poética mínima.*

Carles Riba (1893-1959), autor de muy pocas obras, pero fundamentales en la historia de la literatura catalana, con *Elegíes de Bierville* (1942) nos ha legado un texto poético, clásico en la forma (elegía griega) pero profundamente moderno ya que canta su personal vivencia insertada en un momento histórico determinado. La suya es una gran literatura del exilio, que abarca todos los ámbitos y consecuencias del destierro: las creencias religiosas y las políticas, la condición humana en general, el ansia de libertad. El mito griego de Ulyses y el de la España perdida se funden, destruyéndose, en la imposibilidad del regreso, como en estos versos que abren la elegía número 7, ejemplos de rara perfección técnica, hondo poder alusivo y cerrada estructura hermética:

> He navegat com Ulisses pel noble mar que separa
> amb un titànic somrís d'obediència a l'atzur.

Pere Quart (1899-1986), pseudónimo de Joan Oliver, autor de teatro en los años republicanos, exiliado en Chile donde dirigió en-

[7] Josep Carner, citado por Francisco Zueras Torrens: *La gran aportación cultural del exilio español,* Córdoba, Diputación Provincial, 1990; p. 83.

[8] Juan M. Ribera Llopis: *op. cit.;* p. 78.

tre 1940 y 1943 *Germanor,* nos ha dejado dos libros de poesías del destierro, muy diferentes entre sí: *Salò de Tardor* (1947) canta las nostalgias, las dulzuras del recuerdo, envueltas en una sutil ironía y una rebuscada escritura simbolista; *Terra de naufragio* (1956) constituye un cambio hacia una poesía comprometida en la que la decepción y el análisis crítico —y no la nostalgia— son los sentimientos más insistentes.

Odó Hurtado (1902-1965) es otro nombre que se repite insistentemente en las revistas del exilio catalán en México. En sus obras no son la guerra o el exilio los temas dominantes, sino la sociedad española de las décadas anteriores, como si buscase en ella las causas, los fermentos latentes de la tragedia de 1936. En *Araceli Bru* (1958) se desenmascaran las falsas «buenas maneras» de la adinerada burguesía catalana, con un tono tendente al sentimentalismo y al moralismo pero no falto de óptimos recursos técnicos y estilísticos enmarcados en una estructura novelística tradicional; en *Es té o no es té* (1958), la primera parte de la acción se desarrolla en la Barcelona de los años veinte, en un clima de euforia y de optimismo que convida a valorar al máximo las dotes humanas más superficiales. En la segunda parte, el escenario se traslada a México: otros son los valores y las precupaciones. Cambios espacio-temporales para subrayar más lo vacuo y lo fatuo del comportamiento humano los hay también en *La condemma* (1992), novela de estructura más ágil y abierta en la que los diferentes marcos de tiempo y de lugar están yuxtapuestos en rápidas secuencias, y no ordenados en una cronología lineal: la Barcelona de los primeros meses de guerra, el París de los años 30 y el regreso en los años cuarenta se contraponen violentamente como etapas de una difícil toma de conciencia. Su obra más desacada es *Desarrelats* (1964), decididamente autobiográfica en el problema de fondo que se plantea: el regreso a Barcelona después de un exilio de 20 años en México, aparentemente vivido sin traumas, con una fuerte voluntad de adaptación, y el sentimiento de incomodidad, de desarraigo hacia su propia tierra. Es decir, el eterno drama del mutuo desconocimiento y alejamiento entre las dos Españas, la del exilio y la del interior.

Vicenç Riera Llorca (1903), después de una breve pero difícil permanencia en la República Dominicana, llega a México en 1942, donde se integra en el nutrido grupo de catalanes allí establecidos. En Barcelona había colaborado con muchas revistas (*Opinió* y *La Rambla* entre otras) y ésta fue también su actividad principal en Mé-

xico: dirigió *Pont Blau* y fue secretario de *La Nostra Revista.* Publicó varias obras de temas históricos, sociológicos y lingüísticos, cuentos (*Giovanna i altres contes,* 1940) y unas cuantas novelas. *Tots tres surten per l'Ozama* (1946) se basa en cinco narraciones publicadas en *Catalunya* de Buenos Aires: todas las dictaduras parecen intercambiables (y sobre todo las conocidas por Riera Llorca, la de Franco y la de Trujillo), ya que universales son la opresión política y las consecuencias del exilio. En *Roda de malcontents* (1968) analiza la Barcelona de la inmediata preguerra. En España, después de su regreso en 1969, continúa la exploración de su ciudad (*Fes memòria, Bel,* 1972, *Amb permís de l'enterramorts,* 1970). Unos años después, quizás por el adquirido distanciamiento con la experiencia mexicana, escribe *Joc de xocs* (1970), *Oh! mala bestia!* (1972) y *Què vols, Xavier?* (1974) que cuestionan el problema de la integración en la sociedad que acoge a los desterrados. Sus memorias (*El meu pas el temps,* 1979) completan su narrativa ofreciendo su vivencia personal en aquel mismo escenario histórico dibujado en las novelas así como constituyen otra llave de lectura para aquellos años de indudable alcance internacional.

Agustí Bartra (1908-1982) es, sin duda, una figura señera del exilio catalán en Hispanoamérica: poeta y narrador, ha probado todos los posibles temas, acordes, tonos de las experiencias del exilio y del regreso, sin dejar de cantar mitos y cosmovisiones del país que le acoge. Autor de dos libros de poesía durante la guerra, su escritura del exilio empieza con el nostálgico *Oda a Catalunya des dels tròpics* (1942) y la escalofriante novela *Xabola* (1943), sobre las experiencias del campo de concentración de Argelés en la que encontramos los *topoi* más importantes de la literatura autobiográfica del destierro: dolor por la pérdida, añoranza, tonos líricos y conmovidos, testimonio de las angustias sufridas, búsqueda de la manera de «decir lo indecible». Todo ello culminará en la reescritura y reconstrucción en forma más articulada de *Xabola, Crist de 200.000 braços* (1970): autobiografía o novela, no es eso lo que importa, sino la intensidad de la palabra poética con la que Bartra describe «el rostro de uno y de todos. Rostros y rostros. Rostros difíciles sellados por la boca. Un mismo y distinto rostro repetido infinitamente por la mecánica de la soledad» [9]. En el entramado de la

[9] Agustí Bartra: *Cristo de 200.000 brazos,* Barcelona, Plaza y Janés, 1970; p. 19. Santos Sanz Villanueva cita otra edición anterior, que yo desconozco: México, Novaro, 1958.

vida de cuatro refugiados se mezclan recuerdos y fantasías, fragmentos líricos e imágenes poéticas de gran fuerza. Después de esta novela autobiográfica y de un volumen de cuentos, *L'estel sobre el mur* (1943), que igualmente presenta una escritura lírica de gran expresividad, Bartra escribe un poema en prosa, *Odisseu* (1943, traducido al castellano por Ramón Xirau), en el que el autor, «nuevo esclavo del retorno», como se había autodefinido, cuenta las eternas aventuras oméricas partiendo de visiones e imágenes plásticas y eliminando los elementos narrativos y de unión entre una visión y otra: una hoguera en la oscura montaña «era una lágrima encendida, la lágrima de fuego de la montaña» y una joven enamorada «es hermosa y huele a árbol [...] su voz suena como agua entre piedras. Está llena de amor». El Odiseo de Bartra no es inmutable como el de Homero: la odisea ha dejado su huella en Ulises y en el mismo autor, el regreso no borra el tiempo ni la experiencia del destierro, pero al mismo tiempo constituye la muerte para el eterno exiliado, que hizo del viaje y de la búsqueda su razón de ser. *La lluna mor amb aigua* (1967) es una novela de ambiente y tema mexicanos pero de significación universal: «No hay sino un hombre que es todos los hombres» [10]. Excelente muestra de sincretismo cultural, en ella mitos y símbolos nahuas y griegos se compenetran al mismo tiempo que la experiencia del protagonista Braulio en la revolución mexicana —con su consiguiente decepción— se funde con la personal del autor. Es una obra en la que se unen los temas usuales en Bartra, su escritura poética y la influencia no enmascarada de autores mexicanos (pienso, por ejemplo, en Carlos Fuentes y en su *La muerte de Artemio Cruz*) en una suerte de «realismo mágico», alucinante pero hondamente arraigado en la historia gracias a la utilización de diferentes niveles temporales y a la perfecta transfiguración y adaptación de los mitos en las diversas épocas y regiones de la historia humana.

Quizás el género en el cual Bartra sobresale es la poesía —ampliando su marco hasta incluir su obra magistral, *Odisseu:* después de *L'orbre de Foc* (1946) encuentra en *Marsías* y *Marsías i Adila* (1948) su verdadero cauce: el lirismo épico, un canto profundo a la vida y a su propia vida, a la naturaleza y a su propio sentimiento de la natu-

[10] Agustí Bartra: *La luna muere con agua,* México, Joaquín Mórtiz, 1968; p. 87.

raleza, al amor y a su propio amor, restituyendo vida y sentido a las figuras del mito tanto de la tradición occidental grecorromana (*Marsias i Adila, L'evangeli del vent,* 1956) como de la precolombina (*Quetzalòatl,* 1960): en esta última el simbolismo indígena se funde con la experiencia surrealista europea, pero sin llegar a la asimilación profunda y sufrida del mito mexicano de la eterna lucha entre Quetzalòatl y Texcalthipoca. Riqueza y elegancia estilística, versificación variada siempre formalmente acertada, son los indiscutidos méritos de su obra: si un defecto se le puede imputar, es que a veces aqueja generalidad y rebuscada ampliación de sus experiencias sin llegar a la deseada universalización.

Las obras citadas, además de *Oda Atlántica* (1951), *Coral a Lluís Companys* (1954), *Rèquiem* (1948), *Poemes d'Anna* (1950, dedicados a Anna Murià, su compañera y autora de su biografía, *Crónica de la vida d'Agustí Bartra,* 1967) han sido traducidas al castellano por el mismo autor para la *Obra poética completa* (1971). Posterior es *Poemes del retorn* (1972) que cierra, con el regreso, la odisea humana y poética de Agustí Bartra. Es, sin duda, el autor catalán más polifacético de aquellos años que supo fundir estilos diferentes, desde el surrealismo al panteísmo a lo W. Whitman, pasando por el simbolismo indígena y la poesía social.

Avel·lí Artís i Gener (1912), exiliado en México desde 1940 a 1965, escribe y publica muy poco en estos años: la novela autobiográfica y testimonial *556 Brigada mixta* (1945) donde alterna, con buenos resultados, tonos irónicos y dramáticos, y *Les dues funcions de circ* (1965). Las demás obras, fruto del regreso, muestran mayor agilidad y madurez en la utilización de técnicas innovativas, como la superposición de espacios y tiempos diferentes: *Prohibida l'evasiò* (1969), *Al cap de vint-i-sis- anys* (1972), *L'enquesta del Canal 4* (1973), etc.

Les dues funcions de circ es una novela a caballo entre dos realidades frecuentemente relatadas por los escritores exiliados: la de los campos de concentración de Francia y la de México, símbolo de la esperanza y de la libertad. El barco que lleva a dos hermanos a la Nueva España tiene una avería y por lo tanto se alarga su estancia en la Martínica: las difíciles relaciones con los habitantes, las pesadillas de uno de los hermanos, los recuerdos lúcidos y obsesivos de la guerra y de los campos de concentración franceses, no constituyen niveles diferentes de escritura, sino una única ininterrumpida se-

cuencia de actos y pensamientos, ejemplo de estructura abierta, como muchas de sus obras posteriores. Entre las novelas escritas ya de regreso a España, quiero recordar sólo *Paraules d'Opoton el Vell* (1968), que, sin duda, hubiera tenido mejor suerte si hubiese salido a la luz en estos años de ansia por revisitar los acontecimientos de hace 500 años: Opoton *el viejo,* caudillo azteca, cuenta su descubrimiento de España unos años antes del viaje de Colón. Con ternura e ironía, Opoton cuenta su viaje —en canoas— imitando la escritura de las crónicas, pero también subrayando semejanzas y diferencias entre los dos descubrimientos, no sin un sutil intento crítico y paródico de la empresa del Imperio Español.

Pere Calders i Rossinyol (1912-1994) sigue la ruta del exilio de los demás catalanes: Francia, México y un rápido regreso a Cataluña (1963). Parece encontrar la medida narrativa más adecuada a su escritura en el cuento: *Cròniques de la veritat oculta* (1954) y *Gent de l'alta vall* (1957), sobre el tema del exilio. Luego se enfrenta con la novela; *L'ombra de l'atzavara* (1963) trata el lento proceso psicológico, más que económico y social, de integración en el México hospitalario; precariedad, desinterés, abulia, caracterizan la primera etapa de la vida del exiliado Deltell: cuando decide echar raíces, sus tentativas dan resultados negativos a causa de la incomunicación y de una serie de desencuentros con el medio mexicano. El autor parece exculpar de sus fracasos al joven catalán achacando a los mexicanos los peores defectos y vicios. Ya de regreso a España, Calders revaloriza a los mexicanos y escribe una novela, *Aquí descansa Nevares* (1967) en la que con amor y agradecimiento dibuja ambientes y personajes mexicanos. Los avatares del exilio habían exigido un tipo de escritua realista que fuera testimonio fidedigno de aquella realidad y de aquellos horrores: entre los catalanes, Pere Calders es el que más busca en otros registros (en el sueño, en el psicoanálisis, etc.) la posibilidad de fijar para siempre una experiencia vital tan estremecedora. Publicó también una revista unipersonal, *Fascicles Literaris* (6 números en 1958).

Xavier Benguerel (1905-1992) vivió exiliado en Chile hasta 1951. Cuando volvió a España publicó dos novelas sobre la guerra y el exilio, que quiero mencionar aquí porque por su tema, estructura y atmósfera, aunque no por su fecha de publicación (que fue posterior), encajan perfectamente en el argumento del que me ocupo: *Els*

vençuts (1969, segunda versión de *Els fugitius,* 1956), sobre su experiencia personal en Roissy-en-Brie, uno de los refugios «privilegiados» de los intelectuales en Francia, y *1939* (1973), novela coral sobre los campos de concentración de Francia y España; las dos experiencias contrapuestas ayudan a dibujar una visión totalizadora del fenómeno del exilio y de su ficcionalización: en la primera la vivencia autobiográfica nutre la narración, mientras que la segunda está relatada por un novelista extraño a los acontecimientos que asume los sufrimientos ajenos. Una obra anterior es *L'home dins del mirall* (1951), novela psicológica alejada de toda temática y sentimiento del exilio.

TERCERA PARTE

LA CULTURA FILOSÓFICA DE LOS TRANSTERRADOS

Luis de Llera Esteban

I

LA ACOGIDA DE AMÉRICA; LA NOSTALGIA DE ESPAÑA

La mar se llevó a muchos de nuestros mejores filósofos para la orilla americana del Atlántico. El nuevo continente, cansado de la dominación española, había echado a los dueños llegados de la orilla europea para decidir sus propios destinos durante el primer tercio del siglo XIX. Ahora en 1939, poco más de un siglo después, América decidía, para mejorar las diferentes empresas nacionales de autogestión, llamar de nuevo a los viejos inquilinos para, mezclando la savia cultural de la añeja España con la vitalidad propia, reconstruir el presente.

La unión entre pensadores de las dos orillas fue fructífera. Porque el encuentro no era más que un reencuentro: volver a pensar juntos en una misma lengua enriquecida por experiencias diferentes. Con estas premisas, la imposición o la arrogancia dejaron el puesto a la colaboración y a la comprensión. Los maestros españoles se convirtieron en profesores de los jóvenes investigadores y pensadores americanos porque una de las primeras tareas consistió en predicar con los hechos que la comprensión de la filosofía universal pasaba obligatoriamente por el estudio de la propia. Tanto José Gaos en México como García Bacca en Venezuela, principalmente, estimularon el estudio de las filosofías nacionales. Son los casos más conocidos, pero no los únicos.

Esta identidad lingüística que posibilita pensar con categorías y estructuras mentales casi idénticas así como la valoración de la historia del pensamiento nacional ayudaron a crear un ambiente favorable. También colaboró, variando según la situación política de cada país, el hecho de que la mayoría de nuestros filósofos pertenecie-

ra a una étile cultural equidistante políticamente de los dos extremos. Por una parte, el ser exiliados de una dictadura militar les facilitaba el camino en países como México, donde el poder de la izquierda era dominante. Por la otra, su pertenencia a las minorías selectas, poco comprometidas con el socialcomunismo, les permitió ser aceptados en países con la derecha en el poder, como Argentina o Santo Domingo.

El liberalismo puro de Ortega, su utopía política, sus propuestas de regeneración de la patria habían dejado su impronta entre sus alumnos de la Universidad de Madrid. La llamada orteguiana a operar cada uno en el propio campo surtió sus efectos. La coherencia implicaba una aplicación técnica y un rigor científico totales. Y, con tales presupuestos de trabajo, no podía sobrar mucho tiempo para la política. Además, y en el caso de pretender dirigir la *res publica,* el intelectual debería arrojar cualquier tipo de prejuicios o etiquetas. El espíritu crítico creaba el trampolín para abandonar el partido que se hubiese acomodado a sus primeras ideas. Al hombre de cultura le tocaba en suerte la tarea de denunciar la artrosis y el anquilosamiento de los partidos. Era, pues, necesario vigilar para no caer en la degradación y la paralización que derivan de la ortodoxia —de todos—, de los presupuestos políticos, de las consignas internacionales. Con tales premisas, el espacio para embocar la vía del fascismo y del marxismo quedaba muy reducido. Tampoco los maestros catalanes enseñaron a sus alumnos las filosofías totalitarias. La procedencia católica de algunos, la clase social y la formación profesional colaboraron para cerrar las puertas al marxismo. Se preguntará le lector por qué muchos de estos filósofos, colocados por nosotros en una atmósfera superior a las rencillas criminales de la República y de la guerra, eligieron el camino del exilio, incluyéndose de este modo en el bando vencido; es decir, el republicano. La respuesta no pertenece al campo de las opiniones personales. La inmensa mayoría de los que abandonaron España entre el 18 de julio de 1936 y el 1 de abril de 1939 ejercían su profesión en Madrid y Barcelona, ciudades ubicadas en la zona republicana. En una guerra donde forzoso fue, por imposición de los gobiernos de las dos Españas, prestar fidelidad en un estado de derecho inexistente, se comprende que los residentes de una zona optaran por el exilio.

Alejamiento de la patria por miedo. No cabe duda. Terror a la cárcel o a perder sus propias carreras o a no poder concluirlas. No porque hubiesen hecho nada, pues contadísimos eran los casos de participación política activa. «Si mi filosofía fuese mi pistola» es una frase prácticamente inaplicable a la mayoría de nuestros filósofos exiliados. Tampoco los que permanecieron en España colaboraron activamente con el franquismo, pero, al no correr riesgos personales, no sintieron la tentación americana. Marías, Zubiri pudieron abandonar España en los primeros momentos de la guerra, pero, no teniendo ningún compromiso con la República, volvieron a la zona franquista antes de terminar la guerra o poco después.

Algunos de los filósofos, aun sabiendo que no encontrarían en España una acogida triunfal, volvieron después de pocos años. Alguno, también, optó durante los primeros años de la posguerra por aceptar la invitación de alguna Universidad americana, dejando España definitivamente. El ejemplo más elocuente del primer caso lo encarna Ortega, quien después de vivir en Argentina —también en Portugal— se estableció en su Madrid en 1945. En el segundo caso se encuentra, por ejemplo, Manuel Granell, alumno de Ortega, y como él muy alejado de las ideologías fascistoides, pero también, y en modo igualmente evidente, de todos los marxismos y de ciertas actitudes antidemocráticas de la República en guerra.

Los países hispanoamericanos acogieron bien a nuestros filósofos. Cuba, Santo Domingo y, sobre todo, Venezuela y México se llevaron la palma de la comprensión y de la generosidad, permitiendo que nuestros filósofos académicos opositasen y formasen parte de las respectivas plantillas universitarias. No faltó quien llegase a ocupar la dirección del departamento de filosofía de su facultad, como Gaos y Granell, e incluso el decanato, como García Bacca. Sin embargo, no todo fueron rosas y facilidades. No se terminará nunca de insistir lo suficientemente en las objetivas dificultades del desarraigo geográfico de nuestros exiliados. El clima, las costumbres, las circunstancias sociales y familiares, aparte de la diferente formación cultural, representaron obstáculos reales y, a veces, dolorosos. No todos nuestros filósofos «atinaron» la primera vez con el país hispanoamericano adecuado para sus propias necesidades. Muchos recorrieron varias naciones y universidades hasta dar con la que consideraron más adecuada a sus propios intereses. Estos cambios suponen

un permanente volver a empezar, al aumentar generalmente la desazón y el desarraigo. Pues, como ha escrito María Zambrano,

> no eran iguales a los demás, ya no eran ciudadanos de ningún país, eran exiliados, desterrados, refugiados [...]. Vencidos que no han muerto, que no han tenido la discreción de morirse, supervivientes[1].

Y más adelante, plagiando «a lo humano» una conocida expresión de san Juan de la Cruz, aumenta expresivamente la dosis del malestar esencial del exiliado:

> Era como sentirse otra vez en vías de nacer a través de aquella agonía inédita. Vivir era eso: morir de muertes distintas antes de morir de la manera única, total que resume todas, *vivir muriendo*[2].

Para demostrar la inhospitalidad de la España franquista algunos historiadores han presentado, por contraposición, un exilio feliz, a la medida para nuestros intelectuales: gobiernos volcados en una generosidad impagable, intelectuales del otro lado del Atlántico con brazos desplegados para una acogida sin límites, colectividades nacionales gozosas de hospedar humana y políticamente a los recién llegados. Algo de todo ello hubo, como demuestra la integración casi total de algunos entre los mayores filósofos exiliados. Fue el caso de José Ferrater Mora, de Juan David García Bacca y, sobre todo, de José Gaos. Cuando abandonó España, Ferrater no había cumplido los 27 años. No formaba parte aún de ninguna plantilla académica. Toda su fama la alcanzó fuera de España, sobre todo en los Estados Unidos, donde se trasladó en 1947. Consiguió asimilar perfectamente la cultura del país, aprendiendo su lengua al mismo nivel que el castellano y el catalán[3]. Juan David García Bacca ocupó

[1] *Delirio y destino,* Madrid, Mondadori, 1989, p. 258.

[2] Ibíd., pp. 284-5.

[3] Como ha escrito Jesús Mosterín en la prensa cotidiana (1991), «además de catalán y español, sobre todo Ferrater fue un hombre de su tiempo y un espíritu cosmopolita sorprendentemente bien informado de la situación científica y filosófica del mundo entero». De la misma opinión es J. L. Abellán en *Panorama de la Filosofía española actual,* Madrid, Espasa, 1978, p. 118. Por otra parte, su neutralidad política le permitió visitar la España franquista cuantas veces lo deseó, naturalmente después de la terrible y larga posguerra. Antes de la muerte del general, concretamente en 1971, ocupó el puesto de presidente en el Simposio Internacional de Lógica y Filosofía de la Ciencia celebrado en la Universidad de Valencia

durante muchos años el cargo de director del Departamento de Filosofía de la Facultad de Humanidades de Caracas, de la que fue uno de sus fundadores y uno de sus primeros decanos (1959-1960). Antes de salir para el exilio era ya profesor encargado en la Universidad de Barcelona, pero sólo en tierras venezolanas ejerció de catedrático [4]. Allí también cambió su estado sacerdotal por el matrimonial. José Gaos, en cambio, había conocido ya en España los honores académicos. Titular de cátedra desde 1930, fue nombrado rector de la Universidad de Madrid, en 1935. De cualqueir modo, la fama como filósofo e historiador de la filosofía la alcanzó en América. Además, en tierras mexicanas publicó la mayoría de su obra. Los tres, Ferrater, García Bacca y Gaos, crearon escuela. Muchos de los actuales profesores de filosofía de América son deudores de sus enseñanzas y de sus respectivas metodologías [5].

Sin embargo, no todos nuestros pensadores se acoplaron con naturalidad a las nuevas circunstancias ni lograron, como Gaos, autoconvencerse de que la realidad de la península era muy inferior a la americana, sea por motivos políticos, sociales o económicos. Francisco Ayala ironiza sobre el pretendido e incondicional paraíso del exilio.

(ver el número monográfico de la revista «Anthropos», 1985, n. 49. «Presidente en numerosos congresos en EE.UU., ha asimilado plenamente la cultura anglosajona, cuyo humor —según el hispanista francés Alain Guy— se parece al de Cataluña» (En *Historia de la Filosofía española,* Barcelona, Anthropos, 1985, p. 358).

[4] Digo ejerció porque en 1936 ganó, por oposición, la cátedra de filosofía de la Universidad de Santiago de la que nunca llegó a tomar posesión: «Yo estaba en Barcelona —nos cuenta él mismo— de encargado de curso, y estaba en la Universidad de verano de Santander cuando vino la guerra. Entonces, yo pensaba pasar de Santander a tomar posesión a Santiago de Compostela...». Entrevista de García Bacca a J. Soler Serrano, publicada en octubre de 1991 por la revista *Anthropos,* n. 9, nueva edición, p. 30.

[5] Gaos repitió, y se repitió, en todo momento —en parte porque así lo sentía y en parte también porque así quiso convencerse— «que la verdadera patria de quien sea no es tanto aquella de donde viene como de un pasado hecho, cuanto aquella adonde va como a un futuro que hacer [...]. En ser las americanas, patria, más que de tradición —con tenerla—, de confección y perfección; más que de grandeza pasada —con tenerla—, de futuro grandioso, radica la rapidez y la verdad de la americanización de los inmigrados en ellas»; cfr.: *En torno a la filosofía mexicana,* México, Alianza Mexicana, 1980; p. 142. En 1962 contestó así al cónsul de España en Puerto Rico: «No se asuste usted de la palabra que yo mismo no me asusto; yo soy un renegado de la patria de origen que debí a un accidente de naturaleza y un entusiasta de la patria de destino que debo a un destino aceptado por mi libre voluntad dirigida por la razón». Recogido hoy en *El pensamiento español contemporáneo y la idea de América,* vol. II, *El pensamiento del exilio,* Barcelona, Anthropos, p. 72-73, coordinado por J. L. Abellán y A. Monclús.

> Mucha, y muy florida, y muy sentimental retórica es la que se ha derrochado acerca de la generosidad con que los países hispanoamericanos recibieron a quienes, terminada la guerra civil con la derrota de la República, debimos abandonar la patria amada, fugitivos de Franco [...]. Lo de la hospitalidad generosa con que tal o cual país acogió a los exiliados españoles es, ha llegado a ser, un lugar común que, como tantos otros tópicos, cualquiera fuese su base de realidad, resulta en último análisis, falso, y hasta un poco irritante[6].

El exilio alcanzó también perfiles dramáticos e, incluso, trágicos, para el filósofo vasco Eugenio Imaz. Según parece, murió suicida en la noche del 28 de enero de 1951.

> Este suicidio podría haber estado larvándose en los últimos años y sería consecuencia de una serie de circunstancias personales y políticas que le llevaron a un estado de extrema postración psíquica. En esa situación, un bajón en la depresión anímica podría haber sido definitiva en la decisión final[7].

Imaz, como la mayoría de los hombres de su generación, la del 36, quedaron, como es obvio, marcados de modo indeleble por la guerra, y no muchos lograron hallar en el exilio las fuerzas humanas y morales para rehacer la vida y recuperar el entusiasmo. Algunos confiaron o se ilusionaron con la idea de que la victoria aliada en la Segunda Guerra Mundial provocaría la caída del régimen franquista.

[6] Cfr.: *Recuerdos y olvidos. 2. El Exilio,* Madrid, Alianza, 1982; p. 11. No cabe duda de la buena acogida general de los países hispanoamericanos si la comparamos con la que recibieron la inmensa mayoría de los españoles, intelectuales o no, que tuvieron que cruzar la frontera francesa cuando el cuerpo de ejército del general Yagüe entraba en la Barcelona frentepopulista. La bibliografía, abundantísima, narra bien cómo las autoridades galas trataron a mis compatriotas: «Así en la Francia anterior a la segunda guerra mundial, cuando por sustraerse a la nuestra civil pasaban frontera muchos españoles, no le era permitido a una mujer (¿para qué hablar de obreros especializados?) trabajar ni siquiera en las tareas humildes del servicio doméstico» (*Recuerdos y olvidos, op. cit.,* p. 12). Trato diferente, por posibilidades bien distintas, recibieron muchos prestigiosos intelectuales españoles llegados a Francia, huyendo de la guerra, en el mismo verano del 1936: Ortega, Marañón, Menéndez Pidal, Pérez de Ayala, Azorín, Baroja. A pesar de ello, ninguno gozó del exilio galo. Martínez Ruiz resumió su estado de ánimo en estas frases: «No sé adónde voy. No sé si vivo o si estoy muerto. No tengo fuerzas para pensar». Ello no quiere decir que su vuelta a España en 1939 resultase gratificante: «No veo a nadie, ni nadie me visita. Ni hablo ni pablo, como se dice vulgarmente» (recogido de Andrés Trapiello: *Las armas y las letras,* Barcelona, Planeta, 1994; pp. 124 y 22.

[7] *Addenda* a «Eugenio Imaz: un humanismo en agraz»en J. A. Ascunce (compilador): *Eugenio Imaz: hombre, obra y pensamiento,* Madrid, Fondo de Cultura Económica, 1990; p. 208.

En cambio la política internacional desmintió la posibilidad de regreso.

> En tiempos así —pensaba Imaz— el deber del intelectual es aceptar la cicuta o adelantarse a beberla, de propio impulso. Son épocas en que aquellos a quienes estragó la mentira conjuran a la muerte para que los libere de una vez [8].

La reacción de Imaz se halla en las antípodas de la de Gaos. No fueron ellos los únicos ejemplos de aceptación o rechazo de la nueva condición de los filósofos españoles exiliados. Por lo general, la actitud de las autoridades de los países huéspedes puede considerarse positiva. Venezuela y México dieron más facilidades, por ejemplo, que Argentina. Es justo señalar que, para la mayoría, el salto de Europa a América mejoró las condiciones de vida. Por una parte, Hispanoamérica abrió los brazos a los españoles; por la otra, la común civilización y la misma lengua allanaron los obstáculos y facilitaron la inserción. Aparte de estos factores, influyeron las condiciones económicas y políticas de cada nación y el momento de desarrollo cultural. Argentina ofrecía posibilidades financieras mejores a las que nuestros intelectuales habían dejado en España. México, por su parte, compensaba con un régimen político análogo al de la Segunda República. Santo Domingo, gobernado por la dictadura de Trujillo, no creó excesivos problemas a los intelectuales españoles. Pudo más la hermandad de la raza que el color político.

Sin embargo, el exilio a miles de kilómetros de la patria, en condiciones muy diferentes a las de España y con la inseguridad cada vez más acentuada de la vuelta, creó obstáculos objetivos, a veces, insuperables. A pesar de ellos, el regreso no fue imposible para todos. Muchos volvieron en momentos diferentes, jalonadas sus llegadas por motivos personales y por el progresivo ablandamiento del régimen. Los años de 1943, 1945, 1950 y, en fin, 1966 marcan hitos importantes para nuestros exiliados, que aprovecharon acontecimientos de la política interior o exterior confluyentes en la relativa liberalización del régimen: el inicio evidente de la derrota alemana, el final de la Segunda Guerra Mundial, los pactos con los Estados Unidos y la Ley de Prensa.

[8] Mariano Picón-Sala: *Memoria de Eugenio Imaz en Eugenio Imaz: hombre, obra y pensamiento* (compilador J. A. Ascunce), *op. cit.*, p. 42.

II

LOS EXILIADOS DE 1936

No todos nuestros intelectuales decidieron abandonar España cuando la derrota frentepopulista se acercaba. Muchos la habían dejado ya apenas las circunstancias lo permitieron. En el mismo verano de 1936, la casi totalidad, por ejemplo, de la llamada Generación cultural de 1914: José Ortega y Gasset, Ramón Gómez de la Serna, Juan Ramón Jiménez, Pérez de Ayala, Gregorio Marañón, Ramón Menéndez Pidal y tantos otros intelectuales, escritores y científicos, liberales de toda la vida, como José Castillejo (pedagogo), Américo Castro, Salvador de Madariaga, Rafael Altamira, Asín Palacios (historiadores), Severo Ochoa, A. Pittaluga, Blas Cabrera, Jiménez Díaz (médicos y científicos), o Zaragüeta y M. García Morente (filósofos). Como ha escrito García Escudero

> eran hombres de muy diferente manera de pensar, pero coincidentes en la ilusión de la España ilustrada y europea, tolerante y laboriosa, que habían ido construyendo trabajosamente, y a la que, de repente, expulsaba de su propio país la ferocidad de las dos Españas de los extremos luchando entre sí a muerte. Pero, de este exilio, ¿quién quiere hablar? [1]

Los intelectuales, en su mayoría, eran liberales, laicos y moderadamente progresistas, o creyentes abiertos, católicos heterodoxos algunos, ortodoxos rebeldes otros. Pocos, muy pocos, comulgaban con la lucha de clase y con el populismo utópicamente igualitario que se adueñó del ambiente en la España del Frente Popular. Por eso, cuando las circunstancias políticas y geográficas lo permitieron,

[1] J. M. García Escudero: «El exilio y el páramo» en *La posguerra*, p. 220.

abandonaron al inicio de la guerra la España de Franco o la de la Segunda República.

Es un error creer que la intelectualidad genéricamente de izquierdas eligió campo en seguida y, si lo eligió, se vio obligada a arrepentirse poco después de empezada la guerra. En su mayoría, las generaciones modernistas, del 14 y la vanguardista, participaban en general de un espíritu aristocrático de la cultura e incluso, de la *res publica.* Sin embargo, se ha difundido un error aún mayor, si cabe, que el primero: el creer que filósofos, letrados y científicos huyeron solamente de la España franquista. En 1936, fueron muy numerosos los exiliados que abandonaron las grandes ciudades republicanas como Madrid y Barcelona. El republicano puro no implicado en el radicalismo político que se encendió a partir de las elecciones de febrero de 1936 encontró dificultades y, en muchas ocasiones, su vida corrió serios peligros. Ya se sabe que en la España sublevada se preparaba una represión cultural de proporciones notables, pero no se olvide que la presunta libertad de la intelectualidad liberal y laica en la zona republicana ha sido y es un auténtico mito creado artificialmente por la historiografía genéricamente antifranquista antes y falsamente socialista hoy [2].

[2] Un testigo de excepción, el bibliotecario y erudito Hipólito Escolar, ha resumido la depuración de profesores y artistas en la zona franquista y también republicana. Comentando la actitud del titular de Instrucción Pública ha escrito que el ministro: «Hernández pensaba que era irremediable la eliminación de todos los profesores y maestros que convirtieran sus funciones de cultura en instrumento de hostilidad contra la República. Comités de bedeles y empleados subalternos, bajo la presidencia nominal del rector, se encargaron, según Azaña, de depurar al profesorado, con lo cual perdieron la plaza algunos catedráticos desafectos al régimen.

A continuación cuenta la suerte de muchos de sus compañeros de profesión: «La misma suerte debía caberles a los bibliotecarios y por ello una de sus primeras medidas fue dar el cese a 44 facultativos (9 de septiembre), de acuerdo con el citado decreto del 21 de julio disponiendo el de los empleados que hubieran tenido participación en el movimiento o fueran notoriamente enemigos del régimen. Otra purga se produjo el 20 de febrero de 1937 cuando 51 facultativos fueron cesados o jubilados anticipadamente con carácter forzoso, al tiempo que se readmitía a 13 que habían sido cesados anteriormente. Las cesanías, e incluso las reposiciones, no dejaron de producirse en bastante tiempo, pero ya en forma de goteo. Por cierto que entre los depuestos por órdenes singulares figuraban el bibliotecario José Tudela de la Orden, contertulio de Ortega y Gasset y persona bien vista en los medios republicanos, que se negó volver a la España republicana cuando consiguió salir de Francia». (En el volúmen *La cultura durante la guerra civil,* Madrid, Alhambra, 1987; p. 86).

Los intelectuales más comprometidos con la izquierda radical consiguieron los mejores puestos en detrimento de los republicanos moderados. Ramón Pérez de Ayala fue sustituido

Los casos que ejemplifican cuanto decimos son numerosísimos:

> El historiador Sánchez Albornoz, católico y republicano del partido de Azaña, era embajador en Portugal al estallar la guerra. Cuando el gobierno de Salazar rompió relaciones con Madrid, Albornoz no volvió a España; sólo lo hizo fugazmente un año después, para oir decir al presidente Azaña que la guerra estaba perdida, pero que, si por milagro se ganase, los republicanos tendrían que irse en el primer barco que saliera de España [3].

Para quedarnos en el campo del pensamiento, recordamos brevemente las peripecias del que fuera Secretario para la Junta de Ampliación de Estudios y animador del Centro de Estudios Históricos, de la Residencia de Estudiantes y del Instituto-Escuela. José Castillejo, reconocido por todos como uno de los representantes más activos de la última etapa de la Institución Libre de Enseñanza y, por tanto, un ejemplo viviente de la intelectualidad laico-republicana, se vio obligado a abandonar Madrid para salvar su vida [4]. Hasta el último momento defendió la intrínseca bondad de la democracia y la convicción de que los radicalismos sólo podrían imponerse con la fuerza [5]. En cierto modo, los gobiernos consiguieron que naufragase el estado republicano y las reformas filosóficas y educativas que la intelectualidad laica, liberal y progresista estaba preparando desde los comienzos del nuevo siglo, pues

en la dirección del Museo del Prado por Pablo Picasso. Otro comunista, el poeta Rafael Alberti, se encargó de la dirección del Museo Romántico.

[3] *El exilio y el páramo*, p. 220.

[4] Castillejo nunca llegó a defender, bajo ningún aspecto y en ningún modo, el franquismo, pero tal rechazo, coherente con las ideas de un institucionista, no le impidió explicar de este modo el ambiente que precedió a la Guerra Civil: «la mayoría de los líderes republicanos habían intentado refrenar la creciente agitación de las masas con reformas dentro de un orden legal externo; pero ni la constitución, ni los gobiernos, ni los programas políticos contenían ningún terreno firme donde las tendencias opuestas pudiesen haberse encontrado. El ideal democrático había unido a los españoles después de la caída de la monarquía, pero desde que adquirió una forma parlamentaria y los votos de la mayoría podían disponer de la vida y la fortuna de los ciudadanos, y el sistema usual de justicia era inútil, una parte de la población se asustó y se inclinó a la resistencia, mientras que la otra se unió para una acción directa, deseosa de conquistar, antes de que fuese demasiado tarde, los prometidos bienes», José Castillejo, *Guerra de ideas en España*, Madrid, Revista de Occidente, 1976, p. 131).

[5] «Ni el comunismo ni el fascismo, las dos soluciones que ofrece Europa como alternativa (a la democracia) han atraído todavía una mayoría de opinión lo suficientemente grande como para introducir pacíficamente un Estado totalitario, y el terror no haría nunca popular en España a ninguno de los dos» (*Guerra de ideas en España, op. cit.*, p. 132).

> los ideales liberales de Giner han sido desterrados y no habrá lugar para ellos mientras resuene el eco de la revolución o de la política totalitaria. El advenimiento de la República atrajo a la política a muchos de los líderes intelectuales preparados por la Junta [...]. Pero las persecuciones revolucionarias o reaccionarias al final los echaron de España y quizás América Hispana recogerá parte de la cosecha cultivada en la Madre Patria.

Las causas de la destrucción de la edad de Plata de la cultura española, preparada por la riqueza cultural y el entusiasmo de maravillosas generaciones de literatos y científicos desde finales del siglo pasado hasta el inicio de la República y de la Guerra Civil, son de orden interno y externo. Pues

> la República española se ha permitido algunos de los métodos políticos de los peores de la monarquía e incluso sus medidas de justicia han estado a veces teñidas por el espíritu de la venganza [...]. Pero más nociva que la furia española ha sido la insensibilidad moral de las Grandes Potencias que en vez de ofrecer armamento y crédito al combatiente que aceptase un acuerdo pacífico, han tomado partido para incitar a los luchadores y se han quedado apartados como observadores cautelosos, esperando para dar la mano al vencedor [6].

Las páginas citadas pertenecen a *Guerra de Ideas,* publicadas en Inglaterra en 1937, poco después de haberse visto obligado a dejar España para salvar la vida. Al escritor republicano no comprometido le fue suspendida la posibilidad de publicar en aquella zona, por la que intelectuales como él habían trabajado en todos los campos del saber [7]. Luis Palacios, especialista en hombres, ideas e instituciones derivadas del espíritu —no ya de la filosofía, superada desde hacía varios lustros— del krausismo y de la Institución Libre de Enseñanza, nos cuenta los difíciles momentos que José Castillejo tuvo que pasar para no acabar delante de un piquete de ejecución en una checa de Madrid. ¡Qué ironía para el fundador de tantas instituciones culturales consideradas productos de la intelectualidad republicano-democrática!

[6] Ibíd., p. 137.

[7] El libro apareció en versión inglesa. Muy posiblemente existía la original en castellano. Por la que citamos es traducción, por tanto, del inglés al castellano que a su vez nació de la traducción del manuscrito castellano a la versión inglesa de 1937. La edición española de *Revista de Occidente,* se estaba preparando desde 1970, pero tuvo que esperar la caída del régimen franquista para ver la luz. ¡Paradojas de la tercera España!

Castillejo se encontraba en Ginebra el 18 de julio de 1936. Su amigo, el político y catedrático socialista Fernando de los Ríos, intentó tranquilizarle. Las breves palabras resultaron vanas, pues don José salió en seguida para Benidorm, donde veraneaba la familia. Gracias al cónsul británico, mujer e hijos tomaron un barco para Inglaterra. Él, seguro de su papel cultural o, por lo menos, acuciado por su alto sentido del deber, cogió el tren hacia Madrid para ponerse a disposición de las autoridades republicanas. Apenas tomó pie en la capital su cuñado le informó de que hacía pocos días

> el periódico anarquista *Claridad* había publicado una lista de los que debían ser asesinados. En aquella lista figuraba el nombre de José Castillejo [...]. Al día siguiente se dispuso a hacer realidad el plan que se había trazado. Fue a visitar al ministro de Educación Barnés, para ponerse a su disposición. Barnés, que era antiguo amigo suyo, le hizo saber que en aquellos momentos poco había ya que hacer, y que lo más sensato y lo que él debía hacer era irse lo antes posible con su familia, fuera del país [8].

Gracias a amistades inglesas, Castillejo pudo abandonar España. Algunos de los pocos huéspedes que en julio de 1936 vivían en la Residencia de Estudiantes escucharon las intenciones de algunos milicianos anarquistas de ajusticiar al «peligro fascista» (¡cuántas ironías comporta la vida, la cultura y, sobre todo, la historiografía!).

> Y así fue —comenta Luis Palacios—. Al poco tiempo llegó el tristemente célebre y típico coche con varios hombres armados de rifles dispuestos a dar el «paseíllo» a Castillejo [9].

La intervención de un capitán de milicias le salvó la vida. Antes de marcharse, y ante la presencia del ministro de Instrucción Pública Barnés y del mismo Menéndez Pidal, Castillejo entregó a un comité revolucionario las llaves de la Junta para la Ampliación de Estudios, sita entonces en la calle Medinaceli, 4, actualmente sede del Centro Superior de Investigaciones Científicas.

No fue Castillejo el único huésped de la Residencia con problemas políticos y de supervivencia en el Madrid republicano del verano

[8] Luis Palacios, *José Castillejo. Última etapa de la Institución Libre de Enseñanza,* Madrid, Ediciones Narcea, 1979, p. 158.

[9] Cfr.: José Castillejo: *Última etapa de la Institución Libre de Enseñanza, op. cit.;* p. 159.

de 1936. La mayoría la habían abandonado por el ambiente de tensión vivido entonces en la capital de España o, también, por haber finalizado el curso académico y encontrarse de vacaciones. Pero, como se sabe, algunos de los residentes eran solterones encallecidos, profesionales de la enseñanza, para quienes el edificio de la calle Fortuny representaba su hogar, la institución a la que estaban entregando todas sus energías y esperanzas. El vicedirector era el conocido y mal estudiado poeta, además de organizador cultural y encarnación de la filosofía de la Residencia, José Moreno Villa. Como nadie podrá negar el radical antifranquismo y el convencido republicanismo de nuestro literato, he considerado oportuno ofrecer al lector su testimonio, entre otras cosas, porque en 1936 Moreno Villa formaba parte del grupo de los mayores de la Residencia de Estudiantes; vivía precisamente en el sanctasanctórum de la intelectualidad liberal y vanguardista. He aquí como se vivieron, según Moreno Villa, los primeros días de la sublevación en la culta casa

> Estalla la rebelión militar e inmediatamente se produce un cambio de actitud en la servidumbre de la Residencia de Estudiantes: unas cuantas mujeres aleccionan a las demás y comienzan a mirarnos como a burgueses dignos de ser arrastrados. Un escribiente de la oficina se enfrenta con la Dirección y pide que se le entregue el dinero de aquella casa. Jiménez Fraud [10] puede escribir sobre aquellos levantamientos internos de gentes que se respaldaban con la amenaza del *paseo.* Huyeron las chicas americanas, huyeron los estudiantes en casi su totalidad [...]. Para que los elementos incontrolables no se incautasen de la Residencia alguien consiguió que se estableciera en ella una escuela infantil, de niños pobres o huérfanos. Con ello comenzó su naufragio o inseguro destino. Mientras tanto, se refugiaban en ella algunas personas amigas que temían por sus vidas; entre ellas Ortega y Gasset y el profesor Ramón Prieto, que había sido Subsecretario de Lerroux. A éste quisieron

[10] Alberto Jiménez Frau, director de la Residencia, tuvo oportunidad de escribir este capítulo de historia a propuesta de Moreno Villa. Redactó un magnífico estudio sobre la historia de las instituciones universitarias. Sin embargo se detuvo en los años de la República. Ver su libro, publicado durante el régimen de Franco, *Historia de la Universidad española,* Madrid, Alianza Editorial, 1971. Jiménez Frau había tenido ya algunos choques durante la República, acusado de mantener relaciones con intelectuales de derecha. Según Caro Baroja, «Jiménez Frau se vio también, al fin, algo amenazado. Había recogido en la Residencia de Estudiantes a algunas personas tenidas por sospechosos, y esto le puso en peor situación si cabe»; *Vid.: Los Baroja (memorias familiares),* Madrid, Taurus, 1983.

> sacarlo de allí para asesinarlo, pero pudo escapar [11]. [...] La situación se fue haciendo cada vez más violenta y enrarecida en aquella nuestra casa. Desapareció la Escuela infantil y la sustituyó una división de cualquier asalto de los criminales. Todas las noches oíamos descargas de fusilamiento en las cercanías, y cuando nos levantábamos oíamos contar a las criadas cómo eran las víctimas de los famosos *paseos*. «El de hoy era un señorito fascista, tenía zapatos de charol y estaba envuelto en la bandera monárquica. El de ayer era un pobre de alpargatas». Se fijaban mucho en el calzado y en las manos [12].

La actividad universitaria cesó. Los intentos de normalizar el curso académico 1937-38 se quedaron solamente en eso: intentos. El filósofo Gaos, rector de la universidad de Madrid en 1935 —sólo cuatro años después de haber ganado la cátedra— participó en el trabajo prácticamente inútil de despegue de la Universidad de la entonces capital de la zona republicana, Valencia. Algo se consiguió mas, como ha escrito Hipólito Escolar,

> a la cita faltaron los depurados y los que estaban en la zona nacionalista. Pero también había muchos que con diversas razones se habían establecido en el extranjero y que no querían volver, como los catedráticos y ex-ministros Claudio Sánchez Albornoz y Domingo Barnés Salinas, que no regresaron al cesar como embajadores en Portugal y Cuba respectivamente. Por las mismas razones faltaron Ortega y Gasset, Gregorio Marañón, Pedro Salinas y Américo Castro, y en la *Gaceta,* apareció una nueva relación de cesantes, entre los que estaban, aparte de los citados anteriormente, José A. Zubiri, Hugo Obermaier, Luis de Zulueta, Ramón Prieto Bances y Niceto Alcalá Zamora, ex-ministros los dos penúltimos y ex-presidente de la República, el último [13].

No pretendemos demostrar, entre otras cosas porque sería ir contra la verdad, la inexistencia de derechistas o izquierdistas declarados antes de iniciar la guerra, pero sí recordar el hecho de que una intelectualidad en gran parte liberal y elitista no pudo inclinarse

[11] Los afiliados al partido radical de Lerroux sufrieron en muchas ocasiones una violenta persecución. Algunos datos apunté en el capítulo VI de mi libro *La España actual. El régimen de Franco,* vol. 13-2 de la *Historia de España y América,* Madrid, Gredos, 1994. El caso de Ramón Prieto ilustrado por Moreno Villa evidencia que los intelectuales lerrouxistas no escaparon tampoco al terror en la España frentepopulista.

[12] *Vid.: Vida en claro. Autobiografía,* Madrid, Fondo de Cultura Económica, 1976, pp. 211-2.

[13] *La cultura durante la guerra civil, op. cit.,* p. 92.

libremente hacia Falange Española, hacia el autoritarismo de los militares sublevados, pero tampoco hacia un gobierno de Frente Popular donde el descontrol de socialistas y anarquistas reinaba hasta que perdieron la batalla contra la III Internacional, representada por el PCE, y los asesinatos disminuyeron. Por tal motivo, no nos cansaremos de repetir la importancia de la guerra geográfica, porque el resto se comprende. Pues, una vez estallada la guerra, los intelectuales ubicados en una u otra zona tuvieron que jurar fidelidad, respectivamente, al gobierno frentepopulista o al franquista [14]. El porqué de una mayoría de intelectuales en una zona —la republicana— lo explica también la geografía. Como ha escrito A. Escobar, «está el hecho de que la zona nacionalista era un territorio con las características de provincianismo, sin ninguna actividad cultural de punta, en el que aspecto cultural alguno alcanzaba la altura a la que llegaba en las dos grandes urbes de Madrid y Barcelona. Los escritores, los artistas y los técnicos, en su inmensa mayoría, vivían en ellas. En ellas, además, se asentaba la industria de la cultura, la prensa, las editoriales, los grandes talleres de artes gráficas, las más importantes emisoras de radio, las productoras cinematográficas, las compañías

[14] Ortega habló claramente de amenazas a intelectuales republicanos para que firmasen manifiestos a favor del gobierno del Frente Popular. Igualmente claras fueron las declaraciones de Ramón Pérez de Ayala y de Gregorio Marañón, los ex-fundadores de la Asociación al Servicio de la República. *Vid.* M. Gómez Santos, *Vida de Gregorio Marañón.* Barcelona, Plaza y Janés, 1987; p. 399 y ss. Marañón huyó en la Navidad de 1936 en compañía de R. Menéndez Pidal. Entraron en contacto con los amigos españoles que habían logrado salir de Madrid meses antes. Eran éstos Ramón Pérez de Ayala, el doctor Hernando, Azorín, Ortega, Secundino Suazo y Sebastián Miranda (Ibíd., p. 402). Joaquín Pérez Villanueva, en una magnífica biografía, nos cuenta las peripecias de otro de los grandes intelectuales de la república: «De muy difícil manera pudo Ramón mantener su independencia, preocupado siempre por la conservación de sus libros y sobre todo de sus preciados ficheros. El día 31 de julio de 1936 la prensa daba noticia de la adhesión a la República de Marañón, Machado, Menéndez Pidal, Teófilo Hernández, Pérez de Ayala y Ortega [...] Ante la gravedad de la situación y la inseguridad que les rodeaba, se refugió en la embajada de Méjico acompañado por doña María (su mujer), muy afectada en su equilibrio nervioso por la situación general, y, sobre todo, por las dramáticas escenas que se había visto obligada a presenciar desde su casa en Chamartín. A pesar de todo, don Ramón tiene presente que Ramiro de Maeztu se encuentra en la cárcel, en grave riesgo, Pidal telefonea a Indalecio Prieto pidiendo su ayuda para salvar al escritor, y al padre García Villada, cuya importante *Historia eclesiástica de España* estaba en publicación: Me contestó muy cordial que haría lo preciso, y que yo no tenía necesidad de telefonearle [...] Comprendí —resume con amargura— que no iba a hacer nada. Y nada se hizo. Tanto Maeztu como el padre Villada fueron víctimas de la hecatombe. Recogido en *Ramón Menéndez Pidal. Su vida y su tiempo,* Madrid, Espasa Calpe, 1991; pp. 341-2.

teatrales y gran número de salas de espectáculos. Existía, por consiguiente, en la zona republicana una infraestructura cultural muy superior» [15].

El hecho de que Barcelona y Madrid —sobre todo ésta última— fueran las capitales de la cultura cuando aún en los años veinte y treinta del presente siglo tenían dimensiones humanas, propiciaba encuentros frecuentes entre la crema de la intelectualidad y de la ciencia de entonces. Por la llamada generación de 1898 habían pasado los años y, con ellos, su inconformismo. La generación del 14, como hemos dicho, se dio cita en Francia apenas pudo escapar de la España republicana. Los jóvenes, en principio, hubieran debido ser los más pasionales y extremistas. Pero el sentido aristocrático de la cultura —después transformado en populismo alpargatero o clérigo-fascista en las zonas respectivas— se impuso, por lo general, por encima de las diferencias. El mundillo de tertulias, los encuentros en ciertos cafés de moda o en algunos cabarés resultaban punto de referencia para aquella generación vanguardista; vanguardistas en política y en la cultura.

No es un misterio para nadie la amistad, por ejemplo, entre el fundador de la Falange y el poeta García Lorca. La extrañeza del hecho puede nacer solamente de la ignorancia. Ambos eran hijos de la burguesía, pues el título nobiliario de José Antonio Primo de Rivera —marqués de Estella— no se hundía en la noche de los tiempos; es decir, era de reciente concesión. Compartían, con casi la misma edad, ambientes muy semejantes, un estilo nuevo de vivir la cultura, la moda, la atracción por la ciencia, por la técnica, por el mito europeo y, también, por el español castizo. Ambos, José Antonio y Federico, consideraban al filósofo Ortega un maestro del pensamiento, de la política y de la literatura. Para Primo de Rivera, *La rebelión de las masas* significaba un punto de referencia esencial para aplicar a la *res publica* hispana las ideas de los mejores. Unas nuevas minorías —no las de la sangre— debían imponer un ritmo de calidad a una patria desacreditada en el exterior y carcomida en el interior por la apatía de los monárquicos y por el populismo de las internacionales socialistas. Ortega era un español de clase, al corriente del nuevo tren europeo, al tanto de las

[15] *La cultura durante la guerra civil, op. cit.*, p. 101.

nuevas corrientes, pero asimilados aquél y éstas al gusto y a las circunstancias españolas.

Para Lorca, Pepe Ortega, como él lo llamaba, era el filósofo maestro y amigo de poetas y, sobre todo, el autor de *La deshumanización del arte,* biblia de la vanguardia hispana, teorización máxima del nuevo arte.

La rebelión (1930) y *La deshumanización* (1925) derivaban de una obra anterior, *El tema de nuestro tiempo* (1923). La primera representaba la aplicación política; la segunda la literaria.

Por todo ello, el político y el literato se comprendían. Gabriel Celaya ha contado, y no sólo él, los regulares y fecundos encuentros entre Primo de Rivera y García Lorca. Parece ser que cenaban juntos muchos viernes del año:

> Cuando él ¡Lorca! me dijo eso de que todas las semanas cenaban un día juntos, a lo mejor era una exageración de Federico porque era muy fantasioso, pero él conocía a José Antonio, esto es verdad, esto es completamente cierto [...] A José Antonio me lo presentó Federico en Casablanca una noche de *whiskys.* Yo no había ido con Federico, había ido con un grupo de la Residencia. Casablanca era un cabaret, como se decía entonces, un sitio de baile, nocturno. Y allí fuimos después de cenar y allí estaba ya Federico. «Oye, ven aquí (me dice), te voy a presentar a José Antonio, vas a ver que es un tío muy simpático». Y nos presentó. eso sería el '34 [16].

Alguien podrá objetar que el machismo falangista de José Antonio chocaría inevitablemente con el carácter tiernamente femenino de Federico. En primer lugar, lo hemos visto, los hechos no le dan razón. Pero además, la atracción de José Antonio por la intelectualidad liberal ¿se detendría por motivos intrínsecos a la naturaleza? La atracción por el *Canto por Ignacio Sánchez Mejías* —himno al valor, al orgullo, aparte de representar una joya de ritmo tan vanguardista

[16] Recogido por Andrés Trapiello, *Las armas y las letras, op. cit.,* p. 116. El historiador Gibson, autor de sendas biografías sobre Primo de Rivera y García Lorca, no acepta con buenos ojos esta realidad porque probablemente vería desmoronarse su tesis sobre la incompatibilidad política entre ambos personajes. Sin embargo, el docto escritor debería comprender que por encima o por debajo de clichés ideológicos corre la desbordante y compleja realidad de la vida y de la historia. De la información de Celaya fue testigo mi padre en el Madrid de 1935. Este hecho me lo confirmaba en Milán el poeta Francisco Brines, informado a su vez por tantos testigos del Madrid republicano.

pero, al mismo tiempo, tan enraizado en la tradición de lo español y de su literatura más genuina (la elegía)— ¿no tendría suficiente fuerza como para romper la desconfianza sexual de la minoría y de la teoría de los mejores? Por otra parte, a Federico, ¿podría importarle el fascismo de Primo de Rivera más que la fascinación por el político nuevo, culto, refinado, vanguardista, amigo de la poesía y él mismo con alma de poeta?

III

EL NIVEL FILOSÓFICO EN ESPAÑA EN LOS UMBRALES DEL ÉXODO

El siglo XIX español, a pesar de haber sido buen receptor de las corrientes europeas de pensamiento, no alcanzó en ningún caso un buen nivel en el campo de la filosofía técnica. Hasta 1868 no existe una alternativa válida al pensamiento católico dominado por una escolástica por lo general envejecida y excesivamente segura de su verdad. Fueron excepciones la obra del tradicionalista Juan Donoso Cortés y Jaime Balmes. Después de dicha fecha, ni la inmensa cultura de Marcelino Menéndez Pelayo ni la preparación tomista de Zeferino González consiguieron elevar la filosofía española al rango de la europea. Tampoco el pensamiento utópico del socialismo de entonces puede compararse a nivel teórico con el análogo de los otros países del continente. Por su parte, la filosofía idealista, representada en España por el krausismo, no consiguió sino asimilar para el ambiente español, con muy discutible fortuna, la obra de los grandes filósofos del romanticismo alemán, y ello con indudable retraso y escasa profundidad. Ni las adaptaciones de Julián Sanz del Río ni el pensamiento pedagógico de Francisco Giner de los Ríos merecieron la gloria de la fama ni el prestigio de la exportación. El positivismo de las décadas finales del siglo se conformó, por lo general, con una pobre difusión en la península de las teorías provenientes de Alemania, Inglaterra y, sobre todo, de Francia.

El clima de recíproca oposición y el ambiente polémico superaron con mucho las escasas expresiones teóricas. La filosofía de estos años de la segunda mitad del XIX hay que buscarla en la contraposición ideológica, en una producción desparramada más fre-

cuentemente en ensayos de revistas y artículos de cotidianos nacionales que en obras de valor teórico y técnico.

La filosofía sirvió en el mejor de los casos de apoyo a la política. Por lo general, los pensadores católicos ayudaron a los partidos conservadores; los krausistas, en cambio, a los liberal-progresistas, en la mayoría de los casos de bandera monárquica. En fin, los socialistas utópicos simpatizarán con las fuerzas republicanas, unitarias o federalistas. Como es fácil de imaginar en un ambiente enrarecido por la polémica y por la finalidad política, las ideas aparecieron muchas veces confusas y otras enrarecidas por el afán de conciliaciones imposibles. Católicos idealistas e idealistas católicos trataron de calmar los ánimos. Pocas veces los esfuerzos de José Moreno Nieto, Tomás Romero de Castilla o Emilio Castelar dieron resultados positivos.

El inicio del presente siglo movimentó las letras y las ciencias españolas. Sin embargo, la filosofía no gozó de un cambio esencial [1]. F. Nietzsche ejerció una indudable influencia en campo literario. El existencialismo hizo moderadamente su aparición, las traducciones francesas de Marx y de algunos discípulos galos alcanzaron una discreta difusión. El psicoanálisis freudiano se conoció y se discutió. Sin embargo, los resultados no pueden considerarse entusiasmantes. Solamente dos figuras relevantes superaron la mediocridad existente. El individualismo existencialista se concretó en Miguel de Unamuno y la filosofía católica se renovó gracias al correlacionismo del sacerdote Ángel Amor Ruibal.

El filósofo vasco conoció antes del gallego los laureles de la fama, no por una mayor profundidad filosófica sino gracias a su éxito literario, a su simpática rebeldía vital «contra esto y aquéllo», y a sus buenas relaciones con eminentes literatos de la Europa occiden-

[1] Manuel García Morente, buen conocedor de la filosofía nacional, escribía refiriéndose a la situación de la filosofía en España en la primera década del siglo XX: «Por entonces, la filosofía en España no existía. Epígonos mediocres de la escolástica, residuos informes del positivismo, místicas tinieblas del krausismo, habían desviado el pensamiento español de la trayectoria viva del pensamiento universal, recluyéndolos en rincones excéntricos, inactuales, extemporáneos. España permanecía, por decirlo así, al margen del movimiento filosófico [...] La enseñanza filosófica que Don José Ortega ha dado durante veinticinco años en la Universidad de Madrid ha creado en realidad la base del pensamiento filosófico español [...] Hoy, la actuación universitaria de Don José Ortega, complementada por los otros profesores que como amigos o discípulos han recibido la influencia directa de su pensamiento, ha hecho de la Universidad de Madrid uno de los lugares donde se cultiva la filosofía con más intensidad, escrupulosidad y amplitud» (*El Sol*, 8 de marzo de 1936).

tal. Pero, sobre todo, porque sus inquietudes reflejaban las de su tiempo y sus obras carecían del lenguaje técnico y, por tanto, complicado de la filosofía pura. Por su parte, el canónigo compostelano, si bien contase con un bagaje metafísico profundo, lo utilizó en obras de mayor impronta teológica. La difusión de sus escritos ha tenido que esperar a décadas posteriores para ver reconocido su justo valor.

Sin embargo, la siembra de tales fermentos dará sus frutos en los años 20 y 30. La modernidad se extendía sin pausa por todo el continente y España, a pesar de carencias estructurales notables y a un objetivo retraso filosófico durante todo el siglo XIX, logrará, finalmente, espléndidos resultados en esta importante parcela del saber. Un afán difundido de renovación y de europeización se convirtió en propulsor de la creación de nuevas instituciones universitarias. Unas ganas enormes de romper las cada vez más estrechas fronteras de los Pirineos incitaron a tantos jóvenes ayudantes de cátedra a perfeccionar sus estudios en el corazón de la filosofía europea. Francia, punto de cita ideal para los intelectuales españoles hasta más o menos 1910, cedió el puesto, por obvios motivos, a Alemania.

España, al cerrar su ciclo colonial en 1898 a causa de la derrota contra los Estados Unidos en Cuba y Filipinas, se sintió más libre para dejar atrás viejas concepciones de filosofía de la historia. Se imponía cambiar de dirección y puntos de referencia. Se hacía necesario empezar de nuevo. Crear una nueva idea del propio ser de España y de los españoles; plantear una filosofía de la historia que, sin renegar ciertas tradiciones, abriese nuevos horizontes para construir una cultura a la altura de la segunda contemporaneidad.

La ruptura con el pasado y el ansia de novedad crearon, no cabe duda, ciertos desequilibrios en la interpretación del pasado español y en la propuesta de futuro; más en aquélla que en ésta. Renegando de ciertos aspectos de la historia de España, como su papel de baluarte de la catolicidad (al menos en el período de los Austrias mayores) o la importancia de la colonización del continente americano, la nueva filosofía de la historia tendió, como síntesis lógica, a interpretaciones que apoyaban en cierto modo la leyenda negra sobre nuestra historia, difundida por franceses e ingleses. Sin embargo, tales desequilibrios fueron enmendados gracias a la obra y a la personalidad de Ortega y Gasset. Fuerte de su formación en la Escuela

de Marburgo al contacto con los maestros Hermann Cohen y Paul Natorp [2], de sus contactos con la fenomenología de Husserl, el existencialismo de Heidegger, la estética de Simmel, se atrevió, después de la debida asimilación de tantos sistemas de pensamiento, a proponer una interpretación española de la realidad europea.

La filosofía del punto de vista y del circunstancialismo dieron sus mejores logros para conseguir realizar la difícil tarea de proponer una filosofía de la historia nueva, al corriente del mejor pensamiento europeo y consciente de la imposibilidad de rechazar la tradición española, precisamente en nombre de su historicismo y en nombre, también, de salvar como español las propias circunstancias y la moral de un pueblo que acababa de entrar, con tantos éxitos culturales, en una nueva modernidad o, como hemos dicho ya, en su segunda contemporaneidad.

En este cambio positivo de 180 grados de la cultura española intervinieron filósofos, literatos, científicos y nuevos factores. El primero, según Juan Marichal, «podría cifrarse en lo que Rubén Darío llamó en 1904 "la universalización del alma española": o sea el afán asimilador de las ideas y métodos propio de la cultura europea moderna. El segundo factor podría denominarse unamunianamente, "la españolización del alma española", esto es, la recuperación y reactivación de la tradición cultural española. Estos dos factores actuaron de manera conjunta en nuevas figuras de la España de 1886-1936, llegando a ser en algunos casos —Unamuno, Falla, García Lorca— una perfecta aleación de lo universal y lo hispánico en la creación literaria y artística. Y esa conjunción de las impulsiones intelectuales sobrevivió en el Ultramar español de 1939-1979, con rasgos determinados también, por las nuevas circunstancias geográficas y culturales» [3].

La búsqueda de una nueva identidad para el ser de España y del español originó un período de transición espléndido. Hasta la segunda década del siglo XX el ensayo se había concentrado en hallar nuevas salidas que consiguieran sacar a la patria de tantos decenios de retraso y de parálisis. Parece ser que el pensamiento, obliga-

[2] Sobre dicha corriente filosófica, el importante trabajo de Gianna Gigliotti, *Avventure e disavventure del trascendente*, Nápoles, Guida Editori, 1989.

[3] *Vid.: Teoría e historia del ensayismo hispánico*, Madrid, Alianza, 1984; pp. 213-4.

do por las preocupaciones políticas y sociales, no hubiese tenido tiempo de ejercer su papel más alto: la filosofía. Ahora, reforzado por los contactos europeos, más libre y con la línea orteguiana como ejemplo, había llegado la hora de trabajar en el campo de la filosofía pura, con nivel más técnico e intereses más específicos.

Ortega, como hemos dicho, se convirtió en el paladín de la renovación, en el motor del cambio. Él representó el final de una época y el inicio de una nueva. En él culmina el período del regeneracionismo y del ensayo noventayochista, dando inicio al mismo tiempo a la verdadera filosofía española del siglo actual. Ortega redimió nuestra filosofía. Consiguió transformar el ensayismo patriótico, llorón y, a veces, huero en otro más estrictamente filosófico, imbuido de la tradición española y al corriente de los nuevos sistemas europeos.

Su papel impagable de eslabón y de propulsor no ha sido siempre bien interpretado. Los juicios de culto periodista, ensayista brillante pero superficial, de filósofo *mondain,* etc. no han comprendido, o no han querido comprender, la labor de mediación de su obra. Si Ortega se hubiese abierto repentinamente a una filosofía con profundidad de pensamiento y con dificultad de lenguaje no habría podido lograr ser el centro de su generación, ser leído y comprendido por literatos y artistas, políticos y profesionales, ensayistas y aprendices. Una vez alcanzado el prestigio como escritor, como filósofo y como catedrático de metafísica de la Universidad Central, pudo poner los cimientos de una nueva etapa y aconsejar a amigos y discípulos a que se forjasen en la filosofía europea, creando obras de nivel académico.

Esa espléndida cultura que se aguó en parte con la Guerra Civil es deudora a Ortega de buena parte de sus mejores frutos, sea la que creció bajo la dura sombra del franquismo sea aquella otra obligada, por los motivos anteriormente expuestos, a tomar el doloroso camino del exilio.

En las décadas de los veinte y de los treinta, las letras, las artes y las ciencias alcanzaron un nivel tan alto que la crítica ha considerado justo apelarla con la expresión de Edad de Plata de la cultura española.

Pues bien, en campo filosófico ese nivel se concretó en lo que se ha dado en llamar la Escuela de Madrid y la Escuela de Barcelona.

Ambas, con personalidades diferenciadas por circunstancias y tradición, responden a la explosión de entusiasmo y saber de la Edad de Plata y tiene en Ortega su punto de arranque y su estímulo más alto [4].

[4] Desde él —ha escrito su alumno Julián Marías— hay filosofía rigurosa en España, la más eficaz de todas, «la escuela». Desde dentro de ella, nutrido de su instancia, personalmente incorporado a la empresa de hacer una filosofía española que fuese filosofía a secas, Don Manuel García Morente, decano impar de la facultad de Madrid, decía en 1935: «La obra de Ortega y Gasset significa nada menos que la incorporación del pensamiento español a la universalidad de la cultura. Esa incorporación no podía hacerse más que por medio de la filosofía [...] Ahora bien, esto es lo que Don José ha hecho entre nosotros. Ha hecho filosofía, una filosofía auténtica, y por haberla hecho, ha incorporado el pensamiento español a la corriente del pensamiento universal» (*La Escuela de Madrid* en *Obras completas,* vol. V, Madrid, Revista de Occidente, 1960, p. 209).

IV

DOS PALESTRAS FORMATIVAS DEL EXILIO FILOSÓFICO

La Escuela de Madrid

El centro de la Escuela de Madrid fue su Facultad de Filosofía y Letras. La Escuela de Madrid, como por lo general otras corrientes de pensamiento con un maestro y un centro focal, no tiene contornos perfectamente dilimitados, ni su nacimiento coincide, como es obvio, con un año determinado. El uso de tal terminología parece que se debe a Julián Marías, aunque no ha sido el único de los integrantes en hacer mención de ella [1]. Por ejemplo, María Zambrano lo ha repetido en multitud de ocasiones. Eugenio Colomer, ex-catedrático de la facultad de Letras de Barcelona, precisa que «aunque no puede hablarse en sentido estricto de una *escuela* filosófica, el hecho es que Ortega era el alma del grupo y que profesores y discípulos se reconocían deudores a su magisterio» [2].

La expresión de Colomer es significativa pero algo exagerada. Por ejemplo, el catedrático de Lógica, Julián Besteiro, teórico del socialismo y 13 años mayor que Ortega —nacidos respectivamente en 1870 y 1883— tenía poco que ver con las minorías selectas y la teo-

[1] En la *Advertencia* que precede al volumen de Julián Marías *La Escuela de Madrid* se lee la siguiente explicación: «He elegido para este libro el título *La Escuela de Madrid.* Esta expresión, que he usado sin demasiada formalidad hace muchos años, ha sido acogida y utilizada por Ferrater Mora, en la cuarta edición de su *Diccionario de Filosofía,* en el mismo sentido, dándole así alguna mayor solemnidad».

[2] Ver el capítulo «El pensamiento novecentista» en el volúmen VI de la *Historia general de las literaturas hispánicas* dirigida por Guillermo Díaz Plaja, Barcelona, Editorial Vergara, 1968, p. 291.

ría de los mejores [3]. Manuel García Morente (n. 1886) representaba y apreciaba a Ortega pero tardó varios años en reconocer la supremacía y en incorporarse al proyecto de don José. Ambos habían ganado la cátedra muy jóvenes. Ya en 1912, Ortega era numerario de Metafísica y Morente de Ética. En tal fecha aún no se podía hablar, ni mucho menos, de Escuela de Madrid. La *Revista de Occidente,* órgano prestigioso del futuro movimiento, no era todavía una realidad, como tampoco la editorial Espasa. Por su parte, Zubiri, quizás el alumno más aventajado, leerá su tesis doctoral en el entonces lejano 1921 y ganará la cátedra de Historia de la Filosofía en 1926 [4]. José Gaos defenderá su tesis sobre Husserl en 1928 y ocupará en 1933 la cátedra de Introducción a la Filosofía de la Facultad de Letras de Madrid, después de un breve período, como numerario, en la de Zaragoza. La fecha de incorporación de Gaos coincide con la inauguración del nuevo edificio de la Facultad de Letras. Como han escrito J. L. Abellán y T. Mallo, «la reforma quedó concluida con el Decreto de 27 de abril de 1935 por el que se limitaba a las facultades de Madrid y Barcelona la posibilidad de conferir el título de doctor en Filosofía y Letras; el resto de las facultades deberían designar su ponente para la lectura de la tesis doctoral. Sin duda, aquí encontramos la razón jurídica última para poder hablar de

[3] La idea de los mejores formaba parte, decíamos, de la cultura mental de todos los intelectuales, filósofos y no, reunidos en torno a Ortega. Expresivas resultan las palabras del poeta Moreno Villa en su autobiografía *Vida en claro:* »¡Qué maravilla! Durante veinte años he sentido ese ritmo emulativo y he dicho: ¡Así vale la pena vivir! Un centenar de personas de primer orden trabajando con la máxima ilusión ¿Qué más puede pedir un país?» (*op. cit.;* p. 84).

[4] Xavier Zubiri ha dejado escrito a propósito de la centralidad de Ortega en la Escuela de Madrid estas palabras que confirman el discipulado filosófico: «Es posible —ha escrito el autor más técnico y profundo de la escuela de Madrid— que en otras disciplinas baste con que el maestro sea resonador, propulsor y sensibilizador. En filosofía hace falta algo más. El discipulado filosófico es una *generación intelectual,* no para producir de la nada una capacidad filosófica en los discípulos, pero sí para ponerla en marcha y hacer de ella un *habitus* de la inteligencia. Para esto es preciso darles una acogida intelectual, suministrarles un hogar, y esto a su vez requiere tenerlo. Hay que ser algo más que un monolito hermético: hace falta poder trazar en torno suyo el ámbito interno donde acoger al que quiere filosofar [...] A los que acogió así, Ortega no sólo brindó elementos de trabajo —e incluso ciertos secretos de técnica—, sino que les asoció a su propia vida e hizo de ellos sus amigos. Muchos le otorgamos entonces nuestra confianza intelectual y nutrimos en él nuestro afán de filosofía. Fuimos, más que discípulos, hechura suya, en el sentido de que él nos hizo pensar, o por lo menos nos hizo pensar en cosas y en forma en que hasta entonces no habíamos pensado» (*El Sol,* 8 de marzo de 1936, artículo del título «Ortega, maestro de filosofía»).

una Escuela de Madrid y otra de Barcelona en sentido filosófico estricto» [5].

El grupo editorial inicial quedó formado por cuatro catedráticos: Ortega, García Morente, Zubiri y Gaos. En 1932, los datos ayudaban a completar el cuadro y, en cierto modo, la fuerza de la escuela orteguiana: Manuel García Morente se convierte en el nuevo decano de la Facultad de Letras, mientras que otro discípulo del maestro, Luis Recasens Siches, obtiene la cátedra de Filosofía del Derecho en la Facultad de Leyes de la Universidad Central, cuyo rectorado sería ocupado en 1935 por José Gaos. Por tanto, la Escuela de Madrid rompe con los límites de la Facultad de Letras, pues no sólo Recasens, uno de los discípulos más inteligentes y quizás el que ha imitado más en su estilo y en su oratoria a Ortega, sino también otro asiduo de la tertulia de don José y más tarde exiliado prestigioso, Francisco Ayala, ganará la cátedra de Derecho Político en la Universidad de la Laguna, si bien no tomase nunca posesión de la misma por el deseo de seguir viviendo en la capital de España [6].

En esta década de los treinta, se incorpora a la Sección de Filosofía otra ilustre exiliada, María Zambrano. Corría el año 1931 cuando Pedro Carabia Hevia, colaborador de Zubiri, renunció a su puesto de ayudante de Historia de la Filosofía. A partir de entonces y hasta 1936, Zambrano formaría parte de la Sección de Filosofía y Letras. Su admiración y apego hacia Ortega serían constantes de su vida y de su obra [7].

Se podrá objetar que algunos de los integrantes [8] de la Escuela de Madrid desarrollaron un pensamiento poco en sintonía con la razón vital e histórica de Ortega. No hay duda de que así fue, pero también lo es que el perspectivismo orteguiano, el sentido de filoso-

[5] *Vid.: La Escuela de Madrid,* Madrid, Asamblea de Madrid, 1991; p. 12.

[6] El flamante catedrático tuvo en su tribunal de oposición a otro maestro de la filosofía política y como él formado en Alemania, Fernando de los Ríos. *Vid.:* F. Ayala: *Recuerdos y Olvidos,* vol. I, Madrid, Alianza, 1984; p. 176. El hecho de que un declarado socialista votase a favor de un liberal se comprende, aparte de por la justicia académica, dentro del cuadro de las amistades y encuentros, descrito anteriormente, entre los intelectuales españoles de prestigio, formados en Alemania gracias a la Junta para la Ampliación de Estudios.

[7] En multitud de ocasiones Zambrano ha manifestado que a Ortega y Gasset lo ha sentido como maestro «y seguiré siempre sintiéndolo, al par que a mi padre», *Anthropos,* año 1987; n. 70/71, p. 71, número especial del título «María Zambrano, pensadora de la Aurora».

[8] *Vid.: Diccionario de Filosofía,* t. II, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1965; p. 111.

fía abierta, la posibilidad de integrar, de estimular, de incorporar indicaciones de la obra de don José resultó un punto fijo para toda la filosofía que sobrevivió a la Guerra Civil; en España y en América. Como ha escrito José Ferrater Mora, el exiliado más completo filosóficamente de la Escuela de Barcelona:

> En algunos casos, a la influencia ejercida sobre ciertos pensadores por Ortega, debe agregarse la de Zubiri; así ocurre por ejemplo con Julián Marías y, sobre todo, con Pedro Laín Entralgo y José L. Aranguren. Ello no significa que las ideas filosóficas de estos autores sean comprensibles únicamente a base de una combinación de tales influencias. El carácter amplio adscrito a la citada Escuela de Madrid prohibe justamente semejantes interpretaciones. Hay que observar, por lo demás, que el radio geográfico de la Escuela en cuestión se extiende con frecuencia y abarca a otros filósofos que habían trabajado en parte siguiendo distintas tradiciones: es lo que ocurre con Joaquín Xirau, cuya filiación en la Escuela de Barcelona no le impidió sentirse también vinculado estrechamente con el movimiento filosófico suscitado y desarrollado en Madrid, y que ha tenido mucho tiempo como principal —aunque no exclusivo— centro de difusión la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de dicha capital [9].

Por otra parte, la breve existencia del grupo de Madrid —que se disipó por los acontecimientos bélicos, por la rigidez ideológica del primer franquismo, por la amenaza de una censura inquisitorial y confusa entre elementos del peor catolicismo y de un militarismo obcecado por la guerra— impidió, en parte, resultados más brillantes, ritmos filosóficos más libres y regulares. Y, a pesar de los estímulos que los filósofos exiliados recibieron de las circunstancias europeas y americanas, muchas carreras, precisamente por la nueva situación, evolucionaron no siempre en el sentido deseado. Por ejemplo, la consagración de Gaos a los estudios del pensamiento hispanoamericano ayudó al intercambio y a la integración social y académica, pero quitó fuerzas a la invitación orteguiana de seguir profundizando la filosofía europea para hacerla cada vez más española, para construir, desde perspectivas superiores, la interpretación española del mundo.

Pocos días antes de la sublevación cívico-militar se licenciaban siete jóvenes que a sí mismos se llamaron los magníficos: Julián Ma-

[9] *Diccionario de Filosofía*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1975, II. p. 111; hoy existe una edición en 4 vols.

rías, Manuel Mindán, Leopoldo Eulogio Palacios, Emilio Benavet, Francisco Álvarez y dos exiliados de altura, Antonio Rodríguez Huéscar [10] y, sobre todo, Manuel Granell [11]. Integrantes de la Escuela de Madrid, por diferentes motivos pueden ser incluidos otros dos orteguianos: Paulino Garagorri y el secretario de la *Revista de Occidente*, Antonio Vela. Algún historiador de la filosofía española ha incluido en el grupo al catedrático de Ética J. L. Aranguren y al de la Historia de la Medicina Pedro Laín Entralgo. La importancia de ambos para comprender la evolución de las ideas durante el régimen franquista resulta fundamental, pero nos parece excesivo, a pesar de la defensa que de la obra de Ortega llevaron a cabo en los años 50 y 60 contra los numerosos ataques lanzados contra el maes-

[10] Antonio Rodríguez Huéscar no abandonó España, ni en 1936 ni en 1939. Ganó cátedra de instituto. Abandonó España sólo desde 1956 a 1974 para residir y trabajar en Puerto Rico. Su pensamiento ha seguido el raciovitalismo hasta el último momento. Ver su última obra de relieve: *La innovación metafísica de Ortega: crítica y superación del idealismo* (1982). El caso de Rodríguez Huéscar es una muestra de ese grupo de intelectuales que, después de haber conocido el franquismo, abandonaron España. En cierto sentido, su exilio resulta en este caso motivado por convinciones ideológicas más que geográficas; es decir, eligió marcharse, no tuvo que marcharse, aunque sea verdad que el régimen le ofreciese pocas posibilidades académicas. Sobre la relación discipular de Rodríguez Huéscar con Ortega reproducimos las palabras de aquél: «Ninguna generación de discípulos de Ortega se ha compenetrado con el maestro como la nuestra, y ello no por méritos especiales de esta generación, sino porque ninguna tuvo la suerte de vivir su magisterio en la sazón de la madurez en que nosotros lo vivimos, a lo largo de aquellos años que fueron también —y no es casual la coincidencia— los más felices y granados de la Facultad de Filosofía, aquéllos en que por primera vez se ensayaba en España un nuevo estilo de vida universitaria que colocaba de golpe nuestra facultad a la altura de los tiempos». En: *Con Ortega y otros escritos*, Madrid, «Revista de Occidente», 1965; p. 28.

[11] Manuel Granell Muñiz, licenciado en arquitectura y derecho en 1931, se matriculó en la Facultad de Filosofía y Letras de Madrid, donde siguió los cursos de Gaos, Zubiri, Ortega... También él participó en aquel sentido de grupo. Ver su obra, entre otras, *La Escuela de Madrid y la actual revolución filosófica*, Caracas, El Nacional, 1953. Años después confirmó su admiración por el maestro en *Ortega y su filosofía* (Madrid, Revista de Occidente, 1960). En la p. 30 describe una clase de Don José sobre Kant: «Al rato de esperar llegó Ortega —tranquilo paso, ancha sonrisa, alguna amable frase a los amigos—, acompañado de Fernando Vela [...] y Recasens Siches, uno de los alumnos oficiales, más tarde filósofo del Derecho, comenzó a traducir el texto alemán de la *Crítica de la Razón Pura*. Ortega matizaba a veces ciertas palabras o giros. Luego, preguntó algo. Alguna respuesta motivó otras preguntas. Y, no sé cómo, comenzó un monólogo maravilloso. Yo veía recortarse, sobre un fondo de vivísima luz, una apretada sucesión de ideas. Nunca había sospechado que los conceptos tuvieran tanta carne. La expresión kantiana, seca y fría, iba cobrando vida, palpitaba. Y, de pronto, en la *Crítica de la Razón Pura* se descubrió una raicilla que conducía a la esencia del amor. La palabra de Ortega, rica en reflexiones, exacta y firme, se oía suasoria sobre un silencio impresionante».

tro por parte de algunos neotomistas, incluirlos en la Escuela de Madrid.

Manuel Granell, uno de los filósofos más ilustres, no abandonó España durante el periodo bélico ni al final del mismo. En el 1939 pasó algunos meses en Francia, pero volvió muy pronto, estableciéndose primero en la provincia de Zamora y, más tarde, en Madrid «donde dio clases en el colegio Estudio que dirigía Jimena Menéndez Pidal; hizo traducciones para Espasa-Calpe y colaboró en la *Revista de Occidente* para la que preparó su manual de Lógica, hasta 1949 en que, aceptando una invitación de la Universidad Central de Venezuela, se trasladó a Caracas, donde como profesor de aquella institución, fijó definitivamente su residencia [12]».

Los casos de Rodríguez Huéscar y Manuel Granell nos hablan de otro tipo de exilio, por las circunstancias y por las intenciones. Aquéllas, las de tipo político-represivo, no fueron determinantes para abandonar España. Éstas, en cambio, emergieron de una serie de hechos que, sin olvidar las escasas simpatías hacia el franquismo, tienen más que ver con razones profesionales [13].

Resumiendo, abandonaron España por motivos estrictamente políticos los siguientes filósofos de la Escuela de Madrid: Ortega (volvió a España en 1946), José Gaos (murió en México), Luis Recasens Siches (volvió a España, después del primer franquismo, para dictar cursos en varias universidades); Francisco Ayala (regresó en 1960), María Zambrano (en 1984 después de 45 años de exilio). Manuel García Morente escapará de la zona republicana para volver a España al finalizar la guerra. Xavier Zubiri se encontraba en Roma cuando inició la sublevación militar. Regresó a España también en 1939.

[12] *Vid.*: Gonzalo Díaz Díaz: *Hombres y Documentos de la Filosofía Española,* vol. III (E-G), Madrid, CSIC, 1988, p. 632.

[13] El llamado Monasterio de Educación controlaba las cátedras universitarias nombrando deudocráticamente a los miembros del tribunal. Sobre el argumento ver, entre otros, mi trabajo, extenso bibliográficamente, «Universidad, Investigación e ideología en el primer franquismo», *Hispania Sacra* (1994), n. XLVI, pp. 703-753. En una academia politizada los no filofranquistas se encontraron con las plantillas de la Universidad cerradas, o casi. Es lógico que cuando se presentó una ocasión mejor, algunos filósofos españoles buscaran en el extranjero la posibilidad de mejorar académicamente y conseguir la cátedra que le había sido denegada en su propia patria.

La Escuela de Barcelona

Los rasgos predominantes, según José Ferrater Mora, se pueden resumir así: «sentido de la realidad e igual oposición a la reducción de la filosofía a mera teoría abstracta o a simple forma de vida; oposición al verbalismo; cierta inclinación por el sentido común (en un sentido más amplio); desconfianza por la mera brillantez en filosofía; sentido de la continuidad histórica» [14].

Estas características, en la interpretación de Ferrater, son válidas para todo el pensamiento catalán contemporáneo (siglos XIX y XX), incluido el de los filósofos exiliados. Eusebio Colomer señala la falta de una maestro *super partes* y también de unas doctrinas. Sin embargo, reconoce que «tiene algo más importante y decisivo: un *estilo,* un *carácter,* una *manera de ver las cosas,* en una palabra, una *tradición.* Esta *tradición* tiene que ver con el espíritu de la vida intelectual barcelonesa, muy abierta a Europa, sobre todo a la vecina y familiar Francia, y, con todo, siempre hogareña; muy de última hora y, sin embargo, en continuidad con una vieja historia que llega hasta la Edad Media; entusiasta por las grandes ideas, pero realista y conciliadora» [15].

Efectivamente, la Escuela de Barcelona —entendiéndola siempre en un sentido muy amplio, donde los caracteres filosóficos se mezclan o prolongan, con otros enraizados en la tradición nacional catalana— no se formó, como la de Madrid, en torno a un maestro como Ortega; siguió en cierto modo la línea espiritualista marcada por Jaime Llorens y Barba (1820-1872) y, en los años inmediatamente precedentes a la diáspora, por Jaime Serra Hunter (1878-1943), y Tomás Carrera y Artau (1879-1954).

No habría que olvidar nunca lo que supuso, al menos hasta 1919, la obra y la personalidad de Eugenio d'Ors. Sería injusto reducir el espíritu de la Escuela de Barcelona a la recuperación o continuación de una tradición. Cataluña creó en el exilio una espléndida filosofía que no es justo explicar exclusivamente en función del hecho diferencial respecto a los otros pensadores españoles. La Escue-

[14] *Diccionario de Filosofía,* vol. I, *op. cit.,* p. 182.

[15] *El pensamiento novecentista* en AA.VV.: *Historia general de las literaturas hispánicas* (dirigida por Guillermo Díaz Plaja), vol. VI, *op. cit.,* p. 302.

la de Barcelona publicó una obra de gran importancia que requirió contactos con la filosofía europea —quizás más con Francia que con Alemania—, ganas de adaptar nuevas corrientes de pensamiento a la propia realidad, fidelidad no a un maestro, pero sí a ciertos maestros o algunos profesores de la facultad de Filosofía y Letras de Barcelona y, en cierto modo, también, la parcial dependencia y admiración, no siempre contenida, por la figura y el papel de Ortega.

Uno de los más sabios de nuestros filósofos exiliados, el catalán Eduardo Nicol, nos ha proporcionado, en este caso gracias al doble hecho de ser miembro de dicha Escuela y uno de sus mayores representantes, una brillante síntesis de sus ideas y de sus miembros, en un capítulo de la obra *El problema de la filosofía hispánica* [16]. Para Nicol, la mansedumbre en la actitud descubre uno de los principales rasgos. En este sentido, el convencido catolicismo del maestro Serra Hunter no lo utilizó para imponer credos ni para ejercer un apostolado violento. Quiso tener separadas filosofía y teología.

> Parece mejor manifestar en la conducta las virtudes que derivan de una doctrina que exhibir públicamente la afiliación a esta doctrina sin el complemento necesario de las virtudes [...] Así podía Serra Hunter explicar, por ejemplo, la doctrina kantiana como si estuviera sumergido en ella, impregnado de ella —como efectivamente estaba— y dar a la exposición un énfasis que lograba revelar los problemas con más autenticidad y claridad que si la exposición la hubiese hecho un escolástico partidista del kantiano [...]. No tenía genio, ciertamente; pero el genio en filosofía no es necesario para la autenticidad, y desde Protágoras hemos visto, en cambio, cómo es posible que la autenticidad sea justamente eliminada por el genio [17].

De acuerdo o no con Nicol en la separación total de filosofía y fe y recogida la sutil polémica a distancia con el tipo de liderazgo de Ortega en la Escuela de Madrid, subrayamos con él (Nicol) otra característica que une a las generaciones de filósofos «madrileños» y «barceloneses»: el tecnicismo y el rigor como expresión mejor del pensamiento español a partir de Ortega:

[16] Publicada en Madrid por Tecnos en 1961, necesitaría hoy una nueva edición.
[17] *Vid.*: *El problema de la filosofía hispánica, op. cit.*, p. 181.

> recuerdo cuando era estudiante, un curso monográfico que dio [Serra Hunter, maestro, Nicol, alumno] sobre la teoría del juicio con un rigor de tecnicismo que no he podido ver igualado, años después, en la exposición filosófica de ningún colega en ningún lugar del mundo.

Líneas después Nicol, elogiando a su profesor, hace una declaración que, quizás sin pretenderlo, acerca a ambas escuelas, la de Madrid y Barcelona, en dos puntos esenciales: el de la admiración por alguien y el de la importancia de los cargos institucionales. No olvidemos, en esta analogía, el papel central de Ortega, pero, además, los cargos académicos-administrativos de Gaos y García Morente, rector y decano, respectivamente, de la Universidad de Madrid y de su facultad de Letras:

> Mientras él fue profesor, y decano, y luego rector, la facultad de Filosofía de Barcelona tenía un carácter que irradiaba del maestro y del cual nosotros mismos, los jóvenes de entonces, no hubiéramos sabido precisar los elementos, pues lo dábamos por descontado [18].

En el fondo, pues, *mutatis mutandis,* las semejanzas son evidentes, exceptuando —eso sí— la gran difusión de algunos puntos basilares de la obra de Ortega con anterioridad a la Guerra Civil: el perspectivismo, la razón vital e histórica, las minorías. Sin embargo, es difícil negar que la superación del positivismo, del idealismo y la voluntad de crear una filosofía verdadera, a la altura de los tiempos, no haya unido en las rutas y en los frutos a las escuelas de Madrid y Barcelona.

Hay otro hecho de unión entre ellas. Nos referimos a la figura de otro maestro catalán, Joaquín Xirau. Por una parte siguió las enseñas de Serra Hunter durante la licenciatura pero después marchó a doctorarse a Madrid, siguiendo cursos de Ortega y García Morente con los que mantuvo siempre una excelente relación. Pero hay más: Xirau puede ser considerado, en ciertos aspectos, como el continuador de las ideas y del espíritu de Francisco Giner de los Ríos y de la Institución Libre de Enseñanza madrileña en Barcelona. Un texto de Xirau, donde explica la importancia del krausismo y de la escuela catalana del siglo XIX puede resultar ilustrativo del connubio entre tales corrientes unido a la influencia de Ortega:

[18] Ibíd., p. 182.

> Tal fue la empresa que iniciaron e iban realizando con progresivo éxito *las minorías selectas* (la cursiva es nuestra) que, en torno a las grandes figuras de Sanz del Río, de Llorens, de Milá y Fontanals y, más tarde, de Giner y Cossío, trabajaban sin descanso para limpiar de la zona «tradicional» a la España en que les tocó desarrollar su vida... Lo más subversivo en España era —sigue siéndolo todavía, en parte, en ella y en los países hispanoamericanos— mucho más que las voces de las minorías clamorosas, la acción silenciosa de las minorías selectas que intentaron establecer con esfuerzo la normalidad de una tradición trabajadora y responsable [19].

Estas influencias «madrileñas» de Xirau repercutieron en la Escuela de Barcelona pues, en torno a él, se agrupó un grupo de jóvenes filósofos: J. M. Calsamiglia, Jordi Maragall, D. Casanovas, Amalia Tineo y los más importantes, poco después exiliados en América, Roura Parella, Nicol y Ferrater Mora.

La Sección de Filosofía de la Facultad de Letras de Barcelona nació en 1910. Sus tres primeros catedráticos se llamaban Cosme Parpal i Marqué (1878-1923), Tomás Carrera i Artau (1879-1954) y el ya citado Jaume Serra Hunter (1878-1954). De aquí nacerá la Escuela de Barcelona, añadiendo a la labor de dichos profesores la del Instituto de Estudios Catalanes y la obra y el ambiente que, fuera de esta universidad, propiciaron Ramón Turró (1864-1926), Francisco Mirabent (1878-1954) y, sobre todo, Eugenio d'Ors.

La guerra significó una verdadera catástrofe para la Facultad de Letras, a pesar de los esfuerzos de los pocos catedráticos que permanecieron en la Barcelona franquista, especialmente un alumno de Xirau y Serra Hunter, Josep Maria Calsamiglia (1913-1982) y Tomás y Joaquín Carrera i Artau (1894-1968).

Tomaron el camino del exilio, aparte de los ya citados Serra Hunter, Xirau, otros jóvenes profesores y ayudantes: Juan Roura Parella (1897-1983) (cuyo exilio, como el de Ferrater, transcurrió en gran parte en los Estados Unidos, y cuya obra esta aún por estudiar), José Ferrater Mora (1912-1991) y Eduardo Nicol (n. 1907). Habría que añadir a esta inmejorable pléyade de filósofos catalanes en América la figura más secundaria de Domingo Casanovas (1910-1978). En 1965, después de haber trabajado en Caracas, volvió a Barcelona incorporándose a su Universidad. En fin, hemos dejado para el final a Juan

[19] *Vid.*: Joaquín Xirau: *Manuel B. Cossío y la educación en España,* Barcelona, Ariel, 1969; p. 20.

David García Bacca, por ser, quizás, el filósofo más importante que ha dado el exilio español. Aunque fuera profesor de la Universidad de Barcelona desde 1932 a 1939, había nacido en Pamplona. La profunda formación escolástica primero, la lógica matemática después y la independencia de una enorme producción, no suficientemente estudiada aún, lo colocan en una posición muy especial dentro de la Escuela de Barcelona y dentro, también, de la filosofía española en el exilio americano.

Eduardo Nicol (quien mejor ha ilustrado la historia de la Escuela de Barcelona [20]) hace un breve recorrido por toda la filosofía catalana, remontándose a la búsqueda permanente de un hecho diferenciador, incluso en campo filosófico, hasta la Edad Media [21]. A pesar de ello, no esconde, como ya dijimos nosotros en páginas precedentes, las afinidades entre ambas escuelas. «Por ejemplo, y no es más que un ejemplo, el sentido vital de la filosofía, una cierta idea lúdica, deportiva de la existencia, y una predilección por lo que llamaría "la norma estética", aparecen a la vez, y sin relación de uno con el otro, en la primera etapa de Ortega y en la etapa barcelonesa de Eugenio d'Ors» [22], a quien Nicol consideraba, y con razón, uno de los ejes del pensamiento catalán en el siglo XX.

A la facultad de Letras de Barcelona llegaron, y se explicaron, la fenomenología de Husserl, la axiología de Max Scheler, el existen-

[20] Muy pocos datos novedosos aporta el volumen 5/11 de José Luis Abellán: *Historia crítica del pensamiento español*, Madrid, Espasa Calpe, 1989.

[21] «Nos era bastante familiar —ha escrito Nicol refiriéndose a los jóvenes miembros de la Escuela de Barcelona— los maestros antiguos, los que desde la Edad Media venían jalonando las etapas de nuestra tradición. Lull y Arnau de Vilanova, Eiximenis y Turmeda, Sibiude y Ausiàs March, Ramón Martí y Luis Vives. Quien quisiera apreciar el peso histórico de esta tradición debiera tener a la mano los dos magistrales volúmenes de *La filosofía cristiana española de los siglos XIII al XIV*, con los cuales los hermanos Tomás y Joaquín Carreras Artau completaron la empresa que Menéndez y Pelayo dejó inconclusa con los Heterodoxos» (*El problema de la filosofía hispánica, op. cit.*, pp. 192-3.)

[22] *El problema de la filosofía hispánica, op. cit.*, p. 185. Nosotros quisiéramos, no sin ciertas dudas y, por tanto con la debida humildad y precaución, disipar en parte la falta de nexos que observa Nicol en las coincidentes predilecciones entre d'Ors y Ortega. No hay que olvidar el papel paralelo del primero en el *Noucentisme* catalán y el de Ortega entre los vanguardistas afincados en Madrid, pues ambos construyeron una filosofía para que sustanciase y justificase metafísicamente un estetismo cada vez más formal; una filosofía capaz de dar solidez al sentido lúdico de aquella literatura en clave de salvación vital para los mejores, para la intelectualidad minoritaria y vanguardista de la época. Sobre el argumento ver: Luis de Llera: «Ortega, ¿filósofo "mondain" o metafísico del lúdico?» en el volumen dirigido por Gabriele Morelli: *Ludus, gioco, sport, cinema nell'avanguardia spagnola*, Milano, Jaca Book, 1994.

cialismo, la filosofía de la ciencia. Nicol, en polémica con Ortega —y he aquí una nueva afirmación del hecho diferencial catalán—, define la Escuela de Barcelona por su objetividad, por el apego a la evidencia universal e inalterable de la ciencia y de la filosofía. Nicol subraya el antiperspectivismo «subjetivo» del fundador de la Escuela de Madrid

> Si las disposiciones naturales de Ortega determinan una preferencia de su pensamiento por las ideas del perspectivismo formuladas por Teichmüller y Nietzsche, por Vaihinger y Simmel, es evidente que esta afinidad tendrá que completarse con una aversión fundamental por toda filosofía que aspire a superar las limitaciones subjetivas de la perspectiva [...]. Las ideas científicas no tienen carácter. En tanto que representaciones de lo real, ellas son indiferentes, y han de ser analizadas y evaluadas tan sólo por el grado de su adecuación. Esto no implica que haya de ser igualmente neutro o indiferente, privado de carácter y estilo, el sujeto personal que piensa las ideas [...]. El criterio lo dan siempre las cosas mismas, y no ha habido otro criterio, desde que hacer ciencia comenzó con Tales de Mileto. Cierto es que los filósofos han imaginado alguna vez que pudiera haber otro: el criterio subjetivo [23].

La polémica a distancia de Nicol con Ortega no cambia una doble realidad: primera la importancia determinante del pensador del Escorial para toda la filosofía española posterior a él; segunda haber logrado un sistema de filosofía superador del idealismo y del mostrenco objetivismo. Ortega abrió caminos para que filósofos como Nicol completasen la obra iniciada en tantas direcciones. Fue consciente de que el nivel de la filosofía española de su tiempo no podía dar el salto mortal de pasar del ensayismo a sistemas filosóficos complejos, necesitados de bases técnicas y cognoscitivas. Él cumplió el primer paso. Advirtió la situación decadente, como ya había hecho poco antes el modernismo, pero colocó un nuevo mosaico. No redujo su obra a un brillante lamento. Formó una escuela dotada de los elementos suficientes para trazar, a partir de él, sistemas de filosofía comparables con los que se escribían en otros países de la Europa occidental.

[23] *El problema de la filosofía hispánica, op. cit.*, p. 202.

V

A LA BÚSQUEDA DE UNA IDENTIDAD PARA LA FILOSOFÍA ESPAÑOLA EN EL EXILIO AMERICANO

La presencia de Ortega

Nicol atacó en más de una ocasión a Ortega. Si en *El problema de la filosofía hispánica* había denunciado las insuficiencias del subjetivismo concretado en el perspectivismo, en otra obra fundamental *Historicismo y existencialismo* [1], precisamente en el capítulo IX *(La crítica de la razón: vitalismo e historicismo. Ortega y Gasset)* lanza insinuaciones sobre el nivel de la metafísica orteguiana que al basarse, en un primer momento, en presupuestos iniciales derivados de un primer aparecer de la realidad en modo oscuro, pierde el carácter propio de la verdadera filosofía:

> La filosofía debe incorporar, en efecto, el repertorio de sus temas principales al tema de sus propios orígenes. Una indagación de estos orígenes pondrá de manifiesto la originaria distinción entre la filosofía y otras formas de conocimiento y de opinión y de expresión, y con ello quedaría realzada la creencia misma del filosofar. Pero las motivaciones subjetivas de un pensador individual no pueden contribuir para nada al esclarecimiento de esta cuestión, ni han de convertirse en tema propio de la filosofía [...] Es muy dudoso que los supuestos vitales del filosofar sean constitutivamente irracionales; más dudoso todavía es que la realidad, de la cual se ocupa la razón, sea ella misma irracional, y como tal aparezca ante el conocimiento prefilosófico. De esta manera la obra de la filosofía sería como una imposición arbitraria de la razón sobre la realidad. Sin embargo, esta es la forma que toma en Ortega la idea de un condicionamiento situacional de la filosofía. Según él, los factores condicio-

[1] Madrid, Tecnos, 1950.

> nantes son puramente subjetivos; unos son comunes y otros individuales [2].

Para Gaos, la filiación de estos límites a la filosofía orteguiana es un límite en sí, porque es querer continuar el camino de la metafísica tradicional: «Referida a los filósofos de su tipo entraña una cuestión profunda y grave: la de la posibilidad de innovación en filosofía, es decir, la de la posibilidad de la historia misma de la filosofía. Se argumenta: filosofía es *a, b, c,* caracteres tomados de los autores de tipo *M;* es así que la obra de autores de tipo *N* no tiene esos caracteres, sino los caracteres *x, y, z;* luego no es filosofía. Pero si no se argumenta así, la obra de los autores de N no tiene los caracteres *a, b, c,* sino los caracteres *x, y, z;* es así que es filosofía; luego filosofía no es *a, b, c,* exclusivamente, sino también *x, y, z;* si no se argumenta así, debiera considerarse la historia de la filosofía terminada» [3].

La influencia de Ortega sobre muchos alumnos dejó rastros indelebles en sus estructuras *mentis:* la preocupación por crear un sistema sin nunca completarlo; la necesidad, diríamos, moral y profesional de imitar las grandes filosofías europeas quedándose, a veces, sólo en eso: en una reflexión técnica —y no siempre— sobre las circunstancias europeas, españolas y americanas. La obligación, en fin, de comentar los grandes sistemas de moda en el siglo XX y de tomar posición respecto a las corrientes fundamentales de la historia. Todo ello dio óptimos resultados, pero el deseo de imitación recreó los mismos logros y, en muchas ocasiones, los mismos límites; es decir, ensayística de alto nivel e invitación a construir filosofías sistemáticas sin echar nunca los cimientos que implicasen desarrollos coherentes y conclusiones derivadas.

> Para ser un filósofo —ha escrito Gaos— parece que me falta, pues nada menos que una filosofía. No es que no me haya hecho en materia de Filosofía algunas ideas que pudiera considerar como mías, con la misma relatividad con que se consideran otras propias de muchos que pasan por filósofos: es que no he desarrollado mis ideas en la forma al parecer requerida de una verdadera filosofía sistemática, objetiva.

[2] Citamos por la segunda edición de Nicol: *Historicismo y existencialismo.* Madrid, Tecnos, 1960; p. 344.

[3] José Gaos: *Sobre Ortega y Gasset y otros trabajos de historia de las ideas en España y la América española,* México, 1957; p. 236.

Poco después subraya la derivación de sus ideas del perspectivismo orteguiano, del maestro que él conoció en Madrid en los años 20 y 30 de nuestro siglo:

> La realidad está integrada, al menos en parte, por sujetos individuales. La individualidad de estos sujetos implica que a cada uno de ellos le es dada la realidad, en su totalidad, en una perspectiva distinta, por poco que sea, de aquella en que es dada a cada uno de los demás [4].

José Gaos, posiblemente uno de los filósofos exiliados más distantes políticamente de Ortega, sobre todo a partir de la Guerra Civil, expresa como tantos otros pensadores de la Escuela de Madrid y Barcelona en el exilio la fascinación socrática ejercida por Ortega:

> El gran trato con Ortega fue el de mis años de profesor en Madrid, porque en ellos alcanzó una asiduidad e intimidad que no podía ser mayor. Por coincidencia en la Facultad o concurrencia a la revista, nos encontrábamos todos los días por lo menos una vez, y las veces, únicas o repetidas, solían ser de horas, y en buena parte de los dos solos: esto pasaba preferentemente cuando llegábamos a la revista, fuese a media mañana o a la caída de la tarde, tiempo antes que los demás habituales. Y todavía en más de una ocasión, estando yo en casa en las primeras horas de la tarde, me llamaba por teléfono para decirme que iba a pasar a por mí, para que nos fuésemos a algún lugar de los alrededores de Madrid, porque me necesitaba como interlocutor [...]. El lugar era, por ejemplo, Galapagar, en las primeras estribaciones de la sierra. Sentados en las rocas graníticas, sombreados por alguna carrasca, aromados por los olores, todos secos, de las hierbas serranas —tomillo, cantueso, romero, las tres masculinas—, mirando a las dos llanuras castellanas, la parda y la azul, pero sin verlas, absorbidos por la conversación, absortos en ella, Ortega, que precisaba su pensamiento hablándolo, me utilizaba como el oyente perfecto —de esto voy a presumir [5].

[4] J. Gaos: *Obras Completas,* vol. XVII, *Confesiones profesionales. Aporística.* México, UNAM, 1982; pp. 46-7.

[5] *Obras Completas,* vol. ZVII, *op. cit.,* pp. 82-3. Fernando Vela, agudo observador de la España que de Alfonso XIII termina en el largo régimen de Franco, ha intentado, mediante imágenes y metáforas, expresar y describir el ambiente que circundaba al maestro para convencer a los más jóvenes de la importancia de Ortega en la cultura de tan extenso período, porque, según él, ningún otro autor puede comparársele por importancia sustantiva y por influencia real, pues el pensador de El Escorial «ha sido más que un hombre, un acontecimiento. Sólo un acontecimiento puede influir con tal intensidad en los aspectos más heterogéneos de un país: en el pensamiento, en la literatura, en la política, en la enseñanza, la manera y los estilos. A un hombre solo no se puede reconocer este fortísimo poder de trastocación y reforma que actúa en lo profundo, en la misma matriz de un pueblo».

Nos permitimos continuar con la misma cita porque, aparte de reflejar el magisterio-discipulado espeja, si se me permite la expresión, el ambiente mágico de la cultura española del primer tercio del siglo actual, encuadrado el conjunto por una actitud de confidencial elitismo, de sagrado respeto, de encantadora amistad:

> Mientras tanto, a alguna distancia, se paseaba por la carretera de Lesmes, el paciente chófer vasco de Ortega, con su uniforme, su gorra de plato y visera de charol y sus polainas de cuero, todo color café, que le daba aire de agente de alguna Gestapo encargado de proteger nuestro alejamiento, o más bien impedirnos salir de él. La consecuencia de todo ello fue lo que, ya aquí en Méjico, aunque a poco de haber llegado, me hizo creerme en conciencia obligado a confesar al final de una de mis publicaciones: «Precisar en todos los puntos hasta dónde lo que pienso es mera reproducción de esta filosofía —la de Ortega— o prolongación, reacción, ocurrencia mía, fuera interesante en una doble dirección inversa: reconocerle lo suyo y no achacarle lo que no querría aceptar. Pero tal puntualización me es imposible. Durante años he vivido en convivencia frecuentemente diaria con él. He sido el oyente de palabras o el interlocutor de conversaciones en que se precisaban sus propias ideas en gestación, he leído originales e inéditos. Así ya no sé si tal idea que pienso, si tal razonamiento que hago, si tal ejemplo o expresión de que me sirvo, lo he recibido de él, o se me ocurrió aparte y después de la convivencia con él. Alguna vez me ha sucedido comprobar que tal idea o expresión que consideraba como mía me la había apropiado de él, asimilándola hasta el punto de olvidar su origen» [6].

Gaos, alejado de Ortega por sus ideas políticas y filosóficas, no olvidó nunca aquellas charlas íntimas, pero tampoco dejó de reco-

Vela, seguidor atentísimo de la obra de Ortega y eficiente secretario de la *Revista de Occidente,* describe con emoción la importancia del modernismo para la cultura española. La monotonía del XIX saltó por los aires cuando en los primeros años del XX empezaron a escribir Unamuno, Valle-Inclán, Jiménez, Pérez de Ayala, Baroja y Azorín: «Nos tenían en vilo; a un golpe sucedía otro más fuerte y más imprevisto, no había semana sin revelación y sin descubrimiento. No creo que este hecho, semejante a un milagro, haya ocurrido muchas veces antes, ni se haya repetido nunca después, ni pueda repetirse en mucho tiempo».

Desde que un día se topó con un artículo del entonces jovencísimo Ortega en los Lunes de *El Imparcial,* todo cambió: «Acaso la claridad, el temblor, el nuevo modo de decir y pensar; pero sí sé que me atrajo, que me sedujo y que me juré no perder uno solo de los artículos de aquel autor. Le buscaba en todas las revistas y diarios, y cuando en un Lunes de «El Imparcial» no veía su firma —y eran ciertamente muchos— sentía disgusto, decepción».

Vid.: Ortega y los existencialismos, Madrid, Revista de Occidente, 1961, pp. 22-24.

[6] Ibíd., pp. 82-83.

nocer jamás el papel fundamental del maestro para el conjunto de la filosofía española y para la evolución personal de su propia obra. Habló y escribió de Ortega siempre, a veces de como una alhaja cuyo valor nos obliga a arrastrarla siempre con nosotros.

Aparte de *Confesiones profesionales,* existen otros textos esenciales de Gaos sobre Ortega, como, por ejemplo, la publicación de 1957 —una especie de canto racionalista en honor del maestro desaparecido pocos meses antes— *Sobre Ortega y Gasset.* Concede al pensador de El Escorial el haber sido cumbre y ápice del regeneracionismo finisecular. La famosa conferencia en el Teatro de la Comedia, *Vieja y nueva política,* significó en su tiempo el propósito más claro y convencido de salvar las circunstancias españolas. Es el manifiesto más limpio e inteligente escrito contra el sistema de la Restauración.

A propósito de las críticas de Ortega a la República, Gaos dice no comprender la actitud de neutralidad política, la falta de compromiso a favor o en contra de franquistas y frentepopulistas. Gaos no solo abandonó España con otros muchísimos intelectuales, sino que además tomó un partido declarado por el gobierno republicano en el exilio. Sin embargo, a pesar del resentimiento contra Ortega por haber criticado publicamente el régimen nacido en 1931, no logra evitar la comprensión ante una actitud tan criticada por todos los intelectuales exiliados, sobre todo por aquellos provenientes de los partidos de clase:

> Ortega invocó en alguna ocasión el deber de callar, para no tener que mentir si en épocas como la nuestra quiere ser escuchado quien piensa como él. A mí me parece esta razón, dado el conocimiento personal que tuve de él, sincera, y en sí válida, [...] Pero la anterior razón podría tener su raíz en otra más profunda: una auténtica imposibilidad de estar ni con unos, ni con otros. Auténtica en el sentido más propio de responder a la consecuencia de la trayectoria recorrida a impulso de lo más verdadero y hondo de la personalidad. Quien no había estado con la Monarquía por no haberse ésta nacionalizado; quien había dejado de estar con la República, por tampoco haberse nacionalizado ésta, fue quien tampoco llegó a estar con el régimen de Franco, por haberse este régimen nacionalizado menos aún que los dos anteriores [7].

[7] *Sobre Ortega y Gasset,* obra recogida parcialmente en la antología de José Gaos a cargo de la editorial Crítica de Barcelona (1989, p. 55) de título *La filosofía de la filosofía.*

Justificación por la falta de compromisos con la República y justificación, también, por la vuelta de Ortega a la España franquista en 1945. Acepta como suyo un texto de Eduardo Ortega, «el hermano izquierdista de don José», cuando explica que

> el más transcendente de los motivos que le llevaron a España fue el utilizar su autoridad para normalizar la perturbada vida española.

Larga e interesante la interpretación política de Gaos sobre el pensamiento de Ortega, pues paradójicamente intenta demostrar la originalidad e inactualidad de sus ideas. Creador sí, partera también, pero conforme más bien con una sociedad «del despotismo ilustrado o del doctrinarismo francés». ¡Increíble maestro este Ortega!, padre del liberalismo actual y convertido, al mismo tiempo, en un hombre del pasado, nacido con un siglo o más de retraso. Sin embargo, el juicio final de Gaos sobre Ortega rompe con cualquier duda, con todo recelo, con todas las imaginarias y radicales contraposiciones:

> mi conclusión es, que habida cuenta de todo, lo positivo y lo negativo, podemos estar orgullosos, ufanos, de haber tenido, los discípulos y amigos de Ortega, tal maestro y amigo, los enemigos tal adversario, los españoles todos tal compatriota.

Gaos alcanzó merecidamente fama de filósofo técnico, de metafísico, de ontólogo, de conocedor y expositor profundo de las dificultades de la filosofía contemporánea. Heidegger reconoció que la mejor versión de *Ser y tiempo* vertida en las lenguas extranjeras correspondía a la española de José Gaos. Los trabajos dedicados al existencialismo son numerosos; de fina intuición, la imagen de Ortega, existencialista, a caballo entre Sartre y Heidegger. Más cercano al autor de *El ser y la nada* por la concreción temática y por el corte literario. Quizás más próximo al autor de *Ser y tiempo* en el intento, y en el éxito, de crear un sistema de filosofía nuevo, Ortega había dicho, con un poquitín de orgullo y cierta carga de rivalidad, haber anticipado en no menos de trece años los conceptos que presuntamente se dan como innovadores en la obra de Heidegger. En cuanto a la mayor sistematización ontológica del filósofo español sobre el alemán, Gaos responde que «de la existencia de la vida, no hay sis-

tema». Ortega, a pesar de empeñarse, no logró ser un filósofo sistemático, pero ello no le restó calidad. El sistema no es intrínseco a la filosofía; en el peor de los casos lo es a la academia, a la metafísica de cátedra. De Ortega hay que recordar lo que fue, la sal que dio vida, por reverberación, a la cultura pobre y rancia de nuestro siglo XIX. Salvó del naufragio los despojos de una filosofía anclada en la tradición moribunda o a la deriva, en busca de orillas inalcanzables. De Ortega, según Gaos,

> quedará en la historia de la cultura, no sólo hispánica sino universal, no lo que hubiera querido hacer y ser, sino lo que en realidad hizo y fue en todo caso y lo que quizá hecho y sido además, lo frustráneo debe contar en la vida del hombre, pero no cuenta en la historia. En ésta solo cuenta lo logrado en plenitud. Y de la plenitud del logro de lo propio de Ortega nadie ha dudado, tampoco él. Por eso es consolador imaginarlo entre sus pares [léase Heidegger] —que son también los diferentes— compartiendo con ellos el Elíseo contento de haber llegado a ser lo que era [8].

Gaos llegó a ser un especialista de toda la ontología existencialista, gracias a sus estudios en Alemania, gracias a lo mucho que tradujo al español, gracias, en fin, a las infinitas horas de estudio que dedicó a la creación y la didáctica en su «patria» mexicana. Pero, al inicio, al verbo de todo ello llegó de la mano de Ortega, del Sócrates español. Lo recuerda con simpatía Gaos cuando ha escrito en *Existencialismo y Esencialismo*

> que la primera vez que supe de la filosofía existencial fue por boca de Ortega. Un anochecer, al llegar a la tertulia de la *Revista de Occidente,* ortega hablaba a un pequeño corro, todos en pie aún, quiero recordar que sólo de literatos, de poetas. En la memoria se me destaca frente a la de Ortega la imagen de Jorge Guillén. Al acercarme al corro, las palabras de Ortega eran: «[...] en Heidegger la filosofía visita a domicilio [...]» [9].

Ortega creó su filosofía al contacto con sus alumnos, como Sócrates con los suyos. Partera, comadrona y guía de una nueva generación, quizás menos brillante que la modernista pero, sin duda, más puntual, precisa, estudiosa.

[8] *Sobre Ortega y Gasset, op. cit.,* p. 81.

[9] En *Filosofía de la filosofía e Historia de la filosofía,* México, Editorial Stylo, 1947; pp. 183 y ss.

> Nosotros —ha escrito Vela— vimos la formación de ese magno edificio filosófico que la mayoría de ustedes ha visto ya configurado, no digo terminado, porque el edificio de una filosofía, cuando se filosofa como Ortega no puede acabarse nunca. Él era el filosofar mismo en persona, el filosofar continuo, que no se agota, ni se repite, ni se anquilosa, porque fluía sin cesar de una fuente perennemente juvenil [10].

Ciertamente, no se puede afirmar que todos los filósofos exiliados fueran discípulos de Ortega o sintieran fuertemente, si bien con espíritu crítico como Nicol, su influjo. El caso, quizás, más evidente de independencia filosófica y biográfica ha sido el de J. David García Bacca, que de la escolástica saltó a la lógica matemática y a la filosofía de la ciencia. Intereses, no cabe duda, muy alejados de los de Ortega. No obstante la diversidad de estilo, modo de ser y gustos situados en las antípodas de la filosofía, hay que recordar los elementos de analogía en la formación de ambos: Ortega, como hemos dicho, estudió en Marburgo y García Bacca en Munich; el primero entró en contacto con Heidegger, el segundo también, es decir que el existencialismo representó un momento determinante en la evolución de los respectivos pensamientos. En 1942, lejos ya de España, allí en tierras de la Nueva España —México—, la lectura de *Kant und das problem der Metaphysik* de Heidegger

> fue un choque contra lo que de metafísico conservaba en el fondo [...] *Kant*... es la bomba atómica, filosófica, de *Sein und Zeit*. Y lo fue de lo que de metafísica (ontológica general) quedaba en mi fondo [11].

Se podría objetar contra tal analogía la interpretación casual y fortuita o circunstancial; de acuerdo, así sea. En tal caso, García Bacca representaría la excepción que confirma la regla, porque es prácticamente imposible no verificar o, en el peor de los casos, no vislumbrar el magisterio, la filosofía o el estilo de Ortega en nuestros filósofos exiliados.

También los más jóvenes alumnos de la Escuela de Madrid llevaron con orgullo por toda la América la huella indeleble de Ortega. Incluso aquellos que no se dedicaron completamente a la filosofía,

[10] *Vid.*: *Ortega y los existencialismos, op. cit.*, p. 25.

[11] *Vid.*: Juan David García Bacca: *Autobiografía intelectual*. Citamos por la edición *Autobiografía intelectual y otros ensayos*, Caracas, Universidad Central, 1983; pp. 31-2.

como es el caso de María Zambrano. Licenciada en 1926, como alumna libre, frecuentó a partir de este año las clases de los fundadores de la Escuela de Madrid, Ortega, García Morente y Zubiri; empieza a colaborar en 1930 con la *Revista de Occidente.* Al año siguiente es nombrada ayudante de Historia de la Filosofía, puesto que mantuvo hasta el estallido de la Guerra Civil. Cinco años de aprendizaje y de vecindad. Después, el exilio y la ausencia, la interrupción total de los contactos y, sin embargo, Zambrano ha manifestado siempre fidelidad a Ortega. No obstante las posiciones políticas les colocasen casi en las antípodas, para la «pensadora de la aurora» no se puede explicar ella misma ni su pensamiento sin la figura y la obra de Ortega y no, como ella dice, por motivos endulzados a causa de la nostalgia o del recuerdo:

> no es a ello a lo que me refiero al decirles que hablar del pensamiento de mi maestro Ortega signifique hablarles de mí misma. Se trata de que al pretender exponer la filosofía de Ortega me encuentro con ese proceso poco descrito de cómo el pensamiento filosófico va penetrando en una vida, incorporándose a ella, haciéndose vida también, al par que es comprendido como tal pensamiento. Proceso que con sólo ser aludido nos sitúa en la filosofía de Ortega, en la Razón vital. Pues el pensamiento, al penetrar en la vida, no ha dejado de ser pensamiento, y ha hecho a la vida más vida; el pensar vivifica [12].

Apenas conoció a Ortega, Zambrano inició a escribir sobre él y, en cierto modo, ha continuado siempre, llevándolo como un guía que ha penetrado en el propio ser y en la propia conciencia para formarla y conformarla, hasta el punto de no saber lo que debe a ella misma y lo que pertenece en realidad al pensamiento de Ortega. A veces, se diría, no es ni siquiera pensamiento. La conformación intelectual se refiere más bien a una actitud cultural, a un estilo de vida, a un método, en fin, a la concreación del propio continente cognoscitivo, estructurado pero carente de los contenidos que los estudios personales y el desarrollo vital se encargan de rellenar. La filosofía de Ortega proporciona no sólo la fe, la creencia en lo que vemos, sino que además concede al alma la certidumbre. Siguiendo

[12] Primera lección de un curso dictado por Zambrano en la Universidad de La Habana en la de San Juan de Puerto Rico en 1948. Ahora recogido en el vol. *España, sueño y verdad,* Barcelona, EDHASA, 1965; p. 94.

la autoría orteguiana de creencias-ideas, diferencia la masa de la minoría, a los que se adaptan sin luchar a las propias circunstancias y a los que por el contrario quieren vivir en un continuo proceso de perfección, gracias a la unión de la razón y la historia; racionalismo cartesiano e historicismo contemporáneo, unidos en la razón histórica que proporciona la certidumbre, pues, como ha escrito Zambrano,

> certidumbre es más que evidencia, y menos, porque no puede ser encerrada en una fórmula tal como el *cogito* cartesiano, y, por ello, resulta menos manejable, y menos generadora de éxitos. La certidumbre es la figura de la integridad de la vida; no es fórmula que se refiera tan solo al conocimiento, sino a la situación de una vida que reposa en sí misma, la fórmula, diríamos, de la cohesión. Y como tal unidad viviente encierra en sí los contrarios: es fe que busca el conocimiento, pues lo lleva en germen; quietud que engendra el movimiento [13].

Según María Zambrano, la filosofía y la vida española de los años 20 y 30 deben mucho a Ortega. A principios del siglo presente, la nación vivía de apariencias, fosforescencia fatua de una política y de una sociedad. Ni siquiera el modernismo consiguió enderezar culturalmente el camino hacia la aniquilación al que conducía la inercia, la tradición y la progresiva decadencia. La hazaña de Ortega

> fue decidirse a cambiar de actitud: en lugar de ser devorado en un proceso metafísico, de desnutrición, incorporarse para pensar. No padecer la metafísica, sino hacerla [14].

Zambrano, como Ferrater, como Gaos y como la mayoría de los filósofos exiliados, empezó la carrera con Ortega y en compañía de él terminó sus últimas reflexiones: Ortega en el recuerdo y en el presente. Zambrano aprovechó sus primeras colaboraciones en revistas importantes para exponer y ensalzar la filosofía del fundador de la Escuela de Madrid. «Señal de vida», publicó en *Cruz y Raya* [15], antes de la guerra, cuando era una joven ayudante; señal de afecto y de agradecimiento; Ortega también, a mitad de su camino, pues en

[13] Ibíd., p. 108.
[14] Ibíd., p. 106.
[15] n. 2, 1933.

1963 publicó *Un frustrado pliego de cordel de Ortega y Gasset* [16], y Ortega, en fin, cuando la larga trayectoria de su vida se acercaba al ocaso: Ortega, de madrugada [17]. Canta la gloria del maestro muerto, de su obra, de su semilla. Con el estilo paradójico de una alegre elegía recuerda Ortega como

> el caso del indiscutiblemente más puro y más claro quehacer filosófico español [...] la aurora como guía; así en el prólogo de *Meditaciones del Quijote*. Allí manifiesta límpidamente su vocación de escritor que sueña y trata de ejercer sin descansar y sin apresuramiento la reforma del ser español, la cual, según nos parece, de lograrse, sería una verdadera transmutación (pag. 120).

Para terminar este apartado quisiéramos traer a estas páginas para ulterior confirmación del «orteguismo en el exilio» los casos significativos de José Ferrater Mora y de Federico Riu.

Riu, nacido en Lérida en 1925, se trasladó a Venezuela en 1945, doctorándose en Caracas en 1954. Por su edad no pertenece con pleno derecho al grupo de exiliados; es decir creció y maduró filosóficamente fuera de España. No obstante, influenciado en Caracas por otros españoles que habían vivido en la España de los años 20 y 30 la atracción ejercitada por Alemania en campo filosófico, marchó en 1954 a la Universidad de Friburgo. Al igual que Ortega, estudió la obra de Heidegger. Pues bien, en el tardío 1985 ha dado demostración de la resistencia de Ortega a ser superado —incluso después de haberse concluido la historia definitiva del exilio con la muerte de Franco en 1975— publicando el muy interesante volumen *Vida e Historia en Ortega y Gasset*. Muy polémico, como siempre, Riu intenta demostrar, contra Ortega y sus exégetas, que la evolución de su filosofía no proviene endógenamente, como derivación y perfeccionamiento, de *Meditaciones del Quijote* (1914) sino del contacto con el existencialismo heideggeriano producido en 1928. De cualquier forma, Ortega representa para Riu la expresión más alta de la filosofía hispánica, como se deduce de las analogías que él mismo establece con la historia del pensamiento. Riu ha dejado escrito que

[16] *Papeles de Son Armadans*, n. 89.

[17] En *Diario 16*, 15 de abril de 1985, recogido más tarde en el vol. *De la aurora*, Madrid, Turner, 1986.

> al camino de su carrera filosófica, Ortega y Gasset se sitúa en la corriente vitalista de Nietzsche y Bergson, pero lo hace de un modo original, rechazando el irracionalismo o los sucedáneos del conocimiento racional (la intuición). Su gran proyecto filosófico fue instaurar un nuevo tipo de razón, sustituir la razón pura por una razón vital cuya teoría, sin embargo, no llegó a formular. Otro aspecto importante de este primer período es su preocupación por la crisis de la cultura europea. Este rasgo confiere a su pensamiento, aún hoy, una gran actualidad [18].

El último ejemplo adoptado, decíamos, para concluir este breve pero —nos parece— significativo *excursus* de la presencia orteguiana entre nuestros filósofos exiliados, es el de José Ferrater Mora. Cuando estalló la guerra se acababa de licenciar en filosofía en la Facultad de Letras de Barcelona. Sin embargo, ni el hecho de salir de España aún joven —en 1939 cuando contaba 26 años—, con un pensamiento que en gran parte se desarrollaría en el exilio americano, le distrajo de dedicar al pensador del Escorial un volumen esencial para su historiografía: *Ortega y Gasset: etapas de una filosofía* en 1958 [19], precedido de *Ortega y Gasset: an outline of his philosophy* [20]. Ferrater, muy comedido siempre en alabanzas, al enfrentarse a los errores por él detectados en la obra de Ortega, ha escrito:

> No me importa destacar los errores de escasa monta para comprender los temas centrales; por lo demás es muy posible —y frecuente— que una filosofía interesante y, en general, muy penetrante aloje hechos desenfocados o razonamientos dudosos. No me interesa aquí ni el insulto ni el aplauso. Por lo demás, Ortega está por encima de ambos [21].

Ferrater se ha dejado siempre perseguir por la sombra alargada de Ortega. A pesar de la distancia en el tiempo y en el espacio, en el modo de ser, en la formación entre ambos filósofos, Ferrater, amante de su Cataluña natal y de sus primeros maestros barceloneses, ha sabido reconocer, en medio tan diferente como los Estados Unidos, la deuda contraída con Ortega, precisamente en aquellos aspectos en los que el pensador de El Escorial intentó imprimir carácter: en

[18] *Vida e historia en Ortega y Gasset,* Caracas, Monte Ávila Editores, 1985, p. 9.

[19] Publicado en Barcelona por Seix Barral. Fue ampliada en 1967 para el vol. I de sus *Obras Selectas* (Madrid, Revista de Occidente).

[20] Primera edición en inglés, editada en Londres por Bowes y Bowes en 1957.

[21] Citamos por la edición de bolsillo de Seix Barral, 1973, p. 24.

el estilo y en las maneras. Así lo declaró Ferrater desde sus primeros escritos y lo ha confirmado incluso en las últimas entrevistas. En 1957 publicó, como ya hemos dicho, *Ortega y Gasset: An outline oh his philosophy,* pero ya antes se había ocupado de él en numerosos artículos, empezando por su primer libro *Cóctel de verdad* [22]. De 1955 a 1957, año de la primera edición de su *Ortega,* Ferrater publicó importantes trabajos en revistas españolas e hispanoamericanas. En 1966, declaró a la revista *Ínsula* que «Ortega fue un gran escritor y un gran pensador, y que, en todo caso le debo enormemente» [23]. En la primera mitad de la década de los ochenta, cuando estaba a punto de dejar de escribir filosofía para entregarse a la creación literaria, concedió varias entrevistas de valor impagable para comprender la impronta orteguiana en toda la filosofía del exilio. Con el título «El filósofo que vuelve siempre», el diario *El País* entrevistaba a Ferrater. A propósito de Ortega confirmó la independencia de su filosofía respecto a la del maestro madrileño, pero reconocía en su obra «una compleja masa de pensamientos que nos orienta sin que necesitemos por ello seguirla» [24]. Un año después, en 1981, declaraba a la revista *El Basilisco*: «Los miembros de mi generación debemos mucho a Ortega» [25]. En fin, en 1984 la revista *Cuadernos Hispanoamericanos* dedicó un número monográfico al maestro, del título *Homenaje a José Ortega y Gasset.* Pues bien, Ferrater Mora participó con un significativo ensayo, «Ortega, filósofo del futuro», que es una larga comparación entre Unamuno y Ortega, sobre el problema de la inmortalidad, dentro de una perspectiva filosófica próxima a la novela de ficción y de fuerte imaginación, propia del último Ferrater. Las simpatías demostradas hacia los dos pensadores españoles no logran encubrir el acuerdo fundamental con Ortega que, ante los principios y verdades bases del ser, no toma partido, por estar más allá de la razón, por la metafísica:

> Las verdades, o, mejor dicho, los hechos de la vida no son ni subjetivos ni objetivos, son el marco dentro del cual se hace probable cualquier posible ulterior clasificación de enunciados en subjetivos y objetivos. *Philosophia ancilla vitae* [26].

[22] Madrid, Literatura, 1957.
[23] 1966, n. 236-7, p. 13.
[24] *El País,* 8 de noviembre de 1980.
[25] n. 12, p. 53.
[26] *Cuadernos Hispanoamericanos,* n. 403-405, 1984; p. 123.

Ferrater intentó demostrar que la mayor fidelidad al legado orteguiano consistiría en imitar más el espíritu que la letra de su filosofía

> Puesto que recomendaba constantemente estar a la altura de los tiempos, sería poco fiel a su espíritu permanecer atado a un tiempo que ya pasó [27].

No existen verdades perennes en filosofía, excepto aquellas elementales o existenciales, porque el pensamiento se desarrolla en el tiempo y con el tiempo, frente a sus circunstancias, intentando responder a ellas, a las propias, vividas y experimentadas por cada filósofo. Fidelidad del pensador a su tiempo, a su gente, a su entorno. Eficiencia en las respuestas concretas, solución a los problemas de cada generación

> Esta concepción —escribe Ferrater— puede resumirse como sigue: sea cual sea el momento en que se viva, hay que vivir, y no digamos pensar, a la altura de los tiempos —que no son los del rabioso presente, sino también los del futuro que se avecina—. Esto quiere decir que si el propio Ortega hubiera vivido en cualquier otro momento, habría acomodado sus ideas a sus nuevas circunstancias personales e históricas, y habría recomendado a los demás que lo acompañaran, y secundaran, en esta empresa. [28]

Un encuentro creador: el trasplante institucional de la Edad de Plata a las circunstancias americanas

Un modo inmejorable para asimilar y ser asimilado, para aceptar y ser aceptado es la simpatía demostrada hacia el dueño de casa. Estudiando las filosofías del país anfitrión, nuestros filósofos exiliados lograron despertar simpatías, diluir, dentro de lo posible, susceptibilidades de los colegas nativos y, por lo que concernía a su propia identidad de españoles, recuperar, con los desarrollos propios de cada país, la herencia cultural del período colonial.

[27] Ibíd., p. 131.
[28] Ibíd., p. 131.

Los españoles recién llegados contaban, en la mayoría de los casos, con una formación profesional elevada. Arma de doble filo, pues si el prestigio despertaba intereses y deseos de utilización didáctica e investigadora, por otra parte podía crear recelos, susceptibilidades y, por qué no decirlo, envidias: cultura europea frente a cultura americana y, sobre todo, recuerdos del período colonial. Yo creo que estas realidades implícitas en la mentalidad colectiva e individual de los intelectuales anfitriones y en la de los huéspedes representó el mejor acicate para el estudio de la historia y para la creación o recreación de las filosofías nacionales. No cabe duda de que los resultados fueron brillantes, pues los pensadores españoles de la Edad de Plata dieron lo mejor de ellos mismos en tierras americanas. Gracias, por supuesto también, a la confianza depositada en ellos por los mejores hombres de cultura de los países «hospitalarios».

Los frutos de la aproximación entre filósofos hispanohablantes de las dos orillas del Atlántico pueden calificarse de muy positivos desde muchos puntos de vista. Cambió la idea que de España se tenía en América y viceversa. Se allanaron incomprensiones y se olvidaron agravios al calor del trabajo, de la colaboración. Unidos, emprendieron la noble e inmensa tarea de echar los cimientos, una vez estudiadas y comprendidas las raíces comunes, de una verdadera filosofía americana. Los españoles se comprometieron en esta operación y los americanos la secundaron con entusiasmo, orgullo e independencia. En un modo nuevo, todos descubrieron la fuerza de las semejanzas por encima de las diferencias. Como ha escrito Américo Castro: «La innegable e insobornable unidad de Hispanoamérica descansa sobre tres siglos de civilización común hispana. La historia de sus países es incomprensible si no se relaciona con la de su período español y, por tanto, con la historia. En último término, lo que hay son, o no son, los pueblos iberoamericanos, depende de los que fueron o no fueron España y Portugal» [29].

Algún historiador ha interpretado la comunión ideal del encuentro entre españoles e hispanoamericanos desde un punto de vista

[29] *Vid.*: *Iberoamérica: su presencia y su pasado,* Nueva York, The Dryden Press, 1941; citado por J. L. Abellán y Antonio Monclús en *El pensamiento español contemporáneo y la idea de América* en vol. II *(El pensamiento en el exilio),* Barcelona, Anthropos, 1989; p. 24.

político: es decir, las simpatías hacia la Segunda República y la oposición declarada a la victoria militar de Franco. Pero, de este modo, se disminuía la grandeza del encuentro, la comunidad de intereses, de cultura, de raza, la compenetración íntima entre los pueblos hermanos, la identidad lingüística. En la base de tal limitación interpretativa se intuyen principalmente intereses políticos. Quizás también hayan influido algunos textos de José Gaos, probablemente el exiliado que ha dejado más huella y discípulos en América, cuando explicaban la comunidad con los países americanos en el sentido de que

> España es la última colonia de sí misma que queda por hacerse independiente, no sólo espiritual sino también políticamente.

Frases de este tipo se explican biográficamente, personalmente. No podemos olvidar, por una parte, que Gaos ocupó puestos importantes en la España republicana, pero también hay que comprender estas expresiones dentro de la psicología de un hombre que pretendía —y consiguió— hacer méritos especiales en un país que le nombraría catedrático y le abriría las puertas de la afirmación personal. Los méritos de Gaos resultan tan evidentes como innegables, pero no es difícil observar en su actitud un afán enorme —quizás exagerado— de olvidar y empezar de nuevo. Quiso ser más mexicano que sus propios discípulos.

El presidente mexicano Cárdenas concretó la ayuda a los intelectuales españoles firmando el decreto de creación de un centro cultural, capaz de recibir a cincuenta personas: la Casa de España en México abrió sus puertas en el verano de 1938. Entre sus primeros moradores, encontramos a los filósofos Luis Recasens Siches y José Gaos. Por esos días fue entrevistado por un periodista del *Excelsior*. Entre sus declaraciones, sobresalen párrafos de su decisión inequívoca de crear escuela, a pesar de que aún no estaba seguro de volver a la patria. Así lo contó el periodista

> El citado señor (Gaos) añadió que tanto él como sus compañeros de la Casa de España en México deseaban dejar en nuestro país una obra perdurable, que sea continuada cuando ellos tengan que retornar a su país, por nuevos intelectuales preparados para ello [30].

[30] Tomado de Abellán-Monclús: *El pensamiento español contemporáneo y la idea de América*, *op. cit.*, p. 97.

Recasens y Gaos recibieron enseguida importantes invitaciones. El primero marchará a la ciudad de Morelia, invitado por su importante Universidad, para dictar diez conferencias sobre *La sociedad y el derecho en la vida humana.* Gaos, por su parte, dirigió a finales del mismo 1938 un importante seminario sobre filosofía y poesía [31]. Participaron entre otros José Moreno Villa y Enrique Díez Canedo, León Felipe, el filósofo mexicano Samuel Ramos y el futuro premio Nobel Octavio Paz. El año siguiente Gaos dirigiría un simposio sobre *Literatura y filosofía en México* y otro, en Morelia, sobre *El Pensamiento filosófico de Ortega y Gasset.*

En 1940, los cursos de filosofía aumentaron notablemente. Los dos filósofos de la Escuela de Madrid antes citados dictaron, entre otros, *Cristianismo y Filosofía* (Gaos) y *Sociología de la Cultura* (Recasens). No menos concurridos resultaron los seminarios de los exiliados de la Escuela de Barcelona: Joaquín Xirau sobre *Las grandes corrientes del pensamiento contemporáneo* y Juan Roura Parella sobre *Estructura, formación y unidad de la vida psíquica.* Otros muchos cursos corrieron a cargo de Juan David García Bacca y de Eugenio Imaz. Hay que añadir que, junto con la Casa de España, transformada en 1940 en el Colegio de México, otras instituciones culturales flanquearon a las ya existentes. Además, las actividades no se redujeron ni a Ciudad de México ni a los ambientes universitarios. Cursos itinerantes, dirigidos por los filósofos españoles, recorrieron las principales ciudades de la inmensa nación mexicana. Así podríamos decir que si la Casa de España imitó de alguna manera a la madrileña Residencia de Estudiantes, los cursos organizados fuera de la capital mexicana copiaban en parte a las Misiones Pedagógicas. Se mire como se mire, y con todas las diferencias que se quieran, los intelectuales españoles trataron de reproducir el ambiente de su formación en las nuevas circunstancias.

El Colegio de México continuó también la tarea de la Junta para Ampliación de Estudios: la concesión de becas. A veces, para estudiar fuera, otras para ayudar a jóvenes investigadores a proseguir

[31] La intensa relación entre poesía y filosofía entre los filósofos del exilio —véase Gaos, Zambrano y un largo etcétera— puede ser considerada otra influencia orteguiana, no en el sentido de total identidad, sino en el de la profunda comunión entre las diferentes ramas del saber. Herencia orteguiana y herencia, en el exilio, de la Edad de Plata de la cultura española.

sus estudios bajo la dirección de los maestros de la Casa. El primero en disfrutar tal ventaja fue el más tarde conocido filósofo de la identidad mexicana, Leopoldo Zea, alumno privilegiado de José Gaos [32].

En un principio, las intenciones de formar escuela chocaron con la oposición de algunos maestros hispanoamericanos. La lógica defensa del patrimonio cultural nacional, el orgullo del ser americano, el recelo a lo español —viejas creencias heredadas del período de la independencia colonial— y el complejo de que la propia filosofía no soportase objetivamente la competencia con la europea fueron todos elementos que se unieron, según las circunstancias, en modo cortés o violento para enfrentarse a la filosofía traída por los exiliados. El mismo Gaos, maestro de toda una generación de filósofos mexicanos e investigador incansable de la historia de la filosofía mexicana, fue, también, objeto de polémicas. En escritos y conferencias había explicado que existían tres modos para abordar la filosofía. El primero, de orden histórico, debería exponer la evolución biográfica y teórica del pensamiento; el psicológico, interesado en dar cuenta de las circunstancias generales del sujeto creador, es decir, el filósofo; y el fenomenológico, como conjunto de proposiciones expresadas en la comunicación escrita y oral, dirigido por tal al análisis y a la purificación del método husserliano.

Francisco Larroyo [33] le salió al paso subrayando que la filosofía era ciencia autónoma y, por tal, no necesitada de otras para ser explicada, pues era y es un saber fundamental que no puede ser explicado por otro saber. La polémica se alimentó con respuestas y contrarrespuestas. Al final, el pensador extranjero, por elemental

[32] Nos lo refiere el mismo Gaos: «En México he podido tener discípulos por la generosidad de México: los profesores mexicanos de esta Casa, con el inolvidable don Antonio Caso al frente, nos acogieron a los españoles en perfecto plan de igualdad: más aún nos dieron la posibilidad de ser, por excepción, profesores de estudiantes encomendados a nosotros poco menos que exclusivamente, o lo más adecuadamente para que haya verdadera formación de un discípulo por un maestro».

Vid.: *Confesiones profesionales* en *Obras Completas*, vol. XVIII, *op. cit.*, p. 86.

[33] Francisco Larroyo, catedrático de la Universidad Autónoma de México desde 1930, se había formado en Alemania como muchos de sus colegas exiliados, concretamente en Marburgo, como Ortega, especializándose en el neokantismo. Había formado juntamente con el profesor Guillermo Héctor Rodríguez (además de Enrique Espinosa y Juan Manuel Terán) una escuela dotada de un importante órgano de expresión: *La Gaceta filosófica*. Desde esta plataforma, en un país donde la historia del pensamiento carecía de una verdadera tradición, era de esperar que no mirase con buenos ojos a la competencia llegada de España.

sentido común, cedió. Sin embargo, poco después, prosiguieron los ataques, pues el jesuita mexicano y alumno de Larroyo, José Sánchez Villaseñor, publicó un libro contra el filósofo español, *Gaos en Mascarones, la crisis del historicismo y otros ensayos,* acusándole de defender una filosofía inmanentista, impropia de la tradición mexicana y contraria a la historia que había descartado ya el positivismo de la segunda mitad del XIX y de la primera mitad del XX. El ataque se explicitaba aún más cuando afirmó que la filosofía de la filosofía rompía con todas las referencias a lo transcendental y con la posibilidad de abrirse a la fe. Villaseñor tenía razón, pero Gaos, en nombre de la libertad de pensamiento y de su propio orgullo personal y profesional, hubiera debido aceptar la provocación. Sin embargo, como antes decíamos, calló para evitar reacciones contra él mismo y contra los restantes exiliados [34].

Larroyo, defensor de una filosofía de los valores como finalidad de toda filosofía, atacó duramente al orteguismo, al existencialismo y al escolasticismo. Su concepción ética-inmanentista chocaba también con aquellas otras filosofías colindantes. Desde esta perspectiva, se había enfrentado con el personalismo cristiano de Mounier. En 1941 le tocó el turno a la obra de otro filósofo español, que, si no hubiera sido por su prematura desaparición, habría alcanzado un prestigio incalculable en México: *El Romanticismo filosófico: observaciones a la Weltranschanung de J. Xirau.* El año antes, el ex-catedrático de la Universidad de Barcelona había expuesto en 18 lecciones su concepción del hombre y del mundo, sosteniendo que el elemento constitutivo último de la filosofía no se reduce a la sola razón —ni a la teórica ni a la práctica—, sino a la unión de ella con el sentimiento y el amor, y que a partir de tales elementos nacen el conocimiento y el deseo, motores de la existencia individual y colectiva. La inclusión del sentimiento en el sustrato de toda la filosofía provocó la reacción de Larroyo —hombre por otra parte comedido y respetuoso— contra Xirau, al que calificó de romántico a la manera de Schelling.

Joaquín Xirau comprendió que el ataque de Larroyo contra su teoría augustiniana del amor no iba dirigido exclusivamente contra

[34] Sobre el argumento: Juan Hernández Luna: «En torno a un curso sobre el historicismo del maestro José Gaos», *Cuadernos Americanos,* Ciudad del México, 1969; n. 5.

su sistema filosófico sino que se trataba, como en el caso de Gaos, de demostrar a los recién llegados y, sobre todo, a los propios connacionales que la filosofía local no necesitaba para mejorar de los emigrados de las escuelas de Madrid y Barcelona.

Como bien resume Raúl Cardiel Reyes «más delicadas y enojosas resultaron las críticas que Alfonso Méndez Plancarte lanzó contra Juan David García Bacca, por el año 1944, con motivo de que la Universidad Nacional con el patrocinio del rector, Rodolfo Brito Foucher y bajo la dirección del jefe del Departamento de Humanidades, Francisco Larroyo, inició la biblioteca bilingüe de Clásicos Griegos y Latinos, al publicar dos primeros tomos dedicados a los diálogos de Platón [...]. Ambos tomos estaban precedidos por una introducción de García Bacca, que también los había traducido del griego, con las notas necesarias y alusivas a los textos [...]. A. Méndez Plancarte publicó en el año de 1944, en el periódico *El Universal,* que entonces congregaba las plumas de los más distinguidos escritores mexicanos, una serie de artículos atacando violenta aunque correctamente a García Bacca [...] lo acusaba de obscenos y provocatorios juicios en torno a la homosexualidad, a propósito de las equívocas relaciones de Sócrates y Alcibíades, insinuados en el *Banquete* y de algunos juicios sobre los conceptos de lo piadoso, lo santo, lo sagrado y lo sacrosanto [...] Estas acerbas críticas eran tanto más relevantes por cuanto el propio García Bacca había obtenido las órdenes sagradas en España, las había desempeñado y luego abandonado sin seguir los procedimientos ortodoxos, por decirlo así. Las críticas causaron gran sensación entre el público, especializado o no y, al propio García Bacca, desazón y personal preocupación» [35]. García Bacca, seguro de su interpretación y a pesar de su orgullo, decidió, como en los otros casos, callar. Igual hizo el orteguiano Luis Recasens Siches cuando el discípulo de Larroyo, el ya citado Héctor Rodríguez, criticó en la *Gaceta filosófica* las tesis de filosofía del derecho del filósofo español.

Las numerosas iniciativas de nuestros exiliados y la ayuda generosa y concreta que proporcionaron las autoridades mexicanas y muchos de sus intelectuales ayudaron a crear el ambiente de celos y

[35] «La filosofía» en *El exilio español en México 1939-82,* México, Fondo de Cultura Económica, 1982; p. 218-219.

competencias que, en parte, hemos descrito en los párrafos precedentes. La derecha mexicana acusó a nuestros exiliados de comprometerse más con la política que con la cultura. Algunos profesores de diferentes tendencias adujeron por su parte que los sueldos de los exiliados significaban, en el fondo, menos puestos de trabajo para los nativos, en el campo ya restringido de la Universidad. Sin embargo, la defensa no se hizo esperar, incluso por parte de aquellos intelectuales contrarios al gobierno de Cárdenas. La unidad de la raza, de la lengua y de la cultura superó diferencias políticas y defensas corporativas. Así, el periodista antigubernamental Salvador Novo, respondiendo, entre otros, a Eduardo Payarés, que había escrito sobre la crisis de los profesores nativos *(Los universitarios postergados),* escribió en tono jocoso una defensa contundente en favor de los recién llegados

> si por impartir cursos ganan comparativamente más que los profesores universitarios mexicanos, como lo denuncia espumejeantemente Payarés, el tema se presta a profundas meditaciones: un Juan de la Encina, un Adolfo Salazar, un José Gaos, un Lafora, un Díez Canedo, honran a cualquier instituto o universidad de cualquier parte del mundo en que den una conferencia o una cátedra, y los EE.UU. o la Argentina estarían muy contentos de pagarles buenos dólares para incluirlos en su profesorado [36].

Con el tiempo, después de pocos años, los investigadores españoles pudieron opositar a cátedras y ayudantías de plantilla, llegando a ser incluso directores de los departamentos de filosofía (Gaos y Nicol en México, Ferrater en los Estados Unidos, Granell y García Bacca en Venezuela), pero, al principio, cuando el gobierno Cárdenas fundó la Casa de España [37] para acoger física, moral y cultural-

[36] Salvador Novo: *La vida en México durante el periodo presidencial de Lázaro Cárdenas,* México, Empresas Editoriales, 1972; pp. 356-7.

[37] Antes de la fundación de la Casa de España habían surgido varios proyectos para acoger, de alguna manera, a la crema de la intelectualidad española exiliada. Parece ser que la misma universidad de Harvard hubiese preparado un plan semejante. En el fondo, puede parecer contradictorio —y en parte lo es— que un gobierno de impronta populista, como el de Cárdenas, diese vida a una institución minoritaria como la Casa de España, reproducción, en parte, de la Residencia de Estudiantes madrileña y reflejo, también, de los destellos de la Edad de Plata de la cultura española fuera de sus fronteras. El decreto de creación por parte del gobierno lleva fecha 20 de agosto de 1938. Entre los primerísimos invitados la *Gaceta* incluía a dos filósofos, José Gaos y Joaquín Xirau; es decir, los representantes más conocidos,

mente a los intelectuales, artistas y científicos españoles, la situación fue mucho más dura. Se criticaron incluso pequeñas remuneraciones por conferencias, seminarios, etc. Corrobora lo que decimos estas palabras del entonces rector de la Universidad de México, Gustavo Baz:

> En primer lugar, cinco miembros residentes de la Casa de España en México trabajan en tres facultades dando entre todos diez cursos anuales regulares. A ninguno de ellos se pagaba un centavo, ni por concepto de honorarios ni por ninguna otra razón. Es más, en el caso de las investigaciones que emprenderá en el laboratorio de fisiología el doctor Jaime Pi y Suñer, la Casa de España costeará todos los elementos necesarios a su trabajo. Juntamente por esta situación en la que la universidad resulta francamente deudora a la Casa de España, ésta había sugerido la posibilidad de que el señor José Medina Echevarría fuera acogido por la universidad a cuenta de ésta [...]. Por último la Casa de España ha resuelto, y así lo ha comunicado a la rectoría que ni en el caso del señor Medina quiere que la universidad pague su sueldo, sino que, como todos los demás, lo sufragará la casa [38].

No sólo Ciudad del México y la Universidad Autónoma de México dieron trabajo a nuestros filósofos exiliados. La Universidad de Morelia acogerá en el otoño de 1938 a Recasens para un ciclo de conferencias. Más o menos por las mismas fechas, Gaos dictaba un cursillo de seis lecciones en la misma ciudad sobre *La filosofía contemporánea;* poco después impartirá otro sobre *Filosofía de la filosofía.* En la universidad de Morelia trabajarían más tarde algunos de nuestros puntales de la filosofía exiliada, como María Zambrano.

Gaos marchó poco después al Colegio del Estado de Guanajuato. En pocos meses buena parte de la cultura filosófica mexicana aceptaría, por decirlo así, su primado entre los recién llegados y, en

respectivamente, de las escuelas de Madrid y Barcelona. Antes se había establecido ya por su cuenta Luis Recasens Siches. Como ha escrito J. A. Matesanz y B. Morán, «la Casa quedaba unida desde su fundación a las instituciones de educación mexicanas ya existentes, pues en el Patronato está representada tanto la Universidad Nacional como el Instituto Politécnico Nacional [...] [y] la Secretaría de Educación Pública [...] la Casa quedaba relacionada con la Secretaría de Hacienda, que estaba encargada de proporcionar el financiamiento oficial. Para esto Cárdenas dispuso que el gobierno diera a la Casa un subsidio anual "que nunca sería inferior a 300.000 pesos", cantidad que parece considerable para la época». Capítulo incluido en el volumen ya citado, *El pensamiento español contemporáneo, op. cit.,* p. 93.

[38] En Salvador Novo, *op. cit.* Recogido aquí de AA.VV.: *El pensamiento español contemporáneo y la idea de América, op. cit.;* pp. 131-2.

parte, entre los mismos profesores nativos. Así, a finales del mismo año 1938, el ex-rector de la universidad de Madrid dirigiría un seminario sobre *Metafísica y poesía* en el que tomaron parte, entre otros, Octavio Paz, Samuel Ramos, León Felipe y Javier Villaurrutia.

La Casa había proyectado para el curso siguiente —1939— veintiséis cursos y doscientas conferencias en las principales ciudades de México.

A partir del 12 de marzo de 1939 fue director de la Casa el prestigioso intelectual mexicano Alfonso Reyes. Había vivido en España durante los diez años más cruciales de la Edad de Plata, 1914-24, entrando en contacto con numerosos exponentes de ella. Huido de su patria por motivos políticos, entabló en España amistad con numerosísimos intelectuales españoles, pero también probó la nostalgia de México, de su América de lengua española. Antes de salir para Europa había formado parte activa del Ateneo de la Juventud y, «junto a Pedro Henríquez Ureña, Antonio Caso y José Vasconcelos, había pugnado por renovar la cultura mexicana, sofocada por el positivismo científico» [39]. El dato es de capital importancia porque demuestra un paralelismo esencial entre el pensamiento español y el mexicano durante los primeros lustros de nuestro siglo: liberarse del positivismo cultural que, proveniente de las ciencias naturales, de la sociología y de la literatura, intentaba copar todas las facetas de la vida cultural, institucional e incluso, diríamos, moral del país. La reacción modernista, vestida de múltiples ropajes, como el existencialismo, el individualismo, el neokantismo, etc., iba en tal dirección. No cabe duda de que las principales manifestaciones de la vida cultural española de esos años desatienden completamente las instancias positivistas y preparan un ambiente nuevo donde el elitismo cultural y el irracionalismo marcan distancias insuperables. En el campo filosófico, Unamuno y Ortega, máximas expresiones de la época, representan los mejores ejemplos. El hecho, pues, de que pensadores del peso de Enrique Ureña y Antonio Caso sintiesen las mismas exigencias constituye un elemento básico para comprender, a pesar de celos y reticencias, la profunda colaboración entre los filósofos mexicanos y los españoles exiliados.

Reyes, en Madrid, gozó del ambiente ideal para madurar aquellas ideas discutidas antes en el Ateneo de la Juventud de Ciudad del Mé-

[39] Ibid, p. 111.

xico. Frecuentó el Ateneo madrileño, colaboró en el Centro de Estudios Históricos, dirigido por Menéndez Pidal y, ¡dato fundamental!, asistió con frecuencia a los actos oficiales y tertulias privadas organizadas en la Residencia de Estudiantes. He aquí por qué la Casa de España mostró parecidos innegables con la institución dirigida por Jiménez Fraud, la Resi.

Don Alfonso, pensador y literato, americano y europeo —vivió durante varios años también en París— reunía los requisitos adecuados para comprender en general a nuestros exiliados y, más específicamente, a nuestros filósofos, tan influenciados por Ortega en la intrínseca unión entre filosofía y literatura. Lo demuestran la obra, entre otros, de María Zambrano, Ferrater Mora, Granell y el propio Gaos [40]. Este último, como todos los demás, reconoció el papel fundamental de Reyes en la filosofía y en la biografía personal de los pensadores exiliados. Si antes hemos comparado la Casa de España con la Residencia de Estudiantes, será el mismo Gaos quien compare la función de baricentro cultural en Madrid y México, respectivamente, de Ortega y Reyes:

> tal función regulativa del espectáculo del grande hombre la ejerció en mi vida de España Ortega, como en mi vida de México pudo haberla ejercido don Antonio Caso, si su muerte prematura no lo hubiera impedido, y ha venido a ejercerla Alfonso Reyes, la amistad de éste me ha hecho penetrar hasta los fondos mismos de la vida en que crea ese peculiarísimo tipo de ente que es el gran hombre de letras, el gran escritor [41].

La Casa de España no sirvió sólo como centro cultural y alojamiento para un grupo restringido de intelectuales. Desempeñó la función más importante de punto de referencia físico y cultural para la gran colonia española en México. Además, la Casa se preocupó con incansable ahínco por buscar trabajo para residentes y amigos. En muchos casos, la presentación de su director funcionó como inmejorable tarjeta de visita para abrirse paso en el mundo del trabajo. Es un deber mencionar las buenas relaciones de la Casa con la Universidad de Michoacán (Morelia), pues sirvió para que muchos resi-

[40] Como botón de muestra, se piense en libros como *Filosofía y poesía, Pensamiento y poesía en la vida española* de Zambrano, *Claudia, mi Claudia* y *El mundo del escritor* de Ferrater; *Estética de Azorín* de Granell, *Escritores místicos españoles* de Gaos.

[41] *Confesiones profesionales, op. cit.*, p. 85.

dentes y amigos se trasladasen transitoria o definitivamente allí. Probablemente, ayudó a ello el hecho de que el presidente Cárdenas, el gran mecenas de la Casa, fuera natural del Estado de Michoacán. En la Universidad de Morelia enseñaron algunos de nuestros filósofos: Gaos, Recasens, Zambrano y Xirau. Los dos primeros dictaron algunos seminarios en la Universidad de Saltillo, mientras que Juan Roura Parella marchó durante algún tiempo a la de Guadalajara.

Resulta obligado también señalar cómo la Casa solucionó de modo egregio el problema de las publicaciones, firmando un contrato muy especial con el Fondo de Cultura Económica, presidido por el secretario de la institución Daniel Cossío Villegas, otro de los puntos de referencia humana y cultural para nuestros exiliados. Es lógico que, para todas estas empresas, la Casa de España se valiese de importantes ayudas económicas, provenientes del gobierno mexicano, pero también llegaron al Patronato sustanciosas cantidades en pesos provenientes del gobierno republicano en el exilio y de otras instituciones culturales, como la Rockefeller, que aportó 5.000 dólares en 1940 para la instalación del laboratorio de fisiología.

Imitando en cierto modo a la Junta para la Ampliación de Estudios, que muy bien conocía Alfonso Reyes, la Casa destinó un fondo de su presupuesto anual para conceder becas a jóvenes licenciados mexicanos a fin de que pudiesen trabajar codo a codo, bajo la dirección de los profesores españoles, sin abandonar nunca, al contrario, intensificándola si cabe, la didáctica en la Universidad y en los centros docentes superiores [42]. Para evitar contrastes y prever rivalida-

[42] Como resumen A. Matesanz y B. Morán «en el aspecto docente, las labores de los miembros de la Casa continuaron, si cabe, a un ritmo incluso más acelerado que el año anterior [...] En el aspecto docente, las labores de los miembros de la Casa continuaron múltiples y variables [...] En la facultad de Filosofía y Letras dieron cursos [entre otros] [...] José Gaos sobre *Cristianismo y filosofía* y *Filosofía didáctica de las ciencias humanas: I La Filosofía* [...] Luis Recasens Siches, *Sociología de la cultura;* Juan Roura Parella, *Estructura, formación y unidad de la vida psíquica* y *Las principales corrientes de la psicología contemporánea y su significado para la educación* [...]; Joaquín Xirau, *Las grandes figuras del pensamiento contemporáneo* y *El mundo del hombre de occidente*» (*Vid.: El pensamiento español contemporáneo y la idea de América, op. cit.,* p. 137). Que sepamos impartieron cursos en la universidad de Monterrey José Gaos sobre *La vida contemporánea.* En la universidad de San Luis de Potosí, Juan Roura Parella y Eugenio Imaz. Fueron Gaos, Xirau y Recasens a la universidad de Morelia donde ya enseñaba María Zambrano, que dejó México por Cuba a final de 1939. Además, el número de publicaciones de nuestros filósofos exiliados comenzó a ser notable. Publicaron sendos volúmenes en ciudad del México, José Gaos, que, juntamente a su oponente Larroyo, dio a la prensa *Dos ideas de la filosofía;* Juan David García Bacca: *Invitación a filosofar;* Roura Parella: *Educación y Ciencia.*

des el 2 de octubre de 1940 don Alfonso Reyes, reunido el Patronato de la Casa, decidió cambiar nombre al centro. Resultaría más simpático a la intelectualidad hospitante abandonar el viejo nombre —demasiado exclusivo del grupo de exiliados y, además, con viejo olor de colonialismo— por el de El Colegio de México. La dirección sería la misma. En cuanto a sus miembros fundadores, se contaban algunos de nuestros filósofos: Gaos, Xirau, Recasens y Roura Parella. Al estudiante becado Zea, se unieron Juan Fernández Luna y José Iriarte Guzmán.

Acabada la segunda Guerra Mundial, los exiliados esperaron un cambio radical en la política española. Las relaciones de los gobiernos españoles en el exilio con la Sociedad de Naciones y la retirada de embajadores de Madrid en el diciembre de 1946 abrió una luz de esperanza. Sin embargo, los hechos demostraron que las potencias occidentales no tenían ninguna intención de comprometerse en una guerra contra la España franquista. Por una parte, el régimen español era considerado por la izquierda como el último reducto del fascismo en Europa, por la otra, el anticomunismo de Franco y la importancia estratégica de España en el cuadro de la naciente guerra fría indujeron a los aliados, sobre todo a Inglaterra y a los Estados Unidos, a mirar con mejores ojos al gobierno de Madrid. De aquí a poco tales intenciones serían selladas con pactos bilaterales de cooperación y con el ingreso posterior de España en los organismos de las Naciones Unidas. En cuanto los hechos políticos no dejaron resquicios para vanas esperanzas, la perspectiva vital y profesional de nuestros filósofos tuvo que cambiar; a pesar de que la mayoría de ellos, para esas fechas, ocupaban ya puestos en las plantillas de las universidades hispanoamericanas —en contraposición con otras categorías de profesionales a quienes les fue más difícil gozar de puestos de trabajo estables—. La seguridad de saber que el exilio, para algunos de ellos más comprometidos políticamente, pasaba de temporal a definitivo desgarró nuevamente las conciencias y obligó a replantearse el modo de vivir. En este contexto, quizás, se comprenda que, a partir de 1947, algunas actitudes cambiaran. Por ejemplo, resulta probable que otra institución creada por nuestros exiliados, el Instituto Luis Vives —nombre idéntico al adoptado en la España franquista por el instituto de filosofía del Consejo Superior de Investigaciones Científicas— alcanzase un mayor desarrollo

a partir de 1947. Al mismo tiempo, hay que añadir que las autoridades americanas y españolas en el exilio acusaron el golpe y, en algunos casos, disminuyeron las respectivas ayudas económicas. Al respecto faltan estudios sobre el Colegio Madrid, la Academia Hispano-Mexicana, el Instituto Hispano-Mexicano Ruiz de Alarcón y el Luis Vives [43].

MAESTROS Y ALUMNOS; HISPANOAMERICANOS Y ESPAÑOLES

Un punto de confluencia para una empresa común, capaz de superar las polémicas se concretó cuando algunos de los filósofos españoles iniciaron a estudiar las filosofías nacionales de los países hospitantes.

Existían presupuestos comunes para llevar a cabo tal empresa: en primer lugar, el rechazo y la superación del positivismo; el deseo de incorporar a la tradición nacional las novedades de la filosofía europea, especialmente la alemana; la voluntad de demostrar que el pensamiento de lengua española, a pesar de no haber alcanzado nunca el tecnicismo del europeo, formaba parte, con todo derecho e igual dignidad de la historia de la filosofía universal [44]. En fin, la satisfacción por parte de los españoles por haber logrado superar las desconfianzas hizo el resto. Pues, de esta manera, era difícil acusar a los filósofos españoles de europeísmo, complejo de superioridad y desprecio por la cultura de las ex-colonias. Y ello ocurrió en un mo-

[43] Sobre el argumento el ensayo de Teresa Miaja de Lisci y Alfonso Maya Nava: «Creación de organismos, mutualidades, centros de reunión, instituciones académicas», en *El exilio español en México 1939-82, op. cit.*, pp. 101-25. Consultar también la importante bibliografía citada en este trabajo. Ver algunos capítulos de la obra colectiva *El pensamiento español contemporáneo y la idea de América.*

[44] A tal propósito escribió Gaos: «La filosofía es la *Metafísica* de Aristóteles; la *Ética* de Espinoza; *La Crítica de la Razón Pura* de Kant; *la Lógica* de Hegel:

Es así que *Los motivos de Proteo;* del *Sentimiento trágico de la vida,* las *Meditaciones del Quijote,* la *Existencia como economía, desinterés y claridad,* se parecen muy poco a aquellas obras.

Luego éstas no son filosofía.

Mas ¿por qué no razonar de otra manera?

Los Motivos, el *Sentimiento,* las *Meditaciones del Quijote,* la *Existencia* se parecen muy poco a la *Metafísica,* a *la Ética,* a *la Crítica,* a *la Lógica.*

Y son filosofía.

Luego filosofía no es exclusivamente la *Metafísica,* etcétera, sino también *los Motivos,* etcétera». (*Confesiones profesionales, op. cit.*, p. 106).

mento en que la intelectualidad de estos países se preguntaba por la propia identidad, intentando no reducirlo todo a las diferencias con la europea, a la contraposición de principio que sólo afirma negando.

Este interés y tales finalidades los compartían los dos filósofos mexicanos más prestigiosos y capaces: Antonio Caso (1883-1946) y José Vasconcelos (1882-1959). El primero se había prodigado en la difusión de la fenomenología de Husserl y en el estudio del bergsonismo con la finalidad de atacar el positivismo, sin renunciar, al mismo tiempo, a los adelantos ya incorporados por la ciencia. Entre sus numerosas obras destacamos: *La filosofía de la intuición* (1914), *La filosofía francesa contemporánea* (1917), ambas sobre Bergson; sobre la fenomenología escribió: *La filosofía de Husserl* (1934). Quizás sus obras más logradas hayan sido *Positivismo, neopositivismo y fenomenología* (1941) en campo histórico y *La existencia como economía, como desinterés y como claridad* (1919), en el teórico. Otras obras demuestran el interés por la historia del pensamiento mexicano y, sobre todo, por la identidad nacional: *Discursos a la nación mexicana* (1922), *México: apuntamientos de cultura patria* (1943).

El valor concedido a la intuición, a los impulsos desinteresados —en oposición a la «predestinación obligatoria» del contorno positivista—, la concepción filosófica como entrecruzamiento profundo de ciencia, arte, moral, ponían naturalmente en contacto su pensamiento con el de Ortega, a pesar de las diferencias existentes entre un creyente y un laico.

En cuanto al problema diferencial, los presupuestos de Caso encontraron las simpatías de los filósofos españoles y mexicanos, sabiendo ser punto de encuentro y maestro querido por unos y otros. Por una parte, defendió la importancia de América y de México, baluartes de la cultura occidental. La conquista del continente cobra interés histórico porque la cultura europea encontró en América su natural desarrollo y su última roca defensiva en el caso de que la europea perdiese, en el tiempo, su fuerza:

> no es América un nuevo escenario accesorio de la cultura europea, sino el asiento natural de su desenvolvimiento más firme; no es algo extrínseco y accidental, sino elemento imprescindible de su desarrollo. Sin América como una nueva patria, las posibilidades de éxito de la cultura de la

> humanidad se habrían disminuido considerablemente [...] si Europa, que sufre el horror de la más mortífera de las guerras fratricidas, sucumbiese al fin [...] la civilización, claudicante en los pueblos que tanto la han amado, tendría siempre el refugio de este mundo celosamente defendido por las aguas libérrimas de sus océanos [...] América asegura a la civilización su inmortalidad [45].

La gloria y la inmortalidad en la historia corresponden en Europa a dos naciones, Inglaterra y España, porque las dos han dèjado huellas imborrables en América, recogidas y asimiladas por la fidelidad e imaginación de los pueblos colonizados. Pero, al principio, fue España el país adecuado para la magna empresa de enlazar lingüística y culturalmente dos continentes:

> ningún pueblo más apto para realizarla. Tenía [España] todos los caracteres de las razas conquistadoras: el espíritu aventurero y heroico, templado en la lid, la codicia incoercible, la imaginación exaltada, el entusiasmo, la fe.

Y más adelante exclama, casi con la devoción de un español tradicionalista:

> unos cuantos soldados españoles de esos que capitanearon Gonzalo de Córdoba, Juan de Austria y Alejandro Farnesio en las guerras de Europa; es decir, unos cuantos soldados invencibles, bajo las órdenes de Pizarro y Cortés, se lanzaron a la aventura sin rival [46].

¡Qué ironía para los filósofos españoles crecidos en las circunstancias culturales de la Segunda República! Después de haber sido pioneros de una filosofía de la historia a la vanguardia de una interpretación novedosa, a fin de disminuir la importancia de la conquista y de la colonización, en aras de un progresismo tendente a reconocer la igualdad cultural de todos los pueblos, ¡qué ironía!, decía, tener que descubrir que su vergüenza de ser bisnieto de los conquistadores se convertía en la única vanagloria del pueblo español y de su civilización. Giro de 180 grados en las categorías culturales,

[45] *Discursos a la nación mexicana,* México, Porrúa, 1922. Tomado aquí de *Filosofía de la historia latinoamericana* (edición de L. J. González Álvarez) Santa Fe de Bogotá, Editorial El Búho, 1983; pp. 61-2.

[46] Ibíd., p. 66.

inversión de marcha de una moda europea originada por los deseos de la *grandeur* francesa de disminuir la gesta española y a causa también de una tendencia igualitaria basada en la afirmación de la contemporaneidad en campo social igualadora de hombres y culturas, además de una interpretación de la historia en clave anticatólica, mezcla de la herencia liberal-anticlerical y, también, de actitudes de matriz marxista.

Ahora, exiliados por otra ironía más radical de la historia, los defensores del europeísmo liberal y detractores, en nombre de la concordia de los pueblos y del progresismo político-cultural, de la España imperial y católica, descubrían —imaginamos que con sorpresa— que la mejor tarjeta de presentación, a pesar de los lógicos recelos de las culturas indígenas, residía precisamente en las glorias que ellos, en parte, habían rechazado.

Samuel Ramos (1897-1959), discípulo de Caso, atacó el sistema del maestro aduciendo que explicaba a los filósofos como si éstos hubieran vivido fuera del espacio y del tiempo; es decir, como si la historia no contase en la evolución de las ideas. El desarrollo de las circunstancias biográficas y sociales son, para Ramos, absolutamente necesarias. Solamente en este contexto se puede explicar la filosofía mexicana, explicar sus retrasos y esperar, con fundamento, en sus futuras conquistas. Ramos era demasiado sociólogo como para participar del antipositivismo visceral de sus maestros Caso y Vasconcelos. «Ramos —explican J. E. Gracia e I. Jaksic— mantiene un contacto con los criterios científicos de su época, de los que no llegó a divorciarse por completo. Por ejemplo, mantuvo una firme convicción —a pesar de su adopción del historicismo orteguiano y del pensamiento de filósofos germanos como Scheler y Hartmann— en los alcances de una metodología científica para el análisis de la realidad social. Su *Perfil del hombre y la cultura en México* (1932), en verdad, es una suerte de compromiso entre filosofía y sociología, compromiso que le permite utilizar los criterios psicoanalíticos de Adler para comprender la situación mexicana» [47]. En la obra citada aclaró el uso de esta nueva ciencia, el psicoanálisis, para explicar la cultura mexicana:

[47] *Filosofía e identidad cultural en América Latina,* Caracas, Monte Ávila Editores, 1983; p. 101.

> este país, en particular, ha acumulado una serie de traumas y taras durante la conquista, colonización e independencia que el individuo revive en su propio desarrollo psíquico.

Ramos confía —no obstante su cientificismo, tampoco le faltaba un sano utopismo— en que sus connacionales, reconociendo los límites y las trabas dejadas por la colonización para alcanzar la madurez cultural, sepan superar el propio pasado y lanzarse con confianza a un futuro desde la plataforma de la conquistada identidad nacional [48]. «De aquí —siguen explicando E. Gracia e I. Jaksic— la insistencia de Ramos por fundar una filosofía de lo mexicano, es decir, una filosofía que proporcione al individuo y a la sociedad los elementos que les permitan conocerse a sí mismos. De este modo, ambos alcanzarían la madurez necesaria que Ramos consideró urgente para el desarrollo pacífico del país en un tiempo de cambios profundos» [49].

No cabe duda de la analogía entre las circunstancias filosóficas mexicanas y españolas, sobre todo considerando algunos puntos fundamentales: *a)* la conciencia de una tradición nacional, *mutatis mutandis,* necesitada de explicar el pasado para orientar el futuro en los cauces de una hallada identidad cultural de cada país; *b)* el choque violento de esa tradición con las novedades de la filosofía europea contemporánea; *c)* la existencia de maestros españoles —Ortega, García Morente, Zubiri, Serra Hunter, Xirau— y mexicanos —Caso, Vasconcelos, Larroyo, Ramos— como plataformas consistentes para la creación de nuevas generaciones de filósofos, capaces de inaugurar un tipo de pensar técnico que, sin dejar de ser español o mexicano, lograse ser más europeo.

José Vasconcelos fue el fundador del grupo filosófico Ateneo de la Juventud, juntamente con los amigos Alfonso Caso y Antonio Reyes; pensamiento caracterizado por la lucha contra el positivismo y por la intención de definir la identidad nacional del pensamiento mexicano. Personaje conocidísimo en su país, participó en política y quiso orientar en materia hasta su fracaso electoral de 1929 que, retirándole de la escena pública, lo llevó a concentrarse y dedicarse

[48] Ramos expuso su pensamiento en otras obras de creación, especialmente *Hacia un nuevo humanismo* (1940) y *La historia de la filosofía en México* (1943).

[49] *Filosofía e identidad cultural en América Latina, op. cit.,* p. 102.

por completo a la filosofía. Algo nos recuerdan en este sentido las batallas de Ortega en 1914 y 1931 en favor de la República y, también, la automarginación política a partir de 1936 con el estallido de la Guerra Civil. Quizás un hecho separó la madurez de ambos pensadores. En 1943 Vasconcelos declaró públicamente su adhesión a la Iglesia católica. Ortega siguió siendo lo que siempre había sido: el laico que comprendía a los creyentes.

Vasconcelos, preocupado por la marcha de la filosofía mexicana, no cayó en la fácil trampa del «nacionalismo filosófico». Merecía la pena revalorizar el pasado de su país, como parte integrante de la historia. «Vasconcelos —escriben E. Gracia e I. Jaksic— puntualizó sin ambigüedad el carácter universal de la filosofía, de modo que no tenía sentido para él hablar de una filosofía con rasgos nacionales. Sostuvo, sin embargo, que era patrimonio de cada cultura revalorar los temas de la filosofía, comprendiéndolos en sus propios términos. La defensa de tal patrimonio es uno de los legados más importantes de la obra de Vasconcelos» [50]. Desde el prestigio de los cargos ocupados, rector de la Universidad Nacional y director general de la Secretaría de Educación —pero también el orgullo de saberse heredero de la cultura española, elemento indispensable y fundante de la de aquél— los escritos de Vasconcelos alcanzaron una gran resonancia y apoyaron directa e indirectamente la labor de los filósofos españoles, pues su indigenismo no se volvió nunca contra los colonizadores. Como hombre culto y equilibrado sabía que la burguesía mexicana y su cultura no se explicaban sin España. Como diría Ortega, para salvarse se hacía necesario salvar las propias circunstancias:

> nosotros no seremos grandes mientras el español de la América no se sienta tan español como los hijos de España. Lo cual no impide que seamos distintos cada vez que sea necesario, pero sin apartarnos de la más alta misión común. Así es menester que procedamos, si hemos de lograr que la cultura ibérica acabe de dar todos sus frutos, si hemos de impedir que en la América triunfe sin oposición la cultura sajona. Inútil es imaginar otras soluciones. La civilización no se improvisa ni se truca [...] Por eso resulta tan torpe hacer comenzar nuestro patriotismo con el grito de independencia del padre Hidalgo, o con la conspiración de Quito, o con las hazañas de Bolívar [...] si nuestro patriotismo no se identifica con las

[50] Ibíd., pp. 68-69.

> diversas etapas del viejo conflicto de latinos y sajones, jamás lograremos que sobrepase los caracteres de un regionalismo sin aliento universal [51].

Con la exuberante imaginación del hombre hispanoamericano, Vasconcelos discurre en términos de historia-ficción sobre el futuro de la raza del planeta, individuando, como ya había hecho Larroyo, en América, el lugar ideal para la raza superior ideal, gracias, entre otras cosas, al clima, a la exuberancia animal y vegetal y a otros factores acuñados por el razonamiento, tan interesante como febril, de Vasconcelos. En nombre de su moderado indigenismo, afirma que la raza americana de su época resultaba la mejor síntesis operada en la historia. Y en nombre, por otra parte, de su acendrado origen español, exclama: «sin embargo, aceptamos los ideales superiores del blanco», moderando su evidente racismo con frases como: «no aceptamos [del blanco] su arrogancia; queremos brindarle, lo mismo que a todas las gentes, una patria libre en la que encuentre hogar y refugio, pero no una prolongación de sus conquistas». La raza blanca se perfecciona en América porque los europeos, «descontentos de su materialismo y de la injusticia social en que ha caído su raza, la cuarta raza, vendrán a nosotros para ayudar en la conquista de la libertad» [52]. Desde el punto de vista estrictamente filosófico, José Vasconcelos ha defendido un esteticismo ontológico superior a los demás transcendentales clásicos del ser, pero en un sentido en que la belleza se confunde allá en la pirámide metafísica de los entes, con el mismo Dios. Formado en la tradición filosófica griega platónica y neoplatónica, y en la escatología y en el simbolismo pitagóricos, Vasconcelos concede importancia al ritmo y a la intuición emocional de la realidad por parte del hombre, terminando su filosofía en una especie de monismo estético, fusión de elementos clásicos y contemporáneos. Como resume Ferrater Mora, la estética de Vasconcelos no cuenta solamente con elementos plotinianos, sino que «ha introducido en sus conceptos la noción moderna de energía, que desempeña en su sistema un papel análogo al desempeñado en las antiguas concepciones emanantistas por la idea de substancia» [53].

[51] *La raza cósmica: misión de la raza iberoamericana* (1925) en *Obras Completas,* México, Libreros Mexicanos, 1958; pp. 903-942.

[52] Ibíd., p. 933.

[53] *Diccionario de Filosofía,* Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1975, vol. II, p. 877.

No quisiéramos forzar en demasía las analogías entre el pensamiento de Vasconcelos y algunos aspectos del de Ortega durante los años veinte y treinta. Existe en el mexicano una voluntad más clásica y más metafísica que en el español, no obstante *La deshumanización del arte* (1925), como derivación sistemática del más metafísico *El tema de nuestro tiempo* (1923), ponga en evidencia la importancia concedida por Ortega a la temática estética y su profunda relación con su concepción metafísica.

Espero que los pocos datos e ideas aportados en estas últimas líneas puedan servir para comprender que la llegada de los filósofos españoles a América, y más concretamente a México, coincidió con un ambiente propicio para acoger a los recién llegados. José Gaos, instalado en ciudad del México desde los primeros momentos, fue el primero en crear un grupo de alumnos, atraídos por la devoción del maestro a la enseñanza y a la investigación. Gaos se había forjado filosóficamente en la idea de abrir caminos, encauzar a otras mentes por las sendas de la investigación. La vocación formativa y didáctica creció en el espíritu de Gaos a la sombra de Ortega. Gaos no pretendió otra cosa en México que repetir la labor que su maestro había desempeñado en la capital de España. Gaos era aún demasiado joven cuando residía en Madrid para considerarse y, sobre todo, ejercer de maestro, especialmente si tenemos presente que ya estaban consagrados como tales Ortega, García Morente y Zubiri. En cambio, en Zaragoza, donde había ganado la cátedra y ejercido por breve tiempo antes de trasladarse a la Universidad Complutense, pudo sentir la emoción de conquistar y crear a su primer alumno, católico por cierto, Manuel Mindán Manero.

> Y en México —cuenta Gaos— he podido tener discípulos por la generosidad de México: los profesores mexicanos de esta Casa, con el inolvidable don Antonio Caso al frente, nos acogieron a los españoles en perfecto plan de igualdad; más aún, nos dieron la posibilidad de ser, por excepción, profesores de estudiantes encomendados a nosotros poco menos que exclusivamente, o lo más adecuadamente para que haya verdadera formación de un discípulo por un maestro. Tal fue el caso de Zea conmigo [54].

[54] *Confesiones profesionales, op. cit.*, p. 86.

Entre Gaos y su amigo mexicano se estableció una amistad entrañable que daría frutos inmejorables para la fusión de las filosofías hispánicas de las dos orillas del Atlántico. Desde el principio nació la simpatía y la confianza. Para Gaos

> Zea es la única persona de quien sé en el mundo que no haya fallado una sola vez en el cumplimiento de la faena convenida para cada semana o quincena durante dos años [55].

Gaos, como ya hemos dicho, emprendió un intenso trabajo de recuperación de la filosofía nacional hispanoamericana. Sin su presencia en la Universidad Nacional (UNAM) muy posiblemente los estudios de historia de la filosofía del país hospitante no hubieran alcanzado la importancia debida. En 1944, publicó *El pensamiento hispanoamericano* (ediciones del Colegio de México). Al año siguiente *Antología de la lengua española en la edad contemporánea* [56] y *Pensamiento de lengua española* [57] y, en fin, la importante antología *Pensamiento español* [58]. En 1952 apareció el magnífico volumen, pionero en su género y punto de partida de las futuras generaciones, *En torno a la filosofía mexicana* y dos años después *Filosofía mexicana de nuestros días* [59]. Compartimos el juicio de Raúl Cardiel Reyes cuando ha escrito que aunque «los logros de Gaos en el campo formal y estricto de la filosofía están aún bajo análisis y valoración, nadie puede regatearle los frutos más ricos y sazonados en su función de promotor de las ideas en México y Latinoamerica, en donde su impulso ha sido decisivo y vigoroso y ha creado una escuela cuyo ímpetu nadie podrá detener» [60]. A parte de Zea, que leyó su tesis doctoral sobre un tema de filosofía mexicana, otras muchas obras aparecieron en esos años dirigidas o impulsadas por Gaos: *La introducción de la filosofía moderna en México* de Bernabé Navarro, *La introducción de la filosofía moderna en España* de Olga Quiroz, *Los grandes momentos del indigenismo en México* de Luis Villoso, *Los periódicos mexicanos del si-*

[55] Ibíd., p. 87.

[56] Publicado por la famosa editorial Séneca creada por los exiliados españoles.

[57] Editorial Stylo.

[58] Publicado por la Secretaría de Educación Pública.

[59] Publicada la primera por la importante editorial Porrúa y la segunda por la Imprenta de la Universidad.

[60] «La filosofía» en *El exilio español en México 1939-82, op. cit.*, p. 221.

glo XVIII de Rafael Moreno, *Los orígenes de la conciencia liberal en México* de Francisco López Cámara, *Algunas aportaciones al estudio de Gamarra* de Victoria Junto, *Las mocedades de Ortega y Gasset* de Fernando Salmerón, *La filosofía de Antonio Caso,* de Rosa Krauze de Koltniuk, y *Del modernismo al liberalismo* de Raúl Cardiel Reyes [61].

Este grupo ha sido llamado por el mismo Gaos «Historiadores», incluyendo en el mismo a Manuel Cabrera, Justino Fernández y Edmundo O'Gorman; todos de la promoción de Leopoldo Zea, pero con una impronta filosófica alejada de la metodología y de los intereses más específicos de Gaos. Historiadores

> porque respondieron a la colaboración que solicité en materia de historia de las ideas en México [...] en dos direcciones: la filosofía mexicana original debía seguir haciéndose sobre un conocimiento cada vez más perfecto de la historia ideológica del país; la actualidad de la filosofía universal requería fomentar el ambiente favorable a la comprensión histórica de los productos de la cultura en general, de la filosofía en especial, y la mejor, si no la única, manera de fomentar tal ambiente, era, es, el cultivo de la Historia de las Ideas. A quienes se han destacado en la obra colectiva a que estoy refiriéndome quiero decirles que estoy seguro de que la par te que les corresponde persistirá en la historia de la cultura mexicana en la posición y con la duración de los sillares cimientos de vastos y altos edificios [62].

La segunda generación de discípulos, la que empezó a trabajar con Gaos, a partir de 1948, fue llamada la de los hiperiones, influenciados más por el existencialismo francés de J. P. Sartre que por el historicismo de Dilthey. Intentaron hacer filosofía de lo mexicano, a base de una investigación ontológica sobre la cultura mexicana, como dice R. Cardiel Reyes. La lista que nos proporciona es amplia: Emilio Uranga, Luis Villoso, Joaquín Sánchez MacGregor, Salvador Reyes Nevares, Ricardo Guerra, Fausto Vega y Jorge Portilla [63]. Para Gaos [64]

> los hiperiones tienen talento, mucho talento [...] pienso que alguno tiene incluso genio, sin que ello le impida tener además mal genio [...] pero no

[61] Autores y título recogidos por un discípulo de Gaos y autor del ya citado y espléndido capítulo «La filosofía» del vol. colectivo *El exilio español en México 1939-1982,* México, Fondo de Cultura Económica, 1982.

[62] *Confesiones profesionales, op. cit.,* p. 89.

[63] Ver el capítulo «La filosofía» de *El exilio español en México 1939-1982, op. cit.,* p. 222.

[64] *Confesiones profesionales, op. cit.,* p. 89.

> todos han trabajado hasta ahora, no ya igual, sino por igual, y todos tienen unas proclividades políticas que me hacen temer, no por ellos, sí por la obra intelectual que serían tan capaces, tan excepcionalmente capaces de llevar a cabo [...] [aunque] si entre ellos se encuentran las mayores posibilidades que tiene México de llegar a poseer más de un gran filósofo.

La generación más joven de discípulos fue denominada por Gaos la de los hegelianos. Menos brillantes, más difíciles, quizás con el propósito de reaccionar contra las generaciones precedentes. Su misión generacional ha consistido en lograr que la filosofía mexicana alcanzase la total normalidad en la historia del pensamiento universal. Sus nombres son legión y, gracias a ellos, la Universidad mexicana ha logrado, en cuanto a la filosofía, independencia de criterio y alcanzar el nivel de los tiempos. «En fin, discípulos de Gaos, aunque de una manera especial, fueron algunos distinguidos profesores de la Facultad de Filosofía y Letras como el filósofo neotomista Antonio Gómez Robledo, el historiador Edmundo O'Gorman y el historiador y crítico del arte Justino Fernández, quienes siguieron con mucho detenimiento los cursos de filosofía, especialmente los que dictó sobre Heidegger. Todos ellos han reconocido su influencia, no sólo en su formación, sino aun en la constitución de sus metodologías y en sus investigaciones mismas» [65].

No es exagerado afirmar que la obra de Gaos como maestro de investigadores mexicanos resulta incomparable a la del resto de sus connacionales exiliados. Gaos ayudó a romper el complejo de inferioridad a las nuevas generaciones de filósofos, revalorizando temas y argumentos no considerados hasta entonces como rigurosamente filosóficos. Gaos rompió, como dice Zea, con el estéril regateo de establecer estrechos e injustificados límites a la filosofía. Las nuevas generaciones de hiperiones y hegelianos no tuvieron ya miedo de construir una filosofía que, sin dejar de serlo, se ocupase de los problemas inmanentes y accidentales, pero también de los transcendentales del ser, por la identidad de lo mexicano, de lo hispanoamericano, y de la relación de ambos con lo español y con lo europeo [66]. Todo el impulso que Gaos ofreció a las jóvenes generaciones de fi-

[65] Raúl Cardiel: «La Filosofía» en *El exilio español en México 1939-1982, op. cit.*, p. 222.

[66] Ver entre las numerosas obras de Leopoldo Zea: *La filosofía de lo mexicano,* México, Nueva Imagen, 1984.

lósofos mexicanos no nació solamente del íntimo deseo de olvidar España y, al mismo tiempo, recrearse una patria y unas íntimas circunstancias profesionales, donde su papel no fuese indiferente para el conjunto de la filosofía mexicana. Todo ello influyó en Gaos como demuestra su deseo de transterrarse, de mexicanizarse, hasta el extremo de llegar a ser maestro de mexicanidad. Pero, además, aquel ejercicio de su profesión coincidía con sus ideas. «Por eso Gaos va a señalar que hay en Hispanoamérica una filosofía propia y original a la que llama pensamiento, un poco bajo el influjo de Dilthey cuando establece, según le gustaba repetir a Gaos, que hay dos formas de hacer filosofía: la filosofía rigurosa de acuerdo con el principio de no contradicción en una forma lógica de tratado, y una filosofía no rigurosa que no sigue el tratado, que no se escribe con una lógica coherente, que puede tener repeticiones, que prefiere el ensayo, que busca la forma bella de expresión y que recibe el nombre de pensamiento [...] su contribución [la de Gaos] está en encontrar una filosofía llamada pensamiento, en valorar esta filosofía llamada así y en señalar que esa es la contribución específica de Hispanoamérica a la filosofía universal» [67].

Ortega siempre en perspectiva, en el hontanar creador y en horizonte esperanzador, alfa y omega de una generación que las circunstancias históricas hubieran maltratado culturalmente, hasta desperdigar sus cenizas filosóficas en el infinito espacio de la América de lengua española, si no hubiera contado con algunos puntos de referencia sólidos: la Escuela de Madrid, la Escuela de Barcelona, el magisterio orgulloso y omnipresente de Ortega y, por supuesto, la aceptación por parte de América que acogió bien a nuestros filósofos, demostrando generosidad y hermandad; pero también reconocimiento a la España de los siglos de oro, aquella España que nuestros exiliados, equivocándose, creían cerrada con mil llaves como el sepulcro del Cid. En cambio no, permanecía abierta y —a pesar de los consabidos recuerdos negativos y las prepotencias e injusticias connaturales, desgraciadamente, a la conquista— prestigiosa, base común, germen de la futura España apenas unificada y germen, también, de la América apenas integrada al mundo occidental. España

[67] Antonio Monclús: «José Gaos y el significado del Transterrado» en el vol. II de *El pensamiento español contemporáneo y la idea de América, op. cit.*, p. 63.

no se trasladó a América después de siglos de unidad nacional, como los franceses e ingleses del siglo XX, lo hizo enseguida, apenas los diferentes reinos de la península ibérica se hallaron unidos. El descubrimiento de América resultó un elemento unificante para España aún más fuerte, si cabe, que sus Reyes Católicos. Quizás la singladura en una empresa común de la magnitud del entonces Nuevo Continente logró compactar a la joven nación más que el matrimonio de Isabel y Fernando, y los países del Nuevo Continente recibieron la savia y la fuerza de un pueblo en expansión, dispuesto a mandar pero también a compartir.

Todo ello lo sabían muy bien y lo repitieron en mil ocasiones los maestros-filósofos americanos, y lo demostraron acogiendo en igualdad de condiciones a sus colegas españoles. Pensaron que, quizás, después de más de un siglo y medio de historia independiente y una vez que se hubiese asentado la diversidad y la libertad —como principio fundante del diálogo— las dos ramas del mismo tronco conseguirían, ahora de nuevo juntas, recrear un pensamiento original en lengua española. Recreación y redescubrimiento de América y de España, recíprocamente, por españoles y americanos. Ya lo había madurado años antes, José Vasconcelos, el gran maestro mexicano, cuando escribió con un sentido de la hispanidad capaz de dar envidia a Maeztu y García Morente [68] que

> se perdió la malla de las batallas el día en que cada una de las repúblicas ibéricas se lanzó a hacer vida propia, vida desligada de sus hermanos (concertando tratados y recibiendo beneficios falsos), sin atender a los intereses comunes de la raza. Los creadores de nuestro nacionalismo fueron, sin saberlo, los mejores aliados del sajón, nuestro rival en la posesión del continente. El despliegue de nuestras veinte banderas en la Unión panamericana de Washington deberíamos verlo como una burla de enemigos hábiles. Sin embargo, nos ufanamos cada uno de nuestro humilde trapo, que dice ilusión vana, y ni siquiera nos ruboriza el hecho de nuestra discordia delante de la fuerte unión norteamericana [...] una creencia de pensamiento creador y un exceso de afán crítico, que por cierto tomamos prestado de otras culturas, nos lleva a discusiones estériles, en las que tan pronto se niega como se afirma la comunidad de nuestras aspiraciones [69].

[68] Nos referimos, sobre todo, a las exposiciones de Ramiro de Maeztu (1874-1936): *Defensa de la hispanidad* (1934) y de Manuel García Morente: *La idea de la hispanidad* (1941).

[69] *La raza cósmica,* ahora en la antología preparada por Gracia y Jaksic, *Filosofía e identidad cultural en América Latina, op. cit.,* p. 74.

Gaos fue maestro de jóvenes mexicanos y de jóvenes españoles llegados a América con el éxodo y con las carreras apenas iniciadas o, incluso, en trance de finalizar el bachillerato. Conocieron las ideas orteguianas en las clases de sus discípulos exiliados y, reconocieron, con ellos, su papel. Ortega, pues, maestro de maestros, todavía hoy guía, brújula y orgullo del pensamiento filosófico en lengua española. Lo demuestra, entre tantas publicaciones, el valioso volumen dedicado al maestro de maestros por un grupo de entonces —durante los primeros amos del exilio— jóvenes alumnos, mexicanos y españoles y hoy afirmados profesores y profesionales del pensamiento. Me refiero al libro *José Ortega y Gasset* [70] a cargo de Alejandro Rossi, Fernando Salmerón, Luis Villoro y Ramón Xirau. Como reza la cubierta. «José Ortega y Gasset simbolizó la posibilidad de hacer filosofía en lengua castellana a la altura exigente de los tiempos». Los cuatro ensayos de dicho volumen, publicado en 1983 en coincidencia del aniversario de Ortega, están dedicados a José Gaos, «en recuerdo de aquellos años de formación, los autores han convenido en dedicar el libro a un discípulo de Ortega, que fue también maestro de todos ellos».

Alejandro Rossi subraya la pobreza de la filosofía española antes de Ortega: una escolástica mortecina y un krausismo gaseoso y más pedagógico que teórico. Afirmación fundamental contra la historiografía de los últimos decenios, deseosa de inventar una tradición progresista en el siglo XIX, a costa de ensalzar excesivamente la filosofía de Sanz del Río. Afirmación acentuada por Ortega [71] y por los más recientes estudios [72]. A Rossi no le merecen mayor consideración los filósofos católicos, exceptuando dos gloriosas individualidades: Juan Zaragüeta y José María Gallegos Rocafull. El primero, sacerdote y catedrático, compartió con la Escuela de Madrid la misma facultad y las mismas simpatías humanas; el segundo, como veremos, pertenece al grupo de los filósofos exiliados de extracción decidida-

[70] Publicado en México por el Fondo de Cultura Económica en 1984.

[71] En mi volumen *Ortega y la Edad de Plata de la Literatura española,* Roma, Bulzoni, 1991 he intentado demostrar la poca consideración que a Ortega le merecía el krausismo y, por tanto, la imposibilidad de colocar a ambos en la misma cadena del pensamiento laico liberal de la España contemporánea.

[72] Por ejemplo, el de Enrique Menéndez Ureña, José Luis Fernández Fernández y Johames Seidel: *El «Ideal de la Humanidad» de Sanz del Río y su original alemán,* Madrid, Universidad Pontificia de Comillas, 1992.

mente cristiana y de formación, en parte, escolástica; Rossi explica las causas intrínsecas y extrínsecas a la filosofía orteguiana que le procuraron y le procuran interpretaciones tan dispares y opuestas. Sí, alguna razón habían tenido en denunciar ese estilo a veces periodístico, otras socrático, siempre embaucador, con temáticas, en ocasiones, aparentemente, al menos, tan alejadas de la filosofía: sin embargo, Rossi constata un hecho fundamental para demostrar que, a pesar de todos los pesares, sólo a partir de Ortega, la filosofía española se encauzó por los caminos del tecnicismo y de la altura de los tiempos: «nótese que los discípulos filosóficos no cultivaron aficiones literarias ni tuvieron, digamos, vanidades estilísticas. La prosa de ellos —me voy a referir a los dos más importantes, Xavier Zubiri y José Gaos— sólo aspira a la exposición expositiva [...] ninguno de los dos, por otra parte, pretendió escribir (salvo quizás en la intimidad, que es donde aceptamos nuestra otra casa) sobre temas que no fueran filosóficos [...] ellos practicaron el *genus dicendi* que Ortega había traído de Alemania, el sistemático y tratadista, lo que se consideraba la prosa filosófica científica» [73].

Es verdad, como escribe Rossi, que Ortega practicó poco el *genus dicendi* pero, no cabe duda, logró inculcarlo a sus discípulos y con ellos a la filosofía española posterior a su muerte y a su magisterio.

Fernando Salmerón, licenciado por la Universidad de Veracruz, llegó a la UNAM diez años después de Gaos, en 1948, cumplidos apenas los veinticinco años. Beneficiándose como L. Zea, de una beca concedida por el Colegio de México, trabajó con Gaos y por consejo del español marchó a Friburgo para conocer, como lo había hecho antes el maestro, la filosofía alemana en sus fuentes. Todo ello le permitió afirmarse en México y dictar cursos en universidades americanas y europeas. Siguiendo los consejos y las enseñanzas de Gaos dedicó un volumen a los estudios de la filosofía patria contemporánea, *La filosofía en México* (1978). Mucho antes había publicado *Las mocedades de Ortega y Gasset* (1952) [74]. Director del Instituto de Investigaciones Filosóficas de la UNAM desde 1966 a 1978, colabo-

[73] Véase el ensayo «Lenguaje y filosofía en Ortega», en *Ortega y Gasset, op. cit.*, pp. 24-25.

[74] Con ediciones posteriores en 1971 y 1983.

ró con Gaos hasta el final y glorificó su memoria encargándose de la edición de algunas obras póstumas de su maestro. Este discipulado lo ejerció con participación emotiva hasta el punto de cumplir, en nombre de Gaos, una promesa mantenida con Ortega. Lo cuenta él mismo: «hace casi treinta años, bajo la dirección de mi maestro José Gaos, escribí un libro sobre Ortega y Gasset que no apareció publicado hasta 1959. Con aquel trabajo contribuí, siquiera parcialmente, al cumplimiento de una promesa que Gaos había hecho a su maestro Ortega, durante sus años de relación en Madrid» [75].

Quizás los defectos atribuidos a Ortega de falta de sistema, de expresiones equívocas, etc., han servido para que su semilla filosófica fructificase en varias direcciones. Laicos, católicos y marxistas han reconocido en sus respectivas obras una deuda permanente que a pesar de las evoluciones personales, ha sabido recorrer caminos divergentes gracias, probablemente, a la falta de imposiciones doctrinales o metodológicas, pero unidas en la impronta de un talante, de una vocación y de la voluntad de no perder el tren de la historia, la altura filosófica del tiempo que les correspondió vivir.

No sólo Gaos formó escuela en México. El grupo más consistente de los filósofos españoles residió en este país y enseñaron en sus universidades, pero no todos ejercieron un largo magisterio, sea porque murieron pronto como Jaime Serra Hunter y Joaquín Xirau, sea porque, después de algún tiempo, fueron invitados por las universidades de otros países como García Bacca, Roura Parella o Imaz. También fueron profesores de la UNAM José Medina Echevarría, Luis Recasens Siches y José Gallegos Rocafull. De todos Eduardo Nicol ha sido gracias a su longevidad quien ha mantenido una presencia más larga. Una de sus discípulos, Juliana González, ha dado a conocer en importantes síntesis las tesis de su maestro. Habría, en fin, que incluir entre los filósofos españoles en México a Adolfo Sánchez Vázquez y Ramón Xirau, llegados al país americano a muy joven edad, tanto que se pueden considerar, en cierto modo, mexicanos.

En Venezuela, en la Universidad Central, enseñó durante muchos años, llegando a ser director del Departamento de Filosofía, Manuel Granell Muñiz, orteguiano convencido. Pero sobre todo la

[75] «El socialismo del joven Ortega» en *Ortega y Gasset, op. cit.*, p. 113.

figura clave de los filósofos españoles en Venezuela corresponde a Juan David García Bacca. Todavía hoy algunos de los profesores de la Facultad de Humanidades y, en particular, los integrantes del Departamento de Filosofía de la Ciencia consideran al español la figura más importante y al filósofo más rico y preparado de cuantos han pasado por dicha facultad. Entre sus decanos, a parte de García Bacca, se cuenta otro filósofo exiliado, Domingo Casanovas. Dictaron cursos, también, Bartolomé Oliver, Lorenzo Luzuriaga, Eugenio Imaz, José Gaos, Juan Roura Parella y Pérez Enciso. Entre los jóvenes merecen especial mención Federico Ríu y Juan Antonio Nuño; el primero nació en 1925, el segundo en 1927; ambos alumnos de García Bacca, no obstante con el pasar de los años madurasen diferencias considerables.

Los Estados Unidos se convirtieron con el tiempo en un lugar privilegiado para la didáctica y la investigación de algunos de nuestros filósofos. En momentos diferentes llegaron Antonio Sánchez Barbudo, Juan José López Morillas, pero sobre todo Juan Roura Parella que, a partir de 1945, se trasladó a la Wesleyan University y, naturalmente, José Ferrater Mora, que hasta su muerte en 1991 y desde 1948 formó parte de la plantilla del Bryan Mawer College de Pensilvania. Catedrático de filosofía y más tarde director del departamento ha dejado una huella imborrable en centenares de alumnos, hoy día profesores de filosofía en numerosas universidades de Norteamérica.

Recuperación del patrimonio filosófico nacional

A José Gaos se le ha considerado, y con razón, como el mayor impulsor de los estudios sobre las filosofías nacionales de los países de lengua española. Pero no fue el único. Al contrario, se puede afirmar que tal compromiso y tal voluntad resultó factor común, característica unitaria para la mayoría de nuestros filósofos exiliados.

Eduardo Nicol, fundador de las revistas *Filosofía y Letras* y *Dianoia,* concedió amplio espacio a los estudios de filosofía mexicana. Su obra *El problema de la filosofía hispánica* (1961) la consideramos la obra de más amplio alcance sobre los caracteres del pensamiento de lengua española. El capítulo *La situación de Hispanoamérica* es la

aportación teórica más completa acerca de la existencia y posibilidades de la filosofía en el Nuevo Mundo. Divide su historia en tres etapas: «las dos primeras se caracterizan por la ideología, y en ellas predominan, respectivamente, el *ethos* de la independencia y el *ethos* de la revolución. La tercera etapa se caracteriza por la progresiva incorporación de la filosofía a la episteme» [76]. Es en este período cuando fructifica científicamente la filosofía. En la etapa colonial no existe el hecho diferencial del pensamiento hispanoamericano en relación al español. Existe una filosofía, sobre todo la escolástica, que no conoce diferencias, porque se construye en términos extraños a la política. El problema nace cuando los impulsos de independencia de la metrópoli exigen una identidad que, en muchos casos, resultó prematura, pues

> Sucede con los pueblos lo mismo que con los adolescentes: el afán de liberarse de tutelas se manifiesta, a veces, con violencia reactiva, antes de que la personalidad se haya formado y pueda dar pruebas de sus capacidades de autonomía [...] la anticipación de los derechos no resuelve las crisis, sino que las acentúa. La independencia no es una solución, sino un problema [...] la libertad se reclama en nombre de un ser que sólo puede formarse con propiedad después de haberla obtenido. Y es que en los pueblos, lo mismo que en los individuos, el ser no se tiene sino que deviene. Ya lo había dicho Hegel: «Lo que se es depende de lo que se hace».

Nicol insiste en el hecho de que no pudo constituirse una filosofía nacional en los actuales países del continente americano por el simple hecho de que las naciones todavía no se habían constituido:

> la lucha política no fue nacional. No se enfrentaban una nación dominante y unas naciones que reclamaran su emancipación. Si no estaban constituidas estas naciones, ¿podía reclamarse como tales su libertad? [...] la búsqueda del ser propio comienza justamente después de haber logrado la propiedad política de este ser, y todavía continúa [...] porque las barreras, las fronteras, las creó naturalmente la independencia [...] la base política de la comunidad americana que existía en la época llamada colonial quedó destruida por la independencia, y no ha sido restaurada todavía de manera efectiva. Subsistía y subsiste la comunidad humana (precisamente por sus caracteres hispanoamericanos) y por ello se mantu-

[76] *El problema de la filosofía hispánica,* Madrid, Tecnos, 1961; p. 33.

> vo y se ha venido manteniendo en este nivel humano, espiritual, el sentido de una solidaridad entre los hombres de Hispanoamérica, sean del país que sea, y aun cuando sus países respectivos se encuentren en discordia o en estado de guerra [77].

Para entender el paralelismo y las diferencias de la filosofía de lengua española en Europa y en América es necesario, según Nicol, superar el carácter mítico y falso que se ha concedido al 98, y la oposición entre colonos y colonizados. No existían dos culturas diferentes, sino el natural proceso político de independencia. Cuba, en sentido estricto, no fue sentida por España como una colonia, como algo extraño a su ser y a su historia como nación. Con la independencia se rompió la comunidad política, pero no aquella otra más sustancial, intrahistórica, que significa pertenecer y ser una misma cultura. América no fue posesión, colonia, como lo fueron los Países Bajos. Y ello lo entendieron bien nuestros intelectuales modernistas que, al contrario de cuanto ha repetido buena parte de la historiografía, no manifestaron ni pena ni desgarros por la pérdida de Cuba:

> La independencia no destruyó la base de los valores tradicionales en que se había asentado la vida durante el periodo colonial. Quiero decir —continúa Nicol— que, al constituirse políticamente las nuevas naciones, no se elaboró también una nueva idea del hombre [...] Algunos meditaron sobre el tema, pero la realidad social y la práctica política iban a la zaga de las ideas. El espíritu de modernidad, representado por esas filosofías e ideologías de Europa que venían suplantando a la escolástica, no produjo efectos vitales sino en sus minorías. La sociedad como tal no sufrió transformaciones, ni en su estructura ni en sus usos y costumbres. En suma: la Independencia no llegó a ser una Revolución [78].

Resumiendo, la liberación política, querida y lograda por la burguesía hispanoamericana, no alteró la identidad cultural. Al contrario, el proceso de independencia política y la progresiva delimitación de fronteras entre los numerosos Estados debería incrementar el fondo común, liberado ya de intereses económicos y de poder.

Cuando el siglo XX arrastra en la modernidad —o mejor dicho, en la última contemporaneidad— a Hispanoamérica, su sociedad y

[77] Ibíd., pp. 37-9.
[78] Ibíd., p. 45.

su cultura estaban ya preparadas, después de tantos siglos de comunidad con Europa, a entrar con más o menos normalidad en el progreso general de la historia universal.

El historicismo cristiano de Nicol le lleva a interpretar el último siglo en clave positiva. El proceso de transformación que América ha sufrido y querido, la salva del existencialismo pesimista que ha invadido el viejo continente. A pesar de todos los transtornos y dificultades, el tono vital es muy alto y la ambición de futuro es la nota dominante. Se necesita ahora acelerar ciertos procesos. «Hay que evitar que en la velocidad de la marcha se pierda el norte». Con respecto a la filosofía, Nicol, siempre enemigo del existencialismo —producto del período europeo de entreguerras (I y II Guerras Mundiales) y contrario, en este caso, al orteguismo ensimismado, presuntamente aislado por creer que España había perdido el contacto con el resto de la comunidad de lengua castellana—, decía que Nicol está convencido de que América se incorporará totalmente a la cultura universal, a la Europa occidental, pero con menos negatividad y pesimismo existencial. Pues, cuando el afán de ser distinto ha penetrado incluso en la filosofía, «acaso no se ha advertido que en ella la única manera de distinguirse consiste en ser igual que los demás» [79].

La filosofía no es biografía, surge siempre en circunstancias espacio-temporales, pero no se detiene en ellas, porque forma parte de la comunidad internacional que, desde Tales hasta el presente, la ha considerado como una ciencia, con contenidos y con métodos, y no un saber de salvación enjaulado en y para la política, en la raza y en los diferentes intereses que conducen, forzando tantas veces la realidad, a la identificación des-universalizadora.

Las ideas de Nicol dieron menos impulso que las de Gaos a la formación de las filosofías nacionales, pero su modo de afrontar la filosofía ayudó a disipar utopías y a encauzar el pensamiento americano por el camino del saber perenne. Obras como *Historicismo y existencialismo* [80] pusieron las bases teóricas para una fundamentación metafísica del ser hispanoamericano, y contribuyeron a crear

[79] Ibíd., p. 69.

[80] Usamos la edición de Tecnos, Madrid, 1960. La primera había sido publicada seis años antes.

una filosofía en lengua española enraizada en la europea y segura de su propio futuro por encima de inútiles provincialismos.

La personalidad de José M.ª Gallegos Rocafull (1899-1963), una de las menos estudiadas y paradójicamente más ricas, contribuyó también a los estudios de la filosofía hispanoamericana. Canónigo de la catedral de Granada, con una espléndida formación escolástica y contemporánea, se puso decididamente al lado de la República durante la Guerra Civil. Desde su sacerdocio y desde su fe cristiana, mantenida más allá de las circunstancias políticas y de los fuertes contrastes con la jerarquía, demostró con su vida y con su obra que el catolicismo no implicó partidos ni bandos. Su figura resulta hoy faro luminoso contra todos aquellos que han querido unir en modo sustancial-automático catolicismo y franquismo. Suspendido *a divinis,* ayudó como sacerdote en la parroquia de la Coronación de la capital mexicana. Su obra es ejemplo de dedicación a la explicitación y consolidación de la cultura católica en América y esfuerzo constante para entroncar la filosofía mexicana con la mejor tradición de la escolástica española. En este sentido, su obra capital la publicó en 1951, *El pensamiento mexicano en los siglos XVI y XVII.* Como resume R. Cardiel «el vol. estudia las corrientes filosóficas que formaron la Colonia; los renacentistas con Francisco de Cervantes de Salazar y su humanismo práctico; Vasco de Quiroga y su humanismo benéfico y utópico; Fray Juan de Zumárraga, el erasmismo y la religiosidad renacentista; así como las renovaciones teológicas de Fray Alonso de Veracruz y don Pedro de Ortigosa y la filosofía escolástica propiamente dicha, representada además de los anteriores por el padre Antonio Rubio, Tomás Mercado, Diego Marín de Alcázar y algunos otros insignes escritores, que cierran el siglo XVII, como don Carlos de Sigüenza y Góngora y sor Juana Inés de la Cruz» [81]. Como escribe Elsa Cecilia Frost en un magnífico ensayo, «Los filósofos en la UNAM» [82], Gallegos Rocafull ha dejado una obra insuperable que afrontó «la doble problemática de la transculturalización. Por una parte, esa nueva teología que intentó encontrar una solución cristiana a cuestiones que la escolástica jamás se había

[81] *La filosofía,* en *El exilio español en México 1939-1982, op. cit.,* pp. 229-230.

[82] El ensayo forma parte del volumen *El pensamiento español contemporáneo y la idea de América,* vol. I, *op. cit.,* p. 220.

planteado: la naturaleza del indio, el modo de realizar la evangelización, la licitud de la conquista y otros más emparentados con ellos y que llevaron a los teólogos españoles a producir sus mejores obras. Por la otra, el proceso de transformación que las grandes corrientes del pensamiento europeo sufrieron al ser enfrentadas a una realidad diferente».

Si desde México pasamos a Venezuela verificaremos el compromiso gustoso de los filósofos exiliados por revalorizar las filosofías nacionales de los países hospitantes. Juan David García Bacca, dedicado en especial modo a problemas de filosofía del lenguaje y filosofía de la ciencia, representa, quizás, el caso más significativo de cuanto estamos intentando demostrar. En 1951 publicó *La filosofía en Venezuela desde el siglo XVII al XIX* [83], *Antología del pensamiento filosófico venezolano* [84], *Simón Rodríguez. Pensador para América* (1978) y numerosos artículos [85].

Redescubrimiento de América y de la hispanidad

Ya hemos visto que la positiva acogida de los gobiernos hispanoamericanos ayudó a los filósofos españoles. El común antipositivismo sirvió como comprensión recíproca del paralelismo cultural. Pero el exilio, además, representó un hecho desbordante, casi un segundo descubrimiento, pero con menos fricciones y con la conciencia de poseer idénticas tradiciones. Se produjo una prodigiosa incorporación de los españoles a la historia de la filosofía hispanoamericana. España y América otra vez unidas en la empresa común de la cultura; desligadas ahora de las trabas de la política y de las luchas entre las respectivas burguesías

[83] Posteriormente recogido en el volumen *Autobiografía intelectual y otros ensayos,* Caracas, Universidad Central, 1983.

[84] Tres volúmenes publicados en Caracas por el Ministerio de Educación 1954-1964.

[85] Entre ellos destacamos: «Filosofía de la gramática y gramática universal según Andrés Bello», *Revista Nacional de Cultura,* Caracas, 1947; n. 65, pp. 7-23; «Teoría filosófica del lenguaje en Bello y en la semiótica moderna», *Cultura Universitaria,* Caracas, 1950; n. 80, pp. 45-56; «Historia inédita de las ideas de Venezuela» *Cruz del Sur,* Caracas, 1953; n. 9, pp. 45 y ss. Otros trabajos versaron sobre personalidades filosóficas venezolanas poco valorizadas hasta entonces como Alfonso Briceño, Solorzano y Tovar, A. Quevedo Villegas, T. Valero, A. Navarrete y un largo etcétera.

> Estos pensadores —escribe E. Nicol— han prestado a España el servicio que consiste en servir a Hispanoamérica como a su tierra de origen; tal vez, en algunos casos, con mayor empeño y desinterés [...] Aparte de esto, el servicio consistió en una especie de nuevo descubrimiento de América, en el cual, por lo que se refiere a la filosofía, lo que predominaba era un cierto rubor por el retraso del hallazgo y un cierto júbilo en separar la culpa que pudo haber en la ignorancia anterior. Ya no puede decirse desde ahora que España ignora la filosofía hispanoamericana [86].

La independencia liberó a América de España, pero también a España de América. La sustrajo a un compromiso demasiado fuerte al alejarla de sí misma, al impedirle, en parte, tomar conciencia de su propia identidad. En el siglo XIX, con lentitud y con poco éxito, España se mira para hallar su ser, demasiado desperdigado hasta entonces a causa de la común historia con otros países. Por su parte, las naciones americanas vivieron al mismo tiempo la independencia política y la soledad cultural. Estos años, un siglo aproximadamente —desde la década de los 20 del siglo XIX hasta la década de los 30 del siglo XX— sirvieron a América y España para meditar y para olvidar, a la vez que asimilaban la nueva realidad, el período colonial en términos de dominados y dominadores. Por eso, ahora, a partir de 1940, es llegado el tiempo para restablecer

> la íntima comunicación y convertir el llamado Imperio en una amfictionía, para obtener todo el provecho de aquel convenio tácito; es decir, para institucionalizar la hispanidad que de hecho se había generado en el nivel vital, humano [87].

España, aislada de América, empezó a preguntarse por ella misma, por su ser, por su historia, por las esencias que permanecen en parte, y en parte se alteran, se transforman al contacto con nuevos episodios. Esta España termina por ensimismarse durante la segunda mitad del XIX, por rebelarse contra sí misma en el 98 recayendo, en parte, en nuevos tradicionalismos; más exagerados, si cabe, que en el pasado, pero menos naturales. Casticismo como afirmación desesperada de lo que ha sido y no es: amarrarse a un tiempo pre-

[86] *El problema de la filosofía hispánica, op. cit.*, p. 112.
[87] Ibíd., p. 114.

suntamente mejor; obsesión por aferrarse a esencias no actualizadas; reafirmación orgullosa ante realidades empobrecidas.

América vivió el sueño de identificar la libertad política con la cultural, de confundir el nacionalismo adquirido con el hallazgo de la esencia patria, olvidando que los pueblos no nacen ni se constituyen por voluntad de unos pocos durante un escaso período de tiempo. Muchos intelectuales vivieron la utopía de creer haber conquistado la libertad esencial, despreciando la cultura española, que era la suya, y programando, sin bases, nuevos edificios ideológico-políticos, como el despistado albañil que construye bellamente el techo de su casa sin caer en la cuenta de que no plantó los cimientos.

España sin América sintió la soledad de haber perdido a sí misma, y entonces, ¡momento mágico!, los modernistas miraron a Europa como futura ancla de salvación y como ideal de futuro. Dos filosofías de la historia se contrapusieron: la España del pasado imperial unida a América y la otra, la España, sola y rejuvenecida, que imitaba a Europa. Durante un cierto tiempo —más o menos desde las postrimerías lastimeras del XIX, con un regeneracionismo esperanzador e infantil, hasta aproximadamente los años de 1914-1920, con una nueva generación guiada por el rigor científico— se titubeó entre europeizar España o españolizar Europa. Hubo pasos hacia adelante y hacia atrás, y otros que iban en ambas direcciones o cambiaban la brújula con excesiva rapidez. Fueron realidades el retraimiento y el deseo del hecho diferencial ante un mundo que acusaba a España de tenaz imperialismo y de espíritu de cruzada permanente. Complejo ante las viejas colonias y ante el mundo anglosajón que las había ayudado mientras, paradójicamente, se expandía Inglaterra por todos los continentes. Complejo ante los nacionalismos caseros, el catalán y el vasco, que pretendían la independencia, afirmaban su identidad y lanzaban el dedo acusatorio ante el Estado español, que por siglos había subyugado e impuesto criterios. Complejo, en fin, ante una historiografía francesa que empezaba a acariciar la denominación de Latinoamérica, borrando la de Hispanoamérica.

No es de extrañar que la intelectualidad española de primeros de siglo se comportase ante el problema americano y ante el de la propia identidad nacional como un bailarín borracho y perplejo, acusado de haber impuesto un tipo de baile durante siglos y, que ahora, solo y desprestigiado, verificaba que el tipo de danza no ha-

bía gustado ni a propios ni a extraños. A causa de tal soledad, esa intelectualidad tuvo que recurrir a lo que le quedaba y preguntarse si el viejo maestro de baile estaba dispuesto a aplaudir al menos a sí mismo y a los pocos espectadores aún fieles, sin saber si tal actitud respondía a convencimiento o a inercia. Al bailarín le dijeron que era castellano y, como tal, afirmó la castellanidad, incluso cuando no hubiese nacido en tal lugar. Así se explican primero los Azorines, luego los Machado, los Unamunos, etc. Después descubrió que tales sentimientos de querer y haber sido alguien eran compartidos desde otros lugares. Y así, con otros muchos, llegaron los Jiménez a Madrid, precisando que pertenecían a un tipo de baile análogo, es decir, idéntico y al mismo tiempo diverso al castellano, pero partícipe y concreador de la misma tradición, de una escuela de ser que, sin dejar de homologarse en un pasado común, ambicionaba cambiar ritmo, futuro e ideales. Fue entonces cuando el bailarín y sus amigos se pusieron a mirar a Europa, nuevamente ensimismados por reprocharse el hecho de no haberlo hecho antes. Hasta que uno entre los recién llegados, joven, inteligente y seguro de sí mismo, logró hacerse escuchar. El nuevo maestro de danza atrajo y entusiasmó: no bastaba, les dijo a los modernistas, con cantar las delicias de las novedades europeas y, al mismo tiempo, adaptar a ellas las propias. No basta, le dijo al viejo bailarín que se había quedado solo, con exaltar el pasado por el pasado y recrear así una música castiza. Se había quedado solo por no seguir los pasos de sus compañeros de continente, Francia, Inglaterra y, sobre todo, Alemania. Tales perspectivas llenaron de nuevo la sala y la vieja escuela, España —o lo que había quedado de ella— se puso de nuevo en marcha y, enaltecidos por la música del pasado y por la que llegaba novedosa de Europa, se pusieron todos a danzar en modo admirable, creando una nueva escuela, no ya de Oro como en el pasado, pero sí de Plata.

> Hubo algunos —explica Nicol— para quienes la soledad de España parecía un suceso favorable, como si acrecentara las reservas disponibles —cosa que sin duda ocurrió— y ampliara su eficacia al restringir su campo. ¿Estamos solos? Pues vamos a ver lo que somos y lo que podemos hacer. Entre los más animosos estaba Ortega. No estaba él sólo, pero entre él y entre otros fue posible que la pérdida de América produjese un redescubrimiento de Europa [88].

[88] Ibíd., p. 116.

La nueva lección, la orteguiana, fue escuchada y aprendida en parte. Más aún, pocos años después se pretendió más: dar un juicio sobre la danza europea; dar una interpretación española de Europa. Las vanguardias literarias y artísticas siguieron, decididas, las nuevas indicaciones provenientes de allende los Pirineos. La cultura literaria del viejo continente consideró los mismos metros y escribió siguiendo poéticas análogas. Algo muy similar ocurrió también en otros campos del saber. Por eso Ortega pudo decir en 1925, en *La deshumanización del arte,* que

> El arte nuevo es un hecho universal [léase Europa más Estados Unidos]. Desde hace veinte años, los jóvenes más alerta de dos generaciones sucesivas —en París, en Berlín, en Londres, Nueva York, Roma, Madrid— se han encontrado sorprendidos por el hecho ineluctable de que el arte tradicional no les interesaba [89].

El arte ha seguido el modelo de las ciencias y de la técnica: «la poesía es hoy el álgebra superior de las metáforas». Haciendo así el arte se deshumaniza y se universaliza al mismo tiempo. La poesía, lo humano, pierde contacto con la realidad, se abstractiza, se iguala y rompe las fronteras de lo nacional; es decir, se coloca en las antípodas del casticismo. Para Ortega son muy semejantes, por haber seguido los mismos metros poéticos, el arte de Proust, Gómez de la Serna o Joyce [90].

En esa dirección, en la europea, España siguió una trayectoria rentable. El arte español ofreció magníficos frutos. Demostró que podía hacer ese tipo de cultura y, además, hacerla bien: Ortega, Zubiri, Lorca, Aleixandre, Picasso, son algunas de las muestras más conocidas de la reincorporación de España a Europa. Sin embargo, estas décadas prodigiosas que se concluyen con la Guerra Civil habían perdido, en tal aventura, a pesar de sus resultados espectaculares, uno de los elementos esenciales de su propio ser. Porque España fue plenamente tal cuando miró al mismo tiempo y con igual entusiasmo a Europa y América. En esta bipolaridad consiste su esencia, la de ser un país que se ha hecho en la histo-

[89] *Obras Completas,* vol. III, Madrid, Alianza-Revista de Occidente, 1983, p. 359.
[90] *La Deshumanización del Arte,* ibíd., p. 374.

ria con las naciones de su continente, pero que ha dado lo mejor y lo peor de sí en América. Por eso Nicol ha podido escribir

> No era posible entonces, no es posible hoy que España resuelva la alternativa con la elección de uno solo de sus términos. Para ser auténticamente lo que es, ha de aceptar e integrar a los dos, y se encuentra para hacerlo en una posición que no comparte ningún otro país, ni de Europa ni de América [91].

Las líneas que siguen del texto citado sorprenden —sorprenderán— a todos los que hemos estudiado el concepto de hispanidad como intrínseco a la ideología de la derecha española reaccionaria. Por eso sorprende que hayan sido los europeístas de los años 20 y 30, anticasticistas y jueces poco benévolos de la hispanidad a lo Maeztu o a lo Morente, los que, apenas llegados a América y comprendido su realidad, defendieran que el ser de España se realiza, en el tiempo, en América, y con ella forma la realidad incuestionable de la hispanidad [92].

Desde la nueva perspectiva del exilio nuestros filósofos de la Edad de Plata de la cultura española comprendieron, sí, que aquellos mágicos años 20 y 30 estaban incompletos, porque en su ensimismamiento europeo habían perdido América. Por eso el exilio revela, por supuesto, ruptura cultural, interrupción de aquel brillante proceso, y desgarros colectivos e individuales irreparables, pero también significa el completamiento de la Edad de Plata, el redescubrimiento y recuperación de América y, en fin, la posibilidad también humana de que intelectuales, y no, de las dos orillas de lengua española del Atlántico descubrieran los fuertes lazos culturales y biológicos que posibilitaron la convivencia:

> Todo lo cual —prosigue Nicol en esas líneas anunciadas antes— revela que la ideología ensimismada, aun la europeizante y de signo positivo, no cumplía bien su misión cuando se volvía de espaldas a América por situarse de cara a Europa. Con esto reveló que no era suficientemente ensimismada, pues no alcanzaba a llegar hasta ese fondo del ser mismo que era la hispanidad [...] Dicho de otra manera: lo que debía eliminarse

[91] E. Nicol: *El problema de la filosofía hispánica, op. cit.*, p. 116-117.

[92] Estudié la admiración de Nicol por la obra de la España imperial en el nuevo continente en «El exilio español de 1936-39, como redescubrimiento de América en E. Nicol», ensayo del volumen *L'America tra reale e meraviglioso. Scopritori, cronisti, viaggiatori* (ed. de G. Bellini), Roma, Bulzoni, 1990.

> no era la perspectiva europea, sino alguna parte del propio ser que impedía adoptar plenamente la perspectiva europea e integrarla adecuadamente en la hispanoamericana [93].

José Gaos, miembro de la Agrupación al Servicio de la República y afiliado al PSOE, participó más que otros filósofos en favor de una España radicalmente opuesta a la tradicionalista y ortodoxa (o presuntamente tal) del pasado, especialmente cuando inició la guerra, al verse de rector en la capital del gobierno frentepopulista, si bien antes, hay que decirlo, hubiese ya elegido grupo político. Ante el presentimiento del conflicto, cuenta Gaos,

> pensé que era realmente mi deber incorporarme a la acción colectiva con que los hombres concurrimos a los designios de la historia [...] Entre los partidos españoles existentes y pugnantes por el cambio de régimen, me resolví por el socialista [...] Por otra parte, el partido [socialista] español podía pertenecerme fielmente sin jurar fidelidad a un marxismo al que yo no hubiera podido jurársela sin perjurio: Besteiro había definido oficialmente la ideología del partido como reducido a la tesis de que los problemas sociales eran susceptibles de investigación y resolución pura y estrictamente científicas; y el espíritu del socialismo en general había quedado explicado como un espíritu humanista, en un libro famoso en España, por Fernando de los Ríos, que fue mi padrino de ingreso en la agrupación de Zaragoza. En suma, a lo que más se parecía el partido español era al laborismo inglés [94].

No aceptó Gaos de buen grado las críticas de Ortega a la República en 1932 por considerarlas, por lo menos, prematuras:

> Por eso, cuando Ortega resolvió, para hacer posible la representación en Cortes de la Agrupación como tal, convertir ésta en partido, en contra de procesos solicitados, entre ellos el mío, abandoné la Agrupación y me quedé en mi partido [95].

Aquella intelectualidad de la que Gaos formaba parte pensaba en modo opuesto a la del grupo de Acción Española, encabezada por Maeztu. La acentuación por parte de la derecha española duran-

[93] *El problema de la filosofía hispánica, op. cit.*, p. 117.
[94] *Confesiones profesionales, op. cit.*, p. 102.
[95] Ibíd., p. 104.

te la II República de un españolismo exclusivista provocó reacciones contrarias. Por aquellos años el estalinismo no dejaba resquicios a las vías nacionales al marxismo. Ser socialista significaba defender Rusia y atacar España. Todo ello era verdad. No lo era, en cambio, el ataque de esa misma derecha contra liberales y demócratas, acusados indiscriminadamente de simpatizar con las logias masónicas. El argumento repetido después por el franquismo hasta la saciedad había sido blandido entonces por una derecha deseosa de esgrimir la hispanidad como arma de combate contra una izquierda internacionalista. De este modo, se creaba uno de los tantos mitos inventados por la política: la españolidad era sólo de derechas. La dialéctica política acentuó la distancia ideológica y en pocos años los Reyes Católicos, la España imperial, la España de siempre y eterna, se convertían en bandera de una facción, mientras que las negaciones o matizaciones de los Lepantos, San Quintines, Armadas Invencibles pasaban a la otra.

Como hemos dicho, algo, o mucho, de verdad hubo en todo ello. Los precedentes se perdían en las discusiones interminables entre conservadores y progresistas durante el siglo XIX e, incluso, entre ilustrados y tradicionalistas del XVIII. Se acusó al catolicismo o a la derecha, según los casos, de reaccionarios, absolutistas, inquisidores, verdugos de esclavos americanos —de los negros, en cambio, paradójico por verdadero, se habló menos—. Y como cuando estalló la guerra ambos conceptos —religión católica e ideología de derechas— aparecieron unidos en la concepción de la izquierda —o al menos de gran parte de ella—, todo intelectual que se preciase de ello no podía condividir un pasado católico imperial realizado bajo el yugo de la espada y de la cruz. La acusación tan infantil como canalla ha perdurado, y perdura, en ciertos ambientes de la cultura autollamada progresista.

Sin embargo, muchos de aquellos intelectuales que apoyaron por convencimiento ideológico o circunstancias geográficas a los gobiernos frentepopulistas no creían que el españolismo fuese privilegio de la derecha, pero ni siquiera de la derecha ideológica. Argumentaban, y con razón, que ya los krausistas y hegelianos del XIX habían hecho gala de un orgulloso nacionalismo, sin los atenuantes con los que la bobería acompaña en estos casos a los españolismos acentuados. Ya lo dijo Gaos:

> Los liberales de todos los pueblos hispánicos lo han sido siempre por patriotismo: por pensar, por sentir que a sus patrias sólo regímenes liberales pueden levantarlas de la caída desde la grandeza pasada o levantarlas hacia la grandeza futura inocente aún de toda caída [96].

Gaos, a pesar de su americanismo y de su ahínco en favor de la filosofía mexicana, participará de alguna manera del concepto de hispanidad y, sobre todo, del redescubrimiento de América y, a través de él, del de España:

> La grandeza mexicana acaba revelándose concebida como integrante de la española. Pero ésta es sólo parte, y pequeña, por el volumen y el valor, del objeto del pensamiento de la grandeza de España [...] Hay un pensamiento de la Colonia en estos países americanos de lengua española, pero que no es en conjunto y en definitiva más que una parte del de la grandeza de España. Ambos componen una unidad integrante y significativa de la unidad imperial, común a metrópoli y colonias [97].

Después llegó la decadencia de España, de las colonias y del pensamiento que acompañó y acongojó sobre todo a la primera. Pero Gaos, casi por sorpresa, se descuelga con la afirmación de que «las colonias se adelantaron a la metrópoli en la curiosidad por la ciencia, filosofía y literatura moderna» [98].

Gaos coincide con Nicol en considerar al positivismo la filosofía dominante en la segunda mitad del XIX hispanoamericano, y al igual que aquél subraya que el pesimismo modernista que le siguió no contagió en igual modo España y México, «pues ni uno ni otro sofocan una contagiosa fe en la solidaridad humana y sus potencias de acción benéfica». Después, el rechazo común de los filósofos españoles y mexicanos contra las estrecheces dogmáticas de la ciencia positiva..., la afirmación paralela del irracionalismo y del espiritualismo en sus varias direcciones. Mientras tanto, a partir de la independencia, un camino en común, la vía de la identidad nacional, el ensimismamiento de América y España, el intento de asimilar la tradición cultural con la ciencia y la filosofía contemporánea:

[96] Ibíd., p. 105.

[97] *Vid.: Introducción a Antología del pensamiento de lengua española en la edad contemporánea,* México, Universidad de Sinaloa, 1982; pp. XI y XIV.

[98] Ibíd., p. XXXII.

> Independizarse España y América española de la pasada unidad imperial común, modernizarse España y América española, ¿no es cortarse resueltamente de la grandeza común, ceder definitivamente al extranjero? La modernidad, no el europeísmo, ha resultado tan problemática para los países protagonistas de ella como revela la crisis actual. La modernización, la europeización, resulta más problemática aún, una extranjerización, para los países de lengua española [99].

Gaos parte de la indisoluble unidad del pensamiento español e hispanoamericano nacido y crecido durante el período colonial —el de la grandeza, como él gustaba denominarlo—, unidad que significa la imposibilidad de explicar uno sin el otro, coincidiendo con los otros filósofos exiliados y con la élite de la cultura hispanoamericana del tiempo [100] en romper con las utopías indigenistas, pues el pensamiento nacional español recién estrenado en el siglo XVI se trasladó a México con todos sus bagajes, haciéndose americano, sin dejar de ser español; es decir, creciendo juntos. La independencia, la modernidad alteró el común pensamiento de la grandeza, pero no totalmente, pues a pesar del bajón de nivel político y de la soledad cultural que significó, para unos y otros, la independencia política, el pensamiento mantuvo su nivel incluso en el siglo XIX. El krausismo de Sanz del Río en campo laico, y el escolasticismo renovado de Balmes en el católico son las mejores pruebas.

Sin embargo, quedaba la posibilidad de volver al ideal del pasado, al tradicionalismo y a la escolástica, rechazando el europeísmo extranjerizante de la Edad de Plata que, llevado al límite, producía un extrañamiento de la propia tradición y por tanto, de la propia identidad en la historia y de la personalidad común en el tiempo. Gaos conocía bien el historicismo diltheyniano y el orteguiano como para sobrevolar la historia. Su metafísica no podía ser ya esencialista. Por otra parte, su perspectiva política, su ideal de emancipación, su odio al franquismo promotor de una hispanidad anclada, según Gaos, en los ideales del pasado, le llevaron a formular un con-

[99] Ibíd., p. XXXVIII.

[100] Es importante y desconocido al público español e hispanoamericano el volumen de Sergio Sarti: *Panorama della filosofia ispanoamericana contemporanea,* Milán, Cisalpino-Goliardica, 1976, de 738 páginas. Para un breve recorrido por los filósofos hispanoamericanos, coetáneos y compañeros de los exiliados españoles, *vid.*: José Miguel Oviedo, *Breve historia del ensayo hispanoamericano,* Madrid, Alianza, 1991.

cepto de la hispanidad en parte semejante al de Nicol: recuperación del pasado común, exaltación, por necesaria, de la independencia, y un proyecto compartido, que en este caso, responde a una hispanidad no esencialista y, por lo tanto, no basada exclusivamente en los valores cristianos. Se trataba, más bien, de un proyecto común de futuro, catapultado de modo natural por los lazos insuperables de un pensamiento con raíces análogas, expresado en un mismo idioma:

> Los países de lengua española necesitan un ideal histórico que sea el de su independencia de su pasada unidad imperial común, sin ser el de su independencia de la modernidad extranjera: el de un más allá de la modernidad de que sean coautores y copartícipes iguales [101].

Con su típico estilo farragoso y queridamente paradójico, quizá por imposibilidad estructural-mental en expresarse con la claridad que proviene de la coherencia (de la que él no gozó) entre vida y obra, defiende un cierto sentido de la hispanidad, incluso cuando pretende negarla. He aquí la respuesta airada que le soltó al cónsul franquista en Puerto Rico el 6 de febrero de 1962:

> Yo soy un renegado de la patria de origen que debí a un accidente de la naturaleza y un entusiasta de la patria de destino aceptado por mi libre voluntad dirigida por la razón.

Esta expresión podría completarse con el siguiente aforismo del mismo Gaos:

> España es un país hispanoamericano por haber fundado una comunidad de naciones que la superan [102].

[101] *Introducción a Antología del pensamiento de lengua española en la edad contemporánea, op. cit.*, pp. 38-39.

[102] *Obras Completas,* vol. XVII, *Confesiones profesionales. Aforística,* México, Universidad, 1982; pp. 246-247.

VI

CRISTIANISMO Y MODERADO PROGRESISMO

Siguen existiendo en la cultura general sobre el exilio filosófico dos lugares comunes, creados no sólo por la bibliografía sino sobre todo por la asociación de ideas entre exiliado-antifranquista (hecho real) con izquierdismo-anticatólico (producto de un falso automatismo social).

Pocos de nuestros filósofos participaron del izquierdismo radical y, además, muchos de ellos profesaron la fe cristiana. Si empezamos por los mayores, por los que estaban ya formados o en trance de completarse, comprobaremos que buena parte de ellos bien pueden incluirse en el pensamiento cristiano, matizando claramente que pocos de ellos, en cambio, podrían ser considerdos católicos ortodoxos. Efectivamente, sus raíces en la Iglesia se vieron alteradas por la radicalización de la guerra y los naturales partidismos corporativos y biográficos causados por el exilio. Los que decimos quizás sea más verdadero entre los filósofos procedentes del ámbito barcelonés que del madrileño. Pero, de cualquier modo, un tanto por ciento muy elevado de los filósofos exiliados no estuvieron nunca afiliados a los partidos marxistas o anarquistas y el cristianismo —como fe y no sólo como tradición cultural— representó un elemento determinante en su formación y en su vida.

Jaime Serra Hunter (1878-1943), formado en la tradición filosófica catalana del siglo XIX —Llorens i Barba, Martí Eixalá— inició su docencia en la Universidad de la Ciudad Condal en el lejano 1913. En la España de los años 30 se destacó por representar, entre los intelectuales, ese matrimonio corriente por aquellos años en Europa, pero con tan poco éxito en España, entre catolicismo e izquierdismo.

Incorporó la filosofía contemporánea a la tradición de la *philosophia perennis*. Habiendo comprendido los estragos que suponían para el catolicismo la implantación del positivismo a todos los niveles y el posterior subjetivismo modernista, defendió una axiología basada en la objetividad del conocimiento. Para tal operación prefirió el catolicismo de Bergson o de Max Scheler al realismo ingenuo de la escolástica medieval, aún muy presente en España en medios eclesiásticos. De realismo espiritualista califica Alain Guy el sistema filosófico de Serra Hunter [1].

Su moderación filosófica y política, fruto de su temperamento ecuánime, no le salvó del exilio. Dos cargos importantes durante la República explican la decisión del filósofo: el rectorado de la Universidad barcelonesa y la presidencia del parlamento catalán.

Ideas, credo y talante fueron recogidos con personalidad propia por Joaquín Xirau (1895-1946). Muy influenciado por la tradición del cristianismo agustiniano, participó, como otros discípulos del Santo de Hypona, de una profunda creencia en el amor como culminación y origen del proceso cognoscitivo y ético. Saber teórico y práctico, filosófico y de acción, divino y humano, donde lo mejor de la ley natural se junta, intersecándose, con la sobrenatural. *Ama et fac quod vis* hubiera podido ser muy bien su lema. Sin embargo, no podemos ocultar que tal tendencia, a veces, comporta un exagerado subjetivismo que, sin dejar de ser cristiano, difícilmente es compatible con la ortodoxia; tendencia opuesta arraiga en realismos y objetivismos en teoría más predispuestos a la explicación de la verdad universal y a la defensa de una ética colectiva y, en cierto modo, atemporal. Catedrático de lógica desde 1927 en la Universidad de Barcelona, atrajo en la paz de su casa a un grupo de alumnos, universitarios en su mayoría imantados por la sabiduría y la serenidad del maestro Xirau. Así lo vio uno de aquellos jóvenes, Jordi Maragall, en una publicación reciente:

> Erguido, corpulento, alta la cabeza, con un dinamismo contagioso en su expresión, cruzaba el patio de Letras con paso seguro y saludos rápidos, se introducía en el aula y comenzaba socráticamente sus clases, invitando a participar a los estudiantes, tímidos u osados. Así iba hilvanándose un discurso con algo de vibración espontánea que, gracias a sus artes mayús-

[1] *Historia de la filosofía española*, Barcelona, Anthropos, 1985; p. 329.

culas, se convertía en un discurso coherente y nos dejaba espiritualmente inquietos [2].

A pesar de su perspectiva catalana, Xirau mantuvo siempre estrechas relaciones con los filósofos de la Escuela de Madrid. Casi todos ellos visitaron la tertulia Xirau de Barcelona, donde reunía a un importante grupo de alumnos, compañeros y amigos, a la vanguardia del pensamiento europeo en tierra catalana. Estuvo afiliado a la Unió Socialista de Catalunya, a pesar de que su familia y él mismo pertenecían a la burguesía barcelonesa, europea y católica. Simpatizante de la derecha, moderadamente catalanista e influenciado en los últimos años por el izquierdismo de Maciá. De todos modos, para Xirau no existía incompatibilidad entre su ser catalán y su ser español, entre la herencia de la filosofía de la escuela barcelonesa del siglo XIX y sus simpatías declaradas por el castellanismo institucionista. La gran España de Xirau fue la del Renacimiento, la que dio cabida a la diversidad política y cultural de los reinos unificados por los Reyes Católicos, cumbre de nuestra historia medieval. En cambio, a partir del XVII, el espíritu de solidariedad y libertad deja paso al espíritu imperial y a la unificación geométrica, rígida o cerrada. Al espíritu humanista, gozoso y seguro de sí mismo, sucede el hermetismo, la austeridad severa, la hinchazón desmesurada o la fuga de la realidad [3].

La España de la convivencia entre judíos, árabes y cristianos era un modelo de filosofía de la historia renovado, según él, por el krausismo en el siglo XIX. Analogía en la comprensión, en la convivencia, en la tolerancia. Ideas y talante que aplicó a sus enseñanzas, que ejerció en su trato de amigo y de maestro:

> Me confesó un día —ha escrito J. Maragall— que no deseaba influirnos en lo concerniente a creencias religiosas si bien su ejemplo era ya una influencia. Sus discípulos veían en él un hombre de fe en la fe y de respeto hacia las confesiones positivas. Nos hablaba con admiracion del oficio del Viernes Santo, aunque sabíamos que no era practicante [4].

[2] Jordi Maragall, prólogo al vol. de J. Xirau: *Amor y mundo y otros escritos,* Barcelona, Ediciones Península, 1983, p. 7.

[3] Ver el importante y significativo estudio dedicado por J. Xirau al krausista *Manuel B. Cossío,* Barcelona, Ariel, 1969, p. 12.

[4] Prólogo a *Amor y mundo, op. cit.,* p. 11.

Algunos de sus alumnos terminaron biográficamente como él en la categoría de los transterrados y casi todos acabaron también —prolongación inesperada pero no por ello totalmente casual de la Escuela de Barcelona— en Ciudad de México. Recordamos aquí, por su común cristianismo, a E. Nicol y a J. Roura Parella.

Roura Parella contó también entre sus maestros catalanes con Ramón Turró y Pi i Suñer. Natural de Gerona (1897), se licenció y doctoró en Barcelona antes de terminar la guerra; tesis dirigida por Xirau y publicada tres años más tarde en México, *Educación y ciencia* (1940). Especializado en pedagogía y psicología aportó elementos nuevos para aquella generación a cuestas con la metafísica contemporánea. Sin embargo, la filosofía de los valores de Hartmann y, sobre todo, de Scheler, contó con la elaboración de su pensamiento. En 1948 encontró trabajo en los Estados Unidos (Wesleyan University) donde ha permanecido hasta su muerte.

Eduardo Nicol ha defendido sus ideas y sus creencias intentando la recuperación de la metafísica, mediante la superación de los dos mayores obstáculos para la misma durante las primeras décadas del siglo XX: el historicismo y el existencialismo. Impugnador del orteguismo por considerar su filosofía una fuente de subjetivismo, siguió, en cambio, al maestro madrileño en la idea-mensaje de ofrecer una interpretación española del mundo. Sus numerosos volúmenes pretenden ser considerados por su autor como partes inseparables de un nuevo sistema de filosofía en lengua española, capaz de alcanzar el nivel perdido desde la Edad de Oro de nuestro pensamiento. Como todos los alumnos de Xirau, procedentes de la Escuela de Barcelona, puede ser considerado un espiritualista cristiano. Influenciado también por Bergson, sobre quien ha escrito numerosos ensayos y participado en algunos congresos especializados, parece ser que en los últimos años dejó las orillas de la intuición para reclamar una reforma radical de la fenomenología, donde se identifican ser y apariencias; de aquí la metafísica de la expresividad, es decir la cualidad esencial de los entes de manifestarse y comunicarse directamente. Más clara resulta la ontología antropológica de Nicol. Según A. Guy, «el sentido de la expresión, que brota de las profundidades de la persona —a través del gesto, la postura y el lenguaje— no tiene nada de accidental, al mismo tiempo que es histórica y en absoluto natural. La arcaica ciencia del ser en tanto que ser nunca ha dado

razón de ella. Semejante tarea incumbe a una metafísica completamente nueva» [5].

Los principios de la ciencia de 1965 complica la comprensión de su obra. Para Nicol, como para el viejo Aristóteles, los cambios fundamentales en las ciencias físicas y naturales conllevan, ciertamente, una meditación radical e indudablemente alteradora de la metafísica, como raíz y ápice de los diferentes campos del saber. En consecuencia, llegó a proponer un cambio de los principios del conocer. Considera falsos el de causalidad y el de (no) contradición. Indudablemente, su historicismo ontológico, como su metafísica de las expresiones vitales esperan aún nuevas síntesis y nuevos intérpretes, a pesar de los apreciables esfuerzos de su alumna Juliana González [6] y de un reducido número de alumnos que con el maestro Nicol han trabajado en silencio y producido mucho y bien. Aunque se ha quejado de que la política y su vida apartada y fuera de las apetencias de poder no le hayan ayudado a difundir su obra, estamos convencidos de que su sistema formará con la producción de Ferrater y García Bacca los tres pilares del pensamiento español en el exilio.

A México llegó procedente de la Escuela de Barcelona un filósofo muy particular, David García Bacca (1901-1991). Después de licenciarse en Filosofía, y siguiendo la moda impuesta por la Junta para la Ampliación de Estudios y por Ortega mismo, estudió desde 1928 a 1931 en Munich. Análogamente a Xavier Zubiri, siguió clases de física atómica y álgebra, cálculo infinitesimal y geometría. La filosofía para seguir siendo la ciencia de las últimas razones y de las respuestas relativamente más próximas a la verdad, en su conjunto, estaba obligada a informarse de los cambios fundamentales en el mundo científico. La teoría de la relatividad de Einstein aparecía totalmente incompatible con los sistemas escolásticos; es decir con la metafísica aristotélicotomista estudiada con ahínco por García Bacca durante su juventud. En el seminario había crecido culturalmente con el neotomismo italiano del padre Liberatore, de cardenal Zigliara y, naturalmente, con el del napolitano Sanseverino, aparte de los textos del español Urráburu. Conocía bien la obra del jesuita Suárez y de Juan de Santo Tomás.

[5] *Historia de la filosofía, op. cit.*, p. 355.

[6] Juliana González Valenzuela: *La metafísica dialéctica de E. Nicol*, México, UNAM, 1979.

El sacerdote J. David García Bacca se doctoró en 1935 y antes de empezar la Guerra Civil ganó por oposición la cátedra de filosofía de la Universidad de Santiago de Compostela, puesto del que, a causa del estallido del conflicto bélico, no tomaría posesión jamás.

El año antes de leer su tesis había publicado ya *Introducción a la logística con aplicaciones a la filosofía y a las matemáticas* (1974). Este navarro, residente en Barcelona desde los 18 años, hizo positivo alarde de la hospitalidad ofrecida por la ciudad condal publicando esta su primera obra en catalán. Lo ha explicado, no hace muchos años, el propio García Bacca: «tenía que saber catalán por urbanidad».

Este cura progresita, profesor encargado en la Universidad de Barcelona entre 1933 y 1937, poco antes de terminar la guerra abandona España para residir y enseñar (1939-1942) en Quito. Después se traslada a la UNAM hasta 1946, frecuentando al numeroso grupo de filósofos españoles allí afincados; fue miembro de el Colegio de México y de la Sociedad Matemática Mexicana.

Aparte de motivos personales, el carácter y los intereses del nuevo profesor de la UNAM difícilmente podían conciliarse con el resto de sus compañeros, con figuras tan fuertes y ya afincadas como la de Gaos o Xirau —recuérdese que por entonces Nicol acababa de doctorarse en México—. En 1946 lo encontramos ya en Caracas, donde colaborará en la fundación de la más tarde famosa Facultad de Humanidades. En 1959 consiguió la cátedra, siendo titular hasta su jubilación en 1971. Todavía hoy, he podido comprobar personalmente que la figura humana y científica de García Bacca se mantiene viva con la aureola que su inmensa obra y su dilatado magisterio se merecen.

El realismo tomista de García Bacca sufrió la primera reflexión crítica en las cavernas laberínticas de su conciencia cuando etudió —asómbrese el lector de la *causa causarum* de la duda metafísica— los comentarios del cardenal Cayetano a la obra de Aquinate:

> el único comentador genial, y pensador original, de Santo Tomás y de un tomismo no cruzado aún con aristotelismo dogmático, escolastiquero y pedagógico clerical [...]. Sus comentarios, amplísimos y geniales, al brevísimo y elemental opúsculo de Santo Tomás *De ente et essentia* y a la *Summa Theologica* fueron para mí choques contra esas mediocridades escolásticas, plúmbea o áurea, choque, aquella valentía de Cayetano acerca de la trascendencia (*«Deus et supra unum et supra trinum...»*), acerca de tipos y

> grados de identidad, su interpretación audaz de la transustanciación ónticamente tratada, frente a lo parcial de trans-formación, trans-materialización... audacias que daban al traste, valiente y consecuentemente aplicada, con el aristotelismo y tomismo escolar. Pan nuestro de cada día y de cada curso, dado por mí a devotos estudiantes, que traté de mantener y de mantenerme con él, a pesar de todo, en obras mías (en latín) cual *De rebus metaphysice perfectis* (1930), *De metaphisica multitudinis ordinatione* (1928).

Cuando el joven sacerdote, ya cargado de problemas de orden metafísico, marchó a Munich para integrar su tomismo con el desarrollo de la ciencia contemporánea, la problemática connatural de su estructura mental recibió, como él mismo cuenta, un segundo impacto desestabilizador. Entonces se convenció de que la defensa de un único sistema filosófico resultaba totalmente inadmisible. No bastaba con abandonar el bloque neotomista, sino también el kantiano, el hegeliano, positivista, fenomenológico. En ese momento cayó en la cuenta de que ciencia y filosofía sí tienen, y tenían, relación, pero sincrónicamente, no mezclando sistemas distantes en el tiempo. Por ejemplo:

> el prólogo de Kant a la segunda edición de la *Crítica,* y la consecuente refundición de toda la obra, en especial de la deducción trascendental de las categorías, implicaban, y eran, la teoría del conocimiento de dar razón del *factum,* o hecho y hazaña, de la ciencia matemática (Tales, Teeteto...), física (Galileo, Torriccelli), tal cual hacían acto de presencia y eficiencia en el Renacimiento y siglos posteriores [7].

Toda la terminología filosófica tradicional quedaba anulada:

> Esencia-existencia, potencia-acto, sustancia-accidentes, materia-forma, *objectum formale quod* y *quo,* son variedades conceptuales, realmente inoperantes, que dan la ilusión de una coherencia sin táctica, tan vaga como ellas. No son, dicho en terminología kantiana, condiciones que hacen realmente, determinada y matemáticamente posible, la experiencia y la ciencia física y moderna [...]. El choque que recibió de Newton mi fondo aristotélico-tomista deshizo tal híbrido. Y en realidad me mostró la necesidad de otra teoría del conocimiento. Sustituir esencia por proyecto (*Entwurf*) [8].

[7] Ibíd., p. 19.
[8] Ibíd., p. 19.

Coherente con el paralelismo filosofía-ciencia-realidad histórica, el perspectivismo historicista de García Bacca, cada vez más abierto a la filosofía de las ciencias, tuvo que enfrentarse con el nuevo hecho radical de la sociedad contemporánea: la economía. «Caí en la cuenta de ello en 1936, leyendo los *Manuscritos económico-filosóficos* de Marx, recién dados a la publicidad» [9].

El cuarto impacto filosófico contra su base tomista lo recibió en 1942, ya en el exilio, con la lectura y meditación de *Kant y el problema de la metafísica* de M. Heidegger. El gran descubrimiento consistía, coincidiendo con exégetas españoles y extranjeros en el desvelamiento del ser, en la Aleteia.

> El choque —ha explicado García Bacca— me lo dio *Sein und Zeit,* a pesar en que el planteamiento inicial mismo de tal obra es de estilo metafísico clásico Aristóteles. La metafísica, dice Heidegger en *ant und das Problem...,* no es una teoría; es un acontecimiento (*Geschehen*): toda una irrupción (*Einbruch*) que en Ser hace ese ente concreto que es el hombre. Irrupción que descompone el Ser en entes: y a éstos, en enseres (*Zeug*). Si así fuera [...] resultaría deshecha, deshecho el Ser, por una irrupción, no por una refutación u olvido. La coherencia máxima del Ser, el Ser parmenídeo, no resiste la irrupción de un ente cuyo privilegio y faena en el orden de lo real es, cual la de la bomba atómica (recién descubierta y empleada), deshacer el Ser en entes —la materia, en radiación [10].

Después se convencería de que Whiteead era el filósofo más en sintonía con la ciencia del tiempo. Ello no quiere decir nada conra el hecho de que antes, mucho antes, hubiese formado parte del círculo de Viena (1934) y de que los dos últimos años de guerra los hubiese aprovechado para estudiar en Francia cálculo de probabilidades y teoría de los conjuntos, con Bosel y Lebesque respectivamente.

El cristianismo de García Bacca, por lo menos en lo que nos es dado a conocer a los simples lectores, se esparció y se perdió en el dilatado archipiélago de interses y de materias, de procesos mentales, de proyectos filosóficos y científicos. Su fe se diluyó en el exilio; también su sacerdocio, sin dispensas, sin procesos canónicos. Quizás los restos de su Dios de la juventud han perdurado en sus libros de

[9] Ibíd., p. 20.
[10] Ibíd., p. 20.

ciencia, de filosofía del lenguaje, esperando, como buena semilla, otro milagro de la primavera.

Como a otro insigne exiliado, Juan Ramón Jiménez, la vida le regaló una mujer que supo comprenderle, adorarle y lograr de ese temperamento inquieto y de esa mente sin reposo la paz para un proyecto vital encauzado en la normalidad. Las vías del Señor también fueron infinitas para este filósofo español cuya obra pide a gritos una justa valoración, para poder entrar, probablemente, en el estrecho olimpo de la filosofía española con valor universal. Su inmensa producción y la riqueza argumental requieren saber si García Bacca supo ser un buen *medium* —como él decía— entre el profundo del universo y nosotros.

El catolicismo de izquierda también tuvo sus representantes en el exilio filosófico. Aparte de la figura de Pepe Bergamín, cuyo *Pozo de la angustia,* como todos sus escritos de pensamiento, pertenece más al ensayo literario que a la filosofía —quizás y al contrario de Ortega, podríamos calificarlo como el poeta que comprendía a los filósofos— queremos recordar la contradictoria y trágica figura de Eugenio Imaz, hoy, finalmente, revalorizada por los enjundiosos estudios de Ángel Ascunce, mezcla de erudición y preocupación estilística.

Imaz nació con el nuevo siglo en San Sebastián. Finalizado el bachillerato en su ciudad natal en 1917 ese mismo año hizo las maletas para matricularse en derecho en Madrid, donde se licenció en 1924 con un expediente muy bueno, pero que ya refleja los altos y bajos de la personalidad apasionada y al mismo tiempo depresiva del futuro filósofo.

De familia humilde y de tradición católica, sobre todo la madre, ambos vascohablantes, Eugenio se sintió siempre muy vasco pero también con grandes deseos de romper los contornos geográficos de su provincia y no sólo de ella. Jamás hizo gala del hecho diferencial nativo durante los años de estudio en Madrid, donde quiso y fue querido por tantos intelectuales de la Edad de Plata de la cultura española, a la que él, sin duda, pertenecía.

En la Facultad de Letras de Madrid tuvo la suerte de topar con otro donostiarra, ya catedrático, de gran prestigio y enorme sabiduría filosófica, el padre Juan Zaragüeta quien, sabiéndole cristiano por nacimiento y convinción, le aconsejó seguir algunos cursos en la

Universidad Católica de Lovaina, creada por el neotomista Mercier. Allí marchó con un compañero y amigo de futuro renombre filosófico y además también vasco como él, Xavier Zubiri.

Las amistades de los filósofos vascos en Madrid, como Zaragüeta y el entonces jovencísimo Zubiri, le ganaron irremediablemente para la filosofía. Además, durante los veranos donostiarras Zaragüeta manteía vivo el espíritu del curso, organizando animadísimas tertulias, por donde pasaron Gregorio Marañón, José Ortega y tantos otros.

La estancia en Lovaina supuso un empeoramiento en las calificaciones académicas del curso 1920-1921, creándole problemas para la renovación de la beca. Así que, a regañadientes, decidió quedarse en Madrid y dejar para otra ocasión el viaje a Bélgica. Antes de iniciar el siguiente curso académico, en 1921-1922, se le planteó el mismo problema. Imaz sabía la importancia para la carrera filosófica de los estudios en el extranjero, sobre todo en Alemania, pues para un católico como él Lovaina suponía un centro inmejorable —todavía no había sido creado en Milán por el padre Gemelli el otro centro puntero del neotomismo europeo, la Cattolica del Sacro Cuore. Tal contrariedad ocasionó, que sepamos, la primera crisis depresiva y religiosa. Como ha escrito J. A. Ascunce, «si los vientos de la depresión anímica y el abatimiento emocional azotaban en el espíritu del futuro escritor, en lontananzas se apreciaban ráfagas huracanadas que amenazaban la frágil estructura de su temperamento y de su psicología. En esa época, Eugenio Imaz sufre una profunda crisis de conciencia religiosa. Hasta las actuales circunstancias, por lo que parece, había vivido en una especie de remanso espiritual gracias a su fe y a sus creencias cristianas. Aunque no extremaba las prácticas religiosas, Eugenio Imaz era un joven católico con una acendrada fe y un marcado compromiso personal como creyente. No se puede olvidar en este sentido que tanto Xavier Zubiri como Juan Zaragüeta, sus mejores amigos y confidentes, eran sacerdotes» [11].

Sin embargo, estas amistades no le bastaron para amarrarlo a una fe viva y operativa. Quizás Imaz, como ocurre frecuentemente, descompensó los estudios filosóficos con su formación religiosa, y al final esta última, empequeñecida, no pudo enfrentarse con el de-

[11] *Topías y utopías de Eugenio Imaz*, Barcelona, Anthropos, 1991; p. 52.

sarrollo de los sistemas filosóficos. La mente y el corazón de Eugenio sufrieron, porque él sabía de la importancia de lo que perdía y al mismo tiempo no estaba dispuesto a frenarse en el camino atrayente de la filosofía contemporánea. No obstante, la crisis pasó en el verano de 1922 y al principio del nuevo curso Imaz había decidido volver de lleno a los estudios de Derecho para licenciarse lo antes posible y, con respecto a la filosofía, llegó al convencimiento profundo de que ni los sistemas contemporáneos ni los métodos racionalistas chocaban necesariamente con la fe; al contrario, sería el deber de un filósofo católico conciliar los extremos de la crisis, actualizar la cultura religiosa a fin de que lograse asimilar, sin traumas, la evolución de la filosofía actual.

La potente filosofía católica francesa de los años 20 y 30 sonaba en los oídos de Imaz como la campana de referencias para caminantes en dificultad. El acto humano, el humanismo, para serlo plenamente tenía que ser integral, no podía dejar en la cuneta ni la filosofía, ni la religión, ni la sociedad. Maritain aún no había publicado su famosa obra, *El humanismo integral,* pero los grupos espiritualistas y personalistas del catolicismo francés preparaban el ambiente y el camino. Naturalmente muchas gotas de existencialismo y, por supuesto, de orteguismo componían este pensamiento *in fieri.* Y ya se sabe que las labores determinan tantas veces el camino. El hombre a la intemperie se juega la vida en la existencia y en ella y con ella construye su filosofía, personal, intransferible por la irrepetibilidad del fenómeno humano personal, el suyo, el de Eugenio Imaz.

El modernismo había dejado huellas, combatiendo normas y abatiendo reglas. El camino estaba abierto para un catolicismo conciliador e individualista, las dos caras del mismo fenómeno, la que acerca y la que distancia, salvo excepciones, de la fe y de la Iglesia; sobre todo de esta última.

Fue vasco antivasquista, a causa del espíritu universal aprendido en la filosofía y, también, por sentirse miembro efectivo de la cultura de la Edad de Plata, junto a esa exquisita intelectualidad procedente de los cuatro puntos cardinales de la península y, por supuesto, de su centro neurálgico, Madrid. Esta postura le acarreó serios contratiempos con familiares nacionalistas. Otra vez volvió a sufrir su débil sistema nervioso, pero su voluntad y las ganas de vencer y vencerse triunfaron una vez más.

Su posición política hasta antes del inicio de la guerra, cuando ya las pasiones y los odios se desataron sin posible marcha atrás, puede resultar, por lo menos a primera vista, desconcertante. Afirmó con la palabra oral y escrita que estaría dispuesto a aceptar un gobierno comunista o fascista si nacieran de la victoria electoral. El principio democrático caló hondo en las creencias de Imaz hasta el punto de aceptar lo esencialmente antidemocrático en nombre (¡fíjense ustedes!) de la democracia. En coherencia con tal postulado político aceptó la victoria de Hitler en Alemania. Autenticidad entre pensamiento y acción, desde luego, pero también cabe pensar que en el puchero de las causas del corazón cociesen también su simpatía personal por José Antonio Primo de Rivera, las antipatías hacia el PSOE y la gran admiración por la cultura y el ritmo de vida de Alemania, donde había permanecido hasta el año 1932, volviendo a Madrid casado con Hilde, una jovencita y guapa alemana que más de un intelectual amigo ha recordado con simpatía en sus memorias. Pero hay algo, quizás, más difícil de explicar que consistiría en dar razones válidas acerca de un difundido autoritarismo, durante la última etapa de la Segunda República, entre varios intelectuales del reducido grupo de católicos de izquierda. Se estaba imponiendo entre ellos la idea, tantas veces repetida por Imaz, del realismo político; es decir, la obligada alternativa de elegir entre comunistas o fascistas, pues los primeros o los segundos conseguirían antes o después el control de Europa. En otro modo ya lo había dicho Maritain cuando afirmaba que las filosofías fundadas sobre el ente real eran las únicas con posibilidad de diálogo. Aquéllas, en cambio, basadas en el ser ideal o ser de razón quedaban automáticamente excluidas por utópicas. Ciertamente Maritain se refería a la convivencia entre cristianos y marxistas, pero *mutatis mutandis,* podría aplicarse a la situación que precedió a la Guerra Civil, en cuanto reales eran las posibilidades de que el fascismo o el comunismo internacional ayudase a ganar la guerra a uno de los dos bandos en lucha.

Por otra parte, los católicos de izquierda, antiliberales por católicos y por izquierdistas, se preguntaban, desorientados, por el camino que debían seguir [12], por saber dónde residía —y residiría— el

[12] Explicaciones sobre el argumento en el librito de J. Bécarud y E. López: *Los intelectuales españoles durante la Segunda República,* Madrid, Siglo XXI, 1978.

mal menor después de una guerra fratricida. El grupo de la revista *Cruz y Raya* ejemplificaba cuanto decimos. De ella formaban parte Imaz y su amigo Bergamín, este último como director. Ambos, cuando ya no les fue posible elegir, apoyaron con pasión, decisión y con esa típica obsesión que, a veces, acompañan a ciertos profetismos cristianos, el bando frentepopulista. Pero también es verdad que otros intelectuales del mismo grupo apoyaron al bando autoritario. Con el tiempo, todos, excepto Bergamín, se desilusionaron de los caminos elegidos, pero cualquier cambio no tenía ya sentido, sólo cupo entonces callar, rezar, combatir con el espíritu o, como Imaz, dejarse arrastrar por la enfermedad mortal de nuestra época: la depresión. Como ha escrito Ascunce, «la realidad movible y cambiante del panorama político de estos momentos condiciona la posición personal de Eugenio Imaz y explica su ambivalencia y oscilaciones, aspecto incuestionable cuando se observan sus colaboraciones en distintas revistas de ideología diferente, como igualmente cuando se estudian o analizan sus planteamientos o ideas. Aunque en ocasiones ataca frontalmente el totalitarismo fascista, no por eso deja de mostrar en otros momentos atisbos de simpatía. Igualmente, se enfrenta con los extremismos de izquierda, pero colabora con algunas de sus revistas más representativas» [13].

Ya hemos escrito, en páginas precedentes, sobre el sacerdocio ejercido en México por Gallegos Rocafulll, defensor acérrimo de la España que perdió la guerra, a pesar de poseer una cultura de corte más tradicional y escolástica que Bergamín o Imaz.

Entre los orteguianos puros no eligieron la fe cristiana solamente los discípulos que permanecieron en la España de la dictadura franquista como J. Marías o X. Zubiri. Años después de terminada la guerra, se estableció en Caracas un orteguiano católico de prestigio, Manuel Granell.

Cristiano, católico, fue siempre uno de los discípulos más entrañables de Ortega y uno de los que en el espíritu y en la letra ha recogido con más fidelidad su mensaje y su estilo. Nos referimos al catedrático de filosofía del derecho, Luis Recasens Siches. Su obra, inmensa, ejemplifica la aparentemente difícil conciliación entre la razón vital y un personalismo cristiano que por considerar al hombre

[13] *Topías y utopías de Eugenio Imaz, op. cit.*, págs. 89-90.

concreto superior a las instituciones —éstas no pueden ser otra cosa que instrumentos de aquél— ha rechazado los totalitarismos de izquierda y de derecha.

Toda esta larga lista de filósofos cristianos en el exilio no quiere ocultar —entre otras cosas porque nos ayuda a corroborar nuestra tesis según el dicho de que la excepción confirma la regla— la existencia de otros pensadores ateos o de filiación marxista y con ejercicio del compromiso político. Recordamos a Fernando de los Ríos (1879-1949), teórico del marxismo si bien desengañado de la Rusia soviética que visitó en los años 20. Formado en la Institución Libre de Enseñanza, demostró siempre un talente liberal bien lejano de la media de los dirigentes socialistas de la época. Becado por la JAE estudió como la mayoría de los filósofos españoles de su generación en Alemania. A su vuelta, formó parte del claustro de la Universidad de Granada desde 1911 hasta 1930, en que consiguió plaza en la facultad de Derecho de Madrid. Cuando terminó la Guerra Civil se exilió en los Estados Unidos, trabajando en la New School for Social Research de Nueva York. Se conoce bien su obra publicada en España antes de 1936; mucho peor, en cambio, sus trabajos publicados durante el exilio. De cualquier forma, Fernando de los Ríos cuenta con una copiosa y articulada bibliografía, a pesar de que buena parte de ella no supera la apologética de tipo medio.

Muy joven llegó a México Adolfo Sánchez Vázquez, nacido en 1915 en Málaga. Le sorprendió la Guerra Civil como estudiante de Filosofía y Letras de la Universidad de Madrid. Terminó la licenciatura y el doctorado en la UNAM. En 1985 el Consejo Universitario le designó profesor emérito, después de casi veinte años de antigüedad como catedrático. En 1965 publicó su primer libro, *Conciencia y realidad en la obra de arte* [14] y en el mismo año *Las ideas estéticas de Marx* [15], que ha gozado del favor de una traducción en portugués y de otra en inglés. Sus dos obras fundamentales son, probablemente, *Filosofía de la praxis* (México, Grijalbo, 1967) y *Ética* (México, Grijalbo, 1969), cuya última edición, la cuarta, es de 1984. Las últimas obras de que tenemos noticia llevan el título, *Ensayos marxistas sobre filosofía e ideología* (México, Ediciones Océano, 1984) y *Ensayos sobre*

[14] San Salvador, Ediciones Universitarias, 1965.
[15] México, Ediciones Era, 1965.

arte y marxismo (México, Grijalbo, 1984) y *Ensayos marxistas sobre historia y política* (México, Océano, 1985).

Muy pronto participó en muchas de las actividades culturales de los exiliados españoles en México: cofundador de *Romance,* de *España peregrina* y miembro de la Unión de Intelectuales Españoles en México, de la que llegó a ser vicepresidente. En 1941 empezó a trabajar en Morelia, dando clase de bachillerato. Cuando consiguió volver a la capital se puso en contacto con Gaos y con los marxistas mexicanos. Lo cuenta él mismo:

> De Gortari fue para mí el primer filósofo marxista de carne y hueso que tanto había echado de menos durante mi paso, ya lejano, por la Universidad Central de Madrid. Con Gaos seguí durante cuatro años —en compañía de Fernando Salmerón, Alejandro Rossi y otros— un seminario sobre la *Lógica* de Hegel. Con él aprendimos a leer su *Lógica* con el mayor rigor y paciencia, pero también aprendimos a burlar sus dificultades cuando Hegel las amontonaba de un modo idealista (es decir, artificialmente) [16].

Comunista heterodoxo, llevó a cabo en 1954 una campaña, con el apoyo de Fernando Claudín, para romper con la rigidez del PCE en el exilio. No consiguió nada. Los tiempos duros del estalinismo no lo permitieron entonces. Más tarde, a partir de la invasión rusa de Checoslovaquia y gracias a las revelaciones del XX Congreso del PC de la Unión Soviética, rompió con el estalinismo, es decir, con el llamado entonces marxismo-leninismo.

[16] A. Sánchez Vázquez: «Vida y filosofía (post scriptum político-filosófico a «Mi obra filosófica», 1985»), *Anthropos,* 1985; n. 52, p. 15.

CUARTA PARTE

EL ÚLTIMO EXILIO ESPAÑOL: LAS CIENCIAS Y LAS ARTES

Paola Laura Gorla

I

EL EXILIO DE LOS CIENTÍFICOS ESPAÑOLES EN HISPANOAMÉRICA

La situación de la ciencia española antes de 1936

Durante los años que precedieron a la Guerra Civil, España se reveló como un campo fértil para el crecimiento y el desarrollo de la investigación científica en general. De hecho, se había acercado progresivamente a los niveles europeos (respecto de los cuales se hallaba en grave retraso) gracias a que las instituciones académicas españolas habían hallado, finalmente, el adecuado equilibrio entre el respeto hacia la propia historia cultural y la puesta en marcha de un proceso de incorporación al contexto europeo.

Aun cuando profesores, investigadores y especialistas de todo tipo representasen la promesa de un intenso progreso en todos los campos de la ciencia durante la República, los estudios más a la vanguardia se situaban en el campo de la Medicina. El trabajo y las investigaciones de Santiago Ramón y Cajal [1], científico de gran talla que recibió el Premio Nobel en 1906, son representativos del fervor de las ciencias médicas en la España de principios de siglo. Ramón y Cajal contaría con el mérito de revelar una serie de nuevos aspectos sobre el funcionamiento del sistema nervioso y sobre la morfología y las conexiones de las células nerviosas, aportando la prueba definitiva de la existencia autónoma de la célula nerviosa:

[1] Son especialmente interesantes las biografías de Ramón y Cajal que han escrito Enrique Molina Campos (*Ramón y Cajal*, Barcelona, La Gaya Ciencia, 1976) y Santiago Loren (*Ramón y Cajal, historia de una voluntad*, Madrid, Noguer, 1980).

sa: la neurona. Su discípulo más conocido, Pío del Río Ortega [2], fue quien se ocupó en el exilio de coordinar, como veremos, el grupo de los científicos y los investigadores médicos en Argentina.

Existía, pues, un auténtico y genuino renacimiento de las ciencias en torno a dos polos principales: Madrid y Barcelona, dos centros culturales en los que se formaron casi todos los científicos que vivieron la experiencia del exilio.

Madrid era la ciudad donde resonaban las palabras de Ortega y Gasset, Ramón Menéndez Pidal, Antonio Machado, Santiago Ramón y Cajal, así como de otras grandes personalidades, en las cátedras de la Universidad Central y en las aulas del Ateneo. Desde 1907 la Junta para la Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas, patrocinada por la Institución Libre de Enseñanza, operaba y colaboraba activamente con el mundo universitario. Este importante centro de investigación para graduados, dirigido en un primer momento por Santiago Ramón y Cajal y, posteriormente, por Ignacio Bolívar, se estructuraba en torno a numerosos centros de especialización. El laboratorio de Física, dirigido por Blas Carrera, «gran colaborador de la Residencia» [3] de Estudiantes, incrementó sus fondos a partir de 1931 gracias a la Fundación Rockefeller y se transformó en el Laboratorio Nacional de Física y Química, entre cuyos directores recordamos a Antonio Medinaveitia. De esta forma incorporaba el viejo laboratorio de Química Fisiológica, fundado en 1915 (si bien funcionaría solo hasta 1919) y cuyos directores fueron A. Medinaveitia y José M. Sacristán.

Y así, existía también el laboratorio de Matemáticas, dirigido por Julio Rey Pastor, y el de Fisiología General, creado en 1916 en la Residencia de Estudiantes y dirigido por Juan Negrín, hasta 1921, que publicó numerosos trabajos de investigación en estrecha colabo-

[2] El nombre de este médico célebre ha sido citado de distinta forma por los diversos historiadores del exilio. Margarita Sáenz de la Calzada (en su libro *La residencia de estudiantes. 1910-1936*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1986) lo escribe *Pío del Río-Hortega* mientras que es mencionado como *Pío del Río Ortega* tanto por Juan Rocamora (en el artículo El exilio médico en Argentina, en *El exilio español en Hispanoamérica*, Cuadernos Hispanoamericanos, ns. 473-474, nov.-dic. 1989, págs. 63-74) como por José María López Piñero (editor del volumen I de la *Biblioteca de la ciencia española*, Madrid, Fundación del Banco Exterior, 1990, dedicado a aquel médico y titulado *Pío del Río Ortega*). Las fuentes de López Piñero y de Juan Rocamora nos han parecido las más fiables al respecto.

[3] Margarita Sáenz de la Calzada, *op. cit.*, pág. 85.

ración con el laboratorio de Histopatología normal y Patología cuyo director, Pío del Río Ortega, fue el eminente científico que individuó una especie nueva de células que actualmente se denominan «células de Ortega». En la dirección del laboratorio le siguió Juan Negrín y entre los alumnos de este importante centro de investigación se contó con Enrique Vázquez López, director desde 1931 del laboratorio de Anatomía Microscópica, y con Felipe Jiménez de Asúa, Vara López y José Sacristán. Entre los demás laboratorios que se hallaban a disposición de los estudiantes de medicina de la Residencia (y que dependían y estaban subvencionados por la Junta), destacamos el pequeño laboratorio de Anatomía Microscópica dirigido por el cardiólogo más eminente de Madrid, Luis Calandre, y también el laboratorio de Química General, creado en 1912 por José Sureda Blanes y Julio Blanco, sus directores hasta 1913, luego substituidos por José Ranedo. El laboratorio de Fisiología y Anatomía de los centros nerviosos, creado en 1916 y dirigido por el doctor Lafora, publicó muchos trabajos de investigación aun cuando solo funcionase por dos años; el laboratorio de Serología y Bacteriología nació en 1920 y estuvo bajo la dirección de Paulino Suárez.

Cabe mencionar también el Instituto Cajal, dirigido por Pío del Río Ortega; el Instituto de Automática, obra de Leonardo Torres Quevedo, pero también el Museo de Ciencias Naturales, creado y dirigido por Ignacio Bolívar y el Observatorio Astronómico, bajo la dirección de Carrasco Garrorena, pues mantenían estrechas relaciones con la Junta. Hay que recordar, además, la sección de Arquitectura de la Residencia de Estudiantes, controlada por el profesor Moreno Villa, por cuya cátedra pasaron arquitectos de fama mundial como Gropius, Mendelssohn, Le Corbusier y Luytens.

El programa de becas en el extranjero constituye otra de las actividades de la Junta que reviste un interés especial: en particular se preferían Inglaterra y Alemania para aquellos estudiantes que se hubiesen distinguido de alguna forma en la investigación. La oportunidad y la posibilidad de permanencia en el extranjero que se ofrecían se revelaron como un factor significativo en el proceso de modernización y europeización que se estaba llevando a cabo en aquellos tiempos. Gran parte de los profesores que fueron al exilio y lograron integrarse con cierta facilidad en el mundo científico del país que les acogía, habían disfrutado de estas becas por lo que se hallaban

integrados ya, perfectamente, en un contexto científico europeo y moderno.

Barcelona era el otro gran centro cultural y en nuevo auge gracias a la intervención, en el siglo anterior, de grandes personalidades como Manuel Milá y Fontanals, Jacinto Verdaguer y Juan Pi y Margall que promovieron la ideología nacional catalana y el fenómeno conocido como *Renaixença.* La universidad de Barcelona se había convertido gracias a la Mancomunitat Catalana, y desde 1931 por la intervención de la Generalitat, en el núcleo central de la cultura catalana [4] donde enseñaban maestros como Pedro Bosch Gimpera, Joaquín Xirau, etc. Sus numerosos laboratorios e institutos eran también famosos; entre ellos recordamos el Institut d'Estudis Catalans, el Laboratorio de Fisiología, dirigido por Augusto Pi Sunyer, el Laboratorio Municipal del Parc donde enseñaba el maestro Ramón Turró y, finalmente, la Societat Catalana de Biología.

Las indudables mejoras de la Universidad española y el alto nivel alcanzado por muchos departamentos (sin que se deba prescindir de las investigaciones realizadas también por excelentes profesores de las Escuelas Normales, Escuelas de Arte y Oficios, Institutos de Bachillerato y de otros centros educativos) hicieron posible la presencia en España —antes del estallido de la guerra— de personalidades significativas en todas las áreas del saber científico. En éstas, como en el arte y en la literatura, se volvía a vivir manifiestamente un período de esplendor [5].

Sin embargo, este mundo científico español «que comenzaba a brillar en el siglo actual, como reacción al trauma del 98, no se trasladó al exilio para continuar la tarea científica en el sentido de que una escuela completa o una corriente madura propagase su pensamiento a sus técnicos en nuevos países. Si acaso, se podrá pensar parcialmente en algunas especialidades científicas en que el sentido de "escuela" había cuajado más, como la Histología, las Ciencias Naturales en su sentido más amplio o la Fisiología de la escuela catalana. La mayor parte de los científicos exiliados tratamos de acoplar-

[4] En este sentido recordamos que por medio de aquel movimiento que restauró la tradición cultural catalana (desarrollado hacia mediados del siglo XX y que se denominó *renaixença catalá*) fue restablecida la Universidad de Barcelona en 1835, tras la supresión de la Universidad de Cervera, núcleo del absolutismo anticatalanista.

[5] Época que se conoce desde entonces como la *Edad de Plata* de la cultura española.

nos en los países y en los lugares que nos acogieron como buenamente pudimos...» [6]. El flujo migratorio se orientó en gran parte hacia los países americanos de lengua española, en especial modo, hacia México y Argentina, y el fenómeno de la integración se produjo de forma más rápida y completa en los países del continente americano hispanohablantes que en los del hemisferio norte. El continente americano ofrecía, efectivamente, ciertas garantías de paz cuando en Europa ya se presentía la inminente guerra pero, además, muchos científicos e intelectuales exiliados ya habían tenido contactos con las universidades de los países de lengua española y no era raro que tuviesen estrechos lazos de parentesco con sus habitantes.

Los científicos españoles en Iberoamérica

Respecto de la acogida que fue dispensada a los hombres y a las mujeres que se exiliaron en los países americanos de lengua española, merece la pena detenerse inicialmente en las afirmaciones de Francisco Ayala, que vivió su exilio en varios países (Chile, Argentina, Brasil, Puerto Rico, Santo Domingo y Estados Unidos) por lo que puede ser considerado uno de los testimonios más representativos de este fenómeno:

> Mucha y muy florida, y muy sentimental retórica es la que se ha derrochado acerca de la generosidad con la que los países hispanoamericanos recibieron a quienes, terminada la guerra civil con la derrota de la República, debimos abandonar la patria amada, fugitivos de Franco... Lo de la hospitalidad generosa con que tal o cual país acogió a los exiliados españoles es, ha llegado a ser, un lugar común que, como tantos otros tópicos, cualquiera fuese su base de realidad, resulta en último análisis falso, y hasta un poco irritante... [7].

Ayala exhorta, además, a que no se prescinda, en un discurso sobre el exilio ni de las peculiaridades del país que acogía ni de la experiencia individual de cada exiliado. De este modo, mientras la acogida dispensada por México se caracterizaba por el período de

[6] Francisco Giral: *Ciencia española en el exilio (1939-1989)*, Barcelona, Anthropos, 1994, pág. 16.

[7] Francisco de Ayala: *Recuerdos y olvidos.II. El exilio*, Madrid, Alianza Tres, 1982, pág. 11.

intensa expansión económica que la nación estaba viviendo, en Santo Domingo se registraba la actitud particularmente abierta del dictador Trujillo hacia los exiliados con el objetivo de mejorar la raza. Y mientras que en Chile, donde había triunfado el Frente Popular, los exiliados «rojos» que llegaban eran acogidos con gran fraternidad, en Argentina se proponía un criterio de acogida en extremo selectivo.

Para Ayala, no obstante, la elección del exilio seguramente no se reveló especialmente desventajosa.

> Mientras los españoles sufrían en la Península durante los primeros años del régimen franquista condiciones económicas —por no hablar de las condiciones políticas— atrozmente conflictivas, los emigrados (por lo menos, los emigrados al continente americano) alcanzaron pronto en su mayoría un nivel de vida superior al que habían tenido antes de la guerra [8].

La contribución científica de los exiliados al panorama internacional fue de muy alto nivel, así como fue amplio el espectro de las actividades intelectuales a las que se dedicaron, trascendiendo las fronteras de los países que los acogieron y convirtiéndose, de este modo, en ciudadanos del mundo («... una cosmovisión que los convirtió en ciudadanos del mundo» [9]).

Los países hispanohablantes del continente americano que acogieron a gran parte de los exiliados eran países muy jóvenes todavía y no existían en ellos ciencias como la matemática pura, por ejemplo, que generalmente no aparecen hasta una fase tardía de su evolución. «And this is natural enough. In growing countries, the principal demand is to meet the vital requirements of their maintenance and development: physicians, surveyors and engineers are needed. Of mathematics only the part which is helpful to these branches of science will be required, *i.e.* calculation, which is instrumental in technical studies» [10].

[8] Francisco de Ayala: *op. cit.*, pág. 36.

[9] Juan Rocamora: «El exilio médico en la Argentina», en *El exilio español en Hispanoamérica*, Cuadernos Hispanoamericanos, ns. 473-474, nov.-dic. 1989, págs. 33-76.

[10] L. Santaló, M.O. González, G. García, R. Laguardia: *Latin American Contribution to Scientific Progress. Mathematics*, Argentina, UNESCO Science Cooperation Office for Latin America (Montevideo), 1951, pág. 11 (El hecho es bastante natural. En los países en vías de desarrollo la principal demanda es la de hallar lo que se necesita vitalmente para el propio mantenimiento y desarrollo: se necesitan físicos, geómetras e ingenieros. Respecto a la mate-

Por ello, la llegada de profesores e investigadores españoles a estos países proporcionó la ocasión para que naciesen o se desarrollasen muchas disciplinas científicas, despertando el interés por la especulación y creando grupos de investigación.

México

Una vez restablecido el equilibrio tras la Revolución de 1910, México entró en una era de grandes proyectos y de construcción en la que los intelectuales mexicanos fueron invitados a expresar sus opiniones y a presentar proyectos para el futuro desarrollo del país. A este respecto, fue decisiva la figura y la obra del Ministro de Educación, José Vasconcelos, que permaneció en tal cargo entre 1920 y 1925, ya que puso en marcha un programa de reconstitución y de renovación manifestado en su famosa afirmación de que «la Revolución anda ahora en busca de los sabios» [11].

Un grupo de jóvenes intelectuales mexicanos, denominado el grupo del Ateneo de la Juventud, se pronunciaba constantemente por una renovación radical del pensamiento del país, que era muy restringido y de corte positivista. Antonio Caso, José Vasconcelos, Alfonso Reyes y Samuel Ramos se proponían rescatar los valores mexicanos más profundos, que con frecuencia se contagiaban del «morbo» estadounidense. En este sentido, revistió una gran importancia el nacimiento de numerosos institutos de antropología, gracias fundamentalmente a la intervención y a las investigaciones del jóven antropólogo Manuel Gamio, para el estudio de las comunidades indígenas.

La vieja universidad fundada por Carlos I en 1551 y cerrada en el siglo pasado tras un proceso de modernización, abría nuevamente sus puertas en 1929 con un estatuto de autonomía nuevo, convirtiéndose rápidamente en la institución cultural de mayor prestigio en México. Entre 1935 y 1945 la Universidad Nacional Autónoma de México se enriquecía con muchos centros nuevos, facultades e

mática, se requiere de ella únicamente aquella parte que pueda ser útil para estas ramas de la ciencia, como por ejemplo el cálculo, que es un instrumento de los estudios técnicos).

[11] Ascensión H. de León-Portilla: «Presencia española en la UNAM: rasgos generales», en J.L. Abellán-A. Moncús, *op. cit.*, pág. 165.

institutos de investigación, con lo que se multiplicaron los cursos de licenciatura y de doctorado. En 1934, por ejemplo, la Facultad de Ciencias se independizó, separándose de la de Filosofía y Letras. En 1937 se fundó la Escuela Nacional de Economía y la Sección de Geología en la facultad de Ciencias. El Instituto de Física se creaba en 1938, el Instituto de Química y el Laboratorio de Estudios Médicos y Biológicos (actualmente el Instituto de Estudios Biomédicos) en 1941 y en 1942 se fundaba el Instituto de Matemáticas.

En este período, pues, de gran esplendor académico, muchos profesores mexicanos comenzaron a ser conocidos fuera del país como, por ejemplo, Antonio Caso y Samuel Ramos en el campo de la Filosofía, Daniel Cosío Villegas como historiador, Manuel Sandoval Vallarta y Arturo Rosemblueth por los estudios de física, Isaac Ochotorena en el campo de la Biología o Ignacio Chávez y Manuel Martínez Báez en el de la Medicina.

El exilio español se integra dentro de este proceso de renovación y desarrollo hallando su puesto en cuanto factor altamente favorecedor. Los profesores españoles exiliados encontraron con facilidad un empleo en la UNAM, según sus respectivas disciplinas, y muchos de ellos participarían incluso en la creación de nuevas instituciones o en la ampliación de las que ya existían. Y así, fue tan importante su nueva estructuración y su expansión que la universidad tuvo que abandonar el viejo edificio, en el centro de la capital, para trasladarse a una zona periférica, creándose así una verdadera e independiente ciudad universitaria.

El papel que México desempeñó en el ámbito de la acogida a los exiliados fue sin duda significativo. De hecho no hay que olvidar, como sugiere Manuel Andújar, que «México era, antes de terminar la contienda, casi el único país que daba algunas facilidades para acoger refugiados españoles» [12]. Efectivamente, a diferencia de lo que sucedía en otros países, la acogida que México brindó a los emigrados españoles había sido institucionalizada y programada de forma que su integración resultase ventajosa también para el país: es decir, una «labor de aprovechamiento interesado» [13]. A ese respecto,

[12] Manuel Andújar: *El exilio español del 1939*, vol. I, Madrid, Taurus, 1976, pág. 109.

[13] Pilar González: «Justino de Azcárate: el exilio en Venezuela», en Abellán-Moncús, *op. cit.*, pág. 404.

Giral destaca que «no obstante las incertidumbres y las novedades, tuvimos la fortuna —especialmente la más numerosa emigración a México— de encontrarnos con países en que había libertad de trabajo y muchas oportunidades para trabajar» [14]. Además, como precisa José Gaos, «es una constante existencial de España y de Iberoamérica, la aplicación fáctica, y no sólo nominal y jurídica, de la doble nacionalidad que proclama la Constitución republicana de 1931 y que se ajusta a los vaivenes y azares de nuestro destino» [15]. El gobierno ofreció a los refugiados más destacados, efectivamente, la posibilidad de obtener la nacionalidad mexicana firmando sencillamente un documento y, posteriormente, llegó a reconocer los títulos profesionales y los grados militares a través de un mero trámite testimonial.

El presidente mexicano Lázaro Cárdenas favoreció y estimuló el proceso de integración de los españoles emigrados protegiendo e institucionalizando los centros, tanto en beneficio de los inscritos como en el del propio país, mientras que en otros países los exiliados tenían que asociarse con muchas precauciones para no levantar sospechas [16]. De hecho, a causa de los obstáculos burocráticos, era frecuente que los exiliados españoles se agrupasen y fundasen en las patrias de adopción una serie de círculos por profesiones, según afiliaciones o aversiones políticas o por credos regionalistas. Esta modalidad de asociación fue muy frecuente entre los médicos.

La Casa de España en México nació con el manifiesto propósito de ayudar a los exiliados españoles, por deseo del propio Lázaro Cárdenas y de dos intelectuales mexicanos: Alfonso Reyes y Daniel Cosío Villegas. A la Casa le interesaba mantener una posición apolítica, que resultaba la más cómoda diplomáticamente y se presentaba, por tanto, como un centro de reunión y de trabajo para el grupo de intelectuales españoles que hospedaba. A este propósito, la carta que escribió Cosío a Cárdenas es interesante y clarificadora:

[14] Francisco Giral: *Ciencia española en el exilio*, Barcelona, Anthropos, 1994, pág. 9.

[15] Manuel Andújar: «Exilio y transtierro», en *El exilio español en hispanoamérica*, Cuadernos Hispanoamericanos, ns. 473-474, nov.-dic. 1989, pág. 174.

[16] Pilar González: «Justino de Azcárate: el exilio en Venezuela», en Abellán-Monclús, *op. cit.*, pág. 405: El estímulo por ejemplo en México, como la emigración era muy numerosa, también había la posibilidad de aglomeración de españoles que emigraban. En los demás, los españoles se asociaban levemente con mucho cuidado para no despertar desconfianzas.

> ... Lo cierto es que México es y ha sido el único país confesadamente amigo de Madrid. Puede discutirse la técnica de la amistad, pero no la amistad misma: es uno de los rasgos más generosos de México. Pero un rasgo no es la generosidad misma; es apenas un paso, un primer paso. Y yo quisiera que usted encabezara un movimiento para que México siga siendo generoso con España y ya no en un terreno que, por ser político, es indiscutible, sino que, por ser humano, está a salvo de toda sospecha o mala interpretación. [...] México está en buenas condiciones económicas ahora y probablemente lo estará todavía por algunos años [17].

Cosío fue sin duda perspicaz en la valoración y en el aprovechamiento de la oportunidad que se presentaba a su país. El hecho de favorecer la acogida de los intelectuales españoles exiliados, ofreciendo o facilitando la búsqueda del alojamiento y del trabajo, suponía la ventaja de dar un fuerte impulso intelectual a la nación mexicana.

Entre las principales actividades de la Casa se hallaba la organización de cursos y conferencias, la creación y subvención de nuevos laboratorios de investigación científica, la publicación de libros por medio de la contribución del Fondo de Cultura Económica (creado en 1934 por Cosío Villegas), la financiación de exposiciones de arte, así como la de favorecer las relaciones entre los miembros y los centros culturales nacionales o extranjeros. La institución funcionaba en estrecha relación con el mundo académico mexicano; la Casa de España en México dependía directamente, de hecho, del Consejo Nacional de la Enseñanza Superior y Científica mexicano.

Entre los miembros de la Casa y la institución existían distintas modalidades de relación. Estaban los residentes, que eran contratados y remunerados de forma regular por la Casa, a la que ofrecían una dedicación exclusiva; los miembros honorarios eran retribuidos por sus prestaciones esporádicas, mientras que los miembros especiales podían colaborar en los trabajos de la Casa aun cuando trabajasen por cuenta de otras instituciones. Por último, estaban los becarios que, aunque no eran miembros de la Casa, recibían retribuciones ocasionales para realizar algún trabajo o para colaborar con la institución.

[17] Pilar González: «La experiencia de Iberoamérica de Manuel García Pelayo», en Abellán-Monclús: *op. cit.*, pág. 453.

Alfonso Reyes fue nombrado presidente del Patronato de la Casa de España por Cárdenas. Este órgano debía fomentar y estrechar los lazos entre la comunidad académica, científica y cultural de México y los huéspedes recién llegados a las distintas instituciones —la Universidad Nacional Autónoma de México, las diversas universidades de provincia, el Instituto Politécnico Nacional, el Hospital General, el Instituto de Enfermedades Tropicales, el Palacio de Bellas Artes y el Conservatorio Nacional de Música.

> Alfonso Reyes, fundador de la Casa de España [...] [y] otros empatriados (así los llamaba León Felipe) fueron decisivos en la consolidación del Fondo de Cultura Económica, ejemplar casa editora, y [...] enriquecieron con sus saberes y entusiasmos a las universidades, al Instituto Politécnico, los centros de investigación [...] y los colegios fundados por los mismos españoles para aplicar los métodos pedagógicos iniciados por la Institución Libre de Enseñanza [18].

Los primeros miembros residentes de la casa fueron doce, entre los que recordamos a Isaac Costero, Gonzalo R. Lafora y Pío del Río Ortega en el ámbito de las ciencias. A este grupo se unirían posteriormente el químico Antonio Medinaveitia, el biólogo Antonio Oriol, el fisiólogo Jaime Pi Sunyer y el médico Antonio Trías. De hecho, cuando la República española perdió definitivamente la guerra en 1939, se produjo una segunda y numerosa oleada de emigrantes españoles, entre los que se contaban pocos intelectuales pero numerosos profesionales, fundamentalmente médicos. En aquel año, a consecuencia del imprevisto y elevado aumento de personal y del empeoramiento de la situación financiera mexicana, el Patronato decidió apelar al último primer ministro español en el exilio, el doctor Juan Negrín, solicitando una ayuda financiera para la Casa. El 22 de abril de 1940 la Casa recibía finalmente (según se observa en los balances de diciembre de ese año) 200.000 pesos de manos del gobierno español en el exilio, así como una oferta de la institución Rockefeller, que ascendía a 5.000 dólares, para el laboratorio de fisiología construido por la Casa y ofrecido a la facultad de Medicina de la Universidad Nacional.

[18] Hugo Gutiérrez Vega: «Los refugiados», en *El exilio español en Hispanoamérica, Cuadernos Hispanoamericanos*, ns. 473-474, nov.-dic. 1989, págs. 171-175.

Las protestas, ante la actitud que había elegido el gobierno de Cárdenas y su política de acogida a los exiliados, se levantarían por doquier. La acusación más frecuente era la de que se estaba haciendo política, por lo que el rector de la Universidad se vió obligado a desmentirla públicamente afirmando que los profesores habían sido invitados en calidad de profesionales y de hombres de cultura y no como políticos. Otras voces críticas e intensas que clamaron contra la Casa sostenían que se habían gastado energías y dinero para crear una institución que socorriese a los intelectuales españoles, mientras que se había olvidado por completo de los intelectuales mexicanos. Se afirmaba, además, que se había incurrido en una gran falta de delicadeza denominando a aquella institución «la Casa de España», siendo los periodistas los que de modo especial se opusieron a un nombre que excluía a los intectuales y a los científicos mexicanos.

Pero, para cambiar la denominación, era importante asegurar la continuidad de la institución y colocarla definitivamente en una posición neutral, por encima de toda discusión política respecto del problema español del que había nacido. Por otra parte era necesario desligar la institución de las circunstancias políticas mexicanas ya que, desde principios de 1939, se presentaba el problema de la sucesión presidencial y la Casa dependía para todo, efectivamente, de la presidencia del gobierno. De este modo se empezó a ofrecer becas a los estudiantes universitarios mexicanos y se orientaron todos los esfuerzos hacia la búsqueda de una nueva fórmula que garantizase la independencia, la estabilidad y la integración de la institución en el ámbito de las necesidades nacionales. Al fin, el 18 de septiembre de 1940, cuando estaba terminando el mandato presidencial de Cárdenas, el Patronato de la Casa de España se reunía y cambiaba el nombre del instituto por el de Colegio de México. La vieja institución desaparecía, pues, para dejar el puesto y la experiencia de dos años y medio de actividad a una nueva institución con una fisionomía más duradera, desligada de la circunstancial situación del exilio y que expresaba con mayor precisión su peculiaridad en cuanto lugar de encuentro y de interacción entre dos culturas diferentes, la mexicana y la española.

Durante estos años de intensa inmigración se fundaron, además, numerosos institutos que se inspiraban en los principios de la

Institución Libre de Enseñanza y, por tanto, de corte laico, liberal y tendencialmente progresista.

Recordamos así el Instituto Hispano-Mexicano Ruiz de Alarcón, creado en 1939 y financiado así mismo por el capital nacional ofrecido por Cárdenas. Formaban parte del profesorado, en el ámbito de las ciencias, Cándido Bolívar Pieltrain, los físicos Pedro Carrasco y Blas Cabrera, Enrique Rioja Lo Blanco, Sáenz de La Calzada y el matemático Marcelo Santaló Sors.

Con el Instituto Luis Vives, fundado también en 1939 y subvencionado con los fondos del Comité Técnico de Ayuda a los Españoles Refugiados, colaboraban los matemáticos Enrique Jiménez González y Marcelo Santaló Sors, el físico Pedro Carrasco Garronera y Enrique Rioja. El instituto participó de forma activa en la campaña de alfabetización organizada en 1944 por el gobierno mexicano.

La Academia Hispano-Mexicana nacía en 1940, gracias a las subvenciones del SERE (Servicio de Evacuación de los Refugiados Españoles), para acoger a los hijos de los exiliados. Entre sus colaboradores se hallaban los matemáticos Ricardo Vinós Santos y Lorenzo Alcaraz, el botánico Faustino Miranda y también Marcelo Santaló Sors, que impartía los cursos de matemáticas y de astronomía.

Queremos recordar, finalmente, el Colegio Madrid, fundado en 1941 con los fondos de la Junta de Auxilio a los Republicanos Españoles (JARE) que estaba presidida por Indalecio Prieto.

A pesar de que los exiliados «tuvieron que calibrar y aceptar el ambiente propio del micromundo universitario mexicano» [19], no se puede dudar de la generosidad manifestada por la UNAM, ya que no se limitó a invitar a maestros ya consagrados sino también a jóvenes que aún no habían concluido sus carreras universitarias.

Además de participar activamente, como ya hemos señalado, en el proceso de multiplicación de los cursos de especialización en la Facultad de Ciencias, creando nuevos institutos de investigación (como el de física, el de química y el de matemáticas), los científicos españoles se dedicaron también a la edición. En este sentido, Artu-

[19] Ascensión H. de León-Portilla: «Presencia española en la UNAM: rasgos generales» en Abellán-Monclús, *op. cit.*, pág. 165.

ro Souto habla de un auténtico y propio «desplazamiento de la cultura a este lado del Atlántico» [20]. Casi todos los científicos españoles del exilio colaboraron en el desarrollo y la difusión de las revistas científicas mexicanas que ya existían, pero además nacieron dos nuevas revistas de esta oleada migratoria. La primera, *Anales del Instituto de Biología*, se debió a los esfuerzos y al trabajo de Enrique Rioja Lo Blanco, biólogo de Santander y miembro del Patronato de Misiones Pedagógicas.

La segunda, la revista *Ciencia*, fue fundada en 1940 por Ignacio Bolívar Urrutia; a su muerte, en 1944, le sucedió en la dirección Blas Carrera y, posteriormente, Cándido Bolívar. Esta revista tuvo inmediatamente un gran éxito y aún hoy se sigue publicando gracias a las subvenciones de la UNAM y de la Academia de la Investigación Científica, de la que constituye su órgano oficial.

Otra de las empresas que los exiliados españoles acometieron en el campo editorial fue la fundación de una editorial, la Editorial Séneca, que contaba con la garantía ofrecida por la colaboración de muchos científicos, entre los que destacaba Enrique Rioja Lo Blanco. Su presidente era el doctor Puche, consejero de Enseñanza y director general de Sanidad durante la Guerra Civil. Esta editorial vivió entre 1940 y 1948 un período de actividad especialmente intensa [21].

En 1943 se fundaba la Sociedad Mexicana de Matemática cuya revista, el *Boletín de la Sociedad Matemática Mexicana*, constituyó la primera publicación de matemática pura del país. El *Boletín* recogía los ensayos más interesantes y recientes para el progreso de la ciencia realizados por los nuevos matemáticos mexicanos. Las ciencias matemáticas y físicas que se desarrollaron en México tendían generalmente a presentar, defender y debatir la teoría gravitatoria de Birkhoff. Y, a este respecto, la aportación fundamental de los científicos mexicanos consistió en aclarar los puntos oscuros de aquella y en analizar sus posibles aplicaciones en campos nuevos y específicos.

[20] Arturo Souto: «Letras», en *El exilio español en México*, México, Fondo de Cultura Económica, 1982, pág. 365.

[21] Para ulteriores informaciones respecto del nacimiento y actividad de esta editorial véase el artículo de Gonzalo Santoja, La Editorial Séneca y los libros iniciales en el exilio, en *El exilio español en Hispanoamérica*, Cuadernos Hispanoamericanos, ns. 473-474, nov.-dic. 1989, págs. 191-199.

El exilio de los médicos

Los médicos españoles que se exiliaron en México [22] eran representativos de la época de esplendor de la medicina española y pertenecían en su mayoría a la escuela de Santiago Ramón y Cajal. Gran parte había completado su formación en el Instituto Cajal, que dirigía un discípulo suyo, el histólogo Pío del Río Ortega, mientras que otros habían finalizado sus estudios en el Laboratorio de Fisiología dirigido por Juan Negrín, como por ejemplo Severo Ochoa, Premio Nobel. Entre los médicos exiliados que obtuvieron la cátedra en la Universidad Nacional y llegaron a ser insignes profesionales destacamos a Isaac Costero, José Puche, Dionisio Nieto y a Rafael Méndez.

Los médicos del exilio poseían una formación profesional de un nivel superior, pues, respecto a la mexicana y se encontraron con un país que acababa de contraer el compromiso de prestar un servicio médico a escala masiva. Seguramente no les fue fácil entender cuáles eran las necesidades nacionales a las que debían adecuarse.

La Casa ofreció su hospitalidad de forma inmediata y provisoria a un restringido número de médicos hasta que hubiesen hallado una adecuada colocación profesional según las respectivas especialidades. Se preocupó intensamente de buscarles un empleo en las universidades y en los institutos de provincia, como sucedió por ejemplo en el caso de los médicos Fernando de Buen, Juan Xirau y Juan López Durá que recibirían una retribución de la Casa por enseñar en la Universidad de Michoacán, o bien se ocupó de facilitarles la apertura de consultorios.

En el ámbito de la medicina, las personalidades que se ocuparon de invitar y acoger en la UNAM a las figuras más relevantes del panorama médico español, de forma que pudiesen continuar ejerciendo su profesión, fueron dos: Ignacio Chávez e Ignacio González Guzmán.

Isaac Costero llegó a México a la edad de 36 años, cuando era ya un histólogo de prestigio en su patria y famoso por sus investigaciones en el campo de la histopatología del sistema nervioso. Discí-

[22] Según Germán Somolinos D'Ardois, el número de los médicos exiliados que llegó a México al final de la guerra civil asciende a-------. *Vid.* G. Somolinos D'Ardois «Veinticinco años de medicina española en México», en la *Gaceta Médica de México*, México, Academia Nacional de Medicina, 1965, vol. XCV, nº 7, pág. 648.

pulo del célebre Pío del Río Ortega, con el que colaboró durante 14 años en el laboratorio de Histopatología de la Junta para la Ampliación de Estudios de Madrid, era el responsable del laboratorio de Anatomía Patológica y del departamento de estudios sobre los tejidos del Instituto de Cáncer de Madrid, trabajaba además como especialista en anatomía patológica en la Clínica Médica del Hospital General de Madrid y era catedrático de Histología y Anatomía Patológica en la Universidad de Valladolid.

Como muchos otros, había ampliado sus estudios en Alemania. Por invitación del cardiólogo Ignacio Chávez, fue a México para enseñar en el recién creado Instituto de Cardiología de la UNAM, donde pudo continuar sus estudios y sus investigaciones de anatomía patológica.

Augusto Fernández Guardiola, uno de sus discípulos mexicanos, se referiría a Costero como el «fundador de la escuela mexicana de Patología», afirmando que «supo hacer sus clases alegres, dinámicas, atractivas» [23]. Costero dio numerosas e importantes conferencias en las universidades mexicanas. Entre ellas recordamos las de «Técnica de autopsias y diagnóstico analítico» (Facultad de Medicina de la UNAM), «Histología especial» (Instituto Politécnico), «Técnica de las autopsias y demostraciones de anatomía patológica» (Universidad de Michoacán), «Histopatología» (Universidad de Guadalajara) y un curso de anatomía patológica y de histología práctica en la Universidad de Monterrey.

Otra figura relevante dentro del grupo de los médicos españoles del exilio es José Puche Álvarez (1896-1979). Nació en Llorca, pero pronto se trasladó a Barcelona donde estudió Medicina. A continuación, amplió sus estudios en las universidades de Gante, Bruselas, Utrecht y Lund y, finalmente, en la Residencia de Estudiantes de Madrid, en cuyo laboratorio —dirigido por Juan Negrín— prepararía su tesis de fisiología titulada *El sistema nervioso autónomo en la regulación de la glucemia.* Fue catedrático en la Universidad de Salamanca y de Valencia en 1929 y llegó a ser rector de esta última entre 1935 y 1938.

En cuanto miembro activo de la Izquierda Republicana, asumió diversas funciones de responsabilidad política. Fue director del Insti-

[23] A.H. de León-Portilla: «La labor de los médicos en la Universidad Nacional», en Abellán-Monclús: *op. cit.*, pág. 195.

tuto Nacional de Higiene y Alimentación en la época en que Juan Negrín se convirtió en jefe del gobierno de la República española y, más tarde, llegaría a ser Director General de Sanidad de Guerra.

Cuando terminó la guerra, huyó a Francia y desde allí se transfirió a México donde Juan Negrín le confió la dirección del SERE y más tarde sería nombrado presidente también del Comité Técnico de Ayuda a los Refugiados Españoles (CTARE). En 1940 obtuvo la nacionalidad mexicana. Sobre el exilio dijo:

> ... una experiencia muy dura. Porque yo me siento como si hubiera sido una planta que han arrancado de raíz; encuentro que mis raíces se están secando sin haber dado como árbol, como planta, como persona [...] No comparto la opinión de Unamuno, aunque a veces la he citado, de que la patria es la tierra que pisas [...] la patria no la lleva uno en las plantas de los pies, la patria la lleva uno en la cabeza y en el corazón [24].

Una vez en México, aparte de atender siempre a sus compromisos políticos con gran empeño, volvió a su actividad investigadora obteniendo la cátedra de fisiología en el Instituto Politécnico Nacional y en la UNAM. Desde 1973 presidiría el Ateneo Español Republicano de México. Sus fundamentales artículos sobre fisiología experimental y sobre química fisiológica se hallan recogidos en los volúmenes de la *Société de Biologie de Paris*, en el *Journal de Physiologie et Pathologie de Paris* y en *Biological Abstract*. Profundizaría en sus estudios y continuaría sus investigaciones sobre la glucemia y el metabolismo de los crustáceos y de otras especies lacustres mexicanas.

Otro médico español que emigró a México fue Rafael Méndez, discípulo y amigo de Juan Negrín. Aun siendo un hombre de carácter tranquilo, la amistad con Negrín le llevó a participar en misiones especialmente difíciles durante la Guerra Civil. Amplió sus estudios en Alemania y era todavía un joven —si bien prometedor— investigador cuando fue al exilio. Trabajó durante algunos años en las Universidades de Harvard y de Chicago y, más tarde, se trasladó a México, invitado por Ignacio Chávez, para trabajar como docente e investigador en la facultad de Medicina y en el Instituto de Cardiología. Llegaría a ser famoso por sus fundamentales aportaciones, de

[24] J.L. Barona y M.F. Mancevo: *José Puche Álvarez*, Valencia, Commisió por el V Centenari, 1989, pág. 58.

resonancia mundial, en el campo de la farmacología cardiovascular con las que contribuyó a aumentar significativamente los conocimientos sobre la fisiología del corazón. Durante su permanencia en México profundizó en sus estudios sobre esta disciplina y se dedicó, en particular modo, al estudio de fármacos arrítmicos, adrenérgicos, digitales de acción cardiotónica y de la circulación coronaria en general.

Cuando estalló la guerra, Germán Somolinos d'Ardois, que acababa de terminar su especialización en anatomía patológica, emigró al exilio.

La Casa de España en México no acogía únicamente, como ya hemos dicho, a personalidades famosas del mundo científico sino también a jóvenes con futuro. El doctor Enrique Arreguín *junior*, presidente del Consejo de la Enseñanza Superior y miembro también del Patronato de la Casa se interesó por el caso de Somolinos y se esforzó para que se pudiese colocar en el Hospital General. Se desencadenaron muchas polémicas al respecto, como explicaría el propio Arreguín:

> La dificultad para el ingreso de dicho doctor como médico del Hospital General radicaba en que el reglamento de personal de ese Establecimiento se establecía la imposibilidad de que un profesionista extranjero participara en las oposiciones para obtener plazas. Esta dificultad ha sido resuelta, pues se ha votado un nuevo reglamento en que se establece la posibilidad para extranjeros; en el caso particular del Dr. Somolinos, la resolución vendrá luego en sentido favorable» [25].

Somolinos fundó un laboratorio en México para la investigación sobre anatomía patológica y comenzó a dedicarse al estudio de la historia de la medicina mexicana y española. Cuando la UNAM publicó las *Obras completas* del médico toledano Francisco Hernández, Somolinos aprovechó para impulsar una serie de estudios específicos sobre su vida y sus investigaciones, fundando finalmente la Sociedad Mexicana de Historia y Filosofía de la Medicina, una institución estrechamente ligada a la facultad de Medicina de la UNAM. Continuaría su investigación histórica su propio hijo, Juan Somolinos Palencia, que era también médico.

[25] C. Lida: «De La Casa de España a El Colegio de México: 1938-1940», en Abellán-Monclús: *op. cit.*, pág. 122.

Cuando Manuel Rivas Cheriff y Manuel Márquez, dos famosos oftalmólogos españoles, llegaron a México colaborarían con la Asociación para evitar la ceguera en aquel país. Se trataba de una institución que, en colaboración con la Casa de España, hizo todo lo posible para que se adquiriese un aparato muy caro para poder fotografiar la membrana ocular. Las conferencias más importantes que Rivas Cheriff dio en México fueron: «La fotografía de las membranas profundas del ojo» en la Escuela de Medicina de la UNAM; «Refracción», un curso práctico que impartió en el Hospital General; «Oftalmología para postgraduados» en la Universidad de Guadalajara y varias conferencias sobre la «Motilidad ocular». Con los fondos proporcionados por la Casa de España, Rivas Cheriff publicó también un libro, titulado «Las fotografías de las membranas profundas del ojo».

El oftalmólogo Manuel Márquez, por su parte, daría una conferencia titulada «Las supuestas anormalidades visuales del Greco» en la Escuela de Artes Plásticas de la UNAM y un curso sobre casos clínicos en el Hospital General.

El médico español Juan Solares Encino eligió también México como patria de exilio y, subvencionado por la Casa de España, estudiaría los casos de tuberculosis en el Penitenciario del Distrito Federal y en las Casas para el Tratamiento de Menores.

José Torre Blanco, especializado en ginecología, trabajó en la Casa de Orientación y en la Casa Hogar para Mujeres, retribuido asimismo por la Casa. En octubre de 1939, gracias a la organización y a las subvenciones de la Casa, Torre Blanco dio algunas conferencias en la Escuela de Ciencias Biológicas del Instituto Politécnico Nacional para los estudiantes de los cursos de especialización; esta ocasión le sirvió para darse a conocer y ser interpelado por el director de la escuela, Diodoro Antúnez, y por Ignacio Millán, director de medicina del Politécnico, que le ofrecieron la cátedra de Obstetricia a cambio de 125 pesos mensuales (en vez de los 5.000 de la Casa que, como se recordará, pretendía tener la exclusiva de los trabajos). Torre Blanco aceptó la oferta, sugiriendo algunos cambios en el plan de estudios de la escuela y con la colaboración de algunos amigos abrió un consultorio que llegó a ser muy famoso entre los refugiados republicanos [26]. La contribución

[26] El propio Torre Blanco ha escrito un libro autobiográfico en el que comenta la campaña que se hizo en contra del nacimiento de este consultorio: *Vid.*: *Uno de tantos. Un médico republicano español refugiado en México*, México, Colección Málaga, 1976.

financiera inicial para su apertura se debió a un préstamo de la JARE. Los colaboradores del consultorio eran: el dermatólogo Julio Bejarano, el cirujano Jacinto Segovia, el internista Rafael Fraile, el neumólogo Juan Solares y el pediatra y especialista en puericultura Aurelio Romeo, miembro de la Casa invitado por el propio Cárdenas. Aurelio Romeo daría muchas conferencias importantes, entre las que recordamos las tres que pronunció en la Universidad de San Luis Potos: «Profilaxis de la sífilis congénita», «Profilaxis de la tuberculosis en el niño» y «Profilaxis del reumatismo y especialmente de las cardiopatías reumáticas».

El doctor Germán García y García, célebre radioterapeuta, trabajó primero para la Secretaría de Asistencia Pública y luego entró a formar parte del equipo médico de la recién creada clínica oncológica.

La Casa se ocupó, además, de introducir a sus miembros médicos en las Universidades de provincia: deseamos recordar, en particular, a Fernando de Buen, Juan Xirau y a Juan López Durá, que eran retribuidos por enseñar en la Universidad de Michoacán.

La psiquiatría era una especialidad médica que se desconocía en México hasta que fue importada por medio de la llegada del médico exiliado español Gonzalo Lafora. Una vez obtenida la licenciatura por la Universidad de Madrid, había podido ampliar sus estudios a través de una financiación de la Junta para la Ampliación de Estudios, especializándose así en Histopatología del sistema nervioso en las clínicas y en los laboratorios de Berlín y de Munich. Habiendo sido llamado por el Hospital Psiquiátrico de Washington para dirigir el laboratorio de histopatología cerebral, descubrió un tipo de lesión que desde entonces se denomina «alteración ganglionar de Lafora». Posteriormente trabajó en el Instituto Cajal de Madrid, donde creó un laboratorio de fisiología cerebral. En 1919 fundó con Ortega y Gasset y con el médico Sacristán la revista *Archivos de Neurología* y sería durante algunos años el presidente de la Academia Médico-Quirúrgica, de la Academia Nacional de Medicina y del Consejo Superior Psiquiátrico, así como director de la clínica de Psiquiatría del Hospital Provincial de Madrid. Cuando estalló la guerra, habiendo superado ya los cincuenta años, contaba con la publicación de numerosos libros. Sus estudios psiquiátricos resultaron ser muy novedosos, como ya hemos dicho, para México y por este motivo se convirtió enseguida en una celebridad.

Entre las numerosas e interesantes conferencias que Lafora pronunció (y no hay que olvidar que incluso la prensa se mostraba interesada por sus argumentos) recordamos la serie de ocho conferencias sobre «El problema del carácter y la personalidad», que tuvieron lugar en el auditorio de la facultad de Medicina y a las que asistió un público muy numeroso. Lafora se caracterizaba por su forma de exponer clara y teatral. El rector de la Universidad de Guadalajara escribiría a Lafora para invitarlo a tres ciclos de conferencias sobre el tema de la orientación de la moderna neuropsiquiatría.

Realizaba investigaciones sobre la orientación neurológica de la psiquiatría haciendo referencia a los casos concretos que había estudiado en el Manicomio de Mixcoac y en el Hospital General de México. Publicó un manual divulgativo sobre psiquiatría. Fue invitado a México, por cuenta de la Casa, para que estudiase los casos de menores con personalidad patológica. En 1939 decayó su contrato con la Casa por haber violado las normas, lo que constituye un caso único en la historia de la Institución.

Otro psiquiatra y neurólogo de origen español, Dionisio Nieto Gómez, llegaría a ejercer una gran influencia en el desarrollo de la psiquiatría en México. En España era uno de los más jóvenes y prometedores colaboradores del Instituto Cajal de Madrid y también ampliaría en Alemania sus estudios en el campo de la neurología.

Una vez en México se le confió la cátedra de patología del sistema nervioso en la UNAM, así como la dirección del Departamento de Neuroanatomía y Neuropatología del Instituto de Investigaciones Biomédicas. Trabajó, por cuenta de la Casa, en el manicomio La Castañeda y, cuando sobrevinieron al instituto los primeros problemas de fondos, la Secretaría de Asistencia Social solicitó de la Casa que le retribuyese únicamente por seis meses de trabajo, además de hacerse cargo de su salario a partir de 1941.

Los estudios y los descubrimientos de Nieto sobre algunas enfermedades, como la cisticercosis, la epilepsia y varios tipos de lesiones cerebrales fueron importantísimos. Por otra parte, su metodología de estudio del cerebro era de gran importancia y sumamente innovadora, pues consistía en un enfoque de tipo global en el que intervenían ciencias como la psiquiatría, la biología, la química, la fisiología... Fue además uno de los primeros estudiosos de la aplicación de la psicofarmacología.

Otro psiquiatra de origen español que se exilió en México y que contribuyó al desarrollo de la psiquiatría en este país y a la creación de escuelas para psiquiatras, fue Federico Pascual del Roncal. La Casa de España se encargó de recompensarlo por su trabajo. Pascual del Roncal dio una interesante conferencia en el Colegio del Estado de Guajanato titulada «Las orientaciones actuales de la psiquiatría».

Algunos médicos de la llamada «segunda generación» del exilio, es decir los que poseían ya la nacionalidad hispano-mexicana, llegaron a ser reconocidos profesionales. Recordamos a Vicente y Enrique Guarner, Augusto Fernández Guardiola y a Carlos Méndez Domínguez.

El exilio de físicos, químicos y matemáticos en México

Una serie de grandes figuras, famosas en todo el mundo por sus estudios e investigaciones, formaba parte del grupo de los físicos españoles que se exiliaron en México.

Entre ellos destaca Blas Cabrera que era, antes del inicio de la Guerra Civil, el director del Instituto Nacional de Física y Química y el rector de la Universidad de Madrid y de la Universidad Internacional de Santander. En México colaboró activamente en la fundación de muchas revistas y se dedicó a la enseñanza de la física atómica y al estudio de la física.

Pedro Carrasco, especializado en astrofísica, era otra figura de prestigio del exilio español en México. En España enseñaba en la Facultad de Ciencias y dirigía el Observatorio Astronómico. Con la Guerra Civil decidió irse a México, rechazando varias invitaciones de los Estados Unidos y, aunque no pudo continuar el trabajo que realizaba en el Observatorio, publicaría muchos libros de astronomía y enseñaría óptica en la Universidad Nacional.

Entre las muchas conferencias importantes que Carrasco pronunció en México recordamos las de «Optica instrumental» y «Meteorología y climatología» (en el Politécnico Nacional), «Física para físico-matemáticos» (en el Colegio del Estado de Guajanato), «La mecánica cuantista y sus aplicaciones a la astrofísica» (para el centenario de la fundación del Colegio de San Nicolás) y algunas ponen-

cias sobre la nueva física presentadas en la Escuela de Hijos de Trabajadores de Coyoacán.

Desde 1939, una de las actividades de la Casa era, como ya hemos dicho, la publicación de libros, que corría a cargo del Fondo de Cultura Económica presidido por Daniel Cosío Villegas. De Carrasco fue publicado el libro *Óptica instrumental.*

Juan de Oyarzábal, malagueño, era capitán de fragata antes del exilio. Inició sus estudios en México distinguiéndose hasta tal punto como óptimo estudiante en la facultad de Ciencias que, años más tarde, sería director del Departamento de Física e investigador en los laboratorios del Instituto de Física. Muchos de sus alumnos han conservado un buen recuerdo de él, tanto a nivel humano como profesional. José Heras Gómez se refiere a él como un profesor que supo transmitir el amor por la física, en cuanto amor por la belleza y el arte.

En el campo de la química se destacaron también muchas personalidades del exilio español. Recordamos a Antonio Medinaveitia, que era catedrático de química orgánica en la Universidad de Madrid e investigador en el Instituto Nacional de Física y Química de España, creado con los fondos Rockefeller. Completó su formación, como muchos científicos de la época, en Alemania. Fue invitado a ir a México por Fernando Orozco, director de la Facultad de Química de la UNAM (al que había conocido durante sus estudios de especialización en Alemania) que solicitó su colaboración para la fundación de un Instituto de Química. Ya en México, fue precisamente en estos institutos donde Medinaveitia se dedicó al estudio de los productos naturales mexicanos, al análisis en el laboratorio de los productos químico-farmacéuticos y a la traducción de obras fundamentales en el campo de la química.

Entre las numerosas conferencias que dio Medinaveitia destacamos «Farmoquímica» (en la Escuela de Ciencias Químicas y por el centenario de la fundación del Colegio de San Nicolás) y una conferencia sobre la nueva química y la fotoquímica en la Universidad de San Luis Potosí.

José Giral fue otra de las personalidades de la vida académica y política española que llegó a México. Fue rector de la Universidad de Madrid y, cuando estalló la Guerra Civil, fue jefe del gobierno republicano. Una vez en México se mantuvo fiel a ambos compro-

misos, tanto el profesional como el político. Enseñó y realizó importantes investigaciones de laboratorio en el campo de la química de los alimentos, creando además un grupo de investigación que desempeñó un papel fundamental en el desarrollo de la química en México. Por otra parte, se batió siempre en defensa de sus ideas democráticas y llegó a ser presidente del gobierno republicano en exilio entre 1945 y 1947.

Fueron muy numerosas sus conferencias: «Bromatología y alimentación» (un curso para los asistentes sociales en la Secretaría de Asistencia Pública), «Bioquímica» (en la Escuela de Medicina), «Química Fisiológica» (en el Politécnico Nacional), «Química Biológica» (en la Universidad de Michoacán) y otras conferencias, igualmente sobre química, en el Colegio de Estado de Guajanato.

Publicaría también un libro, *Fermentos,* subvencionado por el Fondo de Cultura Económica.

Su hijo, Francisco Giral, era un catedrático jovencísimo de química orgánica. En México prosiguió sus trabajos de investigación en el laboratorio del Instituto de Enfermedades Tropicales y enseñó la técnica de la investigación química en laboratorio. Se dedicó especialmente al estudio de los productos naturales mexicanos y a la producción en laboratorio de esteroides sintetizados, como por ejemplo el verbasco, que le procuraron fama en la moderna investigación hormonal. En la UNAM dio dos conferencias importantes: «Vitaminas y hormonas» y «Alcaloides y glucósidos», en la Escuela de Ciencias Químicas y en la Universidad de Guadalajara la de «Medicamentos modernos sintéticos y naturales».

Muchos críticos coinciden en la consideración como exiliados también a los que pertenecieron a la llamada «segunda generación», es decir, aquellos refugiados que llegaron a México cuando eran todavía jóvenes, con sus familiares, y que prosiguieron sus estudios en este país. Entre estos recordamos a José Ignacio Bolívar Goyanes, hijo de Cándido Bolívar y Pieltain y nieto de Ignacio Bolívar y Urrutia, ambos entomólogos famosos que se habían exiliado en México. José Ignacio se licenció en química en este país y llegó a ser catedrático de química orgánica en la UNAM, así como miembro de la Sociedad Química de México en cuyo ambiente fundó y dirigió una revista. También su hijo, Francisco Bolívar se dedicó a los estudios y obtuvo resultados relevantes llegando a ser el director del

Centro de Investigación de Ingeniería Genética y Biotecnológica de la Universidad Nacional.

Entre los químicos de origen español más jóvenes recordamos también a Pilar Rius y a Andoni Garritz (nacido en México) que constituyeron un interesante equipo de investigación en la nueva patria.

Como ya se ha indicado, la matemática en los países jóvenes aparece sólo en un estadio ulterior de su evolución. Además, para el desarrollo de una ciencia como la matemática la existencia de una biblioteca que posea tanto textos antiguos como nuevos, así como revistas, es de fundamental importancia [27]. México no tenía todavía una verdadera y propia escuela de matemática moderna y, por tanto, la integración de los matemáticos españoles exiliados no fue tan fácil como la de los médicos. No obstante, el grupo de los matemáticos se empeñó en aquella tarea y pronto sería fundada una sociedad de matemática de carácter extranacional, la Sociedad Matemática Mexicana, que nació en 1943. La revista que publicaba esta asociación, el *Boletín de la Sociedad Matemática Mexicana*, fue la primera publicación de matemática pura del país. La orientación de la revista, y por tanto de la matemática en general y de la física teórica en México, tendía al desarrollo y a la discusión crítica de la teoría gravitatoria de Birkhoff. El trabajo realizado por los científicos mexicanos a través de la revista consistió en la defensa de esta teoría y en un intento de clarificación, desarrollo y aplicación de aquélla a nuevos campos.

En el campo de las ciencias matemáticas, la UNAM acogió a Enrique Jiménez González, uno de los exiliados españoles que había nacido en Madrid en 1888. Habiendo obtenido la licenciatura en ciencias exactas por la universidad de Madrid, consiguió rápidamente la cátedra, que abandonaría únicamente para irse al exilio. En México dirigió el Instituto Luis Vives, publicando varios estudios sobre la teoría de las substituciones y los sistemas polares. Murió en 1957.

[27] De hecho, según L. Santaló (en L. Santaló; M.O. González; G. García, y R. Laguardia: *Latin American Contribution to Scientific Progress. Mathematics*, Argentina, UNESCO Science Cooperation Office for Latin America, Montevideo, 1951, pág. 12), la matemática es una ciencia de carácter conservador, en el sentido en que sus teorías no caen nunca en el olvido sino que, si son viejas, se convierten en las bases sobre las que se forman y consolidan las nuevas.

Otro gran matemático español que se exilió fue Ricardo Vinós Santos. Nació en Vitoria en 1888 y, tras la licenciatura, ampliaría sus estudios e investigaciones en Francia, Roma y Berlín. Cuando volvió a España, se dedicó a la creación y desarrollo de la Escuela de Orientación Profesional de Madrid. Antes de exiliarse desempeñaría también varios cargos públicos en España; fue miembro del Consejo Nacional de Cultura, presidente de la Junta Central de Formación Profesional y vicepresidente de la Junta de Reorganización de la Enseñanza Secundaria y Profesional. En México continuaría su actividad, dirigida a la difusión de la cultura y creó, con fondos mexicanos, la Academia Hispano-Mexicana en la que enseñaría hasta su muerte, acaecida en 1957 [28].

Marcelo Santaló Sors era un jóven matemático de prometedora carrera en los tiempos del exilio, conocido autor de libros de texto y astrónomo del Observatorio Astronómico de Madrid antes del exilio. Nació en la provincia de Gerona en 1905. Una vez en México se dedicó a la enseñanza en el Instituto Luis Vives [29] y en la UNAM, y colaboró con la Administración en el sector de la enseñanza respetando permanentemente los ideales educativos y pedagógicos de los liberales españoles. Colaboraría, además, en el estudio de programas didácticos en el campo de la matemática por cuenta de organismos internacionales, como la ONU y la UNESCO. Es autor también de muchos libros y artículos científico-divulgativos como *La constitución de la tierra* (México, *Ediapsa, 1939), El enigma Lunar (México,* Nuestro Pueblo, 1939), «Mil Millones de estrellas». «Cómo es el mundo estelar» (*Ruta. Revista mensual de la Literatura,* México, 1940), *Los primeros conocimientos de aritmética y geometría* (México, Ed. Séneca, 1940), *Geometría analítica* y *Cálculo diferencial integral.*

Entre los demás matemáticos exiliados que fueron acogidos por México recordamos a Lorenzo Alcaraz. Nació en Guadalupe y murió en México en 1973 y fue profesor de la Academia Hispano-Mexicana al igual que Ricardo Vinós Santos, al que sustituiría en la dirección hasta 1973, año de su muerte. «Después del fallecimiento de ambos directores y profesores de matemáticas, la Academia cambió

[28] Francisco Giral: *op. cit.*, pág. 84, recuerda que en la revista *Ciencia* XIX, 267 (1969) se publicó una biografía de Ricardo Vinós Santos, escrita por Isidoro Enríquez Calleja.

[29] El Instituto Luis Vives fue fundado por el SERE y se inspiraba en los principios de la Institución Libre de Enseñanza.

de manos y de orientación y, conservando el nombre y los emblemas, hoy funciona como algo muy diferente y distante de la emigración republicana» [30].

Una vez en México, Jesús Fernández Gómez, que había nacido en Pontevedra en 1915, sería catedrático de Matemáticas en la Escuela Normal Superior de México y colaboraría en la redacción de nada menos que 15 libros de texto de elevada tirada.

Luis Tapia Bolívar, que había nacido en Madrid en 1905, fue profesor de matemáticas en el Vives del que, más tarde, se convirtiría en director.

Aun siendo ingeniero agrónomo de formación, Manuel Alvárez Ugena (que nació en Toledo en 1892 y murió en 1984) enseñó matemáticas en el Colego Madrid. En ese mismo colegio enseñaría también matemáticas Vicente Carbonel, que había nacido en Madrid en 1914.

José Andrés Oteyza de la Loma (que nació en Madrid 1987 y murió en 1960) era ingeniero agrónomo, si bien en el exilio enseñaría matemáticas en la Escuela Nacional de Agricultura de Chapingo con el colega español José Luis de la Loma, bioestadístico.

Entre los llamados exiliados de la «segunda generación» figuran matemáticos como Ignacio Canals Navarrete, que nació en Santander en 1924 y que se dedicaría, por cuenta de la UNAM, tanto a profundizar en sus estudios de álgebra como a una serie de investigaciones pioneras en el campo de la informática.

Vicente Carrión, que había nacido en Valencia en 1923, se formó también en México como matemático llegando a ser director de una escuela superior privada, La Ciudad de México, patrocinada por familias españolas. Carrión colaboró también en la producción de un curso de matemáticas para la televisión, producido por la Secretaría de Educación Pública y distribuido por la televisión mexicana (TM).

Siendo todavía un adolescente, Emilio Lluis Riera (que había nacido en 1925) fue al exilio, se licenció en 1950 en la facultad de Ciencias de la UNAM y luego se especializó en el campo de la geometría algebraica. Presidiría la Sociedad Matemática Mexicana, obteniendo también la vicepresidencia del Comité Iberoamericano de Profesores de Matemáticas. Amplió sus estudios y sus investigaciones en Francia, doctorándose con una tesis titulada *Sur l'immersion des variétés algébri-*

[30] Francisco Giral: *op. cit.*, págs. 84-85.

ques, que fue publicada por la Universidad de Princeton. Sus estudios y sus obras sobre geometría analítica y algebraica son conocidos en todo el mundo y en 1990, en reconocimiento a su trabajo didáctico y a su investigación, obtuvo el premio UNAM por la enseñanza de las ciencias exactas.

Francisco Tomás Pons, que nació en 1931 en Barcelona, se formó en la facultad de Ciencias de la UNAM y amplió sus estudios en Princeton y luego en París. En seguida se dedicó, casi exclusivamente, al estudio de las integrales en colaboración con Bruhat, de la Universidad de Princeton, con quien descubrió la que hoy se conoce como integral de Bruhat-Tomás.

Carlos Perelló Vals y Carlos Imaz Jahnke se dedicaron a la enseñanza y se destacaron por sus investigaciones en el estudio de las integrales.

Finalmente, hay que recordar a Juan José Rivaud Moraita y a Manuel Meda Vidal. Este último, que nació en Madrid en 1934, se había formado también en la UNAM trabajando, a continuación, para el Centro de Investigación y Estudios Avanzados del IPN en México; más tarde, investigaría en Río de Janeiro y enseñaría en la UNAM y en la Universidad Autónoma Metropolitana (UAM).

Argentina

En 1936, Argentina se presentaba ante los exiliados españoles como un país en expansión y lleno de promesas; los conflictos sociales que existían en Europa en los umbrales de la Guerra Mundial resaltaban todavía más el clima de relativa tranquilidad que se respiraba en aquel país.

> ... un país con un futuro aparentemente abierto, inagotable. [...] una sociedad con buena calidad de vida, razonablemente consumista y estructurada sin diferencias sociales irritantes. El Estado era chico y eficaz. La mayoría de los servicios públicos estaba en manos de empresas privadas [...] [había] cierta independencia de movimientos frente a la hegemonía de Estados Unidos [...] La política era sencilla en su formulación práctica. *Dos grandes partidos se enfrentaban clásicamente: el radical y el conservador* [31].

[31] J.L. Abellán: «Introducción al pensamiento en el exilio», en Abellán-Monclús: *op. cit.*, pág. 17.

Un país, por tanto, con grandes posibilidades, que se había consolidado tras la crisis mundial de 1929, con una administración escasamente burocratizada y con una sólida tradición liberal, fruto de fluidez interior. A pesar de ello, sufría además la constante amenaza de un golpe militar, como el del general Justo, que se hizo con el poder en 1930 y al que sucedería el doctor Ortiz, de origen vasco. De todas formas, en esa década de los años 30, durante el totalitarismo militar del general Justo, se pondría en marcha un gran número de progresos de tipo administrativo.

La sociedad argentina estaba formada por una clase media extensa que procedía de la inmigración —en gran parte europea— que permitía la presencia simultánea de italianos, españoles, judíos, árabes, que se caracterizaba por un intenso respeto por la iglesia católica. Moderadamente conservadora, poseía un sistema de información y de opinión garantizado por la existencia de una prensa fuerte y diversificada y de una serie de universidades prestigiosas frecuentadas asiduamente por numerosos profesores españoles. De hecho, eran seis las grandes universidades nacionales, todas ellas fuertemente selectivas.

La presencia española era muy intensa, de todas formas, en todas las manifestaciones de la cultura argentina, desde la gastronomía al teatro. Los exiliados españoles desembarcaron, pues, en un país acogedor y hospitalario, mucho más español en cuanto a etnia y a cultura que en la actualidad.

Muchos argentinos tenían parientes muy próximos en España y, por tanto, la opinión pública se vio afectada por la noticia del golpe de 1936, siguiendo los acontecimientos españoles sucesivos con gran interés. Con toda probabilidad, los miembros del gobierno aprobaron el gesto de Franco y se mostraron más bien hostiles frente a la oleada de exiliados. No obstante, la sociedad argentina acogió fraternalmente a los exiliados que buscaban un refugio en ella.

Por lo que respecta al exilio de los médicos españoles en tierras argentinas y las modalidades de su integración en la sociedad, resulta especialmente interesante el hecho de que mantuvieron entre ellos una estrecha relación sociopolítica y profesional, aun cuando no trabajaban en equipo, reuniéndose frecuentemente en círculos. Todos debieron afrontar y resolver las dificultades legales para lograr la convalidación de los estudios realizados y de los títulos obte-

nidos y, a veces, desempeñaron también actividades extramédicas para poder sobrevivir cotidianamente, si bien al final lograrían integrarse nuevamente —casi en su gran mayoría— en la propia vocación profesional. Algunos se dedicaron a la docencia y a la investigación y otros, los más numerosos, dirigieron sus esfuerzos —a pesar de las dificultades— hacia una continuidad en la práctica médica, a menudo apoyándose en los primeros.

En Argentina, las ciencias matemáticas habían recibido ya —por el contrario— una gran influencia española a través de Julio Rey Pastor, que llegó en 1917. A este gran matemático se le confió la cátedra de la facultad de Ciencias Exactas en la Universidad de Buenos Aires. Rey Pastor cuenta con el mérito de haber introducido en Argentina la Matemática moderna de aquel tiempo, creó revistas y publicó textos de todos los niveles de especialización facilitando, de este modo, la extensión del proceso de modernización de las ciencias matemáticas a todo el país. Pero su contribución más importante y significativa consiste en haber iniciado e impulsado la investigación matemática en Argentina. Precisamente por este motivo, cuando estalló la Guerra Civil muchos matemáticos españoles eligieron Argentina como patria adoptiva, hacia la que se sentían atraídos, además, por la fama que tenía este pueblo de ser hospitalario. Por otra parte, los matemáticos españoles se habían formado bajo la orientación y las enseñanzas de Rey Pastor, por lo que pertenecían a la misma escuela que los colegas argentinos, siendo todos ellos, pues, discípulos de un mismo maestro.

El exilio de los médicos

En cuanto a los exiliados que eran médicos de profesión, el discípulo más conocido de Santiago Ramón y Cajal, Pío del Río Ortega (Valladolid 1882- Buenos Aires 1945) se exilió en Argentina y, desde 1939, hizo todo lo posible para ayudar a otros científicos e investigadores españoles que huían de la patria. Antes de que estallase la Guerra Civil española, su nombre era ya conocido mundialmente por haber descubierto el método del «carbonato argéntico», en 1917, y por haber individuado la microglía en 1919. Gracias al impulso que dio del Río Ortega a estos estudios, fue creado en 1920 un laboratorio para la investigación histológica en la Residencia de Estudiantes.

Las aportaciones de Del Río Ortega al campo de la medicina y, en especial, las relativas al campo de la oncología fueron muy numerosas e intensificarían su fama internacional. De ahí que la Universidad de Oxford lo nombrase, a través del neurocirujano Hugh Cairns, *lecturer*, miembro honorario del Trinity College, *doctor honoris causa* y, además, director del Departamento de Neuropatología del Radcliffe Institute. A pesar de la gran acogida que recibió en tierras inglesas, en las que continuaría con sus investigaciones y sus publicaciones, decidió transferirse en 1940 a Argentina huyendo definitivamente de los traumas de la guerra.

El primer volumen de la reciente colección titulada *Biblioteca de la Ciencia Española* está dedicado a Pío del Río Ortega. La edición ha sido preparada y presentada por el catedrático José María López Piñero, que en ella afirma:

> Por la importancia de sus contribuciones científicas y la repercusión internacional de su obra, Pío del Río Ortega es, después de Cajal, la figura más destacada de la llamada «Escuela Histológica Española» [...] En la actualidad es un «clásico» científico vivo, cuyas principales aportaciones siguen siendo citadas de forma continuada en la literatura especializada internacional [32].

En el exilio enseñó en las universidades mexicanas de Montevideo y de La Plata; en esta última dirigiría también los Archivos de Histología Normal y Patológica, alcanzando una fama internacional por sus investigaciones en el campo de la neurología. Se transfirió a Buenos Aires, donde trabajaba su discípulo Moisés Polak y en donde le ofrecieron la dirección de nuevos laboratorios. Fue nombrado doctor *honoris causa* y profesor extraordinario de la Universidad de La Plata, siéndole facilitada además la publicación de sus escritos.

Durante la sesión conmemorativa de la muerte de este científico español que los institutos académicos de Buenos Aires le dedicaron, el fisiólogo Bernardo A. Houssay ofreció la siguiente descripción de Pío del Río Ortega:

> Tenía arraigados sentimientos de democracia y de devoción a la libertad y dignidad humanas. Por lealtad a ellos sufrió destierro, que le fue muy penoso. Y es triste ver aún hoy a su patria, tan querida para nosotros, privada temporalmente de muchos de sus hijos eminentes, interrumpidas sus

[32] J.M. Piñero: Introducción a *Pío del Río Ortega*, I volumen de la *Biblioteca de la Ciencia Española*, Madrid, Fundación Banco Exterior, 1990.

> mejores escuelas científicas y en espera de reanudar su magnífico renacimiento tras las tres primeras décadas de este siglo [33].

Otra personalidad del exilio en Argentina fue Juan Cuatrecasas, estudioso ecléctico y gran figura política que, antes del estallido de la Guerra Civil, era catedrático de las universidades de Cádiz, Sevilla y Barcelona y, más tarde, de la del Litoral (Rosario) pues el Instituto de Psiquiatría le había requerido como investigador. Colaboraría también con otras universidades sudamericanas, como la Universidad de Cochabamba (Bolivia), para un curso de fisiopatología general, y con la Nacional de La Plata para las facultades humanísticas, en donde enseñaría antropología cultural y biológica. Era también profesor titular de biología y emérito en la Universidad argentina John F. Kennedy, donde realizó una actividad científica y cultural siguiendo varias orientaciones: desde 1938 hasta 1961 daría siete cursos en el Colegio Libre de Estudios Superiores; entre 1959 y 1967 enseñaría psicofisiología y antropología y, en 1969, participaría en un congreso de gran importancia sobre Teilhard de Chardin. Daría además otras conferencias importantes en el Instituto Municipal de Estudios Superiores del Mar de La Plata y en la Residencia de la Universidad Nacional de Nordeste. Recibió numerosos títulos honoríficos y premios hasta la condecoración con encomienda de la orden del mérito civil español en 1986, a sus 86 años. Además, dirigió varias actividades en el Ateneo Pi y Margall de Buenos Aires, fue nombrado vicepresidente de la Federación de Sociedades Democráticas Españolas, de la Asociación de Intelectuales Demócratas Españoles y delegado general del presidente della Generalitat de Catalunya en el exilio, Josep Tarradellas, para Argentina.

Publicó en España dos libros sobre el reumatismo cardioarticular y sobre la hidrología en el campo médico, además de colaborar con varias revistas médicas en calidad de director y de redactor científico. A partir de 1938, ya en Argentina, escribió muchísimos libros de temas muy variados que van desde la psicobiología general de los instintos a otros ensayos político-biológicos, de antropología, biología, biosociología así como algunas biografías (de Ramón Llul y de Arnau de Vilanova). Otras publicaciones de importancia son: *Psicología de la percepción visual, El hombre animal óptico, Metamorfosis del*

[33] Ibíd., pág. 78.

hombre masa, *Psicogenia de la agresión* y *El hombre planetario*, síntesis de sus concepciones humanistas, que presentaría en su discurso de ingreso como miembro numerario en 1980 en la Real Academia de Medicina de Barcelona. Publicó unos cincuenta trabajos mientras fue catedrático en Sevilla y en Barcelona y unos ochenta en el período del exilio sobre temas de investigación médica, de fisiopatología, de antropología y de psicología. A estos se pueden añadir unos veinte ensayos de diversos argumentos culturales entre los que destacamos *Significación del filipismo*, publicado en 1974, *Biología y democracia* y *Neo-Humanismo Biológico.*

Estanislao Lluesma Uranga, neurólogo de gran fama y apreciado cirujano plástico, nació en Argentina, si bien se trasladaría muy pronto a España, donde realizó una carrera brillante hasta ejercer la docencia universitaria en Madrid. Por medio de las becas que concedía el Consejo Superior de Investigaciones Científicas de Madrid, se especializó en neurología en Bucarest asistiendo al profesor Danielopolu, llegando a colaborar en los estudios sobre el método pletismográfico. Además, estudió cirugía plástica con el profesor Burian en Praga, colaboró con Thierry de Martel en París y, finalmente, volvió a trabajar como asistente de clínica quirúrgica en la Facultad de Medicina de Madrid. Una vez en el exilio, publicaría en Argentina un tratado completo sobre el sistema neurovegetativo que constituiría una síntesis de las experiencias realizadas en estos años de investigación y de especialización en las distintas facultades europeas. Venció el concurso para asistente de cirugía en el Hospital Rawson de Buenos Aires y, más tarde, colaboró con el profesor Enrique Finocchietto en la sección de cirugía neurovegetativa.

Joaquín Trías Pujol, médico militar y profesor de clínica quirúrgica de la universidad de Barcelona, se exilió junto con su hermano Antonio. Joaquín se estableció en Argentina mientras que Antonio, cirujano, eligió Bogotá. La colaboración de ambos hermanos sería significativa en el proceso de reorganización de la facultad de Barcelona. De hecho, durante los años de la República, dicha facultad estuvo dirigida por un patronato de profesores de elevado nivel científico, entre los que se hallaba Ignacio Bolívar (naturalista de fama internacional que se exilió en México) y por el rector Pedro Bosch Gimpera. Este equipo de profesores, altamente cualificado, elevó la facultad a un nivel europeo. Joaquín Trías se transfirió a Andorra durante la Guerra Civil, permaneciendo allí algunos años tras los

cuales, una vez en Barcelona, sería expulsado por un cuerpo de profesores facciosos. Se transfirió entonces a Mendoza, gracias a la intervención de un discípulo suyo, Mas Robles, donde obtuvo la cátedra de clínica quirúrgica. Fernando Mas Robles, que había ampliado sus estudios bajo la dirección del cirujano Bastos Ansart en Madrid, impartiría en la universidad de Mendoza (tras haber logrado el reconocimiento de su título universitario) los cursos de práctica de cirugía traumatológica.

Francisco Morán Miranda, otro médico de gran prestigio en España, era el discípulo más aventajado de Jiménez Díaz, profesor de clínica médica en la Universidad de Madrid. Se exilió en Buenos Aires, donde trabajó en el Hospital Ferroviario de la Capital Federal y colaboró con la Universidad de La Plata en calidad de profesor de clínica médica.

Justo Gárate, en cuanto responsable de la sección de clínica médica del Hospital General de Santander, adquirió un gran prestigio en España. Exiliado en Argentina, obtuvo rápidamente la cátedra de clínica médica en la Universidad de Mendoza, en reconocimiento de su gran profesionalidad y de sus cualidades humanas y en 1957 fue nombrado vicedecano y consejero de la facultad de Medicina. No olvidó nunca su origen vasco, como lo demuestra su colaboración con la revista *Euzko Deya* y con el *Boletín de Estudios Vascos.*

Otro nombre importante de la medicina española en el exilio es el de Gumersindo Sánchez Guisante, catedrático de anatomía y de historia de la Medicina en la Universidad de Zaragoza antes de la Guerra Civil, mientras que en el exilio formó parte del equipo de médicos españoles que enseñaban y realizaban actividades de investigación en la Universidad de Mendoza. Escribió un libro de historia de la medicina con la colaboración de sus tres hijos, que habían nacido en Argentina, y la de sus discípulos, titulado *Breve historia de medicina.*

Tomás Pumarola, que era el director del Hospital de San Pablo en Barcelona y consejero municipal del Ayuntamiento de aquella ciudad durante los años de la República, dirigiría un laboratorio de productos farmacéuticos en su exilio en Buenos Aires. Participó, como muchos profesionales españoles exiliados, en las reuniones del círculo intelectual de la Avenida de Mayo [34]. Tras treinta años de exilio, volvió a vivir en Barcelona donde había dejado a su familia.

[34] Como hemos dicho, los intelectuales exiliados en Buenos Aires, y en especial modo los médicos, tendían a agruparse en círculos culturales. El de la Avenida de Mayo era uno de los más grandes.

Un médico de gran experiencia en el campo de la medicina interna fue J. Martín Echeverría, secretario de la embajada española en Brasil. En 1939, al término de la Guerra Civil, se fue a vivir con su familia a Buenos Aires.

Entre los médicos especializados en medicina interna, el doctor Enrique Rodríguez se hizo reconocer el título de la Universidad del Litoral y se fue a vivir a San Rafael (Mendoza).

Felipe Jiménez de Asúa, profesor de histopatología, desempeñó durante la Guerra Civil el cargo de ministro plenipotenciario en Buenos Aires y, cuando aquella terminó, obtuvo la cátedra de histología en la Universidad de Córdoba (Argentina). Escribió un buen tratado de histología, que ha sido adoptado como libro de texto oficial en muchos institutos. En la Universidad de Córdoba también obtendría la docencia otro médico exiliado, Juan Aguilar, si bien enseñaría traumatología y ortopedia.

Cuando estalló la Guerra Civil en España, Fernando Martínez Sanz militaría en las filas republicanas como médico hasta que, en 1939, fue arrestado y condenado a treinta años de reclusión. En 1949, aprovechándose de un permiso para salir de la cárcel, huyó a Francia y luego se embarcó con su familia hacia Argentina. Allí trabajaría como responsable del sector médico en una gran empresa internacional de seguros. Hasta 1980 no lograría que le fuese retribuida la pensión en cuanto oficial del ejército español, lo que sucedió también a otros muchos exiliados.

Alfonso Díaz Trigo, médico gallego exiliado también en Argentina, obtendría la cátedra de historia de la medicina en la Universidad de Buenos Aires, donde hizo todo lo posible para crear un verdadero y propio grupo de trabajo. En estos años de docencia universitaria publicó muchos libros, entre los que citamos el de *Ambrosio Paré, La medicina en la edad media, La institución del protomedicato* y su gran obra: *La medicina en las grandes civilizaciones indígenas de Hispanoamérica.*

David Vallmitjana fue otro médico que se exilió. Pertenecía a una familia de artistas: su abuelo escribía piezas de teatro en caló sobre las costumbres de los gitanos catalanes; el padre era escultor y se exilió primero en Venezuela y luego en Brasil. David era médico, especializado en cardiología, si bien se dedicó también al mundo del arte, utilizando la técnica del humo como materia pictórica y obteniendo resultados dignos de consideración.

El profesor de anatomía patológica Antonio Baltar trabajaría en el exilio como obstetra y ginecólogo en una clínica de Buenos Aires y, más tarde, colaboraría con la Universidad de Mendoza.

El tisiólogo Luis Saye constituyó una auténtica y propia escuela de investigación científica y de práctica clínica de la tuberculosis en Buenos Aires. Una vez en España, hallaría la muerte, en medio de la pobreza, en el Hospital de San Pablo de Barcelona.

Alfonso Castelao, un médico gallego muy apreciado, fue muy activo también como patriota y político, desempeñando el cargo de máximo dirigente del movimiento autonómico de Galicia. Se exilió primeramente en Buenos Aires, pero luego se transfirió a Francia donde asumió el cargo de ministro del gobierno republicano español en exilio. Son especialmente interesantes sus dibujos, que constituyen una genuina y personal denuncia contra la violencia y la opresión.

Juan Medina Tur era un joven médico ibicenco cuando partió al exilio desembarcando en primer lugar en Santo Domingo. Más tarde se transferiría a Norteamérica, donde se especializó en el trabajo de investigación en laboratorio, siendo destinado posteriormente a Argentina con el objeto de encargarse de la dirección de los laboratorios de la misma compañía. Ya jubilado, se empeñó en superar de nuevo los exámenes de la carrera de medicina para poder ejercer otra vez su profesión.

Miguel Cadenas, médico militar y odontólogo, llegó a ser famoso en España y, durante la Guerra Civil, en Argentina por sus intervenciones de cirugía maxilofacial. En el exilio logró convalidar sus títulos para poder continuar ejerciendo su profesión.

El profesor Mayoral, que en España dirigía los estudios sobre las afecciones bacteriológicas de la boca, continuó practicando su profesión en el campo de la investigación y de las intervenciones en Argentina, país al que se había transferido con su hijo, José Mayoral, que era especialista en ortodoncia.

Manuel Bastos Ansart, un hábil ortopédico de fama internacional, mantendría muchos contactos con las universidades argentinas, aun sin haber fijado su residencia como exiliado en Buenos Aires. Participó en la Guerra Civil española y tras su captura y encarcelamiento lograría escapar del instituto psiquiátrico en el que se había hecho internar simulando una psicosis. Llegó primero a México y

luego a Buenos Aires, donde dio numerosas conferencias sobre ortopedia y publicó un tratado de traumatología y ortopedia que sería adoptado como libro de texto no sólo en Argentina sino también en las universidades españolas.

Una gran mayoría de los médicos españoles no logró hacerse convalidar en el exilio los títulos profesionales que habían obtenido en España. Por ello tuvieron que dedicarse a actividades extramédicas, aun cuando mantuvieron siempre el contacto con los colegas. Entre aquellos recordamos, por ejemplo, al doctor Costantino Salinas, que desempeñó un cargo directivo en el Centro Republicano Español y en otros organismos que se ocupaban de problemas de emigración.

Tampoco pudo continuar ejerciendo en el exilio la profesión médica el tisiólogo valenciano Juan Benavente, que se dedicó a la hostelería de modestas dimensiones para poder mantenerse. De todas formas, participaría también activamente en la vida y en la actividad de los centros de acogida y de ayuda a los emigrados, organizando y promoviendo una serie de congresos.

Durante la Guerra Civil el doctor Julio Castro corrió, sin lugar a dudas, grandes riesgos. De hecho entre 1936 y 1941 vivió escondido en una especie de gruta, excavada en la pared de la habitación de su casa en Sevilla, para eludir los controles. Huyó más tarde a Buenos Aires (ciudad en la que moriría) donde no ejerció su profesión sino que trabajó para varias editoriales publicando artículos, además de dar algunas conferencias sobre temas médicos.

El doctor Javier Cortada trabajaría también en el campo editorial y llegaría a ser el director de la Editorial Científica Labor en Buenos Aires.

Del círculo de la Avenida de Mayo era asiduo el médico gallego Manuel Miñones, cuya familia había sido diezmada por la represión franquista. En Buenos Aires logró mantenerse realizando trabajos extramédicos.

En España el pediatra José María Bagó, que era alcalde de Santander, fue condenado a muerte por el régimen franquista, que había triunfado en 1939. Sin embargo, lograría escapar a Buenos Aires, donde se dedicó a la organización del trabajo de los médicos psiquiatras. Contratado como consejero médico científico por una agencia comercial, en cuyo ámbito dirigiría los *Anales Nestle*, dedicó

sus energías a la organización de cursos y a la búsqueda de fondos para crear becas de estudio, publicó algunos trabajos y fundó una biblioteca de pediatría para estimular el desarrollo de la Sociedad Argentina de Pediatría. A su muerte y en reconocimiento de su brillante actividad, se crearía la fundación que lleva su nombre y que ofrece, aún hoy, un premio anual al mejor trabajo en el campo de la pediatría.

La obra de Angel Garma en el exilio reviste una gran importancia, ya que se convirtió en el importador oficial del psicoanálisis freudiano en Argentina. Trabajó personalmente con Freud en Viena y obtuvo un gran éxito en Buenos Aires, donde fundó una escuela propia. Escribió muchos libros de su especialidad. Muchos de sus discípulos se contaban entre los llamados exiliados de la «segunda generación», como la psicóloga Isabel Luzuriaga y los analistas Jaime Tomás y Luis Córdoba.

Luis Córdoba trabajaba en el campo de la psiquiatría infantil en Barcelona y fue uno de los últimos médicos exiliados que llegaron a Buenos Aires. Se refugió primero en Francia, donde permaneció hasta el comienzo de la Primera Guerra Mundial, y allí trabajó con su mujer y su hijo para una organización que protegía y escondía a los niños judíos, que eran perseguidos y entregados a las SS por la policía de Pétain. Una vez en Buenos Aires, trabajó primero en el laboratorio de Sebastián Bagó y, más tarde, instituyó una clínica para incapacitados en Morón (provincia de Buenos Aires), dirigida por el doctor Peluffo, un psiquiatra infantil argentino de gran renombre. Escribió muchas obras.

Emilio Mira y López, psicólogo y psiquiatra, nació en Santiago de Cuba en 1886 porque su padre había sido invitado como médico para estudiar la fiebre amarilla en aquel país. Formaba parte de un grupo de jóvenes investigadores comprometidos con los intentos de renovación de la Universidad de Barcelona y había alcanzado una fama internacional por un trabajo que había realizado sobre la psiquiatría moderna. Creó un método de diagnosis miocinética. Ya en el exilio, pasó los primeros años en Buenos Aires, donde pronunció numerosas conferencias y publicó varios tratados, como el *Manual de psiquiatría* que se utiliza aún hoy como libro de texto. Se transfirió a Santa Fe cuando fue nombrado director de los centros psiquiátricos del Estado y, más tarde, se estableció y trabajó en Brasil, donde murió en 1964.

Fernanda Monasterio, discípula de Marañón y conocida psicóloga, se exilió cuando la Guerra Civil ya había terminado desde hacía tiempo. Se le confiaría la dirección del Instituto de Psicología en la Universidad de La Plata, puesto que mantuvo hasta su retorno a Madrid, algunos años más tarde.

El exilio de los científicos

«Although formerly there had been some mathematical journals showing the existence of experts and a certain concern about this science, it can be said, that research, *i.e.* the contribution through personal effort to the progress of mathematics, begins with J. Rey Pastors arrival in the country, in 1918» [35]. La figura de Rey Pastor no puede ser considerada, ciertamente, como una figura del exilio, ya que se transfirió a Argentina de forma definitiva antes de que estallase la Guerra Civil. No obstante, desempeñó un papel muy importante ya que atrajo a los matemáticos que buscaban una patria en donde establecerse tras su huida de España. La llegada de Rey Pastor a Argentina marcó el origen de una verdadera y propia escuela de matemáticos, que publicaba los resultados de sus investigaciones en el *Boletín del Semina- rio Matemático Argentino* de Buenos Aires, dirigido por Rey Pastor, y en *Contribuciones,* revista que no poseía un carácter estrictamente matemático, si bien cambiaría más tarde su nombre por el de *Revista de la Facultad de Ciencias Fisicomatemáticas de la Universidad de La Plata.*

Como consecuencia de la presencia y del trabajo de Rey Pastor en Argentina, comenzaron a aparecer las primeras revistas de Matemática pura como la *Revista de la Unión Matemática Argentina* (unión fundada en 1936), las *Publicaciones del Instituto de Matemáticas* (desde 1939) y las *Mathematicae Notae* (desde 1941), publicadas por el Instituto de Matemáticas de Rosario (creado en 1939) y dirigidas ambas

[35] L. A. Santaló; M.O. González; G. García, y R. Laguardia: *Latin American Contribution to Scientific Progress. Mathematics,* Argentina, UNESCO Science Cooperation Office for Latin America, Montevideo, 1951, pág. 15: Aunque ya existían algunas revistas de matemáticas que demostraban la presencia de expertos así como de un cierto interés respecto de esta ciencia, se puede afirmar que la investigación, por ejemplo la contribución al progreso de las matemáticas a través de un esfuerzo personal, comenzó cuando J. Rey Pastor llegó al país en 1918.

por Beppo Levi. En 1941 nació también la *Revista de Matemáticas y Física Teórica de la Universidad Nacional de Tucumán.* Todas estas revistas y publicaciones siguen existiendo en la actualidad.

Rey Pastor publicó muchas obras de carácter didáctico, desde los tratados de nivel elemental hasta los universitarios o a los manuales para los cursos monográficos de doctorado. Se trataba de los primeros estudios sobre matemática moderna escritos en lengua española y que conservan su vigencia aún hoy. Entre estos, destacamos: *Análisis Algebraico, Cálculo infinitesimal, Teoría de funciones reales, Cursos cíclicos, Lecciones de álgebra...*

Respecto a sus trabajos de investigación, que se desarrollaron en varios campos, señalamos las siguientes publicaciones: *Teoría Geométrica de la polaridad* (1929), *Teoría de los Algoritmos lineales de convergencia y de sumación* (Buenos Aires, 1931) e *Introducción a la geometría proyectiva superior,* publicado en 1916 y escrito en gran parte en España.

Fue una gran personalidad en el campo de la matemática mundial y trabajó en los campos más diversos de las ciencias. Realizó importantes estudios de topología, publicando «Sulla topología dei dominii di uno spazio a *n* dimensioni» (Atti dell'Accademia Nazionale dei Lincei, Roma, 1932), *Une propriété caractéristique des variétés de Jordan* (Centre de la Recherche Académique Scientifique, París, 1931) y numerosas comunicaciones en el *Boletín del Seminario Matemático Argentino* (Buenos Aires, 1929).

Los resultados de sus estudios sobre las teorías de las funciones aparecieron en «Sulle funzioni regolari all'infinito» (*Giornale dei Battaglini,* 1933), «Une méthode de convergence par de moyennes» (Centre de la Recherche Académique Scientifique, París, 1930), «Un método de sumación de series» (*Rendiconti di Palermo,* 1931), «Sur l'application de la méthode de Borel aux séries qui ont des termes nuls» (Centre de la Recherche Académique Scientifique, París, 1933), «Sulla convergenza quasi-continua di successioni» (*Rendiconti Lincei,* 1935) y, además, publicó muchos artículos en el *Boletín del Seminario Matemático Argentino* y en la *Revista Matemática Hispano-Americana.*

En el campo de la geometría algebraica publicó «Sulle quaterne di Salomon nelle cubiche piane di genere uno» (*Rendiconti Lincei,* 1934) y «Algunas propiedades polares de las cúbicas planas» (*Boletín del Seminario Matemático Argentino,* 1934).

En 1927-1928 se dedicó también a los estudios de geometría diferencial, publicando varios artículos sobre este tema en el *Boletín del Seminario Matemático Argentino.*

El trabajo llevado a cabo por Rey Pastor de una forma tan personal, por su contagioso entusiasmo y por la claridad de sus enseñanzas, fue continuado por otros profesores extranjeros que habían llegado al país como, por ejemplo, Beppo Levi que llegó a Argentina en 1939 y dirigió, más tarde, el Instituto de Matemáticas de Rosario.

Hay otra figura del mundo de la matemática que, aun no pudiendo ser vinculada estrictamente al exilio, resulta significativa para comprender la situación del panorama de las ciencias matemáticas en Argentina durante los años de la Guerra Civil española; se trata de Esteban Terradas (Barcelona 1883- Madrid 1950). Terradas partió efectivamente para Argentina en 1937 huyendo de la Guerra Civil, pero retornaría a España sin ningún obstáculo en 1941. De personalidad ecléctica, interesada por todos los campos del saber científico, Terradas era catedrático de Matemáticas y Física e ingeniero industrial. Había estado ya en Argentina antes de 1936, pues había sido invitado por la Institución Cultural Española de Buenos Aires durante tres meses de 1927; en esta ocasión obtendría el reconocimiento de sus méritos como ingeniero y como científico, siéndole otorgado el título de doctor *honoris causa* por la Universidad de Buenos Aires y siendo nombrado miembro honorario del Centro Argentino de Ingenieros. Por ello, cuando decidió trasladarse a Argentina en 1937, consiguió rápidamente un contrato con el Observatorio Astronómico de la Universidad de La Plata. Aqui dirigiría sus esfuerzos hacia la medición de un arco de meridiano que pasaba por territorio argentino e hizo un viaje a la Patagonia para estudiar el fenómeno de las mareas, del que publicaría un famoso tratado titulado *Mareas en las costas argentinas.* Además de la investigación, se dedicó también a la docencia enseñando la mecánica celeste en la Universidad nacional de La Plata y estadística en la Universidad de Buenos Aires. Allí profundizaría también en varios temas de ingeniería aeronáutica.

Manuel Balanzat fue otra de las figuras prestigiosas del exilio científico en Argentina. Nació en la provincia de Toledo en 1912 y, cuando terminó sus estudios en Madrid, obtuvo una beca de la Jun-

ta para la Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas para ampliar sus estudios —entre 1934 y 1936— sobre la teoría de los conjuntos y las funciones reales con el profesor Denjoy en la Universidad de París. Cuando estalló la Guerra Civil volvió a España y combatió como oficial de artillería y oficial de estado mayor en el ejército republicano. En 1939 partió al exilio en Argentina.

Su contribución en los campos explicativo y divulgativo sobre la teoría de los espacios abstractos, sobre las funciones variables reales y sobre ciertas fórmulas de integrales geométricas revistió una gran importancia. Entre las publicaciones que conciernen estos temas señalamos: *Généralisation de quelques formules de géométrie intégrale* (Centre de la Recherche Académique Scientifique, París, 1940) y *Fórmulas integrales para la intersección de conjuntos* (publicación de la Unión Matemática Argentina, 1940). También fueron muy importantes sus estudios sobre los espacios D_0, es decir, sobre los espacios abstractos en los que la distancia no puede ser simétrica, publicando «Sobre los espacios D_0» (*Revista de Matemática y Física Teórica de la Universidad Nacional de Tucumán*, 1941), *Conjuntos compactos y separables en los espacios* D_0 (publicación del Instituto de Matemática de Rosario, 1947) y «Sur la formation des espaces a écart régulier et symétrique» (*La Revue Scientifique*, 1948).

Recién llegado a Argentina trabajó en el Instituto de Matemáticas dirigido por Rey Pastor y, más tarde, se transfirió a San Luis para colaborar con el doctor Fausto I. Toranzos en la creación de un nuevo instituto de Matemáticas, la actual Escuela Matemática de San Luis. En ella enseñaría desde 1940 hasta 1955, con una breve interrupción por dos años (1947 y 1948) que transcurrió en París trabajando en el Centre National de la Recherche Scientifique, en calidad de investigador de análisis general, bajo la dirección del profesor Frechet. En San Luis fue catedrático de análisis matemático y de fundamentos de la matemática, si bien impartió también los cursos de álgebra, de geometría analítica, topología general y de funciones reales, además de ser director del Instituto de Matemática de la Facultad de Ciencias de San Luis.

Publicó muchas obras entre las que destacamos: *Introducción a la Matemática moderna* (Editorial Atlántida, Buenos Aires), publicación de carácter divulgativo; *El número natural y sus generalizaciones* (publicado por la Facultad de Ciencias de San Luis, 1953) que fue un tra-

tado muy utilizado en la década de los años sesenta y *Geometría analítica* (Editorial Kapelusz, Buenos Aires, 1955) que escribió en colaboración con Rey Pastor y L.A. Santaló.

En 1955, tras la experiencia de San Luis, se transfirió a Bariloche con el objeto de abrir un nuevo Instituto de Física, el actual Instituto Balseiro. Permanecería allí hasta 1960 en calidad de director del instituto de matemáticas, trasladándose después a Venezuela para enseñar análisis matemático, teoría de las distribuciones y análisis funcional en la Universidad Central de Caracas.

Entre 1962 y 1966 ocupó la catédra de análisis complejo y métodos matemáticos de la física en la Universidad de Clermont Ferrand (Francia). Entre los libros que publicó en este período de docencia e investigación destacamos: *Lecciones sobre la Teoría de las Distribuciones* (edición de la Biblioteca de la Universidad Central de Venezuela, Caracas, 1966) y *Espaces de Hilbert* (publicación de la Facultad de Ciencias de Clermont-Ferrand, 1966).

Finalmente, en 1966, volvió a Argentina y obtuvo —mediante oposición— la cátedra de topología, funciones reales y análisis matemático para físicos en la Facultad de Ciencias Exactas y Naturales de Buenos Aires que le nombraría, en 1977, profesor emérito. Se jubilaría en 1986.

Durante este último período de docencia, en el que sería nombrado también director del Departamento de Matemáticas de la Facultad, publicó su libro *Matemática avanzada para físicos* (EUDEBA, Buenos Aires, 1973). Llegó a ser miembro honorario de la Unión Matemática Argentina y miembro titular en 1980 de la Academia Nacional de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales de la Argentina.

Ernesto Corominas, gran cosmopolita, fue otra gran figura de prestigio del mundo científico español del exilio. Nació en Barcelona en 1913 y allí cursó sus estudios. Cuando estalló la Guerra Civil, tras haber militado en las fila republicanas como oficial de zapadores, partió al exilio en Chile. En 1940 se trasladaría a Argentina, trabajando en la facultad de Ciencias Exactas de Buenos Aires hasta que obtuvo la cátedra de Matemáticas en la facultad de Ciencias Económicas de la Universidad Nacional de Cuyo, en Mendoza, donde permanecería hasta 1946. Sería enviado más tarde al instituto de Matemáticas de la Universidad del Litoral en Rosario y, en 1947, abandonaría definitivamente Argentina, país al que volvería solo en

contadas ocasiones para dar conferencias. Se transfirió entonces a París para trabajar en la investigación, bajo la dirección del profesor Denjoy, en el Centre National de la Recherche Scientifique (en el mismo período en que trabajaba en aquel instituto también, como hemos visto, Manuel Balanzat). En 1952 y después de haber realizado una excelente *thèse d'état*, que sintetizaba los trabajos de investigación que había realizado en París, retornó por un breve período a España para marcharse a continuación a Venezuela, ya que había recibido una invitación de la Universidad Central de Caracas. Finalmente se estableció definitivamente en Francia, tras haber sido nombrado profesor de la Universidad de Lyon, en la que llegaría a ser, más tarde, profesor emérito.

Francisco Vera Fernández de Córdoba fue otra gran personalidad del exilio científico. Nació en Alconchel (Badajoz) el 26 de febrero de 1888 y murió en Argentina el 31 de julio de 1967. Fue discípulo y amigo coetáneo de Rey Pastor, a pesar de la polémica pública que los enfrentó, y un científico ecléctico, que había estudiado en Madrid publicando numerosos trabajos antes del inicio de la Guerra Civil. Colaboraba con varios periódicos como *El Liberal* de Madrid, en el que trabajó como redactor durante 25 años, y los *Anales* de la Universidad Central que dirigió durante algún tiempo.

Vivió en París algunos años y, una vez que volvió a Madrid, desarrolló una gran actividad hasta 1936. De hecho desempeñó en estos años el cargo de funcionario del Tribunal de Cuentas, dirigió sus esfuerzos hacia la fundación del Museo Tecnológico de Madrid, recibió el nombramiento de secretario de la Asociación Nacional de Historiadores de la Ciencia Española, de la Sociedad Matemática Española y del departamento de Ciencias del Ateneo, enseñó en la Escuela de Artes y Oficios y, finalmente, dirigió los *Anales* de la Universidad de Madrid y la colección *Avante*. En 1933 fue elegido por la Academia Internacional de Ciencias para representar a España en el Congreso Internacional de Ciencias Históricas que tuvo lugar en Varsovia. El Ministero de Estado le confiaría la interesante tarea de elaborar un código criptográfico para utilizarlo en las comunicaciones del ejército de la República.

En 1939 se exiliaba, enseñando primeramente en las universidades de Santo Domingo, Bogotá y Lima hasta 1947, año en el que se transfirió a Buenos Aires para asumir la cátedra en la facultad de in-

geniería de la Universidad Nacional. Por medio de este contrato de docencia pudo continuar también sus investigaciones en el campo de la matemática y su actividad como periodista y como historiador de la ciencia. Ha dejado muchos escritos sobre su trabajo como conferenciante, en cuanto investigador matemático y como historiador de las ciencias y, entre ellos, señalamos el famoso diccionario de temas y biografías relacionadas con el campo de las matemáticas, el *Lexicon Kapelusz: Matemática* (editorial Kapelusz, 1960).

En el campo de las ciencias matemáticas, Vera se interesó de modo especial por la geometría no euclidiana y estudió con atención los *Principia Mathematicae* de Poincaré y Bertrand Russell. Estuvo en la vanguardia por lo que se refiere al estudio de los métodos axiomáticos y de la lógica matemática. Serían muy interesantes también sus estudios sobre la historia de la matemática y de las ciencias en general que reflejan seguramente su cercanía ideológica respecto de los seguidores de Krause, pues en sus escritos proclama el sentido orgánico y unitario de las ciencias. Tenía amistad, efectivamente, con muchos profesores de la Institución Libre de Enseñanaza, en especial con Tomás Romero de Castilla. Vera sostuvo siempre la importancia de los factores sociopolíticos en el cambio de los paradigmas teoréticos y, por ello, su investigación histórica se ocupa frecuentemente de los aspectos infraestructurales. Fue anticlerical a ultranza, combatiendo todo tipo de intolerancia y de dogmatismo fanático en cuanto enemigos de la ciencia.

A comienzos de la década de los años cuarenta, Vera escribiría sobre el Círculo de Viena (*Wiener Kreis*) y sobre el *Tractatus logico-philosophicus* de L. Wittgenstein.

Arquitecto y matemático de origen catalán, Pedro Pi Calleja (1907-1986) amplió sus estudios en Berlín, entre 1933 y 1935, a través de una beca de la Junta para la Ampliación de Estudios, siguiendo los cursos de Schur y de Bieberbach y los cursos técnicos en la Technische Hochschule. Cuando volvió a España recibiría el nombramiento como profesor en la Universidad de Barcelona y como director del departamento de Matemáticas del Institut d'Estudis Catalans. Cuando estalló la Guerra Civil, su doble formación científico-técnica le permitió participar activamente en las filas republicanas como técnico en construcciones. Se exilió luego en París, donde trabajó en el Instituto Henri Poincaré hasta 1942. Entre sus primeros

escritos de importancia, relativos a este período francés, recordamos «Sur les intégrales singulières et leur application à la forme complexe de l'intégrale de Fourier» (*Bull. Soc. Math. Fr.*, París, 1940), trabajo en el que completa y pone de relieve algunos aspectos concernientes a la forma compleja de la integral de Fourier (argumento del que era especialista) y su ensayo «Über die Konvergenzbedingungen der komplexen Form des Fourierischen Integral» (en *Mathematische Zeitschrift*, 1935).

En 1942, cuando Europa comenzaba a vivir la experiencia de la guerra mundial, Vera decidió trasladarse a un país más seguro y partió para Argentina, donde obtuvo el cargo de profesor de análisis matemático y de geometría descriptiva en la facultad de Ingeniería de la Universidad Nacional de Cuyo, en San Juan, siendo nombrado también secretario de la Unión Matemática Argentina. En estos años escribiría numerosos tratados y artículos como *Sobre la integral de Stieltjes* (Publicaciones del Instituto de Matemáticas, Rosario, 1943) y «Sobre el lema de Pincherle» (*Revista de la Unión Matemática Argentina*, 1944).

Sus cursos universitarios de especialización manifestaban su doble formación, caracterizándose por la profunda combinación del rigor matemático y de las necesidades técnicas. En 1945 publicó el libro *Introducción al Algebra Vectorial* (Buenos Aires, 1945), un compendio moderno y original de los últimos puntos de vista sobre el tema del cálculo vectorial.

En 1949 comenzó a enseñar Matemáticas en la Universidad Nacional de La Plata. Durante estos años de docencia escribiría junto a Rey Pastor y a César Trejo una obra monumental en tres volúmenes, *Análisis matemático* (Editorial Kapelusz, Buenos Aires, 1957-1959), un auténtico texto enciclopédico. En 1956 volvió a España, donde murió el 11 de octubre de 1986.

Luis A. Santaló Sors fue también una figura de prestigio entre los científicos españoles del exilio. Nació en Gerona el 9 de octubre de 1911 y estudió ciencias exactas en la Universidad de Madrid. Se especializó en Hamburgo (1935) con el profesor W. Blaschke, gracias a una beca de la Junta para la Ampliación de Estudios. Cuando estalló la Guerra Civil, adhirió a las filas republicanas en el ala aeronáutica del ejército y cuando aquella terminó se transfirió a Francia, desde donde partiría para Argentina, en septiembre de 1939, ayuda-

do por Rey Pastor. Sería nombrado sucesivamente investigador del Instituto de Matemáticas de la Universidad Nacional Litoral de Rosario, donde trabajó hasta 1947 con el profesor italiano Beppo Levi.

Durante la época de su militancia en la aeronáutica republicana escribió dos libros: *Elementos de Aviación*, en 1941 e *Historia de la Aeronáutica*, en 1946, ambos publicados en Buenos Aires por Espasa-Calpe.

Financiado por una beca Guggenheim, estudió durante 1947-1948 en Princeton y en Chicago. En 1948 volvió a Argentina, donde fue nombrado profesor en la facultad de ciencias exactas en la Universidad de Buenos Aires y en la de La Plata. Recibió numerosos títulos de doctor *honoris causa*, como el otorgado por las Universidades Nacionales del Nordeste en 1977 (año en el que recibiría además el nombramiento como profesor honorario de la Universidad Politécnica), el que obtuvo en Misiones en 1982 o el de Tucumán, otorgado en 1983 y, finalmente, en 1986, sería nombrado profesor honorario de la Autónoma de Barcelona.

Sus investigaciones se centran en los estudios de geometría diferencial e integral, por los que obtendría en 1983 el premio español *Príncipe de Asturias* y, en 1986, el premio Bernardo A. Houssay de la Organización de los Estados Americanos. Por lo que respecta a sus estudios e investigaciones sobre geometría integral y diferencial, su contribución principal consistía en generalizar la geometría integral del espacio euclidiano ordinario transfiriéndola a espacios diferentes. En este sentido publicaría: *Geometría integral de figuras ilimitadas* (Publicaciones del Instituto de Matemáticas, Rosario, 1939), «Integral Geometry on Surfaces of constant negative Curvature» (*Duke Mathematical Journal*, 1943), «Integral Geometry on Sufaces» (*Duke Mathematical Journal*, 1949), «Integral Geometry in projective and affine Spaces» (*Annals of Mathematics*, 1950).

Se dedicó también al estudio de varios problemas de geometría diferencial como *Curvas extremales de la torsión total y curvas -D* (Publicaciones del Instituto de Matemáticas, Rosario, 1941). En estos trabajos, las curvas de una superficie que son extremales de la torsión total son identificadas como curvas Darboux (o curvas D-). Publicaría además «La desigualdad isoperimétrica sobre las superficies de curvatura constante negativa» (*Revista de Matemática y Física Teóri-*

ca de la Universidad Nacional de Tucumán, 1942). Respecto a sus estudios sobre la geometría de los cuerpos convexos publicó: Sobre cuerpos convexos de anchura constante en E_n*(*Portugaliae Mathematica*, 1946), «Convex Regions on the n-dimensional spherical Surface» (*Annals of Mathematics*, 1946) y «Propiedades de las figuras convexas sobre la esfera» (*Mathematicae Notae*, 1944).

Sus fundamentales aportaciones al conocimiento matemático se hallan recogidas en la obra *Integral Geometry and Geometry Probability* (Addison-Wesley, Reading, 1976), que ha sido traducida incluso en ruso, en 1983. Otras publicaciones importantes de tipo didáctico son *Vectores y tensores* (Buenos Aires, EUDEBA, 1963) y *Geometría proyectiva* (Buenos Aires, EUDEBA, 1966). Fue presidente del Comité Interamericano de Educación Matemática desde 1972 a 1979 y, más tarde, fue acogido como miembro en la Academia Nacional de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales de Argentina, sociedad que presidiría entre 1980 y 1984. Desde 1955 era miembro también de las Reales Academias de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales de Madrid y, desde 1970, de las de Ciencias y Artes de Barcelona.

Otros países

El momento histórico del inicio de la Guerra Civil en España coincidió con un período de gran fermento cultural y de gran interés de los países iberoamericanos frente a los acontecimientos españoles. Se suele dar mucha importancia, en el contexto del exilio español, al papel que jugó en primer lugar México y luego Argentina en cuanto a la acogida y a las oportunidades que se ofrecieron a los exiliados. No obstante, no se puede prescindir del papel que desempeñaron también otros países americanos de lengua española, muchos de ellos en expansión, aun cuando científica y tecnológicamente se hallasen más atrasados.

De todas formas, se había consolidado ya, antes de la Guerra Civil de 1936 y de la consiguiente oleada migratoria, una tradición de emigración española hacia los países iberoamericanos. De hecho, en muchos países existían ya una serie de centros de acogida para los emigrantes españoles que, con frecuencia, manifestaban incluso tendencias regionalistas. La ciudad de Caracas en Venezuela, como ve-

remos, estaba dividida en auténticos barrios según la procedencia regional de sus habitantes. Contaba, por ejemplo, con un centro canario muy fuerte e influyente en lo económico, tal y como sucedía en Buenos Aires respecto a la gran hegemonía del centro gallego. En Cuba el centro gallego también poseía una gran influencia, mientras que en México, además de la presencia de una verdadera Casa de España, socialmente poco presente, contaba con un centro asturiano muy fuerte. Puerto Rico constituye la excepción, pues poseía un centro español que no se resentía de ningún empuje regionalista en especial, quizás por sus reducidas dimensiones.

En un primer momento se produjeron oposiciones de diverso tipo hacia los exiliados que llegaban, si bien pronto quedaría bastante claro, al menos en el caso de los científicos, que se trataba de personas que huían fundamentalmente de los años de Guerra Civil. En definitiva, eran ante todo unos profesionales.

Veamos a continuación los casos específicos.

Venezuela

Especialmente representativos de lo que significó el exilio en Venezuela para los intelectuales españoles son el testimonio y la obra del político y jurista Justino de Azcárate que de la cátedra de derecho político de la Universidad de Madrid pasó, tras el estallido de la Guerra Civil, a la docencia en el Instituto de Administración Comercial venezolano y a la colaboración fáctica, en el ámbito de la Fundación Mendoza, con el objetivo de difundir los principios que habían inspirado la Institución Libre de Enseñanza. En sus memorias del exilio hallamos algunas palabras especialmente expresivas y explicativas:

> Era bastante difícil llegar a sentir el exilio en toda su crudeza en un país tan familiar como Venezuela, con nuestra lengua y con unas costumbres que, si no eran iguales, tenían tanta diferencia como puede haber entre las costumbres de León o Almería [36].

[36] Pilar González: «Justino de Azcárate: el exilio en Venezuela», en Abellán-Monclús: *op. cit.*, pág. 395.

La Casa de España en Venezuela existía ya antes de 1936, como centro cultural y recreativo que frecuentaban los emigrados españoles, si bien multiplicaría tanto el número de sus asiduos como el de sus actividades cuando estalló la guerra y se produjo la consiguiente gran oleada de exiliados. Sus visitantes eran exclusivamente españoles y los venezolanos solo participaban en las actividades del centro en muy contadas ocasiones de cierta importancia. La Casa no observaba ningún tipo de tendencia política y tampoco existían aquellas facciones regionalistas españolas que habían dividido a Caracas en barrios como el de los asturianos, el de los canarios, el de los vascos... De carácter manifiestamente regionalista era, sin embargo, el Centro Catalán que respondía a la fuerte exigencia de sus asiduos por hallar y recrear el propio lugar de procedencia. El grupo canario era particularmente fuerte y organizado y, aunque no pertenecía a ningún partido político, ejercía su presión en el campo económico.

El hecho de que estos centros de acogida para los emigrados españoles fuesen tendencialmente apolíticos es seguramente significativo, pues demostraba que las posiciones políticas de los exiliados eran diferentes, aun cuando muchos fuesen republicanos.

La sociedad venezolana siguió con gran interés, al igual que otros países americanos de lengua española, los cambios políticos de España durante la Guerra Civil. Los emigrados fueron acogidos en Venezuela generalmente con los brazos abiertos, si bien encontrarían también una fuerte oposición debida, en gran parte, a las envidias profesionales y a las actitudes competitivas, más que de colaboración, en el puesto de trabajo. Justino de Azcárate afirma al respecto:

> La tendencia elemental era: sirves o no sirves; te aprovechan o no te aprovechan. Porque en general durante muchos años la situación que tienes es de inseguridad de tal tamaño que no arriesgas nada [37].

En 1936 los exiliados españoles que llegaron a Venezuela se encontraron con un país con un nivel cultural tendencialmente bajo y escasamente organizado. Un dato significativo es que no existían las guarderías ni ningún tipo de institución que se ocupase de la edu-

[37] Pilar González, *op. cit.*, pág. 405.

cación preescolar (como veremos esta será una de las actividades socioculturales más importantes de la Fundación Mendoza). Los intelectuales y los científicos españoles que se habían exiliado en Venezuela se concentraron, pues, en la creación de programas de educación y se dedicaron a actividades de promoción y difusión de la cultura creando institutos y colaborando con la Universidad. Por ejemplo, exiliados de gran prestigio como Sánchez Covisa y el fisiólogo Augusto Pi Sunyer participaron en la fundación y en la organización, junto a otros profesores de gran talla, del Colegio de América, de corte liberal-progresista que se inspiraba en los principios de la Institución Libre de Enseñanza, una institución única en un ámbito monopolizado por la religión. El Ministerio de Educación fue adquiriendo progresivamente una mayor importancia, comprometiéndose en una dura batalla para rescatar al pueblo venezolano de su pobre formación.

La Fundación Mendoza representa la realización más significativa de la actividad de Justino de Azcárate en Venezuela. Fue fundada en 1948-1949 y se dedicó a la creación de programas innovadores y de proyectos en el campo de la educación, la cultura, la ciencia y la economía del país. En aquellos años, la Universidad de Caracas representaba una auténtica autoridad moral y educativa que gozaba todavía del prestigio que había heredado del siglo pasado. Evidentemente, la posibilidad de aprovechar la experiencia y el saber de una cultura más avanzada, la importada por los intelectuales exiliados españoles, fue determinante para el desarrollo cultural del país. Una decena de profesores, ingenieros y médicos muy cualificados formaba parte del grupo que organizaba la fundación. Ésta promovió la creación de una Universidad para la formación de técnicos y de ingenieros en la que los alumnos permanecían incluso después de las lecciones. La biblioteca de esta Universidad fue donada por Pedro Avases, un intelectual venezolano. Entre los numerosos proyectos de la Fundación en el campo de la educación se hallaba, como aludimos, el de la organización de un ciclo de enseñanza preescolar, inexistente hasta aquel momento, y el de la formación de los correspondientes maestros y educadores.

A la fundación se debe además el nacimiento de la primera infraestructura de becas de estudio y de préstamos educativos, lo que se desconocía por completo en Venezuela, así como la apertura de la Galería Mendoza. Sus actividades, pues, eran múltiples y diversifi-

cadas, desde la fundación de escuelas al estudio, por ejemplo, de nuevas técnicas agrícolas para desarrollar nuevos tipos de maíz que produjesen un mayor rendimiento.

La fundación del Instituto de Estudios Políticos por obra de Manuel García-Pelayo, un abogado exiliado de origen español, fue muy importante para el desarrollo cultural de Venezuela.

Por lo que respecta al campo de la Medicina, la participación de los médicos españoles en el programa de lucha contra la poliomielitis sería de gran importancia, ya que requería tanto la organización de la investigación en el laboratorio como la intervención práctica. Por aquel entonces, además, el Ministerio de la Sanidad se esforzaba por luchar contra la malaria y otras formas de paludismo que se hallaban muy extendidas. La llegada de los médicos españoles permitió aplicar una serie de métodos más eficaces y a gran escala para combatir estas plagas sociales.

Las profesiones de los exiliados concernían en su mayoría a la Medicina y, por ello, no tuvieron grandes dificultades en transferirse y en ejercer su profesión en el nuevo país. Así, en Venezuela desempeñarían sus profesiones grandes figuras como Augusto Pi Sunyer y José Sánchez Covisa.

Augusto Pi Sunyer era un gran fisiólogo que había fundado y dirigido, antes de que estallase la Guerra Civil en España, la importantísima Escuela de Fisiología de Barcelona. Cuando se fue al exilio partió junto a él gran parte de sus discípulos y colaboradores, como por ejemplo el profesor Jesús María Bellido, que murió en Francia, el hermano Santiago Pi Sunyer, que era también fisiólogo (catedrático en Zaragoza) y que tuvo la suerte de hallarse en territorio republicano (la Costa Brava) cuando estalló la guerra, estableciéndose más tarde en Bolivia, y el hijo Jaime Pi Sunyer (Bajo), también fisiólogo, que se fue a trabajar a México. El único problema de adaptación a la nueva patria que tuvo que afrontar Augusto Pi Sunyer parece ser que consistió en la dificultad que experimentó para comunicarse, pues hablaba en catalán.

Entre los médicos que hicieron durante su exilio una etapa en Venezuela, quedándose por algunos años, recordamos a David Vallmitjana que llegó a aquel país junto a su familia, compuesta por varios artistas que eran bastante famosos: el abuelo era escritor de obras de teatro en caló y el padre era escultor.

En lo que respecta al campo de la Física y de las Matemáticas, en Venezuela no existían escuelas propiamente dichas que realizasen trabajos de investigación científico-matemática, ya que era un país demasiado joven todavía y atrasado culturalmente. Existían de todas formas algunas figuras eminentes que realizaban trabajos de investigación de manera completamente autónoma. Por otra parte, comenzaba a difundirse el *Boletín de la Academia de Ciencias Físicas, Matemáticas y Naturales*, que publicaba los trabajos de F.J. Duarte sobre la teoría de los números.

Colombia

El testimonio representativo del exilio en Colombia lo constituye José Prat, que vivió en este país por 37 años. Respecto a su elección de Colombia como país en el que establecerse, Prat se expresa con palabras muy significativas:

> Me decidí por Colombia [...] por su situación alejada de los centros de mayor vivacidad política del exilio [...] dada mi posición de alejamiento entre las dos figuras del partido Socialista, Negrín y Prieto, consideré que un país como Colombia, con un Gobierno lleno de simpatía hacia los exiliados españoles, pero [...] que no tenía la tradición para la emigración española como Cuba, Argentina o México, podía ser un sitio más adecuado para desarrollar una nueva vida, encontrar trabajo y sostenernos en un exilio cuya duración no podíamos prever, pero que nunca me pareció que habría de ser breve, aunque desde luego nunca creí que iba a ser tan prolongado como ha sido [38].

En Colombia, las instituciones culturales que acogían a los exiliados españoles eran dos: la Casa de España y el Ateneo Español Republicano de Bogotá. Estos centros se dedicaron a la organización de múltiples actividades recreativas y culturales, facilitando la colaboración activa de los intelectuales emigrados con la prensa, la radio y las universidades colombianas.

La acogida que la nueva patria dispensó a los exiliados españoles fue, pues, especialmente abierta y amistosa, y sobre ella Prat comenta:

[38] Pilar González: «José Prat: recuerdos de Colombia», en Abellán-Monclús, *op. cit.*, pág. 287.

> En general nos trataban con gran simpatía: se nos dieron puestos académicos sin pedirnos títulos administrativos y de otro tipo [39].

Entre los exiliados que se establecieron en Colombia había grandes personalidades que se distinguían por los campos más variados del saber. Entre ellos recordamos, por lo que respecta al campo de las ciencias en general, al químico García Banús, catedrático de Valencia, al médico Antonio Trías Pujol y al matemático Francisco Vera, que permanecería en el país por poco tiempo.

Antes de que iniciase la Guerra Civil, Antonio Trías Pujol trabajaba en la clínica de cirugía de la Universidad de Barcelona con su hermano Joaquín, colaborador de la facultad de medicina de aquella Universidad. La actividad que ambos hermanos realizaron en el ámbito de la Universidad de Barcelona fue muy importante, ya que ambos concentraron sus esfuerzos para estructurar la docencia científica universitaria con el objeto de conferirle una orientación nueva y europea; para ello colaboraban con otras figuras de prestigio como Gregorio Marañón, el célebre naturalista Ignacio Bolívar y el propio rector de la universidad, Pedro Bosch Gimpera. Tras haber participado activamente como médico militar durante la Guerra Civil, Antonio Trías Pujol no hallaría muchas dificultades, como cirujano de gran fama y habilidad, trasfiriendo su propia actividad a Colombia.

Francisco Vera Fernández de Córdoba (1888-1967) realizó gran parte de su actividad como investigador en el exilio en Argentina si bien, antes de establecerse definitivamente en aquel país, transcurrió sus primeros años en el nuevo continente (de 1939 a 1947) trabajando como profesor universitario en Santo Domingo, en Lima y también en la Universidad de Bogotá.

Chile

Los acontecimientos de la Guerra Civil española fueron seguidos y vividos con gran interés en Chile, lo que se debió fundamentalmente a la configuración política de este país, muy similar a la es-

[39] José Prat: «El exilio en Colombia», en *El exilio español en Hispanamérica, Cuadernos Hispanoamericanos*, ns. 473-474, nov.-dic. 1989, pág. 245.

pañola, aunque fundada sobre bases más democráticas. En 1936, el presidente chileno Alessandri, apelado porque muchos «nacionales» se habían refugiado durante los sucesos políticos españoles en la embajada chilena de Madrid, declaró su posición neutral al respecto aun cuando en realidad actuase apoyando a Franco. Al final de la Guerra Civil, en 1939, el presidente de Chile era Aguirre Cerda, del Frente Popular, mientras que el embajador extraordinario era Indalecio Prieto: ambos invertirían la tendencia política del país respecto de los exiliados españoles y pusieron en marcha una política de acogida completa.

El último barco de prófugos que partió de España, el *Winnipeg*, levó anclas en 1940 para dirigirse a Chile y, entre las personalidades que ayudaron a los fugitivos a embarcarse, estaba Pablo Neruda que, por aquel entonces, era cónsul en París.

Muchos intelectuales famosos hicieron una etapa de su exilio en Chile, como J. Ferrater Mora (1941-1947), Arturo Serrano Plaja, Antonio Aparicio y Pablo de la Fuente. Entre las actividades culturales que realizaron los exiliados en este país destacan el trabajo de la editorial Cruz del Sur, fundada en 1942 por el español Arturo Soria, y las revistas *España Libre* y *Germanor*, esta última de corte catalán.

Entre los profesionales que se habían embarcado en el *Winnipeg* y que se habían establecido definitivamente en Chile estaba Jaime Valls Dalfo, excelente estudiante del último año de medicina de la Universidad de Barcelona que, cuando estalló la Guerra Civil, se inscribió en la Escuela Popular de Guerra en la misma ciudad. Militaría en las filas republicanas y se distinguó hasta tal punto que pasó de ser el jefe de una batería de artillería hasta nada menos que capitán. Cuando acabó la guerra, huyó al campo de Argelès Sur Mer y, desde allí, se embarcó hacia Chile. Se estableció en Santiago y comenzó otra vez sus estudios en la facultad de Medicina, trabajando en una fábrica de calzado para poder mantenerse. Se graduó con una tesis muy interesante sobre el morbo de Chagas cuya publicación, que fue inmediata, le hizo famoso. Fundó luego la Mutualidad Catalana y ejerció su profesión en la colonia española de Santiago.

En lo que concierne al campo de las ciencias físicas y matemáticas, en Chile no existían, por aquellos años, escuelas de investigación propiamente dichas. Una revista bastante relevante en aquel ámbito era *Scientia*, publicada por la Universidad Técnica Federico

Santa María, que profundizaba especialmente en temas de geometría diferencial y divulgaba los trabajos europeos y norteamericanos más interesantes y representativos.

Uruguay

Uruguay era el país sudamericano que gozaba de una imagen más liberal. Justino de Azcárate dice, a este propósito, que era:

> El único país que era comparable, llamado cursimente, la Suiza americana, era no por otro motivo que desde el punto de vista político, es decir, tenía una estructura política liberal avanzada pero estable, lo que era la gran preocupación de los países americanos: no había el golpe militar [40].

Se trataba, pues, de una nación modernamente estructurada que, a pesar de hallarse excesivamente cerca de Argentina, ejercía una gran atracción como centro cultural y universitario.

Entre los testimonios de la acogida benévola que la tierra uruguaya dispensó a los exiliados españoles se halla el de Fernando Aínsa, que llegó a Uruguay de pequeño con su padre y que ha escrito unas memorias muy interesantes sobre el primer impacto que le produjo este país lejano [41].

Entre las actividades culturales más interesantes llevadas a cabo por los exiliados en Uruguay destaca, con toda seguridad, la fundación de la Comedia Nacional de Uruguay y de la Escuela de Arte Dramático por la gran actriz Margarita Xirgú. El exilio «artístico» fue, de hecho, muy importante pues contaba, junto a la actriz citada, con personalidades de alto nivel como los escultores Pablo Serrano y Eduardo Yepes, cuyas obras adornaron muchos edificios públicos de Montevideo. En Montevideo vivió también José Bergamín, que enseñó literatura española desde 1947 a 1954 en la facultad de Humanidades y, tras un breve retorno a España, se establecería desde 1964 en Uruguay de forma definitiva.

[40] P. González: «Justino de Azcárate: el exilio en Venezuela», en Abellán-Monclús: *op. cit.*, pág. 391.

[41] Fernando Aínsa: «El exilio español en Uruguay. Testimonio de un niño de la guerra», en *El exilio español en Hispanoamérica, Cuadernos Hispanoamericanos*, ns. 473-474, nov.-dic. 1989.

Destaca también el trabajo editorial que realizó en aquel país Benito Milla. Ex-secretario de la Juventud Libertaria de Cataluña, participaría activamente en la vida cultural uruguaya difundiendo las mejores obras de los escritores europeos y sudamericanos.

Entre los médicos que se exiliaron en Uruguay hay que recordar a Francisco Bergos Ribalta. En España, era profesor asociado de anatomía en la Universidad de Barcelona, así como director de la escuela para enfermeros de la misma Universidad. Partió hacia el exilio estableciéndose primeramente en Buenos Aires y, años después, se transfirió definitivamente a Montevideo, donde se destacó como promotor y director en el programa de defensa pasiva que se había puesto en marcha en este país.

Luis Martínez Antonissen (1912-1957) fue uno de los médicos que, habiéndose exiliado en Uruguay, no continuó ejerciendo su profesión, sino que se dedicó a otras actividades extramédicas. Entre el estallido de la Guerra Civil y su exilio viviría unos años especialmente azarosos. En 1936, cuando inició la sublevación militar, se hallaba en Roncesvalles. Cuando el ejército conquistó Navarra, los médicos se vieron obligados a trabajar para el ejército, pero Antonissen se negó a ello. Una noche de invierno, cuando estaba todo cubierto de nieve, huiría atravesando la frontera con Francia a pie. Desde allí volvería a España para recoger a su novia que vivía en Dosaigües, cerca de Barcelona, y proseguiría el viaje hasta Valencia, enrolándose como voluntario en la XXIV brigada. Participó en muchos combates, como el del Jarama, por el que recibiría la medalla al valor; se halló además en primera línea tanto en Madrid como en el Ebro. Tras la derrota definitiva del frente republicano, huyó al campo de concentración de St. Cyprien, en Francia, en donde había dejado a su familia y a su novia y con ellos se embarcaría hacia Buenos Aires. En esta ciudad trabajó como consejero científico de la Glaxo y, más tarde, se transfirió a Montevideo para asumir el mismo cargo profesional en los laboratorios de la Roche. Murió en la capital uruguaya a la edad de 45 años.

En el campo de las ciencias matemáticas fue decisiva la fundación, en los años inmediatamente posteriores a la Guerra Civil española, de la Biblioteca de Matemáticas de la facultad de ingeniería

que sería, con toda seguridad, la mejor del continente sudamericano [42].

Cuba

El papel que desempeñó Cuba en el ámbito del exilio español fue, sin lugar a dudas, el de servir de puente entre España y el continente americano. Los exiliados desembarcaban con frecuencia en la isla pero, debido a la situación política en que se hallaba Cuba (hasta 1939) y las dificultades que encontraron allí para intentar rehacer sus vidas, se transfirieron generalmente a otros países tras una permanencia breve en la isla. La acogida amistosa y cordial de los exiliados españoles por parte de la sociedad cubana entraba en conflicto, en efecto, con la actitud de la dictadura de Batista, que se escondía bajo una falsa apariencia democrática. Batista era el jefe del ejército, pero desde 1933 era quien elegía efectivamente el tipo de gobierno de la isla y no veía con buenos ojos a los republicanos españoles. En 1940 el Partido Comunista cubano venció en las elecciones, sin embargo Batista logró conservar el poder de todas formas, haciéndose nombrar ministro del gobierno de Carlos Rafael Rodríguez.

Cuba se declaró abiertamente a favor de la República española durante el conflicto civil, y el «comunismo cubano, en solidaridad con el español y con la Unión Soviética, hizo campaña activa de agitación a favor de la República española» [43]. Dejando de lado la política, se debe recordar que las posibilidades de trabajo que poseían los intelectuales y los científicos españoles en el ámbito de la investigación o de la docencia universitaria eran muy escasas.

Cuba había constituido siempre un destino para los refugiados, a menudo intelectuales, que procedían de diversos países europeos. La lengua común suponía seguramente un presupuesto que habría podido facilitar la integración de los prófugos de origen español; sin embargo, estos hallaron una fuerte oposición, en especial modo en

[42] L. Santaló y eds.: *op. cit.*, pág. 12.

[43] César Leante: «El exilio en Cuba», en *El exilio español en Hispanoamérica, Cuadernos Hispanoamericanos*, ns. 473-474, nov.-dic. 1989, pág. 201.

el ámbito universitario, donde el Frente Cubano era muy fuerte y presionó para que los españoles antifranquistas fuesen rechazados.

En los años que sucedieron al estallido de la Guerra Civil, españoles y cubanos colaboraron en la creación de nuevos centros políticos y sociales en la isla. Entre las grandes figuras del exilio español que hicieron una etapa del propio exilio en Cuba o que se establecieron en ella, hay que recordar a los grandes poetas Juan Ramón Jiménez y Manuel Altolaguirre, a la filósofa María Zambrano, al médico Gustavo Pittaluga, al poeta-crítico Juan Chabás, a Herminio Almendros, a Concha Méndez, a Álvaro Custodio, a María Enciso, a J. L. Santullano...

En cualquier caso, el exilio español en Cuba consistía generalmente en visitas breves y estancias cortas. Cuba no supo aprovechar la llegada de tantos intelectuales españoles como hizo, por el contrario, México. En este sentido, Gastón Baquero cita en un artículo [44] una afirmación del poeta Felipe Lázaro:

> De la estancia en La Habana de los intelectuales españoles aventados allí por la Guerra Civil, [...] no hay que decir más que aquello fue el mayor regalo que pudimos recibir nunca los que éramos en ese momento la juventud universitaria. La conducta de los catedráticos y autoridades de la Universidad de La Habana para con esos maestros [...] fue una verdadera vergüenza, además, recubierta de una capa de hipocresía [...] Se les ofrecieron unas conferencias, algún cursillo muy breve, alguna velada literaria, [...] pero no se les dieron cátedras, no se les ligó fuertemente a la Universidad, como era lo debido, y lo que convenía más [...] a la cultura cubana.

Y continúa diciendo:

> Los mexicanos fueron infinitamente más inteligentes y lúcidos que los cubanos. [...] lo que hizo México del exilio español: lo hizo todo, lo renovó todo, lo engrandeció todo.

Un ejemplo de la escasa capacidad cubana para aprovechar el saber de las grandes personalidades científicas del exilio español lo

[44] Gastón Baquero: «Recuerdos sobre exiliados españoles en La Habana», en *El exilio español en Hispanoamérica, Cuadernos Hispanoamericanos*, ns. 473-474, nov.-dic. 1989, pág. 219.

constituye la dificultad que Gustavo Pittaluga, gran hematólogo de fama europea, halló en el mundo Universitario cubano para hacerse reconocer el título de estudios y poder ejercer de este modo la profesión médica. Le obligaron a sentarse en un banquito y contestar quince preguntas para permitirle trabajar como médico. ¡Puro tercermundismo cultural y subdesarrollo mental!» [45]. Cuando obtuvo finalmente su convalidación, Pittaluga daría algunas conferencias en la Universidad que revistieron un gran interés.

Lograría publicar en el exilio un libro titulado *Temperamento, carácter y personalidad*, gracias a las subvenciones del Fondo de Cultura Económica de México [46].

En el campo de las ciencias matemáticas, se fundó en 1942 la Sociedad Cubana de Ciencias Físicas y Matemáticas, que comenzó a publicar la primera *Revista* cubana dedicada íntegramente a las matemáticas y a la física matemática. Entre sus promotores y colaboradores destaca el gran matemático cubano Mario O. González, que publicó numerosos artículos y textos didácticos.

Bolivia

En el ámbito del exilio español, Bolivia se resintió seguramente de los mismos problemas que tuvo Uruguay, es decir, de la cercanía del mundo universitario argentino, que ejercía una gran atracción.

De todas formas no faltan los científicos españoles de prestigio que colaboraron con la Universidad de Cochabamba, como por ejemplo el gran fisiólogo Santiago Pi Sunyer, que pertenecía a la célebre familia de fisiólogos vinculada a la Escuela de Fisiología de Barcelona (era hermano de Augusto Pi Sunyer, exiliado en Venezuela, y tío de Jaime, exiliado en Monterrey, México). Santiago era catedrático en Zaragoza pero cuando estalló la guerra se hallaba en Rosas (en la Costa Brava), por tanto en territorio republicano. Huiría a Francia, donde le llegó la invitación de la Universidad de Cochabamba para ofrecerle la cátedra de fisiología. Durante su estancia en Bolivia, además de su actividad como docente, publicó un impor-

[45] G. Baquero: *op. cit.*, pág. 220.

[46] Publicado en la Colección Breviarios.

tante tratado de fisiología. Se transfirió a continuación a Panamá, donde enseñó también fisiología en la facultad de Medicina hasta que se jubiló, estableciéndose entonces en España, concretamente en La Junquera, población que sirve de frontera entre Cataluña y Francia.

El matemático español José Riera Fernández, que había nacido en Asturias en 1911, llegó a Bolivia en 1939; allí comenzó a enseñar matemáticas en escuelas privadas hasta que consiguió el cargo de director del Instituto Español de Bolivia y de profesor en la Universidad de La Paz. Escribió en Bolivia algunas obras que fueron publicadas, sin embargo, en Argentina: *Contabilidad Básica* (Buenos Aires, Imprenta López, 1944) y *Álgebra Básica* (Buenos Aires, Imprenta López, 1945).

Hay que recordar también al gran científico ecléctico Juan Cuatrecasas, médico especializado en fisiopatología que, aunque trabajó en el exilio casi exclusivamente para las universidades argentinas, tuvo la ocasión de impartir algunos cursos de fisiopatología general, de gran interés, en la Universidad boliviana de Cochabamba.

Brasil

Muchas personas, entre las que se hallaban científicos españoles, emigraron a Brasil para quedarse por un cierto tiempo o para establecerse. La Fundación G. Vargas desempeñaría en aquellos años un papel muy importante en el desarrollo y la difusión de las ciencias en el país, financiando muchos proyectos sociales y de investigación científica.

Entre los exiliados españoles de mayor prestigio que hicieron una etapa de su exilio en Brasil se hallaba J. Martín Echeverría, un hábil y famoso médico que asumió durante algunos años el puesto de secretario en la embajada española en Brasil. Una vez concluido el conflicto civil en España, Echeverría se transferiría con su familia, definitivamente, a Buenos Aires.

Emilio Mira y López (Santiago de Cuba 1886- Río de Janeiro 1964) fue una gran figura del mundo de la psiquiatría española en el exilio. Nació cuando la familia se hallaba en Cuba ya que su padre, que era médico, estaba realizando un estudio sobre la fiebre amari-

lla. Estudió psiquiatría en la Universidad de Barcelona y participó activamente en los movimientos de renovación y «europeización» de la cultura universitaria. Antes de que iniciase la Guerra Civil era ya un afirmado psiquiatra en su patria por sus estudios sobre el método de diagnóstico miocinético en la psiquiatría moderna. Después de una breve estancia en Argentina, se transfirió con carácter definitivo a Brasil, donde trabajó como director del Instituto de Psiquiatría Presidente Vargas. Escribió numerosos tratados de esta especialidad, entre los que señalamos *Cuadros Gigantes del Alma: el miedo, la ira, el amor y el deber* y *Psicología de la vida moderna*, ambos publicados en Brasil.

Por lo que respecta al campo de las ciencias matemáticas, en Brasil existen dos escuelas de matemáticas, una en São Paulo y otra a Río de Janeiro. La primera recibió un gran impulso inicial por parte de los matemáticos italianos que llegaron al país, siendo sustituidos luego por los franceses y más tarde por los estadounidenses. En 1945 fue fundada la Sociedade Mathematica de São Paulo, de la que el *Boletim da Sociedade Mathematica de São Paulo* constituye su publicación más importante. En Río de Janeiro, la Fundación G. Vargas, que promovía el desarrollo en todos los campos del saber, comenzaría a publicar desde 1942 la excelente revista *Summa Brasiliensis Mathematicae* y, en 1948, financiaría la producción de una serie monográfica de publicaciones titulada *Notas de Mathematicas* cuya dirección había sido confiada a A. Monteiro. Esta colección consistía en una serie de tópicos de la matemática moderna que no eran tratados de forma divulgativa, ya que cada capítulo contenía una contribución original sobre el argumento elegido. En estos años nacía también otra revista de matemáticas de gran prestigio, los *Annales da Academia Brasileira de Ciencias.*

Puerto Rico

Puerto Rico sufre desde 1899 el influjo y la hegemonía estadounidense y, por tanto, vive desde hace ya varias décadas el problema del conflicto —aún por resolver— entre la afirmación y revalorización del hispanismo y el influjo arrebatador de los Estados Unidos. Esto sucede no sólo en el plano político, en cuanto Estado Libre

Asociado, sino también en el cultural y tecnológico. Se trata, pues, de una nación dividida, con una población de escasa formación cultural aunque bilingüe.

Las clases sociales altas eran las que conservaban con mayor rigor las tradiciones españolas. Por esta razón había muchos estudiantes españoles en las universidades de Puerto Rico. Existía ya un Centro Español, muy pequeño y exento de connotaciones regionalistas, que desempeñaba con autenticidad el papel de centro de inmigración, en vez del de centro cultural como sucedía en muchos países.

Los ambientes culturales puertorriqueños acogieron abiertamente a los exiliados españoles y supieron aprovechar bien sus conocimientos y sus capacidades.

Santo Domingo

Entre los médicos que llegaron a la pobrísima Santo Domingo estaba Juan Medina Tur. De origen ibicenco, comenzó su exilio en este país para transferirse, un poco más tarde, a los Estados Unidos, donde trabajó en un laboratorio, estableciéndose finalmente en Argentina.

Perú

En relación con el desarrollo de las disciplinas científicas en los países iberoamericanos restantes, hay que destacar que en Perú, aun no teniendo publicaciones de matemática pura, existían de todas formas dos revistas de carácter más general que presentaban numerosos artículos de matemáticas: la *Revista de Ciencia e Actas de la Academia Nacional de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales de Lima*, que se orientaba al estudio y a la difusión de las teorías de Godofredo García y de Alfredo Rosenblatt, y la *Revista de la Universidad Católica del Perú* que, aun no estando especializada en matemáticas, seguía los estudios de Cristóbal de Losada y Puga.

II

ARQUITECTURA

Durante la Segunda República (1931-1939), el sector español de la construcción entró en crisis a causa de la desconfianza de los inversores, tanto internos como externos, respecto de la situación política del momento. Pero, aunque fueron pocas las obras edilicias que se realizaron, se llegó a constituir una cultura arquitectónica de corte europeo que logró satisfacer la sentida exigencia de situar a España por encima del parámetro de la llamada «modernidad».

En cuanto a la planificación urbanística, las instituciones gobernativas españolas debían afrontar, por una parte, el espinoso problema de la tumultuosa expansión de Madrid mientras que la Generalitat catalana, por otro lado, elaboraba en 1932 el primer Plan de Cataluña, que incluía el Plan Maciá (llamado así en honor del Presidente de la Generalitat) que, apoyado por el Consell Superior de Urbanisme del Ayuntamiento, fue propuesto por el GATEPAC [1], grupo que contaba con la garante colaboración de Le Corbusier. Entre las obras arquitectónicas que promovió el gobierno autónomo de la Generalitat destaca la significativa realización de la Casa Bloc, un bloque de apartamentos baratos que fue terminado en 1936 y que había sido comisionado por el Patronat de l'Habitació de Barcelona, bajo la dependencia directa de la Generalitat. Además, en 1934 Sert, Torres y Subirana proyectaban el Dispensari Central Antitubercolós, que pertenecía al Departamento de Sanitat y Assistència de la Generalitat, si bien su construcción sería ultimada durante la guerra.

[1] Grupo de Arquitectos y Técnicos Españoles para el Progreso de la Arquitectura Contemporánea.

Para hacer frente al problema de la construcción de nuevas viviendas en los centros urbanos, se restableció durante los años de la República la Ley de las Casas Baratas de 1921, que había sido reformada en 1924, durante el período de la dictadura. Pero, a pesar de los grandes esfuerzos de coordinación entre los diversos Patronatos de Política Social e Inmobiliaria para promover el Servicio de Casas Baratas, el hecho de que esta ley perteneciese al régimen anterior decretó, en un cierto sentido, su escasa eficacia. Por el contrario, fue durante el Bienio Negro cuando se elaboró una nueva ley resolutiva y concreta, la llamada ley Salmón, que preveía una serie de formas de beneficio que fuesen proporcionales a los alquileres y a las características peculiares de los distintos centros urbanos.

Madrid y Barcelona eran las únicas ciudades españolas que poseían en los años de la República una escuela de arquitectura. El primer polo ejercía su influencia hasta el País Vasco y se caracterizaba por su conflictiva relación con la tradición, mientras el segundo tendía a asimilar las tendencias europeas a la vanguardia. Se formaron, por tanto, dos genuinas escuelas de arquitectura: en Madrid se constituyó la denominada generación de arquitectos del 25, compuesta por arquitectos que se habían graduado entre 1918 y 1923, cuya producción más significativa fue la realización de la Ciudad Universitaria de Madrid, que inició en 1927. En Cataluña nació el GATEPAC, Grupo de Arquitectos y Técnicos Españoles para el Progreso de la Arquitectura Contemporánea, constituido en 1930 en Zaragoza como la sección española del CIRPAC (Comité International pour la Réalisation des Problèmes Architecturaux Contemporains) [2]. El grupo se proponía renovar, de forma completa y radical, los viejos modelos arquitectónicos y promovía una colaboración estrecha con los grupos afines extranjeros. Desde 1931 el órgano de difusión de las nuevas ideas del GATEPAC en campo arquitectónico era la revista *A.C.*

Cuando estalló la Guerra Civil, un gran número de arquitectos españoles se exilió, al igual que hicieron muchos intelectuales y tantas otras personas, en Hispanoamérica. Especialmente numerosos fueron los que buscaron refugio en México, país que vivió en la dé-

[2] La organización de Congresos Internacionales de Arquitectura Moderna (CIAM) era una de las actividades del grupo.

cada de los años cuarenta una expansión económica que se reflejó también en el campo de la construcción. Hubo bastantes casos de aquitectos que, una vez que llegaron al país de adopción, se dedicaron a campos afines al propio, bien de tipo técnico, como la ingeniería, la planificación urbanística o la creación de nuevas empresas de construcción, bien de tipo artístico, dedicándose casi exclusivamente a la pintura.

En el campo de la arquitectura muchos estudiosos se han interesado por el problema de la valoración de la efectiva aportación cultural española al país de adopción. Dos arquitectos españoles exiliados en México, Luis Benlliure y Antonio Peyri [3] han intentando dar una respuesta rechazando la existencia de caracteres nacionales en la arquitectura de las primeras décadas de siglo en favor de una tendencia artística, por el contrario, de carácter universal, por lo que niegan también la posibilidad de una influencia específica española. El conflicto entre tradición y vanguardia y la crisis de los valores estéticos son sentimientos que se hallan muy extendidos.

Entre los arquitectos que se exiliaron en México y que adquirieron con su arte una notoriedad y un prestigio a nivel mundial se halla Félix Candela. Nació en Madrid en 1910 y abandonó España en 1939; tras una breve etapa en el campo de concentración francés de Saint Cyprien, se embarcaría en el *Sinaia* con rumbo a México. En este país fundó la empresa ALA para la realización de proyectos de construcciones laminares y, a partir de 1951, colaborando con algunos arquitectos mexicanos, en especial con Enrique de la Mora, comenzó a realizar una serie de grandes obras caracterizadas por el uso de «paraboloides hiperbólicos» [4] como cubierta tan típica que le valió el sobrenombre de mago de las bóvedas de cáscara [5].

[3] Los contenidos de sus afirmaciones proceden de una entrevista que los dos arquitectos concedieron a Concepción Taboada Fernández en agosto de 1980 y que han sido citados, a su vez, por Arturo Souto Alabarce, «Arquitectura», en AA.VV.: *El exilio español en México. 1939-1982*, México, Fondo de Cultura Económica, 1982, pág. 484.

[4] A causa de la utilización del *paraboloide hiperbólico*, la producción artística de Candela se asocia con frecuencia a la de Antonio Gaudí (y en especial con la Sagrada Familia, el parque Güell y los balcones de la casa Milá). Sin embargo, mientras que en Gaudí prevalece una connotación simbólico-mística (el paraboloide hiperbólico representaría a la santa trinidad), en Candela no existen estas connotaciones metafísicas y prevalece, por el contrario, la búsqueda estructural de un equilibrio entre los espacios y las formas, entre el vacío y lo lleno.

[5] A. Souto Alabarce: *op. cit.*, pág. 485.

En México, Candela colaboró también con otros arquitectos —además de Enrique de la Mora, como Juan Sordo Madaleno y Fernando López Carmona. En las producciones de Candela es especialmente interesante su constante búsqueda de un equilibrio entre el espacio y la forma, respetando siempre una lógica funcional, y el atento uso de la luz. Se especializó en cálculo de estructuras y su primera obra cubierta con «paraboloide» en México data de 1949. Por la extremada originalidad y personalidad de su estilo, en el que «se conjugan múltiples tendencias [...] el expresionismo alemán, el delirio naturalista de Gaudí, los "pequeños cubos" de Cézanne, las formas aladas de Torroja» [6] llegó a ser rápidamente famoso y apreciado en todo el mundo. Además de su actividad constructiva, enseñó en varias universidades de prestigio internacional y recibió muchos premios importantes como el premio Auguste Perret, concedido por la Unión Internacional de los Arquitectos «en atención a su talante confirmado y a su imaginación vivaz y fecunda» [7].

Entre sus obras más interesantes se halla la iglesia de la Virgen Guadalupana en Madrid, cubierta con cuatro «paraboloides hiperbólicos», que había proyectado con de la Mora en México y cuya construcción fue dirigida desde el exilio mediante la supervisión local de los arquitectos españoles José Antonio Torroja y José Ramón Aspiazu. En México realizó numerosas obras, entre las que destacamos dos iglesias: la Capilla Abierta de Cuernavaca, que realizó también con de la Mora, recuerda por su estructura abierta a las iglesias que se construían en México durante el período del virreinato que, a causa de la proliferación de las conversiones, no lograban dar cobijo en su interior en muchos casos a todos los fieles que acudían a los servicios. La Capilla de Cuernavaca se presenta abierta por dos lados, de frente y detrás del altar. Candela realizó con la colaboración de Juan Sordo Madaleno otra estructura abierta, de forma semejante, en Acapulco: se trata de La Jacaranda que fue construida, a diferencia de la precedente, con fines más artísticos que funcionales. En la Ciudad de México, Candela realizó también la iglesia de la Medalla Milagrosa, obra exclusivamente suya, que pre-

[6] A. Souto Alabarce: *op. cit.*, pág. 486.

[7] Motivo que es recogido por Francisco Zueras Torrens: *La gran aportación cultural del exilio español (1939)*, Córdoba, 1990, pág. 163.

senta una sucesión de «paraboloides» que confluyen gradualmente hacia el centro, representado por el altar. En colaboración con Castañeda, Candela realizó el proyecto del Palacio de los Deportes de México, inaugurado para las Olimpíadas de 1968. Construyó después el Pabellón de Rayos Cósmicos, dentro de la ciudad universitaria, siguiendo un proyecto realizado con Jorge González Reyna y Rafael Arozamena y la iglesia de San José de Monterrey.

Entre las obras que Candela realizó en otros países, recordamos el complejo deportivo para la Universidad de Brown, en Providence, y la ciudad deportiva en Kuwait.

Como se ha señalado, algunos arquitectos españoles exiliados se dedicaron particularmente a la pintura alcanzando resultados notables. Entre los que se establecieron en México destaca Roberto Fernández Balbuena, que llegó a aquel país tras haber sido profesor de la escuela de Arquitectura de Madrid y después de haber realizado numerosos proyectos urbanísticos. Durante el período de la Guerra Civil colaboraría, además, en el proyecto de tutela de los bienes artísticos españoles puesto en marcha por la República. Llegó, pues, al país adoptivo cuando ya era un profesional afirmado, fundando la empresa de construcciones TASA, en colaboración con el colega Ovidio Botella, que se ocuparía especialmente de proyectar y realizar viviendas unifamiliares. Como pintor autodidacta alcanzó buenos resultados en sus producciones artísticas, especialmente interesantes por cuanto se hallan desligadas de corrientes y estilos específicos. En España, el arquitecto español Ovidio Botella, que era socio de Balbuena en la TASA, era jefe de los ingenieros en el ejército de la República y se distinguió en la Guerra Civil porque fue quien concertó la travesía del Ebro por las tropas republicanas.

Jesús Martí Madariaga, que en 1935 había realizado el apreciado Plan Urbanístico Integral para los pueblos del campo andaluz y de Extremadura, fundó en México la empresa constructora Vías y Obras y construyó importantes edificios como el Hotel Mocambo de Veracruz y el Casino de la Selva en Cuernavaca. Sus producciones pictóricas permanecieron en secreto hasta 1970, cuando las expuso por primera vez.

La arquitectura barroca en el Valle de México es el título de un interesante libro, publicado por la Editorial Séneca y escrito por el arquitecto español Mariano Rodríguez Orgaz. Durante su exilio en

México formó parte del equipo que trabajaba en las zonas arqueológicas de Teotihuacán y Xochicalco. También se exilió en México el arquitecto Francisco Azorín, de origen cordobés, que se graduó en 1911 y participó en España en la actividad del Colegio Vasco-Navarro de arquitectos.

Antes de que comenzase la Guerra Civil en España, José Luis Mariano Benlliure había participado en la reconstrucción del Teatro Real de Madrid; más tarde, tras una breve etapa en Saint Cyprien, se embarcaría en el *Flandre* hacia México donde permaneció hasta 1948, año en que volvió a España.

Tomás Bilbao obtuvo el título de arquitecto en 1919 y participó activamente en España en el programa político de Casas Baratas en Vizcaya, realizando muchos proyectos para la edificación de las casas-jardín, género ampliamente extendido, hasta que en 1931 fue nombrado Presidente de la Junta de Viviendas Municipales del Ayuntamiento de Bilbao.

Bernardo Giner de los Ríos, que pertenecía a la generación de arquitectos del 25, era el secretario de redacción de la revista *Arquitectura*, así como el director de la Sección de Construcciones Escolares del Ayuntamiento de Madrid; por medio de esta sección realizaría las escuelas Fernández Moratín y Emilio Castelar, el Colegio Nacional Unamuno y la Escuela Normal Pablo Montesinos. En 1931 se convirtió en diputado de las Cortes de Málaga, fue Ministro de Comunicaciones en el gobierno de Casares Quiroga, Ministro de Trabajo bajo el gobierno de Martínez Barrio y durante el gobierno de Giral y Negrín trabajó en los ministerios de Comunicaciones y en el de la Marina Mercante hasta el final de la guerra. En 1952 publicó en México el libro *Cincuenta Años de Arquitectura Española*, para la editorial Planeta Patria. El arquitecto Arturo Sáenz de la Calzada entró a formar parte, en 1931, de la Junta de la Ciudad Universitaria de Madrid. En 1936 obtuvo un importante reconocimiento profesional, ya que se le concedió el primer premio del Concurso Nacional de Arquitectura, por el proyecto de un edificio para exposiciones permanentes realizado con otro arquitecto exiliado en México, Enrique Segarra Tell.

Fueron muchos los arquitectos españoles que eligieron México como país adoptivo. Entre ellos recordamos también a Juan Caridad, Oscar Coll, Ignacio Fauce, Francisco Detrell, Fernando Gay,

Tomás Auñón, Miguel Bertrán de Quintana, Emilio Blanch, Cayetano de la Jara, Marco Esteban, Jaime Ramonet, Juan Rivaud y Eduardo Robles Piquer.

Entre los arquitectos españoles que buscaron refugio en Colombia destaca Santiago Esteban de Mora que participó, tras graduarse en 1926, en las actividades del GATEPAC aun cuando vivía en Madrid. Fue miembro del equipo de arquitectos al que se encomendó la realización de la prolongación de La Castellana según el proyecto de otro gran arquitecto, Secundino Zuarzo, que se exilió en Francia tras 1939. A Colombia también llegaron los exiliados Alfredo Rodríguez Orgaz y Germán Tejero.

Entre los arquitectos que se exiliaron en Venezuela hallamos a Rafael Bergamín, graduado en 1918 y perteneciente al grupo generacional madrileño del 25. En el ámbito del Proyecto de la Ciudad Universitaria de Madrid, Bergamín realizó la Fundación del Amo, un edificio de breve existencia ya que fue destruido por completo durante la Guerra Civil. Entre sus creaciones podemos citar la Escuela de Enfermeras, el Hotel Gaylords, la famosa Casa de El Barco, actualmente la embajada japonesa, y las colonias residenciales el Parque Residencia (1931-1933) y El Viso (1933-1936) en Madrid. Proyectó también el aeropuerto de Madrid, que no fue realizado, y el sanatorio de Salamanca, construido después de la guerra a causa de su ausencia. Los arquitectos Armós Salvador Carreras, Javier Yarnoz Larrosa, Juan Capdevila, Francisco Iñíguez Machoba, José Lino Bahamonde, Joaquín Ortíz y Fernando Salvador Carreras se exiliaron también en Venezuela.

Antonio Bonet, figura importante del GATEPAC español, transferiría su actividad a Argentina. Se graduó en 1936, trabajó en París hasta 1938 y durante una breve estancia en Uruguay, entre 1945 y 1948, realizó la urbanización de Punta Ballena. En Buenos Aires construiría la Galería Rivadavia entre 1957 y 1959, proyectando también la reconstrucción del Barrio Sur y de la casa Oks. En 1961 volvió a España y construyó en Barcelona el edificio Mediterráneo y el Canódromo Meridiana, participando en la realización del Polígono de Montrau, mientras que en Madrid realizaría el edificio del Banco de Madrid y el complejo residencial Retiro II.

En Cuba se exilió Martín Domínguez, arquitecto desde 1922 que realizó varias tiendas, remodeló el Hotel Palace y el edifico La

Voz en Madrid. Su obra más representativa es el complejo del Instituto-Escuela (1932-1933), realizado en colaboración con Carlos Arniches y Eduardo Torroja. En este edificio tuvo su sede el Comité Hispano-Inglés y la Sociedad de Cursos y Conferencias. En colaboración también con los arquitectos citados, realizó el Hipódromo de La Zarzuela.

Cuando estalló la Guerra Civil en España, el arquitecto Francisco Fábregas, que había participado —como miembro del GATEPAC— en el plan de municipalización de la propiedad urbana realizado por la Generalitat de Cataluña, buscó refugio en la República Dominicana y allí proseguió su actividad.

Germán Rodríguez Arias, arquitecto desde 1925 y uno de los fundadores del GATEPAC, construyó en Barcelona el edifico Astoria y el complejo de viviendas de la calle Augusta, 61 y después de 1939 se transfirió a Chile. Pablo Zabala haría lo mismo.

III

EL EXILIO DEL CINE ESPAÑOL EN HISPANOAMÉRICA

En los años que precedieron la Guerra Civil los éxitos artísticos y comerciales de la producción cinematográfica española eran, aunque aurorales, de cierto relieve, tanto que presagiaban un notable desarrollo. Se remonta a 1937 la primera censura severa impuesta a toda producción cinematográfica por los que iban a ser los vencedores del conflicto civil, con el fin de orientar el rumbo ejerciendo un fuerte control de los capitales. Además, y en cierto sentido consiguientemente, el desarrollo del arte cinematográfico español sufrió incluso la hemorragia de la emigración de muchísimos profesionales.

Son innumerables las hipótesis sobre la entidad y consistencia de lo que hubiera podido ser el cine español sin el conflicto civil y la consiguiente emigración masiva. Hay quien afirma que, a partir de la España fundamentalmente agraria y subindustrializada de los años treinta, el arte cinematográfico nunca hubiera podido alcanzar a nivel artístico y comercial dimensiones notables, en cuando la produción cinematográfica está estrecha y paralelamente vinculada al desarrollo industrial. Pero cabe subrayar al respecto el caso de Italia y también de Dinamarca, ambas subindustrializadas en los años en cuestion y que tuvieron un éxito en campo cinematográfico cuyas raíces acaso se encontrarían no tanto en el nivel, escaso como hemos dicho, de industrialización, sino más bien en su histórica tradición teatral. Y, en este sentido, España no se encontraba indudablemente atrasada. Cabe añadir, además, que los intelectuales y artistas de la generación del 27 ya estaban volviendo su curiosa mirada hacia el cine como nuevo medio expresivo, acaso

más apropiado a sus índoles visionarias vanguardistas y surrealistas [1].

No se debe, tampoco, olvidar el hecho de que, durante la Segunda República, la industria cinematográfica española iba organizándose y tomando un perfil cada vez más definido y adulto; me refiero al nacimiento de empresas como Filmófono, en 1931, cuyo productor ejecutivo durante el período 1935-36 fue Buñuel, y Cifesa, en 1932. Ya se había embocado en España la vía hacia el normal desarrollo capitalista del cine, cuando «la guerra civil estancó la producción en una fase rural y casticista» [2]. Aunque, en general, una guerra civil nunca lo prueba, sin embargo el choque político actuó incluso como estímulo a la producción de películas «de propaganda» cuando, por ejemplo, el gobierno republicano financió la producción, en 1938, de *Sierra de Teruel* (*Espoir*) [3], de Malraux.

Añadimos que, durante estos años particularmente críticos (exactamente en 1935), por obra de Carlos Velo y Fernando G. Mantilla, vio la luz el cine documental español, que tuvo enorme desarrollo, indudablemente a nivel por lo menos cuantitativo, tanto, que, en dos años escasos, la Laya Films produjo más de 200 cortometrajes.

Parece entonces bastante probable la tesis según la cual toda la potencialidad ascendente y el supuesto gran desarrollo artístico e industrial del cine español de los años anteriores a la Guerra Civil fue bruscamente cortado por el conflicto y la consiguiente hemorragia emigratoria de profesionales del campo.

Dejemos, en fin, todo asunto hipotético para volver a los sucesos reales e históricos. Resulta evidente, incluso para el exilio del cine, que los países de emigración elegidos por los profesionales del campo fueron preferiblemente México y Argentina, sea en cuanto

[1] Un ejemplo muy representativo de producción cinematográfica conforme a los dictámenes del manifiesto surrealista de Breton es seguramente el cortometraje, que analizaremos más adelante, *Un chien andalou*, verdadero *stream of consciuousness* visionario de molde surrealista realizado por Buñuel y Dalí.

[2] Román Gubern: *Cine español en el exilio. 1936-1939*, Editorial Lumen, Barcelona, 1976; p. 216.

[3] R. Gubern, *op. cit.*, p. 216, nos refiere que gastaron 100.000 francos franceses y 750.000 pesetas para producir esta película.

países de habla española, sea por el nivel bastante desarrollado de su industria cinematográfica.

Pero el hecho indudable de que estos países acogieran con cordialidad a los exiliados españoles no significa que estos últimos no encontraran problemas en su integración social y profesional. Afirma al propósito J. F. Aranda que «casi todos, tras unos años de desmoralización y de difícil readaptación, han conseguido superar la adversidad. El esfuerzo de dominio y de reconquista interior de estos españoles ha debido ser gigantesco» [4].

Entre los tantos profesionales cinematográficos fueron acaso los directores los que encontraron en general grandes dificultades profesionales para acceder a tareas de dirección en países extranjeros [5], y esto probablemente debido a que la posición jerárquica del director es sumamente privilegiada y, en el proceso de producción, se le otorgan responsabilidades y poder de decisión elevado. Entonces, la selección en su elección por parte de quien aporta el capital es superior. No obstante, muchos son los directores que debutan en la emigración y sin previa experiencia en la realización de películas.

En los años inmediatamente anteriores a la Guerra Civil española, la cinematografía mexicana iba refinándose y haciéndose cada vez más industrial, gracias al nacimiento y consolidación de diferentes compañías productoras que se prodigaron en construir nuevos y modernos estudios cinematográficos, apoyados en sus empresas por el gobierno progresista de Lázaro Cárdenas y su labor en favor del desarrollo del país. Una medida de gran importancia al respeto tomada por el gobierno mexicano en estos años fue un decreto proteccionista que obligaba la permanencia en las salas cinematográficas por cierta temporada de las películas nacionales, para que no sucumbieran en la lucha de la competencia con las extranjeras. Los géneros cinematográficos de relieve comercial en México eran los melodramas rurales.

En 1944, la periodista Marta Elba escribía en la revista mexicana *Cinema Reporter* [6]:

[4] J. F. Aranda citado por R. Gubern, *op. cit.*, p. 17.

[5] Buñuel, por ejemplo, hizo su última obra personal en España, *Las Hurdes*, en 1932 y su primera realización mexicana fue *Gran Casino* en 1846, o sea, que estuvo 14 años inactivo.

[6] Citada por R. Gubern, *op. cit.*, p. 14, con referencia al artículo de la periodista cubana Marta Elba en la revista mexicana *Cinema Reporter*, 9-IX-1944.

> En la actualidad, México, convertido en lugar de convención cinematográfica latinoamericana, abre sus brazos a cuantos extranjeros vienen a traer lo suyo para engrandecer la industria, y en el medio ambiente, se discute, se polemiza, se discurre entre hermanos de idioma.

La llegada de emigrantes españoles, que trabajaban en diferentes niveles en la industria cinematográfica se remotaba ya a los años anteriores al conflicto civil español, se convirtió en un verdadero problema para los mexicanos profesionales del campo con la riada del 36. Muchas fueron las voces que se alzaron en abierta polémica en contra de la política y actitud de hospitalidad del gobierno Cárdenas, tanto que en 1945 en el Sindicato de categoría STPC, la sección de actores obtuvo, gracias a la lucha del actor Jorge Negrete, que se estableciese un tope de 35 por 100 de actores extranjeros admisibles en el reparto de películas mexicanas. Esta medida proteccionista estimuló notablemente las nacionalizaciones de los intérpretes emigrados.

Seguramente la colaboración de los exiliados españoles en las producciones cinematográficas mexicanas fue de relieve sea a nivel cuantitativo que cualitativo, contando con nombres como los famosísimos guionistas Buñuel, Velo, Alcoriza y García Ascot, para nombrar algunos.

Dice José de la Colina al propósito que «una parte del cine mexicano se ha hecho, tanto para bien como para mal, con la colaboración de los exiliados. Curiosamente, es muy débil la huella que el tema mismo del exilio español, o el de la guerra de España, han dejado en la cinematografía del país» [7]. Raro ejemplo de película que desarrolla el tema del exilio fue *En el balcón vacío,* de la que hablaremos más adelante.

Temas muy frecuentes de las películas mexicanas eran el amor a la madre patria, la exaltación de la hispanomexicanidad a través de la celebración del Día de la Raza o del Gaucho.

Los cineastas españoles exiliados en México, como muchos otros profesionales de diferentes campos, empezaron su actividad en el nuevo país trabajando en grupos solidarios. Por este motivo, en las películas de los primeros años posteriores al 1936 de directores es-

[7] J. de la Colina, *op. cit.,* p. 661-662.

pañoles, aparecen a menudo otros exiliados españoles entre los intérpretes y técnicos.

Una película muy representativa de lo que fue el resultado de la colaboración en la producción cinematográfica entre españoles y mexicanos es *La Barraca,* dirigida por el mexicano debutante Roberto Gavaldón en 1944, una adaptación cinematográfica de la novela de Blasco Ibáñez hecha por la hija del novelista, Libertad Blasco Ibáñez, y el español Paulino Masip. La película, de fuerte carácter colaborativo como hemos dicho, ganó, en el festival de la producción anual mexicana, 10 premios Ariel. Se trata de un drama cinematográfico ambientado en la huerta valenciana de la Segunda República, fielmente reproducida por el director mexicano.

Por lo que concierne al desarrollo del cine mexicano durante la primera mitad del presente siglo, recibió un fuerte estímulo cuando, durante la Segunda Guerra Mundial, se relajó la vigilancia sobre los derechos de autor. Fue así posible adaptar a guión cinematográfico muchas de las novelas mundiales más interesantes de los últimos decenios.

En Argentina, la industria cinematográfica se encontraba en un nivel atrasado con respecto a México, aunque podemos subrayar que una representativa película de exiliados fue *La dama duende,* una adaptación de la comedia de Calderón. Fueron muchas, incluso aquí, las reacciones de oposición contra los exiliados españoles que trabajaban en la producción cinematográfica; recordamos, por ejemplo, las campañas contra la actividad de Margarita Xirgu que, al fin, resultaron de inspiración fundamentalmente política.

Con respecto a la cinematografía española en el exilio, hemos elegido tomar en consideración sólo la actividad productiva de los directores, que fueron muchos y sumamente representativos de la cultura española. Algunos de ellos, como veremos, permanecieron inactivos en el exilio, incapaces de adaptarse al nuevo medio.

Luis Buñuel fue seguramente el director español exiliado de mayor renombre mundial. Nace en 1900 en Calanda, en la provincia aragonesa de Teruel, hijo de un labrador que se enriqueció gracias al comercio con Cuba, hombre de formación cercana a los temas de los intelectuales reformadores, casado con una mujer particularmente hermosa. Buñuel cursó sus estudios en el colegio de los jesuitas de Zaragoza; la educación particularmente represiva allí recibida se

encontrará en la base de la áspera crítica anticlerical de sus películas. Sólo tuvo buenas relaciones con el padre entomólogo del colegio por afinidad de intereses. Veremos después como en sus obras los insectos estarán siempre presentes, siendo observados con una mirada casi científica. En 1917 encontramos a Buñuel en la Residencia de Estudiantes de Madrid en compañía de jóvenes amigos como García Lorca, Salvador Dalí, José Moreno Villa y los muchos artistas de la generación literaria del 27. Después de los primeros años en la facultad de Ingeniería Agrónoma, atendiendo a las clases y al laboratorio del famoso entomólogo Cándido Bolívar [8], se licenció en 1924 en la facultad de Filosofía y Letras. En estos años es interesante subrayar que Buñuel llegó a ser campeón de España de boxeo aficionado en 1921 y que se dedicaba incluso a actividades teatrales como realizador o como actor.

En 1925 lo encontramos en París, donde entró en contacto con las nuevas corrientes artísticas francesas, trabajando en el Institut International de Coopération Intelectuelle y en 1926 en Amsterdam, dirigiendo la escenificación de *El retablo de Maese Pedro* de Falla. Colaboró, también en el mismo año, con la Académie de Cinéma dirigida por Jean Epstein, director cinematográfico perteneciente a la vanguardia francesa, en la producción de *Mauprat,* una adaptación de la novela de George Sand y, en 1928 en la realización del guión de una novela de Poe para la película *La chute de la maison Usher.*

De regreso a España, además de los muchos proyectos, planteados y fracasados, en colaboración con Gómez de la Serna e Ignacio Sánchez Mejías, dirigió en Madrid desde 1927 hasta 1931 la sección del cine de la *Gaceta Literaria Hispanoamericana,* revista de Ernesto Giménez Caballero en la cual colaboraba incluso Guillermo de Torre. Fundó entonces con ellos en 1928 el primer cineclub de España, que programaba cortometrajes cómicos franceses y norteamericanos.

Fue sólo gracias a una financiación de su madre como Buñuel pudo realizar, en 1929, su primer filme escrito en colaboración con Salvador Dalí, *Un chien andalou* [9], una obra surrealista que, siguien-

[8] El mismo Bolívar fue uno entre los tantos científicos exiliados. En su laboratorio, Buñuel conoció a Carlos Velo, otro director español en exilio.

[9] El proyecto llevó los títulos *El marista de la ballesta* y *Dangereux de se pencher en dédans,* antes de adoptar definitivamente *Un chien andalou* (*Un perro andaluz* debería de ser el título de un libro de poemas de Buñuel).

do los dictámenes del manifiesto artístico de Breton en cuanto al automatismo psíquico, se constituye por imágenes inconexas como las del sueño. Aquí se desarrolla la temática psicoanalítica de la atracción del hombre hacia una mujer-madre, atracción dificultada por la presencia de obstáculos artísticamente convertidos en símbolos que representarían la educación religiosa y la cultura burguesa. Muchas son las imágenes metafóricas, de carácter óptico-sensorial, particularmente interesantes y representativas de la adscripción al surrealismo de Buñuel; una entre tantas es la secuencia inicial del cortometraje, cuando a la imagen de una luna, atravesada por una nube sutil, se sobrepone la imagen de un ojo cortado por una navaja. Gran importancia tiene aquí la simbología de la luna, la navaja y el acto violento de cortar, presente en casi toda la producción poética española del período y, en particular, en la poesía de García Lorca. La luna, arquetipo agrario de la fedundación según Alberto Cattini [10] y, consiguientemente, de la regeneración periódica del tiempo, madre de toda polaridad, pare aquí a un hermafrodita, representante de la dualidad macho-hembra. Por los temas tratados y la modalidad onírica elegida, la película tuvo tanto éxito entre los surrealistas de París (en particular la apreció André Breton), que el mecenas Etienne de Beaumont, vizconde de Noailles, propuso a Buñuel la financiación de su siguiente producción, *L'Age d'or* realizada en 1930 [11], en la que la colaboración de Dalí fue muy limitada. La película es una crítica provocatoria y violenta a los prejuicios de la sociedad burguesa y del mundo cristiano. Aparece desarrollado el tema del fetichismo de los pies, particularmente presente en la producción de Buñuel. Se levantaron voces de escándalo por la equivocidad de la película [12] que llevaron a Buñuel hasta Hollywood, invi-

[10] Alberto Cattini: *Buñuel*, Firenze, La Nuova Italia, Il Castoro Cinema, 1978; pp. 16-17.

[11] Antes tenía que titularse o *La bestia andaluza* o *Abajo la constitución*. Esta película fue rodada con un coste de 740.000 francos y con medios materiales abundantes en los Estudios Epinay de París.

[12] En el Studio 28, donde se proyectaba la película, un comando reaccionario lanzó bombas, agredió la pantalla y dañó telas de Dalí, Max Ernst, Man Ray, Miró y Tanguy que se encontraban en el vestíbulo, por un total de 120.000 francos en daños. Violentas fueron incluso las acciones de la prensa, tanto que la prefectura de policía obligó a suprimir de la película la frase: «El conde de Blangis es evidentemente Jesucristo.» Consiguientemente, la Comisión de Censura, que anteriormente había aprobado el filme, decidió su prohibición y las copias de la película fueron oficialmente confiscadas.

tado por la Metro-Goldwyn-Mayer, y allí permaneció sólo tres meses [13]. A su regreso a Madrid después de una breve estancia en los estudios de París de la Paramount de Joinville, empezó a trabajar como supervisor de doblajes en Warner Bros.

Gracias a una financiación «milagrosa» (el amigo Ramón Acín ganó con un billete la lotería) Buñuel realizó en 1932, con el poeta Pierre Unik y Sánchez Ventura, *Terre sans pain,* un cortometraje de 27 minutos de denuncia social del problema de la miseria y la pobreza. La censura impuesta en 1933 por el gobierno republicano español fue esquivada gracias a Pierre Braunberger, que distribuyó la película desde Francia.

En 1933 Buñuel se casa con una francesa, Jeanne Rucary y, al año siguiente, nace su hijo Juan Luis, futuro director como el padre.

En 1935 trabajó para Filmófono, empresa dirigida por Ricardo M. Urgoiti, y realizó cuatro películas comerciales de escaso interés (tanto que ni apareció el nombre del director): *Don Quintín el amargao* y *La hija de Juan Simón* en 1935, *¿Quién me quiere a mí?* y *¡Centinela alerta!* en 1936. La Guerra Civil interrumpió la producción de Filmófono y Buñuel fue enviado por el gobierno republicano a la embajada española en París para colaborar con Jean-Paul Le Chanois en el montaje de un filme documental de 80 minutos de propaganda titulado *Madrid 1936* o *España leal en armas,* acabado en 1937. Al año siguiente fue enviado a Hollywood, siempre en misión diplomática, para hacer una supervisión de dos películas que se iban a rodar sobre la Guerra Civil española y que nunca se realizaron por el modo como acabó la contienda [14]. Buñuel partió entonces de España en 1936 cuando ya tenía renombre y prestigio mundial.

Ya lejos de su patria, cuando acabó la guerra, vivió una temporada en Los Ángeles [15] en la casa del escultor Alexander Calder, donde escribió su autobiografía (publicada en Los Ángeles en 1939). Luego se puso a trabajar en la sección cinematográfica del Museo

[13] Cuando le pidieron que supervisara una prueba de una actriz y él rehusó, tuvo que abandonar Estados Unidos.

[14] Una de las dos iba a titularse *Cargo of Innocence* y era producida por la Metro-Goldwyn-Mayer sobre los niños evacuados de los bombardeos de Bilbao.

[15] Por lo que concierne a la estancia de Buñuel en Hollywood, véase el ensayo de Víctor Fuentes: «El exilio creador de Buñuel: su periplo norteamericano», en José María Naharro-Calderón (ed.): *El exilio de las Españas de 1939 en las Américas: «¿Adónde fue la canción?»,* Barcelona, Anthropos, 1991, pp. 401-416.

de Arte Moderno de Nueva York, dirigido por Iris Barry y, en 1940, pronunció una conferencia en la Columbia University sobre *Terre sans pain* y participó en una proyección-debate con los estudiantes sobre *Terre sans pain* y *Un chien andalou.*

En 1941 obtuvo un contrato anual de 135 dólares semanales para trabajar en el Departamento de Asuntos Interamericanos del Museo de Arte Moderno, coordinado por Nelson Rockfeller. Aquí se dedicó a la producción de películas didácticas, de propaganda y a las versiones para América Latina de documentales, como, por ejemplo, *El Vaticano de Pío XII* [16].

Se remonta también a 1941 el montaje que Buñuel, para su admisión, hizo de dos películas de propaganda nazi tituladas *Triumph des Willens* y *Feuertaufe* de Leni Riefenstahl, que después, con la ayuda de Max Aub, rehízo como denuncia para subrayar la espantosa ferocidad del nazismo [17].

En 1942 sale publicada en *The Dial Press* la presentación del libro autobiográfico de Salvador Dalí titulado *The secret life of Salvador Dalí,* que contenía muchos y fuertes ataques contra Buñuel, así como la explícita denuncia de su actividad izquierdista en Francia. La situación del cineasta en Estados Unidos, ya precaria, empeoró tanto que Buñuel tuvo que presentar su dimisión a Iris Barry.

Desde 1944 hasta 1946 se encuentra en Hollywood trabajando para Warner Bros en los doblajes y sin posibilidad de dirigir películas hasta la propuesta de trabajo que le hizo Denise Tual, una productora francesa, que lo quería en México para una realización cinematográfica de *La casa de Bernarda Alba* de García Lorca, proyecto que fracasó porque no lograron adquirir los derechos, ya cedidos a productores franceses. Pero, una vez en México, el productor Oscar Dancigers le propuso la realización de una película de carácter meramente comercial, titulada *Gran casino* que, desgraciadamente, se convirtió en un fracaso. De nuevo Cattini, investigando sobre las motivaciones por las cuales Bu-

[16] Ese departamento fue atacado con fuerza por los políticos conservadores, véase al propósito R. Gubern, *op. cit.*, p. 104.

[17] Estas películas nunca fueron estrenadas en público (*vid.* A. Cattini, *op. cit.*, p. 28) sino ante un pequeño público seleccionado de amigos, enre los cuales, según R. Gubern (*op. cit.*, p. 104) se encontraba Chaplin.

ñuel realizó varias películas definidas comerciales, refiere una afirmación del mismo director al propósito, donde declara:

> Si al decir claramente comerciales se sobreentiende una concesión más a lo consuetudinario y un nuevo intento de embrutecimiento colectivo, rehuso decisamente dirigir tales producciones, como efectivamente las rehusé al presentarse la ocasión. Pero realizar un filme comercial, es decir un filme que ha de ser contemplado por millones de ojos y cuya línea moral sea prolongación de la que rige mi vida, es empresa que consideraré como una suerte el emprender [18].

Luego, Buñuel se dedicó a la realización del guión de *Los olvidados* en colaboración con Alcoriza, proponiéndoselo a Dancigers que, en cuanto empresa productora de carácter comercial, le hizo la contrapropuesta de que realizara antes otra película, *El gran calavera,* una comedia mediocre de enredo sobre temas burgueses que, rodada en sólo 16 días, salió en 1949.

Finalmente, en 1950, realizó *Los olvidados,* película que desarrollaba el tema de la infancia abandonada y la delincuencia de menores en México, sacando los argumentos del archivo de un reformatorio. Fue un verdadero reportaje de fuerte protesta contra la miseria social y las duras condiciones en las cuales vive la infancia mexicana pobre y abandonada; un reportaje austero y directo, no obstante la presencia en el equipo de trabajo de Gabriel Figueroa, operador famoso por su elaborada capacidad y gusto de filtrar la luz y que costó 450.000 pesos. La mirada, sorprendentemente penetrante, de Buñuel sabe esbozar un perfil exacto de la sociedad mexicana suburbana y pobre, perfil que resulta poéticamente matizado con el gusto picaresco típico de su formación cultural hondamente española. Octavio Paz argumentó después de la visión de la película escribiendo:

> La miseria y el abandono pueden darse en cualquier parte del mundo, pero la pasión encarnizada con que están descritos pertenecen al gran arte español. Ese mendigo ya lo hemos visto en la picaresca española. Esas mujeres, esos borrachos, esos cretinos, esos asesinos, esos inocen-

[18] A. Cattini, *op. cit.*, p. 28.

> tes, los hemos visto en Quevedo y en Galdós, los vislumbramos en Cervantes, los han retratado Velázquez y Murillo [19]

La película fue atacada y criticada por alguna prensa mexicana por sus rasgos denigratorios y por la impactante utilización del horror. Contestó Buñuel así: «utilizo el sadismo como reversión; no como escándalo, sino como medio purificador de una sociedad periclitada [20]». Efectivamente el director rompe aquí con la cinematografía tradicional que trataba pedagógicamente estos asuntos de infancia abandonada y delincuencia. No es la iniciativa personal la que puede resolver el problema, sino sólo un planteamiento nacional del problema.

La película ganó el premio de la FIPRESCI a la mejor dirección en el Festival de Cannes en 1951, donde, en particular, fue elogiada por Matisse, Picasso y Prévert, presentes en el acontecimiento. A partir de entonces, Buñuel empezó a ser conocido mundialmente y adquirió cierto prestigio dentro de la industria cinematográfica mexicana. Seguramente en esta película, como en las siguientes, «la "negada tradición española" aparece fundida [...] con la cultura mestiza mexicana y... aunque el México indígena no aparece explícitamente en su cine, la comunión con las fuerzas del misterio y de lo invisible, propia del alma india, está muy próxima a la concepción cinematográfica de Buñuel, en la cual el misterio y lo fantástico destacan como características esenciales» [21].

En 1950 escribió el guión de *Si usted no puede, yo sí,* película cómica realizada por Soler; produjo en el mismo año *Susana (Carne y demonio)* y en 1951 una nueva versión del sainete de Carlos Arniches, ya realizado en España en 1935, *Don Quintín el amargao* (o *La hija del engaño*), sobre un guión de Alcoriza. En ambos casos se trata

[19] Octavio Paz citado por José de la Colina: «Los transterados en el cine mexicano», en VV.AA.: *El exilio español en México 1939-1982,* Fondo de Cultura Económica, México, 1982; p. 664-665.

[20] Declaración de Buñuel recogida por Manuel Rabanal Taylor: «Marly-Le-Roy. Reunión internacional de federaciones de cineclubs», en *Objetivo,* n. 8, agosto de 1955; p. 15, citada por R. Gubern, *op. cit.,* p. 114-115. Al propósito, véase además A. Cattini, *op. cit.,* p. 8, que recoge unas declaraciones de Buñuel sobre lo que es para él el sentido del sadismo en sus obras.

[21] Víctor Fuentes, «Lo hispano-mexicano en el cine de Buñuel», en AA.VV.: *Cincuenta años de exilio español en Puerto Rico y El Caribe 1939-1989,* Memorias del Congreso Conmemorativo celebrado en San Juan de Puerto Rico (1989), Ediciós do Castro, 1990, p. 276.

de folletines melodramáticos, género particularmente amado por el público mexicano, que Buñuel supo realizar respetando las fuertes exigencias de la industria cinematográfica, pero matizando el pesado sentimentalismo con ironía y comicidad. También en 1951 continúa con su producción de éxito comercial realizando en 20 días *Una mujer sin amor,* adaptación de la novela Maupassant titulada *Pierre et Jean,* y rodando *Subida al cielo,* película escrita y producida por Manuel Altolaguirre, concluida precipitadamente por falta de dinero.

Mientras la primera es un verdadero melodrama familiar, la segunda ya va alejándose de los tópicos melodramáticos para acercarse, aunque tibiamente, al mundo onírico surrealista. *Subida al cielo* recibió en Cannes el premio al «mejor filme de vanguardia» en 1952 y fue muy apreciado por la crítica, aunque dentro del contexto de la obra sucesiva de Buñuel podemos afirmar que se trata de una producción menor. Con *El bruto,* de 1952, otra película rodada con medios escasos en 18 días, Buñuel se aleja cada vez más de lo comercial para aproximarse a una visión más personal. En la película se enfrentan dos representantes de clases sociales antagónicas que permiten al director comenzar un lúcido análisis de la eterna relación amo-siervo, desarrollada con mayor plenitud en *Robinson Crusoe,* de 1952. Adaptación de la famosa novela de Defoe, se trata de una coproducción de Pathécolor entre México y Estados Unidos rodada en inglés, lo que permitió una mayor difusión a nivel mundial de la película. Es una reflexión sobre la realidad de un ser humano alejado de la sociedad donde Buñuel interpreta el personaje de Defoe, independizándolo y observándolo a través del filtro del pensamiento de Rousseau. Atento análisis y crítica al concepto de civilización, la película abarca temas como el colonialismo y el racismo. Crusoe y Viernes representan la vieja pero siempre renovada pareja amo-siervo en tiempos de capitalismo.

En 1952 Buñuel vuelve a su interés por la realidad y la moral burguesa con la excelente película *Él,* donde presenta el caso de un *borderline* en que se perfila una patología paranoide originada por una experiencia de fuerte represión sexual. Es un estudio meticuloso y riguroso del desarrollo de la paranoia desde una neurosis obsesiva, que resulta científicamente preciso y sigue las huellas de los estudios freudianos sobre casos de paranoia, tanto que la película fue utilizada por el famoso psicoanalista francés Jacques Lacan en sus

cursos del Hospital de Sainte Anne de París. Es interesante subrayar la presencia de temas de actitudes patológicas particularmente amados y evocadores para Buñuel, como, por ejemplo, el tema del fetichismo de los pies, recurrente en muchos trabajos suyos y que se manifiesta en la escena del lavatorio de pies del Jueves Santo. La película se propone como crítica, en perfecto acuerdo con los gustos surrealistas, a los dictámenes de la Iglesia, en cuanto denuncia la educación religiosa sexualmente represiva.

La novela de Emily Brönte *Cumbres borrascosas* (1847) suscitaba por igual el interés de Buñuel y el del grupo surrealista francés, apasionado «por la violencia sublimadora y autodestructiva» [22]. Gracias al productor Oscar Dancigers, Buñuel pudo realizar en 1953 su adaptación cinematográfica, que tituló *Abismos de pasión,* una historia de rivalidades, incestos y pasiones familiares. La película no tuvo gran éxito sea por los escasos medios para la realización sea por la mediocridad de los actores.

Son estos años muy particulares de la producción de Buñuel, caracterizados por la realización de una gran cantidad de películas consideradas menores, en las cuales tuvo que respetar, por lo menos superficialmente, los vínculos de convención y comercialización impuestos por la industria cinematográfica, aunque nunca dejó de introducir notas personales de comicidad, ironía y poesía.

En 1953-1954 realiza dos películas que analizan la vida cotidiana y las costumbres del pueblo mexicano: *La ilusión viaja en tranvía* y *El río y la muerte.* En la última pone de relieve un rasgo muy característico del pueblo mexicano: la convivencia cotidiana con la muerte violenta.

Muy apreciada por la crítica francesa fue *Ensayo de un crimen,* rodada en 1955 siempre con un presupuesto muy modesto y, por consiguiente, con actores mediocres. Sigue la línea de inspiración psicoanalítica, aunque aquí sea menos científica, y trata un caso de continua frustración de un potencial homicida que nunca llega a ser asesino. El fetichismo, el deseo erótico frustrado y sublimado y la represión sexual durante la infancia siguen estando presentes y analizados minuciosamente. El protagonista de esta película y de *Él* encarnarían el único verdadero protagonista del mundo de Buñuel, es

[22] J. de la Colina: *op. cit.,* p. 663.

decir, el Don Juan, el personaje «más infeliz del imaginario ibérico, porque conoce el deseo y no puede satisfacerlo, emblema de las veleidades que ocultan como un velo el *status quo* social» [23].

Data de 1955 la propuesta y realización de una película franco-italiana, *Así es la aurora,* adaptación de la novela de Emmanuel Roblès *Cela s'appelle l'aurore.* Probablemente Buñuel no logró en este trabajo medir bien las distancias entre su gusto personal y las costumbres y tradición del cine francés, tanto que la película resultó un poco académica e impersonal.

En 1956 trabajó con Alcoriza y Raymond Queneau el guión de *La mort en ce jardin,* de la novela de J. A. Lancour, una coproducción francesa rodada en Eastmancolor. Es un análisis lúcido de como las relaciones humanas de un grupo de fugitivos se deterioran en situaciones límite de tensión, peligro y miseria.

Una de las obras más logradas y significativa de la producción de Buñuel fue *Nazarín* (1958), una adaptación cinematográfica realizada con la colaboración de otro emigrado español, Julio Alejandro, y con la contribución fotográfica de Figueroa, de una novela de 1895 escrita por Benito Pérez Galdós. La historia original, ambientada en la Mancha, se traslada al México de la dictadura de Porfirio Díaz. El protagonista itinerante es un hombre que, émulo humilde y sincero de Dios, recorre el mundo rural mexicano tratando de vivir en el respeto más completo y fiel del Evangelio. Lo acompañan una prostituta y otra mujer del pueblo, aparentemente movidas por una fe ardiente que a menudo nos sugiere una posible atracción física y amor carnal hacia el hombre. Es imposible no captar sea la similitud con la vida de Jesús seguido por Marta y María y amigo de María Magdalena sea la alegórica sugerencia al Quijote que, paralelamente, se relaciona con el mundo a través de textos literarios en la tentativa de aplicarlos a la realidad. Es preciso señalar la completa ausencia de irónicos ataques al clero y a la religión en el sentido de que Buñuel no hace befa de su protagonista, que resulta modélico y puro. A Buñuel le interesaba denunciar la ingenuidad de los idealismos, es decir, señalar como es difícil en la vida real vivir en el total respeto del Evangelio. Los buenos sentimientos del protagonista fracasan al fin, como fracasa

[23] A. Cattini: *op. cit.,* p. 31.

el idealismo frente al mundo real. De ahí la crisis de fe de un hombre que, hasta entonces, nunca dudó.

En el Festival de Cannes la película recibió el premio especial del Jurado y levantó muchas voces críticas por parte católica, aunque muchos fueron los críticos católicos que la apreciaron y aplaudieron.

Del mismo año es la publicación en México de su libro *El cine, instrumento de poesía,* un tratado teórico sobre la cinematografía como medio expresivo artístico y sobre el gusto surrealista de su utilización: «el filme es como una simulación involuntaria del sueño» [24].

Otra vez Buñuel, ya director de renombre mundial, realiza películas en coproducción, como *La fièvre monte à El Pao* (franco-mexicana), de una novela de Henri Castillou, quien colaboró también en el guión, o, además, *La joven (The Yong One)* realizada en 1960 gracias a México y Estados Unidos y, en cuanto hablada en inglés, ampliamente difundida. Se trata de un análisis del poblema del colonialismo blanco visto a través de la vida de un hombre ejemplar que domina sexualmente a su joven sierva y literalmente desprecia a un negro. Interesa subrayar, por lo que se refiere a esta película, que en Estados Unidos el problema del racismo y del dominio colonialista se trataba todavía con gran precaución y el público no estaba, por supuesto, acostumbrado a las modalidades de denuncia ácida y en voz alta de Buñuel.

Cuando la película fue presentada en Cannes, Buñuel tuvo la ocasión de encontrarse allí con Carlos Saura y Pedro Portabella, director y productor, respectivamente, que le propusieron rodar algo en España con la empresa madrileña de Juan Antonio Bardem UNINCI. Nació entonces, de una coproducción hispano-mexicana [25], *Viridiana.* La película tuvo que esperar la aprobación de la Junta de Censura española y cuando llegó, aunque carente de grandes entusiasmos, fue presentada en Cannes donde ganó la Palma de Oro. Las polémicas nacieron a raíz de esta presentción, cuando *L'Osservatore Romano,* el diario del Vaticano, atacó con palabras fuer-

[24] Declaración de Buñuel citada por R. Gubern: *op. cit.,* p. 138.

[25] La financiación, en realidad casi total, mexicana era a cargo del productor Gustavo Alatrista.

tes el anticristianismo del filme [26]. De aquí que la productora UNINCI tuviera que cerrar [27].

Es de 1962 su siguiente película, *El ángel exterminador,* producida en México a partir de una pieza teatral inédita de José Bergamín adaptada cinematográficamente por el mismo Buñuel y Alcoriza. A través de una mirada irónica, se presenta el encierro inexplicable de un grupo de burgueses mexicanos dentro de un salón donde tiene lugar una fiesta. La forzosa convivencia de los invitados, inexplicablemente hechizados, es la causa del lento deterioro de sus máscaras sociales. Se destruyen los trajes como las normas de etiqueta burguesa, los modales controlados y la buena educación; se propagan egoísmo, violencia y la más salvaje ferocidad. Los ritos, las convenciones y la banalidad se hacen manifiestos, revelando el aspecto profundamente claustrofóbico del mundo burgués.

El gran éxito de la película, que obtuvo el premio de la FIPRESCI en el Festival de Cannes, reafirmó el nombre de Buñuel mundialmente, tanto que de nuevo la cinematografía francesa le propuso la adaptación de la novela de Octave Mirbeau *Diario de una camarera,* realizada en 1963. El tema desarrollado es siempre el mismo: la moral burguesa con su hipocresía y su sexualidad problemática.

En 1965 Buñuel «volvió a definir su actitud ante la religión con un *filme* singularísimo... que se halla entre los más rotundamente personales de su producción» [28]. Es *Simón del desierto,* película rodada en México que trata la historia del famoso anacoreta Simón el Estilita, que eligió vivir penitente en lo alto de una columna para acercarse cada vez más al cielo. No obstante las dificultades financieras, que forzaron una conclusión rápida del rodaje y una duración de sólo 42 minutos, la obra fue presentada en el Festival de Venecia.

[26] Especial indignación vaticana causó la escena de la orgía de mendigos, en cuyo momento culminante los personajes aparecen situados como los apóstoles en *La santa cena* de Leonardo.

[27] José Muñoz Fontán, Director General de Cinematografía y Teatro, quien recogió personalmente el premio la Palma de Oro del Festival de Cannes, fue cesado inmediatamente, a la vez que se prohibía toda mención de la película en la prensa y radio españolas.

[28] R. Gubern: *op. cit.,* p. 150.

En 1966 adaptó para su rodaje en Francia *Belle de Jour,* de una novela de Joseph Kessel sobre la conducta erótica de la burguesía, y ganó el león de San Marcos en el Festival de Cine de Venecia. También, de la proficua colaboración entre Buñuel y Jean-Claude Carrière, nació en 1969 *La Voie Lactée,* un preciso estudio de la historia de la Iglesia romana en el que reconstruye las mayores disputas teológicas del cristianismo y las más famosas corrientes heréticas; efectivamente al final de la película se lee: «todo cuanto en este *filme* concierne a la religión católica y a las herejías que ha suscitado, en particular desde el punto de vista dogmático, es rigurosamente exacto. Los textos y citas han sido tomadas, o bien de las Escrituras, o bien de obras de teología y de historias eclesiásticas, antiguas y modernas». Diferentes son los niveles temporales en los cuales se desarrollan las acciones: *flash-back* de los tiempos pasados (desde Nazaret durante la infancia de Jesús hasta las varias etapas históricas importantes del cristianismo) se insertan como fragmentos de un sueño en el camino de un peregrino que, siguiendo el itinerario medieval, se dirige a la catedral de Santiago de Compostela.

De una novela de Pérez Galdós de 1892 y sobre un guión escrito en colaboración con Julio Alejandro nace *Tristana,* una coproducción entre España, Italia y Francia. El proyecto inicialmente fue censurado en su integridad por la Junta de Control española, pero el Ministerio de Información y Turismo tuvo que dar marcha atrás cuando la crítica mundial difundió la noticia, añadiendo que Buñuel, a pesar de todo, iba a rodar el mismo filme en Portugal. Aquí reanuda el viejo tema de las relaciones entre amo y siervo, matizado con pinceladas de sexo y sadismo. La película fue presentada en Cannes fuera de concurso y premiada con una nominación del Sindicato Nacional del Espectáculo en 1970.

El siguiente, *Le charme discret de la bourgeoisie,* realizado en 1972, vuelve a desarrollar el tema de los burgueses y de su relación en torno a una mesa. Cuando la certidumbre de las reglas formales, detrás de las cuales se esconden los burgueses, cae, la frustración vivida es, según Buñuel, como la frustración de un *coitus interruptus.* Comida, sexo y dinero son los materiales que constituyen las máscaras hipócritas del efímero mundo burgués.

Cuando la película fue presentada en Hollywood, ganó un Oscar que permitió a Buñuel reafirmarse de una vez por todas mun-

dialmente sea en el mundo artístico que en el de la industria cinematográfica y de los negocios. La manipulación censora de la película por parte de la Junta española nunca fue aceptada por Buñuel, que en esta ocasión declaró que nunca volvería a producir otra película en España.

La realización siguiente fue de nuevo francesa: *Le fantôme de la liberté.* Acabada en 1974, es otro ataque irónico antiburgués, rodado con el gusto por el *nonsense.*

Luis Alcoriza, nacido en Badajoz en 1920 en una familia de actores, interpretaba papeles de niño en la compañía itinerante de los padres. La compañía, que se encontraba en África cuando estalló la Guerra Civil, se refugió en México, donde pronto se disolvió. Alcoriza empezó a trabajar en el mundo de la cinematografía desempeñando papeles de segundo galán y en 1945 interpretó el papel de Cristo en dos películas de tema religioso: *María Magdalena* y *Reina de Reinas.* Se casó con la actriz y bailarina Raquel Rojas y, en colaboración con ella, empezó a escribir guiones y adaptaciones cinematográficas, la primera de las cuales fue *El ahijado de la muerte,* en 1946, de Norman Foster. No abandonó por completo su carrera de actor aunque sus interpretaciones se hicieron cada vez más raras. Para el director Miguel M. Delgado escribió el guión de *Una extraña mujer* (1946), *Tú, sólo tú* (1949) y *El Siete Machos* (1950); *Nocturno de amor* (1947) y *Canasta uruguaya* (1951) de Emilio Gómez Muriel, *El hombre que todo lo enreda* [29] (1948) y *Flor de caña* (1948) de Carlos Orellana; *Negra consentida* (1948), *Los amores de una viuda* (1948) y *Si usted no puede, yo sí* [30] (1950) de Julián Soler; *La liga de las muchachas* (1949) y *Si me viera Don Porfirio* (1950) de Fernando Cortés; *Un cuerpo de mujer* (1949) de Tito Davison; *El toro negro* (1960) de Benito Alazraki, y *El esqueleto de la señora Morales* (1960) de Rogelio González.

Empezó en 1949 su colaboración con Buñuel en la adaptación cinematográfica de la pieza de Alfonso Torrado para *El gran calavera,* en la cual interpretó incluso un papel. Además, también con Buñuel y bajo su dirección, trabajó en el guión de *Los olvidados* (1950), *La hija del engaño* (1951), *El bruto* (1952), *Él* (1952), *El río y la muerte*

[29] Hizo la versión cinematográfica en colaboración, además de con su mujer, también con el autor, Julián Moyrón.

[30] Guión escrito en colaboración con Buñuel.

(1954), *La mort en ce jardin* (1956), *La fièvre monte à El Pao* (o *Los ambiciosos*) (1959) y *El ángel exterminador* (1962). A causa de esta colaboración activa con el más famoso Buñuel, cierta crítica por largo tiempo se esforzó quizás demasiado en encontrar los influjos de este último en las obras siguientes de Alcoriza, quitándole y no reconociéndole su personalidad y originalidad.

En 1960 le ofrecieron la dirección de una película comercial y él, al rehusar, propuso otro guión suyo que fue aceptado y realizado en el mismo año, *Los jóvenes.* Su intento era desarrollar el tema de la crisis adolescente pero, por los muchos cortes y arreglos conformistas que le impusieron, Alcoriza nunca quedó satisfecho con esta obra, aunque la crítica la apreció mucho. En 1961 realizó otra película mucho más original y personal titulada *Tlayucán,* una verdadera obra de realismo social matizada y suavizada con rasgos propios de la comedia divertida. «Es una esperpéntica comedia rural [...] cuyo realismo tiene acentos de novela picaresca española, particularmente en el tratamiento de los problemas de la pobreza, en el erotismo tan vulgar como sabroso, en los personajes...» [31]. Fue una obra muy apreciada por su alto nivel artístico «*Tlayucán* se inicia... como un documento social, con situaciones corales de gran belleza plástica, como la ceremonia de la coronación de la santa, o de desgarrado vigor [...]. Pero en el último tercio del filme [...] un viraje irónico de Alcoriza coloca a la película bajo el inequívoco signo de la comedia...» [32].

A través de una mirada fuertemente irónica, el director observa y describe las condiciones de vida de los pobres en un pueblo donde un cura, más interesado en las limosnas que en la educación moral de sus fieles, representaría el ejercicio corrupto del poder de la Iglesia. Cierta crítica vio justo en esta mirada irónica, como en el tema de la represión sexual y del voyeurismo, un fuerte influjo buñueliano. Por su valor artístico, la película recibió los premios del festival de Karlovy Vary y de San Francisco.

En 1962 salió en las salas cinematográficas otra producción de Alcoriza, *Tiburoneros,* que recibió el premio de la crítica el año siguiente en el festival de Mar de la Plata. También a través de un có-

[31] J. de la Colina, *op. cit.,* p. 668.
[32] R. Gubern, *op. cit.,* p. 76-77.

digo documental se describe la vida de un pescador de tiburones y sus relaciones con los pescadores de un pueblo de la costa mexicana. El tema fundamental de esta obra, la huida de la vida civilizada para volver a la naturaleza en sentido rousseauniano, será un *leit-motiv* presente en todas las siguientes películas de Alcoriza.

En 1963 y 1964 dirige dos películas muy comerciales, respectivamente *Sapho 63,* conocida incluso con el título *Amor y sexo,* y *El gangster.* En 1964 dirige *Tarahumara* o *Cada día más lejos,* sentida exaltación de la simplicidad y naturaleza de los indios Tarahumara que viven en las montañas de Chihuahua. Otra vez el primitivismo rousseauniano es potagonista de este documento antropológico (la película reproduce escenas de ritos y de ceremonias indias) que afronta la poblemática de la marginación de los indígenas en México subrayando la relatividad del valor del «progreso», tan importante en nuestra civilización. La película recibió el precio de la crítica internacional cinematográfica (FIPRESCI) en el XVIII Festival de Cannes.

En 1966 Alcoriza colaboró en una coproducción mexicano-brasileña, *Juegos peligrosos,* producida en Eastmancolor. Consta de dos relatos: el primero, titulado *H.O.* es un guión de Gabriel García Márquez y el segundo, *Divertimento,* nace de un intento muy ambicioso de Alcoriza de tratar el «sádico placer de los crímenes por motivos triviales (motivados supuestamente para preservar la seguridad y la unión de la pareja) [que] se convierte en un sustituto del entusiasmo sexual declinante del hombre y, avivando su líbido, da lugar a efusiones pasionales de gozo después de cada homicidio» [33]. Obtuvo particular éxito la corrosividad y el humor negro de la escena final de pasión necrófila de la película.

En 1967 Alcoriza rodó *La casa de cristal* y en el mismo año volvió a España para un proyecto, nunca realizado, de colaboración con Ricardo Muñoz Suay para una versión cinematográfica de *Divinas palabras* de Valle Inclán. A su regreso a México rodó en 1968 *La puerta* y en 1969 *Paraíso,* basado de una novela del escritor cubano José Lezama Lima. En 1971 rodó *El muro de silencio,* que trataba el tema del machismo español e iberoamericano y recibió

[33] R. Gubern, *op. cit.,* p. 84.

muchos consensos en la XX Semana Internacional de Cine de Valladolid.

En 1971 dirigió la *Mecánica nacional,*

> vivaz farsa de crítica de costumbres urbanas... alrededor de una carrera automovilística combinada con un multitudinario *picnic,* a un racismo de personajes caricaturescos de la clase media y la pequeña burguesía mexicanas, en las cuales el culto fetichista al automóvil es un rasgo característico. Estos personajes exhiben sus obsesiones eróticas, su machismo, su mitología derivada de los impositivos *mass media* y de la publicidad del consumo, sus fijaciones como el mito de la madrecita, como creer que el honor de las mujeres reside en su virginidad, etc. [34].

Trabajó luego por mucho tiempo con el novelista Gabriel García Márquez en la realización del guión de *Presagios,* que salió en las salas cinematográficas en 1974. El tema de la película presenta la fuerte huella del realismo mágico de Márquez y la historia se ambienta en un pequeño pueblo aterrorizado por unos siniestros presentimientos y presagios catastróficos. La presencia de Alcoriza se reconoce en el fuerte anticlericalismo que se manifiesta en el personaje del cura del pueblo que, después de comprobar que las limosnas crecen al difundirse los presagios funestos, decide alimentar la superstición popular. Resulta una obra particularmente original en la que el director ha logrado realzar sus ambiciones más altas; obtuvo, además, en el XXII festival de cine de San Sebastián de 1974 la mención especial del Jurado. «Alcoriza y Gabriel García Márquez han desmontado los mecanismos psicológicos de la génesis de la histeria colectiva» [35].

En 1972, mientras trabajaba en *Presagios,* rodó otra película sobre una novela de Mario Vargas Llosa, que colaboró en el guión, producida por Antonio Matouk y titulada *La ciudad de los perros.*

El gusto esperpéntico de Alcoriza se hace cada vez más agudo y ácido en su última película, *A paso de cojo,* que lleva el público a una sonrisa muy amarga.

Carlos Velo nace en 1905 en Santiago de Compostela y se matricula en la Facultad de Biología de la Universidad de Madrid, donde

[34] J. de la Colina, *op. cit.,* p. 669.
[35] R. Gubern, *op. cit.,* p. 86.

conoció a Buñuel, pues ambos asistían, como ya dijimos, a las clases de Cándido Bolívar.

Se acercó al cine como auxiliar didáctico de sus estudios cuando, en ocasión de la preparación de la tesis doctoral, realizó una película sobre la vida de las abejas, en colaboración con Zúñiga, otro futuro director de documentales exiliado en Argentina. Su pasión por el cine documental lo llevó a la fundación en 1934 del Cineclub de la FUE y a la producción para CIFESA de otros documentales que se valían de los conocimientos técnicos sobre el montaje de Fernando Mantilla.

Los dos realizaron en pocos años muchísimos documentales, entre los cuales recordamos *Felipe II y El Escorial* [36]; *Castillos de Castilla,* el documental que recibió el Premio de la Exposición Internacional de París titulado *Galicia saudade; Infinitos,* con un guión del mismo Velo inspirado en una idea de Mauricio Maeterlinck y con la participación del compositor Rodolfo Hälffter; *Almadrabas,* con músicas populares de Federico García Lorca.

Desde su colaboración con el compositor Rodolfo Hälffter nacieron muchos cortometrajes de experimentación sobre la inserción del sonido sobre las imágenes, que se estrenaron principalmente en los cineclubs del Sindicato Español Universitario.

Cuando estalló la Guerra Civil, Velo trabajaba como catedrático en la Universidad de Madrid y seguía con sus rodajes. En 1938 estuvo una temporada en Marruecos rodando un documental que, en las intenciones del director, tenía que orientarse según las líneas creativas de Flaherty. Desgraciadamente, no logró llevar a cabo este trabajo puesto que tuvo la ocasión, que aprovechó, de huir a Francia. El documental iba a terminarlo más tarde Enrique Domínguez Rodiño, que lo titularía *Romancero Marroquí.*

Desde Francia volvió a Barcelona, pero en 1939, cuando la ciudad fue ocupada por las tropas de Franco, huyó definitivamente a México [37].

[36] Le cambiaron el texto originario del comentario que efectivamente pareció extrañamente patético a muchos y la manipulación fue descubierta sólo muchos años después.

[37] R. Gubern: *op. cit.,* p. 192, nos refiere una afirmación hecha por el mismo Velo con respecto a la situación laboral y a sus perspectivas en México cuando llegó: «allí me encontré con una industria cinematográfica que estaba comenzando, y regresé a mi profesión de biólogo durante casi 10 años».

Reanudó su antigua pasión por el cine en 1944, cuando adaptó a guión cinematográfico en colaboración con Mauricio Magdaleno y Emilio Fernández la novela de Federico Gamboa *Entre hermanos,* que no pudo dirigir por razones sindicales y fue realizada por Ramón Peón.

Empezó, además, a trabajar en la producción de cortometrajes de divulgación cultural y como director técnico en los cine-magazines, como el *Noticiario mexicano EMA, Cámara, Cine-Verdad, Tele-Revista.* Se asoció a la actividad del productor Manuel Barbachano Ponce y fundaron la EMA, una empresa de realización de cortometrajes. Luego, con el mismo Barbachano, dada la consolidación comercial de EMA, se dedicaron a la realización de largometrajes en la empresa similar Teleproducciones. El primer largometraje de ficción documental que realizaron fue *Raíces,* en 1953, adaptación de cuatro cuentos sobre los problemas indígenas del libro *La diosera,* escrito por el antropólogo Rojas González. La intención del filme se declaraba en el prólogo, que rezaba «los indios son las raíces de México que germina». Es decir, trataba de explorar el mundo de los indios y mestizos de México presentándolo a través de sus valores, problemas y conflictos frente a los efectos deformantes de la civilización.

En los cuatro cuentos, *Las vacas, Nuestra señora, El tuerto* y *La potranca,* Velo trabajó en el guión con Jomi García Ascot y supervisó la realización de Benito Alazraki, transmitiéndole una huella muy profunda y evidente de su gusto personal. Rodolfo Hälffter se ocupó de la música.

La película fue presentada al Festival de Cannes precedida por el cortometraje documental dirigido por Velo y producido por Barbachano Ponce *Tierra caliente,* que trataba de las duras condiciones de vida de los indios chicleros que trabajan para las granes firmas norteamericanas. A pesar de su realización artesanal, debida a la escasez de medios, *Raíces* fue muy apreciada por la crítica y obtuvo *ex aequo* el premio FIPRESCI, pero el Sindicato del Cine mexicano obstaculizó el estreno de la película en el país hasta 1955.

En 1955, de una colaboración de Velo con el guionista italiano Cesare Zavattini, nació el proyecto y las tres historias del guión de *México mío.*

En 1956 Velo realizó el documental biográfico sobre la vida del torero mexicano Luis Procuna titulado *Torero,* utilizando el abun-

dante material fílmico del archivo de imágenes de *Tele-Revista* rodado en las Plazas de Toros. Velo redescubrió aquí su pasión y gusto por el montaje y trató lo que es el miedo del torero no sólo al enfrentarse con el toro, sino también con las expectaciones y exigencias del público, efectivo juez comercial de lo que es la profesionalidad de un torero. Considerado por muchos el mejor filme taurino jamás rodado, fue presentado con éxito en el Festival de Venecia y, en Cannes, fuera de concurso.

En 1958 participó como consejero de producción de Teleproducciones en la realización de *Nazarín* de Buñuel y en 1959 en la de *Sonatas* de J. A. Bardem.

En 1964 colaboró con Gabriel García Márquez y Carlos Fuentes en la adaptación cinematográfica de un relato de Juan Rulfo para la película de Roberto Galvaldón titulada *El gallo de oro.* Nació en esta ocasión la amistad entre Rulfo y Velo, de la que salió la realización fílmica en la novela de gran éxito *Pedro Páramo.* Pero, inicialmente, el guión, escrito por Velo en colaboración con Carlos Fuentes y Barbachano Ponce, fue tan cortado por la censura mexicana que Velo rehusó la realización hasta cuando, después de cambios en el personal administrativo, fue aceptado integralmente. La Clasa Film Mundiales Barbachano Ponce financiaron esta realización que, desgraciadamente, no salió bien. Efectivamente, el tono de la escritura de Rulfo y las evocaciones del protagonista ausente se adecuan poco al cine.

Por algún tiempo Velo se dedicó a la producción comercial, fundando con su esposa Angélica Ortiz una empresa de realización que produjo películas banales como *Don Juan 67,* en 1967, *Cuatro de chocolate y uno de fresa,* en 1968 y, al año siguiente, *Secreto eterno.* Finalmente, después del fracaso de su matrimonio, Velo se ocupó de la dirección del sector para la realización de documentales y cortometrajes didácticos de los Estudios Churubusco, en donde se dedicó incluso a la formación de un grupo de jóvenes cineastas.

Como ya hemos dicho, la primera experiencia de Velo en el mundo del cine la hizo con un documental realizado en la facultad de Biología de Madrid en colaboración con Guillermo Fernández Zúñiga. Ete último siguió y perfeccionó su técnica de producir documentales científicos especializándose en filmaciones a través del microscopio y con cámara lenta. En 1937 Zúñiga se dedicó activa-

mente a la producción de documentales para el noticiario semanal *España al día,* hecho en Barcelona por la empresa Film Popular de Julio Bris.

Se exilió luego en Argentina, donde siguió realizando documentales científicos mientras aportaba sus contribuciones en los procesos de producción de Hugo del Carril. En 1950 participó en la coproducción argentino-mexicana de la película de Roberto Galvadón titulada *Mi vida por la tuya* y en 1959 regresó a España. Aquí reanudó sus relaciones con el mundo de la cinematografía trabajando en la producción de la empresa UNINCI presidida por J. A. Bardem. Participó entonces en la realización de *Sonatas,* en 1959, y *A las cinco de la tarde,* en 1960, ambas películas del mismo Bardem, y colaboró en *La mano en la trampa,* en 1961, una coproducción hispano-argentina de Leopoldo Torre-Nilsson.

Particularmente solicitados por la industria cinematográfica mexicana de distribución popular y comercial fueron tres directores españoles: José Díaz Morales, Miguel Morayta y Jaime Salvador. Esto se explica por su extraordinaria capacidad de rodar una película, perfectamente fiel a los gustos del público, en poquísimos días.

José Díaz Morales, nacido en Toledo en 1908, colaboró hasta 1936 en el *Heraldo de Madrid* y, cuando estalló la Guerra Civil, se fue a vivir a México.

Aunque siguió colaborando con la prensa, en particular con el diario *Excelsior,* en 1938 ingresa por primera vez dentro del mundo del cine, realizando primero el guión de un filme musical, *Canto a mi tierra* de José Bohr, y luego dirigiendo por su cuenta un cortometraje satírico titulado *Charros Yuyuyuy.* En 1942 realizó, gracias a la financiación del productor Ramón Pereda, un largometraje religioso, *Jesús de Nazareth,* y los guiones de dos películas del mismo Pereda, *Regalo de Reyes* y *Dos corazones y un tango.*

Se dedica entonces a la dirección de películas comerciales, como *Cristóbal Colón,* en 1943, un homenaje poco original a la hispanomexicanidad, *Una gitana en México,* en 1943 y *Una gitana de Jalisco,* en 1946 y otros tantos melodramas sentimental-populares, cabaret, dramas lacrimosos, como *Señora tentación,* en 1947, *Pervertida, Retorno a quinto patio, Manicomios...*

Después del Congreso de Cine en Castellano de Madrid de 1947, en 1948 rueda en España la película de molde reaccionario

Paz, a la cual siguieron, todas de gran éxito popular y comercial, en 1949 *El capitán de Loyola* y *La revoltosa,* una adaptación de *El divino impaciente* de Pemán. A su regreso a México, siguió produciendo películas para el gran público, como *La virtud desnuda,* de 1955 y, en el mismo año, *Esposas infieles, Juventud desenfrenada,* en 1956, y muchas otras.

Antes de su exilio la única experiencia que Miguel Morayta tuvo en el mundo del cine consistía en su trabajo en la distribuidora Renacimiento Films como jefe de publicidad. Por lo demás, era un capitán de artillería y estaba emparentado con el General Franco. Cuando emigró a México, en 1943 realizó su primer melodrama *Caminito alegre,* que señaló el comienzo de una carrera muy proficua y multigenérica en el mundo de la cinematografía comercial. En 1946 realizó, paralelamente y con el mismo equipo de operadores y actores, dos películas folklóricas de ambiente español, *Los siete niños de Écija,* adaptación de una novela de Manuel Fernández y González, y *El secreto de Juan Palomo.*

Intentó incluso el género más «culto» de las adaptaciones de obras literarias y realizó durante este período *El que murió de amor,* en 1945, de una nvoela de Teófilo Gautier, *La casa colorada,* en 1947, adaptación de una novela de Ángel María Sarmiento, *La venenosa,* en 1949 la primera realización, y una segunda en 1959, del libro de José María Carretero *Caballero andaluz.* Además recordamos, ambas dirigidas en 1949, *La virgen desnuda* y *Un grito en la noche,* de una obra de Pedro Mata.

Se dedicó en los años siguientes al cine musical, produciendo en 1950 *Amor perdido,* en 1951 *Delirio tropical,* en 1953 *Penita, pena,* en 1955 *Tú y las nubes,* en 1957 *Rogaciano el huapanguero,* en 1958 *Amor se dice cantando,* en 1959 *Me importa poco* y *Viva quien sabe querer.* Siguiendo con la enumeración de sus trabajos, más que nada, para subrayar la intensidad de su actividad como director, recordamos *La dama torera* o *Un corazón en el ruedo* (1949), *Especialista en señoras* (1950) película realizada en Argentina; en 1952 realizó una película «religiosa» que tenía que ser exhibida durante la Semana Santa, *El mártir del Calvario;* en 1953, *La intrusa;* en 1954, los melodramas *Morir para vivir* y *La fuerza de los humildes,* y, el año siguiente, *Cara de ángel,* y en 1957, *La mujer marcada.* Además, *Amor de una vida, La hermana impura, Hipócrita, Vagabunda,* etc.

En 1962 se dedicó finalmente al cine truculento y de horror, realizando *El vampiro sangriento* y *La invasión de los vampiros.*

La carrera de guionista y realizador de Jaime Salvador dentro del mundo cinematográfico empezó en su exilio, cuando en 1938 dirigió en Hollywood, para la empresa Monogram, la película *Castillos en el aire,* rodada en castellano.

Vivió una temporada en Cuba donde dirigió, durante un solo año, en 1939, cuatro películas: *Mi tía de América, Estampas habaneras, La última melodía* y *Cancionero cubano.*

En 1941 se encuentra en México escribiendo el guión de una película cómica taurina titulada *Ni sangre ni arena* de Alejandro Galindo. Actuaba en este filme el cómico Cantinflas y, desde entonces, Salvador llegará a ser el guionista fijo del actor y de su productora Posa Films.

El primer filme que dirigió en México en 1943 fue *El jorobado (Enrique de Lagardere),* basado en una novela popular de Paul Feval. Empezó así su prolífica carrera como director de películas comerciales. Dirigió, en 1943, *El rebelde;* en 1944, *La hija del regimiento;* en 1944, *Marina* y, en 1945, *Soltera y con gemelos.*

En 1945 intentó dejar a un lado la producción comercial para realizar una película ambiciosa, homenaje a la participación de México en la Segunda Guerra Mundial y a sus aviadores, *Escuadrón 201,* pero no logró su intento y la película resultó mediocre. El mismo año produjo *El último amor de Goya,* una conmemoración para el segundo centenario del nacimiento del pintor. Recordamos además su película *El moderno Barba Azul,* realizada en 1946 con la actuación del actor, ya en parábola descendiente, Buster Keaton.

Por lo que se refiere a su actividad de guionista, cabe recordar las muchas películas del actor cómico Cantinflas: *Yo dormí con un fantasma* (1947), *El nieto del Zorro* (1947), *La Venus de fuego* (1948), *Nosotros los rateros* (1949), *Una mujer sin destino* (1950).

En 1951 lo encontramos entre los colaboradores de Buñuel para la adaptación de la obra de Maupassant, *Pierre y Jean,* y para la realización de *Una mujer sin amor.*

Enre las muchas y variadas películas rodadas por Salvador, añadimos *Al son del charlestón* (1954), *Aquí están los Aguilares* (1956), *Los pobres van al cielo, La Sombra en defensa de la juventud, La justicia del gavilán vengador* (1956), *Los hijos desobedientes* y *La reina del cielo* (1958), *Ladrón que roba a ladrón* (1959) y *La ley del gavilán* (1966).

Francisco Elías nace en Huelva en 1890. Se remotan a 1910 sus contactos con el mundo de la cinematografía: trabaja en París, en Gaument, primero con el encargo de traducir rótulos de películas mudas y luego como guionista y ayudante de dirección con Léonce Perret. De regreso a Barcelona en 1914 funda la sucursal española de la empresa de producción Eclair y realiza su primer cortometraje de argumento cómico titulado *Los oficios de Rafael Arcos.* En Nueva York funda en 1915 una empresa de traducción de rótulos y exportación cinematográfica.

Dirigió en 1920 en los Estados Unidos *A Perfect First,* otra película cómica y se quedó unos años trabajando en Hollywood como ayudante de dirección y montador, colaborando incluso con D. W. Griffith en *Way Down East* (*Las dos tormentas,* 1920) y *Orphans of the Storm* (*Las dos huérfanas,* 1921). En México rodó su tercera película, *Epopeya,* que fue censurada por el gobierno y nunca estrenada.

Volvió a España en 1928 con muchos proyectos para dar un perfil más sólido a la industria cinematográfica española. Aquí rodó en 1928 *El fabricante de suicidios* y, al año siguiente, *El misterio de la Puerta del Sol,* interesante esta última en cuanto fue la primera película sonora española. Otra vez en París, readaptó en 1930 el guión de *Cinópolis* para que José María Castellví realizara un largometraje y él mismo rodó *¡Manos arriba!* (*Blanc comme neige*), basada en la obra *Le souris blonde,* del marqués de Breteuil, que era también el productor de la película. En 1932 dirigió en los nuevos estudios españoles Orphea de Barcelona la película pacifista en francés *Pax,* producida por Camille Lemoine. En 1932 rodó *El último día de Popeyo,* una película cómica, en 1933 *Boliche,* en 1935 *Rataplán,* en 1936 *María de la O* y en 1937 *Bohemios.*

A pesar de sus simpatías falangistas, dirigió en 1937 *¡No quiero... no quiero!,* adaptación de la comedia antiburguesa de Benavente pedida por el Sindicato único de la Industria del Espectáculo. En 1938 se fue a vivir a México donde trabajó en 1939 en el guión de *El signo de la muerte* de Chano Urueta, y en el de *Mujeres y toros* de Juan José Segura. Realizó además algunas películas para la industria cinematográfica mexicana; en 1939, el melodrama *Calumnia;* en 1940, *Mi madrecita* (rodada en poquísimos días) y *El milagro de Cristo,* en 1941, *La epopeya del camino* y *La canción del plateado;* en 1942, *La Virgen roja;* en 1944, *Sierra morena,* y en 1947, *No te dejaré nunca,* producida por

el Sindicato de Trabajadores de la Industria Cinematográfica para ser estrenada el primero de mayo de 1948, sin éxito. De regreso a España en 1948, dirigió sólo una película, la última, en 1954, titulada *Marta.*

Antonio Momplet nació en Cádiz en 1899, pero se trasladó pronto a Barcelona, donde empezó a trabajar como periodista y director teatral para luego llegar a dirigir la revista *Cine Art.* Viajó y trabajó por todo el mundo, siempre dentro del ámbito teatral o cinematográfico: en Alemania, en Francia, donde trabajó desde 1927 hasta 1930 en la empresa Gaumont y donde colaboró en 1931 en el montaje de *Maison de dances* de Maurice Tourneur. Se trasladó luego a Italia, China, Japón, India, Canadá, Estados Unidos y Unión Soviética.

De regreso a España, rodó en 1935 la película sobre la Primera Guerra Mundial *Hombres contra hombres,* aclamada por la crítica internacional. Siguió en 1936 la dirección, interrumpida por la Guerra Civil, de *La farándula* y en 1937 la realización de *La millonaria,* una adaptación cinematográfica de la comedia de Enrique Suárez de Deza.

Se fue exiliado a Buenos Aires en el mismo 1937 y allí conectó en seguida con el mundo de la cinematografía, rodando en 1938 *Turbión;* en 1941, *Novios para las muchachas,* una adaptación de *Las de Caín* de los hermanos Álvarez Quintero; en 1941, *El hermano José;* en 1942, *En el viejo Buenos aires,* y en 1943, *Los hijos artificiales.* Recién llegado a México, trabajó en 1944 en el guión de *El corsario negro* de Chano Urreta y, desde entonces, dirigió algunas películas, como *Amok,* versión de la novela de Stefan Zweig; en 1945, *Vértigos,* versión de *Alberta* de Pierre Benoit; en 1946, *A media luz,* una película comercial, y *Bel Ami* o *El buen mozo,* adaptación de la novela de Maupassant, que quedó finalista en el premio Ariel. En estos años prolíficos siguió escribiendo guiones de éxito, como, en 1945, *El que murió de amor* de Miguel Morayta; en 1946, *La mujer de todos* de Julio Bracho y *Lágrimas de sangre* de Joaquín Pardavé.

Volvió entonces a Buenos Aires, donde se dedicó a la dirección de *La comparsita,* en 1947, en 1949, *La otra y yo* y *Yo no elegí mi vida;* en 1950, *Toscanito y los detectives,* versión de la novela de Erich Kästner titulada *Emilio y los detectives,* y, en 1951, *Café cantante.* Regresó entonces a España, donde produjo en 1952 la versión cinema-

tográfica de la pieza teatral de Ángel Guimerá titulada *La hija del mar.*

Eduardo Ugarte Pagés fundó con el poeta García Lorca la compañía teatral La Barraca y participó en sus actividades mientras desempeñaba el papel de productor ejecutivo en la empresa de producción Filmófono fundada, como veremos, por el director Ricardo María Urgoiti. En esta última, colaboró por esos años en la realización de tres películas de Buñuel, adaptando un sainete de Arniches y Estremera para la película *Don Quintín el Amargao,* en 1935, escribiendo la versión de *¿Quién me quiere a mí?* en 1936, y la del sainete de Arniches *La alegría del batallón,* para realizar en 1936 *¡Centinela alerta!,* también con la colaboración de Buñuel.

Muchos integrantes de Filmófono se expatriaron a México, como Ugarte, quien pronto adquirió la nueva nacionalidad. En 1939 empezó a trabajar con el director Rafael J. Sevilla, para el cual escribió el guión de *El secreto de la monja;* en 1940, el de *El insurgente,* y en 1941, una versión de *Caballero y marqués* de Carlos Capilla para la película *Amor chinaco.*

En colaboración con el director Gilberto Martínez Solares empezó a escribir versiones de grandes obras literarias, como en 1943 *Resurrección* de Tolstoi; en 1944, el guión de *Imprudencia* de Julián Soler y de *La monja alférez* de Emilio Gómez Muriel. También en 1944 dirigió su primera película musical de éxito, *La casa de la salud,* de Antonio Paso y Joaquín Dicenta y en 1945, después del fracaso de su realización *Por culpa de una mujer,* volvió a trabajar en las adaptaciones; en 1946 escribió el guión de *El pasajero diez mil* de Miguel Morayta y en 1948 *Calabacitas tiernas* de Gilberto Martínez Solares.

En 1950 empieza su intensa colaboración con el poeta Manuel Altolaguirre en Producciones Isla, de la cual nació en 1950 *Yo quiero ser tonta,* version de *Las estrellas* de Arniches, y, en el mismo año, *Doña Clarines,* versión cinematográfica de una pieza teatral de los hermanos Álvarez Quintero; les seguirían, en 1951, el melodrama popular *El puerto de los siete vicios,* escrito por Altolaguirre y en 1952, *Cautiva del pasado,* sobre un guión de Concha Méndez, esposa de Altolaguirre.

En 1955 vuelve a su actividad de guionista trabajando con Buñuel en la versión cinematográfica de la novela de Rodolfo Usigli *Ensayo de un crimen.*

Creador en 1929 de la empresa Filmófono de Madrid, especializada en la sincronización sonora de las imágenes con la música, Ricardo María Urgoiti era hijo de Nicolás, uno de los fundadores del diario liberal *El Sol.*

La primera película producida por Filmófono fue *Fútbol y toros* de Florián Rey. La actividad de su empresa se extendió a nuevos campos en 1930, con la importación y distribución de películas extranjeras y la creación de un Cineclub, Proa-Filmófono, cuya actividad era controlada por Buñuel. Aquí se proyectó en 1930 por primera y única vez *L'Age d'or.* Siempre con la preciosa colaboración de Buñuel, que desempeñaba el papel de productor ejecutivo, en 1935-1936 Urgoiti empieza a producir películas comerciales, como *Don Quintín el amargao, La hija de Juan Simón, ¿Quién me quiere a mí?* y *¡Centinela alerta!* Muchos fueron los proyectos de producción que fracasaron con la Guerra Civil y la actividad indusrial cinematográfica que acababa de perfilarse en España gracias a la intervención y dinamicidad de Urgoiti se vio interrumpida de repente.

Una vez en Buenos Aires, Urgoiti se puso a producir otras películas tratando de conservar en vida Filmófono; en 1939 de una adaptación de Arniches Miguel Mileo realizó *La canción que tú cantabas* y el mismo Urgoiti rodó en 1942 *Mi cielo de Andalusía.*

La prolífica actividad del documentalista y director de cortometrajes Ángel Villatoro acabó con la Guerra Civil, limitándose durante el exilio a la adaptación cinematográfica de novelas. En 1936, al comienzo de la guerra, Villatoro rodó un documental para el Socorro Rojo Internacional en colaboración con la Alianza de Intelectuales Antifascistas para la Defensa de la Cultura, titulado *La defensa de Madrid.* Empezó así su actividad de dirección de documentales, entre los cuales recordamos los muchos rodados para la empresa Film Popular de Barcelona, como *Hombres del provenir,* de 1937, que trata el tema de la educación en las escuelas; *La Mancha y el azafrán, El tribunal de las aguas, Tesoro artístico nacional* (que presentaba las medidas tomadas por el gobierno para proteger de los golpes de la guerra los monumentos nacionales) y *La cerámica.* Al año siguiente, siempre para la productora Film Popular, rodó *Caballería heroica,* sobre la batalla del Ebro, *El telar* y, para Ediciones Antifascistas, *Las apariencias engañan,* un cortometraje cómico.

En México, su país de adopción una vez huido de España, escribió en 1941 el guión de *Mi viuda alegre,* adaptado de una pieza de Arniches y realizado por Miguel M. Delgado, película en la que debutó el cómico espñol en exilio Ángel Garasa.

Otro director español que dejó la actividad en el exilio fue Josep Amich y Bert, conocido con el nombre de Amichatis. Nacido en Lérida en 1888 y muerto en Madrid en 1965, vivió y trabajó durante muchos años hasta el conflicto civil en Barcelona. Era un apreciado comediógrafo y en su actividad de periodista fundó el diario *El día gráfico* y el semanario *Los miserables.* El primer contacto con el mundo de la cinematografía, muda en aquel entonces, consistió en traducir rótulos de películas. Pasó luego a escribir guiones, como, por ejemplo, *Las peripecias de Baby* de Pedro Trilla en 1916, participando también en el guión de la serie *Los arlequines de seda y oro* (1918-1919) dirigida por Ricardo Baños y que tuvo tanto éxito que fue exportada a América y Europa.

Su primera experiencia como director se remonta a 1918 con la película cómica muda *Una apuesta original* y a ésta siguió, en 1926, *Corazones y aventuras.* Fracasó en 1928 su tentativa de realizar una película catalana de difusión popular con *La Marieta del ull viu,* cuyo guión escribió en colaboración con Gastón A. Mantua. También con él, escribió el de *La moza del cantar,* en 1928 que dirigió el mismo Amichatis. En 1929 escribió, para la dirección de Antonio Graciano, *Caramellas,* un guión de gusto popular, estrenado casi exclusivamente en los cines de barrio.

Con la difusión del cine sonoro y su rápida conquista del mercado, Amichatis fundó un estudio para la sincronización cinematográfica y el doblaje en Barcelona, que distribuyó en 1930 la película *La alegría que pasa* de Sabino A. Micón y, en 1931, el famoso filme del director danés Carl Theodor Dreyer *Vampyr.* En 1939 Amichatis se exilió en Chile. Volvió más tarde a España donde murió, como se ha dicho, en 1965.

Otro director que adquirió cierta notoriedad dentro de la producción española de películas mudas fue Francisco Camacho. Nacido en 1887 en Don Benito (Badajoz), produjo sus primeras películas, nunca estrenadas, en 1916-1917: *El sueño de una noche de verano* y *Los apuros de un paleto.*

Después de rodar, en 1917, *El enigma de una noche,* se dedicó a la creación de guiones y escribió en 1922 *Alma rifeña,* rodado por José Buchs. Fundó en 1923 unos laboratorios cinematográficos en Madrid y, en 1927, llegó a ser vicepresidente de la Unión Artística Cinematográfica de España. En 1929 dirigió una película de gran éxito titulada *Zalacaín el aventurero,* la primera española distribuida por la Metro-Goldwyn-Mayer. Con la llegada y difusión del cine sonoro, en 1935 colabora en la dirección de *Nobleza baturra* con Florián Rey y en 1936 dirige *El cura de aldea,* cuyo guión era una adaptación de una novela de Pérez Escrich. Desde 1937 dedicó sus esfuerzos a los Servicios de Cinematografía de la Subsecretaría de Propaganda de la República, realizando documentales de propaganda en colaboración con Fernando G. Mantilla y bajo la supervisión de Manuel Villegas López. Produjo además noticiarios para la empresa Film Popular de Barcelona y dirigió las ediciones extranjeras del noticiario *Español al día* (*Nouvelles d'Espagne* y *Spain Today*). Una vez acabado el conflicto civil, se exilia en Venezuela.

Fernando G. Mantilla ya era un periodista de renombre cuando empezó su colaboración con Carlos Velo en la realización de cortometrajes para Cifesa, como *Felipe II y el Escorial, Infinitos, Almadrabas, Castillos de Castilla, Tarraco Augusta, Galicia y Compostela* y *La ciudad y el campo,* todos rodados en 1935. Como tantos otros directores, ya lo hemos visto, durante los años de la Guerra Civil se dedicó a la creación de cortometrajes de propaganda. Efectivamente, en 1936 dirigió uno de 20 minutos, consistente en un montaje de imágenes de los primeros días de guerra, titulado *España 1936,* producido por la Alianza de Intelectuales Antifascistas. También en el mismo año realizó para el Partido Comunista de España *XIX Aniversario de la revolución rusa en Barcelona,* para el Ministerio de Agricultura un documental de 20 minutos sobre el funcionamiento de las cooperativas agrícolas en España titulado *Nueva era en el campo* y otros en colaboración con Francisco Camacho y supervisados por Manuel Villegas López para los Servicios de Cine de la Subsecretaría de Propaganda de la República. Creó además una cooperativa cinematográfica y colaboró en la revista *Nuevo Cinema.* En 1938 le encargaron supervisar, en cuanto Secretario eneral de la Federación Catalana de Espectáculos Públicos, la producción de *Sierra de Teruel* (*Espoir*) de A. Malraux y en 1939, una vez acabado el conflicto, se trasladó a México, donde murió.

Otro importante documentalista español que participó activamente en la propaganda republicana durante la Guerra Civil fue Juan Manuel Plaza, de San Clemente (Cuenca). Empezó a trabajar como periodista y crítico teatral en la revista *Nuevo Cinema.* Con el cargo de Comisario Político en tiempos de guerra, produjo una gran cantidad de cortometrajes documentales particularmente interesantes, entre los cuales recordamos *El ejército del pueblo nace,* una producción de 10 minutos del Grupo de Ejércitos de Valencia que conmemoraba la unificación de 1937 de las milicias populares con el Ejército de la República. Rodó en 1937 unos cortometrajes didácticos para el Estado Mayor Central: *Topografía, Tren hospital* y *La no-intervención.* Para el Cuerpo del Ejército del Centro rodó en 1937 *El camarada fusil* para explicar, con la ayuda de las imágenes, el funcionamiento de un fusil, y para el Estado Mayor del Ejército del Centro dirigió *Movilización en el campo.* Dirigió, además, *Cantando en las trincheras,* un documental-reportaje sobre el viaje de un artista norteamericano por las posiciones de las Brigadas Internacionales en los frentes de Madrid y Teruel. En 1938 realiza *Ofensiva,* producido por el Estado Mayor Central, y *Escuela Popular de Guerra,* producido por el Comisariado de Guerra del Ejército del Centro. Cuando se exilió a México, el único contacto que tuvo con el mundo cinematográfico consistió en la promoción artística de la actriz española Sara Montiel en 1950. Murió en Veracruz.

Entre los directores definidos de la segunda generación del exilio, o sea, los que empezaron su actividad de directores una vez fuera de España, recordamos a José Miguel García Ascot, más conocido como Jomi García Ascot. Nació en Madrid en 1928 y, todavía niño, llegó a México en 1939. En 1951 realizó su estudio doctoral sobre Baudelaire. Poeta y ensayista de cierto interés, dirigió el cineclub universitario del Instituto Francés de América Latina y colaboró en la fundación de la revista *Nuevo Cine.* Se puso luego a trabajar en la empresa Teleproducciones de Manuel Barbachano Ponce, dirigiendo cortometrajes culturales y el noticiario *Cine-Verdad;* participó en 1953 en la escritura del guión de *Raíces;* en 1956 colaboró con Carlos Velo en *Torero,* con Buñuel en 1958 en *Nazarín* y en 1959 en *Sonatas,* de Juan Antonio Bardem. En 1960, para el Instituto Cubano de Arte e Industria Cinematográfica (ICAIC), rodó dos cortometrajes documentales: *Historia de la revolución: Un día de trabajo,* escrito

con la colaboración de José Hernández, y *Los novios,* escrito con la colaboración de René Jordan e ideado por José Masip. Los dos episodios, con el cortometraje documental *Año nuevo* de Jorge Fraga, constituyen la película *Cuba 58* (1962).

Se inspiró en las memorias autobiográficas del período de Guerra Civil escritas por su eposa, la española María Luisa Elio, para escribir el guión, con Emilio García Riera, y rodar *En el balcón vacío* en 1962. La realización de esta película dedicada «A los españoles muertos en el exilio» le costó un año entero de trabajo y 4.000 dólares de presupuesto. El éxito obtenido fue confirmado por el premio de la Crítica en el Festival de Locarno y el Giano d'oro en el festival de cine latinoamericano de Sestri-Levante. A continuación, ingresó en el mundo de los cortometrajes publicitarios y publicó dos libros de poemas; en 1964 *Un otoño en el aire* y *Estar aquí* en 1966.

Juan Luis Buñuel, nacido en París en 1934, siguió pronto las huellas de su padre después de estudiar la carrera de ingeniero agrónomo en México. Durante una larga temporada se dedicó con bastante éxito al dibujo y la escultura. Empezó a relacionarse con el mundo cinematográfico trabajando en 1957 con el gran director Orson Welles en el rodaje de la película *Don Quijote;* en 1958 colaboró con Hugo Buler en la dirección de *Los pequeños gigantes;* en 1959, con su padre en *La fièvre monte à El Pao,* al año siguiente en *The Young One* y, en 1961, en *Viridiana.* Su largo aprendizaje continuó en 1960 con *Le Coeur Battant* y en 1961 con *La dénontiation* de Jacques Doniol-Valcroze; trabajó con André Michel en *Ton ombre est la mienne* en 1962; con Pierre Gaspard-Huit en *Gibraltar* en 1963; con Louis Malle en 1965 en *¡Viva María!,* y en 1966 en *Le Voleur,* y, finalmente, en 1967 trabajó en *Los cañones de San Sebastián* con Henri Verneuil, una película rodada en España.

En 1966 realizó su primer documental, *Calanda,* rodado en el pueblo de su padre durante la tamborada de la Semana Santa, que obtuvo el Gran Premio del Festival de Tours en 1967. En el mismo año rodó en México su segundo cortometraje titulado *Los marcianitos de Durango* y en 1968 en los Estados Unidos realizó para la televisión francesa un documental sobre los Black Panthers, nunca estrenado por razones políticas.

Data de 1973 su primer largometraje, *Au rendez-vous de la mort joyeuse,* una producción francesa que trata el tema del erotismo con

un corte fantástico, que le hizo merecedor del premio Georges Sadoul y fue proyectadada con éxito en la Semana del Cine Fantástico y Terrorífico de Sitges. En 1974 rodó en España *La mujer de las botas rojas* (*La femme aux botes rouges*) producida por Claude Jaeger. El protagonista es aquí un hombre que odia el arte y se hace mecenas con el fin de exasperar a los artistas y llevarlos al suicidio o a la esterilidad creativa, hasta que llega a su casa el arte personificado en una mujer. Reunió para este trabajo a los mismos actores de *Tristana.* En 1974, siguiendo siempre su orientación fantástica, rodó en España *Leonor,* na coproducción hispano-alemana que adaptaba un cuento romántico de Ludwig Tieck.

IV

LA MÚSICA ESPAÑOLA EN EL EXILIO

Entre 1900 y 1930 la música española vivía, al igual que otras disciplinas, un período de gran experimentación y vitalidad. Aun siendo respetuosos con las raíces populares y la tradición española, los músicos buscaban una nueva estética y nuevas potencialidades expresivas en el campo técnico.

El mundo de la música seguía un camino paralelo al del mundo literario y se vió afectado por el mismo deseo de pureza y de precisión expresiva que caracterizó también a la poesía española de la segunda década del siglo XX. Los artistas se distinguían por una rigurosa preparación y por una profesionalidad musicales en su búsqueda de nuevas fórmulas de expresión despojadas de sentimentalismo, esenciales y depuradas de elementos redundantes y personales; el interés se concentraba esencialmente en el medio expresivo y en sus potencialidades técnicas.

Era siempre una tendencia europeísta la que empujaba a estos músicos a reinterpretar los temas folklóricos, depurándolos y sublimándolos. De esta forma, la música dejaba de ser un medio de expresión personal e íntimo del propio autor para convertirse en un auténtico y preciso objeto sonoro.

Los centros urbanos que desarrollaban el arte musical en España eran Madrid y Barcelona, a los que se estaba asociando progresivamente, a comienzos de la guerra civil, una tímida pero prometedora Valencia. En septiembre de 1936, el Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes creó la Junta Organizadora de la Enseñanza Musical, organismo del que formaban parte Oscar Esplá, Salvador Bacarisse, Julián Bautista, Rodolfo Hälffter, Adolfo Salazar y Vicente

Salas Viú. Hälffter asumiría muy pronto la presidencia, Adolfo Salazar se transferiría a Washington y Vicente Salas Viú se enrolaría en el ejército republicano. En el ámbito de ese proceso de renovación del panorama musical español, el Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes crearía en Valencia, en 1937, el Consejo Central de la Música que fundaría la Orquesta Sinfónica Nacional, organizaría conciertos, se empeñaría en la reorganización de la enseñanza de la música y promovería el nacimiento de una revista, *Música*, bajo la dirección de Rodolfo Hälffter.

En 1936 un grupo de músicos, musicólogos, instrumentistas e intérpretes españoles fundaba la Banda de Madrid, dirigida por Rafael Oropesa, que cultivaba tanto la música popular, como la clásica y la experimental.

Dentro de esta banda se destacaban ocho compositores y críticos musicales que constituían el denominado Grupo de los Ocho, una auténtica generación de músicos del 27 que actuaba en consonancia con el grupo literario de la misma generación, incluso en la idéntica revalorización del barroco. Este grupo estaba formado por Salvador Bacarisse, Julián Bautista, Rosa García Ascot, Ernesto y Rodolfo Hälffter, Juan José Mantecón, Gustavo Pittaluga y Fernando Remacha. Como ya se ha dicho, el desarrollo y la orientación del grupo coincidía con los de la generación literaria: el ideal purista era común, como también la ambición de proponerse como los continuadores del proceso de renovación de la música española que habían iniciado figuras de mayor prestigio como Manuel de Falla, Granados y Albéniz.

La guerra provocó la dispersión de los músicos de la generación del 27 que aceptaron, en su mayoría, la invitación del presidente mexicano Lázaro Cárdenas, convirtiéndose en colaboradores de la Casa de España en México.

> La aportación de los transterrados en el campo musical ha sido no sólo cuantitativamente importante, sino significativa en cuanto a su calidad [1].

Al grupo de músicos exiliados, por tanto, les fue posible no solo continuar en México los trabajos que habían iniciado sino que fueron invitados y estimulados a que intensificasen su producción artística y

[1] Arturo Souto Alabarce: «Música y danza», en AA.VV., *op. cit.*, pág. 471.

experimentasen nuevas fórmulas. Fue muy importante la abierta acogida y la propuesta de colaboración que les ofrecieron los músicos mexicanos más famosos en aquella época, como Carlos Chávez, Blas Galindo, Silvestre Revueltas y el director de la nueva Orquesta Sinfónica Nacional Mexicana, José Iturbi. El mundo musical mexicano sirvió ciertamente de estímulo para los músicos españoles del exilio como, por otra parte, su presencia y su trabajo desempeñaron un papel fundamental para dar el definitivo carácter a lo que hoy es el mundo musical mexicano.

Los exiliados españoles contribuyeron así mismo al estudio y a la difusión de la cultura musical en México, promovieron el conocimiento de la música experimentando su uso a través de todos los medios de comunicación posibles: la radio, la televisión y el cine. En la década de los años 40 la industria cinematográfica mexicana vivía, efectivamente, un período de gran esplendor y de experimentación y ofrecía múltiples oportunidades tanto a los músicos como a los escritores y escenógrafos.

Entre los exiliados españoles que se dedicaron a componer bandas sonoras recordamos a los compositores Gustavo Pittaluga y Rodolfo Hälffter, al folklorista Baltasar Samper y al violinista Jesús Dopico. Además, cuando llegó a México Luis Hernández Bretón, que había iniciado sus estudios de música en el Conservatorio de Madrid, se colocó como productor y director de programas de música española y mexicana en el mundo cinematográfico y radiofónico. Destacó también Antonio Díaz Conde, que recibió varios premios de la Academia de Ciencias y Artes Cinematográficas por haber compuesto las bandas sonoras de las películas más famosas de Emilio Fernández, como *La perla* de 1947, *Maclovia* de 1948, *Pueblerina* de 1949, *Rosario Castro* de 1950 y *Las tres perfectas casadas* de 1951. Colaboraron también con la industria cinematográfica mexicana Savero Muguerza y Francisco Gil.

La Casa de España en México acogió como huéspedes a Adolfo Salazar, Jesús Bal y Gay, Rosa García Ascot y Otto Mayer Serra, a los que más tarde se unirían Baltasar Samper, Rodolfo Hälffter, Gustavo Pittaluga y Simón Tapia Colman. La colaboración hispanomexicana fue, como hemos dicho, particularmente activa y de ahí que naciesen importantes revistas y editoriales especializadas que promovieron el desarrollo de la música y de la danza en México. En

1945 comenzó la publicación de la revista *Nuestra música* y, en 1946, los músicos españoles y mexicanos fundaron la primera editorial de música culta, las Ediciones Mexicanas de Música. Colaborarían en ambas actividades Jesús Bal y Gay, Carlos Chávez, Blas Galindo, Rodolfo Hälffter, José Pablo Moncayo, Adolfo Salazar y Luis Sandi. Rodolfo Hälffter dirigiría la editorial hasta 1987, año de su muerte.

Por otra parte, muchos músicos españoles entraron a formar parte de la recién fundada Orquesta Sinfónica Nacional y de la Orquesta de la Universidad.

La aportación de los exiliados españoles en el campo de la crítica y de la historiografía musical fue muy importante, así como también en el ámbito de la experimentación y de la investigación de técnicas y de estilos nuevos.

Rafael Oropesa, maestro del pasodoble que cultivaba la música popular, era el director de la Banda de Madrid. Se exilió en México al comienzo de la guerra civil, en 1936, y murió a los tres años de su llegada a aquel país.

Rodolfo Hälffter (1900-1987) «representa la punta de lanza de un nuevo movimiento en la música mexicana, el puente que separa las orillas del nacionalismo de las nuevas corrientes musicales» [2]. Era un gran admirador de Bach y ferviente partidario de la música dodecafónica, a la que consideraba como una continuación de la tradición más que como representante de una ruptura con ella. Pertenecía a una familia de músicos; de hecho, su hermano Ernesto y su primo Cristóbal serían también famosos.

De formación autodidacta, formaba parte —como hemos dicho— del Grupo de los Ocho. En 1939 se embarca en el *Veedam* con rumbo a su exilio en México, ya que había sido invitado por la Casa de España de aquel país, y allí coincidiría con Salvador Bacarisse, Rosa García Ascot y su marido Gustavo Pittaluga, que pertenecían a la misma generación de músicos. En 1940 obtuvo la ciudadanía mexicana.

Su primera obra sinfónica, titulada *Suite para orquesta*, se estrenó en 1930 en Madrid y en 1940 era interpretada nuevamente por la Orquesta Sinfónica de México, dirigida por Carlos Chávez. Antes

[2] Emilia Salas Viú Hälffter: «La música en el exilio. Rodolfo Hälffter y los músicos españoles en México», en AA.VV.: *op. cit.*, pág. 71.

del comienzo de la Guerra Civil había sido jefe del Departamento de Música de la Subsecretaría de Propaganda de la República, director de la revista *Música* de Barcelona y ya había dirigido en París un concierto de sus obras, gracias a la radiodifusión francesa.

En México, su primera obra fue interpretada con éxito el 9 de enero de 1940 en el Teatro Fábregas; se trataba del ballet *Don Lindo de Almería* [3], con la coreografía de Ana Sokolow, la escenografía ideada por el pintor Antonio Ruiz y los textos de José Bergamín. En ese mismo año, Hälffter crea La Paloma Azul o Compañía Mexicana de Danza Moderna, bajo la dirección de la bailarina norteamericana Ana Sokolow, que representaría muchos de sus ballets en el teatro de Bellas Artes, entre los que destacan *Don Lindo de Almería*, de nuevo, y *La madrugada del panadero*. Hälffter puso música también a dos sonetos de Sor Juana Inés de la Cruz, incluido el célebre *Miró Celia una rosa que en el prado...*, componiendo para ello una obra para voz y piano. Escribió además un *Concierto para violín y orquesta*, que sería interpretado en 1942 por la Orquesta Sinfónica de México, dirigida por Carlos Chávez; *Obertura festiva*, interpretada por la Orquesta de Cámara de México en 1953 y dirigida por Luis Herrera de la Fuente; *Tres piezas para orquesta de cuerda*, en 1955 y *Tripartida para Orquesta*, que venció el premio de composición del Instituto Nacional de Bellas Artes y de la Sociedad de Autores y Compositores en 1959.

Prefirió componer siempre música de cámara, aun cuando escribiera también obras sinfónicas muy apreciadas, como por ejemplo el *Concierto para violín* de 1942. Además de componer, Hälffter se dedicó también a la enseñanza en el Conservatorio Nacional y en la Escuela Superior de Música y participó, además, en la fundación de la revista *Nuestra música*.

Gozando de una fama mundial, no volvería a España hasta 1963 con ocasión del Festival de la Música de América y España, organizado por la Comisaría de la Música del Ministerio de Información y Turismo.

Recibió durante estos años numerosos homenajes por el trabajo realizado y entre ellos recordamos su nombramiento vitalicio como

[3] Esta obra fue elegida también por la Sociedad Internacional de Música para ser interpretada en su XIV festival, en abril de 1936.

miembro de la Academia de Artes en 1969 y como miembro titular del Instituto de Cultura Hispánica de Madrid en 1970; el gobierno español le ofreció en 1973 la Encomienda de la Orden Civil de Alfonso X el Sabio y, en 1982, recibió de manos del rey Juan Carlos I la Gran Cruz del Mérito Civil. La Organización de Estados Americanos le confirió el Diploma de Honor y organizó en su honor un concierto-homenaje. En 1984 fue elegido miembro honorario de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando de Madrid y, finalmente, en 1986 el Ministerio de Cultura Español le otorgó el Premio Nacional de Música.

En la fundación de la revista mexicana *Nuestra música* había participado también Jesús Bal y Gay, otro músico español exiliado. En 1938 partía hacia el exilio con su mujer, Rosa García Ascot, apreciada pianista y compositora, aceptando la invitación de La Casa de España en México. Ambos tornarían a Galicia en 1965. Antes del exilio trabajaba en el Centro de Estudios Históricos de Madrid siendo apreciado como estudioso de historia de la música y como compositor de música de cámara. En México, por encargo del Colegio de México, transcribiría una colección de romances y villancicos españoles que fueron publicados en 1939 con el título *Romances y villancicos españoles del siglo* XVI. Además, trabajaría en la transcripción del Códice del Convento del Carmen en San Ángel para la Sección de Investigaciones Musicales del Instituto Nacional de Bellas Artes y, en 1952, se publicaba el libro que ofrecía los resultados de sus prolongadas investigaciones: *Tesoro de la polifonía del siglo* XVI *en México.* En 1944 publicó la transcripción del *Cancionero de Upsala*, obra fundamental sobre las composiciones polifónicas de los músicos españoles de los siglos XVI y XVII. Fue también un estimado crítico musical y en 1960 publicó, por medio de la UNAM, una colección de ensayos sobre diversos temas —como la inspiración, el trabajo del músico y la revolución de la música— titulado *Tientos.*

Otro músico de la generación del 27, culto y refinado, era Gustavo Pittaluga. Antes de la Guerra Civil, dirigió importantes orquestas españolas y francesas y, una vez en el exilio, dirigiría también la Orquesta Sinfónica de México. Entre sus principales composiciones se hallan *Seis danzas españolas en suite*, para piano, *Llanto por Federico García Lorca*, compuesta para voz y orquesta, y el ballet *La romería de los cornudos.* Se dedicó también, como muchos músicos españoles

del exilio, a la producción de bandas sonoras para la naciente industria cinematográfica, como por ejemplo la de la película *Los olvidados*, de Buñuel.

Adolfo Salazar fue discípulo de Bartolomé Pérez Casas, Manuel de Falla y de Maurice Ravel, distinguiéndose como crítico musical además de ser compositor. En España colaboró con *El Sol* y enseñó en el Ateneo de Madrid. Compuso numerosas obras, tanto para orquesta como de cámara o para voces. Destacamos el poema sinfónico *Don Juan de los Infiernos*, las cuatro *Letrillas de Cervantes*, compuestas para coro de capilla y *Rubaiyat*, para cuarteto de cuerda.

La historia de la música constituía, sin embargo, su principal interés y su opinión era tenida en tan alta consideración en España que, ya antes de la Guerra Civil, alcanzaba la fama y la estima por la publicación de *La música contemporánea en España* (1930). Durante la guerra fue siempre fiel a la República y, tras una breve estancia en Washington como agregado cultural, se transfirió a México en 1939. Durante el período de su colaboración con la Casa de España en aquel país escribió muchos volúmenes: *Música y sociedad en el siglo XX*, en 1939; *Las grandes estructuras de la música*, en 1940; *La música orquestal en el siglo XX* y *Los grandes períodos de la historia de la música*, ambos en 1941; *Introducción a la música actual* y los cuatro tomos de *La música en la sociedad europea*, publicados gracias a la subvención del Fondo de Cultura Económica, que escribió entre 1942 y 1946. En 1945 publicó también *El siglo romántico (romanticismo y compositores)* y *Síntesis de la historia de la música* y, en 1953, *La música de España*. Sus gustos musicales eran más conservadores que tendentes a la vanguardia o a la experimentación y escribió otras obras como *Teoría y práctica de la música al través de la historia*, sobre la música en la antigua Grecia y en la Edad Media, *La música como proceso histórico de su invención*, un texto estrictamente divulgativo en 1950 y *La danza y el ballet*, de 1949. Trabajó también en el Conservatorio Nacional a través del Colegio de México y colaboró activamente con muchas revistas, entre las que recordamos *Novedades*. Ecléctico por naturaleza y con una fuerte sensibilidad estética, escribió también un libro de crítica de las artes figurativas, en 1953, titulado *La escultura de Ignacio Asúnsolo*.

El compositor, investigador y crítico musical Baltasar Samper fue discípulo de los barceloneses Enrique Granados y Felipe Pe-

drell y del francés Eduardo Risler. De origen mallorquín, se interesaría especialmente en sus estudios por temas de música popular y tradicional de las Baleares. En 1929 escribió *Dos suites de cançons y dances de la illa de Mallorca*, para orquesta, *L'estiu*, *Canço trista*, *Joc de nins*, todas ellas para coro, *Balada*, *Variaciones*, *Danzas mallorquinas*, compuestas para piano y también *Canto Espiritual* y *Balada de Luard el Mariner*. Además crearía y dirigiría la Orquesta de Cámara de Barcelona. Se exilió en México y se dedicó a la enseñanza y a la investigación llegando a ser director del Archivo del Folklore Mexicano. Sería nombrado, más tarde, responsable de la sección de Investigaciones Musicales del Instituto Nacional de Bellas Artes, manteniendo este cargo hasta su muerte, acaecida en 1966. Gracias al trabajo de investigación que Samper realizó en este instituto, fue posible reunir el material suficiente para la publicación de los dos primeros volúmenes de la *Investigación Folklórica de México*.

Un poco antes de que estallase la Guerra Civil, Simón Tapia Colman se hallaba en Marrakesh donde concluiría su sinfonía *Una noche en Marruecos*. Por esos años era ya un compositor afirmado, pues la Sociedad de Autores de España registraba 153 obras suyas, siendo también un apreciado maestro de violín que había estudiado con Ramón Borubia, Vicent D'Indy y con Paul Hindemith.

La Guerra Civil lo empujó a vivir durante un cierto período en los campos de concentración franceses, Saint Cyprien y Agdé, y desde allí partiría hacia su exilio en México. Durante el exilio incrementó su actividad como compositor e intérprete. Llegó a ser primer violinista de la Orquesta Sinfónica de México y, entre 1940 y 1942, realizó una serie de conciertos promovidos por la XEW; fue director de orquesta del Ballet Español de Ana María y, patrocinado por la Asociación Musical Daniel, interpretó importantes conciertos como el *Tingabato, ballet* de Miguel Bernal Jiménez, *El amor brujo* y *El sombrero de tres picos* de M. de Falla y *La madrugada del panadero* de Hälffter.

Escribió composiciones sinfónicas, para cámara y corales. En 1939 sus *Estampas de Iberia* fueron interpretadas con gran éxito por la Orquesta Sinfónica de México, dirigida por Abel Eisemberg y su *Suite de danzas*, compuesta para violín y orquesta, fue interpretada magistralmente por la Orqueta Sinfónica de la Universidad, bajo la dirección de Edmond Appia, contando con Higinio Rubalcaya

como primer violín. Entre sus obras del exilio señalamos también la sonata *Núcleos*, para violín solo, las *Secuencias nucleicas* para piano, el tríptico *Retratos* para guitarra y violín, la *Rapsodia aragonesa*, compuesta para coro de capilla, *Fantasía seri*, una serie de poemas corales compuestos a partir de unos versos de Rubén Darío y Margarita López Portillo, el ballet *Leyenda gitana*, etc. Pero será en el tema de sus *Núcleos* donde Tapia mostraría sus búsquedas experimentales más personales en torno a las nuevas fórmulas expresivas.

Su actividad en el campo musical no se limitó a la composición y a la interpretación. Tapia ha dejado huellas de su presencia en México también por su empeño en la fundación y organización de coros, como por ejemplo el de Huasteca Potosina, creado en 1941, el de las universidades La Salle e Iberoamericana de la Comisión Federal de Electricidad o el Coro de México, premiado en 1966. Asumió además los cargos de director del Conservatorio Nacional y de asesor del Consejo Nacional Técnico de la Educación y de Bellas Artes, así como de docente de acústica, organología e historia de la música en el Conservatorio y de colaborador en el Instituto Ruiz de Alarcón.

Se dedicó también a la redacción de libros didácticos sobre las técnicas del violín y solfeo y escribió un tratado muy interesante titulado *La Música en la historia del mundo hispánico*. En reconocimiento de su incansable actividad y de su gran contribución a la difusión de la cultura musical en México recibió, en 1960, el premio de la Unión Mexicana de Cronistas de Teatro y Música.

Otto Mayer Serra, de evidente origen alemán, había nacido en Barcelona y colaboró durante la Guerra Civil con el Comisariado de Propaganda de la Generalitat de Cataluña en la sección de música. De hecho, en 1937 escribía y publicaba el *Cancionero revolucionario internacional*. Tras un breve período en un campo de concentración francés, partió en 1939 hacia el exilio en México. Para los músicos españoles, el hecho de alcanzar un buen nivel de profesionalidad instrumental constituía —como ya hemos dicho— una meta de gran importancia; y Mayer Serra era, efectivamente, un pianista muy apreciado tanto en la patria como en el extranjero.

Manifestó un especial interés por la divulgación de la cultura musical y escribió varios libros y tratados entre los que destacan *Panorama de la música mexicana (desde la Independencia hasta la Actualidad)*

de 1941, que presentaba los resultados de sus investigaciones en el Colegio de México; *Música y músicos de Latinoamérica*, obra de corte enciclopédico en dos tomos, publicada en 1947 y *El estado presente de la música en México*, de 1960. En el exilio se interesaría por la música mexicana contemporánea escribiendo un libro, en 1940, sobre la obra y la producción de Silvestre Revueltas.

Como pianista colaboraría activamente, por un cierto período, con la Orquesta Sinfónica de Xalapa, dirigida por José Ives Limatur y en cuanto historiador y crítico musical publicaría diversos artículos en varias revistas tanto del propio sector, como *Nuestra música*, como en otras de género variado, como *Últimas noticias* y *Tiempo*. Participó en la fundación de dos revistas de temas musicales que eran más comerciales y se hallaban más vinculadas a la industria discográfica: *33 1/3* y *Audiomúsica*. Murió en México en 1968.

Entre los músicos españoles que se exiliaron en México hemos de recordar también a Narciso Costa Horts, discípulo de Vicent D'Indy, que fue profesor del Colegio Madrid, director del Orfeó Catalá y que compuso piezas para orquesta y coro; a los violinistas Manuel Allende, Balbino Cote y Jesús Dopico, este último director de la sección de música del Instituto Hispano-Mexicano Juan Ruiz de Alarcón y famoso por su elevado tecnicismo; a los pianistas Alejandro Vilalta, Rosa García Ascot, esposa de Bal y Gay, al violonchelista García Renart y a los compositores Lan Adomian y Conlon Narcarrow, que habían pertenecido a la Brigada Lincoln en las filas republicanas; y, finalmente, a la compositora Emiliana Zulbedía, que trabajó en México como directora de coro en la Universidad de Sonora de Hermosillo y que escribió *Once tientos*, obras para piano que compuso siguiendo el método Novaro, y *La gitanilla*, pieza para piano y voz.

El fenómeno de la emigración de músicos a Argentina se remonta a las primeras décadas de siglo, período en el que muchos italianos y alemanes, especialmente, aunque también muchos europeos de distintas nacionalidades, se transfirieron a aquella tierra convirtiéndose en los promotores del desarrollo y de la difusión de la cultura musical. Los músicos españoles que eligieron Argentina como lugar de exilio se sintieron cautivados seguramente por el mismo encanto de su mundo musical que empujó a Arthur Rubistein a definir a Buenos Aires como la ciudad de la música o «conservato-

riópolis». En aquellos años, la Institución Cultural Española en Argentina, en colaboración con el teatro Colón, se había empeñado en una gran tarea de promoción y difusión de la cultura musical.

> La sociedad argentina —dada su particular idiosincrasia por su origen emigrante— tardó poco en considerar como propias a estas gentes y al cabo de los años, [...] formaban parte de las representaciones locales en festivales internacionales y sus obras eran estrenadas como parte de la producción argentina contemporánea [4].

Se trataba de una sociedad, pues, abierta, dispuesta a acoger con especial benevolencia la emigración europea y en la que la presencia de una burguesía acomodada y deseosa de contactos culturales con el viejo continente hacía todo lo posible para que las obras y las representaciones teatrales que se estrenaban en Europa llegasen lo más pronto posible a los teatros argentinos.

Como ya se ha señalado, el mundo musical español de los tiempos de la Guerra Civil vivía un período de auge debido al trabajo que había realizado en el país el compositor y estudioso Felipe Pedrell y al éxito que las músicas de Albéniz, Granados y Tárrega habían obtenido en el extranjero. La figura, la personalidad y la producción artística de Manuel de Falla desempeñaron un papel fundamental garantizando la renovación radical y una definitiva afirmación de la música española. De hecho, Falla dotaría a la estética nacionalista de nuevos tintes experimentales que le permitirían alcanzar un nivel comparable al europeo.

Manuel de Falla supo adaptar la música española y aproximar sus caracteres más típicos a un lenguaje más internacional. Nació en 1876 en Cádiz y en 1989 se trasladó a Madrid donde entró en contacto con los gustos y los fermentos culturales y artísticos de la capital. Se aproximó, como muchos otros músicos, al género de las zarzuelas y en 1905 escribió su primera obra en dos actos, *La vida breve.* Vivió por un tiempo en París, donde conoció y frecuentó la amistad de Debussy, Ravel y Dukas con lo que su sensibilidad, esencialmente folklórica, asumiría un carácter impresionista. En estos años escribiría, por ejemplo, la sinfonía para piano y orquesta titulada *Noches*

[4] Jorge de Persia: «En torno a Manuel de Falla: músicos españoles en Argentina», en Nicolás Sánchez Albornoz (coord.): *op. cit.*, pág. 82.

en los jardines de España (1909-1915), *El amor brujo* (1915), *El sombrero de tres picos* (1919) y *El corregidor y la molinera* (1916). Compuso también otras piezas de carácter experimental siguiendo las nuevas tendencias artísticas españolas de las primeras décadas de siglo, que oscilaban entre el purismo y la vanguardia. Recordamos *El retablo de Maese Pedro* de 1923 y el *Concerto per clavicembalo e 5 strumenti*, que escribió en 1926.

Falla pertenece, por tanto, al restringido círculo de los precursores de la música moderna pues alcanzó resultados de muy alto nivel, sobre todo en sus ballets, en cuanto a la expresión y al timbre.

En septiembre de 1939, cuando había terminado la Guerra Civil, se embarcó en el *Neptunia* con rumbo a su exilio en Argentina.

> ... pero ello no significaba sin más una huida, un alejamiento ante tal o cual situación política, sino algo más complejo: un alejamiento, un exilio sí, un rechazo, pero fundamentalmente de la violencia que manifestaba aquella sociedad [5].

Y eligió la tierra argentina porque

> gozaba de los beneficios de la paz en un mundo de incógnitas apocalípticas [6].

Por aquella época estaba trabajando en un oratorio ambicioso y original, titulado *Atlántida*, que continuaría en el exilio aun cuando no lo podría terminar; Ernesto Hälffter, hermano de Rodolfo, se ocuparía de concluirlo tras la muerte de Falla en 1946. Antes de partir, Falla estaba trabajando además en la *suite Homenajes*, que sería interpretada en el teatro Colón de Buenos Aires. A causa de una grave enfermedad pulmonar, se vio obligado a vivir durante el exilio en Alta Gracia, cerca de Córdoba, lo que significaba estar lejos de Buenos Aires. Actualmente, su casa se ha convertido en un museo en el que se conservan sus obras. Todos los músicos españoles que se exiliaron en Argentina mantuvieron una estrecha relación con Falla, aun cuando viviese lejos de la capital, pues se distinguía además por su carácter particularmente generoso y altruista. El pianista es-

[5] Jorge de Persia: ibíd., pág. 76.
[6] Jorge de Persia: ibíd., pág. 79.

pañol Rafael González, que había llegado a Argentina en 1904 siendo todavía muy joven y que había conocido a Falla en España, se convirtió en su discípulo y en muchas ocasiones sería elegido por el gran maestro como solista de piano para la interpretación de sus obras en el teatro Colón.

Jaime Pahissa era un compositor muy famoso y estimado en Cataluña antes del inicio de la Guerra Civil y, por tanto, ya antes de su consiguiente exilio en Buenos Aires en 1937. Había nacido en 1880 y estudiado con Enrique Morena, discípulo a su vez de Albéniz y de Pedrell. En 1906 compuso su primera obra, titulada *La presó de Lleida*, que recogía una serie de temas y motivos de la canción popular catalana y del romance. Su representación en el Teatro Principal de Barcelona tuvo un gran éxito. Entre 1903 y 1907 trabajó en *Gala Placidia*, cuyo libreto era de Ángel Guimerá y que fue representada en el Teatro Liceo de Barcelona en 1913. En 1919 sería representada, en el mismo teatro, *La Morisca*, cuyo libreto era de Eduardo Marquina; en 1923 compuso *Marianela*, inspirada en la novela de Pérez Galdós, la única obra de Pehissa que sería representada en el exilio, en 1946, en el teatro Colón de Buenos Aires.

En el Liceo de Barcelona se representaría también *La Princesa Margarita*, pieza en la que el autor ampliaba y perfeccionaba los temas de *La presó de Lleida*. Entre las composiciones de Pahissa se hallan piezas también para piano, para coro y música de cámara. Por otra parte, destacarían sus estudios de música experimental sobre la disonancia, como en *Nit de somnis*, de 1918, que serían definidos por el propio autor como investigaciones sobre el Sistema Intertonal que consistían en un trabajo que combinaba las disonancias puras, como las segundas, cuartas y séptimas, tocadas por separado para cambiar continuamente la orientación del tono. *El camí* y *Suite Intertonal* son otras de sus obras experimentales que revisten un interés especial.

En el exilio dirigió importantes conciertos en el teatro Colón, para la Radio El Mundo y en el Teatro Municipal. Escribió también un *Cancionero coral español* en el que repasa la tradición española de los cancioneros y de los villancicos.

Se dedicó además a los estudios de la historia y de la teoría de la música escribiendo algunos libros como *Los grandes problemas de la música, Espíritu y cuerpo de la música, Naturaleza de la música y de la*

creación musical, la biografía de Manuel de Falla y la traducción de *La Música en España*, obra de Gilbert Chase. Enseñaría armonía y técnicas de composición, instrumentación y orquestación. Murió en 1969.

Julián Bautista es otro músico y compositor español que se exilió en Argentina. Había nacido en 1901 y en seguida fue famoso en España; enseñaba armonía en el Conservatorio de música de Madrid, su ciudad natal, y era un activo colaborador de la revista *Música* de Barcelona. Cuando estalló la Guerra Civil se transfirió a Bélgica, en primer lugar y más tarde, en 1940, se estableció en Argentina.

> lo verdaderamente dramático en el caso de Julián Bautista fu el hecho fatal de que, durante un bombardeo sobre Madrid había sido destruida la casa en que habitaba y con ella gran parte de sus partituras manuscritas inéditas desaparecieron para siempre [7].

Su producción fue muy abundante durante la década que precedió a la Guerra Civil; entre sus numerosas obras destacamos: el drama lírico titulado *Interior*, escrito en 1920, seis composiciones para piano que se titulaban *Colores*, de 1922 y la *Sonata-Trío* para violonchelo, compuesta en 1925. Le sería reconocida su actividad en muchas ocasiones y recibió muchos premios, como el que logró por una composición para un cuarteto de cuerda en 1923 o el que obtuvo en 1926 por un cuarteto de arco. Escribió una pieza muy interesante para orquesta de cámara en 1928, titulada *Preludio para un tibor japonés*, de gusto orientalizante y, en 1932, venció el primer premio del concurso internacional patrocinado por la Unión Radio con una obra para orquesta titulada *Obertura para una ópera grotesca.*

En Buenos Aires se dedicó a la enseñanza, fundamentalmente de forma privada, y a la composición. Sobresalen sus colaboraciones con la industria cinematográfica: con su amigo y colega Juan José Castro escribió la banda sonora de *Donde mueren las palabras*, una película musical pionera en su género. Escribiría un total de cuarenta bandas sonoras, entre las que destaca la que compuso para la película titulada *Inspiración.*

Obtuvo un importante premio internacional ofrecido por la Ricordi Americana y por la Asociación de Conciertos de Cámara; las

[7] Eduardo Grau: «Tres músicos españoles en la Argentina», *op. cit.*, pág. 118.

obras que presentó en el concurso obtuvieron un gran éxito tanto entre el público como entre la crítica. El concurso internacional estaba organizado, como hemos dicho, por la Ricordi con ocasión del 150 aniversario de la fundación de esta casa discográfica de Milán y consistió en 50.000 pesos y en la edición de una obra, que sería interpretada por la Orquesta Sinfónica Nacional dirigida por su amigo, Juan José Castro.

Entre las numerosas y apreciadas obras que compuso en el exilio recordamos el interesante *Romance del Rey Rodrigo* de 1956, una composición para coro de capilla utilizando el texto de un romance español, dividido en seis partes.

En aquellos años surgieron en Argentina importantes instituciones musicales, editoriales y tiendas especializadas, como por ejemplo la Ricordi Americana o la Iriberri.

Pero, en general, «las instituciones oficiales locales difícilmente podían absorber de manera estable una oferta tan calificada —salvo en caso del teatro Colón— y por otro lado mentalidades gobernantes no hicieron grandes esfuerzos para apoyar e integrar a estos importantes emigrados» [8].

La importante aportación de los músicos españoles al mundo de la cultura musical argentina concernía indudablemente al ámbito de la enseñanza especializada; de hecho todos estos músicos españoles, que se habían especializado profesionalmente —como ya hemos dicho— en un específico campo musical, enseñaron la propia especialidad.

Entre otros exiliados españoles vinculados al mundo de la música que se establecieron en Argentina recordamos también a la soprano María Barrientos, de origen catalán, que se dedicó en sus años de exilio a la enseñanza en el teatro Colón de Buenos Aires y en la Escuela de Canto y Arte Escénico y que murió en París en 1946. De origen catalán era también la prestigiosa pianista Ernestina Corma de Kussrow.

Además de los prestigiosos músicos mencionados, que se establecieron en México y en Argentina tras 1936, hemos de recordar los que —siendo igualmente famosos y apreciados— eligieron esta-

[8] Jorge de Persia: «En torno a Manuel de Falla: músicos españoles en Argentina», en Nicolás Sánchez Albornoz (coord.): *op. cit.*, pág. 84.

blecerse en otros países del continente americano. Vicente Salas Viú (Madrid 1911-Santiago 1967) que era escritor y crítico musical, vivió sus últimos años en Chile con otro gran músico, Enrique Iniesta. Enrique Casal Chapí se estableció en la República Dominicana; Pablo Casals, exponente de relieve de la corriente musical autónoma catalana, se exilió en Puerto Rico, aunque mantuvo contactos —incluso de carácter profesional— con México, país que visitaría en diversas ocasiones, en 1919, 1956 y en 1960, año en el que dio un concierto-homenaje a la nación mexicana, en Acapulco, titulado *El pesebre*. Finalmente, Gustavo Durán y Gustavo Pittaluga (que pertenecía al Grupo de los Ocho) vivieron a partir de 1936 en Estados Unidos.

Tras haber concluido sus estudios de violín en el conservatorio, Julián Osca Montalvá trabajaría durante algunos años en distintas orquestas. Cuando estalló la Guerra Civil, tocaba como aspirante en la Orquesta Sinfónica de Valencia. Huiría con su mujer a Francia y después de una azarosa estancia en este país, ya que incluso tuvo que hacerse internar en el instituto psiquiátrico de Saint Loup para eludir el reclutamiento forzado, se embarcó en 1946 en el *Colombia*, junto a su mujer y sus dos hijos pequeños, con rumbo a Venezuela. Una vez en Caracas, vivió durante algunos meses en una pobreza extrema pero afortunadamente, a través de la acogida y el interés demostrados por algunos músicos locales, encontró trabajo tocando de forma esporádica en algunas orquestas; más tarde, un año después de su llegada, comenzaría a trabajar de forma constante en la recién fundada Orquesta Sinfónica Venezuela, una institución muy esperada en el país que había nacido gracias a la dedicación y al empeño del maestro Vicente Emilio Sojo, que fue uno de los primeros en interesarse y en ayudar a Osca Montalvá cuando llegó de Europa. Se llamó a un maestro de los Estados Unidos, el profesor Thomas Mayer, para que dirigiese la Orquesta. Esta daría conciertos y obtendría un gran éxito en muchos países de América del Sur, como en Perú, Bolivia y Puerto Rico.

ÍNDICE ONOMÁSTICO

Abad de Santillán, Diego, 117
Abellán, José Luis, 24-26, 546
Abril, Marta, 325
Acín, Ramón, 712
Adamov, Arthur, 420
Adler, Alfred, 586
Adomian, Lan, 750
Adorno, Theodor W., 444
Aguilar, Juan, 667
Aguirre, José Antonio de, 210-212, 249
Aguirre Cerda, Pedro, 74, 687
Agustín, san, 442
Aínsa, Fernando, 359, 360, 688
Airó, Clemente, 354, 355, 477
Alazraki, Benito, 722, 727
Alba (duque), 139, 240, 244, 246
Albajar, Amparo, 497
Albar, 236
Albau, Michel, 469
Albee, Edward, 420
Albéniz, Isaac, 742, 751, 753
Alberti, Aitana, 381, 432
Alberti, Rafael, 116, 342, 343, 364, 380-383, 397, 399, 400, 407-411, 429-432, 436, 456, 458, 462, 472, 474, 475, 480, 483, 496, 497
Albornoz, Álvaro de, 55, 154, 172, 189, 209, 222, 236, 247, 260, 289, 290, 300, 301, 355, 480
Albornoz, Aurora de, 494
Alcalá Zamora, Niceto, 57, 205, 306, 533
Alcalá Zamora y Castillo, Niceto, 123, 205
Alcaraz, Lorenzo, 645, 658
Alcibíades, 576
Alcón, Francisco, 197
Alcoriza, Luis, 708, 714, 715, 718, 720, 722-725
Aleixandre, Vicente, 483, 608
Alejandro, Julio, 718, 721
Alemán, Miguel, 302
Alessandri, Arturo, 687
Alfonso XIII, rey de España, 92
Allen, Jay, 451
Allende, Manuel, 750
Almela, Juan, 395
Almendros, Herminio, 691
Alonso, Amado, 448, 485
Alonso, Dámaso, 461
Alonso Ríos, Antonio, 497
Altamira, Rafael, 235, 527
Altolaguirre, Manuel, 378, 384, 397, 402, 424, 432-434, 472, 479, 482-484, 691, 716, 734
Altolaguirre, Paloma Ulacia, 432, 482
Álvarez, Federico, 339, 451, 459, 470
Álvarez, Francisco, 549
Álvarez de Miranda, 310
Álvarez del Vayo, Julio, 40, 43, 44, 169-171, 250
Álvarez Piña, 183
Álvarez Quintero (hermanos), 398, 733, 734
Álvarez Ugena, Manuel, 659
Amenafis IV, faraón de Egipto, 339
Amezaga, Vicente, 206, 215
Amichatis, Josep Amich i Bert, llamado, 736
Amor Ruibal, Ángel, 540

Amorós, Andrés, 344
Andreu, 236, 265
Andújar, Manuel, 348, 351-354, 424, 425, 445, 457, 458, 464, 640
Antúnez, Diodoro, 651
Añon, José, 480
Aparicio, Antonio, 391, 424, 687
Aparicio, Arturo, 477
Appia, Edmond, 748
Arana, José Ramón, *véase* Ruiz Borau, Ramón
Arana, Sabino, 502
Aranda (general), 144, 160, 298
Aranda, J. F., 707
Aranguren, José Luis López, 26, 310, 345, 548, 549
Araquistáin, Luis, 173, 228, 236, 237, 303
Arauz, Álvaro, 459
Arauz, Eugenio, 290, 301, 302
Ardiaca, Pedro, 184
Aristóteles, 618, 622
Arniches, Carlos, 399, 400, 704, 715, 734-736
Arozamena, Rafael, 701
Arreguín *junior,* Enrique, 650
Arreola, Juan José, 463
Artís, Avelí, 507
Artís i Gener, Avelí, 507, 508, 513
Ascunce, Ángel, 623, 624, 627
Asensio Torado, 301, 303
Asín Palacios, Miguel, 527
Aspiazu, José Ramón, 700
Atholl (duquesa), 80
Attlee, Clement Richard, 229, 253
Aub, Max, 171, 324, 335-339, 341, 342, 397, 399, 411-416, 420, 445, 459, 460, 462, 463, 465, 467, 482, 497
Auñón, Tomás, 703
Austria, Juan de, 585
Austrias (dinastía), 541
Ávila Camacho, Manuel, 73, 99, 100, 106, 110, 258
Ayala, Francisco, 25, 320, 335, 343-347, 436, 445, 472-475, 478, 479, 484, 523, 547, 550, 637, 638
Azaña, Manuel, 36, 50, 85, 88, 123, 145, 146, 148, 163, 222, 236, 242, 256, 321, 529
Azcárate, Justino de, 681-683, 688
Azcárraga, Luis, 243
Aznar Soler, 343
Azorín, Francisco, 702

Bacarisse, Salvador, 741, 742, 744
Bach, J. Sebastian, 744
Badoglio, Pietro, 238
Baeza, Ricardo, 472
Bagó, José María, 669
Bagó, Sebastián, 670
Bahamonde, José Lino, 703
Bal y Gay, Jesús, 54, 463, 743, 744, 746, 750
Balanzat, Manuel, 673, 676
Balbotín, José Antonio, 303
Balcells, Josep Maria, 506
Ballesteros, Antonio, 461
Balmes, Jaime, 539, 613
Balmes, José, 477
Baltar, Antonio, 497, 668
Baños, Ricardo, 736
Baquero, Gastón, 691
Baraibar, Carlos, 117
Barbachano Ponce, Manuel, 727, 728, 738
Barcia, Augusto, 106, 260, 265, 289
Bardem, Juan Antonio, 719, 728, 729,738
Barral, Carlos, 481
Barreda, Octavio, 451
Barrientos, María, 755
Barrio Luque, Moisés, 459
Barry, Iris, 713
Bartra, Agustí, 444, 505, 507, 508, 511-513
Bassols, Narciso, 68, 115
Bastos Ansart, Manuel, 666, 668
Batista, Fulgencio, 133, 135, 184, 265, 690
Baudelaire, Charles, 501, 738
Baudizzone, Luis, 491
Bautista, Julián, 741, 742, 754
Bayo Giraud, Alberto, 186
Baz, Gustavo, 578
Beaumont, Etienne, 711
Beckett, Samuel, 420
Beigdeber, Juan, 160
Bejarano, Julio, 652

Bellido, Jesús María, 684
Benavente, Jacinto, 336, 398, 410, 417, 732
Benavente, Juan, 669
Benavet, Emilio, 549
Benavides, Manuel, 356
Benavides, Miguel, 148
Benda, Julien, 475
Benedetti, Mario, 481
Benguerel, Xavier, 506, 507, 514
Benítez, Fernando, 464
Benítez, Jaime, 478
Benito, José de, 235
Benlliure, Lluis, 699
Benlliure, Mariano José Luis, 702
Benoit, Pierre, 733
Bergamín, José, 54, 89, 339, 401-407, 436, 439, 440, 451, 452, 455, 462, 472, 480, 482, 623, 627, 688, 720, 745
Bergamín, Rafael, 703
Bergos Ribalta, Francisco, 689
Bergson, Henri, 568, 584, 616, 618
Beria, 178
Bernal Jiménez, Miguel, 748
Bernés Salinas, Domingo, 531, 533
Bertrán de Quintana, 703
Besteiro, Julián, 545, 610
Betanzos Palacios, Odón, 359, 485
Bethancourt, Rómulo, 261
Bevin, Ernest, 142, 275, 290-293
Bidault, Georges, 275-277
Bilbao, Tomás, 702
Birkhoff, 646, 657
Blanch, Emilio, 703
Blanco, Andrés Eloy, 481
Blanco Aguinaga, Carlos, 357, 361, 466
Blanco Amor, Eduardo, 472, 492
Blanco, Julio, 635
Blaschke, W., 678
Blasco Ibáñez, Libertad, 709
Blasco Ibáñez, Vicente, 709
Bohr, José, 729
Bolívar (familia), 60
Bolívar, Cándido, 55, 235, 645, 646, 656, 710, 726
Bolívar, Francisco, 656
Bolívar, Ignacio, 54, 60, 234, 634, 635, 646, 656, 665, 686
Bolívar, José Ignacio, 656
Bolívar, Simón, 321, 588
Bonet, Antonio, 703
Borbón, infante de España, Alfonso de, 143
Borbón, María Pía de, 137
Borbones (dinastía), 137
Borubia, Ramón, 748
Bosch Gimpera, Pedro, 54, 212, 235, 236, 636, 665, 686
Bosel, 622
Bosques, Gilberto, 68, 73
Botella, Ovidio, 701
Botella Pastor, Virgilio, 347
Brachp, Julio, 733
Braumberger, Pierre, 712
Breteuil (marqués), 732
Bréton, André, 711
Bris, Julio, 729
Brito Foucher, Rodolfo, 576
Brönte, Emily, 717
Bru, Roser, 477
Bruhat, 660
Buchs, José, 737
Buen, Demófilo de, 235
Buen, Fernando de, 647, 652
Buen, Rafael de, 459
Bullejos, José, 202
Buller, Hugo, 739
Buñuel, Juan Luis, 712, 739
Buñuel, Luis, 24, 339, 417, 435, 706, 708-723, 726, 728, 731, 738, 734, 735, 747
Burgos, Inocencio, 466-469
Burian, 665
Buxó, José Pascual, 395, 469
Byrnes, 255

Cabanillas, Ramón, 489, 490
Cabo Giorla, José, 170
Cabrera, Blas, 54, 527, 645, 646, 654
Cabrera, Luis, 53
Cabrera, Manuel, 592
Cabruja, Agustí, 506
Cadenas, Miguel, 668
Cairns, Hugh, 663
Calandre, Luis, 635
Calder, Alexander, 712
Calderón de la Barca, Pedro, 709
Calders, Pere, 506-508, 514
Callado, Manuel, 417

Calsamiglia, Josep Maria, 554
Calvo, Julián, 461
Camacho, Francisco, 736, 737
Camprubí, Zenobia, 364, 478
Camps, José María, 423
Canals Navarrete, Ignacio, 659
Candela, Félix, 699-701
Cantinflas, Mario Moreno, llamado, 731
Capdevila, Juan, 703
Capilla, Carlos, 734
Carabia Hevia, Pedro, 547
Carbonel, Vicente, 659
Cárdenas, Lázaro, 41, 47-49, 53, 55, 68, 70, 90, 93, 94, 97-99, 113-115, 135, 146, 166, 572, 577, 581, 641, 643-645, 652, 707, 708, 742
Cardiel Reyes, Raúl, 576, 591, 592, 603
Cardoza y Aragón, Luis, 456
Caridad, Juan, 702
Carlos, infante de España, 351
Carlos I, emperador de España y V de Alemania, 639
Carmona Blanco, José, 480
Carner, Josep, 54, 452, 460, 507
Carnés, Luisa, 461
Carrasco, Pedro, 54, 645, 654, 655
Carrasco Formiguera, Rosendo, 54
Carrasco Garrorena, 635
Carrera, Blas, 634
Carrera y Artau, Tomás, 551, 554
Carretero, José María, 730
Carrero Blanco, Luis, 138, 142, 188, 245, 252, 255, 261, 263, 285
Carretero Zamora, Anselmo, 205
Carrière, Jean-Claude, 435, 721
Carril, Hugo del, 729
Carrillo, Santiago, 174, 181, 189, 190, 193, 278, 311
Carrillo, Wenceslao, 221
Carrión, Vicente, 659
Carter, Boyd G., 484
Carvajal (marqués), 141
Casado, Segismundo, 86, 88, 165, 237
Casal Chapí, Enrique, 756
Casalduero, Joaquín, 478
Casals, Pablo, 81, 211, 306, 756
Casanovas, Domingo, 554, 599
Casares, María, 409, 445
Casares Quiroga, Santiago, 702
Caso, Antonio, 579, 584, 586, 587, 590, 639, 640
Casona, Alejandro, 398-400, 407, 417-419
Castelao, Alfonso, 212, 668
Castelar, Emilio, 540
Castellví, José María, 732
Castillejo, José, 527, 529-531
Castillo Nájera, Francisco, 251
Castillou, Henri, 719
Castro, Américo, 24, 25, 51, 56, 312, 462, 472, 478, 527, 533, 571
Castro, Fidel, 186, 305
Castro, Juan José, 754
Castro, Julio, 669
Castro, Rosalía de, 491
Castro Bonell, Honorato, 54
Castro Delgado, Enrique, 179
Castro Leal, Antonio, 482
Castrovido, Roberto, 55
Catini, 713
Caudet, Francisco, 391
Cavero, 310
Cavia González, Pedro, 185
Celaya, Gabriel, 536
Celaya Kolker, Marielena, 333, 340
Cernuda, Luis, 361, 365, 370, 385-387, 439, 454, 478, 480
Cervantes de Salazar, Francisco de, 603
Cervantes Saavedra, Miguel de, 402, 462, 715
Cézanne, Paul, 700
Chabás y Martí, Juan, 186, 339, 390, 691
Chacel, Rosa, 320, 326-328, 440, 442, 443, 472
Champourcín, Ernestina, 387, 456, 464
Chano Urueta, 732, 733
Charry Lara, Fernando, 477
Chase, Allan, 133
Chase, Gilbert, 754
Chávez, Carlos, 743-745
Chávez, Ignacio, 640, 647, 649
Churchill, Winston, 229, 238, 240, 244, 246, 253-255, 287
Cimorra, Clemente, 356
Clariana, Bernardo, 391, 473
Claudín, Fernando, 181, 629
Climent, Juan B., 463
Cohen, Hermann, 542

Coll, Oscar, 702
Colomer, Eugenio, 545
Colomer, Eusebio, 551
Colón, Cristóbal, 321, 514
Companys, Lluis, 146, 207, 208, 336
Córdoba, Gonzalo Fernández de, 585
Córdoba, Luis, 670
Corma de Kussrow, Ernestina, 755
Corpus Barga, 323, 437, 480
Cortada, Javier, 669
Cortázar, Julio, 475
Cortés, Fernando, 722
Cortés, Hernán, 321, 335, 585
Cossío, Manuel B., 554
Cosío Villegas, Daniel, 41, 51-53, 447, 451, 581, 640-642, 655
Costa Amic, B., 481
Costa Horts, Narciso, 750
Costero, Isaac, 54, 643, 647, 648
Cote, Balbino, 750
Crémer, Victoriano, 460
Cruz, sor Juana Inés de la, 603, 745
Cruz Vélez, Daniel, 477
Cuadrado, Arturo, 472-474, 491, 497
Cuatrecasas, Juan, 664, 693
Culberston, 294
Custodio, Álvaro, 400, 424, 461, 476, 691

Dalí, Salvador, 24, 710
Dancigers, Oscar, 713, 714, 717
Danielopolu, 665
Darío, Rubén, 479, 542, 749
Davison, Tito, 722
Debussy, Claude, 751
Dechepare, Bernart, 502
Defoe, Daniel, 716
Delgado (general), 305
Delgado, Miguel M., 722, 736
Delgado Gurriarán, Florencio, 489, 490, 497
Delicado, Francisco, 411
Deltoro, Antonio, 476
Déniz, Gerardo, *véase* Almela, Juan
Denjoy, 674
Dennis, Nigel, 402
Detrell, Francisco, 702
Díaz, José, 179
Díaz, Porfirio, 718
Díaz Artigas, Josefina, 417
Díaz Conde, Antonio, 743
Díaz Morales, José, 729
Díaz Trigo, Alfonso, 667
Dicenta, Joaquín, 734
Dídimo Balsaín, Tomás, 352
Diego, Gerardo, 387
Dieste, Eduardo, 480
Dieste, Rafael, 54, 319, 424, 436, 472, 473, 480, 491, 493
Díez Canedo, Enrique, 54, 362, 415, 455, 463, 464, 483, 573, 577
Dilthey, Wilhelm, 592, 594
Domenchina, Juan José, 54, 376-378, 456
Domènec Guansé, 506
Doménech, Ricardo, 326, 398, 399, 405, 413
Domínguez, Martín, 703
Domínguez Rodiño, Enrique, 726
Donghi Halperin, R., 473
Doniol-Valcroze, Jacques, 739
Donoso Cortés, Juan, 539
Dopico, Jesús, 743, 750
Dos Passos, John, 336
Dreyer, Carl Theodor, 736
Duarte, F. J., 685
Dukas, Paul, 751
Durán, Gustavo, 756
Durán, J. A., 491
Durán, Manuel, 318, 357, 392, 464-469
Durruti, Buenaventura, 336

Echevarría, Enrique, 466, 467
Echeverría Baños, Salvador, 303
Eco, Umberto, 481
Eden, Robert Anthony, 229, 255
Eisemberg, Abel, 748
Eisenhower, Dwight D., 211
Einstein, Albert, 619
Eizaguirre, José, 502
Elba, Marta, 707
Elías, Francisco, 732
Elio, María Luisa, 739
Eliot, T. S., 385
Encina, Juan de la, 577
Enciso, María, 391, 691
Enrique II de Trastámara, rey de Castilla, 345

Epstein, Jean, 710
Ertze Garamendi, Ramón, 64
Escolar, Hipólito, 533
Esgleas, Germinal, 195, 196
Espinasa, Juan, 469
Esplá, Carlos, 126, 222, 224, 225, 236, 260, 265
Esplá, Óscar, 741
Espronceda, José de, 327
Esteban, Marco, 703
Esteban de Mora, Santiago, 703
Estrada, Genaro, 51, 428
Eurípides, 405

Fabela, Isidro, 53, 90
Fábregas, Francisco, 704
Fagen, Patricia W., 457, 470
Falla, Manuel de, 542, 710, 742, 747, 748, 751-754
Farnesio, Alejandro, 585
Fauce, Ignacio, 702
Feijoo, Benito Jerónimo, 491
Felipe, León, 54, 342, 361, 362, 365-368, 370, 372, 385, 392, 424, 452, 456, 458, 459, 462, 472, 573, 579, 643
Felipe II, rey de España, 351
Fernández, Emilio, 727, 743
Fernández, Justino, 592, 593
Fernández Balbuena, Roberto, 701
Fernández Clérigo, 259
Fernández Gómez, Jesús, 659
Fernández González, Manuel, 730
Fernández Granell, Eugenio, 476
Fernández Guardiola, Augusto, 648, 654
Fernández Luna, Juan, 582
Fernández Zúñiga, Guillermo, 728
Ferrater Mora, José, 25, 313, 472, 477, 478, 484, 522, 523, 548, 551, 554, 566-570, 577, 580, 589, 599, 619, 687
Feval, Paul, 731
Figueroa, Gabriel, 714, 718
Figueroa Aymerich, Ángela, 460
Finocchietto, Enrique, 665
Flaherty, 726
Fleitas Rouco, 197
Foster, Norman, 722
Fourier, Charles, 678
Foxá, Agustín de, 252
Fraga, Jorge, 739
Fraile, Rafael, 652
Franco, Francisco, 24, 26, 29, 32, 35, 44, 57, 69, 85, 92, 105, 106, 115, 116, 118, 121, 123, 126, 128-130, 132-135, 137-145, 148-152, 154-158, 160, 165, 166, 171, 175-177, 182, 187-191, 193, 199, 200, 205, 207, 210, 211, 213, 215-219, 221-225, 228-230, 232-234, 237-240, 242-244, 246-257, 261-283, 285, 287, 290-295, 299, 303, 307-310, 330, 399, 411, 413, 489, 511, 524, 528, 561, 567, 572, 582, 661, 687, 726, 730
Frank, Ana, 375
Frank, Waldo, 450
Frechet, 674
Freud, Sigmund, 670
Frost, Elsa Cecilia, 603
Fuente, Pablo de la, 477, 687
Fuentes, Carlos, 512, 728

Gaitán, Jorge, 477
Galbe, José Luis, 184, 230
Galeano, Eduardo, 481
Galíndez, Jesús, 183, 211, 212
Galindo, Alejandro, 731
Galindo, Blas, 463, 743, 744
Gallegos, Rómulo, 455
Gallegos Rocafull, José María, 64, 451, 596, 598, 603, 627
Gallostra y Coello de Portugal, José, 197
Gamboa, Fernando, 68, 69, 727
Gamio, Manuel, 639
Gándara, Carmen, 475
Gaos, Ángel, 459
Gaos, José, 22, 464, 519, 521-523, 525, 533, 546-548, 550, 553, 558-563, 566, 572-578, 580-582, 590-594, 596-599, 602, 610-614, 620, 629, 641
Garagorri, Paulino, 549
Garasa, Ángel, 736
Gárate, Justo, 666
Garcés, José, *véase* Sender, Ramón
García, Cristino, 263, 277
García, Germán, 54
García, Hamlet, 325
García Ascot, José Miguel, 393, 466, 467, 708, 727, 738

García Ascot, Rosa, 742-744, 746, 750
García Bacca, Juan David, 63, 451, 461, 519, 521-523, 555, 564,
573, 576, 577, 598, 599, 604, 619, 620, 622, 623
García Banús, 686
García Calvo, Agustín, 310
García de la Barga, Andrés, 323
García de la Concha, Víctor, 377
García Escudero, J. M., 527
García y García, Germán, 652
García Lorca, Federico, 339, 381, 399, 400, 409, 410, 418, 434, 436, 448, 451, 453, 482, 493, 496, 497, 535-537, 542, 608, 710, 711, 713, 726, 734
García Márquez, Gabriel, 724, 725, 728
García Morente, Manuel, 527, 546, 547, 550, 553, 565, 587, 590, 595, 609
García Narezo, Gabriel, 459
García Oliver, Juan, 197
García Renart, 750
García Riera, Emilio, 470, 739
García Salgado, Andrés, 115, 178
García Téllez, 70
Garcitoral, 312
Garfias, Pedro, 361, 372, 450, 456, 461
Garma, Ángel, 670
Garritz, Andoni, 657
Gaspard-Huit, Pierre, 739
Gassol, Ventura, 507
Gaudí, Antoni, 700
Gaule, Charles de, 266, 268, 275, 276
Gautier, Teófilo, 730
Gavaldón, Roberto, 709, 728, 729
Gay, Fernando, 702
Gaya, Ramón, 390, 406, 450, 454, 467, 473, 480
Gayoso Frías, Alfonso, 497
Gemelli, 624
Ghiano, Juan Carlos, 426
Gide, André, 475
Gil, Francisco, 743
Gil-Albert, Juan, 387, 388, 437-439, 452, 454, 473, 474
Gil y Carrasco, Enrique, 491
Gil Robles, José María, 139, 141-144, 152, 173, 189, 227, 291, 295, 308-310
Giménez Caballero, Ernesto, 710
Giménez Siles, Rafael, 464
Gimeno, Arsenio, 169
Giner de los Ríos, Bernardo, 462, 702
Giner de los Ríos, Francisco, 390, 454, 463, 464, 483, 530, 539, 553, 554
Giral, Francisco, 54, 235, 463, 641, 656
Giral, José, 55, 142, 148 153-155, 160, 164-166, 170, 172, 189-191, 198, 199, 208, 209, 222, 234, 235, 248, 251, 257, 259, 261, 262, 264, 265, 267-271, 273-275, 277, 278, 281, 283, 288, 289, 655, 702
Gironella, Alberto, 468, 469
Goitia, 201
Gómez, Trifón, 170, 260, 289
Gómez de la Serna, Ramón, 52, 319, 321-323, 436, 473, 475, 527, 608, 710
Gómez Mena, María Luisa, 483
Gómez Muriel, Emilio, 722, 734
Gómez Robledo, Antonio, 593
Góngora y Argote, Luis de, 369
González, Ceferino, 539
González, Juliana, 598, 619
González, Mario O., 692
González, Rafael, 753
González, Rogelio, 722
González Aramburu, Francisco, 466, 467
González Carbalho, José, 475
González Guzmán, Ignacio, 647
González Iroz, José Luis, 468
González Lobo, 345
González Martínez, 456
González Molina, 127
González Peña, Carlos, 167, 169, 170
González Reyna, Jorge, 701
González Ureba, José, 147
Gordón Ordás, Félix, 127, 148, 154, 156, 157, 173, 210, 222, 223, 236, 247, 265, 269, 299-305
Goya, Francisco de, 411
Goytisolo, Juan, 481
Gracia, J. E., 586-588
Graciano, Antonio, 736
Granados, Enrique, 742, 747, 751
Granell, Antonio, 141
Granell, Eugenio F., 356
Granell Muñiz, Manuel, 521, 550, 577, 580, 598, 627

Grau, Jacinto, 400, 401, 472
Grau San Martín, 230, 240, 251, 275
Grediaga, Juan, 146
Griffith, D. W., 732
Grijalbo Serres, Juan, 464
Grimau, Julián, 185
Gromyko, Andrei A., 280, 282
Gropius, Walter, 635
Guansé, D., 508
Guarner, Enrique, 654
Guarner, Vicente, 654
Guerra, Ricardo, 592
Guerra da Cal, Ernesto, 497
Guillén, Jorge, 370, 373, 374, 376, 462, 472, 476, 478, 480, 483-485, 563
Guillén, Nicolás, 475
Guillot Muñoz, Gervasio, 75
Gullón, Ricardo, 475, 478
Guimerá, Ángel, 734, 753
Gutiérrez Abascal, Ricardo, 54
Guy, Alain, 616, 618
Guzmán, Martín Luis, 53, 455

Hälffter, Cristóbal, 744
Hälffter, Ernesto, 742, 744, 752
Hälffter, Rodolfo, 461, 463, 726, 727, 741-745, 748, 752
Hartmann, Nicolai, 586, 618
Hegel, G. W. F., 600, 629
Heidegger, Martin, 542, 562-564, 567, 593, 622
Henríquez Ureña, Pedro, 448, 455, 473, 579
Heras Gómez, José, 655
Hernández, Francisco, 650
Hernández, Jesús, 179
Hernández, José, 739
Hernández, Miguel, 381, 473
Hernández Bretón, Luis, 743
Hernández Sarabia, Juan, 260, 290
Hernández Zancajo, 221
Herrera, Emilio, 302, 303, 305
Herrera de la Fuente, Luis, 745
Herrera Oria, Ángel, 139
Herrera Petere, José, 349, 350, 424, 454, 455
Hidalgo, Miguel, 588
Hierro, José, 458
Hindemith, Paul, 748
Hitler, Adolf, 129, 134, 179, 184, 226, 228, 257, 626
Hoare, Samuel, 229
Hodgson, 280
Horacio Flaco, Quinto, 501
Houssay, Bernardo A., 663, 679
Huerta, Eliazar, 477
Huidobro, Vicente, 456
Hurtado, Odó, 506, 510
Hurtado Benítez, 184
Husserl, Edmund, 546, 555, 584

Ibarruri, *Pasionaria*, Dolores, 189, 306
Ibiñagabeitia, Andim, 500
Iglesias, Pablo, 168
Illa Couto, Ramiro, 489
Imaz, Eugenio, 524, 525, 573, 598, 599, 623, 624-627
Imaz Jahnke, Carlos, 660
Indy, Vicent d', 748, 750
Iniesta, Enrique, 756
Íñiguez Machoba, Francisco, 703
Ionesco, Eugene, 420
Irazusta Munoa, Juan Antonio, 502
Iriarte Guzmán, José, 582
Irizarry, Estelle, 494
Irujo, Andrés María de, 501
Irujo, Manuel de, 209, 211, 212, 260, 289, 501
Iturbi, José, 743
Ives Limatur, José, 750

Jaeger, Claude, 740
Jaksic, I., 586-588
Jara, Cayetano de la, 703
Jarnés, Benjamín, 54, 322, 323, 450, 463, 472
Jiménez, Guillermo, 53
Jiménez, Juan Ramón, 22, 52, 319, 361-365, 370, 456, 458, 462, 464, 476, 478-480, 527, 623, 691
Jiménez de Asúa, Felipe, 635, 667
Jiménez de Asúa, Luis, 39, 173, 205, 259, 260, 306, 307, 311
Jiménez Díaz, 527, 666
Jiménez Frau, Alberto, 532
Jiménez Fraud, Alfonso, 580
Jiménez González, Enrique, 645, 657

Jordán, René, 739
Joyce, James, 336, 608
Juan Carlos I de Borbón, rey de España, 138, 143-145, 295, 308, 746
Juan de Borbón, conde de Barcelona, 137-143, 145, 157, 159, 160, 165, 190, 246, 253, 275, 277, 291, 294, 295, 307-310, 314
Juan de la Cruz, san, 379, 522
Junto, Victoria, 592
Just, Julio, 289, 290, 302, 303
Justo (general), 661

Kahn, Máximo José, 388, 438
Kästmer, Erich, 733
Keaton, Buster, 731
Kennan, George F., 263, 292
Kent, Victoria, 304
Kessel, Joseph, 721
Kierkegaard, Soren, 442
Kindelán, 139, 274
Krause, K. K. F., 677
Krauze de Koltniuk, Rosa, 592

Lacan, Jacques, 716
Lafora, Gonzalo L., 54, 577, 643, 652, 653
Laín Entralgo, Pedro, 548, 549
Lamoneda, Ramón, 167, 169, 170
Lancourt, J. A., 718
Landáburu, F. Xavier, 201
Lange, Oscar, 279
Largo Caballero, Francisco, 37, 141, 142, 162-166, 174, 190, 196, 206, 221, 222, 224, 270, 275
Larrea, Juan, 380, 452, 454, 462
Larroyo, Francisco, 574-576, 587, 589
Lázaro, Ángel, 390, 479, 482
Lázaro, Felipe, 691
Le Chanois, Jean-Paul, 712
Le Corbusier, 635
Lebesque, 622
Ledda, Giuseppina, 320, 340
Lemoine, Camille, 732
León, María Teresa, 116, 342, 343, 382, 383, 408, 431, 472, 475
León Trilla, Gabriel, 178
Lequerica, 98, 140, 294
Lerroux, Alejandro, 532
Levi, Beppo, 672, 673, 679
Levi, Primo, 444
Leyva, José, 198, 260
Lezama Lima, José, 479, 724
Liarte, 201
Liberatore, 619
Líster, Enrique, 69, 190, 192
Llano de la Encomienda, 98, 197
Llopis, Rodolfo, 173, 201, 209, 265, 289, 309
Llorens i Barba, Jaime. 551, 554, 615
Llorens Castillo, Vicente, 397, 443
Lluesma Uranga, Estanislao, 665
Lluis Riera, Emilio, 659
Llull, Ramón, 664
Lojendio, Juan Pablo, 130
Loma, José Luis de la, 659
Lombardo Toledano, Vicente, 68, 70
López Albo, Wenceslao, 54
López Cámara, Francisco, 592
López Carmona, Fernando, 700
López Durá, Juan, 647, 652
López Mendizábal, Isaac, 501
López Morillas, Juan José, 599
López Penha, Haim, 148
López Piñero, José María, 663
López Portillo, José, 53
López Portillo, Margarita, 749
Lord, David, 333
Losada, Gonzalo, 448
Losada y Puga, Cristóbal de, 695
Luytens, 635
Luzuriaga, Isabel, 670
Luzuriaga, Lorenzo, 475, 599

Machado, Antonio, 342, 381, 411, 451, 453, 458, 466, 473, 479, 634
Maciá, Francesc, 617, 697
Macrí, Oreste, 372
Madariaga, Salvador de, 81, 144, 204, 206, 263, 287, 308, 311, 313, 319, 320, 326, 472, 527
Madinaveitia, Antonio, 54
Maeterlimck, Mauricio, 726
Maeztu, Ramiro de, 132, 136, 139, 595, 609, 610
Magdaleno, Mauricio, 727
Mainer, José Carlos, 329

Maldonado González, José, 301, 311
Malle, Louis, 739
Mallea, Eduardo, 473, 475
Malraux, André, 336, 416, 706, 737
Mancha, Teresa, 327
Mantecón, José Ignacio, 461
Mantecón, Juan José, 742
Mantilla, Fernando G., 706, 726, 737
Mantua, Gastón A., 736
Maragall, Jordi, 554, 616, 617
Marañón, Gregorio, 22, 24, 51, 58, 527, 533, 624, 671, 686
Marías, Julián, 521, 545, 548, 549, 627
Marichal, Juan, 25, 26, 314, 542
Marín Cayre, 170
Marín de Alcázar, Diego, 603
Marinello, Juan, 455
Maritain, Jacques, 626
Márquez, Antonio, 313, 314
Márquez, Manuel, 54, 235, 651
Marquina, Eduardo, 753
Marra-López, José Ramón, 320, 322, 340
Martel, Thierry de, 665
Martí, José, 234
Martí Eixalá, 615
Martí Feced, 201
Martí Madariaga, Jesús, 701
Martín, María Luisa, 470
Martín Artajo, Alberto, 139, 140, 252, 274, 282
Martín Echeverría, J. 667, 693
Martínez, Carlos, 322, 443, 444
Martínez, Régulo, 159
Martínez Aguilar y de Pedroso, Manuel, 260, 261
Martínez Antonissen, Luis, 689
Martínez Báez, Antonio, 51
Martínez Báez, Manuel, 51, 640
Martínez Barrio, Diego, 85, 127, 145, 154, 156, 173, 221-223, 236, 241, 242, 251, 256, 257, 259, 269, 288, 289, 302, 303, 305, 306, 702
Martínez Gil, Lucio, 146
Martínez Miranda, 251
Martínez Prieto, Horacio, 198, 260
Martínez Sanz, Fernando, 667
Martínez Solares, Gilberto, 734
Marx, Karl, 540, 622
Mas Robles, Fernando, 666
Masip, José, 739
Masip, Paulino, 125, 217, 313, 324, 326, 424, 451, 709
Mata, Pedro, 730
Matisse, Henri, 715
Matouk, Antonio, 725
Maupassant, Guy de, 716, 731, 733
Mayer, Thomas, 756
Mayer-Serra, Otto, 55, 743, 749
Mayo, T., 546
Mayoral, José, 668
Meda Vidal, Manuel, 660
Medina, Vicente, 458
Medina Echevarría, José, 54, 578, 598
Medina Tur, Juan, 668, 695
Medinaveitia, Antonio, 634, 643, 655
Mendelssohn, 635
Méndez, Concha, 378, 385, 386, 432, 434, 479, 482, 691, 734
Méndez, Rafael, 123, 647, 649
Méndez Aspe, 97
Méndez Domínguez, Carlos, 654
Méndez Peñate, 233
Méndez Plancarte, Alfonso, 576
Mendizábal, Alfredo, 234, 235
Mendoza López, Margarita, 398
Menéndez Pelayo, Marcelino, 460, 539
Menéndez Pidal, 24, 527, 531, 550, 580, 634
Mengod, Vicente, 477
Mercader, Ramón, 178, 186
Mercado, Tomás de, 603
Mercier, 624
Merli, Joan, 472, 474
Micón, Sabino A., 736
Michel, André, 739
Mije, 181
Milá y Fontanals, Manuel, 554, 636
Mileo, Miguel, 735
Milla, Benito, 480, 481, 689
Millán, Ignacio, 651
Millares Carlo, Agustín, 54
Mindán Manero, Manuel, 549, 590
Miñones, Manuel, 669
Miquel y Vergés, José María, 55
Mira y López, Emilio, 670, 693
Miralles, Jaime, 308, 310
Mirabent, Francisco, 554
Miranda, Carlos, 295
Miranda, Faustino, 645
Mirbeau, Octave, 720

Miró, Fidel, 199, 201
Miró, Juan, 313
Mistral, Gabriela, 463
Mistral, Silvia, 445
Modesto, 69, 192
Mola, Emilio, 499
Molotov, Viacheslav Scriabin, llamado, 191, 192, 255, 262
Momplet, Antonio, 733
Monasterio, Fernanda, 671
Moncayo, José Pablo, 463, 744
Monguió, Luis, 485
Monleón, José, 397, 399, 404, 446
Monteiro, A., 694
Montes de Oca, Luis, 51
Montiel, Sara, 738
Montseny, Federica, 195, 196
Monzón, Telesforo, 178, 503, 504
Mora, Enrique de la, 699, 700
Morales, José Ricardo, 398-400, 419-422, 477
Morán Miranda, Francisco, 666
Moravia, Alberto, 481
Morayta, Miguel, 729, 730, 733, 734
Morena, Enrique, 753
Moreno, Rafael, 592
Moreno, Salvador, 469
Moreno Nieto, José, 540
Moreno Villa, José, 54, 319, 365, 369, 370, 427, 428, 436, 456, 472, 480, 483, 497, 532, 573, 635, 710
Morilla Marín, Gabriel, 54
Mortiz, Joaquín, 378, 433, 464
Mounier, Emmanuel, 575
Muñoz Suay, Ricardo, 724
Muriá, Anna, 513
Murillo, Bartolomé Esteban, 715
Mussolini, Benito, 129, 140, 232, 234, 238, 257

Nájera, Rodolfo, 414
Narkarrow, Conlon, 750
Natorp, Paul, 542
Navarro, Bernabé, 591
Navarro Tomás, Tomás, 478
Negrete, Jorge, 708
Negrín, Juan, 69, 70, 75, 76, 82, 85-88, 91-97, 106, 120, 123, 124, 144, 145, 154, 161-163, 165, 166, 168, 170-173, 180, 209, 219-221, 223, 225, 226, 237, 240, 241, 244, 249, 251, 256, 257, 265, 288, 231, 232, 259, 260, 270, 301, 303, 304, 634, 635, 643, 647-649, 685, 702
Nelken, Margarita, 179
Nerja, Andrés, 353
Neruda, Pablo, 74, 116, 117, 177, 452, 455, 496, 687
Nicol, Eduardo, 552-557, 564, 577, 598-602, 605, 607, 609, 612, 614, 618-620
Nicoláu d'Olwer, Luis, 209, 260, 261
Nieto, Dionisio, 55, 647, 653
Nietschze, Friedrich, 405, 540, 556, 568
Nora, Eugenio de, 322
Noulet, Emile, 460
Novo, Salvador, 577
Núñez Búa, José, 497
Núñez Morgado, Aurelio, 37
Nuño, Juan Antonio, 599

Obermaier, Hugo, 533
Ochoa, Severo, 527, 647
Ochotorena, Isaac, 640
O'Gorman, Edmundo, 592, 593
O'Kinski, 294
Oliva, César, 398, 410, 414
Olivares Larrondo, José, 482
Oliver, Bartolomé, 599
Oliver, Joan, *véase* Quart, Pere
Onetti, Juan Carlos, 481
Onís, Federico de, 484
Onís, Fernando de, 478
Ontañón, Santiago, 424
Opoton, 514
Orellana, Carlos, 722
Orgaz (general), 238
Oriol, Antonio, 54, 643
Orixe, *véase* Ormaechea, Nicolás
Ormaechea, Nicolás, 500, 503
Oropesa, Rafael, 742, 744
Orozco, Fernando, 655
Orozco, José Clemente, 384
Ors, Eugenio d', 321, 551, 554, 555
Ortega, A., 201
Ortega, Enriqueta, 55
Ortega Frier, Julio, 56, 77
Ortega y Gasset, José, 20, 22, 24, 51, 52, 54, 125, 158, 319, 320, 326, 343, 425,

460, 472, 479, 520, 521, 527, 532, 533, 535, 536, 541, 543-553, 555-557, 559-570, 579, 580, 584, 587, 588, 590, 594, 596-598, 607, 608, 610, 619, 623, 624, 627, 634, 652
Ortigosa, Pedro de, 603
Ortiz, Angélica, 728
Ortiz, Joaquín, 703
Ortiz Salaregui, Juvenal, 483
Osca Montalvá, Julián, 756
Ossorio y Gallardo, Ángel, 260
Osuna, Rafael, 449
Otero Espasandín, José, 473, 491, 497
Oteyza de la Loma, José Andrés, 659
Otoala, Simón, 349
Ots Capdequí, José María, 54
Oumansky, 264
Oyarzábal, Juan de, 655

Padilla, Ezequiel, 245, 251
Pahissa, Jaime, 753
Palacios, Leopoldo Eulogio, 549
Palacios, Luis, 530, 531
Palerm, Ángel, 466
Palés Matos, Luis, 479
Pallach, 201
Palomo, Emilio, 98
Pámies, Teresa, 445, 505
Pardavé, Joaquín, 733
Parés, Nuria, 391, 392
Parpal y Marqué, Cosme, 554
Pascual del Roncal, Federico, 654
Pascual Leone, Álvaro, 222
Paso, Antonio, 734
Patán, Federico, 396
Payarés, Eduardo, 577
Paz, Octavio, 452, 454, 463, 573, 579, 714
Paz y Mateos, Alberto, 497
Pedrell, Felipe, 747-748, 751
Pedro I el Cruel, rey de Castilla, 345
Pedroso, Manuel, 55, 235
Pellicer, Carlos, 456
Peluffo, 670
Pemán, José María, 730
Peón, Ramón, 727
Pereda, Ramón, 729
Pereira, Amador, 459
Perelló Vals, Carlos, 660
Pérez, Leoncio, 481
Pérez Casas, Bartolomé, 747
Pérez de Ayala, Ramón, 321, 527
Pérez Enciso, 599
Pérez Escrich, Enrique, 737
Pérez Galdós, Benito, 336, 462, 715, 718, 721, 753
Pérez Jiménez, Marcos, 118
Pérez Minik, Domingo, 416
Pérez Quesada, 43
Peri Rossi, Cristina, 481
Perón, Juan Domingo, 283, 360, 381
Perret, Auguste, 700
Perret, Léonce, 732
Pétain, Philippe, 73, 79, 332, 670
Peyri, Antonio, 699
Pi Calleja, Pedro, 677
Pi i Margall, Juan, 153, 636
Pi Suñer, Augusto, 54, 234, 235, 636, 683, 684, 692
Pi Suñer, Jaime, 55, 578, 618, 643, 684
Pi Suñer, Santiago, 684, 692
Picasso, Pablo, 24, 306, 338, 608, 715
Pina, Francisco, 459
Pina Chevalier, 148
Pina y Milán, Rafael, 54
Pimentel, Luis, 458
Pittaluga, A., 527
Pittaluga, Gustavo, 233-235, 691, 692, 742-744, 746, 756
Pizarro, Francisco de, 585
Pla y Daniel, 252
Platón, 576, 711
Plaza, Juan Manuel, 738
Poblet, Josep Maria, 505
Poe, Edgar A., 494, 710
Poincaré, Henri, 677
Polak, Moisés, 663
Pons, Francisco Tomás, 660
Porlan, A., 326
Portabella, Pedro, 719
Portela Valladares, Manuel, 57
Portilla, Jorge, 592
Prados, Emilio, 54, 378-380, 451, 452, 483, 484
Prat, José, 112, 120, 311, 685
Prévert, Jacques, 715
Prieto, Indalecio, 29, 38, 74, 87, 88, 91, 93-101, 104, 106, 120, 121, 124, 125, 127, 132, 138, 141-145, 155, 157, 161-

168, 170-174, 189, 190, 197, 199, 202, 206, 209, 220, 227, 228, 236, 237, 240-242, 247, 249, 251, 257, 258, 260, 264, 265, 269-271, 274, 275, 278, 287-292, 294, 301-304, 306, 645, 685, 687
Prieto, Miguel, 454, 461, 464
Prieto Bances, Ramón, 532, 533
Prieto Trinidad, 333
Primo de Rivera, José Antonio, 131, 535, 537, 626
Procuna, Luis, 727
Proust, Marcel, 608
Puccini, Dario, 413
Puche, José, 89, 93, 235, 451, 647, 648
Puente Albuin, Vicente, 94
Puig Ferreté, Juan, 302
Pumarola, Tomás, 666

Quart, Pere, 506, 507, 509
Quemades, Salvador, 290
Queneau, Raymond, 718
Quevedo y Villegas, Francisco de, 411, 419, 462, 715
Quintanilla, Luis, 249, 251
Quiñones, Heriberto, 179
Quiroga, Horacio, 494
Quiroga, Vasco de, 603
Quiroga Pla, José María, 461
Quiroz, Olga, 591

Ramón y Cajal, Santiago, 633, 634, 647, 662
Ramonet, Jaime, 703
Ramos, Samuel, 573, 579, 586, 587, 639, 640
Ranedo, José, 635
Ravel, Maurice, 747, 751
Recasens Siches, Luis, 54, 547, 550, 573, 576, 578, 581, 582, 598, 627
Regler, Gustav, 426
Rejano, Juan, 383, 455, 461, 464, 483
Remacha, Fernando, 742
Renau, Josep, 459, 461
Revueltas, Silvestre, 743, 750
Rey, Florián, 735, 738
Rey Pastor, Julio, 634, 662, 671-676, 678, 679
Reyes, Alfonso, 51-53, 116, 455, 639, 641, 643
Reyes, Antonio, 579-582, 587
Reyes Nevares, Salvador, 592
Reyes Católicos, 595, 617
Ríal, José Antonio, 423
Riba, Carles, 458
Rico Galán, Víctor, 467
Ridruejo, Dionisio, 304, 305
Riera Fernández, José, 693
Riera Llorca, Vicens, 507, 508, 510, 511
Rimbaud, Arthur, 385
Río Ortega, Pío del, 634, 635, 643, 647, 648, 662, 663
Rioja, Enrique, 451, 645, 646
Ríos, Fernando de los, 56, 77, 96, 235, 247, 260, 267, 531, 610, 628
Risler, Eduardo, 748
Riu, Federico, 567, 599
Rius, Luis, 391, 395, 465-468
Rius, Pilar, 657
Rivas, Enrique de, 396, 469
Rivas Cherif, Manuel, 55, 424, 651
Rivaud, Juan, 703
Rivaud Moraita, Juan José, 660
Rivera, Diego, 116
Rivera, Susana, 391
Roa Bastos, Augusto, 481
Roblès, Enmanuel, 718
Robles Piquer, Eduardo, 703
Roc d'Almenara, *véase* Sabaté i Casals, Emili
Roces, Wenceslao, 461, 464
Rodoreda, Mercè, 507
Rodríguez, Carlos Rafael, 690
Rodríguez, Enrique, 667
Rodríguez, Héctor, 576
Rodríguez, Luis I., 68
Rodríguez Álvarez, Alejandro, 417
Rodríguez Arias, Germán, 704
Rodríguez Castelao, Alfonso, 209, 278, 488, 491, 493
Rodríguez Chicharro, César, 395, 469
Rodríguez Feo, 479, 480
Rodríguez Huéscar, Antonio, 549, 550
Rodríguez Luna, Manuel, 451
Rodríguez Mate, Ramón, 461
Rodríguez Monegal, Emir, 329
Rodríguez Ochoa, 463
Rodríguez Orgaz, Mariano, 701, 703

Rojas, Raquel, 722
Rojas González, Francisco, 727
Rojo, Vicente, 470
Romanof (familia), 437
Romeo, Aurelio, 652
Romera, Antonio A., 477
Romero, Francisco, 448, 475
Romero, J. Luis, 473
Romero de Castilla, Tomás, 540, 677
Romero Lozano, Aurelio, 55
Romero Solano, 148
Roosevelt, Franklin Delano, 139, 148, 244, 246
Rosal, Amaro del, 168, 169
Rosales, Luis, 422
Rosemblueth, Arturo, 640
Rossi, Alejandro, 596, 597, 629
Rossi, Attilio, 448, 473
Roura Parella, Juan, 54, 554, 573, 581, 582, 598, 599, 618
Rousseau, Jean-Jacques, 442, 716
Rovira i Virgili, Antoni, 505, 507
Rubalcaya, Higinio, 748
Rubens, Peter Paul, 411
Rubinstein, Arthur, 750
Rubio, Antonio, 603
Rubio, Javier, 21, 22, 26
Rucari, Jeanne, 712
Ruiz, Antonio, 745
Ruiz, Luisa, 236
Ruiz, Roberto, 357, 465, 466
Ruiz Borau, Ramón, 348, 456-457, 464
Ruiz de Alarcón, Juan, 750
Ruiz Ercilla, Gregorio, 201
Ruiz Funes, Mariano, 234, 235
Ruiz Navarro, 310
Ruiz Ramón, Francisco, 418
Rulfo, Juan, 463, 728
Russell, Bertrand, 677

Saavedra Lamas, Carlos, 43
Sabaté i Casals, Emili, 505
Sábato, Ernesto, 475
Sacristán, José M., 634, 635, 652
Sacristán Colás, Antonio, 97
Sáenz de la Calzada, Carlos, 463, 645, 702
Sainz de la Calzada, Arturo, 461
Salas Viú, Vicente, 741-742, 756
Salaün, Serge, 362
Salazar, Adolfo, 54, 463, 577, 741-744, 747
Salazar, Oliveira, 73, 529
Salinas, Constantino, 669
Salinas, Pedro, 323, 370, 371, 397, 399, 424, 472, 476-478, 480, 483-485, 533
Salinas de Marichal, Solita, 380
Salmerón, Fernando, 592, 596, 597, 629
Salmerón, Nicolás, 153
Salvador, Jaime, 729, 731
Salvador Carreras, Armós, 703
Salvador Carreras, Fernando, 703
Samper, Baltasar, 743, 747, 748
Sánchez Albornoz, Claudio, 25, 51, 52, 56, 118, 120, 306, 307, 311, 529, 533
Sánchez Albornoz, Nicolás, 23, 26
Sánchez Barbudo, Antonio, 448, 454, 455, 466, 472, 599
Sánchez Covisa, José, 683, 684
Sánchez de Ocaña, Rafael, 54
Sánchez Guerra, Rafael, 278, 288
Sánchez Guisante, Gumersindo, 666
Sánchez MacGregor, Joaquín, 592
Sánchez Mejías, Ignacio, 710
Sánchez Portela, Lino, 459
Sánchez Román, 236
Sánchez Tamames, 127
Sánchez Vázquez, Adolfo, 454, 455, 461, 598, 628
Sánchez Ventura, Rafael, 459, 712
Sánchez Villaseñor, José, 575
Sand, Georges, 710
Sand, Luis, 463
Sandi, Luis, 744
Sandoval Vallarta, Manuel, 640
Sanseverino, 619
Santa María, Vicente, 160
Santaló, Miguel, 209, 260, 289
Santaló Sors, Luis A., 675, 678
Santaló Sors, Marcelo, 645, 658
Santamaría, José, 437
Santiago, Silvio, 497
Santo Tomás, Juan de, 619
Santullano, J. Luis, 321, 691
Sanz del Río, Julián, 539, 554, 596, 613
Sanz Villanueva, Santos, 324
Sarmiento, Ángel María, 730
Sartre, Jean-Paul, 420, 562, 592
Satrústegui, Joaquín, 308, 310
Saura, Carlos, 719

Sauret, J., 201
Savero Muguerza, 743
Saye, Luis, 668
Sbert, Antonio M., 209, 237, 247
Scheler, Max, 555, 586, 616, 618
Schelling, F. W. J., 575
Schendel, 308
Segarra Tell, Enrique, 702
Segovia, Jacinto, 652
Segovia, Rafael, 467
Segovia, Tomás, 357, 394, 467, 469
Segura, Juan José, 732
Semprún, José M., 301-303
Sender, Ramón, 328, 329, 331-335, 397, 424, 485
Séneca, Lucio A., 405, 462
Seoane, Luis, 436, 472, 474, 490, 491, 495-497
Serra Hunter, Jaime, 551-554, 587, 598, 615, 616
Serra Morte, 301
Serra y Moret, 210
Serrador, Rafael, 336
Serrano, Pablo, 688
Serrano Plaja, Arturo, 389, 456, 472-475, 477, 491, 687
Serrano Poncela, Segundo, 350, 351, 476, 478
Serrano Súñer, Ramón, 134
Sert, Josep Maria, 697
Sevilla, Rafael J., 734
Shakespeare, William, 368
Shelley, Percy B., 482
Sigüenza y Góngora, Carlos de, 603
Silva, M. Teresa, 466
Silva Herzog, Jesús, 51, 90, 454
Silva Valdés, Fernán, 456
Simmel, Georg, 542, 556
Siqueiros, David Alfaro, 115, 178
Socarrás, 265
Sócrates, 576
Sófocles, 501
Sofovich, Luisa, 321
Sojo, Vicente Emilio, 756
Sokolow, Ana, 745
Sol Sánchez, Vicente, 301
Solares Encino, Juan, 651, 652
Soler, Julián, 722, 734
Soldevila Durante, Ignacio, 321, 323, 332, 340, 344
Solórzano, Amalia, 48
Somolinos d'Ardois, Germán, 650
Somolinos Palencia, Juan, 650
Sontag, Susan, 481
Sordo Madaleno, Juan, 700
Soria y Espinosa, Arturo, 477, 687
Soto Fernández, Luis, 490
Souto Alabarce, Arturo, 324, 336, 357, 452, 461, 467-469, 483, 645-646
Stalin, 176, 178-180, 191, 192, 195, 226, 244, 253-255, 280
Stirling, William F., 482
Suárez, Francisco, 619
Suárez, Paulino, 635
Suárez Picallo, Ramón, 497
Subirana, 697
Sureda Blanes, José, 635

Tablada, José Juan, 53
Tales de Mileto, 556, 602
Tamayo, Rufino, 483
Tapia, Daniel, 461, 463
Tapia Bolívar, Luis, 659
Tapia Colman, Simón, 743, 748, 749
Tarradellas, Josep, 207, 209, 214, 260, 311, 664
Tarragó, Alejandro, 477
Tárrega, Francisco, 751
Teichmüller, 556
Teilhard de Chardin, Pierre, 664
Tejada, Adalberto, 48
Tejero, Germán, 703
Terradas, Esteban, 673
Tieck, Ludwig, 740
Tierno Galván, Enrique, 174, 308, 310
Tineo, Amalia, 554
Tito, Josip Broz, 180, 265, 297
Tolstoi, León, 734
Tomás, Jaime, 670
Tomás, Pascual, 170, 201
Toranzos, Fausto I., 674
Torrado, Alfonso, 722
Torre, Guillermo de, 319, 448, 462, 472, 475, 477, 478, 481, 710
Torre Blanco, José, 651
Torre-Nilsson, Leopoldo, 729
Torrealday, Joan Mari, 500
Torres Bodet, Jaime, 456
Torres Campalans, 338

Torres Campañá, Manuel, 260, 268, 290
Torres Quevedo, Leonardo, 635
Torroja, Eduardo, 704
Torroja, José Antonio, 700
Tourneur, Maurice, 733
Traba, Marta, 477
Trejo, César, 678
Trías Pujol, Antonio, 54, 643, 665, 686
Trías Pujol, Joaquín, 665, 686
Trilla, Pedro, 736
Troncoso de la Concha, Manuel de Jesús, 148
Trotsky, León, 115, 178, 186, 187, 264
Trujillo, Rafael Leónidas, 76, 77, 91, 112, 117, 135, 147, 148, 181-183, 476, 511, 525, 638
Truman, Harry S., 253, 254, 292, 294
Tual, Denis, 713
Tuñón de Lara, Manuel, 341
Turró, Ramón, 554, 618, 636

Ugalde, Martín de, 504
Ugarte Pagés, Eduardo, 424, 451, 734
Unamuno, Miguel de, 462, 479, 483, 540, 569, 579, 649
Unik, Pierre, 712
Uranga, Emilio, 592
Urgoiti, M., 712
Urgoiti, Nicolás, 735
Urgoiti, Ricardo María, 734, 735
Uribe, Vicente, 181, 189, 289
Urraburu, J. J., 619
Usigli, Rodolfo, 734

Vaihinger, Hans, 556
Valander, James, 432
Valdés Valdésdir, Miguel, 180, 184
Valente, José Ángel, 481
Valenzuela Otero, Ramón, 497
Valera, Fernando, 144, 155, 289, 290, 295, 300, 302, 303, 311
Valle-Inclán, Ramón María del, 52, 399, 410, 492, 724
Vallmitjana, David, 667, 684
Valls Dalfo, Jaime, 687
Vaquero, Eloy, 485
Vara López, 635
Varela, Lorenzo, 436, 454, 472-474, 491, 495, 496
Varela Vázquez, Jesús, *véase* Varela, Lorenzo
Vargas, Pedro, 236
Vargas Llosa, Mario, 725
Vasconcelos, José, 53, 579, 584, 586-590, 595, 639
Vázquez, Carmen, 478
Vázquez, Manuel, 55
Vázquez López, Enrique, 635
Vázquez Rial, Horacio, 359, 360
Vega, Fausto, 592
Vega, Lope de, 402
Vela, Antonio, 549, 564
Velao, Antonio, 170
Velázquez, Diego de Silva, 411, 715
Velilla, Ricardo, 413
Velo, Carlos, 461, 489, 490, 706, 708, 725-728, 738
Vera, Jaime, 168
Vera Fernández de Córdoba, Francisco, 676-678, 686
Veracruz, fray Alonso de, 603
Veragua (duque), 37
Verdaguer, Jacinto, 636
Verlaine, Paul, 385
Verneuil, Henri, 739
Vicens, Juan, 461
Víctor Manuel III, rey de Italia, 140
Vientos Pastor, Nilita, 477
Vilalta, Alejandro, 750
Vilanova, Arnau de, 664
Villalta, Maruxa, 424
Villaseñor, Eduardo, 51
Villatoro, Ángel, 735
Villaurrutia, Xavier, 452, 456, 464, 579
Villegas López, Manuel, 737
Villoso, Luis, 592, 596
Vinós Santos, Ricardo, 645, 658
Viqueira, Jacinto, 466
Vitier, Cintio, 479
Vives i Clavé, Pere, 505

Welles, Orson, 739
Whitehead, Alfred North, 622
Whitman, Walt, 513

Xicota, Josep María, 506
Xirau, Joaquín, 54, 235, 548, 553, 554,

573, 575, 581, 582, 587, 598, 616-618, 620, 636
Xirau, Juan, 647, 652
Xirau, Ramón, 466, 512, 596
Xirgu, Margarita, 400, 409, 411, 417, 423, 480, 688, 709

Yarnoz Larrosa, Javier, 703
Yepes, Eduardo, 688

Zabala, Ignacio, 348
Zabala, Pablo, 704
Zaitegui, Jokin, 500, 501
Zamacois, Eduardo, 318
Zambrano, María, 54, 235, 440-443, 472, 479, 522, 545, 547, 550, 565, 566, 578, 580, 581, 691
Zaragüeta, Juan, 527, 596, 623, 624
Zardoya, Concha, 485
Zavattini, Cesare, 727
Zea, Leopoldo, 574, 582, 590-593, 597
Zigliara, 619
Zuarzo, Secundino, 703
Zubiri, José A., 533
Zubiri, Xavier, 521, 546-548, 550, 565, 587, 590, 597, 608, 619, 624, 627
Zulbedía, Emiliana, 750
Zuleta, Emilia de, 471
Zulueta, Luis de, 533
Zumárraga, fray Juan de, 603
Zweig, Stephan, 426, 733

ÍNDICE TOPONÍMICO

Acapulco, 94, 756
África del Norte, 59, 73, 89, 102, 133, 169, 220, 226, 239, 351, 444, 722
Agdé, 748
Alconchel, 676
Alcoy, 438
Alemania, 37, 66, 221, 226, 239, 250, 252, 297, 444, 539, 541, 552, 563, 567, 597, 607, 624, 626, 628, 635, 648, 649, 653, 733
Alicante, 38
Almería, 681
Alta Gracia, 752
Amsterdam, 710
Andalucía, 38, 61, 354, 383, 429
Andes (cordillera), 503
Andorra, 665
Ángeles (Los), 712
Aragón, 58, 61
Arán (valle), 125, 140, 186-188, 229
Argelès-sur-Mer, 511, 687
Argelia, 66
Argentina, 22, 36-39, 42-44, 56, 57, 59, 62, 64, 82, 83, 112, 118, 119, 130, 136, 151, 260, 261, 283, 285, 292, 293, 321, 343, 356, 360, 382, 389, 400, 418, 431, 448, 471, 475, 484, 491-493, 495, 500, 520, 521, 525, 634, 637, 638, 660, 662, 664-667, 669-671, 673-676, 678-680, 685, 686, 688, 693, 695, 703, 706, 726, 729, 730, 750-755
Ariège, 229
Asturias, 61, 418
Atenas, 326
Atlántico (océano), 14, 52, 74, 96, 132, 145, 180, 213, 232, 258, 272, 454, 490, 519, 522, 591, 646
Australia, 280
Auschwitz, 444

Badajoz, 676, 722, 736
Baleares, 748
Barcelona, 47, 63, 192, 323, 405, 508, 510, 511, 520, 523, 528, 534, 535, 543, 545-548, 551-556, 568, 573, 575, 576, 594, 616-620, 634, 636, 648, 660, 664-666, 668, 670, 673, 677, 679, 680, 684, 686, 687, 689, 692, 694, 697, 698, 703, 704, 726, 729, 732, 733, 735, 736, 741, 745, 748, 753, 754
Bayona, 208
Bélgica, 37, 42, 47, 507, 624, 754
Benalcázar, 437
Benidorm, 531
Berlín, 134, 143, 277, 294, 306, 344, 608, 652, 658, 677
Biarritz, 500, 504
Bilbao, 504, 702
Bogotá, 665, 676, 685, 686
Bolivia, 37, 261, 296, 298, 664, 684, 692, 693, 756
Brasil, 37, 280, 281, 295, 317, 343, 637, 667, 670, 693, 694
Bruselas, 508
Bucarest, 665
Buenos Aires, 39, 56, 83, 118, 120, 133, 209, 259, 278, 306, 312, 321-323, 326,

342, 343, 388, 391, 400, 429, 438, 447, 448, 472-475, 478, 488, 490-494, 496, 500, 501, 506, 511, 662-676, 678-681, 689, 693, 703, 733, 735, 750, 752-755
Bulgaria, 262
Burdeos, 48
Burgos, 39, 45, 130, 131

Cádiz, 343, 380, 382, 664, 733, 751
Calanda, 709
California, 339, 357
Canadá, 374, 733
Canarias, 310
Cannes, 715, 716, 719-721, 724, 727, 728
Caracas, 64, 404, 423, 500, 504, 506, 523, 550, 554, 567, 620, 675, 676, 680, 682, 683, 756
Caribe (mar), 183, 350
Castellón de la Plana, 434
Castilla, 205, 496
Castilla la Nueva, 61
Cataluña, 48, 58, 60, 61, 80, 201, 205, 207, 488, 507, 508, 514, 551, 568, 664, 693, 697, 698, 704, 753
Chapingo, 659
Chapultepec (conferencia), 245, 246, 249
Checoslovaquia, 37, 42, 192, 225, 294, 343, 445, 629
Chicago, 243, 649, 679
Chihuahua, 89, 109, 724
Chile, 37, 44, 64, 74, 76, 78, 82, 83, 112, 116, 117, 177, 284, 389, 391, 400, 419-420, 476, 477, 500, 506, 507, 509, 514, 637, 638, 675, 686, 687, 704, 736, 756
China, 37, 42, 96, 280, 733
Ciudad Trujillo, 184
Clermont-Ferrand, 675
Cochabamba, 664, 692, 693
Colombia, 37, 62, 76, 112, 120, 284, 296, 354, 477, 685, 686, 703
Córdoba (Argentina), 667, 752
Córdoba (México), 90
Corea, 297
Costa Brava, 684, 692
Costa de Oro, 351
Costa Rica, 284, 299
Coyoacán, 655
Crimea (conferencia), *véase* Yalta (conferencia)
Cuba, 37, 45, 65, 78, 84, 85, 112, 113, 127, 132, 135, 136, 147, 152, 177, 182-186, 230, 233, 240, 251, 265, 284, 293, 342, 343, 363, 390, 391, 432, 479, 481, 482, 489, 521, 533, 541, 601, 681, 685, 690, 691, 703, 731
Cuenca, 738
Cuernavaca, 700, 701
Cuyo, 675, 678

Dinamarca, 47, 705
Djelfa, 335
Don Benito, 736
Dosaigües, 689

Ebro (batalla), 689, 701, 735
Ecuador, 246, 284, 296
Egipto, 280, 296
Ericeira, 73
Escorial (El), 93, 561, 568
España, 13-15, 19-27, 30, 31, 33, 35, 40, 42-44, 46, 52, 53, 57-59, 66, 69, 79-81, 84, 86, 92, 93, 99, 101, 102, 104, 105, 114, 115, 117-119, 121, 122, 125, 128-130, 134, 135, 137, 142-147, 151, 153-156, 158-160, 162-165, 167, 170, 174, 177-179, 185, 187, 188, 191, 194, 196, 198-200, 202, 203, 205, 206, 210, 211, 213, 214, 217, 218, 220, 223-227, 229-232, 235, 236, 243, 244, 247, 249-255, 258, 261-263, 267, 268, 271, 273, 275, 276, 278, 279, 281-286, 291-299, 303-305, 307-314, 318, 319, 321, 326, 329, 331, 335-337, 341, 343-345, 347, 348, 350, 352-354, 357-360, 362, 365-367, 371, 373, 376-378, 381, 383, 387, 388, 390-392, 394, 395, 398, 399, 402, 407, 409-411, 417-419, 421-423, 425, 430, 435, 437-440, 442, 443, 445, 447-449, 453, 454, 456-462, 465-470, 475, 480, 481, 487, 489, 490, 495, 500-502, 508, 509, 514, 515, 519-523, 525, 527-530, 532, 535, 539, 541, 542, 547, 548, 550, 561, 562, 564, 567, 568, 571-573, 576, 579, 582, 585, 586, 588, 590,594, 595, 601, 602, 604-617, 627, 628, 633, 636, 641, 642, 654, 658, 661, 664-669,

671-674, 676-678, 680-682, 684, 687-689, 693, 697, 699, 701-706, 708, 710, 715, 719, 721, 722, 724, 729, 732, 733, 735-739, 745, 747, 748, 753, 754
Estados Unidos, 29, 37, 70, 77, 81, 83, 96, 126, 130, 134, 140, 141, 143, 181, 196, 229, 237, 239-241, 243, 250, 252, 254, 260-262, 272, 275, 276, 280, 286, 287, 292-295, 297, 298, 303, 317, 328, 333, 343, 363, 365, 371, 374, 385, 389, 391, 398, 435, 439, 480, 484, 491, 522, 525, 541, 554, 568, 577, 582, 599, 608, 618, 628, 637, 654, 660, 694, 695, 713, 716, 719, 732, 733, 739, 756
Estoril, 277
Europa, 31, 32, 57, 59, 65, 78, 89, 101, 107, 113, 122, 140, 158, 185, 195, 199, 216, 218, 229, 232, 236, 244, 265, 268, 294, 300, 304, 307-309, 349, 362, 381, 401, 406, 421, 438, 508, 509, 525, 551, 579, 582, 585, 601, 602, 606-609, 615, 626, 637, 660, 678, 736, 756
Euskadi, *véase* País Vasco
Extremadura, 701

Filipinas, 238, 296, 541
Finlandia, 37, 42, 44
Francia, 37, 41-44, 46, 48, 57, 59, 62, 64-66, 68, 70-73, 77, 78, 80, 81, 84, 85, 90, 91, 110, 114, 115, 147, 163-165, 167, 169, 170, 178, 179, 184, 185, 187, 189, 195, 196, 203, 207, 220, 221, 226, 227, 230, 231, 258, 260, 262, 266, 272, 275, 279, 280, 285, 287, 323, 328, 343, 347, 349, 357, 381, 389, 407, 409, 410, 444, 445, 457, 465, 476, 500, 502, 507, 513-515, 539, 541, 550, 552, 607, 622, 649, 658, 659, 668, 670, 675, 676, 678, 684, 689, 692, 693, 703, 713, 721, 726, 733, 756
Friburgo, 428, 567, 597

Galapagar, 559
Galicia, 488-491, 493-496, 668, 746
Gerona, 618, 658, 678
Gibraltar, 93
Ginebra, 211, 326, 349, 531
Godesberg (castillo), 73
Gran Bretaña, 44, 47, 140, 141, 229, 236, 239, 262, 272, 280, 284-287, 293, 294
Granada, 603, 628
Grecia, 438, 747
Grenoble, 227
Guadalajara (México), 581, 651, 653
Guadalupe, 658
Guanajuato, 578, 654
Guatemala, 261, 284, 299, 357, 481, 500
Guipúzcoa, 58

Habana (La), 42, 85, 127, 134, 147, 154, 166, 168, 181, 184, 230, 233, 234, 251, 261, 365, 378, 384, 405, 479, 480, 482, 488
Haití, 76
Hamburgo, 678
Haya (La), 44, 143
Hendaya, 134
Hiroshima, 371
Hollywood, 436, 711-713, 721, 731, 732
Honduras, 299
Huelva, 732

India, 733
Inglaterra, 37, 81, 85, 126, 226, 241, 254, 261, 275, 276, 286, 288, 290, 292, 373, 384, 385, 439, 530, 531, 539, 582, 585, 606, 607, 635
Irak, 297
Irlanda, 286
Irún, 499
Israel, 299
Italia, 37, 238, 252, 282, 286, 409, 410, 705, 721, 733

Jalapa, 90
Japón, 238, 733
Jarama (batalla), 689
Junquera (La), 693

Kuwait, 701

Laguna (La), 547
Lake Success (conferencia), 278, 296
Lausana, 138, 140, 148, 246
León, 681
Lérida, 567, 736
Levante, 61
Líbano, 297
Lima, 323, 437, 676, 686
Lisboa, 45, 51, 73, 179, 291
Llivia, 155
Londres, 139, 141, 142, 165, 220, 226, 227, 232, 237, 244, 246, 275, 277, 278, 291, 293, 391, 439, 482, 493, 608
Long Island, 359
Lovaina, 624
Lyon, 676

Madrid, 36, 39, 43, 45, 48, 52, 61, 64, 69, 74, 85, 92, 99, 134, 139, 158, 219, 229, 243, 246, 261, 275, 277, 282, 283, 285, 296, 298, 323, 329, 405, 410, 411, 423, 428, 430, 433, 436, 437, 446, 448, 477, 480, 520, 521, 523, 528-531, 533-535, 543, 545-553, 556, 559, 564-566, 576, 579, 580, 582, 590, 594, 596, 598, 607, 608, 617, 623-626, 628, 629, 634, 635, 642, 648, 652-655, 657-659, 665, 666, 671, 673, 676, 678, 680, 681, 689, 697-704, 710, 712, 725, 728, 729, 736-738, 741-744, 746, 747, 750, 751, 754, 756
Málaga, 428, 434, 483, 484, 702
Mancha (La), 718
Marburgo, 564
Marruecos, 239, 329, 748
Marsella, 38, 39, 71, 72
Martinica (isla), 513
Mathausen, 446
Mediterráneo (mar), 141, 165, 254, 272, 415
Mendoza, 666-668, 675
México, 22, 29, 37, 39-41, 43, 44, 47-57, 59, 60, 63, 64, 68-76, 78, 80-84, 89, 90, 93, 94, 96, 98, 99, 101, 102, 105, 107, 110-112, 115, 118, 120, 126, 127, 135, 146, 152-154, 157, 162, 164-170, 173, 179, 180, 183-186, 190, 195-205, 208, 209, 211, 212, 216, 218, 220-224, 227, 233, 235, 241, 245, 246, 248-251, 257-260, 264-266, 272, 274, 275, 280-282, 284, 288, 294, 299-304, 306, 314, 317, 323, 328, 335, 338, 341, 347-349, 351-353, 356-358, 362, 365, 367, 373, 376, 379, 383-392, 398, 400-402, 404, 417, 418, 423, 427-429, 432, 435, 436, 439, 444, 445, 447, 449-451, 454, 457-461, 464, 465, 469, 470, 481-484, 488, 489, 495, 500, 503, 506, 507, 509-511, 513, 514, 519-521, 525, 550, 560, 564, 572, 573, 575, 577, 579, 580, 584, 590-593, 597, 598, 604, 612, 613, 618, 619, 627-629, 637, 639-641, 642, 643, 646-660, 665, 668, 680, 681, 684, 685, 691, 692, 698-702, 706-709, 714, 715, 716, 718-720, 722, 724, 726, 727, 729-734, 736, 738, 739, 742-750, 755, 756
Michoacán, 48, 580, 581, 647, 652, 656
Miconos, 339
Misiones, 679
Mixcoac, 653
Montauban, 81, 227
Monterrey, 701
Montevideo, 42, 135, 212, 215, 359, 401, 404, 405, 407, 411, 480, 493, 663, 688, 689
Montgrand (castillo), 72
Morelia, 46-50, 53, 56, 97, 104, 573, 578, 580, 581, 629
Moscú, 46, 162, 173, 176-179, 186, 188, 190, 226, 227, 233, 262, 263, 265, 277-279, 292, 293, 296, 303, 331, 430
Munich, 73, 128, 144, 158, 173, 306-308, 310, 564, 619, 621, 652

Nagasaki, 371
Navarra, 214, 689
Nazaret, 721
Negro (mar), 244
Nicaragua, 296, 299
Niza, 212
Normandía, 229, 240
Noruega, 37
Nueva York, 94, 211, 250, 270, 303, 304, 338, 351, 357, 359, 485, 500, 608, 628, 713, 732
Nüremberg, 255

Oriente Medio, 133
Oxford, 321, 663

País Vasco, 61, 192, 488, 499-501, 503, 504, 698
Países Bajos, 37, 42, 280, 281, 286, 601
Pamplona, 555
Panamá, 37, 261, 277, 284, 693
Paraguay, 37, 296
París, 46, 63, 68, 69, 71, 74, 80, 82, 84, 86, 90, 96, 98, 99, 115, 117, 141, 153, 157, 166, 196-198, 201, 210, 211, 219, 220, 233, 260, 261, 268, 277, 296, 300, 302, 305-307, 311, 321, 323, 326, 335, 338, 339, 342, 347, 368, 390, 401, 405, 407, 429, 433, 436, 445, 500, 505, 508, 510, 580, 608, 660, 665, 672, 674, 676, 677, 687, 703, 710-712, 717, 726, 732, 739, 751, 755
Paz (La), 693
Pensilvania, 599
Perpignan, 69
Perú, 37, 42, 296, 298, 502, 695, 756
Pirineos (cordillera), 504, 541, 608
Polonia, 37, 42, 191, 262, 279-281, 284, 296
Pontevedra, 659
Popocatépetl (volcán), 92
Port-Bou, 48
Portugal, 165, 186, 274, 286, 521, 529, 533, 571, 721
Postdam (conferencia), 176, 253, 256, 258, 259, 262, 276, 277, 283
Praga, 141, 179, 505, 665
Princeton, 660, 679
Providence, 701
Puerto de Santa María, 343, 380, 382
Puerto Rico, 78, 343, 350, 363, 371, 477-479, 614, 637, 681, 694, 695, 756

Quito, 63, 588, 620

Reino Unido, *véase* Gran Bretaña
República Dominicana, 37, 42, 56, 57, 62, 73-78, 81, 91, 101, 112, 113, 117, 135, 147, 181, 182, 184, 185, 296, 298, 299, 357, 476, 510, 756
Reynarde (castillo), 72
Rianxo, 493
Río de Janeiro, 282, 326, 438, 660, 693, 694
Río Grande, 134
Roissy-en-Brie, 515
Roma, 261, 303, 342, 390, 430, 431, 550, 608, 658, 672
Romana (La), 147, 183, 383
Roncesvalles, 689
Rosario, 664, 671, 674, 675, 678, 679
Rumanía, 37, 192
Rusia, *véase* Unión Soviética

Saint-Cyprien, 65, 438, 450, 689, 699, 702, 748
Salerno, 234
Saló, 238
Salvador (El), 284, 286, 298
San Clemente, 738
San Francisco, 723
San Francisco (conferencia), 127, 138, 140, 166, 209, 228, 236, 242, 246-249, 251-253, 258, 259, 276, 277, 283
San Juan (Argentina), 678
San Juan de Luz (tratado), 143, 145, 155, 199, 291, 295
San Luis (Argentina), 674, 675
San Rafael (Argentina), 667
San Sebastián, 36, 385, 623, 725
Santander, 61, 654, 659, 666
Santiago de Chile, 423, 506, 687, 756
Santiago de Compostela, 491, 493, 620, 721, 725
Santiago de Cuba, 234, 670, 693
Santo Domingo, 76, 77, 348, 350, 391, 443, 520, 521, 525, 637, 638, 668, 676, 695
São Paulo, 694
Sevilla, 391, 664, 665, 669
Sicilia, 140, 233, 234
Sitges, 740
Suecia, 37
Suiza, 37, 81, 286, 507
Suresnes, 311

Tampico, 90, 94
Teherán, 233

Teotihuacán, 702
Teruel, 709, 738
Tezcoco, 90
Toledo, 93, 659, 673, 729
Torreón, 90
Toulouse, 128, 164, 169, 170, 179, 202, 289, 299
Tours, 739
Tucumán, 679
Turquía, 37, 42

Unión Soviética, 46, 47, 57, 59, 87, 126, 150, 162, 175, 176, 180, 182, 184, 187, 189, 191, 218, 226, 228, 231-232, 238, 244, 253, 261-264, 272, 278-280, 283, 285, 286, 289, 294, 331, 611, 629, 733
Uruguay, 37, 39, 83, 119, 261, 299, 359, 400, 480, 488, 500, 688, 689, 692, 703

Valencia, 39, 40, 48, 89, 366, 387, 412, 420, 438, 483, 533, 659, 686, 689, 738, 741, 742, 756
Valladolid, 648, 662, 725
Valparaíso, 476
Vaticano, 252, 286, 303, 719
Venecia, 720, 721, 728
Venezuela, 73, 83, 112, 119, 261, 284, 300, 350, 390, 391, 401, 481, 500, 519, 521, 525, 550, 567, 577, 598, 599, 604, 667, 675, 676, 680-685, 692, 703, 737, 756
Veracruz, 48, 70, 87, 90, 93, 94, 349, 597, 738
Vichy, 71
Vichy (tratado), 97, 99, 110
Viena, 622, 670
Vietnam, 375
Vitoria, 658
Vizcaya, 702

Washington, 56, 77, 96, 233, 261, 277, 287, 296, 297, 595, 652, 742, 747

Xalapa, 750
Xochicalco, 702

Yalta (conferencia), 176, 244-246, 276
Yugoslavia, 180, 262, 265, 297

Zamora, 550
Zaragoza, 590, 610, 666, 684, 692, 709

Este libro se terminó de imprimir
en los Talleres de Gráficas Lormo, S. A.,
en el mes de Diciembre de 1996.